

UBICADA EN UN FUTURO PRÓXIMO, LA NOVELA —EN LA VOZ narrativa de un profesor del Colegio de Ciencias y Humanidades— recorre los acontecimientos que su memoria ha retenido como importantes en los 50 años de vida del Colegio, desde sus inciertos inicios en 1971 hasta 2025, fecha en que se sitúa la obra en que se narra la crisis por la que atraviesa el CCH, cuando el Rector de tal periodo trata de expulsarlo de la UNAM.

Las fechas de los periodos de Director General y de Rector del último decenio del tiempo de la historia, se trastocaron deliberadamente, para que no coincidan con las responsabilidades de ningún funcionario real. Los acontecimientos del Colegio están narrados con cercanía a los mismos y la voz del narrador reproduce no tanto el lenguaje, sino los valores propios de los profesores comprometidos con el Proyecto del Colegio de Ciencias y Humanidades.

Es la *Memoria del Colegio*, no “las memorias”, porque cinco Planteles, sí, pero un Colegio y, por ende, una memoria. Sin embargo, no es un texto académico ni mi historia y mis recuerdos: nunca escribí de mis hijos ni de mi esposa, ni de mis abuelos que me han guiado por su valentía en batallas en Sinaloa y en Colima, allá por los sesenta del siglo antepasado: “Voy a intentar recobrar mi capacidad, seguramente limitada, de escribir poemas, la arena del mar, los árboles, las difusas presencias invisibles que sostienen con su sonrisa el mundo. Cierro el archivo, pero no mis recuerdos. Dentro de mí palpita la memoria del Colegio. Más modestamente, una de las memorias del Colegio”.

*José de Jesús Bazán Levy*

**José de Jesús  
Bazán Levy**



**MEMORIA  
del COLEGIO**  
*Novela*

**MEMORIA  
del COLEGIO**  
*Novela*

**José de Jesús Bazán Levy**

José de Jesús Bazán Levy (Colima, 1941). Licenciado en Filosofía y en Teología por la Pontificia Universidad Gregoriana en Roma, Italia. Doctor en Estudios Latinoamericanos de la Université de París, Sorbonne, Francia.

Toda su vida académica ha estado consagrada al Colegio de Ciencias y Humanidades. Profesor en el plantel Naucalpan donde se desempeñó en la Coordinación del Área de Talleres, Secretario Académico y Director del plantel durante dos periodos consecutivos. Además fue Secretario de Divulgación, Secretario de Planeación, Director de la Unidad Académica del Ciclo de Bachillerato y Coordinador del Proceso de Revisión y Actualización del Plan y de los Programas de Estudio. Director General del Colegio de Ciencias y Humanidades durante dos periodos, de 1988 a 2006.

Fundó y dirigió la revista *Cuadernos del Colegio*, colaboró en la creación del Bachillerato a Distancia durante 2006-2008. Director General del Instituto de Educación Media Superior del Distrito Federal (2009-2012).

Profesor del Posgrado de Letras de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM y Titular “C” Definitivo, desde 1986 en el Colegio de Ciencias y Humanidades. Premio Universidad Nacional en Docencia en Educación Media Superior (1993). En 2004 fue nombrado Profesor Emérito por la UNAM.



LETRAS CECEACHERAS





**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO**  
**ESCUELA NACIONAL COLEGIO DE CIENCIAS Y HUMANIDADES**

MEMORIA DEL COLEGIO  
NOVELA

Bazán Levy, José de Jesús, 1941-  
*Memoria del Colegio. Novela* -- México: UNAM, 2021. 1252 pp.  
(Colección Letras Ceceacheras, 3).  
ISBN: 978-607-02-1955-9 (Obra Completa).  
ISBN: 978-607-30-4527-8 (Volumen).

Primera edición: abril de 2021.

D.R. © UNAM 2021 Universidad Nacional Autónoma de México,  
Ciudad Universitaria. Delegación Coyoacán, CP 04510, CDMX.

ISBN: 978-607-02-1955-9 (Obra Completa).  
ISBN: 978-607-30-4527-8 (Volumen).

Esta edición y sus características son propiedad de la UNAM.  
Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio, sin  
la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

Impreso y hecho en México - *Printed in Mexico*.

# **MEMORIA** **del COLEGIO**

*Novela*

José de Jesús Bazán Levy



# PRIMERA PARTE

*El presente y el pasado  
son acaso presente en el futuro...  
Si todo tiempo es eternamente presente  
todo tiempo es irredimible.*  
T. S. Eliot, **Cuatro cuartetos**





# 1

Los trayectos de Villa Coapa a Naucalpan en 1971 hoy son como un sueño. De Fortín 32-2 en Villa Coapa, donde no quedaba ni rastro de los visitantes olímpicos que la habitaron en 68, salía a Miramontes y cruzaba hacia el sur la avenida silenciosa a las 6:30. Una mirada rápida a la izquierda aseguraba de la ausencia de otro vehículo que viniera de Cuernavaca. Entraba al Periférico en Vaqueritos, donde entrenaban los chavos del equipo de americano ¿los sábados?, ¿los domingos? Apenas los veía, cuando el domingo temprano iba al mercado sobre ruedas de la glorieta, con 100 pesos para el mandado de la semana. Las chuletas de cerdo a 20 pesos.

También en Vaqueritos voté por Campa, cuando López Portillo fue el único candidato registrado para la presidencia en 76, porque los partidos de entonces, en protesta, no propusieron candidatos. Una manera de declararse no sometido al PRI interminable.

El Periférico estaba vacío hasta San Jerónimo, donde aparecía la primera competencia, leve. Una mañana me sorprendió hacia el norte de los carriles de ida un ruido de cascos al galope, inexplicable hasta que un caballo gris se adueñó de su ruido y de su carrera en sentido contrario, ansioso de llegar al Sur o de escapar de no supe qué Norte, a donde a los caballos la canción les atribuía la mira de llegar. Llevaba sin esfuerzo su

brío de caballo liberado. No lo olvidaré nunca, como lo prueba que lo recuerdo nítidamente como la mañana misma, aunque mi cabalgata en un VW Sedán, un Bocho, seguía cerradamente la disposición del Periférico camino al Plantel.

La curva de la casa respetada, de Ávila Camacho, creo saber, con la avenida de las Palmas a la izquierda, me hacía bajar a segunda las velocidades, para tomarla con alegría y saber que era la última dificultad bien relativa del Periférico.

La primera vez fui a Naucalpan con un esquema minimalista visto en la *Gaceta UNAM*, de ninguna manera un mapa, como los Michelin que usaba en Francia y tengo todavía. Aquí lo único claro era que el Plantel estaba hacia el Noroeste de San Bartolo, que conservaba su cara de pueblo a donde los rancheros de los alrededores venían a caballo a surtirse de mercancía. Si sobrevivían, porque ya en 71 compartían sus ancestrales espacios con clasemedieros suertudos ascendidos de la Portales o huidos de otras aglomeraciones que empujaban a huir hacia ilusiones de algún espacio y mejor aire.

Subiendo a la derecha por una pendiente asfaltada que alguna vez fue ladera poblada por eucaliptos, desemboqué en una calle muy ancha, sin pavimento, pero también sin piedras ni baches, cubierta de un polvo ligero, arenoso, café claro, que no alzaba sino tormentas minúsculas. Amplios vacíos, huecos sin casas ni tapias del lado derecho antes, después y enfrente del terreno inmenso atribuido al Plantel que luego se redujo como la *peau de chagrin* de Balzac.

El polvo cubría la parte inferior del neumático y mis zapatos hasta las agujetas. Era como cruzar un arroyo pisando piedras, pero sin agua. Me recordó, sin fundamento, un viejo texto de Borges que narra un personaje nocturno que atraviesa la ciudad hacia un destino que ignora, en una orilla de Buenos Aires.

Pero no estoy recordando mis clases sobre relatos en lengua española de la Facultad, sino mi primer viaje a Naucalpan. A

la izquierda sobrevivía el extremo oriental del Bosque de Los Remedios, eucaliptos viejos y sus retoños que no tendrían ya tiempo de aprender a respirar el aire contaminado de México de los 80. El *smog*, como la película italiana que tiene nombre de contaminación, cuya historia se desarrolla en Los Ángeles, ciudad extensa y extendida que, sola, puso nombre a la niebla que borra la línea del horizonte de sus edificios y solo puede dominarse, es una hipérbole incluso para la sola mirada, desde las alturas de los cerros y cañones de sus barrios de ricos.

Luego un lunes, a comienzos de mayo, al llegar, sorprendido el coche siguió rodando, después de girar de Las Américas hacia la Calzada de los Remedios, en el mismo plano. Cero nubes turbulentas de polvo fino, adiós al cotidiano simún diminuto, ahora pavimento duro, todo asfaltado hasta la entrada del atrio del Santuario de la Virgen. Hank González había espectacularmente asfaltado la Calzada en un fin de semana. El Plantel se acercaba algunos metros a la urbanidad. Habría menos razones para considerarlo “una escuela rural”.

Un estudiante despreocupadamente apoyado en el rellano del primer piso de Filosofía y Letras, a principios de febrero de 1971, hubiera entrevistado a dos figuras masculinas, por momentos borradas por las ramas todavía invernales de los fresnos. Las figuras recorrían, a pocos metros de distancia entre ellas, el andador entre Arquitectura y la hoy antigua y entonces simplemente Facultad de Ciencias, junto al auditorio Alfonso Caso.

Una primavera precoz salida quién sabrá de dónde, se deslizaba por la explanada de Ciudad Universitaria. Comenzaba febrero, pero el clima trataba de engañar a las jacarandas para que apresuraran el despliegue de sus banderas moradas, por puro placer y porque sí. No había nubes y un viento perezoso apenas se notaba en el silencio de las facultades entrecerradas en el periodo interanual de inicios de 1971.

Ciudad Universitaria en vacaciones es una extensa piscina de silencio verde, mecido, merecido y constante. Y en ese espacio y en aquel tiempo, la Universidad comenzaba discretamente una nueva aventura de la que el Rector esperaba que resultara una más verdadera Universidad, manteniendo los contornos de enseñanza, investigación y cultura que configuran sus perfiles fundacionales.

Cuando los dos universitarios desaparecimos bajo el pasillo entre el anfiteatro y la Facultad de Ciencias, a principios de fe-

brero, me repito para dar sitio a una imaginación indispensable, los árboles de la explanada estaban desnudos, aunque el calor pesaba secamente en los cuerpos. La explanada, que justifica que Ciudad Universitaria sea un *campus*, más que la mera serie de sus Facultades que se alinean, Ciencias al Sur y Humanidades al Norte, en un diseño arquitectónico que recuerda la Calzada de los Muertos de Teotihuacán, aunque esta relación nunca ha estado de moda y quizá sea imperceptible, la explanada, repito, siempre está verde, porque los arquitectos de paisaje, encargados del mantenimiento de la Ciudad, suplen la lluvia con riego y van creando manchas oscuras de humedad que, en un vaivén incesante, recorren a diario los prados entre oriente y poniente.

De los desconocidos, mirados desde el rellano del primer piso de Filosofía y Letras, y luego desaparecidos en la cortina de árboles, no se podía saber que éramos universitarios, no solo porque recorriamos un sendero del campus, sino porque los dos teníamos que ver con el Posgrado de la Facultad, yo de profesor contratado para mi primer trabajo en la UNAM el semestre siguiente, él, secretario permanente del Seminario de Nicol. El observador colocado allá lejos, ahora tal vez junto al estanque al pie de la Torre de Rectoría, para que pudiera ver que el más alto iba vestido con un traje azul marino, como de primera comunión postergada, no hubiera podido dar cuenta de su rostro, pero sí de su gesticulación perentoria y teatral, como si confundiera la amplitud de su gesto con el peso de sus razones. El otro llevaba un saco de tweet que sugería que no era defeño, sino llegado de vete a saber de dónde, acaso más bien de Europa. Se podía suponer que íbamos discutiendo, pero la lejanía dejaba la escena en los términos de una película a colores, pero de cine mudo.

En esos años los profesores de la Facultad de Ciencias habían comenzado a la de tres el abandono del saco y la corbata, pero no los de Filosofía y Letras, cuando iban a sus cursos, silencio-

samente arrebatados por la belleza de los poemas que leían a sus alumnos, mirando a lo lejos, quizá hasta España, por las vidrieras de los salones.

Los dos caminábamos rápido y al principio a unos metros de distancia, porque no habíamos coincidido por ningún acuerdo, sino por las casualidades de los números grandes. Su paso era más rápido y terminé acompañado del universitario alto todavía anónimo, porque le importaban más sus hazañas académicas que su identidad y se esforzaba por alcanzar a darme cuenta de su curriculum detallado en los doscientos metros de caminata.

Era el secretario permanente, insisto, del Seminario de Nicol (ahora sé quién fue, me refiero a Nicol, y lo admiro, por haber sido, no, por ser todavía en 1971, un gran metafísico, y porque uno de mis hijos conoce bien su filosofía y lo apasiona). Dije seguramente “¡qué bien!” y seguí escuchando. Enseñaba también Humanidades en la Facultad de Ingeniería. Me imaginé a ingenieros con casco subiendo en un ascensor precario, con albañiles, sin casco, hasta la cimbra de un décimo piso, leyendo a Catulo o sacudiéndose a manotazos las moscas y los peores mosquitos en una presa en construcción en Guerrero, que le impedían seguir el Cuarto Canto de *La Odisea*. Yo había leído todo eso en latín y en griego, pero no era ingeniero. De todos modos, su curriculum tenía un hueco, que justificó como muy pasajero, porque, desde hacía unos 10 años, no se había titulado. Luego pasaron otros tantos y, por fin, casado con una profesora de Historia de la Facultad, obtuvo el grado y se dedicó en los 80 a buscar profesores del Colegio todavía en el estado que acababa de haber sido el suyo. Fue un buen servicio.

Por momentos nos perdíamos entre los fresnos del extremo de Las Islas, donde no había parejas concentradas en besuqueos fatigosos. La UNAM estaba en exámenes o en periodo intersemestral y sus vastos espacios se estancaban silentes sobre los prados. Nos esfumamos ante cualquier mirada lejana, desde

el rellano del primer piso de Filosofía, por ejemplo, o desde el estanque al borde de la explanada de Rectoría, al atravesar por debajo del puente que une el auditorio Antonio Caso y la Facultad de Ciencias todavía en aquellos años. Luego, tras nosotros, un grupo de universitarios, todos de traje, salieron del Centro de Didáctica.

Un mes más tarde, en marzo, cuando los egresados del primer Curso de Selección de Profesores del Colegio de Ciencias y Humanidades se presentaron al Centro de Didáctica para ser contratados, las jacarandas de Filosofía y del prado de la lateral de Insurgentes habían levantado unánimes sus estandartes morados y contagiaban el aire de tenues violetas.



### 3

Un día antes del recorrido por mi recuerdo del primer día de los Cursos de Selección de Profesores para el Bachillerato del Colegio de Humanidades, (conviene escribir por una vez los nombres completos, para evitar que el lector trastabillo con mitades o siglas), organizados por el Centro de Didáctica, el Coordinador del Centro y del Colegio inauguró los cursos de las cuatro Áreas. El discurso central estuvo a cargo del placer de Juan José Arreola.

Arreola, ¿por qué él?, y no es que no admirara su *Confabulario*, ni que ignorara que tenía un curso de Ajedrez en mi Facultad, en el que hablaba, si le daba la gana, de la vestimenta femenina en la Edad Media, Arreola, pues, presentó el Curso de Selección de Profesores del Colegio de Ciencias y Humanidades. La verdad es que habló de todo en sus torbellinos, donde nunca tropezaba la sintaxis, y te mantenía al acecho de lo que seguiría, que era siempre inesperado. Asistíamos aspirantes a profesores de las materias del primer semestre del Colegio, fundado, pero aún inexistente. No había alumnos, no había profesores, sino aspirantes a ser aprobados en un curso para una nueva enseñanza. No había Colegio. Lo habría en cuanto se pudiera. Tampoco había edificios con aulas y laboratorios. Se construirían después de que Echeverría y el Rector, en un mítico vuelo en helicóptero sobre la zona metropolitana, buscando terrenos

para construir planteles donde no hubiera habido nunca antes y nadie esperara verlos surgir de la nada, señalaran con las manos baldíos disparejos, pero también enormes, para construir hasta nueve, otro mito, planteles del Colegio.

Eso sí, sin ahorrarse vehemencia, Arreola nos comprometió a inventar un Bachillerato, el mejor Bachillerato de México y el modelo para los bachilleratos del país y, si te entusiasma, también el mejor. Y, por lo menos a ratos, ha sido cierto, aunque incompleto. Terminé, por la retórica de la convicción, sintiéndome sin rescate y de pronto investido de retos y encargado, por la Historia de la Educación en México, ante la UNAM, de inventar lo que nadie había hecho hasta entonces. Nunca he logrado salir de ahí, un momento en un tiempo irrecuperable en una silla de alumno de un anfiteatro improvisado, un punto minúsculo, perdido e inexistente en su arquitectura provisional de entonces, y hoy olvidado en la Ciudad Universitaria, con los puños cerrados asidos al Colegio para siempre. Mis ambiciones de investigar sobre literatura se pospusieron, sin una renuncia explícita. Nunca he tenido nada nuevo en esa actividad de la UNAM, sólo mi tesis en la Sorbona, que sí es una investigación, que todavía hoy dice lo que nadie había dicho antes que yo sobre Amado Nervo y tal vez tampoco después.

En el salón de la Facultad de Química, al día siguiente, para el primero bastó de sobra Arreola, estábamos unos treinta aspirantes a profesores del Área de Talleres, que reunía y separaba los Talleres de Lectura y de Redacción. Mi grupo aspiraba a enseñar a leer por de pronto autores Clásicos Griegos y Romanos. El inexistente Colegio de Ciencias y Humanidades tenía la edad diminuta de una semana, pero había llamado la atención nacional, al menos el día siguiente de su aprobación.

Fue el comienzo insospechado de otra vida, en la que aparecieron figuras de importancia variada, pero todas destinadas a una presencia constante durante los años siguientes, en especial

de Naucalpan. Estaban Cristina, Eréndira y, entre los varones, René, Jorge y Santiago, sin olvidar deliberadamente a tantos más.

Los profesores del curso eran un latinista del Centro de Traductores y un pedagogo del Centro de Didáctica. Recorrimos en detalle el programa del primer semestre, Clásicos Griegos y Latinos.

Ningún profesor nos habló del proyecto del Colegio, aunque el sintagma llevaba dos semanas circulando en Rectoría y en el Consejo Universitario, sino tan solo de la pedagogía que deberíamos emplear en nuestras clases del Bachillerato recién fundado, con una existencia apenas de palabras. Hablaban con insistencia acerca de cómo debíamos lograr que los alumnos intervinieran y opinaran, aunque sus opiniones fueran vagas o incompletas, porque lo importante es que el alumno aprenda, y no que el profesor explique, y por eso la materia es un taller. El sujeto de la enunciación deseable es el grupo, cuando se van acumulando frases y fragmentos que terminan por decir entre todos algo semejante a lo que el texto podía suponerse que podía significar para lectores alumnos. Enseñar enseña humildad y nadie aprende completamente solo.

La didáctica propuesta estaba hecha de palabras y, en menor cantidad, de algunos conceptos, que deberían orientar lo que sería la docencia real del Colegio. Las clases de Retórica de la Universidad de Comillas, cuando tenía 15 años, guiaban desde años antes mis opciones, sin saberlo yo mismo, pero me habían entrenado además a hablar sin conocer el miedo escénico.

El centro decisivo del curso, de cuya ejecución informada y guiada por la pedagogía incierta que se atribuía al Colegio, se encargaba personal del Centro de Didáctica, consistía en una clase sobre una obra griega o latina, en la que los compañeros del curso, sin fingirse adolescentes, asumían el papel de alumnos para intervenir y hacer observaciones. Podíamos trabajar en equipos de tres. A Eréndira, a René y a mí nos tocó dar una

clase al grupo sobre *Edipo Rey* y atender los comentarios de los teatrales alumnos. Ellos se hicieron cargo de la información de los aledaños de la obra; me tocó promover la discusión sobre el texto.

Nos juntamos una mañana, seguía siendo febrero, en un café sin recuerdo del centro, en Brasil me dicta sin argumentos una memoria casi ajena, donde entonces podías estacionar tu wv en cualquier banqueta de Donceles, y construimos nuestro guion. Al salir, la llanta izquierda trasera de mi coche estaba ponchada.

Trece años antes, una tarde de lluvia de mayo de 1958, recargado en una ventana del corredor de los Retóricos de la Universidad de Comillas, mientras miraba los torbellinos de la niebla del Cantábrico en la ladera verde de la colina encerrada entre edificios, sin que perdiera su calidad de último escalón de los Montes de Europa, antes de precipitarse por el acantilado en el mar, y rodeado de otra bruma de gritos y carreras apenas adolescentes en el interior, comencé a releer *Edipo Rey*, todo seguido en griego, sin diccionario, como último repaso antes del examen final de Griego VI, que incluiría una buena página de versos, traducción y comentario. La peste, sin antibióticos, que hubieran destruido la tragedia al curar a sus ciudadanos, se ensañaba en los habitantes de Tebas. Creón no sabía qué hacer. No tenía Secretario de Salud, epidemiólogo, de preferencia. Aparecía Tiresias, el experto en futurología de la época, para anunciar un imposible recorrido de salvación para la ciudad y su rey: Creón debía vengar la muerte impune de su antecesor asesinado en un camino por un desconocido. De otro modo, anunciaba la destrucción de la familia real, por su oscuro compromiso incumplido de limpiar la ciudad de quien, anónimo, la corrompía. Y así seguían cantos del coro, la ira y la incredulidad de Creón, los presentimientos, el viejo pastor que recogió al niño de pies hinchados, la lenta caída de la venda de los ojos de Edipo, de inmediato restituida para siempre por sus ojos arrancados por su propia mano y un pasador de la cabellera de Yocasta. Su final retirada vacilante a

Colono de la mano de sus hijas. Nunca pienses que ya triunfaste, sino hasta que el clamor entero de toda batalla haya cesado. Leí toda la tragedia en una hora y media y sentí todo mi cuerpo transfigurado de alegría por la sabiduría sobre la vida que no puede evadir el destino y porque había leído de golpe la tragedia entera en griego.

Ahora, en la prueba final para ser profesor de Taller de Lectura, comenté la tragedia en “Sepan Cuantos...”, en una traducción que, a primera mirada, no parecía tener deficiencias reprochables. Como la tragedia me seguía gustando, traté el texto con placer y entusiasmo. El grupo se mantuvo despierto. La clase teatralizada fue deslizándose sin baches. Los compañeros-alumnos colaboraron participando con un interés que fingía al menos que no era fingido, y la discusión sobre la justicia de la tragedia que castiga a un violador ignorante de leyes fundamentales, el Edipo de Freud y la prohibición del incesto, cuya superación abre cada familia a un comercio de sus miembros con toda la tribu o la ciudad o el país, y ahora que escribo esto en el tercer decenio del nuevo siglo, con el globo.

Dos días después fue el turno del profesor universitario, secretario perpetuo del seminario de Nicol, pero todavía pasante, de bigote atildado, claramente salido de los modelos de los políticos priistas de los 50 o de los galanes de los dramones llorosos del cine nacional, vestido de traje azul marino o negro. Ese día iba de negro, o no, pero el negro juega mejor con lo que estaba por suceder.

González había llegado acompañado de una muchacha, una desconocida en el grupo y que no participaba en la selección de aspirantes. Hizo correr el chisme de que, por ser filósofa, se interesaba, puro amor a la ciencia, al tratamiento de un diálogo de Platón que desarrollaría el profesor respetable.

La exposición comenzó, con extravíos a otras actividades académicas cuyo protagonista, evidentemente exitoso, era el de

la voz, pero nadie intervino. El discurso sonaba a introducción, no es correcto interrumpir al que explica intenciones de cuyo valor no es posible juzgar todavía. Pero no duró más. La desconocida e invitada impuesta arrebató la palabra y expuso a la consideración del profesor en turno y del grupo una tesis contrapuesta a la interpretación, apenas anunciada, de la pérdida de la memoria que generaría la escritura según Platón, o Sócrates, en el *Gorgias*. A comienzo del siglo hubo vaticinios análogos de pérdida de capacidades por culpa de la digitalización global y desenfrenada. Pero no es este el relato. El grupo adoptó un mismo rostro colegiado entre divertido y curioso y ligeramente indignado. La agresividad nunca había intervenido antes en el curso.

La respuesta del compañero de traje negro adoptó de inmediato un tono polémico y duro, buscando cómo aplastar a la entrometida y disidente. Fue evidente que los demás habíamos desaparecido y nos encontrábamos en medio de uno de los duelos personales de troyano contra aqueo, capitanes los dos en el campo de batalla frente a Troya, desde luego, ahora en el amplio campo de la Filosofía y de una enemistad al parecer de años, surgida en cualquier salón de la facultad de Filosofía o en los jardines de la UNAM. Vete a saber si era un amor despechado de ella por él o lo contrario. De cualquier modo, el encono no era de cepa reciente, sino remolido y guardado durante largo tiempo.

Los argumentos se trenzaban sin ningún avance dialéctico hacia una verdad acaso más plena, porque la Filosofía no había sido invitada al duelo. El tono se agrió y el coordinador del curso, moderado y sereno, cortó la disputa (uno no entiende por qué se llaman igual estas peleas de perros y las *Disputationes Tusculanae*). La intrusa recogió velas y se refugió en el puerto de su hermano, también filósofo y seguramente instigador del distanciamiento inicial. Nuestro compañero se sentó, porque no

podía ya filmar sin guion, cuando todo había sido no dicho, sino rozado y confundido en las fases ascendentes del décimo round.

El coordinador del curso no evaluó como profesor del Colegio al hermano de la filósofa, prescindiendo de cuánto sabía, no porque no había estudiado Letras Hispánicas ni Clásicas, sino porque había deliberadamente llevado a su hermana para fingir preguntas y argumentos destinados a humillar la exposición. El Colegio no podía contratar la agresividad.

La historia no terminó ahí. Dos meses después faltaban en Naucalpan profesores de Taller de Lectura y de Taller de Redacción. Nos vimos obligados a echar mano de los que no habían sido aprobados, pero al menos habían asistido a los cursos. Como en este caso se trataba de un conspirador y no necesariamente de un ignorante, supuse con evidente ingenuidad, se le confiaron algunos grupos vacantes. Estuvo un semestre y se cambió a Azcapotzalco. Era pasante y se mantuvo firmemente en esa condición hasta su jubilación. La hermana nunca reapareció en el Colegio.

Solamente hace poco, en la decena anterior, seguramente hacia 2016, en el Seminario de Modelo Educativo del Colegio, que coordinaba con otros compañeros sucesivos, uno cada semestre, caí en la cuenta de que en el curso originario no se enunció nunca una definición del Modelo, ni siquiera una alusión. Sin nombre, no hay concepto ni tampoco la obligación de definirlo. Nunca nos entregaron oficialmente al menos el número especial de la *Gaceta UNAM* que reseñó la creación del Colegio y que los profesores terminamos por llamar la “Gaceta Amarilla”, porque la imprimieron en un papel del evidente color que la adjetiva, y la citábamos como fuente y autoridad del proyecto.

El Colegio, sin embargo, tenía un destino, ser el mejor de México, lo que tercamente seguimos pretendiendo en 2025, más de 50 años más tarde, al anochecer, todavía ahora que nos encontramos ante “estas ruinas que ves” y que nos amenazan las intrigas oficiales del rector. Lo escribo con minúscula y se entiende.

Se produjo así en los cursos, por la omisión de la *Gaceta*, a pesar del Rector fundador, Pablo González Casanova, de Don Enrique, su hermano y de Rubén Bonifaz Nuño, una desviación, una herejía en su sentido etimológico, porque nos empujaron a aspirar a ser *una escuela activa*. Nos atraía, pero el Colegio no era un proyecto de didáctica, sino de cultura que quería enseñar lo básico de las materias básicas y, sobre todo, enseñar a aprender, para que los alumnos, de una vez por todas y hasta su última página de lectura o su última ecuación, fueran autónomos, capaces de distinguir la verborrea o los razonamientos sin fundamento de los válidos para hacer ciencias y humanidades.

Pero así fue, de modo que el proyecto del Rector, en su profundidad, se extravió parcialmente, desde los cursos en los que nos formamos los primeros profesores del Colegio, bajo la tutela de la Universidad. Eso sí, tras unos cuantos años, por haber pensado desde los primeros días por cuenta propia, comenzamos a producir otros enunciados que fueron recogiendo el proyecto original y tratamos, con todas nuestras fuerzas, de hacerlo entrar en la espesa oscuridad de los hechos. Nunca lo hemos logrado del todo, aunque nunca tampoco hemos dejado de intentarlo.

El curso terminó. La muchacha del pelo corto y el andar decidido que vi llegar el primer día y se perdió calladamente entre los asistentes, y yo, con otros cinco, quedamos en el primer grupo para elegir Plantel y horario, pero no me crucé con ella ni la recordé ese día.

Las contrataciones comenzaron en la Coordinación del Centro de Didáctica, años después amplísimo vestíbulo corredor entre las aulas de la Facultad de Arquitectura y su cafetería tumultuosa y cálida y el Museo Universitario de Ciencias y Arte, entonces un espacio rectangular profundo provisto de un tapanco donde trabajaba la señora Adela y el personal administrativo del Centro. El Ingeniero lo coordinaba y hacía lo mismo con nuestro Colegio



(de nosotros y de él, sin ninguna reticencia) en un cubículo de paredes de tabla roca en la planta baja.

El Secretario General nos entrevistaba para escoger grupos, hasta 30 horas. Tomaría yo solo 14, porque quería evitar que el Colegio me despojara de tiempo para mis proyectos. Calculé que con lo que ganara, más las traducciones para Reyes Heróles, del francés y del inglés, sobre política europea y producción de hidrocarburos, serena en esa época o silenciada acaso, me bastaría para vivir, además del salario de mi mujer en el INEN. Me decidí por Naucalpan, porque tenía un vw y había Periférico desde Coapa. Media hora sin correr, y sin rebasar ni un solo coche hasta San Jerónimo, transcurriendo entre milpas alegres que sobrevivirían, pocos años más tarde, en nombres apenas agrícolas o botánicos de fraccionamientos y de calles.

—“Síntese, maestro. Hay grupos en todos los Planteles. Quiere Naucalpan, todos los grupos están disponibles, porque es el Plantel más lejano, hasta el Estado de México. Dígame cuáles grupos quiere, puede tomar hasta 30 horas, 15 grupos de Taller de Lectura. Sí, 750 alumnos. ¿De veras sólo va a tomar siete grupos? Se puede hacer un paquete en los turnos de la mañana. Ah, es usted Bazán, creo que el Dr. Renero, es el Director de Naucalpan, preguntó por usted. El doctor está en la oficina del Ingeniero Bernal, no debe tardar en salir. Espérela. Tenga la hoja de su horario, déjeme sellarla. Es todo. Muchas gracias.

Ignacio Renero Ambrós salió del cubículo diminuto del Coordinador y me sonrió al acercarme.

“—¿José Bazán? Mucho gusto, ven, vamos a platicar un momento, tengo una propuesta que hacerte. Cuento con el visto bueno del Ingeniero.

—Gracias, doctor, me han dicho que enseñas en una Secundaria Activa. A tus órdenes.

—Sí, en efecto. Mira, en cada área y cada turno está previsto un coordinador de los profesores. Es un trabajo académico. Sé

que estuviste en París y terminaste un doctorado. ¿Viviste en la Maison du Mexique? Yo también. En París conocí a Claude Thions, mi esposa. La Coordinación se divide en los dos turnos de la mañana o los dos de la tarde, medio día, son 40 horas, de 7 a 2 y de 2 a 9, cinco horas los sábados. Lo que me parece más importante, además de tu currículum, es que acreditaste el curso de preparación de aspirantes a profesor, de modo que tienes idea de lo que el Rector quiere renovar con el Bachillerato del Colegio. A mí me entusiasma el proyecto.

—Acabo de escoger horario, 14 horas.

—No te preocupes. Puedes quedarte con un grupo, para tener la experiencia directa de cómo se desarrolla la materia y mantener la cercanía con el trabajo de los profesores. Como estamos al inicio de la contratación, habrá quien tome los grupos que dejes.

—Gracias, acepto, pero prefiero los turnos de la mañana. Puedo llegar a las 7 sin problema.

—De acuerdo. Cuenta con el trabajo. Vente el lunes próximo, vamos a comenzar a atender a los alumnos que lleguen o a sus papás. ¿Sabes dónde está el Plantel? Mira, aquí hay un mapa, no tanto, un esquema de las avenidas principales. Lo claro es que está en la Calzada de los Remedios, la Virgen de los Realistas en la Independencia de México”. Sonrió insurgente.

Dejé la Coordinación tras mi primera conversación con el doctor Renero, ya designado Director de Naucalpan, con fortuna para nosotros porque fue el único de los cinco primeros Directores de Plantel del Colegio que se proponía construir una escuela donde los alumnos se hicieran cargo de apropiarse de una cultura no de repeticiones, sino de lectura directa de las fuentes de los saberes importantes y enseñaba en una secundaria activa, que prolongaba la Escuela Primaria Bartolomé Cosío del Profesor José Tapia.

Ninguno de los otros cuatro Directores iniciales terminó su período.

Con media hora de diferencia, resulté profesor y coordinador. La mañana continuaba su recorrido por la explanada de CU y las jacarandas la llenaban de amatistas fugaces en un cielo, entonces, todavía apropiado para sobrevolar “la región más transparente del aire”.

Al salir de la contratación, mi vida había dado un vuelco del que nunca me he recuperado, aunque ahora, viejo pero vivo, no tengo mando de tropa ni me toman en cuenta para nada, ni siquiera para enterarse si verdaderamente, en mi gestión de Director General del Colegio o antes, de Director de la Unidad Académica del Ciclo de Bachillerato del Colegio, el Consejo Técnico tomó o no, en alguna sesión sin acta, o con una aprobada sin que los consejeros la leyeran, una decisión sobre los aspirantes que no acreditaban el examen de conocimientos o el de perfil para la docencia, destinada a no echarnos a cuestras individuos resentidos o cercanos a la bipolaridad, enfermedad que el Instituto de Seguridad y Servicios Sociales de los Trabajadores del Estado (ISSSTE) dice no conocer. Con esta regulación, que promoví tantos años más tarde, el aspirante de 71 y su hermana no hubieran sido admitidos como profesores.

Pero no estoy narrando la historia de la legislación del Colegio, sino el cambio de vientos violentos y afortunados que me acometió al salir de mi primera contratación como profesor del Colegio.

Más de 40 años más tarde, sin haber tomado nunca un año sabático, tras el tumulto interminable, retador y aventurero, pero comprometido lealmente con la Universidad y el Colegio en todos sus niveles, acabé de caer en la cuenta de que no había dedicado mi vida a su rumbo original, a buscar versos y poemas, a leer en latín y griego, a terminar de aprender alemán, además de leer, como sí hice, libros franceses a diario, e italianos, tres o cuatro al año, además de al menos un libro anual en inglés, de John Le Carré de preferencia, *und so weiter*; a estudiar la Palabra

de Dios, ojalá en hebreo y en griego, y no olvidar la teología ni la filosofía, sino ir las manteniendo al día, tarea que cada vez iría exigiendo más horas ya imposibles, porque la libertad ha crecido, a pesar de disposiciones mezquinas de dicasterios de la Curia romana. Pero sobre todo a escribir que, por fin, con la torpeza del abandono de años, intento ahora.

**E**l ciclón, que este año lleva nombre de mujer, Betty, ¡qué dulce!, entró por Cozumel hace dos días, y atravesó Yucatán, como si tratara de recuperar el fondo del mar que subió ansiosamente para respirar hace quien sabe cuántos millones de años. Fue al principio apenas una tormenta tropical que se promovió a ciclón 2 al llegar al Golfo de México, luego penetró al continente al Sur de Nautla y llenó de niebla, lluvia y vientos el Ajusco. Veo uno de sus infinitos fragmentos por las ventanas de mi biblioteca, mientras me pregunto qué hacer para que la historia del Colegio no se borre como las siluetas en medio de la bruma de los pinos y encinos que planté al fondo del terreno.

Me he puesto a escribir, hace poco más de dos meses, después de 50 años de posposición, porque el Colegio de Ciencias y Humanidades absorbió toda mi capacidad de palabras disponibles, o de inventarlas y de ligarlas para formar un relato. No es la historia de mi vida, sino los recuerdos de la ruta que ha seguido el Colegio desde 1971 y que puedo atestiguar o recoger de quienes presenciaron algunos acontecimientos en los que no estuve presente. Importantes en realidad tal vez muy pocos.

Comencé el relato de los primeros acontecimientos del Colegio de Ciencias y Humanidades, la mañana del 23 de febrero, pero apenas llegué a un puñado de líneas. La primavera, sin

permiso oficial, había echado fuera un invierno que, tal vez para mi edad había resultado por primera vez desasosegado. El frío, estudié muchos años en Europa, nunca fue para mí un tormento, ni en la orilla del Cantábrico, en la Universidad de Comillas, donde la humedad del mar juntaba el gris de las olas con un cielo impasible y cerrado por un ceño de nubes silenciosas; ni en Roma, donde los pinos se desgarraban, cuando la nieve inconsciente intentaba cubrirlos suave y amorosa, según ella, y quedarse inútilmente sobre sus copas, y los autobuses patinaban ruidosamente en el asfalto. Tampoco siquiera en París, cuando me tocaron dos mediodías de  $-20^{\circ}$ , pero recorrí en mi Renault 8 la ciudad, con un resbalón que me llevó sobre la banqueta nevada a centímetros de la pared de las casas de la Rue Gay Lussac, camino a la Sorbonne, y las carreteras pueblerinas y nevadas del Périgord y de Charente Maritime, más hacia la Costa del Atlántico, buscando obsesivamente a fin de año iglesias románicas de antiguos pueblos diminutos de misteriosos nombres medievales.

Este año de 2025 doy testimonio fidedigno de haber disfrutado una primavera evidente en los ciruelos que florecieron en enero y el mes siguiente estaban ya cubiertos de hojas de un verde sonriente, los perales tenían rizos grises, pero también otros más oscuros. Los nogales apenas asomaban la punta de sus follajes, pero no se habían atrevido a desplegarse.

Ahora, se encamina para correr un verano que no será, como otros 40 años, el tiempo de las playeras en Ajusco, sino una vuelta a las corbatas y a las combinaciones de negros y de grises para hablar, como he comenzado a hacerlo, con quienes considero pueden tener información de las Comisiones de Trabajo Académico y de Legislación del Consejo Universitario. No voy a ahorrar vestimenta formal, si me abre un primer dintel de atención de los poderes universitarios, y evito el pretexto de rechazar unos jeans deslucidos, pero nunca rotos. Porque

desde hace unos días ha comenzado la peor era de ansiedad y amenaza explícita para el Colegio.

Trataré, pues de recobrar la memoria del Colegio, que se va perdiendo a medida que la muerte va segando a los profesores que comenzamos a enseñar en 1971. Pocos seguimos activos, seguramente con poca eficacia y periodos de desánimo y otros largos de ostracismo, y yo, que me declaro responsable, desde los años de las Direcciones penúltimas, cada una agotada en un solo periodo, tristes etapas en las que el Colegio se ha ido desmoronando como una ciudad abandonada, yo, pues, tengo asignado un cubículo sin secretaria, después de otro diminuto, medio, a decir verdad, porque lo compartía, quedo pues, también yo, como una pieza de museo por la que el Patronato Universitario no paga seguro, esperando el momento de relegarlo a los sótanos y el olvido. Pero no conocen la terquedad de las viejas estatuas ni sus convenios secretos con el tiempo.

Pero, para que el relato de las luchas del Colegio por permanecer universitario sea comprensible, hay que volver a sus orígenes, de tan inesperados y novedosos cercanos al milagro, comenzando por 1971 y el decenio en que el Colegio brotó a pesar de todo y creció por su cuenta para ser fiel a un destino que le inventó el Consejo Universitario, aunque luego quienes en realidad no creen en la Universidad y suponen que todo debe ser en ella terso y sin diferencias, olvidando que el espíritu, para hablar por nuestra raza, se abre paso a través de realidades duras aunque sean generosas, esos mismos hayan renegado de nosotros y nos hayan señalado como dañinos para la Universidad durante lustros.

Comenzar desde el principio no elimina que mis inquietudes sin tregua sean actuales, hoy en la primavera del 2025 que se encrespa. Tras casi diez años de un naufragio sin nombre, en 2018 por fin apareció el Director General anterior e intentó devolver al Colegio la esperanza, pero al comenzar su segundo

período ascendió a Secretario Académico de Humanidades y siguió inventando revistas y e inaugurando colecciones académicas. El Director actual mal que bien ha mantenido el rumbo, pero sigue al aire indecisa la respuesta definitiva acerca del destino del Colegio, si se sostendrá en la Universidad o si irá a agregarse a la multitud de instituciones de Educación Media Superior, al lado de la Preparatoria que fundó “El Pino” en Tepito, incluyendo su materia de Boxeo como una posible cantera de campeones, al Colegio de Bachilleres, a no sé cuántos Bachilleratos desvalidos en los Estados, incapaces de negociar con la Cámara de Diputados un presupuesto que los redima de la muerte por inanición que los ha ido consumiendo, sin rumbo y casi sin nombre.

No se valen lamentos. Mientras termina de decidirse el futuro del Colegio y sabemos si seguimos en la UNAM o nos relegan con desprecio, yo atestiguaré lo que el Colegio ha construido con menos medios de los indispensables, pero también con numerosas invenciones académicas.

Mientras, la niebla se ha espesado, las hojas incontables y diminutas de los fresnos y de los álamos de plata se agitan y vibran como las semillas de luz que iluminan las aguas del mar en Santiago a mediodía. Pero aquí el aire es fresco y a ratos se entristece, porque no le permiten detenerse y anidar con domicilio fijo en un solo peral.



**E**staba en mi cubículo en la biblioteca tratando de inventar hacer algo útil, porque me inconformé con las modalidades adoptadas por el Posgrado de Letras —textos literarios cuyos campos semánticos se acomodan a problemas sociológicos, por ejemplo—, con la clara intención de seguir quedando bien, simulándose muy actuales, para coincidir con algún programa de Conacyt. Era una mitad de marzo incierto, sobre todo por el cielo encapotado, y me ocupaba de la escritura de otra conferencia para la Jornada de Evaluación, ahora recuperada, de mitad de semestre. En eso el móvil se puso a vibrar. Era Alfonso. Sin más:

—Lo van a lograr, Josecito. Ya nos chingamos. Bueno, hace tantos años que presentíamos este epílogo catastrófico. Lo veíamos llegar en los inicios del año negro de 2020. Nos escapamos. Pero sentimos la inminencia. Por lo menos tu y yo. La Universidad echó al mar toda la tripulación de uno de sus barcos, con este Rector primerizo y de lento aprendizaje. Me acabo de enterar por mis amigos, con los que sigo jugando mentirosa los viernes, y otros colegas de la nunca ni desechada ni retomada Comisión para la Reforma del Estatuto del Personal Académico, bueno, los cinco que la hicimos, mientras los otros 30 observaban y se rascaban el ombligo, algunos de esos cinco todavía tienen acceso a información de las alturas, que

hay un grupo de trabajo, secreto, se ilusionan, como si algo pudiera ser acallado mucho tiempo en la UNAM. El grupo ese ha estado trabajando, aquí viene lo peor, para el Rector, tratando de formular una propuesta para declarar la “autonomía” del CCH. Suena bien, si no fuera demagogia pura y nosotros fuéramos idiotas. Se trata de separarnos de la Universidad. El texto pasará a la Comisión de Trabajo Académico y, tras su dictamen, a la de Legislación del Consejo Universitario, para que proponga la desaparición del CCH de la Universidad y el Rector, bueno, el epidemiólogo que dicen que es Rector, no sólo está de acuerdo, es su impulsor. Iremos a parar a la SEP y al SNTE, al Bachillerato General que tiene sus tradiciones, otras, no las nuestras, y que comenzó ahora de veras a ser obligatorio y hay cupo dizque nacional, aunque está mal distribuido. Ya sabes, Bachilleratos a distancia en rancherías sin conectividad, ni siquiera electricidad. Por lo menos no seremos las Prepas 10, 11, 12, 13 y 14. Ya sabes: nuestros egresados no saben leer, dicen, ni redactar, dicen, ni han tomado Cálculo Diferencial para ingenieros, es verdad, Cálculo en el Colegio es optativa y con un enfoque de otra manera de pensar matemáticamente y no recetas para proyectos de puentes, ni Raíces Griegas para entender los términos de medicina. ¿Recuerdas cuánto le preocupaba al Rector esta materia? Nuestros egresados tienen una cultura general donde no hay anatomía, pero sí mucha biología y con enfoques recientes, ni geografía. Mucho menos Problemas Actuales de la Economía Mexicana, bueno, han vuelto a ser los mismos de hace 50 años, pero peor, ni Introducción al Derecho Positivo Mexicano. Luego les sorrajan los exámenes de diagnóstico al ingreso a las carreras y les preguntan sobre materias que no incluye nuestro Plan de Estudios, ni falta que hacen. Claro, terminan en la cola de la lista de diagnosticados. ¿Que si vamos a movernos? Yo no, ya estuvo bien. Bueno, la verdad es que siento el llamado de la guerra, *one more a time*, podemos

celebrar nuestro desayuno 2,319, pero solos, sin compromiso. No esperes de mí que repita la estupidez de gastar los días en levantar otra vez el mástil partido por la mitad del chingadazo. ¿Hacia dónde navegaríamos, si no hay puertos para el Colegio? Tu llevas años diciendo que “Lo sacuden las olas, pero no se hunde”. Esta vez te falló: va a hundirse. Bueno, el lunes volvamos a los Bisquets de Obregón de Padierna, como siempre. Por cierto, el otro día en Perisur pasé al lado del local del viejo Wings, ahora hay un Potery Barn o algo así y ya no está desde añisimos el restaurante, donde punteamos en servilletas tantos documentos, el modelo de selección de materias optativas del Plan de Estudios, por más señas. Todavía debe haber servilletas para escribir, claro, en otro lugar.

—Por supuesto, me han llegado rumores de pasillo y algún mensaje de Facebook, pero no suelo responder a nada, me siento idiota escribiendo: “Correcto. Luego hablamos” o peor: “Copiado. Gracias”. Hay circunstancias que están terminando de acorrallar al Colegio. Lo peor es que no existe ya la comunidad que lo construyó contra viento y marea y trajo novedades a la UNAM, que nadie nos reconoce, pero, vamos a ver, ¿quién dio voz a los alumnos para evaluar a sus profesores? Por poner un ejemplo. Nos vemos el lunes a las 8:30, Bisquets Obregón de Padierna.

Los perros se persuadían en el pasto de que el sol terminaría por aparecer tras los cerros de La Felicidad, allá cerca de la Magdalena Petlascalco. El café había caído bajo la regla de *café boulli*, *café foutu*, pero me limité a vaciarlo en el termo. Luego busqué *Imagen Informativa* con la esperanza de agregar algún dato a las noticias de Alfonso, probablemente genérico, porque a quién le importa el Colegio, más allá acaso del mero hecho de su desaparición, obviamente inusual y resbalosa para comentarios melodramáticos. No dijeron nada, pero sí encontré las primeras, eso espero, reacciones en las redes sociales. Sólo firmas del Colegio y un par de exalumnos.

Sin más propósito que recoger ejemplos, el 19 de marzo de 2015, se proponían para su lectura los textos siguientes:

“Indignante. ¿Nos van a hacer repetir el Bachillerato en una prepa inventada por burócratas? Alguien debe encabezar la revuelta. José Antonio, Subsecretaría de Comunicaciones y Transportes”.

“Se veía venir, pero las autoridades del Colegio no hicieron nada. La Universidad está muda desde hace años. Ya no esperamos que hable. Nos toca. Yuriria, egresada de Ingeniería y del CCH, por supuesto. Medalla Alfonso Caso”.

“Compañeros, viejos y jóvenes: ¿Les sirvió de algo estudiar en el Colegio? Logremos que siga vivo, otros también lo necesitarán. Ernesto, funcionario de Movilidad de la Delegación Miguel Hidalgo”.

“Si el CCH sale de la UNAM que se una al Instituto de Educación Media Superior (IEMS). Podemos ser muy fuertes. Joel, profesor de Iztapalapa 3, IEMS y exalumno de Vallejo”.

“¿Y qué va a pasar con nuestro Diploma de Bachillerato? ¿Lo seguirán reconociendo las Universidades? Exalumno de Oriente”.

“Es un atropello del Rector que la UNAM no debe admitir. Hagamos un llamado a los universitarios conscientes para oponernos. René, Profesor de Matemáticas del Plantel Naucalpan”.

“Exijamos al Director General que encabece la resistencia. Contra las medidas entreguistas del Rector. Hugo, Profesor, Plantel Oriente”.

“Cecehacheros: convoquen y seremos muchos los que lucharemos. Dr. Peralta, exalumno de Azca, UAM Xochimilco”.

“No me olviden. Estoy muy agradecido por mi formación en el Colegio. Tengo un negocio en la Central de Abastos. Viva el Sur. Joel Arvizu”.

Y otros mensajes, muchos más, pero una difusa incapacidad de concretar y concentrar. Se necesita más que frases de indignación y repudio. Y alguien debe inventar lo urgente y desconocido, pero decisivo.

Porque el destino se jugará en el Consejo Universitario y las fuerzas propias del Colegio, exiguas: tres Consejeros Profesores y sus suplentes, otros tantos alumnos, no sé si provenientes de listas digamos *académicas*, el adjetivo es un tanto ilusorio, con claridad digamos, las apoyadas por los Directores del Colegio, o anarquistas, que también protestarán, pero no puedes estar seguro de su comportamiento en una guerra de varios meses y sin certidumbre de su discurso. Ahí sí nunca.

La verdad es que ya no conozco a los presidentes de las Comisiones, ni siquiera sus nombres, y a muy pocos Consejeros Universitarios. Tampoco a los profesores del Consejo Académico del Bachillerato, por lo menos a algunos que deberían disponer de argumentos que objetar a la separación, al parecer ya decidida en el sexto piso de la Torre de Rectoría. Si rector y no Rector, entonces, rectoría, cuando mi discurso lo aluda. He cruzado saludos formales, cortados por el silencio inmediato de quienes saben con quién hablan, aunque les importe poco, con los Consejeros del Colegio, pero apenas uno o dos han escuchado mi llamado a los preparativos para una batalla. que ellos consideran imaginaria, de un profesor antiguo, pero ignorante del significado actual de las palabras.

A veces, a lo largo de los años, han aparecido amigos que habitan en el cenáculo y tienen acceso a documentos no clasificados, sino de “observación ordinaria”, del Grupo de Información Universitaria, el GIU, digamos el Centro Nacional de Inteligencia (Cisen) nacional o el MI5 inglés o, para no andarnos con disimulos, una policía secreta o el espionaje político de la UNAM. Existe, cuento con algunos textos que se extienden por la orilla de toda la trayectoria del Colegio. Dicen, casi siempre, lo que yo también puedo decir y estoy diciendo. ¿Cómo los obtuve? A uno le quedan viejos alumnos, amigos conectados con ramas de información del Gobierno y de rectoría. Nunca un panorama completo, pero fragmentos siempre adecuados

para obtener una idea aproximativa de lo que creen saber en las tinieblas autoridades de la UNAM.

**GIU/CCH/8.03.25**

*“El Doctor JB (NOTA: José Bazán, desde luego. No deja de tranquilizar que por lo menos uno merezca iniciales, se siente que los informes, los reportes, como dicen ellos, han sido repetidos) y Luciano Arteaga, uno de los Consejeros Universitarios del CCH, (Otra NOTA: podría recordar, me imagino, y una larga repetición de hechos me asegura de que quien escribe el informe, es otro ‘universitario’ sentado dos mesas adelante, debajo de la televisión que transmitía el partido de la Liga de Campeones de Europa, Real Madrid contra PSV Endoven, en el restaurante que perdura como “Los Canarios” en Perisur. Sigue el informe) se reunieron anteayer para desayunar. No sé de qué hablaron en detalle, por el sonido de la televisión, pero tomando en cuenta el curriculum del doctor y su pasado rebelde y radical, aunque converso, según decía hace 10 años el libro del doctor Soberrón, Médico y Rector, trataron seguramente del proyecto que elabora la Secretaría de Reforma Universitaria. El punto que debe inquietar y poner en movimiento al doctor, a sus años, es el que delinea la separación de la UNAM del CCH. Puede ser que el doctor no tenga argumentos, pero sin duda tendrá mucho que discutir y, a la mejor todavía, alguna capacidad de movilizar a un número más bien reducido de investigadores y directores, obviamente egresados del CCH hace alrededor de 15 años. La marca del Colegio permanece, porque, también me pasa a mí, permanece y uno se siente renovado, cuando piensa en la primera y profunda huella de la primera experiencia de ser libres para pensar, pero obligados a argumentar. El Colegio puede hacerte feliz en la adolescencia y apresura tu llegada a “la primera adultez cultural”, como dice una vieja frase quien sabe de quién, ciertamente cecechero”.*

Luciano Arteaga llegó cinco minutos después de mi elección de mesa, la misma a la mitad de la orilla derecha. Había algún universitario, como ya dije, pero me daba lo mismo. Podía oírnos, no creo, pero tampoco que ignorara por qué un exDirector General del Colegio tenía una cita con uno de los tres Consejeros Universitarios del Colegio actual.

—Hola, Luciano. ¿Cómo va el proyecto de lanzarnos a la calle? Hemos pagado el alquiler mes con mes y año tras año, enviando miles de bachilleres a las Facultades. No todos tienen la calidad que la Universidad merece, o para que sea modesta, pretende, pero tampoco están tan lejos de los egresados de los Bachilleratos incorporados o de la Prepa. ¿Qué sabes de este rumor, que yo calificaría ya de noticia? Seguro que se trama una maniobra, mortífera para quienes pensamos que el Colegio está vivo.

—Doctor, usted se conserva bien. Me alegro de verlo, porque necesito información que no se encuentra en publicaciones recientes, claro todo está en el sitio que crearon ustedes en 2013, memoria.cch.unam.mx y en el sitio del Centro de Documentación Académica, pero no basta lo que hay ahí para discutir hoy en la Comisión de Trabajo Académico, con otro gobierno federal y un Rector en su penúltimo año.

—Bueno, si tienes necesidad de información puntual, dime y la reunimos. Alfonso López Tapia, lo conoces, creo, fue director de tu Plantel en los primeros años, tiene sobre todo memoria, yo cargo más fallas. Isabel, que fue Secretaria de Nuevos Proyectos del Colegio, también ha construido un expediente sólido con muchos documentos digitalizados y un buscador, que ya teníamos en el sitio en 2017. Hay un programa elaborado en el Instituto de Investigaciones Bibliográficas que sirve al repositorio de nuestro Centro de Documentación Académica. Me imagino que habrás andado por ahí alguna vez. Yo quisiera saber cómo va el proyecto de separación y cuántas probabilidades le ves de llegar a término.

—El primer esbozo viene de Rectoría, de la Secretaría de

Reforma Universitaria. Alegan que el Colegio, de la Prepa no dicen nada, sigue teniendo más influencia que nosotros, el CCH produce un 80% amplio de egresados de su matrícula, pero, a pesar de que el pase reglamentado ya se reglamentó más y solo lo alcanzan los egresados con 8 de promedio, la demanda de alumnos nuevos que vienen de las escuelas incorporadas y de otros Bachilleratos es cada vez mayor y hay grupos de activistas que llevan dos años con la consigna de concurso parejo para entrar a Estudios Superiores. Creo que hay sectores del Gobierno Federal a los que la idea les hace ojitos, por sus prejuicios e intereses de disponer de temas digamos populares, la denominación es exacta, porque argumentar sus posiciones académicamente no está en sus repertorios usuales. Por ahora, solo se ha previsto una primera presentación del proyecto, cuidadosa, porque no quieren que se conozca el tenor exacto de la propuesta futura, porque temen un levantamiento del Colegio y toma de Rectoría. Recurren a la vieja imagen del CCH, que no es ya el Colegio combativo y hasta descarado, según ellos, claro, de hace 30 años. A finales de este mes habrá una especie de sesión de trabajo en la Antigua Escuela de Medicina, y más antigua Inquisición, para discutir en mesas y con calma el proyecto, porque Rectoría ha grillado por todos los medios, pero quieren saber exactamente cuántos votos seguirán sus consignas. Tienen poder, pero también miedo de que no les alcance.

—El miedo está muy bien. No hay que disiparlo. ¿Cuánto tiempo crees que se llevará procesar un asunto tan cargado de explosivos, diría yo, antes de presentarlo a una sesión seguramente extraordinaria del Consejo Universitario, para poder discutirlo formalmente a fondo y decidir?

—No tengo idea, porque mucho depende de la actitud más o menos atrevida que elija Rectoría. Para variar, el aparato de espionaje, creo que usted ha empleado esta denominación muchas veces, es alarmista y malinforma al Rector. Nadie entiende



cómo universitarios inteligentes pueden creer las fantasías con que alimentan sus miedos. Yo le he pasado algunos “informes”, de modo que conoce el género.

—Es cierto. Siempre han sido mentirosos. Yo perdí la última batalla de mi segundo periodo en el Colegio, por el entrometido al que llamábamos “El Espantapájaros”, que literalmente rompió una negociación que estaba a punto de culminar para resolver la toma de la Dirección de Azcapotzalco en 2005. El Rector ni estaba en México, había ido a Salamanca, pero sus lugartenientes creyeron las calumnias de su agente y no pude sostener al Director. Lo decisivo fue no la prueba de los errores del Director, que se había equivocado, sin duda, pero no había faltado a ningún compromiso ni violentado ningún artículo de la Legislación, sino el deseo de que el Rector encontrara a su regreso toda la Universidad en calma, dormitando, y por supuesto ningún pendiente en el Colegio.

—Eso sigue igual, el Director de Aragón, no sé si se enteró, tuvo que renunciar por una trampa que le pusieron su abogado, son una plaga, nada que ver con los de la época del Dr. Carpi-zo, según dicen, y una funcionaria de tercer nivel, para decirlo adecuadamente, al parecer bastante aparatosa.

—Algo oí, pero no pongo mucha atención, intrigas ha habido siempre. Pero la amenaza contra el Colegio no es una simple maniobra. Es un atentado contra la Universidad y tenemos el deber de impedirlo por medios legales, sin violencia. Por favor, manténme informado.

De modo que, a pesar de desencuentros y largos silencios, por de pronto decidí resistir en el único campo, donde, a la mejor, puedo todavía hacerlo, aunque no estoy pretendiendo decir que escribo ninguna obra maestra. Este relato no es una apología, aunque no pretendo declarar que mantendré fuera del texto la defensa del Colegio, para ser claros. Doy aviso, antes de que el lector perspicaz la descubra con agudeza hermenéutica y burlona,

y pretenda que trampeo o busco excusas de nuestro fracaso y se sienta satisfecho de tener con qué despreciar al Colegio o le parezca increíble que en la Universidad los destinos dependan de misterios, en vez de fundarse en un saber público revisado y sacudido para garantizar su valía.

Después de tanta vida, que ha consumido mis años, no creo que el lector actual, con su lectura limitada hoy y desde hace 40 años por las 140 caracteres del Twitter 1, y los ligeros aumentos del Twitter 2 y etcétera, esto es, rápida y furiosa, provocada por el deseo de terminar con un enunciado simple que resuma tantas páginas, no creo que este lector marcado por la “lectura de rapidez”, el *fastreading*, como dicen los ciberpedagogos, incorporada a la Educación Media Superior, pueda hacer esfuerzos más allá de los hechos más simplonamente enunciados y acaso sus efectos colaterales sean perdidamente más desdichados.

Por ello, anuncio aquí, que tengo el propósito de contar, es decir, de narrar y de sacar cuentas, no la vida del Colegio, que es infinita, sino los episodios que mejor la manifiestan y esclarecen, porque la aventura de 300 muchachos de 23 años, como los 300 de las Termópilas, a los que la Universidad ilusionó con inventar un bachillerato encargado de una innovación permanente y revolucionario en el aprendizaje y ahora, tras más de 50 años de tozudez académica, la misma Universidad los declara incompetentes, porque sus egresados serían inferiores a los del bachillerato tradicional que en 1971 la misma Universidad deliberadamente no quiso ampliar.

Así, esta mañana, después del desayuno y de haber visto la ardilla de cola blanca subir por la resbaladilla de mis hijos, y ahora de mis nietos, y saltar al pino, lejos del olfato cazador del Percy, de la Uda y de Alethia, obviamente más fácil palabra que *Aletheia* bien pronunciado, trataré de cambiar el signo de mi indignación recurriendo a alguna forma que organice lo que he aprendido en la larga historia del Colegio.

Hoy, en la primavera de 2025, el Colegio ha perdido la imagen que tuvo, de institución inventiva de normas académicas que en ninguna otra parte de la Universidad se practican. No se les ocurre, a nosotros sí. Pero ahora, los profesores repiten cada año proyectos e informes que difieren sobre todo en las fechas, pero no agregan no digamos estructuras, pero ni siquiera decoración a un edificio que ha pasado por varios terremotos implacables. El peor sismo, quiero decir la verdad completa, ha sido callado y siniestro y se introdujo en las paredes del Colegio con casi secretos dedos de inacción silenciosa durante años. El inventario de los abandonos y tardanzas es largo y tenaz y nombrarlo con prisa no adelantaría ninguna posibilidad de remedio.

Pero en la UNAM ha crecido el desprecio, siempre presente con medidas desiguales y ondulantes. Hoy es, en cambio, sólido y descarado. Una corriente activa de investigadores y profesores pretende que somos una carga injustificada sobre las alas del águila y el cóndor del escudo de la UNAM, que por ello no podrían volar tan alto como podrían impulsarla sus hazañas académicas, supuestamente las de ellos, poco documentadas, por cierto, en especial en la docencia. Los egresados del Colegio enredan en los pies de las ambiciones de Estudios Profesionales su ignorancia, su descarado para preguntar y hasta objetar el discurso de los profesores de Facultad. El Colegio hace a la UNAM pagar caro mantenerlo en su seno. No es justo, dicen.

He decidido, pues, tras haber dejado pasar casi un trimestre desde que comencé mi memoria retrasada, que hoy me hace falta tomar la palabra, apoderarme de mis palabras que he llevado a cuevas durante más de 50 años de acallarlas y de invertir las no en poemas, que exigen silencio, sino en interminables conversaciones con colegas sobre el Plantel Naucalpan, y el Colegio entero como proyecto y, desde el último decenio del siglo pasado, como un modelo de Bachillerato que hoy desprecian quienes lo desconocen. Continúo escribiendo, pues,

a claras sabiendas de que el final de mi texto puede coincidir, o no, con el final del Colegio y, en cada alternativa, con este sobrevivir o morir, o también quedar en suspenso, porque la puntuación de los acontecimientos así lo imponen, o acabar en un silencio que oscurezca para siempre el futuro ya imposible de nuestra escuela nacional, que no ostenta su naturaleza, pero está orgullosa de llamarse el Colegio y su potencialmente siempre enorme capacidad de comunidad que intercambia y se escucha, que el Estatuto General le reconoce expresamente en su nombre.

De cualquier manera, lo reitero, esta no es la historia de mi vida, ¿o no lo he ya dicho? ni siquiera una historia del Colegio, es apenas su memoria, una de ellas. Sin embargo, gracias al entreveramiento de libertad y azares, de casualidad y deberes, resulté presente en la mayor parte de los hechos decisivos de la navegación del Colegio en los mares de decenios, a estas alturas oxidados, y en los más recientes y dolorosos. En algunos fui protagonista; acaso en la mayor parte solamente testigo en barrera de sol, de manera que presencié cómo se hilaban los acontecimientos y cómo las palabras de unos y otros los acompañaban para asentarlos o desfigurarlos. Por eso, amputado deliberadamente por quienes ejercen no tanto la autoridad cuanto el mando, de toda acción en el Colegio, menos las que nacen y se agotan inicialmente en el ámbito de la reflexión personal, escribir, sobre todo, actividad de la que ningún universitario aceptaría ser únicamente objeto, he llegado al convencimiento de que puedo aportar al Colegio los aprendizajes que su vida compleja y apasionante han ido enraizando en las regiones más profundas de la mía.

Los presagios de un lanzamiento, como si fuéramos una familia empobrecida que no ha podido pagar el alquiler de su vivienda, suenan en el aire, cadena de gritos destemplados, todavía de pocos decibeles, como si una horda, tras un retorno de siglos, los lanzara a lo lejos. No puedo ni negar ni olvidar. Por

eso, ahora sí tengo prisa y comenzaré a escribir según broten de debajo de los cimientos de mi memoria los recuerdo y las ideas, para luego ordenar, disponer acaso, si alcanzo la capacidad de lograrlo, para mostrar cuánto vale el Colegio y cuánto nos ha costado a quienes lo hemos construido. No demandamos que nos premien, ¿cómo lo harían?, sobre todo después de que el premio ya ha sido conferido: los alumnos que viven como mujeres y hombres dueños de una cultura hecha no de repeticiones ni citas, sino de novedad e invención, productiva, organizada, abierta, en aprendizaje interminable y que dicen, sin que nadie insista o siquiera les pregunte y de mil maneras: “El CCH cambió mi vida”.

Mis amigos y yo, las academias espectrales del Colegio, unos trazos perdidos de diseños en las paredes de memorias maltrechas, pero dotados todavía de posibilidades de recomenzar a vivir y a actuar, a pesar de las desventajas que nos asedian, vamos a subir a las almenas de viento del Colegio para responder, con inteligencia, en los meses que vienen, que serán decisivos, pero que no aceptamos escritos de antemano, como logramos hacerlo tantas veces en el pasado, cuando tampoco muchos nos querían ni menos nos admiraban.

En mi interior, de persona mayor, no acepto ser ni anciano ni viejo, insulto vulgar de choferes analfabetas. Hay un amanecer estricto de ansiedad y ha quedado al descubierto, como en una excavación arqueológica, una piedra plana e inmóvil, donde puedo apoyarme para seguir de pie y hacer frente, una más de mil veces, a los que acechan al Colegio para echarlo, esta vez descaradamente, de la UNAM.

“Crear un órgano permanente de innovación de la Universidad...adaptando el sistema a los cambios y requerimientos de la propia Universidad y del país”.

Se dijo en 1971 y lo repito y me hago cargo.

## 6

**E**l restaurante del Museo Universitario Arte Contemporáneo (MUAC) era cómodo para entrevistas en las que la discreción no fuera obligada. El Director de Ciencias y el de Química se instalaron en una mesa del recinto general, cerca de las rocas que el volcán Xitle abandonó hace siglos y que animan a la Universidad a permanecer.

—¿Te llegó ya el orden del día de lo que Rectoría califica de “reunión de trabajo” y que todo mundo sabe que se trata de la separación del Colegio de Ciencias y Humanidades? Queda claro que es una especie de sondeo para reconocer los puntos en que el cabildeo deberá concentrarse y, cuando mucho, mejorar la redacción. Al parecer llevan un año, los muy cercanos al Rector, trabajando en secreto y nadie ha soltado prenda.

—Sí, lo leí desde el martes y la verdad me dejó mal sabor de boca. Sabes que estudié el Bachillerato en Naucalpan, tú eres de la Prepa y tu escuela, por de pronto, déjame poner las cosas así, no está amenazada, pero no se confíen. Mi profesor de Física fue José Luis Sánchez Acenjo, el fundador de Jóvenes a la Investigación. Me contagió y estudié la misma carrera, luego posgrado en Princeton y postdoc en Alemania, bueno.

—Yo la veía venir, desde que el Rector en el 13 rompió con el Colegio. Recuerdo que un grupo de estudiantes del Colegio, o quienes representaban su papel, intentaron tomar la Dirección

General. Un error de Juan Ramón haber cedido el viejo edificio de Radio UNAM al Colegio, pero eso se remonta hasta el 2000. Ya llovió. En el caso de la ruptura, los alumnos cambiaron de opinión y se fueron contra Rectoría. La tomaron. Sinceramente no entiendo cómo el Rector de entonces tan hábil no pudo impedirlo. Los asaltantes ni eran tantos. Lo peor es que desvalijaron su oficina, le robaron medallas de reconocimiento internacional. Le dolió al Rector. Y tenía motivos. Pero luego, y aquí comienza una etapa oscura, la culpa recayó sobre la Dirección General del Colegio, lo que considero injusto. Que la Dirección haya sido torpe para no retener a los asaltantes, es claro, pero no se sigue que los haya inducido a injuriar al Rector en un punto sensible.

—No me di cuenta de que el humor del Rector cambiara tan radicalmente contra el Colegio. Tengo poca información de esas aventuras burocráticas. De todos modos, una cosa es que un Rector, que ya no está, se distancie de una Dirección General que tampoco está y otra muy distinta, y mucho más grave, desprenderse de una parte del mapa de la UNAM. Me lo imagino como la pérdida de territorio tras la guerra de 1848.

—Deme la cazuela y papaya. Más café urgentemente. ¿Cómo le va? Hacía rato que no aparecía por aquí. Sí, gracias.

—Yo quiero fruta, melón, ¿está bien maduro? Y yogurt. Tengo que bajar de peso. Hubo hace años un director de mi facultad al que todos apodaban El Gordo, muchos nunca supieron ni cómo se apellidaba. O les daba flojera enterarse.

—En su documento, lo leíste ya, me imagino, el Rector considera al Colegio como un peso que impide el desarrollo universitario de la UNAM. Curioso, porque el Colegio fue creado para que la Universidad pudiera seguir siéndolo y cumpliera plenamente con su misión educativa. Es el anverso de lo que decía en 1971 el Rector González Casanova.

—La argumentación me parece endeble. Si tomas en serio, y no como eslogan politicoide, la aportación de cada escuela a la

misión de la UNAM, hay varias, no hablemos de número, que entregan malas cuentas. El Colegio sigue recibiendo sobre todo a una población de menores recursos, menos palabras y una cultura general absorbida de los medios, la peor dotada socioeconómicamente de la UNAM. Y lo hacen, claro con insuficiencias, pero habría que tomar una medida más ajustada a las realidades de las aportaciones educativas que cada quien distribuye.

—¿Cuál es tu posición de principio ahora que comienza este conflicto? Porque será un conflicto y de los grandes.

—Yo no encuentro ninguna razón de peso para designar al Colegio como chivo expiatorio de las deficiencias de toda la UNAM. Estoy en contra. Con ese criterio si no tienes un porcentaje, además, ¿fijado cómo? de egresados, debes abandonar la UNAM. También las facultades.

—Creo que la defensa la deben encabezar los profesores y autoridades del Colegio. Siempre han sido rebeldes. No veo por qué ahora tendríamos que hacerlo nosotros, Estudios Superiores. Tú diriges una Facultad Madre, como decían los cecehacheros desde los 70. Tienes mayor cercanía al conflicto.

—Algo haremos, pero hay que esperar hasta conocer, ya la semana entrante, las intenciones reales del Rector, para tomar posición con bases objetivas. Yo tengo algunos amigos, profesores del Colegio, y los Consejeros Universitarios, los dos de Ciencias. Voy a ponerme de acuerdo y ayudar. En definitiva, pienso que al Rector le va a salir más caro el caldo que las albóndigas.

La explanada del MUAC parecía extender su sol hasta las faldas del Ajusco. Ninguno de los Directores traía chofer. Bajaron al estacionamiento subterráneo. Yo esperé unos minutos para no tropezar con ellos en el cajero.



Comenzamos la guerra con titubeos. Era insólita y sobre todo total. No se trataba de exigir la expulsión de activistas que narcomenudeaban, pero Rectoría consideraba intocables, como detonadores de explosiones de larga duración. El rector esta vez era el adversario.

Logramos imaginar con indecisiones el primer plan de ataque.

—Lo que sí podemos hacer es presentarnos en la puerta de la Antigua Escuela de Medicina el día de la sesión del Consejo, si en la agenda está el punto de la separación del Bachillerato, que por ahora, entiendo será de preparación, dicho con mayor verdad de manipulación, aunque no pasemos de medio centenar, pero cada quien llevará su currículum, hay que buscar a un publicista, yo conozco un experto de primera, que nos ayude a formatearlos para que sean eficaces y no dejar entrar a ningún consejero sin rodearlo, sin violencia, y ponerlos frente a sus responsabilidades y a la publicación en la prensa y en las redes de la lista de los que se perfilen por la separación. Las redes son más temibles por violentas, porque cada quien añade sus propias pendejadas y van a desfigurar el estilo cecechero y universitario de la protesta, pero son los riesgos. Antes le entrábamos a otros, los porros, por ejemplo. Los consejeros temen las redes. También sus alumnos de facultad, muchos egresados del Bachillerato Universitario se enterarán y no fal-

tarán textos y vete a saber qué jodidas ocurrencias, no siempre universitarias, la verdad, como siempre. Y declaramos a los periodistas que nos pidan entrevistas. Lo esencial: la UNAM pierde sus escuelas más antiguas, digo por la Prepa, y su Bachillerato más avanzado, nosotros, para entregar el nivel Medio Superior a los planes del gobierno que quiere formar alumnos supuestamente “con moralidad y espíritu nacional”, ¿Oíste las comillas?, pero se olvidan de que la educación no está hecha para formar alumnos a la medida del gobierno en turno, sino para saber, criticar, innovar en todos los campos, ser, convivir y encabezar convenciendo. La ciencia no atañe al estado, sino a la Universidad, dijo don Justo. Por lo menos en 2100 algún historiador recogerá nuestro mensaje, además de nuestros hijos y nietos y los de los alumnos y profesores que saben cuánto es el CCH y cuánto aprendieron en él.

Llegamos a la cita unos 20 y media hora después estábamos los 50 apalabrados, una mitad, convencidos, la otra, resignados. Se notaba, pero en el movimiento de la intervención sobre los Consejeros Universitarios convocados, pienso que se distinguían unos de otros. Las medallas de la UNAM y la Asociación Autónoma del Personal Académico de la Universidad Nacional Autónoma de México (AAPAUNAM) y los cartones con el currículum personal colgados en el pecho. Creo que nos veíamos ridículos, un grupo de viejos calvos o canosos con letreros confusos en el pecho. A las maestras ninguno de estos adjetivos de senectud se les aplica. Por supuesto.

Pero los ojos sonreían y nos burlábamos de quienes, por demás sorprendidos o ajenos, se avergonzaban de vernos ahí, a la puerta de la Antigua Escuela de Medicina, sin pretender entrar al Consejo. Nos hubieran dejado entrar por lo menos a los eméritos (todavía uno). Pero no queríamos participar en la ejecución del Colegio en la plaza de toros o en el Coliseo romano en que se convertiría el auditorio de la Escuela, desde comienzos

del siglo sede de las plenarios del Consejo Universitario. Además, para hablar, un consejero debía pedir autorización a nombre nuestro, lo que nos convertía en huéspedes que los dueños de casa podrían fácilmente evitar, fingir escuchar e ignorar, repitiendo simplemente que se trataba de una sesión de trabajo de Consejeros Universitarios para conocer los fundamentos de un proyecto académico e institucional legítimo: la exclusión del Colegio. “Doctor, no estamos discutiendo el punto”.

Se precipita marzo y todas las escuelas y facultades suben la cuesta de la mitad del semestre. Nos enteramos una semana antes de que se trataba de una sesión de información, de trabajo, del Consejo: el rector se proponía confirmar a sus huéspedes y enlistar a los pocos universitarios resistentes y obcecados en hacerse oír sin quedar aplastados por una mayoría de repetidores vacíos. No se tomarían decisiones, pero sí el pulso, para que Rectoría pueda evaluar si cuenta o no con una mayoría suficiente para desligar al Colegio de la UNAM. Imagino que sobre todo querrá medirle el agua a los camotes, o a los tamales, y calcular cuántas divisiones tendría que llevar al frente en caso de rebeldía en el Consejo. Con menos metáforas, cuántas horas de cabildeo requeriría formar la mayoría que tomaría la decisión de expulsarnos. Sobre todo porque el Colegio no ha transgredido ninguna norma en los últimos años, ni antes, en esto no hago concesiones, sino se está penosamente encaminando a alguna forma de recuperación de su mejor tradición académica, el Modelo Educativo, la Cultura Básica, el Profored, la colegialidad, la cercanía generalizada entre profesores y autoridades, gracias a un Director General, por fin, convencido de que no hay dos planes de estudios, uno institucional y otro adicional, que consistiría en los aprendizajes siempre libres por definición que se obtienen en Opciones Técnicas, Educación Física, Difusión Cultural y Psicopedagogía y constituyen la *formación integral* imaginada en 2015 en las nieblas del Director de entonces. El

Director actual, comprometido, pero en el penúltimo año de su primer periodo, que termina en 2026, resulta así vulnerable a plazos y es evidente que querrá repetir y nadie sabe cuánto está dispuesto a arriesgar.

En mis recuerdos de los años en que fui Director General y Consejero Universitario, los colegas Consejeros se volvían de todas las filas de butacas para oír las intervenciones de Jesús, de Rufino o las mías. Nunca usamos frases hechas ni repetimos tópicos. Rufino insinuaba su pasado revolucionario más alegre que real, pero resultaba verosímil. En su discurso entraban el Che, 68, los otros asesinatos de julio de 71 y nuestra fama de revuelta, que en los hechos fue mucho más ligera y leyenda que realidad. Teníamos opiniones que ningún otro sector de la UNAM exponía, aunque calladamente acaso otros las compartían. Pero ahora aquellos faltaban incluso por jubilación de la presencia en este mundo.

La plaza de Santo Domingo estaba desierta y los adoquines brillaban con un sol que aparecía sobre los edificios de Brasil. Nadie negó al sol la entrada al patio de la Antigua Escuela. En los portales del lado poniente de la plaza, los artesanos de la academia universal, que pueden improvisar un diploma de cualquier carrera en un par de horas, con sellos y firmas, todavía no abrían. Faltaba una hora para ser Licenciado según diploma de tinta fresca. El ancho de la plaza separaba y unía la garantía de valor académico de la que el Consejo Universitario responde y la falsificación conocida, utilizada sabe cuántas veces por cuántos fingidos profesionistas, pero que nadie estorbó nunca. Era, en peor, como el reconocimiento de la Preparatoria Popular que empezó en Liverpool, la calle, siguió en Fresno y terminó en el Centro Medellín de la Facultad de Química, ¿o tuvo aún una etapa semejante en Revillagigedo?, hace tantos años, cuando los populares asaltaron el Plantel Naucalpan y acumularon sus despojos en la antigua escuela de Química. Las pocas figuras, el vacío de la plaza desierta me recordó las telas de Giorgio De

Chirico, parecían detenidas en ademán de caminar con largas sombras aplastadas en las baldosas de la plaza.

Llegaban también los Consejeros. Una fila de vigilantes de STUNAM, uniformados, por una vez excepcional, vete a averiguar por qué, les hacía valla de la plaza y de la banqueta de la Secretaría de Educación Pública (SEP) a la entrada en ochavo de la Antigua Escuela de Medicina. A estas alturas del siglo las corbatas han desaparecido por completo. La historia de los atuendos del Colegio corrió siempre y adelantada por su cuenta.

Intentábamos abordarlos antes de entrar, donde el poder de la burocracia de la UNAM no alcanza, donde todos éramos ciudadanos en un espacio público, y pretendíamos decir algo que tocara su conciencia. Pero no habíamos concertado consignas, de modo que nos expusimos a una diversidad de tono y de sentido dispersa.

Por otra parte, unos pasaban con pasos rápidos, en el primer escalón de la carrera. Les decíamos, no a gritos, que éramos una manifestación de universitarios pacíficos: “Colegio sí. Separación no. La UNAM debe mucho al CCH. Acuérdate del Reglamento General de Posgrado”. Nos oían, algunos terminaban alzando la mano, ¿consentimiento o despedida?, y se perdían entre las musculaturas ordenadas y ausentes de los vigilantes. Otros bajaban la vista y arremetían como bloqueadores que abren una brecha para el corredor, que trataba de alcanzar un primero y diez decisivo. Había quien mascullaba seguramente insultos, que no se atrevían a arrojarnos a la cara. Nos temían, no por una agresividad preparada para el asalto, sino por algo que rondaba, creí intuir, los alrededores de la conciencia.

Las consejeras alumnas cercanas al Colegio, tres años, pero ya en Facultad coreaban el eslogan. Dos directores de Instituto, Física, sin corbata, y Filológicas, todavía con corbata rojo quemado con un traje azul, se detuvieron y nos aseguraron su apoyo. Conozco a los dos. Además, la Coordinación de Humanidades se

llevó a su Secretaría Académica al Director General que rompió la cadena de directores que malgastaron al Colegio. Supe que no faltarían votos en defensa del Colegio. La UNAM no está muerta. Pero la mayoría se escabullía para ni enfrentarnos ni apoyarnos.

—No asesinen al Colegio.

—Tú estudiaste el Bachillerato en el CCH. Ahí aprendiste a preguntar y a buscar respuestas. Comenzaste tu instituto con nosotros.

“Colegio sí. Separación, no.

Colegio sí. Separación, no”.

—Vas a perder muchos amigos. Solo te quedarán los que no tienen ética.

—Otra vez nos vemos, doctor. Ahora estás contra la Universidad. Increíble, confabularse contra el Consejo.

—Al contrario, la defiendo como la construyeron los grandes universitarios. Con CCH y todo. Ustedes esperan que nos compre el Gobierno o que la Dirección de tu facultad te dé una plaza de carrera que no has ganado.

Un grupo de tres consejeros de Derecho fingieron no tener por donde pasar y parecieron arremeter contra Alfonso, que no se movió. Seguro que los dos recordamos el atardecer de Oriente en que 50 profesores nos bloquearon la entrada.

—No se dejen engañar. Que les den razones, ra-zo-nes, y discútanlas. Para eso es el Consejo. No es el patio de atrás del Rector.

—Estamos cumpliendo nuestro encargo institucional. Decidiremos en conciencia.

—Entonces estamos tranquilos. No nos echarán.

“¡No nos echarán, no nos echarán, UNAM sí, CCH también!”.

El siguiente grupo era heterogéneo, un estudiante, un investigador de Ecología, una maestra seguramente de Arquitectura, dos profesores de Filosofía. La arquitecta era la más digna, Premio Universidad Nacional, por más señas, y de mayor edad.

—Hoy voy a hacer una moción contra las explicaciones de Rectoría. En su día, voy a votar contra la separación, pero no creo que tengamos mayoría. El Rector ha cabildeado como nunca. Hay muchos profesores en las Facultad de Estudios Superiores (FES) y en CU que estudiaron en el CCH. Nos vemos cecechacheros, nunca olvidaré lo que sigo aprendiendo de ustedes. Mantengan sus convicciones y su amor por la UNAM.

—Eso hemos hecho durante más de 50 años.

Pero en realidad lo que hicimos, se ve que ya no importa. Me importa a mí, pero tengo poca esperanza. He pasado la vida siguiendo una estrella, bueno, no tan alto, una liebre, inventando al Colegio, y no hemos podido alcanzarla. Así es la utopía, atrae y mira violentamente a los ojos. Es una diosa griega de ojos de lechuga, pero no nació de la cabeza de Zeus. No quieres dejar de mirarla, aunque no está en ningún lado. Un tiempo fundé una revista que llamamos *Eutopía*, de ningún modo la Utopía, el lugar que no está en ninguna parte, sino el buen sitio, el valle protector y favorable, con su arroyo y sus árboles rumorosos. El Colegio. Sin embargo, también en el CCH, cuando alcanzabas un resultado, se abría otro hueco o lo abrían quienes deseducan para la servidumbre y siempre nos odiaron.

Sabíamos todo eso, pero esta vez no teníamos claridades estratégicas, como un guardagujas que se equivoca y desvía el tren para el ramal en el que está parado, porque se acabaron las vías. No nos sentíamos pendejos, pero sí ingenuos. A la mejor había comenzado a terminar la aventura del Colegio y nuestras vidas útiles con ella.

Pero, en el recuerdo del Colegio inicial, aprendí también que nunca vuelves a la ciudad donde naciste, porque ya se perdió con tu infancia y no tienes una casa con jardines, con cuartos donde el aire alcanza a correr jubiloso, con una biblioteca y frente a la casa de la abuela, dulce y de ojos grises, viuda de un músico francés, y de los primos, de todas las edades, a escoger,

aunque desde luego había las jerarquías de la edad, pero nunca la discriminación de las mujeres.

Pero ahora estábamos en la Plaza de Santo Domingo y el sol había olvidado las cornisas de la SEP y caía violento e inocente sobre los adoquines. La puerta del Consejo estaba cerrada. Los transeúntes pasaban de largo, los negocios de fraude habían abierto y nosotros nos replegamos a la mitad de la plaza laica, que venía a figurar de atrio de la iglesia. Habíamos terminado con resultados irrisorios. Dentro seguramente discutían sobre el destino de nuestra vida, y la UNAM, tras algunos meses de trámites engorrosos, se ocuparía de entregar a la SEP la documentación del Colegio y entraría en el callejón del olvido con casas sin número, idénticas y perdidas.



**D**e la Plaza de Santo Domingo nos fuimos al café del Hotel Catedral. Debe haber algún Starbucks por los alrededores, seguramente en Tacuba, pero nadie dijo nada. Señal de depresión. Seguro, a pesar de los intentos no habíamos logrado entretejer alianzas para la primera discusión, preparatoria para la definitiva, a no sabemos qué plazo, sobre la separación del Colegio. Los consejeros universitarios afines al CCH nos aseguraron que hablarían, excepto De la Cuesta. Seguramente espera ser Director General antes de la expulsión y seguir en el cargo al menos en los primeros años de la nueva y desvalida condición del Colegio. Debe tener contactos en la SEP y quiere asegurar el apoyo del rector. Haremos todo para que se tope con la comunidad y lo rechacemos. Un Director General que apoya separar al Colegio de la UNAM, no cumple los requisitos para ser Director. El primero es, lógico, tener un nombramiento en el Colegio, pero ¿de qué vale un acto contractual, segregado de la comunidad de la que abjura, quien quiere un CCH en la SEP? De todos modos, el Director parece en desacuerdo con el abandono, pero nadie conoce el tamaño de su compromiso.

Però nos quedó claro que ese día no era un día de victoria. Cuando mucho podría haber una posposición, si los directores de Facultad o Instituto, exalumnos del Colegio, nos habían defendido,

y al hacerlo sentían que se defendían a sí mismos, y el rector veía dudosos los resultados de una votación. O podía preverla tan dividida que en la opinión pública la separación apareciera mal fundada e incierta. También el rector calcula sus probabilidades de reelección para el año que viene. Por supuesto, ninguno de nosotros irá a la Junta de Gobierno a apoyarlo. Y haremos lo necesario para que masivamente el Colegio se manifieste por la no reelección. Y habrá otros candidatos y otros patrocinios.

El café del Hotel Catedral me daba la impresión de seguir igual que en 1961, cuando volví de Europa a pasar las vacaciones con mis padres y en el desayuno sonaba a la orilla del silencio una cinta con “Agujetas de color de rosa” que oía por vez primera. Nada que ver con “Ciao, ciao, bambina” o “24,000 bacci” de Celentano poco más que veinteañero. Entonces. Pero me gustó y nunca la he olvidado, hace más de 60 años.

Pedimos juntar mesas y se pudo, porque las 11 no es hora de clientela de oficinistas del barrio, según podíamos imaginar. Éramos un equipo de fútbol, 11 también, mira nomás, los números. Alfonso hizo con resignación de estoico un balance cuyos números apenas cubrían los esfuerzos y no garantizaba el futuro. Miguel Ángel echó mano de algo más de combatividad y aseguró que todavía podíamos pelear, porque el encontronazo era a varios rounds, sin saber cuántos. Íbamos lentamente, efectos del café y de los raciocinios, pero sobre todo de la tenacidad de la esperanza.

Habíamos estado todos siempre del mismo lado, aunque no todos en todas las batallas. Quizá yo tenía el récord de continuidad: estuve siempre, porque los calendarios de mis nombramientos lo habían decidido así: los cursos de selección de profesores, la Coordinación de Manuel, la llegada de Fernando y David, los porros, el asalto a Naucalpan organizado por gente del gobierno con complicidades universitarias para desprestigiar al Rector en esos días nuevo, la revisión del Plan

de Estudios, sin ningún problema, con una huelga aguada empujada por funcionarios menores y siniestros del aparato de información (léase espionaje, sin el brillo que tenían los espías, si eran del mundo libre, durante la Guerra Fría. Confieso haber sido un lector total de John Le Carré), el ascenso del Colegio, y hasta ahí. Lo demás no fue aventura, que se agotó en la segunda década del siglo, sino triste decaimiento, y derrumbe pieza por pieza, las cornisas, los techos de las mansardas (que nunca tuvimos), los patios convertidos en estacionamientos (es una imagen). Hasta la mañana en la que estábamos escrutando las posibilidades de acción, detenidos, pero no derrotados ni dispuestos a dejarnos caer.

No nos recriminamos mutuamente por dudar. Pero no puedes vencer, si aceptas la duda de que, aunque te esfuerces con inteligencia, puedes perder, porque, cierto, tienes razón, pero lo que falta es hacerla valer y que la gente que no sabe nada del Colegio, tenga una versión clara de lo que es y puede ofrecer a la Universidad, por lo menos.

Aunque habíamos destacado algunos informantes en la Antigua Escuela de Medicina, no había muchas probabilidades de recibir llamadas. Por supuesto nadie usaba su teléfono en la gran sala del Consejo, pero era posible salir, irse al patio de atrás, donde los vigilantes de Rectoría fumaban y compartían sus novelas de amantes de papel o de las de sus jefes, los directores, y llamar dando la espalda o apenas afuera de la entrada de los mingitorios.

—En resumidas cuentas, creo que no hemos sido eficaces. Los profesores no aprecian que los asalten cuando ya están llegando a la sesión.

—Bueno, Alfonso, hemos intentado lo que está a nuestro alcance.

—Carajo, esto de estar fuera de juego y tratar de intervenir cuando la baraja está repartiéndose, meterse a ver si pescas un as

o lo que sea, un rey, pues, en el último momento no es estratégico, pero tampoco tenemos muchas posibilidades. Los profesores distinguidos del Colegio nos están siguiendo, excepto los que siempre han tratado de quedar bien con el Rector en turno, y por eso son distinguidos. Deberían dar un Premio Universidad Nacional no a la docencia, sino a la zalamería. Pero, chingue a su madre, veamos cómo termina hoy y después sí será nuestra responsabilidad completa ver qué hacemos.

A las 14 horas decidimos irnos y dejar el análisis de los acontecimientos para después de que tuvieran lugar y lo supiéramos, porque la discusión estaba siendo larga con seguridad y probablemente repetitiva y ojalá reñida. Tuvimos la ilusión de que tampoco el rector las tenía todas consigo.

Alfonso convocaría a otra reunión del Grupo de Coordinación, en cuanto conociéramos los resultados y, sobre todo, los argumentos e incidentes de la sesión, para saber dónde podían prometerse resultados e insistir y presionar en los puntos vulnerables.

**E**l rector debe tener, o imaginar, y haberlas presentado en la Sesión de Trabajo razones o meros recursos discursivos, para convencer al Consejo Universitario de que el Colegio es un obstáculo para que la Universidad cumpla sus propósitos.

Exactamente lo contrario de lo que el mismo Consejo, constituido en 1971 por otros consejeros, aprobó por unanimidad para que la UNAM pudiera cumplir sus responsabilidades de Universidad ante la nación. El Colegio nació unido al destino de la UNAM.

Pero ¿cómo saber que acaso está ya pactado, cuando las respuestas posibles, no necesariamente declarables abiertamente, se enuncian a media voz en los encuentros que nunca tuvieron lugar entre directores universitarios y en la lengua del poder del gobierno federal, que respeta, ¡cómo no!, la autonomía, pero cuyos observadores informan de lo que pasa, va a suceder o puede llegar a hacerlo y de todo lo cual los profesores del Colegio distamos más allá de abismos y barrancos infranqueables, cuyas orillas ni siquiera percibimos?

Puede uno imaginar que a la Subsecretaría de Educación Media Superior no le parece mal contar con algunos centenares de profesores, pongamos de 20 años de antigüedad, que han seguido 40 horas de formación por año, presentan proyectos de trabajo e informes, tienen con terca obstinación el propósito

de poner al alumno en el centro y saben hacerlo en prácticas docentes inventadas entre nosotros, mantienen como centro de su docencia apoyar a aprender las habilidades y conceptos básicos de cada materia, trabajando en equipo o en largas sesiones en voz baja inquebrantable en las bibliotecas (los celulares se apagan al entrar, bueno, muchas veces), discuten entre si colegiadamente y sin escándalo de los enredos adolescentes de los grupos, porque se trata de un quehacer cotidiano, que se intensifica al final del semestre, y los profesores aceptan ser evaluados con encuestas que recogen las apreciaciones de todos los alumnos. Estos responden cada fin de mes cuántos textos han leído, cuentos, novelas, teatro, cuántas fuentes han contrastado para formarse una idea inicialmente compleja que puede fundadamente proponerse de los hechos de la historia de México, cuántos experimentos cruciales que determinan la respuesta a incertidumbres del grupo, en Biología, Química o Física o cuántas prácticas desarrollan en los laboratorios y así en problemas o teoremas resueltos o demostrados y un largo etcétera.

Para la Subsecretaría de Educación Media Superior el Colegio puede servir de fermento para otro plan de estudios mejor y nuevo en todo el país, ahora sí en serio. Les conviene. A nosotros no. Nunca negaremos nuestra responsabilidad nacional, la n de la UNAM es tan nuestra como de los Institutos, pero para poder cumplir, el ambiente de libertad académica y de exigencia de conocimientos y habilidades de ciencias y humanidades es indispensable, y existe en la UNAM y en otros ámbitos quién sabe, pero no queremos desengañarnos.

Hay además en el Colegio un largo recorrido heterogéneo, pero constante, de formación de profesores y la experiencia del Programa Nacional de Profesores de Lectura y Redacción, 10 años, repartidos en tres sexenios, 1,100 cursos, 15 mil asistencias, todos los Bachilleratos de la Universidades públicas del país y dos fuera de la Universidad, pero de los gobiernos de los esta-

dos, algunos Colegios de Bachilleres estatales, el IPN incluido. Participaron 50 profesores del Colegio. Podríamos hacerlo de nuevo agregando otras ideas, sin renunciar a los fundamentos de no separar la lectura de la redacción y tomar en cuenta el discurso, para terminar con una evaluación que consistía en producir material didáctico para el próximo curso de cada profesor. Nos asegurábamos así de que la docencia se renovarían. Hoy Lectura y Redacción forman parte de una misma materia y es una aportación nacional del Área de Talleres del Colegio.

Por eso la amenaza que ha comenzado a tomar cuerpo desde marzo, su mero anuncio nos atañe en lo hondo, si es que las instituciones tienen espesor, pero la metáfora se justifica de cualquier manera.

**C**umplo lo anunciado: comenzaré desde el principio, condición en que estuvimos antes de nosotros mismos, cuando comenzó a crecer el proyecto del Colegio, como un feto oscuro y sin voz, pero destinado a amanecer un día para el mundo, luminoso, aunque sea en un país tan destruido como este México perdido entre muñones de rutas que solo llevan a descubrir cuán largo sería el camino, si al menos pudiéramos encontrarlo.

**Reflexiones (posibles) del Rector Pablo González Casanova, hacia julio de 1970**

*“Cuando uno llega a ser Rector, se vienen encima tantas ideas y esbozos de proyectos que no podían tomar cuerpo en la sola Dirección de la Facultad de Ciencias Políticas hace algunos años a mi cargo. Simplemente porque demandan la cohesión de la UNAM entera y tu influencia tenía límites precisos: un rectángulo de un piso, con cafetería, entre las Facultades de Odontología y de Economía. En el extremo de las Humanidades.*

*Pero ahora, en este mayo de 1970, he sido designado Rector y las circunstancias y condiciones sociales y la evolución del país piden otra universidad. La misma y única UNAM, pero de nuevo. No se trata, entonces, de cambiar de universidad sino, muy al contrario, de lograr que la UNAM sea más ella misma. Si*



*ha sido desde su fundación, de larga raigambre secular con otros nombres y otros patrocinios, la guía en ciencias y humanidades del país, ahora debe serlo de otra manera, recogiendo los avances que me transmitieron mis profesores refugiados y arraigados de la Casa de España, ahora Colegio de México. Observando su manera de proceder en la configuración y el análisis de los problemas, en sus actitudes críticas sin dogmatismo, supe que lo esencial de su enseñanza era su ejemplo y no tanto los enunciados, uno tras otro, de sus explicaciones en clases y seminarios.*

*Ahora quiero que toda la UNAM, sus alumnos, ante todo, y sus profesores como ayudantes de los nuevos aprendizajes, se comprometa a ir en busca de las respuestas al reto de todos los problemas de México y los encare con metodologías actuales.*

*Voy a dar el primer paso, constituir un grupo de jóvenes profesores, coordinados por otro de gran experiencia y apertura intelectual, para inventar las carreras que debería enseñar una Universidad que naciera este año, pero siguiera siendo la misma desde hace 450 años, aunque varias veces sucesiva y distinta. Así, comenzando radicalmente, surgirán ideas que podremos luego refinar y comenzar a transformar el plan de estudios de las Facultades, nunca viejas, porque son herederas de saberes fundados y llenos de promesas, pero tampoco tan al corriente de las necesidades que acosan a gran número de mexicanos.*

*La verdad es que el Coloquio de Sociología de aquel año, 1953, tenía ya 10 de investigar en el Instituto de Ciencias Sociales, me obligó a analizar las relaciones entre la educación y la sociedad mexicana que resultó de la Revolución, sus primeros asombros en un mundo cultural antes inaccesible y ahora todavía en realidad inalcanzable, aunque sus hijos habían comenzado a quedar inscritos en la Universidad. Tuve que preguntarme cómo debía acometerse una reforma de la Educación Media Superior. El único sujeto social que podía legítimamente hacerse cargo eran los profesores y lo son hoy en 1970. No los políticos, no*

los burócratas, entre los que cuento a los sindicatos y asociaciones asimilables, ni los empresarios. En estos 17 años, nunca he dejado de delinear ideas sobre la reforma de la educación, más exactamente, en realidad sobre todo del Bachillerato, que comencé a ir acomodando como un rompecabezas, mientras trascurrían mis vagabundeos por el Barrio Latino, sus escuelas y librerías, cuando volvía de los cursos de Santa Genoveva o del College de France y cada plátano del Boul Mich era un barco sin pudor de oro y susurros.

En esas estancias, me acerqué a los Annales, conocí a Braudel. Por cierto, debo escribir de nuevo al Fondo de Cultura, para que pongan fecha para una nueva edición de *El Mediterráneo*, que parece agotado. Tuve que ver con su traducción aquí y allá, pero, si nunca antepuse esta participación a mis estudios, tampoco nunca he renunciado a esta. Finalmente, pensaba, podré colaborar con Braudel cuando quiera, pero hubiera sido irresponsable dejar los estudios a medias y volver, ¿cuándo?, como tantos latinoamericanos que llevan a sus universidades doctorados del tamaño de sus meras inscripciones anuales (sin evaluación) y un índice prematuro de proyecto de tesis, con el visto bueno de un tutor de l'École Pratique des Hautes Études y arrastran durante decenios la defensa de una tesis que nunca escribirán, porque logran sin mayor esfuerzo que les digan doctor. Pero yo no perdí tiempo y conocí los enfoques de la reforma Langevin, envidiada por varios de los países de Europa.

Mis convicciones de la reforma se resumen todavía, desde 1953, en un par de frases: hay que abandonar la mentira de pretender enseñar todo de todo o, cuando los responsables fingen conservar un resto de ilusorio y engañoso realismo, algo de todo. Yo pienso que hay que enseñar en el Bachillerato lo importante de las materias importantes, las que merecen la metáfora de materias insignia, como los barcos de los almirantes de una flota: Física, Química y Biología, Matemáticas, Historia y un dominio

*de la comprensión de lectura directa de los clásicos y modernos y de la redacción de los tipos esenciales de textos académicos y sociales. El enciclopedismo es una peste y deja contagiarse los planes de estudio por una acumulación interminable de datos desorganizados. Otra cosa sería aprender a manejar la Enciclopedia como fuente de saber, pero no es lo que hacen los Bachilleratos hoy, ni siquiera la Preparatoria de la UNAM, lástima. Podría pensarse que Gabino Barreda la vería como un hijo que vuelve de la guerra, deforme e impedido. Ya pasé de la razón a la imaginación, la loca de casa, sin olvidarme de la primera. Y acabo de enunciar mi primera frase del proyecto, ampliada desde luego, para eso están los infinitos poderes de la lengua.*

*Y llego a la segunda, porque mi proyecto es ambicioso: la interdisciplinaria, liberar a las ciencias y las humanidades de las fronteras establecidas para repartirse las cátedras y, también, por cierto, para una cierta facilidad en la organización de las universidades. Pero factores y leyes que proceden hoy de distintos campos, interaccionan en los problemas reales, que no han ido a la universidad y no saben dónde terminan sus componentes. Sueño con Licenciaturas interdisciplinarias, Ciencias de la Tierra, Ciencias del Mar, Biomedicina, Análisis de Operaciones, Comportamientos Organizacionales y con carreras, no solo los posgrados, que deberán consistir radicalmente en una iniciación profunda a la investigación. Desde los 16 años, cuando la capacidad de inventar es más poderosa. Si decía en mi ponencia que los alumnos de Bachillerato deben trabajar en Historia o en Ciencias Naturales como lo hacen los especialistas, cuando trabajan siguiendo los métodos y la pasión propios de sus campos, ¿con cuán mayor razón deberán trabajar, imitando a los profesionales destacados, los alumnos de Posgrado de la Nueva Universidad?*

*Luego seguirán las Casas de la Cultura, para que la UNAM invite a toda la población a asistir a conferencias, ciclos de cine,*

*teatro, música, divulgación de las Ciencias y las Humanidades, en lugares lejanos de nuestro Campus materno, para que puedan asistir sin excesivas distancias y mucho menos con obstáculos de discriminación de vestido y lenguaje. Todo esto pienso, evito siempre decir “sueño”, porque no se trata de un proyecto onírico, sino de una voluntad visible, firme, ambiciosa. De un proyecto sólido y renovador del Rector.*

*Me queda prácticamente entero un periodo de Rectorado y acaso otro que lo vuelva primero. No emprenderé una campaña de adhesiones personales, sino de compromiso con un proyecto académico total. Cada día comienzo un acercamiento fragmentado a la Nueva Universidad y a sus proyectos colaterales”.*

**P**ablo González Casanova, Rector, reflexiona en noviembre de 1970.

*“En 1953, escribí un artículo sobre la metodología de la reforma de la educación. No he visto, en tantas páginas leídas desde entonces, nada parecido. Tampoco, si reconoces tu experiencia de investigador, lo sabes, tampoco pienso haberlo obtenido de mi pura inteligencia. El saber se genera también indirectamente de otras ideas afines o contradictorias; en mi caso de ideas discutidas, leídas en revistas científicas o semanales francesas, que siempre están reformando la educación, o dicen que lo hacen, o hasta llegan a hacerlo, pero a los pocos años el mismo partido emprende adecuaciones sin término. Lo cierto es que la ponencia para el Congreso de Sociología de 1953 me dejó satisfecho, porque traduje en términos educativos ideas por las que siento ahora un afecto de padre, pero han tenido que pasar casi 20 años para pasar de la imaginación a un proyecto que ahora sí aspira a convertirse en acción, ahora que soy Rector de la UNAM desde hace medio año.*

*Intenté crear una Nueva Universidad el verano pasado, reuní a académicos jóvenes, coordinados por Roger. Inventaron de todo, áreas, carreras interdisciplinarias, cómo arrastrar la escuela nueva y activa para hacerla entrar a las licenciaturas, temas que por si solos merecerían una Facultad, mecanismos de evaluación*

*insospechados, pedagogías que renuncian a enseñar y proponen solamente que el alumno aprenda, mientras más por su cuenta, mejor. Nunca estuvieron todos de acuerdo, eran unos 40, excepto en ir más allá que los demás en la invención de novedades y audacia. Yo, en mis ratos de silencio social, coincido con un alto porcentaje de estas aventuras, pero en mis horas de Rector, que suelen ser más largas, sé que un proyecto que modifica la estructura académica de la UNAM tan hondamente debe pasar las horcas caudinas del Consejo Universitario. Imagino la sesión y dudo que pueda, sin un cabildeo cuidadoso y alianzas con los directores de las Facultades líderes, reunir la mayoría para aprobar una universidad que, por nueva, retirará poderes a las facultades y escuelas tradicionales, sobre todo si se empeñan en mantener intactas sus legados, incluso los menos legítimos, aunque la cultura actual ya no encuentre respuestas en su docencia. No tanto los institutos, a los que la refundación afecta menos. Y una cosa es la academia y la misma es también poder. Veremos.*

*Por de pronto, tengo un programa concreto en algunos puntos:*

- 1. Informar a Roger y explicarle que tanta ambición como la que creen justificar sus académicos no pasará por el ojo de aguja del Consejo Universitario. Ojalá la UNAM fuera exclusivamente académica. A un año y medio del inicio de mi Rectorado, no debo responsablemente quedar encerrado en el dilema de “o me siguen o los dejo”. Un porcentaje significativo de cambios atrevidos también vale la pena y es lo que calculo a nuestro alcance hoy, a mediados de noviembre de 1970.*
- 2. A los académicos incorporados en el proyecto, con la mayoría de los cuales he tenido contacto personal y a los que he animado a inventar, mi posición les parecerá conservadora. Puede que hasta se sientan traicionados. No hay tal. Un general también debe calcular sus probables porcentajes de pérdidas y medir el tamaño del enemigo. Entrar en batalla para perderla se llama irresponsabilidad, sobre todo a po-*

cos años del 68, cuando hay todavía universitarios presos o desterrados, muchas heridas siguen dolorosamente abiertas y los oportunistas y aliados del gobierno no olvidan que la UNAM los enfrentó. Nunca he acabado de entender por qué el Presidente no objetó mi designación como Rector (en la Inquisición, o el macartismo, irritados de nuestro medio, deben haberme acusado de “comunista” o de “castrista”, por varios lados) y además está interesado el Presidente, por las presiones sociales, en ampliar la matrícula del Bachillerato, para lo cual ofrece terrenos. Hemos escogido ocho en un vuelo en helicóptero sobre la zona metropolitana, más exactamente el Distrito Federal, al que me invitó el Presidente, para dar pasos concretos, y el apoyo financiero, que mide la realidad de los compromisos.

3. Así, no voy a renunciar a comenzar una nueva universidad, pero lo haré en el sector que les parecerá más inofensivo, en el Nivel Medio Superior. Situaré a la Escuela Nacional Preparatoria en un campo de juego nuevo. Voy a intentar un Bachillerato diferente que declare públicamente que forma parte de una estructura completa de Universidad nueva, pero dejaré para más tarde el nivel profesional y los posgrados. Es curioso volver al rompecabezas que intentaba armar junto al Sena, ahora en México, que fue lago, pero nunca tuvo ríos importantes.
4. Tres o cuatro universitarios de primer nivel podrán armar el nuevo Bachillerato, porque a los de la Nueva Universidad les parecerá de pobre ambición y no veo cómo cabezas llenas de imaginación legítima, pero sin obligaciones de realismo, podrían cambiar sin tiempo de reorganización, sobre todo afectiva. Nunca he creído que las disciplinas y el saber científico sean ajenos a la ira, al placer, a la autoafirmación, al atrevimiento y los sueños. ¿Dónde están los universitarios que me ayudarán a tener, levantado y enseñando, un Bachillerato

nuevo en febrero de 1971? ¿Y los votos del Consejo, cómo los voy a reunir? No hay otro camino que presentar el proyecto como auténticamente universitario, obra académica de todos, aunque hoy todos soy yo apenas, mi hermano Henrique y tres o cuatro directores de Facultad. Roger seguirá ofendido, porque voy a entregar la bandera a Henrique. Es la desventaja de tener un hermano capaz de elaborar el proyecto en pocos días con la seriedad y firmeza que la empresa requiere. Iba a decirme, “la aventura”, pero estamos jugando en la UNAM y las reglas son Ciencias y Humanidades. No por vanidad, sino porque lo que realmente nace, y no finge hacerlo, comienza en un punto, en una célula, en una idea en el cerebro de una persona. Sola.

Por de pronto he dado instrucciones para que mañana amanezca cerrado el llamado Reposo de los Atletas, los cubículos adyacentes al Estadio Olímpico de Ciudad Universitaria, incluyendo el cubículo de su Coordinador, donde han estado trabajando los invitados a inventar la Nueva Universidad. Roger no me perdonará ni pronto ni tal vez nunca, sobre todo porque acabo de nombrar a Henrique, mi hermano, Coordinador de la entidad recientemente constituida, la Coordinación de Nuevos Métodos de Enseñanza, que aparentemente duplica al Centro de Didáctica, que se hará cargo, más allá de su propósito inicial, del Proyecto del Colegio de Ciencias y Humanidades. Así la Universidad dispondrá de una entidad ocupada en las dimensiones organizativas y probablemente no exentas de conflictos en Enseñanza Media y otra más enfocada a la investigación y a implantar en la UNAM las mejores novedades educativas que vayan surgiendo, en ella misma, ¿por qué no?, y en las universidades del mundo”.



**E**n casa de Raúl, mi médico reciente, calle con nombre de playa en la Colonia Marte, mi mujer y yo oímos un LP de Jesucristo Superestrella, recién traído de San Francisco. Estábamos en una sala que atestiguaba un matrimonio de dos profesionistas y dos hijos en los años 60 y un buen vivir en el ejercicio de la medicina. Raúl y Lupita trabajaban frente al mercado, a seis o siete cuadras de Guatemala partiendo del comienzo de la calle frente al ábside de la Catedral. Cobraban 50 pesos y hacían excepciones numerosas con la gente más pobre, a la que trataban con un mismo y sonriente afecto. El consultorio estaba siempre abarrotado y la cola de la consulta se respetaba sin excepciones. Tres o cuatro universitarios importantes, el Director del Instituto de Energía Nuclear, donde trabajaba mi mujer, entre otros, también eran sus pacientes. Hablo de recuerdos, porque casi todos los asistentes desde hace años dejaron de caminar entre nosotros y retomo las palabras interiores de una conversación de la que es posible que Alicia y yo seamos los únicos testigos relegados. A Alicia, tristemente, recordar se le ha vuelto una actividad imposible.

**Joaquín Sánchez McGregor**

*“El pretexto de la reunión, recibir a una pareja recién llegada de Paris, él con un Doctorado en Letras, fresco de mes y medio,*

lo dirigió Robert Ricard, el autor de *La conquista espiritual de México*, lo editó el Fondo de Cultura, un libro fundamental, está agotado; ella, después de una estancia de programación en el Centro de Investigaciones Nucleares de Francia, con la tutoría de André Nin, un judío ruso, casado con una francesa, Eveline. Haz judíos, el nuevo doctor mexicano, Levy, y el francés, y ellos se juntan. Por cierto, ella se vio obligada a responder a un interrogatorio sobre sus actividades, el doctor nos relató divertido la visita de un funcionario de los Servicios de Contraespionaje francés a su estudio en la Rue Saint-Séverin. Acaso los franceses sabían que ella pertenece al Partido Comunista Mexicano y no dejaron de verificar que no trabajaba de espía en sus Investigaciones Nucleares. De Gaulle preparaba sus baterías atómicas en el Plateau d'Albion. Bueno. Invité al doctor a verme en la Dirección del Profesorado, en Rectoría, para hablar del proyecto de nuevo Bachillerato que el Rector piensa confiar con urgencia a su hermano Enrique y a Rubén Bonifaz Nuño”.

### **Raúl**

“Me dio gusto reunir a Alicia y a su marido con Joaquín y que se entendieran tan naturalmente. Joaquín dijo que está aplicando las teorías de un francés, Bart, creo. Además, en su libro sobre los Historiadores de Indias del siglo XVI, amplía las teorías del inspirador. José me dijo que me visitaría en nuestro consultorio de La Merced, tenemos un nuevo amigo y paciente de la UNAM. Seguimos con el lema de “mitad y mitad”, una de universitarios o intelectuales, otra del barrio del Mercado. El primer universitario, un sabio, fue el doctor de Alba, del Instituto Nacional de Investigaciones Nucleares (INEN), donde trabaja Alicia. Hace ya más de 10 años”.

### **Lupita**

“¡Cómo la vida parece que se va desenredando! Fíjate, Raúl, conocíamos a Alicia desde hace años después de que Chelo, su hermana, fue tu paciente. Se fue a París, yo creo que su papá

*se preocupó por la represión contra el Partido en 68 y le consiguió una beca, la merecía, desde luego, pero debe haber servido también para alejarla de Santa Marta Acatitla. Ahora vuelve casada y su marido conoce a Joaquín y simpatizan en cinco minutos y ya tienen una cita para no sé qué proyecto nuevo de la UNAM. Los hilos sueltos se tejen, la casualidad acaba por parecer planeada. Bueno, la Providencia. Gocé mucho la tarde. Un día, sin invitados tráeme un pastel de queso como el de hoy y lo partimos con los hijos. No, no es por un cumpleaños, es porque sí”.*

Aquel día, Joaquín Sánchez McGregor, a quien acababa de conocer, efectivamente me habló de un proyecto del Rector para crear una Nueva Universidad dentro de la Universidad. Seguro, después de Navidad. Ya en 1971. Me alegró no estar atendido a sueños e ir reuniendo actividades que aisladas resuelven poco, pero acumuladas y ampliadas, por ejemplo, en la Ibero, soportarán el peso de las posibles urgencias.

Cuando lo visité unos días después, comenzado diciembre, en su oficina de la Secretaría del Profesorado, antecedente de la Dirección General de Asuntos del Personal Académico, pero entonces acomodado en medio piso de la Torre, responsable de todos los programas del Profesorado, me aconsejó pedir una cita con el Ingeniero Bernal, en el Centro de Didáctica, que vimos juntos desde la Torre al lado del Museo de Ciencias y Artes, y enterarme de las posibilidades de trabajo. Bajé del sexto piso de Rectoría y me fui al Centro.

El Ingeniero me recibió sin más y me puso al tanto de lo esencial: el proyecto se estaba elaborando. Estábamos a principios de diciembre, habría una convocatoria para un concurso, sin excepciones, de selección de profesores, y una materia que tendría que ver con Literatura. Todo en febrero. Quizá..., dados mis estudios. Luego podría tener una plaza mejor pagada,

de Administración Escolar, por ejemplo. No me hizo gracia imaginarme almacenando calificaciones y expedientes, pero el Ingeniero hablaba en serio y con cortesía y había decidido abrirme horizontes, aunque no fueran los que yo había solido mirar para entrever puertos, aunque fueran transitorios. Entre Joaquín y el Ingeniero Bernal, aprendí lo que necesitaba para intentar trabajar en el nuevo proyecto.

Por de pronto, tenía un curso en Licenciatura (Literatura Medieval) y otro en Posgrado (Relato en español, El cuento en las literaturas Hispánicas) en Filosofía y Letras, que me asignaron los doctores Luis Rius y Luis Villoro, con una libertad completa para escoger los autores y temas. También revisaba, y terminaba por rehacer a fondo, traducciones ajenas del francés y del inglés, para una compañía, Traductores Técnicos Asociados, que últimamente había terminado por comprender que le convenía eliminar la prescindible etapa de las traducciones torpes e inexactas o erróneas y confiármelas directamente, al fin de cuentas los textos finales en realidad eran míos. Los artículos venían de revistas especializadas sobre temas de energía y de política petrolera europea. Los leía, espero, Don Jesús Reyes Heróles en *Petróleos Mexicano* (Pemex). Mi mujer trabajaba de programadora en el INEN y entre los dos ahí la llevábamos y por de pronto tenía tiempo y podría escribir, y averiguar cómo se hace en la UNAM para ser nombrado investigador.

Uno tiene un destino, pero lo ignora más allá de convincentes relatos futuribles que terminan por suspenderse 50 años. Sin ninguna duda, el mío ha sido y sigue siendo ocuparme del relato. Por eso me molesta cuando, en la segunda década del siglo XXI, también en el Colegio, se desbordó el uso a troche y moche del sustantivo “narrativa”, alquilado sin pago a Lyotard, que, si no me equivoco, emplea *récit* y nunca *narration*, para moverse no en la poética renovada, Todorov y Genette, por ejemplo, sino con precisión para referirse a “el fin de los grandes relatos”, los

proyectos ideológicos de gran alcance, pero aquí “la narrativa” se ha estado adjudicando a cualquier proyecto político sin importar cuan minúsculo y barato sea.

Cuando tenía 15 años, Joaquín María García de Dios Domínguez, abreviado “Zeú” (genitivo de *theos*, dios, en griego, mira nomás) me invitó a escribir, con un equipo que estaba formando, una enciclopedia, *En el mundo de la narración*. Acepté, sin que ni una duda me pasara por la mente, me comprometía a ocuparme del cuento breve. Pasé el resto del verano, dos meses, en la biblioteca de la Universidad de Comillas, sin dejar de ir, mañana y tarde, a la ría y la playa de Oyambre. Nadábamos y atravesábamos la ría de ida y vuelta. A veces eran apenas cinco metros, otras 25, según los programas de las mareas del Cantábrico y el poder de la Luna. Pero había una roca y una hondonada donde podías clavarte. Nunca he pasado tanto tiempo en el mar como en los tres veranos de Comillas. Mi cuerpo no se olvida, ni siquiera 60 años más tarde.

Pero no quiero recordar el mar Cantábrico ahora, ni describir la posesión deliciosa de mi cuerpo entre sol y sal, buceos y embates de las olas. En la Biblioteca vasta era el único lector. El hermano bibliotecario me atendía exclusivamente. Leí todo lo que había en la Universidad, de teoría sobre el cuento, para no añadir aquí una bibliografía inoportuna, los textos clásicos, Poe, Quiroga, españoles varios; me enteré de Tomás Borrás, no propiamente actual, y de Ana María Matute, sorprendente para mi adolescencia, y comencé a comprar en Santander antologías de cuentos en Austral. Seguí así en Madrid y en Barcelona, de modo que cuando emigré a Roma, llevaba tres cajas de libros que tuve que empujar por el suelo de la frontera en Port Bou, con ayuda de un compañero portorriqueño, Rovira, que Dios conserve con bien en este mundo o en el abrazo del Padre.

Esfuerzos tales, dejan huella. Por eso, cuando Villoro me ofrece, 13 años después, un curso en el Posgrado de Letras de

la Facultad, a elegir entre Historiadores de Indias o El cuento en las Literaturas Hispánicas, escuché las voces misteriosamente claras del destino. He mantenido este curso 46 años, sin repetir nunca el mismo programa, aunque sí he tenido debilidades por Borges, desde los primeros 70, pretenciosamente mal visto por entonces en la Facultad por no ser izquierdista, luego Cortázar a lo largo y a lo ancho de sus relatos o en series cronológicas o temáticas completas; los cuentos policiales mexicanos, que nadie había tratado, hasta un intento en los 80 de reconocer las huellas de una escritura femenina, empresa en la que fracasamos, o al menos aprendimos que no habíamos aprendido gran qué, etcétera.

Finalmente, Don Henrique y Rubén Bonifaz Nuño redactaron los documentos técnicos, la semilla de la Nueva Universidad, que comenzaba por entonces por su nuevo Bachillerato. La “declaración” inicial provenía de la mano del Rector sin ninguna duda y el Rector la leyó con firme claridad, al comienzo de la Sesión Extraordinaria del Consejo Universitario el 26 de enero de 1970.

La *Gaceta UNAM*, número extraordinario del 1 de febrero de 1971, con la imagen, abajo de la primera página, de la presidencia de la Sesión del Consejo Universitario (no aparece el Dr. Guerra en la presidencia, pero lo enumeran) y reeditado dos días después, ahora con la fotografía de edificios en construcción, recogía la Exposición de Motivos del Rector y los documentos de fundación de la Unidad Académica del Ciclo de Bachillerato del Colegio, las Reglas de Aplicación del Plan de Estudios, un Reglamento sucinto de la misma Unidad y una lista de posibles Opciones Técnicas, bajo el título en la parte superior de la primera página:

“SE CREÓ EL COLEGIO DE CIENCIAS Y HUMANIDADES”

Para introducir la nota principal, la *Gaceta UNAM* recogía dos párrafos de resumen en cursiva y luego la ya citada evidente “Exposición de Motivos” completa, que se denomina “Declaración” del Rector:

“En la sesión ordinaria del día 26 de enero próximo pasado, el Consejo Universitario aprobó por unanimidad la creación del Colegio de Ciencias y Humanidades, del proyecto presentado por la Rectoría de la Universidad Autónoma de México y por la Comisión de Trabajo Docente y de Reglamentos del propio Consejo.

*Con motivo de este hecho que marca una transformación histórica en la vida educativa de la Universidad, el doctor Pablo González Casanova, Rector de la misma Casa de Estudios, hizo las siguientes declaraciones:*

“Hoy la Universidad da un paso muy importante al considerar un proyecto que tiende a fortalecer su carácter de Universidad...”

“El plan de estudios propuesto es la síntesis de una vieja experiencia pedagógica tendiente a combatir el vicio que hemos llamado enciclopedismo, y a proporcionar una preparación que hace énfasis en las materias básicas para la formación del estudiante, esto es, en aquellas materias que le permiten tener la vivencia y la experiencia del método experimental, del método histórico, de las matemáticas, del español, de una lengua extranjera, de una forma de expresión plástica. El plan hace énfasis en aquel tipo de cultura que consiste en aprender a dominar, a trabajar, a corregir el idioma nacional en los talleres de redacción; en aprender a aprender; a informarse en los talleres de investigación documental; así como despertar la curiosidad por la lectura y en aprender a leer y a interesarse por el estudio de los grandes autores...”

“En rigor podría pensarse en la creación de nuevas Escuelas Preparatorias que reprodujeran la estructura organizativa y académica del bachillerato actual. Sin embargo, la obligación de que la Universidad cumpla sus objetivos académicos de acuerdo con las nuevas exigencias del desarrollo social y científico, al mismo tiempo que confiera una flexibilidad mayor y nuevas opciones y modalidades a la organización de sus estudios, su-



gieren la conveniencia de poner las bases para una enseñanza interdisciplinaria y de cooperación inter-escolar, también en el Ciclo de Bachillerato...”

“De acuerdo con estas consideraciones se ha pensado en la formación del estudiante del Ciclo de Bachillerato en algunas disciplinas fundamentales —el método científico-experimental, el método histórico-social, las matemáticas y el español— le proporcionarán una educación básica que le permitirá aprovechar las alternativas profesionales y académicas clásicas y modernas”.

Durante el desarrollo de la sesión, en la que destacaban las intervenciones de los Directores de las Facultades de Filosofía y Letras, de Ciencias, de Química y de Ciencias Políticas y de la Escuela Nacional Preparatoria, y después de ella, fue inevitable que el Rector repasara mentalmente el sentido de una aventura comenzada por sus propias reflexiones sobre el método de la reforma de la Educación Media Superior publicada en el Boletín de la Asociación Nacional de Instituciones de Enseñanza Superior 17 años antes y presentada con las adaptaciones inevitables para obtener una aprobación unánime del Consejo Universitario.

“Me doy cuenta de pronto, pero con claridad total, de que han pasado muchos días desde que escribí estas palabras, “Nueva Universidad” por última vez, para designar el cambio indispensable en la UNAM y que decidí recurrir a otras para aclararme lo que quiero lograr. Con esta mutilación firme de mi propio discurso inicial, evité en la sesión que los Consejeros Universitarios se sintieran amenazados por enfoques y opciones educativas que los obligarían a una Universidad distinta, que, precisamente por distinta, exigirá seguir siendo la misma hasta cumplirse en plenitud. Pero esta aparente paradoja probablemente ha quedado fuera del ámbito de comprensión de muchos consejeros, sobre todo de Directores y de sus consejeros allegados, porque la novedad parecería atreverse a disputar territorios anexados firmemente a los ámbitos de las Facultades. En mi discurso de presentación,

solicité al Consejo aprobar el proyecto innovador del Colegio de Ciencias y Humanidades que reúne, les dije, la ampliación de la matrícula y un enfoque de cultura inédito en la UNAM y en México y nos permite seguir siendo la “Universidad Nacional”. Hay que expulsar la acumulación de museo en las materias del Plan de Estudios del Bachillerato del Colegio, ni tantos datos ni tantas fechas, ni la Historia desde la Antigüedad Egipcia, pero nunca hasta nuestros días, para eso están las enciclopedias, sino ante todo empeñarse tenazmente, sin perder la serenidad, en compartir con los adolescentes mexicanos, la generación que sigue al 68, las maneras de aprender en los campos del saber dominantes en nuestra cultura: el uso gozoso de la lengua, las matemáticas que nadie detiene y que, atravesadas en el ángulo exacto, producen placer y hasta diversión; las Ciencias, de la Física a la Química y la Biología; la Historia según la concibe la Escuela de los Anales y las nuevas corrientes europeas del marxismo, comenzando desde la aparición del capitalismo y ahora sí hasta nuestros días, a lo que, por supuesto, nunca me he referido en público. Se trata de una formación básica, la misma que esboqué en mi ponencia de 1953, porque el alumno estudiará a fondo lo importante de las materias importantes; productiva, porque los alumnos son no herederos, sino sujetos de la cultura de la que se apropian, porque aprenden a aprender y a hacer, y no a repetir las exposiciones de los profesores, sino a resolver los problemas de conocimiento con los que se encuentren; interdisciplinaria, atenta a los valores. Hoy, a una semana de la sesión del Consejo, todo me parece posible, pero no alcanzo a imaginar quién va a construir esta enormidad y quién podrá encabezarla legítimamente, entrenado a hacer lo que propone que hagan los nuevos profesores y capaz de una comprensión que vaya más lejos de los horizontes que hoy yo mismo puedo entremirar apenas”.

**A** Martín le cae un mechón sobre la frente. Se lo empuja con el dorso de la mano izquierda, mientras juega con su lápiz. Estamos a años luz, unos 25 todavía, de las PC Olivetti con Word Star en discos flexibles, las primeras que tuvimos. La fila de madres solícitas y preocupadas por la asignación de sus hijos al Plantel Naucalpan. Clase media las más, vienen a Naucalpan en vez de recurrir a los colegios de religiosos de los alrededores de Satélite, ya absorbida por el planeta de La Ciudad, así el artículo. Lupita va y viene riendo de sus bromas con Julia, otra sicóloga, y el Director está en su oficina.

Nosotros recibimos a las madres quejosas. Llevamos tres días en esta primera actividad del Plantel. Todavía marzo, que termina.

—Mi hijo mayor está en la Preparatoria. Nos queda cerca de la casa. Le ha ido muy bien y quiero que Toño estudie también ahí, porque es una escuela muy buena. Toño se sabe los libros que escribió Cervantes, además del Quijote. Le fallan un poco las Matemáticas, pero los profesores le ayudan. En Civismo el profesor les da una conferencia en cada clase. Por favor, profesor, cámbienlo. El no pidió venir aquí.

—Mire, señora, desde luego la Escuela Nacional Preparatoria —Se acomoda el mechón, que recae enseguida y seguramente el inicio del gesto incrementa su seguridad— es muy buena, pero

el Colegio también lo es. Es lo que le tocó, según los resultados del examen de admisión.

—Eso no lo creo, Toño es hasta más inteligente que su hermano. ¿Qué le cuesta? No creo que tengan interés de tenerlo aquí a fuerzas. Yo quiero hablar con el Director, usted es nada más profesor, con perdón, y es muy joven.

—Gracias, señora, sí soy profesor. Si ve la fila, el Director no podría hablar con todas. Mire, el Colegio es el Bachillerato más avanzado de todo México, vamos a hacer que su hijo aprenda más, porque nos han preparado para enseñar de otro modo más eficaz y Toño aprenderá a estudiar solo.

—Yo pienso que en la Preparatoria enseñan bien. ¿Entonces nuestros hijos están inscritos en una escuela experimental? Porque usted me acaba de decir que se enseñará “de otro modo” ¿Y si no les sale bien, los alumnos van a ser conejillos de Indias?

—Para nada. En el Colegio los alumnos son lo principal. Los profesores estamos para enseñarlos a aprender. En la Prepa los profesores hablan y los alumnos, perdone, están largo rato en las nubes sin moverse y parece que atienden. Aquí los haremos trabajar todo el tiempo, porque ellos son los protagonistas de su aprendizaje.

—Pero Naucalpan es una escuela rural, hay vacas. ¿Por qué pusieron el Plantel al fin del mundo? ¿Por qué no está en Satélite o en San Mateo, digo la zona nueva, la residencial? Hay muchos terrenos.

—La UNAM está terminando de construir los edificios, en medio del Bosque de los Remedios, pero San Bartolo Naucalpan es un pueblo pegado al D.F. Ni es el fin del mundo, Satélite está todavía más lejos, ni los vamos a hacer agricultores, que no tendría nada de malo, si supieran sembrar con bases científicas.

Martín comienza los mismos discursos con una segunda madre. Me imagino que algo parecido, menos lo de escuela rural, estará sucediendo en Vallejo y en Azcapotzalco, ahí sí hay vacas,

de la Hacienda del Rosario, las mamás deben decir que se trata de una escuela lechera. Yo intento terminar mi rollo con la primera madre del día y le aclaro que la asignación de Plantel no puede cambiarse, pero que le aseguro que su hijo aprenderá mucho más y que puede buscarme para hablar de sus avances, cuando comiencen los cursos. No se va convencida, simplemente, vencida. No llegó a ofrecerme mordida, está bien.

Se cae la puerta del baño de mujeres hacia fuera y la inquilina en turno grita y luego oigo sus carcajadas. Lupita se retuerce de risa. Martín y yo también nos reímos, pero seguimos en nuestro catecismo del Colegio: “¿Podrán pasar a las carreras en CU al terminar aquí?” “Sí”. “¿Pueden repetir año?” “Esperemos que no lo hagan”.

Se ve que la UNAM no tuvo tiempo de informar más a la población, debería, por lo menos repartir un volante para presentar el nuevo proyecto del Colegio. O un folletito con un mensaje del Rector y el plan de estudios del Colegio, que también hará que “por nuestra raza hable el espíritu”. Los profesores vamos a tener que tapar huecos. Los eucaliptos del (todavía) Bosque de los Remedios contagian la primavera de sus hojas nuevas ya verdegrís. El viento corre buscando a los alumnos que vendrán en diez días. La bruma disimula el perfil chato de la Ciudad, allá abajo y hasta el fondo de la cuenca en las laderas de los volcanes apagados de Topilejo y Ajusco.

Martín sale de la Dirección y pregunta a los grupos de madres de familia que comentan sus frustraciones, pero comienzan a pensar que a la mejor ultimadamente no es tan mala idea entrenar un Colegio de Ciencias y Humanidades:

—¿Hay alguien más que necesite información? Adelante señora.

**M**e encontré con Don Henrique en la Hacienda de Galindo, a medio camino de Querétaro, en mi primera foránea, muchos años después de la fundación del Colegio, probablemente en 1989, cuando ya Director del Bachillerato, había acumulado una larga serie de conversaciones con él sobre nuestra escuela, auténticamente de él y mía y de tantos, en las cuales don Henrique se cuidaba de irme educando en el gobierno universitario. Nunca hablamos de este tema con todas sus letras, pero me daba cuenta de cómo me interrogaba sobre las razones de mis acuerdos y me llamaba la atención para tener siempre presente el bienestar de los profesores, en particular, los de asignatura y sus salarios cada año más tristes.

Sin embargo, no estaba esta categoría de profesores en las desoladas condiciones de hoy en 2025, que algunos Directores Generales desde 2010 olvidaron atender, y por supuesto en estos tiempos de amenaza también Rectoría, peor ahora al ir presagiano su intención de desahuciarlos, aunque ya en los 80 la vida no les prometía sonrisas, o por el momento al menos no les cumplía. En los 90 comenzaron los estímulos y se aligeró el peso de 30 horas frente a grupo o de pizarrón, al menos por la cotización salarial universitaria. Luego la conducción de los salarios de la que se apoderó el gobierno federal, sin que ningún sindicato rechistara, se convirtió también en algo semejante a los “usos y

costumbres”, en manos ahora de la gran patronal nacional, sin que valiera la inflación ni las mejoras eso sí macroeconómicas. Lástima que ningún profesor de asignatura perteneciera al exiguo porcentaje dueño del 90% de la riqueza del país.

Don Henrique trataba los temas y, según fui reflexionando, intentaba dejar un testigo de acontecimientos que nadie o ya muy pocos conocían, sobre todo acerca de los entretrejos del rectorado de Don Pablo que tuvieron que ver con el origen del Colegio.

Estábamos en su casa, en un recibidor anterior a la sala, que hubiera impuesto distancias y una estorbosa formalidad entre los dos, frente a frente en dos sillones de mimbre, con una mesa en medio y tazas inmaculadas con un café espresso bien hecho, seguramente por una sirvienta de decenas de años con su familia. Los nietos uniformados habían salido a la escuela con su mamá y la mañana en Pino, colonia Florida, era soleada y fresca, primavera. A una cuadra y a espaldas de Minerva el ruido del tráfico se desvanecía en un silencio verde y feliz.

—Pablo, mi hermano y yo hemos coincidido en la mayoría de las decisiones, sobre todo algunas muy importantes para la Universidad. Con alguna excepción, trascendental, por cierto, el nacimiento del Sindicato de Trabajadores. Una desgracia para la UNAM. Había muchas maneras de tratarlo y una, no la peor, era admitirlo con ciertas condiciones. A veces me he visto obligado a reclamar a Pablo más firmeza. Nunca ha faltado a sus convicciones académicas, pero yo no me hubiera permitido una rendición humillante del Rector ante el sindicato de los trabajadores, entonces ilegal, como la que él soportó. Dolorosamente, por cierto. No era Pablo, era el Rector de la UNAM al que se maltrataba y en él a toda la institución. No quiero evocar de nuevo ese conflicto. Es puro pasado. ¿Dónde estaba usted entonces? Sí, era Coordinador de Talleres en Naucalpan, lo recuerdo entre los coordinadores del Colegio a los que traté de introducir al manejo de los programas por objetivos, en

vez de reducirse a los meros contenidos acumulados como en una enciclopedia, enfoque de Bloom, que yo tuve el honor de transmitirles, porque coincidía con el papel que el proyecto del Colegio asigna al estudiante, como actor de su propia formación, y por tanto quien adquiere los conocimientos y habilidades. Lo recuerdo también en los grupos de profesores que trataron de ayudar al Rector, sin saber cómo, ni Pablo mismo lo sabía, porque el conflicto para él era interior y profundo. Pero hoy prefiero entregarle, muy formalmente, José, un relato preciso sobre el origen del Colegio de Ciencias y Humanidades. Pocos, me atrevo a decir que nadie, lo conoce al detalle, con excepción de los tres actores del proyecto. Roger, por ejemplo, estaba dolido por el cierre, ya decidido por el Rector cosa de un mes antes, y no participó, creo saber que tampoco aceptó, en la versión concreta de nuevo proyecto.

“El grupo de Roger escribía mucho, pero no redactaba ningún plan de estudios que, como usted, José, sabe, es un discurso académico portador de ideas y requisitos específicos. Bien, ni siquiera programas de las nuevas materias que discurrían nebulosamente por las mentes de sus jóvenes universitarios distinguidos, embebidos en lo que llamaban la *Nueva Universidad*, no abusivamente, eran honrados, pero sí carentes de conducción, nunca terminarían por concretar proyectos terminados, convincentes y, por ende, viables.

“Estábamos en el otoño de 1970. Pablo estaba preocupado, porque la creación de la Nueva Universidad no progresaba como había acordado con su Coordinador. Abundaban ideas brillantes, innovaciones atrevidas. La interdisciplinariedad se tomaba en cuenta en todos los planes de estudio. El grupo responsable estaba formado por los mejores académicos, pocos jóvenes doctores, por cierto, y algunos más, que calificaré incluso de capitanes, expertos en el arte de aprovechar los vientos del Colegio de Directores, donde la unanimidad es un



huésped extraño, pero no por eso se rompe la Universidad ni se hace imposible reformarla. El Rector veía pasar las semanas y los meses sin tener un solo plan de estudios terminado, eso sí, muchos esbozos, ideas que me atrevo a calificar de llamativas, pero sueltas, reflexiones previas al trabajo curricular exigente y concreto que urgía.

“No siempre la UNAM ha contado con respaldos en el Gobierno Federal, como todos sabemos. Estábamos en octubre y luego en noviembre y en diciembre de 1970, a dos años de 1968, y la presión para ampliar la matrícula de la UNAM, sobre todo en la Escuela Nacional Preparatoria se venía encima. La demografía es una ciencia exacta de efectos demoledores. Podíamos imaginar en nuestras conversaciones miles de alumnos pidiendo ingreso no en Universidad 3000, la puerta de la UNAM, sino en la de Rectoría, organizados en asambleas por delegación, dirigidos por los alumnos entrenados en los acontecimientos de 68. Lo peor era que el Rector estaba de acuerdo en recibir a todos. Pero no aparecían las soluciones realistas.

“Pasó la Navidad, cada quien en su casa. Tres días después, el 28 de diciembre, por cierto, Pablo me llamó a la Torre y me encargó elaborar con Rubén Bonifaz Nuño un borrador de plan de estudios y su fundamentación universitaria, para comenzar por el primer nivel, el Bachillerato, donde la presión de la multitud de nuevos aspirantes sería inmediata. El crecimiento de la demanda venía también de los resultados del Plan de Once años de Torres Bodet. Trabajamos desde que abrió la Universidad después de vacaciones, días seguidos y enteros, en jornadas de muchas horas, en realidad incluso día y noche sin interrupción, apoyados en apuntes de Pablo, fundamentales, por cierto, y desde luego en las conversaciones de los dos meses anteriores. Hacia el 10 de enero teníamos los proyectos revisados.

“Rubén conoce la historia de la Universidad al detalle y su formación lo ha hecho un humanista destacado. Sus traduccio-

nes del latín son exactas, milimétricas podría decir, si me admite la metáfora. Personalmente, preferiría mayor soltura, pero no discuto su valor. ¿Qué le parecen a usted? Su sonrisa, José, me parece un asentimiento a mis juicios. Propuso Rubén, y coincidimos de inmediato, en volver al origen de la Escuela Nacional Preparatoria, cuando Barrera la fundó no para preparar a los alumnos para ingresar a la Escuela de Medicina, o a la de Derecho o a las Ingenierías, cada una de las cuales llevaba una vida independiente en 1864, sino para “crear el alma nacional”, según la frase consagrada de Justo Sierra, que bien puede traducirse en preparar para la vida cívica y social, con una cultura que merece el primer grado universitario, el Bachillerato, y la introducción a la vida social como adultos cultos. Por eso los estudiantes de la Escuela usaban corbata y sombrero, hasta Gómez Arias en 29, en los mítines por la autonomía.

“Por supuesto ni Rubén ni yo, y Pablo tampoco, queríamos multiplicar los Planteles de la Preparatoria, sino crear un Bachillerato que respondiera a la necesidad de innovación de la UNAM y le sirviera de impulso permanente. Además, la Escuela Nacional Preparatoria en 1910, cuando Justo Sierra se empeñó en crear la Universidad Nacional, entró sí en el nuevo proyecto, pero acabó acentuando su carácter propedéutico, preparatorio, se subordinó a formar a los alumnos para las carreras de las nuevas facultades y escuelas, Derecho, Ingeniería, Medicina, hasta tal punto que si ahora, en 1970, desaparecieran las Facultades de Odontología, Veterinaria, Medicina y la carrera de Biología, la Preparatoria, en las condiciones que se crearon en 1910, debería suprimir su área de Ciencias Biológicas y de la Salud. Si no existen las carreras que requieren de esta disciplina, la Preparatoria no tendría que preocuparse de enseñarla.

“El nuevo Bachillerato debería tener otra orientación, más parecida a la Preparatoria de Barreda que a la que se desarrolló en la Universidad Nacional y hoy perdura, pero debía acentuar

la formación de los alumnos en una cultura productiva, es decir, que incluyera sobre todo habilidades para leer, escribir, razonar y discutir con fundamento, comprender la Historia de la que ellos mismos proceden, y resolver problemas, por el cálculo o la experimentación. Se trataba de que los alumnos adquirieran una cultura de habilidades, que demandaría sin duda la comprensión de textos clásicos y modernos, la redacción y corrección de sus escritos hasta ser diáfanos y vehículo para participar en las discusiones del país.

“Usted, José, ha destacado el concepto, lo cito, de “cultura básica”. El sintagma, tal cual, aparece en una conferencia de Pablo de 1971 en Toluca, y con otros términos en la reunión de la Asociación Nacional de Universidades e Instituciones de Educación Superior (ANUIES) en Villahermosa y en una entrevista. Seguramente las conoce. Antes de estas intervenciones del Rector, la idea de preferir lo más importante a lo extenso, lo profundo en vez de lo enumerativo, lo central en vez de los intentos siempre fallidos de pretender obligar a aprender *todo*, o, en un enunciado digamos amablemente “hipócrita”, al menos *un poco de todo*, aparece en los escritos que pergeñamos Rubén Bonifaz y yo mismo, pero usamos otros sustantivos con el mismo adjetivo: “formación básica”, “educación básica”, “materias básicas”. Haber retomado el concepto y haberlo formulado con vocablos estables y apropiados da testimonio de que el Colegio, sus profesores, han asimilado los fundamentos filosóficos de la vieja tendencia pedagógica, inesperadamente moderna, que Pablo primero y luego nosotros dos recogimos para redactar el “Proyecto de creación del Colegio de Ciencias y Humanidades y de la Unidad Académica del Ciclo de Bachillerato”. Junto con el discurso del Rector, los tres textos, además de un primer reglamento muy elemental, lo sé, y otros escritos más, el Mapa Curricular, como se diría ahora, y la lista, muy creativa de posibles Opciones Técnicas, están recogidos en la *Gaceta UNAM*

del 1° de febrero de 1971 y orientaron los trabajos iniciales del Colegio. Siempre me ha causado profunda satisfacción haber contribuido a esta empresa atrevida. No era evidente hacerlo entonces, incluso hoy hay quienes no han comprendido la novedad permanente del Colegio. O la desdeñan, sin proponer sin embargo ninguna reforma de fondo, que debería ser diferente.

“Ustedes han recurrido mucho a lo que ahí se expone, leyendo y, en los mejores casos, meditando la doctrina, lo es, en los textos reunidos en su famosa ‘Gaceta Amarilla’”.

Una vez más, había atravesado la ciudad de esquina a esquina, de Coapa a Naucalpan, por el Periférico. Ya estoy acostumbrado, tras la semana de anuncio de la buena nueva del Colegio a madres de alumnos confundidos, y estoy consciente de bajar la velocidad a segunda, para tomar con seguridad la curva cerrada bajo el puente del Periférico a la altura de Polanco y Paseo de las Palmas. Bajo la casa que fue de un lejano presidente de la República.

Llegué al Plantel, recién construido, son las 7 am.

El Plantel despertaba apenas, pero la multitud de los 1,250 primeros alumnos del Colegio de Ciencias y Humanidades, el 12 de abril de 1971, el primer día de clases, entraba en racimos y bajaba buscando a ciegas sus salones.

Me encaminé al cubículo del Área de Talleres, para facilitar erróneamente la comprensión de lectores extranjeros al Colegio, del “Área de Lengua y Literatura”. Porque aquí el nombre es “Talleres” y hay que entenderse, porque trabajamos con la lectura y la escritura. Entro a tomar posesión visual del escritorio del fondo, vacío, y lo marco con un folder, por si acaso, antes de que llegue el Coordinador matutino de Historia, con el que compartiremos el mismo y mínimo espacio y no tanto concepciones. Le tocará el escritorio junto a la entrada. Nadie ha llegado y hay clases en los salones del primer piso del edificio B donde, junto a la escalera, se encuentra nuestro cubículo.

Es verdad, los profesores, muchos al menos, están ya en sus aulas para comenzar la primera clase. Sabemos milimétricamente cuándo comenzó el Colegio, porque ahí estuvimos; no sabemos si terminará este año 25 o cuándo, si no.

Todo era nuevo, las asignaturas, la manera de tratarnos con los alumnos, siempre de tú, “las ideas del Colegio”, que decíamos con una primera y general denominación, los salones con sillas y mesas que podían disponerse en formaciones variadas para trabajo individual o en equipo. Pero no todo esto funcionaba ya el primer día, seguiría un crecimiento inmediato apoyado en la experiencia discutida y resumida en las reuniones de academia.

Luego subí por la “explanada”, Naucalpan no puede ser menos que CU, aunque se trate de una escalinata, una gradería, ancha pegada a unos cuantos metros cuadrados de planicie abajo del primer tramo y arriba, junto al edificio de la Dirección, un corredor apenas ancho. Pronto la explanada fungirá como anfiteatro, aunque tampoco lo sea, pero nunca nos construirán uno por temor a las grandes asambleas, al contrario de los enormes que tienen los Planteles de la Escuela Nacional Preparatoria, aunque de todos modos las asambleas tendrán lugar a cielo abierto. Muchos de nosotros reunidos, en la doxa universitaria significábamos *peligro*, y mucho peor según los sabios analistas políticos de Rectoría. ¿Y qué, si a los alumnos se les ocurre sentarse en los escalones? No tardaron en hacerlo, ya para la primera batalla contra los porros. Pero hoy es 12 de abril de 1971 y es el primer día y la primera hora de clases del Colegio y no sabemos nada de los porros. Por un par de semanas todavía.

El miedo al número había actuado, pero los profesores cabíamos apretados por Área en los cubículos o de plano terminábamos en Usos Múltiples para Asambleas Generales, o en el falso anfiteatro de la explanada, cuando coincidíamos con los alumnos.

Pero las asambleas temibles todavía no suceden. Estamos a 12 de abril de 1971 y el Rector mira hacia abajo de la escalinata,

como todavía no digo. O hacia lo lejos, si no baja la vista, sino simplemente mira hacia adelante. En el espacio y en el tiempo. Hoy, a mi edad y después de leer a comienzos de los 80, la ponencia que el Rector escribió en 1953 sobre la metodología de la reforma de la educación, puedo imaginar, pero no lo hice en 71, que soñaba con lograr sus ambiciones legítimas de reformar el Bachillerato en la UNAM. Dos meses y medio antes el Consejo Universitario había aprobado su proyecto. Hoy imagino que los directores de varias facultades tuvieron que cabildear duro (nosotros decíamos, grillar), con toda la habilidad que caracterizó siempre a algunos de ellos, para que el ala más conservadora de la UNAM se rindiera, por lo menos para no quedar mal con el Rector, y aceptara dejar entrar otra institución que amenazaba con empujar equilibrios o por lo menos ocuparía un espacio en el entramado de la institución. En cualquier sociedad, lo nuevo desplaza, se añade, hace oír otras voces.

Repito, para retomar el hilo central de mi memoria, haber mirado al Rector de la Universidad el primer día de clases, el 12 de abril de 1971, día que se repetirá a si mismo indiferente cada año y será tratado con la marca de conmemoración afortunada o del olvido en los años recientes.

Subí por la escalinata amplia que dividía el Plantel, los salones y los laboratorios, las dos plazas centrales en dos mitades. Desde el primer rellano lo vi. Estaba al borde del escalón superior, en el aire fresco de la mañana acometida suavemente por el sol que ascendía.

Arriba de la explanada está, pues, el Rector, con un traje azul oscuro, no veo las rayas diplomáticas, pero las imagino claramente, invisibles a la distancia que se interponía entre nosotros. No había, de hecho, ningún nosotros, sino un él, el Rector, y yo, Coordinador de Talleres Matutino, los dos en el Plantel Naucalpan, inaugurando, cada uno en lo suyo y los dos en la docencia del Colegio. Tiene los brazos cruzados y mira hacia

el edificio de Usos Múltiples (biblioteca, sala de conferencias, mínimo teatro).

Nunca tendrá Naucalpan, los otros planteles tampoco, repito el estribillo, un auditorio. El Colegio tampoco tendría Educación Física. Se trataba de que los alumnos tuvieran vida cultural y deportiva en los recintos de su medio, los de CU y de la Ciudad, pero a pocos meses de haber comenzado, la única profesora de Educación Física, que era el departamento completo, dejó de sentirse suficiente y aparecieron sus primeros acompañantes. Alguien debía organizar las actividades culturales en los Planteles y hubo un responsable. De su singularidad el Colegio derivó a la normalización, comenzando por la periferia de sus actividades educativas.

Tampoco pude mirar su mirada, vuelvo al Rector, pero sí únicamente verificar que recogía el panorama del Plantel que asciende hacia la entrada principal con sus eucaliptos que parecían levemente brumosos. Seguramente reconocía su obra, pensada por decenios, pero yo no lo sabía entonces, y apenas convertida en alumnos, profesores, salones, sillas y mesas ligeras y dispuestas de manera que, en acomodos flexibles, apoyaran mejor las clases de la nueva escuela, que ese día nosotros todavía hubiéramos definido como activa.

Aunque las agresiones decisivas se le ocultan, el Rector mira tal vez hacia el futuro, donde estamos los que ya contrató la UNAM, después de un curso o concurso de selección y se verá lo que se verá. Haremos el Colegio. Eso espera, aunque no nos conoce. La mayoría son estudiantes con un 75% de créditos, hay algunos titulados y yo tengo un doctorado de la Sorbona y también frecuenté los cursos de Greimas y Goldman, en la École Pratique des Hautes Études, junto a jóvenes (entonces) profesores, agregados de letras, que fungían de alumnos en el atestado salón del Collège de France, como Gérard Genette y Julia Kristeva, que se rebelaba contra la paciencia nunca abandonada de Algirdas Greimas.



No me acerqué a saludar al rector, porque de pronto desapareció no de mi mirada, sino de mi imaginación. Yo buscaba al Director, para comenzar a construir el Colegio y a las 10 tenía un primer grupo en el turno 1.

Me detuve a pocas gradas del final superior de la escalinata y subí muy lentamente, confusamente deseoso de que el Rector no me viera. Debo haber cerrado un instante los ojos, no lo sé, porque de pronto el Rector no estaba ahí, o nunca había estado, ni puede entrever hacia donde se dirigió. Subí a la Dirección. El debió bajar al incipiente Taller de Material Didáctico o al estacionamiento de abajo para ir tal vez a Azcapotzalco, en un recorrido de los tres Planteles en actividad.

Supe que la Universidad se hacía cargo del Colegio y que el Rector estaba al tanto de lo que sucedía en él. El universitario de azul oscuro en lo alto de la escalinata, con los brazos cruzados, era una prenda que no podía engañar. Nos tocaba a los nuevos profesores del nuevo Colegio convertir el proyecto en clases donde los alumnos opinaban, leían, redactaban, discutían los propósitos históricos y no míticos de la Guerra, ¿o revolución?, de Independencia, experimentaban y resolvía el problema del hombre que debe atravesar el río sin dejar de proteger del zorro su gallina y el arroz de la gallina, o el de los puentes de Königsberg, y cómo medir es la primera gran operación del trabajo experimental.

Me parece que únicamente yo lo vi. Nunca lo he olvidado.

El rector actual, ya justifiqué la ortografía, nunca ha visitado un Plantel. ¿Puede al menos imaginarlo? Claro, seguramente ha visto distraído, no mirado, alguna foto extraña en la Gaceta UNAM. Ha sido un profesional de las epidemias en la carrera de Medicina Social de la ENES de Saltillo, nunca un profesional de la Universidad. Por eso es incapaz de reconocernos. Tal vez porque en realidad no somos una de ellas.

Sin embargo, el primer día debe seguir repitiéndose a diario en el Colegio avanzando al mismo tiempo con las épocas. El

Colegio recomienza a diario, pero no se repite. Trata, o debería hacerlo, de inducir a los alumnos, en cada hora de aprendizaje en grupo escolar, a trabajar recurriendo a metodologías comprendidas, para entrenarse en imitar a los especialistas, cuando resuelven problemas de sus campos.

Eso decía el Rector en 71 y nosotros en 2015 y en 2025. Eso no lo comprende el rector, que no ha dedicado tiempo a comprendernos, sino a intentar expulsarnos.

—D<sup>elia</sup>, por favor, llene los termos de café. No, en la sala de reuniones restringidas. No vienen los Coordinadores, solo los Secretarios de la Universidad. Jacobo, no me pase llamadas de la Universidad, nadie, solo si llegara a llamar el Secretario de Educación en persona.

Para llegar a la sala de reuniones, se debe atravesar la enorme sala de espera contigua a las oficinas personales del rector, pero no he recorrido el sexto piso desde hace años y no puedo asegurar que la distribución sigue como en 2014. Sí, la oficina del Rector es la misma y la sala de espera concebida con medidas para recibir una delegación amplia, veinte acaso, no sé si realmente alguna vez se ha llenado, porque para tantos visitantes están las salas de reunión amplias de la Planta Baja. Las locuras de Rectoría para que se vea que la UNAM tiene buen gusto y es moderna.

El Secretario General debe haber cerrado la puerta y alrededor de la mesa todos esperan el comienzo del *briefing*, palabra exacta, lástima que sea inglesa, pero se puso de moda en la Torre y la usan cuando se trata de intercambiar información sobre hechos de campaña recientes y pasar luego a evaluar los resultados y prever las acciones inevitables.

—Me interesa construir una evaluación de las intervenciones acerca del proyecto que presentamos hace una semana en la

reunión de trabajo del Consejo Universitario sobre la separación del CCH. —Como siempre, el Rector no tiene una posición sólida antes de terminar la sesión. La libertad de opinión es completa. Se mantiene con fuerza la censura interior de cada quien— Por supuesto, doy por sentado que coincidimos en el objetivo último de abandonar una carga que distorsiona la acción académica de la UNAM, porque cada uno de ustedes en conversaciones personales me lo ha asegurado. Que comience el más valiente, o el más despierto.

—Señor Rector, yo estoy despierto y el café de Delia es fuerte, como debe. Mire, yo di seguimiento a las actitudes corporales de tres Directores, el de Ciencias, el de Ciencias Políticas y el de Filosofía. Curiosamente los tres tuvieron las mismas reacciones, básicamente. Cuando el apoyo a las tesis de Rectoría, las nuestras, pues, era muy decidido, se ponían serios y tomaban apuntes. Breves, no creo que escribieran citas, sino palabras sueltas, seguramente las que suponían importantes en cada intervención. Creo poder deducir que estaban construyendo sus intervenciones, que luego nunca hicieron, pero parecería que comenzaron a formar las críticas y los argumentos para la discusión futura. Los tres forman parte del Comité Directivo del Colegio, una especie de patronato que nunca se reúne ni hace nada, pero está en la normatividad y puede convertirse en una instancia de cierto peso. A la mejor el Director General piensa acogerse a su protección. Por lo demás la mayoría estuvo atenta y más bien pasiva, excepto los Consejeros Alumnos, sobre todo los de los dos Bachilleratos, pero también Filosofía y Letras, Ciencias, Economía, Ciencias Políticas, Contaduría, Trabajo Social, Acatlán, Iztacala, la mayor parte, pues, y los Profesores del Colegio, inquietos y removiéndose en sus asientos.

—En mi opinión la argumentación fue pobre y no superó el nivel de los lugares comunes: que el CCH es innovador, que es democrático, que atiende una clase social por debajo de la clase

media, que respeta a los alumnos. Por eso la Universidad no tiene derecho a rechazarlo, sino debe aumentar su presupuesto para equipar mejor los laboratorios, incrementar la conectividad, insuficiente desde siempre. De paso, como Secretario Administrativo, debo decir, para lo que pueda servir en el futuro, que la Administración nunca ha atendido esta necesidad seriamente. Cada año alguien lo prometía en los discursos oficiales en la Feria de Ciencias o en alguna actividad de Jóvenes a la Investigación, pero nunca los hemos dotado de conectividad propia, han sido siempre derivaciones de las ENEP, luego FES, excepto el Sur, claro, como todos pueden entender. Me salgo del tema, pero la Universidad no debe prometer y desafanarse de cumplir. En resumen, y perdón por el comentario, no atacaron los argumentos, repitieron lo que los cecehacheros han dicho siempre de su Escuela.

—Yo sentí más bien que el silencio se volvía denso, porque lo hubo, por momentos nadie pedía la palabra y no hubo lo que podríamos llamar conflictos con intervenciones, críticas y nuevas respuestas. Creo que el tema o no interesa demasiado o todavía la comunidad no saca cuentas de lo que se les viene encima. ¿En qué estoy pensando? En temas muy específicos que afectarán la vida de los estudiantes y de sus familias. Se ve que no han evaluado que separar al Colegio es terminar con la mitad del pase reglamentado, que la SEP, con los enfoques digamos populares que apoya, nos reclama cada año, aprovechando las ventajas de la negociación del presupuesto. No creo que el tema tarde en aparecer y no se desborde en los momentos decisivos. Afecta a los alumnos. Van a reaccionar y tienen con qué hacerlo, se afecta la entrada de sus hermanos a Estudios Superiores.

—No digo que no vaya a haber conflicto, pero creo que el documento es pertinente y que el silencio se debe, no exclusivamente, pero también a la fuerza de los argumentos. Los profesores consejeros están hartos de tener que bajar en sus cursos a

niveles de Educación Media, porque sus alumnos, ni escriben, ni leen, ni calculan ni dejan discutir académicamente. Señor Rector, yo sopesé la sesión de trabajo como un avance hacia el rumbo propuesto. Hay que destacar las intervenciones de los Consejeros Investigadores, que piensan que, tras las reducciones de presupuesto, la UNAM debe centrarse en lo que nadie más hace desde siempre en este país: investigar y formar profesionales de calidad. El sector de la investigación Científica del Consejo intervino, recuerden al Consejero del Instituto de Ciencias del Mar o al de Física, con argumentos que no están en el documento de trabajo, como la obligación de la UNAM de privilegiar, por su importancia para el país, su actividad en el nivel profesional. También aquí las afectaciones concretas contarán para hacer votar a nuestro favor. Creo que en su momento Rectoría podría insinuar o declarar que lo que ahorre al desprenderse del Colegio, lo asignará a proyectos de investigación en temas cruciales.

—Yo recibo información también de lo que no pasa públicamente. El intento del grupo de cecehacheros, digamos destacados, antes de la sesión, quedó corto. No cambió nada. Pero es un primer intento y no hay que despreciar sin más al grupo que estuvo detrás de la manifestación en Santo Domingo. Yo los conozco, y los estimo, para ser claros, porque tienen convicciones. Van a moverse. Tenemos una doble posibilidad: tratar con los más sensibles a los ofrecimientos de Rectoría y disminuir la influencia del grupo o, cuando convenga, desatar una guerra en la prensa. De algunos no podremos decir nada, pero el ambiente creado puede disminuir su influencia. De todos modos, yo estoy por la negociación, dado el tipo de los universitarios que probablemente terminarán por encabezar la reacción. Son obstinados, porque tienen convicciones, erróneas si quieren, pero para ellos evidentes. Luego pueden llegar a desencadenar, si aciertan en los temas, una reacción de masas. Alguien debe señalar los peligros, porque lo peor es ignorarlos.

Según pude enterarme por una larga conversación una semana después de la Sesión de Trabajo y de nuestro fracaso táctico en Santo Domingo, las intervenciones fueron sustancialmente las desarrolladas. Conociendo a los Secretarios, sin mucha profundidad, es cierto, pero los he oído en reuniones académicas y mal que bien uno termina por conocer sus estilos de razonamiento. Reconstrucciones, pues, pero probables.

Lo cierto es que el rector no hizo ninguna declaración ni comentó la Sesión de Trabajo, que apenas mereció un recuadro de cuatro líneas agotadas con los nombres institucionales del Consejo y las frases rituales de la responsabilidad del órgano colegiado. El rector se fue por la opción de no levantar oleajes antes de la luna llena.

Los “Bisquets de Obregón”, ahora más certeramente “de Padierna”, nos otorgaron hace años un descuento permanente del 5% de rebaja por pertenecer al Instituto Nacional de las Personas Adultas Mayores (INAPAM). Nada sino lo acostumbrado. Volvimos dos semanas después del primer recuento después de la batalla.

Habíamos estado en la misma intervención ante los Consejeros Universitarios emprendida por supuestos, según nuestros criterios, prohombres y promujeres del Colegio, la equidad de género nunca ha dejado de avanzar, que trataron de recurrir a la conciencia de los Consejeros asistentes a la reunión de presentación del proyecto de separación del Colegio.

Si algo sucedió, fue secreto. Acaso en el fondo, donde este quede, de algunas conciencias que sintieron nostalgia de sus años adolescentes en Vallejo o el Sur. Porque, con excepción de un par de Directores de Instituto, Investigaciones Biológicas y Geografía, por ejemplo, muy pocos se detuvieron a mirar a los cecehacheros a los ojos. No fueran a decir que...

—Tenemos que buscar otra cosa. Más contundente y violenta. No me refiero a pedradas y botellas molotov. Sí, se llaman cocteles, corrijo. Pero llegar educadamente como alumnos de primaria de escuela particular cara a hablar con los Consejeros, quien más quien menos, todos chuchas cuereras, fue ingenuo.



Nos vimos mal, novatos y angelicales.

—De acuerdo. Jimenita, buenos días, un americano para su admirador y, cómo siempre, un café con leche deslactosada y sin espuma, para el doctor.

—No me digas doctor, va a creer que soy médico y luego me piden consulta. Si supiera, la recetaría, pero conozco pocos nombres de medicinas que sirvan para algo. Dime profesor, es más operativo.

—Lo primero, según las secuencias técnicas ensayadas mil veces, hay que partir de un mapa político. Yo diría que ni hace falta ni conviene preguntar a los Directores de los Planteles, aunque luego hay que introducirlos en la conspiración. Hagamos una lista de 20 profesores que ya conocemos de cada Plantel, no son tantos, 100 para 3,478. Con eso podemos organizar células e intervenir, sin violar reglamentos universitarios, o mejor, sin dar pie a que lo digan, donde se les ocurra.

Las servilletas volvieron a servir para la nueva lista. Muchos exfuncionarios, ¿qué se podía hacer?, eran los que en principio habían tenido, antes al menos, un entrenamiento más avanzado en deshacer batallas campales, mandar heridos al Servicio Médico local, discutir con los líderes de los profesores, y mucho peor aún con los encapuchados ya reconocidos como clásicos a estas alturas, o entregar oficios de rescisión de contrato y similares, en desuso para quienes vandalizan Direcciones incluyendo robo de computadoras. Lo peor es que si te las expropián, pierdes tus trabajos académicos. Nunca hay que dejar pasar los respaldos.

Pero ahora, aunque 20 no eran muchos, dudábamos de la disposición de los ancianos que quedan en este mayo del 2025. La tribu de indios cherokees, ¿o fueron los sioux, los cheyenes? —“Luego lo consultamos en Internet. Guarda tu iPhone”—, nos habíamos quedado sin ancianos. El Gran Espíritu nos hablaba, pero éramos ya muy pocos los que intentábamos escuchar e interpretar para proteger a la tribu.

—Bueno, hay que ampliar un poco la tenaza. Sí, de las generaciones extintas, pero no sólo. Hay chamacos con antigüedad docente de los años del siglo que pueden ayudar. Yo conozco dos que tres y, si pedimos a los seguros que inviten cada uno a otro par de jovenazos, podemos juntar un centenar para preparar la siguiente batalla. Hay que seguir la táctica de la mancha de aceite: los seguros, los un poco menos, los neutrales, los enemigos poco convencidos. No pierdas el tiempo con los enemigos endurecidos. Así creces más rápido.

—Se da por acordado. Mira, hay que evitar que nos cuelguen una pertenencia de partido. Ni siquiera la de Morena, aunque siga gobernando.

—La conclusión de este argumento es que nos conviene evitar que los invitados, activistas de cualquier partido, de Convergencia al nuevo Partido Socialista, den color al grupo. Lo importante, y de mayor efecto, es que nos miren como profesores del Colegio, definidos por el convencimiento del valor educativo de nuestro proyecto.

Para un eventual lector ajeno a la UNAM y al Colegio y facilitar su comprensión de las razones por las que Alfonso y yo, hoy en 2025, después de tantos años y de la jubilación de Alfonso, seguimos haciéndonos cargo de preparar la batalla, debo aclarar que de ninguna manera nunca imaginamos obcecadamente que la ganaríamos solos. Ni pretendíamos representar a todo el Colegio. Éramos dos cecehacheros y punto. Pensamos siempre, dicho o no dicho, que en ella lucharían Miguel Ángel, Rito y Carlos Medina, los hermanos Muñoz, Trini e Isabel Díaz del Castillo, descendiente ininterrumpida desde entonces de quien, con los mismos apellidos, firmó la *Verdadera historia de la Conquista de la Nueva España*; quizá José Eduardo, más para redactar que para una caminata codiciosa, y los que hoy están más allá, Javier Palencia, Manuel Martínez Peláez y Pedro Olea felizmente confirmado en su sonriente y honrada timidez, y también, como si los 80 trascurrieran,

los profesores de Talleres y del Programa Nacional de Lectura y Redacción de los cinco Planteles, y otros más, también los jubilados que no han dejado de sentirse responsables del Colegio y no dejaron pasar la oportunidad de un testimonio seguramente último y culminante, concretado en una defensa inteligente y bien educada, que no quiere decir menos dura ni menos combativa, sino sólida, dentro de la norma, apasionada. Aunque, duele decirlo, hace años que en la UNAM la buena educación ha dejado de ser un valor general, mientras la propaganda de Rectoría siga imaginando y ande mandando inventar desaparejados “valores” en carteles con goyas impertinentes para quienes, convencionalmente, cumplen algunos comportamientos universitarios.

—Bueno, ya está, para comenzar, desde luego. Más tarde veremos lo que haga falta. Por de pronto agregó de Naucalpan a Gloria Mondragón, Carlos Ribas, Vladimir, alias Volodia, aunque se fue con una plaza a Azcapotzalco. Jesús Maza ya se jubiló, pero mantiene sus contactos—. Mis neuronas retroceden 20 años—. ¡Ah! ¿quién de Vallejo?, Paco Cortés de Azca, que no conoces, pero te doy mi palabra. Y así, podemos ir enumerando.

Hicimos la lista. Conocíamos algo más de 20 que cumplirían las cualidades indispensables. Y no queríamos rebajar las exigencias, porque se trataba de un núcleo dirigente y no de militantes de base. En esta última categoría imaginábamos que podríamos reclutar al menos un 50% de los profesores del Colegio, entonces más de 3,400, creíamos.

—Tengo otra propuesta. Los sindicatos...

—¿Qué? Ahora sí explícame, porque AAPAUNAM, que siempre ha sido aliado de Rectoría y el Sindicato de Trabajadores de la Universidad Nacional Autónoma de México (STUNAM), donde sigue un prestanombres del Ingeniero de Secretario General o lo que sea, no imagino que se interesen por nuestros problemas. Para ellos pasaremos de un sindicato a otro con el que no tienen territorios en disputa.

—De STUNAM, de acuerdo. Pero el Contrato Colectivo de las AAPAS tiene una cláusula que define que los trabajadores tienen derecho a conservar su lugar de trabajo y la Administración Universitaria no los puede cambiar así nomás, mucho menos deshacerse de ellos. Cuando menos podría ayudarnos, en el peor de los casos, para pelear una indemnización por despido injustificado y que le cueste al rector. Ya no está nuestra amiga de Química de Cuautitlán, pero sigue dominando en lo esencial el mismo grupo y ella influye mucho. Yo puedo hablar con ella, me ha ayudado en diferendos personales con la burocracia universitaria. Ya sabes.

—Visto así, acumulemos aliados, pero no perdamos el rumbo: tratemos de que el Colegio le siga haciendo falta a la UNAM. Somos parte de su cuerpo orgánico.

—Invitemos a David y Fernando, tienen una enorme experiencia y son cuidadosos de las formas, todavía podemos seguramente aprender de ellos.

—Invitemos también a don Henrique González Casanova. Con ellos tres la haríamos seguro. Si no, bueno don Henrique nos ayudará a pesar de que ya no se ocupa oficialmente de la UNAM, por imposibilidad de asistencia corporal a su trabajo, quedamos nosotros dos. Ni modo. Una vez más y sobres.

No sabemos si estamos a tiempo y si lograremos presionar para guardar el acuerdo revisado como proyecto en el cajón de los intentos fallidos. Al contrario de este día de nubes iluminadas, por dentro llevo un sombrío envoltorio de tristeza.

**S**e puede tener noticia de que en la UNAM se está tramando una separación del más grande de sus Bachilleratos, el Colegio de Ciencias y Humanidades. Casi millón y cuarto de alumnos atendidos. La distancia política desde la que se imagina o se contempla, los menos, el teatro donde actores se enfrentan con poderes desiguales, va hilando discusiones en un habla correcta, pero no por correcta menos áspera, y acciones todavía dispersas en escuelas e institutos sin conexión aparente, la cercanía al conflicto varía enormemente y las resonancias afectivas, ¿quién apuesta a favor? ¿quiénes en contra?, se escalonan a través de las comunidades, desde “la verdad, ya era hora”, “lo merecen, porque además de inútiles se la creen” y pueden oírse en el Aeropuerto de Filosofía y Letras o en cualquier corredor, en los jardines de Ciencias Políticas o en los cubículos del Instituto de Física.

En el Colegio la amenaza hecha frases también ha estado recorriendo edificios y saliendo a los estacionamientos de los Planteles. Los profesores, por de pronto no lo creen, y se alienan con un olvido provisional. Otros sabemos que la tormenta se está concentrando en nubes oscuras y nada impedirá que se desate. Pero estamos seguros también de que, si no vacilamos, podremos resistirla. Por qué medios y con qué discursos, habrá que inventarlos.

Conversaciones y acciones se van engarzando para formar secuencias que se sucederán prolongándose entre sí o contrapuestas, sin que, por ahora, apenas abril del 2025, pueda señalarse el desenlace. Contra nosotros se van alineando con el rector y sus aliados contra un Colegio maltrecho, el barco que “*fluctuat, nec mergitur*”, tras tantas tempestades y ventarrones adversos, condenado a un rumbo incierto, que nos hicieron perder durante años las propias autoridades del Colegio.

Otro abril, el de 71, todavía cumplía sus deberes de primavera, hace 54 años. A mediodía el cubículo del Área de Talleres no se resolvía a renunciar a una cierta frescura improbable, ni siquiera por los 23 profesores que estábamos en reunión de academia para compartir las experiencias sufridas, es la palabra exacta, porque nuestra falta de experiencia, a pesar de los Cursos de Selección, hacía vacilar los proyectos de estrategias (no conocíamos este término en su sentido técnico) y actividades que cada quien había planeado y que muchas veces olvidaba en el barullo de una clase, donde todos los alumnos pretendían participar a mano alzada, todavía sin educación parlamentaria.

Las ventanas abiertas dejaban correr un viento perezoso y cada quien se había acomodado sentado en mesas, pocas sillas, o se recargaba en el marco de la entrada y en la barandilla del corredor exterior al cubículo que se extendía con sus puertas abiertas hasta ese espacio y el horizonte de la ciudad brumosa. Adivinábamos apenas el perfil de la aglomeración todavía como un inmenso pueblo, sin las torres que ahora en 2025 han trazado otra línea de horizonte que se atreve a ser bosque. La reunión de academia consentía estas libertades, porque se oía y se podía intervenir abiertamente. Yo estaba a medio sentar por delante de mi escritorio y alguien había ocupado mi sillón de

trabajo, a mis espaldas. Estaba bien. Nadie escondía puñales ni yo era Julio César.

—Basta de chisme. Vamos a comenzar la reunión. Como hemos quedado en las sesiones anteriores, el primer punto es siempre el repaso de nuestros recursos de enseñanza. No se trata de juzgar a nadie, todos somos limitados en experiencia, bueno, tenemos tres profesores que saben mucho de pedagogía, porque fueron, o son, profesores normalistas, pero los demás nos atenemos a la intuición docente, vaya, ya inventé otra nueva fórmula. No está mal. Yamilé, no te rías. Tengo una definición: las ganas de construir el Colegio y de inventar cómo hacer que los alumnos se prendan con *La Ilíada* o con *Edipo Rey*, no sé dónde va cada quien ni por dónde empezó, tenemos libertad para aplicar el programa de la mejor manera que cada quien juzgue y pueda. Jorge.

—Yo estoy tratando de interesar a los alumnos en los cambios de humor de Aquiles, porque se parecen a los míos, cuando me hacen perder la paciencia en clase, de modo que tomo la pérdida de su esclava, que Agamenón le roba, la muerte de Patroclo, la derrota de los aqueos y Héctor que sale de las murallas. A lo menso, hay que decirlo, porque se deja engañar, en su descargo por una diosa, y además Aquiles no queda muy bien, porque Atenea le hace trampa a Héctor. Eso dijeron mis alumnos, les cuesta entrar al mundo de las representaciones de Homero y su época. Pero se interesan por el lado aventurero del relato. Creo que los griegos quedan lejos de las aficiones y costumbres culturales, apenas, de los alumnos.

—Cris Carmona.

—No estoy de acuerdo con Jorge, en parte, sólo en parte. Jorge, no pierdas la paciencia. La distancia cultural es un hecho, pero los alumnos se cansan antes de empezar también cualquier lectura de más de dos páginas. Prefieren *Chanoc*. Si los haces leer 200, es una carga que no van a cumplir. Apuesto a que conocen el libro ese de mil libros reducidos a un párrafo por



libro. Ya lo deben haber usado en Secundaria. No está en la Biblioteca, y qué bueno, pero hay muy poco material útil para Talleres, y ese libro no me urge que lo compren, al contrario. Pero el reto es seleccionar, no hacer leer 24 cantos, es demasiado, ¿en cuántas horas leemos nosotros *toda La Ilíada*? Hay que escoger los cantos o partes de canto que puedan interesar a los estudiantes. Creo que sí se puede, Jorge, es lo que acabas de hacer con tu antología, es un decir, del humor de Aquiles, y de paso, por cierto, su cólera es un elemento estructural del relato.

—Lourdes Martínez.

—Yo les dejo leer por canto o parte de canto, de modo que puedan hacerlo en un par de horas, cuando mucho. Leen despacio, no están entrenados en una lectura ávida, como cuando leímos nosotros en Letras Hispánicas el *Lazarillo* o el *Buscón*. Ellos no tienen las mismas aficiones, prefieren los *comics*, pocas letras, muchas imágenes. Habría que hacer una versión de *La Ilíada* en *cómic*. Calma, es una broma. Pero lo digo también en serio. Bueno, completo mi propuesta. Después de leer el texto que les dejo, les pido que elijan una escena, la palabra les resulta imprecisamente cercana por el cine, pero bueno, sirve, la que más les haya impresionado y que la dibujen. Hay algunos dibujos expresivos y con vestiduras y armas más o menos de la época de la guerra de Troya o de lo que los expertos imaginan de ella y nos hacen creer. O los *expertos* de Hollywood. Se ve que para hacer una imagen sí buscan información, les resulta más familiar. Si reúnes los mejores dibujos de los cantos leídos, puedes hacer una especie de *comic*, hasta una tira aproximativa. No cubrirán el relato completo, pero los alumnos habrán leído. Qué más da que no tengan una afición desenfrenada por la enumeración de los barcos y pueblos del mar Egeo y alrededores de hace 3,000 años, como cuenta el Canto II.

Los que no habían ganado una silla estaban comenzando a cansarse, pero había manos que pedían la palabra. Me levanté

y me asomé al salón de al lado. Había clase de Historia, pero no estaban ocupadas varias sillas. Pedí permiso y traje dos, José Luis y Miranda, hoy no trae su corbata con una bailarina hawaiana, trajeron otras. No cabían en el cubículo, pero la puerta abierta hacia circular las intervenciones.

—Tengo información que darles sobre la elaboración del programa de Lectura de Autores del Siglo de Oro. Estamos trabajando los coordinadores de los cinco Planteles con Luis Rius. Quiero que el programa sea obra de la academia, para que todos estemos básicamente de acuerdo. ¿Por qué digo “básicamente”? Porque no podemos incorporar las ideas completas de todos. En ese caso una de dos: o hacemos un programa infinito que nadie podría cubrir, o cada quien vería los autores que le interesan y entonces no tendríamos un programa común. Sería perjudicial para el Colegio, es una sola escuela y una escuela tiene un programa. Por supuesto, habrá margen para elegir, pero sobre una lista acordada y respetada. Por eso les informo, cada quien haga sus propuestas, las discutimos, tratamos no solo de enlistar obras, sino también de proponer cómo hacerlas interesantes para los chavos. Yo llevaré las propuestas a las reuniones con Rius y veremos lo que proponen los otros dos Planteles. Inés Arredondo de Azcapotzalco es muy sensible y Huberto Bátiz también jala. Un Coordinador de Vallejo, Pepe Tapia, estudió Letras Clásicas, de modo que no estará tan preparado para el Siglo de Oro. Nosotros somos en buen número egresados de Letras Hispánicas, o análogas. Tratemos de hacer un buen programa con participación de todos”.

—¿Cuándo necesitas la lista?”

—Una semana, porque la próxima reunión es en dos. Me da tiempo de agrupar las coincidencias y proponerlas, ver lo que los demás dicen y, en un segundo momento, tomar las obras menos cotizadas en la Academia nuestra, pero que valgan la pena y traerlas a otra reunión. Muchas gracias. Hay que devolver las sillas, no vaya a haber alumnos sentados en el suelo.

Como Coordinador del Área de Talleres cerré las seis ventanas de guillotina y la puerta. No había comido, tampoco ninguno de todos los demás, la reunión seguía inmediatamente a la última clase del sábado. La Ciudad, allá abajo comenzaba ya a teñirse de una bruma parda, el *smog* no había alcanzado su traducción al español, la contaminación, pero ya recordaba la película italiana *Smog* y el vocablo venía de Los Ángeles. La vuelta a Coapa era una media hora sin detenerse. Tampoco las sesiones se detenían en discusiones inútiles, aunque no en todo coincidían todos. Y la diversidad enriquecía.

Ahora que tantos años han vuelto míticos los primeros años del Colegio y los profesores fundadores asignados a los tres primeros Planteles, porque el Sur y Oriente comenzaron a enseñar en 72, ven sus formaciones diezmadas, con huecos de silencio que aumentaban cada año antes, ahora intensamente cada mes, la inauguración del destino que nos marcó la Universidad al entregarnos el Colegio para construir el mejor Bachillerato de México, deja un aura tenue alrededor de los nombres y las figuras que todavía recorren la escalinata central de Naucalpan o el oasis, más bien pobre, que es Oriente rodeado de un desierto de matorrales pedregosos.

Se habla de los profesores fundadores, y se ignora de buena fe que nunca el Colegio alcanzó un funcionamiento impecable. Inventamos tanto, es verdad, pero entre nuestros hallazgos debe contar también el ausentismo.

La lista de asistencia estaba en las Coordinaciones de Área. Era una hoja de papel nueva, no aparecía aún el reúso, con la fecha arriba y espacio sin líneas para las firmas de profesores que, suponía oficialmente al menos la academia, anotaban su hora de llegada y de salida. Lo peor no era la puntualidad, pase, sino que algunos nombres o no aparecían o se añadían a veces entre dos firmas de la hoja del día anterior o, menos mañosamente, al final de las firmas legales.

Al mes, me di cuenta de que A\*\*\*, Z\*\*\* y H\*\*\*, callo los nombres porque después de tantos años de cuatro estaciones, no vale la pena dar pie a cambiar imágenes y buenas famas, ellos y ellas, pues, simplemente aparecían algunos días y se desvanecían otros tantos. Tal cual.

En mayo decidí intervenir y escribí una carta a Nacho Renero, mi primera carta oficial, para demandar instrucciones de cómo proceder. No hubo respuesta y el folder de la correspondencia siguió tan exiguo como antes.

Si ahora traigo estos hechos al texto que escribo, quiero significar que hemos sido imperfectos e irresponsables; que, junto a la vida académica intensa, de la que participaron también los que no asistían a sus grupos, y nos narraban sus experiencias, caigo en la cuenta ahora, imaginadas con fantasía y verosimilitud, existió también el olvido prematuro del proyecto del Colegio. Los ausentes eran dispersos, bajo la intensidad del adjetivo, nunca faltos de recursos.

Con el tiempo el problema se extendió hasta siempre, creo saber, hasta estos años de la tercera década del siglo. Cuando me hice cargo de la Secretaría Académica de Naucalpan, con María Luisa, mi secretaria paciente que rehacía hojas enteras de mis escritos, porque se me había ocurrido un párrafo imprevisto y no había procesadores para suprimir y acomodar de nuevo, con María Luisa recorríamos todos los salones, unos 100, en la media hora de comenzada cada hora de las mal denominadas *clases*, para verificar la asistencia. Luego publicaba, en un volante que entregábamos a cada profesor, los resultados por turno y Área, seguidos de alguna reflexión ingenua sobre la responsabilidad que, para los mismos siempre, parecía una palabra en una lengua de África Central.

Cuando ves las jardineras de los Planteles en horas de clase llenas de alumnos que fingen disfrutar de un club campestre gratuito que, para colmo, maltratan y ensucian, nunca dejas

de calcular qué porcentaje está perdiendo la oportunidad de su vida. Rabia y melancolía.

Y argumentos hipócritas de que el Colegio no cumple. Por eso somos débiles ante los poderes excedentes del rector. Pero el fermento de la recuperación también está modestamente actuando.

Desde finales de abril de 71, los viernes a las primeras horas de la tarde comenzaron las reuniones semanales de la Dirección del Plantel, Nacho Renero y sus secretarios, con los ocho coordinadores de Área.

—Un Director de Plantel —probablemente Nacho, decía “director” con minúscula— tiene la obligación de mantener lazos firmes con su comunidad. Uno debe no solo —hombros alzados, manos a media altura abiertas hacia arriba para significar el deber insoslayable y la insuficiencia errónea de cualquier otro conducto o resultado brumoso— saber informarse por las conversaciones cotidianas con el equipo de Dirección, sino comprender lo que hay debajo de los dichos, de las ideas que circulan en la comunidad. Ustedes, los jefes de Área —Nacho no se había acostumbrado a cambiar *jefes* por *Coordinadores*, pero la diferencia, bien real, de vocablo, no significaba un distanciamiento con las academias, sino el signo evidente de que era el Director y mantenía el registro lingüístico de las autoridades— mantienen el juego entre los mecanismos de las comunidades académicas y la Dirección. He discutido con los Secretarios del Plantel y hemos llegado al acuerdo de reunirnos los viernes, todos, sin que nadie falte por ningún pretexto, para intercambiar información y tomar decisiones compartidas. Lo que aquí se hable, debe ser mantenido no secreto, no dramati-

ce mos, sino discreto, no es para ir al Área a acusar a escondidas a un Secretario o Secretaria de una decisión que teman ustedes que será mal recibida. Participar aquí, con toda la libertad de criterio y de manifestación que nos debemos como universitarios, para llegar a acuerdos y soluciones de los problemas que seguramente tendremos, tiene el compromiso colateral de llevar al Área los acuerdos y convencer a los profesores de que los cumplan. Por eso deben ustedes mantener un contacto diario y detallado con todos los profesores, para que traigan aquí no solo sus opiniones personales, sino las de su Área, sean las que sean.

Los coordinadores asentimos. La Secretaria General, formada como funcionaria en la Preparatoria, tenía el rostro tenso y los ojos mirando a su pluma fuente que hacía girar entre sus dedos, pero no intervino. Raúl, el Secretario Académico que, de algún modo nunca enunciado, pero real en los asuntos cotidianos, mantenía el contacto con los Coordinadores, sonreía mirando al otro lado de la mesa y respiraba calmadamente. Lupita se divertía observando las reacciones y los demás secretarios se mantenían impávidos, como si no tuvieran que ver con el tema. Afuera el día seguía soleado y nuevo, mientras comenzaba el descenso que lo haría ir bajando hasta desvanecerse sin abandonar su cola de luz, detrás de los cerros, por mejor nombre colinas, que comenzaban a llenarse de casas en fraccionamientos recién abiertos.

Tratamos así durante los primeros meses la asistencia incompleta de los primeros profesores que inauguraban el ausentismo más bien todavía reducido. No se había producido la desconfianza que arrastró al Colegio a buscar combatir el engaño y la irresponsabilidad con los mejores procedimientos que estuvieron a nuestro alcance, pero se fundaron en el recelo de los funcionarios y la invención interminable de los profesores de subterfugios que se renovaban como hidra de mil cabezas. Informábamos de las reuniones de las academias, acaparadas en



esos años por el intercambio de procedimientos y actitudes para convertir en realidad los propósitos del Colegio, fomentando la participación de los alumnos. Hasta un viernes de junio...

Fue el Coordinador de Ciencias Experimentales de la mañana:

—Tengo que hablar de un problema que me parece serio, pero no tengo idea de cómo tratarlo.

—Comienza, cuenta lo que sabes, no importa que de pronto ninguno de nosotros pueda reconocer siquiera si nos compete ocuparnos de esto.

—Bueno, una alumna del grupo 214b, el profesor es José Antonio, no llegó a su casa desde el miércoles. Vino a clase, lo comprobé con el profesor. Hoy, como a las 8 llegamos sus papás muy angustiados a preguntar por ella. Yo no sabía nada, la mamá estaba llorosa y el señor enojado, con el Colegio, porque piensa que debemos cuidar a nuestros alumnos, y más a las alumnas, y no dejar que desaparezcan. Los dejé en el cubículo del área con Pinky, les dio un té y me fui a buscar a José Antonio. Había notado la ausencia de la chamaca, pero no le pareció más que una vagancia ordinaria. Eso sí, en esas se dio cuenta de que tampoco un estudiante, que podría decirse muy amigo de Lydia, a lo mejor se creen novios, tampoco estaba. Ahí sí me alarmé más, no fuera a ser que se tratara de una huida precoz de Romeo y Julieta. Esperé a la hora de Física y pregunté en el grupo. Nadie sabía nada, excepto que salieron juntos del Plantel. Llamé por teléfono a la casa del muchacho y me dijeron que no había llegado tampoco, pero la tía que me contestó no estaba preocupada. No es lo mismo un chavo que una muchacha, una doncella, pues. Así les dicen mis tías en Villa Victoria. La verdad es que no les conté todo este rollo a los papás, pero les dije que seguramente se le había hecho tarde el miércoles y tuvo miedo de llegar a su casa. El papá estaba ya indignado, porque además de que la hija no aparecía, ahora se le aparecía la imagen de saber cuál aventura adolescente irresponsable.

Podemos imaginarla. La pregunta es qué debemos hacer, ya había informado al Doctor Renero, pero él prefirió tratar el asunto en esta reunión. Es todo lo que sé.

Los coordinadores, por una vez, entramos en un receso interior. Nadie pidió la palabra. Por de pronto buscábamos por dónde comenzar a aclarar la historia. En aquellos años no se acostumbraban los secuestros, a nadie se le debe haber ocurrido esta posibilidad. Más bien, qué carajos había hecho la pareja de alumnos y, desde luego, había que recuperarlos y devolverlos a su casa. Por fin, Jorge, de Matemáticas de la mañana:

—Yo veo dos problemas distintos. El urgente es encontrar a la alumna, bueno también a su pareja; luego, averiguar de la mejor manera qué pasó y tomar medidas para que otros casos semejantes no se produzcan.

—Estoy de acuerdo con el orden. Comencemos por el primero. Propongo que reunamos a los profesores del grupo de las cuatro Áreas y recabemos información, deben haber dejado rastro en algún lado, las amigas y amigos. No creo que ningún alumno del grupo sepa nada. Lo que sucede es que los alumnos son solidarios entre sí y cubren a sus cuates, que aquí son dos. Además, debe estar funcionando la idea de que ya son grandes y pueden ir a donde se les ocurra. Pero las chavitas deben estar preocupadas.

—Yo creo que el asunto es muy grave. Imaginen que la muchacha, se entiende, resulta mancillada. Creo que las libertades que el Colegio deja crecer en adolescentes que necesitan reglas claras y aprender a cumplirlas, comete un error, los chicos no están preparados para el ambiente donde cada uno es responsable de su educación, como dicen las academias, la mayoría de los profesores. Pero la Dirección no debe permitir esta idea equivocada. Hay que resolver la desaparición, pero al mismo tiempo tomar medidas disciplinarias y cambiar la pretensión de que cada alumno es responsable de su vida. No es cierto. Son adolescentes, no personas maduras.

Seguimos la argumentación de la Secretaria General con un ir y venir de miradas en todas direcciones entre los coordinadores. No hubo gestos de rechazo, pero el bloque se formó mientras ella hablaba, muy seria, enarbolando el estandarte de la rectitud. Creíamos en esta virtud, pero no tanto. Finalmente, antes que el juicio se emitiera irrevocablemente, había que encontrarlos. Contaba más que aparecieran y bien, que apelar a artículos de ninguna normatividad vigente, a no ser en el tribunal íntimo de la propia Secretaria. Que ya había comenzado a formular condenas silenciosas, sin oír ni a los acusados ni los testimonios de descargo.

Lupita habló levantando y bajando la mirada regularmente: —Hay que tomar en cuenta que se trata de adolescentes. Son inexpertos, no se dan cuenta de las repercusiones de muchos de sus actos. Resulta muy romántico escaparse, y no quiere decir que lleguen más lejos. Sí, ya sé —mirando a la Secretaria General— que no sabemos, pero tampoco podemos asegurar nada. De todos modos, en el Colegio los alumnos deben ser el centro de nuestro trabajo y debemos ayudarlos a madurar. Las medidas que tomemos deben ir en esta dirección. En Orientación Vocacional teníamos de vez en cuando problemas parecidos, que nos presentaban sobre todo los Planteles de la Prepa. Buscábamos, antes que otra cosa, la atención psicológica. Debemos aprender, porque volverá a haber casos semejantes, o peores.

Todos los Coordinadores retomamos la palabra o hablamos por vez primera. El consenso, sin la Secretaria General, fue llamar a los profesores del grupo, pero era ya la tarde y no estaban en el Plantel. El Director los citó a las 8 del día siguiente, sábado, sí, estábamos antes del 73 cuando la UNAM introdujo el fin de semana, y pidió a José Manuel que llamara a los padres de la alumna para entrevistarse con ellos y darles alguna tranquilidad.

Me metí en la convención de los profesores de las cinco materias. Ninguno había notado nada, alguno ni siquiera la au-

sencia en las clases de los dos últimos días, pero el profesor de Matemáticas tenía alguna que llamó *corazonada*, pero que resultó información decisiva. La connotación de intuición de la palabra le parecía útil para hacerse a un lado y esquivar posibles responsabilidades. Dijo pensar en que se habían ido juntos a la casa del chavo, en la Colonia Granada, pero no podía asegurar más. Lupita trajo de los archivos de Estudiantiles la dirección exacta de la casa, probable refugio o escondite de los fugitivos. Y las fotos. Unos chamacos.

Nacho Renero nos despidió y dejaron entrar a los papás. Debe haberlos tranquilizado y preparado para que, hubiera pasado lo que fuera, no tuvieran una actitud justiciera y desorbitada sobre todo con la muchachita. Imagino que mis expresiones acabarán por ser políticamente incorrectas. Sin duda estoy narrando un acontecimiento real en que, a mi entender, era peor considerada la condición de la alumna, por ser mujer, y para nada comparable con la del pinche chavo por ser hombre. Pero lo que me importa, es dejar testimonio de que el Colegio se hacía cargo de sus alumnos y trataba de educarlos también en asuntos de su vida privada, cuando por cualquier circunstancia, y no necesariamente culposa, los papás habían fallado y nos tocaba remediar las pérdidas sustanciales, si las hubiera habido.

El sábado poco antes de las 9, los desaparecidos, advertidos y seguramente convencidos por el profesor de Matemáticas, cómplice fiel de sus alumnos, se presentaron en la Dirección del Plantel antes que los papás de la niña. Dieron garantías, bajo palabra, sin exámenes violatorios de la intimidad de nadie, de no haber tenido relaciones sexuales completas. El Director, acompañado de la Secretaria General, seguramente para que quedara comprometida con la solución final, les creyó y recibió a los papás con una sonrisa leve, pero tranquila. La mamá se abalanzó para abrazar a su hija y el papá mantuvo la dignidad del honor mancillado, aunque no le constaba, desde luego. Pero

terminó por aclararse. El alumno pidió excusas y juró no haber tocado a su novia. Todos entendieron lo mismo, lo que no excluía besos y apapachos. Pero el papá acabó por serenarse y mostrarse contento de lo barata que había salido la fuga, sobre todo porque no se planteaba la obligación de vengar honores y atropellos, de los que tampoco es que estuviera entusiasmado de ocuparse.

La reunión se disolvió, los papás agradecieron la ayuda del Plantel. Los coordinadores, cuando nos enteramos también nos alegramos de haber colaborado para rescatar a los náufragos, que nunca habían abandonado el continente.

El viernes siguiente, la historia rebotó en una discusión tenaz en la que, ante la presidencia en apariencia neutra del Director, los Coordinadores nos enfrentamos a la Secretaria General.

—Resolvimos, bueno, para ser sinceros hay que decir “se resolvió”, un problema serio, desde el inicio de las clases del Colegio el más complicado por la pluralidad de los aspectos y valores implicados. Se resolvió bien dentro de las mejores posibilidades. Ahora tenemos que reflexionar en nuestras responsabilidades educativas, para que los interesados directamente, el grupo, que estuvo al tanto de todo lo sucedido, y la comunidad en último término, comprendan que un comportamiento como el adoptado por los dos alumnos, no se convierta en algo sin importancia y, por errónea interpretación, en repetible sin consecuencias.

—Estoy convencida de que el Director del Plantel debe expulsar al alumno, porque puso en entredicho, y en peligro real, la integridad física de una compañera. Es grave, como también lo es el comportamiento del profesor de Matemáticas que fue de complicidad, sabía lo que estaba pasando desde el principio y se calló. Creo que no hay nada que discutir, los hechos son claros, reconocidos por los que intervinieron o puestos en evidencia por sus declaraciones.

—Lo que me preocupa a mí es el grupo y las repercusiones que puede llegar a tener este hecho en la sicología de los compa-

ñeros. Se trata de un grupo muy unido y los protagonistas de la historia son estimados entre sus compañeros. Una sanción tan grave como la expulsión sin oportunidad de recurrir la sentencia, sería tomada como una injusticia y un acto terrorista. Yo no estoy de acuerdo con la expulsión, no, de ninguna manera, estoy convencida de que el grupo requiere una terapia para ventilar sus impresiones erróneas, que no dejarán de causar angustias propias de adolescentes. En Orientación Vocacional de Rectoría hay psicólogos bien preparados, —yo también soy psicóloga y trabajé un chorro de años en esa dependencia—, pueden ayudar en una situación como la presente. Propongo que primero se recurra a una terapia de dos o tres sesiones en la que todos los compañeros del grupo puedan manifestar sus inquietudes y recibir orientación.

—No creo que el profesor haya cometido una falta que merezca sanción. Está bien, no corrió a la Dirección a decir lo que sabía, ni se lo dijo al Coordinador, pero sí logró que los alumnos se presentaran. No fue irresponsable, ni siquiera sabemos si el primer día de ausencia se dio cuenta del asunto. Cuando mucho el Director puede hablar con él, recoger mayor información sin presionar al profesor, esto es, no tratarlo como delincuente, y hacerlo reflexionar sobre sus responsabilidades educativas en el caso. Así conoceremos mejor los comportamientos probablemente esperables de otros muchos profesores.

—Los profesores del Colegio buscan ver todo positivamente sin dar verdaderos argumentos. En una escuela la autoridad debe ejercerse y raptar a una alumna es algo muy grave. ¿O no es un secuestro llevarse a una chica a dormir a su casa? Además, ¿quién nos asegura que realmente no pasó nada entre ellos, digo, carnalmente?

—Si enfrentamos esta historia con ese enfoque inquisitorial y represivo, acabaremos exigiendo que un médico haga constar que la alumna sigue conservándose íntegra. Evito deliberada-

mente otras palabras, pero digo claramente lo que en boca de la Maestra Secretaria General se queda en “no pasó nada”, o todo, para acabar pronto. No creo que sea educativo convertir un incidente, en el que con toda probabilidad dos alumnos se escaparon ilusamente, para vivir una aventura, todo lo inmadura que se quiera, pero que tuvo la buena fortuna de no llegar más allá de un par de días de angustia, por cierto, ya calmada, de sus padres.

—Coincido con Lupita en que una terapia de grupo, superficial, desde luego, no vamos a inventarles un socioanálisis de pacotilla, puede dejar salir las inquietudes de los alumnos, para que vuelva la tranquilidad en el grupo, que se muestra inquieto, según dicen sus profesores. No rechazan a los fugitivos, va a ser el nombre que se les va a quedar, pero les tienen una cierta reserva.

—Yo propongo los puntos de acuerdo siguientes: 1. No hay expulsión ninguna, pero sí una conversación de Lupita, que tiene experiencia en Orientación Vocacional, con los dos alumnos por separado, porque sus actos no son idénticos. Finalmente la casa es la de él, más exactamente de una tía, en el chismerío ordinario pierde más ella, etcétera, 2. Un par de conversaciones de dos horas dos sábados seguidos, tras las clases, con una sicóloga de Orientación Vocacional, para que los alumnos, por medio de la reflexión sobre sus responsabilidades que ya deben comenzar a ser adultas, obtengan aprendizajes de comportamiento sano; 3. Agradecer, sin ninguna publicidad más allá de la que de todos modos correrá por el Plantel, al profesor por su ayuda, tardía, también hay que decírselo, para resolver de buena manera este conflicto. Esto correrá por Radio Pasillo por las Academias y dará a muchos profesores una orientación para actuar, cuando les caiga entre las manos una situación parecida.

—Yo, por deber de conciencia de educadora, mantengo mi postura, que considero la única correcta y universitaria: conforme a las normas de nuestra institución, hay que expulsar al

muchacho. Nuestros compañeros secretarios y coordinadores de Área pecan de una falsa buena voluntad, además muy cómoda, que no dará resultados.

—Bien. ¿Alguien tiene algo que agregar? No someto a votación las propuestas, porque está claro hacia donde se inclina la mayoría, con las cuales coincido en lo sustancial. Creo que son orientaciones acordes con la atención que el Colegio quiere dar a sus alumnos. Me encargaré de todos los puntos tratados en esta sesión y tomados, con esta intervención mía, como acuerdos.

La Secretaria General no insistió, pero siguió argumentando por dentro. Tal vez pensó hablar luego en privado con el Director. Los coordinadores nos retiramos conteniendo las sonrisas.

Lupita se quedó a seguir tratando el tema con Renero y la Secretaria General. Lupita era Secretaria de Asuntos Estudiantiles, que manejaba con una algarabía inescrutable de papeles que cubrían su escritorio. Naucalpan tenía organigrama.



**T**odavía corría abril y la primavera acompañaba los primeros brotes del Colegio. Me topé con un profesor de Ciencias Experimentales, mal peinado, grueso y no tan alto, comenzamos a hablar, sin saber que años más tarde mantendríamos una colaboración creativa, y yo una atención sin reparo a sus interminables soliloquios. Muchas ideas fueron de él, yo las apoyaba y les daba consistencia institucional y un intento de tinte político, sin lo cual nunca hubieran ascendido hasta el nivel de los hechos. Era mi tarea. Pero ese día el profesor todavía no era José Luis.

A media mañana, en el rellano inferior donde terminaban los escalones del edificio de Experimentales, comenzamos a hablar del proyecto del Colegio de Ciencias y Humanidades. Lo más difícil para él era comenzar sus discursos, porque después no había manera de entrar en una verdadera conversación. Se apoderaba de la verborrea, o ésta de él, en un soliloquio apasionado y crítico, con gestos repetidos de acusación.

—Los laboratorios están incompletos, son una miseria. Se pueden hacer muchos experimentos interesantes, pero falta material y sustancias, más equipo; para Física es lo más importante. Ayer estuve platicando con el Dr. Lozano, ¿lo conoces?, es el Director de Ciencias, una de las Facultades Madres del CCH.

Nunca había oído la palabra, *cecehache*, ese día puro sonido

sin alusión a su escritura; los nombres de las tres consonantes que resumen Colegio de Ciencias y Humanidades, un acrónimo. No me gustó, me pareció una degradación exageradamente rápida de un nombre conceptualmente rico. Lo sentí como una vulgaridad que se infligía al Colegio mismo. No dije nada, pero me quedé pensando quién lo habría inventado. ¿José Luis mismo? ¿El doctor Lozano? Puede también ser, porque Lozano era alegre y desenfadado, pero al instante rechacé la hipótesis. Seguramente alguien de CU que, ya entonces, menospreciaba el proyecto del Colegio. Por eso modificaba peyorativamente su nombre. O tal vez era sólo una comodidad para abreviar. O yo exageradamente reactivo.

Se quedó, hablo de la denominación. Acaso omitiré algunas veces la h, para restituir los meros sonidos: *ceceache*. La h es muda. Nos llamaríamos con una falta de ortografía, cuando nos escribiéramos Si sólo es ahí, no importa. Es un nombre propio. El nuestro.

En adelante, todavía el primer semestre de 71, a la mejor mi sensibilidad a las palabras, Área de Talleres, no era compartida por otros colegas, la palabra se convirtió en el nombre de uso ordinario para hablar del Colegio, incluso la abreviatura escrita lo retomó, por supuesto como C.C.H. y luego, más práctico, simplemente CCH. Y sus alumnos y profesores hemos sido los *ceceacheros*.

Desde las primeras semanas la violencia, sin examen de admisión, y de fuera para dentro, ingresó al Plantel junto con los primeros alumnos. De pronto la queja de una mochila robada, el despojo del dinero para la pesera, un golpeado en la cabeza, unas patadas. En Vallejo hubo balazos disparados contra primeros pisos de los edificios más cercanos a la avenida de los Cien Metros. Los porros.

Había tres *Standartenführers*, (coroneles, exagero, más exactamente sicarios) El Pieles; El Francés, que se apellidaba Lorain, heredado que sepa el Archiduque de cuál de sus soldados y con los genes extraviados; y El Bello. Los demás eran anónimos para la comunidad, pero incluidos en la lista de asaltantes. Años más tarde hubo El Sábanas, El Cristo, hazme el favor. Pero no es la hora del recuento de las agresiones inaugurales.

Mi recuerdo oscila, no recuerdo si era finales de mayo o septiembre de 71, pero tú sí en la hondura sí lo sabes, aunque la memoria se sienta insegura. Faltaba más, nunca te has perdido en los calendarios y sabes cuándo ha llegado el momento en que la obstinación te arrastra a avanzar, sin que lo decidas tú mismo del todo, sino algo que llevas dentro te lo impone. Pero lo importante es que están los tres o los cuatro, sólo tu profesor y los alumnos. En el techo de la Dirección, dominando la escalinata que se hunde hacia los salones de los cuatro edificios de 1971. Todo el Plantel.

Abajo otros 300 o 500 llenan la gradería de la explanada que este día funciona de arriba del techo de la Dirección hacia Usos Múltiples. El alumno rubio comienza a hablar, pero no alcanza a convertir la multitud en masa, los de abajo comentan y hay gritos dispersos. Tomas la palabra, por vez primera desde la tribuna de los activistas. Los porros, El Pielés, con su abrigo de buscador de oro en el Yukón, El Francés y El Bello han golpeado a Santiago Flores y de Hoyos. Los profesores de Experimentales los tienen detenidos. Recuerdo que miraste a tu derecha hacia el edificio donde siguen los empujones al pie de la escalera. “No vamos a permitir que los porros se apoderen de Naucalpan. Este es el Plantel nuestro y libre. No queremos violentos patrocinados por el PRI, ni por nadie. Basta con una vez y sobra y para siempre. Vamos a entregarlos a la policía en manifestación hasta el municipio. Compañeros alumnos, si nos dejamos someter hoy, se repetirá y cada vez será más difícil librarnos de los porros. Griten conmigo: “Naucalpan sí. Porros, no”.

La escalinata central vibra entera. Pasas a gritos (no tenías altavoz) la consigna de resistencia y de recurso a la policía contra la violencia. Anuncias que el Director nos acompaña. Declaras la obligación de no dejar que el porrismo arraigue en Naucalpan, remachas que será más difícil desterrarlo, si cobra fuerza. Hoy, el primer día de violencia descarada, es el momento de echarla fuera. No la dejaremos pasar. Pero todos somos responsables. Todos somos uno.

Los 500, sin duda, gritan y comienzan a salir a la calle. Los profesores de Ciencias Experimentales sacan a los tres porros y los suben al coche del Director, que maneja. De eso estás seguro, pero desde hace años te preguntas cómo tuvieron miedo de la indignación los porros y sobre todo cómo cupieron vigilados en un solo coche. O por andar en el techo no puedes asegurar que eran dos coches.

Saltas del techo de la Dirección a un montecito donde hay pasto y un arbusto en su cima diminuta, y los activistas, más prudentes, se descuelgan, pero tú sientes que se está jugando una historia importante para que Naucalpan siga siendo un Plantel único y saltas. En Vallejo hubo tiros y pedradas hace diez días y en Azcapotzalco hay porros. Nosotros no lo permitiremos. Caes con las dos plantas de los pies y te arden, pero corres a tomar la cabeza de la manifestación. Los coches van en medio. El Plantel entero participa sin desorden, ni siquiera hay gritos. Todos sabemos que queremos que la ley se cumpla.

Meses atrás, en las primeras semanas del Colegio conocí al Secretario Académico de Naucalpan, el ingeniero López Chávez. Un profesor de la Preparatoria, emigrado al Colegio. Fue mi instructor sobre el porrismo, tenía un folder con recortes de periódicos sobre los ataques de los porros a la Prepa 2. Me inició en la lucha contra los violentos. Lo esencial, nunca lo has olvidado, es no dejar que los grupos de golpeadores se instalen en ningún local del Plantel, simulen espacialmente ser parte de la comunidad y que los alumnos sobre todo los consideren alumnos normales. Desarraigarlos es mucho más difícil. Para dominarlos, hay que mantener a la comunidad unida contra ellos. Ahora, tantos años después, veo la película de esa mañana, el techo de la Dirección, oigo retazos de mi arenga, y comprendo de dónde venía la voz que habló por mí. Pero la defensa del Colegio la puse yo.

Llegamos al Municipio, el Director entró, entregaron a los porros, la policía se hizo cargo. No imaginábamos que en dos días estarían de nuevo en el Plantel. Los tres, El Pielés, con su un abrigo hecho de algún animal de pelo largo, El Francés y El Bello, que era militante de algún grupo priista. Habían comenzado por robar a los alumnos, dinero sobre todo, no había tecnología disponible y atractiva, o una chamarra, poco práctica si era identificable, digamos con los signos de algún equipo de

americano, los Raiders o los Acereros, o los Vaqueros o, más nacionalmente, las Águilas Blancas, los Guerreros Aztecas, por decir algo. Los Pumas estaban atrasados.

Pero el Director los expulsó del Plantel, en cuanto volvieron liberados. Rectoría en esa época sabía defender los Planteles o, por lo menos, nos dejaba defendernos. Aprendimos y aplicamos incansablemente los comportamientos nuevos y comunitarios.

Pero a ti la aventura te salió cara, aunque nunca te arrepentiste de haber saltado del techo al montículo cubierto de pasto ni de la caminata al Municipio. Después de comer, ya frío, las plantas de los pies te ardían. Tu mujer te obligó a una radiografía con un médico de la familia. También ella y tú cupieron en el Datsun. La radiografía dio ningún hueso quebrado, un golpe muy violento y reposo hasta que la hinchazón bajara. Pasaste dos días en cama con los pies desnudos y *Agosto* de Solzenitsin leído de un tirón, recién comprado en una edición sudamericana, muchos años antes de que apareciera una versión completa en francés, para corregir el resumen inicialmente editado. ¿Problema de *samizdat*? Seguramente.

En París también, un día de frío, mientras esperaba mi coche en un taller mecánico, caí en una epidemia de gripe asiática con mucha fiebre, cuidado también entonces por mi mujer, que me llevó un médico. Inyecciones. Pasé una semana leyendo *El pabellón de los cancerosos* (*del cáncer*, en la edición española, años más tarde) y la medicina me dio tiempo para terminarlo felizmente, si se puede olvidar la monstruosa realidad que la calidad literaria invita a considerar sin peligro. Cuando me levanté, un sábado, terminamos en la Rue du Dragon, para ver el estreno de *El Satiricón* de Federico Fellini. Luego repetimos en un cine des Champs-Élysées con pantalla panorámica. Valió la pena. No sólo la lectura, sino los dolores en las plantas y la guerra contra el porrismo.

Junio había llegado con una larga capa de lluvias que sacudían los eucaliptos del viejo Bosque de los Remedios y llenaban el cubículo de Talleres de un olor plateado. La máquina Remington tenía una cinta de dos colores, aunque odiaba el rojo y terminaba por desperdiciarlo. Pero los repuestos llegaban según el Departamento de Compras decidía y no seguir escribiendo con las cintas viejas era igual que quedarse callado, aunque hablara en voz baja.

Me preocupaba la contratación de nuevos profesores para el año siguiente, cuando hubiera por primera vez grupos de Tercer Semestre, el doble de grupos que aquel primer año, en edificios que todavía no emergían de los planos de los arquitectos de Obras, seguramente los mismos que en 71.

¿De dónde iban a salir los nuevos profesores? ¿Quién los contrataría? ¿Con las mismas reglas que el año en curso, el primero? Porque antes el Colegio no existía, pero ahora el Colegio, en el Área de Talleres de Naucalpan, éramos 40 profesores egresados de Filosofía y Letras, Hispánicas sobre todo, que se habían tomado en serio el proyecto de un bachillerato único en México y avanzado, con una idea de cultura de la que se seleccionaba lo importante y con mayores probabilidades de perdurar. La lluvia arreció y comenzó a salpicar el escritorio. La secretaria cerró la ventana a mis espaldas. Me dio otra taza de café.

Seguía pensando, ahora con ansiedad que no me entorpecía la búsqueda de una solución coherente con los propósitos educativos del CCH. No me calmaba. La hoja en la máquina estaba limpia por un lado, por el otro tenía un mensaje del Director del Plantel, de un mes antes, sobre la impartición de todas las horas de clase. Años después, la leyenda de una asistencia completa de los profesores fundadores en los inicios del Colegio, sin necesidad de registrar con firma su presencia en el Plantel, se agregó a los otros ciclos mitológicos del Colegio.

Pensé que escribir un título podría desatar la escritura. Un título resume y anuncia. Intenté “¿Cómo contratará el Colegio nuevos profesores?” Pero “el Colegio” dejaba las cosas en un ámbito impersonal, porque nadie solo era el Colegio. Además, dejaba la iniciativa a quien quisiera tomarla. Y la intervención de la Academia de Talleres de Naucalpan era irrenunciable. El nombre de la academia debía figurar en el título, porque estaba hablando en la máquina del Área a todos los profesores del CCH. “La Academia de Talleres de Naucalpan”. Pero ¿qué proponía hacer y para qué? había apenas escrito uno de los miembros de la frase, mientras la lluvia seguía tenaz dispuesta a ablandar los vidrios de las ventanas, la ilusa.

La “Gaceta Amarilla” dejaba escapar un leve murmullo dorado encima de dos libros de “Sepan Cuantos...” que mis alumnos habían leído la quincena anterior. La tomé por inercia sin ningún propósito preciso, simplemente como quien se mete en el día, cuando se levanta y el sol da en la ventana, al acercarse para determinar los pantalones y la playera para el incierto clima de la mañana.

La luz de la *Gaceta* se abrió, no quiero decir nada extraño, pero la *Gaceta* se abrió en la página 3, en el segundo párrafo de la primera columna, donde dice aquello, no voy a buscar una *Gaceta* ahora, más de 50 años más tarde, para hacer una cita académica irrefutable, aquello de que el Colegio nace de una



vieja concepción educativa que transmite una cultura consistente en enseñar a leer textos clásicos y modernos, a redactar escritos diversos, a corregir el idioma; a resolver problemas matemáticos y calcular, a servirse del método experimental para el estudio de las Ciencias y del histórico social para los problemas de las Ciencias Humanas; a dominar un conjunto de habilidades que permitan al alumno aprender a aprender, y le sirvan de base para los estudios superiores.

El leve zumbido de la *Gaceta* se detuvo, pero luego repitió el mensaje con las mismas ideas y con algunas variaciones verbales. Vi claro. Si buscábamos profesores que enseñaran a leer, a redactar, a analizar las mutaciones históricas, a resolver problemas matemáticos y a experimentar, los profesores mismos debían demostrar que dominaban actualmente las habilidades de cuya enseñanza podrían ser responsables.

La lluvia cesó y el sol entró por la espalda y el escritorio se iluminó. El principio de invención de los nuevos ámbitos del Colegio resplandeció hasta la blancura de la luz: en el Colegio hay que hacer todo lo que se haga, para que los alumnos puedan aprender las habilidades que los profesores les proponen, siguiendo la vieja pedagogía que había servido de base para la invención de nuestro Bachillerato.

No se trataba sólo de contratar nuevos profesores, sino de transformar una comunidad formada profesionalmente en moldes de profesores de facultad que discurrieron e incitaron a tomar notas de sus exposiciones y a repetir las, no necesariamente de memoria, pero sí de una continuidad respetuosa de la cultura como museo de saberes. Las obras de arte de los museos no se tocan, se admiran.

Por de pronto, el punto de partida quedaba claro para las actividades de preparación de nuevos profesores: había que verificar sus conocimientos de los programas de las materias y las habilidades especialmente en Talleres, el nombre obliga,

pero sobre todo verlos desarrollar una clase sobre una unidad de los programas y asegurarse de que podrían tratar con respeto e interés a sus alumnos adolescentes y colaborar con los colegas en los trabajos de la academia. De estos enfoques se derivaban las actividades del proceso de selección para mantener una planta docente forjada según el proyecto educativo del Colegio. Estábamos tomando posesión del Colegio por dentro y por nuestra cuenta, porque se comenzaba a construir, en el ámbito de los profesores, una reflexión autónoma, a partir de los postulados centrales del nuevo Bachillerato.

Pero no era todo. Si contratar profesores exigía mantener enfoques y actividades coherentes con los principios del Colegio, aprender a aprender, aprender a hacer, ser protagonista de la propia cultura, crítica como capacidad creciente de discernimiento para dar valor a las propuestas que fueran apareciendo a lo largo de la vida académica, por de pronto, y a los deberes de adulto más tarde, en todas las actividades del Colegio los mismos principios serían la regla para distinguir si una decisión serviría o no para continuar la construcción del proyecto del Colegio.

Cuando me levanté para salir a recoger a mi hijo Ro de la guardería en la del Valle, tenía una propuesta de cursos de selección que propondría a la Academia de Talleres y una equivalencia simple y de una fecundidad inagotable, central y honda: el Colegio, tenía un Proyecto Educativo, que en uno de sus rincones comenzaba a ser más hondamente la medida y brújula de todas sus actividades.

—**R**ecibí un oficio del Director del Plantel para aplicar exámenes extraordinarios. Todos ustedes son sinodales.

“Cubículo del Área de Talleres a mediodía y ha terminado el primer semestre del primer año del Colegio de Ciencias y Humanidades. Somos hoy 32 profesores de Lectura y Redacción, la Academia de la mañana. Están todos, a estas horas nadie tiene grupo y preveo una reunión breve. Me queda claro que la respuesta al oficio se resume en una palabra. Pero quiero un acuerdo explícito y razonado.

Hay sorpresa en el murmullo y sobre todo rápidos intentos de reacomodo desconcertado de las ideas sobre lo que, se nos dijo, pretende el Colegio y que ya tenemos arraigado en nuestra actividad diaria. El pasmo consiste sobre todo en para qué nos mandan ocuparnos de una actividad que nadie considera necesaria y mucho menos adecuada o coherente con lo que pensamos: ¿Exámenes extraordinarios en el Colegio? ¡Órale! ¿Y la evaluación continua? ¿Cómo van a cumplir los alumnos las actividades de un semestre en un par de horas? Para no pensar, ni nos toca, en cómo van a evaluar los de Experimentales en un examen escrito.

—Digámosle al Dr. Renero que no —intervino José Luis—. Va en contra del proyecto del Colegio. El proyecto se lleva entero adelante, eso es lo que queremos y en lo que hemos quedado, no so-

mos una escuela tradicional, hay que ser consistentes, por una vez que se intenta una reforma en serio y luego comienzan los adornitos estúpidos a nombre de una tradición que no es la nuestra.

—Yo tampoco estoy de acuerdo en aplicar extraordinarios —señaló Jesús—. Debe haber alguna manera de evaluar Lectura, de Redacción queda más claro, ponemos un tema y revisamos la sintaxis y la ortografía, bueno, y la estructura del escrito, claro. Pero lo que molesta es que unos alumnos aprueban el semestre trabajando todas las semanas y otros en un par de horas de trabajo. Además, ¿cómo van a prepararse? No me digan que van a escribir 20 trabajos y ellos mismos los van a corregir, todavía están verdes, sobre todo porque son los alumnos que no avanzaron ni lo mínimo en el primer semestre.

Los murmullos se envuelven en las banderas de los principios y disponen a todo el grupo en un plan de batalla cuya coherencia llena hasta los bordes el espacio de la reunión de academia, pero no se derrama fuera del cubículo. Es nuestro problema y lo resolveremos. No hay ira, sólo indignación y, por primera vez, una forma de desamparo que no alcanza a tener nombre, porque nos invitaron a una hazaña y ahora no ofrecen un desfile con aros de papel de china como escuela de monjas incorporada a la SEP. ¡Buah! Sentimos que hay un conflicto entre las obligaciones universitarias y las ideas del Colegio, con las que nos comprometimos. No alcanzamos a entrever que será una lucha constante y que aprenderemos a combatir recurriendo a las normas mismas de la UNAM, pero salvando las prácticas del Colegio. Comenzamos cediendo, pero también a sabiendas y resistiendo hasta donde fue posible.

El conflicto conceptual, y sobre todo práctico, dio para aparecer en una reunión semanal de los Coordinadores de Área con Renero. En todas las áreas había habido reuniones semejantes a la de Talleres de la mañana. Talleres de la tarde no se había reunido, de modo que el Coordinador se manifestó de acuerdo

con la mañana, sin haber hablado con sus bases. Acordamos discutir los extraordinarios la semana siguiente. Tampoco Renero es un entusiasta del mecanismo, porque coincide con nosotros en que un examen no supe un curso y la evaluación del Colegio es continua y cuenta toda la producción de textos redactados y de libros leídos en el semestre. Luego sale un alumno que nunca apareció en clase en todo el semestre, y no por causa justificada, enfermedad, por ejemplo, y llena un cuestionario de opción múltiple y la hace. Contradice al modelo y lo desautoriza.

—Digan en las Áreas que lo entiendo. Pero la legislación de la UNAM existe. Y nos obliga, de modo que un alumno puede recurrir al Coordinador del Colegio, o al Abogado General, no faltará alguno de los que no están de acuerdo con la creación del Bachillerato del Colegio y nos acusa. Les darán la razón, no nos conviene. Es mejor que busquemos cómo mantener nuestros principios y respetar las normas universitarias. No es sólo un problema para mí, a quien darían la orden de organizar los extraordinarios, sino para el Colegio, para su imagen hacia dentro, en la conciencia de los profesores. Todos sabemos que el CCH, es la abreviatura que se está imponiendo y es cómoda y clara, nos distingue de cualquier otra institución universitaria, el CCH tiene enemigos. El Rector nos protege, somos creación suya y ahora somos creación también de nosotros mismos, porque el Colegio comenzó a existir el primer día de clases. Bueno, espero de todos que inventen cómo hacer extraordinarios sin renunciar al proyecto del Colegio, debe poderse. Aprendamos algo que nos seguirá sirviendo siempre.

Al final del segundo intento y de la orientación del Doctor Renero, no pudimos mantener nuestro rechazo radical, el único coherente. Lo expliqué en una reunión urgente de la academia de Talleres de la mañana:

—Porque hay un problema. Los extraordinarios son un derecho de los alumnos que no pasaron. Está en el Reglamento General de Exámenes y no hay para dónde hacerse. Tampoco

podemos, como postura general, mandar al diablo la legislación de la UNAM, nomás porque somos especiales. No existiríamos sin la Universidad y sus normas. Es verdad, además de ser un proyecto inédito, el CCH es universitario y estamos orgullosos de que nos hayan confiado lograr que la Universidad sea de mejor manera Universidad. De modo que vamos a aplicar exámenes extraordinarios. Pero no podemos tampoco renegar de esa misma encomienda, ser un bachillerato innovador. Con el Dr. Renero podemos buscarle tres pies al gato y a fuerza de darle vueltas los de Talleres nos echaremos el trompo a la uña.

“Por de pronto, no aplicaremos nunca exámenes de opción múltiple. En Redacción no se trata de elegir la definición de predicado ni siquiera cuál adjetivo debe añadirse a no sé qué nombre. Son preguntas estúpidas. Redacción enseña a escribir desde la página en blanco y no con muletillas ni muletillas, como dice el programa, y a dirigir los escritos a alguien para lograr algo, un efecto en el lector previsto, imaginado. Es lo esencial. La inmensidad de lo demás no puede menoscabarse, pero viene luego y se aprende reflexionando para redactar y reflexionando sobre las redacciones.

—Tenemos que evaluar no un cuestionario, sino un escrito. Un mes antes del examen, o quince días, hay que discutirlo, señalaremos tres temas de redacción. Los alumnos deberán presentar una redacción de dos páginas y ese será el examen. ¿Que se van a copiar o que Zutanita le hará el trabajo a Fulanito? Seguramente. Pero tampoco podemos evitarlo totalmente, cuando en las aulas trabajan en equipo: siempre hay alguien que aporta más que otros. Y finalmente es lo más cercano a un extraordinario que se parezca a la evaluación del Colegio. Nos imaginamos las dificultades de Ciencias Experimentales. ¿Dónde quedará la experimentación?

—Lectura también tendrá un acercamiento a las ideas del Colegio: leer un relato escogido por la academia, resumir la

historia, los conflictos, los acontecimientos con sus propias palabras; hacer preguntas a las que los alumnos deberán responder señalando en qué parte del texto encontraron las respuestas; adjetivar a los personajes, sus cualidades, lo que se aprende de comportamientos y actitudes; resumir el sentido que su lectura habrá atribuido al texto. Y apoyar todas las respuestas con citas precisas.

Esta es la historia de la primera grave discordancia, surgida de la legislación de la Universidad, que no nos tomaba en cuenta, porque nacimos después de ella, la primera desavenencia entre el proyecto del nuevo bachillerato de la UNAM y la vieja Señora con sus costumbres y usos conservados intactos durante decenios. El conflicto se disolvió con decisión e imaginación, pero varios años después fuimos tomando conciencia de que no todo había ocurrido y que, en un fondo más oscuro, algo no estaba en su lugar para llegar a un bachillerato innovador.

En este 2025 incierto, aquel brote minúsculo de incompreensión académica se ha convertido por traición al espíritu que quiere hablar por nuestra raza, aunque le den pocos espacios, en una amenaza de echar de la UNAM a quienes resolvimos serle fiel y también totalmente adictos al proyecto del Colegio que la misma UNAM, no otra, nos había encomendado. Es vergonzoso que a los únicos que siempre han encontrado los resquicios necesarios para afianzar al Colegio sin despreciar las normas, la tosca petulancia de ojos vendados ahora decida considerarlos un estorbo institucional. ¿Cuándo van a desalojar a quienes dejan que los corredores de sus facultades se llenen de tamales, churros y altavoces? En realidad, no deseo que drásticamente se anulen el desorden y la invasión, seguramente no es tan sencillo, pero hay que exigir la ley con equidad. Y un auditorio perdido 25 años no es una de las glorias del águila y del cóndor.

**E**l Halconazo merecería en la memoria del Colegio una referencia indignada. Fue el bautismo de violencia gubernamental contra los nuevos universitarios, como si la matanza de Tlatelolco demandara ratificación y complemento. Los alumnos, los primeros del Colegio, en los tres Planteles, habían seguramente recibido una iniciación lejana a la represión y alguna explicación de su función en un país gobernado autoritariamente, donde la ley era un instrumento aplicable cuando el poder lo decidía y omisa ante las denuncias de los mexicanos sin méritos oficiales o nexos con algún interventor burocrático.

Sin embargo, ni asistí a la marcha, ni siquiera tomé la decisión de no hacerlo, porque, hoy me parece llamativo, no hubo preparación de asamblea ni propaganda en Naucalpan. Puedo reconstruir que más bien la convocatoria corrió por el Plantel en voz baja, de profesor a sus alumnos, la invitación no llegó a la Academia de Talleres. Cierto, Miranda asistió, me lo recordó Sara, una de sus alumnas, muchos años después en una conversación reciente que comenzó con el recuerdo de sus corbatas con bailarinas bajo una palmera.

Al parecer, el contingente estaba conformado más por alumnos del Poli que de la UNAM. El rumbo de la marcha parece confirmar esta imagen. Me dicen que la organización también se originó en Santo Tomás y que se explica la brutalidad de la



agresión y la repercusión menor que tuvo en la UNAM, pero ni disminuyo la violencia ni me distancio de la condena. De cualquier manera, mi memoria se calla y no encuentra de dónde aferrarme para narrar nada suficientemente concreto. Tengo los perdidos retazos de la televisión, 24 horas con Zabłudovski, y la reviviscencia de la secuencia que entreteje el parto y la manifestación de *Roma*, la película.

Así, a esta distancia no tengo una memoria del Colegio que contar de la cual haya sido al menos espectador indirecto. No puedo decir sino que un grupo numeroso —Sara y Miranda entre ellos— fue cobijado en un terreno cuyas puertas se abrieron para protegerlos de la ola de disparos que los perseguían. Los mexicanos del pueblo, ¿cómo decirlo de otra manera?, son solidarios y protegen a los jóvenes, en especial contra las fuerzas del desorden oficial y la anarquía selectiva del autoritarismo. Pienso, mera elucubración, que quisieron cobrarse la resistencia armada del Casco de Santo Tomás en 68. Pero no eran los mismos ni los atacantes, al parecer, ni los agredidos. La componente del poder que fue más allá de lo que le convenía en 71 y trepó al mismo nivel de 68, perdió su asociación al Estado.

Tampoco hubo conmemoración del atentado en las semanas siguientes. Claro, Echeverría destituyó a Martínez Domínguez de inmediato, y condenó el hecho. Era evidente que, por una parte, se intentaba refrendar el derecho a manifestar, “salir a la calle”, tras la atadura del 2 de octubre del 68, con una marcha estudiantil en julio de 1971. Por otra, el Gobierno de la Ciudad estaba decidido a no dejar que ningún movimiento creciera, por lo que las fuerzas de cualquier pentatlón militarizado pusieron manos a la obra para destruir de raíz lo que podía tal vez estar surgiendo.

Pero de la UNAM no debe haber habido heridos graves, pero me excedería si lo asegurara tajantemente, menos todavía muertos, porque no hubieran pasado en silencio en la comunidad de Naucalpan. Ni un mitin, ni tema de academia. No faltaron

comentarios, pero sí una reacción unitaria del Plantel contra la represión. Y se añadió el 7 de julio a la lista de las fechas que no se olvidan.

Por eso no puedo narrar nada, solo conversaciones tardías, ningún comentario de profesores presentes en las calles, y sí la indignación compartida, las noticias de los diarios. No fuimos indiferentes, pero sí incapaces de respuesta.

Heridos y muertos que se conmemorarían menos.

Porque al parecer, los mejor enterados, decidieron cubrirse en el silencio, aunque el Jefe del Departamento del Distrito Federal terminó su carrera política.

**A** lo largo de esta nueva invención escrita del Colegio, me voy dando cuenta con curiosidad primero, y luego casi con terror, de cuántos momentos decisivos de nuestra historia cayeron en medio de reuniones que debieron terminar por explotar. Ninguna sangre, se hubiera acabado esta historia mucho más cerca de su arranque, pero sí rostros desvanecidos, para dejar en carne viva las máscaras que sostenían pómulos y labios y encontrarnos en medio de recientes desconocidos que acababan de llegar a la cita con uno en el mismo coche.

Así fue la asamblea, más exactamente la reunión de Alpes 14, a una cuadra al poniente del Periférico, antes de Barranca del Muerto al sur, digamos para mayor precisión, en la colonia Los Alpes, en un espacio característico de estancia-comedor de clase media, privada de sus sillones y poblada de nuevo con sillas de algún Plantel del Colegio, dispuestas para recibir el orden del día y las órdenes que imaginaban íbamos a consentir. Por disposiciones silenciadas para nosotros, todos los coordinadores de área y, al mismo tiempo, representantes de las academias, habíamos sido convocados para desarrollar el plan de guerra del nuevo Secretario General del Colegio, tras la renuncia de Alfonso Millán y el alejamiento de este amigo anterior a toda esta historia. Se trataba, para ser claros, de disponer un orden de batalla con nosotros que éramos las tropas disponibles. Se imaginaban.

No había café ni siquiera alguno de los polvos espurios que acostumbran las burocracias mal atendidas. Sin votación, suplida por una introducción de la que quedaba en claro que nadie sabía para qué estábamos ahí, con excepción del que se presentó como apóstol o enviado plenipotenciario del Licenciado, faltaba más, si todavía en el Gobierno Federal no se acostumbraban los doctores, del Licenciado, pues, y sobre todo Secretario General, y nosotros entre quienes unos cuantos se distinguían de los blue-jeans de los profesores por sus sacos oscuros y corbatas que parecían compradas en los tendidos de salida del Metro. Los demás seguíamos siendo profesores y estábamos inventando cómo hacer funcionar los planteles, sin renunciar ni a la democracia y libre participación colegiada ni a pertenecer a la Universidad y ser intensamente universitarios, ni mucho menos abdicar del Colegio.

Total, para ir a lo esencial, el profesor, que por cierto no era coordinador de Área, pero sí hermano de su hermana, entonces todavía futura secretaria de Turismo, tendría que llegar el siguiente sexenio siete años después y, por de pronto, miembro del grupo dominante del partido todavía tercamente oficial, el hermano, pues, nos transmitió la estrategia de constituir ante notario una asociación de profesores de tiempo completo, para asegurar la ventaja institucional que nos daba ser funcionarios, papel que a nadie se le ocurría estar desempeñando. Nos sabíamos, sin otra incertidumbre que la aleatoria duración de nuestros nombramientos, profesores y colegas de quienes enseñaban las mismas materias por las cuales la mayoría habíamos concursado. Iguales en la melena, en las playeras, en el rock de esos años, en las peñas latinoamericanas y revolucionarias yo no, y en la pasión por poco universal por construir la mejor escuela de Enseñanza Media Superior de México y el modelo de todas. Como coordinadores, encabezábamos los comienzos de las asambleas, tratábamos de mantener el orden del día, y

fungíamos de intermediarios en los conflictos entre alumnos y profesores, entonces frecuentes, porque los alumnos aprendieron muy pronto que eran protagonistas reconocidos en los salones escolares. En Naucalpan, además, gracias a su Director, éramos los oficiales de enlace entre el centro del Plantel y la confederación de las cuatro Áreas y tres o cuatro Departamentos de profesores.

Por eso, el plan de ataque contra los profesores nos dejó, para repartir adjetivos y a cada quien el suyo, atónitos, fríos, inciertos, dispuestos a obedecer, temerosos de las cuentas que daríamos en la próxima asamblea de academia, silenciosamente indignados.

Sólo nuestros dos (entonces todavía) jesuitas, Palencia de Vallejo y Jorge Martínez de Naucalpan y los demás coordinadores del Plantel, menos los dos de Historia, comenzamos a objetar, para tantear las posiciones del Cuartel General y de su fuego arbitraria y sorpresivamente amigo.

Nuestros argumentos irritaron al apóstol y al parecer plenipotenciario y lo hicieron subir el tono y doblar las apuestas. Echó mano a la cintura y sacó las amenazas: seríamos destituidos. Me tocó el turno: “No te alarmes. No entraremos en tu asociación y sabemos nadar. Por nosotros no te preocupes”. “Sabemos nadar” lo saqué de algo que había leído hacía poco y hoy no recuerdo. Es una declaración de la que no tengo oficialmente derechos de autor, pero me sigue gustando, porque habla de firmeza en el agua, lo que no deja de tener su descaro. En realidad, no tenía ni idea de qué pensaban hacer los que, con prudente silencio, estaban pensando firmar, para vengar sus agravios sufridos en las asambleas, o hacerlo con una firma inventada ahí mismo e irreconocible.

Como la batalla se atoró en las posiciones declaradas, nos salimos tras las escaramuzas inevitables, por cierto, sin anuncio ni despedida, y nos encontramos a media calle de Alpes llena de 11 de la mañana, con un sentimiento de resistentes en una calle silvestre, pero sin *maquis*, contra alguna forma de fascismo no registrado en los diccionarios temáticos del ramo... Bueno,

podemos quedar en que se trató de una más de las innumerables maniobras autoritarias del repertorio priista, vigente después y por tantos años más con renovadas formas. En Naucalpan teníamos la mayoría en el colegio de coordinadores y en las reuniones de los viernes con la Dirección. Palencia no corría peligro, porque su dialéctica había pasado el examen de toda la filosofía y toda la teología en un mismo oral, para ser alguna vez profeso de la Compañía de Jesús, honor al que renunció en su momento. La que arriesgaba más era la coordinadora de Talleres matutino de Azcapotzalco, escritora y sensible a las brutalidades de los comprometidos contratados por mañana en la SEP, y se había unido a nosotros sin previo acuerdo, porque había sido la única de su Plantel que acompañó nuestra rebelión.

Volví en el coche de José Manuel a Naucalpan y fuimos a poner al Doctor al corriente. Nos miró divertido y no comentó nada. Ahí comenzamos a nadar sin necesidad de una aprobación explícita y previa de papá. En la reunión del viernes siguiente, los Coordinadores de Historia se desdijeron de su firma en el documento constitutivo de la Asociación del Profesores de Tiempo Completo del Colegio de Ciencias y Humanidades, A.C., que se agotó en esa playa, como una oleada que miras de pronto pero es inexistente, se trata del reflejo de las nubes oscuras en el agua, y no hay necesidad de baterías ni fortificaciones contra el desembarco, porque los invasores previstos no tenían banderas respetables y los resistentes ya estábamos instalados en tierra, sabíamos nadar, y nos opondríamos a cualquier ataque.

Tras el viraje de Historia, que Renero aprobó sin reclamaciones, el Plantel entero quedó agrupado con el Director frente a la Secretaría General. Imaginamos que algo reclamaría el funcionario responsable, pero también que a Renero le sobraba con qué sonreír y explicar que buscábamos mantener la colaboración de todos los niveles del profesorado del Plantel. Pudo dejar entrever, si subía el tono, no de voz sino de anuncio

de represalias que, si la comunidad se enteraba del intento de creación de una milicia de coordinadores, podía resultar un conflicto innecesario.

Fue la primera batalla contra enemigos interiores. Siguió la aparición de un panfleto en el que nos acusaban a “los guadalupanos”, falta de imaginación, de tener vínculos con el Gobierno, pero, sobre todo, como el adjetivo colgado lo dice claramente, de ser “un grupo católico” y, claro, por lo mismo *reaccionario*, hazme el favor, al cual agregaron a los coordinadores que sabían menos sinceramente conversos al proyecto del Secretario General del Colegio.

#### **UIP/0272CCH**

Sobre la reunión de los Jefes de Área del Colegio de Ciencias y Humanidades

*Estimado Licenciado:*

*Hoy por la mañana tuvo lugar la reunión planeada con el Lic. Gamaliel Hernández, a quien usted ordenó promover y dirigir el encuentro, y los Jefes de Área de los cinco Planteles, para fundar ante notario, era lo previsto, la Asociación de Profesores de Tiempo Completo, y contar con un organismo de profesores que pueda enfrentar la creciente ola de rebeldía de los profesores de los Planteles.*

La reunión comenzó a las 9:30, media hora después de lo programado, porque varios Jefes de Área no encontraron la calle Alpes y perdieron tiempo en orientarse. Asistieron todos, lo que significa que los Jefes de Área cumplen las órdenes de los Directores, al menos en este tipo de asuntos.

La reunión comenzó con una explicación del Licenciado Hernández sobre por qué es importante contrarrestar el movimiento subversivo que se está gestando en el profesorado del Colegio y cómo una asociación formal, constituida ante notario, puede contrarrestarlo y mantener al Colegio en el seno de la Universidad.

Causó malestar que el Lic. Hernández presidiera la reunión, porque no ocupa ningún puesto en la estructura de gobierno del Colegio. Era un “deus ex machina”, como se burlaron luego los Jefes de Área de Vallejo. Obviamente el Licenciado no podía aludir el encargo que usted le confió. Los que dieron signos más evidentes de inconformidad, sin llegar a ninguna falta de respeto, pero sí con expresiones duras, fueron Palencia y uno de los Jefes de Área de Talleres, el del turno matutino, de Naucalpan, y la Jefa de Talleres matutino, creo saber, de Azcapotzalco. Cuchichearon algo, pero siguieron atendiendo la exposición.

El ambiente se caldeó, cuando terminó la exposición del Licenciado y abrió lista de oradores. Comenzaron los Jefes de Área de Vallejo que Usted mismo asoció al proyecto. Argumentaron que los profesores de asignatura están impidiendo el desarrollo del Colegio y el ejercicio de la autoridad. La mayoría no pidió la palabra.

En el vacío que se creó tomó la palabra Palencia. Se hizo un silencio pesado. Argumentó que no podía crearse una asociación de profesores contra los profesores. Los Jefes de Área, en realidad, dijo siempre “los Coordinadores”, son profesores y están al servicio del trabajo académico de sus colegas. Hasta ahora no se ha cometido ningún acto que transgreda el espacio institucional universitario. De cualquier manera, lo mejor para que esto no suceda, será mantener contacto y confianza entre profesores y coordinadores de Área y no tomar una iniciativa que equivale a una declaración de guerra.

No tengo un texto literal, pero el resumen que transcribo es suficientemente exacto.

Luego habló el Jefe de Área de Talleres matutino de Naucalpan, que Usted conoce y de quien se dice que militó en la IV Internacional en París. Dijo que los argumentos de Palencia se concretaban ya en Naucalpan en el trabajo colegiado, la elaboración de material didáctico y el intercambio de experiencias



en la Academia de Talleres, que trabaja en los dos turnos, por la mañana y por tarde.

El Lic. Hernández invitó a ser realistas y a no arriesgarse a perder el puesto, si los Coordinadores fueran desconocidos por las academias, por no defender al Colegio como las autoridades proponían.

El Jefe de Naucalpan contestó de inmediato que las amenazas no son argumento universitario y que “aunque se desaten las olas, sabemos nadar”. La frase sonó fuerte, a pesar de su ridiculez. Creo, sin embargo, que algunos de los presentes se sintieron apoyados.

La sesión terminó poco después con la invitación a firmar el acuerdo de constitución. No firmaron los Jefes de Área de Naucalpan, que se habían retirado en silencio poco antes, excepto los de Historia, que habían sido contactados anteriormente; los Jefes de Área de Talleres de Azcapotzalco, profesores también de la Facultad de Filosofía y Letras; ninguno de los Jefes de Oriente, quienes pretextaron que harían mejor política, si no se distanciaban de sus bases; sí firmaron todos los de Vallejo, menos Palencia, desde luego, y todos los del Sur y los demás de Azcapotzalco.

El balance final es aproximadamente un 60 contra un 40%, pero en la minoría están los más decididos y con mayor capacidad de convencimiento en las discusiones abiertas, aunque también se incluye en la minoría el grupo de Oriente que, según entiendo, tiene una posición oportunista.

Si hay aclaraciones o complementos de información, se pone a su disposición su servidor...

**E**n todos los Planteles y simultáneamente desde las primeras semanas, aparecieron las academias. Matices y tendencias diversas deben haberse manifestado también, sostenidas por las comunidades de cada área. Algunas emprendieron de inmediato una guerra interminable con la Dirección local, reivindicando el derecho a nombrar a los Coordinadores de Área y a deponer o por lo menos a poner en entredicho a los designados con el nombre oficial de “Jefes de Área”, aplicando mecánicamente los procedimientos patentados por la mentalidad política predominante.

Así en otros Planteles terminó por predominar la rebelión y aparecieron los *coordinadores*, designados a mano alzada en asamblea de academia. A nadie se le hubiera ocurrido un padrón electoral y voto libre y secreto, faltaban siglos para los IFE e INE, pero por algo 68 estaba todavía muy cerca y vivo. En Naucalpan las academias adoptaron una actitud menos beligerante y más productiva. Ciencias Experimentales, Historia y Matemáticas confirmaron a los Coordinadores designados por el Director, con lo que, sin conflicto inmediato y, a su mero entender, sin acuerdo con el Director, dejaron sentado el precedente de que, al siguiente cambio de Coordinador, ya nunca de nuevo “Jefe de Área”, correspondería a la academia el derecho de nombrarlo. El Director no discutió un derecho “teórico” que bien podría nunca llegar a ejercerse en el periodo de la Dirección a su cargo

o quién sabe en qué condiciones y relaciones de fuerza llegaría a ser objeto de enfrentamiento. En Talleres ni se discutió el tema y se dio por resuelta, sin objeción ni voto, en silencio, la designación de los Coordinadores originales.

Las academias nacieron de una feliz combinación de situaciones y experiencias compartidas de la mayor parte de los profesores. Por una parte, mal que bien, cada quien había por lo menos asistido a las asambleas en CU y votado algún acuerdo más o menos inteligible, arrastrada por las olas tumultuosas de las reuniones de 68, generalmente cada una solo en su propia facultad.

En Naucalpan no había ninguno de los líderes que aparecieron en las notas periodísticas de las batallas del año terrible. Un solo profesor, eso sí, un par de años, ocupó un espacio, obviamente mínimo, en la crujía M de Lecumberri, pero no por las manifestaciones de 68, sino por otras actividades más arriesgadas y aventuradas, pero nadie en el Plantel llegó a saberlo. El interesado tampoco lo ostentaba, mientras otros de cuya presencia, para no hablar de influencia en las decisiones del Movimiento, no había rastro reconocible, repetían las citas, recordadas sin pasión por la exactitud, de las verdades del 68. Los héroes siempre aparecen después de las batallas. Roberto Escudero, que sí estuvo en el Consejo Nacional de Huelga, trabajo en Difusión Cultural en la Coordinación del Colegio, nunca participó en las conjuras de vecindario. Sin duda imagino que simpatizaba con los procedimientos colectivos y honrados de las mejores academias.

Pero la experiencia de reunirse a discutir la llevábamos todos en la cultura asimilada en los acontecimientos y esta actitud se confirmó en los cursos de ingreso a la docencia del Colegio de 72 y 73, donde la forma de trabajo predominante era la exposición ante el grupo de aspirantes y la manifestación libre de divergencias, sobre todo, y algunas confirmaciones en un

trabajo de seminario, que a veces se teñía de una verificación de ortodoxia revolucionaria difusa. No era usual que hubieras estudiado en la Ibero de entonces.

De modo que, con estos antecedentes y la carga asumida de un compromiso fuerte con el proyecto de hacer del Colegio el modelo de Bachillerato necesario para el país, desde la primera semana comenzamos a reunirnos y lo seguimos haciendo los dos primeros años, al menos una vez por semana, los sábados, después de las clases, hasta media tarde sin comer ni quejarse. Luego, al eliminarse el sábado como día laboral en la UNAM, las reuniones cambiaron su fecha oficial a los viernes. Queríamos aprender a enseñar como el Colegio proponía hacerlo, contábamos con pocos recursos didácticos y también con muchas reservas frente a la pedagogía que llamábamos “tradicional”, porque la nuestra aspiraba a ser activa y además, desde los primeros meses, percibimos que los remedios que nos ofrecían los pedagogos de entonces, eran recetas generales, como si todas las enfermedades se curaran con las mismas píldoras. Comenzábamos a sentir que no se enseña igual a leer que a calcular, que cada Área debía inventar su propia didáctica y nos dispusimos desordenadamente a hacerlo. Así, no nos preocupamos por leer tratados, sino por ir imaginando, nótese el verbo, inventado recursos para interesar a los alumnos en los clásicos Griegos y Latinos y en redactar su comprensión de los conflictos entre Aqueos y Troyanos o entre la exigencia del cumplimiento exacto de las leyes y la rebeldía de no aceptar pasar por encima de lazos familiares y amorosos en las tragedias, aunque esta terquedad significara perder el privilegio de vivir con derechos en una ciudad.

Estábamos aquí entonces en 71 y las academias siguieron su camino dejando piedritas para poder volver siempre a los orígenes y recomenzar rutas nuevas cuando las primeras se agotaran. Pero ahora es el comienzo de verano de 2025 y hace más de 30 años que las academias iniciales dejaron de existir,

aunque ninguna redactó su propia esquila. El nombre pervive, pero no designa nada semejante a su significado original. En los hechos, las academias persisten y tienen domicilio en los Planteles, pero hace tanto tiempo que dejaron de intervenir en los grandes temas del Colegio. Ahora, cuando más, son lugar de comida en algún intervalo entre clases, formado por un cuarto de hora de la última clase y el primero de la siguiente. Se ocupan de designar, por orden alfabético, responsables de los extraordinarios y a veces son consultadas, cuando los Directores deciden complacerlas organizando los cursos de formación que a algunos se les ocurren.

Hacia 1974 o 75, aparecieron los primeros síntomas de deterioro, siempre con el pretexto del carácter progresista de las comunidades, léase, aunque no se escriba, “de izquierda”. Primero fueron los abusos de algunos grupos que dominaron academias enteras y, apoyándose en jurados adecuados, incorporaron a profesores por una ideología compartida o por sus méritos en los grupos políticos a los que los líderes pertenecían. Los excesos mayores llevaron a la expulsión de 12 profesores, apostólicos únicamente en el número, algunos de los cuales, al mismo tiempo, también habían promovido antologías y encuentros de valor académico. Luego apareció el SPAUNAM y, legítimamente, se hizo cargo de pactar con la autoridad central de la UNAM un convenio colectivo, de modo que las academias perdieron su poder en los exámenes de aspirantes a profesor, que las autoridades recogieron y llevaron al centro del Colegio, aunque todavía las academias conservaron un nuevo derecho a nombrar, a través de sus Comisiones Dictaminadoras, un jurado de tres por materia.

Por otra parte, al aparecer Complementación y Regularización, los Consejos Académicos de Área terminaron por absorber todas las funciones académicas y en cierto modo la sustancia institucional y devoraron los restos, escualidos en realidad, de

las academias locales que habían dejado de inventar, de planear, de organizar y de reunirse, a no ser que de verdad el Director de algún Plantel hubiera cometido un atropello, por decir lo menos, escandaloso. Y no hubo tantos o los funcionarios de la Universidad no tuvieron oportunidad de darse cuenta.

Los Consejos Académicos recogieron, repito, la vida académica colegiada y han tenido en su normatividad funciones importantes, algunas de las cuales, reglamentarias y todo, se les olvidaron antes de practicarlas y acaso de conocerlas, aunque estaban escritas, como un plan de trabajo de cada Área, campo de acción lleno de promesas que nunca han madurado. Pero ahora, en 2025, hace más de un decenio que no las cumplen. Jamás han desarrollado un plan de trabajo anual propio de cada Área, ni organizan cursos ni se ocupan, ni siquiera en sus grandes orientaciones, de la formación de profesores. Eso sí, revisan informes y proyectos con lecturas esquinadas y ridículas y hacen observaciones sabias y orientadoras como, *su sintaxis deja qué desear; entregó tres ejemplos y solo se requerían dos, díganos cuáles debemos evaluar; no incluyó dos ejemplares de su proyecto anual* (que el Consejo tenía en los archivos de sus computadores, por de pronto, pero no, inexplicablemente se necesitan dos ejemplares en papel).

Así, el intento de mantener los valores del trabajo colegiado de las Academias se desvaneció y quedó enredado en la malla de disposiciones, que no principios ni normas universitarias, burocráticas y sin sentido. Por eso, ahora que el Colegio necesitaría de todas sus capacidades académicas y colegiadas para ganar el desafío que tenemos delante, las ideas, las invenciones, la colaboración y la fraternidad están dispersas, sobreviven en fragmentos, ninguno de los cuales representa posibilidades de una acción poderosa, porque los órganos que deberían convocarlos están ocupados en muy poco y en las últimas filas. Por eso, nuestra ansiedad y a veces el derrumbe de la esperanza se

han convertido en moneda corriente frente a la amenaza de los poderes imprevistos en la legislación, los que engendran el desprecio y la ausencia de mirada más allá de la miopía académica que nos quiere expulsar.

Suena a perogrullada, o amablemente a pleonasma, pero sin colegialidad no hay Colegio.

— **E**l Licenciado me mandó a tomar nota de los rollos de los profesores. Me insistió en algunos nombres, Bravo, Palencia, Bazán, Mesta, que nunca apareció. No me cuesta mezclarme con ellos, porque soy profesor de Historia y me consideran de confianza. Pero el Licenciado quería un resumen de “todo lo que se dijera” y además “con acotaciones” sobre el tono de las intervenciones, sus efectos en los asistentes.

“He reunido los resúmenes relativos a los cursos para nuevos profesores.

**UIP/120972CCH**

*Desde que el doctor Millán dejó la Secretaría General del Colegio, y se fueron con él Graco Ramírez y otros, pero no Roberto Escudero, nos quedamos los novatos, aunque alcanzamos a entrenarnos seis meses con los de ligas mayores. No quedó nadie importante del equipo anterior, parece que el Licenciado, que viene de no sé cuál dependencia priista, y puede que gubernamental, no les tenía confianza por aperturos. Bueno, da igual, yo trabajo por la Universidad y hay que poner en orden al Colegio y a sus revoltosos, izquierdistas o trotskistas, lo que sean, simples “progresistas”. (Dicen que Bazán militó en París con la IV Internacional, o con los posadistas. Bueno, dicen, pero su mujer con seguridad es del Partido Comunista Mexicano el PCM, y, además, qué buen coctel, es hija del Subsecretario de Educación Primaria*



y Normales), el Colegio es una revoltura, pero sabe abandonar las posiciones dizque doctrinales, cuando se trata de lograr ventajas en las decisiones y de mantener el ambiente de innovación académica, comentan los profesores por todas partes. Hay que conocer cómo habla el adversario para comprender sus intenciones.

No sé por qué cálculos del Secretario del Colegio (¿La lejanía de CU de los Planteles?), el Coordinador citó la primera reunión con las academias en el Museo de Geología de la Colonia Santa María. Es un edificio artístico, pero casi nadie sabe que existe o que es de la UNAM. A lo mejor creyó que en la sala que nadie conocía, un anfiteatro todo de madera, pequeño, cabrían menos profesores, en realidad ni se llenó. Si era eso, atinó. No todas las academias se enteraron, cosa de los Directores que parecen dispuestos a boicotear el proceso. Pero con dos o tres que sabían a qué iban, bastaba, y además se presentaron 18 profesores de los cinco Planteles, sobre todo de Oriente. Sigue mi informe de las discusiones.

**“UIP/120972CCH**

*El Coordinador abrió brevemente la sesión. No propuso nada. Todavía no hay nada elaborado; para variar, los profesores sorprenden a las autoridades, parece que se viven pensando qué inventar para hacer avanzar “las ideas del Colegio”, mientras los funcionarios trabajan para que los Planteles cumplan su cometido, pero sí declaró que se debe respetar la legislación universitaria y los reglamentos del Colegio. ¿Cuáles? Son ocho artículos que nadie ha leído y muy pocos recuerdan.*

De ahí arrancaron los oradores académicos. Bravo habló cerca de 20 minutos sobre la participación de las bases en todas las decisiones del Colegio. Es el discurso ya sabido y repetido, no aceptado oficialmente, pero tampoco contradicho de plano, más bien hecho a un lado y, aparentemente, olvidado por las autoridades. Tomé nota de las frases más recurrentes que pretendían ser contundentes. Reseñar a Bravo es fácil, porque se repite y amplía sus frases. Ver el documento adjunto.

*Bazán traía un documento, oficialmente de la Academia de Talleres de Naucalpan, pero ya comenzamos a reconocer su estilo de razonamiento. Parte siempre de la ‘Gaceta Amarilla’, la que publicó la reseña de la sesión del Consejo Universitario en la que se aprobó el proyecto del Colegio y contiene documentos que formulan los grandes principios y dan línea para inaugurar un nuevo Bachillerato de avanzada. Como el número apareció en papel amarillo y luego tuvo una segunda edición, con fotos de los Planteles en construcción todavía, los profesores entendieron de entrada que sus documentos fundadores están en la que llamaron ‘Gaceta Amarilla’. Son rápidos para encontrar símbolos y mitos.*

*Bueno, JB resumió los principios académicos del Colegio, según él, desde luego. No tienen ningún valor oficial, aunque es Coordinador de Talleres de la mañana de Naucalpan, pero eso y nada, hay 40 coordinadores en el CCH. Tranquilamente derivó de las orientaciones del proyecto de Bachillerato las cualidades que deben tener los profesores que enseñen en él. Propuso tres aspectos en los que las aptitudes de los aspirantes deben verificarse: conocimientos disciplinarios; capacidad docente para hacerse cargo de grupos, demostrada en una clase sobre una unidad del programa de su materia y, ¡vaya propuesta, no tienen límites!, la clase será evaluada por alumnos; disposición para el trabajo colegiado en un seminario con los profesores del Área (omite hablar de academia, sabe que el nombre alarma a las autoridades) sobre la metodología de la materia. Y aquí viene lo duro, ‘el proceso debe ser aprobado por el Consejo del Colegio’. Los profesores no quieren cursos que al final sean desconocidos por el Consejo, esto lo digo yo, pero la exigencia lo pone en evidencia. No es respeto por la legislación, es pura política.*

*La propuesta evita el choque de trenes. Los profesores no pretenden apoderarse del Colegio, respetan las instancias de decisión académica, están explorando terrenos de entendimiento. No ceden en la participación de las ‘Áreas’ (todos sabemos*

*que serán las academias, pero conceptualmente hay distinción entre la institución y la organización libre de los profesores). Al final, entregó al Coordinador, sin pedirle su firma de recibido, el documento en que apoyó su intervención.*

¿Debo agregar que no se llegó a nada? Seguro, ningún acuerdo. Pero el ambiente de negociación quedó cimentado y comienza a crecer como una niebla que va cubriendo terrenos diversos del Colegio: todo Naucalpan, Matemáticas de Oriente, Historia y Experimentales de Vallejo, Talleres de Azcapotzalco, es lo más visible. Matemáticas e Historia del Sur, también.

*Si las autoridades aceptan, la selección de profesores terminará en un ejercicio de cogobierno, que nadie llamará por su nombre, ni los profesores pretender hacerlo, porque no concuerdan en el tema y porque su táctica es otra, al parecer espontánea, sin instancia que oriente al conjunto de las academias, y resultante de una especie de intuición reflexiva, que se origina en la experiencia de 68 de aquí y de Francia.*

*Fin del informe”.*

*“El Licenciado leyó mi informe, conmigo sentado ante su escritorio, por si había puntos que aclarar, sonrió un par de veces con socarronería, me pareció que hacía la tercera parte de mi texto, y me dio las gracias. Ahora les toca seguir el trabajo a los profesores del Colegio que el Director de Ciencias Políticas, al menos, tiene infiltrados en las academias. Creo que no informan más de lo que todo el Colegio repite a diario en las conversaciones confiadas de los profesores. A las reuniones de academia van todos y todos piensan que nada se hace en lo oscurito. Allá ellos, por mengos”.*

Retomo la narración para dejar constancia de mi memoria, otra que la de los informadores oficiales.

Efectivamente el comienzo de los Cursos de Selección, que los profesores del Colegio considerábamos indispensables y

en cuya puesta en práctica correspondería a las academias un papel protagónico, está bien descrito en el resumen de la Unidad de Información Política, organismo discreto del que nunca tuvimos conocimiento en aquellos años, aunque tampoco nuestra ingenuidad era tan piadosa como para no sospechar que, en particular con la llegada del sustituto del Secretario General, tras la renuncia de Alfonso Millán, había informantes por todas partes. De todas maneras, no es lo mismo saber lo que la comunidad comenta y propone, dedicando un tiempo sustancial a hablar con profesores, que enviar a profesionales del espionaje universitario, de tamaños más bien pueblerinos, que terminaban, por lo mismo, por deformar las posiciones para justificar la importancia de su trabajo.

Pero, efectivamente, la reunión en el Museo de Geología en la Santa María dio paso a una serie interminable de reuniones de representantes de las academias, nombrados, o no, legítimamente, con la Secretaria de Estudiantiles de la Coordinación, supusimos, aunque la funcionaria nunca hizo alusión a su cargo, de cualquier manera, designada por el Coordinador del Colegio para tratar de llegar a acuerdos razonables con nosotros.

Las reuniones comenzaban a las 19 y terminaban a las 22, en una casa de Insurgentes, esquina con Alessio Robles, propiedad de la maestra representante de las autoridades. Desde hace medio siglo pasó a ser propiedad del entonces Bancomer, luego con otras siglas. La demolición del edificio primitivo borró los residuos de nuestras voces.

Las discusiones eran desordenadas y seguían una trayectoria en rizo, de modo que, sin llegar nunca a consensos, recomenzaban y se repetían hasta justificar que la discusión, por ese día, había sido suficiente y provechosa. De todos modos, las ideas de Talleres de Naucalpan se fueron asentando en las intervenciones de los profesores y el frente académico se consolidó, mientras nunca se presentaron contrapropuestas de las autoridades. Eso sí,

insistían, casi con descaro, en que la legislación debía respetarse, con lo que nadie estaba en desacuerdo.

Finalmente, seguramente tras una reunión del Comité Directivo —los Directores de las Facultades Madres, de la Preparatoria y el Coordinador del Colegio—, la maestra anunció una sesión del Consejo del Colegio para decidir sobre los cursos de selección, de cuya urgencia de pronto se habían dado cuenta. El nuevo año escolar, tercero y cuarto semestre en los Planteles originales, primero y segundo en Oriente y Sur, comenzaría en febrero de 72. Faltarían profesores.

El Consejo aceptó la propuesta de las tres grandes etapas de selección, dejó la organización en manos de las academias, los cursos se desarrollaron en los tres Planteles, Talleres en Naucalpan, nosotros. Pero el Consejo tomó también la resolución, sin informar a la comunidad (que no se preocupó nunca de asistir, era completamente inusual), que los resultados de los cursos serían supervisados por comisiones formadas por profesores de Facultad y por Coordinadores de Área designados por el Coordinador del Colegio. Se salvaguardaba así, decían creer ellos, el ejercicio de la autoridad en el Colegio, sin entrar en conflicto con todas las academias.

Nunca aspiramos a más.

Así se hizo. Las autoridades no aparecieron en ningún momento de los cursos, a cargo de profesores de los tres Planteles, y los profesores ni se dieron cuenta de una supervisión más formal que efectiva. ¿Cómo saber, por ejemplo, si los profesores que habían impartido los cursos habían aprobado a profesores que quedaban comprometidos con sus posiciones políticas? ¿O si alguna academia dedicó el tiempo de los cursos no tanto a verificar el conocimiento de las materias, sino a demandar o imponer la adhesión a corrientes de pensamiento predominantes por entonces en un Área?

De cualquier manera, en la mayor parte de las academias el

trabajo fue leal a los principios del Colegio y a las libertades universitarias y el esquema de conocimientos, práctica docente evaluada por alumnos y apertura al trabajo colegiado, con excepción de este último elemento, ha determinado los procesos de selección y las pruebas de los concursos abiertos durante prácticamente toda la vida del Colegio. Las dos etapas iniciales siguen vigentes.

Las Academias habían llegado a las Ligas Mayores.

La Navidad de 72 interrumpió los debates interminables sobre el nuevo concurso de selección de aspirantes a profesor, sé que me repito, en la casa de Clara Molina en Insurgentes, luego, y hoy todavía en 2025, una de las pocas sucursales bancarias de atención personal para viejos renuentes a la app de celular que los empleados de las ventanillas tratan de encajarte con efectos suicidas evidentes.

Luego ya en enero de 73 había recommenzado la discusión formalmente, pero la participación general de los profesores y los portadores de los discursos más tenaces se habían dispersado. Las autoridades a su vez, sin aviso, se declararon ausentes. Algo sucedía que ignorábamos, pero nadie se declaró sospechoso, ni siquiera después de los acontecimientos.

De la reunión de profesores a finales del mes de enero ninguno se ocupó de avisarme y llegué por la mañana de un martes, cuando la discusión llevaba por lo menos 10 horas nocturnas y el amanecer siguiente. Nadie había dormido y el café circulaba y se agotaba antes de que todos llegaran a probarlo, ya sin efecto sensible, porque el cansancio era desproporcionado. Unos se dormían con la taza en la mano y otro continuaba el mismo discurso, porque en realidad había un acuerdo difuso que todos cuidaban, aunque la acumulación de distancias ideológicas era variopinta. Se reconocían, o les habíamos impuesto la adjetiva-

ción, con siglas y nombres como MRP, PCM ya excepcionales; maos de adoctrinamiento múltiple, los Huaraches o Ideólogos (que esa vez no participaban con sus dirigentes, menos mal); los católicos o guadalupanos (que no aceptábamos la legitimidad de los adjetivos); pocos trotskos, porque el Colegio no era la ruta evidente ni siquiera hacia ninguna revolución permanente nacional, menos todavía a una universal; apolíticos aparentes o residuos de otros naufragios después de 68; priistas que informaban a Rectoría y a la Secretaría General del Colegio. Pero en los cursos de selección organizados con participación de los profesores todos coincidíamos y unos cuantos trabajábamos.

Después de una torta de comida total en la esquina de Miguel Ángel de Quevedo, alias Taxqueña, y Pacífico, la sesión de casi 24 horas del grupo casualmente dirigente volvió a reunirse. Emprendimos un mecanismo de resumen en el que cada quien proponía mecanismos y valores que debían ser tomados en cuenta, para contar con profesores adecuados al proyecto del Colegio. La enumeración avanzaba, dejando de lado matices y aceptando intercambios de posiciones anteriormente encontradas. La síntesis última se convertiría en el protocolo para la evaluación de la docencia de los aspirantes, a cargo de los alumnos asistentes a su ensayo de clase.

Llegó un telefonazo. La dueña del departamento palideció, con dificultades para su tez, por cierto: el Coordinador del Colegio había renunciado y dejado una carta de despedida que una hora después leímos consternados. No lo decía, pero se retiraba dolido del trato que le había inferido el Colegio. Pensábamos que nunca tuvimos la intención de agredirlo y que discrepar no era maltratar.

Hoy, en 2025 avanzado, fuera de todo orden cronológico, en medio de los peligros que corre el Colegio, tras la reciente sesión de trabajo del Consejo Universitario, aún no confirmados en su brutalidad amenazante, dedico el mejor homenaje a mi alcance,



muy póstumo (hace alrededor de 50 años de los hechos) a la honradez y responsabilidad educativa del primer Coordinador General del Colegio. Su despedida sorprendió verdaderamente a los 20 profesores que preparábamos unilateralmente los Cursos de Selección de Profesores de las materias de 5º y 6º semestres y de 3º y 4º para los Planteles Oriente y Sur.

Quedaba claro que, arriesgándolo todo, con las autoridades (por de pronto gravemente incompletas) o sin ellas, seguiríamos el concurso y trataríamos de que el Consejo del Colegio lo reconociera, aunque fuera con una supervisión final de procedimientos y enfoques. La corta capacidad organizativa a partir del centro de la Universidad, menor todavía sin el apoyo de una Coordinación General, nos permitía aceptar supervisiones formalistas y difusas.

El grupo se disolvió, para seguir al día siguiente. O el siguiente del siguiente del siguiente, hasta el día de hoy en 2025, si hubiera sido el caso.

Un día después la Coordinación sin Coordinador publicó la renuncia del Ingeniero Bernal. La justificaba con quebrantos graves de su salud, razón que por gastada nadie tomó en serio. Las frases finales, que no puedo reproducir aquí, porque nunca he tenido el documento, venían a decir que había sido maltratado por los profesores del Colegio. Nos dolió, porque, al menos entre quienes sosteníamos la misión educativa e innovadora del Colegio, el Ingeniero nunca fue objeto ni de falta de respeto ni menos aún de agresiones. Pero nos trataba a todos con el mismo rasero y nos incorporaba al inmenso grupo de “los profesores” entre quienes los merecedores de la queja habrán sido unos 50.

Más de 40 años después, en un homenaje merecido al primer Coordinador General del Colegio, supimos que efectivamente el Ingeniero había tenido al menos un conato de infarto y que su médico lo puso frente a una elección entre “El Colegio” o “un infarto”. Que su familia insistió en evitar. Hizo bien en retirarse.

Sin embargo, en este último encuentro y en la comida de celebración, me correspondió sentarme a la derecha del Ingeniero y nuestra conversación fue cálida y simple, amistosa, agradecida de mi parte.

Un mes después murió en Aguascalientes. Esperaba, sin duda, esta reconciliación en la que el Colegio no pidió perdón, pero reconoció y agradeció su generosidad y su trabajo admirable por nuestro crecimiento.

Ahora en 2025 que recorremos a ciegas el borde del precipicio, me asaltan de pronto culpas de las que no me siento racionalmente responsable. Acaso una más certera denominación sería un malestar por ser juzgado de haber participado en el maltrato al Coordinador del Colegio. Además de que fue mi primer contacto con la institución y me ofreció el concurso de selección de profesores, me describió lo que sin duda era para él un porvenir interesante, ocuparme de recoger actas de evaluaciones, ordenarlas y vigilar el registro impecable de los resultados en los expedientes escolares inviolables de cada estudiante.

Para mí no lo era, nunca me atrajeron los trámites administrativos, que evado hasta los límites del peligro. De todos modos, la buena voluntad del Ingeniero me aparece sólidamente encajada en el terreno donde se han construido mis recuerdos de aquel día de enero de 71. Sigo agradecido.

El Coordinador fue siempre amable con los profesores, pero cuando negaba alguna de sus pretensiones arbitrarias y mal formuladas, no miraba de frente, creo recordar, sino de lado en un ángulo que no era la franca opción por ausentarse, aunque no se moviera de su sitio, o una desconfianza que procuraba reducir a la mitad el encuentro plano y de frente con sus interlocutores descorteses.

El Ingeniero seguramente se tensaba ante la imagen de las academias de 72 que sus colaboradores, convocados, acaso estoy adentrándome en el anacronismo, por alguna subsecretaría de

Gobernación le componían con fragmentos en un mosaico arbitrario de una conspiración que pretendían arrastrar al Colegio a un autogobierno de extrema izquierda, mal representada en una minoría de fácil rollo en la comunidad. Acaso el Ingeniero, no lo creo, nos imaginaba como una caterva de dinosaurios sin la ingenuidad terrible de estos herbívoros.

Mis encuentros con él nunca incluyeron escapatorias faciales, sino recurrían a un hablar pausado, breve, con un humor levísimo más para sus adentros que táctica de acercamiento.

Llegamos a tener una relación que incluyó algunas sorpresas. Me invitó, sin posibilidad de resistirme, aunque sí de negociar que por la mañana continuaría con mi trabajo de Coordinador de Talleres en Naucalpan, a sobrellevar por las tardes las tareas de un simulacro de Secretario Académico en el Plantel Sur, lo que el Colegio nunca me reconoció, ni se me ocurrió siquiera solicitar la composición de esta anomalía.

Hoy, en mayo del 25, añoro que la mayoría de los funcionarios de rectoría no se hayan apropiado de las actitudes de respeto del Ingeniero, aunque no haya tenido las cualidades de político previsor y estrategia avezado, que diversos equipos de Rectoría se han repartido imaginariamente entre sus miembros, para planear y ejecutar con precisión sus maniobras, que no son simples jugadas intrascendentes, sino atropellos contrarios a los valores de la UNAM, como mandar un funcionario repetido a desestabilizar un plantel, aliándose con La Vietnamita y La Niña de la Calle, e introducir al grupo de alumnos paristas, que mantienen secuestrado un Plantel una quincena contra los 12 mil alumnos sin clase, a la sala de reuniones de la Dirección local para organizar, con sabe quién de capitana o capitán, la continuación de las arbitrariedades decididas por un mísero contingente de activistas.

Puede seguramente decirse, bajo el yugo de las frases dominadas por hipérbole y metalepsis, que el Ingeniero sufrió en

el Colegio, porque presentía el descarrilamiento del proyecto educativo, que nunca tuvo lugar.

Pero el pasado puede desfigurarse y revestirse de otros colores y hacer disminuir los recuerdos dolorosos. De cualquier manera, la diferencia es segura, si confrontamos la actitud del Ingeniero, cimentada sólidamente en su afecto sincero por el proyecto del Colegio, con las maromas actuales, que el rector no puede renovar, porque según el dicho es viejo, y se apresta a obtener nuestro desafuero de la Universidad.

Ahora tampoco conspiramos contra el rector, pero sí, y dejo abierta constancia aquí de nuestra decisión, sí contra su intento, cuyo primer borrador presentó en marzo, para ir construyendo la votación aprobatoria futura. No se trata de hacerlo caer, sino de impedir la agresión infundada contra una escuela nacional, parte de la Universidad que el Estatuto General enumera entre las entidades de docencia que la conforman, y en una única excepción honrosa le pone nombre propio, “Colegio de Ciencias y Humanidades”.

Pienso que, si el Ingeniero no se hubiera apresurado, estaría con nosotros y su voz, distinta de las nuestras, completaría el coro de protestas con otros acentos mesurados pero tenaces.

Se le abrió espacio, no porque las autoridades, seguramente una idea del Director de Filosofía y Letras, la admitieran con entusiasmo, a una discusión en *petit comité de técnicos*, denominación equivalente a *un grupo bipartito y pequeño*, para dilucidar si era posible o no evaluar las actitudes de los aspirantes a profesor, bajo la autoridad lejana de las Facultades Madres. Nosotros, Javier y yo, precisamente y una vez más, insistíamos en que no convenía al proyecto del Colegio incorporar profesores autoritarios, inseguros, carentes de respeto a los alumnos y a los otros profesores, débiles de carácter y, por tanto, fácilmente perdidos en la impaciencia y el reproche ante alumnos distraídos o francamente provocadores.

Pero las autoridades centrales alegaban la imposibilidad de una evaluación de actitudes, confiados en los psicólogos cercanos. El Dr. Guerra, conciliador y, en realidad, calculador de que un experto de su confianza como su Coordinador de la carrera de Psicología, que pertenecía a Filosofía y Letras y nos podría fácilmente avasallar con argumentos científicos y disuadirnos de nuestras pretensiones infundadas. El Doctor Lara Tapia, egresado de alguna universidad texana, convencido del Conductismo de Skinner, del trabajo experimental y de que sólo es científico lo que puede demostrarse empíricamente, se hizo cargo tranquilamente de la misión.

No asistí a la primera discusión, pero me reclutaron para la segunda. El espacio de la controversia en la Facultad de Filosofía y Letras era uno de los salones de la planta baja del cuerpo de Coordinaciones y Seminarios, vacío, porque a finales de enero corría el periodo interanual. Tres paredes y un ventanal que daba al patio central, verde y desierto, y, como por un decreto real que todos los vasallos cumplían, las jacarandas todavía no inauguraban su algarabía morada. El sol caía de la izquierda sobre un retazo de pared y nos acariciaba, pero no llegaba hasta la mesa del Coordinador de Psicología ni a sus ayudantes, bautizadas en pocos minutos como “las azafatas”, con más elegancia “sobrecargos”, trajes sastres azules, medias, corte de pelo con un rizo que atracaba en las mejillas. Pero sobre todo adivinas de los deseos del comandante de bordo, que nosotros considerábamos nuestro igual y punto.

Comenzó la sesión del Comité de Expertos, todos los presentes, aunque jamás en la vida, entonces de pocos decenios, cuando mucho tres completos en casi todos los casos, hubiéramos estudiado ni el tema ni sus fundamentos científicos. Eso sí, sabíamos que las resistencias de las autoridades tendían a no dejar que las concepciones de las bases de profesores, nosotros, siguieran penetrando la actividad académica del Colegio, no por su pobreza científica, sino por su funcionamiento de vehículos de poder, lo que paradójicamente a nosotros nos valía, preocupados en mantener las orientaciones del proyecto del Colegio condicionadas por la pertinencia de las futuras actitudes de los nuevos profesores. El Colegio y punto.

El Coordinador de Psicología, evito el anacronismo, hizo un recuento de lo discutido la víspera y de lo acordado, a saber, continuar la discusión. E intentó continuarla, imaginé, repitiendo lo que seguramente había desarrollado *n* veces la mañana anterior, porque la cara de Lupita, matemática, Lucio, tras un par de frases, imitó plásticamente el desánimo, y la otra Lupita,

bióloga, adoptó una palidez que solo los avezados notamos en sus labios, pero Javier empezó a tomar notas, mientras alzaba la mirada entrecerrada, para manifestar que seguía atendiendo a Lara Tapia, terminó de escribir, enrojeció, miró fugazmente por la ventana y pidió la palabra.

Fue una descarga de toda la artillería del Archiduque Karl de Austria en alguno de los innumerables momentos de la batalla de Eisingen, con Napoleón equivocadamente de espaldas al Danubio y sin puente. Javier se negó a seguir discutiendo si no se tomaban medidas para que lo dicho lo estuviera y constara, y no se volviera, erróneamente para no ir más lejos con los adverbios, sobre lo no acordado formalmente, pero aparentemente formulado como un acercamiento consensado. Exigió, con vehemencia concentrada en la voz, sin que la ira contenida se apoyara en las manos, que de inmediato, para evitar que alguien dijera que no dijo, se adoptara un protocolo parlamentario, de sesión de la Cámara de Diputados: dejar constancia inmediata de lo que cada orador propusiera. Como carecíamos de secretarías avezadas en esos menesteres taquigráficos, lo práctico e irrefutable era traer una grabadora y recoger en su cinta (la tecnología tiene calendario) las palabras pronunciadas sin posibilidad de tergiversación.

Una nube recorrió velozmente la frente del Coordinador de Psicología y se disipó por su voluntad conductista, aunque hubiera querido escapar por la puerta cerrada, él no, la nube. Su computadora cerebral, una avanzadilla de PC probablemente, debe haber escrito en la pantalla o “No tienes de otra” o “Da igual”. La metáfora es anacrónica —nadie tenía computadoras en los 70 iniciales—, pero clara. No hubo objeción y la azafata en jefe salió corriendo para que un auxiliar de intendencia trajera una grabadora Uher que sí funcionó y aguantó otra hora y media, con una connivencia callada de la tecnología alemana con Filosofía y Letras y con las exigencias del Colegio.

La grabadora se instaló al primer intento y el Coordinador y presidente del Grupo Bilateral de Expertos hizo un recuento de lo discutido, que a nadie le importó, y de lo acordado la víspera, a saber, continuar la discusión. Y continuamos discutiendo.

Días antes de los momentos críticos de la controversia, en otro ambiente sin testigos yo había preguntado al Coordinador de Psicología, si esta ciencia tan avanzada (honestamente sin ironía) podía evaluar aspectos afectivos y de actitud. Estábamos a pocos días de que la carrera de Psicología se desprendiera, por la madurez de las disciplinas que enseñaba, de la Facultad de Filosofía y Letras y se convirtiera en una Facultad obviamente autónoma. Era noticia universal de la red oral de información y chisme que el Coordinador de la carrera sería el primer Director. En aquel momento, a mi pregunta respondió sin dudar que, por supuesto, la Psicología, aplicando instrumentos adecuados, podía describir con certidumbre el perfil afectivo de un sujeto. Y etcétera.

Pero aquí no era la misma entrada ni tampoco siquiera el mismo juego. El director ya próximo tenía el deber de defender las posiciones del Comité Directivo del Colegio, en el que el Director de Filosofía y Letras, de quien todavía dependía, era una de las figuras centrales. Ignoré siempre si la decisión ascendía más arriba por el árbol del organigrama. De todos modos, tampoco le recordé nuestra conversación anterior.

Tras largas disquisiciones, propusimos, Javier y yo, que, como un camino para buscar un consenso operativo y concreto, más allá o más acá de la pura ciencia psicológica (aquí sí hubo ironía, aceptable, por cierto), elaboraríamos un protocolo de evaluación de los aspectos, que calificábamos en ese momento de “afectivos”, indispensables para contratar profesores aptos para hacerse cargo de un grupo del Colegio, siguiendo las orientaciones de su proyecto educativo. El Coordinador aceptó, a pesar de la disidencia pasajera de las azafatas, que temían



una maniobra torcida, pero no insistieron ante su director de facultad inminente.

Todo quedó grabado. Nadie nunca recurrió al registro ni lo escuchó siquiera. Los usuarios siguientes de la Uher lo borraron con seguridad y sin remordimientos. Nosotros, en todo caso, nos desentendimos del Grupo de Expertos. Tampoco ellos reclamaron. No podían seguir perdiendo tiempo.

Al día siguiente, sin cita, Javier apareció en mi cubículo de Naucalpan. Pedí café y negar llamadas telefónicas. En una hora hicimos la lista de aspectos afectivos que, ahora en Grupo de expertos autónomos, nos parecieron indispensables para un trato de los alumnos como aprendices y colegas del profesor y no infantes ignorantes sujetos a sus explicaciones exhaustivas e infalibles. Nos salió bien y por ahí debe andar en mis archivos la versión que aplicamos en los cursos y que reproduce en *Cuadernos del Colegio* en la sección de “Reseñas y Documentos” en alguno de los primeros números publicados durante cuatro años en Naucalpan.

De las autoridades nadie se opuso ni siquiera chistó. El protocolo se aplicó y años después lo seguíamos usando en los exámenes de ingreso de los profesores y tal vez en la prueba de Docencia ante grupo de los concursos abiertos. Deben haber pensado que éramos más tercos que ellos y para qué meter a la reluciente Facultad de Psicología en una discusión con ignorantes y obstinados. Tenían razón, el Colegio se hizo con convicciones y terquedad.

Nada más lejano y deplorable que el contraste entre funcionarios de segundo rango del Colegio que discutían al tú por tú con Directores de Facultad, y Directores Generales del Colegio, autoridades universitarias por designación de la Junta de Gobierno, preguntando lo que deben hacer a emisarios dudosos y de tercer nivel que someten Planteles por su cuenta. Haber perdido la calidad que el Colegio había alcanzado, ha dismi-

nuido el respeto que la Universidad nos debe, y acrecentado el tamaño de las olas de desdén que revientan contra nuestra navegación entrañable.

La pérdida se sufre, pero nuestro barco no consentirá hundirse.

La Comisión de Nuevos Métodos de Enseñanza, madre del CISE y abuela del Instituto de Estudios sobre la Universidad y la Educación, se hizo cargo del Colegio desde 1972 en asuntos académicos. Del Colegio participábamos los 40 Coordinadores de las Áreas de los cinco Planteles; lugar de reunión, el espacio inicial en el galerón adaptado, mis recuerdos reinciden, en el descomunal vestíbulo, no me atreví a escribir *hall*, de Arquitectura, donde se albergaba la Coordinación del Colegio. Era casi agradable en primavera, porque ni hacía frío ni llovía y la luz de la explanada entraba con sus leves verdes por las vidrieras que ahora son las puertas de la Facultad misma desde hace años.

El presidente de la Comisión y responsable de instruirnos era Don Henrique González Casanova. Después de tantos años, muchos de ellos de una relación de discipulaje académico y de política universitaria, me doy cuenta de que el “Don”, además de un respeto real, era un instrumento inteligente de esquivar que, a esas alturas, Don Henrique no se había titulado. Hay quienes terminan doctorados y no han aprendido a investigar y la tranquilidad de no tener deudas escolares, ni siquiera les sirve para crear una obra académica que los apasione. Otros, sin haber escrito una simple tesis de Licenciatura y haberla presentado en un examen profesional, saben lo que hace falta

para enseñar y guiar una puesta al día coherente y razonada y se comportan con la seguridad de que jamás la Universidad llegaría a denunciarlos y a señalar un plazo para terminar el primer ciclo de estudios profesionales. Don Henrique flotaba por encima de cualquier título.

Sin anuncio programático, Don Henrique se propuso instruirnos en las teorías didácticas y los conceptos educativos, en el México universitario de los primeros 70 novedosos, con los que la Comisión justificaba el adjetivo de sus métodos. Estas teorías conductistas, hoy abandonadas, mal vistas y peor calificadas por las numerosas y sucesivas apariciones, una por vez, cada una a la vez insuperable y efímera, que se presentan siempre como la palabra final de la evolución educativa, hasta que otro investigador americano o europeo descubre que no hay correspondencia entre los postulados de x y las experiencias de los sicólogos de Columbia o de la Universidad del Sur de California en San Diego o las experiencias didácticas de Arkansas, Finlandia o Corea. Han desfilado así por el Colegio, y no son todas, Bloom y sus objetivos conductuales, la Didáctica Crítica, la Enseñanza por Problemas, el Constructivismo, el Aprendizaje en Contexto. Lista incompleta.

Con todas las corrientes que han acompañado al Colegio en 50 años, los profesores han tenido que ver, las emplearon mal que bien en sus cursos, pero con entusiasmo, y se han ido refiriendo a ellas en los informes anuales del Área Básica, la docencia. Pero el Colegio nunca ha adoptado ninguna corriente didáctica, ni siquiera las más famosas, como doctrina oficial. Más bien, las dejamos llegar, las adoptamos en breves prevalencias, aplicamos en lo que nos conviene, y damos paso a la siguiente. Mientras, seguimos reflexionando sobre nuestro propio Modelo Educativo, en gran medida copiado por otros sin citarnos como fuente, aunque sí hay una leve alusión a nuestras revisiones de programas, en la nunca consolidada Reforma Integral de la

Educación Media Superior de la década antepasada. Un plagio, como todos, silencioso. Igual que la catástrofe educativa de la que habló Gilberto.

Pero de Don Henrique aprendimos que en los programas no basta contar con un listado de temas u obras que leer, sino es indispensable también proponer cómo lograremos que los alumnos comprendan los conceptos, lean los textos, puedan comentarlos y discutirlos. Tampoco se trata de ninguna manera, en Matemáticas, digamos, de demostrar un teorema, tal como lo hizo el profesor, sino de explotar las relaciones cuantitativas que implica, y adquirir la capacidad de aplicarlas a situaciones distintas y no únicamente a los ejemplos presentados en clase.

Estos aprendizajes se enuncian en los objetivos, insistía Don Henrique, y “hay que establecer una enseñanza que se funde en los objetivos”, los cuales deben ocupar el lugar central de la docencia del Colegio. El Colegio es la apertura a la innovación de la Universidad. Ninguna facultad trabaja con objetivos, lo sabíamos, siguen enseñando listas interminables de temas, los tradicionalmente repetidos, pero olvidan al alumno. Los objetivos describen lo que la Universidad quiere que el alumno aprenda. El Colegio tenía la oportunidad de demostrar su capacidad de inventiva y elaborar programas bien orientados e inteligentemente contruidos.

Así tuvimos un contacto operativo, no nos ocupamos en ningún momento de discutir sus limitaciones y horizontes, con el Conductismo, del que tomamos la formulación de objetivos siguiendo el paradigma de Bloom, de los datos específicos hasta la síntesis en la cumbre de los aprendizajes escolares.

Una semana después de la sesión de Coordinadores en la que Don Henrique expuso el proyecto de que el Colegio encabezara la elaboración de programas modernos en la UNAM, me citó a su despacho y me propuso que me encargara de los programas

de los cuatro semestres del Taller de Lectura. Luis Adolfo Domínguez, mi colega de la tarde de Naucalpan, haría lo relativo al Taller de Redacción. A mi entrevista asistió el Ingeniero Manuel Pérez Rocha, fue nuestro primer contacto.

El trabajo era enorme, pero lo atacué con placer, aunque obviamente no imaginaba todo lo que aprendería. Para empezar, adquirí una mirada completa de la materia, de su progreso en la ladera ascendente de los semestres, que había que construir todavía en gran medida, porque no se trataba de leer clásicos o contemporáneos de la misma manera en cuarto semestre y en el primero. Luego había que planear un equilibrio entre los géneros literarios, ni solo poesía ni únicamente relatos o teatro. Las etapas históricas de la evolución y de las transformaciones de la literatura en México y en España o Europa, del Renacimiento hasta el *boom*, después de los Clásicos Griegos y Latinos, reclamaban también atención. No podíamos tampoco simplemente desdeñar, no éramos estúpidos, ni a Faulkner ni a Steinbeck, Camus o Dostoievski. ¿Y Borges y García Márquez o César Vallejo? La enumeración de candidaturas y dilemas era interminable, pero el enfoque de la enseñanza por objetivos permitía formular un aprendizaje, por ejemplo, de la comprensión y evaluación de cuentos y abrir la posibilidad de acudir a Borges, a Fuentes, a Cortázar y a Rulfo o al Decamerón.

Trabajaba por las tardes en CU y me llevaba al Área de Talleres de Naucalpan mi creciente y luego desbordado manojito de fichas. Redactaba cada objetivo, lo que deberían aprender los alumnos, en una tarjeta bibliográfica. Luego los ordenaba con un criterio doble, por semestre y por complejidad creciente. Pero no había mesa donde cupieran ni en la Comisión de Nuevos Métodos ni en Naucalpan. Me vi obligado a construir en el piso del corredor de la Comisión pirámides de fichas que podían reordenarse, juntarse, agregarse, porque las numeraba, o suprimirse. Era un trabajo que recomenzaba cada día de un

horizonte de cero, sin perder los avances adquiridos la víspera, corrigiendo y creciendo. El mismo corredor, idéntico en sus dimensiones, corre ahora por la mitad de la Secretaría Académica del Colegio, como lo hizo en los 80 por la Dirección de la Unidad Académica del Ciclo del Bachillerato, la UACB.

Una tarde de junio de 72, en el enmimismamiento que intentaba tomar simultáneamente en cuenta de la sencillez a la complejidad creciente, géneros, épocas, lecturas, los verbos de los enunciados de los objetivos se reunieron ante mis ojos, que recorrían la pirámide en el suelo, y me hicieron darme cuenta de que la enseñanza del Taller se apoyaba, con una luminosa evidencia, en verbos y éstos señalaban habilidades. Comprendí que para el Colegio lo más importante eran *las habilidades y que el nivel conceptual estaba a su servicio*.

Lo primero que los alumnos debían adquirir eran habilidades de rasgos variados y complejidades crecientes y que adquirirlas les abría perspectivas sin límite, porque podrían variar los textos que leer y estos multiplicarse sin término, hasta la muerte para ser exactos, pero siempre los alumnos, desde su deambular por un Plantel del Colegio, aprenderían y durante toda su vida seguirían aprendiendo a leer cada día de mejor manera.

Nuestro Bachillerato era, entonces, un bachillerato de habilidades, no de conceptos, que por supuesto ni los negaba ni contraponía radicalmente a las posibilidades de ocuparse, ejercitando la misma habilidad, siempre en transformación y enriquecimiento, de leer *La Ilíada y Edipo en Colono*, o el *Lazarillo* y *El Buscón*, *Los de abajo* y *Aura*, o poemas de Octavio Paz, de Neruda o de Ernesto Cardenal y así hasta un infinito práctico.

Además, si las habilidades eran centrales, en clase los alumnos tenían no que memorizar, sino producir, reseñar, escribir, comentar, discutir. Cumpliríamos así que el alumno tiene asignado el papel de protagonista en las clases, según los Cursos de Selección y el *Manual del Profesor del Colegio de Ciencias*

y *Humanidades*, poco antes o al mismo tiempo que las lecciones de Don Enrique, editado por la Coordinación General y elaborado por Martín Arredondo y sus pedagogos amigos del Centro de Didáctica.

Terminé de numerar mis tarjetas y las levanté del piso. Podía extenderlas de nuevo y revisar mis avances, pero, sobre todo, sin avizorar todavía la entera importancia del descubrimiento, había encontrado una de las claves del Colegio, que me ha servido tanto en su simplicidad y en su honda pertinencia.

Luego, muchos años después, atraqué en otra formulación más certera, que la cultura debe ser productiva y no puro acervo que recibes de tus mayores como herencia, terminada y completa, y repites como quien cuida, o contempla, peor aún, un delicado vaso de alabastro etrusco o japonés, vete a saber. El Bachillerato debe enseñar a informarse, a criticar la información, a reformularla en el estado de la lengua actual de cada alumno, o reescribirla, si quieres, y a buscar nuevos conocimientos con los que ya se tienen asimilados por el trabajo. Califiqué a este tipo de cultura de “productiva”, a pesar de que para los obsesionados este adjetivo evoca la producción industrial y en seguida mercantil. Mala lectura.



— ¿Viste que hay Secretario Académico nuevo? Es el Coordinador de Talleres de Naucalpan, Bazán, como si aquí no hubiera profesores capaces. Está regularizando los nombramientos. Me parece que es una consecuencia de que la asamblea haya corrido a la Directora y a su equipo. Rectoría debe desconfiar de los profesores del Sur. Pero nos libramos del autoritarismo. El tipo es tranquilo y directo. Trata de ayudar y esquivar los temas políticos. Está como si se considerara de paso. Llega a las 12 y se larga a las cuatro.

—Yo lo conozco de los cursos de selección de hace dos años. Su equipo hizo una explicación del *Edipo Rey*, original. Está casado con una profesora de Matemáticas de aquí, Alicia, la que hace equipo con Romo y Guerrero, ella es del PC, muy cercana a los de Historia, a Rafael Barberena. Participó en la destitución de la Directora con la academia de Matemáticas.

El Director Barraza me asignó un escritorio a la izquierda de la única puerta del edificio de la Dirección. No había cubículos libres, seguramente. Me valió. El Coordinador del Colegio, era noviembre de 72, me ofreció cambiar mi asignación al Sur y nombrarme Secretario Académico. Me negué. Naucalpan coincidía con mi manera de ver al Colegio y podía colaborar en el desarrollo del Plantel. Tenía una relación clara con el Director, con quien me ligaban nexos numerosos, probablemente arbi-

trarios para la gente razonable, pero no para mí: habíamos estado en la Maison du Mexique en la Cité Universitaire de París, aunque con 10 años de diferencia, y él estaba casado con una francesa, todo lo cual me lo hacía cercano por puro anacronismo; comprendía el proyecto del Colegio y le importaba; estaba regularmente en el Plantel, a diferencia de otros directores dedicados a los desayunos políticos, como si fueran funcionarios priistas de una delegación del D.F. Barraza, el Director del Sur, era honesto y trabajador. Llegaba antes de las 7 y barría la explanada del Plantel, para poner ejemplo, sorprendía a los trabajadores de intendencia que nunca llegaron a entenderlo, mucho menos a imitarlo. Era firme hasta la terquedad, como el mechón de pelo que le cubría rebelde la izquierda de la frente y no se molestaba en acomodarlo.

Por las mañanas iba a Naucalpan a atender la Coordinación de Talleres y a eso de las 2 de la tarde me iba al Sur. Jornada y media en realidad, pero no me pagaban más y era lo justo. El Colegio valía la pena y estaba compensado, no por razones morales, sino por coherencia de compromisos.

Curiosamente y por casualidad, uno de los elementos decisivos de la conspiración para derrocar a la Dirección del Plantel, y abrirle el camino a Barraza, se escenificó en estreno en nuestro departamento de Villa Coapa.

En septiembre de 72 mi mujer ofreció a su academia el departamento minúsculo, la sala-comedor donde no hubo sillas para los 20 profesores de Matemáticas que se reunieron de pie para discutir su última posición en el conflicto con las autoridades del Sur. Los conocí entonces, sentado, yo sí, en un extremo del sillón, asistente callado y ajeno: Romo, Guerrero, Iniesta, Juan Estrada, y la tribu entera, el centro izquierda y la izquierda del área. Discutieron si apoyarían o no la destitución. Aprobado por unanimidad. Luego el asunto se volvió más complicado, porque se trataba de designar al orador, el primero de la futura

asamblea que decidiría (el condicional funciona como futuro del pasado, porque en el momento de la reunión en Villa Coapa nada estaba condicionado, sino decidido, pero faltaba decirlo y ahí se atoraban las valentías) el futuro de la Dirección del Plantel. Las intervenciones argumentaban apoyándose en lo que habían hecho o dicho en intervenciones de asamblea los candidatos a la misión decisiva: Bello apoyó la destitución; Juan Estrada llamó al autogobierno; Hortensia se declaró harta del autoritarismo.

Finalmente, Guerrero se sacó el tigre con una sonrisa que yo interpreté como síntoma de la enfermedad que, según anunció, lo alejaría del Plantel la siguiente semana. Medio de lado, la sonrisa parecía burlona, pero en realidad creí percibir que se trataba de nerviosismo. El hecho fue que no se enfermó y en un breve discurso, sin argumentos apenas, pidió, el primero, la destitución dos días después en la Asamblea General del Plantel que llenó la explanada. La del Sur no es grande y además las autoridades la habían ya entonces reducido con jardineras. Pero estaba lo que podía llamarse “todo el Plantel”. Digamos 100 profesores y doscientos alumnos más bien curiosos que comprometidos. Imagino que no comprendían de qué se trataba, mucho menos por qué.

De esta reunión de mi mujer, en nuestra casa en ese anoche, nunca hablé con nadie en aquellos años, por lo que la conspiración de Coapa no pasó a formar parte del acervo de comportamientos de cada uno de nosotros en los ficheros del licenciado Viard. O se enteró, pero el equipo del Sur no se enumeraba en la lista de sus compromisos con el Partido Revolucionario Institucional (PRI). Total, fui a dar al Plantel como Secretario Académico interino, sin ningún documento, pero con todo el apoyo para el trabajo, después de haberme negado también a ocupar el mismo puesto en Naucalpan unos meses antes, porque la Secretaría me arrebataría todo el tiempo de las tardes, que ya no tenía, por lo demás, porque cargaba con

cuatro horas en Filosofía y Letras y dos en la vieja Ibero, que todavía no se derrumbaba.

Un mes después, renunció el Coordinador del Colegio. Al día siguiente me llamaron de la Secretaría General, el Licenciado Viard quería hablar conmigo, esa misma tarde. Nunca nos habíamos entrevistado, pero habíamos ocupado posiciones opuestas, y los dos lo sabíamos, como la negativa a formar la Asociación de Profesores de Carrera, entiéndase funcionarios del Colegio más que profesores, para hacer frente a las academias. No debe haberle gustado, porque era idea suya, pero nunca trató de convencerme, tal vez esperaba ser pronto Coordinador y arrinconarme. Pero ahora quería hablar conmigo. Ahí estaba.

Me ofrecieron café y acepté el Nescafé, de uso general eufóricamente ascendido al olvido de su falsa negación, que en realidad es más bien una apócope de Nestlé. No exigíamos mucho. Me saludó con la cordialidad de que era capaz (no mucha) o a la que suponía que alguien como yo podía aspirar. Pero al fin de cuentas amablemente, más que nada seguramente controlado, me reveló que presentaría su renuncia al día siguiente, tras la ausencia voluntaria del Coordinador. No obtuve nada acerca de las razones de esta ausencia. Pero me gustaría intentar hacer oír a Viard, aunque tras tantos años no estoy transcribiendo sus frases, pero sí manteniendo el sentido de su discurso.

—He estado trabajando con discreción y yo solo, en un reglamento general para el Colegio. Hace falta, porque los ocho artículos de la norma actual son genéricos y no orientan acerca de las responsabilidades y facultades de los Directores. Como estoy por irme, no quisiera que este trabajo se pierda. He pensado que usted es un profesor inteligente y comprometido con el Colegio, lo ha defendido como lo piensa, no siempre hemos coincidido, pero creo en su seriedad. Le confío el proyecto de reglamento. Haga con este trabajo lo que le parezca por el bien del Colegio.

Recibí el documento, ocultamente sorprendido, ¿Por qué yo?, apenas habíamos intercambiado algunos *Buenos días* por buen día y ¿Cómo está? por ¿Cómo estás? De cualquier modo, me pareció hasta generoso que al menos un oponente de aquellas discusiones de 72 se hubiera convertido para él en *profesor confiable* y serio.

Era una carpeta, unas 20 páginas, y no voy a analizar su contenido, ni recuerdo, creo que no, si algún artículo establecía en la institución la Asociación de Profesores (coordinadores) de Tiempo completo. Pero esto es la memoria del Colegio y no su historia, de cualquier forma, nunca íntegra, de modo que no importa tanto un documento a su manera honesto, que no tuvo influencia, cuando dos decenios más tarde elaboramos el Reglamento de la Unidad Académica del Ciclo de Bachillerato. No importa, el trabajo por el Colegio, también el del Licenciado Viard, merece tener rastro en su memoria.

El documento debe andar por ahí y le pediré a Íñigo y a Isabella que lo clasifiquen en el rubro de “Documentos históricos no aprobados”. Hay varios reglamentos desafortunados.

A medida que he ido avanzando en mi disparatada dispersión de memoria, voy cayendo en la cuenta, como en una cuneta donde las llantas de mi coche patinan, y comienzo a temer, ahora ya en mayo de 2025, que voy a necesitar ayuda para ordenar los fragmentos de modo que tenga inicio, parte media y fin, como dice sabiamente Aristóteles en su *Poética*, y compongan un relato inteligible. La aglomeración disparatada de mis recuerdos tiene conexiones subterráneas que la sinrazón honda de mi inconsciente organiza, pero si alguno me lee, no tendrá a la mano ninguna piedra Roseta.

He recorrido las posibilidades, algunas a mi alcance, otras más bien ilusorias, porque podrían terminar por levantar un arrebato de nubes y aguaceros en el deslavado mundo interior de mis afectos.

Por si no tengo tiempo, he terminado por pedir a Íñigo, mi nieto mayor, que se encargue de armar el relato, de modo que no sea un rompecabezas de fragmentos dispersos, sino una trama no cronológica, perspectiva a la que no aspiro, pero sí significativa, de modo que la contigüidad y la progresión de los temas hagan brotar contrastes, altibajos, y por otra parte se entrelace un movimiento único hacia el desenlace que hoy, en este mes, cuando tengo unos 60 archivos redactados, ignoro cuándo y de qué manera terminará por imponerse.

Íñigo no estudia letras, pero antes de los 10 años leía relatos en español y en inglés, *Harry Potter*, que lo acompañó en Primaria. Luego se inscribió en Ingeniería robótica y en esas anda, acercándose ya a un primer término. Pero me da seguridad su mente ejercitada en resolver problemas matemáticos y lógicos compitiendo con mi hijo menor, Luis, su tío más cercano en edad. Los he visto, sin intentar siquiera entrometerme, sobre todo por pereza, en sus duelos y combates hasta que el primero resuelva las contradicciones aparentes.

Entró con su llave al clima suave de la biblioteca, pero no a mi cubículo sin avisar y pedir permiso. Íñigo es alto a los 20, crecerá un poco más, pero con ojos claramente inocentes. Hemos hablado mucho desde que comenzó Secundaria.

—Hola, hijo. Gracias por venir. ¿Cómo está tu madre? ¿Y tu papá? La última vez lo presentí agobiado. Creo que no le convienen los cargos de autoridad en su Universidad, aunque lo hace bien, sobre todo no hace trampas, pero para su currículum está bien un par de períodos de dirección de la Facultad.

—Para qué te cuento. Lo mejor es que mi mamá y él aprendieron a reconocer mutuamente sus valías. Carajo, los años de separación para mí fueron difíciles. Tú tomabas medio en broma lo que te decía de “dos casas, dos leyes, dos estilos”, pero tres días con mi papá y dos con Ina, bueno, mi madre, sabes que la quiero, pero me gusta decirle Ina, porque la hace más joven y cercana para mí. Bueno, la división en dobles obligaciones discordantes, no en tantas cosas, pero sí en muchos detalles jodidos no era un día de fiesta. Me querían, lo supe siempre, pero demandaba esfuerzo obedecer a quien te dejaba los platos para lavar y quien no dejaba platos, pero sí la cama. Bueno, hace años que pasó y ahora estamos los tres bien, en un trío excepcional, donde me siento extrañamente entre iguales, aunque me gusta ser el hijo, pero mi voto vale un tercio. No está mal.

—Vaya, creo que te estás ahorrando un par de años de psicoa-

nálisis, porque tus padres te han enseñado a reflexionar sobre los tumultos de tu interior y a buscar la mejor manera de sobrevivir. Sabes que te quiero y, por la confianza que tengo en tu responsabilidad de adulto a los 20 años, necesito pedirte un favor.

—Con tal de que no me pidas dinero prestado, si se trata de trabajar, órale.

—Mira, sabes que el Colegio de Ciencias y Humanidades ha sido para mí no un trabajo, sino el trabajo de mi vida. Yo había planeado en París ser investigador, pero a los tres meses de mi vuelta, con tu abuela Alicia, la UNAM convocó a los cursos para escoger profesores para el CCH recién fundado. He pasado ahí toda la vida, hasta hoy sigo activo. El problema es que, creo que lo hemos comentado en los desayunos de los tres Bazán, aquí en San Miguel Ajusco, cuando las mujeres no se han levantado los domingos por la mañana y ustedes tres se quedan a dormir en el Cuarto de Libros 2. Bueno, hay una conjura, pinche y jodida. La traición se concreta en que la UNAM se separe del Colegio. Sigo teniendo amigos que tuvieron puestos importantes, Secretarios de varias dependencias de Rectoría, eméritos, otros funcionarios más jóvenes que fueron alumnos de Naucalpan y me conocieron cuando dirigí el Plantel o el Bachillerato durante los 90. Abre la ventana, para que nos llegue el olor de los pinos.

En el terreno no hay tordos anidando de familia por teja de la casa, es un condominio abandonado, pero hay otros invisibles en el pino más cercano y le cuelgan sus trinos desarticulados de infantes.

—He oído algo de eso a mi pa', y se preocupa por tu salud, piensa que te vas a deprimir, pero me alegra que más bien estés pensando en un nuevo ciclo de aventuras, como las series digitales. Nunca acaban. ¿Cuál es el episodio que sigue?

Acaban de pasar los perros corriendo y sin ladrar, concentrados en un ruido inaudible, las ardillas seguramente en el manzano de al lado.



—Comencé en febrero y ahora, hace un par de meses, retomé la escritura de una novela. Pero no sigo el orden en el que conviene presentar las acciones y secuencias, los sustantivos son técnicos, pero una comprensión conceptual general te basta. Quiero pedirte que, si no termino, te hagas cargo de terminar tú. No que añadas relatos parciales a los míos, sino sencillamente que los órdenes, de manera que un lector se interese por la memoria del Colegio y siga el desarrollo de esta aventura, comenzada pero hoy todavía sin concluir.

—¿Qué quieres que haga concretamente en tus textos?, pero ¿por qué no se lo pides mejor a mi papá? Él es de letras, también tiene un doctorado y enseña en posgrado, como tú. En escribir no me siento tan bueno como ustedes dos, pero, bueno, puedo inventar cómo arreglármelas.

—No, no quiero sobrecargarlo. Además, lo urgente hoy es ver en qué termina la conspiración contra el Colegio, hay muchas rutas entreveradas. Me atengo a tu capacidad intuitiva y lógica, no para que intelectualices el texto. No se presta, pero los nexos deben hacer crecer la incertidumbre, como la estoy sufriendo ahora mismo que no sé en qué terminará el atropello que el Rector está armando. Habrás visto en las redes sociales, o en los periódicos, sé que también les echas un ojo, que hay una maniobra para desprender al Colegio de la UNAM. Estoy escribiendo para contar la historia, los recuerdos o mejor, la memoria del Colegio, como un argumento para detener el poder desatado del Rector. Sobre todo, sus abusos. Llévate el disco duro, el que tienes delante que te va a morder la mano. Los nuevos retazos te los mando por correo, según vayan recogiendo la batalla. Piensa en mí no como personaje importante del relato, sino como un testigo privilegiado, eso sí. Estuve en más sitios dispares y únicos, por pura suerte, nunca busqué ser excepcional. Pero, de cualquier manera, el resultado no es mío, es del Colegio. Me entiendes.

—Está bien. Pero yo no creo que vayas a desaparecer tan pronto, de modo que tendrás tiempo de terminar tu novela. ¿O debo decir tu relato?

—Novela está bien. No contaré ninguna falsedad, pero no pienso atenerme a las exigencias de la historia, citar fuentes, asignar fechas exactas, dar por terminado lo que todavía no sé en que terminará. El próximo futuro me escapa, sucederá y no puedo decir sino que hoy es oscuro e incierto. Pero a ti te bastará con situar los acontecimientos en la estación del año, incluso, cuando sepas, el mes en que algo sucedió, pero me importan más los sentidos de los acontecimientos que la minuciosidad de la Historia, que se ha dicho ciencia, aunque los posmodernistas la igualan a los relatos de ficción, incluso Ricoeur. Escribo la memoria del Colegio, y los recuerdos arrastran la subjetividad de quien los sueña.

—Bien. Quedamos en que no añadiré, menos todavía corregiré. Si dudo, preguntaré a mi pa' sobre sintaxis. Quieres esencialmente que busque la manera de ordenar los relatos parciales para imponerles una coherencia que vaya a alguna parte donde la historia del Colegio, que no es este libro, bueno, como dices, *su memoria* lleve a los lectores a comprender cuánto el CCH ha aportado a la educación.

—En realidad se trata de un texto que comencé a escribir hace cuatro meses y estoy avanzando, pero quiero dejar asegurada esta serie de relatos en fragmento para que de ellos resulte uno solo, se trata de enlazar las partes y las voces y darles un orden de lectura productiva, ¿te das cuenta?, una lectura que tenga un significado central, que sin duda puedes imaginar sin que te diga cuál es. Además, no sé hoy en qué va a parar todo esto porque, aunque quienes se proponen expulsarnos de la UNAM todavía no ganan, tienen que hacer pasar el acuerdo definitivo por el Consejo Universitario y no sabemos, somos varios los que estamos en esta pelea, si van a lograrlo. Por supuesto, movere-

mos a las bases (vuelvo a hablar como cecechachero de los 70), no sé cómo, pero es posible y a nuestro alcance, levantar una protesta en toda la Ciudad. Por eso no puedo todavía determinar el orden definitivo de los fragmentos del relato que he ido construyendo. Pero a veces temo que tal vez ni siquiera voy a tener tiempo de hacerlo... Pero por de pronto, insisto, no tengo idea de cómo terminará esta batalla, hay muchas rutas entreveradas. No tengo exactamente miedo, pero sí incertidumbre.

—No seas pesimista, abuelo, te ves bien y te siento fuerte. Además, tus padres vivieron 87 años, te falta, ¿no? De modo que no te rajes.

—Sé todo eso, pero por si acaso. Los archivos, en unos meses serán más de 200, están en esta computadora y en un respaldo en un disco duro independiente. Tengo aquí el disco, conectado a la computadora y el respaldo está en el librero de la derecha, sobre los libros de Sagrada Escritura. Todos tienen un nombre que corresponde a un acontecimiento, fechable grosso modo en el texto narrativo. No necesariamente se trata de una secuencia cronológica, si hubiera sido mi intención, hubiera puesto fechas tras el nombre. Lo que quiero es que me ayudes a que más universitarios y, ojalá, gente que lee en la República, comprendan el intento del Colegio, su proyecto y sus alcances, porque no ha habido, y hoy no hay en la UNAM ni en las universidades de los estados un modelo académico tan acabado, tan cualitativamente completo como el del CCH. ¿Preguntas, ingeniero?

Asintió sonriendo. El viento había comenzado a sacudir las hojas rojas de los ciruelos de España y el eucalipto todavía mostraba y ocultaba sus hojas por el lado verde y por el plateado, como un prestidigitador en los invisibles bucles en los que se anudaban los hilos a medio tejer del viento.

—Un punto importante más. Para empezar, no conozco estrictamente a nadie de las editoriales conocidas. Tampoco quiero recurrir a la UNAM, es imposible, en los tiempos que corren,

que las memorias de Colegio resulten aceptables para la censura. Critico a Rectores y acompañantes, ciertamente sin que nadie pueda llamarse a difamación, no solo porque lo que digo es verdad, aunque por su cuenta terminarán por acomodarse a alguno de los personajes, pero cronologías y organigrama oficial no coinciden. Excepto, claro, el rector, porque sí es el actual quien ha armado la conspiración contra el Colegio. Ahí sí ni modo y no niego, lo hago conscientemente, la novela denuncia la maniobra. En definitiva, te dejaré dinero para subir la novela a un sitio web y que puedan leerla sin gasto miles de alumnos y profesores del Colegio, o si alguna editorial se atreve, la cedería, con tal de que me paguen mil pesos de regalías de los tres primeros años.

—Creo que te entiendo. Uno, deseo que termines tu escrito tú mismo; dos, podrías hacer una primera agrupación numerando los archivos que traten el mismo tema, me sería más fácil ordenarlos; tres, para refrendar la intención, se trata de que los lectores comprendan las intenciones educativas del Colegio a través de sus avatares y, si es el caso, el relato sirva para defender al Colegio de nuevos ataques; cuatro, no añadiré, menos todavía corregiré. Si dudo, preguntaré a mi pa'. Nómbralo mi asesor. ¿De acuerdo? Quieres esencialmente que busque la manera de ordenar los relatos parciales para que construyan un sentido, una coherencia que vaya a alguna parte donde la historia del Colegio, que no es este libro, bueno, como dices, *su memoria* lleve a los lectores a comprender cuánto el CCH ha aportado a la educación.

No dije nada. Íñigo era mi nieto, Bazán 3, de uso común entre nosotros, pero en realidad Bazán 6, si remontábamos a José de Jesús María Bazán Gómez de Cárdenas, y llegábamos a 1825, casi a la Independencia nacional, o lo que haya sido aquel 16 de septiembre. Pero estos conflictos no pertenecen a este relato. Instrucción para el lector virtual: olvídese.

—Gracias por la confianza, abuelo. Haré lo que pueda. Lo haré bien.

Un beso en la mejilla y no tengo que inclinarme. Sigue conservando, cada vez menos, rasgos infantiles todavía, pero el bozo se ha espesado y veo que se lo rasura. Tiene ojos claros y alegres. Lo siento sano y limpio. De algo le ha servido Cuernavaca con su gobernador, futbolista del PES, del sexenio anterior. No tengo una idea clara de qué ha hecho, o no, y si tuvo libertad frente al Presidente, que nunca me pareció merecer la función por su imprevención, pero ganó las elecciones. Seguramente, pues, en la cauda del triunfo de López Obrador en el 18.

—Adiós, hijo.

Cerró la puerta del cubículo y unos segundos después oí cómo cerraba la puerta de la biblioteca, Pasó por la ventana de mi cubículo como una luz más clara que la del día. Era Íñigo en mayo de 2025.

**D**e los trayectos, curvas tomadas prudentemente en segunda y de la llegada media hora después de mi salida de Vaqueritos por el Periférico de una ciudad inexistente a los costados, poblados de milpa alegre, hasta llegar al persistente pueblo de San Bartolo, Naucalpan, santo emigrado ilegal para proteger una cantina en el Periférico, el Bar Tolo, como ya he dicho. O diré.

A la izquierda la última generación del Bosque, ya talada para que el CAPSE construyera una secundaria, colindante con el Plantel Naucalpan; más arriba del Plantel, cedieron un terreno para un kínder, se entrometió una sala de fiestas, “Cristian”, y un terreno baldío, al parecer de nadie hasta hace unos 15 años, pero con certeza el último despojo del enorme terreno cedido a la Universidad olvidadiza.

Doscientos metros de polvo fino, suave, alborotado. Los pies también se hundían al bajar y el coche cubierto por la brisa de polvo. El perímetro del Plantel estaba enrejado en la cara que daba a la calle. En una ladera de la elevación, que sostenía aún más arriba el Santuario de los Remedios, había en abril de 71 tres o cuatro edificios, estructuras de vigas de acero, tabique recocado rosado. Sin que se pareciera en nada recordé, por puro capricho ante los tabiques recocidos o por pura nostalgia, a Oxford, pero exclusivamente por el aire suavemente rosado, allá

de cantera, tratada en gótico, aquí tabiques que iban creciendo hacia los techos de losas precoladas.

La Dirección existía, como si fuera la raíz del Plantel que todavía no era, pero que nacería de la altura que ocupaba el edificio. El espacio entero, con un cubículo en cada extremo y baños en medio, frente a la única puerta. Años más tarde, consideraría el valor estratégico de tener que aguantar una sola entrada, cuando nos asaltaba en horda el Comité de Lucha. Nunca los trotskos, mucho menos violentos y más atentos a su capacidad de “negociación”, es decir, de argumentar sin fundamento, pero apoyados en su discurso ideológico, para obtener lo que necesitaban, sin dar nada a cambio, ni siquiera un falso compromiso. No es que nos engañaran, jugábamos, de lo que ellos también eran conscientes.

Durante el primer año, la Coordinación del Área de Talleres compartía un cubículo con Historia. Exactamente no con sus profesores, sino con los coordinadores, uno por turno. En 20 metros cuadrados la administración de la UNAM hizo caber tres escritorios, uno para cada Área, y el de la secretaria, un poco menor, una para las dos Áreas; dos máquinas de escribir Remington, altas, voluminosas, resistente, imaginadas por la marca como artefactos de guerra.

En cuanto pude, es decir el primer día, me apropié de una de ellas, y nos fuimos haciendo el uno a la otra, o la máquina sin sentimientos, terminó por acostumbrarse a mis prisas y dedazos sin fortuna. No se parecía a mi Olimpia portátil en la que escribí las 1,000 páginas de mi doctorado en París. Aquella máquina parecía, pero no lo era, frágil, temblorosa. Resistió el esfuerzo y juntos volvimos a México, pero nunca trabajó en el Colegio. Era mi máquina personal, como luego lo fueron, la misma Remington en la Dirección del Plantel, luego otra portátil, porque la desmesura de la primera me estorbaba para mirar a mis interlocutores, me siguió a Divulgación hasta que en 1989

apareció en una mesa lateral mi primera PC, una Olivetti, de la que ignoraba todo. Al mismo tiempo un profesor misterioso, de Azcapotzalco, me parece saber, me regaló cuatro hojas ciclostiladas con las funciones al alcance de la programación simple de la computadora, apoyada con un disquete flexible desde donde operaba el software de *WordStar*, que aprendí ligeramente, disfrutando de la comodidad de corregir sin volver a escribir la página entera, a lo que se obligó sin perder rapidez María Luisa, mi secretaria de la Dirección durante años, para hacer gloriosas correcciones, mezclar textos y para ordenarlos con nuevas configuraciones, con una orientación que se me presentaba con una terquedad tardía.

Pero no había acabado de narrar los inicios. Vuelvo al cubículo del Área de Talleres, ahora desde el segundo año del Plantel, por fin solos, es decir, sin los de Historia, pero acompañados de la secretaria, apenas una muchacha, morena y dispersa, mecánografa mediana, huidiza, aunque me hacía cargo de las visitas sin necesitarla. Con petulancia denominamos el cubículo la Primera academia libre de América. Nunca arraigó ni perduró el nombre pretencioso.

Los sábados a la una, había cada semana reunión de academia: el camino de los programas, las ideas de quien quisiera regalar sus experiencias, sin derechos de autor; las ventajas y dificultades de los textos literarios leídos y de los temas de redacción propuestos a los alumnos; quién podía ser profesor del CCH y cómo seleccionarlo, la rendición de cuentas de las discusiones nocturnas de los representantes de las Áreas de los Planteles con la Coordinación del Colegio; las evaluaciones del profesor a cargo de sus grupos, para determinar el orden en que se elegirían los nuevo horarios. Todos hablaban, en un orden de palabra nunca puesto en entredicho, porque correspondía al orden de demanda de turno, discutíamos hasta con enojo, no había insultos, pero sí críticas inmisericordes cuyos filos se



olvidaban, cuando nos dispersábamos de vuelta a la Ciudad, o a las nuevas colonias del Edomex a eso de las cuatro o cinco de la tarde. Los miles de horas profesor dedicadas a la marcha del Colegio no entraban en el contrato con la UNAM ni a nadie se le ocurría. Las Áreas no eran sindicatos, sino partícipes del gobierno del Plantel y de las ambiciones académicas del Colegio, que éramos nosotros mismos. El trabajo de fundación del Colegio le salió gratis al Gobierno Federal. Lo inventamos nosotros.

**H**abía pasado varias veces por el corredor, en cuyo piso construía mis pirámides de objetivos. Él era el Secretario de la Comisión de Nuevos Métodos de Enseñanza, recién vuelto de Europa, donde había estudiado no sé qué programas sobre educación, pensé en Lovaina, pero debe haber sido en Inglaterra. Era, es felizmente, ingeniero civil de la Ibero, ascendido primero a algún piso intermedio de la Torre de Rectoría, y en adelante consagrado a la educación, de la que comenzó experto.

De cualquier forma, estuvo en 68 en París, como turista político. El mayo de 68 producía un interés en los interesados en educación y los que gravitaban en los alrededores llegaban a París para ver batallas de adoquines y gases lacrimógenos en vivo o meterse cinco horas en los debates del Odeón. De todos modos, Manuel arriesgaba más, estaba a punto de nacer su segundo hijo y apenas le quedaba gasolina para llegar del hotel en el Quartier Latin a la clínica. Nos cruzamos sin duda en una de esas casualidades de las que uno recuerda luego a alguien que hacía algo preciso, sin que pueda repetir un nombre ni recordar con evidencia un rostro. Pero tampoco le preocupa demasiado.

Olac Fuentes me invitó en 72, a nombre de la Universidad Autónoma de Chihuahua, a dar una conferencia, la primera de una serie que se extendió con intensidad 30 años por una vein-

tena de Universidades del país, casi siempre con el patrocinio de ANUIES. El tema real, bajo una protección menos altanera de palabras pedagógicas, era si el Colegio, el mejor proyecto de Bachillerato vivo en México. Comenzaba a pensar que había que darlo a conocer a todas las universidades públicas, sobre todo.

Subí al avión, vuelo matinal de Aeroméxico, o Mexicana, a Chihuahua y me senté en el asiento del pasillo. Al lado, en el asiento de la ventanilla, me di cuenta enseguida, estaba el Secretario de la Comisión. Nos habían presentado en Nuevos Métodos un mes antes.

—No te pregunto a dónde vas, pero sí a qué.

Sonrió levemente y se ruborizó, como le sucedía inevitablemente.

—Olac me invitó, —añadió—. La Universidad de Chihuahua quiere reformar su Bachillerato y Olac los convenció de que la mejor solución es el Colegio, ustedes, pues. Supongo que tu misión es convencerlos”.

—No sabía nada de esto. Olac me pidió que hable del Colegio, de lo que nos proponemos, o lo que nos ha encargado la UNAM y lo que realmente ya estamos tratando de lograr. Pero no sabía que mi conferencia tendrá una dimensión misionera. Por supuesto, qué bien”.

Se rio.

—La UNAM es la única Universidad nacional, tiene la responsabilidad de compartir todo lo que vaya descubriendo de la verdad, bueno, no es para tanto, hay que ser modestos, digamos de enfoques didácticos, de nuevas formas de concebir la docencia. Mejor dicho, del aprendizaje escolar. Por ejemplo, lo que se dice del Colegio, que el protagonista de su formación es cada alumno”.

—Bueno eso lo tengo entre los puntos que voy a tocar”.

Fue una primera conversación forzada por los asientos contiguos de un antiguo vuelo matutino a Chihuahua. Entre las

actividades académicas y las conferencias hubo largas conversaciones con Olac, con Gabriel Cámara, que había fundado una escuela que venía a ser un CCH más atrevido y avanzado que el nuestro. Los alumnos desarmaban y volvían a armar y hacían funcionar un tractor descompuesto, para aplicar sus conocimientos de Física, de mecánica, y otros que no tenían, entre otras actividades envidiables. El papá de Olac era dueño de un periódico independiente, libre y veraz. Había comenzado a los 18 años con una entrevista a Pancho Villa en su rancho donde vivía después de la derrota en el Bajío. Había ido solo, desconocido, con una libreta y un lápiz. Un chamaco, que ahora en 1972 sonreía con la cabeza blanca. Habló una tarde entera con Villa y quedaron de verse de nuevo, pero a Carranza le inquietaba que Doroteo Arango siguiera platicando con nuevos amigos. Decretó las medidas indispensables. No hay documentos, imagino, pero en Chihuahua todos lo saben. Y la Historia de la Revolución Mexicana también.

En la conferencia, el anuncio de la buena nueva del Colegio interesó a los asistentes. La Universidad hizo reformas que yo no conocí luego, pero el testimonio de Olac me aseguró que habían tomado varios aspectos del Colegio, y que me había encontrado con una tierra fértil.

Meses más tarde, todavía en 72, Manuel se fue a Inglaterra a estudiar en alguna de sus universidades del Sur, enfrente del Pas de Calais, Sussex acaso, a continuar su formación en temas educativos. Estaba cimentando una cultura sólida gracias a la cual la capacidad de innovar con pasión por la educación se acrecentaba. Se despidió de mí por teléfono y me alegró que estudiara y me apesadumbró perder a un amigo reciente con quien podía conversar y aprender, sobre el Colegio mismo, aunque él no formara parte del mismo, pero compartía con Don Henrique el propósito de ayudarnos a crecer.

Manuel se fue y yo me olvidé de su alejamiento.

Una semana después de la renuncia del Ingeniero Bernal a la Coordinación General del Colegio, hacia finales de enero de 73, recibí una llamada telefónica que me hizo subir de la Coordinación matinal de Talleres a la Dirección de Naucalpan. Era Manuel Pérez Rocha.

—¡Ah! ¡Hola! ¿Dónde andas? A poco. ¿Qué pasó, te salieron mal los planes que tenías para Inglaterra? Sí, nos vemos hoy mismo, si quieres, yo termino aquí a las dos de la tarde. ¿Mejor desayunar mañana? Bien, Sanborns de San Ángel, a las 8:30. Sale”.

El patio del restaurante de San Ángel era el Sanborns más al sur de la Ciudad. Más al sur y por entonces alguien debió estar comprando los terrenos que, al final de la década, comenzarían a sostener la construcción de Perisur. Sanborns reunía cada mañana, por un lado, a los mismos, muchos y, por otro, a universitarios que necesitaban discurrir a diario de los rumbos hacia los que el Rector Soberón estaba orientando a la UNAM. Manuel y yo éramos de esta categoría efímera.

El café de Sanborns era entonces aceptable. Podías comenzar con una taza y empezabas a hablar.

—¿Cómo va el Colegio?

—Yo digo que bien. Aunque esperando. Supongo que ya sabes que renunció el Ingeniero Bernal. Estamos sin Coordinador”.

—No mientas. Cierto que renunció Bernal, por motivos de salud. Parece que efectivamente el médico le puso un ultimátum: o vivir o ser Coordinador”.

—¡Carajo! Palabra que hemos sido respetuosos con él. Yo nunca estuve en ninguna reunión en la que alguien lo insultara. Al Rector González Casanova, cuando fue a Azcapotzalco, Alicia, una profesora trotska, creo, no me importa demasiado la secta política de la gente, prefiero mirarla como universitaria y allá ella. Lo trató de falta de pantalones arengando desde el techo de un edificio y Don Pablo aguantó. Me parece muy mal

que haya sucedido esto, pero al Ingeniero nadie lo atacó nunca personalmente. Eso sí, y ahí yo reconozco mi parte, discutimos de los cursos de selección de profesores, ha sido duro, pero los Directores de los Planteles no la hacen y no lo ayudaban. El único es Renero, bueno y Barraza, menos decidido, pero firme y honesto en el Sur.

—Te dije que mentías con lo de “sin coordinador”. Pues te voy a contar, con el compromiso de que no lo cuentes hasta que se anuncie oficialmente, dos o tres días. Me telefoneó Soberón a Inglaterra. Me ofreció la Coordinación del Colegio. Imagino que la idea es de Henrique. Pero ni lo sé ni voy a preguntar, pero estoy seguro. Dije que no. El Rector insistió, se ve que está urgido de dejarle a otro la responsabilidad del Colegio. Tienen ustedes fama de difíciles. No me quedó sino aceptar, pero puse una condición: como Coordinador mi único interlocutor sobre mí jerárquicamente será el Rector. Nada de Secretario General mucho menos el Secretario de Rectoría. No para la administración, sino para asegurar la permanencia y el apoyo institucionales para el Colegio. Aceptó a regañadientes. Pero es lógico, no es un problema de poder, sino de coherencia institucional. El Coordinador del Colegio es el tercer Coordinador en el organigrama de la UNAM. Están el de Humanidades, el de la Investigación Científica y el del Colegio de Ciencias y Humanidades. El Rector aceptó. Me vine, aquí estoy”.

—Sabes que me da gusto, porque sé que te importa el Colegio. Creo que hemos avanzado, pero hay muchos problemas por la politización confusa, de derecha y de izquierda, quieren dominar al Colegio como ariete para vete a saber qué chingaderas, perdón. A mí y a mis amigos, el doctor Renero, mi jefe, Javier Palencia y Chelo, la Secretaria Académica de Vallejo, Rafa Velázquez, en fin, nos dicen “los guadalupanos”. Al mismo tiempo en el chisme, al menos yo, somos de extrema izquierda, como no saben de quién colgarnos, inventan que soy de la IV Inter-

nacional, los trotskistas, pues. Como hay tantas fracciones, se prestan a que le adjudiquen a cualquiera que no es de derechas evidentes. Pero no importa. Naucalpan está bien y ahí no hay panfletos ciclostilados contra nosotros y contra otros, como uno que publicó el Comité de Lucha de Derecho, que es fascistoide y no tiene nada de comité.

—Bueno. Quiero pedirte que te vengas a la Coordinación a trabajar conmigo. Se trata de sacar adelante el proyecto del Colegio, el CCH, como dicen ustedes ahora. Cuento con tu conocimiento de la comunidad y con tu compromiso, que reconozco por experiencia propia. Pero no digas nada, déjame que el Rector me dé posesión, yo hablaré primero con Renero y luego te llamaré para que te vengas a alguna secretaría de la Coordinación. Hay que darles consistencia a las responsabilidades del Colegio. Voy a invitar, la veo al mediodía, a María de Ibarrola, investigadora del Cinvestad y a Alfonso Millán, ¿lo conoces?, ¡ah, claro!, estuvo en la Secretaría General el primer año del Colegio. Podemos hacer un equipo que atienda a los profesores y encabece la comunidad para que el CCH, pues, cumpla sus objetivos. Honestamente, no le tenía mucha confianza a Soberón, pero me aseguró que cuidaría con mi apoyo al Colegio, empezando, sabes que fue Coordinador de la Investigación Científica, por los posgrados del Colegio, Ciencias de la Tierra, Biomedicina. Quiere retomar ideas de don Pablo. Hay posibilidades. No podemos dejarlas pasar”.

Salimos juntos y me dirigí a Naucalpan. La Coordinación del Área seguía siendo mi responsabilidad principal en el Colegio. Era una tarea coherente y consistente. Y agradable por la fraternidad con los profesores.

En abril, me llamó Manuel. Había tomado posesión el 15 de marzo y a los cinco minutos surgió, al parecer de la nada, un incidente francamente peligroso y un verdadero *apax* (griego, palabra que aparece una sola vez en los textos conservados;

acontecimiento singular): el enfrentamiento violento entre dos grupos de profesores.

Entró una llamada del Director de Oriente: tenía, porque les había pedido apoyo, a los Profesores de Educación Física en formación defensiva ante la Dirección del Plantel. Junto a la escalera de un edificio, al otro lado de la explanada, un grupo de profesores “de izquierda” se preparaba a tomar la Dirección. ¿Quiénes habrán sido? ¿El Comité de Lucha de Derecho, bien representado en Oriente y con falsa cobertura de izquierda? Que si los enfrentaba con el apoyo de los profesores de Educación Física, escaramuza segura de grupos de choque. Y un pretexto para acusar a Coordinador entrante apenas en el quicio del Colegio.

Informa al Coordinador y pide línea (de acción, no de teléfono). Que no, que espere, le ordena tajantemente Manuel. Habla con Rectoría, lo derivan a la Secretaría (teléfono), cuyo titular se opuso a su designación contra la voluntad del Rector. El Secretario se hace el inocente y que la Virgen le habla, aunque es el autor de la formación de enfrentamiento. Se desentiende, “Tu sabrás lo que haces”. La tensión aumenta (teléfono) y se muestra con urgencia y en perspectiva a corto término una batalla campal entre académicos. El Coordinador sale en su Volkswagen por Río Churubusco hasta Tezontle y luego Canal de San Juan. Aparece inesperadamente en la explanada (no informó ni informamos de su intento de ocuparse personalmente. No teléfono.) Sorpresa, minuto de indecisión, el grupo del Comité y secuaces se disuelve. El Coordinador conversa con los profesores de Educación Física. Les ordena salir del dispositivo de enfrentamiento. Los tranquiliza, les explica que por la violencia es imposible lograr resultados dignos de la Universidad. El edificio de la Dirección sin enfrentamiento no tendría ningún valor político y le tocaría al Secretario de Rectoría liberarla si sufría una invasión. Los profesores comprendieron, pero la violencia quedó en el dintel del Plantel amenazando y lista



para derramarse entre sus edificios. El promotor del enfrentamiento era el Secretario de Rectoría, divertido seguramente para sus amigos, pero sin el menor escrúpulo para organizar el zafarrancho. Fue únicamente el comienzo. Manuel agradece a los profesores la lealtad institucional, no a su persona, sino al Colegio. Obedecieron.

A los pocos días, dejó la casa de Clara Molina donde había radicado, sin plan de duración, la Coordinación del CCH, como consecuencia de la huelga de 72 todavía. Se instaló la Coordinación, segunda etapa, en un edificio de cuatro pisos en Avenida Universidad cerca del Hospital López Mateos, departamento por piso, reciente pero estrecho, hasta parecer que contaban más las escaleras que los espacios habitables. Cocinas y baños eran tan pequeños que no servían de cubículo. Me ofreció el nombramiento de Secretario Docente del Colegio. María de Ibarrola sería la Secretaria del Profesorado, según sus recuerdos propios, *grosso modo* y en realidad era la Secretaria Académica y Alfonso Millán volvería al Colegio, tras un año de su renuncia a la Secretaría General, como Secretario de Difusión Cultural. Renero ya sabía y había consentido en mi separación de su Plantel.

La Coordinación de Manuel, duró cuatro meses, pero en tan escaso tiempo dejó una imagen irrepetible. Tres de los Directores de Plantel estaban abiertamente en su contra y las Juntas de Directores, siempre los lunes, agotaban sus horas en discusiones sin principio, y con tres opositores sin principios, ni fin acerca de lo que podía o no permitirse a los profesores, a las academias demonizadas, que tuvieron en esos meses un momento de paz con la Coordinación y de guerrilla desbocada con los Directores, con excepción de Naucalpan y del Sur.

Las discusiones sobre los cursos de selección de profesores, ahora sobre todo para las materias optativas de 5° y 6° semestres para los Planteles iniciales y de 3° y 4° para los dos más recientes,

se habían interrumpido con la salida del Coordinador. Desde mediados de marzo, era el 73, me hice cargo de terminar las negociaciones y de participar en la organización de los cursos de selección, de buscar profesores de facultad que evaluaran los conocimientos de los aspirantes a impartir materias optativas de los dos últimos semestres. Las Facultades Madres, sintagma empleado en el Colegio sin ironía, Filosofía y Letras, Ciencias, Ciencias Políticas y Química designaron profesores para evaluar las materias de su responsabilidad para los dos últimos semestres. Arquitectura, Economía, Artes Plásticas, Derecho y Administración, Medicina, Psicología (todavía departamento), y la Escuela Nacional de Antropología participaron por primera vez en la actividad académica del Colegio.

Fue una generación enorme de aspirantes e innumerables los grupos de alumnos en los que los aspirantes ensayaron sus capacidades didácticas. Además, por vez primera, se aplicó el Cuestionario de Actividad Docente, que elaboramos Javier Palencia y yo en una mañana de febrero de 73 en mi cubículo de la Secretaría Académica de Naucalpan, por nuestra cuenta y riesgo. Introdujimos en el cuestionario aspectos de afectividad y actitudes, como resultado del supuesto *comité de expertos*, a pesar de la inutilidad de nuestra sólida argumentación para llegar a un acuerdo con el doctor Lara Tapia, primer Director de la inminente o novísima Facultad de Psicología o a punto de serlo, y tenaz seguidor de Bloom y de las evidencias empíricamente verificables del Conductismo., estudiado en Texas, quien nunca dio su brazo a torcer ante nosotros, pero había desaparecido de nuestro espacio.

Hubo cuatro reuniones del Consejo del Colegio, en el que no participaba con voto un solo profesor, pero la Sala del Consejo Universitario se llenaba de profesores del Colegio a los que la Coordinación nunca impuso restricciones ni a su número ni a su libertad de participar, en orden y según las reglas evidentes

del trabajo colegiado. Para los universitarios más aferrados a las reglas, eran sesiones extrañas en las que los asistentes y no consejeros eran veinte veces más numerosos que los miembros del Consejo y pedían la palabra. Las sesiones del Consejo fueron largas, a veces con encontronazos verbales en los que el Director de Filosofía y Letras, el doctor Guerra, se mostraba sagaz y firme, negociador y discretamente divertido. El doctor Lozano, director de Ciencias apoyaba siempre abiertamente al Coordinador del Colegio.

El Consejo aprobó los cursos de selección, recogiendo los avances de las negociaciones de los meses anteriores, los dejó en manos de la Coordinación y de las academias, pero se reservó la supervisión final de los resultados. Era evidente que se trataba de un punto de honor, que todos tuvieron el buen tino de no maltratar, porque era imposible recoger información válida de cientos de horas de clase impartidas en los cinco Planteles, que no fuera la que los mismos profesores responsables quisieran compartir. Las invitaciones cursadas a profesores de Facultad fueron revisadas, nunca corregidas, pero sí aumentadas en algunos casos. Se trataba, justamente en buena parte, de las propias Facultades de las que los Consejeros eran Directores.

Así los Cursos de Selección de nuevos profesores, cuya discusión había comenzado en octubre, vino a culminar a finales de mayo y los Planteles completaron sus plantas docentes a tiempo para el nuevo año escolar. Pero el triunfo de las academias, de la Dirección de Naucalpan y de la Coordinación nueva, fue recibido por tres directores, los amigos del Secretario de Rectoría, como una abdicación de la autoridad universitaria frente a los revoltosos de las academias. Decidieron vengarse o captaron la intención de hacerlo, suponiendo, sin evidencias, que la Secretaría de Rectoría se apoyaba en la autoridad del Rector.

Debe haberse desarrollado una amplia campaña de cabildeo, de calumnia y fingimiento de peligros que corría la integridad

de la UNAM ante un Colegio que terminaba con salirse con las ideas de las academias. Propusieron al Rector separar el Plantel Oriente, ingobernable entre los cinco, o que interviniera para obligar al Coordinador a modificar radicalmente su actitud irresponsable de llegar a acuerdos con las academias de profesores. La acusación no se sostenía tan fácilmente, porque Manuel había mantenido un respeto ejemplar a la legislación universitaria y las decisiones que los tres Directores rechazaban habían sido tomadas por el Consejo del Colegio, nunca por la Coordinación sola recurriendo a sus propias facultades personales de gobierno.

El edificio estrecho de la Coordinación en Avenida Universidad funcionaba todo el día para recibir la información formal del desarrollo de las pruebas de conocimientos disciplinarios, bajo la responsabilidad de los profesores de Facultad designados, y los resultados de las evaluaciones de las aptitudes docentes en las que intervenían los alumnos aplicando nuestro cuestionario.

Había inconformidades que se procuraba resolver conforme a derecho y advertencias de amigos que señalaban a aspirantes como parte de grupos porriles que intentaban instalarse en el Colegio. Incluso en esos casos, por una parte, nos dimos por enterados, pero aplicamos las mismas reglas, porque en los cursos nadie había incurrido en violencias. El respeto a las normas universitarias, que Manuel nos enseñó a mantener sin excepción, se oponía radicalmente a las maniobras del Secretario de Rectoría, carente de escrúpulos y mendaz. El respeto es sin discusión una virtud, pero no un arma suficiente, cuando enfrente se alinean actitudes agresivas y opuestas sin escrúpulo y además cercanas al poder.

Hacia finales de junio de 71, habíamos terminado los Cursos de Selección de aspirantes a profesor del Colegio. Había más de un centenar de profesores de materias que nunca se habían aprendido en el Colegio: Filosofía, y no Historia de la Filosofía,

sino aprender a filosofar, Ciencias Políticas y Sociales, Diseño Ambiental, originalmente concebida como diseño de paisajes y empobrecida rápidamente en trabajos manuales con materiales de desecho, Ciencias de la Salud, Latín y Griego, y no Raíces Griegas y Latinas, reiteradamente declarada indispensable para Medicina, Geografía, y la novedad absoluta de Antropología, etcétera.

Los Planteles tenían al cabo de dos años y tres meses su plan de estudios en funcionamiento completo en los tres primeros Planteles, profesores para todos los grupos y no había quedado ningún tema pendiente entre las posiciones de las autoridades y las de las academias. El Consejo del Colegio, presidido por el Coordinador Pérez Rocha había aprobado y supervisado suficientemente los procesos y confiado la evaluación de conocimientos a profesores de las Facultades.

La hazaña de salir sin choques del laberinto de la aglomeración más numerosa y dispar de los cursos de 5° y 6° semestres reforzaba el reconocimiento de la capacidad de gobierno de la Coordinación. Pero también había crecido la envidia en su contra.

Las salidas intempestivas de los Rectores han sido innecesariamente humillantes, sobre todo porque en los tres casos, los doctores Chávez, González Casanova y Barnés, se trataba de académicos que estaban reorientando en profundidad la Universidad hacia un mejor cumplimiento de sus responsabilidades. La exigencia siempre provoca la reacción de quienes no miran la institución, sino intereses que tienen su territorio en la Universidad, ¿dónde, si no, podrían investigar o enseñar?, pero no tienen el espíritu que intenta hablar por nuestra raza.

Al Rector González Casanova le tocó sobrellevar el agravio de la toma de la Rectoría a cargo de Mario Falcón y León de la Selva, conectados con cuadros federales, vete a seguir sin interrupción el hilo entre CU y alguna dependencia de Gobernación. Don Pablo se refugió en San Ildefonso en un espacio indiscernible a la derecha de la entrada principal.

Pero la andanada continuó con la irrupción de los grupos de trabajadores que pretendían ser reconocidos como sindicato. Don Pablo estaba convencido de que el Rector no podía ser patrón, porque la Universidad, que miraba con un idealismo del tamaño de su honradez, es una comunidad que no admite la división de intereses entre patrones y empleados. Así, ofreció a los demandantes mucho más que lo que se les había ocurrido, de tiendas universitarias hasta la construcción de vivienda,

además de las prestaciones comunes en los contratos colectivos de la época.

Pero no a través de un contrato, sino de un convenio, de modo que se salvaguardara la dimensión comunitaria de las relaciones. Además, nunca retuvo los pagos de los huelguistas y el conflicto quedó atorado en el problema de principio que como tal no resultaba negociable. La benevolencia no siempre tiene efectos políticos proporcionados.

Las presiones se multiplicaron, el equipo del Rector estaba fragmentado y no todos sus secretarios cumplían sus disposiciones. Presentó su renuncia a la Junta. Fue rechazada. Redactó un documento en el que explicaba sus razones en el conflicto, las de un universitario con pensamiento y convicciones propias y convocó al Consejo Universitario para que lo apoyara. Sus tesis no obtuvieron un solo voto. Renunció.

A primera vista y en la conciencia de las comunidades del Colegio nada de esto nos afectaba de manera explícita. Nuestra existencia había sido fundada por el Consejo Universitario y no había nuevas disposiciones derogatorias. Sin embargo, considerábamos al Rector nuestro fundador interesado en el desarrollo completo del proyecto del Colegio. Una campana rota sonaba desaforada en el inconsciente. Se fue el Rector.

Se desató una guerra de aniquilación de su obra dentro de la Universidad y en las instancias del Gobierno Federal. Se creó el Colegio de Bachilleres, una imitación aparente del plan de estudios del Colegio, pero sin sus fundamentos filosóficos. Sus funcionarios declararon en voz alta y descarada en la prensa que el nuevo Colegio absorbería todos los Bachilleratos del país, comenzando, faltaba más, por el CCH y la Prepa. En la Universidad los proyectos de don Pablo quedaron congelados, el sistema de Universidad Abierta, las carreras imaginadas para el Colegio, las casas de la cultura en las delegaciones del D.F. Clanes poderosos pedían nuestra expulsión de la UNAM

y promovían una campaña en los medios que perseveró años, aprovechando cualquier incidente ridículo que se convertía en el alba radiante de una revolución bolchevique de la que las comunidades del CCH no se habían enterado, a pesar de ser protagonistas de los relatos infamantes.

Pero sucedió lo que nadie había previsto. La Junta de Gobierno nombró Rector al Dr. Guillermo Soberón y en el Colegio comenzó a parecernos verosímil el desmantelamiento. El Rector comenzó por prestar juramento y recibir la venera en el estacionamiento de la Facultad de Medicina. Lo vimos rodeado de funcionarios de traje, una isla en el tumulto de una multitud de insurrectos sin causa, pero despechados de ver que la UNAM tenía recursos institucionales para no dejarse aplastar.

Luego el Rector declaró que el proyecto del Colegio pertenecía a la Universidad y continuaba contando con la protección de su autonomía. La batalla interior estaba, en principio, ganada. Otros intentos del Rector saliente no tuvieron, por de pronto, la misma suerte, pero sus ideas terminaron por encontrar cauces menos atrevidos, pero reales. Al fin de cuentas Soberón había participado, como Coordinador de la Investigación Científica, en el proyecto de Nueva Universidad y tenía proyectos de Ciencias Biológicas en el Colegio.

Comenzó, de todos modos, una larga época de acoso y de recurrentes intentos de golpear al Colegio, que los Coordinadores por pronto futuros y sucesivos enfrentaron sin demandar el apoyo de la comunidad de profesores. Solitaria empresa coordinar al CCH. Pero aquí estamos, a más de 50 años de haber comenzado, arrasados más por nuestros errores que por la acción de fuera, aunque acaso haya que atribuirle el lento y persistente desgaste de años sin tregua.

Hasta llegar a estos tiempos sin fondo en que hemos caído y que muchos intentan aprovechar para sepultarnos.



**E**l nuevo Coordinador del Colegio había tomado posesión dos semanas antes. Eran las inmediaciones de abril, primavera rotunda. El interanual terminaba y también una reunión del equipo de la Dirección de Naucalpan, Coordinadores incluidos, un día entre semana.

Salíamos de la sala de juntas con las tazas de café camino de enjuagarlas. Un golpe seco, seguido de otro, como su eco perfecto y sin resonancias, nos sorprendió desde un extremo del largo edificio de la Dirección, de lado del Área de Ciencias Experimentales y la puerta de arriba. Los que prestamos alguna atención distraída, nos preguntamos con la mirada. Luego otros golpes seguidos de sus repeticiones se fueron acercando, metro a metro, pasaron por la puerta de la oficina del Director al pasillo exterior, siempre cerrada, y los golpes aparecieron en las ventanas del centro, acarreados por pares de jóvenes rapados que, con cadenas largas, destrozaban, uno, el vidrio superior de las ventanas de guillotina y otro, al mismo tiempo, el inferior con tubos metálicos. Pasaban delante de nosotros, regularmente como las figuras de un antiguo reloj en una torre. Comenzó el susto y subió en la escala del terror, no todos, pero quienes resistimos tragábamos saliva con esfuerzo. Lo peor, pasmados, era no saber ni qué sucedía ni cómo defendernos.

De pronto oímos gritos de mujer que se acercaba siguiendo el rastro de los agresores. Era Piedad, la vimos llegar con un

paraguas plegable y plegado en la mano, enrojecida y sobre todo indignada, cargada de insultos corteses, intentando alcanzarlos para golpearlos. Pasó con el paraguas alzado sin poder descargarlo en las cabezas al rape de los atacantes.

—¡Sinvergüenzas, bárbaros, lárguense del Plantel! ¡Malditos, malditos!”.

Era el registro aceptable para una maestra universitaria, que intentaba, sola y en inferioridad evidente, de impedir la destrucción y sobre todo el atropello que se acercaba al final del edificio, 30 metros después de la puerta. Alguien salió detrás de ella y la obligó a entrar a la Dirección para protegerla. Había quien se resguardaba, inútilmente, en los postes de hierro de la estructura que sostenían la loza prefabricada del techo. Pero el cuerpo de los precavidos sobresalía por los dos lados, aunque podían proteger la cabeza, si el siguiente acto de los asaltantes fueran pedradas. O disparos.

Pero no los hubo. Los esbirros se volvieron del extremo de la Dirección, salieron por la puerta principal, abordaron dos autobuses, deben haber sido 80 asaltantes, y arrancaron.

Comenzó la reconstrucción del ataque, una infame *Blitzkrieg* tamalera. Habían sido dos autobuses del Edomex, que entonces se llamaba únicamente el Estado de México. El personal era joven, rapado, sin uniforme. Trabajaban por pares, lo sabíamos por los golpes y las ventanas rotas arriba y abajo.

Pero no habíamos visto todavía nuestros coches, estacionados a lo largo de la acera del Plantel, con el parabrisas y el vidrio trasero también rotos. Seguramente para esta etapa del operativo aplicaban otra coordinación. Mi bocho tenía rota la luna, pero el parabrisas tenía la evidencia de una piedra, que estaba ahí todavía, después de golpear su parte superior, la descascaró un poco y rodó por la tapa de la cajuela, dejando el trazo de su recorrido de 20 kilos. Recogí el reguero de los vidrios acumulados en el espacio para dormir infantes de los wv Sedán de aquellos años, detrás del asiento trasero.

En una segunda parte, un verdadero “asunto general”, de la sesión que había terminado media hora antes, nos reunimos para analizar el ataque. ¿Quién? ¿Por qué? ¿Para qué? ¿Contra quién? Las respuestas fueron encaminándose en zigzag, pero pronto llegaron a un trazado recto y acumulativo.

No era un grupo porril, sino adiestrado. Habían trabajado, es una ampliación semántica del atropello, coordinadamente. Suponía entrenamiento. Habían llegado en autobuses no secuestrados, de una línea inhabitual en nuestro sector de influencia. Dos posibilidades: Naucalpan o más seguramente Toluca o sus alrededores, más lejos, de cualquier modo. ¿Pentatlón Militarizado? ¿La *Hitlerjungend* del Estado de México? aunque aquella vez no los vi ni nadie les puso nombre. Pero eran jóvenes e iban rapados. Y entonces no era una moda multiforme como desde hace unos 10 años. Asaltaron la Dirección a golpe de cadenas y de barras.

No habían atacado personas. Era una advertencia. Nos habían señalado. Pero ¿quién?

—El rapado —alguien advirtió— correspondía a un grupo paramilitar, pero no la edad, eran pinches chamacos. Me imagino que fue un pentatlón. En el Estado hay al menos uno, el Pentatlón Juvenil Militarizado, patrocinado y entrenado por el Gobierno del Estado. Fueron ellos. Apuesto.

Jiménez Cantú había sucedido a Hank González.

El Doctor Renero se levantó y llamó de nuevo al Coordinador, Manuel Pérez Rocha recientemente instalado y perdonado del invierno en alguna universidad del Sur de Inglaterra, pero no Oxford, no. Y había sido advertido del ataque mientras se desarrollaba. Ahora lo informó de lo que había sucedido y de nuestras deducciones. Le preguntó si quería que informara a Rectoría. Al parecer el Coordinador lo haría.

Fuera, en el espacio común del personal secretarial, Piedad tomaba un tecito y recobraba sus colores, sin soltar el paraguas

plegable, sentada en una silla ante una máquina de escribir. Las demás se reponían del susto. La calle se mecía suavemente bajo el sol de abril.

A tantos años y desde hace mucho, me resultó evidente que el Gobierno de Toluca hizo el favor al Secretario de Rectoría de avisar al Director de Naucalpan que su buena voluntad hacia el Coordinador recién nombrado no era acertada. Ni le convenía, sobre todo. No había sufrido físicamente su gente, pero podía llegar a sucederle. De modo que a revisar actitudes y alianzas implícitas y a corregir el rumbo. De nada, gracias por su atención.

Cuando pienso en este primer ataque de advertencia, percibo nítidamente cuánto debe haber dolido, voy a cometer un anacronismo, al cártel del Secretario de Rectoría, la designación de Manuel, egresado de la Ibero, pero ¿y qué? No se prestaría a ceder poder sobre el Colegio para ir reduciendo a mordidas la participación de los profesores imaginariamente residuos de 68 que, como se suponía, había terminado cinco años antes.

Pero el punto decisivo estaba en otra parte que muy pocos en la Universidad percibían. En aquellos años había dos Coordinaciones, la de la Investigación Científica y la de Humanidades. El sustantivo se ha convertido después en la designación de un nivel inferior al de los Secretarios de Rectoría e incluso de los Directores designados por la Junta de Gobierno, auténticas autoridades universitarias. Manuel, al dejarse convencer por el Rector de asumir la Coordinación del Colegio de Ciencias y Humanidades, con el pacto del privilegio de una dependencia directa del Rector había obtenido el reconocimiento de Coordinación para el Colegio, un Bachillerato con un par de programas de Posgrado, al nivel de las dos grandes Coordinaciones. No debió ser un placer para muchos.

En la comunidad ni tuvimos noticia y menos capacidad de acción ninguna para defender este nuevo privilegio efímero.

Estábamos destinados por el hado de los conflictos a ser lo que fuimos, la Unidad del Bachillerato del Colegio de Ciencias y Humanidades y luego, desde 1998, el Colegio entero nosotros solos.

UIP 1205/CCH 73

*Informe sobre la sesión del Consejo del Colegio del 12 de mayo de 1973*

*Doctor*

Lo informo del desarrollo tormentoso de la sesión del Consejo del Colegio. Asistieron los Directores de las cuatro Facultades Madres del Colegio, Filosofía y Letras, Ciencias, Química y Ciencias Políticas, no es necesario que repita sus nombres, y el Director General de la Escuela Nacional Preparatoria, que es igual que si no asistiera, porque hasta ahora nunca ha tomado la palabra, aunque está presente hasta que termina la sesión.

*Presidió el Ing. Manuel Pérez Rocha, solo en el estrado. Debería estar alguien más, pero se hace cargo solo. En realidad, no hay Secretario General del Colegio, Bazán es Secretario Docente y cumple muchas de las funciones de Secretario General, porque ayuda al Ingeniero en las discusiones con las academias. El Dr. Millán estaba sentado en primera fila, en el sillón que da al pasillo central, a la derecha, en la misma fila que los doctores Lozano y Guerra, juntos. El Doctor Herrera estaba en la otra mitad, así como el Lic. Flores Olea y el Director de la Preparatoria.*

*El tema principal de la sesión fue la aprobación final de los Cursos de Selección que este año comenzaron con las reuniones en casa de la Maestra Molina, desde octubre hasta finales de*

*noviembre. Bazán estuvo esos meses como representante de su academia, y ahora está en la Coordinación, pero estaba sentado en el entreseno de los periodistas. No había ningún periodista, el Colegio no es noticia nacional, pero estaba lleno de profesores y su servidor se sentó a dos sillas del Doctor Guerra, de modo que traté de seguir sus reacciones.*

*En realidad, la parte principal y prevista se desarrolló sin contratiempo. El Coordinador leyó un informe de los cursos que había enviado con anterioridad a los miembros del Consejo. No pude hacerme de un ejemplar, porque es material no confidencial, pero sí oficial y nadie lo tenía. Los Directores lo habían leído y más bien felicitaron al Coordinador por haber logrado terminar en paz el interminable proceso, seis meses, todo es proporcional, como usted sabe. El Coordinador agradeció la ayuda que las Facultades representadas en el Consejo y otras nuevas, Derecho, Contaduría y Administración, Arquitectura, Economía, Medicina, Psicología, Artes Plásticas, o algunas nuevas carreras, Sociología, Letras Clásicas, que colaboraron examinando a los aspirantes para verificar sus conocimientos de las materias optativas del Plan de Estudios del Colegio.*

*Se reconocieron los cursos, se dieron por aprobados los aspirantes que los habían acreditado.*

*Hasta ahí todo estuvo en calma. Los profesores han aprendido cómo lograr que los “Cursos de Selección”, la frase ya también la usan los Directores, obtengan pleno valor institucional. Es el estilo de algunas academias y del Plantel Naucalpan, ser CCH y al mismo tiempo ser de la UNAM. Tienen un pie en terreno sólido.*

*Un profesor de Historia de Oriente, Ricardo Bravo de Matemáticas, alzó la mano. Pérez Rocha le dio la palabra. Resumo las ideas de su intervención, no tengo textualmente lo que dijo, pero el Colegio grabó toda la sesión y podrá usted obtener un texto completo, si lo requiere. No creo que valga la pena. Soy exacto en los hechos y en los conceptos.*

—Señor Coordinador, Señores Consejeros:

“El Colegio ha merecido la aprobación de los Cursos para seleccionar profesores que puedan enseñar las materias de 5° y 6° semestres. Ha costado mucho más esfuerzo que el indispensable, pero estamos contentos, porque nuestras propuestas han sido tomadas en cuenta. Hay profesores probados para cubrir los dos últimos semestres. Sin embargo, hay todavía un caso de un profesor, egresado de Ingeniería y Arquitectura del Instituto Politécnico Nacional, que aprobó con altas calificaciones los exámenes de conocimientos de Historia y tuvo también calificaciones sobresalientes en la prueba didáctica. Por cierto, está en la lista recién aprobada. Pero nos hemos topado con que las autoridades de Oriente se niegan a contratarlo, porque hizo el curso para enseñar Historia y su título es de Ingeniero Arquitecto.

“El Colegio es una institución responsable, según los documentos de su fundación, aprobados precisamente aquí, en este recinto, por el Consejo Universitario, como institución para innovar en la Universidad. Fieles a esta misión, nuestra postura es la siguiente:

“No discutimos los hechos. El profesor González es Ingeniero Arquitecto. Tomó el curso de selección en Historia y obtuvo las calificaciones más altas. Si nos atenemos a los hechos, ha demostrado ser capaz de cumplir de manera destacada la docencia para la que concursó. Está en la lista de aprobados. El Colegio debe contratarlo. Lo contrario sería dejar que la burocracia predomine sobre la razón y el derecho. No podemos permitirlo”.

Los dos últimos párrafos alcancé a tomarlos casi a la letra, porque Bravo los pronunció despacio. Los anteriores se atienen a lo expuesto y grabado para la transcripción del discurso. Las ideas eran esas.

*Bazán no se movió, ni pestañeaba. Creo que se imaginaba que él diría algo parecido, pero nunca intervienen los Secretarios en*



*el Consejo. No forman parte de este organismo. Tampoco los profesores, pero ¿quién los llama?*

*Tomó la palabra el Doctor Guerra:*

—Señor Coordinador, Miembros del Consejo, profesores del Colegio:

“El profesor Bravo, de Matemáticas, ha expuesto un punto de vista que no sabemos, él no lo aclaró, quién lo sostiene. Aparte de él mismo, como es obvio. Pero ¿hubo una asamblea, o una reunión al menos, de representantes de los cinco Planteles? Tengo entendido que no. Imagino, y no lo reprocho, que los profesores de Historia de Oriente y por ahí veo a un grupo, de Historia también, de Vallejo, los profesores Mesta, de mi Facultad, otros que me parecen son más bien de Ciencias Políticas, Raúl Montalvo, Israel Galán. Seguramente tendrían una intervención de apoyo a lo expuesto por Bravo. La damos por oída.

“Yo voté, y apoyé al Rector González Casanova, la creación del Colegio como órgano de innovación de la UNAM. Pero esta responsabilidad no puede desbordar los límites de la legislación universitaria, en particular el Estatuto del Personal Académico. Ahora bien, una carrera de Ingeniería no es una carrera de Historia, ni de Ciencias Políticas. La formación personal puede ser muy valiosa, lo es sin duda, pero no es equiparable. La responsabilidad de este Consejo es mantener al Colegio en el espacio académico de la Universidad. Somos sensibles a los deseos de participación de los profesores, pero también estamos comprometidos con la legislación vigente”.

Al sentarse el Doctor Guerra, el grupo de profesores de Historia que estaba parado a la derecha del estrado se adelantó. En primera fila los Mesta, Montalvo, Cuéllar, Israel Galán, como una especie de coro de tragedia griega, con los brazos extendido apuntaban al Doctor Guerra y gritaban:

—Usted nos prometió una solución a este problema y ahora la niega.

—No me acuerdo —respondió, ligeramente pálido, sin ningún temblor en la voz.

—Claro que se acuerda.

—Los caballeros no tenemos memoria.

*Y se sentó sonriente. La sala retumbó con una carcajada general enorme que incluía al Coordinador. Cinco minutos para acallar el tumulto que terminó por irse aplacando.*

*El Doctor Juan Manuel Lozano tomó la palabra:*

—Nos piden una excepción. No es inusual que el Consejo Universitario apruebe la contratación de profesores distinguidos que no cumplen los requisitos para enseñar en una licenciatura. Está el caso de Arreola que enseña en la Facultad del Doctor Guerra y, si mal no recuerdo, no cursó ni el Bachillerato. Pero nadie podría negar sus conocimientos en Literatura, además de ser un excelente escritor. Y divertido. Esta facultad de dispensar de grado compete en estricto sentido al Consejo Universitario. No me gustaría plantearlo ahí, porque no todos estiman al CCH. Por lo mismo, yo preguntaría al Doctor Guerra, mi estimado colega y amigo, si estaría de acuerdo en extender esta facultad del Consejo Universitario al Consejo del Colegio, que viene a ser más que un simple Consejo Técnico, por su carácter de conjunción del esfuerzo de Facultades y Escuelas, lo que lo sitúa en otro nivel, no considerado expresamente en la legislación vigente. Pero tampoco la contradice. Creo que podemos interpretar este problema con estas premisas. Pido a mis colegas directores y a los miembros de este Consejo que lo consideren y al Coordinador que lo someta a votación.

A medio discurso, el Doctor Guerra ya sonreía y asintió cuando el Doctor Lozano lo trató de “estimado colega y amigo”. Los demás consejeros respiraban aliviados. Los profesores guardaban un silencio absoluto.

—Someto a votación la propuesta del Doctor Lozano. ¿Votos a favor?

*Todos.*

—¿Votos en contra? ¿Abstenciones?

Una mano a la que nadie hizo caso.

Se desencadenó un aplauso interminable sin gritos, muy serios todos.

Podemos interpretar esta sesión como un triunfo de la razón y de la voluntad de entendimiento entre autoridades y academias. O como una claudicación de los Consejeros convencidos por el Doctor Lozano. Lo cierto es que el conflicto se desvaneció y que hubo una inteligencia universitaria que encontró una salida por el filo de la navaja, sin que nadie quedara herido.

*Bazán sonreía. A mi pregunta sobre su parecer, me dijo únicamente: “Bien por Lozano, bien por Guerra también. Bien por el Colegio”.*

Su seguro servidor, dispuesto a precisar o ampliar la información.

El lector acaso posible del siguiente fragmento merece una excusa o tal vez, más amablemente, una explicación, porque abordo la coordinación de Manuel en su intenso desarrollo arrancando de sus inicios desconcertantes para algunos y su trayectoria entre escollos. El habla y la escritura son lineales y no está a nuestro alcance relatar varias secuencias simultáneas. Basta de tintes teóricos.

—Tenemos nuevo Coordinador, Pérez Rocha. No estudió en la UNAM, es Ingeniero de la Ibero, pero estuvo, hasta el año pasado trabajando de primer oficial en Nuevos Métodos con Henrique González Casanova. Debe tener alguna preparación en pedagogía. Hasta debe ser católico, los niños bien de la Ibero, va a apoyar en los “guadalupanos”. Pero no son un grupo políticamente activo, es puro nombre. Tienen buen nivel académico, todos ha sido o son Secretarios Académicos y hasta ahí. No creo que lleguen a Directores.

—A mí me vale que sea de la Ibero, puede ser progresista. Los jesuitas tienen gente comprometida con los movimientos sociales y las barriadas pobres. Dicen que van a cerrar sus escuelas popis. Ya veremos.

—Debemos ir a verlo, porque vamos a necesitar por lo menos que se haga de la vista gorda, que nos ayude es otro cantar, para poder deshacernos de Vitelio. Hay que mantener la presión,

aprovechando todos los errores, los comete a cada rato. Propongo que el Coordinador del Área convoque a una asamblea para discutir la nueva situación política y sus posibilidades.

Hablaban en las afueras de Usos Múltiples de Vallejo, profesores de Historia. El nombramiento era inesperado, porque hacía mes y medio que el sustantivo de Coordinador no se había oído para nada.

El Coordinador no podía ocupar los espacios del Centro de Didáctica en CU, porque sin un único académico a la cabeza del Colegio y del Centro, como fue el Ingeniero Bernal, el Colegio requería una sede propia, después de su domicilio interino de los dos primeros años.

No fueron instalaciones maravillosas, insisto, apenas y con buena voluntad, funcionales. Un edificio de cuatro departamentos de 70 metros cuadrados encimados, eso sí nuevos y con ascensor para tres personas. En Universidad, 1,600 y tantos a media cuadra del Hospital López Mateos y, sobre todo, para alegría de las Facultades, fuera de CU. Se sentían inseguros ante el nudo de activismo que parecía hervir al otro lado de la explanada Central, junto a Arquitectura.

Y lo que fue el primer brote de los profesores politizados de Historia se repitió en otras Academias, en pláticas de profesores en grupos pequeños o en cavilaciones en solitario, en todas las combinaciones que los problemas del Colegio, o las invenciones de estos, convocaban para ver al Coordinador, más joven que el Ingeniero Bernal, más abiertamente sonriente, capaz de oír sin pestañear, aunque luego respondiera analizando las propuestas y convirtiéndolas en polvo de palabras sin sustento o en compromisos de consideración para actuar.

Las escaleras hasta el tercer piso, pocos se atenían al elevador, eran espacio de encuentros de todos los Planteles. El Coordinador tomó posesión del edificio minúsculo y, sin ir a los Planteles todavía, con excepción de la cabalgata apresurada a Oriente, su

primer día en el cargo, y fue configurándose ante la comunidad de profesores, como alguien que concertaba citas con fluidez, transmitía ideas educativas, citaba los enfoques del proyecto del Colegio, asentía o discutía, con argumentos, sin recurrir a su investidura, pero sin nunca olvidarla ni renunciar a ella.

Pero las dificultades comenzaron con el ejercicio de sus funciones, lo he narrado, el intento de provocar un zafarrancho civil, entre bárbaros dispuestos a apoderarse de la Dirección de Oriente y los profesores de Educación Física. Pero hubo más, promovido y permanente, desde el primer lunes de la tradicional Junta de Directores. Los Directores, en orden alfabético diminuto, de Azcapotzalco, Oriente y Vallejo se mostraron reticentes, suponiéndose experimentados ante el novato, abusaron de la sorna y escamotearon la disciplina a los acuerdos. En menos palabras y más allá de las que usaban en las sesiones, nunca reconocieron la investidura ni la autoridad del Coordinador. Y esa actitud no fue universitaria.

Tras cada reunión, Manuel me narraba la minuta de los desacatos y de sus posiciones propias, serenas y pacientes, pero firmes. Lo que nunca comentamos en las primeras semanas, era que en realidad los tres Directores, quizá con menos virulencia el de Oriente que se sabía transeúnte por el cargo y se enfilaba desde los inicios hacia otras responsabilidades no educativas y de mayor relieve gubernamental, mantenían contactos y alianza con el Secretario de Rectoría, que se opuso al nombramiento, estorbó las decisiones, urdió ataques violentos, y sobre todo manifestó su decepción ante el Rector y le repitió todos los días que se había equivocado y que Manuel no cumplía su compromiso de respetar y, sobre todo, hacer respetar la normatividad universitaria y a los funcionarios que pretendían cobijarse en ella.

Pero no toda la semana es lunes y todos los días, incluyendo el segundo día de la semana, trabajábamos intensamente en la organización de los Cursos de Selección de Nuevos Profesores

Las interminables discusiones de finales de 72 seguían vivas en acuerdos suficientes para echar a andar los cursos. El Consejo del Colegio autorizó la convocatoria en los periódicos. Sería un acto de coherencia esperable que los Directores rejegos se opusieran a la legitimación de los cursos, que decían rechazar por convicciones supuestas y argumentos que calificaban de legales. Con todo, imagino, ante los Directores de las Facultades Madres, los Doctores Guerra y Lozano o el Licenciado Flores Olea, se mostraron disciplinados y se distrajeron en el momento de alzar la mano o las levantaban a media altura. Imagino asimismo que la presidencia del Consejo también se distrajo y no tomó en cuenta su no voto.

Los cursos se impartieron, la configuración de sumas de los aspectos de la evaluación de cada profesor se completó con cuidado y rapidez. Al final del proceso, cientos de nuevos profesores estaban listos en junio para comenzar a enseñar en el Colegio, después de cursos que se extendieron cuatro meses y que la Coordinación organizó y supervisó.

El Consejo del Colegio aprobó los resultados y ratificó los nombramientos. Los nuevos profesores comenzaron a dar clases en junio.

Pero, los Directores de oposición, se sintieron urgidos por la solución y la nueva paz del Colegio alcanzadas por el Coordinador sin derramamiento de sangre, es un decir, pero en medio de una avalancha de discurso en el que se mezclaban sin perder identidad las voces dispares de las academias; de la Coordinación que nunca renunció a su autoridad, pero desconoció el autoritarismo y se sujetó hasta el escrúpulo a la legislación universitaria; del Comité Directivo, regularmente consultado, del Consejo del Colegio y de la Junta de Directores, al menos de labios para fuera y desde lejos.

La Junta, sin embargo, irritada por el éxito del Coordinador, seguía siendo, los lunes y no tan secretamente, una carga de

explosivos que aumentaba cada semana. El Director de Vallejo, llegado al Colegio, decían, de una dependencia del sistema carcelario, el de Azcapotzalco, el de Oriente, menos agresivo, pero sin llegar nunca a secundar los razonamientos del Coordinador, objetaban todo lo que seguía la ruta de la discusión abierta con las academias, que el Coordinador preconizaba.

Nunca asistí a la Junta, pero Manuel nos comentaba cada martes lo que sucedía, y resentía la aplastante diferencia entre los que se arrogaban el título de universitarios y querían someter a los profesores, y sus actitudes propias, que nunca se situaban fuera del Estatuto General, ni de los valores sin apellido a los que debe atenerse la honradez de cualquier ser humano. Ellos callaban, desinformaban, mentían, calumniaban. El Rector recibía todo el peso de una descarada campaña de falsedades contra el Coordinador guiada por el Secretario de Rectoría.

En mis largos años de Colegio, ante los comportamientos rectoriles, no en todos los casos desde luego, que sancionaban o dejaban correr desinformación y mentiras, me he preguntado si las exigencias de verificación y las pruebas cruciales eran consideradas útiles y necesarias tan solo en el campo de las ciencias y no en el gobierno de la Universidad. Viene alguien y te difama, el Rector no te llama para conocer tu versión, simplemente te anota en su agenda de desconfianzas y te trata con distancia hasta llegar incluso a desconocer los papeles en el desarrollo de actividades de envergadura cuya concepción fue tuya y por la que pagaste los costos que hicieron falta, pero los informes recibidos en Rectoría, sin más análisis las atribuyen a quien las obstaculizó, sencillamente porque eso creen los informantes que el Rector espera, y el supuesto innovador ocupa un lugar superior al tuyo en el organigrama. ¿Y la actitud científica, exigente, crítica, propia de los investigadores de un Instituto? Al parecer, el Colegio no siempre ha merecido que el compromiso con la veracidad se aplique a sus actores.



Pero el éxito del Coordinador y su equipo congregó el resentimiento de quienes nunca estuvieron de acuerdo con los Cursos de Selección, inventados por las academias y ensayados con éxito un año antes con la aprobación del Consejo del Colegio. No era una novedad introducida por el Coordinador, pero haber salido sin rasguños de los complejos mecanismos aplicados molestaba a quienes hubieran deseado que los cursos terminaran encallados en las pretensiones de autonomía de las academias políticas, aunque fueran una exigua minoría, que inesperadamente prefirieron unirse que oponerse y fingieron aceptar las reglas generales.

El camino se abría. El Colegio parecía más plenamente posible. La Secretaría Académica podía comenzar a reunir a los Secretarios corresponsales de los Planteles; la Secretaría a mi cargo, liberada de la carga de la Selección de Profesores, disponía de capital comunitario; Difusión Cultural podía poner en movimiento ideas originales. Tenía en su equipo a uno de los líderes del Consejo Nacional de Huelga del 68, Roberto Escudero. La Iglesia en manos de Lutero, pero no deben haber conocido este dicho, quienes se atemorizaban o entraban en desconcierto.

A principios de julio, los conflictos del Colegio alcanzaron dimensiones sin precedentes. Nos enteramos en una reunión improvisada, al anochecer en el Vips de Miguel Ángel de Quevedo, lugar que por uso podía considerarse parte de Ciudad Universitaria. Una isla a un kilómetro de la costa. Eran cinco profesores de Vallejo que pidieron hablar con el Coordinador fuera de las oficinas. Manuel me avisó y cada quien se fue en su vw.

El café en esos años no era la mala imitación de estos últimos, hace ya tantos. Todos de Historia, una pareja de líderes tradicionales e indiscutibles, acaso exactamente solo indiscutidos, algunos más, a los que se había añadido un profesor emigrado de Naucalpan, pero no de nueva admisión en los grupos políticos de Vallejo, como parte de una estrategia de concentración

de efectivos del grupo político de elite, que luego terminó en Gobernación y en los 80 en el aparato de Información de la UNAM, no todos, desde luego, solo los dirigentes.

La lista de agravios se resumía en el comportamiento contrario a las Academias del Director del Plantel, las imposibles discusiones sobre los problemas locales sin remedio; su huida por la ventana de la Dirección ante la llegada, que interpretó como un acto belicoso, de la academia de Historia en pleno y de improviso; su incapacidad de dirigir un Plantel donde la libertad de cátedra y el intercambio libre de ideas no fueran considerados contrarios a la legislación universitaria.

Sin embargo, el centro de los temas, no discutido sino solo abordados, fue la *decisión de las academias de Vallejo*, aquí uno no podía evitar oírlo en cursivas, de pedir la destitución del Director a más tardar la semana siguiente. Era viernes y desde abril de 73 el sábado fue reconocido parte del fin de semana en la UNAM en general y en el Colegio, aunque tampoco era imposible tener clase ese día, si hacía falta. Por otra parte, “pedir” era un eufemismo y nos dimos cuenta enseguida. Las horas pasadas en la academia de Talleres y, sobre todo, en las discusiones sobre los Cursos de Selección, nos habían enseñado a escuchar dos discursos simultáneos: el de las palabras audibles y el otro, el verdadero, más atendible y silencioso, secreto y transmitido con metáforas, circunlocuciones y frases sin terminar y hasta sin llegar a pronunciarse.

Por de pronto no sabíamos si todas las academias, y en ellas al menos la mayoría de los profesores, habían discutido la medida, obviamente violenta, aunque no amenazaran con golpear al Licenciado, atrevida y arriesgada, porque nadie podía predecir con alguna certidumbre la respuesta del Rector.

Manuel se comportaba con un cuidadoso respeto a la legislación universitaria, incluso cuando era evidente la mala fe de los interlocutores o adversarios. No aprobó las intenciones de

la Academia, pero tampoco las criticó ni intentó discutir las. Ni siquiera dijo que tomaba nota. Yo, menos escrupuloso, me alegré en silencio de librarnos de la cabeza del grupo de tres insumisos entre los Directores. Había visto, además, muestras de su autoritarismo y sobre todo de su infranqueable lejanía de los postulados del Colegio, originados desde su fundación en el Consejo Universitario.

Habíamos entendido, y creímos interpretar bien, que cerrarían la Dirección por la noche, cuando el Licenciado hubiera salido (salir, había tenido lugar por la ventana, me repito, para evitar recibir a la Academia de Historia y otra vez más incierta, ante un ataque de porros) y no dejarlo entrar al Plantel al día siguiente, a eso de las 10 probablemente, sin contar, y en este punto eran poco previsores, con que a esas horas, durante la primera noche o, peor aún a lo largo de un fin de semana, los informantes de Rectoría ya habrían confirmado la clausura y los preparativos del levantamiento y la Secretaría de Rectoría presentado al Rector Soberón sus consideraciones falsamente indignadas y propuestas abiertas de represión. Era probable también que al Secretario se le ocurriera, lo había hecho en plena paz y sin indicios siquiera de acción violenta alguna de las academias, y se imaginara mandar a un grupo de profesores golpeadores, jubilados o en activo en el Colegio, miembros del Comité de Lucha de Derecho, por ejemplo, para abrir la Dirección y dejar entrar, como si nada, al Director recién y pasajeramente depuesto de hecho. Luego se tomarían medidas, rescisiones al menos, contra los principales líderes de la asonada. Por supuesto, el culpable final sería el Coordinador, por facilitar un atentado contra la autoridad, sobre todo y en seguida contra la legislación universitaria.

Tres días después, el Director de Vallejo fue obligado a abandonar sus oficinas por la mañana, sin violencia física, pero con una innegable presión de la multitud de profesores que se

apostaron ante la Dirección. No escapó, salió por la puerta de la Dirección, se encaminó al estacionamiento y salió a la Calzada de los Cien Metros y, digamos, hacia su destino.

Pero no hubo grupos de choque, sino a lo más teléfonos ocupados sin interrupción para enviar a Rectoría la crónica en vivo y la lista de protagonistas que se distinguían de la masa, más bien desconcertada, por la claridad con que podían comprender, en términos de lucha de clases, lo que los líderes estaban provocando.

Imagino que el Rector consultó con el Comité Directivo del Colegio y los Doctores Guerra y Flores Olea no concordaron con la gestación o el incremento de una violencia acaso más tarde incontrolable. Decidieron esperar y el Rector telefoneó a Manuel, pero no lo recibió. Hablaron largo, imagino que le pidió que resolviera el problema de inmediato, en la perspectiva de dar por anulado el desconocimiento comunitario del Director. No sé qué haya prometido Manuel, ni le pregunté, porque seguí creyendo que nadie podría disuadir a los activistas de Historia que imaginaban un 68 triunfante ahora en 73 y en el Colegio.

Pero esa parte del Colegio había ido varios pasos demasiado lejos: desconoció una autoridad nombrada por el Rector; la presión para apresurar la salida no podía considerarse inocente de violencia, aunque no hubiera golpes; tocaba al Coordinador restablecer en sus funciones a un Director expulsado, obligación de cumplimiento improbable y políticamente costoso, en cuya perspectiva había que situar la salida por la puerta, intencionalmente preferida y haber evitado escapar por la ventana.

La batalla dura tuvo lugar en las montañas de las Direcciones del Comité y el Coordinador. Pero Manuel no aceptó tomar medidas represivas, aunque se declaraba contrario a la expulsión del Director de Vallejo por violatoria del derecho universitario. Aceptaron, sin crérselo ni por un momento, porque Manuel se estaba echando la soga al cuello. Iba a resolver el choque con

palabras, razonando, incluso cuando las academias de Vallejo mayoritariamente —no quiere decir que todos los profesores estaban dispuestos a participar, simplemente significa que no se habían manifestado abiertamente en contra—, habían tomado acuerdos formales de asamblea y recurrirían al salvoconducto de estar obligadas a mantener las decisiones colectivas.

Por su parte, el Secretario de Rectoría, de quien el Director expulsado era aliado y seguro ejecutor de acciones contra el Coordinador, envió nuevas divisiones al frente: el Rector debería exigir al Coordinador el inmediato remedio del atropello; la imagen de las comunidades del Colegio, sin ley ni orden; las Academias, que usurpaban el derecho de la autoridad para contratar nuevos profesores; las conspiraciones de egresados del 68 que pretendían repetir la insurrección de aquel año y dañar el prestigio de la UNAM; las alianzas improbables en principio, pero extrañamente selladas entre grupos de izquierda locales, antiguos militantes del 68 en París, católicos rebeldes que el Ingeniero Bernal introdujo en el Colegio y Pérez Rocha designó funcionarios de su equipo; comunidades indiferentes ante la estructura jurídica de la Universidad.

El Rector, puedo imaginarlo, creyó apenas, y si acaso, la mitad de las acusaciones, excusó en su fuero interno dos o tres de las acciones que el Secretario exageraba, pero no lo contradijo. El Secretario percibió la duda y sin más amplió sus difamaciones ante todo el Comité Directivo, los Directores de las Facultades madres, preocupados, acaso no en su fuero interno, sí inevitablemente por principio: no podía permitirse que el Colegio arrastrara a la UNAM entera a un desconocimiento creciente de sus autoridades. Ninguna Facultad ni Escuela Superior había acusado ni la menor consonancia con los atrevimientos de Vallejo, pero la intangibilidad de Shangri-la debía preservarse actuando para anticiparse al surgimiento en el horizonte de la llanura de otras hordas de mongoles jinetes de las estepas.

Corrió una semana y Vallejo seguía trabajando sin Director. A mediados de julio, los expertos políticos y sabios en Universidad, pergeñaron una estrategia que consideraba tanto al Coordinador y su Colegio revoltoso como la defensa de la autoridad universitaria. Había que crear una instancia intermedia entre los nuevos e incrustados extraños en la Universidad y no el Rector, que no podía entrar en los dispositivos de un conflicto enredoso y finalmente de bajo perfil, ni quedar al alcance de las demandas de las Academias, sino una entidad flotante, bajo la responsabilidad al menos nominal del Secretario General.

Así, el Rector inventó un nuevo cargo, tenía derecho, aunque no fuera legalmente de la más fina elegancia: nombró un Ayudante del Secretario General para los Asuntos del Colegio. Manuel debía tratar con él los problemas, que Rectoría consideraba agudos y de solución urgente y decidida, y no ya con el Rector personalmente, contra los acuerdos de febrero en Essex.

Este mediador se ocuparía de apoyar al Coordinador a calmar la insurrección, a dar cauce a las demandas, a multiplicar las actividades académicas para encauzar las fuerzas de la comunidad hacia el avance del proyecto del Colegio. Finalmente sería un funcionario designados por el Rector, sin tocar las figuras de los Directores de los Planteles.

Parecía una solución racional y completa: garantizaba el desarrollo del Colegio en sus dimensiones académicas y lo devolvía, dejando atrás su período de adolescencia política, al cumplimiento del destino que delineó el Consejo Universitario en el acto de su fundación.

Para facilitar el trago de sapos y tarántulas, el Ayudante sería un amigo personal cercanísimo de Manuel, Don Henrique, quien, para colmar la medida del sarcasmo, había cenado en su casa, quizá ignorando la inminencia de su designación, dos noches antes. Interrumpo, dejaré que Manuel lo cuente más abajo, como hace 51 años. De cualquier manera, ni el Rector ni

el nuevo Ayudante contaban con la firmeza de las convicciones de Manuel.

Deben haber dormido mejor los miembros del Comité Directivo, porque Henrique González Casanova se haría cargo de esta misión y su habilidad, flexibilidad y firmeza —no hay contradicción, pero hay que saber conjugar los extremos— eran universalmente reconocidas. Y auténticas, pero esa vez no fueron suficientes.

“UIP/CCH0873

Doctor:

Me permito enviarle el informe de la asamblea general de profesores del Plantel Azcapotzalco, del jueves pasado. Fue una asamblea a la que asistieron los profesores de los turnos matutinos que se quedaron después de sus clases y los de los vespertinos, que no dieron clases en el tercer turno. El Director no intervino para evitar la interpretación de que aprobaba esta falta colectiva a las clases. Los alumnos del tercer turno se fueron retirando o se pusieron a jugar tochito en uno de los terrenos vacíos del Plantel. Pero en mi humilde opinión el Ingeniero pierde autoridad, al dejar que los profesores dejen sus clases sin ningún aviso, ni menos permiso. Porque el que calla, otorga.

La asamblea fue presidida por los coordinadores de las cuatro áreas, pero el Ingeniero Químico López Tapia, coordinador del Área de Experimentales, encabezó al grupo y mantuvo el mínimo orden necesario para el desarrollo de las intervenciones. En el CCH todos hablan, aunque repitan lo que ya se haya dicho hasta la saciedad. Pero respetan el turno de palabra.

Como usted sabe, el Secretario General del Plantel, que estuvo antes en la Escuela Nacional Preparatoria y tiene la mentalidad adecuada para esa institución, pero parece extraño a los comportamientos generales del Colegio, invitó a un grupo de



profesores afines a sus ideas, para trabajar de profesores en Azcapotzalco, en Matemáticas e Historia, sin haber pasado por el procedimiento que las academias defienden desde 1972, aunque la legislación universitaria ni diga nada al respecto. Según esto, los aspirantes deben tomar un curso y aprobar dos exámenes, uno de conocimientos de las materias que desean impartir, y otro práctico de capacidad para dar clases, según lo que llaman “las ideas del Colegio”, que no es otra cosa sino las ideas de las academias. Lo malo de este proceso, que las autoridades se han visto obligadas a aceptar y dar por válido, porque al fin de cuentas la Universidad organizó los cursos de 1971 y terminó por validar los de 1972, y los de 1973 en la Coordinación del Ingeniero Pérez Rocha, que tanto mal hizo al Colegio, al abrir tanto campo de intervención a las llamadas academias, es que los profesores por su cuenta han organizado los cursos y los imparten, lo que se presta a que el Colegio se vaya llenando de profesores de izquierda, muchos de los cuales participaron en el movimiento del 68, aunque ninguno destacó.

Cuando la comunidad se enteró de que había profesores que no tomaron el curso, las dos etapas, por cierto, y estaban atendiendo grupos, se creó un ambiente de enojo que se dirigió contra el Director del Plantel. El Director esquivó el golpe declarando que no sabía lo que sucedía en el caso de estos nuevos profesores. A su servidor no le toca determinar si el Licenciado Secretario General, avisó o no de la entrada de los profesores que le servirían de cabeza de playa en Azcapotzalco, pero los hechos fueron los que digo. Creo que el Maestro Enrique González Casanova no sabía nada, me imagino que ni le preguntaron.

Las cuatro Áreas exigieron una asamblea general de profesores que el Director no pudo negar, aunque prohibirla no hubiera servido de nada, de cualquier manera, los profesores la harían, autorizada o no. En la reunión, las intervenciones fueron violentas y coincidentes en que la comunidad no podía aceptar

profesores que no hubieran hecho el examen de ingreso, como lo hicieron desde 71 todos los que trabajan en el CCH. Además, ha habido ya dos años acuerdos con las autoridades centrales, con el Ingeniero Bernal y con los señores Directores de las Facultades Madres, las fundadoras del Colegio, sobre la validez de los cursos, aplicando un esquema elaborado en Talleres de Naucalpan. Ya puede imaginarse cómo y seguramente con la complicidad del Doctor Renero, por lo menos con su silencio.

Hubo también intervenciones que acusaron al Director de estar sirviendo al plan priista de apoderarse del Colegio y de patrocinar a los porros, que desde los primeros días de 71 se presentaron en los tres Planteles. Algunas acciones del Secretario General del Colegio en 1972, como la convocatoria a los Jefes de Área, que los profesores apodan “coordinadores”, para formar una asociación que tuvo un éxito cuando mucho mediano, porque todos los coordinadores de Naucalpan, menos los dos de Historia, se negaron e inscribirse en la Asociación de profesores de Carrera que iba a ser certificada por notario, acompañados de dos de Azcapotzalco, que por cierto renunciaron poco después para volver a la Facultad de Filosofía y Letras, y algún ausente de los demás Planteles. Acciones como esta son interpretadas por las academias del Colegio como ataques a su autonomía y arrastran con ellos a muchos profesores académicos, porque “las bases” de profesores las consideran prácticamente declaraciones de guerra.

Los extremistas, y casi todos los profesores, demandaban la inmediata expulsión del Plantel de los profesores nuevos sin examen y otros exigían también cuentas y destitución del Secretario General. Entre los más radicales destacó Mercado, que sabemos trabaja en la SEP y en el Colegio también como informador encubierto bajo un lenguaje de izquierda al servicio también de la propia Secretaría a su cargo, tengo entendido, aunque no hemos establecido contacto, siguiendo la regla de

que los encubiertos son “desconocidos” incluso entre si. Espero orientación para manejar debidamente este asunto.

Finalmente, la votación inclinó la decisión a una propuesta del presidente que incluía a) Hablar con los nuevos profesores e invitarlos a regularizar su situación acreditando los exámenes que deben; b) En caso de negarse, exigir de la Dirección del Plantel que tome las medidas apropiadas, el cese inmediato, se entiende y así se dijo después de “apropiadas”.

*Quedo a sus órdenes, por si requiere más información”.*

**“UIP/CCH201074**

*Jefe:*

*Lo informo de la asamblea general de profesores del Plantel Naucalpan, del viernes de la semana pasada.*

A la asamblea, convocada por la Dirección del Plantel, como ya ha sucedido al menos dos veces en esta administración, asistió la mayoría de los profesores, todos los coordinadores de área y Secretarios de la Dirección. El Director Renero estuvo presente las cuatro horas de discusiones, pero la Asamblea fue presidida, sin ninguna objeción de los profesores, por el Secretario Académico, José Bazán. La Asamblea comenzó a las 11 y terminó a eso de las 3 de la tarde, en la Sala de Usos Múltiples, totalmente llena.

El problema que la Asamblea discutió fue la admisión como profesores de dos personas que los Coordinadores de Historia invitaron a dar clase, sin haber tomado ni aprobado el curso de ingreso, con sus tres fases, que por cierto fueron inicialmente propuestas por Talleres de Naucalpan.

Según informaron los profesores del Área de Historia, los coordinadores de los turnos matutinos y vespertinos invitaron a los profesores, porque son sus amigos y tenían grupos sin profesor desde el inicio del semestre. Es el único caso en Naucalpan y por eso llama más la atención.

Al parecer nadie hizo campaña para atacar a la Dirección, que el Plantel sabe ajena a la falta contra el reglamento si no oficial, sí pactado de hecho varias veces, aunque nunca formalmente, entre las autoridades centrales y las academias.

A diferencia de lo que pasó el año anterior en Azcapotzalco, donde admitieron a dar clase sin examen a varios profesores de Matemáticas, aquí se trató más bien de un acto de nepotismo o amiguismo, pero la comunidad reprueba este comportamiento, porque quiere mantener y creer en los acuerdos que ha logrado con las autoridades. El Director y sus funcionarios aprueban esta actitud y se comportan en consecuencia.

Lo malo de la asamblea es que alguien propuso que, si la Dirección no actuaba, creo que fue Jorge M., quien da Matemáticas, aunque es Ingeniero Químico, la comunidad debía tomar las instalaciones. La discusión subió de tono, se alargó sin acuerdo final, porque los profesores de Ciencias Experimentales eran la base de una mayoría amplia y, además de discutir, terminaron por proponer que la Dirección asumiera sus responsabilidades, sin amenaza.

El Director aceptó, pero aclaró que tomaría una decisión propia, después de oír las razones que la Asamblea había expuesto, que llamaría a los acusados para escuchar sus razones y que necesitaba un par de días para hacer una propuesta correcta, justa y libre de presiones. De otro modo no estaría ejerciendo sus responsabilidades, sino simplemente sometiéndose a decisiones ajenas, aunque fueran de profesores colegas y amigos, como son, dijo, los profesores de Naucalpan. La Asamblea aceptó sin manos alzadas en contra.

Creo que el Doctor Renero sabe moverse con los profesores y buscar soluciones que tomen en cuenta puntos de vista al principio inconciliables. También dio muestras de respetar la normatividad universitaria.

En dos días le informaré del cumplimiento del compromiso, aunque por la Coordinación General del Colegio seguramente

usted se enterará antes que yo del desenlace, porque cesar a dos Coordinadores, funcionarios universitarios, debe ser consultado con el Coordinador del Colegio y este informará al Rector”.

**N**i María de Ibarrola ni yo conocíamos los detalles de las enrevesadas maniobras que entretejían los poderes enfrentados, y por mala suerte formalmente institucionales, no universitarios, pero sobre todo reales, ni podíamos trazar el perfil exacto del orden de batalla de Directores y funcionarios de Rectoría. Ahora se tramaba un paso más contra quienes habíamos llevado al Colegio a la orilla de un año escolar, todos los grupos de todas las materias estaban cubiertos, que podría ser el comienzo de una era de crecimiento, ahora sí, más bien apaciguado y predominantemente académico.

El 14 de julio al anoecer Manuel tan sereno como cualquier otra tarde de esos meses de combates y perturbación, me invitó a desayunar a La Veiga, otro de los lugares entonces mucho más cercanos a CU que ahora en el 25. No son kilómetros, son coches. Nos vimos a las 8. Uno podía llegar puntualmente, sin esfuerzo ni cálculo, atravesando la entonces transitible Ciudad. Desayunamos hablando de los Planteles, de lo que había que continuar promoviendo en el Colegio, del rechazo de los profesores al Director de Vallejo, sobre todo los de Historia. Yo ignoraba, por ejemplo, qué pensaba René, mi colega del Curso de Taller de Lectura de Vallejo, o si había hecho algo, aunque fuera asistir a alguna asamblea, el repudio, pues, del Plantel al ya antiguo funcionario, cuya vuelta era improbable.

Tras el desayuno, Manuel me propuso caminar un rato y seguir la conversación. Dimos dos vueltas por Insurgentes, Empresa, Vizcaya, a espaldas de La Veiga, la calle de su estacionamiento (ya nada existe), Carracci hasta la esquina de Insurgentes de nuevo. ¿Y París-Londres, qué se hizo de la tienda de entonces? Manuel comenzó con un recuento de información sobre los manejos sucios y las intrigas del Secretario de Rectoría, recordamos la provocación a la violencia entre profesores montada en Oriente y la rebeldía pasiva e hipócrita de los tres directores ajenos al proyecto atrevido del Colegio y tal cual aprobado por el Consejo Universitario de 1971.

—El Rector rompió su palabra. De verdad lamento que Soberón lo haya hecho, no por mí, yo andaba ocupado en Inglaterra, mucha niebla y campos nevados, en otra cosa, estudiando problemas educativos, me apasiona, y ahora me voy. El dilema para mí es que el Rector, muy astutamente, nombró Ayudante a Henrique González Casanova. Fui su Secretario en Nuevos Métodos. Hemos tenido una amistad larga, de años. De hecho, hace dos días estuvo cenando, acompañado de su esposa, en mi casa. Pero no comprendo que el propio Henrique haya aceptado el encargo del Rector. No me acaba de entrar en la cabeza cómo. Con esto se rompe la condición que puse a Soberón, cuando me llamó a Inglaterra. Aceptó que el Coordinador tuviera acceso personal directo al Rector para tratar los asuntos del Colegio, sin pasar por el Secretario General, como deben hacerlo los Directores de Escuelas y Facultades. Con esto traté de asegurar al Colegio una posición de primer plano en la UNAM, porque habría un Coordinador de Humanidades, uno de Ciencias y el Coordinador del Colegio de Ciencias y Humanidades, sólo tres. El Colegio tuvo estos meses al Coordinador en el plano siguiente al Secretario General, pero con autoridad propia. Como los grandes. Ahora el Rector ni siquiera me cumple el acuerdo anterior, sino introduce un intermediario, que no está previsto

en el Estatuto General, ni en ningún acuerdo del Consejo Universitario, entre el Secretario General, ni siquiera el Rector, y el Coordinador del Colegio. No puedo aceptarlo”.

—Sin olvidar el incumplimiento del Rector, que sea don Enrique me parece una buena salida para el Colegio, por las ayudas que nos ha ofrecido en la Comisión de Nuevos Métodos de Enseñanza. Pero coincidido contigo en que te ves enfrentado a una situación insostenible. La palabra dada debe cumplirse. Estoy de tu lado. Si tu decisión es renunciar, la comparto sin más discusión. Me nombraste, trabajamos juntos, no puedo quedarme, si tú renuncias en las circunstancias en que todo este retroceso tiene lugar. Yo me vuelvo a Naucalpan”.

Sin nuevas consideraciones, afinamos la decisión de renunciar esa misma mañana. Yo escribí en mi máquina una carta breve y respetuosa al Rector y le solicité volver a mi plaza de Profesor de Carrera en Naucalpan. El Rector me respondió personalmente, con una cortesía universitaria que algunos de los Rectores posteriores nunca aprendieron. En la UNAM no se puede pasar sin más de los asuntos privados, aunque seas un profesional distinguido, a relaciones formales con las autoridades, pero siempre se sabe uno merecedor de respuesta a los mensajes, de observaciones a los documentos solicitados por aquellas, de cumplimiento de las citas.

Don Enrique, que se hizo cargo como *Representante del Secretario General para los Asuntos del Colegio de Ciencias y Humanidades*, me ofreció seguir en la Coordinación (vacante), ahora con él. Trabajo había, varias centenas de profesores de las materias de 5° y 6° semestres recién llegados y un forcejeo entre las academias (de cuyo lado la Coordinación de Manuel, y yo en ella, se situaba) y los Directores del Consejo del Colegio. No acepté, había sido nombrado por el Coordinador y ya había renunciado con él. Quedarme me pareció un acto de mero interés personal.



El responsable de la comunicación del equipo de Manuel me despidió con la frase: “Bueno, ocúpate de las bases, que yo me ocuparé de las jerarquías”. Nos reímos.

Sin embargo, además de los contactos prácticos, que siguieron siendo eficaces y cordiales, Don Henrique se ocupó de terminar mi educación de universitario transmitiéndome una actitud, un saber hacer para conciliar la diversidad inevitable y rica de las comunidades con las normas universitarias y sobre todo con los valores que generaciones de profesores habían ido acumulando y que nos obligaban a repensarlos para enriquecerse y corresponder victoriosamente a las condiciones de cada conflicto. Mirando con un rasgo de decepción a muchos funcionarios de la UNAM 25, verifico que la cortesía y la atención cuidadosa al estilo clásico de la Universidad se ha ido desmoronando, como una vieja casa de cuyo mantenimiento los responsables no se han ocupado. Pero terminará por aparecer un heredero auténtico.

Íñigo, no te estoy induciendo a que me imites. Por algo nunca olvido la lucidez de tu mirada recién adulta y tu respuesta rápida. Pero tú no olvides mantener tus valores, pensar, cuando la aventura te dé tiempo, y si no te lo regala, si es una obligación que no cumple, la muy tramposa, en los grandes nudos de tu acción, arrebátaselo, para elegir al menos el sesgo de tus arremetidas, si te encuentras entre la lucha desventajosa y la muerte por rendición, Íñigo.

Hace poco menos de 10 años el Rector Soberón publicó *El médico, el rector*, un amplio recuento de sus dos periodos al frente de la Universidad. En las páginas 261 y 262 alude a mi comportamiento en el marco de la evolución del Colegio hacia su plena inserción universitaria en los hechos reconocidos, aunque en realidad nunca derivamos hacia las cunetas exteriores a la legislación de la Universidad.

“Las presiones sobre el ingeniero Bernal Sahagún se intensificaron y tuvo que renunciar. En aquel tiempo la designación del

coordinador del CCH correspondía al rector. Le pedí a Henrique González Casanova que aceptara ser nombrado coordinador, pero rehusó argumentando que sería riesgoso designar un coordinador de inmediato y que convenía establecer condiciones de viabilidad para quien fuera designado. Así, el título que él mismo se buscó fue el de “asistente del secretario general para los asuntos concernientes al Colegio de Ciencias y Humanidades”, y así se firmaba...”.

“...José de Jesús Bazán Levy es un buen ejemplo del cambio que se logró, pues en un principio era tremendo. Hizo estudios teológicos y se volvió muy combativo. Se institucionalizó y resultó positivo como pocos para el Colegio de Ciencias y Humanidades”.

Otra mirada, los mismos hechos. Resulto un converso. Pero en realidad nunca fui hereje. Amé al Colegio en la Universidad y en esta acepté el enorme bien de la libertad de pensar e imaginar mejores soluciones y no repetir cansinamente frases vacías. El Rector mismo me apoyó: pude volver a Naucalpan, acabo de reseñarlo, con mi nombramiento de carrera. En mi supuesta conversión ha contado también siempre mi gratitud.

Pero no es mi autobiografía. Soy un narrador intradieético, tan solo una mirada que habla, entre muchas que pueden escucharse.

—**P**asen. Hola, están en su casa. Habían tocado la puerta del departamento de Villa Coapa, Fortín 32, y no esperábamos visitas, era una primera tarde libre, apenas un día después de haber renunciado a la Secretaría Docente de la Coordinación del Colegio. Isabel, 10 días, tenía un problema de corazón, la consabida inmadurez que conecta disfuncionalmente ventrículos y aurículas y mezcla sangres oxigenadas y otras de reúso. Su fragilidad había invadido la porción central de mis angustias. Encontrar de pronto a 15 profesores de Talleres de Naucalpan en el rellano del segundo piso me pareció estar comenzando una reunión de academia, de cuyos rituales no me había olvidado. Se acomodaron como se pudo entre sillones y sillas del comedor.

—Sabemos que renunciaste a la Secretaría de la Coordinación y que también el Coordinador presentó su renuncia —comenzó Jesús, sin duda orador designado—. Nos ha preocupado, porque sabemos que te quedas sin un solo grupo. Los que venimos a verte, hay otros tres que no pudieron venir, cada uno está dispuesto a cederte un grupo para que tengas un horario completo.

Nadie tuvo nada que agregar. Había dicho lo esencial con las palabras adecuadas y solo quedaba mi estupor y una gratitud admirada de la generosa delicadeza con que mis compañeros se hacían cargo de mi futuro. Pero no era necesario su sacrificio.

—No sé cuánto se han divulgado las verdaderas razones de la renuncia de Manuel. La mía es una consecuencia inevitable, me invitó él, si deja el cargo, yo dejo al mismo tiempo el mío. El Secretario de Rectoría, lo conocen de nombre al menos, ha sido uno de los autores de la agresión al Colegio y al Coordinador. No ha dejado de entrometerse en los Planteles ni de provocar incidentes. El Rector no pidió la renuncia de Manuel, pero cambió el mecanismo pactado de comunicación inmediata con el Coordinador y estableció dos intermediarios, con los cuales Manuel debería resolver los problemas del Colegio, el Secretario General y, antes de llegar a su presencia, un Ayudante del propio Secretario para atender los asuntos del Colegio. Se trata de una forma de degradar al Coordinador del CCH y Manuel no quiso aceptarla. Está en juego la condición universitaria del Colegio: hay un Coordinador de la Investigación Científica, otro de Humanidades y un tercero, al mismo nivel, del Colegio de Ciencias y Humanidades. Es el reconocimiento que había logrado Manuel para el Colegio y no podía despojarlo de su jerarquía en la UNAM. Lo hablamos y estuvimos de acuerdo en que lo digno era renunciar. Lo hicimos ayer. Pero no se preocupen por mí, vuelvo a Naucalpan con una plaza de Asociado B que me ha dado el Rector personalmente. Sepan que nunca olvidaré su gesto, su amistad, su cercanía. Cuentan conmigo para todo lo que lleve el CCH hacia adelante”.

La plática siguió todavía grave, pero la tensión se había disipado. El café debe haber ayudado a cambiar de tema y de ambiente. Alicia escuchaba sin intervenir.

Pero también ahora, en 2025 no solo recuerdo, sino me conmueve y agradezco. Algunos han muerto, más seguramente que los que ese día éramos capaces de imaginar. Jesús en la Aguascalientes donde nació, José Luis en un choque de su vw Sedán azul saliendo de Colima, en la y griega entre las carreteras de Manzanillo y Jiquilpan, y Cris, en otro choque tristísimo cerca

de Acapulco, Jorge, no sé de qué ni recuerdo cuándo, hace tanto, otros que desaparecieron de la larga continuidad del Colegio. Les sigo agradecido.

**M**anuel pagaba la cuenta de la reunión en el Sajonia, una tarde, pongamos el 20 de Julio, si no fue sábado o domingo, 1973. No era ya responsable por oficio, porque desde unos días antes había dejado de ser Coordinador del Colegio y la nota no podría ser cargada a los gastos de la función que ya no desempeñaba. Ni siquiera estoy seguro de que alguna vez haya cargado al Colegio los gastos de algún desayuno de trabajo en La Veiga o en la cafetería de Sanborns San Ángel, en alguna de las mesas del patio cubierto, nunca en las de los corredores. Tampoco los comensales de aquella tarde de julio eran representantes de los profesores, a no ser por alguna forma dudosa de liderazgo por autodesignación (“La academia soy yo”), sin que tuviera necesariamente que ver con hechos, sino con ambiciones o encomiendas de otras esferas de poder que siempre cabildearon oscuramente por algún interés ajeno al Colegio, al fin de cuentas poblado por hasta más de 1,800 profesores y nunca menos de 50 mil alumnos y unos 80 mil, pronto, en 1974. De cualquier manera, todos eran o se calificaban al menos de muy democráticos.

Habíamos explicado las razones de la renuncia. Al término de las aclaraciones desesperanzadas que siguieron, González propuso sacarnos de la manga un movimiento encabezado por Manuel para destituir al Rector. Lo que ahí calificué de irres-

ponsable, comprendí años más tarde que se estaba tratando de cumplimiento de mandatos gubernamentales. “Aceléralos para que descarrilen”.

—Pensamos, dijo, las academias del Colegio —hazme el favor, *las academias*— que Soberón es autoritario y que la UNAM no debe soportarlo. Tú te has ganado fama merecida de democrático, es raro en una autoridad. Queremos que encabeces el movimiento. Comenzaremos con un mitin para protestar por tu destitución. Estamos buscando una alianza con los Talleres democráticos de Arquitectura. El Comité de Lucha de Derecho también participará. Hay descontento en la UNAM. Es la oportunidad de aprovecharlo.

Cada quien se ocupó de su café y de su *strudel*, suficientemente alemán, lástima que el Sajonia no sobrevivió mucho más.

Como era clarísimo para mí, Manuel no aceptó ni siquiera plantear, menos aún discutir el ofrecimiento. Estaba convencido del deber de respeto a las instituciones de la UNAM y a esos valores apostó siempre su trabajo en el Colegio y en la Universidad. Aunque los adversarios ni de lejos se ocuparan de tales minucias ajenas a la política desnuda.

Pero alguien en un piso sin sol, aunque fuera el séptimo o el octavo de la Torre, nunca supe, quería terminar con “el movimiento” de defensa del exCoordinador, proyecto que nunca existió. O lo hizo abortar Manuel aquella tarde. Los emisarios de la mano que intentaba mecer la cuna cambiaron de inmediato de táctica y propusieron un mitin de los cinco Planteles en la explanada de Rectoría. No supe quién lo organizó, pero de pronto ya había oradores designados, para suplir quien sabe a quién en el orden al bat. Las arengas fueron desganadas y sin propósito. Su desvarío no debe haber sido sino la consigna de dar una salida al despecho de la comunidad, por medio de una participación alaraquenta e inofensiva, que diera por cumplido el deber de protestar sin propósito práctico alguno.

La idea de armar a Manuel Robin Hood del Colegio, o Batman de la noche en que vagábamos, tenía el mismo propósito, pero además se ilusionaba con acabar con la figura prestigiada del exCoordinador haciéndolo representar el papel de un ambicioso vengativo. Manuel, no sé si además hizo un análisis semejante al que imagino, se había negado terminantemente y sin discusión, simplemente porque la propuesta violentaba el respeto al Rector y los valores universitarios.

Poco después, para su alegría, el Director de Investigaciones Económicas lo invitaría a ocupar legítimamente —Manuel, ingeniero egresado de la Ibero, era un especialista en problemas educativos—, una plaza de investigador en su instituto, para ocuparse de economía de la educación.

De alguno de los que organizaron la reunión del Sajonia, supe más tarde que se había marchado provisionalmente a Sinaloa en fechas que coincidieron con el inicio y el término de un periodo de gobernador, luego trabajó en otras instituciones gubernamentales. No todos los demócratas del Colegio lo fueron efectivamente, aunque siempre seguramente colaboradores federales.



Los profesores de alguna de las llamadas izquierdas del Colegio, esta vez anónimas, pero sin duda conectadas con poderes de ejercicio encapuchado, organizaron la manifestación de protesta por la renuncia de Manuel en la explanada de Rectoría, que pretendían fuera general, de todo el Colegio y, decían, el arranque de una lucha para hacer caer al Rector, acusado de autoritario. Deben haberse reunido unos 2,000 coincidentes únicamente en la presencia, y ni de lejos en los propósitos, los que hayan sido: profesores, quedemos en 600, y alumnos del Sur principalmente, un buen millar, perdidos todos en un ceremonial que no intentaban comprender. Tampoco muchos de nosotros todavía. Y lo que reste, trabajadores politizados y observadores con cuaderno de notas o grabadoras.

No me invitaron a tomar la palabra, de modo que estuve presente en la multitud, oyendo comentarios y saludando a conocidos y amigos. Hablaron, por ignorado designio, un profesor de Matemáticas del Sur, otro de Oriente, pero ciertamente no Ricardo Bravo ni Pancho González. La secta organizadora corría por carriles ajenos al Colegio. Enumera los oradores y te diré quién organiza.

Yo estuve junto a la profesora Litvas de Ciencias Políticas de Naucalpan, preguntándome si su apellido era checo, pero no, ahora lo veo, más probablemente por la terminación, lituano.

Lo imaginaba, además, seguramente judío, pero esta actividad genealógica me interesó más que los discursos huecos y los llamados a no hacer nada concreto. Ella, en cambio se mantuvo atenta. En realidad, tampoco puedo decir a qué, la conocí apenas, quizá estaba pensando en anhelos persistentes y sin forma, indescifrables.

Me sentí de nuevo en el seno de la horda del Colegio, aunque me daba cuenta de que se trataba de un mitin ajeno clandestinamente organizado, lo más grande que se pudiera, a fin de cuentas, para ventaja del sector enemigo del Colegio, para desahogar la ira y el desengaño de muchos, ya en el declive predecible hacia el olvido, cosecha de la despedida del Coordinador. Nos quedábamos con un dirigente oficial y válido, pero por de pronto sin el carisma de Manuel, mientras no se demostrara lo contrario, a la espera, sin perspectivas descifrables, de otra alternativa de gobierno. Hacía falta el mitin para reducir el material explosivo y lo deshicieron bien. El hecho contundente es que el punto de partida, supuestamente de la insurgencia, no tenía en el Colegio ni siquiera una remota percepción de la posibilidad, mucho menos voluntad y preparativos.

El mitin fue un *deus ex machina*, bajado con poleas de la Torre, con participación del mismo profesor que propuso a Manuel levantarse en armas contra el Rector en el Sajonia y seguramente designó oradores, fijó temas, sonsos en realidad y sobre todo sin consignas de acción clara, y nos vio la cara a los que asistimos.

La mañana estaba soleada, era verano y se preparaban los nublados gris oscuro y las lluvias de la tarde, de modo que el calor no era extremo.

Con el mitin, a pesar del número, quizá el más alto de una manifestación semejante hasta entonces en el Colegio en pie de lucha, terminaba la etapa de Manuel, sin propuesta alguna para seguir adelante con el proyecto del Colegio, por esta característica

de cierre sin mañana, buscada seguramente por el secretario de Rectoría, y por la ausencia de perspectivas para una acción que empujara el Colegio no contra Rectoría, que no hubiera atraído falanges abundantes de cecehacheros y a la que muchos nos opondríamos, por percibirla oscuramente como una orientación sin futuro, sino para mantener al Colegio apenas de pie. El mitin terminó por parecerme, ya entonces, inútil, vacío y cargado de intenciones inconfesables, sobre todo la de aplacar y dispersar.

Que vomiten su ira, que alivien su amargura y recomencemos de nuevo tras esta etapa más bien desdichada, que se nos escapó de las manos, que el río del Colegio vuelva a su cauce, deben haber pensado los influyentes de la Torre. Nosotros no pensábamos nada, deshojados y reducidos a pequeños núcleos de academias, aunque haber despedido a tres directores era el resultado de maniobras locales apoyadas en el cansancio de las comunidades ante gobernantes sin programa y sin comprensión de los proyectos válidos de los profesores de construir el proyecto del Colegio.

Pocos meses después y por primera vez, los nuevos Directores de Vallejo y Azcapotzalco eran profesores del Colegio, llegados a los Planteles seleccionados en los cursos que habíamos seguido y promovido. Comenzó una transición hacia una etapa desconocida, cuyos perfiles ni siquiera adivinábamos. En Azcapotzalco en realidad no había Director, sino un Secretario General encargado de la Dirección, porque contaba apenas con 28 años. A la comunidad nunca le importaron estos detalles.

En Naucalpan el Director Renero me asignó mi primer cubículo personal, en el edificio Q. Me llevé mi máquina de escribir enorme y pesada y conocí una soledad extraña, porque mis amigos estaban en clase y yo no tenía a mi cargo ni un solo grupo. Era más de medio semestre y no había grupos libres.

Se me ocurrió entonces crear un periódico, *Noticias del Colegio*, en principio quincenal, con notas como las que enviaban entonces las agencias: cuatro líneas, digamos encabezados

de notas, lo esencial dicho de prisa, sin comentarios, con lugares y tiempos abreviados: NC, 12.09.73. Inventé correspondientes, uno en cada Plantel: Bravo en Oriente, “el Güero” Salvador Chapa en Azcapotzalco, Javier Palencia en el Sur y René Nájera en Vallejo. Yo cubría Naucalpan y armaba el número. Las notas me llegaban por teléfono, las redactaba con un mínimo incremento discursivo, para pasar del telegrama al enunciado completo, al encabezado periodístico, sin detalle y con exclusión de cualquier retórica. Total, reunía unas 30 notas y publicaba el número en la imprenta de Naucalpan, con el consentimiento del Director, en hojas tamaño oficio por los dos lados.

Tuve que ir a Azcapotzalco, era un septiembre en México ordinario, sin anuncios de tragedia en el cielo, a recoger las notas de Salvador Chapa. Lo encontré en la explanada de la Biblioteca y de Usos Múltiples, aunque mi recuerdo real me ofrece una jardinera estrecha entre dos edificios al que no sabría situar hoy, más viejo, en el Plantel real que luego recorrí muchas veces. Pero lo importante no es el plano de Azcapotzalco, sino la expresión desolada de Salvador y la ira de sus compañeros. Había por qué. Era septiembre de 73, alrededor de la una y Salvador Allende, impotente frente a los bombarderos que sobrevolaban su Palacio Presidencial, estaba a punto de suicidarse con su revólver, ante el ataque del ejército alzado de Pinochet.

En Azcapotzalco había varios radios encendidos y transmisión continua del levantamiento, exclusivamente los acontecimientos que se encadenaban violentamente uno tras otro y encadenaban al país. La ira y la consternación de los profesores sumergía al Plantel y contagiaba a los alumnos. Recogí mis noticias, insignificantes comparadas con lo que realmente sucedía en Chile, y volví a Naucalpan.

En mi Plantel la indignación y la sorpresa ya habían ganado en profundidad. Uno no sabe entonces no a quién recurrir, sino qué hacer que acaso sirviera de algo.

Muchos años más tarde, vi en la televisión un reportaje clásico, imagino, de las horas finales del levantamiento, ruido de ametralladoras, el vuelo de los aviones que disparaban sin duda, pero que la grabación no ponía en evidencia. Sentí de nuevo y con mayor claridad la desproporción del Presidente, apoyado por los votos del pueblo, pero inerte ante la fuerza infame y sin ningún valor que la justificara, el Presidente con un revolver diminuto que no tardaría en volver contra su sien para protestar con su muerte, como un último grito de dignidad.

Casualmente el mismo día de Allende y de Azcapotzalco tuve de nuevo un breve intercambio de palabras con Peralta, trotskista no recuerdo de que fracción, asignación que es complicado seguir, porque de la separación inicial entre “entristas” y “no entristas” a los Partidos Comunistas estalinianos, o “lambertistas” y “posadistas”, que marcaba una diferencia de estrategia radical, había luego otras subdivisiones, cada una, aunque contradictorias, poseedoras de un marxismo-leninismo auténtico y normativo.

Peralta me invitó a una reunión en su casa, en la Nápoles, en una calle oriente-poniente, tal vez Tennessee, ¿o Arkansas?, la geografía estadounidense transpuesta en un entramado ajeno. Asistí a una reunión y no fui invitado de nuevo. Seguramente hablé menos de lo esperable y oí mucho. No me extrañaba ni lo extrañaba. Era Secretario Académico de Naucalpan, donde ser funcionario no prohibía estar sindicalizado pocos años más tarde, ni con mayor razón mantener contactos con quien tuviera voluntad de discutir del Colegio y buscar cómo mantener las opciones de su proyecto.

Pero pocos meses más tarde, ya Director de Naucalpan, habrá sido en 75 o 76, en los mismos espacios en donde me enteré de la insurrección contra Allende, Peralta fue asesinado a tiros por la Liga 23 de Septiembre, por traidor a la revolución, que terminaba aquí por ser no una realidad, por ínfima que fuese, sino

un vago concepto, porque en México no se estaba preparando en serio revolución alguna. En algunos lugares había pistolas y muerte, pero aquí todo quedaba en discusiones de sectas, si llegaban, gran mérito, a consentir entrar en contacto, cuando mucho. Pero Peralta era traidor a la revolución de palabras. Seguramente no se había unido a la lucha armada. Merecía sin discusión la muerte. Los traidores no merecen juicio, porque ser juzgado da derecho a defensa.

Carlos Medina y yo fuimos a la manifestación de protesta por el asesinato de Peralta a las calles que en otros años muy anteriores pudieron ser designadas correctamente “del centro de Azcapotzalco”.

No éramos muchos, sobre todo estudiantes y profesores, pocos, ellos de Azcapotzalco y nosotros dos de Naucalpan y los únicos funcionarios universitarios. No puedes dejar pasar y lamentar un asesinato infame, con lengua de leño, lo escribo sin acertar a traducir mejor *langue de bois*. Las frases hechas funcionan inevitablemente así, aunque intentes soslayarlas y decir algo que arrastre un significado en el pizarrón de nubarrones negros de la muerte.

Sentí que era un deber, aunque no compartiera sus convicciones, ser parte de un pobre homenaje a un profesor trotskista con quien había hablado un par de veces y era del Colegio.

La renuncia de Manuel, además de un ejemplo de rectitud y de respeto a los valores universitarios, que nadie del Colegio reconoció entonces, ni ahora cuando todos, será mejor escribir los Directores Generales, han olvidado a Manuel, como lo prueba la omisión sistemática, toda la década pasada, de invitación a los aniversarios quinquenales del Colegio, su renuncia, escribía, sigue siendo un ejemplo de cómo, antes de poner por delante incluso la propia capacidad probada de encabezar el proyecto educativo del Colegio, debe prevalecer el respeto a las autoridades legítimas, aunque comentan errores y por momentos dejen de estar a la altura de las exigencias de sus cargos, y mantener la dignidad de exigir que el Rector mismo reconozca la palabra empeñada o, por lo menos, explique sus razones para olvidarla.

Escribo esto en julio del 25 y caigo de nuevo en la cuenta de que en mi discurso no estoy respetando al rector actual. Pero ningún Rector había pretendido echar fuera al Colegio. Creo poder suponer legítimamente que Manuel tampoco se hubiera rendido ante una amenaza tan infundada y mezquina.

Un par de meses después de mi reinsertión en Naucalpan, Rafael Velázquez, segundo Secretario Académico del Plantel, fue nombrado Director de Vallejo y terminé en la Secretaría, que no había aceptado un año antes, porque no había acabado de

renunciar a tener tiempo libre, más imaginario que real ya en esos días, para escribir, como estoy intentando hacerlo ahora. En realidad, en aquellos entonces últimos meses, había trabajado de tiempo exclusivo, y hasta excesivo, para el Colegio: los Cursos de Selección, el interinato de semiSecretario Académico en el Sur, el acompañamiento a Manuel en la Coordinación acosada por la banda priista y tramposa del Secretario de Rectoría. Tanto esfuerzo en el desafortunado 2025 que corre, parecería no merecer memoria, me vale, pero lo peor pudiera ser que todo terminara tal vez por ser inútil y sin descendencia. Con todo, la terquedad mantiene su tenue y tenaz latido en un solo de batería que para terminar espera la vuelta abrumadora de toda la orquesta.

Había cambiado por dentro, aunque no puedo decir que la reflexión me llevó a renunciar a mi deseo y a aceptar posponer *sine die* mi vocación, supuesta, de poeta y escritor literario. Fue algo más bien mecánico, imposible de resistir y natural, producto de la ilación de acontecimientos que de pronto habían entretejido una cuerda resistente y luego una malla adaptada a mi cuerpo interior, a mi sentimiento de pertenencia y mis convicciones de haber sido designado con mis compañeros de la Academia de Talleres y del Plantel Naucalpan para empujar el proyecto del Colegio, aquí debe decirse “completo”, de Ciencias y Humanidades.

De modo que, Secretario Académico, comencé a preparar la creación, por segundo año, de grupos de materias optativas para el curso siguiente, 1974, que complicaban la operación, porque todas las combinaciones de las materias eran posibles según la preferencia, adoptada con frecuencia en la oscuridad por cada alumno, y debían a la vez caber en los horarios y no sobrepasar los profesores disponibles. Pero estaba decidido a no hacerlo a mano, como lo habían hecho el curso anterior, en jornadas extenuantes y lentas, grupo por grupo, y lo seguirían haciendo por años en el Sur. En efecto, Elenita se obstinó en



seguir resolviendo a mano, en un martirio que la hacía sentir que su cuerpo resolvía las necesidades educativas de los alumnos, paría los horarios sin recurrir a la profilaxis, apoyada por Romo que sonreía hacia abajo con una leve sorna sobrellevando tantos sufrimientos tenazmente mantenidos por su pareja. Quizá cultivaban sentir la inmensidad del Colegio, con una sensualidad del cansancio que nunca compartí.

Apareció entonces Agustín Gutiérrez Rentería, exjugador de americano, tacle ofensivo de un solo partido del que se retiró lesionado en la columna para siempre, ducho en los sistemas, programas y computadoras de entonces, que seguían reducidas a los trabajos institucionales administrativos, lejos todavía, más de 10 años, de la PC Olivetti que multiplicó para mí la capacidad de producción textual y ocasionó el abandono de mi Remington enorme y mi ligera Olimpia meritorias.

Agustín y Héctor tenían acceso, fuera de la ley, a las computadoras poderosas del Centro de Cómputo de la UNAM, dirigido entonces por la generación de precursores, encabezados por Renato Iturriaga y alguno de los hermanos Martínez Palomo. Comenzaron ahí, buscando un modelo hasta que los echaron, porque ocupaban demasiado espacio en la memoria de las máquinas. Además, ¿qué carajos hacían dos profesores disparatados, uno pequeño y otro gigante, de un Bachillerato? Otra locura más del CCH. Hoy estoy seguro de que de memoria no era tanto, porque mal que bien, manejaban solamente datos, ni una imagen, ni menos todavía música o artefactos complejos, pero las computadoras eran de Renato y de Martínez Palomo. Héctor y Agustín protestaron con decisión y sin efecto, y se mudaron, con la complicidad desinteresada de sus colegas programadores, al centro de cómputo del Fondo de la Vivienda del Instituto de Seguridad y Servicios Sociales de los Trabajadores del Estado (FOVISSSTE), Barranca del Muerto, a una cuadra del Periférico, de 10 de la noche en adelante hasta la madrugada, acompañados

de sus novias que se descalzaban y se acostaban a dormir en la alfombra espesa de la sala de computadoras.

—No chingues, Héctor, estás generando un bucle innecesario, por qué no mejor simplificamos y hacemos un subprograma que permita corregir.

—Ándale, uno que te tiene paciencia, pero esa operación, “tan sencilla”, sí tú, madres, nos va a atrasar. Yo sigo por donde voy, de modo que ayúdame.

—Oigan, ustedes dos, trabajen y dejen de chismorrear como comadres. Una trabaja de día como la gente y luego la traen a sus locuras y no dejan descansar.

Ahí nació el primer modelo de elaboración de horarios en equipo de cómputo para las materias de 5° y 6° semestres, que se extendió de Naucalpan y Vallejo a los demás Planteles, menos al Sur y ya expliqué por qué.

La entrada de las computadoras en el Colegio reafirmó la decisión de emplear los instrumentos tecnológicos para hacer fluido e inteligente nuestro trabajo educativo. Pero la Secretaría Académica no podía dejar en el olvido, como un viejo traje que de pronto te queda corto, el daño que el proyecto del Colegio había sufrido con la salida de Manuel, y de María de Ibarrola y la mía propia.

Me había dado cuenta en platea del mundo hostil con el que parte de la Universidad, —¿también el Rector?, nunca lo pensé así, más con ingenuidad que por exclusión racional y reflexiva—, lo cercaba, porque no se adaptaba exactamente a lo que la UNAM ya había sido, y persistía el Colegio en seguir siendo un proyecto de innovación que molestaba la somnolencia, buscando otros horizontes mutables, pero anclados en ideas claras y orientadas, permanentes de raíz, y capaces de extraer la novedad válida y olvidar sin nostalgia las modas finalmente sórdidas e intrascendentes.

Desde entonces, con la experiencia de la renuncia de Manuel, más importante todavía que su salida, a la que no estuvo obli-

gado por ninguna otra fuerza que ser plenamente universitario, sabía que el Colegio tenía enemigos, que había visto maniobrar y mentir tres meses; que no todos los amigos lo eran, algunos más bien actuaban como agentes dobles, suponiendo nuestra candidez, no tan real; que el Colegio demandaba poder, otro poder, mejor si propio, desde que había perdido al Rector González Casanova, su fundador.

Puedo ahora, enunciar con alguna claridad nuestra situación, que hace 50 años apareció, ante mi mirada inquieta, confusa y oscura, si consideraba al Colegio en su inserción en la Universidad. Pero no nos rendíamos y las computadoras del FOVISSSTE, pirateadas de noche, con la complicidad de amigos de Agustín y de Héctor, para poner la tecnología al servicio de tiempo liberado para otras actividades de la Secretaría Académica, alimentaban las computadoras, inocentes ellas, la decisión temeraria de lograr finalmente el Colegio pleno.

Ahora que escribo, obsesivamente 2025, los recuento y no encuentro funcionarios suficientemente atrevidos, e irracionales seguramente, en todo caso no tan apegados a sus cargos, sino al crecimiento del Colegio y no aparece nítidamente quién se hará cargo del proyecto, que tras tantos años lo sigue siendo incansablemente. Mientras, otros fraguan conspiraciones para acabarnos, y no encuentro razones, sino el resentimiento de quienes han fracasado en el Colegio al adelantarse el siglo, o pretenden no tener que ocuparse de algo tan elemental como un bachillerato, además estorboso para el crecimiento imaginario de la Universidad en sus alturas profesionales.

Todavía a finales del otro siglo, al comenzar el periodo de Paco Barnés, desde la Dirección de la Unidad Académica del Ciclo de Bachillerato, comencé a pensar en cómo construir Laboratorios de Cómputo, léase sencillamente, espacios amplios y con instalaciones para albergar cientos de computadoras con conectividad abundante para uso de los alumnos. Imaginé cuo-

tas familiares de pocos miles de pesos, pero de la mayoría de los alumnos y un complemento de la Universidad. El Departamento de Obras del Colegio improvisó las apariencias de los laboratorios en una maqueta que dispusimos en la entrada de las reuniones de bienvenida anual para los nuevos estudiantes y sus padres.

El paro de 99, sin razón ni término aparente, barrió el intento. Luego, tras la derrota, era imprudente pedir dinero a las familias, cuando el punto de partida simulado había sido la supresión de las cuotas. Pasaron cuatro años y terminaba mi primer periodo de Director General.

Una mañana, fin de 2002, entró la llamada del Secretario General, Enrique del Val.

—Oye doctor. Me acaba de encargar el Rector, ya sabes cómo es de impaciente, para ya, que le haga una lista de una obra importante para cada Plantel. Quiere reforzar la infraestructura académica del Bachillerato. La Preparatoria ya mandó su lista y me olvidé de llamarte. De todos modos, tienes solo tres días de retraso.

—Los tendrás tú, pero explícame más, sirven ejemplos para considerar el tamaño del ofrecimiento.

—Ellos han pedido ampliaciones de sus bibliotecas, algo de laboratorios, hasta una cámara que aísla de cualquier tipo de emisión de ondas. El físico Director de la 5 quiere divertirse con este juguete. Tienen en estos renglones mucho menos que ustedes. De modo que convoca una Junta de Directores hoy mismo y envíame la lista.

Al irlo oyendo, yo miraba la mesa de la Junta de Directores vacía, pero le añadí a los cinco Directores diciendo que sí.

—No hace falta. Quiero cinco Laboratorios de Cómputo, por lo menos de tres pisos, equipados, unas 80 o 100 computadoras por piso, un espacio para reuniones por piso y un cubículo para el supervisor de las instalaciones, la infraestructura de manteni-

miento para los aparatos y condiciones de limpieza. No necesito preguntar nada. Es lo que el Colegio necesita”.

El Rector De la Fuente nos lo dio. Fue un apoyo semejante a la dotación de Bibliotecas para mil lectores simultáneos y con espacio para 200 mil volúmenes del Rector Soberón. El Rector inauguró el Laboratorio de Naucalpan terminado y ahí los de los otros cuatro Planteles.

Había comenzado bien el siglo para el proyecto del Colegio. ¿Dónde más tarde nos descarrilamos? ¿Dónde, con que error del guardagujas perdimos el rumbo? ¿Quién abdicó, buscando cuáles ventajas desviadas, del proyecto del Colegio? Ahora que hemos sufrido el mal de ojo de la parte siniestra de la UNAM y que estamos tratando de afianzar las anclas para no ser arras-trados fuera de la bahía, que no miramos como el punto de partida a ningún lado, ¿dónde se esfumó la posibilidad de decir “el Colegio necesita computadoras y dónde ponerlas a funcionar para los alumnos?” Y que el Secretario y el Rector asintieran, aunque no era lo que habían imaginado, pero respetaban a la institución y la apoyaban.

Tuvimos esos Laboratorios y sus equipos. Otras donaciones se añadieron. De Telmex, por ejemplo. Pero la conectividad suficiente pedida formalmente al comienzo fresco del siglo al director de la DGSCA (la instancia entonces responsable del cómputo en la UNAM) en el Plantel Sur, prometida ahí mismo y proponiendo, como si ya lo hubiera pensado detenidamente desde enantes, una derivación de las redes que servían a instalaciones de planteles de Estudios Profesionales, las ENEP o FES vecinas a los Planteles, y repetida todavía por mí, y luego por mis sucesores, la conectividad siguió siendo mezquina durante tantos años todavía hoy.

La indiferencia estorba también y cuánto el desarrollo académico.

La mañana corría extrañamente silenciosa, como esos días que no son feriados ni siquiera llegan a tener fecha. Mi secretaria, joven y jarocho, andaba en alguna de sus acostumbradas excursiones de coqueteo por el Área de Historia, pero no me había hecho falta y no se me ocurriría salir a buscarla. Iba a parecer celoso de su fino perfil africano. Sucede, los genes se combinan en rasgos con fantasía.

Un alumno llegó blanco y sin aliento, había subido corriendo la colina, que entonces era claramente perceptible, en cuya ladera había crecido el Plantel.

—Bazán, los activistas quieren tomar la fábrica en huelga, no es SPICER, la otra que queda a la derecha, más cerca, porque dicen que los esquiroles tienen secuestrados a dos alumnos del Plantel. Ven a ayudar, se puede poner peligroso. Hay un grupo fuera de la fábrica dispuesto a tomarla. Zato, el laboratorista japonés ese, está ahí echando rollo.

Zato, se decía, había llegado, saltando sabe cuáles piedras, de un grupo militarizado, el Pentatlón Juvenil probablemente. Sus rasgos proclamaban a gritos a sus padres japoneses. No había tenido la suerte, ni buena ni mala, de hablar con él, pero sabía de sus visitas a la Dirección, donde no Renero, y hacía bien, sino David, el Secretario Administrativo, toreaba con pachorra a los sindicalistas.

Salí corriendo, con la ventaja de ir de bajada, tres cuadas, vuelta a la derecha, una cuadra, una plazoleta desnuda, con un poste a la mitad y una especie de fuente desafectada que debía explicar su posición estrafalaria en un espacio público. O a lo mejor fue lavadero comunal, cuando las amplias calles actuales habían sido varios senderos semi agrestes de mulas, 50 años antes de esta huelga. Pero la fábrica estaba enfrente.

Tenía una fachada, como de cartón, pero no era escenario de película barata ni siquiera cine. La puerta, una enorme cortina metálica bajada hasta el suelo. Nadie en los alrededores, pero a 20 metros unos 30 alumnos, capitaneados por Cuauhtémoc y el Barry, y Zato que se confundía con los alumnos por su estatura, coreaban refranes, entendámonos, eslóganes, exigiendo una inspección de las instalaciones para rescatar a los alumnos secuestrados. Acaso había algún trabajador dejado para vigilar, no fuera a ser que los patronos trajeran esquiroles y abrieran la fábrica contra el sindicato. Los patronos no se preocupaban, ni ellos ni la policía municipal. No estaban. Al parecer, la huelga les valía. Naucalpan estaba comenzando a despoblarse de fábricas, que emigraban a Tlalnepantla o a comenzar a estrenar los parques de Tepeji del Río, siempre en las afueras de la entonces ya desmedida zona metropolitana. Aquí solo el edificio y nosotros.

De pronto alguien pareció terminar de escalar hasta la cima de la fachada desde dentro de la cornisa, apareció una pierna, luego una figura extraña, “¡El Bozo, es El Bozo!”. Caminaba como un mimo que representa paso a paso a un ladrón sigiloso que se acerca a robar una cartera. Era más una silueta que un hombre con una pistola colgando despreocupada de su mano izquierda a lo largo de la pierna. Yo no sabía quién era. Por la orilla de la cornisa se paseó lentamente y a solas, como si fuera el único en kilómetros a la redonda. Los alumnos corrieron a refugiarse, pero no había donde. ¿Tras los restos de piletas? ¿Detrás del poste de electricidad?, es lo que a sabiendas de su inutilidad hice yo.

¿Tirados en el suelo? La confusión se volvió silencio.

Pero un minuto después Agustín, profesor de Cibernética y Matemáticas, gritó “Vamos a tomar la fábrica” y salió corriendo como el tacle ofensivo que decía haber sido en su juventud (ocho años antes), seguido por el Barry, Zato y unos diez estudiantes. Llegaron a la cortina y no podían levantarla. Agustín no perdió más tiempo y arremetió con un faul de 10 yardas a patadas contra el centro, la puerta de la cortina. La puerta se soltó, la vanguardia entró, levantaron la cortina y el resto de los estudiantes y yo con ellos entramos al edificio. El Bozo no estaba ahí ni había nadie armado, sólo tres o cuatro mandos medios de la fábrica, que ni se inmutaron.

—Ustedes tienen secuestrados a algunos alumnos, tres o cuatro, del Plantel, que apoyaban la huelga. Venimos por ellos”.

—No hemos secuestrado a nadie. Para ser educados, ¿Usted quién es?”.

—Coordinador del Área de Talleres. Vengo, porque no quiero que les pase nada a los estudiantes. Déjennos recorrer la fábrica, yo entro con ellos, y, si no hay nadie, nos vamos sin más. Mejor por las buenas”.

Nos pusimos de acuerdo rápidamente y nos dejaron inspeccionar en busca de “los secuestrados”, con el compromiso de no causar daños. Lo cumplimos. Personalmente recorrí los rincones y cubículos de mando de las instalaciones. No había alumnos amordazados y atados. ¡Con lo novelesco que hubiera sido! No había nadie. Las maquinarias estaban muertas como cetáceos atracados en la arena que no pudieron volver al mar. (Es una frase ajena pero no alcanza a ser cita de Neruda, de “La huelga”, creo recordar del *Canto General*).

Salimos. Sólo quedaba ir al Municipio a no sé qué denuncia que querían levantar los activistas. Los acompañé, pero no entré al edificio, porque no formaba parte del Comité de Apoyo a la huelga. Sin heridos ni detenidos, felizmente, el asunto ya no era mío.



—**Í**ñigo, haz café *espresso*, es la cafetera italiana negra. No, no, deja en paz la caja de las cápsulas, muele granos del café, el paquete de La Yerbabuena, sí, de Colima. Una vez, cuando tenía junta mi manada de cachorros, fuimos de noche, cerca de esa ranchería, a ver la lava del volcán, junto al charco, en Colima le dicen *Laguna* de Pastores, pero para nada. Vimos la lava, haz de cuenta mermelada de fresa, lentamente deslizándose sobre la superficie nocturna del volcán, tan distinto del perfecto y liso como azul que conocí de niño, pero a la lava le ganaron las estrellas. Tu tío Luis empezó a ponerles nombre a varias decenas. Seguro, se impuso a sus hermanos, a pesar de ser el menor, tendría 12 años, que escucharon en silencio, en la ladera de la noche enorme, bajo el cielo como un guayabo maduro. Vete a saber si estaba inventando, es capaz, pero fue un momento culminante de su vida, sabio entre sus hermanos y ante su padre, y respetado. Ni un juego de palabras ni burlas para perturbarlo, raro, cuando se juntan, todos quieren tener la última palabra, y si aciertan, mejor.

“Sí dame café, algún día te contaré mi historia en las cafeterías de Roma y de París y de Madrid y de Praga, bueno, en Praga normalizada por las tropas soviéticas era otra cosa, o en Estambul, café turco, nunca lo soporté, aunque encontramos una cafetería italiana al oeste de la ciudad cerca de la playa sur del

Mar Negro. Pero ese retazo no pertenece a la memoria del CCH.

“Te pedí que vinieras, aunque ya habíamos convenido en que te confiaría mis fragmentos, porque lo que quiero narrar debe ser leído más como habla que como escritura. Ni siquiera sé cuál será mi opción para enunciar, me haría falta releer *La préparation du roman* de Barthes, pero no tengo tiempo de tanta teoría, ya lo leí y me seguí con una docena de franceses y la poética de la novela. Va como va.

“Lo que contaré no lo sabe nadie, porque mi interlocutor murió hace unos 10 años, y se trata en mi relato de un personaje de palabras, que eran actos, performativas, pues, de diálogos estrictos, palabras compartidas, sin testigos. La memoria más tarde suele ser incumplida en los detalles, aunque sea fiel en el sentido. Para el gobierno de tu tarea de corrector, que elimine las incongruencias más patentes de mi relato, te entrego este fragmento que he guardado hasta olvidar hasta hace muy poco el nombre del Ingeniero de izquierda que cumplía el papel de gurú de Émery y su pandilla de Opciones Técnicas. El ingeniero..., nadie ha podido ayudarme a rescatar su apellido, era también cercano a don Henrique y cumplió funciones de testigo de honor de la cuidadosa escenificación que planeó éste, para negarse a ceder a la presión de los profesores que pretendían pasar, sin ningún fundamento ni seriedad, un año revisando sus programas. Un año de hamaca, porque sí. El Colegio, don Henrique, esta vez decía de frente “no”.

Más tarde, de pronto, me encontré su nombre entre los contribuyentes a la democracia, en un capítulo de un libro de Guillermo Sheridan, Marcué Pardiñas, Manuel. Otro ingeniero, Heberto Castillo, lo había cubierto en mi memoria, y en la de mis amigos, como si le disputara el espacio.

Henrique González Casanova, Don Henrique (la gente de la UNAM pronunciaba la h como si se llamara en alemán, Heinrich, o abreviaban en Don H). A mí nunca me atrajeron estas

variantes de su nombre. Para mí siempre fue Don Henrique, como fue Don Pablo, su hermano, el fundador del Colegio o Don Justo, desde luego Sierra, en otro registro de habla, o Don Pablo, también, pero ahora Latapí.

Lo conocí cuando él dirigía el Centro de Nuevos Métodos de Enseñanza. Citó a los coordinadores de área de los tres y luego cinco Planteles dos o tres veces para orientar nuestro trabajo y nos puso al día, que era un día de entonces, 1971 avanzada la primavera. Nos enteramos de cómo los objetivos, para entendernos, lo que el profesor quiere lograr que sus alumnos aprendan, deben prevalecer sobre los temas, las listas comúnmente interminables de datos, acontecimientos y clasificaciones, que en el Colegio eran muchos menos y mejor escogidos. Lo escuchaba con interés en grupo y, si acaso, me despedía o saludaba a lo minimalista.

Luego, aludo apenas, porque ya lo dije, invitaron a un coordinador de cada área para construir una lista de los objetivos de las materias, de dificultad progresiva, según los esquemas entonces admirados, luego despreciados y hoy olvidados, con pérdida, de Bloom.

Pero, bueno, dejemos la pedagogía y vamos a los acompañamientos aventureros que me importa confiarte. Como te acabo de decir, nunca lo he hecho con nadie, ni con los colegas más cercanos, ni con mi mujer sucesiva, perdona esta franqueza que acaso linde con el descaro.

En 1974, los profesores de Opciones Técnicas se levantaron en armas académicas, a su desleal saber y entender. No es que se armaran de libros, ojalá, sino exigían un año sin enseñar para elaborar las opciones que interminablemente acumulaba la “Gaceta Amarilla” en su última página. Léela para que te diviertas, si logras imaginar lo que podría hacer en el D.F un técnico en navegación fluvial o un experto en primeros auxilios en zona desértica, aunque en los años 70 a la Ciudad de México

solo le faltaban los camellos y más víboras nocturnas, gracias a las miles de hectáreas anteriormente lacustres convertidas en polvareda donde fue el Lago de Texcoco, que existió de verdad hasta hace 300 años y se aficionó tercamente, ayudado por una ciudad inconsciente, a irse reduciendo, hoy cuando mucho un nombre de aglomeraciones desordenadas.

No había Coordinador del Colegio y Don Henrique se hizo cargo del problema. Era el Ayudante del Secretario General para los Asuntos del Colegio. A Opciones Técnicas la capitaneaban Émery, que ciertamente era estudiante y activista en 68, pero nunca (¿o sí?) lo encerraron en las celdas atiborradas de Lecumberri, sección C, ni lo patearon en el Campo Militar 1, Alan, como su ayudante, él seguro nunca detenido, y Napoleón, que sí tenía méritos de guerra, pero como porro de Derecho, y otros desquiciados, acompañados de todo el departamento de Opciones en un solo batallón, incluidos por obligación los que eran apenas profesores. No creo que tuvieran más estructura. El gran jefe mandaba sin intermediarios.

Don Henrique los citó a las 12 en lo que luego fue la Dirección del Bachillerato, que no tenía entonces Director y, nunca supe por qué, me invitó. Yo era Secretario Académico de Naucalpan, de modo que estaba abajo en la escalera de dignidades, dicho sin (mucho) ironía. Invitó también al Ingeniero Marcué Pardiñas, tótem de Émery, Yo no conocía sino su nombre y el aura de prestigio en alguna de las fracciones de la revolución en marcha de aquellos años, siempre interminablemente alejada de una toma del poder, pero persistente en su destino reducido a media página de cualquier manual benévolo de Teoría de la Historia. Me di cuenta de la astucia de Don Henrique, o de la finura de sus movimientos de ajedrez avanzado en la política del Colegio. Con el izquierdista presente, el conflicto tenía trazada una nítida, aunque invisible y nunca enunciada, línea que el enemigo no podía cruzar, porque agrediría al Ingeniero

respetado. Las bases no se propararían ante un viejo meritorio del comunismo, la verdad tampoco recuerdo de qué confesión. Hasta pudo haber sido del PCM, entonces proscrito, pero vivo y pequeño y sobre todo jerárquico, aunque comenzaba la subdivisión entre *dinos* y *renos* (por renovadores, no estalinistas, y dinosaurios destinados a la extinción, que como reliquia persisten en la penumbra de la Historia hasta hoy).

Don Henrique, con el mismo traje gris que siempre vestía, pero debió tener varios, no hay de otra, tomó la palabra en una oficina amplia y casi sin muebles, todos de pie, llena hasta más allá de la puerta abierta. Yo estaba, digamos, como en la cuarta fila y pegado a la pared. Por única vez, oí a Don Henrique nervioso, porque le temblaba la mano que sostenía unos documentos y su voz era lenta, como si sujetara las riendas de quién sabe qué caballo inquieto o pajarero. Asustadizo para los urbanitas exclusivos.

—Voy a dar lectura ante ustedes de dos cartas. La primera es la respuesta al mensaje —no dijo “oficio”, comenzaba el contraataque— que me hicieron llegar; la segunda enumera los pasos que el Departamento tiene la responsabilidad de recorrer para una revisión universitariamente válida de sus programas. La didáctica y la pedagogía son ciencias. No pueden improvisarse ni someterse a condiciones de otra naturaleza —uno comenzaba a entender ahí que evitaba acusar de *políticas*, para no decir *espurias* las ocurrencias de las bases—, sino a argumentación racional y apoyada en conocimientos fundados. Los motivos que formula su carta carecen de los requisitos que exige una discusión universitaria, aunque no omito respetarlos en nombre de la libertad de expresión que caracteriza particularmente al Colegio, por lo que me permito decirles, con sinceridad de universitario, que deben valorar de nuevo sus argumentos para atender a otros, que tal vez ustedes no han considerado ni yo puedo atreverme a determinar cuáles podrían ser.

Tarjeta roja, *kaput*.

Nadie chistó. Sabían ya que habían perdido, simplemente, porque toparon con una autoridad firme, fundada en la academia, pero esperaban el segundo documento que daría las dimensiones exactas de la derrota. Pero no fue así, aunque tal vez habría que decir, con más exactitud, que la derrota ni siquiera les dejó espacio para el resentimiento y la queja.

—El segundo documento —prosiguió Don Henrique—, que también leeré aquí sin violentar la cortesía que merece la correspondencia entre universitarios, porque va dirigido a todos ustedes, contiene una propuesta.

“Nunca tuve ninguno de los dos oficios en mis manos. Me limito a enumerar los argumentos de uno y otro, como secuencia de una sola argumentación, que lo eran. Las cursivas limitan estos recuerdos.

“En primer lugar, no habrá ninguna suspensión de su docencia. Las escuelas y facultades revisan sus programas y planes de estudio, sin dejar de atender a los alumnos. El Colegio no aceptaría abandonar una generación de alumnos para elaborar sus programas. Se tildaría a la Universidad de irresponsable. Estoy seguro de que, en cambio, compartimos esta responsabilidad.

*“Segundo. Los programas que merecen revisión deben ser revisados, sin olvidar que el Colegio se funda en una concepción de la Cultura que opta por enseñar lo importante, lo central, lo que origina al sistema de las disciplinas en el orden de los conocimientos, las habilidades y las actitudes. En Opciones Técnicas el Colegio encuentra un ejemplo completo de su proyecto académico. No podemos detener un año su ejercicio.*

*“Tercero. La revisión de los programas es tarea de profesores y no de expertos. Los profesores son expertos en enseñar. Nadie sabe mejorar los aprendizajes de los alumnos, si no enseña. Es también tarea colegiada, porque la experiencia docente es vasta y compleja y nadie acapara todas sus dimensiones y posibilida-*

*des de experiencia vigentes o previsibles. Habrá una comisión por cada Opción que se enseña o que comenzará a enseñarse el próximo semestre.*

*“Cuarto. La estructura del Departamento coordinará los trabajos y me informará, para que yo pueda rendir cuentas al Secretario General de la Universidad. (Don Henrique estaba sometiendo a su alianza a Émery y pandilla, sin reclamo ni represalia).*

*“Quinto. Habrá nuevas Opciones, cuando terminen estos trabajos y los profesores, a través de la Jefatura del Departamento, las propongan, el Consejo del Colegio las apruebe y comisiones semejantes a las descritas elaboren los programas, de acuerdo con la legislación universitaria.*

*“Finalmente, agradezco la compañía alentadora del Ingeniero Marcué, amigo de muchos años, a quien respeto profundamente, y la presencia de todos ustedes”.*

Las bases se fueron retirando en silencio masivamente y el salón quedó a disposición de un viento dedicado a los espirales de una danza juvenil y risueña. No hay mejor enseñanza de los mecanismos políticos que estar presente en un momento tenso y donde la apuesta es grande, percibir el ambiente de la masa que te rodea y sentirla cambiar ante la firmeza sin alharacas, a veces de golpe, otras por etapas sucesivas, cuyos porqués no dichos pero activos, luego puedes organizar y comprender, cuando manejas de vuelta a Naucalpan, al principio de la tarde.

Años después creo haberme dado cuenta de que asistí a una escenificación del ejercicio de la autoridad, bajo la cual un pacto entre las partes había sido tejido con alguna intervención encubierta, sin palabras, pero visible, del personaje indiscutible de la izquierda. Por eso su rostro inmóvil de ídolo, mientras sonaban las lecturas de don Henrique, fijo como una máscara en las salas del Museo de Antropología; por eso la disciplina, el silencio total de los discípulos hasta entonces en rebeldía, y la

retirada del invitado acompañando a don Henrique triunfante sin ostentación, desde luego, para eso se había comportado con firmeza y elegancia.

En realidad, los acontecimientos de Opciones Técnicas, de los que nadie se acordaba ni siquiera en el Colegio de anteayer, porque sencillamente nunca los conocieron y pronto tal vez el Colegio mismo dejará de existir formalmente y empujará sus 55 mil alumnos y casi 4 mil profesores a salir a protestar en la calle, donde verdaderamente está su sede, porque presuntamente van a dejar de pertenecer a la UNAM y no aceptan pertenecer a la SEP. Las lecciones que había que decodificar, han sido para mí un ejemplo de manejo universitario de un conflicto. Enumero: apego a la legislación, a las responsabilidades académicas que de ella se derivan, firmeza y claridad, tomar en cuenta los puntos de vista del adversario, para anticipar las respuestas, hacerse cargo de los problemas reales y darles una salida institucional. Trataré de seguir aplicándolos en la despiadada pelea que está comenzando.

Recordar las dos cartas de don Henrique ante la Academia de Opciones Técnicas de los cinco Planteles en 1974, me ha llevado a otra lección impartida años más tarde, 1986, en CU.

En el todavía Justo Sierra, el auditorio que no pertenece a Filosofía y Letras, pero forma parte de sus edificios y de su patrimonio comunitario, aunque la dueña sea la Coordinación de Humanidades, dime nomás, seguramente porque la antigua y diminuta Torre de Humanidades 1 se encuentra al lado del auditorio, el representante del Rector discutía con los entonces activistas inaugurales del Consejo Estudiantil Universitario (CEU), estudiantes universitarios representativos, queda claro; aunque no acaba de sonarme, en cambio la organización política que los cobijaba, o ninguna, que luego fueron militantes y funcionarios del Partido de la Revolución Democrática (PRD), breves Delegados o secretarios de Jefes de Gobierno, antes de



que el D.F se convirtiera en Estado y muchos se fueron en el momento adecuado a Morena y a acomodarse en el gobierno que la gente decidió. El desorden de la mesa, de la que formaba parte la gradería entera llena de estudiantes de todas las facultades, terminó por aburrirme, sobre todo porque los dos bandos gritaban goyas disputándose a gritos el estadio académico de la Universidad, y no era posible distinguir entre aqueos y troyanos, ni Apolo y Palas Atenea estaban dirigiendo las lanzas de sus protegidos y, por lo mismo, nadie ganaba. A lo mejor, por poco que sospecharas de los métodos de las representaciones, la mesa había terminado la noche anterior en algún restaurante de San Ángel, sin Rector y sin bases.

En el corredor lateral, fuera del auditorio, amplio y despoblado, me encontré a Don Henrique. Comentamos las obviedades de la discusión y de pronto Don Henrique me sorprendió.

—Mire, José. Estoy indignado por las decisiones del Consejo Universitarios de antenoche sobre los exámenes generales de las asignaturas. El Consejo dio un golpe de estado. Despojó a los profesores universitarios de su derecho a evaluar a los alumnos de los cursos que imparten. Y los Consejeros ni siquiera se dieron cuenta. Un profesor universitario, cuando la UNAM le asigna un grupo, adquiere múltiples responsabilidades y derechos, en particular el de evaluar. Nadie puede suplantarlo en esta tarea. Por eso, para los extraordinarios, el Director designa jurados de entre los profesores definitivos en la materia, pero no interviene en los exámenes. Una de dos, o la UNAM nombra profesores y entonces les confiere la responsabilidad de evaluar o evalúa con exámenes generales y entonces hay que inventar la figura del asesor o de la institutriz para que los estudiantes se preparen. Ser profesor universitario obliga a desarrollar, con plena responsabilidad y saber técnico impecable, la docencia y la evaluación, ciclos enteros. Si no, la UNAM debe dar de baja a los que no quieren o no saben cumplir. Veo mal a la Universidad y vamos camino de

un conflicto que la delegación de Rectoría allá adentro, en pleno Auditorio Justo Sierra, qué paradoja, está alentando. Compiten como infantes en gritar goya con más fuerza. Claro, José, para el Colegio los exámenes universales son un contrasentido, porque en su modelo educativo la evaluación es predominantemente formativa y no hay tal que pueda ser, al mismo tiempo, continua y además exterior y universal, ni puede concebirse.

Así fue. Íñigo, se encuentra uno de repente con una persona que puede asumir las funciones de maestro en lo que no enseñan los cursos de Ciencias Políticas, ni él tampoco en sus asignaturas, algo mucho más hondo y más secreto. La verdad, nunca pensé en la política, aunque por supuesto estuve en 68 en París, ya te contaré de esto en otro contexto, si quieres con grabación, me da igual.

Además de los contactos prácticos, que siguieron siendo cordiales, y en los renglones que siguen reconozco que me repito, pero así de profundo calaron los hechos, pienso que Don Henrique había decidido desde la renuncia de Manuel convertirse, sin palabras, en mi maestro de vida universitaria, transmitiéndome una actitud, un saber hacer para conciliar la diversidad inevitable y rica de las comunidades con las normas universitarias y, sobre todo, con los valores que generaciones de profesores habían ido acumulando y que nos obligaban a repensarlos para enriquecernos y corresponder victoriosamente a las condiciones de cada conflicto. Comprendo que Don Henrique quiso deliberadamente convertirme en un director universitario de corte institucional, mucho más allá de los administradores que llegan a las 11, salen a comer a las tres, pagan sus comidas personales a cargo de la Universidad, y vuelven a las siete, nunca recorren su plantel y reciben a los demandantes dos semanas después de que solicitan cita. O no los reciben. Así no.

—Íñigo, no te estoy induciendo a que imites. Por algo nunca descarto la lucidez de tu mirada infantil y tu respuesta rápida,

pero tú no olvides mantener tus valores, pensar, cuando la aventura te dé tiempo, que no es su obligación, la muy tramposa, en los grandes nudos de tu acción al menos recordar tus valores en el sesgo de tus arremetidas, si te encuentras entre la lucha desventajosa y la muerte por rendición, Íñigo.

**N**o supe por qué el Rector Soberón decidió visitar Oriente, donde se construían los últimos edificios en el último invierno en los inicios del 75. Nacho Renero no pudo acompañarlo, con los Directores de los otros Planteles, pero yo sí, sin más propósito ni reflexión que sentirme bien de visitar el Plantel que me había ofrecido su Dirección con imprudencia y sin resultados. Oriente no aceptaba una designación fraguada en las alturas de la Universidad y reclamaba una asamblea del Plantel para designar candidato. Y mantenía en suspenso la designación de director.

Se comentaba entre los enterados que la visita era inútil e inconveniente, porque consideraban sin fundamento que la medida que atribuían a la paciencia del Rector ya estaba colmada, por el incesante tironeo de la comunidad para no reconocer ningún nuevo nombramiento de Director y la repetida imposibilidad de hacer que lo aceptaran. El Plantel tenía un Encargado de Negocios, como si fuera un país con el cual la UNAM estaba en camino de romper relaciones. Era cierto, pero no significaba que fuera a cortarse el vínculo institucional, empezando porque la medida demandaría un acuerdo del Consejo Universitario, acaso no tan fácil de obtener. Pero se habló entonces con todas sus letras de separar a Oriente del Colegio. Hoy hablan de separar al Colegio de la UNAM y nadie en el Colegio ha desconocido

ningún nombramiento de la Junta de Gobierno ni de Rectoría. Pero es otra Universidad y no podemos decir que en este tercer decenio del siglo sus condiciones institucionales sean mejores que entonces. Algo tristemente se ha desvanecido sin enunciarse.

En esas circunstancias la visita del Rector era una visita de paz. La imaginaba, en mi costumbre de recurrir a la Segunda Guerra Mundial, como el increíble Acuerdo de Múnchen, con la salvedad de que ahora no habría guerra, porque la buena voluntad de Rectoría era evidente y no la burla más sangrienta de Hitler. El Secretario de Rectoría afirmaba tener todo controlado a través de sus informantes y agentes encubiertos.

Sin embargo, la presumida seguridad del Secretario de Rectoría no había podido descartar las reservas del Coordinador del Colegio, como me refirió tantos años más tarde.

—Mi análisis de la situación me lleva a señalar, como es mi obligación, que las condiciones de la comunidad desaconsejan una visita del Rector. Hay riesgos, muchos y, sin exagerar, potencialmente graves.

—No lo veo así y ya lo hablé con el Rector y está dispuesto a visitar al Plantel. Es una toma de poder en un Plantel que ha quedado fuera del ejercicio de su autoridad y tu no has hecho nada para corregir esta anomalía.

—Los grupos políticos de Oriente son a la vez numerosos y variados, algunos cercanos a la acción violenta. Tú debes saberlo, manejados por Gobernación. No es prudente arriesgar al Rector. Mi posición nítida es que no conviene que visite el Plantel por ahora.

—Los grupos políticos del Plantel... Yo controlo todos los grupos del Plantel. ¿O crees que la Secretaría no hace nada? Y te pregunto, tú eres el Coordinador, ¿qué haces?, ponte a preparar la visita para que te tranquilices y no pase lo que te imaginas, pero no alarmes al Rector”.

—Bien. Creo que consta que lo advertí. Y lo haré de inmedia-

to personalmente con el Soberón. Es una aventura temeraria e innecesaria, ¿qué gana el Rector ahora precisamente con una visita al Plantel? No habrá heridos, pero pueden suscitarse incidentes, quizá refriegas. Tú sabrás.

—Tengo todos los hilos de la visita en la mano. Deberías confiar en mí, como lo hace el Rector.

El Coordinador General del Colegio expuso sus reservas a solas con el Rector. Soberón lo escuchó con atención y decidió continuar el camino esbozado. Siempre se mostró valiente, desde que tomó posesión del cargo una mañana de enero de 1973 en el estacionamiento de Medicina, sin preocuparse de gritos y amenazas. Ahora en su visión del proyecto, su visita era una evidente declaración de buena voluntad, porque nunca había puesto un pie en ningún Plantel ni respetuoso ni insurrecto.

La suerte estaba echada. Y Valentín sonreía del éxito por descontado de su atrevimiento.

Llegué a Oriente antes que la comitiva y me entretuve con Ricardo y con Pancho, que, nerviosos, miraban repetidamente a sus espaldas, a la explanada de las Asambleas del Plantel, entonces todavía sin los frescos revolucionarios que cubrieron Usos Múltiples con los rostros de Genaro Vázquez (de parecido evidente al “Tigre Toño” del Movimiento Popular Revolucionario local y gurú de algunas decenas de profesores, sobre todo de Historia) y de Marx y Lenin, obras excelsas de pintores de frescos del Plantel. ¿Hubo también un retrato de Lucio Cabañas?

Mis interlocutores estaban, sin posibilidad de error ni de disimulo, desasosegados. Llegó el Rector y desaparecieron de mi lado, mientras miraba yo cómo el Doctor Soberón avanzaba, acompañado de Héctor Domínguez, que le hacía los honores como Director del Bachillerato del Colegio. El paso era pausado, atravesó la explanada y llegó al borde del primer espacio entre la primera y la segunda fila de edificios escolares. Había en la esquina un montón de grava inofensivo en su terquedad

inmóvil. Yo ignoraba todo del itinerario y de los altos, pero me daba igual, solo había que seguirlos.

De pronto las ventanas de los dos cuerpos de salones se llenaron de rostros de alumnos que sentí atónitos, acaso porque era la primera aparición fantasmal, milagrosa, de un Rector a la que asistían en toda su vida. “Quiere decir que el Rector es real, es ese señor bajito y no un invento de la Coordinación del Colegio”. El Rector se detuvo un momento y de pronto sucedió algo que convirtió el paso pausado en apresuramiento y derramó una ansiedad de huida.

Alguien, hay testigos que le ponen nombre, gritó: “El Rector viene a dar posesión de Director a Coeto”. Se desató incontenible una tempestad de gritos informes que salió de las ventanas en un rumor indescifrable y sin fisuras, una descomunal aglomeración de rechazo, que siguió al grito de un segundo antes. Sin apresurarse, el Rector, en lugar de avanzar para visitar los edificios en construcción, camino que demandaba continuar adelante, torció sus pasos a la derecha, acompañado muy de cerca por el Director del Bachillerato, siguiendo el pasillo inferior del primer conjunto de salones. Me encontré sin pretenderlo dos pasos apresurados atrás.

Sin más comenzaron a cruzar sobre nuestras cabezas pedruscos recogidos de la grava para colar sabe cuál cadena o losa de los nuevos edificios. Como si el guion hubiera previsto itinerario y provisión de grava al alcance exacto. Héctor había tomado al Rector del brazo, yo seguía dos metros atrás y aceleré el paso. Una pelotita de goma verde me pasó sobre el hombro izquierdo y fue a golpear la espalda del Rector. Héctor le echó el brazo izquierdo sobre los hombros y lo arrastró aceleradamente hacia el final del edificio y un estacionamiento, que supuse de emergencia y se entreveía junto a la reja del Plantel. Llegaron a un coche que esperaba. ¿Se había arriesgado a sabiendas el Rector? Por lo menos alguien había previsto una posible situación crítica. El

coche arrancó de inmediato. De la multitud que ya no apedreaba, tuve una percepción indescifrable.

Los gritos se apagaron. Los funcionarios, confusos, se habían detenido junto al montón de grava y no sabían qué estaba haciendo el Rector ni dónde. Afortunadamente no había sufrido ningún agravio corporal, solo gritos confusos. Tampoco había perdido ni compostura ni serenidad, aunque yo iba detrás y no podía ver su rostro, únicamente me daba cuenta de su paso firme y apresurado, sin más. Podía decirse que no pasó nada, o muy poco. O todo, todo el resentimiento social de tantas generaciones se había volcado con una agresividad antigua a la que nadie había dado respuesta, que no podía ser ahora una intervención de ninguna fuerza del estado, sino una explicación docente de que el Colegio, precisamente, se proponía ofrecer un cambio a través de la apropiación gratuita de una cultura universitaria viviente y creadora de conocimiento liberador.

No había más qué hacer en Oriente, ni Pancho, ni Ricardo, ni el Jefe Muñoz estaban a la vista. Muchos años después, digamos con claridad hace ocho, terminé de comprender la agresión siguiendo el relato de un profesor que había visto los hechos desde el otro lado de la pista.

El telón de fondo era el enfrentamiento sobre el procedimiento para designar al Director del Plantel, o al Encargado, para bajarle un poco a las apuestas. No había acuerdo, pero el nombre del Encargado del Plantel, que había sobrevivido en sus funciones dos años, gracias sobre todo a la habilidad y franqueza de Javier Palencia, había dejado ver que se interesaba en el nombramiento.

Los grupos políticos habían preparado a los alumnos para repetir la maniobra de no dejar entrar a quien fuera designado, si no había obtenido el visto bueno previo de la Asamblea General. De modo que, cuando aparecieron el Rector Soberón y sus dos docenas de acompañantes, los caudillos habían inter-



pretado la visita como un acto de autoridad e hicieron correr la voz de “Viene a darle posesión de Director al Encargado”. La masa se derramó como el Mar Rojo sobre los egipcios tras el paso de los hebreos.

¿Inventaron Toño, Ricardo, Víctor y “El Che” esta historia? No, le abrió la ruta jugando a la anticipación pretenciosa el Secretario de Rectoría. Quería desprestigiar al Coordinador General haciéndolo responsable de la agresión insólita al Rector. Pero no contaba con que el propio Coordinador desaconsejó, contra las afirmaciones del control de las bases que decía ejercer el Secretario. El fondo del asunto quedó rápidamente en evidencia en los círculos de poder de la Universidad.

Pero volvamos al momento del desembarco y del derrumbamiento de la cabeza de playa.

Volví a CU en mi Volkswagen. En la Coordinación el trabajo ordinario no se había interrumpido. Nadie había telefonado, simplemente porque Coordinador y Secretario Generales estaban en Oriente. Llegaron media hora más tarde y tras ellos dos autobuses llenos de alumnos y algunos profesores. Reapareció Pancho, a la cabeza del grupo.

Fernando salió al rellano de la antigua rampa de Radio UNAM que los visitantes de Oriente no intentaron tomar. No eran invasores, sino un grupo grande, ahora sí, de alumnos del Colegio. Silenciosos, pasaban de un reconocimiento a otro, en el Plantel el Rector y ahora estaban frente al Coordinador del Colegio. También el Coordinador era real, un profesor delgado y serio. Me mantuve a su lado.

Pancho tomó la palabra. Era seguramente el mejor dotado para encontrar el discurso que podía poner fin al incidente, grave hay que reconocerlo, no se puede apedrear a un Rector que visita un Plantel. El Ingeniero Arquitecto del IPN, profesor de Historia, pidió excusas por el acto condenable que había tenido lugar en el Plantel. No estaba planeado, nadie había incitado

a los alumnos a agredir al Rector. (El montón de grava en su camino, pensaba yo, mientras lo escuchaba, era puro accidente y no una santabárbara de proyectiles de un tamaño tal que no podrían causar mal grave a sus blancos). Pero el hecho era que le habían impedido visitar el Plantel, tan necesitado de atención, y lo habían hecho retirarse. No lo habían rechazado, expulsado, mucho menos corrido. Ahora solicitaban al Coordinador que gestionara una entrevista inmediata con el Rector para acudir a excusarse y pedir que olvidara el incidente. El Plantel Oriente no era violento, decía Pancho, y estaba dispuesto a trabajar con el Coordinador y con el Rector por una educación de avanzada, como la del Colegio.

Los más de 100 alumnos que llenaban apretadamente el piso inferior de la Coordinación seguían silenciosos y contritos.

Fernando, con una voz apenas audible, que obligó a un silencio ansioso, comentó que lo sucedido —no era el momento de enjuiciar a nadie—, constituía una ofensa grave al Rector, que seguramente durante toda la vida de la Universidad nunca había encontrado en ninguna escuela las condiciones para pasar al acto. Debían reconocerlo. Era el primer paso para distanciarse de la ofensa causada. En seguida debían tomar las medidas para que la comunidad entera, abandonando la actitud de rebeldía infantil, se comportara de manera adulta y culta, prefiriendo la discusión, si había diferencias, de las cuales él, Fernando, no se asustaba, toda su vida había conocido personas de cuyas opiniones discrepaba. Les anunció que la cita con el Rector estaba acordada y que en 10 minutos esperaba, no a todos lo que llenaban el piso bajo de la Coordinación, porque el sexto piso de Rectoría no tenía espacio, sino a una comisión de 20, entre alumnos, la mayoría y algunos profesores. De manera que el desdichado acontecimiento de la mañana quedaría definitivamente zanjado, a condición de que no solo hubiera terminado, sino que, por supuesto, la comunidad del Plantel Oriente lo considerara irrepetible.

Salieron en silencio. Fernando estaba sereno, pero también mudo. Había domado un brote de irracionalidad y lo había convertido en un acercamiento de los que no conocían y desdeñaban al Rector en persona, que dos horas después del ataque los recibía en la larga mesa de reuniones, donde todos encontraron asiento, en la sala contigua a su oficina, en aquellos tiempos.

Salió Oriente por la puerta del Circuito Escolar camino de Rectoría. Salí al estacionamiento y a la lateral de Insurgentes. Tomé el Periférico para terminar acuartelado en Naucalpan.

A estas alturas, voy a bajar la persiana de mi cubículo, porque el sol ha comenzado a asomarse tras el tejado de casa, para variar no hay nadie. Pero deja el estado del tiempo, que no es memoria sino repetición huidiza, y vuelve al tiempo de tu recuerdo, en 2025 no sabrías con quién juntarte para hablar del Colegio, ahora que las nubes se precipitan como una avalancha de nieve oscura por el cielo de la cuenca de la Ciudad, que no valle.

Hubo una época en que nos apoyaban sin proclamarlo ni saberlo nosotros. Nos faltan voces que discutan a nuestro favor en espacios alternos, donde no podemos hacernos oír, aunque gritemos.

—El Colegio ha sido siempre una carga sumamente costosa para la Universidad.

—No creo que haya sido caro. Gasta más que la Preparatoria en Laboratorios y punto.

—Pero ha gastado muchos recursos políticos, entre activista violentos, tomas de dirección y porros desbocados. El Rector está harto. Tiene un grupo, acaso tú sabes quiénes lo forman. A mí no me invitó, desde el conflicto que tuve con Rectoría, no digo el Rector mismo, sino su equipo, cuando publiqué una demanda de protección de la inútil policía del Edomex. Hubo un muerto, recuerdas”.

Los dos directores, FES Acatlán y Derecho comían en Los Canarios de Perisur, hasta eso, nada de lujo.

—Desde los tiempos de Soberón corrió la voz, una verdadera demanda, de deshacernos del Plantel Oriente, el peor por rebelde. Luego hubo un intento abierto y formal de expulsar a los cecehacheros, diría el inoportuno de Jorge Madrazo, Coordinador de Humanidades en tiempos del Congreso Universitario, en 1991. Y ahora no es un Coordinador, a fuerzas sectorial, sino el Rector quien encabeza a la Universidad entera”.

—Eso de la Universidad entera tiene sus bemoles. Formalmente, ni hablar, pero políticamente no creo que el Rector las tenga todas consigo. No olvides que el Colegio ha formado a bastante más de un millón de bachilleres y sigue manteniendo un compromiso de solidaridad, a pesar de varios de sus Directores Generales al menos desde el 10 ó 12. Qué manera tan desafortunada de desperdiciar un capital que habían acumulado hasta el 2010 los Directores anteriores. Ya quisiera yo que en mi Facultad hubiera un ambiente definido por metas comunes. En cambio, cada quien para su ídolo de la Suprema Corte y los demás son ignorantes.

—Yo la veo difícil para el Colegio, no creo que todavía haya quién convoque y sea oído, pero no hay que olvidar al Ave Fénix. De algo sirven los mitos. Y el Colegio tiene un acervo variado y amplio.

Retorno a Manuel Pérez Rocha intacto en su imagen que sonrío de memoria. La amistad comenzada, cuando el Ingeniero era el segundo al mando, brigada o navío, en la Comisión de Nuevos Métodos de Enseñanza, la amistad nuestra continuaba tras la renuncia concertada y leal del 73. Casi 20 años después, en vísperas del Congreso, cuando los grandes expertos en cabildeo reunían a los Consejos Técnicos para presentar frentes comunes en las discusiones que se avizoraban duras y seguramente interminables.

Lo que sucedió entonces en el Consejo de Humanidades, presidido por el primer ayudante del Doctor Carpizo, Jorge Madrazo, Coordinador de Humanidades, no lo supe sino muchos años más tarde, como anteayer de ahora, cuando el Colegio había arriado sus velas, pero sin verdaderamente prevenir la tormenta ahora desatada. Antes tuvimos tripulaciones más avezadas y de mirada serena frente a nubarrones y ráfagas de avanzada, hoy es 25 y nadie sabe en qué va a terminar. Pero no quiero imaginar los guiones alternativos, no se dice *escenarios*, mal anglicismo, al menos no me gusta, según los cuales nos echan de la UNAM y nos admiten de arrimados en la SEP o seguimos como Escuela Nacional de pleno derecho.

La cafetería de Sanborns San Jerónimo, segunda en antigüedad en los rumbos del Sur tras San Ángel y antes que Perisur en mis frecuentaciones y lugar oficial de las conversaciones, a plazos caprichosos, con Manuel, adscrito entonces al Instituto de Investigaciones Económicas —también la educación tenía ahí su financiamiento y sus presupuestos— durante 12 años. Llegué a la cafetería, junto a las ventanas, poco antes que el Ingeniero. Era nuestro sitio, de esos que merecen una placa conmemorativa de las conversaciones en las que dos universitarios resuelven problemas trascendentes e intercambian pareceres, sin evitar discusiones.

Como hacía años, Regina nos atendió, ni siquiera preguntó si el café era normal o descafeinado, faltaba más. No había bajada del Periférico, faltaban más de 10 años para que construyeran el segundo piso, pasaban coches con parsimonia de ciudad de provincia.

—La verdad es que no podía dejar pasar la iniciativa del Coordinador de Humanidades, además preparada por su cuenta, sin visto bueno del Rector en vísperas del Congreso Universitario. Las relaciones de fuerzas no están para andarse con provocaciones y menos si se trata del. CCH. Los profesores del Colegio

no tienen fuerza propia suficiente, pero sí son capaces de aliarse con la oposición de los grupos de alumnos rebeldes, la descendencia del CEU, digamos. Tienen un Coordinador y un Director del Bachillerato con apoyos fuertes en su comunidad y muchas simpatías de izquierda dispersas, pero numerosas. Aunque el Rector supiera, tampoco se vale. Y según puedo entender, Carpizo no tuvo que ver en nada con su iniciativa, sobre todo ahora que ocupa cargos tan importantes en el Gobierno Federal y no puede dar pie a que lo acusen de imprudencia, si se provocara un conflicto con tomas de dependencias y todo. Imagínate que alumnos del Colegio tomaran la Torre de Humanidades 2. Es su punto débil.

“Bueno, decidí parar la conspiración nada institucional del Coordinador de Humanidades. Argumentaría que la creación del proyecto del Colegio, que nunca llegó a concretarse entero, fue sancionada por el Consejo Universitario por unanimidad. El Bachillerato del Colegio y su Unidad de Posgrado han cumplido. Son varios cientos de miles los alumnos que terminaron su Bachillerato en el Colegio, y han obtenido enseguida un título profesional en Estudios Superiores de la UNAM. En otras palabras, el Colegio, pese a quien pese, ha cumplido. Es todavía el Bachillerato más avanzado pedagógicamente del país y un ejemplo que se irá imponiendo, porque responde mejor a las necesidades de formación en una cultura de cuya apropiación el alumno es el principal responsable.

“Me lancé por ahí para intentar que la mayoría del Consejo de Humanidades se interesara y comenzara por aprobar mi razonamiento, y luego votara por mi propuesta”.

Sabemos que el anfiteatro del Consejo de Humanidades corona la azotea de la Torre 2 de Humanidades, y deja en los dos extremos espacio suficiente para mirar la explanada central de CU, mar verde, ondulante a trechos de jacarandas sin flor en noviembre y tratar de descifrar los jeroglíficos que los caminos

entrelazados y evanescentes de los estudiantes trazan, como si escribieran en el agua. Lo he visto largos ratos en intermedios de coloquios y conferencias. Todos saben que en la explanada de CU, bajo los árboles de Las Islas y bajo las jacarandas, algunos fuman mota, para adaptarse al aire tenuemente verde difuminado como el aliento de la planicie. La explanada recortada por los edificios para mí es una llanura, donde la Universidad puede cabalgar sin término. Las mensadas que uno piensa a solas, cuando busca abrir un horizonte y volver a la pelea. Siempre ha sido una guerra intermitente mi actuación en la UNAM, aunque he sido tranquilo y, ojalá no me engañe, firme sin gritar, pero dejando sentir mi pasión sin decisiones extremas. Potros sueltos, peces fugaces que el sol de la playa de Santiago en Colima ilumina y no atrapa con sus rayos.

De la sesión del Consejo de Humanidades en 1990, de la planeación de la defensa del Colegio y de su incierto desenlace, a pesar de los cálculos previos que Manuel quería saber favorables, puede ser el título de los párrafos anteriores. Del resultado me enteré ahí mismo en San Jerónimo, pero no de inmediato, sino después del Congreso, ya avanzado el 91.

—Hubo lleno. Muchos no asisten o se salen en cuanto se deciden los puntos del orden del día que les interesan o ya defendieron un caso que afecta a su grupo su Instituto. Se llama de Humanidades, pero se trata muy poco de estas y lo dominan los juristas, Ciencias Políticas y Economía. Pero esta sesión era de grilla, porque se trataba de las propuestas de Humanidades para el Congreso Universitario del año que comenzaba, y por lo menos todos querían lograr que los presupuestos de los Institutos de Humanidades tuvieran montos semejantes a los de la Investigación Científica. No tienen razón, si se atiende a los puros números, porque los institutos de Ciencias gastan mucho más en laboratorios y equipo que los de Humanidades. Pero también la desproporción revela desprecio o al menos el prejuicio de que la



investigación en ciencias rinde y la burocracia ignora para qué “sirven” —la mano dibujaba las comillas en el aire— las humanidades. Es como si escribieran el sustantivo con minúsculas”.

Acordamos por mayoría ordenar el desayuno. Para los dos era la comida más sólida del día, y por entonces no nos preocupaba que fuera dietéticamente desaconsejable.

—Como la sesión era extraordinaria, el punto era único: las propuestas para el Congreso. Hubo dos o tres ideas genéricas sobre aumentar el número de consejeros universitarios investigadores, que seguramente pasaría, sobre publicaciones, sobre la anulación de la prolongación desmedida de los salarios de los directores que terminan un periodo.

“El Coordinador y Presidente del Consejo, Jorge Madrazo —el Ingeniero sonrió con una ironía ligera, al aparecer dirigida al blanco previsto de sus ataques— anunció que tomaría la palabra. El presidente no tiene que pedirla, pero los abogados son formalistas y saben fingir que respetan las normas, sobre todo cuando no les cuesta trabajo cumplirlas.

“Comenzó recordándonos la lección de la responsabilidad de Humanidades en el funcionamiento “limpio” —Manuel me aclaró que citaba textualmente en ese punto— “de una Universidad de alta calidad académica”. La UNAM debe exigir de todas sus instituciones un rendimiento que alcance niveles de excelencia. Debe asimismo (te estoy repitiendo el discurso casi textualmente) evaluar las escuelas que no lo logran, sobre todo si consumen su tiempo y los recursos de la Universidad en polémicas y desórdenes. Un caso patético (usó el adjetivo, seguro) es el Colegio de Ciencias y Humanidades. Fue un gran proyecto, pero, como consecuencia de los desórdenes de 68, el Centro de Didáctica, que ya no existe, no pudo encontrar profesores que no estuvieran marcados por la experiencia anarquista y de una izquierda oscurantista (antes se decía oscurantista de los conservadores y de la Iglesia, ahora les tocó a tus colegas y

a ti). Los directores de Escuelas y Facultades, también los que apoyaron la creación del Bachillerato del Colegio, se quejan de la pésima preparación de los egresados que aparecen en el primer ingreso de sus escuelas. El Consejo de Humanidades, corresponsable de la formación en este ramo y de mantener el nivel académico excepcional que ha caracterizado a la UNAM, tiene el deber de proponer que el Colegio de Ciencias y Humanidades, el mal llamado CCH, puesto que o no se esfuerza por lograr la excelencia o sus condiciones no lo permiten, sea cedido a la SEP o que se le otorgue la condición de escuela autónoma no universitaria. Como el Colegio de Bachilleres o el Conalep”.

No había imaginado que el desprecio de muchos universitarios llegara a ser tan abierto. Las costumbres y protocolos en uso en los profesionales de la política universitaria aspiraban, antes que nada, no a la ventaja de la Universidad, sino más infantil y peligrosamente, no quedar nunca en minoría. Si el Doctor en Derecho había planteado literalmente la segregación del CCH, significaba que sus cálculos llegaban a la probabilidad de convocar una mayoría en el Congreso.

Yo no creía, de momento, como habíamos comentado varias veces, y coincidíamos, que les sería fácil, porque habría un número alto de alumnos y profesores responsables electos, pero para seguir repasando mis inquietudes, comencé a partir mi tercera enfrijolada. Manuel había terminado sus huevos a la mexicana. Pedimos más café, podríamos hablar sin interrupciones.

—Pedí la palabra. El Coordinador no palideció, pero tuve la percepción de que se le tensaron los maxilares, de que pensaba “ya me habían advertido, a ver con qué sale este revoltoso “. Me la dieron después de dos intervenciones programadas como refuerzo de los argumentos del Presidente. Menos claros, pero sacaron argumentos de las pedradas que en Oriente recibió el Rector Soberón, mal día para el Colegio sin excusa, y de las destituciones de directores, cuando tú y yo estuvimos en le

Coordinación, no necesito informarte. Voy a mi discurso. Me cito aproximadamente:

*“La UNAM tiene la obligación de cumplir su servicio a la nación. Cumple sus responsabilidades innovando en ciencias y humanidades. No puede ser una institución paralizada por el miedo, acaparada por lo que otras instituciones de corte comercial llaman la calidad académica —Manuel debe haber sonreído con ironía en el Consejo—. El doctor Pablo Latapí suele decir, lo cito porque lo he oído en público, que la calidad es un concepto vago y nunca definido con solidez. Sugiere, los sabios son siempre modestos, que hablemos de normalidad educativa, es decir, del funcionamiento completo de las escuelas, con programas actuales y centrados en lo importante, sin sobrecarga de erudición inútil, donde todos los profesores asistan a todas sus horas de clase con todos sus alumnos, evalúen a sus alumnos de la manera y en los calendarios conocidos de antemano, los informen de sus resultados y los orienten para eliminar sus errores, sin actos de violencia, con bibliotecas llenas de libros actuales, lo que incluye, por supuesto, los clásicos de la antigüedad y los autores modernos, que los alumnos efectivamente lean y comenten, que aprendan a calcular, matemáticas. Escuelas donde todos merezcan respeto y tolerancia, con libertad de cátedra, que es un principio universitario, y de aprendizaje, que no se enuncia, este último, como principio, pero radica en la dignidad humana. El Colegio de Ciencias y Humanidades fue creado por un Rector excepcional y por un equipo de Directores con visión de porvenir, tiene un proyecto de avanzada, lleva ya 20 años de trabajar y quien haya pasado un mes en el Colegio sabe que la mayoría de sus profesores siguen entusiasmados con su tarea, que saben que les confió el Consejo Universitario en 1971.*

*“Tuve el honor de ser Coordinador General del Colegio por muy breve tiempo, cuatro meses, con un pacto de respeto a la*

*autonomía institucional del cargo del que única y directamente daría cuentas al Rector. Terminamos, con un equipo plural y decidido de profesores del Colegio y de académicos bien formados en Pedagogía, terminamos los cursos de selección de profesores, que se iban prolongando innecesaria e injustamente por cuatro meses. Renuncié, y mis compañeros de gestión sin excepción y solidariamente presentaron también su renuncia. Era la dignidad del Colegio.*

*“No puede ser que ahora, sin que hayan intervenido en estos años acontecimientos que pongan en duda la seriedad ni el compromiso universitario del Colegio, el Presidente de este Consejo, proponga su alejamiento. Sin que el Rector lo sepa, me consta. Sin indicación, en términos de uso comunitario, y, para colmo, sin línea del Rector anterior, el Dr. Carpizo. Por cierto, fue quien dotó al Colegio de Profesores de carrera, hace, digamos, cuatro años. ¿Se pervirtió el Colegio por tener profesores Asociados? ¿O se equivocó radicalmente el Rector de entonces? -Esa debe haber dolido, Madrazo se comporta como si fuera heredero de Carpizo-. Puede haber un sector del Gobierno Federal al que le gustaría quitarse de encima una institución que no se le somete, pero tampoco lo agrade, sino sigue su camino universitario de docencia renovada y de innovación constante, nunca perfecta, pero que quien ya se sienta perfecto, que lo declare y se someta al juicio de este Consejo y de la Universidad. Y sobre todo que nos revele cómo le hace para llegar siempre a la perfección. O a la calidad, que está más de moda.*

*“CCH no es mal nombre, resume la esencia de la Universidad en sus letras, Ciencias y Humanidades, por las que, ambas, habla el espíritu. Tiene deficiencias, pero díganme si todas las facultades de Ciudad Universitaria o las ENEP son perfectas. La idea de fortaleza, que ha puesto el Rector anterior en el centro de los debates, no significa maravillas alcanzadas, sino posibilidades de vencer las debilidades.*

*“Votaré no contra el Coordinador de Humanidades, sino contra su propuesta de separar de la Universidad al Colegio de Ciencias y Humanidades. A la propuesta del Presidente del Consejo propongo otra, alternativa: que la Universidad, como el Rector declaró en el Consejo Universitario en 1971, con el aplauso de todos, y me permito añadir por mi cuenta, que la Universidad y el Consejo de Humanidades se hagan cargo de apoyar al Colegio para acercarse a obtener lo que le falta. Y no pongo plazos, es una tarea continua y una clave de la innovación en la UNAM”.*

—Esa fue mi intervención. Siguió un silencio, curiosamente sereno. Creo que muchos, los del Instituto de Ciencias Sociales, varios de Filológicas, puede que hasta algún jurista, sintieron que podían eludir la consigna del jefe, votando por mi propuesta, aunque fuera bajando la mirada escrutadora del Coordinador, que no faltaría. Pero no hubo necesidad. El principio de nunca quedar en minoría se impuso de nuevo. El Presidente del Consejo retiró su propuesta y no hubo votación, y así tampoco aprobaron la mía. Pude insistir, pero me pareció prudente no ponerle más banderillas al toro. Además, pienso llevar mi propuesta al Congreso, al fin de cuentas es una ratificación y un recordatorio de lo que el Consejo aprobó en 71.

Manuel y yo nos despedimos en la puerta.

En uno de los intermedios de las sesiones del Congreso de 91, me encontré como a diario con uno de los representantes de Economía, antiguo profesor de Naucalpan.

—Me imagino que has hablado con el Ingeniero Pérez Rocha sobre la sesión del Consejo de Humanidades de noviembre, para aprobar las tesis que presentaría el Coordinador, y apoyaríamos. Esto último es lo que se supone que nos tocaba hacer, o lo que el Coordinador suponía ilusoriamente, ya sabes cómo se trata de un juego de las escondidas. Ya te conté sus decisiones, cuando

uno de sus cabilderos me llamó por teléfono antes de la sesión y lo que me dijo. De la sesión seguramente el Ingeniero te informó con detalle, porque se llevó la tarde. Creo que se aprovechó de las pocas simpatías de *Jorge 2* entre los Directores de Institutos, el del Instituto de Economía también se portó directo y libre, racional, serio. Uno, de economista, se equivoca a cada rato con los pronósticos sobre el PIB del año, pero muchos tenemos palabra. El Instituto es universitario y sigue sus convicciones, que la mayor parte de las veces son dispersas, por razones políticas de la izquierda. Así es este negocio de los tamales. Al salir vi a muchos directores y consejeros contentos, aparte de que algunos fueron profesores del Colegio, su primer y aventurero trabajo, pues, porque hubo una discusión argumentada y no votaciones mecánicas apoyando el botón de “Sí, señor, sí”. Ni madres. Bueno, cumplí tu solicitud para la sesión de hoy, por cierto, no la hiciste por escrito, los del CCH son unos pinches maleducados que no toman en cuenta el respeto que se debe a sus mayores”.

**R**ecién nombrado Coordinador, Fernando ocupó dos cubículos de oficinas que deben haber sido dependencias de la primitiva Orientación Vocacional, prestadas al Colegio, con una salida a un estacionamiento en desuso, que sirvió para atender varias veces comisiones cercanas a los rituales de asamblea, principalmente del Plantel Oriente, en su largo peregrinar en busca de la Tierra Prometida, que equivalía a contar con una Dirección del Plantel, a la que hacían todo lo posible por no llegar, porque no lograban aceptar que el Rector designara, conforme a derecho, al nuevo Director. Varios sustitutos, que se cubrían con el sustantivo de Encargado de la Dirección, fueron sucesivamente rechazados, sacándolos de las oficinas de la Dirección, de algún reducto de la inmensidad del Plantel, o bien detenidos antes de que entraran, para verlos obligados a ejercer su fugaz oficio repitiendo el papel de Moisés que no alcanzó la Tierra Prometida, desde las oficinas de la Coordinación en CU.

Sin salida a la explanada de CU, las primeras oficinas que ocupó el nuevo titular de la Coordinación General tenían ventanas asomadas a los árboles y a algunos milagrosos destellos morados de las jacarandas que estaban terminando de cumplir su cometido anual, julio ya de 74.

Una sola salida. Los profesores activistas de Oriente decidieron sitiar la Coordinación, Coordinador incluido, solo for-

malmente, porque el Coordinador no durmió ni una noche en sus oficinas, pero estuvo *siempre* sitiado. Por lo demás, los profesores de Oriente ni siquiera intentaron una rendición por hambre, porque permitían que los paquetes de comida entraran por las ventanas a la vez evidentes y discretas. En esas condiciones la batalla era por la dignidad, y sobre todo por los derechos de los universitarios a no verse impedidos contra su voluntad de circular por los espacios universitarios. Sitio y defensa terminaban al anochecer y recomenzaban en el punto en que se había suspendido la víspera, con defensores y asaltantes en sus posiciones reconocidas.

Dos días después, era una mañana de sol todavía sesgado, la comisión secuestradora permitió al Coordinador salir al estacionamiento. Se estableció la asamblea, más apropiadamente una negociación pública: por una parte, el Coordinador y dos o tres profesores a su lado; por otra, una multitud más bien exigua, unos 80.

Me tocó estar, algo debí tener que hacer en la Coordinación a la que nunca entré, pero al dejar el coche en la rampa que baja del Circuito Escolar al estacionamiento del edificio, me encontré con que Fernando comenzaba la discusión. David debe haber estado en las oficinas. Me coloqué a la izquierda de Fernando frente a los profesores, para seguir los vaivenes del choque.

El Coordinador formuló una protesta contra la violación de sus derechos de universitario. Los profesores pedían un director nombrado en asamblea general de Plantel. El Coordinador se negó. No se alzaban gritos, pero tampoco evolucionaban las posiciones. Ninguna de las partes podía ceder sin pérdida de responsabilidad universitaria del Coordinador y de poder de convocatoria de los profesores.

Al lado del Coordinador al principio, me fui alejando lentamente rodeando las tropas del Plantel, y terminé del otro lado y atrás de los profesores sin confundirme con los guerrilleros.



Tenía curiosidad de abarcar las dos formaciones en conjunto y seguir la disputa en una perspectiva cabal.

La mirada encontraba en el panorama símbolos y aprendizajes. Al fondo Fernando, delgado, con su saco deportivo sobrio, de *tweed* gris, que lo acercaba a mis preferencias del invierno francés camino de la Sorbona, sereno él, hablando en voz apenas suficiente para ser oído al fondo del grupo de profesores. Las cabezas de éstos inmóviles, atentos. A ratos la voz aguda de Javier Centeno argumentando sobre la democracia que, según decía, alcanzaba en la UNAM para designar en asamblea y voto a mano alzada al director de su plantel. Pocos lo respaldaban. Imaginé que habían ido sobre todo para saber a qué atenerse con el Coordinador nombrado hacía pocas semanas en un conflicto que había recorrido ya, con altibajos, unos tres meses.

No había agresiones virulentas de las bases, pero sí una lista invisible de demandas, sin *incipit* ni *excipit*, es un decir. Fernando hablaba en voz baja, insisto, justo para ser oído en la última fila. Nunca cambió de tono. Simplemente explicó que las decisiones que demandaban no podían aceptarse sin más, por ejemplo, que la comunidad eligiera en votación a mano alzada a su nuevo director. Desechó la representatividad de los presentes, arrebatada al Plantel. ¿Habían consultado a los 15 mil alumnos? Los profesores no podían constituirse en el Senado Romano, la aristocracia del Plantel. (Hubo un removerse de pies, audible donde me encontraba). Estaba dispuesto a abrir un intercambio de razonamientos, siempre en el ámbito de la normatividad universitaria y de sus valores, como la veracidad, el respeto, las acciones pacíficas.

No hubo acuerdo. La entrevista no terminó. Murió. Sin cita de continuación ni despedida los profesores se retiraron. Fernando volvió a su secuestro, en vez de irse a su coche, por ejemplo. No era un acto improvisado. Estaba reuniendo ofensas, canicas, diría luego, para poder seguir jugando.

Por un momento hasta pareció que el grupo de profesores se disolvía. Quedaron unos 20 y organizaron una conferencia de líderes, a la que no me acerqué, volví al lado de Fernando. Hice algunas observaciones y nos despedimos. Estaba sereno.

Cinco minutos más tarde los profesores, encabezados por Centeno, entraron arrebatadamente a la Coordinación y de inmediato Fernando se alejó hacia Rectoría a pie. David se quedó conmigo unos minutos, mientras salía todo el personal de la Coordinación, que los asaltantes cerraron y sellaron con cinta café firmada con un garabato que seguramente podría ser la firma de Centeno o de cualquier otro. Dejaron guardias, cinco o seis, y no supe más, por ejemplo, la intención de duración ni las condiciones del despojo de un espacio universitario.

Ese mismo día, con las actas que ya estaban cuidadosamente levantadas por el Jurídico de la Universidad, el Coordinador General, acusó únicamente a Javier de despojo de inmueble universitario y secuestro ante el Ministerio Público de Coyoacán, a la vuelta de Melchor Ocampo, a una cuadra de Miguel Ángel de Quevedo, en la Romero de Terreros. Las tropas sitiadas rompieron el cerco y dieron la batalla en campo abierto.

El principal acusado era Centeno y Fernando y David se arreglaron para que se diera por enterado. Un día después la Coordinación estaba liberada. Pero Centeno comenzó un largo y sinuoso itinerario jurídico para librarse de una pena de prisión no muy larga, seguramente de un par de años por sus delitos comprobados. Esta inversión de energías y recursos lo debilitó ante sus aliados de Rectoría. Los profesores de Oriente aprendieron que Fernando no se inmutaba al presentar acusaciones jurídicamente impecables contra los atropellos que cometieran contra la Universidad. Y que el reinado de Valentín sobre el Colegio, en su cenit en la Coordinación de Manuel, había terminado. El Rector cumplía con Fernando el pacto sellado con Manuel y rescindido por quién sabe qué motivos. Teníamos un

Coordinador apoyado por Rectoría.

El Coordinador tomó el toro como venía y obtuvo de Rectoría una mitad del antiguo edificio de Radio UNAM, compartido, en el primer piso, con una extraña dependencia menor de ANUIES, todavía residente en CU desde hacía años. El Colegio dejó de vivir de prestado. Tuvimos un recinto propio y punto de partida de significados importantes. Teníamos presencia en CU y el edificio de Radio UNAM, ya sin auditorio ni cafetería, desaparecidos en sabe qué adaptaciones en los 60. La antigua torre de transmisiones seguía, ya muerta, al lado poniente, entre los eucaliptos, esperando ser desmontada para emigrar y sobrevivir en sabe qué funciones.

La oficina del Coordinador era amplia, soleada, pronto adornada con una serie de planchas sobre la luz y la oscuridad de un pintor transterrado español. La puerta era doble y las paredes cubiertas de madera, para asegurar la limpieza de los sonidos antiguos en las cabinas de transmisión de Radio UNAM. Una mesa larga, la misma que se usó desde años antes para las reuniones de Directores de los lunes, completaba lo esencial del mobiliario. NI lujos ni carencias, la medida exacta de lo necesario. El Colegio podía reconocer en la oficina central su aspiración a contar con lo indispensable para el trabajo universitario, sin pretensiones ni excesos en nada, pero en un local lleno de tradición y sobria dignidad. Avanzábamos.

El Colegio había salido vivo de la primera guerra de aniquilación. Había que ver si el nuevo Coordinador llegaba a compartir el proyecto de Colegio de Ciencias y Humanidades.

**E**n Atlihuetzía, Tlaxcala, tuvo lugar la primera Reunión Foránea del Colegio. De esta reunión de la Coordinación con la Junta de Directores y sus equipos, que tuvo el sentido de un corte permanente en la historia del Colegio, puede contarse mucho: que los cuartos eran los de una casa de retiro y de noche helados, y la comida de cárcel de castigo. Los de Azcapotzalco, menos resignados, simplemente salían al pueblo cercano, Santa Ana Chiautempan a comer y la primera vez volvieron todos con zarapes. Después del simulacro de cena, muchos se ponían a jugar dominó y se consolaban con un ron barato.

Carlos Medina y yo compartíamos una celda y tratábamos de dormir temprano, porque sin televisión ni buena luz, a pesar de la pertenencia del recinto, tan austero como olvidado, a la Compañía Federal de Electricidad. La segunda noche hubo un sainete involuntario. José de Villa, dueño de la *Gaceta CCH*, adaptada a la llegada del Coordinador, siguiendo el ejemplo de Don Henrique, que había fundado la *Gaceta UNAM*, vuelvo a José, después de perder varias partidas de dominó y ganar varios vasos de algún brandy nacional casero y con una etiqueta bastarda, resbaló en la lama de la orilla de una alberca antigua y vercosa, oscura a mediodía y más a medianoche. Se oyó el chapuzón y gritos. No era profunda, pero helada la alberca y él incapaz de nadar, gritaba y pedía auxilio a los que lo veían

desde la orilla debatirse y se burlaban. Las luces de los cuartos que daban al patio se encendieron, hasta que Fernando ordenó que lo ayudaran, por lo menos para no dedicar el siguiente día a un velorio tan indeseable como improbable. Lo sacaron, lo hubieran hecho de cualquier modo. Tiritaba, más que nosotros que también lo hacíamos bajo las cobijas del monasterio inclemente. Lo acostaron, seco, y al día siguiente estaba ojoso, pero disponible para dejarme, era su decir repetido, ocuparme de” las bases”, mientras él se encargaría de “las jerarquías”, encomienda que me echaba en cara, porque no había aceptado quedarme en la Coordinación con don Henrique, tras la renuncia de Manuel.

La primera tarde, antes del resbalón, primera sesión, sucedió lo que resultaría trascendente para el Colegio. Se trataba de ir delineando las líneas de acción directiva. El Coordinador nos invitaba a participar. Nadie discrepaba de la necesidad de gobernar, pero a muchos nos preocupaba hacerlo para mantener el proyecto y el crecimiento académico del Colegio y los lazos con la comunidad de profesores. El Colegio era para nosotros también una academia grandota que no olvidaba las realidades universitarias. Otras concepciones lo declaraban prácticamente autónomo, sin darse cuenta de que su línea terminaba con el Colegio fuera de la Universidad. El último eslabón de la cadena resultaba endeble, pero no lo sabíamos, aunque había un rumor indeciso como de truenos lejanos que terminarían apenas en murmullo.

Tras algunas intervenciones genéricas y sin brújula, anuncios de ocasión, cayó una niebla espesa de silencio. Fuera se sentía un sol de invierno, embozado en una ligera capa de nubes transparentes. Nadie pedía la palabra, sobre todo ningún Director se atrevía, callaban con la vista clavada en sus notas, o en páginas en blanco seguramente. Finalmente, el Encargado de la Dirección de Oriente, elegido por las bases, pero con nombramiento de Secretario Estudiantil, comenzó un violento reclamo. La violencia no demanda ni gritos ni insultos, basta

sobre todo contraponer radicalmente una postura propia contra otra, que se califica por metalepsis de impositiva. Lo hizo bien, el Ingeniero, en la dimensión meramente retórica.

Solamente puedo reproducir no su discurso directo, pero sí el indirecto libre. El tema esencial, que había originado el disgusto de los Directores, dijo él, era el manejo del presupuesto. El Coordinador no tomaba en cuenta las necesidades de los Planteles, que conocían mejor los Directores. Pero no los habían consultado para elaborar el proyecto, era noviembre, y las dependencias presentaban en esos días sus demandas para que el Consejo Universitario las atendiera. (En realidad, ni entonces ni después, para que les hiciera caso). Por eso, los Directores estaban inconformes y pedían un cambio de orientación profundo, para respetar las funciones que les asignaba la reglamentación de la Universidad sobre todo y del Colegio. Los Directores demandaban la condición de un ejercicio de la autoridad compartido. No apareció, hubiera sido excesivo, incluso para el orador, la palabra “cogobierno” de uso probablemente cotidiano y aceptado en su Plantel, Oriente.

Terminó y los Directores, menos el Doctor Renero, mi Director de Naucalpan, se removieron al mismo tiempo en sus asientos, con desazón, y este gesto colegiado fue toda su intervención en el tema. Barraza, del Sur, miraba un metro por arriba de la mesa del Coordinador buscando escabullirse por la pared del fondo. Los subordinados, la mayoría, ni sabíamos que los Directores habían conspirado ni habíamos oído de un problema de presupuesto supuestamente acaparado por la Coordinación.

El Coordinador preguntó si alguno quería intervenir. Nadie se movió.

Fernando comenzó su respuesta en la voz pausada que revelaba seguridad y disimulaba totalmente la ira, que seguramente había. También recojo sus palabras en discurso libre, suficiente pero mera memoria clara del sentido del discurso.

—Cada quien tiene una función; el Coordinador soy yo, por buenas razones, o sin razón puede pensar alguno, y nadie puede impedirle pensar así, y yo menos, aunque esa visión no tenga ningún fundamento. No por dejar entrar en su consideración estos pensamientos, porque no se trata de convicciones, van a cambiar los hechos. Nadie puede negar que el Rector nombró legítimamente al Coordinador actual, como hizo con el Ingeniero Pérez Rocha o todavía antes con el Ingeniero Bernal. De manera que van a tener ustedes que acatar mis decisiones, que, por cierto, discutí con cada uno de los Directores, incluyendo al más reciente, el de Oriente. Hubo tiempo también para él. De manera Ingeniero, que el proyecto de presupuesto ha sido tratado en el Colegio, y será aprobado con toda legitimidad por el Consejo Universitario. He recibido la tarea de dirigir al Colegio, como representante directo del Rector, al que tengo acceso inmediato y me voy a comportar en uso de todas las facultades necesarias para cumplir su encargo. Si alguien tiene dudas u objeciones, las primeras las resolveremos aquí, pero también las segundas, porque mis responsabilidades comprenden las medidas necesarias para la buena marcha del Colegio y podré dar respuestas y elegir orientaciones. Pueden también, si alguien lo cree necesario, como cualquier miembro de la Universidad, recurrir al Rector, háganlo, pero les anticipo su respuesta: para eso tienen un Coordinador”.

No lo supe entonces, pero el Ingeniero, Encargado de la Dirección electo por las bases, nunca nombrado Director, había llegado con su intervención a los peldaños más bajos de la guillotina. Solo y por su cuenta. Aquí no estaba ni Toño MRP, ni Cuauhtémoc, ni Víctor matemático, ni Centeno o, mejor, María Eugenia, ni “El Ché”.

Se hizo un silencio que no hubiera dejado entrar en su espacio ni una palabra, como si se hubiera acabado el aire. A los secretarios nos quedó claro: los directores se habían reunido. Podía colegirse lo que dijeron en un desayuno acaso en la Zona Rosa.

Seguramente no hubo unanimidad, pero tampoco ninguno había asumido una posición completamente clara. Acaso hasta tenían varios oradores convenidos para exponer sus inconformidades, pero se les olvidaron los apuntes. Uno solo habló e intentó torpemente poner en entredicho la autoridad del Coordinador. Fernando creó la evidencia de que el poder era suyo, en un acto parecido a una consagración de jefe de guerra. Nadie agregó ni reticencia ni menos todavía dudas. Mandaba el que mandaba. Teníamos de nuevo Coordinador, era Fernando. Punto.

Cuando el Coordinador terminó y, teóricamente recomenzaba la sesión sobre el desarrollo del Colegio, pedí la palabra y me acerqué al pizarrón, visible del semicírculo de mesas que lo encerraba. Me urgía obtener un compromiso sobre el futuro académico del proyecto del Colegio. Resumí las ideas esenciales de la “vieja experiencia pedagógica” consistente en aprender a leer, a redactar, a corregir el idioma, a resolver problemas matemáticos y a calcular, a comportarse como lo hacen los especialistas en Ciencias y Humanidades, cuando trabajan en problemas de su especialidad. Resumí los trabajos de elaboración de programas por objetivos y los mecanismos de los Cursos de Selección.

No hubo comentarios. Debió parecerles un rollo fuera de lugar, cuando lo que había estado por unos minutos en juego era el poder en el Colegio. Pero era importante recordar, y concordar entre todos, para qué serviría el poder recién ostentado. Borré el pizarrón, me senté. Terminó la sesión. El poder universitario estaba en las manos de quien sabía defenderlo. No me preocupaba, sabía que podíamos confiar, aunque el Coordinador no hubiera sancionado, ni rechazado mi intervención, porque el efecto que buscaba era importante y político, asentar definitivamente su autoridad de Coordinador y su poder. No hacía falta complicarlo con discusiones sobre la naciente teoría académica del Colegio. Que sin embargo debía justificar el ejercicio de su autoridad y de su poder.



A principios de su gestión, el Rector había creado la Unidad de Estudios Profesionales y de Posgrado, la UACPyP, pero también estaba desarrollando un proyecto de campus periféricos, las ENEP, que venían a despojar al Colegio de contar con unidades de estudios profesionales cuantiosas. Una sola carrera para el CCH, Investigación Biomédica Básica, con generaciones de 25 alumnos, desde el primer día trabajando en investigaciones y con el desarrollo completo hasta el doctorado. Bella, sin duda, con un asesor para cada alumno. Y aquí me afloró la pregunta: ¿Cómo se iban a relacionar, en una sola institución, con los mismos principios, el Bachillerato y los Estudios Superiores del Colegio? Y la formulé.

El Coordinador respondió de inmediato, pero al poco tiempo me convencí de que había estado improvisando. No había pensado en el problema de un solo Colegio con dos Unidades, no en términos académicos, sino al menos operativos y vagamente institucionales.

—Estoy creando —y ahora creo que verdaderamente la creaba en ese momento, sin ninguna reflexión anterior— la Secretaría de Planeación, para mantener el vínculo entre las dos Unidades. Habrá un Plan de Trabajo anual y un Plan de Desarrollo del Colegio, digamos por quinquenio. —Cito con incierta memoria y cierta ironía.

Nadie preguntó más.

Pero no pude dejar de sentirme solo, el único que había recordado que había un proyecto del Colegio que incluiría todos los niveles de docencia y la investigación. Los demás, todos los Planteles, pensaban en otras esferas, Recordé a Ungaretti:

*Ognuno sta solo sul cuor della terra  
Trafitto d'un raggio di sole:  
Ed è súbito sera.*

**A**cabo de escribirlo. La Secretaría de Planeación nació sobre la marcha en la primera foránea de los cuerpos directivos del Colegio, para tener un esbozo institucional de que el Colegio, con un Bachillerato de 75 mil alumnos y un Posgrado de dos carreras, licenciatura, maestría y doctorado en Investigación Biológica Básica y en Investigación de Operaciones en el IMASS, seguía siendo un único proyecto. El Coordinador se la sacó de la manga, cuando insistimos en cuál iba a ser el nexo entre los extremos de la formación académica, la inicial y su culminación, que comenzaban a coexistir en el Colegio.

No queríamos desmembrar al Colegio, todavía ilusos por no haber despertado, tres años más tarde, del encantamiento del proyecto inicial, como colaboración de escuelas y facultades, del aprendizaje y de la investigación.

Comenzó a existir la Secretaría y nombraron a Carmen Christlieb, lo que nadie objetó ni ambicionaba, porque ni siquiera resultaba apetecible una secretaría cuya misión nadie sabía con claridad en qué consistiría. Carmen, en vez de atacar el problema de la dispersión, inventó la *Ruta Crítica y Matriz de Actividades*, primera orientación del Bachillerato para la planeación individual de la docencia y de inmediato se enfrascó en organizar cursos, ante todo, para manejar el instrumento, adornado con apellidos cercanos al Colegio: era un dispositivo

“crítico” y confinaba con la imagen de un camino para llegar lejos. Los profesores no lo vieron así y el instrumento tuvo resultados dispersos y percibidos como burocráticos por una comunidad entregada más bien a buscar sus salidas que a seguir itinerarios que otros intentaban trazarle.

Al mismo tiempo, en 75 el Secretario General del Colegio formó un grupo de investigación encabezado por Mariclaire Acosta, con dos investigadores, para decirlo más exactamente, con dos alumnos recientes de posgrado, uno en sociología y otro en antropología social inglesa, para determinar el perfil de la primera generación de alumnos del Colegio. ¿Cuál era y de qué tamaño su cultura general y cuáles los deseos y propósitos de nuestros alumnos en el CCH y en qué condiciones sociales se insertaban? Dos exalumnos de la primera generación de Naucalpan formaron parte del grupo en una condición sin sustantivo de aprendices de investigador. Crecieron a lo largo de años.

Del trabajo resultó una buena dosis de información sistemática y originó algunos mitos, como el de que el 15% de los alumnos trabajaba, cierto ese año en esa generación, pero repetido hasta la saciedad sin actualización, justificó, aunque no solo, la existencia del cuarto turno de 17 a 21 horas, hasta los años 90, y alimentó la resistencia de los que creían que reducir la población estudiantil y en la tarde equivalía a cerrar las puertas del Colegio a la clase trabajadora. Había entonces que mantener intactos los dos turnos de la tarde para no renegar del proyecto social del Colegio. La verdad era que en los años 80 los alumnos que trabajaban lo hacían en su inmensa mayoría en sus familias y quienes se declaraban trabajadores formales alcanzaban un menguado 6 ó 7%.

El estudio se publicó con una pasta roja que me recordaba, por pura nostalgia del *Boul Mich*, la aparición del *Livre Rouge* todavía en 68, y fue una acertada aportación insólita: ninguna escuela de Educación Media Superior tenía un grupo de inves-

tigadores que producían estudios serios sobre su institución. La meta de continuar el seguimiento de las generaciones del Colegio siguió viva y dos años más tarde estaba lista la siguiente etapa. En ella quedaba claro lo que pensaban los alumnos del Colegio. Falso que estuvieran politizados o tuvieran ansias revolucionarias, más bien aspiraban a que su Plantel funcionara bien como escuela, con clases completas, idea rara vez alcanzada en algún semestre, con Bibliotecas y libros útiles y disponibles en número adecuado para los 15 mil estudiantes de cada Plantel, sin asaltos de porros y con Laboratorios provistos de sustancias e instrumentos. No les importaban los partidos políticos y una minoría exigua se declaraba próxima a alguno de ellos, a esas alturas PAN, PRI, PRM, PCM, reconocidos o no. Tampoco leían periódicos y en la tele no veían las noticias.

Que los Planteles funcionaran pacíficamente encontraba su mayor obstáculo en los grupos políticos, de izquierda todos ellos, porque los cercanos al PRI, los porros de Naucalpan, por ejemplo, no eran mirados como asociaciones políticas, sino como asaltantes de camino real.

Pero en Naucalpan, un ejemplar fotocopiado del segundo estudio, que cayó en mis manos ya Director, me sirvió para acentuar los programas del Plantel en los puntos que se reconocían fundadamente sensibles para la comunidad. Así, por iniciativa propia, comenzamos a abrir la Biblioteca los sábados y, en tiempo de evaluación, incluso los domingos por la mañana; supervisamos con detalle los Laboratorios, argumentamos con fotos la construcción de las nuevas Bibliotecas, que el Rector adoptó como un proyecto propio.

Así, cuando a la Federación Nacional de Organizaciones Bolcheviques, en los 80, ya con su ingeniero Córdoba fundador que los encabezaba todavía hacia el 2020, envió el mismo año 25 nuevos alumnos entrenados en mítines y tomas, se encontraron en las asambleas que convocaban con un discurso que los

acusaba de querer estorbar el buen funcionamiento del Plantel que correspondía a los intereses de la mayoría y que ellos, en cambio, funcionaban como un grupo ajeno al Colegio y secretario. Las asambleas y mítines se convirtieron en espacios de propaganda sobre los servicios que la Dirección organizaba y aumentaba para servir a los alumnos.

Por eso, antes de dar la palabra a algún funcionario, la presentación de los hasta ese momento dueños del micrófono era: “Pongan atención, porque el Director es mentiroso, los quiere engañar. No le crean, le vamos a dar la palabra porque somos democráticos, pero no le importan los estudiantes, sino sus intereses burocráticos que comparte con la burguesía y los que se han adueñado de la Universidad. ¡Lucha, lucha, lucha, no dejes de luchar, por una educación científica y popular!”.

Nosotros insistíamos en los servicios que estaban ya funcionando en el Plantel, más libros prestados a domicilio, más tiempo de Biblioteca, exámenes extraordinarios mejor planeados, y en el intento opuesto de someter el Plantel a un grupo sectario al servicio de intereses ajenos a los estudiantiles.

Las asambleas terminaban en la dispersión, cuando los bolcheviques sentían que el control se les había ido de las manos.

No nos hubiéramos atrevido a profetizarlo, pero en la campaña de Salinas de Gortari, Antorcha Campesina, encabezada por su Líder Máximo, El Ingeniero, salió al encuentro del candidato del PRI en alguna carretera secundaria de la Sierra de Puebla, región donde a toda costa han prevalecido, y se comprometió con su campaña. Ignoro si desde sus inicios estaban vendiendo revolución o si, llegados a cierto poder, sus acciones alcanzaron un precio atrayente. Pero nadie me ha puesto de juez en Israel, cada quien sus convicciones.

El estudio de los intereses reales de los alumnos sirvió para orientar la política contra los grupos foráneos incrustados. Era la academia al servicio de la política institucional. Pensé

entonces, y sigo convencido, ahora que no queda nada ni de los bolcheviques ni de las Direcciones que salían a un mitin, aunque tendrían mucho que decir a la comunidad, al menos a los más interesados si no tuvieran miedo. El CCH, ahora en 2025 y desde hace 15 años se ha ido pareciendo mucho más al Colegio México, al Simón Bolívar o a la Escuela Nacional Preparatoria, sobre todo.

Por eso me angustia saber que los que odian nuestro nombre, están activos y traman darnos muerte. Pero estamos nosotros, ¿quiénes? unos pocos, aunque la multitud de exalumnos es enorme, y el CCH no desaparecerá, porque hay 55 mil alumnos que no pueden quedar en la calle. Incluso es posible, si el Colegio queda bajo su dominio, que la SEP inaugure nuevos Planteles, si le resulta cómodo, pero no serán Colegio, impensable fuera de la UNAM.

U nas semanas después de la toma de posesión de Fernando como Coordinador del Colegio y de David Pantoja como Secretario General, volví a sentir cuánto el Colegio pertenecía a la UNAM, porque nos habían cedido una parte de la antigua sede de Radio UNAM en la Ciudad Universitaria construida en los 50. Un edificio espléndido, cómodo, el más cercano a Rectoría tanto como la Biblioteca Central, lleno de luz, de cubículos pocos (una estación de radio no es una Coordinación de cinco Planteles). Pero estábamos en 74 y la oficina del Coordinador seguía estando cubierta de madera empeñada en prolongar, por lo menos simbólicamente, los labios ausentes, perdidos y hoy aquí silenciosos, que fueron de los locutores de Radio UNAM, con tal de no renunciar a su recuerdo.

Entre la doble puerta de madera y el escritorio de Fernando había quince pasos. Tenían su efecto, porque el Coordinador, sentado, se afirmaba en sus potestades, mientras el visitante se iba acercando demasiado largamente a la respuesta a sus preguntas. Otro Coordinador, insensible a los significados simbólicos, invirtió la distribución de sus muebles, puso la mesa de reuniones al fondo de la oficina y su escritorio a la entrada, de modo que los visitantes entraban y tropezaban de inmediato en su escritorio y de lado y no frente al rostro del Coordinador, de modo que el encuentro se iniciaba por una mirada esquiva

que la entrevista reforzaba. Muchos años después de Fernando, ocupé esa oficina como primer Director General, me di cuenta de que mi predecesor llegaba tarde a su trabajo, porque entre las 8 y las 10 el sol golpeaba descaradamente en los ojos, si te quedabas sentado en tu escritorio o tratabas de trabajar en tu Acer. Mi antecesor inmediato, lo conocía, nunca se hubiera sacrificado tanto, bueno, casi en nada. Concluí que llegaba después de las 10, rompiendo con la tradición de los comienzos de trabajo tempranos sostenidos por Alfonso, además de modificar sin ninguna sensibilidad la configuración de los espacios.

Pero no estamos al final de los 90, sino en 1974, y tuve que acercarme largamente a Fernando para una entrevista cuyo desarrollo, como torero, había encomendado lógicamente a la Virgen de la Macarena. Estaba convencido de que alguien tenía que jugársela y plantear la inconformidad no tanto por la mera destitución del Director de Oriente, Secretario de Estudiantiles Encargado de la Dirección más exactamente, anunciada en la *Gaceta CCH*, sino por las acusaciones, falsas, pensaba yo, con las que la publicación la justificaba.

Comenzamos por navegar hacia 68 y la visita que de turista político hizo Fernando a París en mayo. Me contó que se había hospedado en la Rue Gay Lussac, como quien dice en medio de la tormenta de adoquines, bajo los cuales aparecía la playa de arena amarilla, “Sous les pavés, la plage”, sobre la que volaban antes de caer sobre los CRS y los coches parisinos, y los gases lacrimógenos, malignos hasta dejar ciegos a los manifestantes desafortunados, aunque provisionalmente como apuntaban consoladoramente los comunicados gubernamentales, o no.

Luego recordamos los feroces encuentros de tochito de Atlihuetzía, con equipos injustamente disparejos en peso, de los que Fernando había salido, inocentemente y sin intención, mal librado.

De ahí, seguramente Fernando tocó la tecla de la memoria para que me acordara a qué iba, de pronto me encontré nave-



gando en un río tumultuoso de un discurso bien hilado, mío, por supuesto, pero directo y sin ninguna precaución diplomática. Pedí cuentas. No era justo despedir a nadie con argumentos falsos. El Director de Oriente, el Ingeniero, ni me iba ni me venía, es más no hice ningún esfuerzo por retener su nombre, que fuera de ahí siempre olvidaba y nunca pude grabar durablemente en la arena de mi memoria. Era el Ingeniero Zepeda. Pero estábamos en el Colegio, como si no lo supiera, y en la UNAM, lo sabía mejor que yo, y ahí debían predominar la verdad y la justicia. Y la *Gaceta* acusaba, pero no había espacios para pruebas y menos para la defensa. “Estado de indefensión” no era sintagma que yo conociera entonces. Pero era así.

Me oyó lo que quise. Imagino que repitió interiormente más de cien veces, “pendejo Bazán con sus obsesiones, este necesita caer en la realidad como es y no como se la imaginaban en la Maison du Mexique en 68 él y otros de su partido”.

—Mira, cuando tienes la responsabilidad de gobernar te encuentras, como Hércules, eso lo sabes tú muy bien, porque tuviste buenas Humanidades en España, como Hércules ante una bifurcación de caminos. Digamos, por facilitar la explicación que aquí un camino es el de la conmiseración, pero éste no deja de oler a desprecio por tu contrincante; el otro es el del castigo, justo, y concuerdo con tu perorata, excesiva, por cierto, pero para volver de paso a Aristóteles, reeditado por la Escolástica, niego la menor.

“Tienes que escoger entre ser una cucaracha o un cabrón. Si eliges el primer camino y no pones término a la insubordinación, por ejemplo, si un funcionario crea un periodo de inscripciones fuera de las fechas oficiales, por su cuenta, los demás pensarán de ti que eres una cucaracha. a lo mejor hasta quedas bien de dientes para afuera con algunos inconscientes, pero los que dirigen la danza, te pisotearán, porque eso sucede con las cucarachas. O te planteas y, sin violar ninguna norma universitaria, cortas

la cabeza de quienes han cometido desacato a la autoridad, te motejarán de cabrón, pero te temerán y los más sensatos pensarán que cumpliste tu deber de hacer respetar la legislación. En este caso, van a cuidarse y ganarás respeto. Un general tiene la obligación de ganar la guerra. No puede permitirse que sus soldados sean derrotados, porque ponen su vida en sus manos y, a cambio de ello, obedecen. Se han confiado a su estrategia. La mía es no dejar pasar lo inadmisibile. Muchos añorarán la ceguedad de un perdón ni siquiera solicitado y luego, si lo hubieras dado, pensarían que tuviste miedo. Yo así no juego. No hay de otra y no podrás esquivarte de escoger, cuando te toque sentarte donde estoy. Allá tú, pero los generales tienen el deber de ganar las batallas.

No se me ocurrió con qué argumentos intentar una réplica, de modo que insistí en algo que más bien tenía que ver, y era inapropiado, con la buena educación que habíamos recibido de nuestras familias. Con el tiempo seguí su orientación. No me encontré en encrucijadas despiadadas, porque al llegar a ellas ya había recorrido uno de los dos caminos durante un tiempo suficiente, de modo que la conmiseración o el castigo, uno de los dos, había perdido vigencia y era ya un sendero desvanecido en el páramo. Pero no olvidé la responsabilidad del general ante sus soldados. No puedes ordenarles que acepten verse condenados a perder.

UIP 15.04/CCH75

*Informe sobre el desayuno del Dr. Fernando Pérez Correa, Lic. David Pantoja Morán y José Bazán Levy, en La Cochera del Bentley, 15 de abril de 1975.*

“Doctor:

*Debo decirle de entrada que no pude acercarme tanto como para oír lo que decían los vigilados. La única posibilidad era sentarme en el gabinete inmediato, a espaldas del Coordinador Pérez Correa, la posición más segura, porque he tenido con el Doctor los contactos a los que usted me envió y me hubiera reconocido. Sin embargo, rechacé la proximidad física para poder mirar con seguridad a los observados desde una mesa tres filas detrás del Doctor y con un ángulo que me permitía seguir los movimientos de sus manos y a Bazán, sentado enfrente, digamos de cuerpo entero. De todas maneras, creo saber de qué se trató en la conversación por el calendario y por los gestos, por supuesto no voy a dar por seguro ningún tema en particular, pero no era difícil suponer el contenido de la entrevista con buenas probabilidades.*

Los tres llegaron por separado, seguramente directamente de sus casas, eran las 8:30. El Doctor vive en Francisco Sosa, Coyoacán, el Licenciado Pantoja en Morelos, Centro de Tlalpan, y Bazán en Torres de Mixcoac. Se nota que la relación entre los

tres es buena y, según sabemos, el Licenciado y Bazán coincidieron en la Maison du Mexique, en París en 68 y 69.

El primero que habló, largo para sus costumbres, más bien tendientes a la concisión, fue el Doctor, lógico, por ser el Coordinador del Colegio. No hubo intercambio de frases cortas, como sucede en los encuentros entre amigos. Al parecer el Doctor detalló el motivo del desayuno y solo se interrumpió, cuando el capitán, que debe conocerlo, parece que es uno de sus sitios de cita preferidos, ni cerca ni tan lejos de CU, se acercó muy atento a tomar la orden.

La intervención del Coordinador sin duda terminó de plantear el motivo de la cita y agregó la información indispensable. Bazán se mostraba interesado y ligeramente inquieto. Bueno, al menos no podía decirse que la exposición del Coordinador lo dejara indiferente, se removi6 ligeramente dos o tres veces. El profesor es tranquilo, incluso en medio de conflictos que podríamos calificar de mayores, como los enfrentamientos violentos con los porros de Naucalpan, en todo el periodo de Renero, o en las asambleas en que particip6 como Secretario Académico, que sigue siendo ahora.

El Doctor terminó y se tomaron unos minutos para comenzar a comer, pidieron más café.

Bazán, sin dejar de mirar al Coordinador a los ojos, explicó algo brevemente. Éste frunció el ceño. La heterodoxia acostumbrada del profesor lo debe haber molestado. El Licenciado no intervino, se mantuvo serio y tranquilo. Conoce bien a los dos interlocutores principales y seguramente podía prever el desenlace de la historia.

El Doctor volvió a hablar largo, yo también pedí otro café, y ahora tuvo algunos ademanes sobrios y contundentes, o eso parecía a la distancia en que me encontraba, como en una película del cine mudo.

De todos modos, sabiendo que el Director Renero termina

su función a principios de mayo, creo saber, el tema era sin duda la designación del nuevo director. No puedo asegurar con certidumbre si Bazán era un consultado para evaluar las condiciones políticas del Plantel o un candidato, pero conociendo la situación tranquila del Plantel podemos pensar que se trataba de invitarlo a asumir las responsabilidades de Director, o de colaborar para que el proceso se desarrolle tranquilamente.

Cuando terminó de exponer sus tesis el Coordinador, Bazán sonrió y asintió. Parecía que aceptaba lo que le estaban ofreciendo, la Dirección, repito. Luego habló uno minutos exponiendo con sosiego algunas ideas, seguramente relacionadas con las condiciones de la comunidad.

Al terminar, los tres se relajaron, lo que significa que habían llegado a un acuerdo. Terminaron de desayunar, como si hubieran cambiado de tema o a la mejor estaban planeando la estrategia para la designación en el Plantel.

Al salir los tres iban sonrientes y se abrazaron. Puede pensar con algún fundamento que el candidato del Coordinador a la Dirección del Plantel es José Bazán.

Yo, desde luego no puedo opinar al respecto, pero me permito recordarle que el Secretario Académico de Naucalpan fue antes Secretario de la Coordinación, felizmente efímera, del Ingeniero Pérez Rocha y que coincide con las ideas de éste.

Nunca me había tocado hacer un informe sobre una entrevista de la que no pude oír ni una palabra, pero tengo nociones de lenguaje corporal, conozco el momento del Plantel Naucalpan, y ver juntos al Coordinador, al Secretario General y a un profesor importante del Plantel no puede ir por muchos caminos.

Le envió un saludo respetuoso y me pongo a su disposición para dar seguimiento a la designación de Director de Naucalpan.

Aquel martes de 75 desayuné con Fernando y con David en La Cochera del Bentley, espacio lentamente triangular, con muebles que lejanamente podrían recordar un vago restaurante de Londres, de ninguna manera por el menú, más bien americano o hasta mexicano contemporáneo.

Llegamos casi al mismo tiempo, lo que reiteró mis costumbres heredadas de los abuelos. Fernando y David, como siempre, con sus grises variados y seriamente informales. Nos sentamos del lado que da a la calle, en un gabinete, yo enfrente de los dos, con clara ventaja, un turno de voz contra dos. Pero no era una asamblea ni el número favorecía a ninguna de las partes, aunque ellos fueran dos, había un solo propósito.

No supe de qué trataría el desayuno ni siquiera me tomé el trabajo de intentar adivinarlo. Me daba igual, hablar con ellos siempre sería agradable. Los tres estudiamos en Europa; ellos, tres o cuatro años. Todos hicimos posgrados.

Fernando comenzó tocando el tema del inminente término del periodo de dirección de Nacho Renero. Alabó su prudencia, “si no sonara mal para los puritanos, diría su astucia, “el Zorro de Naucalpan”, lo apodan los enterados, pero el caso es que se trata del único Director de los cinco Planteles que concluye su encomienda. Todo llega a su fin y el Doctor Renero no quiere continuar. He hablado largamente con él acerca de la situación

académica, y política, faltaba más, y piensa que es hora de terminar bien y no arriesgar a tener un tropiezo en otro periodo en el que nadie sabe cómo evolucionará la imagen del Colegio y la fuerza de quienes lo detestan. No es una palabra exagerada, puedo decir igualmente que lo odian. ¿O no crees que el Colegio es un malquerido en la UNAM?, aunque el Rector, ya ahora que lo conoce, es un trabajo que hemos hecho lentamente David y yo, lo estima y lo protege”.

El capitán de meseros nos tomó la orden, debe conocer a Fernando, por lo menos, probablemente también a David y sabe que son funcionarios de alto nivel en la Universidad. Yo pedí ante todo más café.

Llegaron las papayas y los jugos de toronja y el nuevo café. Comenté que la comunidad del Plantel parecía inmóvil ante el fin del período de Nacho Renero. Nadie sabía qué teníamos que hacer, si nos correspondía algún papel. Pero nadie tampoco pretendía elegir al nuevo director, como si fuera un Coordinador de Área, o al Dr. Renero de nuevo, por votación universal, o por lo menos de las cuatro academias.

David comentó que era bueno, porque nos ahorraría seguramente un periodo de discusiones finalmente inútiles, porque nombrar al Director del Plantel es facultad del Rector. No hay negociación sobre puntos como este, porque la autoridad de un director designado por votación abre la puerta también, dadas las costumbres y los atrevimientos del Colegio, a su revocación por la misma vía. “No vamos a meternos por nuestra cuenta en la boca del lobo, los callejones sin salida no son estratégicos”, concluyó.

Fernando dejó el tenedor y comenzó una reflexión sobre el procedimiento, hablando en voz baja, pausada, con cortes regulares, marcados, lo que daba a entender que, si estuviera escribiendo había terminado un párrafo, pero sin prolongar los silencios, para no dar pie a suponer el final de su intervención.

—Se abre un período de consulta a la comunidad para que proponga candidatos, el Coordinador los entrevista y presenta al Rector una lista que puede ser de tres o de équis, no hay un número estatutario, porque no se trata de la designación de un Director que nombrará la Junta de Gobierno, aquí el mecanismo no designa una autoridad universitaria, sino a un funcionario que, sin embargo, está ligado a su comunidad. Por eso la auscultación, que en principio no es obligatoria, pero sí indispensable en el Colegio, para asegurar el apoyo del profesorado, nunca unánime seguramente, pero sí amplio y fundado. Tengo la responsabilidad de hacer esta primera auscultación como se hacen en otras Escuelas y Facultades, para aumentar el carácter universitario del Colegio. Quiero que salga debidamente.

“Con este mecanismo los Directores de Plantel del Colegio tendrán mayor peso en sus comunidades que los Directores de la Preparatoria. Serán igualmente funcionarios del Rector, pero en su designación habrá participado la comunidad, lo que significa un valor de representatividad mayor. Detalle, dirán algunos, pero significativo. El lenguaje de los símbolos es parte del poder.

“La *Gaceta del Colegio* publicará una convocatoria y dará un plazo corto, una semana. Basta y no deja un tiempo ilimitado para las ocurrencias y la organización eventual de los activistas de Gobernación o de quienes verían la oportunidad de golpear a la Coordinación y al Colegio.

“Hasta aquí estamos en la abstracción. Pero no se gobierna con ideas, conceptualmente, sino con hombres. Toca al Coordinador, apoyado por el Secretario General, tener al menos un candidato que cumpla los requisitos formales, pero que además sea capaz de gobernar un Plantel. Y aquí tengo que hacerte una pregunta: ¿Quieres ser Director del Plantel Naucalpan?

No tuve miedo, pero tomé un minuto en contestar y no quería reducirme a la pura respuesta afirmativa, porque pensé en los compromisos de participación que habíamos asumido desde 72,



cuando propusimos que las academias se hicieran cargo de la selección de nuevos profesores. Miré un instante los liquidámbaros de Barranca del Muerto. Verdes y gozosos.

—¿Y la comunidad? Me siento comprometido con ella como corresponsables de las grandes decisiones del Plantel. MI modelo es Renero y no el primer Director de Vallejo, ni el de Azcapotzalco.

—No has respondido a mi pregunta. Lo primero es tener un candidato dispuesto a gobernar, no es práctico un profesor que complica su acción multiplicando los tramos y los participantes en las decisiones. Aquí decide el Rector; para ser claros, decidimos el Rector y yo. A la pregunta que te hice se responde sí, y se sella un compromiso. No, y seguimos tan amigos, pero te quedas en tus tareas de enseñar y discutir en la academia de Talleres todo lo que se les ocurra, que sabes considero con una mirada positiva y, lo diré así, ligeramente escéptica en algunos puntos.

Comprendí que se jugaba mucho más que la designación del primer director que sucedía en el Colegio a otro director, el único que había terminado su periodo sin mayor incidente. Finalmente habría un periodo de consulta y le tocaba responder a la comunidad, si lo hacía, y no a mí solo.

—Comprendo. Quiero dirigir el Plantel Naucalpan y estoy dispuesto a hacerlo.

—Se cerró el trato. Vamos a caminar para lograr un cambio de poderes en paz y sin incidentes ni sacudidas de rebeldía en nombre de una democracia que aquí se aplica hasta la fase de auscultación y nada más. ¿Estamos de acuerdo?

—No sé David —me atreví a burlarme un poco de la solemnidad de la pregunta—. Yo sí”.

Los tres nos reímos. Fernando anunció una semana de auscultación y luego un par de días para organizar políticamente la toma del mandato, porque la ceremonia llevaría un cuarto de hora apenas, una introducción del Coordinador, un juramento de

cumplir y hacer cumplir la legislación universitaria por el bien del Colegio. Habría discursos, si las condiciones lo permitían, él suponía que lo harían, de modo que me correspondía anunciar el enfoque de mi dirección, los puntos esenciales, poco rollo, que tomaría en cuenta para la conducción del Plantel. Me pareció excelente poder dirigirme a la comunidad y darle a conocer el decálogo de una dirección concentrada en la vida académica. Me di cuenta de que “académica” comprendía la docencia y la educación de los estudiantes y también, jalando un poco, “la vida de las academias”. Empecé a generar mentalmente frases del discurso de la semana siguiente.

David señaló que “había pájaros en los alambres”, un hombre disfrazado de joven, tres mesas ligeramente atrás y a la izquierda de nuestro gabinete. Fernando dio una ojeada rápida y dijo: “Es gente de Valentín, pero no pudo oír nada. Desde luego y dado el calendario, puede inferir quién es el candidato de la Coordinación. Lo que nunca sabrá es qué piensa el Rector, porque ya hablé con él ayer en la tarde. No podía invitarte a la Dirección de Naucalpan sin el visto bueno del Rector. Hubiera sido una falta de respeto. Y políticamente erróneo”.

—Gracias, Fernando. Uno aprende de ustedes cómo respetar los valores universitarios. No serán penas de amor perdidas.

No pude ver al informante, ni me importó. La cadena de mando estaba clara. El Rector, el Coordinador, el Director. Punto.

Me subí a mi coche con un corazón a la vez ligero y con nuevos ojos para observar el mundo, el Plantel, donde no estaba, pero que me había echado auestas sin miedo. No iba a aprender a mandar desde cero, lo había hecho dos años en la Coordinación de Talleres y uno y medio en la Secretaría Académica de Naucalpan. Había tomado sin pestañear medidas capaces de provocar reacciones indignadas, que nunca se suscitaron, por ejemplo, con las encuestas en las que, ayudado por mi secretaria María Luisa y con datos duros, demostraba

que había un ausentismo injustificable de muchos profesores, en comunicados sin anestesia, llenos de cifras de los profesores que no estaban donde debían a tales horas, sin dar un solo nombre, pero demostrando que el Plantel no trabajaba más allá del 60% de sus compromisos docentes.

Ese día aprendí que lo primero es querer y estar puesto y luego se verá cuál es la ruta más eficaz y sus riesgos.

Septiembre de 73, en la semana, por la noche inicial, Torres de Mixcoac. Ha sonado el timbre. Hora extraña para visitas. Abrí sin preguntar.

Eran una docena y los conocía a casi todos. Pancho, Antonio, Javier y María Eugenia, Víctor, Marta, ¿El Ché?, no lo creo, pero no Ricardo, seguramente en la última asamblea había quedado en minoría y no se propuso para la comisión y Armando Muñoz estaba por él en mi puerta. Era el Plantel Oriente, todas sus corrientes y grupos.

No sospechaba, ni de lejos, qué podría pretender la visita. Se acomodaron en la estancia. Todavía no habíamos puesto la mesa de la cena, mi mujer nos dejó solos.

—Mira, Bazán, sabes cómo el Plantel Oriente ha luchado por la democracia en la Universidad. Las autoridades, el Rector y su grupo, nos han acosado para imponernos un Director. Hemos rechazado sus maniobras y no dejaremos entrar a ningún Director, si no se nos consulta y llegamos a un acuerdo digno.

—Siguiendo la intervención del compañero, hemos tenido contactos, todos los grupos del Plantel, con representantes de Rectoría. No les tenemos confianza. Sabemos bien cómo se portó Rectoría con Pérez Rocha, pero Henrique es menos rígido y nos ofrece, no tenemos todavía un acuerdo sólido, que le propongamos un Director. Todos coincidimos en tu nombre,

porque sabemos que has estado de parte de los profesores en los cursos de selección y fuiste secretario de Pérez Rocha. Venimos a ofrecerte la Dirección de Oriente, porque esperamos, sería este tu compromiso mayor, que puedas ser un Director democrático que atienda a la comunidad”.

—Sí, yo también estuve, porque AAPAUNAM Roja era una de las corrientes del Plantel. Recuerdo muy bien cómo disimulaste. Te sorprendimos, pero te repusiste enseguida.

Ahora era Marta con 42 años de más, perdida la belleza de su rostro bajo las huellas de tanta vida. Una sonrisa, que reconozco de muchos últimos años, pero que no aparece en la fotografía de algún número de 2019 de la *Gaceta CCH* que conmemoraba quién sabe qué aniversario de varias decenas de años.

Por el corredor de la Planta Baja de la Dirección General y a nuestro alrededor pasan profesores nuevos que lo miran a uno como a un diplodocus perdido en los pasillos que fueron de Radio UNAM, fuera de los pantanos o llanura de arbustos espinosos en cualquier continente a medio fabricar.

—En realidad dije lo que pensaba.

Pero estábamos en 73 y no conviene entremezclar memorias. Era halagador que *todos* los grupos políticos de Oriente me hicieran esta propuesta, Ricardo y Víctor todavía no se excomulgaban mutuamente en Matemáticas y Víctor estaba. Iban juntos seguramente, porque todos querían estar presentes en la operación y evitar que otros sacaran ventaja de ella. Pero recordé al Secretario de Rectoría y a su agresividad contra Manuel. No podía arriesgarme ni arriesgarlos. Hablé claro.

Les agradecía que hubieran pensado en mí. Realmente le tenía afecto al Plantel Oriente, porque conocía que eran francos para discutir sus divergencias y eso me gustaba. Pero no podía terminar siendo un obstáculo, si aceptaba ser Director. O candidato, porque faltaba el visto bueno de Rectoría. Y de ahí surgía el problema. Ellos sabían que el Secretario de Rec-

toría, el médico, había estado acosando a Manuel los cuatro meses que duró su Coordinación. Creía, con razón, que haría la mismo conmigo, si aceptaba la Dirección de Oriente, de modo que atacaría al Plantel para estorbarme o eliminarme a mí, por haber sido secretario de la Coordinación de Pérez Rocha. No les convenía, era yo una carta marcada. Que mejor buscaran a un hombre nuevo, debía haberlo, en el Colegio o en alguna Facultad, ¿por qué no? Sería más fácil sobrellevar al Secretario de Rectoría y sus maniobras. De todos modos, les agradecía y me sentía muy honrado. En particular, porque eran todos los grupos del Plantel.

Parecieron convencidos. No insistieron. La argumentación tenía validez política y ellos vivían en un discurso político, de izquierda, todos los días. Se despidieron de inmediato.

—Yo pensé no que estuvieras protegiendo al Plantel, sino que te protegías a ti mismo y a tus proyectos. Sabía que hacías política. —Marta de nuevo, años más tarde.

—No, no pensé en ningún otro proyecto. No tenía todavía la intención de suceder a Renero.

—Bueno, podemos mantener nuestra diferencia y darnos por enterados de las novedades que han aparecido en esta plática.

Ricardo, que no estuvo, pero no pienso que se opusiera a mi candidatura, inventó un Director viable, uno de sus profesores, Matemáticas en la Facultad de Ingeniería. El Representante del Secretario General para los Asuntos del Colegio lo nombró Secretario de Estudiantiles y Encargado de la Dirección. El Plantel había logrado sus propósitos democráticos. En lo inmediato.

Luego vendría el conflicto con Fernando, que ese día no había llegado al Colegio todavía, y un mal cálculo de las relaciones de fuerza, fuera del ámbito imaginario del progresismo del Plantel.

La *Gaceta CCH* del 8 de mayo de 1974 da cuenta de la toma de posesión, después de rendir la protesta reglamentaria, del nuevo Director del Plantel Naucalpan. La nota principal reproduce con amplitud, tomadas de una grabación, las palabras que el Coordinador del Colegio dirigió a la comunidad del Plantel.

Los informantes de la UIP/CCH no se vieron obligados esta vez ni a conjeturar ni a añadir por su cuenta para hacer crecer los horizontes de amenaza de los que prevenían a su jefe, para hacerlo sentir, no es en realidad tan ingenuo, la importancia de sus funciones. Por mi parte reproduzco el *Discurso del Coordinador*, el título y las cursivas son míos, omitiendo algunas frases, pocas y breves, que no afectan el sentido, pero tienen acaso la inútil función de ripios. Todas las palabras que siguen se encuentran en el texto de la *Gaceta*.

“...desde hace más de un mes, el Dr. Ignacio Renero y un servidor invitamos a las agrupaciones y asociaciones de profesores y alumnos a pronunciarse con relación al nombramiento del nuevo director del Plantel. Tuvimos ocasión de reunirnos en esta sala hace dos semanas con un grupo ciertamente reducido de maestros y alumnos, en donde se tomó la decisión de convocar a una asamblea, en esta misma sala, para el lunes de la semana pasada. En esa reunión se pronunciaron algunos nombres de

muy distinguidos profesores del Colegio, de la Universidad y muy particularmente de este Plantel, que fueron señalados como personas idóneas, cuyos antecedentes académicos, universitarios y humanos, parecían ofrecer, a juicio de diversos sectores del plantel, las garantías suficientes con relación a un desempeño productivo en su función como posibles directores del Plantel.

*“Hemos tenido ocasión de comentar con algunos grupos adicionalmente, sobre todo de discutir con los núcleos interesados, las personas que fueron nombradas, de sus puntos de vista, de sus proyectos de trabajo, de su relación con la Universidad y con el plantel. Como resultado de este diálogo, el Comité Directivo del Colegio de Ciencias y Humanidades, en su última sesión, que por cierto fue presidida por el Rector de la Universidad, decidió nombrar como director para... los próximos cuatro años, al Dr. José Bazán Levy, quien hasta el día de hoy había venido desempeñando el cargo de Secretario Académico del Plantel.*

*“...quisiera señalar... hasta qué punto resulta capital...que los distintos sectores de los planteles del Colegio puedan expresarse de una manera orgánica, fundada y razonada, y hasta qué punto, cuando esto ocurre así, representa (para) el resultado de este proceso, un irresistible señalamiento con relación a la voluntad de los planteles.*

*“No nos queda, en casos similares, otro papel que el de reconocer el carácter correcto, fundado, de las propuestas que se nos adelantan.*

*“Por otra parte, también quisiera señalar que la persona del Dr. Bazán no es una personalidad nueva en la institución; ha prestado sus servicios en el Colegio, incluso desde antes de la fundación del mismo, y en este plantel ha colaborado sucesivamente como Jefe de Área; nos dejó por algún tiempo para hacerse cargo de la Secretaría Docente del Colegio de Ciencias y Humanidades y se reincorporó en calidad de Secretario Académico del mismo. Tanto en sus funciones docentes en atención*



*a grupos, como en...sus funciones académico-administrativas, ha manifestado al mismo tiempo un vivo sentido de responsabilidad con relación a las necesidades de los sectores de base del plantel y un uso de una muy particular prudencia para saber interpretar con flexibilidad, con amplitud de espíritu y también con rigor, la legislación universitaria.*

*“El cargo de director...en estos momentos (es) uno de los cargos más delicados, más difíciles, que se...pueden encomendar a un universitario. Porque implica...la necesidad de conciliar muy vastos intereses y la necesidad de observar la legislación universitaria en el Colegio de Ciencias y Humanidades...”.*

*“Quisiera...agradecer muy vivamente a la comunidad del Plantel este gesto, a mi juicio un gesto de madurez; de suerte que se haya podido realizar el proceso de auscultación con toda normalidad...”.*

*Asimismo...” quisiera...evocar en este momento la personalidad del Dr. Renero, quien a lo largo de los últimos cuatro años prestó invaluable servicios a la institución como fundador de este plantel y como director que estuvo a su cargo”.*

El discurso del Coordinador continúa, agradeciendo a los funcionarios principales del equipo del Dr. Renero y a “las primeras generaciones del Colegio”.

Ahora que me ocupo en 2025 de la memoria del Colegio, me inquieta que este antiguo discurso, que recojo, como he escrito, del número apenas 34 de la *Gaceta CCH*, trate sobre mí, porque no me es fácil encontrar la voz ni la distancia de relato satisfactoria. Atenerme a la *Gaceta* ha sido la menos inconveniente modalidad de narrar un acontecimiento importante, sin embargo, para Naucalpan y para el Colegio.

Porque, más allá de los actores accidentales, importa mucho más la política que se esboza claramente por debajo de la superficie del discurso del Coordinador, nivel en el que es obvio que

dar posesión a un Director demanda justificar el nombramiento con alguna modalidad de encomio.

Sin embargo, el texto tiene un peso institucional de mucho mayor alcance y merece un esbozo de análisis que haga resaltar el equilibrio que mantiene entre las dos grandes formaciones del Colegio, iba a escribir sin más *guerreras*, pero evito el error y escribo universitarias. Mucho más que los rituales convencionales, cuenta aquí el papel que se reconoce a la comunidad del Plantel, denominada expresamente como “agrupaciones”, “asociaciones”, “los distintos sectores”, incluso “los sectores de base”.

La comunidad del Plantel, en efecto, ha respondido a la invitación del Coordinador del Colegio, ha aceptado reunirse con él y con el Director del Plantel saliente, ha emitido propuestas y celebrado una “asamblea”, nombre que el Coordinador no escatima, al narrar la reunión abierta con profesores y alumnos que no provoca ninguna descalificación del Coordinador, sino su gratitud. En ella los asistentes han propuesto candidaturas posibles para la Dirección del Plantel. Como estas han sido razonadas, “no nos queda —dice el Coordinador— en casos similares, otro papel que el de reconocer el carácter correcto, fundado, de las propuestas que se nos adelantan”.

El nuevo esquema de funcionamiento del Colegio aparece con nitidez y ha sido puesto exitosamente en obra. Cada sector mantiene su responsabilidad y sus libertades, pero reconoce la responsabilidad y la libertad de la otra parte, el Plantel con sus pluralidades, la Coordinación con sus funciones.

Para el conjunto del Colegio sus exigencias, nacidas de la colegialidad y de la participación, han sido integradas plenamente a la legislación universitaria. El Colegio es parte de la UNAM, con formas novedosas, *democráticas* en la taxonomía de la comunidad, institucionales para las autoridades. Y las perspectivas ni se confunden ni se excluyen.

El Colegio, con su participación da prueba de lo que sus

comunidades pueden lograr en el marco de la institución. Un hecho más simboliza la adscripción del CCH a la UNAM. Por única vez el Rector, responsable principal del nombramiento de un Director, asiste excepcionalmente a la sesión del Comité Directivo, que hace las veces de Consejo. Tras el Coordinador la figura del Rector aprueba el desarrollo plenamente universitario del proceso. En 2025, en plena pelea por nuestra existencia universitaria, tiene peso recordar que en 1975 el Rector Soberón puso en obra abiertamente la consigna “CCH-UNAM”.

Pero mi relato no trata ahora de los acontecimientos ni las amenazas del 25, sino de mayo de 75, de la toma de protesta del nuevo y segundo, por sucesión regular, Director de Naucalpan.

El Director designado toma la palabra. Intenta situar la voz de las academias en el registro que ha sido el de la Dirección del Doctor Renero y de su equipo de Secretarios y Coordinadores durante cuatro años, además de la reflexión propia que se asemeja con estilo y acentos propios a la configurada por el Coordinador. No hay acuerdo previo en ningún aspecto, pero los nuevos caminos del Colegio se van trazando con lenta persistencia en un rumbo nuevo más claro ese día y por fin expresamente enunciado.

El nuevo Director olvida dar las gracias, sigue siendo maleducado, pero tiene prisa, porque lo acosan otras prioridades. Comienza por apropiarse como punto de partida que *“en la asamblea del lunes pasado, de alguna manera se planteó un programa de trabajo; lo he examinado con detenimiento y los puntos programáticos esenciales los voy a leer enseguida. Pretenden ser una respuesta a este programa”*.

*“En el momento de asumir la responsabilidad de la Dirección del Plantel Naucalpan... quiero manifestar a trabajadores, alumnos y profesores del Plantel algunos puntos de vista que considero esenciales:*

1.- *El Colegio de Ciencias y Humanidades es un organismo de la UNAM que tiene las mismas finalidades que esta,...*

2.- *De acuerdo con los lineamientos de la misma institución, el Colegio debe jugar el papel de órgano de innovación académica y, por consiguiente, promover proyectos y realizaciones que contribuyen a que la Universidad cumpla mejor sus propias finalidades”,*

El proceso entero de designación estaba siendo ya una prueba de esta encomienda de innovaciones.

“3.- *Los métodos de trabajo del Colegio deben incorporar todas las aportaciones de la pedagogía nueva. En la Unidad del Bachillerato, con éxito diverso hemos tratado de utilizar métodos activos que garantizan mejor, en principio, el respeto al alumno y promueven más eficazmente su desarrollo como persona capaz de aprender por su cuenta, crítica y solidaria.*

4.- *El Colegio no puede ser órgano de innovación dentro de la UNAM, si su trabajo no es sistemático. Esto supone una actitud continua de autocrítica y un esfuerzo por recoger, sistematizar e interpretar los datos a nuestro alcance referentes al desarrollo de las tareas... de las que somos responsables.*

5.- *El Colegio no puede contribuir a innovar, si no se renueva a su vez continuamente...en los conocimientos de los profesores sobre los métodos de trabajo científico de cada área y procedimientos didáctico. Nuestra formación continua...es un elemento indispensable para...el proyecto del Colegio.*

6.- *De la utilización de métodos activos en la docencia, se sigue lógicamente la exigencia de participación de alumnos y profesores en la elaboración de decisiones y en la ejecución de las mismas. Dentro del respeto de la legislación universitaria, es posible encontrar formas estables que permitan la información y la reflexión y la decisión colectivas.*

7.- *Profesores y alumnos del Colegio han encontrado formas de trabajo colectivo...” coherentes “con la metodología activa”... que...” contribuyen a dar al trabajo individual una dimensión social más rica. Las formas de trabajo de los profesores deben*

*encontrar reglamentaciones precisas que garanticen su inserción legal dentro de la Universidad.*

*8.- No es posible realizar las tareas que la Universidad ha asignado al Colegio, sin los recursos económicos necesarios...*

*9.- El Colegio es un proyecto global que incluye los niveles profesionales y de posgrado...*

*10.- La contribución de los trabajadores... a las tareas académicas... es indispensable; se debe respeto y apoyo a su organización sindical y al Convenio Colectivo de Trabajo que garantiza sus derechos.*

*11.- La actitud básica de cualquier autoridad del Colegio, debe ser la de un educador; su palabra y su actuación deben reflejar los valores de respeto a la pluralidad de opiniones, a la libertad de cátedra y...a los derechos de cada uno de los individuos y grupos a los que sirve como universitario.*

*12.-Soy plenamente consciente de que solamente con la colaboración de todos, será posible que el plantel mejore su organización y rinda los frutos académicos que todos esperamos”.*

Es un discurso largo, pero dice, con el enfoque que corresponde a quien ha estado y decide seguir estando en la cercanía y en el ámbito académico de profesores y alumnos, para avanzar en la inserción, más allá de declaraciones y refranes, del Colegio en la Universidad con sus propias características no inventadas por su comunidad, sino recibida del Consejo Universitario.

El mismo número de la *Gaceta* reproduce una entrevista al nuevo Director con el título “*Las tareas directivas trabajo eminentemente académico*”:

*“Además de obtener los recursos materiales para hacer posible la docencia,”... “un director tiene la responsabilidad de promover las iniciativas para mejorar el funcionamiento académico del plantel, a través de la discusión, la presentación de proyectos, de sugerencias continuas que debe formular para que el personal académico mejore sus tareas. Por último...un director... es un*

*educador. Sin paternalismos, debe ayudar a alumnos, profesores y trabajadores a descubrir los valores fundamentales y comunes que permiten la convivencia universitaria y la colaboración en el respeto mutuo”.*

Entre los problemas señalados “y muy graves”, está la deserción por *“la imagen negativa que los medios de comunicación masivos han difundido sobre el Colegio; y otra particular al Plantel es... la situación geográfica y la falta de suficientes líneas de comunicación.... Un tercer problema importante es...la organización de los distintos grupos que participan en el Plantel. Las academias de Naucalpan han tenido una vida particularmente intensa y creativa, pero esta vida no siempre ha podido cristalizar en reglamentaciones que garanticen su estabilidad y su desarrollo creativo. Creo que debemos trabajar para establecer una reestructuración que permita un verdadero avance en el trabajo académico y una mejor utilización de los recursos humanos disponibles...”.*

Por lo tanto, se impone colaborar *“en la creación del profesorado especial de carrera a través de la concertación con los distintos grupos de profesores...este punto es particularmente importante, dado que de él dependen las condiciones esenciales para el desarrollo del Colegio, según los lineamientos que la Universidad misma le ha marcado”.*

Cierto, mirado desde la Torre o las oficinas de los Directores de Escuelas y Facultades, suspicazmente observado por profesores que han olvidado que el saber nunca se detiene y de pronto salta más allá de lo que ellos imaginaban, el Colegio podía parecer un contrasentido y hasta una amenaza. La UNAM corre el riesgo de ser asaltada por las hordas, dirían algunos, pero los episodios de la sucesión regular de Director en Naucalpan, mostraba que los jinetes no dejaban de cabalgar, pero no tenían el propósito de tomar por asalto ninguna fortaleza. Ya estaban dentro y habían desmontado. Nunca fuimos un pueblo que

aspirara a la demencia de destruir la sabiduría acumulada en Occidente, sino a satisfacer la sed de aprender enseñando. Pero nos correspondía no rendirnos ni renegar de nuestro destino, sino llevarlo a su plenitud dentro de la Universidad.

Durante más de 50 años hemos ido acumulando piedras y proyectos imaginarios para construir un recinto dentro de la gran ciudad y abandonar las tiendas de campaña apropiadas para la vida en el páramo. Ahora, que acabo de encontrar, y de transcribir, en un ejemplar amarillento de la *Gaceta* del Colegio discursos formulados para una ocasión precisa, pero que contienen las líneas de desarrollo que tratamos de seguir durante tantos años y tantos ciclos y tantas vicisitudes y que en algún momento alcanzaron una redonda y pasajera plenitud incompleta, percibo con dolida claridad cuánto hemos llegado a distar de la síntesis que alcanzaron hace tanto tiempo la mano tendida del Coordinador y la palabra libre de asambleas reconocidas como origen de propuestas razonadas.

Ahora, lo sabemos y nos amenaza, intentarán nuestra expulsión a la infinita intemperie de las llanuras desoladas y amenazantes. Y seguramente no tardará. Y no tardaremos en responder dentro de la UNAM, como supimos hacerlo hace tanto tiempo, cuando fue público y comunitario el acto de toma de posesión del primer Director que sucedió a otro que tuvo la habilidad y el mérito reconocible sin mezquindad de haber terminado su periodo sin incidentes mayores.

**A** cabo de guardar, tras un olvido de decenios, el viejo ejemplar del número 34 de la *Gaceta CCH*, que por casualidad hace coincidir acontecimientos ajenos entre sí, pero que en sus contrastes y proximidad editorial simultánea, simbolizan las direcciones opuestas en que avanzaba o retrocedía el proyecto del Colegio en su primera época.

Hay una toma de posesión de un nuevo Director de Plantel, tras un proceso sereno donde se escucharon numerosas voces en asamblea y ante el Coordinador. No faltó quien hiciera rimar “Renero” con “cadenero” y “Bazán” con “holgazán”. La verdad es que ninguno de los dos adjetivos tenía ni pizca de objetividad, Nacho fue asequible y amable; yo trabajé duro. Pero no es tan complicado organizar un grupo de alumnos que griten las rimas. ¿A fin de cuentas, qué? Suenan, pero no agregan fuerza.

El nuevo funcionario olvida los gritos y recoge las ideas de la comunidad para concebir un plan de trabajo en que reafirma la necesidad de concertar las diversidades legítimas del Plantel, plantea ya entonces la necesidad de introducir el profesorado de Carrera en el Colegio y de reestructurar las Academias y asegura que el trabajo de la Dirección es antes que nada académico.

En el mismo número estalla el conflicto entre la Coordinación del Colegio y la Academia de Historia de Vallejo, reforzada por caudillos autodesignados nativos y algunos importados



de otros planteles, que se declara repetidamente autogestiva y toma la palabra acaparando, acaso incluso sin una conciencia clara y, si no fue así, con un enorme descaro, usurpando las voces de todas las academias, que nunca se habían pronunciado ni mucho menos confiado sus convicciones a una academia en particular, para que una semanas más tarde el Tribunal Universitario confirmara la rescisión del contrato de 12 profesores, entre ellos los miembros del Consejo Coordinador del Área, que se ocupaba también de administrar parte del salario de los propios Coordinadores y del pago de los exámenes extraordinarios. Anormal sin duda y testimonio de un estilo de acción colectiva extremado.

Ninguna otra academia llevó tan lejos lo que comenzaba por la toma de decisiones de un trabajo unitario, pero libre de constricciones, porque el convencimiento de los profesores del Colegio nunca fue sustraerse al dominio atribuido a las autoridades, para someterse al de un cuerpo directivo sectorial formado por los propios compañeros.

Hoy, uno y otro programa han desaparecido en humo, y nadie recuerda la presencia significativa de las academias en los problemas de los Planteles, no solo porque el Sindicato se asumió como instancia defensora de los derechos de los profesores, y a veces también de sus corrupciones y abusos, en el ámbito de los contratos y promociones, sino porque en las academias no se discuten ni los programas, ni hay intercambios colegiados, sino simples asignaciones de jurados de exámenes extraordinarios por orden alfabético y mesas de votación para las varias elecciones institucionales de consejeros.

Ahora que se acumulan sin interrupción las noticias, y las exageraciones que no anulan los hechos, pero sí los hacen resonar más amenazadoramente, ¿cómo podemos imaginar reunir a los profesores, si apenas se conocen entre sí, si nunca han colaborado en actividades concertadas para defender al Colegio,

si ni siquiera ves seguro que la mayoría conceda importancia a que está decidiéndose que dentro de uno o dos semestres el Colegio sea abandonado por la UNAM, para que la SEP, o nadie, lo recoja y lo ayude a sostenerse?

La amenaza de hoy no es culpa de lo que sucedió hace tantos años y fue sancionado estrictamente en el tiempo oportuno. Hoy tampoco es simple culpa de hoy, pero sí es una responsabilidad para la que nadie parece haberse preparado y no por ello desaparece. Pero inevitablemente mañana ha comenzado hoy.

**L**a toma de posesión como Director del Plantel Naucalpan, con Fernando que me hizo jurar, bajo la amenaza del reproche de la UNAM, respetar y hacer cumplir la legislación universitaria, se desarrolló en Usos Múltiples el 8 de mayo de 1975.

Asistió un centenar entre alumnos y profesores, más bien pocos, y entre ellos dos o tres de mis amigos, Cristina Carmona, Lourdes Martínez Lira, José Manuel Pinto y Lupita Estrada; alumnos, sobre todo activistas encabezados por el Barry, algo así como un aprendiz juvenil de los trotskistas no entristas de credo posadista. Nadie gritó ni interrumpió pidiendo la palabra para leer un manifiesto contra la imposición de Director. Todavía en aquellos años, y en Naucalpan nunca, no habíamos llegado al tópico de la imposición, que luego se extendió como epidemia de varicela infantil y culminó en Oriente donde durante más de un año desfilaron escurridizos encargados del despacho: un director electo por asambleas amplias, que nunca hubieran podido calificarse de universales y siempre dirigidas por una casta (por esos años leí un libro de bolsillo francés sobre la Nomenklatura de la URRS) de líderes consagrados, pronto destituido; tres directores designados por la Coordinación, pero que se redujeron a ser aspirantes que nunca lograron entrar a su oficina ni mucho menos sentarse en el escritorio ritual ni ejercer

autoridad sobre la comunidad, aunque seguramente habrá archivado algún documento firmado por Fulano, Director Sin Tierra. Los archivos atestiguan la escritura, su entrega al destinatario, si están sellados, pero pueden no significar nada en los hechos. Con el tiempo nadie recordará estas designaciones fantasmales y las incluirá en una lista espuria de Directores de Oriente.

En Naucalpan no fue así.

Mi discurso fue una profesión de fe en el proyecto del Colegio, en sus valores académicos, y un reconocimiento del papel de las Academias y de la importancia de la participación comunitaria. Pero había mucho camino por andar para consolidar una Dirección que dirigiera más de lo que había logrado Nacho Renero, con prudencia y firmeza, cuando fue necesario. Había un halo de dejadez ante el STEUNAM, debido tal vez más bien a una cierta debilidad del Secretario Administrativo, que muy desde el principio comenzó a defender faltistas y a tratar de ampliar el campo de su influencia en favor del cumplimiento apenas formal de los intendentes y del papel de líderes locales que Laboratoristas y Bibliotecarios se apresuraron a asumir y a disputarse. Tenían más tiempo aparentemente libre y un trabajo menos agobiante. Es un decir.

Traté de formar un equipo con los otros candidatos propuestos para la Dirección, pero me objetaron a Santiago, lo miraban excesivamente cargado a la izquierda, no sé qué papel tuvo en la Facultad de Química en 68. En cambio, incorporé a José Manuel, a Agustín que me aseguraría el uso de las computadoras del FOVISSTE y su tamaño de jugador de americano, a Anita, de izquierda, por cierto, pero con carácter de abuela y en realidad madre de activistas, pero académicamente de calidad. Un día me confesó que su padrino de bautismo fue José Vasconcelos.

Pronto arribamos a una conciencia clara de que el poder, en su dimensión más modesta, pero indispensable para lograr que el Plantel entero, mal que bien, caminara hacia el servicio

de alumnos y profesores, y llegar a ser una Dirección real, y no sólo destinataria de un oficio de nombramiento, que nunca recibí, y un número de la *Gaceta CCH*. El poder debía ser conquistado por quien tendría la obligación de ejercerlo y no podía ni heredarse ni delegarse. Ni Nacho Renero ni siquiera el Coordinador podían entregarme la capacidad de impedir que las prácticas cotidianas, tan sencillas y simples como llegar puntualmente a las clases; mantener limpios los corredores y salones; entregar eficazmente las sustancias de los laboratorios y que los laboratoristas los atendieran todo el tiempo de clases y no abandonarlos, “al cabo ya entregué el material”; escuchar a los quejosos o a los visitantes que solo quieren hablar unos momentos con el Director o alguno de los Secretarios; impedir a los porros arraigar en el Plantel y hacerse dueños de espacios identificables; dirigir el Plantel, dicho de nuevo en una frase, era objeto de conquista y puerto provisorio de navegación perseverante y renovada.

Así, desde haber cumplido el consejo de Fernando, al terminar la ceremonia de toma de protesta, “Vete a la oficina de la Dirección y dicta de inmediato un oficio que contenga una orden, la que sea, real, por supuesto, pero importa más el hecho de ejercer tus potestades que el objeto de éstas”, comenzamos a tomar una distancia clara de algunos comportamientos acostumbrados de la Dirección anterior, sin asomo de superioridad ni actitudes pretenciosas. Había que pedir más permisos, nos atrevíamos a negar la autorización de la salida para una manifestación que decretaba el sindicato, aunque la negativa diera lugar a la discusión y rebeldía, no justificábamos ausencias permitiendo firmas posteriores, mantuvimos las reuniones con los Coordinadores de Área y recorriamos el Plantel buscando qué encaminar y cómo resolverlo.

Pero no todo fue tan sencillo. Mis compañeros de Talleres, sin llegar nunca a la ruptura, se distanciaron del Director del

Plantel al que habían ofrecidos sus grupos, cuando creyeron que se quedaría fuera del Colegio, tras la renuncia a la Secretaría Docente de la Coordinación General. De pronto aparecía mi sucesor en la coordinación del Área exigiendo cualquier apoyo o reclamando un trozo de autonomía. A veces la respuesta era “no”, porque estábamos convencidos de que el poder académico de la Dirección y la capacidad de conducir al Plantel demandaban coherencia y el Área de Talleres, por ser mi Área, debería ser tratado de igual manera que las otras tres y los Departamentos de Opciones Técnicas, Francés e Inglés y Educación Física.

Pero el Coordinador del Área no lo entendía así y, tras un semestre de discusiones vacías, Carlos Medina terminó por adosarle el sobrenombre de “León del Verbo”.

Ahora que corre el 2025, recuerdo que en esa época, sin haber llegado nunca a rendirme por las dificultades, traté de aplicar, lo digo por una vez sin olvidar que la Universidad es debidamente laica y que estoy convencido de que este estatuto es la mejor manera de respetar la fe y las convicciones, y hasta las meras creencias de cada uno, en esa época, pues, por una vez diré lo que pasaba en mi interior, tenía presente la frase “... no os preocupéis del día de mañana, pues el día de mañana se preocupará de él mismo. Ya le basta a cada día su mal”. (Mateo, 4:34). Dormí bien todas las noches de dos periodos, menos dos.

La playa de Santiago, al lado de los peñascos que anuncian la lengua de tierra donde termina la bahía, parecía estarnos reservada. Hacía años que la mona ¿Lola? atada con una larga cadena, al parecer ligera, había terminado sus danzas y maromas acostumbradas como las olas, porque dicen que “changa vieja no aprende maromas nuevas” y se había quedado quieta para siempre, olvidando sus saltos, pero viva en la memoria de muchos que fuimos niños de Colima y la habíamos visto dejarse alcanzar por la espuma marina. Al final de invierno el agua es límpida, porque la tierra que la lluvia arrastró al Armería, al Cihuatlán y al Coahuayana y los ríos arrojaron en remolinos turbulentos al mar, ya se asentó, pero todavía no es temporada plena de mar, aunque comenzó en diciembre. Hay que esperar hasta marzo mediado y abril, Semana Santa. Mis hijos comenzaban a enfrentar las olas ignorando todavía cómo clavarse en las diminutas murallas azul verde, para salir detrás de la espuma al sol de mediodía. Se quedaban en la leve espuma que la arena dorada hacía desaparecer sin cansarse. Estábamos en vacaciones tal vez finales de 1975.

No había imaginado que pudiera suceder, pero de pronto comencé a distinguir la figura de dos hombres y no creí que uno de ellos fuera Guillermo Bonfil, hasta que estuvo a pocos metros y sonrió con otra ola con espuma en medio del rostro moreno

abierto. No se le notaba que hubiera estado muchas horas al sol, el tinte era el mismo que en el D.F. Su compañero estaba más quemado, rojo, a pesar del brillo de la crema antisolar.

—Hola, profesor del CCH.

—¡Ámonos! ¿Qué andas haciendo aquí abandonando Antropología en días de trabajo? No sigues las consignas incansables del Presidente, que dicen que no duerme ni se levanta en 20 horas de reunión con campesinos y se ensaya de máscara de jade. Yo estoy de vacaciones, ahí andan Ro y su madre con Babe.

—Supongo que estás al tanto de las novedades. La UNAM acaba de anunciar la creación de una nueva escuela en el Ejido de Oro, en Acatlán. Otra y van dos, con la del año pasado en Cuautitlán y seguirá otra en Zaragoza en 76, supongo que cerca de la Calzada, luego, creo saber, vendrán otras dos en Iztacala y no me acuerdo en dónde más. Son unidades de lo que llaman hoy interdisciplinarias. O interdisciplinadas, obedientes por dentro. Por supuesto, la antropología siempre lo ha sido. Es una ciencia de vanguardia. La verdad es que no imagino que los directores de Facultades e Institutos renuncien a los monopolios académicos de que disfrutaban. Gritaría “¡Milagro, milagro!

—¿Son las unidades de Estudios Superiores del Colegio?

—¿Del Colegio? ¿Cuál? Con razón no sabías. *I'm afraid not.* Para nada. Son unidades digamos dispersas, campus autónomos, claro dependen de Rectoría, pero son escuelas nacionales con directores nombrados por la Junta de Gobierno, en los extremos de la zona metropolitana, por ahora. Luego quedarán en el centro, como siga creciendo aquella aglomeración, eso de ciudad es pura buena voluntad y propaganda priista. O recuerdo de la Colonia.

—¿Cómo carajos no pertenecen al Colegio? Está en la “Gaceta Amarilla”, el Colegio es la Nueva Universidad con todos los niveles de docencia e investigación.

—Bueno, doctor, no exageres, su Gaceta del color que sea, les



vale al Rector y a los Directores de la Universidad. Por cierto, ¿conoces a mi amigo, aquí, Andrés Lira, trabaja conmigo en Antropología. Está al tanto de las insubordinaciones del Colegio, de modo que no te las des de santo. No, hombre, para nada, no tienen que ver con el Colegio. Ustedes son un Bachillerato y dos posgrados, creo, Investigaciones Biomédicas Básicas y otro en el Instituto de Investigaciones en Matemáticas Aplicadas y en Sistemas (IIMASS), o algo así, ¿me equivoco? Y no me salgas con que gozan de buena fama, digo sus Planteles. Los posgrados sí están bien pensados y no tienen academias ni tomas de dependencias.

—¡Qué noticia para vacaciones! ¿Tú, que frecuentas Presidencia y la SEP y te veneran como gurú, ¿tienes idea de por qué?

—Mira, no sé, nadie comenta nada, entre mis amigos, les vale, son líos y chismes internos de la UNAM y no tenemos tiempo de meternos a esos arguendes. Lo más probable es que Soberón no ha querido que el Colegio tenga más poder, sobre todo por lo revoltosos que son ustedes. Supongo que sabes, no creas, no tienen buena fama. Lo mejor, y les conviene, es que también les tienen miedo y no los van a provocar, por ejemplo, tratando de deshacerse de los Planteles. Además, ¿quién se haría cargo de atender a los 75 mil chamacos que tienen?

—¿Cuál revoltosos? No chinguen. No hay institución en la UNAM más cuidadosa del Estatuto General y más comprometida. Además, Soberón se ha portado al fin de cuentas bien con el Colegio, aunque no le encantaba al principio. Pero se ha convencido de que es un león diferente de sus retratos.

—Después de este Consejo Universitario de familia, nosotros seguimos nuestro pacífico recorrido de la bahía de punta a punta, donde no hay ningún Plantel peligroso del Colegio. Dale un beso a tu familia, comenzando desde luego por mi hermana.

—*Ciao*, Guillermo; *ciao*, Andrés, mucho gusto.

—Adiós, doctor.

Así comenzó la guerra de fundaciones contra el Colegio. Hasta entonces, la habíamos librado con terquedad y claridad de nuestras posiciones, pero solo discutíamos problemas del CCH mismo, el Bachillerato y dos posgrados, no de la Universidad y sus rumbos. Ahora el poder del Rector, por supuesto por medio del Consejo Universitario, decidía que el Colegio no crecería cualitativamente más, revocando implícitamente, etimología: “dentro del pliegue”, de manera encubierta, las decisiones de 1971 que crearon una institución que incluiría, a su tiempo, estudios superiores y posgrados. Pero ahora se cercenaban los estudios superiores y claramente el tinte interdisciplinario de las nuevas escuelas y la colaboración de Escuelas y Facultades de Ciencias y de Humanidades en la conformación de cada una de las nuevas Escuelas Nacionales de Estudios Profesionales, atestiguaban que eran parte de las ideas previstas para su marcha en el Colegio.

La comunidad de Naucalpan no tomó en cuenta lo sucedido ni se alarmó por el futuro del Colegio. Nuevas escuelas, allá ellas. Otros gatos nos ocupaban. Pero el Director del Plantel sí comprendió de inmediato el significado real de las nuevas decisiones. Se amputaba el desarrollo vertical del Colegio. Lo comentamos en el equipo de Dirección y decidimos ni divulgar las preocupaciones ni disminuir el esfuerzo por lograr una aplicación general y profunda, ojalá, del proyecto del Colegio en nuestro Plantel.

Sin embargo, claramente el destino institucional del Colegio original agonizaba ante el silencio y los ojos desviados de la Universidad. Nos quedaba un Bachillerato lleno de huecos y tentativas, una carrera de Investigación Biomédica Básica, desde licenciatura hasta doctorado, y un posgrado en camino de aparecer en CU, en el Instituto de Matemáticas Aplicadas, el posgrado de Investigación de Operaciones. Una *Gaceta* de 1972 había aludido a Ciencias de la Tierra, en colaboración con

la Universidad Autónoma de Zacatecas. Otro proyecto que se redujo a un nombre. Obviamente no nos correspondía entrometernos con nuestros propios posgrados, bastantes problemas teníamos ya por otros flancos.

Cierto, había venido a jugar el Colegio de Bachilleres. Recién creado en la segunda mitad de 1973, parecía una cierta imitación del CCH, pero habitado por espíritus muy distintos. Tenía Talleres de Lectura y de Redacción, primeros efectos del Colegio en el ámbito nacional, y su tabla de materias era hermana menor de nuestro Proyecto Educativo inscrito en el Plan de Estudios. Y hasta ahí, sin una concepción educativa de fondo, merecedora de un reconocimiento como filosofía de la cultura que nunca dijo su nombre. No tenía ni rastro de “las ideas del Colegio”.

Hace pocos meses, en 2025, en versión de Manuel, me enteré con sorpresa que el Doctor Soberón había sido un impulsor tenaz del Colegio de Bachilleres. Sigo queriendo imaginar que, para evitar un crecimiento indeseable de los Bachilleratos Universitarios, que la demografía estaba imponiendo. Sin embargo, no he perdido un inoportuno mal sabor de boca.

**A**l bajar del coche, el estacionamiento se abrió como las cortinas de un teatro de frescura. Era temprano, las siete de la mañana seguía siendo mi hora de llegada desde mis primeros meses en la Dirección de Naucalpan. Abrí la puerta de la derecha, porque había cambiado la oficina a la antigua Sala de Juntas y mis ventanas daban ahora al “campo de golf”, ondulado y verde, suficiente todavía para adormecer los ruidos de la Calzada de los Remedios y los escapes de la línea Naucalpan-Huixquilucan.

Un pequeño animal salió desesperado de la oficina. Era lunes. ¿Desde cuándo estaba encerrado un perro que ni siquiera socialmente tenía registro en la memoria comunitaria?

Comenzaron las hipótesis. Estaba prisionera..., a esas ya me había dado cuenta de que en su credencial se inscribía “Sexo: F” y debía señalarse también su origen como “Tribu callejera adscrita al Plantel”. Éramos a la vez compasivos y serios con la población canina que fluctuaba entre tres y 12 perros, siempre aspirando al dominio demográfico. Pero los perros no resolvían sus problemas en la Dirección. ¿Estaba en clausura desde el viernes por la noche, cuando los vigilantes, es un decir, cerraban el edificio? ¿O habían entrado, hombre y perrita al mismo tiempo el sábado, o el domingo por la noche, él para dormir en la mesa de reuniones y ella en mi silla de trabajo?

La perra salió corriendo y se disolvió en la explanada pequeña tras los truenos recortados de la barandilla del pasillo. No la seguí, pero tampoco pude despegarme de su recuerdo. Tuve que esperar a las 9 para dar tiempo al Coordinador General para llegar a su oficina.

—Señora Reyes, habla Bazán. ¿Cómo le va? Quiero hablar con el Doctor. ¿Ya llegó? Gracias. Gusto en saludarla.

—Hola Fernando. Acabo de encontrar una perra en mi oficina, quiere decir que alguien entra en ella cuando le da la gana. No me gusta. Te informo y te pido orientación.

—¿Dónde está la perra? Si ya se fue, olvídale; si no, manda sacarla, sácala tú, ¿qué problema? y dedícate a tus proyectos. Puede tratarse de cualquier error o broma finalmente ligera. No le dediques tiempo. Suerte.

Unos meses después entré, otro lunes, se convertía en el día del descubrimiento de los allanamientos de mi oficina. Nada ostensiblemente fuera de lugar, pero tampoco todo ostensiblemente intocado, una pila de documentos de oficios de respuesta burocrática ligeramente inclinados en vez de acomodarse en paralelo con las orillas del escritorio. Un cajón que, según mi memoria de dos días, había cerrado con llave, ligeramente abierto. Algo vago como el olor de una persona que salió de la habitación y dejó un rastro para una brigada de investigadores expertos que buscan huellas de la presencia del autor de un robo.

—¿Señora Reyes? Bazán para el Doctor. Muchas gracias.

—Ahora sí entraron y registraron mi oficina. No tengo documentos que no pueda publicar enteros, aunque para qué demonios servirían. En ese sentido, no me importa, pero sí me molesta que se entrometan en mis espacios institucionales y personales. Además, ¿quién, carajos?

—Lo primero es mantenerse fríos, puedes desfogarte verbalmente, pero ¿qué te ganas? El que mantiene el dominio de sus humores, tiene mejores probabilidades de ganar. Apréndelo de

una vez: siempre, siempre estarás vigilado. Si no quieres que lean tus documentos, no los dejes en el Plantel ni una noche. Los vigilantes son de dos tipos: los ingenuos, trabajadores de Guerrero o de Michoacán, ya sabes, de las familias que se han cambiado enteras a la UNAM; otros están entrenados. No sé por quién, pero existen y cumplen misiones. Un Director sabe que su teléfono está intervenido y que hay lectores capacitados para prevenir conflictos leyendo los oficios de los profesores y tus respuestas, los volantes que tu departamento de Información recolecta, los recortes de periódicos. Tú les haces el trabajo acumulando todas estas fuentes, ellos las resumen, o las fotocopian, porque seguro no llevas la cuenta de las que ha sacado tu máquina. Yo no me preocupo por eso, si no se enteran de un modo lo harán de otro, porque es una organización amplia y compleja. El que tiene todo bajo su regordete control, nota mi moderación, es Valentín. Para dar seguridad al Rector de que no oculto nada, yo mismo lo informo, seguramente con mayor precisión que el Secretario de Rectoría y más, digamos, con sencillez, científicamente, porque, pienso, no sé si estás de acuerdo, mis análisis son mejores que los suyos. Sobre todo, más rápidos, porque los informantes del Secretario tardan más en llegar de los Planteles, mientras nosotros, aprende, usamos el teléfono. De todos modos, algo de lo que sabemos voy a dejarlo sin detallar al Rector, para que más tarde, qué paradoja, ¿no crees?, el informador oficial informe al Rector. Bueno, creo que entiendes la maniobra y así lo haremos, tenme al corriente y cuida tus documentos. No digas por teléfono lo que piensas que no debe saber el Rector.

Durante casi 20 años no volví a preocuparme de los teléfonos y de vez en cuando saludaba a los que suponía estaban espionando y los incitaba a pedir un aumento de sueldo, porque su trabajo era repetitivo y aburrido, además de indecente y seguramente necesario para ejercer el dominio de la administración central, era

al menos poco imaginativo e incapaz de urdir otros mecanismos menos empíricos y más razonados. Siempre: los recordatorios de esposas embarazadas para que las acompañaran a las citas médicas, telefonemas precursores de voces juveniles desconocidas (también ellas o él imaginaban estar siendo escuchados), solicitud de citas que habían logrado saltarse a las secretarias. No debían dejarse explotar. “Rebélense, sus jefes estimarán su inconformidad y sabrán que tienen ayudantes con atrevimiento y ambición, lo que no está nada mal”.

Hasta que llegó, estamos ahora en 1995, el Coordinador del Rector, nombrado tras una auscultación a la que solo yo fui convocado y en la que apenas pude colocar una respuesta, gestual por cierto, que significaba asentimiento a la decisión del Rector, aunque nunca entendí por qué había tenido la atención, es una frase hecha, de convocarme.

Este Coordinador tenía intervenido el teléfono de Planeación, donde no sucedía nada, pero algo temía de esa Secretaría, tal vez que revelara al mundo y a la CNN el porcentaje de alumnos que terminaban el Bachillerato en tres años, noticia de interés mundial, como fácilmente imagina cualquier padre de familia inteligente.

Comencé a imaginar que lo mismo sucedía conmigo. El hermano de mi Secretario de Información trajo no sé qué detector y repasó cables y conexiones, hizo pruebas un día entero y no encontró nada. Pensé, como conclusión, que el Coordinador o no había encontrado como espíarme o no tenía tanta desconfianza. De cualquier manera, educado por Fernando, ni documentos sobre el escritorio ni llamadas telefónicas comprometedoras.

Cuando estuve años antes, entre 1983 y 1988, en la Secretaría de Divulgación, que sí divulgaba lo que hacía el Colegio, daba la palabra a los alumnos con limitaciones físicas y a los exalumnos que habían tenido éxito en los institutos, me deshice del sistema de informantes, algunos exlíderes izquierdistas,

es un decir, que referían hechos y dichos que no exigían ni comprobación ni siquiera examen, porque normalmente me informaban de lo que imaginaban que yo deseaba que hubiera sucedido, hasta maquillado y ennoblecido, o yo me había enterado mucho antes. Ahorramos unos doce contratos, poco caros, a decir verdad, pero no tuve que leer notas con “mismo que” o con “alrededor del mundo”, “Lo informo de que...” y otras varias invenciones para hacer más precisa el habla castellana de México, propiamente del D.F. Dejé las instancias que ocupé, libres de espionajes estúpidos y pocas veces divertidos y de muchas faltas de sintaxis.



Los presagios de la separación del Colegio de la Universidad siguen creciendo y ahora en 2025 he buscado en la Web el “Discurso del Maestro Justo Sierra” (1910) con el que presentó ante la Cámara de Diputados “los fundamentos de la iniciativa” “para crear la Universidad”. Don Justo era entonces y por segunda vez “ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes” y, como reconoce él mismo, “...hace muchos años, probablemente más de un cuarto de siglo, que el que aquí habla tuvo el honor de presentar a la Cámara, a que pertenecía entonces, un proyecto de creación de una Universidad Nacional. Esto era en mí una fe, una devoción; era un principio, una convicción, un credo”.

Estamos a finales junio, pero las repeticiones de la Historia no cejan. No puedo decir que este año es el centenario de la creación de Universidad Nacional, han pasado ya otros 15 años. Sí en cambio, como en el caso de Don Pablo, los promotores de la creación de nuevas instituciones educativas tuvieron que esperar, en el primer caso 18 años entre su artículo de 1953 y la Declaración de Motivos de su proyecto del Colegio ante el Consejo Universitario en 1971 y, en el segundo, más de 25 años, mientras Don Justo de diputado ascendía a ministro para volver a la carga y lograr con argumentos la creación de la Universidad Nacional. En los dos casos la persistencia de los proyectos, la

terquedad que siempre he considerado una cualidad indispensable para lograr en la Universidad cualquier cambio importante, tuvieron un papel decisivo.

Don Justo, tras reflexiones que podrían pobremente resumirse como la Universidad casa de la ciencia, laica, responde a las objeciones acerca de la composición adecuada para la misma, confrontada a una corte de escuelas profesionales, como acostumbramos designarlas. La Escuela de Minas, la de Medicina, la de Derecho. Pero hay una objeción, “una muy importante”. Al leer esta frase, en mi primera lectura del documento, como si leyera al principio del siglo XX, me inquieté por el superlativo: todo podía, en las previsiones de don Justo, quedar en nada. La no-Universidad.

“Los señores diputados que hayan conocido universidades importantes en el extranjero, o que tengan noticias de ellas por sus constituciones que andan en muchas manos, saben bien que, por regla total, no comprenden dentro de ellas los estudios preparatorios. El campo en que se preparan los estudiantes de las universidades no forma parte de las universidades mismas; ahí se preparan los futuros universitarios, que, cuando pueden adquirir el primer grado, el “Bacalaureado” que le llamara Palafox, se presentan a las facultades de la Universidad para obtenerlo”.

*“Nosotros concebimos las cosas de otro modo; la instrucción preparatoria de nuestro país es sui generis, por algo se diferencia de las otras que le son análogas en casi todos los demás países. Nuestra Escuela Preparatoria tiene con ellas un gran punto de semejanza, puesto que en suma es la educación en grado secundario la que en ella se imparte; pero su organización es peculiar, distinta, porque se basa, como lo saben los señores diputados, en una serie científica establecida por uno de los grandes legisladores del pensamiento de nuestros tiempos. Hasta ahora esta institución ha dado pruebas tales de su eficacia, que han bastado para convencernos de su bondad definitiva. Puede*

*decirse que un inmenso grupo de la nueva generación mexicana no protesta contra esta asección, no reniega de esta verdad; está conforme con haber sido educada así y vería como una especie de sacrilegio en el orden intelectual, que este sistema se transformara fundamentalmente.*

*“Nuestra Escuela Preparatoria, tal como es, distinta de las secundarias de todo el mundo, es una escuela en la que se realiza una preparación especial y propia del método que ha de servir para la investigación científica, a donde van a subir grado por grado las escuelas universitarias; de manera que, llegando los educandos a la adquisición, dentro de la Escuela Preparatoria, de ese incomparable instrumento de trabajo, es muy natural que la Universidad tuviese el gobierno directo de institución semejante; porque no había remedio, o la Universidad gobernaba a la Escuela Preparatoria en su parte científica o la Escuela Preparatoria seguía directamente gobernada por el Ministerio de Instrucción Pública. Pero entonces podría producirse alguna vez una diferencia de orientación que pudiera perturbar las funciones de la Universidad; para evitarlo preferimos dejarle el gobierno directo a la Escuela Preparatoria, dando a ésta la facultad de preparar estudiantes para la Escuela de Altos Estudios, en donde pueden obtener un grado universitario de conocimientos especiales y subir al más alto nivel que la ciencia en nuestros días puede alcanzar”.*

Exactamente. Cuando rechazamos radicalmente la imagen del Colegio bajo las potestades burocráticas de la SEP, que de vez en cuando tiene un Subsecretario de Educación Media Superior, que ha reflexionado, o sus asesores en su lugar, sobre la función del Bachillerato, y no es un especialista en Demografía, —es una concreción imaginaria—, naufragado en un puesto gubernamental, que bien podría ser muy otro, tememos justamente la diferencia que se introduciría entre el enfoque de cultura básica y el Modelo Educativo del Colegio, universitarios como describe

esta condición don Justo en la cita reciente, y las ideas que tras más de 40 años la SEP termina por presentar como novedades en las reformas supuestamente *integrales* del Bachillerato. Sin que pueda afirmarlo, allá por los inicios del segundo decenio del siglo que huye, cuando se trató de cumplir las promesas de los recursos financieros a las Universidades, que habían aceptado obsequiosamente las reformas integrales, las competencias sin saber claramente qué eran y mucho menos qué hacer con ellas, cambiaron al Subsecretario y su sustituto no había asumido ningún compromiso: “Perdón, equipamiento, formación... ¿De qué estamos hablando?” No deja uno de recordar automáticamente el “¿Y yo por qué?” de Fox presidente.

La definición que hace don Justo del papel de la Preparatoria anticipa resonancias propias del Colegio al destacar el carácter central del método, de los métodos decimos con mayor ambición nosotros, porque nos ocupamos de Ciencias y Humanidades, al servicio de “la investigación científica”, que no se conforma con un método, sino recurre a los instrumentos metodológicos que requieren las preguntas a las que se proponen responder los alumnos siguiendo las rutas de los especialistas, cuando encaran problemas propios del campo de su especialidad. Así, retomando una premisa inicial del discurso de don Justo, según la cual el gobierno no tiene facultades científicas ni su papel es la ciencia, sino el gobierno, y la investigación y la enseñanza del conocimiento no puede adscribirse a sus funciones sino a las de la Universidad, la Preparatoria debe formar parte de esta última.

Y ahora que el Colegio, con mucha mayor claridad orientado a recorrer el camino de la adquisición de conocimientos, el aprendizaje, dejado a la autonomía cultural de los alumnos, ya cerca de dos millones de los cuales han *aprendido a aprender*, por lo que, más bien que mal o más que a medias, ha cumplido el Colegio su destino, ¿con qué argumentos se pretende apartarlo de la Universidad y quién tiene la calidad científica y moral

de decidirlo, contra don Justo en 1910 y don Pablo en 1971? Cercenar el Colegio de la UNAM se contrapone a una reflexión intensamente universitaria y a una práctica docente centenaria y las traiciona.

Faltaban 60 años para que las concepciones del Colegio se convirtieran en los documentos que el Consejo Universitario aprobó para marcar su destino. El fondo último de uno y otro documento coincide más allá de lo que la distancia temporal dejaría suponer. Los alumnos son la Universidad en marcha, los alumnos son los protagonistas de su educación.

Hay algo más que aprender de la visión que don Justo adopta sobre los estudiantes: “...*No se trata de complacerlos, sino de educarlos y este trabajo no siempre es reconocido por sus beneficiarios, mientras no terminan por madurar. ... Y al otro día que han concluido sus estudios, estos mismos estudiantes, que me he encontrado algunas veces en el camino ...esos mismos han venido a mí, ya hombres útiles e inteligentes, con deseos de servir a su país, han estrechado mi mano y han sido desde entonces amigos míos y colaboradores míos...*”.

La imagen que los universitarios, en cuya parcela de raza el espíritu nunca ha logrado hablar, tienen del Colegio la imagen de un amontonamiento de estudiantes que se detiene en la adolescencia y sus tumultos. Esta población, por lo demás, nunca ha alcanzado tensiones altas, sino en grupos específicos, que han ido sucediéndose en el medio siglo del Colegio, pero nunca fueron la inmensa mayoría de la población estudiantil: se pueden recordar los viejos comités de lucha mal calcados de la exigencia de libertades del 68, los activistas; los sectarios trotskistas o bolcheviques; los narcomenudistas y los minúsculos empresarios de las drogas o, más pobremente, los camellos; los anarquistas del 19 y del 2020, herederos de los destructores de aparadores y cajeros de bancos, que infectaban las manifestaciones responsables que conmemoraban el 2 de octubre, con

palos y bombas molotov; los que aumentaron su armamento con hierros y marros, con recipientes de *spray* encendido como lanzallamas contra los escudos de los policías obligados estoicamente a quedarse quietos, renunciando a los irrenunciables derechos humanos universales, la integridad física; los desquiciados que destrozaban estaciones de Metrobús y aparadores de tiendas, y pintarrajeaban sus consignas en las paredes de monumentos y edificios indefensos; los encapuchados que han repetido el gesto infructuoso de encender la Puerta Mariana de Palacio Nacional, y los violentos que imaginaban, pagados o convencidos alcanzar una libertad desfigurada. Quienes ven corto, se contraponen violentamente y con mayor imprudencia que la que atribuyen a los alumnos del CCH, a la mirada de don Justo, cercano al Colegio más de medio siglo antes, seguramente autor universitario clásico de un discurso que pudo haber leído don Pablo estudiante universitario y completado en su madurez con una construcción metódica y completa.

De hecho, la “Declaración” ante el Consejo Universitario de 1971, propone una institución, que no solo es novedosa, sino de tal manera asociada a los cambios que se exige de la Universidad, que se concibe como el instrumento que asegura la innovación misma de la institución.

Un siglo más tarde, han revivido en la Universidad misma las voces que desconocen el carácter universitario del Bachillerato del Colegio. O más bien, se pretende ejercer un poder burocrático, sin comprensión de que ni la edad ni las asignaturas determinan la naturaleza formativa de una etapa, sino más bien si las ciencias y las humanidades no solo se aprenden, sino que el alumno sabe por qué sabe y cómo aprendió y lo seguirá haciendo. Eso, y no la repetición de un saber constituido para siempre.

Pero ahora en 2025 don Justo ya no está. Quedamos únicamente nosotros. Y nos sabemos solos.

### Notas sobre la sesión del Consejo del Colegio, junio de 76.

Reportero Salvador Lara.

Este resumen no entrará tal cual en la *Gaceta CCH*, es un material que tiene funciones de borrador. Sólo para mis ojos. Debo recordar con precisión lo que pasó. Y guardar constancia.

*La sesión comenzó con unos 10 minutos de retraso.*

Se omite la lista de asistencia, porque todos firman al llegar. Asisten los Directores de las Facultades Madres, Filosofía y Letras, Ciencias, Química, Ciencias Políticas y Escuela Nacional Preparatoria y el Coordinador General, traen corbata. Los Directores de los Planteles del Colegio también, pero de mal gusto. Se nota. Está presenta también el Consejero Universitario de Ciencias, Santiago Ramírez, hijo del Doctor Ramírez.

Se aprueba el orden del día. (Los asuntos particulares que quieren tratar los consejeros, se dejan para Asuntos Generales).

La aprobación del acta de la sesión de enero pasó sin comentarios (menos mal, porque transcriben torpemente. Las sesiones enteras se graban en una Uher y las secretarías oyen las cintas y llenan decenas de páginas con todo lo que se dice, incluidas repeticiones, rodeos, conatos fracasados de chistes y muletillas: “bueno”, “¿Verdad?”, “No voy a repetir que...” y sigue lo que ya se dijo palabra por palabra; uno se alivia, cuando ya no repite lo de “no voy a insistir en...”, porque sería una cinta de

Moebius eternamente recorrida sin punto final).

*El primer punto son los dictámenes sobre los exámenes de conocimientos. Pasan sin problema Matemáticas y Talleres. (Tengo que conseguir el número de aprobados, para la reseña de la Gaceta, porque no lo dicen, los Consejeros tienen las listas, pero a los reporteros no nos dan un ejemplar de la documentación de las sesiones).*

*Luego pasan a Biología, Naucalpan: de 17 aspirantes, todos alumnos y algunos egresados de la Facultad de Ciencias, reprobaron (Gaceta: no acreditaron) 17. El Director de Naucalpan pide la palabra (El único con una corbata decente, parece de Scappino). Está enojado, pero no sube el tono. (No dice nada agresivo, pero pone pasión en sus argumentos). “El resultado de este examen, calificado por biólogos de Vallejo es obviamente erróneo. Doy por sentada la buena fe (Seguramente piensa lo contrario, creo que todos lo entienden así). Pero estadísticamente es imposible. De los profesores de los otros Planteles, examinados por jurados de Oriente, Sur y Azcapotzalco, aprobó el 97%. Prácticamente todos. Es imposible que los buenos egresados de Biología de la Facultad de Ciencias se hayan presentado únicamente en los otros Planteles, incluido Vallejo, y los ignorantes, de la misma facultad y de las mismas generaciones, hayan escogido solo Naucalpan. Nadie, ni siquiera de broma, puede imaginar que los 17 peores se pusieron de acuerdo para ser rechazados juntos en el mismo Plantel. Es absurdo. Como Director de Naucalpan no lo acepto. Pido al Consejo que haga lo mismo, a mis colegas directores y a los directores de las Facultades, por la responsabilidad de respetar la razón correctamente ejercida. Si no creemos en una extraña casualidad, obliga al Consejo anular los resultados”. (Mi taquigrafía, bastante buena, no servirá. Seguro que esto no pasa a la reseña en la Gaceta).*

*Ningún Director de Plantel apoyó al de Naucalpan, más bien bajan la mirada, se ven cohibidos, temen perder puntos ante*



*el Coordinador. El Director de Filosofía pide reflexionar sobre el tema con serenidad (típico, algo hay de serio en lo que dijo Naucalpan, pero la conclusión queda abierta, porque el Director de la facultad no saca conclusiones ni de su propia reflexión).*

*El alumno consejero de la Facultad de Ciencias, Ramírez, hijo del psiquiatra, apoyó abiertamente la posición de Naucalpan y pidió la anulación de “una evaluación tendenciosa e injusta”.*

*Interviene el Coordinador. “Comprendo la pasión del Director de Naucalpan, sus argumentos son atendibles. Sin embargo, el buen funcionamiento de la UNAM y del Colegio, no olvidemos que el CCH pertenece a la Universidad y que de ella adquiere toda su legitimidad, nos exige tomar decisiones apegadas a los estatutos vigentes. Ahora bien, la jurisprudencia, más prudentemente, la interpretación común determina que la anulación de los dictámenes de los jurados de un proceso de admisión, como también en los concursos de definitividad o abiertos, sólo pueden ser rechazados, si se demuestra una violación formal, es decir, de procedimiento; por ejemplo, si no se informó oportunamente de las pruebas que serían aplicadas o de sus fechas y horario; o si los jurados indispensables no asisten a las pruebas. Propongo al Director de Naucalpan que el dictamen, como está, sea sancionado, y pido al Consejo que lo apruebe, cuando el dictamen llegue al Plantel, que el Director no promueva la inconformidad de los profesores, lo que iniciaría un largo proceso seguramente de varios meses, sino que sin más pida que se abra un nuevo concurso para los 17 profesores, lo que el Consejo seguramente aceptará con prontitud”.*

*El Director de Naucalpan, con el consejero alumno de Ciencias, mantienen su propuesta. Pierden la votación, sin abstenciones, todos contra dos votos.*

*De todo esto saldría una página de la Gaceta, el director del semanario tachará todo lo de Naucalpan: reprobados, intervenciones, conclusiones, pero yo lo estoy escribiendo unos 40*

años después, porque quiero dejar constancia duradera, hasta donde yo pueda, contra el olvido. Creo que al Colegio invisible (hay un Colegio oficial, otro de bases y otro invisible, hecho de convicciones sobre los valores de la educación) pertenecen los que perdieron aquella votación en el Consejo. En la *Gaceta*, el Consejo siguió siendo liso.

**E**n el Plantel Naucalpan, febrero de 76, los comentarios se sucedían en un desorden de posiciones y temores. Nunca la Dirección había sido tomada.

—Ya ni la chingan. Nombran a un Director, profesor del Plantel, en vez de mandar a un funcionario que aterriza en el Colegio acabando de dirigir los mercados de Iztacalco, como el Director anterior de Vallejo que se descolgó de un puesto en el sistema carcelario, y vienen estos dizque de izquierda y toman la Dirección. El Director no se asusta, pero lo hemos dejado solo sin intervenir, como si él no hubiera encabezado las batallas contra los porros. Hay una foto de cuando llevamos al “Pielés” al “Bello” y al “Francés” al Municipio para entregarlos a la policía. Volvieron al Plantel, pero nunca se recuperaron del golpe de 3000 estudiantes desfilando entre los turnos 1 y 2 de bajada hasta la explanada del Municipio. El Director era entonces Coordinador de Talleres. Hay que ayudarlo ahora.

—Me alegra que le hayan tomado la Dirección. Se cree muy acá, porque es doctor por la Sorbona y estudio un chingo de años en Europa. Aquí sus títulos no valen, lo que hay que hacer es política, política, política, negociar con los grupos de profesores, los de Matemáticas de la tarde, los Ideólogos, algunos de Opciones Técnicas, con Émery a la cabeza, con los progresistas de Historia. El Director puede ofrecerles una secretaría y ellos

ganarle la asamblea a Maganda. Este cuate quién sabe de dónde salió, en lo inmediato dice que viene de Ciencias Políticas, seguramente lo mando el Director de la Facultad, para que no moleste allá, como hizo con Zedillo, también de Historia de Vallejo, pero es de izquierda, parece que de algún grupo, no del PC, pero no se compromete claramente con ninguno. ¿Y si fuera agente del Gobierno del Estado? O del Municipio. De todos modos, un democristiano en la Dirección del Plantel habla mal de nuestro compromiso con los grupos progresistas de la Universidad y del Colegio. A ver si se arregla.

—No es mala opción de Director, yo creo que es más bien de centro izquierda. Habla con todos los profesores de los grupos políticos. Discute dando la cara, está en la lucha contra los porros y académicamente también está preparado. No es buena idea despreciar el saber de los colegas, estamos en la Universidad y, antes que la política, está la academia. El Director puso a Talleres a la cabeza de las academias de egresados de Letras, por el grupo de trabajo productivo que encabezó en la mañana, con todos los profesores de la mañana, sin hacerle el feo a nadie. Al contrario, los anima y los pone a trabajar, sin presionarlos. Yo no lo he oído presumir de sus estudios donde los haya hecho, que carajos importa. Hizo el curso para ingresar a enseñar en el Colegio y no se atuvo a sus títulos en medio de nosotros, más jóvenes que él, no tanto, pues, pero todavía estudiantes. Nos trata como iguales, sin imponerse.

—Yo creo que es una persona seria y sin pretensiones. Ya quisiera ver al “Negro” Maganda, y no me refiero a la piel, no soy racista, sino a su pensamiento, ya quisiera verlo dirigir al Plantel, seguro que se rodearía de sus amigos. Y reprimiría o haría trampas. El Director no tiene a nadie de Talleres en el primer nivel de sus funcionarios. Dice que ya hay uno de Talleres, él mismo, y que con eso basta, que hay que equilibrar con profesores de otras áreas.

Toma de la Dirección del Plantel Naucalpan

“Estimado Licenciado:

*La Dirección del Plantel amaneció tomada, cerrada, sin nadie dentro. Según Vigilancia la tomaron a eso de las 6 de la mañana, media hora antes de la apertura del Plantel y del cubículo de firmas de los trabajadores administrativos. Eras unos 15 alumnos encabezados por el profesor Maganda, de Historia. Estaban también la profesora Cisneros, esposa de Maganda, dos o tres de Matemáticas, Brena y Mondragón, alguno de Experimentales y un par más de cuya identidad los vigilantes no supieron dar razón. No fueron buenos ni para avisar de la toma, de modo que, cuando nos enteramos de los hechos, por los noticiarios de la radio, Gutiérrez Vivó nunca falta, alertados por la multitud de alumnos en la Calzada de los Remedios, y nos fuimos de inmediato al Plantel, nadie cuidaba las instalaciones ni las entradas. En realidad, no hay un movimiento en el que participen los alumnos masivamente. Son los alumnos del profesor Maganda y pocos más. A eso de las 9, dejaron entrar a los alumnos y profesores. El Director está en el Plantel, aunque sus oficinas están cerradas y selladas con firmas y todo, dizque muy formales, y puso sus oficinas en un cubículo desocupado. Tiene una secretaria, un par de mesas y una máquina de escribir. No quiere retomar la Dirección con violencia, porque opina que, además de que el procedimiento puede terminar por escalar, se crearía el precedente de que es la fuerza, y no la participación de las mayorías de profesores y alumnos, y sobre todo el respeto a la legislación universitaria y al proyecto del Colegio, los factores decisivos para innumerables conflictos posibles.*

*“El grupo de ocupantes, los que mantienen cerrada la Dirección, tienen un pliego petitorio de 10 puntos, que transcribo de un volante que ha circulado profusamente, habría que ver dónde lo imprimieron, hay tiradero de hojas por todo el Plan-*

*tel, sobre todo en la escalera central, que aquí dicen que es “la explanada”, porque muchos alumnos lo reciben y ni lo leen:*

1. *Aumentar en mil más el ingreso de nuevos alumnos.*
2. *Una vuelta más de exámenes extraordinarios por semestre.*
3. *Transporte gratuito del Toreo al Plantel, pagado por la UNAM.*
4. *Compromiso permanente de la Dirección del Plantel de no expulsar a ningún alumno por ninguna falta, sino aplicar sanciones temporales de un mes como máximo.*

**NOTA:** argumentan en este punto que, si los alumnos lograron ingresar al CCH, quiere decir que tienen mentalidad de avanzada y que una falta menor, como golpes a otro alumno en una pelea, tomar un cubículo para sus actividades, etc. no amerita expulsión.

5. *Entregar cubículos a los grupos políticos de alumnos y en ellos una máquina de escribir, archivero y sillas.*
6. *Un cubículo para el sindicato de los profesores (en formación) y de los trabajadores.*

**NOTA al texto:** El local de estos últimos ya está previsto en el Convenio Colectivo y en Naucalpan ya está asignado desde el primer momento.

7. *Asambleas mensuales para que el Director informe a la comunidad de sus actividades y acepte compromisos para mejorar la atención de los alumnos.*
8. *Deslinde de cualquier vínculo con organismos del Estado, en primera instancia, la policía municipal de Naucalpan y la Presidencia Municipal.*
9. *Solidaridad con los grupos de profesores que luchan en los otros Planteles, Oriente principalmente, para tener gobiernos democráticos, de preferencia cogobiernos reconocidos por la Coordinación y Rectoría.*
10. *Recomposición del cuerpo directivo para que represente a todos los sectores y a los grupos progresistas, como*

*corresponde a una institución de avanzada como es el CCH”.*

*El Director va y viene por los cubículos de las Áreas y los profesores lo tratan con naturalidad, amistad y respeto. Nadie le ha echado nada en cara ni mucho menos le han dicho que es indeseable. No hay un movimiento académico contra la Dirección. Es un grupo de activistas capitaneado por alguien que seguramente recibe órdenes y manipula a los alumnos. Dicen que el Doctor está preparando un documento para la comunidad. Si aparece, se lo haré llegar de inmediato. Es más, acaba de comenzar a circular un documento polémico, al parecer de la Dirección. Le adjunto un ejemplar”.*

*“A la comunidad del Plantel Naucalpan:*

*El pliego petitorio que plantea el profesor Maganda, porque hay que ser claros, el profesor lo redactó y los alumnos solo lo distribuyen, el pliego equivale a decirme: “Vuela o no te devolvemos la Dirección”, sabiendo que ningún universitario tiene alas. Da vergüenza tener que escribir esto. No está en mi mano la admisión de más o menos alumnos, además de que el Plantel está lleno hasta la última silla. Simplemente calculen: mil, dividido por 50 alumnos por grupo, da 20 grupos más, cinco por turno. ¿Dónde están los salones para acomodarlos? Y sobre todo ¿los laboratorios? La Universidad hizo un enorme esfuerzo, 15 mil alumnos por Plantel, con salones y laboratorios. Aumentar 1,000 alumnos es pura demagogia, porque los números simplemente no dan. Además, si se aceptara en Naucalpan, vendrían luego Oriente, Vallejo, Azcapotzalco, el Sur. Es una locura y Maganda sabe que es imposible, lo mete en el pliego para tener un pretexto, que sabe imposible de cumplir, y alargar la toma de la Dirección. El punto ni está en las manos de la Dirección ni la Universidad aceptaría la exigencia, simplemente es una enormidad. “Vuela y te devolvemos el Plantel”. Sí, Maganda, “me devuelves el Plantel”, como si lo hubieras tomado. Ni siquiera tuviste una asamblea general para decidir cerrar la*

*Dirección. Y luego presumes de demócrata. Que la comunidad considere atentamente los hechos.*

*Mejor ahí le seguimos, al fin de cuentas sigo firmando los nombramientos, aunque firmarlos en un cubículo es más incómodo y hasta azaroso, porque nos falta información administrativa, pero nos arreglamos. Lo mismo, no pienso dejar de pagar a los profesores, porque no tienen la culpa de las locuras de uno de ellos y de 15 alumnos.*

*Eso para comenzar. Hay otros puntos demagógicos, el transporte gratuito, el cubículo a los grupos políticos. ¿Por qué a los grupos políticos y no a los culturales o a los deportivos? La razón todos los profesores la entienden: Maganda manipula un grupo “político” y sus aliados también. Otros puntos son descaradamente oportunistas: el apoyo a grupos de otros planteles, gracias a la acción de Maganda, líder del profesorado del CCH. En este punto se acumula también el cubículo sindical para profesores. Porque los trabajadores lo tienen por propio derecho y el Sindicato de Profesores, cuando sea reconocido también lo tendrá, aunque de hecho los militantes del Sindicato del Personal Académico de la Universidad Nacional Autónoma de México (SPAUNAM) ya usan uno y la Dirección no se ha opuesto. ¡Ah! Pero había que tomar la Dirección de Naucalpan para apoyar el futuro Sindicato de profesores a cuyo grupo generador pertenecen muchos profesores, pero no Maganda. Él se encarga de conseguir un cubículo en Naucalpan. Ninguno de los líderes sindicalistas del Plantel, los de Experimentales entre otros, está tomando parte en la toma ni mucho menos pidieron a Maganda que les consiguiera un cubículo.*

*El colmo son los aspectos francamente contrarios a la institución: no sancionar faltas graves. Estamos en la Universidad. Aquí nunca deberían darse delitos, como golpear a una persona o despojar a una Dirección de su lugar de trabajo, también el Director es un trabajador contratado. Pero, según Maganda, son*



*nimiedades que pueden dejarse pasar. No lo acepto. Y punto. Otras demandas dependen del estilo de gobierno: informar a la comunidad, incluso semanalmente ya lo hacemos, publicamos La Hoja, pero no como quien rinde cuentas a un poder superior, sino como la comunicación entre partes, cada una con sus propias funciones, que colaboran para difundir el conocimiento, la cultura, la solidaridad, el respeto a las opiniones ajenas.*

*Total: podemos consultar a las Áreas para organizar dos vueltas de extraordinarios por semestre. La Dirección no se opone. Hay que calcular, sin embargo, el costo-beneficio, no pasar demasiado tiempo en extraordinario, en vez de mejorar el aprendizaje atendiendo de mejor manera a la docencia en los cursos ordinarios.*

*Lo demás es francamente irresponsable. La Dirección, desde el primer día, se comprometió por un Plantel de mayores y mejores aprendizajes. También desde el primer día, no hace tanto, ni siquiera un año, Maganda insultaba al Director saliente y a mí, con rimas, digamos para no agriar el tono, “ingeniosas”. Es decir, ya había decidido que mi Dirección no le gustaba. ¿Por qué? Hubo auscultación, pudo comparecer para dar sus razones. No lo hizo. Comenzó su campaña el día que tomé posesión. Cada quien. Lo que no haré, será aceptar condiciones que dañen al Plantel en su carácter universitario y académico.*

*Exijo la devolución de las oficinas. Están impidiendo, sin razones y sin la comunidad, que trabajadores universitarios, de los cuales soy uno más, entren a su lugar de trabajo. Es un delito, pero no manejaremos el Plantel con acusaciones fuera de la Universidad. Devuelvan el Plantel completo. Convoco a una asamblea a la que invito a todos los profesores, para discutir colegiadamente el problema, el martes próximo, a las 11 en el Salón de Usos Múltiples.*

*El Director del Plantel, Dr. José Bazán Levy”.*

La semana primera de la toma de la Dirección del Plantel recibí la visita de Israel Galán, enviado como consejero experto por el Coordinador del Colegio. Imagino que Fernando no sabía cómo iba a resolver el conflicto yo solo, a la mejor me consideraba idealista y menos pragmático, bueno, en realidad era el primer encontronazo de Naucalpan con toma de instalaciones, desde el inicio del Colegio cinco años antes, aunque también es cierto que el acervo de recursos legales y políticos de Fernando era siempre copioso. Además, había debajo de movimientos y artimañas una teoría del poder y de las organizaciones sociales.

El Coordinador tenía también experiencia probada, en particular en su intervención en la Facultad de Arquitectura, para desalojar al autogobierno y terminar, imagino, en una negociada división por la mitad entre “talleres de letras” y “talleres de número” de los espacios y grupos escolares de la Facultad. Envié a Israel Galán para asesorarme.

Era muy parecido a Graciano, líder agrarista de los años 20 del 900, ahora 2025 hace sencillamente un siglo. Israel no era campesino, sino retoño de los Galán de Pinotepa Nacional y de los Baños que juntos habían puesto en granito o en fierro fundido sus apellidos para conmemorar las dedicatorias de las bancas en el jardín principal. Era inteligente y aprendiz al pie

de la letra de las enseñanzas del Coordinador, muchas de las cuales seguramente ya había obtenido por su cuenta, desde sus años, mira qué casualidad, en la Facultad de Ciencias Políticas. Nos diferenciábamos en la obediencia al jefe, al estilo priista la suya, la nuestra menos dispuesta a simplemente someterse, sin alegar cuando hacía falta.

En la cadena de designaciones de *Encargado de la Dirección* del Plantel Oriente, que fue añadiendo eslabones durante año y medio, tras la caída del Ingeniero Zepeda, Israel ocupó un lugar privilegiado: no fue sacado de una Dirección tomada tras una asamblea general del Plantel; más económica y sencillamente la asamblea nunca lo dejó pasar de la banqueta.

Manióbró como un diablo y seguramente tomó innumerables tazas de café con líderes, con él todos indómitos, aunque no puede saberse si hubo arreglos que se estrellaron en la muralla de una mayoría amplia que estaba cobrando al Coordinador la deposición del único Director legítimo, según la asamblea general que lo designó, y *Encargado* del Plantel oficialmente. Si hubiera durado dos años más el estado de cosas del Plantel, el Consejo Universitario hubiera tenido que aprobar un artículo nuevo del Estatuto General en el que se definiera que “*en caso de conflicto prolongado, el Rector designará un Encargado de la Dirección que tendrá las mismas facultades administrativas que un Director de la entidad en cuestión, por una duración no mayor de dos años y tendrá sus oficinas donde sea posible*”.

En Naucalpan de inmediato comenzó a cumplir su papel de asesor, que nadie le estorbó. Sus primeros consejos se refirieron a mi estilo de redacción política, que consideraba excesivamente verboso y detallista, y sobre todo ingenuo e infantil. Insistió en la necesidad de contar con canicas para negociar y adquirirlas, si hacía falta. Canicas desde luego no eran las que usé de niño para jugar al “ahogado”, sino tener bajo la mano intereses de los adversarios, para cambiarlos, dando y dando, por el edificio

de la Dirección. “Evita satanizar públicamente en tus escritos a Maganda. Se nota que no te pasa. Además, no escribas con tanto rollo tus volantes como aquello —inventado por Graciano en ese momento de la plática— aquello de: “Venían unos alumnos zigzagueando por un caminito y decían que el Director era malvado”. No, carajo, nadie leerá un volante así. Hay que ir directo al bulto, no enumerar, señalar la falta de razones de la toma y sobre todo anunciar lo que harás, amenazar si quieres, aunque no lo hagas luego. Y si no, hacerlo, carajo”.

El Director de Naucalpan no era de Ciencias Políticas y no tenía una teoría de la negociación, pero sí maneras propias de interaccionar con los profesores. Habíamos discutido durante horas interminables con los representantes de la Coordinación primera del Colegio, luego tuvimos las discusiones grabadas en el “Comité de Expertos”, era un decir, con el Director de Psicología, el repetido entrenamiento de intercambios durante la gestión del Coordinador Pérez Rocha.

No tomé nota de su propuesta ni de su parodia burlesca, pero la tomé en cuenta. Aprendía, aunque no se lo dije, que es mejor tratar directamente lo importante. Salvo excepciones, cuando hablar larguísimo cansa a la asamblea de alumnos, y se va disolviendo. Otro aprendizaje, pero esta vez recibido de Alfonso.

La asesoría duró una conversación total de un cuarto de hora e Israel desapareció del Plantel, ocupado tal vez en llegar a un acuerdo para entrar a Oriente por la segunda puerta de la avenida Universidad, al final de los edificios del Plantel. Pero sus interlocutores no confiaban en él, por revolucionario que se fingiera e ingenioso que se mostrara, porque lo sabían obediente al Coordinador y acaso lo imaginaban priista, no lo creo. Alguien dijo que era ordenanza del General, que sostenía las riendas de su caballo para que montara.

De modo que dije a Israel que sí, pero no me ocupé de hacer nada de lo que decía. Sin Graciano, fue mejor, quedamos el

equipo de la Dirección por nuestra cuenta y riesgo y por lo menos hacíamos lo que nos parecía, sin miedo ni ausencia, sino dando la cara.

Convoqué a una asamblea general de profesores. Estuvieron 200. Curiosamente el tema no fueron los 10 puntos demagógicos del “pliego petitorio” que a nadie le importaban, sino cómo liberar la Dirección. Pero la asamblea no daba con el procedimiento. Ya estaba acordado que no habría represalias, con lo que el número de coincidentes en terminar el conflicto creció, pero todavía había oradores que terqueaban no tanto en apoyo de Maganda, que no intervino nunca, sino buscando ventaja, en realidad ilusorias, que les dieran algún resquicio para meter la mano en las palancas del control del Plantel. Nadie pronunció la palabra “cogobierno”, que no había sido ni propuesto ni menos aún discutido y no tenía militantes más allá de una docena dispersa y callada.

Pidió la palabra un profesor bajito, con bigote, con quien el Director acababa de tener una discusión a gritos en el espacio de la Dirección, todavía abierto ese día, sobre una sanción que no había pasado de la descalificación, aplicada a activistas, pero que Carlos Medina consideraba extrema y carente de sentido educativo contra alumnos hacia quienes había que mostrar tolerancia.

Cuando llegó su turno en la lista de oradores, estaba en la mitad de la cuarta fila de sillas, le di la palabra y me puse el casco esperando una reconvención dura. Carlos comenzó reprochando a la asamblea que se dejara manipular por un profesor sin principios que estaba llevando al Plantel por un mal camino. Dijo que reprobaba la toma de la Dirección. Simplemente no había motivo ni podía justificarse políticamente. Una Dirección “no se toma, cuando a alguien se le ocurre. ¿Cuál asamblea general del Plantel lo había decidido? La primera asamblea general de profesores era en la que estábamos, y la había convocado y la presidía el Director. Era absurdo tomar una Dirección y luego

acudir al llamado del Director y aceptar su presidencia. Hay que dejarse de payasadas, eso son, payasadas, y de rollos infinitos. Puede mejorar el trabajo del Director, de acuerdo, que mejore, pero hasta ahora no ha cometido ningún error que merezca un juicio que luego ni sus promotores son capaces de formular con claridad. Propongo que se devuelvan de inmediato las instalaciones cerradas y que esta pantomima termine”.

Lo puse de inmediato a votación. Fue aplastante. Terminamos la asamblea. Informé al Coordinador que la toma estaba resuelta. No insistí en que fue por medio de una asamblea de profesores y no por una negociación con canicas. No sabía usar este recurso. Más tarde aprendí y fue útil.

Unos días más tarde, corría marzo según mi memoria involuntariamente incierta en los detalles, y Anita Ruíz, profesora de Historia, experta en arte mexicano, académica de primer orden y considerada de izquierda, ahijada de bautismo de José Vasconcelos (me lo contó ella misma y no sé por qué lo repito) se sintió cansada de las tensiones de empujar el Plantel hacia el mejoramiento de clases y aprendizajes. Acepté su renuncia. Le propuse el cargo a Carlos. A pocos días de nuestro primer encuentro que terminó en discusión agria, pero se dispó rápidamente en el ánimo de uno y otro, y sin ningún trato previo, había orientado a la asamblea que se empantanaba en la indecisión, para dar por cerrado el intento atropellado de Maganda que a nadie convencía y mucho menos importaba.

La amistad con Carlos había nacido. Le debía una. A lo largo de 50 años, íbamos a debernos muchas veces una mutuamente.

Maganda, en cambio, siguió un camino de debut y jubilación política extraño, pero finalmente explicable. Se mantuvo en el Plantel, pero nunca volvió a ocupar un asiento en barrera de sol, tan oscuro como taciturno, deslizándose por los pasillos y andadores como si fuera acompañado de una sombra que carecía del contrapunto del sol. Luego, un día para quienes

no compartíamos sus secretos, desapareció y se convirtió en el encargado, lo diré así, aunque el nombre de sus funciones fuera acaso más altisonante, el responsable de los Programas Juveniles del Municipio priista de Naucalpan. El PAN tenía por delante todavía un largo trecho antes de ganar por primera vez el municipio.

De modo que, más allá de los análisis expertos de Israel, me quedó claro lo que él o no sabía o se lo callaba, porque detrás de la toma estaba el PRI, siendo modestos el PRI de Naucalpan, para nada el nacional, ni que uno fuera precandidato de oposición a la gubernatura del Estado de México.

Fue un primer caso de izquierdista, había que justificarse con algún sustantivo prestigioso, falso, al servicio del gobierno y contra el Colegio. El Plantel era un aliado probable de los movimientos de huelga en las fábricas de la zona, en SPICER, en las domiciliadas en Alce Blanco y en las del otro lado del mercado. Pero, aunque la Dirección nunca empujó a los alumnos a defender a los obreros, ni falta les hacía, bola de chamacos idealistas y manipulables, tampoco los dejaba solos cuando el peligro crecía. Nada más. En resumen, fue una advertencia, sin efecto real ninguno, fallida. Pero nos mostró cómo no era progresista todo el que se proclama tal, ni la Dirección enemiga de los obreros, aunque el PRI local no lo entendía de la misma manera.

**D**esde el primer año, el Colegio recibió 15 mil y, al crearse los Planteles Oriente y Sur, 25 mil alumnos de nuevo ingreso por año. La enorme y feliz ola demográfica del Plan de Once Años del Secretario de Educación Jaime Torres Bodet iba a alcanzar en 1971 el Nivel Medio Superior. El Rector de la Universidad aprovechó la presión que la exigencia de educación impondría al Gobierno Federal, en un contexto donde estaban abiertas las huellas sangrientas del 68. Sería imposible omitir la atención a la demanda y evitar un nuevo flanco de descontento en el ámbito educativo. Todos debían tener acceso al Bachillerato, aunque el título de Bachiller, con excepción única de Álvaro Gálvez y Fuentes, locutor de la XEQ, no conservaba ningún reconocimiento social como en 1910, cuando don Justo Sierra insistió ante la Cámara de diputados en que el primer grado académico, el Bachillerato, se estudiaba en la Preparatoria pero lo reconocería la Universidad, y en los años 20 y 30, cuando los preparatorianos, uniformados con sombrero, corbata y saco, y encabezados por Alejandro Gómez Arias disfrazado de señor, tuvieron un papel decisivo en la multitud manifestante para obtener la autonomía. Que era una ocasión para el gobierno, astuta según éste, de quitarse de encima el presupuesto anual universitario.



El Rector González Casanova propuso abrir cinco Planteles más, pero a diferencia de la Reforma del Rector Ignacio Chávez, en su “Declaración” ante el Consejo Universitario, afirmó con absoluta claridad que, si bien existía la opción de crear más Planteles de la Escuela Nacional Preparatoria, la Universidad preferiría ahora crear una escuela nueva, con un plan de estudios diferente, para cumplir su misión de ser y trabajar como verdadera Universidad. El Colegio era el instrumento al que recurría la UNAM para ser plenamente universidad. Así, los cinco Planteles del Colegio vinieron a sumarse a los nueve de la Escuela Nacional Preparatoria, y el fantasma del rechazo de más estudiantes quedó conjurado. Provisionalmente, por supuesto, mientras no descendiera el crecimiento demográfico. La píldora y demás no se habían consolidado todavía en las costumbres matrimoniales de los mexicanos.

No fue suficiente y, en 1973, ante la decisión de la Universidad de no aumentar su población total de 300 mil estudiantes, que no había alcanzado pero tenía prevista, y luego, según conferencia efímera del Secretario General de la UNAM en el anfiteatro Simón Bolívar de San Idelfonso a los cuerpos directivos ¿del solo Colegio o del Bachillerato Universitario?, seguiría creciendo más allá de los 400 mil, año tras año, hasta alcanzar 800 mil en un año brumoso del futuro que nos señaló, pero que yo no pude imaginar tan lejos.

El Rector Soberón, por el contrario, había decidido no dejar aumentar si no la fuerza, al menos el volumen de profesores y estudiantes del CCH. En el nuevo dispositivo, nos correspondió jugar el papel de pospuestos que le tocó jugar a la ENP en la creación del Colegio en 1971: no más Planteles, otra institución, ahora el Colegio de Bachilleres.

Por otra parte, estábamos perdiendo la promesa de que la enseñanza profesional formara parte del Colegio. Las ENEP, pronto cinco hacia 1976, corrían por cuenta propia, ni siquiera formaban

un sistema coherente, eran facultades múltiples sueltas, cada una con carreras derivadas de las Facultades tradicionales de Ciudad Universitaria. Colonias de las potencias profesionales de la UNAM.

Nos fuimos dando cuenta, a medida que se añadían nuevos contactos con las Escuelas recientes, de que las ENEP no tenían nada que ver con las ideas renovadoras del Colegio, rumbo adoptado por el Rector Soberón tras la renuncia de González Casanova a fines de 1972, convencido don Pablo de que, con la legislación vigente, un sindicato se colocaba en el extremo opuesto a la idea de comunidad, central en una universidad donde la oposición extremada entre los intereses atribuida a directores, académicos y trabajadores manuales era inaceptable, como si aquellos fueran dueños de la fábrica. La diferencia de propósitos, esencial en la concepción de sociedad política, se excluía de la Universidad, cuyo único interés, la docencia y la investigación en ciencias y humanidades no podía aceptar la oposición radical que generaba, al parecer inevitablemente, el movimiento sindical entre dueños y asalariados.

En el plano académico, la interdisciplinariedad en las ENEP, cuando la palabra aparecía en su discurso nebuloso, significaba una mera yuxtaposición de carreras, sin intercambios sólidos entre los planes de estudio. El enfoque departamental de Acatlán, original en sus inicios, cuando el Departamento de Matemáticas servía a la docencia de todas las carreras que incluían este conjunto de materias, duraría algunos años sin huella decisiva y terminaría aplastado por el peso de los grupos de poder de las facultades y de las asociaciones de profesionistas. El Colegio había perdido la parte central de la estructura que había concebido e intentado establecer en el seno de la institución el Rector en 1971. Soñaba entonces la Universidad en su Consejo con carreras como Ciencias de la Tierra, Ciencias del Mar, Arquitectura de Paisajes, Comunicación Audiovisual, Investigación de Operaciones. Ni el Colegio pudo crearlas ni

ninguna de las ENEP fue más allá de repetir las carreras de CU colocadas, eso sí, en los alrededores de los estrictos límites de la Ciudad de México.

Pero no fue todo. Con la creación del Colegio de Bachilleres, el Gobierno Federal declaró, apenas en 73, que el Colegio tampoco crecería en número de Planteles. Sin convicción, el fantasma de los cuatro, a veces cinco, planteles prometidos siguió apareciendo en mítines encaminados a cualquier propósito.

Las autoridades federales fundaron e Colegio de Bachilleres, con un plan de estudios más cercano al del Colegio que al de la Preparatoria, pero lo imitaba verbalmente, sin acercarse a la concepción de la cultura como productividad, -ser culto es leer, escribir, trabajar como investigador, combinar métodos-, y del crecimiento del alumno hacia una primera autonomía adulta en la adquisición de conocimientos y valores. No era el Colegio. Fuera de la Universidad no podía serlo.

Aunque nadie nos había asignado el monopolio de los crecimientos del Bachillerato, era evidente el ataque al Colegio, el desdén por sus innovaciones académicas, una crítica callada que ni siquiera ofrecía argumentos formulados contra los cuales podríamos esgrimir razones. Desdeñaban sin habernos dado la oportunidad de probarnos, sin cumplir el segundo tiempo del partido. Nos dejaron en estado de indefensión. La Universidad, que hubiera podido hacerlo, no manifestó inconformidad pública ninguna. Le bastaba con los problemas que imaginaba que el Colegio le causaba. El crecimiento que el Secretario de la UNAM nos describió con cifras y modalidades, por lo menos a los coordinadores de área y funcionarios del Colegio, en el anfiteatro Simón Bolívar en 1972, se había convertido en humo. Frenar el crecimiento desmedido era indispensable, por lo que la Rectoría misma insistió en engendrar el Colegio de Bachilleres. Por de pronto la matrícula de nuevo ingreso disminuyó en el Colegio.

Hace pocos meses, en 2025, en versión de Manuel, me enteré con sorpresa que el Doctor Soberón había sido un impulsor tenaz del Colegio de Bachilleres. Sigo queriendo imaginar que, para evitar un crecimiento indeseable de los Bachilleratos Universitarios, que la demografía estaba imponiendo. Sin embargo, no he perdido un inoportuno mal sabor de boca, porque nadie nos informó de que nuestro destino de acertaba.

Apareció, pues, Bachilleres. En efecto, muchos alumnos se inscribieron en el reciente Bachillerato. El movimiento telúrico fue sentido en Naucalpan, cercano al plantel del Colegio de Bachilleres que comenzó a recibir alumnos en Satélite y significó comodidad para las familias de la zona. Quedaron huecos sensibles en nuestra capacidad de atención. Grupos sin alumnos, ¿fuera los profesores sin grupo?, ¿O profesores pagados por clases que no daban.

No hubo demanda, cierra los grupos. Pero la Universidad mantuvo en la nómina tantos grupos sin alumnos, cuantos fue necesario para mantener el mismo nivel de contratación de todos los profesores. En esas horas, los profesores de grupos sin alumnos elaborarían materiales didácticos, estrategias de enseñanza, unidades de docencia. Nadie tenía experiencia en estas lides, pero sí compromiso. En Talleres de Naucalpan, 15 profesores, que habían perdido en la burocracia al menos a 48 alumnos, presentaron a la Academia sus proyectos de trabajo, que fueron aprobados, con obligación de informar al final del año escolar y de presentar sus resultados. Desde la Secretaría Académica y la Dirección más tarde apoyé sin restricciones la idea, más bien tratamos de hacerla alcanzar mejores niveles, denominándola “trabajos de investigación”, que sonaba bien y no hacía daño a nadie. Todos sabían de qué se trataba.

Así el Colegio recibió, ahora por designios de la SEP, una reducción de matrícula y la anulación de cualquier esperanza de alcanzar los 10 planteles que la leyenda decía previstos para

un futuro ya vetado. Seríamos cinco y lo somos hoy, cuando en 2025 nuevos y más infames proyectos amenazan la raíz universitaria del CCH. El ideal del rector para el Colegio sería que tuviera los grupos que fueran, pero sin alumnos. Obviamente el siguiente paso sería trabajar por una docencia inexistente.

Pero ganaremos, como lo hicimos en los 70. En 74, cuando los alumnos terminaban el último año de Secundaria, organizamos comisiones de presentación del Colegio de Ciencias y Humanidades. Grupos de profesores y alumnos visitaban las escuelas secundarias de Naucalpan, Tlalnepantla, Nicolás Romero, Tacuba y hasta Portales, porque tenía a su disposición el metro, para que se inscribieran en el Colegio y en la Universidad. Podíamos ofrecer justamente el carácter universitario del CCH y el pase, vulgo, “automático”. Pero no insistíamos mucho en este punto, sino en lo bueno que era aprender a aprender, ser autónomos para seguir aprendiendo, la solidaridad y el trabajo en equipo.

Y la carga de tareas no desapareció para siempre. En 1975 no hubo un nuevo Plantel del Colegio, pero sí la demanda de un aumento en la matrícula de nuevo ingreso y el Colegio de Bachilleres no fue capaz de absorber toda la demanda de Bachillerato, a pesar de haber sido fundado para eso. Seguramente el CAPCE no terminó los Planteles, no cuando hacía falta, ni siquiera cuando había dicho, acaso porque los recursos no llegaron cuando Hacienda, o ya la SEP, los había anunciado.

En la Junta de Directores, el Director del Bachillerato del Colegio hizo el anuncio, ante la sorpresa nunca imaginada de los Directores de los Planteles:

—El Señor Rector me ha pedido les informe del aumento en la matrícula para el próximo —debió decir “inminente”, que no existía en su vocabulario cotidiano, o tal vez “comenzado” año escolar, pero políticamente convenía recurrir a palabras menos amenazadoras—. Cada Plantel recibirá 600 alumnos más de los 5 mil de años anteriores, y el Colegio un total de

28 mil de nuevo ingreso, es decir habrá 12 grupos más, seis en la mañana y otros tantos en la tarde, en cada Plantel. El Señor Rector está consciente de que no contamos con salones, pero podemos adecuar espacios en Usos Múltiples y establecer un orden de asistencia a Laboratorios que reparta equitativamente las horas de experimentación. Es la participación en el esfuerzo de la Universidad por atender, como dicen los documentos de fundación el Colegio y sus comunidades repiten, “más y mejor a un mayor número de mexicanos”. Cuento con ustedes y con la capacidad de encontrar salidas, cuando las soluciones fáciles, pues, desaparecen. Eso sí, el Gobierno Federal aumentará el presupuesto para pagar las horas de clase para la atención de los nuevos alumnos. Pueden dar seguridades a los profesores. A ellos les conviene, porque podrán aumentar horas.

Las Direcciones del Colegio, faltaba más, encontramos salidas. Lo peor eran las horas en que las clases de los turnos 1 y 2, entre 10 y 11 de la mañana, y 3 y 4, entre las 5 y las 6, se encimaban y acarreaban la saturación absoluta de los espacios. Pero lo hicimos, no ibas a dejar grupos de alumnos sin clases, aunque hubo profesores que en protesta sacaron a sus alumnos a los prados y dieron improvisadas clases campesinas más o menos dispersas y floridas. La solución nos costó y la pagamos al contado, un empleo exhaustivo de salones y recovecos en condiciones mínimas para un trabajo en el que los Planteles hubieran necesitado respirar. Buscamos profesores, recorrieron en condiciones apresuradas las mismas etapas que el concurso del primer año del Colegio antes de ser contratados. Atendimos todos los grupos.

Un par de años más tarde el Colegio tenía de nuevo un número de aspirantes muy superior a su capacidad de ingreso y seguía adelante en sus cinco Planteles con una población a tope.

El proyecto original había sido enterrado acompañado de los familiares más o muy, muy cercanos. No hubo esquelas ni

notas o artículos en los periódicos. Y lo peor de todo ni una sola voz en la Universidad que recordara que había un proyecto, nunca revocado, aprobado por unanimidad por el Consejo Universitario.

Sin consecuencias, la UNAM entro en la ilegalidad formal y callada en el ámbito del Colegio de Ciencias y Humanidades.

Pasó un año y con él la ola demográfica más alta de demanda de Bachillerato y aparecieron nuevos planteles del Colegio de Bachilleres por toda la Ciudad. De pronto, en lugar de los 28 mil alumnos que habían ingresado en el año anterior, el Colegio recibió la población adecuada a su tamaño en salones y laboratorios, 25 mil alumnos de nuevo ingreso. En total volveríamos a atender a 75 mil y seguimos siendo el Bachillerato de mayor población del país. Pero habíamos contratado un año profesores para atender a 28 mil nuevos alumnos. La ola demográfica, menos la deserción, pasó al segundo año y se atendió. Pero en primero quedaron sin alumnos grupos asignados un año antes a profesores de todas las materias en cada Plantel. No lo sabíamos, pero acababan de nacer las *horas liberadas*. La historia seguía jugando con nosotros.

En Naucalpan, las cuatro Academias y la Dirección llegamos a un acuerdo racional, comenzando por el Área de Talleres. Ningún profesor vería recortado el total de sus horas contratadas, al Gobierno Federal, seguramente de casualidad, se le olvidó reducir el presupuesto, pero las horas sin grupo asignado se repartirían entre los profesores de mayores méritos docentes, que se evaluaban con participación de los alumnos, y consistían en la consideración de la manera de enseñar según las orientaciones del proyecto del Colegio. Los profesores designados presentarían un plan de trabajo, producción de materiales didácticos, sobre todo, a la Academia y a la Dirección, que ya había ganado su derecho a participar en el trabajo académico, como uno de los dos polos de decisión del Plantel. Volvimos a denominar *inves-*

*tigadores*, más por ingenua ambición que por razonamiento, a los profesores con horas liberadas, que presentaban proyectos e informes, como los profesores de carrera. El Colegio inventaba su Estatuto del Personal Académico propio en el espíritu del Estatuto formal de la Universidad.

Así pasó otro año y de nuevo otra tarea inevitable sonó en la Junta de Directores. En 1976 avanzado, el Coordinador del Colegio mandó informarnos de la necesidad de asignar grupos a todos los profesores que cobraban sin atender alumnos. La insurrección podía levantarse exactamente por las condiciones contrarias a las de la vez anterior. Los *investigadores* habían saboreado formas de trabajo pagado, semejantes a las de profesores de carrera de la Universidad, figura ausente en el Colegio. Ahora, tras un año, las perdían y, además, ¿de dónde iban a salir los grupos libres si todos estaban atendidos?

Tras el mensaje conminatorio transmitido por el Director del Bachillerato, la mayoría de los Directores de la Junta, en otro lunes de resistencia, se negaron, es decir, no dijeron nada, porque ya estaban decididos a no hacer nada. Seguramente pensaban aplicar el reconocido principio del derecho mexicano de que la ley se acata, pero no se cumple y, en ese caso era más ventajoso ni siquiera proclamarlo y menos discutirlo. Nadie olvidaba la suerte del Encargado de la Dirección de Oriente ya fuera del Colegio.

Un ejemplo radical fue el “Monstruo Comegalletas”, que había merecido sin esfuerzo el sobrenombre inspirado en Plaza Sésamo, por su voracidad ininterrumpida en el consumo de una parte sustancial de los dos kilos de galletas Macma, que Solecito, la secretaria de Alfonso, Director de la Unidad Académica del Ciclo de Bachillerato, compraba cada lunes al mediodía para la sesión de la Junta. El “Monstruo” dijo que la veía difícil, otra rosquilla, y que no fueran a reclamarle que alguna academia se negara a asignar grupos a los profesores



*investigadores*, un abanico y un polvorón. Evidentemente había olvidado al parecer que él era el Director, o por lo menos que tenía el nombramiento de Director del Plantel y la obligación de administrar, según la normatividad, los recursos de la Universidad. Finalmente, tras intervenciones que decían aceptar cumplir, la Junta llegó al acuerdo, que conste en la minuta, de recuperar las horas liberadas.

Azcapotzalco no recuperó ni una sola hora, por lo menos 15 años más tarde todavía podían contarse algunas decenas de éstas. Naucalpan, por su parte, que en ese año seguía luchando por asentar la autoridad completa de la Dirección, trató de recobrar lo que consideraba un capital académico en horas. Todas.

Pero nos topamos con la rebelión aislada de Matemáticas. Los profesores, empujados por el Coordinador de los turnos matutinos, que se comportaba como si trajera traje y corbata y nunca apareció en las discusiones de la Academia con la Dirección, rechazaban atender los grupos reales que les eran asignados. La ruptura se consumó, y sin reconocer las asignaciones de grupos con alumnos, —obviamente ellos decían “impuestas” por la Dirección—, la Academia, aquí la Dirección entendía con claridad “el coordinador matutino”, se aferró a no atender los grupos reales con alumnos reales que correspondían a su número real de horas contratadas.

La Dirección, ante la evidencia de que no habría acuerdo, terminó de completar con horas de docencia todas las horas de todos los profesores. La Academia ignoró a la autoridad, pero se replegó, fue atendiendo los grupos disimulando su retirada, y designó una cabeza de turco para que recibiera los golpes, un único profesor, solitario y abandonado, que no aceptaba todos sus grupos y, con toda coherencia, no los atendía. Pensaban, y lo imaginó también la Dirección, que, si no había medidas de coacción, otros profesores lo imitarían. La Dirección decidió usar sus canicas.

El encontronazo terminó con la rescisión del profesor que, incitado, se empeñó en desobediencia reiterada en el rechazo de cumplir sus horarios completos, con mucha mayor inocencia y honradez que la que nunca tuvo el coordinador matutino. La Academia cedió. La Dirección se mantuvo. El profesor se fue, rescindido, y cayó en una depresión desdichada y luego brevemente en el “Floresta”, que a nadie se le ocurrió que sucedería. Y lo sentimos, pero sin sentimientos de culpa. Unos años después reapareció sano, feliz y amistoso con su antiguo verdugo, enseñando en Acatlán. El Plantel no se enteró.

Al terminar el conflicto, el Coordinador del Colegio me llamó. Sin jurar en vano por la exactitud verbal de la entrevista que sigue, el sentido de la conversación, que abrió una primera puerta universitaria al profesorado de Carrera para el Colegio, tuvo el siguiente desarrollo del que puedo dar fe.

Entré a la oficina donde el sol de marzo comenzaba a correr de puntitas con sus rayos sobre el techo y ya había comenzado a evitar aplastarlos contra las paredes de vidrio laterales. La ruta diaria del sol correspondía a la estación y la oficina de Fernando, por efecto de su costumbre de hablar en voz baja, había recobrado su carácter de cabina de transmisión de Radio UNAM, que había sido antes. Era agradable, la conversación se desplegaba entre el Coordinador y su interlocutor exclusivamente.

—Hola, ¿cómo va Naucalpan? ¿Ya acabaste con Matemáticas?

—No tanto. Sólo recuperé las horas. Naucalpan está a mano. Fue pesado algunos días, pero ya se calmó el avispero, aunque tuve que golpear. No me dejaron escoger.

—No olvides las enseñanzas del Doctor Renero. Siempre tuvo la habilidad de obtener lo necesario sin llegar tan lejos. No te estoy reclamando nada. Pero es mejor evitar las medidas que abren el paso a la violencia. De modo que evita engolosinarte.

—Yo pienso estar aplicando a la vez dos modelos, el de Nacho Renero, desde luego. Pero hace dos años, cuando destituiste al

Director, que no lo era, sino Secretario Estudiantil, Encargado de la Dirección de Oriente, y te pedí explicaciones por tu comunicado en la *Gaceta* del Colegio, me dijiste una frase que no he olvidado: hay dos caminos, uno es dejarse golpear y otro golpear oportunamente. El primero tiene un costo, la comunidad dirá qué el Director es una cucaracha y que las cucarachas se aplastan. En el otro caso, todos dirán que el Director es un cabrón, pero a los directores cabrones, sus comunidades los respetan. Primero intenté negociar, asignar grupos gradualmente, digamos en un semestre, pero terminar por cubrir todas las horas contratadas con alumnos reales. Es la instrucción que nos diste. No quisieron. Les asigné grupos y el coordinador de la mañana mandó por delante, sin dar la cara, además, el muy, a un profesor finalmente más inocente que la academia en su conjunto, pero se puso donde iba a caer el golpe, el lugar equivocado. Se negó a atender sus grupos. No podía dejar mis asignaciones sin efecto. Nadie me creería en adelante.

—Hace dos días hablé con el Rector, largo. Es claro que ahora el Rector ha comenzado a entender al Colegio. David y yo hemos trabajado muy intensamente en hacerle comprensibles la maraña y las contradicciones en que el Colegio parece a veces envuelto. El Rector ya no piensa que el Colegio conspira contra Rectoría. Hemos logrado apagar los incendios sin base que el Secretario de Rectoría inventaba. Creo que te resultará agradable saber que quien forzó al Rector a tomar medidas insostenibles para Manuel Pérez Rocha, hasta dejarlo sin otro espacio que la renuncia, ahora, desde la pedriza de Oriente, de la que yo advertí y el excluyó tercamente, se ha vuelto poco creíble para el mismo Rector, bueno para intrigar, si llegara a hacer falta, pero de ninguna manera un agente que mira por los intereses académicos de la Universidad. Ganamos, puedo decirte, ganaste.

Fernando descolgó el teléfono, tapando la bocina, “¿Cómo lo quieres? Señora, por favor otro café para el Doctor. A mí

también tráigame otro bien cargado”. Colgó. “También esto es un vicio”.

—Pero lo más importante, trascendente, diría yo, si no tuviera cuidado de no caer en una valoración excesiva de las nuevas perspectivas para el Colegio, es que se trata de una propuesta audaz, que representa una primera respuesta positiva al deseo de los profesores del Colegio de tener plazas de carrera. No las tendrá el Colegio, por de pronto, simplemente por realismo, porque la mayoría de los profesores, siguiendo el itinerario trazado por González Casanova, son todavía estudiantes. Esta especie de disparate, según algunos, conservadores desde luego, ha sido una audacia de Pablo y se implantó en total apego a los acuerdos del Consejo Universitario. Estudiantes con 75% de los créditos de su licenciatura han estado enseñando legítimamente en el Colegio, para no hablar de los pasantes con todos los créditos cubiertos. Pero para ser profesor de carrera el Estatuto del Personal Académico exige el título. Si siguiéramos el camino institucional, como debe hacerse, serían muy pocos y no sabemos si los mejores, quienes obtendrían las plazas de carrera. De modo que hablando con el Rector despacio y razonando con la mejor inteligencia de que disponíamos, una parte de la cual se la debo originalmente a Henrique, llegamos a una decisión, del Rector, desde luego, por eso me urgía hablar contigo, porque sé que se trata de algo que te importa, también a los demás Directores, pero Naucalpan es el Plantel que más avanzó en recuperar horas liberadas.

“En resumen, la propuesta es la siguiente: la Universidad creará el equivalente de plazas, formadas por contratos de 40 horas de asignatura, pero quienes las obtengan, no deberán cumplir el requisito de haber obtenido el título, simplemente porque se trata de 40 horas de asignatura. De ellas, los profesores dedicarán sólo 20 a la docencia en grupos escolares; en las otras 20 trabajarán en actividades que la comunidad denomina investigación. Tú y

yo sabemos que es una concesión, tal vez no válida, pero práctica al vocabulario de las academias, horas “de investigación”, pues, aunque concretamente se trata de producción de material para la docencia, de antologías, de esquemas para desarrollar clases sobre las unidades de los programas. O de investigaciones, si algunos proponen un plan de trabajo que cumpla seriamente con las características de esta actividad. No se excluye, pero por ahora, en la etapa actual de crecimiento del Colegio a apenas unos cinco años de su fundación, no podría ser una actividad fundamental ni predominante. Ya sabes que hay un equipo, ese sí de investigación formal, coordinado por Mariclaire Acosta que está avanzando en el perfil de la primera generación de alumnos del Colegio, es una idea de David, para que la Universidad sepa que el Colegio, su Bachillerato, sobre todo, también produce lo que ninguna Escuela ni Facultad de la Universidad emprende. Nosotros sí. Que al Colegio le interesa la investigación es evidente, yo diría que está obligado a hacerlo, pero por ahora, en su etapa actual no será una ocupación que estorbe la consolidación de la enseñanza. Lo inaplazable es transmitir la cultura universitaria, enseñar, hacer crecer a los alumnos. Un último señalamiento, además del compromiso de terminar los trabajos que los profesores planearán para un año, en el mismo período tendrán la obligación de titularse. Con esta exigencia alejamos cualquier crítica de laxitud, infundada desde luego, y eliminamos el obstáculo de la falta de titulación para una etapa futura, que nunca habremos desterrado de nuestras perspectivas.

Me pareció una opción valiosa y posiblemente la mejor imitación realista del profesorado de carrera al alcance mayoritario de las academias. La Dirección de Naucalpan tenía la responsabilidad de incorporar el mayor número posible de profesores de las cuatro Áreas. En la semana siguiente, me reuní, una tras otra, con las Academias del Plantel. Talleres esperaba nuevas perspectivas y demandó una explicación amplia de la invención

de la Coordinación y de Rectoría, porque se sabía comprometida con una modalidad de trabajo, que había prefigurado con responsabilidad en los dos años anteriores. Historia se interesó sobre todo por las plazas de Regularización Académica y Experimentales no se entusiasmó, porque en resumidas cuentas los profesores del Área atendían, según la Carta Descriptiva de las materias del Plan de Estudios, grupos de 25 alumnos y no sentían tanta urgencia de mejorar sus condiciones laborales.

En las dos últimas academias apareció un actor nuevo que promovió la resistencia: los profesores sindicalistas, reclutas del naciente SPAUNAM, que pretendían frenar todas las modificaciones favorables de las condiciones laborales de los profesores. Imaginaban así reservar su obtención hipotética al SPAUNAM que las negociaría. No admitían que una Dirección de Plantel cualquiera promoviera, peor todavía si negociaba con las Academias, lo que ellos pretendían que fuera un campo reservado a la acción sindical. Peor situación laboral, mejor porvenir sindical. Como si fueran a resolver, sabe cuándo, todas las limitaciones del profesorado, oponiéndose a lo que ya estaba a su alcance y podía obtenerse por medio de discusiones y acuerdos, aunque la iniciativa viniera de las autoridades. La Dirección mantenía que se trataba de una nueva estructura académica, con consecuencias laborales derivadas, pero no buscadas por sí mismas. Por otra parte, como polo independiente de las decisiones que afectaban a la comunidad, la Dirección tenía el deber de proponerlas a las Academias y de analizar con ellas en detalle las nuevas modalidades de trabajo académico. En adelante, a cada avance académico, los entusiastas del SPAUNAM repitieron que la Dirección no era sujeto de propuestas ni de acuerdos, que deberían negociarse entre el SPAUNAM y la Coordinación. Así intentaron poco antes retrasar la designación de Comisiones Dictaminadoras, las definitividades, la “regularización” del profesorado (¿En dónde los profesores se habían salido de las

reglas de los acuerdos fundadores del Colegio? Bueno...) y su profesionalización, sin resultado, porque los profesores, sindicalistas o no, o precursores de las futuras Asociaciones del Personal Académico, comprendieron pronto dónde y quién procuraba efectivamente sus intereses. Unos años después ser el sindicato titular del Contrato Colectivo de los académicos terminó en las manos de las AAPAUNAM, al parecer sin término hasta este 2025 de amenazas, que corre.

En el Plantel Oriente, el coordinador de Matemáticas, Ricardo Bravo, sindicalista y todo, pero realista, le tomó la palabra al Coordinador y obtuvo la primera convocatoria de Complementación y de Regularización publicada en la *Gaceta CCH*. El número siguiente de la *Gaceta* publicó la convocatoria de Talleres de Naucalpan, y poco después las de Historia y Experimentales, tres áreas del Plantel. Matemáticas se vengó, sin ganancia alguna, y apenas un semestre más tarde aceptó participar en la nueva modalidad de trabajo académico. Naucalpan emprendía entero el camino de la profesionalización. Así comenzó en el Colegio el Profesorado de Carrera. Complementación y Regularización fueron un primer avance que, sin violentar la normatividad universitaria ni pretender excepción alguna, permitió disponer de tiempo para continuar institucionalmente los aprendizajes con la producción especialmente de materiales que los encauzaran y facilitaran. En un nivel más profundo, la implantación de las nuevas modalidades de trabajo nos enseñó que en la legislación vigente, que desde luego puede siempre reformarse, si la razón y el compromiso universitario con la educación lo demandan, como todo discurso verbal, más el escrito que normalmente concede mayor tiempo para su análisis, legislaciones y estatutos contienen resquicios abordables, enunciados que no cierran, ni se proponen hacerlo, todas las posibilidades de combinar recursos y llegar a soluciones que el texto no había imaginado, con una grano de audacia y responsabilidad. También en los

campos del respeto inteligente a las exigencias estatutarias y de los avances en las condiciones académicas y laborales, el Colegio comenzaba a innovar con mayor profundidad.

Ahora, mientras avanza silencioso y verde el verano de este 2025, voy recogiendo retazos de la memoria vieja del Colegio y me sorprendo poniendo en la balanza la edad inaugural de nuestro crecimiento y cómo desmentimos el murmullo que atacaba al Colegio y lo presentaba como rústico, si no como un pueblo salvaje que había abandonado los desiertos exteriores para pervertir la Ciudad culta y civilizada de la Universidad, acampando dentro de sus murallas. El Rector Soberón dejó de vernos así, tras algunas comidas en un reservado de La Cava, cuya memoria ha quedado aplastada por una torre de más de 40 pisos desde 2018, y sobre todo porque percibió el apego del Colegio a la Universidad y su pasión por una educación renovada. Imagino que hay una placa de bronce bajo los cimientos profundos de la torre, donde queda inscrita la memoria de los diálogos universitarios del Colegio con el Rector, en el lugar donde estuvo el reservado del restaurante donde nos reunimos para comer y conversar libremente tantas veces. Nadie nunca recuperará la memoria de metal. Quedan únicamente las palabras.

Ahora, en 2025, rectoría empuja sigilosa nuestra aniquilación universitaria, esquivando aparecer al descubierto, pero animando y acuartelando a quienes no alcanzaron sus deseos en un primer intento en 1991 y tratan de alcanzarlos en un hipotético segundo, los que nunca han aceptado que en el Bachillerato no hay que intentar enseñar “todo de todo” o por lo menos “un poco de todo,” sino más sencilla e inteligentemente “lo importante de las materias importantes”.

Cuando uno recuerda que ha habido Rectores inteligentes, disminuye el temor de que el rector de ahora se salga con la suya. La moneda está en el aire, la Universidad no puede perder, pero el volado lo tiró rectoría.



**N**aucalpan está en el Estado de México, que en el nuevo siglo resultó ser el Edomex, como el Distrito Federal, antes de convertirse en estado en 2016, comenzó a llamarse en letras rosadas **CDMX**. No está mal.

Pero en los varios primeros años del plantel, su población provenía de Naucalpan, de Atizapán, menos de Satélite, de Tlalnepantla, de la Portales, de la Marte, de la Guerrero, de Tacubaya y Tacuba, y finalmente, en número creciente desplazó su punto de origen a Coacalco, Ecatepec, hasta Acolman, y por supuesto Villa del Carbón, los innumerables fraccionamientos clasemedieros de Santa Marta, Valle Dorado, las Américas. No, no de Lomas Verdes que mandaba a sus habitantes de edad de Enseñanza Media Superior a los colegios de religiosos de Satélite y anexas o, años más tarde, al TEC de Monterrey Plantel del Estado de México.

No mirábamos nuestra población escolar con ojos clasistas, pero de hecho iban a Naucalpan marcados por los resultados del examen de ingreso al Bachillerato Universitario, que a los pocos años del inicio del Plantel también reflejaban que las escuelas del Estado ponían un 10 donde las equivalentes del Distrito Federal cuando mucho subían a un ocho o hasta un siete. Y se notaba.

El problema fundamental, que terminaba por pesar en la docencia de Naucalpan, eran los resultados del examen de ad-

misión. El procedimiento de asignación de Plantel, para los que obtenían porcentajes bajos, cuando se llenaban los demás, era simplemente ordenarlos por número de aciertos de opción múltiple y acomodarlos en Naucalpan, los más altos en la mañana, los ínfimos, en la tarde, porque el Plantel tenía una demanda inferior a cualquier otro del Bachillerato de la UNAM. Cuestión de posicionamiento geográfico.

Los profesores de Naucalpan y la Dirección del Plantel nos hacíamos cargo sin chistar de los alumnos que llegaban. No había otros y los asignados eran también adolescentes mexicanos, iguales en inteligencia que cualquiera, pero menos formados, porque sus escuelas habían sido más rascuaches, sus profesores rara vez destacados, su medio cultural más desprovisto. Pero eran alumnos reales y eran los nuestros. Punto. Los atendíamos con algo más que el puro deber contractual.

Director, protesté varias veces por una asignación tan disparaje. Deben haber sido gritos para oídos de carnicero. Nunca pasó nada, ni siquiera cuando el Coordinador del Colegio fue reclutado por el Rector Soberón como Secretario General en su segundo periodo en 77. Un domingo, debe haber sido marzo de 79, Fernando me llamó por teléfono. Me informó como noticia alentadora que esta vez el corte de admisión había sido de 26 y ya no de 24 aciertos. No era un simple dato estadístico. Significaba que en Naucalpan habría más de mil alumnos con menos de 30 aciertos. Le respondí que de cualquier manera nos haríamos cargo de los alumnos. Pero que no olvidaran que cada egresado de Naucalpan costaba más trabajo que cualquier otro de los egresados del Sur o de Vallejo, para no recurrir a la aristocracia académica de las Preparatorias, la 6 de Coyoacán en especial.

Así seguimos durante los dos periodos de Dirección de los que me hice cargo en Naucalpan. Los iluminados responsables de la asignación deben haber tenido un programa que reunía

en mi Plantel a todos los alumnos del Estado de México, hasta de Chalco y Popo Park.

Un día de 1977, mi Secretario de Estudiantiles y yo decidimos hacer una encuesta sobre el tiempo que los recorridos diarios imponían a los alumnos. La encuesta fue todo lo seria y precisa que estaba a nuestro alcance, y sí fue suficiente.

La amplia mayoría de los alumnos invertía dos horas dos en llegar de su casa al Plantel. Había metro de la Ciudad hasta Cuatro Caminos y a continuación peseras, más caras que en el D.F, hasta el Plantel o dos autobuses de la zona al norte, nororiente de Naucalpan. Pero se nos ocurrió considerar que un alumno que debía estar a las 7 en su salón, y la mayoría lo estaba, se había levantado a las 4 am, había medio desayunado y llegaba, con dos horas de sacudimientos, baches y apretujones de pie, a aprender, es un decir convencional, matemáticas. La educación nacional tenía anchos espacios de franca crueldad. Y la Universidad hacía lo que podía, pero no tenía derecho a resultados esplendorosos con adolescentes cansados de ida y rematados en el regreso.

Lo paradójico del caso era que en el examen que la Dirección de Evaluación Educativa imponía cada año a los alumnos de nuevo ingreso a las carreras universitarias, los egresados de Naucalpan ocuparon durante todos los 80 y buena parte de los 90 el primer lugar entre los Planteles del Colegio. No quiero reivindicar aquí la buena, y sobre todo la pertinente hechura de los instrumentos que aplicó durante décadas la Dirección de Evaluación Educativa, no creo en esas cualidades con seguridad ausentes, si se atiende al Modelo Educativo del Colegio, pero tampoco creo que se pueda alegremente borrar el duro trabajo de los profesores de Naucalpan, al menos de una parte predominante y generosa de ellos.

El Edomex, dice la canción a Zacazonapan, rodea “como una corona” el Distrito Federal, ahora Estado de la Ciudad

de México. Naucalpan ha sido el único Plantel fuera de esta entidad, aunque Azcapotzalco limita con Tlalnepantla. Pero también son mexiquenses Nepantla y Amecameca, para llevar al extremo la programación que distribuía la asignación a los Planteles. A decir verdad, no recuerdo ningún alumno coterráneo de Sor Juana, pero sí de Chalco, que logré que el Plantel Oriente aceptara.

La peor desventaja, ya al comienzo del siglo, aunque los alumnos viajarán de la Portales o de la Marte por la línea 2 del Metro, era la negativa a dar becas a los naucalpenses, porque el Plantel no estaba en el Distrito Federal. Habíamos formado en el Bachillerato a Eugenia León, para qué enumerar su calidad y sus éxitos, a Rosario Robles, a Ricardo Becerra, que coordinó unos meses, hasta tropezar con el muro de abuso, su programa inteligente de refundar la Ciudad de México después del sismo de 16 sobre un mapa de riesgos sísmicos, por fin un trabajo serio, a una lista larga de profesores e investigadores universitarios, pero los alumnos que viajaban desde el Distrito Federal al Plantel no recibían becas como sus iguales en los otros Planteles. Así y todo, nos hicimos cargo. Y en examen de admisión al inicio de las carreras, nuestros egresados no desmerecían.

La pelea con los porros, que comenzó espectacularmente en el techo de la Dirección y en la marcha de medio Plantel, los turnos matutinos, hasta el Municipio de Naucalpan, tuvo un recorrido permanente en los años siguientes, hasta 1983. Las escaramuzas terminaron entonces para mí, no para el Plantel, donde se registraron a lo largo de 30 años, porros primero, activistas varios después, no tan distintos unos grupos de otros, la destrucción de las instalaciones del Departamento de Información en la puerta de arriba del Plantel; el intento de quemar vivo, ya en el nuevo siglo, al Secretario General con una llama de spray encendido en las operaciones para recuperar un cubículo ocupado por activistas apenas de nombre; un alumno golpeado que resultó sobrino de judicial y denunciante apoyado contra el narcomenudista que terminó instalado en Barrientos, la cárcel más cercana del Edomex.

Pero tras mis años de Dirección y permanentes enfrentamientos, alguno por excepción peligroso hasta la pistola, fui a parar, a mediados de ese año 83, a la Secretaría de Divulgación del Colegio, por disparatado nombre, en vez de Secretaría de Comunicación o de Información Comunitaria, como cambié su denominación, cuando dependió de mis decisiones, pero no al llegar, porque el Coordinador no aceptó la mejora.

Pero vale la pena dejar constancia, en una toma panorámica,

de los ataques permanentes de los grupos porriles, patrocinados por entidades del PRI locales. No puedo nombrar a los responsables, pero mi tercer sucesor en la Dirección del Plantel, desde la ventana de la cafetería del hotel junto al mercado de Naucalpan, vio entrar a uno de los jefes de los porros a las oficinas del PRI, en el centro de San Bartolo. Evidentemente, también los porros tienen derecho de pertenecer a un partido político, faltaba más, pero faltaría mucho más para que nos chupáramos el dedo.

En las primeras semanas de clases del Colegio en 1971, comenzaron los ataques de porros. Repito mi resumen para memorias lectoras desfallecientes: en Vallejo hubo disparos, en Azcapotzalco y en Naucalpan solo ataques con grupos que entraban como búfalos a asaltar a los alumnos, que palidecían y entregaban, sin mirar de frente a los agresores y sin chistar, dinero, los pesos de su transporte, sus tenis, sus chamarras con escudos de equipos de americano y sus mochilas. Mucho más tarde se trató de celulares.

El primer Secretario Académico de Naucalpan, Raúl López Chávez, venía de la Preparatoria 2, y luego fue su Director, tras el fracaso estrepitoso de la primera Dirección del Plantel Sur. Había reunido un grueso expediente de recortes de periódicos y de notas sobre los porros, sus comportamientos, a los que pudo imponerles esquemas de regularidad en la temporalidad de sus asaltos y consejos certeros para organizar la resistencia y, cuando la comunidad actuaba entera, desterrarlos. Dejo constancia repetida de sus enseñanzas y nuestra amistad.

Era esta la primera actitud estratégica: a los porros los combate la comunidad. Formar un *grupo antiporros* equivale a dejar fundado el grupo sucesor, cuando logra derrotar a los primeros. La segunda se apoyaba en el principio de territorialidad: no hay que permitir que los porros instalen su cuartel en ningún espacio del Plantel. Si arraigan, es mucho más difícil echarlos, dan la impresión de que pertenecen al Plantel, porque tienen un recinto

“asignado”. Tercera y última, para no entrar en detalles, hay que crear y fomentar la distancia entre los porros y los alumnos, la comunidad, de manera que no los consideren *compañeros*, sino malhechores. De otro modo siempre habrá, sobre todo alumnos de corazón ingenuo y no faltarán algunos profesores, quienes sostengan que se trata de estudiantes equivocados y que las autoridades son cerradas y rígidas. Nuca olvidé las enseñanzas del Raúl.

Desde 1975, la Dirección nunca dejó pasar sin sanción ningún ataque y logró evitarlos, cuando la alerta nos llegaba a tiempo. Salíamos la Dirección entera, el Secretario General, el Académico, el de Estudiantiles, el Administrativo, Jefes de Departamento y el Director. Nos enfrentábamos a los porros, separábamos a los enfrascados en peleas personales, deteníamos a los agresores, levantábamos actas y los expulsaba. Luego no había vuelta atrás.

Pero la guerra contra los porros comenzó a dar dividendos políticos cuantiosos a la Dirección. Los alumnos sabían que podían confiar en los funcionarios del Plantel. La Dirección era creíble y reconocida. Los grupos que la jerga del Plantel apodaba *políticos*, el Comité de Lucha, encabezado por “El Bubu”, los trotskistas con “El Barry” y Cuauhtémoc en los mandos, comenzaron a combatir a los porros por su cuenta. Se aplicaba la primera regla, aunque por el momento los enemigos de los porros no parecían tender a sustituirlos. Pero nunca les dejamos el espacio abierto para que se apropiaran la imagen de defensores del Plantel, aunque recurrían a ella en sus arengas de asamblea de alumnos. Nosotros publicábamos en *La Hoja* nuestras intervenciones.

En este equilibrio inestable, sin perder en ningún momento ni la presencia ni la acción, un mediodía sucedió lo que la estrategia primera anunciaba, sin que hubiéramos nunca aceptado la sustitución del primer grupo violento por sus vencedores.

El porro venía subiendo del edificio B por la escalinata central del Plantel amenazando con una punta que apenas dejaba

entrever a los alumnos que elegía, si les acomodaba la doble adjetivación de güeritos (toda proporción guardada) y menores que los 18 años que el muchacho llevaba marcados en una mirada esquiva, pero incisiva para apresurar la entrega de “la feria que traigas. Y no grites. Te vas para las canchas y te estás allá hasta la clase siguiente”.

Pero unas gradas más arriba aparecieron el “El Bubu” y las “Ballenitas” Ocaranza, dos hermanas, si no gemelas, sí copias exactas una de la otra. Se le echaron encima con otros dos o tres activistas, Zamora entre ellos, lo sujetaron y comenzaron una golpiza sin plan ni turnos, pero también sin misericordia. Patadas y manotazos con equidad de género. Luego llegó “El Barry”, pero el Comité de Lucha había ganado la iniciativa y no lo dejaron participar en sus hazañas.

Sangrante, el porro logró zafarse ya en un tumulto creciente y se metió por la primera puerta abierta que se le atravesó. Era una puerta de la Dirección.

Tú eres responsable de la integridad de todos los inscritos en tu Plantel sin distinción. Puedes expulsarlos, pero no puedes permitir que nadie los golpee. No hay justicia popular, en lo que discrepábamos de “El Bubu” y sus “Ballenitas”, encaramados en su tribunal justiciero, al pie de un árbol para la horca siguiendo el manual del profesor Lynch, con razones probablemente, pero sin códigos ni leyes ni jurisprudencia.

Cerramos las puertas. No dejamos entrar a nadie. Eran las tres de la tarde. Llamamos al médico de Servicios, no había heridas graves, una descalabradura que acabó de sangrar con tres puntadas. Le limpiaron la cara, aparecieron los moretones. Lo mantuvimos en el cubículo del Jurídico, quien certificó que sí era alumno, irregular y todo, pero formalmente inscrito. El porro era al mismo tiempo un universitario del CCH.

El dilema era claro: los gritos de un tumulto más bien reducido, pero mucho más numeroso que los 15 funcionarios de que



disponíamos, pedía que les entregáramos al delincuente. No podíamos hacerlo. Nos acusaban ya de proteger a los porros, y era verdad, pero la Dirección protegía a un alumno de los golpes sin juicio ni sentencia cuya aplicación se había arrogado el Comité de Lucha. Obviamente, además, las penas corporales no se incluían en ningún reglamento universitario. Para completar el cuadro, se decía que el “El Bubu” traía una pistola y que la había sacado de la cintura, cuando atraparon al porro.

Los Secretarios de la Dirección y yo decidimos no entregarlo al linchamiento y esperar hasta las nueve, cuando el Plantel se cerraba. Tras sus declaraciones de actos propios y ajenos ante el Jurídico del Plantel, el porro estaba sentado en un cubículo, como un visitante mudo de susto e incertidumbre.

Teníamos un plan concertado, discutido y deshojado y vuelta a acomodarlo. Pediríamos una patrulla para entregar al porro. En la eliminación del porrismo, “El Bubu” coincidía con nosotros, y no nosotros con él, porque habíamos comenzado esa guerra antes de que él llegara al Plantel. Pero disentíamos en la mano que debía aplicar la justicia.

Se hicieron las 9:10. El Plantel estaba vacío, al parecer. La patrulla estaba en la puerta principal, con las portezuelas abiertas y los agentes de pie, sin pisar el umbral de la entrada. La policía no entraba a Naucalpan. Los asuntos con ella se hablaban, cuando mucho, en la banqueta del Plantel, aunque era mejor hacerlo en el Municipio.

Abrimos lentamente la puerta de la Dirección. No había nadie en el pasillo hasta el final de la primera mitad del edificio, pero más allá sí era visible un grupo no tan grande de alumnos, pocos reconocibles: “El Bubu”, “Las Ballenitas”, Zamora. El recorrido ideal era llegar al ancho pasillo central, salir hacia la puerta principal, 20 metros, la reja del Plantel ya estaba abierta y entregar al porro a la patrulla. No imaginábamos qué podía pasar, pero sí que algo pasaría.

Salimos acompañados de algunos profesores, rodeando con dos filas al porro que caminaba como imagen de procesión en calle mayor. Recorrimos la primera mitad del edificio de la Dirección, mirando con precaución y echando de menos otros pares de ojos. No pasaba nada.

Dimos la vuelta. De pronto y en silencio, brotados de la nada, nos cayó encima la avalancha de activistas que ya sobrepasaban con mucho a los antes evidentes, al salir hacia la puerta a 10 metros lejanísima. Bloqueados, nos apretamos alrededor del porro. La luz lívida de neón de la entrada corría por los rostros congestionados de los activistas que nos arrancaron al porro sin golpear a ninguno de nosotros. Se oían los golpes, o imaginé que resonaban, pero el porro era una presa de caza para una jauría. Era una danza sin freno, iluminada con contrastes violentos de neón, con decenas de puños golpeando a un solo porro. Alucinante. Agustín, que había jugado en un equipo de americano de la UNAM, no pudo con los linieros ofensivos de los activistas. Carlos Medina, mucho más pequeño, había desaparecido en la avalancha, sin huir, desde los primeros puñetazos. Nadie pudo hacer nada. Los comitecos se movían frenéticamente y paso a paso fueron empujando al porro, quién sabe por qué, hacia la puerta abierta. Los policías lo jalaban en cuanto pudieron, sin cruzar la entrada. Que no te vayan a matar en la puerta de un Plantel de la UNAM, porque, aunque estés a un paso, la policía no cruzará para rescatarte. En autonomía, real o desmesurada, la ley es la ley. Y apenas así.

Al día siguiente, tras una evaluación de cuán probable era que nos tomaran la Dirección, expulsé al “Bubu”, a las dos hermanitas (que tenían un promedio superior a 9 cada una, desde luego) y a Zamora, que también era buen estudiante. En estos casos, sin culpabilidad, pero también sin hipocresía, sentía tener que hacerlo. Nos la jugábamos y estuvimos esperando el contraataque. Nunc a se produjo. A lo mejor pensaron que, si

nos atrevíamos a fondo contra ellos saliendo a campo abierto y expulsando, no iba a ser fácil derrotarnos. Además, ya habíamos volanteado el Plantel narrando hechos y explicando decisiones. Sin duda teníamos a la comunidad, silenciosa, con nosotros. Los expulsados abandonaron el Plantel. Lo sentí sobre todo por Zamora.

Terminó la etapa del Comité de Lucha.

**E**l Jefe del Departamento de Psicopedagogía era Carlos, jesuita todavía, acompañado de dos alumnas de la Ibero que deslumbraban, y con razón, a los profesores de Naucalpan, todos veinteañeros y apenas unos años mayores que ellas. Pertenecían con evidencia a otro estrato social y eran atractivas, de modo que su jefe, vigía de amenazas y defensor de integridades, resultaba francamente antipático. En realidad, era un esbozo apenas de lo que sería años más tarde, un experto en problemas educativos, con esposa e hijos. Nunca tuvimos un enfrentamiento personal y años más tarde colaboré en alguna de las empresas que echaba a andar en Torreón. Enfrentamientos y amistades tienen etapas.

Pero la crisis se desató en el departamento de al lado. La responsable de *La Hoja*, Química de Ciencias Experimentales, comenzó a resultar poco funcional, porque sus editoriales se distanciaban, sutilmente desde luego, de la línea de la Dirección. Agustín y Carlos Medina insistieron durante varios meses en que la sustituyera. No lo hice, porque ella era sobre todo muy cercana a José Manuel, Secretario de Escolares. Y promujer del SPAUNAM.

Por fin, algo sucedió de cuyo contorno ahora no tengo apenas rastros, pero se trataba de algún desacato que podía considerarse grave. Le pedí la renuncia y designé a una profesora de Talleres,

Lourdes Martínez Lira, para hacerse cargo de *La Hoja*. Y aquí José Manuel se equivocó. Consideró arbitraria mi decisión. Puede ser, pero el propósito de convertir a la Dirección del Plantel en un “polo de decisiones”, cualidad que reconocía también a las Academias, me mantuvo en mis trece bien fundados, y no podía aceptar divisiones en mi campo en temas esenciales. José Manuel presentó su renuncia. La acepté.

Carlos y sus dos alumnas de la Ibero se apresuraron a renunciar también, como testimonio de su indignación y desacuerdo el mismo día. Traté de convencer a Carlos, pero no pude contrarrestar lo que él consideraba un asunto de injusticia y arbitrariedad autoritaria, por una parte, además de lo que consideraba una noble fidelidad a la amistad, por otra.

Podía continuar la cadena de abandonos. Pero no se produjo nada en Ciencias Experimentales que, en mi lectura de las fuerzas del Plantel, constituía el centro y el factor de equilibrio y de apoyo para la Dirección. Cambiaron los interlocutores, la relación con el Área, ahora coordinada por Rosalinda, se mantuvo prácticamente intacta, pero la responsable anterior de *La Hoja* fue a parar a los brazos de los promotores de SPAUNAM y promovió la resistencia a las iniciativas de la Dirección, incluso si se trataba de proyectos de la Coordinación del Colegio. Pablo González, que había estado en Escolares como primer contra maestro y ayudante de Lupita, se hizo cargo de las tareas de Pinto.

Hace más de 30 años que no he visto a José Manuel. He olvidado los lentos primeros días con nuevos rostros alrededor de mi cubículo, por un desgaste semejante, en su silenciosa terquedad, a las cicatrices que cada día añaden células nuevas para cerrar una herida, sin que te des cuenta, aunque aquí ha sido mucho más una piedra que termina alisando sus arrugas y granulaciones gracias al agua que corre casi sin peso sobre su rostro.

Lo echo de menos, porque sería una ayuda indudable en la batalla contra la separación, en la que nada nos opondría. Además, podría recurrir a profesores viejos con los que nunca tuve cercanía o cuyo contacto se rompió por el cortocircuito de su renuncia y alejamiento.

Lo recuerdo todos los días, en la primera parte de los noticiarios de Foro TV que dedican escrupulosamente los primeros 20 minutos con regularidad espantosa enumerando los grupos de muertos, tres, ocho, seis, un Jefe de Seguridad de un Municipio, de Tamaulipas, de Guerrero, Tecomán Colima, desde hace cinco años, antes nunca; Puebla e Hidalgo, los huachicoleros, Las Choapas en Veracruz. José Manuel vive en Ciudad Victoria, digamos en el centro de uno de los círculos o cuadrantes donde la muerte amanece a diario para cobrar el tributo de asesinatos.

Ahora cada uno hace falta. Hubiera evitado todas las rupturas, incluso las que otros provocaron, porque nadie sobra, cuando estás rodeado de enemigos con lanzas y el número de tus armas dista tanto del uno a uno.

Hay que concentrarse, desde ahora finales de las vacaciones de julio, todos los días llueve y la cisterna está rebosando alegremente, hay que dedicar el esfuerzo a reunir profesores e inventar un rápido curso de instrucción para oficiales. Sí, es la guerra y no me avergüenza, lo justo es que el Colegio sobreviva en la UNAM.

José Manuel se jubiló hace siglos y creo saber que fundó una escuela, siempre generoso. Hoy, imagino, debe circular por sus calles esperando en cualquier cruce los disparos intercambiado por pandillas asesinas o los dirigidos a su camioneta por error o por descarada e inmerecida venganza por su trabajo.

Ojalá José Manuel estuviera aquí. O viniera a apoyar.

—**N**o me digas. Está bien que te hayas jubilado hace cinco años, pero no por eso dejaste de ser responsable del Colegio, de modo que por lo menos escúchame.

—Contigo siempre termina uno ensartado en tus ocurrencias. Convéncete de que el llamado “proyecto del Colegio” fue una idea sin fundamento científico de González Casanova que un grupo de profesores jóvenes tomó con ingenuidad. A la Universidad siempre le ha valido. Dos ejemplos: ¿Cuándo nos dieron los recursos necesarios? ¿Cuál era el plan real? no las declaraciones, esas me valen madres. Nunca nadie lo supo. Recuerda los años que luchamos para tener profesores de carrera. ¿Cuál Rector nos hizo caso? Luego la Junta de Gobierno, que se ha convertido en un aparato de designaciones equivocadas desde cerca del comienzo del siglo, nos impuso, el verbo no es exagerado, porque ¿quién quería a los últimos Directores Generales que hemos tenido? Mejoramos al final de la década pasada, pero ya habíamos caído en el examen de ingreso a Facultad hasta más abajo del colegio Cura de Ars, del Rastignac, ah no, ese era un personaje de Balzac, no una escuela, o del Cicerón de la Narvarte. Acuérdate de los primeros signos del abandono, todavía te tocó un año.

—No tienes razón. Además, admitiendo que la Universidad nunca se ha preocupado del Colegio, lo que no comparto tan

simplonamente, porque a mí sí me dejaron hacer lo que creía importante, y en esos años recibimos los Laboratorios de Cómputo y los grupos de Matemáticas divididos por la mitad. Luego aplicaron el mismo principio en Lengua Extranjera. Otra cosa, y sí ha sido otra cosa, es que el Colegio no haya sabido aprovechar las escurridizas vacas gordas, por el descuido permanente de la docencia como primera responsabilidad. Lo oyeron, nunca hicieron caso. En vez de tanto programa adicional y excesivo, tutorías, distintas de las que comenzamos en 2,000, asesorías, ídem, y la llamada Formación Integral, como si no hubiera una reflexión del Colegio de 30 años antes en contra de esas concepciones, se olvidó o incluso se repetía el sintagma de “Modelo Educativo”, pero sin concepciones claras ni una trabazón racional de los círculos concéntricos en los que puede racionalmente organizarse la vida del Colegio, el círculo central es el aprendizaje y la docencia, el siguiente son los apoyos al aprendizaje, la Biblioteca, el Laboratorio de Cómputo y los salones equipados con las donaciones de Telmex, Audiovisual; el último círculo es el funcionamiento administrativo y material del Plantel. Tu y yo inventamos estas imágenes. Obviamente todo se volvió confuso, nadie sabía qué hacer con el Modelo, porque nadie asumió su responsabilidad de transmitir unas cuantas concepciones centrales y dejar la tarea de reformularlas a cada nueva generación de profesores.

—Yo digo que el proyecto fue sustancialmente vago, buenas intenciones, pase, y frases sonoras y pretenciosas, pero vacío de contenido. ¿Qué es la cultura básica en Física? ¿Es la misma que en Historia de México?

—Obviamente no, son dos campos de ciencia, pero sí tienen elementos comunes. En los dos casos los alumnos estudian los hechos, del mundo material o de la sociedad mexicana, que sirven para explicar por qué tienen lugar así y no de otra manera. Si lo hacen, por ejemplo, con la gravedad, podrán luego ir



aplicando los instrumentos conceptuales y los procedimientos, los métodos, pues, no “el” método uno y universal, a otros problemas. Algo análogo sucede en Historia. Acuérdate, lo importante de las materias importantes, los conocimientos que fundan otros conocimientos y los procedimientos para comprenderlos”.

—Ese rollo lo he oído de ti durante años, miles, desde las tardes en que platicábamos en la Dirección de Naucalpan, cuando hacía mi tesis de Licenciatura sobre Newton con el Doctor Lozano. Pero, después de oírte, me llegaban las dudas por el Toreo, ahí deben andar flotando todavía como angelitos, camino a casa, y creo que a los demás también, las dudas. Como eras el Director, nadie te contradecía, pero que estuvieran convencidos era otro boleto”.

—Será, pero hoy es hoy y hay una amenaza que se ha levantado como una tormenta, una “culebra”, diríamos en Colima, cuando se veía venir la nube negra y llena de relámpagos. Lo malo es que aquí no se trata de protegerse de los rayos bajo un techo, sino de poner a salvo en la playa un barco que desde hace casi 15 años hace agua y sufre una amenaza de hundimiento. Yo no estoy dispuesto a dejarlo.

—...”.

—Mira, los profesores actuales no han tenido que luchar contra porros y contra activistas como los de la FNOB. Ahora nadie trata de desterrar a los narcomenudistas. Admito que el reto es más peligroso. Tras los distribuidores hay organizaciones y dinero y no el pinche PRI de Naucalpan o toluqueño de los 70 u 80. Los protectores actuales son violentos y tampoco está el comandante Yanko para proteger al Plantel, como en la guerrilla de la Liga 23 de Septiembre. No es extravagante pensar que los grupos entrenados y encapuchados, que se cuben con el paraguas de la anarquía, pura pose, provengan de los narcos. Se han vuelto aún peores y violentos. Está en juego mucho más dinero, que ha sustituido completamente a las ganancias políticas de los primeros 30 años del Colegio.

—Lo sé y no pido heroísmos. Pero ahora el enemigo principal, como decían ustedes en los análisis revolucionarios de los 70, es interno y no tan peligroso como los narcos. Son universitarios a los que el Colegio les cae gordo y nunca han podido, hasta ahora, aplastarnos. Por eso creo que muchos jubilados podrían echar la mano. Están preparando despacio, porque llevan prisa, otro golpe en el Consejo Universitario. Dentro de dos semanas habrá un simulacro de sesión, no del Consejo sino una reunión amplia, informal y de invitación personal, no de todos los consejeros como la de marzo, para medir de nuevo, el rector parece precavido, el tamaño de las reacciones que provocará presentar para decidir su propuesta, del Abogado General como autor real, asumida por las Comisiones de Trabajo Académico y de Legislación del Consejo Universitario. Hay que actuar, yo no te pido que defiendas todos los aspectos del Colegio. Nada más uno: su carácter universitario y que te encargues, comenzando por tu tribu de físicos con los que has trabajado años y te respetan, para que ayuden, cuando se venga una batalla que no sé cómo comenzará y mucho menos cómo podrá terminar. Pero sí estoy convencido de que tenemos muchos valores educativos que defender y que estamos obligados a hacerlo.

—Déjame pensarlo. No quiero pasar los años que vienen en una pelea de chamacos soñadores.

—Piénsalo, pero no siglos. ¿Una semana? Y nos vemos aquí. No se trata de años, sino de los meses que le faltan al 2025, de estos finales de julio hasta diciembre. Luego veremos. Por cierto, te debo excusas de haber olvidado el trato formal, lo reconozco, sobre el futuro del Bachillerato nacional repensado de nuevo, como hace falta. Te fallé, pero eso no es razón para que tú le falles al Colegio. No somos tantos lo que podemos provocar un movimiento de repudio a los planes de rectoría.

—Bueno. Pero me vas a deber dos, pinche Pepe.

Como Carlos había un centenar de jubilados, para irnos por

lo bajo, sobre todo los que se fueron desde el nuevo y ventajoso sistema de jubilación digna inventado por la UNAM para rejuvenecer, con un éxito nunca espectacular pero sí firme, su población académica. Algunos, tras la jubilación no se desentendían del Colegio, mucho menos de sus amistades, pero disfrutaban estar libres de la burocracia irracional y opresiva de informes en red y (con negritas) en dos ejemplares en papel, y seguían trabajando en seminarios o grupos de composición y propósitos educativos dispares. Así, en cuanto aparecía una iniciativa novedosa que hacía avanzar sus intereses más allá de lo que habían logrado a su paso contractual por el Colegio, se unían a los seminarios de Modelo Educativo o de Literatura, con una visión renovada, en Naucalpan y Azcapotzalco.

De la lista de los permanentes más allá de su separación administrativa esperábamos reclutar cuadros para apoyar la resistencia. Había que inventar una nueva manera de hablarles. De cualquier manera nada aparecía semejante a una reunión al final de las clases de un sábado de 71 o 72, mientras el verano ocultaba abusivamente la ciudad perdida en la contaminación y la alejaba y, aunque éramos inexpertos, y lo éramos todos sin remilgos, nadie temía decir lo que pensaba de los autores como campo de lectura de los alumnos, fuera *Rinconete y Cortadillo*, *El condenado por desconfiado* o *Fuenteovejuna*, que disfrutábamos “todos a una”, sin duda porque los habitantes de aquel poblado mantenían su dignidad solidaria.

Nos hace falta hoy reinterpretar aquella historia, ponerla no en escena, sino en la realidad en una función de estreno, y responder a las amenazas del comendador universitario.

Pero los habitantes de la aldea han desaparecido y quedan las sombras de Comala que conversan más allá entre la bruma y las tumbas.

La tarde se deslizaba más bien silenciosa por el “campo de golf” al que daba mi oficina del otro lado de la Sala de Juntas contigua, que abandoné al tomar posesión, para evitar un pasillo siempre recorrido por alumnos en tropel, profesores en difusión de información incierta y trabajadores que cambiaban con ganancia monedas de lentitud por unos minutos de tiempo libre. O la asistencia a manifestaciones de cuyo significado ignoraban todo, para ganar puntos y proponer a sus parientes para ocupar plazas vacantes. El otro lado, en cambio, vuelvo a la topografía de mi oficina, tenía breves colinas, árboles y mariposas. Y más allá la Calzada de los Remedios, pavimentada unos meses después del comienzo de los cursos del primer año, y entonces transitada cada hora por un autobús “Tacuba, Huixquilucan y Anexas”. No había todavía embotellamiento de peseras y los coches de los profesores llegaban en filas coincidentes, al comienzo de los turnos y salían dispersos al terminar sus horarios de trabajo. Tenía una oficina feliz.

Eran las cuatro de la tarde, un día de comienzos del 76. Esperaba a mi mujer y a nuestro primer hijo, todavía de brazos y siempre de ojos y cabello oscuros, vivo y dulce a la vez. Llegó y salí al estacionamiento a recibirla. Era la primera visita de mi hijo a su papá en mi trabajo.

Alguien gritó del lado del Laboratorio 6 y luego se oyeron

más gritos intraducibles y un tumulto apagado. No oí ningún disparo, pero una voz que se deslizaba violenta y veloz subió al estacionamiento desde el corazón del Plantel y supe consternado que alguien había atacado a un estudiante.

—Toma un ejemplar de *Madera*, debe haber tratado de imponerse un hombre joven del que nada más supimos, pero podemos imaginar violento y frío.

—No. ¿Por qué?

—Es el órgano de la lucha armada por el socialismo revolucionario.

—No lo haré. Soy cristiano y no ayudaré a la lucha armada.

—¿Ah, no? Pobre idiota. ¿Cristiano? ¡Qué pendejada! Te voy a enseñar.

Un tiro le atravesó el páncreas, otro le perforó el vientre por el centro. Dos casquillos, un paquete de *Madera* esparcido al pie de los escalones para subir a la explanada de los terceros, junto al laboratorio 6, bajo los eucaliptos enormes, cuyas raíces comenzaban a agrietar el piso de cemento. Manchas de sangre. Tres alumnos que llevan al herido, inconsciente y sangrante, al Servicio Médico. Primer examen, “Está muriéndose. Llamen a la Cruz Roja, la de aquí al lado. Deme otra gasa. Apriete aquí. Tiene el páncreas hecho trizas”.

—No podemos moverlo, prácticamente está muerto. Diez minutos.

—No chinguen, doctor, hagan la lucha.

—No somos magos, ni milagrientos, solo médicos.

—Ya murió.

—Avisen al Director.

Yo ya sabía lo que podía saberse en ese momento. Nombre, grupo, domicilio. Había llamado al Coordinador del Colegio. Me informó que el Rector estaba al tanto y que estaba buscando el contacto con los organismos federales y un oficial de la Brigada Antiterrorista llegaría enseguida. Mandé a mi mujer y

al pequeño a casa, rodeando por los linderos del Parque de los Remedio, había que evitar los contornos del Plantel, y luego Periférico hasta Copilco 300.

El capitán F. tenía el pelo rizado y ojos verdes, piel rosada, fuerte y más bajo que yo. No adivinaba sus armas bajo su vestimenta, pero lo sabía armado, alerta para responder a los ataques más que probables. Le di los datos del muchacho asesinado, de primer semestre, domicilio en colonia proletaria de las que se multiplicaban irracionalmente en los cerros de las cercanías de San Bartolo Naucalpan. Familia pobre, comer apenas, ropa desgastada. Un buen compañero, según el testimonio de su grupo. Pocos amigos, pero sabían que era cristiano, es decir, en mis términos, de alguna confesión protestante de ascendencia americana. La Iglesia Católica no llegaba tan lejos. Sin duda firme en su fe y de corazón libre. Para mí, un ejemplo. Nos hicimos cargo de informar a sus padres y, luego, de los gastos del funeral. Por lo menos. Su grupo asistió al entierro. Puede uno tan poco.

El capitán se llevó algunos volantes y propuso que nos viéramos para estar informado de las incursiones de las Brigadas de la 23 de Septiembre que repartían *Madera*, el poblado que los guerrilleros atacaron en Chihuahua y dio su nombre a las publicaciones ciclostiladas que llamaban a la insurrección armada. Aparecían silenciosos y confundidos con los alumnos, dejaban paquetes de volantes o de su periódico en los baños y en otros lugares variables del Plantel, en fechas impredecibles, al ritmo de la producción de sus materiales, seguramente dificultosa, para fomentar un levantamiento revolucionario obviamente tras la vanguardia de las Brigadas.

Lo vi unas diez veces, llegaba sin avisar, a media mañana, lo que entendía significaba que no temía por su vida. Las rutinas acrecientan los riesgos. Por mi parte, en cuanto sabía de la llegada de material, telefoneaba al capitán y luego al Coordinador

del Colegio, para tener a Rectoría al tanto. Cumplí. El Plantel no dio muestras de temor, pero una preocupación difusa debe haberse incrustado y reprimido en el interior de los adolescentes de 15 y 16 años.

La muerte del alumno está presente en mi recuerdo y la acompaña mi admiración. Es un caso evidente de martirio, es decir, de testimonio de la fe en Jesús. No importa si su imagen del Hijo de Dios es teológicamente incompleta. No es incompleto que guardó Su palabra y que El vino a recogerlo. La acción del Padre sigue caminos que no nos corresponde enjuiciar. He vuelto a romper ahora mismo la neutralidad laica de la Universidad, pero este escrito es también mío, aunque sea en última instancia. En aquellas horas no recurrí a la fe del Plantel de ninguna manera. Hablamos sólo de solidaridad y de la ejecución bárbara a la que el grupo armado sometió a un alumno indefenso y bueno.

Pero muchos años después, varios decenios, en una conversación azarosa salió el nombre de E. un profesor jubilado forzadamente porque no era capaz de mantener sin violencia sus relaciones docentes con sus grupos. Los agredía y humillaba. La Dirección ideó darle un semestre sin grupos a cambio de su jubilación. Terminó aceptando. Y el recuerdo de sus tiempos viejos volvió a la superficie. No era brillante, pero participaba en las asambleas con posiciones que promovía con determinación, que en Experimentales se llamaba terquedad. Nunca imaginé lo que aprendí hace tres o cuatro años. Fue miembro encubierto de la 23 de Septiembre. Jamás lo hubiera imaginado guerrillero. Pero así sucede por definición, rostro sin significados llamativos, habla en voz baja, presencia que se desliza por el Plantel sin llamar la atención, un profesor cualquiera. Información y apoyo a los objetivos inciertos del grupo con un lazo de un solo nombre. Quizá el mismo dejaba los paquetes de *Madera*, sobre todo en los baños de profesores, Pero no disparó el día de la muerte.

**E**n el mismo número 34 de la *Gaceta* que reseñaba en las primeras páginas la toma de posesión del Director del Plantel Naucalpan, la Coordinación del Colegio publicó otros textos, de dispar autoría, que formulaban posiciones contrapuestas entre la propia Coordinación y la Academia de Historia del Plantel Vallejo.

Mientras el relevo institucional aseguraba la posibilidad de mantener un contacto sensato entre la Dirección del Plantel y las academias, como había sucedido los cuatro primeros años del Colegio, y la línea solitaria que apostaba al trabajo conjunto y basado en la veracidad y el respeto. Naucalpan era la excepción.

En el interior del mismo número 34 se reproducían, por una parte, los “Acuerdo relativos a la Selección de Profesores, Comisiones Dictaminadoras y Establecimiento de un Padrón del Personal Docente”; un documento de la Coordinación, “En torno a la Academia de Historia del Plantel Vallejo,” que trataba con detalle y en un registro de lengua adecuado para una denuncia con las características formales de un acta acusatoria, y tres páginas de la *Gaceta* con dos anexos, una carta de la Academia al Rector solicitando la presentación ante el Consejo Universitario del documento adjunto, reproducido en un “Anexo II”.

En este discurso, más manifiesto que exposición veraz de hechos, cargado de ideología que pretendía reconocerse de iz-



quierda, el derecho a la cual nadie negaba, cada quien piensa y decide, en 11 páginas, reproducidas en formato reducido, pero claramente legible, la Academia presentaba, tras una carta al Rector, sus querellas contra el Coordinador, firmadas por más de 30 profesores. Toda la academia, cuando mucho, pero a lo más un foco obviamente circunscrito. Lo acusa ahí de que, desde su llegada *“el trato hacia los profesores y Academias procuró debilitar y resquebrajar la autoridad moral y académica de nuestros cuerpos de autogestión: se intentó “comprar” a profesores, ofreciéndoles su definitividad a cambio de aceptar los métodos y la política de la Coordinación, con el intento de debilitar a las Academias y la organización sindical (SPAUNAM)”*.

Es clara la estrategia discursiva del conjunto de la *Gaceta*. La publicación de los acuerdos con SPAUNAM, evidencia que no solamente la Coordinación había mantenido *“una serie de sesiones de trabajo...en particular”* con *“la Comisión Académica del SPAUNAM... sino había llegado a acuerdos...”* fundados *“...en el cuadro de las altas prioridades que corresponde a los trabajos docentes”*. La academia no hacía tanta falta para el bienestar de los profesores.

Entre los acuerdos se convenía que *“Las organizaciones de profesores propondrán, a la brevedad posible sus representantes para la integración de las Comisiones Dictaminadoras que aún no se han constituido. Estas se ocuparán, en primera instancia, de la aplicación del Acuerdo No. 61 del Consejo Universitario”*.

Este punto, promovido por la Coordinación, se refería a la definitividad, que quedaba en manos de las Comisiones Dictaminadoras, por los procedimientos aplicables de la Universidad, concretamente por concurso cerrado, lo que eliminaba la competencia entre colegas. Además, se ponía entre paréntesis la exigencia de título, al fin de cuentas la Universidad misma había reconocido como profesores a estudiantes (*alusores*, alumnos-profesores) con el 75% de los créditos en la creación del

Colegio, y se validaba a los profesores que habían ingresado al Colegio por el mecanismo de los Cursos de Selección de 1971, y con el acuerdo entre las autoridades y las Academias, de 1972 y 1973, con lo que de una vez por todas se validaban las particularidades propias del Colegio en la selección de profesores, mucho más allá académicamente de lo usual, y en lo general suficiente, de la reglamentación y las prácticas universitarias predominantes.

Este Acuerdo fue claramente un triunfo del proyecto del Colegio y de la interpretación llevada a la práctica por las Academias que no olvidaban su pertenencia a la Universidad.

El texto delinea, pues, una perspectiva totalmente distinta del propósito de aniquilación de las academias atribuido al Coordinador por los sabios políticos de Historia de Vallejo. Las asociaciones de profesores son invitadas a designar sus representantes, pero el interlocutor con el que se acuerda no son las Academias, como sucedió en los Cursos de Selección de años anteriores, con profesores que no pretendían la “autogestión”, a la que recurre Historia de Vallejo, sino ahora los tratos son con el sindicato de profesores. Las “Academias” (*passim*), una de ellas, sin el asentimiento de las otras 19, nunca consultadas, ha entrado en el camino de la pérdida de su valor político e institucional, que será un lento desagregarse hasta los residuos sombríos que se limitan a intercambios individuales y esporádicos en los cubículos de las Áreas, comiendo una torta cubana y tomando café a horas dispersas y enterarte de si te toca aplicar exámenes extraordinarios, pero apenas van en la F y te apellidas con Q.

En el mismo documento de acuerdos con SPAUNAM, ambas partes concordaban en exhortar en general a los profesores del Colegio, y en particular a los responsables de “horas liberadas”, a hacerse cargo de los grupos vacantes hasta las 30 horas reglamentarias y más, por excepción, en el entendido de que recibirían

el pago correspondiente o, por las horas liberadas, “un puntaje favorable ...registrado en sus expedientes”; por otra se reiteraba “*que los directores de los planteles, únicos facultados para contratar personal académico, recibirán las propuestas fundadas que los propios profesores deseen presentar, y tramitarán ante el Rector la contratación de quienes reúnan los requisitos del personal docente*”. El poder político de las Academias, en particular de las que se apropiaron de una imitación ilegítima de partido o secta del estilo de los cursos de selección. que exploraron los límites de la legalidad sin violarlos con la participación de las academias, quedó herido en el centro.

Publicar los acuerdos de la Coordinación con el SPAUNAM inmediatamente después de la designación del nuevo Director de Naucalpan, daba a entender a una lectura que no exigía un ejercicio hermenéutico particularmente avezado, el establecimiento de la política que se proponía seguir el Coordinador: el Colegio, en la Universidad y con sus rasgos institucionales, merecía que su carácter propio fuera respetado, y lo sería, como probaba la historia reciente de la auscultación de la comunidad de Naucalpan, de cuyos candidatos se designó al nuevo Director y los acuerdos con el Sindicato del Personal Académico, favorables a los profesores sin que las Academias, y ciertamente para nada la de Historia de Vallejo, hubieran tenido ni una palabra que decir. El juego comenzaba en otro estadio y se trataba de beisbol.

Pero el conflicto con la Academia de Historia de Vallejo tenía meses de gestación, sin duda con contactos silenciados, pero finalmente ineficaces, y llegaba ya a un deterioro sin posibilidad de retorno. La Dirección de la Unidad Académica del Ciclo de Bachillerato había consignado a 12 profesores ante el Tribunal Universitario. Como antecedente, es la voz de la *Gaceta*, se afirmaba que “*El 3 de abril del presente año se hizo público en la Gaceta CCH un editorial titulado “A propósito de la suspensión de las labores en algunas academias”*”. Este texto

ofrecía una relación de hechos, organizada en cinco capítulos y un total de veinte incisos.

La requisitoria en cuestión señalaba, en suma, que en el Consejo de Coordinación de la Academia de Historia del Plantel Vallejo se había llevado a cabo una “reestructuración” con características *“que desconocían prácticamente el marco universitario en que se situaba el Colegio, al seleccionar por cuenta de la sola Academia nuevos profesores, que se hicieron cargo de grupos, un manejo peculiar, y ventajoso de los sueldos del “Consejo Coordinador”, que la Coordinación denomina “Jefes de Área”, y de profesores con “horas liberadas”, algunos de los cuales trabajan en otras instituciones, por lo que, se escucha ahora la voz de la Academia de Historia, “la Coordinación acusó de “corrupción “ a esta Academia: “fundó su dicho en que los profesores de esta Academia (y de todas —decimos nosotros) seleccionan profesores; que los coordinadores del Área donan parte de su salario a la Academia; que los profesores donan lo que cobran por exámenes extraordinarios y guías de estudio; que los profesores de las Academia despiden profesores por razones ideológicas,” etcétera.*

En cambio, la Academia de Vallejo reivindica que sus discusiones han versado sobre programas, métodos didácticos, mecanismos para la selección de profesores “ (no su contratación)... los problemas... propios al (sic) proceso enseñanza-aprendizaje... se discuten puntos de vista sobre la situación de nuestra Universidad y de nuestro país: ... se aprueban acciones dirigidas a hacer más democrática la Universidad y apoyar en general las luchas democráticas...”

*“Por su carácter colectivo y democrático han posibilitado la enseñanza masiva y aumentado al mismo tiempo la calidad de la enseñanza...”*

En esta lucha la Academia, en gran medida enfrentándose a molinos imaginarios, cree poder afirmar que *“Los profesores y estudiantes del Colegio, logramos en 1975 nuestro primer triun-*

*fo general y el reconocimiento por...las autoridades de nuestro proyecto educativo y...soluciones adecuadas a la realidad del CCH: la salida de autoridades antidemocráticas y corruptas, y la legislación... del Consejo de Colegio del proceso de selección de profesores”.*, en cuya negociación, retomo la enunciación, Historia de Vallejo nunca tuvo una intervención destacada. Imposible si ni siquiera asistes.

Por otra parte, en el difuso movimiento por la democratización de las Universidades, nunca definida en el Colegio, a no ser como “*autogestión*” en la Academia de Vallejo, ni discutida en ninguna asamblea general de profesores, ni por ningún conjunto significativo de academias, aunque fuera disperso, pero, según Historia de Vallejo, “*El CCH no está aislado ni es la única experiencia democrática que hoy se realiza en la Escuela Nacional de Economía, ... Arquitectura, ...Ciencias, ...Institutos de Investigaciones Económicas, Física y Matemáticas se desarrollan experiencias similares. En otras universidades la lucha por la democratización de la enseñanza avanza, ... por ejemplo en las Universidades Autónomas de Puebla y Guerrero*”.

El Tribunal Universitario sancionó la conducta de los 12 profesores consignados con la rescisión de sus contratos. El Colegio debe haber pestañado, pero no se movió. Seguramente hubo discursos encendidos, y un malestar auténtico por la salida de un grupo de colegas entre los que se contaban líderes conocidos de 68, pero más bien locales. Se puso en claro que la Universidad ponía límites a la línea política que aspiraba a un funcionamiento prácticamente autónomo y que alcanzaba los sueldos de los profesores; una selección en solitario, y en casos específicos seguramente facciosa, de nuevos profesores, contra los acuerdos tomados en los años anteriores entre Academias y autoridades; una alineación con movimientos lejanos de Facultades y Escuelas que los profesores del Colegio no conocían suficientemente y a los que no habían sido invitados.

Todo esto en un solo número, el 34, de la *Gaceta CCH*.

También en este caso tuve mi entrevista, se estaba convirtiendo en costumbre, con Fernando para discutir las medidas. No defendí a la Academia, me molestaban los excesos y el estorbo que representaba ofrecer pretextos a las fuerzas de la Secretaría de Rectoría para atacar el Colegio. Pero los hechos habían sido presentados al juicio de la comunidad, los argumentos de Historia no los negaban, sino intentaban convertirlos en una lucha por un autogobierno de fondo que muy pocos en los Planteles compartían. Se habían quedado solos por su cuenta.

De cualquier manera, la publicación de los documentos íntegros de la polémica entre la Academia de Historia y la Coordinación definía los contornos de dos políticas irreconciliables. Y la autoridad en el Colegio se ejercía de nuevo “dispensándonos de algunas presencias”, como dijo en aquellos días Fernando en una frase que hizo burlescamente escuela.

**L**o recordaba sin detenerme a descifrarlo. Dos fotos del pasillo exterior de la Dirección de Naucalpan lo impulsieron vivamente a mi memoria. No solo ha pasado el tiempo, también ha pasado la muerte borrando radicalmente la posibilidad de recordar recurriendo a Agustín allá por los años inaugurales del siglo en su casa de Cocoyoc, en la ladera de una colina o bajándose de una moto y asegurando el casco con una cadena en el estacionamiento de arriba del Plantel, junto al edificio de Ciencias Experimentales.

En la foto, arrugada, hablo con el Director de la OFUNAM, quien sostiene su batuta hacia abajo, como un soldado con su rifle en posición de descanso. Mantengo mis fachas de estudiante decidido a seguir usándolas, como en los veranos de París ocho años antes.

Una sola vez en 50 años. Un día que el tiempo ha vuelto irrepetible y seguramente recordado por algunos centenares de alumnos de entonces, ahora de más de 60 años. Porque fue un concierto memorable.

No puedo hablar de la música, tendría que preguntar, ¿pero a quién?, qué tocaron, pero sí de sus alrededores. De las sillas de salón para los músicos, rígidas y ruidosas, cuando los alumnos del grupo de arriba disponen mesas y sillas para trabajar en equipo y en el salón de abajo tienes que callar, porque es inútil

y poco elegante ponerte a gritar. Te obligan a interrumpir al alumno que habla, y esperar el final del acomodo. Luego, vuelvo a los músicos de la OFUNAM, los instrumentos, cuerdas y alientos, fueron despertando y levantándose de sus estuches al mismo tiempo. Las percusiones esperaban. La orquesta estaba vestida para un verdadero concierto, como en la Sala Nezahualcóyotl. Pero aquí es la escalinata central del Plantel Naucalpan que imita, aunque sea de lejos, la gradería de un teatro al aire libre. Nostalgia de un Epidauro irreplicable, comiendo uvas maduras con un aire fresco salido de alguna playa invisible del mar que es el camino de Troya. Dejabas caer una moneda de diez dracmas sobre el círculo, un ónfalos acaso, en el centro de la escena, y la oían lo que habían subido a la última fila de la gradería. Más de 2,000 años de una ingeniería de sonido que sabía su nombre.

El público llevaba su vestimenta de trabajo, minifaldas mal concertadas con las blusas, qué se va a hacer, jeans, playeras con dibujos de ídolos de quinceañeros. El Director del Plantel también de jeans y un suéter oscuro, cabello recortado, han pasado ya los tiempos de las melenas, barba negra en sus últimos años, antes de la avanzada implacable de las canas, que sin embargo no han tenido apuro en terminar su tarea. El Secretario General traía playera, es alto, musculoso y seriedad que imita una reflexión incierta.

El Director del Plantel habla con el director de la Filarmónica, coinciden, faltaba más, en la importancia del concierto en el Plantel. Sí, claro, los alumnos pueden asistir a la Nezahualcóyotl con rebajas, pero está lejos de Cuautitlán o de Ecatepec, y también les queda lejos de los apegos musicales de su medio, La Pantera, Radio Chapultepec, el rock, cuando mucho Los Beatles, tan clásicos ellos. Pero la Filarmónica los deslumbra. La cercanía de la orquesta tiene un brillo sin nombre que llena de claridades inesperadas sus ojos. Callan y esperan. El concierto ha



sido anunciado con dos días de anticipación. Media población de la mañana está presente todavía aguardando, al comienzo apenas de la tarde, que hoy llegó abundante.

El Director de la Filarmónica baja hasta la explanada, el rellano donde la escalinata gira a la izquierda, lleno por la orquesta. Los alumnos la rodean, de algún modo todos en primera fila. Cercanos, ávidos. El Director explica que Difusión Cultural de la UNAM quiere que los estudiantes del Colegio reciban la visita de la Filarmónica, que es de todos los universitarios. “Estamos aquí por gusto, deseosos de compartir la belleza que producimos y nos produce”.

El silencio es total durante hora y media, como si el mar hubiera suspendido su oleaje manteniendo en alto sus olas sin dejarlas caer. Los alumnos saben silbar y gritar en otros conciertos. No conocen los rituales de este. Deben imaginarlo como una asamblea de la música, la orquesta en la mesa, no hay discusión, porque todos los instrumentos hablan juntos o en orden de palabra, hemos comenzado advirtiendo que, por una vez, estamos todos de acuerdo, sin argumentar. Pero todos lo sabemos. No hay manos levantadas ni reclamos a la mesa por alterar el orden. No recuerdo la música, podría buscar una *Gaceta CCH* y dar cuenta de obras y autores. Pero no estoy escribiendo una historia, sino una memoria. Si los recuerdos han desaparecido, al menos para mí, se hundieron para siempre en la nada que solo podrá recuperarse en la Resurrección de los Muertos. Será y toda la belleza del mundo formará parte de los cielos nuevos y la nueva tierra. Pero por de pronto no hemos llegado a ese final de la historia humana, tan solo estamos asistiendo a un desatinado concierto que debimos aprender a interpretar y supimos agradecer.

Sé que, por una vez, admiré la música al aire libre, sin las condiciones de audición perfectas de la Sala, pero tocada con la misma pasión que en los conciertos de temporada. También

los músicos sabían que estaban enriqueciendo, por una vez, la cultura y las sensibilidades de sus oyentes despeinados.

La música sube de la explanada a las gradas como una marea ascendente, llena el centro del Plantel, su corazón vertical, hasta muchos metros más arriba, se derrama en las calles aledañas, se enreda en los eucaliptos, arrastra la basura de los rincones de las aulas, de los intersticios de las almas, de los bolsillos de los alumnos que cargan las monedas del retorno a casa, jala hacia arriba a todas las presencias.

Dura hora y media, el más largo silencio lleno de música oído en el Plantel. La explanada aprende que no solo hay gritos y discusiones sobre más extraordinarios y por qué tan pocos libros en la Biblioteca; se da cuenta de que es también universitaria, aunque las asambleas son una forma propia de tener palabra libre y pensamiento, menos, libre. No menos libre, menos pensamiento, pero finalmente cuánto sea, se dirige, en un juicio de profesor, a establecer un acuerdo y una verdad que la mayoría considera fundada y válida. Lo que no elimina toda incertidumbre.

El concierto termina con aplausos furiosos y decididos a durar. El Director interpreta que es una manera de exigir un *encore*, palabra en lengua extraña que el Plantel ignora. Tocaban una pieza brillante, para despedirse con luces. ¿El *Bolero* de Ravel? ¿Una obertura de ópera italiana? ¿*Cascanueces*? ¿*Machi lo sa*? Me despido con un abrazo del Director. Sé que está transcurriendo un día marcado. Ignoro que será único.

Visto desde los acantilados deslavados del 2025, encaro el vacío de 50 años sin ningún otro concierto en un Plantel. Difusión Cultural, eso sí, les llevó alguna vez, acaso en los 90, tenores de calidad nacional a que cantaran arias, las más conocidas en las colecciones de Reader's Digest, Departamento de Grabaciones. Pero nunca la OFUNAM. La música de la Universidad jamás ha vuelto a ser oída en los Planteles. Contados alumnos circulan con un *iPod* llanero de conciertos de la OFUNAM.

—**M**uévete, Carlos, la mesa del fondo a la izquierda.  
—Córrele tú, que eres guardia ofensivo. Bueno, fuiste. O no fuiste. Además, ocupas más espacio que yo, y tu solo puedes impedir que alguien se acerque a la mesa.

—Cris, escoge. Las muchachas tienen derecho de silla.

—Lo mejor de este restaurante son las tortillas, recién salidas del comal y grandes.

—Ya, cuál restaurante, es una “fonda chiquita que parecía restaurante”, según Piporro.

—Somos buenos para imaginar, por eso no progresamos en dirigir el Plantel, nos inventamos avances.

—Ya. Carlos, no empieces con tus críticas. No seas amargado.

En la mesa de cerveza Corona nos acomodamos los cinco, cuatro en tres lados y Agus en uno, poco menos, para no difamarlo. No estaba gordo, era simplemente enorme.

—Deme el 2.

—Preciosa, quiero un 3, con una Pepsi. Para que veas que respeto tus reglas de no llegar con aliento de ingenebrijo al Plantel. Debías aprender de Vallejo que llegan pasadísimos, menos el Director que es puritano. Aquí nadie te obliga a tomar, de modo que podríamos adoptar la Enmienda González.

La sopa era de letras. Nunca he comprendido la diferencia entre las sopas de coditos, de letras, de estrellas, de tirabuzón (¿Se

llamaba así? Hace tantos años). Todas saben igual, a jitomate y pasta. No había Barilla entonces, pero sí La Moderna y Ovo-pasta, mi preferida, pero ahorrada en el mercado de Naucalpan.

Luego seguía el guisado del día, a escoger entre bistec con papas, puerco en alguna variante de adobo preparado en casa con salsa verde, y ácida. Todos los aderezos lo son, llegan en un frasco a la cocina económica, solo les agregan agua. Las aguafrescas eran de naranja, jamaica o tamarindo. El postre un avergonzado flan de algo.

Pero lo interesante era la reflexión, aunque suene pedante, o dejémoslo así, la conversación a veces acompañada de ideas, analizar los últimos acontecimientos del Plantel y decidir cómo evitar que nos estorbaran y avanzar hacia una escuela donde hubiera clases, todas las clases, con todos los alumnos. Parece tautológico, una escuela que tiene clases, pero no es tan fácil lograrlo, sobre todo si le agregas que estás tratando de que clases sean todas las clases, sin ausentismo. Pura utopía, reconocida en silencio, pero un reto que atacábamos diario, a pesar de los que llegaban, firmaban y desaparecían, no se iban necesariamente, al fin de cuentas en el Plantel siempre había alguien para conversar y criticar al rígido del Director, activista guadalupano por peor seña. Me valía. Me enterqué en las clases completas y para eso, desde que estuve en la Académica, con mi secretaria, entonces joven y animosa, dos o tres veces por semestre recorríamos ocho veces el Plantel entero a lo largo del día, para verificar firmas en el registro de asistencias y presencia en aulas y laboratorios. Luego publicaba la estadística en *La Hoja*, que era eso, pero impresa y doblada en cuatro. Y añadía un exhorto apelando al servicio de los alumnos y a la conciencia de lo comprometidos. No tenía efectos.

—No, estamos errando el tiro. Los profesores no asistirán, bueno, como decimos que queremos, mientras la Coordinación no nos tome en serio y establezca parámetros de cumplimiento

y normas. Que los Directores de los Planteles deban probar que en su Plantel hubo las clases previstas. ¿Te imaginas a Alberto falsificando firmas y controles en su Plantel? Pero la comunidad se daría cuenta y el Director mafioso pagaría políticamente, tendría menos arrastre, aunque fuera por hipocresía de alguna academia. Eso es lo que duele, ni siquiera intentar convencer a sus bases de que adopten las propuestas de la Coordinación. ¿Qué Director es ese que no puede movilizar a su Plantel? Bueno, la mayor parte no se preocupa por llevar a sus bases a ningún lado, pero si la asistencia se convierte en una garantía que hay que cumplir para un segundo período o para ser funcionario de la Coordinación, ya verían cómo se movilizaban. Pero al parecer Rectoría ni se entera.

—Bueno, Carlos. Si la condición es que la Coordinación ponga en pie al Colegio, puedes sentarte a esperar que pase el cadáver de tu enemigo, pero el que pasará antes será el tuyo. Yo sostengo la idea de que Naucalpan es un Plantel por su lado. Que no espera que todo el Colegio despierte para actuar. Ahí te van dos o tres ejemplos: sí asignamos grupos a los que tenían menos horas pizarrón que las contratadas, nadie lo hizo, comenzamos con Complementación Académica en dos áreas, solo Oriente en Matemáticas se atrevió con nosotros; estamos por el primer Director que le tira a un segundo periodo y vamos a ganar. Somos el único Plantel en que el primer Director, terminó su período, los demás huyeron o los pusieron de patitas en Cien Metros, no siempre con la cortesía debida, dicho sea con sinceridad. Somos, en algo que no podría atribuir a un solo factor, somos especiales. Vamos por la asistencia.

—Señora, ¿nos puede mandar más tortillas?

—Cris, no comes, ni estás engordando ni nada. Necesitas aguantar el trote de las mulas. Aquí son muchas, no una. Varias aquí presentes. Hasta en Talleres algunos han descubierto su vocación de acémilas, qué cultos, que para no dejar de ser

de izquierda. Por eso se han declarado independientes de la Dirección. Como dice Carlos, son un “tigre de esténcil”, por sus desplegados.

—No tengo hambre. Así está bien.

—Bueno, nos vamos.

Tras media semana no volvíamos al mercado de Naucalpan, porque los charcos de todo el año que lo rodeaban olían a aguas muertas. No era una peste, pero sí un olor de inauguración de podredumbre, de agua estancada. Las tortillas seguían igual de buenas, pero el tufo les maltrataba el sabor y la suavidad. Nos íbamos, entonces, a París-Londres en Plaza Satélite, simplón y barato. O al Guillermo Tell, cuando la quincena estaba cerca. Pero las conversaciones eran *debriefings* muy útiles y formaban parte de nuestro tiempo de campaña. Nunca dejé de pensar en las direcciones del Colegio como guerras, sin odio ni venganza, pero decididas a lo que diera, sin miedo, frente a porros, trotskos, priistas infiltrados, orejas de Rectoría. Por lo menos construimos una dirección que no negaba su oficio. Ni nos doblaban.

El sol de otoño llenaba con su luz amarilla la oficina del Coordinador del Colegio, sentado en su escritorio. En la curva del mueble aún no había una PC ni siquiera una máquina de escribir. Dictaba sus oficios, se mantenía fiel al modelo tradicional de alto funcionario universitario, aunque había redactado el Reglamento del Cogobierno de la Maison du Mexique de la Cité Universitaire de Paris, cuando los residentes lo impusimos, sin gran mérito, a decir verdad, en junio de 68. Un hilo de agua en la cascada de las revueltas de mayo.

Pero no voy a narrar las turbulencias apasionantes de aquel año. Simplemente digo que el Coordinador era fiel al estilo UNAM, funcionario que dicta oficios a una secretaria taquígrafa que se los presenta luego para firma impecablemente mecanografiados. Escribía documentos oportunamente, pero eran cortos y definitivos, mientras que los escritos de otros funcionarios todavía de menor nivel solían imaginar alzarse pretenciosamente inflando perífrasis en lugar de verbos escuetos y referidos directamente a los problemas, sin tapabocas, sobre todo. Ambas especies de textos podían aparecer en la *Gaceta CCH*, órgano oficial, pero instrumento de gobierno y no solo depósito de retahílas de frases repetidas durante los decenios intermedios del siglo. El Colegio siempre ha sido una entidad universitaria que reconocía la importancia de hablarse y discutir, no siempre sin acrimonia.

El sol seguía entregando su cuerpo inmenso a la oficina que era una alberca de luz.

—Información me cuenta que en Naucalpan un grupo de seis o siete profesores han tenido reuniones en la Sala del Edificio de Historia de los Profesores de Carrera. Los agentes, podemos usar el nombre entre nosotros, pero por supuesto no lo harás en cualquier otro contexto, evitemos escándalos hipócritas. Los informantes no son profesores, no podrán entrar al grupo. Hazlo tú. Tienes una imagen de izquierda y buenas cartas académicas que jugar. Vente a platicar de nuevo dentro de una semana, después de la próxima reunión, si la hay y te admiten. Por cierto, también Rectoría se interesa en el asunto, debe haber informes, a veces son certeros, pero puede haber igualmente inventos fantasiosos y de mala leche. Lo que más los preocupa es la aparición de grupos que compitan por la izquierda con SPAUNAM, ya sabes que yo he formado parte de esa tendencia con Pepe Woldenberg, Rafa Cordera, ¿los conoces?, bueno son gente de Ciencias Políticas, Arnaldo Córdoba, Honey. No falta quién se alarme y prediga un conflicto en el Plantel.

—Lo sé y me parece natural, ser Coordinador no significa dejar de participar, sobre todo ahora que, me imagino, se trata de consolidar un sindicato sin echar a un Rector. Cuenta con la información que iré recogiendo y armando.

**UIP/CCH0978**

### **Reuniones de profesores del Plantel Naucalpan**

*Licenciado:*

*Estuve en la reunión del jueves, tienen día fijo cada semana. Esta vez éramos 15, hablé con Carlos Medina y con Fizzie, es la líder de Historia, muy inteligente y capaz de remover convicciones de los profesores con los que escoge hablar. Es una aristócrata de la política, no invita a cualquiera, pienso que evalúa los candidatos a interlocutores, incluso probando su capacidad de callarse, virtud rara en el Colegio. Nunca había*



*habido una reunión con profesores tan dispares. No acabo de entender lo que los une.*

Cierto. “Radio Pasillo”, frecuencia de amplitud inmoderada, funciona continuamente en los Planteles. Ha comenzado a correr el rumor de que alguien está formando un grupo político, pero cuando se enteran de quiénes asisten se desconciertan, porque según las miradas convencionales del Plantel hay de izquierda y derecha, y hasta de un centro que nadie nunca ha reivindicado.

*Carlos Medina le dice “La Florentina” o “La Médicis”, me refiero a la Fitzie, porque hasta a él le cuesta trabajo convencerla, siempre tiene una pregunta más y explora todos los alrededores de las propuestas antes de aceptarlas, vive alerta. Pero el punto más interesante es que también comenzó a asistir el Director del Plantel. No creo que se interese en Materialismo y Empirocriticismo de Lenin, material de discusión del grupo, en una de esas ediciones corrientes en español de Moscú, editorial Progreso. Pongo varios “!!!” El Doctor tiene una formación filosófica mucho más seria que este panfleto, pero algo debe andar buscando. La reunión estuvo tranquila, los pocos que habían leído el medio libro que quedó de tarea, discutieron temas que no entendían. Yo no soy filósofo, pero me di cuenta de que habían leído el texto literalmente y que los conceptos se les atragantaron. Perdón, Licenciado, pero no puedo hacerle un resumen. Sin ofender, ¿haría usted un inventario de un camión de la basura? De todos modos, quiero destacar dos puntos. Uno, ¿Por qué iniciaron el seminario sin el Director, si lo iban a invitar un mes después? Dos: quizá el Director estaba al tanto y había decidido con Carlos Medida, es su funcionario y aliado cercano, eso seguro, dejar que el seminario funcionara y que los profesores se sintieran dueños del trabajo. Con eso la gente tendrá más apego al grupo. Un punto particular puede ser la elección del librito: el Director hubiera propuesto algo que conoce mejor y no un libro bolchevique. ¿O Lenin lo escribió antes?, digo, del*

*auge culminante y las chiripas del bolchevismo, perdón, pero lo ignoro. Lo esencial es que el seminario continúa y que yo estoy dentro. Voy a leer yo también y, cuando me toque, aceptaré exponer para tener todos los derechos, al cabo creo que nadie entiende seriamente de qué trata el panfleto, con perdón de lo que queda de ortodoxos leninistas”.*

Entraba por el ascensor del estacionamiento, de modo que solo los vigilantes del subsuelo habían visto vagamente su apariencia de intelectual de izquierda. A ellos les valía, o fingían, porque hubieran sido capaces de dar la media filiación en caso necesario. Brígido tenía un cuerpo reducido de soldados bien entrenados y desligados del control sindical, aunque estaban afiliados a STUNAM, bajo su mando sin intermediaciones ni cuentos.

En el sexto piso veían ocasionalmente al Secretario de Rectoría y con mayor frecuencia, me imagino, en alguna buena cantina tradicional de San Ángel. El trabajo y el placer a la misma hora.

—Mire, profesor. Leí su informe, gracias. Es un grupo singular, por no decir inesperado y algo extraño. Sobre todo, porque no parece, según la información de que dispone Rectoría, tener padrino ni universitario ni exterior. Son los profesores por cuenta propia. No está mal, pero hay que anticiparse, por si enloquecen. Siga con el seminario. Lo raro es que de pronto aparece un grupo para leer un texto de menor significación, aunque sea revolucionario y el Colegio mantenga sus tendencias de izquierda, por más confusa que esta sea. Hay que entender el sentido. Lo del Director no me inquieta, porque lo conozco muy bien y nunca se enredará en nada que viole el carácter académico de la Universidad. Hasta puedo pensar que entró para no quedarse fuera del movimiento y poder encauzarlo. Pero hay que seguir con los ojos abiertos. De todos modos, no se fíe. Son astutos. Gracias, profesor.

**UIP/CCH 1078**

*Licenciado:*

*Informar para el Colegio en detalle de cada reunión no ha valido la pena, porque no se producen cambios en cada reunión, pero el Seminario sigue. Anoto cambios y consideraciones.*

*El grupo ya abandonó su primer compromiso, porque no encontraron en Lenin nada que fuera útil para la vida del Plantel, según dice la Fitzie. La Sala de Seminarios del Edificio de los Profesores de Carrera de Historia está hasta el borde de su cupo, aunque sacaron las mesas y metieron más sillas de los salones, iguales a las de la Sala. Los que no alcanzan silla, se sientan en el suelo, hasta detrás de la coordinación de las reuniones, pero nadie se queja. La sala tiene las ventajas de ser un lugar público y a la vez discreto, en principio, porque los 50 profesores que ahora asisten no pueden reunirse sin que los vean llegar. Han comenzado una discusión sobre los problemas comunitarios, la inasistencia, los extraordinarios degenerados, así los califican, los porros y la necesidad de una respuesta comunitaria, como en 72. Los profesores se cuidan más, aunque nunca han sido agredidos, si no es con mentadas. Pero lo que me parece más importante son los temas que ha introducido Carlos Medina.*

*Mire, Licenciado. Medina es un militante maoísta de muchos años y tiene un modo de ser rebelde. En eso él y el Director se parecen y se entienden, pero no se levantan en armas contra lo mismo. Medina tiene preocupaciones revolucionarias, digamos serias, aunque no creo que piense en armarse. Creo saber que en 69 su grupo puso una bomba casera en el corredor de entrada de la CTM, pero la bomba no explotó. Luego los atraparon en Lomas de Mixcoac y fue a dar a la crujiá M aunque tenía contactos con los presos de 68 de la c. El Director, por su lado, se revuelve contra todo lo que amenaza al proyecto del Colegio, está convencido de que vale la pena estar en el CCH para hacerlo el mejor Bachillerato de México. El asunto es que Medina se tiró un rollo detallado e interminable sobre cómo un grupo de profesores del Plantel ha usurpado el derecho, que es de toda*

*la comunidad de profesores, de definir posiciones propias y académicas sobre los problemas políticos del Colegio. Si no eres del Sindicato, como ellos lo entienden, eres reaccionario, “te etiquetan”, dice Medina, “y tratan de crearte una imagen de obtuso y reaccionario para marginarte”. Pero a la inmensa mayoría de los profesores el Sindicato les vale, perdón, no les importa, lo ven como un vivero de burócratas. Además, la Dirección, antes que el Sindicato apareciera, logró las convocatorias para Complementación y Regularización Académicas, a lo que el Sindicato se opuso. Lo mismo pasó con la normalización de los profesores, que han obtenido su definitividad. Se trata, en consecuencia, según Medina, de organizarse para ocupar el lugar que corresponde a la mayoría, arrebatando a la “mafia”, es la palabra que usa, el monopolio del poder político en el Plantel. No es que la Dirección, por ejemplo, o las academias, no tengan ningún poder político, pero los líderes sindicales y las izquierdas se creen con derecho a hablar en nombre del Plantel. Y se ostentan como los únicos progresistas. En cambio, en el nuevo grupo hay de todo, algunos PC, gente del ingeniero Heberto Castillo, maos, ningún trotsko y los de reciente aparición en este, digamos, seminario ampliado, que no están dispuestos a dejar que esta situación de usurpación, según ellos, se perpetúe. Todo esto, lo del monopolio y la marginación, quedó claro en un manifiesto con el que el grupo hizo su aparición, para decirlo de algún modo, oficial, dos páginas impresas en azul. Le dejo un ejemplar, creo que dice mejor que lo que yo podría comentarle.*

*La maestra Conchita Rodríguez respondió con un documento, a mi leal saber y entender, fallido por ingenuo, porque contra los argumentos de Medina, agresivos, pero con bases duras, opuso una reflexión filológica sobre el uso inapropiado de la palabra “mafia” aplicado a la izquierda de Naucalpan, que no está en Sicilia (sic). Los demás de esta facción ni chistaron, a pesar de la declaración de hostilidades, implícita pero evidente.*

*El estilo del documento es muy de Medina, no creo que haya colaborado el Director, pero seguramente lo leyó antes de publicarlo. Lo imprimió el Departamento de Impresiones del Plantel.*

*Así están las cosas, licenciado. No me niego a seguir colaborando con usted, pero ahora ya se abrió todo y los, ¿cómo decía usted?, ah, “informantes ordinarios” pueden hacer su trabajo. Yo voy a seguir en el grupo, me ha interesado, hay mucho que inventar. La verdad nunca había habido en ningún Plantel un grupo interáreas surgido de las bases. No quiero decir con ausencia completa de la mano de la Dirección, pero radical y autónomo. Desde luego, además de las academias, pero éstas ahora están entrando en una somnolencia llamativa, porque el Sindicato les quitó los temas laborales, además los profesores son definitivos, o tienen plaza de Complementación, contra la opinión del Sindicato, los problemas académicos estarán en manos de los Consejos Académicos. La gente ya asiste menos a las asambleas y se sale, cuando le da hambre. Antes seguíamos hasta las seis de la tarde sin comer y sin quejarnos”.*

—Leí su informe. Gracias. Se está poniendo interesante. Le voy a pedir que continúe en el grupo. Creo que su principal lealtad es con el Colegio en la UNAM, sin que ello limite su libertad de conciencia, seamos claros. Pero necesito llevar el pulso del Plantel, me llama la atención sobre todo la novedad del grupo, parece que tiene estilo y me imagino, pero quiero saber con certeza hacia dónde van a parar. No lo vea como una guerra, yo no estoy en guerra con ellos, sólo quiero prevenir, porque es mi obligación mantener el Colegio unido y en los espacios universitarios, aunque los modos de expresión sean inusuales en una universidad, digamos, más bien tradicionalista y temerosa. Gracias, profesor. Me está siendo muy útil su trabajo.

**M**i cubículo deja entrar, de refilón apenas, un sol de otoño, el mismo otoño en que me uní al Seminario fundado por Ella y Carlos Medina e inventamos la “Corriente Académica”, un otoño como un vino blanco, amarillo leve, un Frascati ligero, que golpea suavemente las sillas para los visitantes de mi oficina.

Tengo en el escritorio tres hojas de reúso con notas acerca de la cultura básica en el Colegio. Al escribir *cultura básica*, en cursiva para los que hayan pasado por encima sin ver, me obligo a explicar el sintagma, para no cometer anacronismo, porque en 78 no es de uso ni de lejos medianamente general como decir, por ejemplo, “escuela activa”. Me estoy moviendo en los bordes del uso comunitario del Colegio, acaso sin inventar nada, pero sí recobrando conceptos que no habíamos atendido anteriormente.

Seguro es algo propio del Colegio, aunque en los siete años de vida nadie lo ha usado. En la “Gaceta Amarilla” no aparece, aunque sí algunas expresiones que pueden ser equivalentes: *formación básica, educación básica, las materias básicas* y una vez, tal cual, en una conferencia del Rector en 72 en Toluca: *cultura básica*. Pero nadie recuerda la intervención mexiquense.

No importa, he llegado sin haber seguido un itinerario prefigurado, sino al azar de las lecturas y sobre todo de las conversaciones y las reflexiones sobre el Colegio.

Mi máquina de escribir, una Olimpia portátil que no me impide ver a mis interlocutores del otro lado del escritorio; el “campo de golf”, una modesta, pero ondulada y verde todo el año, tira de terreno que me separa de la Avenida de los Remedios, me baña el rostro desde el otro lado de las ventanas y acalla los motores de la línea Huixquilucan y Anexas.

El cubículo es mío, desde el primer día de Director del Plantel Naucalpan, cambié la oficina a lo que fue Sala de Reuniones, aunque no tenga baño anexo. Estoy repitiendo, caigo en cuenta, lo sé, pero pasé ocho años en esta luz filtrada, de las mañanas tiernas hasta los rayos oblicuos de los atardeceres sin nubes y no es un exceso decirlo dos veces.

Pero no voy a continuar describiendo un cubículo sin nada especial, con excepción de lo importante: se puede trabajar en él, y mi secretaria, hoy, cuando escribo como si estuviera entonces, pero ahora hace años desaparecida ya sin remedio, que me prepara Nescafé muy caliente. Cómo viví tantos años con Nescafé, antes de declarar su exterminio y tomar café verdadero desde entonces y con una exigencia cada vez más violenta de *espresso* que me recuerda el bar de la esquina de la Piazza de la Pilotta, domicilio de la Universidad Gregoriana, en el intervalo entre la segunda y la tercera hora de clase, durante siete años.

Pero tampoco voy a hablar de mis aficiones al espresso, para uso ordinario terminaría hablando de Starbucks, sino del nacimiento de la expresión (que parecería, “ex-presión” pariente de “*es-preso*”) ” cultura básica” y del significado que comencé a atribuirle antes que nadie, no por méritos personales, sino porque, por los laberintos de las lecturas y los intercambios, un día decidí escribir sobre el concepto, para el número 2 de *Cuadernos del Colegio*, del que en 10 años edité 40 números, hasta que lo encargaron (excluyo con total conciencia usar “confiaron”) al Secretario de Divulgación en 88, fruto de negociación, mi nombramiento de Secretario de Planeación, pero no

director de la revista, entre el Coordinador recién designado y los falsos aliados de la “nueva generación de banqueros”, todavía poderosos por el apoyo del Rector. ¿Se habrá dado cuenta don Jorge de lo que su predilección ocasionaba en el Colegio como institución?

La “Gaceta Amarilla” escribe acerca de una vieja experiencia pedagógica que se propone enseñar a los alumnos las materias fundamentales, “básicas”, y en ellas las habilidades que permiten adquirir una cultura siempre renovada según los crecimientos de las ciencias y las humanidades y consistente en saber leer, redactar, resolver problemas matemáticos, aplicar el método de la Historia y experimentar en Ciencias. Es una cultura de producción y no de repeticiones de lo que el profesor aprendió quien sabe cuándo y ahora expone. Como no se ata a contenidos que se supone asentados para siempre, y los viejos actuales del 2025 lo sabemos al menos desde la segunda mitad el siglo XX, transitorios y renovados sin término, desbocados, la cultura básica nunca envejece ni con ella el Colegio. Cada época pensará con avances, o retrocesos, tendrá maneras específicas de conocer el mundo, y el Colegio estará siempre obligado a buscar lo básico de las materias básicas, para que los alumnos se lo apropien.

Lo básico se organiza en grandes campos de la cultura, el dominio de la lengua materna y al menos de una lengua extranjera, las matemáticas, las ciencias y la historia, concebida como el entreverado de las ciencias del hombre y de la sociedad.

No estoy citando, aunque no me costaría demasiado buscar, en el cubículo de revistas y comics de la biblioteca de la casa, el número 2 en azul de *Cuadernos del Colegio*, la revista del Plantel Naucalpan, la única que llegó en los 90 al número 53 y luego renové con *Eutopía* que se transformó con un enfoque más formalista para entrar al índice de las revistas universitarias, lo que a mí no se me ocurrió ni me importaba. Pero las de



*Cuadernos* son las mismas ideas sobre las que ahora escribo después de 50 años más de vida del Colegio y sus discusiones.

Vuelvo al momento en que comencé a escribir mi primer artículo sobre cultura básica, del que se derivarían al menos una buena docena y otras tantas conferencias, pero sobre todo el Plan de Estudios Actualizado, que redacté aquí en el Ajusco en 95 y se aprobó el 11 de julio de 96, cinco años después del eclipse total de sol, organizado exactamente para mi cumpleaños 50 desde el Big Bang hasta julio de 1991.

La máquina de escribir Olimpia portátil en 78 me da el placer de no pesar, aunque nunca la cargo. Resiste mis golpes de pocos dedos, nunca aprenderé ni entonces ni en los decenios posteriores hasta ahora. Luego, ya en la Dirección de la Unidad Académica del Bachillerato, apareció mi primera computadora, años después de que mis hijos tuvieron, primero, una Texas Instruments mínima, con algunos juegos y alguna posibilidad de programar en Basic; luego una Commodore 62 y, al año, una 134, vete a saber si los números son exactos, pero dan una idea de computadoras desconocidas para quienes nacieron en este siglo que corre hacia la desaparición de los rezagados del pasado.

Pero no estoy contando la vida digital de mi familia numerosa y sus computadoras, la última, comunitaria, antes de que cada quien comenzara a comprar la suya, fue una Acer.

Yo comencé con una Olivetti y WordStar, que dominé sin ir a ningún curso, lo que no es una hazaña. De pronto apareció mi primera Acer y su ratón con Windows y de ahí en adelante, computadora en el trabajo, dos o tres computadoras en casa.

Los procesadores de palabras facilitaron la escritura: podías cambiar textos de un lado a otro, corregir sin volver a escribir la página como mis secretarías sometidas a la volubilidad de mis escritos en crecimiento y en evolución; eliminar, agregar, corregir. Puede resultar infantil esta enumeración, pero merece mirarse como la lista de los placeres que daba la escritura en la com-

putadora, a quien se cansó para escribir y reescribir varias veces siete páginas de una conferencia. Cuando marco una porción de texto para borrarla sin esfuerzo y mejorar el conjunto, sigo disfrutando de la facilidad de lograrlo, más de 35 años después.

Pero no me proponía referirme a mi limitada vida digital, sino a la cultura básica. Si la escuela propone enseñar todo de todo o al menos algo de todo, recuerdo que dice don Pablo en su escrito de 1953, los profesores se frustran de no poder cubrir los programas y los alumnos de no alcanzar a aprenderlos. Hay que cambiar radicalmente, decía, y seleccionar lo importante de las materias importantes, las disciplinas que concretan la aplicación de los métodos que emplean los especialistas cuando se dedican a investigar y producir en su campo de trabajo. Así, ahora comienzo a imaginar por mi cuenta, conviene no ocuparse ni siquiera con una materia que se llame Introducción a la Cristalografía o a la Economía Nacional, que, con la denominación, disimulan tratados eruditos y muchas otras materias que las imitan.

En cambio, es más fecundo tener una sólida formación en resolver problemas matemáticos o comprender por qué el razonamiento que funda un teorema es, o fue y dejó de serlo por nuevos enfoques, válido y está encuadrado en las contigüidades que lo sostienen y servirá de modelo de reflexión aplicable en muchos otros temas. Y así para las demás disciplinas.

El problema ha sido, y sigue siendo, que estas ideas no han provocado, sino en una exigua minoría, la reflexión sobre lo básico de cada campo disciplinar, porque en las Facultades este enfoque no existe, sino oculto bajo las brumas de lo implícito y las multitudes de los datos, y nunca en la primera línea de la comprensión profunda que demanda la formación profesional, que también es un límite, porque en gran número de casos las ciencias se estudian sobre todo para ejercer actividades ente delimitadas y socialmente reconocidas.

Pero la epifanía tuvo lugar, alimenté el fuego diminuto año tras año y finalmente, eliminemos la connotación de culminación, entró al Plan de Estudios Actualizado y al Modelo Educativo del Colegio.

Pero el camino para hacer rendir el potencial es tan largo como el tesoro que puede irse descubriendo en sus vueltas y subidas.

**L**a Corriente Académica marcó el comienzo de una nueva etapa en el Colegio. Nos parecía que habíamos encontrado la manera de conciliar el proyecto del CCH con el destino y los propósitos centrales de la UNAM. No las Academias como tales, porque nunca abdicamos de la responsabilidad de dirigir el Plantel, al principio como uno de los dos polos de iniciativa y de poder, la Dirección y las Academias, y ahora más bien, a través de la Corriente Académica, la Dirección con los profesores.

El segundo periodo de la Dirección del Plantel fue numeroso en iniciativas académicas, coloquios sobre Exámenes Extraordinarios, cursos sobre la cultura escolar y la cultura de los alumnos; la interdisciplinaria, que se había convertido, por razones misteriosas en el caballo de batalla de los antiguos detentores, que proclamaban su autonominación como pertenecientes a “la izquierda” y sus avatares, de la representación de los profesores; la publicación regular de cuatro números por año de la revista autóctona del Plantel, *Cuadernos del Colegio*, donde los profesores podían escribir, sin preocupaciones sobran-tes de arbitrajes y cuadros conceptuales sobre sus experiencias docentes y sobre los problemas del Colegio con total libertad, pero también con corrección de estilo suficiente y apego a una verdad nunca oficial ni única.

Así cada número representaba simbólicamente y equivalía en ideas y diferencias a una reunión no de cada academia, sino de las cuatro. Temas que antes se hablaban, ahora se escribían y se publicaban, se editaban en un formato de cuaderno, la diseñaba Roberto Barrera, con él la ilustraban profesores de Diseño Gráfico del Plantel y la imprimía el señor Lara en la Multilith del Departamento de Impresiones. Aparecieron así 18 ejemplares y luego la revista quedó a cargo de la Secretaría de Divulgación del Colegio en 83.

Es posible que estas memorias se hayan extraviado, pero el recuerdo que ha quedado en mi vida es el de un Plantel que sí estaba siendo Colegio de Ciencias y Humanidades, no solo ni entero, sino por su parte y abierto a los otros cuatro, sobre todo porque los profesores participaban en decisiones y en tareas, la comunidad se agrupaba, cuando había que defender posiciones académicas, el Colegio era importante para cada uno, porque la Corriente les había abierto el camino para no ser simples comparsas de expertos merlines de la política, ni repetidores de fórmulas no inválidas tal vez, pero sí inventadas por otros, lo que nos mantenía como seguidores y no como caminantes libres.

Par esos años el SPAUNAM había surgido, hizo su paro ritual para obtener el reconocimiento de la Universidad, pero luego en una votación en 1980, ¿o no?, a la que dimos seguimiento en una cena en La Cava, con Fernando ya Secretario General, las AAPAUNAM, inicialmente apenas existentes en el Colegio y consideradas por los escribas de los imaginarios sindicatos de izquierda, como sumisas a las autoridades, un sindicato blanco y de derechas, pero las AAPAUNAM, así como se suponía que eran, ganaron la titularidad, de lo que nos enteramos, mientras el tema de la película *El Padrino* sonaba claramente y dos de nosotros interpretamos la coincidencia como un homenaje al Secretario General. Al poco tiempo el primer sindicato de profesores fue empujado al abrazo mortal con el STUNAM. No me afilié a este nuevo sindicato, porque me pareció insoportable pertenecer a

un sindicato dominado por los trabajadores administrativos, que se ocupaban de lo suyo, pero no de la vida laboral de los profesores. Eso sí, antes de esta apostasía participé, Secretario Académico, en la única asamblea sindical del Plantel a la que asistimos 188 profesores.

Pero las condiciones actuales del Colegio en 2025 no repiten las fuerzas académicas ni los grupos de profesores de inicios de los 80. Tampoco existe un fervor sindical, porque hemos visto costumbres repetidas del viejo sindicalismo corporativista también entre los profesores que han encabezado en los Planteles las secciones sindicales.

De modo que ahora que harían falta no algunos, sino *los profesores del Colegio*, no hay ningún organismo que los convoque para ninguna acción que exceda la rutina y, cuando el Colegio es empujado al despeñadero, muy pocos se dan cuenta y menos están dispuestos a oponerse en colegio.

Cuando parecía que habíamos tenido alguna vez y podíamos tenerlo todo, a inicios del siglo, al terminar el decenio inaugural, empezamos a perderlo todo, pieza por pieza.

Ni ahora, después de 15 años puedo explicar completamente cómo ni por qué el Colegio fue abandonando sus rasgos distintivos, que, despojados de viento y de sol, comenzaron a aplanarse y todo se desfiguró, sin que nadie dijera que la agonía estaba comenzando, por pasos diminutos, infinitamente pequeños como la respiración regular no del reloj, sino del tiempo que transcurre con una sutileza por debajo de los segundos torpes incluso en los relojes electrónicos, y la última invisible y no escuchada respiración va perdiendo consistencia y se vuelve un suspiro suave que ni siquiera puedes calificar de triste, sencillamente se desvanece advirtiendo en silencio que lo está haciendo. No hay traición, te avisan, pero se hace en voz baja.

Debió ser así y no lo supimos ni nos bastó el amor que le teníamos algunos, seguramente ilusos y ya poco numerosos. Pero

un día, en vez de tener más compromisos suprimieron la prueba de capacidad con la que en el fondo preguntábamos si, al ser admitidos a enseñar en el Colegio, los aspirantes eran capaces, aunque fuera con el tiempo, porque en el Colegio nunca hubo nada automático, sino todo se conquistaba tercamente; preguntábamos si los nuevos profesores iban, con los años, a aprender a amar a los alumnos, tan adolescentes empedernidos y ahora superiores a los que somos inmigrantes y no digitales natos.

Luego siguieron llegando profesores que nunca habían estado en una asamblea ni luchado contra los porros y su violencia municipal o delegacional, o a ratos pagados por alguna facción de algún partido general (evito adjetivar con *nacional* para evitar que alguien lea estas memorias como un requisito). O pequeños comerciantes de drogas, camellitos de muerte, que crecieron en organización y recursos. Luego, en un finalmente provisional, los encapuchados usurpando la reivindicación legítima de los manifestantes y las mujeres por sus derecho a ser consideradas como sujetos de pleno derecho y no tratadas con menosprecio y destruyeron encarnizadamente y sin provecho para nadie todo lo que a su alcance consideraban de valor, sin otra explicación que la mera destrucción que seguramente los aliviaba de rencores enconados y ni siquiera formulados, porque poner nombre es ya comenzar a escapar de su tiranía.

De modo que tenemos ante los ojos un reto: congregar profesores, que no saben pertenecer al Colegio, a defender una institución que saben cómo se llama, pero no cómo se construye ni mucho menos cómo se mantiene. Otra vez la Corriente Académica, pero ahora sin los alicientes ni el vigor para volver a ser capaz de participar.

Cuando la desesperanza sube a mis murallas interiores y la pasión por el Colegio, nunca inútil, Sartre se equivoca, siente la amenaza de las insidiosas fuerzas que nos acosan, es posible que por la rendijas de mis ojos se cuelen únicamente los nubarrones de tantos años de abandono del Colegio, de las multitudes de profesores no nuevos ya, pero tampoco nunca verdaderamente integrados a la persuasión de lograr que *aprender a aprender* y *aprender haciendo*, la cultura de producción, sirva de base para que los estudiantes del Colegio sigan agregando cultura a su vivir, muy pronto adulto, durante toda su vida.

Pero esta manera de sentir al Colegio puede ser, lo es, incompleta. Aunque las concepciones sean confusas, modero, insuficientemente precisas, sí hay algún esfuerzo por mejorar los programas, que siguen rehenes del enciclopedismo, hay algunos cursos que empujan mejorías, pero son pocos y sobre todo dispersos, no suman sus conceptos y prácticas y terminan por construir una casa con el primer piso abajo y con la azotea en el nivel de la calle. Hay declaraciones de colegialidad, pero los Consejos Académicos solo revisan proyectos de trabajo y los evalúan palomeando y no tienen planes de desarrollo de cada Área, ni un sistema de formación de profesores, ni dan cuenta a las Áreas locales, ni estas se enteran de lo que hacen los profesores de carrera. Eso sí, se declara: la colegialidad importa.



Pero la verdad es que el Colegio sigue enseñando quién sabe cómo, porque los cuestionarios de actividad docente, que echamos a andar el primer mes de clases después del paro gubernamental del 99, nunca han servido a nadie para reconocer los problemas más desoladores de aprendizaje, uno o dos por año, pocos, pero centrales, y tratar de resolverlos entre todos el siguiente año lectivo induciendo a encabezar este trabajo a los profesores de carrera.

Pero no faltan alumnos destacados que vencen en concursos de robótica o ganan una beca para pasar tres semanas en Francia o en la NASA. Los profesores, y es acaso más bien un problema de a quién postulas del Colegio para superar la máquina mayoritaria de la Prepa, menos que antes durante varios años no han obtenido un Premio Universidad Nacional o la Distinción Universidad Nacional a Jóvenes Académicos. Pero, no quiere decir que no haya excelentes profesores, en 2019 obtuvimos dos premios, lo que sí es trágicamente claro es la dispersión que desmiembra los esfuerzos y los siembra en terrenos sin agua. No habrá flores.

De cualquier modo, el proyecto del Colegio debe seguir adelante. Pero le urge recomenzar, no por el mismo inicio, sino como si ahora, sin tirar a la basura lo aprendido, reuniéramos lo que hemos adquirido y lo invirtiéramos ordenadamente en una nueva construcción que será la misma pero distinta, porque lo básico de las disciplinas seguramente se ha desplazado y hay que repensar y volver a sopesar sus componentes, para deslindar lo importante de las materias importantes y dejar deshojarse sin remilgos lo que el avance de las ciencias ha marchitado. Habrá esfuerzos. Tristemente ni son los certeros, ni son suficientes. Mientras, la alianza de rectoría, conformada, pero no tan compacta como su promotor imagina, sigue añadiendo votos virtuales a su acervo de destrucción. Pero a los gigantes se les hunden los pies en el lodo.

Javier y yo veníamos de la DUACB, la Dirección de la Unidad Académica del Bachillerato del Colegio, caminando desde la entrada de Universidad 3000, el domicilio oficial de la UNAM. La soledad era perfecta, cerrada como una esfera de metal, pero no amenazante. Teníamos una más de nuestras conversaciones bipartitas sobre el Colegio, que comenzaban como si las hubiéramos interrumpido la víspera, a veces tras semanas y meses.

El otoño de 79 y pocos, aparecía discreto en los colorines del jardín que rebasa la fachada del Centro Universitario Cultural, el CUC, y se difumina entre súbitas casas dispersas que se ponen de espaldas. Las hojas comenzaban a ser amarillas, ninguna ocre, porque el verde resistía, sin alzar la voz, la invasión de los amarillos tenues.

Llevábamos cuatro vueltas al jardín y comenzaba a nublarse el panorama en el ámbito de nuestra conversación por la presencia invisible, pero no menos real de los que detestaban al Colegio. Eso pensamos los dos, al mismo tiempo. Javier y yo habíamos sido formados por los jesuitas, pero los jesuitas que nos soportaron no fueron los mismos.

—En la Universidad corre el rumor de que en el Colegio no hay solo diversidad de programas, sino ausencia y desorden. Los alumnos reciben formaciones dispersas, según academias

y Planteles. No es cierto —asentí sin mirarlo y él siguió con su descripción de la opinión de “la Universidad” donde se alojaban las opiniones de nuestro descrédito—. He estado pensando en cómo acallar estas mentiras. Pienso en recopilar los programas de todas las materias y encontrar los puntos de coincidencia. Lo que llevo ya revisado me asegura que hay más coincidencias que distancias. Ni siquiera en Historia, todos aplican una llamada metodología marxista, en realidad una teoría de nivel de divulgación más o menos como Rius, bueno, no es una burla, es una evaluación certera. La verdad es que el catecismo es el de Marta Harnecker, Siglo XXI, lo conoces seguramente porque lo usan en todos los Planteles. De cualquier manera, hay que distinguir el pecado del pecador, los pecadores son los profesores, que considero colegas con las excepciones de algunos que no discuten ni actúan con una conciencia recta, sino que se aprovechan de la debilidad de los demás para imponerse. En la Coordinación de Historia de Vallejo me las arreglaba para discutir, llevarlos a un terreno filosófico y por lo menos dejar en duda su conocimiento “científico” de la Historia, como se atreven a usurpar.

“Quiero que me ayudes. Mejor dicho, solicito la colaboración del Doctor, para que se encargue de la síntesis del Área de Talle- res, concretamente de Lectura. Ya ves, la academia de Oriente es un caso extremo. Dicen que Griegos y Latinos quedan lejanísimos y a los chavos de Neza les valen. Comienzan el primer semestre con lecturas dizque del realismo socialistas, *La madre*, de Gorki, y *Así se templó el acero*, de la Editorial Progreso de Moscú, además de una intervención de Mao, conocido filólogo clásico, en el Foro sobre Arte y Literatura de no sé qué poblado chino, Yunán creo saber, que los alumnos confunden con el lago de Yunuén, en la época de la plena lucha armada contra Chiang Kai Shek, pero Mao sí les resulta apasionante. No me la creo, pero sin duda demanda menor esfuerzo hacerlos leer

la *Crónica de una muerte anunciada*, si lo único diferente que se les ocurre es obligar a los alumnos a leer en una semana *La Odisea* completa. A estas generaciones, y no es su culpa, ningún escritor les resulta cercano, cuando mucho *Memín Pingüín*. Con perdón de su excelencia. Quiero demostrar que el Colegio no es el desorden que nos encasquetan los dizque muy sabios de las Facultades. La verdad es que no les tengo ningún respeto.

—No es mala idea, aunque las Academias, faltas de responsabilidades alabadas y reconocidas en muchos aspectos, se han ido por su cuenta y en el Colegio, lo sabes mejor que yo, hay una ausencia de *dirección académica*, es decir, no hay quien diga lo que es y lo que no en programas, docencia, etc. Coincido contigo en que tampoco somos el caos que algunos denuncian a gritos, como si en el resto de la UNAM todo fuera perfecto, aunque lo único perfecto y seguro es su nombre, las cinco letras, y el espíritu que habla por mi raza, cuando lo dejan.

—Estoy madurando una idea para comenzar a unificar los programas. En los primeros años, las academias tomaban los programas y los acomodaban a las ideas, y las ocurrencias, de las reuniones, de modo que en dos o tres años cada Plantel tenía programas, no opuestos o totalmente disparados, pero tan distintos que un observador superficial y descuidado diría enseguida, sobre todo si hubiera sido un pedagogo mal formado, que se trataba de cinco escuelas parecidas en los nombres, pero en realidad muy diferentes.

“Ya hace falta hacer algo. El problema no tiene que ver con las libertades de las academias ni menos todavía con la libertad de cátedra. En la Universidad, bueno, en las Facultades, se ha ido difundiendo la imagen de un CCH desordenado y sin dirección académica. Dicen que no tenemos programas. Tú y yo sabemos que es una pendejada, porque los programas los hicieron las academias, pero las academias éramos 20. Lo que sí es cierto es el caballo que metieron los troyanos a su ciudad.

Hay ya diferencias, ¿qué diré para ser exacto?, serias, pero sobre todo adoptadas con ligereza de pensamiento. Algo así como modalizaciones de “creo” o “a mí me gusta”.

—En Naucalpan seguimos el orden original de Taller de Lectura y nadie se lamenta. Nos hubiéramos quejado el primer año, cuando pocos habían leído autores clásicos Griegos y Latinos. Ahora cada quien tiene sus chiqueos. En Oriente siguen con el prejuicio de que la rebeldía es el signo del Colegio, porque las autoridades son “corruptas”. No dicen que se hayan robado nada, pero sostienen que están echadas a perder. Cambiar los programas es una prenda de honradez. Hazme el favor...

—Ya reuní todos los programas que han sido impresos, mimeografiados más exactamente. Hay dos primeras conclusiones: ni son tantos y, sobre todo, no son tan diferentes. Puedes cambiar el semestre, pero sigues el programa del semestre original en otro tiempo, ¿y qué? Puede haber problemas de seriación, pero no siempre.

—No está mal. Me preocupa lo que dices de la mala fama del Colegio. ¿A que nadie de los que nos atacan, funcionarios o profesores, puede asegurar que en su Facultad se sigue en cada asignatura un programa al pie de la letra? Me extrañaría que ya hubiera cambiado tanto tu Facultad, por ejemplo, de cuando eras estudiante. O la otra en la que una materia consiste en ir leyendo *El Capital*, un capítulo por semestre. No me parece mal de entrada, lo que dudo es que sea el programa general aprobado.

—El siguiente paso, y por eso me urgía hablar contigo, es comparar las versiones que tengan legitimidad. Excluyo las personales, aunque sean buenas, porque el valor que defienden los programas locales es la colegialidad como forma de trabajo fundamental del Colegio, no las ocurrencias de los genios. Con esta “Operación Coincidencia”, demostraremos que esencialmente, fundamentalmente, los programas demandan que los alumnos aprendan lo mismo. No diremos que “los programas

son iguales”, sería idiota, no lo son, pero cumplen la misma función educativa, aunque haya elementos culturales variopintos, y a veces nadapintos.

—Yo me encargo de Taller de Lectura, si nadie lo ha tomado. Voy a enterarme con las manos en las hojas, de lo que realmente sucede, bueno, en el papel, porque no vamos a entrar a las clases de los profesores.

Javier publicó la recolección de programas en dos volúmenes, donde se reunían los programas realmente aplicados, con esquemas de doble entrada, semestres y contenidos, para hacer aparecer convergencias y divergencias. Ni había tantas ni todas eran verdaderas rupturas, pero, con ganas de menoscabar, cualquier enunciado es bueno. La influencia del trabajo, en el que habían participado unos 80 profesores, acaso no fue muy profunda, aunque cada profesor del Colegio recibió un ejemplar.

Cuando nos criticaban por no ser como ellos, —¿y qué eran? ¿A poco unamitas ejemplares?— ignoraron siempre que nunca dejamos problema serio sin intentos más serios todavía de resolverlos, de encontrar al menos mitigaciones que eliminaran los daños colaterales, aunque esta expresión no es de los 70 finales o los 80 iniciales. Es un anacronismo de vocabulario. Pero escribo para lectores de los 2020 que avanzan, comenzando a ir más allá de la mitad del tercer decenio.

La historia de los programas continuó en todos los 80. Pero al comenzar los 90, tenía un año de ser Director de la Unidad Académica del Ciclo del Bachillerato del Colegio, Alfonso era el Coordinador y emprendimos una Revisión del Plan y de los Programas de Estudios, que a fin de cuentas resultó la Revisión de los instrumentos académicos recién nombrados.

Por mi parte, invité a desayunar a María de Ibarrola, ella sí Doctora del Cinvestav en problemas educativos, y en Perisur la convencí de asesorar el proceso. De ella aprendimos que el enfoque adecuado se denominaba *curricular* y consistía en considerar

*al mismo tiempo y en sus relaciones*, y agregaría Edgar Morin, *su complejidad y sus retroacciones* numerosas, los elementos del complejo proceso de los aprendizajes en grupo escolar: los alumnos y los conocimientos que se les suponían alcanzados antes de llegar al Bachillerato; los profesores y su formación disciplinar y en ciencias pedagógicas, la docencia en el número de horas y periodicidad convenientes; las múltiples evaluaciones de los aprendizajes, la acreditación, los programas y su función institucional, la organización de sus objetivos y temáticas, su seriación; los apoyos extracurriculares, la biblioteca, los laboratorios, el material audiovisual, los apoyos sicopedagógicos, el funcionamiento de los recursos administrativos, la disciplina general de los Planteles, su seguridad y su estado físico. Las computadoras habían comenzado a aparecer y a multiplicarse dos años antes, en 1989 o 90, pero todavía no eran tan abrumadoramente indispensables al comienzo.

Luego, formamos comisiones representativas de las diversas tendencias académicas e ideológicas presentes en el Colegio, aunque nadie estaba obligado a cumplir las dos cualidades, o defectos tal vez, da igual. Las comisiones examinaron los problemas que podía reconocerse en cada uno de los rubros de todo tipo en el desarrollo concreto de la docencia y en la influencia que podría tener en los aprendizajes de las materias agrupadas en las cuatro Áreas.

Fuimos editando los *Cuadernillos Verdes*, uno por área y entregamos, con firma de recibido, uno a cada profesor, para recibir críticas y observaciones. De ellas obtuvimos una reformulación de los diagnósticos iniciales, ahora sí ya marcados por la participación de la comunidad, que comenzó a interesarse y comprendió que no haríamos una revisión a cargo de los convencionales expertos exteriores, los sabios del CISE y análogos, que dijeron, sin pretender citar verbalmente, que “Bazán está haciendo una revisión del plan de estudios sin haber hecho

*antes* (lo hicimos al mismo tiempo, en el reconocimiento de problemas) un diagnóstico de los resultados del Colegio,” o “en el Colegio dan palos de ciego, no tienen una teoría sólida como base del proceso”, (lo era el enfoque curricular), o que fracasaríamos ante las rebeldías típicas del Colegio. Tampoco nos atuvimos a los expertos internos, los había, separados de sus academias, sino incorporamos a todas las academias que quisieran trabajar. Todas quisieron.

El Colegio mostraba así que las academias seguían vivas de otro modo, distinto del inicial, porque ya no estábamos al principio sino 20 años más tarde. La Corriente Académica había sido abandonada por las Direcciones de Naucalpan, pero ahora había un movimiento general de todo el Colegio que se ocupaba con seriedad del problema académico central, el Plan de Estudios, sujeto a revisión crítica sin temas prohibidos, pero nunca abandonado.

Luego formamos comisiones por materia. Prevalció el criterio de seleccionar a quienes habían trabajado más. En un grupo de 20, no puedes esperar razonablemente y por experiencia que todos aporten por igual. Hay quien firma al calce y recoge su constancia de haber participado, aunque en aquellos días nadie sabía para qué podía servir.

Resultó, de un semestre de trabajo, la primera versión de los programas de los cuatro primeros semestres. *Nuevos Cuadernillos Verdes*, uno para cada profesor, entregado con firma. Nadie podía decir que la Dirección lo discriminaba. Había insistentemente derecho de réplica, crítica y propuesta. Llegó de todo.

Segunda versión, reelaborada con todos los elementos a disposición pasados a criba. Publicación, distribución, críticas. Ya fueron menos, aunque persistían descontentos menores. Finalmente teníamos programas únicos para todos los Planteles, elaborados por comisiones representativas, criticados libremente por quien quiso.



Luego vino una serie de cuatro diplomados, a cargo de académicos de la UNAM y del Cinvestav en Matemáticas, porque Ciencias declaró que sus profesores enseñaban Matemáticas y no cómo enseñar Matemáticas. Sus profesores no eran pedagogos, Es un disparate y puedo decir que lo lamentamos sin reducirnos a la parálisis. Invitamos al Cinvestav que tenía una maestría de Enseñanza de las Matemáticas. Dijeron que sí. Recurrimos así a profesores que compartían con nosotros los enfoques de las materias entonces poco comunes y nos fuimos acercando a nuevas maneras de enseñar exclusivas del Colegio en su momento y luego, en un par de decenios, derramadas fuera del CCH a través, curiosamente, de la SEP en sus intentos incompletos de Reforma Integral. Como si hubieran adivinado que un día serían los destinatarios de la expulsión del Colegio del ámbito académico e institucional de la UNAM.

Un diplomado por área para asegurar la comprensión y posesión de los nuevos enfoques, la pluralidad de los métodos en Historia, donde los profesores se trabaron durante años, más allá de la aprobación de los nuevos programas, en una batalla encarnizada entre el Marxismo en un nivel de divulgación seria, única teoría digna de figurar en los primeros años del Colegio, y la Escuela de los Anales, sin llegar a imponerse ninguna en los hechos; ; el enfoque discursivo y la imposible separación del proceso circular de Lectura y Redacción, adoptado por convicción y coherencia en Talleres completo; la resolución de problemas en Matemáticas, que no tuvo un cambio tan radical; las nuevas maneras de hacerse cargo de una Química, ahora siguiendo el enfoque de aprender la ciencia apoyándose en sus aplicaciones cotidianas y sociales, en los dos primeros semestres contra la tradicional seriación automática y sin análisis actualizado, de Física-Química-Biología.

La nube de las dudas seguía planeando sobre el empleo real de los programas unificados. Nadie los desechó radicalmente,

aunque había entusiastas persistentes de materias como Teoría de la Historia, convertida entonces en optativa, o Método Experimental, que se había pervertido, durante ya muchos años más bien en Biología II, por inercia de sus profesores, todos Biólogos, y por los simplismos que invadieron su práctica (Problema, Hipótesis, Verificación experimental, Conclusiones) más allá de los programas originales.

Cuando un año más tarde, tras obstáculos generados por quien fungía entonces como coordinador, se abrió la etapa de la aplicación de los programas de los primeros semestres, nadie, públicamente, al menos lo ignoro, si hubo quien mantuviera los programas iniciales, nadie desechó los nuevos y únicos programas institucionales, alegando un invisible hipotético desvío de la ortodoxia imaginada de las ideas del Colegio, que según algunos produjo la revisión. Eso sí, sin discusión se dejó pasar que los programas resultaran indicativos, para disimular verbalmente su obligatoriedad contundente. A estos se añadió otra modalidad original del Colegio apropiada a su Modelo Educativo, los “programas operativos”, formulados por cada profesor, como un derecho institucional y una necesidad pedagógica.

De cualquier manera, era el Colegio y nosotros éramos el Colegio. Concebimos el *programa operativo*, publicado y distribuido también según las mismas costumbres en un Cuadernillo Verde, que marcaba las posibilidades de opciones pedagógicas, más allá de la libertad de cátedra, nunca puesta en entredicho ni peligro, y los límites en que podían variarse los contenidos, tomando en cuenta la identidad pedagógica inevitable de cada grupo y cada curso, tarea a cargo de cada profesor. El Colegio volvió a afirmar que no era muchas escuelas fragmentadas, que sin embargo otorgaban el mismo diploma de Bachillerato, sino una sola institución, con un solo Plan de Estudios más realista y un diploma que se sostenía en los mismos aprendizajes fundamentales.

Así transitamos de la recopilación de Javier en los finales de los inicios de los 70 a los primeros programas únicos para todos los Planteles del Colegio. Que sigan diciendo que el Colegio no tiene programas. Más bien, desde los 90 del siglo ya tan lejano, hubieran podido aprender todos los universitarios, habrá quien haya tenido ya en tantos años sus propias formas de hacerlo, cómo se construyen programas en una comunidad reticente, pero razonable, si la respetas y tomas en cuenta sus preocupaciones e ideas.

—**L**os mafiosos se han sentido insultados. Bueno, eso dicen, pero no hay que tomarlos en serio, porque durante estos años se han unido a los supuestos radicales, digo, sí son radicales, pero no de izquierda. La izquierda debe ser razonada y buscar el bien de la gente y no el poder para disfrutar de privilegios y convertirse en *nomenklatura*. Los profesores de base no han sabido defenderse, aunque son la mayoría.

—De acuerdo, Carlos, hay que aprender a hacer política ojalá siempre limpia, porque nos puede pasar lo que a tantos, comienzan honradamente y luego degeneran. Mira al STUNAM, Pérez Arreola es un líder inteligente y carismático, pero el escalón siguiente no creo que se le parezca, van a comenzar a vender plazas. Hay muchas formas de pagarlas: apoyo incondicional al comité Directivo, parentescos, subordinación de grupos locales al Secretario General. Allá ellos. Volviendo al Plantel. La división no debe ser sindicalistas y no sindicalistas, de hecho, yo soy el inscrito 8 del SPAUNAM en Naucalpan. El punto está en que los que no se someten a las ideas de los sindicaleros locales inmediatamente resultan adjetivados: reaccionarios, de derecha, proautoridades, corruptos. Hazme el favor.

—Bueno, tenemos que ver cómo congregamos a las cuatro academias y formamos un grupo fuerte no anti, pero con identidad. Porque yo no quiero parecerme a aquellos. Historia de

la tarde está con nosotros, han participado dos o tres en el Seminario, pero los demás están al tanto.

—Propongo que convoquemos al Seminario y a los profesores de confianza. Yo me imagino reunir unos 80, de todas las áreas, sin prejuicio de que se antepongan rencores y hablen dialectos ideológicos dispares, cada quien puede ser políticamente lo que quiera, pero debe coincidir, si quiere trabajar con nosotros, en que el Colegio es un proyecto académico y no político, aunque para seguir adelante necesitamos hacer política. Creo que estoy yéndome a hablar como Cantinflas, pero se entiende.

—Yo siento que muchos profesores están resentidos, porque los sindicalistas y “los independientes”, bueno, han usurpado la palabra y hablan como si representaran a toda la comunidad. Ni madres. Cada quien es o no sindicalista, pero nadie puede acaparar la representación de los demás. Esto cuenta para la mayoría de los profesores de Naucalpan y se sentirán bien de que sus opiniones cuenten y se sientan libres de decir libremente lo que piensan, sin ser etiquetados.

—Hay que hacer un resumen de las ideas generales de nuestro movimiento: nadie ha sido delegado para hablar en nombre del Plantel, en política ni el Director lo hace; no se vale pegar adjetivos para siempre, como si cada quien fuera un bloque entero sin matices ni variaciones; lo principal es la academia; el SPAUNAM no es nuestro enemigo, pero estamos en desacuerdo con los que han estado acaparando el discurso del Plantel durante años y menosprecian a los que tienen menos habilidades de asamblea y no aceptamos ni buscamos mentores de facultad. Y han acabado por oponerse a los intereses de los profesores, no dictaminadoras, no Complementación, no definitividades, sino hasta que a los dirigentes sindicalistas de CU se les ocurra. O por fin “tengan tiempo”. “Ni maíz, paloma”.

—Creo que en la reunión de los 80 podemos presentar un documento para su discusión y publicarlo como manifiesto.

Propongo que lo redacten el Doctor, Ella y Carlos.

**UIP/CCH 25.II.78**

### **Reunión sin cobertura**

*“Licenciado:*

*La verdad es que no pude asistir a la reunión última del Seminario que, como le decía en mi informe anterior, ya abandono el texto de Lenin por inoperante para lo que el grupo siente importante y que ha comenzado a tomar como una misión. Ha sido interesante verlos evolucionar. Yo no he intervenido mucho en las sesiones anteriores y por eso, creo, no me invitaron a la última. Pude hablar con Mendoza de Historia y me contó lo esencial, que resumo así:*

No es un grupo sindicalista, cada quien puede o no pertenecer a SPAUNAM con toda libertad.

La lucha es contra lo que llaman la “usurpación de la palabra” por un grupo acaparador y pretencioso. El tema de “la palabra” suena a mayo de 68 de París. Pero tampoco está patentado.

Nadie puede hablar a nombre de los profesores, mientras no sea designado expresamente por ellos.

Es inaceptable etiquetar con desprecio a los que no piensan igual y desacreditarlos.

Habrá una reunión de 80 asistentes de confianza para fundar un movimiento que se manifestará con un desplegado en el Plantel. (Naucalpan siempre por su cuenta).

La reunión tendrá lugar la semana entrante y el ruido ha comenzado a correr por el Plantel. Probablemente habrá más de los 80 invitados, si no restringen la entrada. Creo que me invitarán”.

Retomo la voz, más allá del texto del informante encubierto, en realidad todos supimos a quién tapaba la cobertura. Y nos valía. El “Licenciado” era David. Y calculábamos que el “infiltrado” lo informaba con honradez. Mejor, así me ahorra dar cuenta al Coordinador como Director del Plantel. Más natural todo.

La “Corriente Académica” apareció con un manifiesto cuyo núcleo hondo era la rebelión de los profesores de base contra los

*políticos* que se antepoñían y hablaban como si cada uno fuera la academia o el Plantel enteros. Por eso se llamó *académica*, aunque se proponía expresamente participar políticamente en el Plantel. Pero sus objetivos eran desterrar las etiquetas discriminatorias que se imponían a los que no seguían a los líderes que se habían impuesto usurpando a las academias. Y con ellas, lo importante sería el trabajo de los profesores. Y los alumnos.

Cuando se acercaba el final del periodo de la Dirección, la Corriente Académica en dos meses de reuniones generales elaboró un programa que sus candidatos se comprometerían a cumplir. Había un punto nuevo y radical: el compromiso del cumplimiento también comprometía a la propia Corriente, es decir, se apoyarían candidatos que trabajarían con la comunidad para cumplir los propósitos de la Corriente. Era el primer programa en el Colegio de una posible Dirección e incluía en la tarea a la mayor parte de una comunidad de Plantel.

**UIP/CCH04.79**

### **Candidaturas de la Corriente Académica**

*“Licenciado:*

*Informe de la última Asamblea General de la Corriente Académica en la que los candidatos a la Dirección pertenecientes al grupo presentaron sus programas. Asistieron más de 200 profesores. Destacaron los de Ciencias Experimentales, Biólogas sobre todo (todas) y Químicos, toda Historia (casi), Matemáticas de la mañana y media academia vespertina, Talleres de la mañana y de la tarde un poco menos.*

*Se designaron cuatro candidatos, uno por Área, Víctor Garcés por Ciencias Experimentales, Olga Trevethan por Historia, Wilde de Matemáticas y el Director, que es el primer Director que aspira a un segundo periodo, por Talleres.*

*El compromiso de la Corriente es apoyar a cualquiera de los cuatro, y a ninguno que no sean los ya nombrados. Todos tienen la seguridad de que los profesores cumplirán. Por otra*

*parte, la Corriente ha publicado otro Manifiesto en el que invita a los profesores, sin distinción ninguna, a participar con ella en la auscultación para la designación del nuevo Director en mayo próximo.*

*Pienso que nombrar candidatos con 200 asistentes a una asamblea muestra la fuerza de la Corriente. En estos meses ha ido creciendo y ha impuesto su agenda y sus temas a la discusión entre profesores. Los tradicionales se han quedado sorprendidos, porque no imaginaban que los profesores “inexpertos de base” iban a avanzar tanto y tan firmemente. Creo comprender que la Corriente ha acertado en un deseo general de los profesores de no ser tratados como de segunda, simples seguidores de los sabios en maniobras y supuestamente apoyados por sectores de la cúpula de SPAUNAM. Son sus amigos, pero así es y usted perdone.*

*Un dato que da una idea clara del tamaño de la Corriente es que en la única Asamblea General de SPAUNAM en Naucalpan para su arranque en el Plantel, asistieron 180 profesores (entre otros el Director actual), mientras que la Corriente Académica ha sacado dos manifiestos con 180 y ahora con 220 firmas y ha tenido por lo menos, si no me fallan las cuentas, cinco Asambleas Generales, cada vez con algunos profesores más.*

*De la auscultación que lleva a cabo usted como Coordinador, no podría agregar gran cosa a sus propias evaluaciones, está siendo ordenada, con ideas que muchos profesores exponen, centrada en el trabajo académico y en la exigencia de que el Colegio disponga de Plazas de Carrera verdaderas, sin nada de “especiales para el Bachillerato”.*

En el Plantel la mayoría de los profesores está tranquila por dos razones: ha participado en la auscultación; su candidato preferido es el Director actual y están seguros de que será nombrado.

La experiencia de la Corriente Académica es novedosa y única en el Colegio, como lo es también la probable reelección



de un Director, en el extremo opuesto de cuatro Directores que no terminaron su primer periodo y de una lista numerosa de intentos fallidos y de modalidades variadas en Oriente. Nautcalpan sigue grosso modo en la línea que inauguró el Doctor Renero y que ha continuado y ampliado el Director saliente. Es un Plantel sobre todo sano”.

—La asamblea del Plantel te exige salir a dar cuenta de la represión de tu Dirección contra los camaradas que luchan por una educación científica y popular. Has tomado medidas fascistas alegando las reglas arbitrarias de la Universidad burguesa. De modo que no te escondas.

“¡El director se esconde y no responde! ¡Se esconde y no responde! ¡El director se esconde y no responde! ¡El director se esconde y no responde! ¡Se esconde y no responde!”.

—Sal ya. La comunidad te exige que salgas y des la cara. Has suspendido una semana a los camaradas que defendieron el Plantel contra los porros y a estos corruptos nunca les haces nada.

—La Dirección toma medidas contra todos los violentos que rompen la convivencia universitaria. Yo salgo cuando quiero. No saldré nunca porque a ustedes se les ocurre. Deben aprender a respetar la libertad de todos los universitarios, de las bases y de las autoridades, de todos.

—Por última vez, ¿sales o no?

—Salgo cuando yo lo decida.

“¡El director se esconde y no responde! ¡Se esconde y no responde! ¡Se esconde y no responde!”.

Entre párrafos de su tumultuoso y repetitivo discurso simplista, se alzaban los coros que hacían la rima, rica, por cierto, entre *se esconde* y *responde*. Los insultos no trepaban más alto

que la acusación del miedo a la comunidad que atribuían a la Dirección. La comunidad, según ellos, se llamaba también *las bases* o *la asamblea del Plantel*, es decir, 200 chavos, la mitad sentado en los prados laterales, simplemente observando. Si podías hacerlo de la mano de una chava, mejoraba tu interés político, digo. La mayúscula de Plantel es mía, no creo que les haya importado. En realidad, nunca les tuvimos miedo. La mesa, es un decir, se trataba de una fila de activistas en lo alto de la escalinata, hasta eso, en la sombra del pasillo de entrada del Plantel para no asolearse, nosotros tratábamos de meternos al centro donde bailaba el micrófono para tenerlo a la mano y atraparlo en cuanto se ponía al alcance, porque ellos decidían si y cuándo nos daban la palabra, previa decisión de la asamblea, que en esto eran ellos solos.

Nunca tuve miedo, ni había objetivamente necesidad de sufrirlo. Era un partido de un deporte local rudo, pero de abundante adrenalina. Además, en el primer periodo estaba Agustín, peso completo y tacle ofensivo. En el segundo, Carlos era un orador entrenado en el discurso a las masas y astuto, experto egresado de la Escuela Política de Lecumberri.

Los activistas de la FNOB tenían algo común entre sí, como si fueran primos lejanos. Un aire parecido de quienes se creen tener explicación para todo, igual que algunos profesores de cualquier materia. Llegaron al Plantel el mismo año, unos 30, vestidos de manifestantes, paliacate al cuello, rojo, tradición supone autenticidad, dispuestos a enfrentarse a la policía, vestidos sin los adornos que los estudiantes de las bases agregaban a sus camisas o se colgaban del cuello y las alumnas ingresaban al noviciado del maquillaje, pero nunca lo omitían, algunas con caminar de desfile de modas como la “Pantera Rosa” que provocaba, imperturbable, una tempestad de silbidos que iba recorriendo a su paso de arriba abajo la escalinata del Plantel. Había llegado. Merecía el homenaje.

En clase algunos eran buenos, y tres o cuatro muy buenos, otros más bien demagogos, aprovechaban cualquier pretexto verbal para declarar la guerra a la burguesía que se había apoderado de la UNAM. Su lema era “por una educación científica y popular” que nunca definieron. Una explicación simple y realista: los estudiantes eran los futuros reclutas de la Federación Nacional de Organizaciones Bolcheviques, para no hablar tanto, la FNOB.

Lo más curioso era que profesores prestigiados y algún investigador de Instituto profesaban en algún caso una veneración infundada, digo yo, que les abría los ojos y la boca de admiración, al Ingeniero Córdoba, el fundador y patriarca del movimiento hasta más allá de sus 90 años, calculo el día de hoy. Pensaban sin fundamento, digo yo, que se trataba de un movimiento *puro*, imagino que pureza significaba honradez y desinterés económico, cualidades que nosotros no apreciábamos tanto ni percibíamos en los hilos enredados de sus avanzadas estudiantiles.

Nunca ni entendí ni traté de sonsacar las razones de esta benevolencia engañosa de alguno de mis amigos. Era algo como respetar convicciones de conciencia, correcto en las actitudes en abstracto, pero no justificación de las convicciones mismas de la existencia material y militante.

**UIP/CCH22.06.80**

### ***Informe general***

*El Director y su equipo tuvieron choques de inmediato, porque el activismo de los bolcheviques no perdió tiempo. Ya para Octubre del año pasado habían convocado dos o tres asambleas mediocres, pero sus oradores estaban entrenados. Hablaban sin titubear, aunque no parecía que hubieran memorizado su discurso. Comenzó un forcejeo que ha durado un año, con las obvias interrupciones de las vacaciones, que los dos bandos respetaban, aunque siempre, en los días anteriores a estas, se encendían las alegatas y los enfrentamientos de estilo guerrillero verbal, ataque,*

*forcejeo, retirada. La Dirección nunca dejó peleas inconclusas.*

*El Director acompañado de Carlos Medina y de Pablo González salió de la Dirección. Nosotros estábamos apoyados en la barandilla del prado, junto a la escalinata donde debe haber habido unos trescientos estudiantes. El Director traía un gesto que podía tomarse como una sonrisa leve, sin burla, pero como quien entra a una función de cine o ve a un amigo de lejos. Nunca lo vimos retroceder ni asustarse. Creo que eso ayudaba a no pasar de la asamblea a la gritería y el enardecimiento. La mesa de la asamblea, obviamente en manos de los bolcheviques, interrumpió su rollo sobre el director “escondido” y comenzó otro para incitar a los alumnos a no dejarse engañar, porque “el Director va a tomar la palabra para manipularlos, no se dejen enredar, sean críticos, no le hagan caso, lo único que quiere es mantener a la Universidad en manos de la burguesía, pero nosotros, ¿verdad, compañeros?, estamos por una educación para el pueblo. “Por una educación científica y popular”. Griten conmigo. Va de nuevo”.*

Retomo la voz. Un grupo de profesores y, sobre todo, de técnicos académicos, sociólogos de origen, de la Secretaría de Planeación había hecho el segundo estudio del perfil de una generación de alumnos en su segundo año de bachillerato. Lo conocí en fotocopias, porque la Coordinación del Colegio nunca lo publicó, pero sus autores me dieron un ejemplar y lo leí con avidez una tarde, seguramente de octubre, porque el clima era fresco. Trataba con seriedad, como si los autores fueran especialistas, y lo eran, de la cultura de los alumnos, de sus intereses reales, más allá de las atribuciones que profesores y funcionarios les endilgábamos o, peor aún, una parte de la Universidad creía tener derecho a atribuirles incluso denigrándolos.

Los alumnos del Colegio eran de clase media baja, habían cursado Secundarias regulares y con promedios más bien altos.

La mayor parte nunca habían sido reprobados ni sabían de exámenes extraordinarios. “La política” local del Plantel, entiéndase el proselitismo de unos pocos alumnos y profesores, les valía. De la nacional, nada de nada. Claro, siempre hubo discípulos aprovechados que terminaban por formar una casta de iluminados que se encargaban de hablar a nombre de una comunidad que ni se enteraba de que los profesionales estaban dando a conocer lo que pensaba. Pero inesperadamente el perfil aseguraba que la gran mayoría quería clases, ojalá buenas, servicios amables en la biblioteca, laboratorios bien dotados y laboratoristas que no salieran tres veces a desayunar en la mañana o a comer en la tarde. Desde luego querían seguridad y expulsar a los porros. Y trato amable en los trámites de Servicios Estudiantiles.

De ahí saqué la orientación de nuestra guerrilla con los bolcheviques y la completamos Carlos, Agus primero, Pablo después, y yo. Tomamos medidas para que funcionara bien lo que los alumnos deseaban, y volanteamos el Plantel anunciando la apertura de la Biblioteca los sábados un mes antes de los extraordinarios y de fin de semestre, adelantamos el aprovisionamiento de los laboratorios y medio hicimos trabajar a los laboratoristas, uno no es mago; la lucha con los porros había sido permanente, solo anunciamos —volanteamos— las expulsiones y sanciones, según el Estatuto General, participamos en asambleas manteniendo el principio de “voy libremente, nunca forzado”, que los enfurecía; repetimos el lema de “a los bolcheviques no les importan ustedes, los alumnos, ni que les vaya bien en clase. A la Dirección, sí. Los quieren usar sectariamente”.

Tiene la palabra, de nuevo, el Informe de la UIP (Unidad de Información Política), sector CCH:

*“Finalmente el silencio tomó cuerpo, como una sábana transparente que se estiró hasta el fondo de las gradas. Uno en Letras Hispánicas, Licenciado, aprende a crear metáforas. El Director*

*repitió su principio de entidad independiente que no podía ser forzada, pero también su voluntad de hablar con la comunidad, para lo cual exigía respeto. Luego anunció las últimas medidas, referidas a espacios y mecanismos concretos que los alumnos comprendían, porque modificaban su vida diaria, la ampliación de horarios de la Biblioteca, la apertura los sábados (corrió un murmullo de coincidencia), el aumento del número y plazos de los préstamos de libros a domicilio, la lista de los porros corridos del Plantel temporal o definitivamente.*

*Trascribo un par de rollos tomados de la grabación que estos tiempos ya hacemos siempre que se puede, con la Sony de formato pequeño que me entregó el Jefe de Publicaciones, por indicaciones suyas, me dije. Habla el Director:*

*—Todo esto lo hacemos no porque seamos buena onda, sino porque somos profesores, es nuestro trabajo y nos importan el Plantel y el Colegio. ¿Qué es lo más importante del Colegio? Que ustedes aprendan, y eso solo pueden hacerlo ustedes mismos en un ambiente seguro y en calma. Nosotros estamos para abrirles caminos, para que cada uno vaya a donde quiera ir académicamente. Solo aprende el que quiere aprender. Eso nos importa, porque también les importa a ustedes.*

*“En cambio, la FNOB ha enviado una especie de comando para apoderarse del Plantel y reclutar activistas rasos, como los soldados. Llegaron todos juntos y entrenados. Saben manejar asambleas, pero se olvidan de la formación crítica de los alumnos del Colegio. Ustedes van a verificar lo que proponen y las sonseras que dicen de la Dirección. Verifiquen quién es quién. ¿Quién los ayuda a aprender, a quién le importa que aprendan y terminen el Bachillerato en tres años? A los bolcheviques. Ni... A la Dirección sí. Por eso hemos ampliado los horarios de la Biblioteca, habrá apoyos para preparar seriamente los extraordinarios. Como compromiso de este diálogo, mañana publicaremos otro cartel con todos los cambios que ya comenzaron a funcionar en los servicios*

*y los acuerdos que toma hoy la Dirección tras este intercambio. Eso sí, les pido también a ustedes compromiso, en la asistencia a todas las clases, nada de siestas en los prados ni amoríos en el Paraíso de las Higueras, (risas y sonrisas, más probables), bueno, si a alguno se le ocurre. Lean, escriban, discutan. No se dejen despojar por los porros de sus tenis ni de su dinero, llamen a los profesores para que los auxilien y levanten actas en la Dirección. Compañeros, vamos juntos. Viva el Colegio. Viva Naucalpan”.*

—Pásemelo, Emy.

—¿Y ese ruido? Hola, Jorge. ¿Qué compartimos con Vallejo? No sabía que ibas a tirar la división de tu cubículo con la sala de juntas. ¿Qué? ¿Los bolcheviques están golpeando la pared de la Dirección? Ya ni la chingan, es el colmo. ¿Quieren que salgas? No te sometas, mantén tu capacidad de decidir cuándo y con qué condiciones te presentas. Si no, no pasará de que digan que te escondes. Vaya escondite, la Dirección, como si anduvieras de huida. Mándalos al diablo. Híjole, están pegando duro. A mí eso no me lo han hecho. Bueno, digamos, todavía. Como son una secta, terminarán por recurrir a lo que les ordenan sus manuales. Están bien entrenados. Por ningún motivo te salgas, si calculas que te quieren tomar la Dirección, aunque hasta ahora no ha sido parte de sus tácticas, ni creo que lo intenten, porque me parece que se cuidan de no cometer actos que puedan ocasionarles problemas legales, aunque la Universidad no va a acusarlos de despojo por uno de nuestros Planteles. Nos tenemos que arreglar solos. De todos modos, cuentas conmigo, no te rindas, sigue tomando tu café en paz y junta a tus secretarios más serenos. No pasará de algunas mentadas, bueno, hasta son educados, más bien te acusarán de burgués y de vender el Colegio a los japoneses. Tenme al corriente. Ciao.

Al comienzo del siguiente año escolar, seguramente por 1981, la FNOB había abandonado el propósito de reclutar un batallón



de estudiantes de Naucalpan. Tal vez estaban comenzando su viraje que incluyó años después salir al encuentro del candidato Carlos Salinas, en una carretera estrecha de la Sierra de Puebla y ofrecerle su apoyo. Más tarde, acaso desde entonces, Antorcha Campesina sometió por la violencia a los campesinos de la misma Sierra y obtuvo fondos para inventar una universidad popular, con una enorme biblioteca y todo, que hasta la década anterior, digamos el 17, no había comenzado a enseñar, sino era el testimonio de un desperdicio por demás inexplicable. Luego les perdí la pista. No me tocaba.

Pero entonces, los primeros 80, no sabíamos nada de las maniobras entre dirigentes, sólo nos alegraba que la FNOB hubiera decidido una retirada silenciosa. Cerraron ese frente y dejaron espacios para la aparición del Movimiento Zapatista, que nunca se metió con el Plantel.

Fue un sábado por la mañana seguramente en 82. Alguien tocó el timbre y salí a la puerta de mi casa. El sol del Ajusco estaba en su aprendizaje anual de mayor suavidad. Nunca imaginé que el visitante fuera Germán, algo así como el primer secretario de la célula de Naucalpan, o su primer vocero, nunca supe de un primer secretario, bolcheviques al fin de cuentas, delgado de desnutrición infantil, podía suponerse, pero robustecido por un probable trabajo campesino desde su infancia, orador avezado, inteligente e irónico, el que decidía de ataques y retiradas que el batallón obedecía como a clarines que sólo ellos oían.

Lo saludé sonriente y nos dimos el primer apretón de manos, con una sinceridad que apareció precisamente entonces, como si las manos dejaran pasar otros sentimientos que no fueran el recelo o la cerrada actitud de antes de una lucha. Me dijo que debía varias materias. Era casado y tenía una hija. Buscaba trabajo, pero no me pidió que lo ayudara. Imagino que los cambios de estrategia convenencieros de la FNOB habían descartado a los militantes disfuncionales. Si de pronto ya no

te importa Naucalpan, para qué quieres estudiantes. De modo que Germán quedó a sus recursos, económicos nulos, personales sólidos. Lo sentí cercano y cercado o abandonado en medio de la huizachera. No que hubiera venido a rendirse. Su sumisión, que no había, lo hubiera alejado de mí. Buscaba salir adelante por su hija y por su mujer. Éramos ahí dos adultos que ni tienen deudas vencidas ni disputas que comenzar. Lo animé a terminar y lo ayudé a concebir un programa de inscripciones a sus materias no acreditadas. Le expliqué los criterios de experiencia para planear el orden de presentación de extraordinarios o de segunda inscripción. Me pareció un momento hondo, porque dos adversarios, sin renunciar a sus convicciones, aunque no supe cuáles eran las suyas ese día, se comprometían a cumplir sus tareas personales, uno a terminar su Bachillerato, el otro a abrirle los recursos disponibles de la UNAM. No sé a dónde se fue ni qué hizo en los años siguientes. A lo mejor fue diputado local en Tlaxcala o bloqueó las oficinas de Gobernación en alguno de los despropósitos de Antorcha Campesina, ya apéndice del PRI. Sin duda sigue amando a su mujer y a su hija.

Su cubículo quedaba en el recodo del interminable pasillo, antes de la unidad de sanitarios, que no tenía nada que ver con su espacio de trabajo. Leía todos los días *El País*, antes y después de que el acento apareciera en el título y de vez en cuando fotocopiaba un artículo que consideraba llamativo, y lo distribuía en dos o tres ejemplares. Me enteré de algunas ideas de Julián Marías. Yo recorría el pasillo hacia mi medio cubículo en el piso tercero de 3000, mi recinto de ostracismo a pocos metros de la Secretaría Académica a donde entré, sin invitación, por cierto, tres veces en siete años. Dejé a la funcionaria un documento sobre un Sistema de Formación de Profesores que comenzaba por la inducción de los recién llegados de cualquier horizonte sin idea de que pretendía oficialmente el Colegio y terminaba con profesores de 15 años de antigüedad que se podían dedicar a recibir a los nuevos profesores futuros. Nunca le hicieron el menor caso. Ni las gracias, que me importaban menos. Estábamos en el 16.

El trabajo de Eduardo era organizar los exámenes para aspirantes a profesor del Colegio, en los que la mayoría obtenía, seré prudente, menos de ocho. Y no lo acreditaba. Sus clases de Estadística en el Plantel Oriente con frecuencia consistían en el análisis de la validez estadística, era su materia, de un artículo de especialistas de la disciplina, publicados en revistas de un

cierto prestigio. Los desarmaba con sus alumnos y con frecuencia resultaban., según ellos, insuficientemente o mal fundados, aunque vete a saber si habían contado para el SNI de los autores.

—Bueno, no ha pasado nada. (Una ligera tensión corrió apenas por su rostro, o lo estremeció imperceptiblemente). El maestro... “(El designado había cursado una licenciatura a distancia en alguna universidad, anónima para el común de los mortales, lo de maestro era respeto burocrático; curioso, cursar quiere decir pasar corriendo, si se atiene uno abusivamente a la letra de la etimología. El uso la ha dignificado. En el caso era lo que materialmente había sucedido) “...El maestro se ha disgustado varias veces, porque me pide que incluya en la lista de aspirantes que han acreditado el examen de conocimientos, a profesores que no alcanzaron el mínimo. Nunca lo hice. Le expliqué— Sonrió de lado, significaba ironía— ... que no podía hacerlo, porque en la base de datos del examen sólo pongo a los que aparecen en las listas firmadas por los que evaluaron el examen. Ni uno más. Bueno, los abusos comenzaron en la administración anterior, la Dirección decidía de pronto que debían subirse a la base de datos a fulano o a zutana. Nadie protestó nunca, porque los funcionarios, como siempre, le debían el puesto y temían ser despedidos. —Sus titubeos habían desaparecido. Hablaba convencido y la pasión, calmada, lo sostenía en una orilla del habla más lejana del tartamudeo, al que se había acercado levemente al principio. Cerré la puerta que había dejado abierta, cuando entré a su cubículo y me senté. Alguien podría quedarse con una frase y empeorarla, al ir a informar “al Maestro” urgentemente, la lealtad rastrea es inventiva— Todos han tratado de incluir a sus allegados, la Secretaria Académica...— (¿También? Con razón) “... Esta vez fue igual, más o menos igual. Hace...” (Pausa y murmullo de sonidos sin palabras) “... dos días, tres días, ...” (sonriendo y seguro) “... el hermano, o medio hermano del Secretario, los

apellidos no coinciden totalmente, me llamó y me dijo que los directores están enojados conmigo, porque no doy certificados del curso a los que ellos quieren. Se puso las manos en la nuca y se reclinó, como un rey, como un gobernador, se veía que se cree poderoso por su hermano. Le dije lo mismo, no hay ningún profesor en las listas firmadas que no esté en la base de datos de los acreditados en el examen o en un curso. En eso llegó el Secretario General, de casualidad, pasaba por ahí y se acercó, “¿Qué discuten?”, le expliqué, ya lo he hecho otras veces, está al tanto. Solo dijo con sorna, “Ya, pásalos a todos, para lo que sirve el curso o los exámenes de los que se encarga cualquier profesor, que se ofrece y necesita puntos para mantenerse en los estímulos del PRIDE, es lana, entiéndelo”. Y se fue. Se iba riendo. Lo malo es que se acumulan disgustos y enojos del Maestro, que tiene además el puesto de *Primer Quejoso siempre Atendible del Doctor*. Es un cargo nuevo que se obtiene por sumisión. Pero no voy a subir a la base de datos a ningún profesor que no haya acreditado el examen. Es lo que me hace sentir bien, seguir mis convicciones. El Colegio debe respetar sus leyes”.

Atenerse a las normas había sido uno de los grandes valores que cimentaron la comunidad. Todos sabían a qué atenerse, porque el Colegio cumplía las leyes propias y las generales de la UNAM con seriedad. Los más alocados y revolucionarios, según ellos, se volvieron peritos en legislación cecehachera y universitaria. En las discusiones no te permitían recurrir a interpretaciones arbitrarias de lo escrito y legal. Era un terreno cívico valioso, que todos coincidiéramos en que el respeto de las leyes y acuerdos, que por lo demás habían sido establecidos por un Consejo Técnico en el que los profesores responsables siempre fueron mayoría. Las leyes exigían, pero también se respetaban, te protegían de arbitrariedades y todos podían defender sus derechos argumentando con ellas. No eran instrumento de politiquería. Éramos una especie de comunidad donde abunda-

ban los abogados sin estudios formales. Sucedió intensamente desde los 90.

Luego, finales de la primera década y más de la mitad de la segunda, comenzaron las excepciones, muchas veces empujadas por una carencia de personal adecuado o por perezas con pretexto de hechos. No había profesores de Latín y Griego, los buscabas en Filosofía y Letras, como lo habíamos hecho siempre, pero según los responsables, no aparecían. Terminabas por invitar, manteniendo las normas vigentes, a seminaristas del convento de Los Remedios, que sabían Latín. Ahora, desde el decenio anterior, ha dejado de ser comportamiento general de los Directores buscar profesores de materias descobijadas y recoger a los que no habían pasado el examen de conocimientos, y luego dejar pasar tres años hasta que era más costoso para la UNAM deshacerse de ellos que mantenerlos, aunque no estuvieran preparados, porque no saber no tiene costos económicos y no pelear jurídicamente ahorra tiempo de licenciados del Colegio o de los adscritos a la Oficina del Abogado General. Y, en resumidas cuentas, ¿para qué quieren unos cuantos alumnos aprender algo de Latín o Griego?

Luego siguió la contratación de pasantes y el Colegio volvió a los 80, antes de los esfuerzos para enderezarlo que terminaron bien, sólo profesores titulados, tras una exigencia del Rector en 1998 promulgada en Colegio de Directores que cumplimos en seis meses exhaustivamente. Pero 10 años después comenzó la avalancha de manejos burocráticos en el pleno sentido de la palabra y en casos sazonados con corruptelas: podías traer a tus amigos al Colegio, sólo tenías que averiguar en cuál cubículo y *escritorio* se daba este servicio, o inconformarte informalmente con tus estímulos y recibir del encargado en la Comisión responsable un empujoncito para alcanzar los puntos del siguiente nivel, o pasar el examen de conocimientos aprovechando la ventisca que subía medio punto a todos los concursantes y aumentaba el número de aptos para la docencia por sus conocimientos no

comprobados de la materia, pero sí simulados por algún funcionario. Llegó a ser una categoría normativa como cualquier otra, conocer al funcionario, podría decirse.

La ausencia de ley descompuso al Colegio, porque la comunidad, que nunca ha sido estúpida, se enteró, los hechos hablan y no se ocultan con ligerezas o recursos al bien general en pleno sofisma, y aprendió que cada quien podía regirse por normas de propia promulgación, decidiendo que los alumnos que faltan tres veces seguidas a clase son dados de baja automáticamente, aunque todavía podrán ampliamente alcanzar el 80% de asistencias por periodo que marca el Estatuto General. O vender entradas al teatro, con porcentaje por el servicio para el profesor, o material didáctico miserable, cuatro o cinco hojas, dos en blanco para entregar en ellas los trabajos. Por 40 pesos.

Y nadie hacía ni hace nada, o muy poco, desde hace años y en esta época sombría, cuando estamos naufragando, sin otra peor tormenta que nuestro descuido, en el silencio mortal de las autoridades que no saben encender ni un minúsculo fuego de pasión y responsabilidad.

Así ha sido. No pretendo canonizar a los viejos, ni encubrir nuestros errores, que seguramente pueden ostentarse como las raíces del árbol desviado y desvivido de hoy. Algo hicimos mal que el entusiasmo no justifica, y lo dejaron ciegamente seguir su camino tambaleante hasta enfermar no todo, sí mucho, al parecer ahora insostenible. Aunque hay todavía quienes como Eduardo inventan o mantienen los valores universitarios del Colegio. Pero suelen estar solos y desvalidos, y distan de sus semejantes entre sí como Naucalpan y Oriente, de punta a punta.

Con todo esto encima, vamos a luchar por el Colegio. No podemos prometer enmendarnos de pronto, porque en los arrepentimientos nadie cree. El Colegio debe permanecer en la Universidad y corregirse, sin decir nada a la prensa y sin darse por satisfecho con el correo de voz de los pasillos.

—**R**achel, explícame esta sandez del informe, cada año lo hacen más enredoso e inútil.  
—¿Cuál es la bronca, maestro?

—Imponen un formato de una obviedad idiota o maligna. Te piden la versión digitalizada y dos ejemplares impresos, un desperdicio injustificado... Tres, guapa, fíjate bien. ¿Para qué? Pueden poner un sello digital en el texto que subes a la plataforma. Ni Hacienda pide tantas veces lo mismo. ¿Qué hacen con los ejemplares, después que los evalúan, es un decir, porque de ver si el trabajo vale académicamente, nada; los evalúa el Consejo Académico de Área ¿Sabes de alguna idea, de una pinche frase valiosa, pues, que haya salido de una evaluación de éstas? Nada.

—Cierto, nada. Lo peor es que los profesores se dan cuenta de que nadie leyó sus trabajos con atención e interés de encontrar algo útil para difundirlo en el Colegio. Sienten que trabajan todo el año para nada y muchos entregan un informe sólo para cubrir apariencias, seamos amables, cumplir requisitos, y poder seguir recibiendo estímulos, pero ni siquiera los consejeros los leen. Es como mandar una carta de enamorada, creo que me estoy pasando, a un chamaco guapo que se cree inalcanzable, aunque sea un pendejo, pero el caso es que no te responde. Algo así, aunque no estoy inspirada.

—No, la comparación es buena, porque habla del desánimo del trabajo que no recibe reconocimiento. Es un amor desdeñado.



Lo que da resultados es apearse al formato y decir lo que según tú hiciste en el año y entregar a tiempo. Si además nombras un *lord protector*, digamos, por lo menos un Secretario Académico, pues ya la hiciste y hasta la próxima parada, mi reina.

—Contigo puedo hablar claro, porque no vas a comentar mis juicios con nadie. No entiendo por qué he sobrevivido a cinco Secretarios Académicos, desde el de Oriente, la deportista, pasando por la *Doctora*, bueno, habrá que decir doctora, porque lo era, y luego el de ahora, que no ha escrito ningún artículo en su vida. Bueno, usa “el, la, los y lo”, este último menos. En realidad, vive en la guerrilla contra Rigoberto luchando por ser el preferido de su profesor. Pero nos arreglamos proponiendo lo que queremos y él agrega nuestras ideas a su página para completarla.

—En realidad ustedes tienen la responsabilidad de los Consejos de Área, hagan algo, cambien la rutina que ya rechina por falta de aceite. No es tan difícil, ahora todos tienen laptop, sería más fácil dejar de lado las copias en papel y hacer todo en pantalla. Es ya vieja esta opción, pero el Colegio se aferra al papel y a la pantalla, como si tuviera miedo de ahogarse, si suelta uno de los dos salvavidas.

Fue en abril de 71, junto a la Dirección del Plantel. Eran tres o cuatro. El profesor gordo, que había almacenado un repertorio infinito de habla enciclopédica, pero que, sin orden alfabético, pasaba del tema de los experimentos de Física que hacía con sus alumnos fuera de programa, “ya mero iba a haber alguien capaz de decirle cómo se debería enseñar Física”, a grillas de innumerables rincones de la UNAM, donde había encontrado media nómina de la Facultad de Ciencias y había discutido de su pasión por enseñar y de las partículas subatómicas que acababan de ser hipotéticamente postuladas. Nunca se tituló en Física, pero hizo la carrera de Biólogo en la UAM y tampoco tuve evidencia de que haya logrado el título, pero seguramente sí todos los créditos. No importaba. Te caía bien o te caía muy mal. Yo me inscribí al primer grupo, con reticencias y desconcierto iniciales.

En una frase de nuestro primer contacto, apareció la palabra y se quedó para siempre: *ceceachero*, a lo mejor habría que abrir un hueco para una h en el lugar adecuado, pero al fin de cuentas no suena. Escribamos, pues, *cecehachero*, por la hache. Pero caigo en la cuenta de que ya escribí esto y la repetición va como homenaje. El gordo la decía como si formara parte del registro estudiantil de la época: *piñar*, *azotarse*, *padre*, y como quien revela una novedad que el mundo circundante entero

ignoraba antes de su intervención. La repitió, como si quisiera asegurarse de que nos dábamos cuenta de que él la había aportado al diccionario reconocido en los andadores de Naucalpan.

Durante años supe de sus disputas y su ira, cuando algo desdecía de sus convicciones y sus exageraciones sobre la esencia del Colegio. Los conflictos tenían como contraparte a profesores, pero los alumnos, seguramente por miedo, nunca se quejaron oficialmente de sus tratos despóticos. Lo típico era que aplicaba la violencia para que los alumnos aprendieran, agrediéndolos por trabajos no entregados, insinuaciones de desorden en el laboratorio, respuestas erradas que denunciaban incomprensión de conceptos repetidamente explicados y él proclamaba a gritos en bandos de expulsión, provisional gracias a su olvido, de la Ciudad de la Ciencia. Lo temían, pero también creo saberlo, lo admiraban. Se quitaba media torta de la boca para compartirla con un alumno.

Una mañana pasé por el corredor del Laboratorio de Profesores, planta baja, edificio C, equipado para Física, Química y Biología, para probar los experimentos que los profesores programaban para sus alumnos. El lugar, siempre vacío, estaba ocupado por unos diez estudiantes, y la mitad mujeres. Un profesor, ya José Luis a esas alturas y no apenas “El Gordo”, trabajaba con ellos. Alguien debe haberlo advertido, porque salió a alcanzarme y a explicar sin rodeos, que se había apoderado del Laboratorio, porque la Universidad no debe desperdiciar recursos. Lo cité en la Dirección para explicaciones más completas.

Acudí puntual, sin taza de Nescafé (tenía razón, pero yo soporté con estoicismo la misma bebida del desayuno de mi infancia durante ocho años de Dirección en el Plantel), para informarme de sus proyectos. Pretendía enseñar a los alumnos a investigar de verdad, no a repetir procedimientos cuyos resultados el profesor ya sabe, sino a buscar respuestas que tampoco el profesor conoce. El grupo se vuelve así horizontal, y el profesor funge de compañero de preguntas y de exploración de

los procedimientos metódicos para responderlas científicamente. Llevaba un año desde que se adueñó del espacio. Y yo, ni idea. Era una evidencia de que el laboratorio a ningún otro profesor importaba, porque nadie se había quejado. Menos mal que a los activistas tampoco les había interesado el cubículo, del doble de espacio que los ordinarios. El trabajo de los alumnos era libre y había logrado entusiasmarlos, hasta el punto de pasar trabajando sábados y domingos y una semana de cada periodo de vacaciones. Hubo trabajo alguna Navidad o al menos sus cercanías. Por lo demás, los experimentos e investigaciones del Laboratorio de Jóvenes Científicos no contaban para la calificación de ningún curso. En teoría era posible haber trabajado 50 horas por su cuenta y no acreditar una materia, si no presentaban los trabajos y aprobaban los exámenes previstos para el semestre, y a los alumnos no les importaba. Había prevalecido el espíritu científico sobre los estudios oficiales. Puro Colegio.

El régimen era militar y hasta esclavista. Más de alguno lo llamaba despótico. Era más bien un estajanovista importado del Estado de México. Le asigné el laboratorio por un año, revisable tras un informe de actividades, para dejarme la puerta de una eventual revocación de estatuto, si otros profesores reclamaban el derecho de utilizar el espacio y, sobre todo, el equipamiento e instrumental, únicos en el Plantel. Estábamos todavía a 15 años del Sistema de Laboratorios de Investigación que crearía el Rector Sarukhán.

Un sábado, varios años después de un uso exclusivo del Laboratorio de Jóvenes que, entre otros éxitos menos vistosos, habían obtenido apoyos del gobierno de Tlaxcala para una investigación sobre nopales (¿Mejoras genéticas? ¿Plagas?) que nunca les pagaron, aunque cumplieron con compromisos y plazos y el Plantel, sin saberlo, cargó con instrumental y sustancias, un sábado José Luis apareció sin aviso en mi casa para platicar. Teníamos connivencias ya consolidadas y de mi

parte admiración por su trabajo, su pasión por la formación de sus alumnos, algunos ya en la Facultad de Ciencias, y por la paradoja de un régimen autoritario y dictatorial, los alumnos decían incluso “fascista” calcando el vocabulario arbitrario de los activistas, nada que ver con este insulto, pero aceptado y fértil. Julio César fue dictador en Roma, pero los lictores que lo acompañaban no eran camisas negras.

Las visitas se repitieron durante un año y la suma de horas extras que acumulé, me deberían haber liberado un mes de trabajo, porque oía a un profesor hablar de los problemas del Plantel y me empujaba sin término a replantear ideas mal concebidas o me afirmaban en ellas, después de argumentar y encontrar el punto de inflexión de sus falacias. Fuimos a Zacapu en una combi pintada de rosa a traer arbolitos de durazno que me regaló su hermano, administrador apasionado de un vivero de frutales para el desarrollo regional, y los plantamos. Nunca tuvieron fruta, el clima de Ajusco era demasiado frío, imagino. Hay todavía, 40 años después un par de duraznos bisnietos que renuevan follaje, florecen, poco, echan frutos, crecen un poco, se endurecen, nunca maduran. Gomosis.

Un día de 1990 me propuso en la Dirección de la UACB una ampliación del proyecto de Laboratorio, que olvidaría el lugar inicial, para ascender a una aventura de la dimensión del Colegio. Los principios serían los mismos: participación libre, profesores de todos los Planteles escogidos, por José Luis por supuesto, apoyos de la Coordinación de la Investigación Científica. Lo cité para la semana siguiente.

Resumimos lo que iba a solicitar del Coordinador de la Investigación, llamé, Juan Ramón de la Fuente me tomó la llamada de inmediato. En esos días la vieja cortesía universitaria seguía viva. Le expliqué, tuteándolo, aunque nunca había hablado con él, pero su madre, la Doctora Beatriz de la Fuente, siempre me sonrió, sin haber cruzado apenas los fugaces saludos más

convencionales. Obviamente ella no estaba ese día en la Coordinación. Más que recursos, solicitábamos apoyo institucional y conferencias de investigadores, ojalá algún proyecto conjunto, Bachillerato del Colegio e Institutos. Le pareció excelente. Me pidió que hablara con su Secretario Académico, José Luis Boldú, para acordar un plan de trabajo. Pidió ser informado, nada más. Nació así, sin alharaca, el Programa Universitario de Jóvenes a la Investigación.

Luego, el Programa terminó por ser absorbido por la administración unamita, hambrienta de apoderarse de éxitos en sus informes, incluyendo las escuelas incorporadas y olvidando, no puedo pensar que, sin alguna dosis de mezquindad, su origen cecechero y nuestros esfuerzos para darle impulso y consistencia. Ahora en 2025 somos una carga académica para la UNAM, dicen, pero omiten tantas aportaciones que, con sombrero ajeno, saludaron funcionarios de Rectoría, aprovechando nuestros esfuerzos y a quienes sus subalternos declararon fundadores. Poca... memoria.

Las actividades se multiplicaron, todos los Planteles nombraron responsables y trabajaron como sus dispares razones para participar en el proyecto les dieron a entender (Noten el cuidado con el que evito atribuir milagros a Dios, por aquello de la laicidad, que en el segundo decenio del siglo Rectoría definía como “el respeto a todas las creencias”, en unos cartelitos multicolores sobre los temas de la ética universitaria).

Al final del primer año, la burocracia de Rectoría convirtió en un homenaje al Rector la celebración del Programa, que ya había alcanzado la calidad de visible. “El Señor Rector ha impulsado el programa, etc”. Ni una palabra de José Luis Sánchez Acenjo. Tampoco sobre Juan Ramón. Boldú, sí. Pensé, al carajo, con tal de que funcione.

Pero no funcionó, al menos la coordinación entre dos coordinadores, fluida mientras Sánchez Acenjo fue revelando sus me-

canismos de promoción que, por supuesto, los demás no podían imitar, como tampoco igualaban sus éxitos y el bullicio interminable de sus propuestas de multiplicación y profundización. Mientras tuvo secretos, fue tratado como un espía capturado que debe revelar la red a la que pertenece, sin tortura, con un esfuerzo por aparecer cortés del torturador *bueno*, pero luego lo pasan al paredón, porque será una boca menos que alimentar y un enemigo que custodiar, a cargo de la funcionaria *mala*.

Enseguida Boldú, y se comprende, de numerosa actividad en su Secretaría, fue delegando tareas en su secretaria (el acento marca la distancia entre niveles de conocimiento y comprensión del proyecto entre las dos posiciones administrativas). La secretaria pareció tener el propósito de convertirse en la única coordinadora de los trabajos, sin saber ni haber intentado antes ninguna ocupación semejante ni tampoco haber cursado estudios en ninguna materia científica.

Sánchez Acenjo no era propiamente paciente y los roces, choques y encontronazos se multiplicaron. Traté siempre de recomendarle serenidad, sin renunciar en ningún punto académico. Sobrevivimos un año. Al segundo, Boldú se las arregló para echarlo, seguramente construyendo la alternativa impostergable, necesaria y absoluta: él, José Luis, finalmente del Bachillerato, o yo, José Luis, en realidad, como ya sabemos, de la Coordinación de la Investigación Científica. A esas alturas ya no era responsabilidad de Juan Ramón.

Sostuve a José Luis Sánchez Acenjo como mi representante, aunque la secretaria de Boldú, que no había entretanto comenzado ninguna licenciatura, fuera la coordinadora no de la experimentación, sino de las actividades generales, más bien formalistas y de aparato. Así escapó casi totalmente de nuestras manos uno de los proyectos más inteligentes del Colegio de que lo despojó ni siquiera una ambición científica, porque dudo de que este adjetivo pueda éticamente emplearse en este campo semántico de la burocracia.

Jóvenes a la Investigación se amplió a las ferias anuales en las que comenzaron invasivamente a participar, fue otro éxito, las escuelas incorporadas. Nadie nos agradeció haberlo inventado. No lo necesitábamos, pero es un ejemplo de la desconsideración de poderes universitarios hacia el Colegio. Pero uno sabe lo que ha hecho, y basta.

Poco antes del término del segundo período del Rector Sa-rukhán, a la hora de las despedidas, otra Secretaria Académica de la Coordinación de la Investigación Científica organizó la celebración de los diez años del proyecto de Jóvenes a la Investigación Científica, acompañado ya de otros Jóvenes a la Investigación también en Humanidades y de la participación de las escuelas incorporadas, lo que atestigua la seducción que ejerció el proyecto y las posibilidades de lucimiento de sus responsables locales.

Algunos discursos convencionales e insulsos, muy poco de los valores del proyecto, olvidados en el barullo de méritos atribuidos a funcionarios solo oficialmente participantes. Cierto, el Rector había mirado con buenos ojos el proyecto, pero tampoco puede decirse que lo haya inventado, como cortesanamente le atribuyeron el mérito. La idea original fue de José Luis Sánchez Acenjo y yo intervine ante Juan Ramón de la Fuente, que fue el primer alto funcionario que nos apoyó. Pero la historia olvida a los obreros y hace monumentos a los arquitectos, aunque hayan estado ocupados en otras obras. Finalmente comenzó la distribución de diplomas. El Rector, naturalmente (y luego la academia predomina sobre las realidades académicas), la Investigación Científica (ni palabra de Juan Ramón, pero sí de Boldú), el Coordinador del Colegio, pero no el Director del Bachillerato, una larga lista cuya estructura conceptual era imperceptible, pero no su carácter descendente de las posiciones en el organigrama.

No aparecía Sánchez Acenjo. Me preparé, en una silla del público, para presentar una protesta consistente en el relato



del origen de Jóvenes en 1990 y la denuncia de la omisión de su verdadero creador académico y fundador. Estaba listo para alzar la mano y lanzar el discurso de la verdad de los méritos en la realidad y no en funciones administrativas. No tuve oportunidad. El penúltimo de la lista fue José Luis. Debí ser el primero, si coincidimos, seguramente no, en que el primer valor de la UNAM no es su estructura de gobierno, sino su trabajo académico, en Jóvenes, la investigación científica como instrumentos de formación. Su primer académico, inventor y responsable, fue José Luis.

De los estudiantes que se sometieron a las exigencias de trabajo exageradas de José Luis personalmente, hubo a comienzos del siglo unos 20 estudiantes de carreras científicas, cuatro cinco doctores, varios estudiantes en universidades americanas con beca. Debe haber habido ya algún director de instituto encaminado por él a la pasión por la ciencia. Ni quien lo recuerde. Pero los universitarios cecehacheros que formó, están aquí, en este mundo del Colegio amenazado y sí tienen memoria. De José Luis también.

Y muchos de ellos, ellos son los jóvenes ya adultos, estarán en la defensa del Colegio dentro de unos meses, cuando determinemos cómo enfrentar la separación, como si no hubiéramos cumplido la tarea de formar chamacos con actitudes científicas, que las escuelas Incorporadas y la Prepa nos imitaron.

Las andanzas de Jorge se convirtieron en un momento de crecida de violaciones, ya no tan ordinarias, de las normas universitarias. ¿Tuvo conflictos con uno de sus grupos? ¿Endureció su actitud y exigió más allá de la benevolencia a que había acostumbrado a sus alumnos? Y los alumnos lo acusaron de faltista y autoritario. En realidad, ignoré siempre el trasfondo del enfrentamiento, pero las quejas eran objetivas y las sanciones, previa investigación, previsibles, aunque no mortales. Seguí el procedimiento.

Levanté las actas y lo cité a audiencia, conforme a derecho y al Contrato Colectivo, antes de cualquier sanción local o de una, desproporcionada, consignación al Tribunal Universitario, que nunca tuve en mente. Y a la que nunca recurrí. Entonces un Director podía sancionar, y el sancionado inconformarse, era su derecho, pero no tenías que dejar las decisiones en manos de *alguien*, que ciertamente no era el Rector, al que *alguien* lo dotaba con las palabras que enunciarían sus decisiones. Así está sucediendo desde hace unos 15 años y, por supuesto, los Directores ha perdido autoridad y recursos de poder legítimo, y se entranpan en el enredo del Tribunal, no digo que siempre funcione mal, pero es preferible tratar un asunto hasta en la Comisión del Consejo Universitario, donde algún Consejero Profesor del Colegio podría defender tus decisiones, como lo hacían Jesús Maza o Lourdes Rosas.

Julio Guedea, representante del Jurídico para asuntos del Colegio, apareció en el Plantel el día señalado. Me alegré de verlo y de que se hiciera cargo del problema, no era pan de dulce. Se instaló en la sala de juntas, al lado de mi oficina y esperó a Jorge. Llegó puntualmente acompañado de unos, digamos, 80 alumnos. Se quedaron fuera de la sala en silencio perfecto (e inusual, otros ya hubieran comenzado con sus consignas a gritos), ocupando la mitad del espacio de la Dirección entre los escritorios de las secretarías, que fruncían la boca y resoplaban levemente, porque se sentían a merced de los ocupantes. Ni gritos ni empujones.

Comenzó la audiencia. El licenciado informó a Jorge de los cargos. Luego le dio la palabra para su defensa. Jorge entregó una lista de 50 testigos de descargo. Julio intentó que redujera el número a todas luces una estratagema para una audiencia de cinco horas y un acta infinita llena de frases repetidas que sin agotarse repetirían los mismos argumentos. O frases que acaso no argumentarían propiamente nada en descargo, sino predicarían sobre “la mala fe de la Dirección”, “el ataque a los profesores defensores de los alumnos”, “un juicio reaccionario” y otras igualmente ideológicas que acusaban a la Dirección de moverse por razones espurias. (Ni se imaginaban que yo tenía una cierta amistad con Jorge. De saberlo, no hubiera tenido tanto apoyo por parecer innecesario. O sí).

Julio hizo un cálculo, me imagino, no tanto de la duración, sino de la amenaza de 80 alumnos ocupando la Dirección y con capacidad de tomarla y decidió adelantarse a sus estrategias posibles y cambiar de sede. Propuso un traslado a la Biblioteca. Jorge aceptó y se marcharon en orden y en silencio. El civismo tuvo un momento de culminación en Naucalpan.

Media hora después un profesor de Matemáticas del grupo mao (¿Habrán sido Olvera? ¿O Alberto?) de los Ideólogos, era un decir por su dogmatismo revolucionario, pero conmigo inter-

locutores que se mantenían distantes, pero dispuestos a discutir sin agresiones y a recibir apoyos para el Club de Matemáticas, que nunca les negué, porque sí era un proyecto académico, Alberto, simplifiquemos, me informó que el Licenciado estaba en problemas en la Biblioteca y que le urgía que bajara a apoyarlo. Bajamos juntos sin hablar.

Al entrar a la Biblioteca, a la izquierda en un corredor humano que llevaba a la zona de librerías, me encontré con un escritorio, a Julio sentado en una silla, a Jorge también sentado en la esquina del escritorio y más de cien, o mil, me pareció, alumnos expectantes que comenzaron a gritar en cuanto aparecí. Julio estaba pálido. Traté de hablar. Los gritos subieron de intensidad. Julio, de palidez. Jorge era una máscara inmóvil, pero adiviné, no la risa sino la seriedad del general que sabe que la victoria está al alcance de la mano.

Alcé las mías y Jorge hizo un leve gesto que corrió por la masa hasta apagar incluso su silencio. Me apresuré a tomar la palabra. Simplemente dije que no había condiciones para llevar a cabo una audiencia y que los derechos del profesor no podían ser tomados en cuenta en las condiciones que se estaban creando. Anuncié que nos retirábamos y que emitiría una nueva cita para la comparecencia del profesor acusado, Julio se levantó con prisa y comenzamos a salir entre dos murallas de silbidos atronadores, a través de un corredor estrecho de dos pisos de alumnos. Mentadas de madre, pero sobre todo ruido que nos envolvía y teníamos que ir rompiendo como en un matorral de maleza sonora. No nos tocaron ni un pelo. Pero desde la mitad de recorrido, unos 20 metros, pensé que nunca había recibido tantos silbidos y sobre todo nunca de tan cerca. Y desde un techo humano.

Salimos de la Biblioteca. Se hizo un silencio igualmente ensordecedor. Seguramente Jorge estaba despidiendo a sus testigos de descargo. Nadie salió tras de nosotros ni nosotros nos dimos

prisa en volver a la Dirección. Subimos como si nada hubiera pasado.

Y efectivamente, nada había pasado. Jurídicamente no hubo audiencia, que comenzó, pero ni pudo dar lugar a un solo testimonio. Mucho menos a una resolución del Director.

Con Jorge siempre pude hablar tranquilamente.

Los tiempos de vaivenes comunitarios y aventura, cuyo saldo, más allá de mantener el valor de los bonos de una Dirección enfrentando multitudes de varia amplitud, se extinguieron hace muchos años. Seguramente en Oriente duraron más, pero ellos tenían una comunidad organizada en clanes de profesores y de los alumnos que reclutaban. Formaban la estructura política del Plantel, de modo que los problemas se resolvían en una reunión de jefes. A veces el Director despedido por la gritería se hartaba antes de tiempo, hay que decirlo, e inesperadamente cometía el error grave de retirarse sin palabra, seguido de la asamblea que coreaba consignas sobre su acto de zacatonería, esta palabra seguramente no era la de ellos. Pero ofendía a la comunidad, le cerraban la Dirección y la recuperaba con una vaga promesa de enmienda, sin pedir excusas ni se enmendaba.

No quiero decir que los de antes eran mejores que los de ahora. Cada quien. Pero sí estuvimos entrenados para enfrentar asambleas más bien numerosas, dicho suavemente, para participar en ellas. La comunidad apreciaba que el Director explicara de frente sus decisiones y las argumentara. Generalmente teníamos más información y recursos oratorios para salir bien librados, si se añadía la paciencia de invertir, no perder, un par de horas en minucias y discursos con el que un activista

se imaginaba encarnar a Lenin hablando desde el tren que lo trajo de Finlandia a San Petersburgo. ¿O en algo ando errado?

Y así, ahora que se trataría, en principio, un principio de cuya vigencia en hechos no estoy nada seguro, de encabezar las comunidades de los Planteles, el papel de algunos Directores podría incluir, y no es despreciable, acompañar a profesores viejos y en algunos casos un tanto decrepitos y dar su asentimiento a la propuesta de moverse por el Colegio.

Los cambios de las comunidades son inevitables, pero su consolidación no anulaba la nostalgia. Sin embargo, el realismo de las estrategias es indispensable y hay que tomar el toro como viene. Y hoy para las acciones pacíficas que imaginamos, los Directores van a demandar el consentimiento del Director General. No porque sean particularmente cuidadosos en cumplir sus compromisos de Junta de Directores, sino que no quieren quedar sorprendidos solos ante lo que genéricamente podemos llamar “rectoría”.

Entonces, insoslayable, hay que convencer al Director General, que intentará su segundo periodo en mayo de 26, y se quedaría sin Colegio en la UNAM, si se aprueba el acuerdo que tomará, nadie lo duda, dentro de un mes el Consejo Universitario. El Director General puede tener la ilusión de que conservaría su puesto por lo menos durante una transición incierta y luego bajo la égida de la SEP. Pero el gobierno, federal o del estado CDMX, elige funcionarios a su conveniencia, en claro, entre sus subordinados a quienes un jefe debe favores, aunque hoy en septiembre tales candidatos estén ocupándose de Mercados o del Transporte. Ya los vi sustituyendo Directores profesores en el Instituto de Educación Media Superior por funcionarios menores provenientes de un variado sector administrativo allá por el 14 ó 15. Y luego sus despedidos sin que las razones funden la determinación. De modo que el Director tampoco tiene un matrimonio indisoluble con su Dirección General.

Pero lo que necesitamos no es convencerlo de una teoría, que hay que explicarles, sino encender un fuego modesto, pero leal, de compromiso con el CCH en la UNAM. Es el punto. Luego la comunidad se moverá más fácilmente. Y estamos dispuesto a proteger a este Director General, sin se compromete. Y nosotros podemos hacer algo. Supongo.



“**E**sos años, cuando el Rector Soberón nos confió el Colegio, la situación era, al decir de muchos, desesperada. Nosotros no admitimos este diagnóstico. Sobraba quien se acercara al Rector y le dijera: “¿Cuándo va a decidirse a desprenderse del Colegio? Estorba en la UNAM”.

El Doctor sonreía y aprovechaba para insistir: “Ven cómo me presionan. Ustedes saquen al Colegio adelante. Nunca mutilaré a la UNAM”. Y revelaba con discreción: Lo que no saben estos apocados, es que yo trabajé con el Rector González Casanova en el proyecto del Colegio. Por eso ahora tienen ustedes en la Unidad de Posgrado la Licenciatura, Maestría y Doctorado de Investigación Biomédica Básica, por cierto, colaboraron conmigo Jaime Martuscelli y Jaime Mora, lo mismo la Maestría en Estadística e Investigación de Operaciones, en el IIMASS. Con lo que no pudimos quedarnos fue con la Maestría en Economía, los presidentes municipales locales se empecinaron. “Ustedes sigan, comentó finalmente el Rector. Tienen mi apoyo”.

La verdad es que el Colegio llegó a ser incluido en la corta lista de peligro para la seguridad nacional. Era el tiempo de la Liga 23 de Septiembre, que visitaba los Planteles para dejar “Madera”, su panfleto oficial, en los sanitarios de alumnos y profesores. Era un abuso, intentaban reclutar guerrilleros entre adolescentes de 15 años. Los Planteles estaban cubiertos por

*decenas de informantes de Gobernación, porque la lucha contra los guerrilleros era a muerte y despiadada.*

*Un acontecimiento que tensó mucho al equipo de Rectoría, y a Fernando y a mí, que éramos los directamente responsable, fue el secuestro de ocho pipas de gas cargadas que los activistas, se me van los nombres ahora mismo, pero el problema era que podría ocurrírseles hacerlos explotar o, más sencillamente, podía provocarse un accidente. Y había quien podía y hubiera querido provocarlo. Así se llama luego oficialmente a las dos posibilidades. Gutiérrez Barrios se hizo cargo de la operación. Llegaron esa misma noche, hicieron a un lado a los activistas, quizá había entre ellos agentes federales, sin violencia, ni un rasguño, tomaron las pipas y las sacaron del Plantel. Muy a tiempo, porque el dueño de la gasera era Rubén Figueroa, entonces Gobernador, es un decir moderado, de Guerrero, tenía preparado su operativo, iba a meterse a recuperar las pipas en otra entidad federativa que no era la suya, por supuesto con violencia, seguramente disparando. No tuvo tiempo, el Secretario de Gobernación le ganó la partida.*

*El Colegio era un campo de reclutamiento de todos los grupos políticos, porque antes de las reformas de Reyes Heróles no había partidos de izquierda reconocidos, de modo que todos andaban buscando militantes que pudieran durar, qué mejor que alumnos jovencitos del Colegio, vagamente politizados, otra ventaja.*

*En un momento se organizó un grupo de seguimiento de los acontecimientos del Colegio, la guerrilla sobre todo y los activistas y guerrilleros que se habían colado fingiéndose alumnos. Un ejemplo es el profesor de Historia de Oriente que estuvo prisionero varios años, tras los cuales se convirtió en un revolucionario académico. Teníamos reuniones en Gobernación. En ningún momento nos faltó el apoyo total del Rector Soberón. El Colegio no lo sabe, pero sí sobrevivió, porque la lucha era a muerte, se lo debe al Rector. Siempre firme y sin miedo”.*

Era David. Lo más sorprendente, nunca lo imaginamos ni nos lo dijeron, fue que el Colegio estaba en la lista de las amenazas nacionales. Voy a repetirlo con mayúsculas para significar el tamaño de nuestra sorpresa: AMENAZA NACIONAL el CCH, condición de la que nunca tuvimos noticia y que era exagerada y falsa, si se incluía en esa conspiración a la inmensa mayoría de las academias. Ignoro quiénes eran los infiltrados y el grado de sus compromisos. Seguirles la pista, observando como guías indios cheyenes o apaches era ver la lista de sus ocupaciones después del Colegio: un gobernador, atención educativa a adultos, informadores de otros niveles universitarios. Pocos saben, nadie acusa. Yo tampoco. La mayoría de sus efímeros colegas en el Colegio, ni idea ni les importaba. Fue sano no atender itinerarios oscuros.

Muchas preguntas quedaron sin respuesta, cuando en Naucalpan nos metíamos cuerpo a cuerpo en las asambleas provocadas por la FNOB o los activistas sin apellido, finalmente arteros, pero convencidos. Otra canción eran las visitas relámpago de la 23 de Septiembre para distribuir “Madera”, y nuestro alumno asesinado. Tristeza e impotencia. Pero el Colegio nunca estuvo dominado por fuerzas exteriores. ni por el PRI.

En los últimos años la agresión ha sido una fuerza más oscura y destructora, hay dinero abundante que distribuye droga que se cuele en las hendiduras de comunidades menos consistentes. Y el Colegio no tiene al parecer estrategia para contener la invasión de narcomenudeo y violencia pseudoanarquista o anarquista de disfraz.

El trabajo de dirección es más difícil desde 2020.

**M**i clase sobre “El cuento en las Literaturas Hispánicas” corría divertida, en el Posgrado de la Facultad de Filosofía y Letras. Las jacarandas del patio central de la Facultad desnudas certificaban el invierno que cabalgaba desaforado antes de declararse formalmente, pero no hacía tanto frío, el cielo extendía el azul pálido, a ratos ligeramente pardo de contaminación, pero ninguna nube. La clase iba caminando en su entreverado de unidades de lectura, las lexías, los comentarios de los alumnos y las acotaciones del profesor. El curso, nunca repetido, que comencé a impartir desde 1971, diez años y medio antes, respondiendo al ofrecimiento del Jefe de la División, el Doctor Villoro en aquellos años, no sabía de otros problemas que los de la poética del relato.

Vi entrar a la secretaria, apresurada. “Lo llaman de su Plantel, doctor. Que necesitan que se vaya de inmediato”. Pensé en un muerto y la imagen de un muchacho de jeans y de tenis con un círculo rojo en el vientre izquierdo subió a mi conciencia desde seis años antes. La secretaria no sabía o no quería decir nada ante los alumnos. Los miré y supe que nuestra relación alegre no se rompería, aunque los abandonara de pronto. “Nos vemos el próximo martes”.

La vuelta a Naucalpan por el Periférico de aquellos años no tenía más coches que los que cabían y podían circular sin em-

botellamientos, ni siquiera en los kilómetros entre el Viaducto del antiguo río La Piedad y la salida a Polanco. De modo que, sin correr, en media hora estaba entrando al estacionamiento de arriba y a mi incierto lugar reservado que había que ganar llegando antes. Ese día no era antes, sino las 11 de la mañana. Curiosamente, además del vigilante de la entrada silencioso y apenas sonriente, entre el estacionamiento y la Dirección no había nadie, ni alumnos que pasaban por la orilla del estacionamiento, ni profesores que terminaban su día y se marchaban a otro trabajo. Nadie se asomaba a las ventanas de los salones de los primeros pisos de ningún edificio. Se oía un silencio sin orillas.

Entré a la Dirección y las secretarias no dijeron nada, pero tenían cara de susto y, aunque sabía que algo extraordinario había sucedido, comencé a preocuparme. No era solo la intriga, sino la culpabilidad de no haber estado, cuando algo nos cayó encima, aunque dar clase en Posgrado, además de previsto, limitado y delimitado en día y horas, excedía mi trabajo de Director. Pero enseñar en el Posgrado daba mayor sentido académico a mis obligaciones.

Pregunté por mi Secretario General. Emy asustada y llorosa me informó: “Están todos en la cancha de básquet. Nos asaltaron los delincuentes de la Preparatoria Popular”.

Mientras bajaba por la escalinata central, comencé a describir el trayecto de los asaltantes, que completé al final de los acontecimientos, desde la reunión en el patio de lo que fue la Escuela de Química, Facultad ya acaso al mudarse a CU, en Tacuba, y las instrucciones de los sargentos mayores para ir a *“recuperar los bienes educativos que el Gobierno roba a los pobres y entrega a los hijos de la burguesía en la Universidad”*. Dijeron claramente que no podían pelear contra los alumnos del Plantel. Que se trataba propiamente de una *expropiación* de bienes educativos en manos ajenas, necesarios para la educación de las clases populares. Era una incursión sorpresiva y rápida. Un raid (sin cursivas).

*Lucha, lucha, lucha,  
No dejes de luchar,  
Por una educación  
Científica y popular.*

El coro de la asamblea debe haber repetido la consigna decenas de veces y a cada repasada subía la sangre, primero cálida y la frescura de la media mañana desaparecía de los cuerpos mal desayunados, esto puedo afirmarlo y no imaginarlo como signo del apego a los hechos de esta historia; luego caliente y desbocada por las piernas y los brazos, sobre todo los interiores, los del ánimo, dispuestos a acometer la “justa recuperación” de los bienes confiscados por el Gobierno contra las clases populares, merecedoras de una educación científica.

No sé cuántos camiones urbanos necesitaron para trasladarse, pero por el número de asaltantes en el que más o menos coincidieron luego los testigos, “Más de cien chavos, y chavas, doctor” y por los usos de acomodo en los camiones, sentados en el pasillo, alrededor del chofer, para control y guía, en los asientos de a tres en vez de dos, da para un par de autobuses urbanos, o tres si decidieron ir cómodos, como patrulla americana en una misión de asalto para recuperar prisioneros en Afganistán. Pudieron llegar a la Calzada de los Remedios, que se quedó de pronto en silencio y extrañamente vacía, con los puestos de quesadillas y tacos de suadero cerrados, y se estacionaron en batería o tal vez no, a lo largo de la banqueta y las células bajaron rápidamente y sin atropellarse, con su decena de integrantes y un par de alumnos de más edad dirigiendo la maniobra.

Deben haber entrado por la puerta central, o por la de abajo, a paso veloz, ignorando a los vigilantes y a los que cuidan los relojes que registran la asistencia de los trabajadores, a esas horas desocupados. Me imagino, porque nadie pudo dar fe de la estrategia general, que se distribuyeron en dos cuerpos de ejér-

cito, uno corrió directamente a la Biblioteca, a esas horas llena de alumnos, y otro recorrió los laboratorios de la zona de tercer semestre, para llevarse microscopios, balanzas, pocas probetas, porque terminarían hechas polvo en cualquier incidente. Quizá hubo un tercer grupo encargado del asalto de Audiovisual para recuperar proyectores de diapositivas entonces y grabadoras. Los de la Biblioteca, tenían una misión clara: “Al entrar, a la derecha, es la primera sala, a la derecha, pues, la sala de Obras de Consulta tiene un pinche letrado, no queremos manuales de nada, queremos obras caras y que sirven para varias materias del plan de estudios de la Prepa, hay por lo menos unas veinte enciclopedias generales o de Ciencias. Las más que puedan”.

Comenzaron por lo primero que encontraron, pero la logística no les alcanzó para darse cuenta de que las enciclopedias tienen tomos más grandes y pesados que los manuales, de modo que cada asaltante podía con tres o cuatro volúmenes, y tenía que correr a su autobús, subirse y esperar a que volvieran todos. No hubo bajas humanas, pero se llevaron enciclopedias incompletas, tenían los tomos del 1 al 4, pero les faltaban el 5 y el 6, porque estaban en el tramo inferior y no los vieron o no tenían bien repartidas las misiones. Y a nosotros nos quedaron el 3, el 6, el 13 y el 15, pero perdimos los demás.

Los laboratorios perdieron dos docenas de microscopios en uso, nuevos algunos, y material de vidrio, probetas, y más, pero los procesos experimentales se interrumpieron. Y todo eso dolía. Hubo también pérdidas en audiovisual, grabadoras y proyectores y en Educación Física.

En 15 minutos la operación terminó. Los alumnos se habían quedado quietos en su sitio de trabajo de la Biblioteca, en las tres salas, con los ojos abiertos, como si lo que veían no les cupiera en la apertura ordinaria de sus miradas, en silencio, aunque algunos, y algunas, hay que decirlo sin duda, porque debe haber ocurrido así, comenzaron a levantarse y a reunir-

se para contratacar o para protestar, por lo menos, pero los compañeros los sentaron a fuerzas. Hubiera sido una pelea encarnizada y seguramente hubieran llevado la peor parte, pero fue claro que no se doblaron y que las alumnas no fueron más precavidas que los chavos.

Tras los depredadores en retirada comenzaron a salir de los salones los alumnos, seguramente retenidos por los profesores que no podían medir riesgos para sus alumnos o también, dicho con todas sus letras, tenían miedo.

Ríos de alumnos corrían desasosegadamente buscando un lugar de coincidencia, ensayaron la escalinata central, incómoda para una muchedumbre de 4,000 alumnos, y fueron a dar, por puro instinto de tribu atacada, a las canchas de básquet, lo más parecido a una plaza central, no reconocida formalmente por la comunidad como lugar de reunión por periférica. Los profesores de Historia principalmente y algunos de Matemáticas se subieron al primer piso del Edificio C y se hicieron de la presidencia de la asamblea de urgencia. Pero ni siquiera lograron calmar el desasosiego y la rabia de la comunidad, de los alumnos, sobre todo, que querían tomar camiones y perseguir a los ladrones. Imagino que así fue, pero no es un recuerdo, porque no estaba en el Plantel ni siquiera al final de la incursión expropiatoria. Pero conocía las reacciones de la comunidad.

“El Doctor, informarían más tarde, bajó por la escalera y subió al primer piso del C, se abrió un espacio en el centro de la barandilla. Los alumnos se quedaron callados, esperando alguna claridad y esperanza de venganza”.

Pero el Doctor salió con otra cosa.

Cuando llegué al primer piso, sabía a grandes rasgos lo que habíamos perdido y la vergüenza de no haber podido responder de inmediato, pero entendía que no hubo manera. Carlos Medina, mi Secretario General, era capaz de organizar un contrataque siguiendo sus esquemas de guerrilla aprendidos en



China y hubiera funcionado. El asalto lo debe haber tomado en clase y sencillamente no hubo chance. Los guardias rojos, mira nomás la coincidencia, de la Popular le cayeron de improvisto encima al comisario enemigo de clase y no pudo improvisar la consigna. Se hubieran roto tres o cuatro narices sin mayor esfuerzo. Pero no sucedió así.

Los alumnos se callaron de inmediato, en cuanto aparecí en la tribuna improvisada, pero funcional. Comprendí entonces lo que estaba sucediendo dentro de las estudiantes y de los estudiantes que se removían en su sitio, ansioso de oír la consigna “Vamos a vengarnos”. Pero también me quedó claro que no podríamos hacerlo. Simplemente: camiones, sí, pero cuántos (¿Cuántos eran ellos en su escuela?), no podíamos contar con el factor sorpresa, porque habrían organizado una cadena de informadores telefónicos, no había celulares, pero sí teléfonos de 20 centavos, o de 50, a tantos años no lo recuerdo y no pienso informarme, da igual, en muchas de las esquinas; podrían apedrearnos con seguridad y nosotros no encontraríamos parque en una calle, rota por todas partes, menos que ahora, pero asfaltada.

—Compañeros (la asamblea, ya lo era formalmente, gritó, sin decir otra cosa, sino su furia que sentía que podía organizarse). Hemos sido objeto (evité la palabra “víctima” porque huele a indefensión y debilidad), pero no hemos perdido la batalla. Voy a la Prepa Popular de Tacubaya a reclamar, cara a cara, por este ataque siniestro. Voy a explicarles, como si no lo supieran, que somos una escuela de la nación mexicana, popular por sus alumnos, y universitaria. Nos comportamos civilmente y nos apoyamos en la razón y no en un ataque sorpresivo y cobarde. Los despojos, el botín, debe volver al Plantel, porque para ellos no significan nada como instrumentos de ciencia, para nosotros son esenciales. Dicen ellos que la educación debe ser popular, nosotros somos una escuela popular, aquí nadie paga ni importa si su familia no tiene nada. Designen a seis profesores, dos de

Ciencias, uno de las otras tres áreas, uno de Educación Física y a tres alumnos, uno de cada año escolar. Tienen cinco minutos.

Fue un momento extraño, pero este segmento de la historia del Día de la Prepa Pop, fue tal cual, nunca se repitió ni nadie lo hubiera predicho. La asamblea designó sin discusión ni conflicto a sus representantes, los profesores hicieron lo mismo. No había delegados de grupúsculos políticos, trotskos o lo que fuere, eran estudiantes de base, una sola muchacha, mejor, sabe qué podía pasar en una incursión desarmada que reclama sus bienes a un ejército invasor más bien rudo o brutal y sin remordimientos.

Nos fuimos en dos coches, nadie hablaba, apretados, ahora los delegados, con el Director en un medio asiento delantero, seguían el modelo de la Prepa, al menos en el transporte. Quizá ir amontonados aumentaba la seguridad de que se trataba de un solo ser, de alguna manera secreta y no enunciada. Pasamos en silencio por la calle San Mateo, debemos haber tomado la Calzada Tacuba y luego dimos vuelta en una calle con nombre de algún mar desconocido: Egeo, Behring, Caspio.

Llegamos a la puerta del edificio que había sido Escuela de Química hasta 1952, antes de mudarse a Ciudad Universitaria. Ahora, la Prepa Popular lo había invadido, o se la prestaron en alguna negociación de Gobernación para evitar desmanes mayores, o para obtener efectivos para misiones encubiertas, y la UNAM se mantenía paciente en su riqueza de espacios sobrantes.

En el camino comencé a darme cuenta de lo descabellado de la misión. La había propuesto por pura intuición y arrebató, dejándome llevar de la rabia, de la necesidad de dar una salida a la cólera y al deseo de cobrarla de la comunidad y evitar aventuras más numerosas e incontrolables que sí podían causar heridos y daños a coches y edificios. Ahora no se trataba ya de palabras, sino de actuar. Comencé a pensar en el discurso que tendría ante los militantes de la Prepa. Nadie hablaba. Crucé miradas con dos profesores y supe que, al menos no estaba solo,

aunque mis acompañantes tampoco eran una guardia pretoriana. Yo era el director y punto. Un profesor con un encargo, aunque nos tratábamos como compañeros en lo esencial y ahora coincidíamos en la incursión bélica.

“Tocaron a la puerta. Sabíamos que eran ellos, pero eran pocos. Escondimos los bats y los mangos de pala y azada que habíamos encontrado en Mantenimiento de la vieja Escuela. Teníamos oradores designados, pero no sabíamos qué se les ocurría a los pendejos universitarios que podían venir así a nuestra sede o a qué se atenían. Entraron y se formó espontáneamente un círculo, diez ellos, treinta nosotros. Podíamos estar tranquilos.

“Uno que tenía cara de profesor, joven pero más viejo, como nuestro Coordinador político, nos reclamó por la expropiación y exigió la devolución del material que en esta escuela no bastaba para igualarla a la suya, era apenas un remedio chiquito de nuestras desigualdades. Todos perdíamos. Les dijimos que nadie nos daba apoyo en material escolar y que necesitábamos estudiar. La educación es del pueblo y debe ser igualitaria, pero ellos tenían de todo, ni siquiera iban a notar algunas ausencias, poca cosa. Debían pensar que el material escolar estaba ahora en manos del pueblo y si el CCH tenía fama de izquierda, bueno, los profesores y los alumnos revolucionarios, no las autoridades, estaban obligados a alegrarse de la expropiación. Lo acarreado estaba ahora en las manos de quienes tenían derecho de disponer.

“Los profesores insistieron en que también ellos dependían del gobierno, que el CCH era progresista y educaba a 75 mil alumnos, la inmensa mayoría de clases populares. Los ricos van a escuelas particulares. Lo que se habían traído les era indispensable. Los microscopios, sobre todo, que era lo que a nosotros más nos aliviaba. Obvio, ni madre devolver nada.

“Genaro, el Coordinador de la escuela, informó que los presentes no representábamos a la mayoría de los estudiantes de la Prepa. No podíamos tomar decisiones, la de devolver el material,

por ejemplo, que les diéramos dos días, era un martes, para el jueves, y tendrían una respuesta. Porque la decisión tenía que plantearse en asamblea general de todos los estudiantes y profesores”.

“No los convenció, pero tampoco eran tan pendejos como para intentar un ataque sorpresa, por de pronto uno contra tres y luego uno contra 20. Y luego, ¿dónde chingaos estaban los libros y los microscopios? Agradecieron el diálogo, repitieron lo que demandaban. Salieron”

“Acababan de arrancar los dos Bochitos y llegó Kamanev, que se había quedado en el Plantel para halconear las reacciones. No había podido telefonar por los pinches teléfonos rotos que hemos decomisado por todas partes. Después de dos cuadas de intentos, tomó un Toreo San Cosme y se bajó a la altura de Mar Mediterráneo. Jadeando nos salió con que en la comisión venía el Director del Plantel, Bazán. Lo tuvimos aquí dentro y lo dejamos irse sin problemas. Podíamos retenerlo hasta asegurar que no habría represalias policiacas o, peor, un asalto de granaderos para recuperar las enciclopedias que nos decomisamos. No supimos cuál era, porque solo hablaron dos profesores, dos flacos y altos, uno matemático y otro de Derecho, creo. El Director ni chistó. Ahí sí, se la llevó, nos vio la cara, porque estuvo dentro y se fue sin problemas”.

Cuando volví al Plantel la asamblea obviamente había terminado y los alumnos estaban en clase. El cuerpo directivo estaba reacomodando los destrozos y haciendo el inventario de microscopios, proyectores, películas, partes de enciclopedias, balones (material educativo, no despreciar el cuerpo). Pero Emy, mi secretaria estaba demudada, imaginando lo peor de la aventura en la Prepa Popular. Le pedí un Nescafé cargado, que en esa época ero lo único a la mano, cuándo un *espresso doppio* ni mucho menos.

“Pero Emy tenía otra preocupación: habían llamado de Rectoría preguntando por mí, a la segunda vez contestó Carlos y los

informó. Me tranquilicé: no pudo decir nada que nos resultara negativo. Entonces no se preocuparon, te das cuenta de que, aunque seas Director, eres material desechable, no importa tu integridad, pero “si te secuestran para usarte de rehén y presionar al Rector, ¿eh?”, ahí sí, “y tu haciéndole al héroe yendo a meterte a la boca del lobo, es una irresponsabilidad, no lo vuelvas a hacer, olvídate de lo que perdió el Plantel, todo está asegurado y no importa, son cosas, pero la figura del Rector no puedes arriesgarla así nomás por andar de atrevido. A ver, ¿qué te ganaste?”.

Me regañó el Secretario Administrativo, con el Rector no hablé, ni me buscó, debió atenderme, pero tampoco pedí audiencia. No tenía caso. Yo sabía lo que había pasado, lo que había hecho, que era lo que debía hacer, y había salido bien. Por lo menos habíamos empatado políticamente el partido. Ellos llegaron en bola, nosotros fuimos con representación del Plantel, Director incluido, entramos a sus instalaciones, mirándolos a los ojos dijimos lo que pensamos y lo exigimos. No teníamos modo de imponerlo, pero lo dijimos en sus narices y nos salimos sin daño y con orgullo. Si el Rector se enoja, que no creo tanto, es su bronca, nosotros éramos la comunidad del Plantel Naucalpan.

Era diciembre de 1981.

Los tres profesores de Matemáticas empezaban el día tomando Nescafé en el cubículo del Área. Profesoras entraban y salían sin detenerse, mientras las 7 de la mañana se alejaban sin prisa en el cielo azulgrís, sin nubes y empañado de un humo ligero, que todavía podía llamarse limpio sin mentira excesiva. Junio abría el camino del sol y los árboles del Plantel, quietos, disfrutaban de no tener que firmar para certificar su asistencia inevitable.

El barbudo, más grueso que fuerte, se sirvió agua caliente y comenzó a revolver el café, mirando las figuras que imitaba en la taza, con el mínimo de medios figurativos, una nebulosa en formación. Se apellidaba Brena, un capitán de izquierda, cuya obediencia sectaria nunca fue tema de comentarios, pero sí, se decía de izquierda. El profesor de camisa previsoramente dispuesta para agregar una corbata después del mediodía, cuando iría a enseñar a una universidad privada, había comenzado a beber, pero tampoco se preocupaba de perder un cuarto de hora de la clase. En la mañana los alumnos se iban agregando hasta completar el racimo del grupo hacia las 7:25. Para qué declarabas tu amor, si no hay muchachas. La tercera, bajita y morena, se había quedado con el polvo y el azúcar en una taza conmemorativa de los cinco años del Plantel, porque no quería irse a su salón sin aclarar hechos inesperados y alarmantes de la víspera.

—No sé ustedes, pero por mi salón pasó el Director en dos horas y miró inquisitorialmente, el adverbio le costó trabajo, hubiera bastado decir simplemente “miró” o “inquisitivamente”, pero faltaba más—, hasta verme. Como me confundo con los alumnos por estatura y edad, tuvo que pararse a ver. ¿Qué andan tramando las autoridades? A mí no pueden cargarme nada. Di todas mis clases. Pero quién sabe qué carajos anda haciendo Ramón. Le ha dado por irse a Los Remedios a media mañana”.

—Lo que sea es un abuso de poder de las nefastas autoridades para presionar a los faltistas. Pero nos molestan a todos. No lo han tratado con el sindicato. Quieren, dizque, controlar la asistencia, pero los mecanismos y reglas se pactan en el Contrato Colectivo. Yo creo que es decisión unilateral del Director para reafirmar su poder en el Plantel y prepararse a dejar en la Dirección a uno de la Corriente Académica. Pero no vamos a dejarnos. Mañana hay asamblea sindical y ya veremos. Hay que ser duro con los duros; si no, te aplastan. Como decía un cartel de hace años de Talleres: “Si las autoridades son cabronas, los profesores debemos ser más.”

—Yo soy de la Corriente y no hemos discutido este punto. La verdad es que muchos no asisten a clase y firman, pero los recorridos del Director por un lado y de su secretaria por otro nos hacen vivir en tensión y no puedes despreocuparte para concentrarte en tu clase”, concluyó el profesor sin corbata.

Seguro diálogos de este estilo se desarrollaron en las academias de Naucalpan. Desde la Secretaría Académica, años atrás, podía imaginarlos y eran muestras válidas de los estados de ánimo, mejor, de las corrientes políticas que recorrían calladamente las Academias.

Dejo la voz a Carlos Medina, minucioso y certero. Eso creo.

“Al final de la primera semana de *verificación visual de asistencia*, como la llamaba la Dirección en *La Hoja* semanal, la asistencia comprobada se acercaba al 90%. En las verificaciones

de febrero en Matemáticas era de 42%, bien distribuido entre el 22% de un grupo persistente que confundía la irresponsabilidad con la rebeldía y un 70 y algo de los profesores que trabajaban también en el IPN, los “upicosos”, que eran cumplidos. En Talleres oscilaba alrededor del 60% y en Ciencias Experimentales superaba establemente el 70. Mi academia siempre ha sido la más seria. La más cumplida, no hay por qué negarlo. El total de los 15 mil alumnos del Plantel recibía muchas menos horas de clase que las prometidas por la Universidad.

“El Director se sentía responsable del fraude y había peleado contra el ausentismo desde que fue Coordinador de Talleres y escribió, —me lo debe haber contado en alguna de las innumerables tardes de conversación sobre las Leyes de Newton y la masa del Universo, me escuchaba con avidez, siempre estaba dispuesto a aprender— mandó una carta al Dr. Renero el primer mes de mayo de 1971, como quien dice en cuanto abrieron las rejas del Plantel para inaugurar el primer año. Hablaba ahí de que una media docena de profesores faltaban a clase con descaro. No se hizo nada.

“Cuando en 1973 lo nombraron Secretario Académico, todavía no nos tratábamos, inventó los recorridos de verificación que hacía, compartidos con su secretaria, entonces joven y sin miedo, cada hora en todo el Plantel, de las 7:30 de la mañana a las 8:30 de la noche. Luego publicaba los porcentajes de firmas con las asistencias reales. Era una vergüenza comprobada, pero no afectaba a los irresponsables de la comunidad, inalcanzables para las frases cortantes de las presentaciones de resultados en comunicados de la Secretaría.

“Para el mismo Secretario, Director ya en 82 en un segundo período, el Colegio estaba en juego. No podía decirse que el Colegio, todo, preparaba a todos los alumnos, aunque finalmente aprobaran sus materias, lo que era también inquietante. ¿Aprendían a aprender por milagro desde el primer día de cada



semestre? ¿O, qué? Los faltistas, a esas alturas ya antiguos en el posgrado local de peritos en combinaciones de los recovecos de los reglamentos y expertos en detenerse al borde de los tres días seguidos o cuatro faltas en un mes, en los dos casos sin justificación, alegaban la falta de porvenir en una carrera académica a la que tampoco tenían todavía derecho, porque no se habían titulado, y aunque ya se había inventado Complementación Académica, tampoco la consideraban legítima, porque no se pactó con el sindicato sino entre el Coordinador del Colegio, la Dirección del Plantel y el Área de Talleres. Ni atractiva, no iba acompañada de un salario mejor. En realidad, tenía un aumento salarial de 10 horas y una disminución de carga de trabajo de otras 10”.

La segunda semana, retomo mi función de narrador principal, terminó con dos hechos irrecusables. Por una parte, el promedio de asistencia en todas las horas de clase fue de 95%. No podía aspirarse a más. Por otra, tres profesores, acompañados de unos 20 activistas, tomaron la Dirección del Plantel, pusieron sellos escritos a mano en las puertas. Les notifiqué que, mientras persistieran las condiciones que imponían, eran responsables de todo lo que sucediera en el edificio. Me presentaron un pliego petitorio clásico: suspender la supervisión visual de la asistencia; no represalia ni sanciones por la toma. Pero voy a lo central.

Formaban el trío de profesores el de Matemáticas, más grueso que fuerte, un profesor de Historia que, si lograbas mirarlo de frente, percibías claramente cómo se retorció para escabullirse en pensamientos distintos de las frases que musitaba, otro Matemático, más artista que Ingeniero Químico y más marxista acaso no tan sólido que Matemático, pero finalmente capaz de prestarse a discutir o a discurrir libremente con el Director y, sin ser su amigo, tampoco levantaba los puentes levadizos en cualquier encuentro fortuito en las cordilleras del Plantel. Curiosamente,

faltaba el dirigente de los trotskistas *no entristas* (a los Partidos Comunistas, se entiende, para cambiarlos, que ilusión, desde dentro) de secta posadista. O ni se enteró, porque la mitad de su tiempo se dedicaba a los contactos con Buenos Aires.

No hubo violencia, el Director se trasladó al edificio de los profesores de carrera de Talleres, pero se dedicó sobre todo a hablar con quien se pusiera a tiro, de modo que comenzó a preparar la contraofensiva. El equipo de la Dirección hacía lo mismo en sectores en que cada quien tenía mayores recursos. Quince días de ocho o diez horas diarias de conversación de seis descargados de trabajos de oficina dan para mucho. Se equivocan lamentablemente quienes creen que cerrar una Dirección cierra también la actividad política de sus ocupantes. El Plantel repudiaba la toma, pero había que crear condiciones para actuar una sola vez, un solo golpe, con la mayor decisión y el acompañamiento, moral desde luego, más numeroso posible.

Para empezar, el Director rescindió los contratos de los tres profesores que dirigieron la toma de la Dirección. Entregó personalmente los documentos a cada uno, sin pestañeos ni comentarios. Tenía ya canicas para negociar, como decía el Coordinador General anterior, aunque por la impresión y la solidaridad con los agredidos por las autoridades el número de acompañantes de los secuestradores de edificios aumentó sensiblemente. Los alumnos siempre reaccionan a favor de quienes ocupan el papel de víctimas en el reparto.

Mientras tanto había clases normalmente, es decir, no en el 95% de las horas, pero tampoco se habían derrumbado. Vigila, revisa que algo queda.

**E** stábamos en la primera sala al dar vuelta desde el pasillo de entrada de la Unidad de Seminarios de la UNAM “Ignacio Chávez”. El Secretario General, voz baja y como si no estuviera, el Coordinador del Colegio, la Junta de Directores completa. Febrero se deslizaba como las nubes grises hacia su derrumbe en nieve. El Ajusco, alejado tras las vidrieras, estaba nublado, oscuro. Era un 11 de febrero y allá nevaba.

El Secretario General hablaba del Colegio como si todo fuera mi Plantel Naucalpan, como si las cinco direcciones estuvieran tomadas, cuando únicamente solo yo cargaba con la tarea de recuperar las oficinas. Hablaba en voz baja del trato político que se merecían los profesores, a quienes hay que tratar con el convencimiento y el espíritu universitario... Un leve y débil tono pacifista, eso sí, muy correcto.

Los miembros de la Junta de Directores callaban, pero hablaban por dentro, como siempre con opciones dispersas.

(El Director del Bachillerato, Alfonso, seguramente había comenzado a cantar en silencio el sonsonete infantil que nos había servido para marcar nuestras diferencias con un Rector que dejaba hacer a quien se le ocurriera agredir a la UNAM, al Colegio concretamente:

*Agáchense,  
y vuélvanse a agachar.  
Los niños bonitos  
se saben agachar.*

“Si sigue así el Secretario, el Director de Naucalpan va a brincar y es capaz de dejar aquí una renuncia en una pinche hoja de cuaderno. Debe aguantar, ojalá el Secretario lo entienda. Tratar de que la asistencia a clase sea real y no un cuento de hadas no es delito. Los que tomaron la Dirección cometieron una falta grave, un despojo. Carajo, no nos podemos salir de la ley, ni queremos, pero cuando hay conflicto tenemos que ceder todos: “Agáchense”).

“La culpa es del Director de Naucalpan. Quiso lucirse con que en su Plantel sí hay clases, y lo logró, pero sólo dos semanas le duró el gusto. No calcula políticamente, es una cuate que primero ve lo que debe ser el Colegio y trata de conseguirlo y luego saca cuentas y se le cae el castillito de naipes. Tiene una formación de principios rígida, y además, hay que reconocer que no tiene miedo, eso también es cierto”. “Y vuélvanse a agachar”).

(Me preocupa que José vaya a salir mal de ésta, él la comenzó y es el único que ha tratado de lograr algo. Confío en que el Coordinador va a defenderlo. “Los niños bonitos”).

“En mi casa debe estar nevando, los cerros que quedan detrás del Xitle están blanqueando. Qué bueno, mis hijos chicos, Marijó y José Ignacio, van a ver la nieve por primera vez. El rollo del Secretario pide la rendición. Yo no la acepto, como si hubiera cometido un atropello. No me sé agachar ni quiero ser niño bonito, sino profesor del CCH, *whatever it means*, para mí significa algo valioso que hay que preservar. Ni modo, la moneda está en el aire y papalotea antes de caer en el suelo para escribir mi futuro. Bueno, si me dejo”.

—Licenciado, hemos escuchado con atención sus reflexiones y tomamos en cuenta las llamadas de atención acerca del tra-

to a los profesores. En realidad, siempre lo hemos hecho. En Naucalpan, en particular, desde que el Director era Secretario Académico, él y su secretaria recorrían todo el plantel todas las horas de clase para verificar la asistencia. Los resultados, que calificaría sin exceso de escandalosos para la Universidad y de crueles, sí, despiadados para los alumnos, 48% de clases por las tardes, a ratos 23%, etcétera, fueron siempre publicados para toda la comunidad docente, acompañados de exhortaciones y argumentos que iban más allá de los aspectos, digamos, contractuales, la Universidad les paga, ellos no dan clase. El acento se puso siempre en el despojo que el ausentismo cometía contra el aprendizaje de los alumnos, de alumnos que, todos sabemos, provienen de las capas menos favorecidas de la sociedad metropolitana. Como autoridad mayor del Colegio, de lo que me siento muy honrado y a la vez muy obligado a trabajar para que el Colegio mejore, si me permite, diré que, atendiendo a sus recomendaciones, mi posición es la siguiente:

El Director de Naucalpan no ha cometido ningún acto reprochable ni se ha excedido en las obligaciones contraídas en el acto de toma de posesión de la Dirección del Plantel: “cumplir y hacer cumplir la legislación universitaria”, que incluye evidentemente que todas las clases se impartan.

Ha habido también un error en la previsión no del tamaño de la reacción, porque en realidad no ha sido la comunidad la que cerró la Dirección, sino un grupo de profesores minoritarios y pertenecientes a grupos políticos conocidos por otras acciones análogas.

La negociación es, sin embargo, el mejor camino para evitar males mayores y no estirar la cuerda hasta la ruptura. No sería bueno para el Plantel, en primer lugar, ni para el Colegio. Estoy seguro, lo sé de viva voz, que el Director no se opone a esta ruta estratégica.

He pedido al Director que la negociación no se lleve a cabo en el Plantel, donde los riesgos de intervención de otros oport-

tunistas pueden tener mayor probabilidad de concretarse. Por tanto, si usted Licenciado me lo permite y, desde luego, con la aprobación expresa del señor Rector, convocaré a los líderes de los que actualmente atropellan al Plantel, para encontrar una solución negociada en la que el primer objetivo de la Universidad será recuperar las instalaciones y reanudar las clases en un ambiente de tranquilidad, mientras el Director, por su parte, y en sus manos queda la iniciativa, buscará y eventualmente negociará con la comunidad entera, área por área, otras formas menos vistosas, y seguramente menos eficaces, hay que decirlo, de control de asistencia, pero acaso más perdurables. El Director entiende perfectamente la situación y está de acuerdo conmigo”.

(“Carajo, no se necesita ser genio para resolver este asunto. El Coordinador le ha dado una lección al Secretario, menos agachadas, menos frases hechas, y más inteligencia. Viva el Colegio, cabrones”).

(“El Director va a aprender. No es pendejo. Seguro que no le vuelve a pasar nada parecido, Ahora va a entrenarse en negociar y va a buscar alianzas con los profesores sindicalistas. Además de la Corriente Académica. Él no me pasa, pero hay que ser realistas y reconocer cuando hay inteligencia”).

(“Los cerros se ven ahora blancos, hay allá lejos, 15 kilómetros, más luz. Ojalá termine pronto esta reunión, de la que salimos bien el Coordinador, que es mi aliado, y un servidor. También el Director del Bachillerato, con quien hemos discutido a tiempo de todo este problema. Ahora me iré a mi casa para llevar a mis hijos, incluyendo a los de brazos, a ver la nieve de a de veras, seguramente dándole la vuelta al Pico del Águila, por el lado de Santo Tomás.

Mañana, tranquilo, vete lento, espera que convenga, tengo que reunir a mi equipo y a algunos coordinadores de área para planear los comunicados que anuncien la suspensión de la asistencia vigilada (y eficaz, carajo). Ya salimos de ésta. No volverá

a suceder. Vamos a organizar de otro modo a los profesores, para que no nos pongan el pie encima estos agentes del PRI del Estado de México, por sí mismos o usando a los porros. Creo que el Rector va a bajarle”).

Nos despedimos en la salida de la Unidad de Seminarios. Con el Coordinador quedamos en que me llamaría. Con el Director de Bachillerato, tenemos desayuno los martes y mañana es martes. A los demás les agradecí su apoyo (moral, sobre todo). “Los niños bonitos no se saben agachar”.

Lupita tenía a su tropa de lobeznos bien abrigados, la pequeña en los brazos de su nana. Lupita no sacó al pequeño del moisés Seguía nevando dulcemente, pero con la decisión de un enamorado que se atrevió y no quiere retroceder. Entramos por la carretera de circunvalación del Pico del Águila por Santo Tomás Ajusco y rodamos lentamente algunos kilómetros, con suavidad, sin resbalones, porque nunca tuve que frenar el Renault 12. Nos bajamos y la niña pequeña fruncía el ceño a los copos que lograban alcanzarla. Había un barranco blanco donde la nieve se iba acumulando, y donde un año más tarde tiré el cadáver del “Rufo”, un mestizo de Labrador con una hembra Weimaraner gris, “Lulú”, preciosa, que le heredó el porte y dejó espacio para la robustez de su padre. Lo envenenaron una noche de venganza pueblerina y fui a enterrarlo antes de que mis hijos despertaran. Oficialmente el perro se había escapado, 20 años después les confesé la desdicha.

Pero ahora nieva y mis hijos conocen los copos leves y la nieve acumulada. Todo blanco y luminoso.

Una semana después, el Coordinador del Colegio entró en la batalla. Rectoría se preocupaba de la situación, era una de sus debilidades, temer siempre que los conflictos se extendieran y congregaran demandas más espectaculares que la simple exigencia de suspender mecanismos que obliguen a cumplir con la obligación de las horas de clase contratadas. El Coordinador acordó conmigo llamar a los rescindidos y negociar. Los valores de intercambio estaban a la vista para ambas partes y no tenían en la superficie ningún elemento de discusión compleja.

Yo no estaba sin parque, por lo que nadie dijo nunca el ensalmo de “Usted no puede estar aquí”. Había rescindido los contratos de los tres capitanes sin pálpitos ni sudores en las manos. Nadie dijo nada. “Firma aquí”. Recibido. “Suerte”. Silencio.

La primera reunión terminó en “vamos a informar a la asamblea”, que comenzó de pronto a existir en la discusión misma con el Coordinador. Se acordó la siguiente reunión para el primer viernes de julio, mira nomás, la antevíspera de las elecciones presidenciales de 1982 y de las vacaciones del interanual.

El Director rechazaba revocar las rescisiones, porque una toma de Dirección es un acto grave y, además, no tenía justificación; al contrario, era una defensa del ausentismo descarado y dejaría a la Dirección limitada para seguir exigiendo la asis-



tencia completa a las clases. El Coordinador estaba de acuerdo, pero había que recuperar el edificio de la Dirección y evitar que el Sindicato, no tanto los profesores, sino los trabajadores, compraran el boleto.

Cuando el Coordinador iba a salir a reunirse en el último cubículo del piso de su oficina con la Comisión Negociadora de Profesores (12) y Alumnos (se entendía otros 10 de los adoctrinados más establemente por los profesores, ni un solo estudiante de base) del Plantel Naucalpan (que tenía 15 mil alumnos), David, pues, me llamó y me señaló, con el pulgar de la mano derecha y sin volverse, la pared de vidrio que daba al edificio de enfrente. Nadie oyó lo que nos dijimos, pero fui a sentarme en su sillón y levanté el teléfono. Marqué y susurré dos o tres frases a uno de mis Secretarios de guardia en Naucalpan. Seguí sentado mirando indefinidamente al vacío. No estaba en la discusión, tampoco tenía palabras.

En la sala del fondo del pasillo, las intervenciones giraban con los mismos argumentos y los estribillos que los oradores, los profesores, sobre todo, reiteraban con alguna intervención de entrenamiento de los estudiantes más expertos. En realidad, había dos que tres disfrazados de chavos, o adolescentes contratados, de nombre desconocido en la comunidad. El PRI aprovechaba el conflicto para entrenar a sus fuerzas intermedias. Pero no importaba. Era un problema público. El Coordinador mantenía un semblante ilegible, de máscara de madera, los comisionados trataban de darse a entender a una escultura de párpados entrecerrados, pero atentos con firmeza. Si tomaba alguna nota significaba quizá que el discurso había logrado algún efecto, pero no podía saberse si favorable o de contraofensiva reversible, por haber maltratado los reglamentos universitarios o cometido un error político de principiante que les cobraría en su momento. Y sabían que el Coordinador era siempre correcto, pero también claro y duro.

Una hora más tarde, habían hablado todos y repetido lo mismo, sin otro argumento que no se puede rescindir el contrato de buenos profesores comprometidos con el Colegio y con ideas progresistas. Eso había sido un acto de represión que la asamblea del Plantel Naucalpan, —que nunca se había reunido en aquella guerra— no dejaría pasar, a cualquier precio. Por otra parte, había el compromiso, bueno, la demanda —un gesto fugaz del Coordinador impuso la corrección— clásica y ritual de no tomar represalias por lo ocurrido. Finalmente, la responsabilidad del conflicto recaía en la Dirección, porque unilateralmente había obligado a los profesores a asistir a todas sus clases por miedo a la represión. No era manera de tratar los problemas universitarios.

Se suspendió la negociación. “Quince minutos”.

Entró una llamada para el Coordinador General y sin saber la procedencia, le entregó el aparato.

—Bueno, no, la negociación no va a romperse. No les conviene, porque tres rescindidos son mucha pérdida para ellos. Sobre todo, que se trata de activistas que acostumbran sentirse intocables. Sí, señor. Creo que el Director está en la mejor disposición. No, la mejor manera es dejar el asunto en sus manos y que él proceda, es decir, que siga sus instrucciones. No habrá problema, porque, si me permite, lo informaré de la solicitud que usted ha recibido del Presidente. Lo informaré en cuanto terminemos”.

—¿Ves al tipo ese de traje que trae un radio en la mano? Había otro del mismo corte en el grupo negociador. Como mosca en leche, con traje entre profesores. Como si presentara sus credenciales... Traía una grabadora minúscula en la izquierda. Nadie se extrañó, o tácticamente no se dieron por aludidos, aunque era un desconocido. No dijeron ni jota. Una prueba más de las manos de Gobernación en este enredo. Los líderes sí sabían. Por eso la llamada del Rector entró en cuanto se interrumpió la negociación. Le avisaron claro, que era el momento de darnos

instrucciones. Pobre Universidad, nos ponen contra la pared en lugar de hablar claro y dejarnos resolver los problemas como sabemos hacerlo. No nacimos ayer. Debemos ser muy vigilantes para mantener la autonomía que nos corresponde por ley. El Rector quiere que reinstales a los tres. Me dice que hace dos días viajó en coche con el Presidente de la República a alguna ceremonia y le preguntó cómo iba el conflicto en Naucalpan. Le dijo al Rector que no podíamos llegar al domingo de las elecciones para Presidente con la Dirección tomada. Ya resultaste problema de Estado, por andar queriendo que los profesores den clase. ¿Qué te parece?

—Ni hablar. Supongo que el trato es dando y dando, además es viernes y es el último día antes de vacaciones de julio. Les doy mi palabra y que dejen de impedirnos entrar en la Dirección. Reinstalo a los tres hoy, pero el documento se los doy al volver de vacaciones. No voy a ir mañana a cumplirles el gusto. Tu palabra garantiza la mía. No creo que se nieguen, les urge irse de vacaciones en paz en vez de ponerse a buscar trabajo.

Fue la única vez que en un Plantel los profesores asistieron al 95% de sus clases casi dos semanas. Yo nunca lo intenté de nuevo, aunque hice más seguras las firmas: se recogían las hojas de cada hora quince minutos después; no podía firmarse más tarde; se firmaba de salida; hacíamos aleatoriamente inspecciones y, cuando un profesor que había firmado no estaba en su laboratorio o salón, se señalaba y el Secretario Académico lo llamaba para que explicara la anomalía. Casi siempre había excusas de reuniones de academia o para preparar exámenes extraordinarios, accidentes ligeros y de varia invención. No tomábamos medidas, porque descontar una o dos horas de clase era un enredo de trámites que iban a parar a una demanda carísima en tiempo y desproporcionada con el bien perdido. Pobres alumnos.

Así el Colegio perdió una batalla y nunca nadie, ni antes ni más tarde, llegó a tomar medidas serias semejantes, como la

verificación en todas las horas en todos los salones, operación costosa en tiempo y esfuerzo de los funcionarios. Ciertamente, hubiera sido mejor apelar a que la ética tuviera efecto real, pero nunca fue así en los casos de faltistas terminales. Luego, cuando estuve en la Dirección General, planteé el problema del turno vespertino, donde todo era más grave. Hablé con las academias vespertinas de todos los Planteles, no obtuve ningún apoyo, ni tampoco soluciones posibles, bueno, ni una sola idea para resolver los problemas. No obtuve nada. Ciertamente, algunas direcciones siguieron al pie de la letra los mecanismos de control de asistencia por firma y verificaciones aleatorias, con llamadas de atención, pero Goliat era un gigante, digamos para esquivar el mito, muy alto y fuerte, y a David, el Coordinador, el Presidente de la República le había incautado la honda. No todo lo que se critica al Colegio es falso, ni tampoco nosotros nos hemos desentendido, pero ¿a quién se le ocurre rescindir contratos la semana anterior a las elecciones? ¡Qué torpeza!

Con todo, políticamente obtuve ganancias colaterales. En el Plantel corrían como torrentes las conjeturas. ¿Cómo explicarse que las autoridades hubieran perdonado a tres profesores dirigentes de grupos estudiantiles a los que adoctrinaban y cuyos vicios incipientes solapaban, cuando los habían sancionado legalmente? “Deben haber pagado por la reinstalación. Deben estar vendidos. Las autoridades no los soltaron gratis”.

Con este rumor extendido en el Plantel, los tres renacidos envejecieron políticamente de golpe al volver de vacaciones. Añadí un comunicado en el que no decía ni insinuaba una rendición, pero de un tono tan angelical que efectivamente nadie lo creyó. El posadista, que se había mantenido al margen, me visitó para obtener información de primera mano y, de paso, papel e impresiones. No dije nada de nada. Solo repetí la frase canónica, aprendida del Dr. Ricardo Guerra, de que “los caballeros no tenemos memoria”. Ninguno de los tres volvió a arriesgarse.

El profesor del Área de Historia dos años después trabajaba en el equipo del Presidente Municipal priista de Naucalpan, encargado de los programas de atención a los jóvenes. Mira tú. Seguramente quemado en el Plantel ya no era útil y lo dirigieron a manipular a otros adolescentes, pero ya desde antes le pagaba el partido y él lo disimulaba disfrazado de izquierda. Luego lo incorporaron a los programas de alfabetización de adultos. El PRI cuidaba a sus combatientes encubiertos.

**E**sa vez el desayuno de repaso de la sesión de la Junta de Directores, se concertó en el fugaz restaurante, luego convertido en tienda de artículos para mascotas, bajo el Superama de la esquina de San Jerónimo e Iglesia. Asistió Rodolfo, Rodolfo Coeto, Secretario Administrativo General de la Universidad, oficialmente, y Jefe de Acción Política del Rector, en los hechos. Hacía “bien” las dos cosas, la primera con profesionalismo, la segunda con dureza, que no siempre es apropiada.

El desayuno comenzó sin tensiones, siguiendo las costumbres repetidas desde seis años atrás. Estábamos los cinco Directores de los Planteles, dos de ellos asistían esporádicamente, y el Director del Bachillerato del Colegio, Alfonso, pues. De pronto surgió el tema que nos interesaba a quienes nos habíamos reunido una semana antes para planear el encuentro, y las demandas, que haríamos a Rodolfo, como si fuera al Rector en persona. Daba igual.

—Ahora que estás en el nivel más alto de la Universidad, después del Rector, desde luego, hemos pensado que nos puedes ayudar a que Rectoría, por fin, acepte abrir plazas de profesor de carrera para los profesores del Colegio.

—Mira, Rodolfo, en mi opinión un Bachillerato no puede ser culturalmente eficaz, como quiere ser el Colegio, sin un

trabajo de puesta al alcance de los alumnos de las ciencias y humanidades que recogen los programas. Esta versión para adolescentes no significa divulgación ni mucho menos vulgarización, sino empleo de los medios didácticos para que los alumnos comprendan los contenidos con un enfoque racional, científico. Digo, deben saber, pero también por qué saben. Es un trabajo real, que no se paga a los profesores de asignatura, por lo que es indispensable contar con un cuerpo de profesores de carrera dedicados a poner las bases de esta tarea fundamental en 20 horas que no serían de docencia directa, por avanzar un promedio. Nosotros queremos pedirte que hables con el Rector, o que nos reciba para plantear esta demanda, que como debes haber visto en el desplegado de hace una semana, firmado por 500 profesores, por cierto, es un número récord de firmas nunca alcanzado por ningún otro documento publicado por profesores del Colegio. Con un añadido: fueron firmas libres y académicas, y lo pagamos entre todos.

—Ah caramba, ya veo para qué que invitaron. Hay que hablar claro. No, miren, no, no se pueda lograr lo que demandan. Dejen de hacerse ilusiones inviables. El Rector está convencido, y yo también, hay que ser realistas, por cierto, de que los profesores de carrera son una categoría académica que debe ser excepcional, se desperdician recursos en contratados que no hacen gran cosa ni especialmente útil, cuando algo producen. No creo que al Doctor le parezca oportuno recibirlos. Más bien vean cómo mejorar la asistencia de los profesores a todas sus horas de clase. Antes de pedir más recursos demuestren que pueden hacer rendir los que ya tiene el Colegio. Hay ausentismo alto, ¿con qué argumentos piden más plazas, para que los profesores no asistan luego?

—Conoces el Colegio y sabes que no estamos con los brazos cruzados. Continuamente insistimos en la asistencia completa. Los profesores de asignatura no nos dirás que están bien paga-

dos. “Si así fuere” —Alfonso a veces tenía resabios arcaicos— “¿por qué los profesores buscan otro trabajo para completar sus salarios? Esta situación daña al Colegio, y a toda la Universidad, la Prepa está en las mismas. Este es el problema de los salarios. Nosotros no discutimos hoy el punto de los pagos, muy bajos para profesores de Asignatura, miserables, ¿no, Rodolfo?, pero allá AAPAUNAM, queremos plazas de carrera para desarrollar el proyecto del Colegio.

Nadie dijo más, echaste mano de todas tus razones, lo eran, porque era evidente que golpearías en vano. Seguramente seguimos con el tema docente del estado de los PUMAS, no recuerdo si en ese campeonato era esperanzador o tedioso.

Una medida de lo trágico de la entrevista podía obtenerse en que Javier, que estaba también presente, pero le prohibió la elocuencia su división interior, era profesor del Colegio a fondo y a la vez Secretario General Académico de la UNAM, del mismo nivel que Rodolfo, Secretario Administrativo, bifurcación de la Secretaría General, que sí está en el Estatuto General, pero la dupla de nuevos Secretarios Generales eran puestos inventados por el Rector. El Colegio contó en aquellos años con los dos recientes Secretarios, el Académico y el Administrativo, que seguían jerárquicamente al Secretario General. Entendimos que una frustración de la que ninguno de nosotros había tenido responsabilidad, la de no ser designado Director del Plantel Oriente tres años antes, venía a convertirse en un obstáculo infundado y ciego para las necesidades académicas perfectamente racionales y fundadas del Colegio. Rodolfo tomaba la revancha no contra el Coordinador de entonces, sino contra el de ahora, en 84, y al fin de cuentas contra el Colegio.

La pelea seguiría adelante. Pero quedaba claro que no venceríamos las resistencias de aquel Rector, sino que había que esperar que terminara e intentarlo con otro y nuevo.



UIP/01.83/CCH

*Informe sobre el conflicto camionero de Naucalpan*

“Doctor:

*Le adjunto el informe de la semana pasada en Naucalpan. Como usted sabe, los transportistas, sobre todo las líneas del Toreo a los Remedios y la Huixquilucan y Anexas, que usa la mayoría de los estudiantes, han subido el precio del pasaje. Los alumnos sienten que no hay ninguna razón para el aumento y que es un abuso. No toman en cuenta la inflación desde luego. Han comenzado a pintarrajear las unidades con pintura, roja sobre todo, exigiendo que se mantengan los precios, con insultos, moderados a pesar de todo. No pasan de “Camioneros rateros, camiones al deshuesadero”; “Estudiante de Naucalpan, no pagues el transporte”, entre otros.*

*La Dirección se ha declarado del lado de los estudiantes. Usted conoce al Director y a su equipo, siempre han actuado por su cuenta, a veces sin consultar. Pregunté al Coordinador y me dijo que no había autorizado nada, pero que el Director lo ha informado. Nos mantenemos alerta, por si sube el nivel del conflicto, previsiblemente será así, pero no están claras las presiones que puedan inventar los estudiantes.*

*Los líderes de los estudiantes son Cuauhtémoc, El Barry, los dos son líderes de los trotskistas, no está el Comité de Lucha,*

*y hay dos o tres alumnos de primer año muy movidos, aunque se ven pequeños comparados con sus colegas de sexto semestre. Hay un chavito que se llama Ricardo y le dice “El Gallo”, se mueve por todo el Plantel y tiene arrastre. La ausencia del Comité de Lucha, según el Secretario General, debe ser también la opinión del Director, se explica porque le llegaron al precio. Asisten a las asambleas que ahora tienen lugar en la escalinata central del Plantel, de arriba abajo, es decir, la mesa se pone abajo y la gradería sirve de asiento, como un estadio. Se llena. Imagino que los papás apoyan a los hijos, ha crecido su gasto. Lo tendré informado de las novedades”.*

Los camioneros, —me di cuenta de inmediato de las consecuencias— aumentaron el precio del pasaje del Toreo al Plantel. Todos. Las peseras, los camioncitos, la línea más tradicional Naucalpan-Huixquilucan. Me preocupa. Los alumnos están indignados, no les ajusta el dinero que les dan para el diario, transporte y torta. El final de mi segundo periodo se acerca, y no sería raro que alguien (el PRI, gente de Rectoría con la que no he tenido malas relaciones, sino que no las he tenido; si hubiera masones en el barrio, diría que también) alguien trata de romper mi capacidad de conducción del Plantel para debilitarme en la designación del nuevo director dentro de unos meses. Personalmente no me da miedo, pero tengo que ver con mi equipo, falta Carlos, “El Charlie”, que se fue a terminar una tesis sobre Newton al que no acaba de caerle la manzana en la cabeza (a Carlos). Tenemos que esbozar la estrategia. He estado buscando contacto con los líderes estudiantiles, Cuauhtémoc en especial y están cerca, porque los apoyo, el aumento es un abuso. Lo esencial es mantenerse del lado de los alumnos, primero porque es justo y segundo porque sin duda van a pasar a los actos (¿pedradas a las unidades? ¿bloqueos de calles? ¿clavos en las llantas, navajazos?) y entonces podemos situarnos dentro

de la batalla y jugar de intermediarios... Nunca acabas con un Plantel. Veremos”.

**DUIP/18.01.83/CCH**

**“Estimado Doctor Morales:**

*Le pido, por favor que 1. Se ponga en contacto, de preferencia presentándose en el Plantel Naucalpan, 2. Que evalúe con el Director las perspectivas del conflicto entre estudiantes y camioneros, 3. Aconseje al Director y lo modere, si siente que está a punto de tomar medidas extremas, al ponerse completamente del lado de los alumnos. Es su estilo. Personalmente confío en él, porque nunca se ha salido de la legislación universitaria, pero ahora puede decirse que todo el Plantel está contra el aumento de los pasajes y el Director puede sentirse muy presionado, hay que darle confianza en que la Secretaría de Rectoría está con él y que debe tratar de que la situación se mantenga en el interior del Plantel y no desborde a la calle, para evitar tener que negociar con la Presidencia Municipal. Gracias.*

*PD. Creo que la compañía del Dr. Ceballos sería muy útil, por su experiencia y juventud, que lo acerca a la Dirección y a los alumnos”.*

A la semana de la explosión del enfrentamiento, comenzó una acción que no dejaba de tener rasgos épicos, toda proporción guardada con el *Mío Cid*, que sí leí, y evidenciaba una dirección de los estudiantes inteligente y certera. Entró un camión al estacionamiento de abajo. Lo acomodaron junto al terreno de Opciones Técnicas que algunos alumnos han dedicado al cultivo, digamos *técnico*, de marihuana. Fui a ver hace cosa de un mes y por fin conocí la planta, verde alegre, hojas en estrella, metro y medio, unas 10 plantas. No hice nada. Mientras las plantas estén ahí no pasa nada, pero instruí al vigilante del estacionamiento para que avisara si llegaban alumnos a cortarlas. Doblamos la

guardia, uno en la puerta (es funcionalmente evidente), el otro repasando las filas de coches, con predominio de las últimas líneas que colindan con el sembradío, como quien no quiere la cosa. No ha pasado nada.

Pero no estoy contando ahora lo que sucede, o todavía no pasa, con la marihuana de producción local, inmediatamente al Sur del estacionamiento de abajo. Los alumnos colocaron unas peseras y minibuses perfectamente alineados en la esquina del fondo a la izquierda. Me avisaron. No me moví. Un cuarto de hora después, eran las nueve, que no es hora de flujo numeroso de estudiantes, sigue todavía el primer turno. Pero cerca de las 11 entraron dos combis y otro camioncito. Todos verdes, hasta entonces. Me levanté y fui a ver. Estaba “El Gallo”, que levantaba apenas 1.55 del suelo, “El Barry”, dos o tres trotskos de obediencia argentina y alumnos de base, que no tienen nombre por el momento. Los choferes estaban entre asustados y furiosos. Se retiraron mentando madres, pero no hubo más violencia que los insultos mexicanos que Octavio Paz suele interpretar.

Acomodaron los transportes en fila y luego en otra paralela. Llegaron en eso una pequeña multitud de profesores a sacar sus coches del estacionamiento y dejarlos en la calle. Esperaban un conflicto violento, del tamaño de un Plantel, es decir, pedradas y garrotazos, aunque ni un instrumento punzocortante, corretizas sin armas y sobre todo mentadas y eslóganes (tiene que tener un plural) en versos de métrica varia.

Cuando cuento esta historia, parecería que no me importaba. Y es cierto, porque no había pistolas. Tampoco apruebo la violencia en ninguna de sus formas ejemplares en los conflictos, numerosos, que tuvo que atravesar el Plantel, como condición de su existencia misma en los hechos. ¿A dónde voy? El Plantel está en el Estado de México, habitado mayoritariamente por *mexiquenses*, como terminaron por inventar que se llamaban sus habitantes, hace ya años; por metonimia, en un estado domina-

do por el PRI, que siempre gana las elecciones, le ha tocado al Plantel que el partido intente aplicarle sus métodos y a todas las escuelas de la UNAM que han ingresado a sus territorios. Ahí está Acatlán, que viene a ser la prolongación del Plantel Naucalpan. No hay de otra. Los porros los pagaba el PRI y últimamente, después de que derrotamos al “Pielés, al “Bello” al “Francés”, a “La Sábana”, al “Cristo”, denominación ésta que me hace abrir los ojos, sin lograr entrar en la lógica del sobrenombre. Luego, cuando los quemamos políticamente, apareció el Comité de Lucha y detrás y disputándole el espacio los Bolcheviques, grupo de una seriedad descolocada, pero digna de la obediencia de los secuaces de Lenin, cuando los mandó a tomar el Palacio de Invierno, o mejor, cuando se abstuvo, atrapado en sus dudas, de dar la orden y las masas se lanzaron por propia decisión y sin orden del día y se apoderaron del enorme edificio vacío, donde ya no había gobierno, hace más de un siglo y hoy es museo.

La toma del poder bolchevique de verdad no tiene que ver con los camiones de Naucalpan, a no ser por la obediencia ciega de los militantes bajo el Ingeniero que coronaba su escala de nomenclatura, incipiente sin duda, y sus comisarios locales. Tal cual, seguían el modelo de los viejos bolcheviques.

Vuelvo a mi historia de hoy, que es la que me ocupa y, a ratos, preocupa. ¿Cómo va a terminar? En la tarde el estacionamiento estaba lleno con unos 20 camiones de tamaño variado, peseras, minibuses y autobuses de la línea Naucalpan-Huixquilucan, pero perfectamente alineados, defensa pegada a defensa. Los activistas habían retirado los acumuladores, desconectado los alambres del encendido y respetado todo lo que había dentro, incluyendo las imágenes de San Judas Tadeo, la Virgen de Guadalupe, por supuesto, los rosarios colgados del espejo retrovisor, y algunos otros santos del Señor que los choferes llevan para encomendarse, seguramente con devoción, pero como aliados contra los peligros de asaltos y riñas que conjuran a golpes o a

mentadas. Ser devoto no exime de dar con el mazo en la cabeza de los moros actuales.

Por supuesto he hablado dos veces por teléfono con el Coordinador y le fui dando informe del número creciente de transportes secuestrados. Al final de la tarde me llamó el Secretario de la Unión Nacional de Transportistas, el Sr. Rodríguez. Una conversación amable, con explicaciones mías para justificar que no podíamos sacar los vehículos, porque, para comenzar no sabíamos, todavía, dónde estaban los acumuladores. Lo que es, es y hay cosas que ni qué. Me entendió y quedamos de mantenernos en contacto.

Un día después, en la mañana apareció el Dr. Morales, con quien había tenido un par de conversaciones divertidas, por sus ocurrencias y un lenguaje digamos creativo, pero que a mí nunca me ha convertido en diccionario de la Real Academia. Conocí a su acompañante, más joven, como de mi edad, todavía treintañero, ginecólogo, malicioso y enseguida aliado. Debe haber aplicado un método de libro de Sanborns, “Cómo resolver conflictos gaga-gana”, o algo parecido, pero no lo aplicaba, le servía de inspiración y se lo había apropiado y elevado hasta un registro universitario aceptable. Parecía cecechachero, aunque mejor vestido.

Concertamos una cita, a iniciativa del Dr. Morales, con el Sr. Rodríguez, de cuya importancia apenas entonces comencé a tener vislumbres. Era un puesto nacional importante el suyo. Los Transportes, eran todos de su sindicato, por supuesto los clásicos locales que ya enumeré, pero también ADO, Transportes del Norte, Tres Estrellas de Oro, Flecha Roja y el resto entero. En otras palabras, era Sansón, pero no nos íbamos a poner a las patadas, sino actuaríamos en una alianza estratégica contra los filisteos, que se mantendría en silencio ante la comunidad. Rodríguez me guiñó el ojo en un momento de distracción general. Llegamos a un acuerdo. Luego seguimos tomando café

hasta que comenzó a anochecer y había que volver al Plantel para conocer las dimensiones del secuestro en el parte nocturno.

Los autobuses seguían llegando ahora también al estacionamiento de arriba y los choferes, hasta eso, los estacionaban en filas, igual que los días anteriores lo habían hecho los alumnos. La medidas de inmovilidad se aplicaban (los alumnos) de inmediato y por fin nos dimos cuenta de que los acumuladores y otras piezas clave se almacenaban, sin numeración ni signo alguno de identidad (bajé un par de puntos al trabajo de los activistas, hasta entonces admirable, por su falta de previsión) en lo que fue el Laboratorio 6 y había sido puesto en desuso, porque a uno de los viejos eucaliptos se le había ocurrido caerle encima, al no poder seguir los pasos de danza con un ventarrón súbito y tempestuoso. Pero ni modo de sacar los acumuladores en la noche, ponerlos en sus transportes, etcétera.

En la Calzada de los Remedios, hacia la entrada al atrio del Santuario, había grupos de choferes que discutían. También ellos perdían, no ganaban ya, algunos desde hacía tres días. Traían bats y bolsas amarradas a la cintura, seguramente con piedras. Telefoneé de inmediato a Rodríguez, que sí podía parar el intento de asalto al Plantel, y a Rectoría, que no haría nada, excepto enterarse de cómo comenzaría la batalla. Los alumnos, con “El Gallo” en primera fila, el Comité de Lucha, agregado y manteniendo un medio metro de distancia ideológica. Amontonaron piedras en cuatro lugares del estacionamiento de arriba, junto a la reja del Plantel, erróneamente, porque desde esa posición, con la reja demasiado cerca, no podían tirar bien. Tampoco podían tomar posiciones más atrás, a no ser que se subieran al techo de los camiones. No me pareció mala idea, pero a ellos no se les ocurrió y no se los sugerí. En realidad, una pedriza desde la calle dañaría los autobuses. Los estudiantes seguramente habían calculado las variables.

Estuve hablando con los activistas, derecho, acerca de los peligros de tener los camiones en el Plantel. No tenemos ni idea de

los conflictos internos del Sindicato Nacional de Transportistas. ¿Si se les ocurre a los enemigos de Rodríguez incendiar un par de camiones bien escogidos y se desata una cadena de explosiones? No tenemos capacidad de extinción inmediata, además del peligro para los que estén cerca. A los activistas les vale, oyen llover y no se mojan, de modo que ni ha sucedido y no creen que pueda suceder. Les propongo hablar con Rodríguez y alertarlo para que ponga guardias de sus aliados en el Plantel a cuidar fuera del Plantel, repetí, “fuera del Plantel” y no dejen acercarse a nadie por la noche y también, al fin de cuentas, las 24 horas. Sería tan fatal para ellos como para nosotros, sobre todo si hubiera heridos o hasta un muerto. Con toda la seguridad que dan a ver, aceptaron, pero están convencidos de que nadie incendiaría los camiones.

Contra los sindicalistas de Rodríguez los camiones también eran una defensa, al fin de cuentas los choferes no los iban a apedrear. Llegué a la conclusión de que no habría pedriza, aunque no excluíamos un asalto cuerpo a cuerpo. Suena dramático, pero cuando estás ahí, tienes que imaginarte todas las posibilidades. Y una es el enfrentamiento. De pronto un disparo sale de un frente y la violencia se desata.

Pero vuelvo al acuerdo, que no relaté ya, porque el escenario del Plantel parecía un antecedente inmediato de una batalla. Se trataba de convocar a una asamblea general del Plantel, presidida por la que comenzó a llamarse “Representación de Rectoría”, y la Dirección del Plantel, con participación del Sindicato de Transportistas en la persona de su Secretario Nacional. Este explicaría por qué el aumento, que ellos tampoco habían buscado, era inevitable. Entre impuestos (la insistencia sobre el aspecto fiscal, que a los alumnos les venía a valer..., fue continua) aumento legítimo de salarios y precio de la gasolina) no les había quedado de otra. Los trabajadores tenían familias que mantener. Los compañeros alumnos podían entender y comprender, dado su sentido social y sus estudios.



En la asamblea al caer la noche, los alumnos, aunque había al menos mil, solo tomaron la palabra unos diez, y argumentaron que también sus familias hacían un esfuerzo muy grande para mantenerlos estudiando. No podían subir a pie, del Toreo al Plantel, por el tiempo que esta caminata requería. No iban a entregar los transportes, si no se volvía a los precios anteriores o si la UNAM se hacía cargo del transporte gratuito a todos los alumnos de Naucalpan (incluidos los que llegaban de La Quebrada y Cuautitlán y anexas).

El tono fue sereno, los estudiantes parecían saber lo que estaban haciendo. Tomé la palabra para señalar que ya eran las 11 de la noche y que les proponía continuar la asamblea al día siguiente, sería miércoles, a las 6 de la tarde para tener más tiempo. Las partes aceptaron.

La noche de ese segundo día había 53 transportes que llenaban los dos estacionamientos. No había forma de meter uno más y las brigadas de confiscación volvieron al Plantel. “El Gallo”, que ahora sabía que se llamaba Ricardo, seguía incansable, pero el grupo dirigente, del que extrañamente comenzó a formar parte por méritos propios, enumeraba líderes de los varios grupos de activistas y estudiantes autclasificados “de izquierda”. Es lo de menos, tenían liderazgo en la comunidad y la representaban. Es irresponsable cerrar los ojos ante estas realidades.

Al día siguiente, la mañana fue pacífica. No se movieron los transportes ni los estudiantes, que sólo vigilaban sus rehenes. El Dr. Morales y el Dr. Cisneros estaban de buen humor, al fin de cuentas nada había empeorado ni se registraban actos de violencia física contra personas. Lo único inquietante era Rectoría, que se imaginaba que uno tiene magia para convencer a 15 mil alumnos que deben pagar tres pesos en lugar de 1.50. Tuvimos otra reunión con el Sr. Rodríguez en un restaurante en la avenida Sor Juana Inés de la Cruz en Tlalnepantla. Yo insistí en que no convenía prolongar el conflicto, porque no faltaría algún grupo

de facinerosos (todos conocían al menos uno, incluso que les había servido para terminar alguna huelga incómoda) al que se le ocurriera, o al que ofrecieran, tomar una iniciativa, aunque fueran pendejos. El Sr. Rodríguez comenzó el regateo: bajar a dos pesos, es decir, aumentar sólo 50 centavos. Aceptamos que era un acercamiento, pero la salida no estaba amarrada. Habría que probar y medir la voluntad de la comunidad.

A las 18 horas exactas, cosa extraña, ya estaban más alumnos que la víspera, dispuestos a defender su dinero, exiguo, la verdad, y la economía familiar. Imagino que había algún hijo de chofer que veía el negocio al revés, pero no podía tomar la palabra, porque, por supuesto, tenía miedo. Comenzó la asamblea que esta vez presidí yo solo, era mi Plantel, acompañado de mi Secretario General y, por supuesto, me rodeaba la Representación de Rectoría y el Secretario General de la Unión de Transportistas. Me daba cuenta de que, gracias a la presencia del Dr. Morales, de Cisneros a esas alturas ya amigo, y del Sr. Rodríguez, quedaba en posición de fuerza, como árbitro que, en teoría, no arriesgaba nada, pero podía contribuir a resolver las diferencias y volver al Plantel a su cauce llano de flores silvestres en las orillas.

Hablé 10 minutos. Resumí los términos del enfrentamiento: aumento ni avisado ni explicado; situación de las familias de los alumnos; seguramente variación de costos de insumos y salarios; secuestro pacífico (era un decir) de transportes, respetados y bien cuidados (eran hechos). Las dos partes tenían buenos argumentos, pero no eran los mismos. La idea de un transporte de la Universidad gratuito era posible, solo posible y en teoría, pero la situación exigía una solución inmediata. Había que buscar un acercamiento, es decir, ceder algo (no sabía decir qué podían ceder los alumnos, si no era devolver los vehículos y pagar algo más). Propuse dar la palabra al Sindicato de Transportistas para escuchar su propuesta.

El Sr. Rodríguez habló con tranquilidad y una actitud pedagógica. Me dieron ganas de contratarlo. Explicó de nuevo con detalle y ejemplos de la situación de las líneas. Y tocó un punto nuevo: los destrozos causados por los alumnos a diario en los transportes. Podían comprender que eran jóvenes, pero no que fueran vándalos (la asamblea rugió suavemente, pero no hubo rechifla). El Sindicato haría un esfuerzo y bajaría 50 centavos, el pasaje quedaría en 2.50.

Hablaron tres estudiantes. Criticaron claramente a los compañeros que destruían asientos y ventanas. La comunidad no los protegía. No estaban ahí para defender comportamientos porriles.

En cambio, pedían que los choferes no se propasaran en sus respuestas violentas ni en sus agresiones a las alumnas. Los universitarios sabemos resolver problemas con razones y aceptamos errores, pero exigimos la misma actitud de los demás, afirmaron. Dos cincuenta era una burla, la comunidad no lo aceptaba. Demandaba, porque tenía razones, volver al precio anterior y punto. Los camiones estaban bien cuidados y el día anterior habían visto grupos con bats y piedras que pretendían entrar por la fuerza. No lo hicieron, qué bueno, porque la comunidad estaba preparada para defender al Plantel.

Se hicieron las 10 y la noche. Un viento suave de primavera seguramente nos apaciguaba a todos. Llevábamos dos asambleas de más de mil sin un solo incidente. Me sentía orgulloso de los alumnos del Plantel, pero muy inquieto, porque no veía por dónde íbamos a salir y Rectoría acabaría por decidir e imponer, sin comprensión completa y clara de lo que sucedía, que devolviéramos los camiones. Por suerte la Dirección no los había tomado ni los había acomodado ejemplarmente en los estacionamientos, en un récord, 53 vehículos, de la nación cecehachera.

Al día siguiente, ya no hubo café con Rodríguez en la Avenida Sor Juana de Tlalnepantla, a pesar de que estábamos comenzan-

do a tenernos más confianza. Comenzamos a las 7 y había los mismos más de mil estudiantes. De entrada, para no dar más vueltas, Rodríguez aceptó volver al costo anterior del transporte. Una grito enorme y entusiasta seguido de varios minutos de aplausos hizo que los mil alumnos levitaran (es un decir) a medio metro arriba de las gradas. En cambio, Rodríguez pidió y exigió que se devolvieran intactos todos los vehículos, si había daños los alumnos se comprometerían a reponerlos; que los alumnos se comportaran como universitarios que eran y decían ser, como él también lo había sido “pocos años antes” (risas).

Habló luego Ricardo, “El Gallo”, brevemente, y luego, más enrollado, un activista clásico. Aceptó los compromisos. Reconoció la buena voluntad del Sindicato de Camioneros y declaró que era una ayuda a que estudiantes de familias con pocos recursos pudieran seguir sus estudios en el Colegio de Ciencias y Humanidades.

Al día siguiente, llegaron equipos de permisionarios con todo el material necesario para volver a colocar los acumuladores e inflar las llantas. Los camiones empezaron a desocupar el estacionamiento de arriba, donde había más transportes de la Toreo-Huixquilucan. Se fue vaciando hasta quedar desierto. Hacia mediodía comenzaron con el estacionamiento de abajo. Los dos se mantuvieron vacíos todo el día, los profesores siguieron dejando sus coches en la calle, se imaginaban que el acuerdo iba a romperse casi de inmediato.

No hubo tal. Eso sí, seguramente unos meses después, aprovechando una subida generalizada de precios, estábamos comenzando el desplome económico del sexenio de Miguel de la Madrid, el precio del boleto alcanzó los 3 pesos y ya nadie protestó. Habían cambiado también las disposiciones políticas del Plantel. Que nos quiten lo bailado.

El episodio de los camiones, además de batir cualquier récord de secuestro de vehículos en la historia del CCH, mostró que

los alumnos, si la Dirección no los enfrenta sino los ayuda, y contiene con el argumento de que dañar los equipos es contraproducente, son capaces, aunque estén juntos mil a las 10 de la noche, de razonar y de buscar acercamientos graduales. Hacer política estudiantil madura. Cuando comenzó, todo era incierto, uno podía sentirse impotente, no hubiéramos logrado que sencillamente devolvieran los camiones.

Pero luego enfrentamos el problema con todo descaro (siempre estuvimos del lado de la comunidad) y logramos entendernos con el Sr. Rodríguez, que era una persona directa y experimentada en conflictos, clara en sus planteamientos, y luego acercarlo a la comunidad y hacerle comprender que la única manera de terminar el conflicto, en el que perdían cada día mucho dinero, para empezar, los salarios (aunque creo que les daban dinero a los choferes inactivos, si no, hubiera sido todo más violento).

El grupo dirigente de los activistas, no toda la comunidad participaba, era evidente y previsible, incluía muchas opciones nominales de agrupaciones estudiantiles, algunas inventadas sobre la marcha para tener voz, sin más porvenir que la duración de la pelea. Pero nadie trató de imponerse eliminando adversarios. Funcionó mejor que Rusia en los años 30 (del siglo pasado, Íñigo), cuando Stalin acabó con los viejos bolcheviques. Aprendimos mucho, el equipo de la Dirección se mantuvo unido y todos dieron la cara. Estuve orgulloso. La opinión de Rectoría nadie me la comunicó, pero como no hubo sangre, lo demás no les importaba. A nosotros, sí.

**T**erminé el segundo periodo de Director de Naucalpan y Agustín se convirtió en candidato de la Corriente Académica. Carlos Medina no alcanzó a titularse. Nunca supe por qué no dedicó el semestre entero en que lo liberé de obligaciones de Secretario Académico, para que terminara su tesis sobre Newton, que no trataba de la manzana, desde luego, ni su bibliografía incluía a Walt Disney. El Doctor Lozano la dirigía.

La candidatura de Agustín la propuso Cris Carmona y ella y yo comimos con él en el Vips de Echegaray y lo “convencimos” de representar a la Corriente Académica. No tuvimos dificultad ni en la candidatura ni en la auscultación. La Corriente pesaba en la Plantel, unos 230, y hasta ese momento seguía unida. Luego entre Agustín, ya Director, y Carlos se encargaron de dispersarla con la mira de tener mejor un cuerpo de comprometidos intachables y de eliminar a quienes se escudaban en el grupo sin comprometerse con el Plantel. Lo lograron. Fue una purga clásica de puritanismo. Nunca hubo otro grupo en ningún Plantel y ni siquiera en Naucalpan tan claro en sus propósitos ni tan numeroso. Fue una de las culminaciones de la mejor trayectoria de las Academias unificadas en un Plantel.

Total, Agustín, tomó posesión, nos fuimos a comer alemán a un restaurante de la cadena Bellinghausen del Periférico y de ahí no volví al Plantel, me vine a San Miguel Ajusco con dos cajas

que están todavía sin revisar hoy en 2025, a más de 40 años de su cambio de domicilio. ¿Habrá algún papel que sostenga cualquier frase de interés?

Unos días más tarde Javier, entonces Coordinador, me ofreció la Secretaría de Divulgación. El nombre me pareció siempre inadecuado, yo quería cambiarlo por “Comunicación Comunitaria”, pero Javier alegó que era el nombre original y se quedaba. Refunfuñé en silencio, no mucho, y comencé.

Por de pronto acordé revisar personalmente todas las páginas de la *Gaceta CCH*, y enlisté los disparates más repetidos y desagradables: *mismo que, alrededor del mundo, a nivel nacional o de Plantel*, o peor todavía, algún, raro, *pienso de que*, etcétera, y una larga caravana de frases hechas que daban la impresión de que leer un número bastaba para dejar de leer todos los siguientes: la calidad académica del Colegio (nunca era para tanto), en sus intervenciones los funcionario encallaban en los mismos lugares comunes, en fin, nada que ver con la *Gaceta* inicial de 74, de menos páginas, pero con documentos y reflexiones. Y más de una vez textos de controversia y tomas de posición abierta de la Coordinación, que podían llegar lejos. Yo introduje una página editorial que escribí en los cerca de 400 número de los que fui responsable último, repetidamente cargada de la necesidad de trabajar para que el proyecto del Colegio desarrollara universalmente su Modelo Educativo, pero este sintagma en esta frase es anacrónico, le faltaban 12 años. A mi modo retomé la función política, ahora de tinte académico, con la que Fernando y David habían marcado los años inaugurales de la *Gaceta CCH*.

Invité a René con quien y con Eréndira había desarrollado la clase sobre *Edipo Rey* en los cursos de selección. Inventó secciones concretas y atrayentes: entrevistas con exalumnos exitosos y con alumnos que, a pesar de condiciones disminuidas, la carencia de vista, por ejemplo, seguían con ánimo y alegría, y con éxito, los cursos del Colegio, entrevistas a profesores destacados en el multiforme

espacio público. Luego apareció, no recuerdo cómo, Jaime López, excelente poeta, y se encargó de ayudarme a seguir publicando, ahora en la Coordinación General, los *Cuadernos del Colegio*.

Con ellos dos inventamos una exposición de “Los Libros del Colegio”, en realidad menos libros tipografiados que reproducidos en multilith, pero que para entonces alcanzaban ya a contarse en muchos centenares. Nos prestaron una sala en San Ildefonso y la exposición, con su puerta única y sin frescos de Rivera, fue un incentivo fuerte para el orgullo del Colegio. El Modelo Educativo, del que entonces no hablábamos todavía así en el idiolecto de los pasillos, pero sí su equivalente *el proyecto del Colegio*, circulaba entre las mesas de la exposición sintiéndose reconocido y concretado. Finalmente teníamos apenas 12 años de enseñar y ya habíamos producidos miles de páginas para los aprendizajes de los alumnos, ya con Complementación Académica, pero todavía unos tres años antes de alcanzar por fin el Profesorado de Carrera de la UNAM.

Un punto que la casualidad reunió en la exposición fue que entre los profesores del Colegio se contaban tres premios Villaurrutia, Federico Arana con *Las Jiras*, Noé Jitrik, entonces incorporado al CCH y coeditor de la revista *Discurso*, y Jaime López con sus poemas y su libro del Fondo que son dos libros, *Isla de raíz amarga*, *insomne raíz*, basta con intentar comenzar por la última página e invertir el primero para encontrar su gemelo.

La asistencia de profesores fue constante, yo me di un par de vueltas y disfruté de las ediciones nada espectacular en formatos, digamos, aunque la palabra sonará franciscana sin intención, *pobres*. No importaba, había de todo, muy bueno y mediano y hasta ediciones minúsculas e indecisas. Pero representaban la floración dispar del Colegio. No todos los profesores habían tenido recorridos afortunados en oportunidades ni liderazgos más o menos clarividentes. Pero habían trabajado. Sobraban páginas y pruebas. Ahí estaban.



El Colegio innovador designado tenía apenas unos 12 años.  
Y existía como institución de creadores.

**E**sta voz, apenas embozada, y únicamente en un anonimato formalista, no puede atribuirse únicamente al autor. Cualquiera buena teoría del relato apoya esta aserción. Acaso, la perspicacia de alguno se arriesgue a atribuirla al inconsciente del profesor del Colegio que recoge su memoria. Tras 15 años de psicoanálisis no puedo negarme a este riesgo. Pero cualquiera que apueste a narrar su inconsciente, la memoria, y puede haber varias y disímbolas, del Colegio de Ciencias y Humanidades, no puede excluir esta incómoda contingencia.

De modo que en algunos de los fragmentos de este mosaico la voz ha enunciado y continuará enunciando los trazos de épocas y acontecimientos dominantes, para facilitar la comprensión de un largo recorrido de por sí posiblemente confuso para quien lo mire sin algún interés sincero desde fuera.

Quizá, si llegan a leerlo a tiempo, podría ayudarnos a mantener al Colegio en los espacios vivos de la UNAM, como una de sus componentes esenciales. Pero esta eventualidad es imposible. Estoy escribiendo apenas mi memoria y nunca podría publicarla antes de que el Consejo, en un par de meses, menos aún, se reúna para despedirnos, con toda probabilidad. Pero incluso publicado tras la irresponsabilidad universitaria acaso inevitable, habrá un testimonio de que nunca fuimos sumisos ni omisos ni remisos en trabajar por una educación básica, que ha estado

atendiendo que los alumnos aprendan, como protagonistas de su formación, lo importante de las materias importantes, se apropien de una cultura productiva, centrada en leer, escribir, calcular, comportarse como los especialistas, cuando resuelven problemas de sus campos en Ciencias y Humanidades.

Estas páginas no serán ahora instrumento de acción, pero sí testimonio de la pérdida de una totalidad universitaria, que quedará incompleta si nos rechazan.

Por de pronto estamos en riesgo y ahora a inicios de agosto de 2025, cuando por fin tras unos 12 años del anuncio, la Educación Media Superior se ha degradado para completar el Ciclo Educativo Básico, los rebotes de esta etapa, que ha comenzado inevitablemente, no podrán dejar de influir en nuestra identidad y, sobre todo, en el espacio social en el que lo que somos, tiene, o deja de tener, el sello de pertenencia a la UNAM.

El enamoramiento es un tumulto pasajero, imita más a un aguacero que a la lluvia, fina, a ratos densa y con trasuntos de eternidad durante dos semanas, de Comillas en el Cantábrico; de París en su inconstante primavera, del cielo abierto en minutos a las nubes negras cargadas de nieve que dejan blanco el Boulevard Saint Germain, desde un café cualquiera, y luego un nuevo sol derrite sin remedio; o las lluvias de Euskadi, de La Coruña o de Irlanda. Tras los años arrebatados de la primera década, el Colegio entró, sin confesarlo ni a sí mismo, al túnel de la ruptura de sus ambiciones: las academias se convirtieron en rutina o fueron acaparadas por aprendices aspirantes al caudillismo, apoyados en la pasividad que disimula miedo o desesperanzas, de profesores más preocupados por aparentar estar cumpliendo con sus clases que por ponerlas en las aulas hechas de presencia viva. Se diluyó incluso la tradicional batalla, cito, contra las *nefastas autoridades*.

A esta caída colaboró, en más de uno deliberadamente, la aparición de los sindicatos, primero los trabajadores, que cercaron

de imposibilidades jurídicas en lo inmediato y terminaron por prescindir de un Rector, el nuestro; luego los profesores, encabezados por el compacto MAP, que podía leerse como una materia obligatoria en todas las carreras de Ciencias Políticas, algunos de cuyos residuales capitanes, más de 30 años después, fuera de toda norma, siguen tramando designaciones de directores y nombramientos de secretarios de Rectoría, desde el 16, por traer a cuento un rasgo vago de cronología, luego acogidos por Morena.

El Sindicato de profesores en sus inicios se anexó todo lo que podía considerarse laboral y trató de invadir zonas vulnerables de la academia. Se negó al primer acercamiento al profesorado de carrera, imaginado por el Coordinador para el Colegio, legítimamente a cargo de profesores pasantes y estudiantes y se opuso a la designación de Comisiones Dictaminadoras. Creían que nada podía hacerse en el Colegio sin su aprobación previa.

Las academias perdieron la selección y la contratación de nuevos profesores, los aumentos de horas, los cambios de horario y de turno. Pero habían perdido de antemano el apoyo de los profesores que se ocupaban sobre todo de enseñar. Estos apoyaron igualmente la dictaminación para la definitividad, sin dar importancia a la objeción intrusiva del sindicato, y aceptaron comenzar a ensayar nuevas formas de profesor de carrera inexistentes en la Universidad, pero adecuadas para el Colegio.

Así, la primera reacción de no someter al Colegio a los grupos que se imaginaban, ellos solos, progresistas, no tuvo tal vez héroes, pero sí una colaboración numerosa de asentimientos y participación que ningún organismo pudo nunca ni igualar, ni contener ni encaminar, lo que abrió el paso a una sensación de autogestión que nunca dijo su nombre y solo en Naucalpan generó un movimiento organizado y políticamente insoslayable, la Corriente Académica.

Cito en una sola voz antigua, las de dos Coordinadores Generales del Colegio en los dos periodos de Rectorado del Doctor

Soberón.

—Mira, el Colegio del que hablas es una utopía. Las utopías no se desdeñan, pero hay que someterlas al empobrecimiento de la historia. Pueden llegar a ser, pero nunca enteras, ni por sus actores, aquí los profesores, que terminarán abandonando los ideales más exigentes, para imitar lo que hace la Universidad en sus mediocridades, bueno, en sus medianías. Tampoco todo lo que la utopía contiene es realista, de probable alcance en las condiciones de la realidad histórica de México. En realidad, de cualquier sociedad. Es la condición humana. No ayudan al Colegio la falta de democracia y el autoritarismo o el intento del PRI de hacerse presente, aunque sea de manera soterrada. Acuérdate del proyecto de imponer el encuadramiento de los Jefes de Área, indudablemente originado en el PRI de Toluca.

“Por lo mismo, si el Colegio logró aparecer y ser reiteradamente apoyado por un Rector que inicialmente ni lo creó ni lo soñó, pero que se convenció de que se trata de un proyecto posible y enriquecedor de la UNAM, no nos conviene intentar estar fuera de las regulaciones universitarias, del Estatuto del Personal Académico, por ejemplo, ni negar la autoridad establecida en la Ley Orgánica.

“Más bien hay que retomar las innovaciones de las academias y abrirles un espacio compatible con estatutos y reglamentos generales de las UNAM, para que adquieran una consistencia fuera de toda duda y libremos al Colegio de la condición de blanco de los perdonavidas y no vuelva a quedarse sin Coordinador por una renuncia provocada con habilidad, pero sin moral. La política respeta una ética o no es política. Será cualquier otra cosa, grilla, manipulación, ponle el nombre que quieras, tú que te dedicas a las palabras.

“El Colegio tiene que optar y comprometerse. Si la legislación de la UNAM lo creó, no le conviene rebelarse contra su mejor protección, las normas de la Universidad. No puede al mismo

tiempo acogerse y tratar de derribar sus propias defensas. Entramos a una etapa en que la Universidad debe reconocer en sus ámbitos legales lo que legítimamente pidió al crear al Colegio.

“Hay que cerrar todos los canales de alimentación espuria de las academias y obligar a los directores de los Planteles a recobrar la autoridad que les corresponde y de la cual son responsables por juramento. La Universidad ha encontrado muchas veces soluciones que se apropian de ideas nuevas y atrevidas y las encuadra en disposiciones ordinarias. No veo que estemos incurriendo en ningún riesgo incontrolable.

“Los profesores se sentirán menos desvalidos ante los abusos de los grupos que han estado intentando imponerse en las academias, porque los Consejeros Académicos y las Comisiones Dictaminadoras serán designados no a mano alzada, sino en votaciones secretas.

“¿Cuáles serán las repercusiones de estos nuevos organismos en las Facultades? No faltarán inspirados por un proyecto que atribuyen a Rectoría, que quieran tomar el poder de decidir sobre los programas de los planes de estudio del Colegio”.

En la misma oficina de paredes cubiertas de madera clara de la Coordinación General, años más tarde, otro Coordinador de la misma escuela institucional, Junta de Directores especial, por la presencia del Coordinador. Se produjo un intercambio que, resumido, vino a dar en algo que podría ser un “diálogo” o, mejor, “un instructivo sobre la conducción de los Planteles”.

—En los últimos años hemos logrado contener el abuso de poder. Está muy bien que la Coordinación limite con reglamentos y organismos académicos a las academias, pero no es lo mismo estar en CU que en un Plantel. Allá no se oyen igual las reglas que la Coordinación imagina. La cara la ponemos nosotros y, para ser claros, nadie ayuda. Tomas medidas conformes a la ley por actos probados y el sindicato de profesores negocia con la Coordinación y arregla todo a su conveniencia. Mejor dígnos

cuándo podemos actuar y cuándo no, aunque en este punto las normas valen y no pueden depender de decisiones particulares.

—Los profesores del Colegio, todos, formaron las academias, porque la UNAM no previó ningún organismo intermedio entre el profesorado y las Direcciones de los Planteles o la Coordinación. Las academias tienen muchas deficiencias, pero han elaborado los programas de cinco semestres, y materiales didácticos, han participado en la incorporación de nuevos profesores legítimamente apoyadas por el Consejo del Colegio. Tenemos dos caminos: la guerra, que terminará en rupturas insalvables de las direcciones con la mayoría de los profesores más responsables y conscientes o una salida legal a las aspiraciones de participación. Decimos que los alumnos son los protagonistas de su formación, pero si se trata de los profesores nos negamos a reconocer su papel en la docencia. Si los profesores no se comportan con libertad, su respeto de la Universidad no servirá de nada, pura palabrería de discurso de ceremonia oficial. ¿Queremos o no intentar un Colegio “órgano de innovación permanente” de la Universidad? Además, que yo sepa, ninguno de ustedes está privado de experiencia ni es novato en la política universitaria. De modo que no hay que buscar salvedades para una dirección cómoda, las direcciones del Colegio por de pronto no lo serán y alguien tiene que ocuparlas. Tienen la palabra.

“Habrá cuatro Consejos Académicos, con profesores representantes de las áreas de cada Plantel, los Encargados de Sección que representarán a los Directores en cada Área y los Encargados y Secretarios de cada Área de la Dirección del Bachillerato. Los presidirá el Secretario de cada Área de la Dirección de la Unidad Académica del Ciclo de Bachillerato, la DUACB. Se ocuparán del desarrollo académico por Área, de opinar sobre los programas y Planes de Estudio, de aprobar proyectos de trabajo y evaluaciones, de formación de profesores. Harán todo lo que las academias hicieron y están dejando de hacer, pero de manera

colegiada al estilo de la UNAM, por medio de Consejos donde no cuenta el solo número, sino las razones. Espero su colaboración para contar con candidatos leales al Colegio, bien preparados y capaces de discutir con cualquiera sin miedo. Entramos a una etapa que acabará por ser más serena y productiva.

Así intentaba, y lograba, gobernarse el Colegio, manteniendo los valores de la vida colegiada y de su proyecto académico. Luego, con altibajos, finalmente hacia el final de los primeros 10 años del nuevo siglo, el edificio comenzó a sufrir grietas profundas, como la casa de Usher, cuya fachada se partió de arriba abajo, bajo la hiedra densa que la ocultaba, todavía sin hundirse, y siguió sin remedio su derrumbe hasta la tregua de fin del segundo decenio gracias a recuperaciones parciales de una mejor Dirección General, hasta que un rector ignorante de la Universidad que, se ha dicho, gobierna, decidió hace tres años en su primer periodo que la vieja casa merecía de una vez por todas irse al fondo del estanque.

Nada más distante de las normas de gobierno del Colegio, a la vez convencido de su Modelo Educativo, ahora mucho más que un proyecto, y de su inserción ya alcanzada en la legislación universitaria sin desviarse ni un ápice. Lo hemos logrado y estamos convencido de que la innovación, que es signo inevitable del Colegio, ha dado frutos numerosos, y puede y debe mantenerse.

Por eso nuestra terca convicción racionalmente fundada.



Siete de la mañana en el estacionamiento de la Tienda UNAM de Acatlán. Alfonso, Secretario General del Colegio, Julio Guedea de Asuntos Jurídicos, bromista y hasta ese día sin haber mostrado nunca miedo a los alborotos, el Abogado y el Secretario Administrativo del Plantel, un par de Jefes de Departamento de la Coordinación. Javier, Coordinador General entonces, nos había confiado a Alfonso, cabeza del grupo de las fuerzas especiales que seríamos durante algunas horas, y a mí la misión incierta de recuperar el edificio de la Dirección de Naucalpan, tomada “por las bases”, esa vez apoyadas por el STUNAM, que colaboró él solo con las razones y la toma de la Dirección.

La acusación parecía grave: el abogado del Plantel había citado a un trabajador acusado de robo de papel Bond para impresiones, una cantidad de cajas que valía varios miles de pesos. No era el primer robo, antes habían estado saqueando el Departamento de Mantenimiento, ingenuamente a pocos metros de la salida del estacionamiento de abajo. Tubos, cable de cobre, herramienta. Coincidían los atracos con los turnos de fin de semana de los mismos vigilantes. Se aprovisionaban los sábados.

La acusación recaía sin intermediarios en el propio Director y el tamaño de Agustín y su musculatura parecían reforzar la verosimilitud del atropello, ante cuya desmesura, según las

matemáticas de la comunidad, se desvanecían los robos que originaron el abuso de las autoridades. Así las cosas, según la asamblea, la hubo, pero sin profesores, con excepciones de los más radicales. Ningún Área pidió la remoción de Agustín. Ya era una ventaja, los profesores como gran armada no habían salido de puerto.

La mañana era fresca en la extensión vacía de coches y en 10 minutos nos pusimos de acuerdo en un asalto silencioso por la entrada del estacionamiento de arriba, no ingenuamente, pero si ventajosamente cercana del edificio de la Dirección. Porque, a nuestra vez tomaríamos las oficinas y nos encerraríamos. Por supuesto, en algún momento llegarían los jefes de la sedición, y también imaginamos que podrían llegar con fuerzas de apoyo de las bases, y nos exigirían el abandono de los locales. Diríamos simplemente “No”. Aprendimos el texto de memoria.

Luego seguiría una discusión y se juntarían algunos cientos de estudiantes. No todo el Plantel, apostábamos, la mayoría seguiría en clase como si nada, pero sí enfrentaríamos una multitud considerable. Retrasaríamos la solución del primer episodio, tras una hora de cansarlos. Luego propondríamos un plan para hacer avanzar el conflicto hacia una solución justa:

Abandonaríamos la Dirección, pero nadie se quedaría en ella ni se consideraría tomada, quedaba como prenda, que mutuamente nos dábamos de que emprenderíamos una negociación.

La Coordinación, representada por el Secretario General del Colegio, convocaría a una Asamblea General a las 10 de la mañana en la escalinata del Plantel, mesa abajo en el rellano, presidida por Alfonso mismo, y por el Secretario de Divulgación, yo. La Asamblea designaría a un profesor y a un trabajador, para compartir la coordinación de las intervenciones.

Se discutirían las medidas justas para sancionar los atropellos probados, pero en el marco del Contrato Colectivo firmado por la UNAM con el STUNAM.

Sin mayor resistencia, Brena y Mondragón, que simbólicamente eran el Área de Matemáticas matutina entera, aceptaron sin contrapropuestas. Salimos de la Dirección, la cerramos y pusimos sellos firmados por ambos bandos. Alfonso nos propuso un plan de acción simple:

—Déjenme hablar primero”.

Nadie objetó. Luego comprendimos la maniobra, pero era ya inevitable y, sobre todo, nos resultaba ventajosa.

Se juntaron los mil alumnos que caben sin encimarse en la escalinata, del rellano de la mesa de la asamblea, bajando, hasta el edificio de la Dirección arriba, sentados en los escalones, en las bardas, en los prados. Profesores, los más comprometidos, que ahí quería decir los que detestaban a Agustín, tal vez dos docenas, eso sí afamados por su respuesta fulminante al abuso atribuido al Director y con el intento de devolver los golpes a la Dirección, 30 cuando mucho y no todos fogueados. Pero se interesaban en cómo terminaría o crecería el conflicto.

Alfonso, sin más ceremonia, tomó de inmediato la presidencia de la mesa, yo a su izquierda, y los demás por los alrededores. Habíamos decidido que Agustín no estuviera, porque podía ser interpretado como si para nosotros todo estuviera resuelto y simplemente nos presentábamos a reinstalarlo. Alfonso propuso comenzar con una especie de delimitación del problema, una puntualización cuidadosa, porque los valores en juego eran de primera importancia. Luego dio la palabra a unos 10 profesores. Nadie reclamó ni hubo contrapropuestas. Alfonso hizo votar el orden del día de improviso y con rapidez. Pocas manos se alzaron, luego ninguna en contra. Teníamos la presidencia bien asentada.

Apareció una clara estructura de la concurrencia a la asamblea. Si fuera visible, de colores diferentes según las opiniones, lo era para ojos avezados. Por una parte, una nube negra, dispersa en la escalinata. Los profesores y los mil alumnos formaban

más bien una niebla tenue, alegre en las orillas del sol que llegaba de la izquierda, aunque la mesa seguía en la sombra de los inevitables eucaliptos del antiguo Bosque de Los Remedios. Imaginé que los alumnos no sabían siquiera de qué se trataba, pero discutir si se abría o no la Dirección resultaba atractivo. Nada más. Y además tenían funcionarios conocidos de nombre (yo había sido ocho años director del Plantel, hasta año y medio antes,) y les despertaba alguna curiosidad. No conocían el acta supuestamente acusatoria, que podría tener como título y consigna verbal, además de las referencias formales de un expediente, “El Director golpeó a un trabajador”, pero no la conocían y al Director acusado sí, pero la mayoría de lejos. Todos sabían que medía dos metros y pesaba 120 kilos. Consecuencias legendarias del fútbol americano.

Cuando los oradores de la comunidad cometieron el error de terminar de repetir las mismas frases en una media hora, Alfonso tomó la palabra y habló lentamente sin interrupciones hora y media. Relató el origen del CCH, las luchas contra los porros, de las cuales la imagen de Agustín era, como de paso, inseparable y auténtica. Una vez, lo añadido ahora yo, había perseguido a un porro, acusado in fraganti, de arriba abajo del Plantel hasta llegar a toda velocidad a la barda trasera y abandonar la persecución, porque el porro, más joven saltó a la calle y Agustín no quiso, por una vez prudente, arriesgar el salto de sus kilos en una caída de más de tres metros; resumió en un cuarto de hora mi gestión de ocho años —me pareció poco tiempo, pero tampoco protesté—, luego, sin entrar en detalles pintorescos, presentó un relato en el que, al ser llamado a dar cuenta de sus robos, de lo que las autoridades tenían pruebas fehacientes, y la comunidad conocía, y no se hagan, el trabajador llegó tomado y se levantó de la silla que ocupaba delante del escritorio del Abogado del Plantel, de repente y sorpresivamente para agredir al Abogado que le tomaba declaración. O eso pareció, pero

Alfonso no dijo “como si fuera a agredir”, justamente el punto de disputa, al abogado del Plantel. El Director, que también, por propio derecho, asistía a la investigación, simplemente le puso las manos en los hombros y lo obligó a sentarse. ¿Dónde estaban los golpes? No había huellas. Si lo hubiera golpeado, todos conocen al Director y su fuerza, tendría un ojo hinchado y moretones. No hubo golpes. Punto. Si los hubo, presenten las pruebas y actuaremos para sancionar la violencia. El día de los hechos no hubo médico que testimoniara de las agresiones, era sábado. La verdad es que a nadie se le ocurrió.

En resumen, se trató de un incidente desafortunado, pero los funcionarios no habían violentado a nadie y menos a un trabajador cuyos robos estaban probados. ¿Para qué serviría golpearlo? ¿Para darle una escapatoria a la rescisión?

A lo largo del monólogo, con el que se desquitó de los rollos que cada uno de nosotros había tenido que escuchar en innumerables asambleas y discusiones, los alumnos se fueron aburriendo ante tan inmensa erudición legalista y los detalles que Alfonso creyó indispensable explicar, en sentido etimológico y jurídico, deshacer todos los pliegues de leyes, usos y costumbres, buena voluntad y “prueben lo contrario”.

La asamblea decidió devolver la Dirección, tres de nosotros se retiraron de inmediato para quitar los sellos efímeros, tomar posesión y cerrarla por dentro y Alfonso se comprometió a informar a la comunidad acerca del pleno esclarecimiento del incidente.

Volvimos divertidos a la Coordinación a dar cuentas.

Una semana después conocimos la verdadera historia, contada por uno de sus protagonistas. Efectivamente la escena central había sido cercana a lo que Alfonso compartió con la asamblea. Con una diferencia. El trabajador sí se había levantado de repente y el Director tuvo la impresión de que iba a golpear al abogado. Lo sentó con un par de golpes en el pecho, que, en

el relato que Alfonso sirvió a la asamblea, se convirtieron en el inofensivo empujón en los hombros para que se sentara. En realidad, fácilmente podíamos imaginar que jalando aire.

Pero la asamblea había terminado dos semanas antes y no había manera de volver a reunirla. Agustín, a quien se llamó la atención, aprendió que hay que mantener los puños en las bolsas del pantalón. También cuando estás interrogando a un ladrón de papel Bond de la UNAM.

Cuando una comunidad se dispersa, quedan vacilando en el viento, hojas sueltas, sonidos fragmentados que no completan ningún sentido, diálogos reducidos al silencio de los saludos cotidianos que intentan mantener un contacto fugaz, una triste función fática que no inaugura ni prevé ningún diálogo.

Así es gran parte del Colegio desde hace años, escribamos para dar una idea, 15 años. La colegialidad académica ha desaparecido, con excepción de los encabezados de los oficios de los Consejos Académicos, “Consejo Académico de Historia” o de “Matemáticas”. Ninguna realidad significativa queda convocada por el nombre.

Hay academias que tienen una comunidad general pero fragmentaria. Veo la contradicción, pero así parece ser. La Academia se reúne, no discute temas docentes, pero toma decisiones de política interior y sigue influyendo, hay un pacto social nunca enunciado, pero bien asentado, y las comunidades ya endebles sienten que participan en la marcha del Plantel. Hay, asimismo, fuera del esquema, grupos de trabajo arrastrados por profesores de experiencia que se encargan de formar a profesores recientes. Y los admiro. Vicky y su argumentación discursiva, el grupo matutino actual de Talleres de Naucalpan, Lupita en Francés y Angélica en Inglés, otra filósofa, Carmen y sus jóvenes compañeros. Debe haber otros. Bajo las cenizas las brasas tercas.

En los 80 no fue así, todavía. El Consejo de Talleres organizó un par de coloquios, los Matemáticos mantuvieron “Mathema” hasta una decena de ocasiones y cubrieron los primeros años de los 90. Mientras dependió de mí, los apoyé.

Transcribo una conversación, oída y olvidada, de un grupo de trabajo de profesores de Talleres de los cinco Planteles, para dejar memoria de una de las actividades de innovación colegiada que le dieron a su Consejo una vida que pervive apenas en rasgos dispersos, pero que todavía se oye tal vez apenas susurrar. De esta audición, que resuena en mi recuerdo, obtengo las siguientes intervenciones, para nada falsas, pero tampoco literales, más allá del intento cuando mucho parcialmente exacto en las palabras, verdadero en los campos semánticos que se apropia. Vuelvo a finales de los 80.

—Tomen nota de todo lo que se diga. No estamos aquí para apoyar las tesis del Coordinador, sino para defender los derechos de los profesores. Nunca los han atendido y ya es hora de que el Colegio se convierta en una escuela adulta. Al final de esta sesión hay que dedicar tiempo para revisar la minuta y añadir lo que se haya omitido. Bueno. Voy a mi punto central: ya basta de estar haciendo las mismas antologías de teoría literaria, porque esto es el CCH y no la carrera de Letras Hispánicas. ¿Para qué tanto texto de franceses, que a la mejor ya expulsaron de la Sorbona (los textos, los autores terminaron sus posgrados hace cien o sesenta años) después de 68? Porque el Estructuralismo ha hecho crisis. Nos hacen mucha falta lecturas de Lukács y de Goldmann, teoría marxista de la literatura y del arte, bueno, va junto todo, ¿No? Porque estamos enseñando a leer novelas burguesas, hasta Camus, que se considera vulgarmente progresista, pero nunca estuvo en el Partido Comunista Francés, cuando mucho fue “compañero de viaje”. El existencialismo es una rebeldía dentro del sistema capitalista, es la única aventura a la que se atreven los burgueses. Nosotros, Talleres vespertino



de Oriente, proponemos que se formen grupos de investigación sobre teoría literaria, para que los profesores de todos los planteles conozcan las teorías marxistas de la literatura. No podemos seguir enseñando a leer, como los preceptores hacían en Europa con los hijos de la burguesía y antes de la nobleza, o los hijos de los Junkers en Prusia, bueno, de la clase dominante o aquí en México durante el Porfiriato, no sé si hubo, o sí hay todavía, una burguesía de verdad, hay una clase media raquítica, mientras el proletariado se conserva para su explotación y recibe una formación burguesa. ¡Qué contradicción! A nombre de la academia de Talleres de los turnos vespertinos, proponemos el siguiente acuerdo:

*“El Área de Talleres enseñará a leer textos progresistas aplicando teorías adecuadas y filosóficamente probadas, como lo son las de Luckacs y de Goldman, en particular sobre la novela. No excluimos leer poesía o teatro, pero, si incluimos novelas en el tercer semestre, será siguiendo la propuesta que Oriente propone”.*

—En Naucalpan tenemos otras concepciones, que son las del Colegio descritas en la “Gaceta Amarilla”. Hay que enseñar a los alumnos a leer textos clásicos y modernos, de todos los géneros. La importancia de los textos en los programas no se define por su valor, supuestamente, revolucionario. No estamos adoctrinando, sino enseñando a leer y a redactar, es decir, a comprender, interpretar y evaluar lo que puede aprenderse para interesarse en otras lecturas, pero también para aprender de los problemas humanos que se plantean en las obras literarias, y compartir los hallazgos propios con el grupo y, ojalá algún día, con la comunidad estudiantil del Colegio. Desde la polémica Caso-Lombardo, que ganó Caso, ustedes van a agregar “el burgués de Caso”, la Universidad rechaza obligar a una ortodoxia, cualquiera de ellas. El Colegio es una escuela de libertad intelectual, filosófica principalmente. No hay regla

para concebir la realidad social impuesta por la institución, el compromiso es con la verdad, que siempre puede discutirse, pero nunca puede imponerse. Además, hay que leer literatura, porque su lector disfruta y no la soporta como una carga, que es el camino para dejar de hacerlo.

—Nosotros en el Sur nos oponemos a que se desvíe la lectura a los periódicos, la historia, la divulgación científica y sabe cuántos tipos de texto. Lo central y más valioso es la literatura. En la “Gaceta Amarilla” no se habla de todo eso. Es la última oportunidad de que los alumnos lean novelas clásicas, entendidas como las que han mantenido su valor y, añadido, sí, su interés desde la Antigüedad, el Renacimiento, el Romanticismo, el Realismo, las Vanguardias hasta nuestros días. Antes que nada, hay que enseñar a aplicar un método literario, lo único adecuado para no confundir la literatura con los panfletos de los profesores de Historia.

—No es exacto, la “Gaceta Amarilla” habla expresamente de leer autores Clásicos y Modernos, de acompañar la experimentación en Biología con la lectura de algún libro de historia de esa ciencia. Los alumnos requieren la habilidad flexible de leer periódicos, parte de su cultura histórica, sobre ciencias, sobre otras concepciones de la Historia divergentes de la casi oficial de las Academias de esa materia. No basta la Literatura, aunque sea tan importante, nadie lo niega.

Así, la forma que he impuesto al diálogo trata de reproducir una de tantas discusiones, corría el enfrentamiento sobre lo que deberían hacer en sus horas de Complementación los profesores de carrera. La investigación se escondía detrás de cada propuesta, porque nadie estaba preparado para cubrir los enfoques que las intervenciones proponían simulando que representaban a su academia, lo que ninguno creía, pero formaba parte de los rituales convencionales de la discusión del Colegio. Seguramente hubo más de alguna reunión de este estilo, que comenzaban

a ser exiguas y breves y los oradores interpretaban lo que les parecía ser la opinión general que apoyaba siempre sus propios puntos de vista. Pero cada quien creía, o al menos aseguraba hacerlo, en la validez de sus propias opciones.

Y, a pesar de ciertas mentiras de superficie, el Colegio avanzaba.

**E**n los enormes espacios de la antigua fábrica textil de La Trinidad, sí encontrabas momentos de silencio profundo. No había silencio en la alberca, ni en el recinto de reuniones del Seminario de las Direcciones del Colegio, no olvidas, en el otoño de 1985. No, no fue en 81, ni tampoco a inicios de 84, porque no hubieras obtenido posibilidad de acomodar el relato que sigue, en tu línea del tiempo, discontinua y tenuemente unitaria, los recuerdos que esta mañana de lluvia de presagios de otoño del 2025 te sorprenden por su presencia reciente, todo está acabando de suceder, que es la señal de vida de los recuerdos.

El caso es que coincidieron Javier, Alfonso, Carmen y tú en un corredor de la fábrica, al atardecer, crees poder testificar. De cualquier manera, dejando la fecha exacta y el lugar preciso, puedes afirmar lo siguiente: La Trinidad, una reunión general de funcionarios, al final del primer periodo del Rector y la convocatoria emitida o inminente para un nuevo periodo. Has fijado el contexto. Como la historia tiene espacio y tiempo comienza a ser real.

—Vamos a apoyar la reelección del Rector para un segundo periodo. Podemos decir, sin faltar a la verdad, que no ha habido problemas para el Colegio. El Rector es un hombre honesto, de buen trato y le debemos el primer Coordinador General, pro-

fesor del Colegio. Pudimos hacer la Exposición “Los libros del Colegio” en San Ildefonso, seguimos editando *Cuadernos del Colegio*, sin intentos de censura, que no hubiéramos admitido, y escribiendo lo que cada autor piensa. En la sesión plenaria, que cierra los trabajos de esta tarde, voy a proponerlo al pleno.

—No estoy seguro de que una reelección le convenga al Colegio, Javier. ¿Recuerdas lo que dijo el Rector sobre la inutilidad de los Profesores de Carrera? A lo mejor, eso sucede en Medicina, sus profesores son médicos que trabajan en hospitales y supervisan el aprendizaje en entrevistas a enfermos y colaboración en cirugías, pero en un Bachillerato su existencia condiciona poner los contenidos de las materias en términos científicos y a la vez adaptados al desarrollo de adolescentes, la producción de materiales y tiempo para revisar los trabajos de cualquier asignatura. Y de esta actividad no existen manuales y demanda tiempo y experiencia.

—Yo me comprometería, bajo palabra del Rector o al menos, en este momento explícitamente, de los Secretarios Generales Administrativo y Académico, yo mismo, a obtener plazas de carrera para el Bachillerato, pongamos, en un plazo de un año. No digo menos, porque habrá un periodo de readaptación y ahí habría un hueco para solicitar y justificar. De todos modos, nuestra posición debe partir de lo que conviene al conjunto de la UNAM. No podemos encerrarnos en las murallas del Colegio.

—Yo coincido en que el Rector se ha negado a darnos plazas de carrera. No pienso que puedas convencerlo, porque chocarías precisamente con el Secretario General Administrativo. ¿Recuerda el desayuno de los miércoles en aquel restaurante de San Jerónimo? Coeto dijo claramente que no nos darían ni una plaza, mientras no demostráramos responsabilidad. Mira nomás, cómo si no estuviéramos trabajando más que cualquier dirección de facultad o escuela. No olvides que el Secretario es el director de la campaña de reelección del Rector y su mano

derecha, es un decir, porque acostumbra usar la otra, para lo que sale en la *Gaceta* y lo que no sale ni se menciona, como la advertencia, voy suave, de recortar el presupuesto de la Investigación Científica porque Jaime, su Coordinador, también es candidato a Rectoría. No creo que la hagas contra Rodolfo ni probablemente esquivándolo.

En los enormes espacios de la antigua fábrica de La Trinidad, se impuso sin otra razón que su aparición misma otro momento de silencio profundo, esta vez marcado por la distancia que se había endurecido en medio del grupo. Se podía escuchar todavía un rumor lejano de las máquinas que tejieron algodón cultivado en La Laguna y lana, vete a saber, de Chihuahua, de Durango o Puebla, imagino, hacía 100 años.

—No tienes ningún recuerdo de la propuesta de reelección ante el pleno del Seminario que Javier, con su interminable capacidad dialéctica, debe haber formulado. Seguramente no asististe. Pero tampoco recuerdas ningún refugio de conspiradores ni lo que pudieron decirse. No lo hubo.

“De lo que estás seguro es de que Alfonso, Carmen y tú decidieron jugársela contra la reelección y el poder del Rector. No era una frase. El poder se ejercía, bueno, no él solito, sino sobre todo por las manos del Secretario Administrativo. El día de la cita, un mes más tarde, con una de las comisiones de la Junta de Gobierno, en la Coordinación de la Investigación Científica, el Coordinador, que era el candidato que apoyaban ustedes, les contó que el Secretario Administrativo lo había amenazado o claramente advertido, con que el año siguiente se quedarían sin recursos, por competir contra el Rector. ¡Ah!, entonces era cierto. Los tres se dieron cuenta de que jugarla iba en serio, pero ni parpadearon. Los dados ya estaban rodando en la mesa. Iban por tres seises.

La comisión de la Junta nos trató con respeto y amabilidad. Ahora debo hablar yo, porque la entrevista fue privada y nadie

más que los asistentes pudimos tener noticia cierta del intercambio. Me tocó argumentar sobre la necesidad del profesorado de carrera para el Colegio, apoyándome en el tiempo necesario para poner, con exigencias de ciencia, los conocimientos de las diversas disciplinas al alcance del aprendizaje de adolescentes de Bachillerato. No tratábamos de una operación académica que se aprendiera en ninguna licenciatura ni mucho menos era automática ni como coser y cantar. Saber no equivale a saber enseñar, ni mucho menos, a enseñar a aprender, a alumnos de 15 años. ¿Quién puede hacerse cargo de esta puesta al alcance, sin pérdida del rigor ni de las exigencias de ciencia universitarias? Se requiere disponer de tiempo contratado y estar entrenado en reflexionar sobre la propia docencia en la disciplina en que uno está formado en la licenciatura, con distancia y autocontrol crítico. El Colegio demanda profesores de carrera igual que las escuelas y facultades de estudios superiores.

Tras la entrevista con la Junta, se fueron, recuerdas, a serenarse a un café de Perisur. Si no te equivocas, todavía había un Mozart en la esquina del corredor del primer piso camino del estacionamiento cubierto. Las amenazas de presupuesto raquí-tico para la investigación científica les habían dejado claro que ya tenían puesto el cuello debajo de la guillotina suspendida. Pero estaban convencidos de que no había de otra. Se sentían universitarios plenos, porque no antepusieron sus intereses personales al bien del Colegio. Comenzaron, además, a ponderar más críticamente la situación. Sin duda, el resentimiento con la Coordinación de la Investigación Científica venía de la carta que unos 130 investigadores, 128 exactamente creo recordar, habían publicado contra la reelección del Rector, en términos firmes y sobre todo académicos y racionales. Habían encabezado la revuelta, aunque nadie citó públicamente su texto ni hubo una campaña de adhesiones a sus propósitos. Se bastaban solos. Pero resonó. Algo se tranquilizaron ustedes, y el nuevo sentimiento

tenía que ver con la libertad de conciencia y las exigencias de racionalidad de la UNAM. Desde entonces los tres se acompañaron en muchas de las decisiones de riesgo del Colegio, eso lo sabes muy bien. La amistad nace de los riesgos compartidos.

El primer día de deliberaciones de la Junta no hubo elección, creo que ni el segundo. El tercero, por la tarde cuando llegaba de la UNAM, una estación de radio, la oí en mi casa en el pequeño recinto de paso de los teléfonos, nuestro “*call center*”, anunció la designación de Rector. Cuando el nombre del nuevo Rector comenzó con “Jorge” y no otro, supe que la guillotina había desaparecido, bueno, por de pronto. Llamé a Alfonso y a Carmen.

Luego me tocó protagonizar una buena faena de convicciones. El nuevo Rector, Carpizo, me llamó y me ofreció una Dirección General, de algo así como de Coordinación del Servicio Social y darle peso institucional y, digamos, calidad académica, para colaborar con un proyecto análogo del Gobierno Federal, en manos de un funcionario que luego fue más importante, gobernador y todo, para finalmente apropiarse de la fama acostumbrada de las administraciones priistas. Tuve dos entrevistas con el nuevo Secretario de Rectoría. Me ofreció la Dirección que quisiera en el ámbito de apoyo a los alumnos (porque yo insistí en ocupar una de trabajo académico), además de coche y chofer y convertir un programa en Dirección General. Nunca hablamos de sueldo. Pero yo no quería dejar el Colegio, ni me importaban ni el coche ni el chofer, servicio que es también una fuente de información para quién sabe quién, si andas de malas. Decidí quedarme en el Colegio y seguir en la Secretaría de Divulgación. Se extrañaron un poco y el Secretario de Rectoría no pudo anunciar que había cumplido. No perdí una cierta amistad con el Rector, que se invitó a comer un sábado en mi casa, aduciendo que yo sabía preparar una buena *pasta asciuta*. Era verdad. (Los niños ya habían comido antes). Me



sentí halagado sin mérito de mi parte. Conversamos largamente de Europa y yo narré mi terquedad en fotografiar en detalle la puerta de bronce románica de San Zenón de Verona, cuando el sol de la tarde exaltara los relieves.

El Rector creó plazas de carrera para el Bachillerato Universitario, antes de un año de su gestión. Habíamos logrado uno de los triunfos mayores del Colegio. Algo como un Supertazón o ganar la Serie Mundial.

Lo vi por última vez en un encuentro casual y cordial en Sanborns de San Jerónimo, cuando él era Secretario de Gobernación. Luego me enteré, tarde y de repente, de su muerte.

Lo sentí amistoso muchos años.

Las tres filas de vehículos, ahora muchos eléctricos, resbala ocultando su ansiedad debajo de un silencio absoluto, más bien reciente. Hace años que se acabaron los toques de claxon inútiles que la generación de los *millennials*, hecha de cuarentonas y cuarentones, ni considera siquiera, abstraída en sus pantallas múltiples, con conducción de automóvil integrada.

Hace ya poco menos de 10 años que nos cambiamos a los Bisquets de Obregón en Padierna, pasada la gasolinera de donde parte la avenida, dime nomás, Echeverría de la Miguel Hidalgo, a la derecha. Alfonso llegaba de Akil en diez minutos. Ernesto, también vivía cerca desde hace unos 15 años.

Los dos se jubilaron, Alfonso en el 17, después del cambio de Dirección General que nos devolvió por algunos años la esperanza, también Ernesto, en octubre del 19. Los dos desaparecen en temporada baja para asolearse en Acapulco. Soy el único que se obstina en el Colegio, porque tras medio siglo “todavía no hemos comenzado”.

Ahora, corren ya los finales de agosto del 25, todo se ha vuelto oscuro de golpe, aunque no podemos aducir, ni lo hacemos, el atenuante de la sorpresa. Hace siete años que lo imaginábamos como una posibilidad que no asomaba su hocico, luego comenzamos a oír, siguieron los relatos, las conversaciones con quienes toman decisiones, sin llegar al Rector, desde luego,

ninguno de nosotros ha pertenecido a ningún grupo de poder de la UNAM reciente, no somos ni siquiera médicos ni fundamos SPAUNAM. Yo ni siquiera soy miembro de las AAPAS. Alfonso es estimado, y consentido, por su Secretaria General.

—No me digan que porque están jubilados no se dan por afectados. Siguen siendo cecehacheros o nunca lo han sido. No dudo de la respuesta. Siempre los ha incomodado mi terquedad por el Colegio, pero les venía bien que me hiciera cargo de necear y finalmente terminaban por ayudarnos. Saquen a relucir toda su capacidad de “mañobras”, cita de Alfonso en los 90.

—La bronca es que el Rector ha tomado la iniciativa y la pinche inercia de los aparatos de la UNAM sigue, aunque les dé lo mismo el tema de fondo. El Rector, a memoria de jubilado, nunca ha perdido una votación en el Consejo Universitario, porque los Directores cabildean y los 10 o 12 académicos con vergüenza terminan por perder la votación, aplastados. Eso sí, contamos, además de los de los Bachilleratos, con unos 12 alumnos de grupos anarquistas, es un decir, de Filosofía, de Economía y, antes, no sé ahora, de Ciencias y de Políticas a lo mejor. Y hay también profesores, algunos.

—Yo creo que las instituciones, —Sí, Azrael, deme un café con leche, deslactosada, sin espuma, por favor— el Colegio, para ser concretos, ha vivido sus mejores tiempos, hasta la primavera súbita del 18, y no tan larga por la promoción del Director General, pero la tendencia natural es que las identidades se desfiguren, miren la Prepa y compárenla con las ideas de Gabino Barreda. Era una escuela terminal, formaba hombres cultos, al estilo francés, positivista, pero el título de Bachiller, al terminar, abría las puertas para ser funcionario gubernamental, es un caso y varios ejemplos. Luego en la refundación de 1910, se convirtió en proveedora de novatos para las carreras de las Escuelas Superiores y Facultades. A lo mejor estamos muertos desde que nacimos y ni siquiera lo sabemos.

—Azrael, otro café, gracias, y el omelette de en medio de la torre de desayunos del mes. Bueno, será lo que dicen, pero rector o no, al menos tenemos de nuestra parte a Justo Sierra, a don Pablo y a Gabino Barreda incluso, aunque este nunca lo supo. No, en serio, carajo ustedes han sido hábiles, Ernesto ha toreado faenas impresionantes que comenzaban en Cuatro Caminos y continuaban, las mismas con los mismos toros, en la Plaza México, que en paz descanse. No se hagan que la Virgen les habla, a mí sí me parpadea. ¿Qué hacemos?

—Creo que hay que comenzar por un mapa ahora del Consejo Universitario. Tenemos a los Consejeros Universitarios del Colegio. He hablado con tres y no votarán contra el CCH. Al menos esa coherencia es válida, aunque sea mínima. Yo puedo hablar con Raquel, fue alumna de Frida en el Sur y es una mujer inteligente y honrada. Ustedes vean quién puede ayudar y completamos un balance inicial, al menos sabremos si perderíamos una votación de 150 a 12 o nos faltan sólo 50 votos para que no haya la mayoría requerida. Yo creo que Rectoría no se sentirá tranquila, si un número importante, la mitad menos uno, está en contra, porque lo que representa, claro, si se moviliza, sería peligroso. La UNAM se dividiría y entonces podríamos presionar con otros medios, un paro, por ejemplo.

—De paros ni madres. Dejan a los profesores sentados en los muretes de los Planteles y a los alumnos absorbidos en sus celulares, bueno, sí, es el nombre viejo, en sus “juegos de crecimiento”, en vez de aprender a multiplicar sin computadora. Creo que hay que pensar en acciones, fíjense bien en el matiz, *al borde de la violencia*. Para ser más exacto, acciones cuyo significado sea violento y una amenaza a la seguridad no de la Universidad, pero sí del rector, pero que exteriormente no rompan un vidrio.

—No sé si eso exista, pero al menos parece una idea que hay que tratar de concretar. Sería útil invitar a Pérez Correa y a

David Pantoja a un desayuno de consulta estratégica. Fernando tratará de hacerse a un lado, no quiere perder tiempo, aunque seguimos siendo amigos...

—Cierto. Estuve con él en la Dictaminadora de la Dirección General, él la presidía por antigüedad y, como siempre, en voz baja, deslindaba nuestra tarea esencial y nos quitaba de encima trámites administrativas que se habían ido acumulando por inercia. Pero es otro cantar. Yo puedo hablar con David, se acordará del cogobierno en la Casa de México, bueno, de mucho más que de esa aventura del 68 parisino.

—Hay que preguntarles, pero acordemos dos fechas y un restaurante. Para desayunar, es más fácil. Un miércoles y un jueves, 12 o 13, uno de los bistrós de La Paz, El Mosaico o de más arriba, frente al jardín de San Ángel.

—Creo que la medida es acertada. Juntos, Fernando, David, tú y yo sumamos la mitad de la vida del Colegio, casi, en la Coordinación o la Dirección General. Patria o muerte.

No teníamos nada, pero habíamos decidido reunir a muchos.

Cuando los hombres pretenden repetir la Historia, o la Historia tiene la veleidad de reiterarse con pretextos, arengas, declaraciones y batallas, obtienen a lo más copias inferiores, comedias en lugar de tragedias. *Marx scripsit*. Aquí, en cambio, sin intención de repetir, el primer intento cehachero de la jugada pantalla de dos contra el mundo, para jalar la línea defensiva de los profesores, tuvo lugar en el Plantel Oriente. Ahora que comenzamos dos y los mismos a levantar un ejército de filas incompletas, por de pronto apenas el germen de una horda, que esperamos entrenar en ejército, para detener la expulsión del Colegio, la tragedia viene después, mucho después de la comedia. Hubo para reír, ahora no hay para llorar todavía, pero el horizonte está enceguecido de nubes.

En varios años, la historia terqueó repitiendo las mismas secuencias y formó una interminable cadena, algunas que ni siquiera comenzaron, de Encargados de la Dirección en Oriente, dispares entre sí y rechazados, no tanto por lo que eran, sino por lo que se decía que representaban, mientras se mantenía sin pestañear la ilusión de transitar de la burocracia a la revolución supuestamente a punto de inaugurarse. Cada uno había sido eliminado, desde la destitución, en cuanto se sentaban en el sillón del Director, modesto por cierto y destinado a durar 50 años, hasta la expulsión no de los edificios, sino de las calles

apenas donde se abrían las puertas del Plantel, la avenida de Canal de San Juan o la calle Universidad.

Los rechazados quedaban reducidos a llevar el modesto nombre de “Encargado de la Dirección” en un cubículo de la Coordinación del Colegio, mientras el cabildeo, o el transcurso de algunos meses, daban pie para un nuevo intento, en general peor que el precedente.

Por fin un Encargado pudo entrar, quedarse, no sin episodios de bloqueo de puertas o simbólicos, como un profesor encadenado, guardando las llaves del candado en la bolsa de la camisa, en alguna reja de la explanada central Genaro Vázquez, tema del fresco en que acompañaba a Lenin y a Marx en la pared blanca del edificio de Usos Múltiples, pero tenía el alias de “Antonio Martínez”, profesor de Historia y líder del MRM, con la segunda M designando a las masas. Las rupturas, sin embargo, por su brevedad aguda y temple rutinario, insinuaban que la combatividad del Plantel estaba madurando, es decir, decayendo, y sobre todo un último, entonces, Encargado pudo continuar su ejercicio, pactando en conversaciones explícitas o sobrentendidas por ambas partes, con significados opuestos pero silenciosos por mutuo acuerdo también callado, y figurar como quien gobierna. El protagonismo del proceso de atenuación de fronteras fue obra más bien del Secretario General del Plantel, Javier Palencia, entrenado en tres o cuatro cargos anteriores y experto en una dialéctica exigente y directa, sin ironía, digna de la filosofía estudiada también en la UNAM, aunque un tanto verbosa, lo que contribuía a distraer al adversario, al verse combatido en su propio terreno en inferioridad dialéctica. Pero hizo el trabajo.

En periodos de ruptura, ante la urgencia de las fechas del pase reglamentado, equipos de alumnos, coordinados por profesores, nunca militantes de grupos extremistas, se habían hecho cargo de la administración escolar del Plantel, demostrando en los hechos merecer la confianza de enviar las actas de fin de curso

a la Secretaría de Estudiantiles de Rectoría y que esta las aceptara sin otra revisión que la estatutaria. Hacerse cargo de las actas de calificaciones era una responsabilidad que importaba sobremanera a la UNAM, pero las autoridades de Rectoría juzgaron que tenían las garantías de una autenticidad cuidada por 20 alumnos anónimos y cinco profesores encabezados por “El Jefe Muñoz”. De nuevo un organismo creado por el Colegio jugaba en Grandes Ligas.

El párrafo anterior figura el enredo del Plantel, al que vino a agregarse la designación de Director de un hábil egresado de Comunicación de la Facultad de Ciencias Políticas. Lo recibieron con hostilidad, alguien colgó del pescuezo un ratón en una pica, ¿de dónde carajo salió la imagen?, pero qué agresiva y exacta. El Director reciente, sin embargo, no tenía miedo y era mucho peor que el Secretario saliente para negociar con sobrentendidos y tomar decisiones consensuadas con su propia supuesta conciencia.

Tras cuatro años, el Plantel tuvo por fin un término de período y la posibilidad normativa de una reelección, llegaba el momento de nombrar Director, para consagrar la normalidad en la cumbre del Plantel, sin efectos necesarios en la vida de la comunidad. Pero el Director emigró a la Dirección General del Colegio de Bachilleres mercedamente por su capacidad y conveniente para el grupo de Ciencias Políticas al que había sido incorporado con voz y voto. El Secretario General en el mandato del primer Encargado que nadie desterró, era entonces Coordinador General del Colegio. El Rector, es decir, el Coordinador del Colegio, designó por primera vez a un profesor de Oriente. Pero en la ideología de las bases del Plantel, es decir, del par de decenas de sus dirigentes, dos o tres por denominación política, cualquier profesor quedaba descalificado, automáticamente y sin consideración de sus cualidades, al aceptar una designación maquinada por “las autoridades”. El problema, entonces, no era



ya la designación, hecha según las normas universitarias, pero olvidadiza de las reglas de designación por Asamblea todo lo General que se pudiera, sino la instalación del nuevo Director.

El Coordinador, que conocía el Platel minuciosamente, planeó la operación “ocupación de la oficina”, es decir que el designado jurara cumplir y hacer cumplir la legislación del Colegio y de la UNAM en el edificio mismo de la Dirección del Platel. Las experiencias de expulsiones de cercanía o a distancia estaban en la memoria colectiva de los cuerpos directivos y de la comunidad, sobre todo. Había que burlar el dispositivo que los profesores instalarían para evitar la llegada del recién designado. No importaba si había sido militante de las aventuras precursoras.

Una última reunión de operación inmediata tuvo lugar a dos cuadras del Platel en la casa de un profesor que sería el Secretario General, a las seis de la tarde, era 9 de mayo y había luz. El Coordinador propuso que su Secretario General y el Secretario de Divulgación del Colegio se presentaran en la puerta principal para entrar al Platel y entretener a los profesores con una discusión sobre la legitimidad del nuevo Director. La experiencia de años instruía que un diálogo, es una expresión usual y clara, podía durar horas o en caso extremo 15 minutos, con dos intervenciones, una por bando. Mientras, los Directores de los Planteles y el equipo del Coordinador con el nuevo Director entrarían por el estacionamiento de la calle Universidad que daba acceso a la Dirección directamente. En el edificio, el nuevo Director juraría respetar y hacer cumplir la legislación universitaria, más la aceptación de las maldiciones consecuentes, en caso de incumplimiento. Así tomaría posesión de su cubículo donde sus antecesores habían confundido, a sabiendas o no, la miseria y el deterioro con la sobriedad y la pobreza compartida con el proletariado, según los mítines regulares del Platel. Luego se sentaría en el sillón, maltratado, del Director. Parecía sencillo. Sin decirlo todos parecieron coincidir.

El Secretario General y yo llegamos a la puerta prevista. Estaba abierta, pero en un minuto aparecieron 50 profesores, en una multitud, o lo parecía, compacta, en todo caso no podía contarse desde le reja cuántas filas había atrás de la primera. Después de enumerar la tercera, el recuento se detenía en multitud. Daba lo mismo.

—Alfonso, ¿a qué vienen? No queremos dejar entrar a autoridades, sobre todo si vienen a dar posesión al nuevo Director. Nosotros no hemos propuesto candidato.

—Compañeros, no estamos engañando a nadie. Venimos a dar posesión al nuevo Director que está por llegar. Déjennos pasar, no queremos perdernos la ceremonia.

—¿A quién van a imponer? Tú sabes que no durará ni media hora, salvo que traigan golpeadores, podemos tardar un poco más.

Por la calle Universidad, a nuestras espaldas, pasó la caravana de tres coches para la instalación del Director. Nadie se dio cuenta. O lo fingieron para continuar el juego.

—No habrá ceremonia. El Plantel no ha sido consultado ni hemos tenido una asamblea general para decidir quién será el Director. Bueno, además está a discusión el tema de autogobierno o Director. De modo que mejor váyanse a C.U. o a tomarse una copa a nuestra salud, es viernes, en un bar de la Zona Rosa o de San Ángel, más cerca de la Coordinación. Ninguna de las cantinas de por aquí es de su altura.

—Bueno, después de la toma de posesión, los invitamos a brindar por el Plantel, con el nuevo Director, por supuesto. Por aquí debe haber algo, no está tan abandonado el rumbo. No se hagan los pobres, ¿qué tal los días de cheque? Ya hay hasta un Aurrera, en el centro comercial de Tezontle.

—No van a entrar. No nos obliguen a emplear la fuerza. Parecen valientes, porque son dos y saben que no los golpearíamos. Somos universitarios, progresistas no quiere decir violentos.

El registro de discusión política seguía siendo claro, pero menos violento. El Colegio se estaba moviendo por dentro.

De todos modos, sin hablar más, comenzamos a empujar con un hombro, de lado, el muro de tacles defensivos que teníamos delante. Hubieran sido cero yardas. Paso al segundo intento. Alfonso giró y empujó de espaldas. La jugada no estaba prevista. Inesperada una mano anónima salió de la línea defensiva y le acomodó un sopapo en la cabeza. Vi la mano, pero ni el color de la camisa, seguramente más bien una playera de manga corta, o sabe. “Furioso”, se imponía, Alfonso se encaró con el que tenía enfrente, que se quedó atónito y palideció. Era Pablo, con el cabello largo y alborotado, como si acabara de leer a Nietzsche o a Ciorán, bueno Ciorán no creo. Era época de elecciones y Pablo Emilio Madero se había salido del PAN para fundar el partido del Gallito. Y Alfonso resbaló:

—Fuiste tú, Pablo Emilio Madero.

—No, Alfonso, yo no hice nada.

—Están empleando la violencia, en vez del diálogo.

—No exageres, no pasó nada. Esa caricia se cura no en 15 días sino en 15 segundos.

—Ante tanta cerrazón, nos retiramos. Lamento no haber logrado entrar al Plantel, siendo profesores del Colegio, y que Oriente no acepte el diálogo.

—Son autoridades y nosotros tenemos el derecho de permitir o no la entrada de quienes representan a Rectoría. No es personal. Ya hablaremos.

Con todo y choque, dejaron la puerta abierta. “Ya hablaremos”. Nos subimos al coche y volvimos a la casa del Secretario del Plantel. Habíamos terminado la jugada pantalla y seguramente el Director designado y su séquito habían aprovechado el hueco y Ricardo había jurado. Ojalá no se les ocurriera entusiasmarse con discursos, porque había varios funcionarios de largo aliento. Diez minutos después llegó el grupo de instalación. Misión cumplida. El nuevo Director se había quedado en su Plantel, le tocaba ahora encargarse de las siguientes jugadas. En

casa de Luis había Coca Cola, pero ni un tequila blanco, el bueno. Pero no habíamos hecho caso de la sugerencia de los profesores.

Lo inevitable fue que, el lunes siguiente, 12 de mayo, le tomaron la dirección a su nuevo ocupante. Tardó un mes en negociar su admisión. Pero lo hizo. Luego pasó cuatro años, incluyendo sábados, domingos y vacaciones, trabajando en el Plantel, ocupándose de todo, del mantenimiento de la red hidráulica a la Biblioteca y a la asignación de grupos. *Todo* es eso, además del conflicto permanente, más oficial que real, porque todos hablaban con todos, excepto tres o cuatro puros que seguían fieles a *la revolución* y quedaron marginados y a todos se les olvidó, excepto en alguna asamblea perdida, el episodio de la instalación.

Las designaciones posteriores fueron pacíficas. La Coordinación siguiente, cuatro años más tarde, avanzados los 80, se atrevió a rechazar, sin reacción de la comunidad ni tumultos, a un director electo por votación y designar no al que había ganado el primer conteo, sino a otro menos sujeto a las facciones que se repartieron un poco a lo que diera, porque la Secretaría Administrativa quedó en manos del Área de Talleres. No lo hizo mal, pero no había sido su auténtico destino ni nunca lo había imaginado.

Eso sí, vendió por peso las consideradas colecciones de varios diarios del D.F., acumuladas por el Encargado anterior, en un espacio de la Biblioteca ahora indispensable para más libros.

**E**n el último mes, junio del 25, la prensa ha vuelto a ocuparse del Colegio, varias veces en primera plana, sin llegar nunca al encabezado principal, que sigue siendo el tema de las actividades del Presidente, de las quejas de los empresarios y las coincidencias con el poder de sus aliados resumidos en siglas de partidos y adueñados del Congreso, las dos cámaras, y de los precandidatos prematuros que parecen haber aprendido de los 18 años de campaña, por fin triunfadora en el 18, del anterior presidente, y ya hacen campaña desde inicios del sexenio, aunque no la llamen así.

Esta acumulación de los poderes dificulta nuestras maniobras, tan sencillo porque convendría contar, aunque fuera hasta dos, con algunos apoyos federales, algún egresado del Colegio hay entre Secretarios y funcionarios importantes, pero nunca hemos recurrido a ningún gobierno para apoyar al Colegio. Somos UNAM y recurrimos a su Ley Orgánica y a su Estatuto General. Pero ahora se insinúa una añoranza de otras fuerzas que acompañen nuestra legítima ambición de mantenernos unánimes, o pumas, como si el Colegio fuéramos la tercera fuerza del equipo en lo académico. Alguien podría insinuar otros caminos o presionar a Rectoría con la amenaza de un levantamiento general del Colegio, que en realidad no ha entrado en nuestros planes, peor todavía, ni en nuestros propósitos o

alcances. Incluso puede ser una “razón” más para echarnos a la calle, que siempre hemos sido revoltosos, los jinetes mongoles que cabalgan desbocados por las llanuras de Asia para saquear las ciudades de China. De ahí la modalización potencial que deberá acompañar estas perspectivas.

En los primeros años del Colegio la prensa escribía “Los alumnos del Colegio...” y seguían frases como “tomar autobuses, cerrar Planteles”, y estrategia originalmente esporádica, “manifestarse en la explanada de Rectoría”. Era una inexactitud del otro lado del borde de la mentira. ¿Cuántos alumnos? 200. Pero el Colegio atendía a 75 mil, de modo que los números daban un porcentaje ínfimo de participantes en las locuras de los grupos políticos, en Naucalpan trotskos, maoístas o bolcheviques, según los tiempos y priista disimulados patrocinados en el Estado de México, por el gobierno estatal patrocinador a cambio de acompañamiento en sus mítines.

En este doble juego, el rector, siempre con minúsculas, está encargado por el Gobierno, no digamos por su juramento de hacer respetar las normas universitarias, de mantener la institución en paz, eso sí, por medios universitarios, contra las perturbaciones que el gobierno patrocina. Lo peor para el rector es que se juega la reelección en 26, en la que se interesa. Y ahora nosotros también, sin certidumbre del resultado y como instrumento de disuasión.

Así, la perspectiva de un paro, quizá apoyado por Economía y Ciencias Políticas, acaso Filosofía y Ciencias, se perfila como un argumento muy razonable, es un decir, para que el rector adopte las medidas que lo eviten. Pero, por otro lado, tiene aliados que insisten en que el Colegio es un estorbo para la Universidad y que no sirve, no forma alumnos para cursar Estudios Superiores. Las Facultades esperan recibir abogaditos, mediquitos, biologuitos, y no lo que nosotros educamos, jóvenes iniciados sólidamente en una cultura adulta, capaces de aprender solos,

dueños de instrumentos de cómputo para recabar información, criticarla según normas de veracidad y coherencia con los conocimientos sólidos ya asimilados en cada ciencia, organizarla y aprender. De modo que al año en Facultad se han puesto al día en sus carreras y se equiparan a los que llegaron apenas superficialmente más preparados específicamente para estudiar Ciencias Políticas, Derecho o Medicina, explicablemente obsesionada con las raíces griegas.

La queja parte de un dato, otro, espurio. En las carreras exigentes, las que piden promedio de 9 y regularidad en las materias del Bachillerato, los alumnos del Colegio son los mejores o compiten por los primeros puestos en regularidad y egreso. Son un 20% de la población total del Colegio, es cierto, pero donde prende nuestro Modelo Educativo las morras y morros, primero las mujeres, porque son más que los hombres en calificación alta y aprendizaje de calidad, egresan como Bachilleres de primer nivel y con una amplitud de codicia intelectual y de seriedad que por lo general no tienen los que han llevado una vida más fácil. Ciertamente, el problema que nunca hemos podido resolver, es no estancarnos en el 20% de plena normalidad educativa, sino recuperar el 40% siguiente, que también egresa, pero con menos solidez. Es la utopía que hemos perseguido con desesperación y obstinación, y seguramente con un porcentaje involuntario eso sí de desacierto, a pesar de dificultades inamovibles, en apariencia seguramente, desde los ilusionados y tercios 90 hasta el primer decenio del siglo, sin despreciar a los recientes.

Pero sí se ha producido en las penúltimas Direcciones Generales un desafortunado abandono de las vetas que, durante otros años, varios y más difíciles, produjeron avances y renovaciones únicas y distintivas del Colegio. Una consolidación institucional que comenzó muy al final de los 80, se consolidó ya en 91 con la creación del Consejo Técnico de la Unidad Académica del Ciclo de Bachillerato, con casi 50 miembros, más de 30 de

ellos profesores, 10 alumnos, los Directores de los Planteles y el Director General y el Secretario del Colegio. Votaban, y siguen haciéndolo los suplentes, aunque el titular esté presente, innovación que obtuvimos del presidente de Legislación Universitaria, amistosamente molesto, pero con un acuerdo de caballeros, que repito con sus palabras: no entraría en el texto del Reglamento, pero seguiríamos poniéndolo en práctica, sin ostentarlo. “Allá ustedes. Yo no sé nada”. Lo hemos mantenido.

A mediados de los 90 terminamos, en cuatro años, la revisión del Plan y los Programas de estudio. Hubo un paro, sí, pero mucho más por el conflicto anual en esa época de los rechazados, que por las maniobras de alguien se deslizó de Rectoría al Colegio y enfrentamos en tiendas de campaña y donde se pudo, Curiosamente también, había un mando único, el paro terminó, como un solo hombre, en los cinco Planteles el 1º de diciembre de 95, con el acuerdo de abrir otro periodo de consulta en el cual no apareció estrictamente nadie para decir algo, porque todo había sido dicho, pero había que simular un triunfo del movimiento, según el Coordinador y seguramente los consejeros del Rector, estrategia que nadie creyó y me cuento entre esos.

Un año después de que el Colegio comenzó a ser Escuela Nacional, enfrentamos el paro de las cuotas y tuvimos clases, incompletas, por supuesto, ¿quién da más?, en edificios externos y en parque y banquetas, pero no dejamos que el Colegio se desvaneciera. Quienes participaron, reforzaron sus compromisos y aprendieron a pelear, sin violencia física, pero sin miedo, con los paristas que atacaban también a la segunda generación del CEU, y primera de jóvenes perredistas.

Siguió la docencia compartida entre un profesor de experiencia y uno de reciente ingreso, con más de 500 participantes, las tutorías inventadas por Carolina Rodríguez con las mamás de alumnos de Vallejo, que telefoneaban a los alumnos reprobados que dejaban de asistir a los cursos remediales de Matemáticas;



luego, partiendo de esa experiencia y con la teoría de Boris Cyrulnik sobre la resiliencia, la Dirección General extendió en 2000 las tutorías, simples y al centro afectivo de las dificultades de aprendizaje, a los cinco Planteles; otra revisión entre 2002 y 2004, de los programas y la invención de las orientaciones y funciones de las cuatro Áreas; la intervención en la Red de Directores de los Bachilleratos Universitarios que luego fue entregada a la ANUIES, sin mayor provecho para la Red misma; la prueba de aptitud para la docencia para detectar los aspirantes proclives a la bipolaridad y otros trastorno que descartaban la docencia. Pero luego los exámenes de ingreso de las materias siguieron siendo inadecuados y se volvieron aterradores, la inducción al modelo formalista y verbal, sin anclar nunca totalmente en la vida de los Planteles, la evaluación de los proyectos tan superficial y formalista que los profesores pronto se percataron de que podían prácticamente repetirlos de año en año cambiando las fechas, con algún rastro inventado y descuidado, como si el 2016 fuera la calca del 2015.

¿Lo enumerado arriba como exitoso e innovador ha sido todo lo alcanzado? ¿Era perfecto el Colegio? No, pero estaba en camino de seguir adelante e ir acumulando etapas de mejoría, buscando la normalidad educativa, es decir, ser una escuela que lo fuera de verdad y en todos los aspectos, a todas horas y todo el día en todas las asignaturas. La escuela total.

Un viento de ignorancia y de ciega ambición sin propósito fue barriendo todas las innovaciones y tradiciones recuperadas, como la colegialidad en el Seminario de Comisiones Docentes, que coordinaba las actividades de los Consejos Académicos de Área y los proyectos académicos generales. Un día, otro día, dos meses, años, nunca volvió a ser convocado. Reapareció lento y disperso hará unos siete años, sin llegar a informar de sus trabajos a la comunidad en la primera plana de la *Gaceta CCH*.

Por eso pienso que el ataque actual, agosto del 25, comenza-

do hace un año y mantenido contra el Colegio, presentado en primavera a los Consejeros Universitarios como un proyecto legislativo por rectoría (la minúscula, no olviden, es también un significativo) tiene de donde echar mano para argumentar nuestro destino extraño a la Universidad y a la convencional excelencia de esta, en realidad nunca absoluta tampoco en las facultades. Y lo peor de todo es que ya ni siquiera tenemos Directores que se pongan al frente de la resistencia, “La Resistencia”, porque pienso en los maquis franceses, pocos, desprovistos, pero sin miedo ni indecisiones. Consejeros hay que no aceptan la separación, han venido votando en contra, pero se dejan presionar por rectoría a través, todavía en estas fechas, del Espantapájaros y uno de ellos ha colaborado con la esperanza, o hasta la promesa de suceder al Director General que se la ha jugado medio acompañado. Lo que sigue vivo, pero adormilado y desvalido de esperanza, es el ánimo de los profesores, aunque puedo errar por encontrarme ya a una ancha o distancia de la vida cotidiana y casi secreta de los Planteles. Y los alumnos, inconscientes de la pérdida que concreta la expulsión del Colegio y que se los despoje de su carácter universitario.

Veremos, no, vemos. Actuar está en la agenda de hoy mismo.

Se venía encima el Congreso convocado por el Consejo Universitario en 89. Desde la esquina medio olvidada de la Secretaría de Planeación, con Manuel, Luis, Juan y luego Rosalinda, Paco y Rocío, Sergio, me iba subiendo por el pecho una lenta pero creciente marejada de dudas y ansiedad. Nadie parecía pensar en que un Congreso es la oportunidad de obtener avances para el Colegio y no aceptar servir de comparsas a las ocurrencias de los privilegiados de la investigación y de las Facultades. O los capitanes, entonces, de los sindicatos. Pero la Junta de Directores nunca había discutido las tesis que convenía presentar al Colegio.

Se me ocurrió hacer una reunión no oficial, no había consultado con nadie, ni con el Coordinador del Colegio, e invitar profesores de cualquier perfil destacados y preguntarles qué pensaban proponer en el Congreso que ayudara al Colegio a salir adelante. Nosotros en Planeación teníamos algunas tesis, la creación de plazas de carrera como modelo académico contractual fundamental de los profesores del Bachillerato, el Consejo Técnico de la Unidad Académica del Bachillerato y que las demás entidades tomaran del Colegio ideas importantes como la cultura básica, el alumno como protagonista de su aprendizaje, una concepción de la cultura como producción y no como repetición o herencia, la cultura universitaria como una

cultura de fuentes originales y no de comentarios, la evaluación de la docencia a cargo de los alumnos. Y así muchas ideas más.

Más sensible, el STUNAM, su Secretario del sector Académico, Rito Terán, me invitó a una de las conferencias magistrales precursoras del Congreso. Propuse el profesorado de carrera para el Bachillerato y la invención de un claro equivalente de los futuros Consejos Académicos de Área, para reforzar la colaboración de todos los niveles y actividades de la Universidad. Otra idea del Colegio descrita en los documentos de su fundación. Lo limitado de la propuesta fue que se dirigió, no avisaron, al anfiteatro enorme de la Preparatoria 5, rebosante de alumnos, cuando yo había preparado propuestas para los profesores. Dejé mi texto, lo entregué a Rito, y hablé libremente para atender los intereses de los estudiantes que imaginé sobre la marcha.

Pero ni el Coordinador ni la Junta de Directores reflexionaban ni siquiera aludían a la idea de que convenía al Colegio fijar una línea de avance para obtener acuerdos favorables y que se presentara como la vanguardia, en fin, para ser modestos, y procurábamos serlo, una de las fuentes de ideas nuevas para la UNAM. A tres meses del Congreso ninguno de ellos parecía comenzar siquiera a inquietarse.

Así las pachorras, decidimos convocar a líderes de las academias, todavía las academias, de los cinco Planteles, unos 40 profesores para plantearles la responsabilidad de elaborar la línea del Colegio para el Congreso. La reunión sucedió un martes por la mañana, en la Sala del Consejo que tampoco pedimos prestada. Estaba libre y bastaba. Asistieron todos los invitados.

Planteamos el tema y recogimos propuestas sin orientar la participación ni oponer resistencia a ninguna idea, se trataba de reunir lo mejor que pudiera aportar el Colegio y sobre esa base, todo lo incompleta que pudiera ser, pero real y nacida de las preocupaciones predominantes, elaborar un documento para discutirlo en otra reunión semejante dos semanas después.

Pero antes de una semana se anticipó de improviso el lunes siguiente y hubo Junta de Directores, como siempre. Cada uno con su estilo propio, de la indignación al lamento, se quejó de que la Secretaría de Planeación, sin haberlos consultado, había convocado una reunión de profesores de sus Planteles. Era cierto, no los habíamos consultado, menos todavía invitado, pero no creíamos que los Planteles fueran suyos, sino del Colegio, y no habíamos discutido nada que perturbara la magnífica marcha que todos sostenían, eso sí sin preocuparse para nada de algo tan decisivo como el Congreso y de la línea que seguiría el Colegio. Suponíamos que los universitarios pueden reunirse sin pedir permiso para tratar de la vida académica. Al parecer no era así.

No me llamaron la atención, solo me prohibieron que volviera a convocar otra reunión como la anterior. Pienso que también se alarmaron del poder de convocatoria de una Secretaría que nunca había participado, y menos por su cuenta, en dirigir el Colegio, limitada a proponer la “matriz de actividades” y a organizar cursos de varia invención.

Reuní a Hugo, Paco y Luis (no había Hugo, pero sí Manuel y Rocío), y los informé. Nadie se enojó, pero el golpe fue duro y unánimemente y sin verbalizarlo lo sentimos arbitrario y mezquino: “Si no soy yo, que nadie lo haga”.

No perdimos tiempo. El grupo se dividió en dos secciones. La primera, de dos, comenzó una encuesta sobre la cultura de los alumnos. La elaboraron, Rocío o, por atinado sobre nombre “El Paisaje”, y Paco, sicólogos y Técnicos Académicos. Los resultados fueron sorprendentes, sobre todo cambiaron la imagen, por lo encontrado en las respuestas de los alumnos, francamente falsa acerca de la politización de los estudiantes del Colegio. Ninguno simpatizaba con los partidos políticos y las elecciones les venían valiendo. No eran marxistas ni liberales. En cambio, eran demócratas en el comportamiento en clase: se pide la palabra, no se interrumpe, se discute con orden, no se

vetan ideas, se llega a conclusiones. Y lo mismo imaginaban que podría aplicarse en su Plantel y sus comportamientos. Rocío y Paco fueron en transportes urbanos y en metro a los cinco Planteles, Rocío todavía no tenía el Neón que conservó por años, y Paco por el estilo. Fue un trabajo generoso. Uno desearía que hubiera de nuevo académicos que no miden por centímetros lo que quieren ofrecer al Colegio.

Los demás, los profesores, comenzamos a discutir los problemas de los trabajos docentes: clases, recursos pedagógicos, manejo de grupos, materiales, y fuimos a dar al misterio de la calidad.

Porque la calidad lo era. Todos la confesaban en voz alta, decían creer en ella, pero no podían ni definirla ni hacerla correr por los cauces de las actividades docentes concretas y menos todavía específicas de las Áreas o materias. De modo que nos atoramos en las vaguedades del concepto, que podía, sí, enunciarse de modos varios, pero ninguno plenamente satisfactorio.

En esas nos encontrábamos, cuando un día Luis apareció con un enfoque que sacaba el problema de los goznes en que había venido apoyándose y lo encaminaba en otra dirección más bien pragmática, caso único en la trayectoria de su autor, aficionada más bien a las discusiones conceptuales. Había que hacer un protocolo que definiera las características de cada trabajo docente que pudiera considerarse de calidad. No definir la calidad en general y luego aplicarla a las antologías, los cuadernos de trabajo, los problemas matemáticos capaces de provocar la reflexión sobre las relaciones de sus componentes, sino definir cómo debía ser un problema que lograra los desarrollos de habilidades para resolverlo a través de la comprensión sólida de conceptos y la aplicación de estrategias de raciocinio concretas. Una vez más el Colegio, la diminuta parte del CCH que éramos nosotros en Planeación, se desentendió de las teorías y partió de los hechos o elaboraciones reales. Luego, unos 10 años después,

aprendí que Don Pablo Latapí había pensado como nosotros al desechar las confusas definiciones de “calidad” por la concreta normalidad educativa.

Hicimos una lista de los 20 o 30 trabajos más generalmente emprendidos anualmente por los profesores de carrera y comenzamos a discutir las cualidades que debían llenar para poder decir con seriedad “es un trabajo valioso”, en fin, “tiene calidad”.

Trabajamos un mes, pulimos el material, lo pasamos en limpio, lo guardé. No lo olvidé, pero por de pronto ni podíamos avanzar más, habíamos llegado a la línea donde nuestro saber se desvanecía, ni teníamos a quién comunicarlo. Pero estaba terminada una primera versión del protocolo de calidad de las actividades docentes. Luego, ya en la DUACB, sería la base para el Protocolo de Actividades del Profesorado.

Otra derivación del ostracismo sin nombre al que nos condenaron fue que nuestras reuniones regulares de trabajo en la Secretaría, a propuesta de Manuel, comenzaron a apellidarse “El desván”. El nombre tuvo su descendencia, una etapa incluso en la que las reuniones, los sábados con carnitas o tamales y atole, tenían sede y funciones en la Dirección General. Eran nietas de las reuniones de academia que no supieron reconocer su naturaleza, pero la mantenían.

**E**n el auditorio Justo Sierra a punto de perder su nombre y ser apresuradamente rebautizado, qué verbo impropio, “Che Guevara” y derivar con persistencia hacia esta denominación final, hasta ahora, 2025, agregando la miseria de sus condiciones físicas, la destrucción de la sillería, el altavoz que repite ritmos rastreros y letras vulgares. La Revolución, si llega a haberla, es otra cosa. Más bien es una guarida de chavos largamente exalumnos que no avergüenzan a la Secretaría de Gobernación que los comanda seguramente. Escribí un homónimo de “muchachos”. Ya no hay tal, son adultos de más de 40, con hijos que ya están en facultad, o siguen cursos prácticos en el auditorio, O no viven ahí, porque es un espacio inconveniente. Pero ha sido su vida en lo que va del siglo.

Pero ese día del 87 todavía existía un anfiteatro donde habían hablado Umberto Eco, Octavio Paz, Arreola y Nicol. Pero ninguno de estos famosos estaba de visita ese día. Más bien se oía una especie de catarata de goyas que gritaban los capitanes del CEU y los representantes de Rectoría, comandados por el Dr. Narro, entonces en no qué ramificación elevada del organigrama de las autoridades, porque los recorrió todos con éxito a lo largo de 20 años.

Pero vuelvo a los goyas, gritados por medio auditorio cuando terminaba la intervención del orador de un bando. La discusión,



los acuerdos que ponían remedio a las debilidades y acrecentaban las fortalezas de la UNAM bipartita, según las recientes propuestas del Rector Carpizo, aprobadas por el Consejo Universitario, rebotaba al siguiente orador del bando opuesto, primero en la lista que iban recorriendo interminablemente, uno a uno.

Ahora que el futuro universitario incierto del Colegio va a ser votado por el mismo Consejo, echo de menos a Imaz, Santos y Ordorika, con quienes coincidí al amanecer en la salida de Rectoría, mientras el Rector impasible continuaba una sesión comenzada a las 18 horas de día anterior, y los consejeros que persistían, dormitaban en los sillones cansados de la Sala del Consejo. Era el día de la invitación a comer en casa, en el Ajusco, y me preguntaba si el sueño podría más que el interés de don Jorge en mi pasta italiana. Venció su cortesía y su curiosidad. Ni él ni yo salimos perdiendo. Lo narré antes, no lo repito.

Pero ahora había pasado una semana, cuando menos, y salí al amplio corredor, el vestíbulo enorme, que acompaña en paralelo al anfiteatro “Justo Sierra”, para evitar un probable anacronismo. Don Henrique de pronto me seguía a pocos pasos. Me detuve sorprendido.

—José, hizo bien en abandonar esta discusión absurda. Discutir es oponer razones sobre una antinomia que puede formularse con claridad. Sin esta condición, todos hablan de temas distintos y los argumentos prolongan la palabra, pero detienen el pensamiento.

—La verdad, maestro, es que ya me aburrí. Repiten lo mismo en el mismo tono, que ha ido creciendo y ahora los argumentos consisten en el número de gritos y la amplitud del coro que grita los goyas.

—Yo estoy profundamente indignado. José, dese cuenta, el Consejo Universitario, encabezado por el Rector, dio un golpe de estado contra los profesores de la Universidad... “—debo haber

quedado un segundo con la boca abierta, porque la acusación me consternó por inesperada—.

“...Les arrebató el derecho a evaluar a sus alumnos, al establecer los exámenes departamentales, esto es, universales para todos los que cursan una asignatura, elaborados por comisiones nombradas *exprofeso*. Tal mecanismo improvisado no se considera en el Estatuto del Personal Académico”.

Comprendí la esencia del golpe de estado, pero no pude comentar nada.

—Si la Universidad autoriza a un profesor a enseñar una asignatura, le confiere el derecho inalienable de evaluar a sus alumnos y nadie puede arrebatárselo. Evaluar forma parte constitutiva de la enseñanza. No entiendo cómo los profesores no han amanecido hoy habiendo tomado Rectoría, encabezados por los Eméritos. O cerrándola, al menos.

Seguí en silencio, admirado de la vehemencia que ponía don Henríque en su acusación. Tenía razón, me di cuenta de que pensaba en serio el trabajo de enseñar y lo consideraba en todas sus dimensiones. Aprendí a ser más universitario.

Comprendí también que había que añadir a las fortalezas de la UNAM a don Henríque y algunos pocos universitarios que comprendían con profundidad la misión docente y la ausencia de reflexión de las multitudes de profesores que en ese momento se habían enterado de los acuerdos, se irritaban, pero no tenían una argumentación sólida y agregaban una más no inventariada a las debilidades de la Universidad enlistadas por el Rector Carpizo. Y yo tampoco había comprendido a tiempo.

Finalmente, no hubo exámenes departamentales obligatorios y de las reformas aprobadas en aquel año, al siguiente, en el informe rendido al Consejo Universitario por las Direcciones de Escuelas y Facultades, Institutos y Centros, quedaba en evidencia que ningún Director se había tomado la molestia de intentar poner en práctica las reformas. Unos Consejos Técnicos habían

enviado el tema a sus comisiones internas, otros simplemente los enlistaron en el acervo de pendientes, ni siquiera uno se había pronunciado. El Secretario General leyó el informe. Admiré sorprendido y desolado. La debilidad de la UNAM era toda la UNAM. No siempre las epifanías son luminosas.

Quedé ante la evidencia de la soledad del Rector y de su impotencia. Excepto en la distribución de los recursos. Tal vez.

**D**arvelio había llegado a la Coordinación General del Colegio tras una conversación, a pocos días de la renuncia repentina de Javier. Mi percepción de su salida me pareció infundada, pero seguramente estaba hartado de sus diferencias con el Rector que, sin hacer esfuerzos, porque no encontré para donde, nunca logré identificar con precisión.

Era agosto y había vuelto del matrimonio de José Miguel en la hacienda de Noguerras, de Alejandro y de Javier Rangel. Juan Rulfo escribió *Pedro Páramo* ahí, huésped de Alejandro durante medio año. La hacienda es el edificio, y un par de hectáreas, cualquier cosa, redistribuida por Cárdenas en los 30. Pero bastaba el corredor con arcos donde comí alguna vez con Alejandro y Margarita Septién, su esposa. Alejandro pintaba ahí, el clima es sensiblemente más fresco que en Colima y la tierra asciende tercamente hacia el cono azul del volcán. Por eso Comala, el Cerro Grande, el de la Media Luna. Y yo había desaparecí dos o tres días del Colegio.

El grupo de la Nueva Generación de Banqueros, todavía no bautizada con este nombre, pero conformada de hecho y, al salir Javier, en una posición de poder predominante quedaba a su parecer a punto de prevalecer. Cercanos al Rector y al Secretario de Rectoría eran una herencia imprudente para el Colegio. Ignoro si Javier lo había percibido y estaba hartado o si simplemente pensó que no era para tanto.

Al volver de Colima terminé en la oficina de Alfonso Millán, siquiatra del Rector. O algo así, si alguien exige una afirmación formal. Lo cierto es que trataba sus malestares afectivos con las pastillas del caso. Y lo dejamos en esta vaguedad, única posibilidad de no ponerse a inventar.

Alfonso se interesaba más en la revista que en mi llegada, pero la fue deslizando lentamente, para terminar, me imaginé, el párrafo comenzado. Luego levantó la vista y me sonrió. Traía su saco sport a cuadros pequeños, azul y café, y un pantalón café. No tengo razón para recordar estos detalles, pero así fue y aquí queda.

—¿Café? Adelina, por favor un americano para el doctor y deme otro té, pero póngale té, porque el anterior era agua clara.

Adelina se enteró por su extensión de la orden y la trajo en dos minutos. No creo que el té haya mejorado tanto.

Alfonso sonrió, como siquiatra fuera de sus horas de consulta. Había conocido a su hermano Ignacio de la curiosa profesión combinada de ingeniero agrónomo y siquiatra, en la Maison du Mexique. Discutíamos sobre la existencia de Dios y religión. Era ateo y yo percibí siempre que lo era de corazón sincero, lo que anula ante Dios su negación en su libro de cuentas.

Con Alfonso me encontré en el Colegio, donde fue Secretario General durante un año y luego debe haberse convencido de que entre él y el Coordinador había pocas coincidencias, ideológicas me imagino ahora después de tantos años. O tal vez le resultaba aburrido colaborar con una persona seria y amable como el Ingeniero Bernal, para colmo su tocayo. Los tres meses que coincidimos en la Coordinación de Manuel Pérez Rocha, él en Difusión Cultural, donde no tuvo ocasión de nada memorable, porque los encontronazos se dieron sin interrupción en otros frentes, y yo en una efímera Secretaría Docente que desarrolló los Cursos de Ingreso de nuevos profesores.

Cuando me senté ante su escritorio, era Director de Servicios

Médicos y vigilaba la salud mental del Rector y lo ayudaba a un mejor mantenimiento de su serenidad, creo saber.

—Se fue Javier. El Rector no le pidió la renuncia. ¿O te imaginas que fue un retiro involuntario? Yo lo admiro, los jesuitas son inteligentes y Javier más. De ti me ha hablado varias veces mi hermano Ignacio, lo dejaste en París con muchas preguntas que no terminó de responder, antes de la otra vida, o lo que haya tras la muerte, que yo no sé y tu pretendes saber. Bueno, no vamos a discutir estos temas que no son universitarios. Te dejo la teología para tus ratos libres —sonrió de nuevo—, lo que urge es un nuevo coordinador. No pude retener a Javier. Estaba cansado y ahora hay que designar un nuevo Coordinador. Me pidió el Rector que te preguntara. Sigue teniéndote confianza, a pesar de tu desaire —sonrió levemente—, cuando no aceptaste una Dirección General en su equipo. No está ni siquiera ofendido, pero allá ustedes. Cuento contigo y el Rector, que me pidió que te consultara. No sé por qué. ¿Qué le has contado?

—He hablado una sola vez solas con el Rector y 10 minutos, pero debe saber que me importa el Colegio.

—Para ir directamente al grano ¿quiénes son los candidatos viables y quién se ajusta mejor al perfil de un Coordinador en las condiciones del Colegio? Más en concreto, ¿Qué piensas? ¿A quién propones?”.

—No veo a nadie maduro, por de pronto. Pero sería una jugada ventajosa intentar tener a un Coordinador que esté en el Colegio, aunque no necesariamente en el Bachillerato. El Colegio tiene también una Unidad de Licenciatura y Posgrado. ¿Por qué no nombrar a uno de los coordinadores de maestría y doctorado? Son tan cececheros como nosotros, bueno —me arrepentí— hasta cierto punto, pero tendría la ventaja de no estar desgastado por los encontronazos de los últimos dos años.

—No es mala idea. Sobre todo, nadie la espera. Pero vamos al grano. ¿Quién?

—Se me ocurre —y en realidad se me estaba ocurriendo en ese momento, sin ninguna evaluación detallada previa— que puede ser Darvelio. Coordina la maestría de algo así como manejo institucional con un enfoque interdisciplinario. Se me va el nombre, pero parece una competencia coherente para apaciguar a los cuerpos directivos de los Planteles, Sur y Nautcalpan, sobre todo. Es un hombre sensato, tranquilo, asequible y no está enrolado en ninguna facción. Además, tiene un grupo de ayudantes guapísimas, “Las Barbies”.

“Las comunidades no están alborotadas en esta etapa, más bien somnolientas, pero los cuerpos directivos andan buscando poder para sus ambiciones personales. Quién lo hubiera dicho. Pero así están las cosas.

—A primera vista, me parece una buena idea. Voy a hablarlo con el Rector. Nunca hemos tratado de Darvelio, aunque fue Director de Psicología y bien, al menos es mi impresión. Te aviso. Supongo que te quedarías donde estás, ¿o te interesa la Secretaría General?

—Para nada. Nunca me han gustado las Secretarías Generales. Te llevas todos los golpes y no puedes defenderte como piensas que deberías hacerlo. En Divulgación estoy bien. Habría que buscar alguien ordenado, leal y capaz de trabajar duro. Déjame ver si puedo proponer al Coordinador una candidatura o varias. Benedikta Bremener, Área de Talleres de Vallejo y Secretaria General del Plantel con funciones universales. Para ganar tiempo. Al fin de cuentas en este punto el Rector decide, aunque el conducto es el Secretario General. Pero tampoco esta conversación está prevista en el Estatuto General ni en el Reglamento minimalista del Colegio.

Darvelio tomó posesión como sexto, me sorprende al recontar la serie, Coordinador General del Colegio en 15 años, incluyendo la gestión aplacadora de don Henrique González Casanova, claramente equivalente a una Coordinación que ni

siquiera requirió el título, ante un cuerpo directivo tibio, entre sorprendido y dubitativo, enfundado en una estrecha y estirada cortesía. Que con esos adjetivos apenas lo era. El discurso de Darvelio era convencional, pero añadía de pronto rasgos de especialista en dirección de empresas. Cortés y abierto —se declaró— a un diálogo con los Directores de los Planteles. Los abrazos que le dieron fueron formales. Puedo escribir “abrazos con las puntas de los dedos”. No compartían ningún afecto. Pero obviamente no hubo tampoco gestos agresivos ni una incertidumbre perceptible. Ya lo hablarían, no ahí, en la oficina del Coordinador General, donde la apertura al diálogo había sido declarada permanente, sino reveladoramente en la Dirección de la Unidad Académica del Bachillerato, del otro lado de CU, junto a Avenida Universidad, donde el Director era estrecho lugarteniente de la Dirección más cercana al Rector, para ser claros, la Dirección del Sur.

Una semana más tarde Darvelio, que me había confirmado en la Secretaría de Divulgación, me llamó.

—¿Cómo estás? ¿Cómo ves al Colegio?

—No ha habido reacciones negativas, para ser exacto nadie se ha sorprendido, nadie se ha movido. Y ¿tu primera Junta de Directores?

—Bien, un poco seca. Tengo que ganarme la confianza. El liderazgo es claro y no está en quien ocupa la Dirección del Bachillerato. Es más bien un alfil, aunque no me parece particularmente dotado. Pero son un grupo de tres principales y un acompañante, porque el Director de Oriente cabalga solitario. Y es claramente de otro grupo, pienso que más experto en política. No se junta con los otros, es más realista.

Sonrió y me pareció una distribución exacta del plan de batalla de las fuerzas antes de las hostilidades. Que las habría, había comenzado a darme cuenta. Los tres centrales eran peligrosos. Las tropas de acompañamiento dependían de si la



Dirección General, para no entrar en matices, se manifestaba firme y responsable.

—Ahora necesito nombrar Secretario General. Tengo que proponerlo al Rector, pero tu conoces mejor a los profesores del Colegio. ¿A quién me recomiendas?

—Pienso que te conviene alguien que no esté ligado actualmente a la zona central. Alfonso se ha ido a ANUIES. Lo sentí, la verdad, porque hubiera podido continuar, pero entiendo que es una figura que puede ocupar demasiado espacio institucional. No se puede todo. Yo tengo una propuesta que nadie espera. Es una ventaja, porque sin conocerla bien, se trata de una profesora, quizá los Directores, no la veten de hecho, que no deja de ser un riesgo. Es Benedikta Bremener, que ha sido Coordinadora de Talleres vespertino y Secretaria General de Vallejo. En realidad, durante años se hizo cargo de una porción más bien decisiva de la dirección efectiva del Plantel, porque el Director andaba por las nubes. Honrada, leal, inteligente. La conozco y hemos colaborado en el plano académico, nunca en nada político. Tendrías que hablar con ella y decidir por tu cuenta.

—Bien. Voy a llamarla. ¿Azcapotzalco, dices? Así se introduce variedad de Planteles de origen. Además, las direcciones no son propiedad de los hombres.

Darvelio la entrevistó y se convenció. Yo no entoné ditirambos, pero no dudé ni de su rectitud ni de su compromiso, tejido de repetidos diálogos esenciales.

—Hola Dikta, ¿Wie gehts dir?

—*Ser gut, Doktor B. ¿Und dir?*

—Voy a sacar un número de *Cuadernos del Colegio* dedicado a Talleres. Necesito un artículo tuyo. Es imprescindible.

—¡Qué raro y exagerado! No tengo tiempo.

—Dos semanas.

—Bueno, pues. Tres.

—Te llamo. *Ciao*.

—*Aus wiedersehen.*

Comenzó una guerra sinuosa y silenciosa, pero letal con “la nueva generación de banqueros”, retomado de la publicidad contemporánea de Bancomer. La Dirección del Sur los manejaba, seguramente ambicionando la Coordinación General. El equipo de la Dirección de la Unidad Académica del Ciclo de Bachillerato, pedantes y descarados varios de ellos, más ignorantes que atrevidos, seguramente resultado de la actitud del Director, que desdeñaba la autoridad del Coordinador y no asumía la suya. Acéptese como prueba la frase que sí transcribo, aunque es de 1989 y el Coordinador e interlocutor es otro: “Alfonso, me informan de una bronca en Vallejo. A ver cómo le haces”.

Fueron meses de interminables choques, lo peor de todo, estúpidos, porque no discutíamos enfoques o perspectivas, sino cada pulgada de poder, prácticamente sin máscara, a descaro.

De cualquier manera, Darvelio, que era especialista en Gestión Institucional, sobrellevaba los embates sin pestañear. Se quejaba poco, mientras Dikta y yo les mentábamos la madre, entre nosotros, con ellos fuimos siempre correctos, pero firmes en la defensa del Coordinador.

Nos tocó el final de las revueltas generales que siguieron el intento del Rector de remediar las Debilidades y robustecer las Fortalezas de la UNAM. Nació el CEU, hubo negociaciones teatrales en el todavía entonces Justo Sierra, que estaba en transición hacia un nombre más alentador de la revuelta. Me detengo, comienzo a repetirme, pero todo se enlaza.

Mantuvimos al Colegio en una paz suficiente. Incluso el Coordinador auscultó al Plantel Oriente, clausurada la posibilidad de que el Director que terminaba, tuviera un segundo periodo. Se lo buscó, porque el día en que los activistas entregaron Oriente, tras la huelga inaugural del CEU, Ricardo se lanzó con un discurso de franco ataque al Rector en la calle, Canal de San Juan, ante varios cientos de profesores y alumnos que esperaban la

apertura del Plantel para volver a clase. Un error inconcebible en un profesor experto en política elemental suena contradictorio, pero tuvo su lugar de desvarío discursivo.

El Rector reaccionó de inmediato y una hora después Luis, el Secretario General, quedó Encargado de la Dirección, mientras se designaba Director formalmente. Imposible meter las manos, el error se escribió con mayúsculas y escándalo. Lo sentimos por Ricardo, pero se echó la soga al cuello y corrió apresurado al patíbulo. Hay cosas que ni qué.

—Hola, Doc. ¿Qué hay de nuevo en Oriente?” Dikta está entrando como todos los días para el repaso compartido de incidentes y pendientes.

—Lo de siempre, pero ahora hubo una asamblea general, hace un par de días y decidieron nombrar director, más exactamente informar al Coordinador que quieren tener a Ernesto como Director del Plantel. Creo que estás al tanto de las escaramuzas de años durante el periodo que podríamos denominar de ausencia institucional del Plantel. En resumen, el Plantel designa y el Coordinador, y el Rector, más arriba, confirman. Antes trataban de llegar a un acuerdo de principio previo a la elección. Ahora les debe haber parecido que era demasiada faramalla y, ¿para qué desgastarse?, mejor aprovechar, se imaginan, que Darvelio cederá.

—Lo veo serio. Creo que no puede aceptar, porque es renunciar a una responsabilidad de primer orden. Es una falta institucional, porque prometió hacer cumplir la legislación de la UNAM. Vamos a hablar con él.

Estaba solo, sin citas pendientes, de modo que nos sentamos en el extremo de la mesa de la Junta de Directores, Darvelio en la cabecera.

Sin mayor deliberación, coincidimos en que no podíamos aceptar. Pero el enfrentamiento con Oriente, sobre todo con los antecedentes de un Plantel que había navegado años sin Director, con una especie de autogobierno académico, sin renunciar a un

gestor administrativo que asegurara los cheques quincenales. Tampoco la participación de las bases en la conducción de un Platel debe ser tan radical que renuncie a la tramitación regular de los salarios. Era razonable, pero hasta ahí.

Lo que estaba en juego era aceptar un precedente que primero el Rector le echaría en cara al Coordinador del Colegio; luego, se crearía un precedente y no faltaría quien lo enarbolará en otro espacio del Colegio. No pasarán. También las autoridades pueden aplicar esta consigna, que ha fracasado no pocas veces.

Pero no pasaron. A pesar de que Ernesto había tenido la mayor votación, el Coordinador alegó muy formalmente que, sin un acuerdo previo de las bases del Platel con la autoridad del Colegio, la votación era irregular e inaceptable. Ni siquiera habían informado extraoficialmente que la harían. Proponía, al mismo tiempo, que una comisión de profesores del Platel buscara un acuerdo con el Coordinador para organizar votaciones que podrían ser tomadas en cuenta. La modalización del verbo era central.

Seguramente el ala izquierda de la comunidad tampoco había quedado convencida, o satisfecha, con el triunfo del candidato ganador, del grupo contrario a la izquierda de Talleres, de AAPAUNAM, eso sí, Rojo. Nadie se inconformó en el Platel, lo que habla del respeto de los profesores por las votaciones correctas, pero sobre todo por la convicción revolucionaria de que un Platel de avanzada merecía mejores caudillos. Pero el Coordinador, con votación o sin ella, ni siquiera había sido informado, únicamente le pasaron los resultados. Darvelio no admitió ser ignorado.

El Coordinador rechazó la propuesta y lo acompañé, los dos solos, a una asamblea informativa en la explanada llena y desbordada, bajo las miradas alineadas de Lucio Cabañas, Genaro Vázquez, el Ché, Lenin y Marx, pero no de Stalin. Al menos. Darvelio explicó con todas sus letras que el Coordinador no podía aceptar una votación no pactada. Habían roto

los acuerdos implícitos y respetados en esa comunidad. Nadie chistó. Convocamos a una nueva votación, esa sí ya concertada entre comunidad y Coordinador. No hubo incidentes.

Los grupos de izquierda no confiaban del todo en el primer candidato ganador. Sin mayor dificultad al parecer habían llegado a un acuerdo con el Coordinador. Nunca supe los términos exactos del allanamiento ni los cabildeos que Darvelio debe haber encabezado, apoyado por algunos profesores de su Facultad de origen, Psicología.

Así la asamblea de profesores organizó una nueva votación y los grupos, representados por sus jefes se repartieron equitativamente las Secretarías y Jefaturas de Departamento, en una palabra, todas las posiciones de poder del Plantel, sin descuidar las administrativas.

Y esta vez, curiosamente, ganó otro candidato, ni mejor ni peor que el anterior vencedor, pero menos marcado políticamente, sobre todo no a la derecha, de Ciencias Experimentales, Javier Ramos Salamanca. Biólogo, académico e inicialmente inexperto, con una profesora vivísima y hábil de Secretaria General, claramente de izquierda, pero con quien pudimos simplemente hablar.

Asistió el Coordinador a darle posesión en la explanada. Me acordé de la jugada de engaño a cargo de Alfonso y mío en la puerta del Plantel por la calle Universidad. Ahora, acuerdos eran acuerdos y todo fue correcto. Oriente hablando y acordando, respetaba lo pactado.

La Coordinación apoyaría al nuevo Director. No hubo gritos. Ernesto apareció oportunamente y dio un abrazo al nuevo Director. No quedaban rezagos políticos ni cuentas pendientes. Buena política, políticos responsables.

El Plantel, los dirigentes de los grupos políticos de los profesores, del MRM a AAPAUNAM, se acercaron en adelante al Coordinador. Había demostrado sus convicciones democráticas.

Los que no tenían palabra ni les importaban leyes ni acuerdos seguía siendo la “Nueva Generación de Banqueros”. Dikta soñó que llevaba un camello por las bridas y lo hacía arrodillarse para que Rafael lo montara. No se necesitaba siquiatra, el sueño era evidente. Habíamos ayudado a Rafael a llegar a Director de Naucalpan y ahora estaba encaramado en el tabique de su poder, que no lo era. Nos había dado la espalda y, apoyado en las leyendas de que el Secretario de Rectoría le había llevado a su casa una botella de coñac el día que tomó posesión y que podía ver al Rector sin cita ni llamar a su puerta, acompañaba a la Dirección del Sur en su desprecio a Darvelio y ni siquiera en la rebeldía, porque no se podía emprender nada y, como consecuencia, no había contra qué querellarse.

Por fin, era principios de noviembre poco más de un año después, Darvelio se cansó de que el Rector, —el Coordinador añadía, acaso con una lealtad a toda prueba, sin darse cuenta— favorecía a los Banqueros contra el Coordinador mismo. De modo que pidió audiencia y presentó su renuncia. El Rector la aceptó. Dikta y yo nos quedamos solos, sin ninguna disposición de Rectoría, pero no excedimos nunca nuestras facultades.

Un par de semanas después decidí visitar a Alfonso Millán, sobre todo para que comprendiera, era mi deseo fundamental, el comportamiento de la Nueva Generación de Banqueros, al final de la gestión, grosera y aficionada a tomar rehenes políticos para presionar en sus discusiones con la Coordinación.

El ritual del café fue el mismo, para eso era un ritual.

—Por lo que hemos pasado estos dos años, Darvelio, Dikta y yo, porque hemos hecho equipo firme, en medio de muchos contratiempos, yo diría que, antes de nombrar Coordinador, el Rector debería aprender a apoyar al que designe. Darvelio sintió repetidamente que el Rector le hacía más caso a la mafia del Sur que a sus propósitos. Tomaba una decisión y, antes de ejecutarla, el Rector lo llamaba y le indicaba, en fin, más exactamente le

*insinuaba* que era inconveniente desequilibrar las fuerzas del Colegio, como si lo importante fuera la quietud, en vez del movimiento hacia adelante, con correcciones de rumbo cuando son necesarias. Si el Rector va a nombrar un nuevo Coordinador para dejarlo caer, mejor que recurra al mecanismo, no es formalmente institucional, pero nadie se levantará en armas, de un “encargado del Colegio ante el Secretario General”, como don Henrique que tú y yo admiramos, creo, ¿o no?

—Mira, es difícil saber si el Rector sigue los criterios que estás imaginando, se puede inventar, la verdad, no lo niego, pero es cierto que hay un respeto a las responsabilidades de cada funcionario. Para eso está el Estatuto General y también el Reglamento del Colegio, en realidad cerca del olvido.

—Tras la experiencia reciente, creo que podemos sobrevivir dos meses sin Coordinador y ver luego a quien nombrar. Estamos también en un ambiente de prevacaciones que con frecuencia es un tiempo en que los grupos porriles se hacen ver atacando un Plantel, el que sea, que consideran importante, para hacerse sentir indispensables ante sus patrocinadores verdaderos, el PRI, pues, en el Estado de México y en Vallejo. Pero por lo menos Rafael nunca ha tenido miedo, ni Lupita, aunque no es una walkiria. No creo que el Colegio corra riesgos y, en cambio, un mes de trabajo y las vacaciones aplacarían las olas.

—Bueno, me voy a Europa, no digo que me voy con Europa, —el nombre de su mujer— tres semanas. En mi lugar, para estos asuntos se queda Manuel Barquín, el los tratará contigo, por indicación expresa y repetida del Rector, te tiene una confianza desmedida, no me lo explico...

—Más arriesgado es confiar en un siquiatra.

—...pero así es. Habla con Manuel libremente, como hablamos nosotros. La designación debe terminar en la primera semana tras las vacaciones de Navidad, para arrancar de nuevo al Colegio. El Rector se interesa de verdad por las locuras de

ustedes y quiere que tengan un desarrollo sano y fuerte.

—Está bien, doctor, pero, aprovechando el tratamiento, interpreta alguno de sus sueños, para que no se le olvide lo mal que la pasa uno, cuando el Director del Bachillerato, rodeado de sus pistoleros pretenciosos, llega a la Coordinación a una reunión con altivez, porque supone que el Rector lo protege. A mí me vale, no me asustan, son un grupo ignorante y creído, con alguna excepción. Leticia es inteligente. El Rector les ha dado vuelo, o ellos se lo han tomado, dejo la puerta abierta para no ser tan terminante. Pero impiden el trabajo y no proponen nada más allá de los lugares comunes, como quien dice, “la solución contra el hambre es comer; contra el sueño, dormir”. Deprime tratar con pedantes.

—Veo que todavía tienes resentimientos, y no necesito echar mano de mis herramientas profesionales. Examina y modifica lo que pueda estorbar. El Rector confía en ti y no vas a fallarle.

—Tienes razón, ya me acabé el café, por cierto, que tu secretaria te busque una marca que sepa a lo que dice que es, y no incluya garbanzos y habas, para darle cuerpo. Voy a seguir tu indicación y a descargar mi ira y lo que tengo atorado todavía de los atropellos y las mentiras de los del Sur. Acepto que mi participación será más útil, si es serena. Por cierto, hay un libro que acaba de salir de la colección Poétique que me gustaría tener ya, ahora que vas a París; le pasaré una ficha a tu secretaria.

Alfonso no se inmutaba ante el descaro. Nos despedimos. No pasé ninguna ficha, pero amenazar que lo haría, era parte de la diversión.



**UIP/04.09.25/CCH**

“Licenciado:

*Le adjunto un ejemplar, todavía no circula, del documento que han estado preparando los “tres de los lunes”, López Tapia, García Palacios y Bazán. Lo van a publicar, no cabe duda. Si no sale antes en algún medio impreso, en Twitter y Facebook está a la mano y todos se enterarán. Para lo único que sirve disponer del texto antes que la comunidad sería para modificar el ambiente de recepción del llamado a la resistencia. Usted dirá si me encomienda otra operación y cuál sería la línea central de las próximas acciones”.*

**LLAMADO A LOS PROFESORES Y LOS ALUMNOS  
A LOS JUBILADOS Y EGRESADOS  
DEL COLEGIO DE CIENCIAS Y HUMANIDADES**

Compañeros:

Tomamos la palabra no porque nos consideremos los más indicados, sino porque es urgente salir en defensa del Colegio, amenazado por las maniobras de las máximas autoridades personales de la Universidad para separar al Colegio y dejarlo en manos de la Secretaría de Educación Pública, con el pretexto de nuestra ineficiencia educativa y la baja calidad de nuestros egresados.

Estas denigraciones son falsas. Nuestros egresados que cursan carreras de alta exigencia (Medicina, las Ingenierías, Robótica

y Minería de Datos, Derecho), es decir, las que solo admiten bachilleres destacados, con 9 de promedio por lo menos y una trayectoria regular, nuestros egresados se titulan en esas carreras en un porcentaje superior y más pronto. Este rasgo de nuestros alumnos se da también en la mayor parte de las carreras de la UNAM. Podemos afirmar que siempre ha sido así, lo que significa que quienes asimilan las orientaciones educativas del Modelo del Colegio, aunque parezcan débiles los primeros semestres, se recuperan y terminan, porque están preparados mejor que cualquier otro egresado de la ENP o las incorporadas.

Incluso los egresados medios, con promedios entre 7 y 8, tienen un desempeño semejante al de los que provienen de cualquier otro Bachillerato.

¿Por qué separarnos de la UNAM? Al parecer podría tratarse de un deseo de complacer indignamente al Gobierno de la República, que tendría el control de todo el Bachillerato Nacional y trataría de unificar los programas y orientaciones educativas siguiendo un mismo patrón, que nunca ha terminado de elaborar ni mucho menos de proponer reformas pertinentes.

Si esto sucede, será claro el empobrecimiento de las experiencias válidas de la Educación Media Superior, que quedaría, al parecer, reducida a planes de estudio tendientes a la formación técnica, que no consideramos de poca valía, pero también al olvido de la formación sólida en Humanidades y en Ciencias, que juzgamos irrenunciable, y en la que Filosofía ocupa un lugar central.

Solo una reacción rápida y decidida que haga ver a Rectoría y al Gobierno Federal que no aceptaremos nuestro traslado al sector público ni quedar sometidos a organizaciones sindicales que no hemos escogido libremente.

Hacemos un llamado público a las AAPAUNAM, organización a la que pertenece la mayoría de los académicos del Colegio, para que hagan cumplir el Contrato Colectivo en lo referente

al derecho de los trabajadores académicos a mantener su trabajo en la institución en la que han obtenido una plaza y en los espacios que estas ocupan.

Esta proclama es tan solo un primer llamado de alarma, inútil si no se convierte en un grito unánime y en acciones políticas de todos los convocados al inicio de la misma.

CCH-UNAM será muestra consigna.

No esperes que otros actúen. Piensa que no estás solo, pero sí decidido a defender al Colegio. Descubrirás cuántos te acompañan y son tus compañeros de aprendizaje y de docencia.

Invitamos a los profesores comprometidos con el proyecto académico e institucional del Colegio a una reunión de información en la Casa de Coahuila, el jueves próximo a las 18 horas.

*Por el Colegio de Ciencias y Humanidades*

*“Por mi raza hablará el espíritu”*

*3 de septiembre de 2025*

Responsable de la publicación Diego Rosas, CCH-N.

Email: [defensa.cch.unam.mx](mailto:defensa.cch.unam.mx)

*Me permito añadir algunos comentarios.*

- 1. La “proclama”, así la nombran, no propone ninguna acción concreta. Tendrá un efecto reducido. Los que la lean, seguirán haciendo lo mismo de todos los días.*
- 2. Conviene una declaración, mejor una entrevista, de un funcionario de tercer nivel, un Jefe de Departamento, aludiendo a los llamados a emprender acciones que no se sabe en qué consistirán, pero que abren la oportunidad de que grupos anarcos intervengan. Sabemos que trabajan para Gobernación, o para políticos de la oposición y puede convenirles crear problemas a la Universidad y al Gobierno.*
- 3. Me permito sugerir que envíe al menos a dos informantes encubiertos, profesores, a la reunión “de información” para seguir al tanto. Me permito excusarme, porque ya hace*

*tiempo que muchos en el Colegio conocen mi actividad inicialmente encubierta”.*

4. *Sigo a sus indicaciones para completar la información y dar seguimiento a las actividades del que parece el minúsculo grupo dirigente hasta ahora”.*

Los acontecimientos que marcaron la vida de los Planteles el último año antes de las celebraciones de Cincuentenario del Colegio, se sobrepusieron a la memoria, por lo demás de rescate incierto, dada la pérdida de significado que aquejó las conferencias de expertos, ninguno del Colegio, que nos sustituyeron en el balance de aportaciones y desperdicios de nuestros trabajos en el proyecto que habíamos entonces sostenido e imaginado durante medio siglo.

La primera categoría de desdichas merece el nombre de agresiones de odio. Comenzó dos años antes en Azcapotzalco, tomado por un comando de anarquistas, vestidos de negro, como todos saben, encapuchados y organizados para la destrucción directa de los recursos de aprendizaje de los alumnos.

Todos habíamos conocido sus intervenciones para perturbar y llenar hasta desbordar las pantallas planas de las televisiones de imágenes de destrucción sin objeto comprensible de cajeros de bancos, de vidrieras de cafeterías y restaurantes, de mobiliario urbano, señales de rutas de transporte, estatuas, paneles de publicidad, o los saqueos de tiendas de ropa, de los OXXO al alcance, de comercios de material deportivo.

Hubo durante años repetidas perturbaciones violentas en las inmediaciones de las marchas conmemorativas de algo tan comúnmente compartido como las conmemoraciones del

2 de octubre. Luego las intervenciones de las bandas de sicarios se lanzaron al asalto de cualquier otra marcha provistos de barras, martillos, marros y pulverizadores que encendían para atacar con sus lanzallamas manuales a los policías a quienes provocaban sin más respuesta que un pasivo retroceso de las fuerzas del orden, resguardadas tras sus escudos transparentes. El Sindicato de la Policía francesa hubiera protestado y exigido condiciones de seguridad para sus agentes, que también son seres humanos con derecho a su seguridad inalienable. Tan hondamente violatoria de la humanidad han sido sus agresiones.

Luego, y por eso he escrito el párrafo anterior, llegaron a los Planteles. Tras el cierre abusivo de Azcapotzalco sin la comunidad, se dedicaron concienzudamente durante meses a robar equipo de cómputo, a destruir libros, a provocar incendios en salones. Además del enfermizo placer de escenificar su odio a la cultura y a la única posibilidad de educarse para intentar un futuro mejor de las alumnas y alumnos, no parecían llevados por otra ambición. El Plantel atravesó un lento período somnoliento y gris, sin estaciones ni otra tregua que el silencio y la repetición sin provecho de la presencia de algunos funcionarios que recorrían las explanadas y pasillos observando cómo la violencia iba carcomiendo la vida del Plantel. Grupos incompletos de alumnos se escabullían entre los edificios para reunirse con sus profesores y acordar trabajos y fechas de entrega.

Después, en las inmediaciones del Cincuentenario, le tocó el turno al Sur. En las primeras escaramuzas, un año antes, alumnos apoyados por la Dirección del Plantel, lograron posponer su clausura con una votación aplastante, por unos días, hasta que otra “asamblea general”, ni convocada legítimamente ni justificada por una asistencia numerosa, decretara el paro activo, pero sin clases, que se deslizó suavemente hasta el abandono total de los alumnos desorientados por la incertidumbre de la condición formal del Plantel. La pandemia del 2020 vino a

encimarse en marzo al Plantel despoblado a la fuerza de sus alumnos.

Transcurrió el semestre imaginario y sin rostro de 2020-2. El Director del Plantel tenazmente gastó decenas de horas intentando poder nombrar negociaciones los monólogos circulares en los que ni siquiera se lograba definir las demandas de los anarcos que habría que satisfacer.

Sin explicación, finalmente, es un decir, los anarcos abandonaron el Plantel, sin acuerdo de renuncia a sus pretensiones desconocidas.

Pero no devolvieron el Plantel, sino sus ruinas, los esqueletos renegridos de tantos edificios, las sillas y mesas convertidas en amontonamiento de estructuras de metal descoyuntadas al lado de piezas de plástico retorcidas y apestosas a un vago petróleo quemado. No quedó un solo archivero que no fuera desparamado en los espacios de las Áreas. Los expedientes de los profesores se perdieron, de modo que, si se atuviera uno a los restos, nadie tendría historia ni siquiera identidad académica, porque no constaba en ningún papel ni en ningún archivo digital su trayectoria ni su origen universitario. Todo el trabajo de años perdió los testimonios escritos y digitales en los que apoyaba su identidad.

Pero también demolieron los cubículos del PEC, donde trabajan profesores de carreras. Nadie podrá recobrar sus trabajos si el único ejemplar estaba en sus archiveros. Destruyeron la memoria académica y cerraron los caminos para reponerla.

El Salón Azul, espacio de la vida colegiada del Plantel, se convirtió en escaparate de lemas de cuyo sentido, de algún modo preciso se podía sospechar que sus autores no podrían dar cuenta. Sin vidrios, el amontonamiento de mesas y sillas quemadas quedó como único ocupante y reflejo del confuso mensaje que borbotaba en las cabezas de los comandos de sicarios que cumplieron ese fragmento de sus consignas.

Se despidieron destrozando el piano de la sala Gamma. Lo arrastraron tropezando con quicios y rompiendo puertas, al corredor de la izquierda. Separaron la tapa y la dejaron intacta apoyada contra el murete de piedra cercano. Deben haber cortado las cuerdas del piano rasgado con un filo, un hacha o un machete pesado. Luego amontonaron las astillas negras del piano. No lo quemaron.

Desparramaron los libros de la Biblioteca, no quedó ni un estante intacto, se robaron los microscopios de los laboratorios y el equipo para aprender a investigar del Siladin.

El edificio de la Dirección fue minuciosamente aniquilado, comenzando por los archivos del Departamento Jurídico. Desmantelaron la oficina del Director, se robaron cuanto computadora se les atravesó en su desbocada carrera. Se trataba de despojar al Colegio de sus recursos. A mediados del 2020, el pronóstico era que el Plante sencillamente no podría trabajar en sus responsabilidades de docencia sino hasta el año siguiente, excepto evidentemente si se convertía en un bachillerato enteramente a distancia.

Uno, en el piso de la planta baja de las configuraciones políticas de la CDMX y del Gobierno Federal, ignora a qué sitios y plataformas de las realidades políticas hay que acudir para comprender por qué tamaña agresión de odio y por qué nunca ni en el incendio de mobiliario en plena calle de Llanura nunca intervino un solo policía.

Se puede acaso imaginar que la destrucción se origina en la que los anarcos, en sus infancias y en sus medios, se vieron desprovistos de todo amor. Hacer añicos con un martillo la pantalla de una computadora simboliza los golpes con que sufrieron sin motivo sentirse despreciables y culpables en sus primeros años familiares o de vecindario. O tuvieron hambre y frío. No puede uno condenar sin intentar comprender, lo que no te invalida el deseo de que la autoridad defienda a la Uni-



versidad sin violentar su autonomía. ¿O los anarcos viven en los espacios de la UNAM sin salir nunca a la calle o no tienen los organismos de información de los Gobiernos, o de alguno de ellos, agentes encubiertos en los grupos de invasores?

La destrucción del Plantel Sur ha sido un atentado contra la nación. Lo aniquilado no era ni mío ni tuyo, colegas profesores. Lo pagamos todos y se destinaba a muchos. Los responsables de la destrucción siguen se embozados en su vileza.

Lo inesperado auténtico es lo que nunca ha sido imaginado, pero se impone como un itinerario que comienza cuando el encadenamiento de factores conocidos por separado a cuya conjunción nuestra ignorancia e imprevisión abren las puertas. Nos fuerza entonces a alejarnos para siempre del mundo de pasable dulzura en que vivíamos, y alcanza a alojarse, cuando se le ocurre, en otra más honda tiniebla incierta y destructiva.

No voy a intentar aquí, porque no es su memoria, la crónica del año de la peste, en la huella de Defoe o de Camus, porque todos la recuerdan. Es imposible que el 2020 no haya sido para todos, y aquí es el todo más completo y global, tuvimos en los mismos meses experiencias imposibles de separar, ante las cuales nuestra modernidad ya malherida desde años antes por la injusticia y la mentira retrocedió asombrada cien años, a la influenza española por lo menos.

El 2020, al borde del cincuentenario del Colegio, marcó un surco profundo, un antes y un después que no se sometían a la misma norma. Lo nuevo, tras la pandemia y sus muertos quemados de prisa por sus deudos, doloridos como antes, que no pudieron velarlos y los recibieron en un recipiente minúsculo donde sus cenizas se alojaban en silencio.

La pandemia hirió de tantas maneras al Colegio, por de pronto ofuscó la celebración de sus aniversarios de enero y de abril,

la fundación del Colegio y el comienzo de los aprendizajes destinados a un mayor número de mexicanos,

Para la mayor parte, imagino, de los universitarios la decisión del Rector de suspender los trabajos de la Universidad el 13 de marzo del 2020 y de anunciar el recommienzo incierto que se fue posponiendo, sorprendió y de entrada se parecía a unas vacaciones, de inmediato anuladas con declaraciones expresas. Íbamos a trabajar de otro modo.

Al Colegio se le encimaron al comienzo de la pandemia el secuestro de dos Planteles, Azcapotzalco y Sur, en manos de sicarios “anarquistas”, sí entre comillas, allá ellos, porque uno no encuentra rastros de ideología, sino amargos resentimientos por dolor tan profundo y sin nombre que devoraron sus infancia y exigieron venganza destruyendo lo que podía servir al crecimiento y, apenas en el borde de la conciencia, a alguna especie de felicidad sencilla de los alumnos adolescentes del Bachillerato.

Pero ahora quiero recoger la memoria del Colegio visto a lo lejos, desde el encierro del “Quédate en casa” protector y exigente, y no las destrucciones de Planteles.

Los Planteles exigencia angustiada, marzo era la mitad del semestre 2021-2, intentaron terminarlo recurriendo a los recursos digitales, pantallas diversas y conectividad, pero se toparon con que un 40% de los alumnos carecían de una y sobre todo de la otra. Los teléfonos servían, pero eran un equipo pobre y diminuto. En cada Plantel de 3 500 alumnos que hubieran podido terminar su ciclo y pasar a estudios profesionales, unos 800 o 1,000 nunca pudieron establecer el contacto con sus profesores, muchos de los cuales lo intentaron con terquedad. Otros, que se colgaban identificaciones de *progresistas* se negaron a recurrir a las plataformas, porque no se conformaban al Modelo Educativo del Colegio, que nunca antes habían citado.

La condición de limitaciones económicas de la mayoría de los alumnos, reducían la eficacia de los aprendizajes, situación

que conocíamos desde los inicios de los 90, en la actualización del Plan de Estudios. ¿Cómo puede una alumna comunicarse eficazmente con su profesora o profesor en el comedor de su casa, alrededor de cuya mesa corren sus hermanos menores y el abuelo dormita en el sillón de la esquina? Y ya es un caso ventajoso que tenga la posibilidad incierta de una conectividad amenazada.

El semestre 21-2 terminó como se pudo, pero hay que reconocer el esfuerzo de la mayoría de los profesores y de los alumnos sobre todo los de sexto semestre. Los cuerpos directivos se esforzaron.

Luego la Universidad fijó los protocolos para defender la salud de los universitarios, en el momento incierto de la vuelta al siguiente semestre: cubrebocas, guantes, controles sanitarios, espacios de metros cuadrados y separaciones de acrílico, para quedar a distancia de sus colegas. Y comenzó el funcionamiento híbrido de la Universidad, como siguió estos últimos años, con altibajos de mayor exigencia o de un relajamiento esperanzado, cuando el virus retrocedía vencido por el compromiso de respeto a los protocolos o se activaba y cobraba otra cosecha segada por la muerte. Las vacunas permitieron mayores cercanías siempre inciertas, porque los SARC-CoV-2 y 3 se empeñaron en una carrera de mutaciones contra la humanidad entera. En el Colegio conocimos el funcionamiento combinado de presencia para la cultura básica y distancia para la autonomía del aprendizaje y una parte sustancial de las comunidades docentes se apropiaron de prácticas creativas como la digitalización completa de la asesoría, la comunicación de tareas y formas y fechas de evaluación, la comunicación de sitios Web y los nexos para ampliar las lecturas y ejercicios. Pronto comenzamos a contar con plataformas amplias y a centrar las sesiones presenciales sobre todo al desarrollo de las prácticas socráticas esenciales de nuestro Modelo Educativo.

El Colegio pudo así, una vez más, confiar en su responsabilidad de servir de motor de innovación para que la UNAM siguiera siendo verdadera universidad, resistiendo, malherido que estaba por la destrucción que le acababan de imponerle los anarquistas de madre incierta. Ahora en 2025 nadie tiene derecho de reprochar irresponsabilidad al Colegio o de ser una carga para la UNAM.

Pero hay fechas que quedaron menoscabadas en la reviviscencia de los acontecimientos que conmemoraron el Cincuentenario. Ni esta memoria alcanza a cubrirlo en detalle. He intentado reconstruirlo, pero tengo conciencia de haber dejado huecos que no tendré al parecer ocasión de reparar. Todo fue en plataforma y con protagonistas improvisados.

Algo queda claro, sin embargo, a cinco años de la explosión de los contagios del SarsCov 2 y de sus variantes, la aplicación de las dos primeras vacunas que, en un movimiento de solidaridad planetario ha cubierto a la mayor parte de los seres humanos, hermanados por fin y a la fuerza. Por eso, nuestra lucha contra el rector podrá tomar las calles y manifestarse masivamente, aunque todos llevemos los nuevos cubrebocas, con tejido de cobre

El recurso generalizado a las plataformas, no nuevas del todo en las comunidades, pero convertidas en un instrumento insustituible, pasó de los grupos de algunos profesores a las asesorías universales, a los seminarios de profesores, a los diplomados, a la *Gaceta CCH* y sus estribillos, a los mensajes de los cuerpos directivos. La pandemia nos obligó a alistarnos de lleno en la nueva cultura de tecnologías, prácticas y normas de civilidad digital.

El Colegio no estuvo ausente de la cita.

“**H**ace cuatro años celebramos el 50° aniversario de la fundación del Colegio. Las discrepancias acerca del día que merecía con mayor justeza declararse señalado, apostaban al 26 de enero o al 12 de abril. La primera fecha se refiere a la creación del Colegio por el Consejo Universitario, apoyándose en el encabezado de primera página de la “Gaceta Amarilla”: **“Se creó el Colegio de Ciencias y Humanidades”**. Los hechos se restringieron a la aprobación de un proyecto general de ambición académica innegable, que encaminaba a la Universidad a ser más, o por fin, ella misma, reuniendo las capacidades académicas de facultades hasta entonces dispersas.

La única porción del proyecto que comenzaría de inmediato fue el nuevo Bachillerato y la Unidad Académica que los sostendría, es decir nosotros. Pero se trataba ese día de una entidad jurídicamente innegable, pero reducida a los enunciados de la Explicación de Motivos del proyecto y a la descripción de concepciones, no al enciclopedismo, sino únicamente materias básicas, aprender a aprender, una cultura de la que el alumno sería protagonista, todo ello para inaugurar un Bachillerato innovador en la Universidad e instrumento imprescindible de la transformación de la misma. El Bachillerato del Colegio aparecía como la institución íntimamente ligada a las funciones esenciales de la UNAM. No habría Universidad completa sin el

Colegio y este sería el instrumento de la innovación permanente de la UNAM.

El 12 de abril, en cambio, comenzaron las clases. Si el Colegio es una escuela, el primer día de aprendizaje es su auténtico comienzo histórico tras los preludios institucionales. Pasamos de las declaraciones a las personas y a la materialidad de los Planteles construidos con rapidez por el CAPSE.

Según se acercaba el cincuentenario, al parecer, en Rectoría las opiniones eran divergentes. Al final, la comunidad ignoraba las negociaciones cerradas y su precio, el Colegio anunció que en enero se celebraría la creación del Colegio y en abril a sus profesores fundadores, disyunción que satisfizo a ignorados intereses, pero que separaba la institución, los textos, de sus realidades más concretas y visibles, sus alumnos y profesores.

Desde mi posición, fuera de los niveles en los que se discutió la celebración mayor de los primeros 50 años era imposible determinar los bandos...

No creo que el Rector haya abandonado por indiferencia al Colegio, pero tampoco me queda claro, cuatro años más tarde, las sinrazones por las que no apoyó con mayor decisión...

Finalmente, la conmemoración que pudo ser el punto de partida de una etapa renovada del papel de “órgano de innovación permanente” se dejó pasar a la esfera de las celebraciones universitarias, destacadas sí, pero convencionales y sobre todo sin influencia en el ambiente de la comunidad del Colegio...

No sirve quejarse, habría que recurrir a los estados de ánimo y las convicciones que han sostenido al Colegio, aunque sea ahora, sobre todo ahora que cuatro años después asignan a nuestra función de innovación, que renovamos saliendo la Universidad. La UNAM sin el Colegio será otra....

#### **NOTA**

*Las líneas que siguen resultan del mejor acomodo que pude encontrar a un texto que abuelo dejó como a medias, distraído*

*tal vez o más atento a sus sentimientos que a los hechos despojados de marcas de afectividad. Es el único pasaje de la memoria donde me he arriesgado a redactar algunas 30 líneas, aceptando correr el riesgo de deformar lo que la memoria de mi abuelo conservaba, pero finalmente me confió la responsabilidad de ordenar el texto y los renglones que dejó no alcanzaban a ser un relato. Retomo la narración donde quedó e intento terminarla. Hablaré, entonces, de la celebración. Íñigo.*

El Rector, y aquí estoy ampliando lo que antes ha dicho mi abuelo, por algo tuvo la experiencia de presidir en Azcapotzalco una asamblea de alumnos respetuosa y de planteamientos claros, cuyo valor universitario reconoció, apoyó honradamente la celebración de la fiesta académica del Colegio. No entiendo por qué hubo aspectos que se torcieron, y resultó una mesa de patas desiguales. Sin ser experto debe haber estado ya encendido el motor de la conspiración, dos o tres secretarios del equipo del Rector que comenzaban a organizar para el año siguiente la llegada a Rectoría del coordinador, creo saber, de la ENES de Saltillo, que antes fue profesor en CU, y habían continuado vieja tarea de difamador al Colegio.

Esta idea al parecer perturbó la escritura del abuelo, que no pudo cuadrar elementos fragmentarios y de comprobación complicada. No era partidario del conspiracionismo, lo que en mi opinión fue un error que cometió varias veces. Sus años en Europa lo privaron de la experiencia mexicana completa, porque aquí siempre ha habido conspiraciones de todos los tamaños, pero todas por lo menos estorban, cuando no alcanzan a dañar y mucho menos a intentar echar fuera al Colegio.

Al parecer ha habido una vieja mirada de grupos de universitarios que ha complicado sin tregua el trabajo del Colegio. Mi abuelo decía que cuando el Colegio comenzaba a elevarse académicamente siempre venían porros, tomas, “activistas” (el no creía en esta categoría, los consideraba más bien sicarios).



Sobre las celebraciones del Cincuentenario no puedo añadir gran cosa. Sugiero a los interesados consultar el libro que publicó el Colegio, no la Universidad, que contiene una crónica escueta de los 50 años y todos los discursos de los dos actos solemnes. El libro se llama *Cincuentenario del Colegio de Ciencias y Humanidades*, 2021, UNAM, México. Lo encuentran en cualquier librería universitaria.

Intentaré señalar algunos aspectos que me llamaron la atención, sin pretenderme experto en el Colegio. Soy un escriba sentado, como el egipcio, pero escribo en un teclado y no sobre papiro. De cualquier manera, se trata de juicios obvios que todo mundo pudo formular con un mínimo al menos de objetividad.

En el acto organizado por la Secretaría de Apoyo a la Comunidad, me sorprendió por la falta de justificación para no dejar aparecer a los profesores del CCH en el ciclo monumental de conferencias. En la inauguración, el 26 de enero no habló el Rector, (no estaba en México, sino en Salamanca, en una reunión de Rectores de las Universidades de la Hispanidad, ni modo eso no lo decidió la UNAM, pero algo hubiera podido hacer, me imagino) y del discurso del Secretario de Apoyo a la Comunidad puede decirse sin ser especialista que fue breve (positivo) y sin relieve (negativo) porque apenas apiló algunas frases convencionales. Los invitados a la semana anterior hablaron expertos en educación de las más destacadas, eso sí, entidades pedagógicas del país, pero ningún profesor del Colegio. El IESUE, el Cinvestav, el Colmex, el Instituto de Filosofía, los Coordinadores de la Investigación Científico y de Humanidades. Todos, alabando convencionalmente al Colegio, de pronto se desviaban para señalar las insuficiencias de su modelo educativo, que no puedo refutar, pero que cualquier asistente percibió con claridad. El Director General, invitado de honor, eso sí, pudo colarse y habló con convicción del Colegio. Los profesores lo aplaudieron largamente con todo descaro y según entendí

espontáneamente, para que se notara su existencia y la del Colegio. Asistieron también los cinco Directores de los Planteles. Y profesores. Muchos ni se enteraron.

La miseria fue evidente para los profesores, amigos del abuelo, cuyos comentarios pude provocar. La mayoría de las intervenciones usurpadoras distaban mucho de lo que los auténticos protagonistas del Colegio podían aportar, López Tapia, Miguel Rodríguez, Rito, Carlos Medina, David Pantoja, entre los pocos amigos del abuelo que he podido conocer y con quienes he hablado para remendar esta zona deshilachada del relato.

Para recordar el inicio de las clases, el 12 de abril, el Colegio organizó con empeño, pero con una extraña restricción de medios, un coloquio nacional, que vino a resultar metropolitano, con alguna que otra presencia federal (odio como el abuelo hablar “del interior” o “la provincia”), dignas de gratitud por tomarlo en cuenta, Guadalajara, Nuevo León, Puebla, Durango, el Instituto de Educación Media Superior de la CDMX, y la Escuela Nacional Preparatoria. Pero ni de lejos todo el país, a lo que el Colegio tenía el derecho de aspirar con legitimidad.

Lo que la Dirección General logró fue meritorio, también porque todos ayudaron y el abanico de su influencia creció en buena media, pero muy lejos de la celebración merecida de las innovaciones que la historia del Colegio ha aportado a la Educación Media Superior: enfoques didácticos, la unión de la docencia conjunta de Lectura y Redacción, la iniciación de tres generaciones de nuevos profesores al Modelo Educativo del IEMS de la CDMX, cursos en decenas de Bachilleratos, el Programa Nacional de Lectura y Redacción con 1,100 cursos en todos los Bachilleratos Universitarios, colaboraciones con ANUIES y con reformas de la 4T.

Todos los profesores que quedan, un resto minúsculo, pero para nada menos apasionado, reiteran sus convicciones y prácticas del Modelo Educativo que, como proyecto les confió el

Consejo Universitario en 1971 y que han estado desarrollando y renovando todos esos años, incluyendo las épocas de confusión y confinamiento. Dejaron constancia de su voluntad de mantenerse de pie incluso frente al rector actual y sus huestes de ignorancia. Pero en el 21 no dieron al tema de la amenaza más espacio que la enunciación de su voluntad de continuar el proyecto innovador en la Universidad.

“El Cincuentenario fue un momento más de resistencia, pero no podíamos abandonar espacios de combate que estábamos comenzando a ocupar”, terminaba su borrador el abuelo.

**A**lfonso Millán me encargó seguir tratando el asunto con Manuel Barquín, Abogado General, en plenas vacaciones de Navidad y mi mujer y mis hijos en Santiago, en el mar transparente de diciembre en Colima. Tuve que volver a México para entrevistarme con Manuel.

Hablamos largo en la Rectoría desierta, pero quedaron muchos temas recogidos en una lista de memoria que trataríamos antes de la vuelta de vacaciones en enero.

Volví a Santiago a disfrutar de las olas infantiles de la bahía y de los días enteros en juegos interminables con las olas de mis hijos todavía pequeños, pero ya conquistados por el mar que comenzaban a dominar clavándose en la muralla de las olas a punto de quebrarse y salir al otro lado a la tranquilidad de un mar que fingía que no volvería a hincharse para reventar sobre la playa de reflejos dorados.

Fui a buscar a Manuel a su casa del Pedregal y lo llevé a mi casa en el Ajusco para comer con la chimenea encendida, al fin de cuentas era el 28 de diciembre y helaba. Hablamos ahora sí del Colegio con detalle y confirmamos el acuerdo de que Alfonso era la mejor opción para coordinarlo. Seguramente se encontraba ya en su lista mental de candidatos y buscaba una confirmación desde dentro del Colegio y la seguridad de que tendría apoyos.

Las conversaciones con Alfonso Millán y con Manuel Barquín fueron dos largos recorridos abiertos de viejos amigos, que no lo éramos, pero lo estuvimos siendo en esas cuatro horas.

## SEGUNDA PARTE

*La guerra es el padre de todas las cosas.*  
Heráclito



**M**i llegada a la Dirección de la Unidad Académica del Ciclo de Bachillerato del Colegio no fue lisa. El Rector resistió a la propuesta del nuevo Coordinador. Pienso que, para ser amable, pongamos que sin fundamento en aquella época, cuando su informante, ella, del Plantel Sur le llenaba la cabeza con el relato novelado de las ambiciones de Alfonso y mías de apoderarnos del Colegio. Quién sabe para qué, el Colegio no era una mina, ni nosotros un par de aventureros ávidos de poder. No puedo suponer que de dinero o de tráfico de drogas, porque en esa época, lo que haya habido, no se conocía. O se desdeñaba.

Pero Alfonso se entercó, no era raro, pero no puedo reproducir con qué frases, seguramente no torpes, le puso un ultimátum al Rector: o los dos, Alfonso y yo, o Alfonso no aceptaría la Coordinación General.

Tomé posesión con la sorpresa que se arremolinaba en las oficinas de la Coordinación. De cualquier manera, muy serios, todos los Directores y las dos Directoras me abrazaron procurando tocarme lo menos posible. Dominaba todavía “la Nueva Generación de Banqueros”, los directores recientes que se suponían destinados a sustituir de inmediato a la vieja guardia, pero con mi llegada a la Dirección de la Unidad de Bachillerato no sucedía. Hubo otros abrazos apretados.



Comenzó una época de connivencia plena entre las dos autoridades personales del Colegio, el Coordinador y el Director de la UACB. La Dirección del Posgrado dependía formalmente del Coordinador, pero no participaba de la vida azarosa del inmenso Bachillerato. Así la alianza mantenida sin conflicto durante seis años sirvió para afianzar un terreno sólido para continuar la construcción del Colegio, tantos años repetidamente armado apenas de cañas, como la casa del segundo cochinito del cuento. El lobo de entonces se merendaba nuestra imagen pública, pero solo como un viejo fermento que le echaría a perder el vino que bebía, pero logramos retirarlo a tiempo y sin sangre de las inmediaciones de los odres. Ahora en 25 tenemos casa de tabiques y estable, pero tratan de desahuciarnos.

De cualquier manera, la vida institucional siguió siendo aventurera e inventiva, pero la comunidad dejó de verse empujada a escoger entre melón y sandía. Con Rectoría no hay hoy más que de una sola fruta y la que nos ofrecen es amarga.

**E**n Naucalpan estacionaba mi coche en los primeros cajones, junto al reservado a Servicios Estudiantiles y cerca del cubículo doble de Ciencias Experimentales. No había sol, pero sí su claridad brumosa, una espuma leve que flotaba esquivando los viejos eucaliptos del Bosque de los Remedios de los que arrancaba la plata del revés de sus hojas.

Solía bajar a mi salón respirando la frescura de un aire extrañamente estancado en el recinto del Plantel, sin olores de gasolina. Abajo se suponía una ciudad, más bien una extensión informe de construcciones dispares, sin centro claro visible. En algún lugar, más allá de kilómetros de calles disparejas y millones de coches arrastrando su lentitud, se veía apenas el edificio triangular del Banco de Obras Públicas, nunca la Torre Latinoamericana, aunque seguramente perduraban, confiamos en que persisten tantas cosas que no vemos; el Zócalo, la Catedral, se mantenían todavía en su callado recelo las ruinas del Templo Mayor de los aztecas y el Palacio Nacional de nuestra república, una instalación de un colectivo de tantos nombres de artistas nacionales que trabajaron más de cinco siglos. Más lejos y alrededor innumerables edificios, departamentos arruinados, torres nuevas, vías efectivas y de casualidad rápidas, caos de sonidos como de un lejano mar impuro.

Pero yo respiraba profundamente el aire fresco y bajaba de prisa al edificio B. Diez minutos después, comenzaba el trabajo

de aprendizaje, de los alumnos y el mío. Antes saludaba, comentaba con sorpresa su vestimenta adolescente, o sus tatuajes, si habían venido a agregarse ampliaciones geográficas al mapa de islas verdes y líneas rojas de sus brazos de dos días antes, reíamos.

Al cuarto de hora comenzaba a sudar. No hacía calor, pero las marejadas del grupo me arrastraban de una esquina a otra, para apresurar a que Giovanni (sus papás habían hecho escribir Yovani en el acta de Registro Civil), varias Lorenas, Ivones, y tantos otros con adornadas ortografías inventivas, Ladyrubí, así, en una palabra y otras innovaciones aportadas a la onomástica del español, el sustantivo es una convención, de México, gracias a la televisión y a las revistas juveniles, y también a una cierta ignorancia que en mi provocaba más bien una discreta ternura y aprensión por el futuro de la lengua como cultura. Discurría por el salón oficialmente para 48 alumnos que desbordaba con 54, empujando a unos y a otros a abrir la novela que estábamos comentando, a atender mis explicaciones de la diferencia entre cuento y novela, que no se reduce a la extensión desde luego y ellos lo sabían.

Al cuarto de hora, pues, comenzaba a sudar, porque un grupo de más de 50 alumnos a las 7 de la mañana, aunque fuera febrero, no se parece a los muchachos aristócratas de cualquier colegio distinguido con un nombre vistoso, que una esclava había limpiado cuidadosamente dos horas antes, y recién perfumados para comparecer cortésmente en el aprendizaje de cómo filosofar y leer historias, para aprender a convivir confiadamente con dioses imprevisibles, de cuya impotencia frente a los padres contratantes estuvieran totalmente convencidos. En clase leíamos los mismos relatos de 3,000 años antes engarzados en un arco de intriga que va de la cólera de Aquiles, lo retira del frente, pasa en un momento álgido por la muerte de Patroclo, despojado además de la armadura de su jefe, y culmina con la persecución y la muerte de Héctor, por cierto, engañado traidoramente por Palas. Siempre he pensado que no se valió.

No, los del Colegio, estos y no hay otros de repuesto complaciente, han sido siempre alumnos mexicanos, adolescentes de ojos oscuros, pocos sujetos todavía a sus madres para salir peinados a la escuela, jeans para chavas y chamacos, playeras que toman prestada de lejos una identidad en inglés, o se la inventan y la sostienen, aunque esté despintada. Pero inteligentes y ávidos de enterarse, si lograba encontrar la ventana por donde la curiosidad de su cultura reducida al inicio a las Chivas, al América y, ahora solamente, también a los Pumas, a toda música pop, heavy metal y ya poca ranchera, y poco después música banda, norteha, corridos de narcos exaltados con apenas disimulo, explicable por la añoranza de rebeldía y aventura, aunque sea para asesinar, pero luego, al final del recorrido de distractores, su cultura se intrigaba también por la extraña culpa (*hamartía*, en griego, pero eso qué...) de Edipo, inexplicable y cruel, porque, sin decisión de su parte, no había reconocido ni a su padre altanero ni a su madre, reina de Tebas, rescatada de la Esfinge por su hijo vuelto a la patria, tras su educación de príncipe en el extranjero.

Las zonas de la gran mancha urbana donde viven son clases medias bajas, pero un buen número llega también de las colonias aledañas, por así decirlo, de más abajo del Plantel y socialmente. De todos modos, del grupo saldrán 20 profesionistas comparables con los de otras universidades que para enseñarte te venden las clases, tres o cuatro doctores e investigadores, y un par de genios en algo. La inteligencia no depende del tamaño de la habitación en que te conciben. Afortunadamente.

Pero no quiero, ni podría, hacer la sociología de mis alumnos del penúltimo semestre en que enseñé en Naucalpan, Taller de Lectura y Redacción, primer semestre entero, antes de ser designado Director de la Unidad Académica del ciclo de Bachillerato para un segundo periodo, en un oscuro proceso de auscultación del que nadie se preocupó ni lo más mínimo en la

comunidad, seguramente en 1994, no por falta de información en la *Gaceta CCH*, sino porque quedaba muy lejos de las islas que los Planteles figuraban.

Al cuarto de hora, me repito, comienzo a sudar y sigo así, el resto de las dos horas de la sesión de aprendizaje, la *clase*, para facilitar la comprensión a los ajenos al Modelo Educativo del Colegio. Un profesor es el animador que no puede permitir que los alumnos se agolpen en la ventana para ver pasar a la “Pantera Rosa”, cuyo caminar de modelo en exhibición puede quitarte el aliento, si te toma desprevenido, o al chavo del sweater de la franja azul y las alumnas del equipo que mejor trabaja, asomadas apretadamente a la ventana. Si sólo contara la justicia, habría que dejarlas asomarse, porque ya terminaron el trabajo en equipo, pero luego, si las dejas, ¿con qué argumentos impides a otros llegar a las ventanas para alimentar sus propias admiraciones, aunque no hayan ni comenzado el trabajo comprometido?

Así pasan dos horas, revisas trabajos, orientas, reconoces aciertos y alientas, hablas más largamente con el estudiante cuyos padres se están divorciando y eso remueve las cenizas de tus propias culpabilidades. Enseñas, aprenden, convives, aprendes... Eres el primer aprendiz del grupo. Por la edad.

Luego Naucalpan se tornó imposible. Al principio, cuando en 81 comenzamos a vivir en el Ajusco, llegaba en una hora del Colegio Madrid a la Dirección de Naucalpan, y en la tarde, con tal de cumplir exactamente mi escapada del Plantel a las 18:15, en una hora de vuelta dejando atrás la ciudad iluminada y las redes de luz colgadas del Cerro del Chiquihuite.

Después, para llegar a dar clase a las siete debía salir de San Miguel a las 6. Finalmente, ya en 2002, mis últimas clases en Naucalpan, no bastaba una hora, sino salir a las 5:30 y llegar 10 para las siete al salón del grupo de Análisis de Textos Literarios, cuatro horas en dos días de la semana.

Más allá renuncié a probar, porque invertía más tiempo en los trayectos, ida y vuelta, que en el trabajo con el grupo. Me cambié al Sur algunos semestres a deshora. Y mantuve únicamente mi clase de Posgrado en Letras en la Facultad, sin pago, que nunca me importó, hasta cumplir 45 años en 2016. Perdí una de mis actividades docentes más placenteras, porque me negué a proponer programas de equidad de género para enseñar a leer cuentos. No porque en algún momento haya sido adversario de esta dimensión de la justicia y mucho menos de los derechos fundamentales de las mujeres, que ya en 2020 profundizaron en su defensa adoptando los fermentos del cambio de civilización, que debe tener como centro la defensa de los derechos universales, fuera de los partidos porque no hacen política sino se empeñan en obtener el reconocimiento de su calidad de sujetos de la historia que abren hacia el futuro. Pero no por eso hay que convertir demandas legítimas en tema obligado de estudio del relato. Me parecía una oportunista e improvisada manera de la Facultad de quedar bien con Conacyt.

Ignoro, ahora en 2025, si la vaga nostalgia que reacomoda incesantemente sus nubes en mi alma tiene que ver con mi retiro completo de la docencia. Los cursos en el Posgrado de Letras me divertían y mis alumnos me obligaban a aprender. Me prestaba al juego de papeles profesor-alumno, que provocaba siempre y mantenía. Hoy he sido profesor y volvería al Posgrado, pero los intereses de su Coordinación no coinciden con los cambios que dice esperar de sus profesores.

Ya no enseño. Lo siento. Aprendo solo, en libros.

Comenzaba el 89. El sol de invierno persistía sesgado sobre la mesa de las reuniones de Directores de los lunes. Había atravesado las reuniones anteriores en franca minoría, aliado con certeza únicamente con el Secretario Académico de la Dirección de la Unidad Académica del Ciclo de Bachillerato, DUACB, según el idiolecto del Colegio, con un Secretario General incierto en sus lealtades, pero respetuoso de la buena educación, al menos, y de esquemas repetidos de “corto, mediano y largo plazo” o “profesores, estudiantes y trabajadores”. Él tenía, además el primer celular que apareció en mi vida, largo y grueso como un zapato del 29 y bebía agua embotellada. Un auténtico precursor.

Mi Secretario Académico era conocedor y claro en sus intervenciones, cuando los temas eran el proyecto del Colegio. Sus actitudes serenas y sonrientes no se contraponían a la exigencia que dejaba una demanda de responsabilidad certera en sus interlocutores ante los cuales nunca abdicaba. Era una voz que orientaba y completaba las decisiones de la Junta de Directores.

Como profesor, José Eduardo, se proponía no orientar desde fuera, sino acompañar a los alumnos en el camino hacia los aprendizajes de Matemáticas, algo así como reconocer los itinerarios que llevarían a los adolescentes, paso a paso, de lo que ya saben a lo que se les ofrecía aprender. Era su única arma

pedagógica, pero concretaba sobre todo su interés por el bienestar académico de sus alumnos. Y coincidía, con una formulación autóctona y original, con el Modelo Educativo del Colegio.

Los cinco directores formaban ahora y desde la breve Coordinación de Darvelio Castaño, apoyados silenciosamente, al menos eso decían y hasta podía parecerlo, por el Rector anterior, no por el apenas reciente, formaban los cinco una oposición casi compacta, con la Dirección del Sur a la cabeza, en clara rebeldía, como si esperara lograr un golpe de estado en cuya victoria me sustituiría, a menos de un mes de mi presencia en la Dirección.

Nunca comprendí su desdén, que llegaba hasta leer el periódico en plena sesión o redactar a mano oficios de su administración. Al principio imaginé su enojo sencillamente por el hecho de que, con el cambio de Rector, sustituí a su delegado en la Dirección, pero muchos años más tarde, recordé la falta de atención a sus cualidades en las que incurrí por una desconfianza seguramente sensible, que imposibilitaban una alianza. Más tarde, despejadas las brumas que antes nos impidieron mirarnos como parece que somos, emprendimos una amistad que ha tenido la reconstrucción del Colegio como centro y las conversaciones adyacentes con ampliaciones libres en múltiples direcciones.

La seguían el Director de Azcapotzalco, que confundía su amistad, real sin duda, con el Coordinador, y el derecho que imaginariamente se atribuía a sucederlo en la DUACB e intentaba hacerme sentir ignorante de la legislación del Colegio, aunque mis ocho años de Junta de Directores me habían entrenado ampliamente. El Director de Naucalpan había sido Secretario Académico en mi segunda Dirección del Plantel, pero había decidido aliarse con “La Nueva Generación de Banqueros”. La Directora de Vallejo era moderada, pero reticente, aunque seguramente había oído la transmisión de mis comentarios sobre el error de nombrar una Directora de Plantel sin experiencia política, pero con desconfianza de lo que no fuera la acade-



mia, que en esa mirada resultaba desencarnada. El Director de Oriente ocupaba un sector marginal en la Junta, jugaba solo.

Este es el cuadro. Lo que sigue, está tomado de las minutas de dos lunes en la segunda quincena de enero de 89. Cuando me atrevo a transcribirlas, sin jurar en vano por su exactitud, lo marco con los signos habituales. Me fío más de mis recuerdos, no por precisos, sino porque incorporan también lo que sucedió con el Protocolo de Equivalencias en los meses posteriores.

“Minuta de la Junta de Directores del 21 de enero de 1989.  
*Orden del Día:*

1. *Líneas centrales del desarrollo académico de la UACB.*
2. *Lucha contra el porrismo.*
3. *Asuntos generales”.*

*Sobre el porrismo teníamos prácticamente todos los Directores experiencias probadas, aunque de dureza distinta, pero nadie había abdicado nunca ante los golpeadores y asaltantes, si bien la firmeza y la imaginación no habían sido iguales. Los acuerdos fueron una lista de medidas, desde la vigilancia en los ingresos a los Planteles, hasta no dejar que los porros se apropiaran de locales, punto esencial en mi estrategia probada.*

Aquí termina esta minuta, que obviamente no transcribo, seguramente el Secretario General perdió el original y quedó solo el comienzo sin desarrollo, no importa. En la siguiente sesión comenzó lo bueno.

En el inciso de las “Líneas de trabajo” apareció la palabra explosiva: *la calidad del trabajo de los profesores*, que parecía condicionar la de los egresados del Colegio. Entramos en una selva entreverada de conocimiento, experiencia, recuerdos, prejuicios, cálculos y esperanzas. Todo lo necesario para una discusión a ratos violenta, sin llegar nunca al insulto. Por lo menos, pero sin acercamiento siquiera a ningún acuerdo.

Dejamos el tema martajado para la siguiente semana.

“Minuta de la Junta de Directores del 28 de enero de 1989.

*Orden del Día:*

1. *Evaluación de la calidad de los trabajos de los profesores de carrera.*
2. *Examen de ingreso de nuevos profesores.*
3. *Asuntos generales”.*

La calidad, por fin la Junta comenzaba a discutir en serio un tema académico y escabroso. Era un enorme paso al frente, en realidad sin una planeación deliberada.

Pesaban en el Colegio las críticas de los Estudios Profesionales, casi todos, sobre la insuficiente calidad de nuestros egresados. Como siempre, las ferias eran distintas y cada quien hablaba de ellas según le iba. Los profesores que veían a los alumnos, apenas sobresaliendo de la adolescencia, como sus iguales, aprendices permanentes de más Biología, Letras Hispánicas o Química, los aceptaban como llegaban y se divertían de sus salidas atrevidas, para responder a preguntas que podía incluso no tener respuesta canónica, sin hacerse ilusiones, por otra parte, acerca del repertorio tantas veces limitado de conocimientos.

Otros confundían el escaso esmero de la educación de los alumnos, su verborrea, en cuanto tenían la palabra, sus respuestas repetitivas y consabidas, y sobre todo su desarmada tendencia a salirse de la pregunta con discursos donde un supuesto marxismo, nunca leído ni atentamente escuchado siquiera, se pretendía el eje del conocimiento auténtico de las ciencias, sobre todo sociales.

En la Facultad de Ciencias Políticas, algunos alumnos del Colegio brillaban por sus discursos, pero había también quien apenas musitaba o se lanzaba en improvisaciones sonoras, que no tenían que ver con las preguntas. Así, atrevidos y entrena-

dos en discutir, buscando siempre que las explicaciones de los profesores fueran claras y críticos, cuando no lograban quedar convencidos de que el profesor de Economía tenía razón al avivar las miradas de desprecio al capitalismo, los alumnos egresados del Colegio eran sobre todo disparejos y sentían que era injusto pasar de un modo de aprendizaje donde contaba su opinión de alumnos, a otro en que el profesor imponía su saber y los alumnos debían sentarse a su alrededor para no perder sílaba de las enseñanzas de los profesores, que catalogaban en el capítulo de arbitrariedades, porque no las comprendían.

Pero a nosotros, que nos empeñábamos en tener egresados auténticos y no adoctrinados por los profesores de izquierda, en Historia predominantemente, nos preocupaba la calidad, aunque tampoco sabíamos con certeza cómo arreglarnos para alcanzarla. De modo que, incluido el tema de la calidad general de los egresados en la sesión del 28, fuimos a caer en una solución posible que no se dirigía a los aprendizajes de los alumnos, sino a los comportamientos de los profesores, donde la calidad nos parecía que debía obtenerse como condición de aquellos.

La verdad tampoco me apesadumbraba lo que pensaran los profesores convencidos de que el Colegio era un fraude, o, con mayor benevolencia, una ocurrencia nebulosa o algo parecido a una beatería académica un tanto histórica. Tales juicios, que no lo eran, me venían valiendo, pero en cambio quería que todos los alumnos se apropiaran del Proyecto del Colegio, hasta esos años detenido desde 1974 en un egreso anual promedio del 28-30%, punto más, punto menos, y con disparejos resultados en los Planteles, con Naucalpan a la zaga.

Y para llegar a la tierra prometida, y utópica, de “todos los alumnos egresan, marcados hondamente por las ideas educativas del Colegio”, era indispensable alcanzar las riberas de otra isla de Utopía, “todas las clases de todas las materias en todas sus horas con una docencia conforme al Modelo Educativo del

Colegio”. Lo pretendíamos realmente, a pesar de entrever, sin la claridad de un día de primavera a las 10 de la mañana, como sucede ahora que recuerdo lo que hacíamos hace casi 30 años y recuento mis convicciones sinceras e imposibles. Porque pensaba, y lo pienso ahora que han pasado más de 20 años de este siglo a cuyas riberas arribamos con sorpresa, y el Colegio está atravesando una crisis crónica de pérdida y desconcierto, que lo imposible está constituido de tal manera que hay siempre un lado apenas entreabierto y oculto, pero, si persistes más allá de los cálculos aceptados y convencionales, encuentras la Roseta adecuada, lo descifras y alcanzas lo que la realidad mezquina te había vetado.

Pero estamos en la Junta de Directores de 89 en un round en que yo, que la presidía, tenía la ventaja de traer en un fólder un proyecto de protocolo elaborado un año antes, en la Secretaría de Planeación con un grupo de asociados con los cuales era posible trabajar y reír al mismo tiempo, en el ostracismo que llamábamos alegremente “El Desván”.

En la Junta de Directores la discusión se atoró muy al principio, porque, aunque todos declaraban cuán importante es la calidad en la docencia, afirmaban con la misma certeza que es imposible definirla operativamente, aún más verificarla, y peor todavía, intento de soñadores, medirla de algún modo, para cerrar las salidas de postergación y escape. Tampoco coincidíamos ni siquiera en su definición.

Dejé correr. Cuando la discusión comenzó el equivalente a una tercera vuelta para repetir los mismos enunciados de incertidumbre y, por consiguiente, de renuncia, porque no hay derecho a obligar a los profesores a someterse a una evaluación imposible, salí con una nueva propuesta.

La calidad, recuerdo haber dicho, y a lo lejos oía murmurar las discusiones del año de la Secretaría de Planeación, no es un ente flotante que se posa en los objetos, procedimientos

didácticos o enfoques. Son los materiales didácticos y las estrategias las que tienen la calidad en su ser mismo: los textos, instrucciones de uso, disposición tipográfica incluso, tamaño y variedad (“¿No repites excesivamente? ¿Podríamos proponer un ejemplo de un campo muy distinto?”), etcétera.

Si esto es así, hay que definir los requisitos que debe reunir una antología, por ejemplo, los textos pertinentes y no la erudición, introducciones a los contextos de aparición de los escritos en su campo cultural contemporáneo, tamaño de los textos, explicación de algunas expresiones u objetos culturales presentes en el entramado de enunciados, preguntas que el alumno puede responderse tras la lectura de cada texto.

No me digas que hay que leer toda la *Odisea*, pero, si aceptas limitarte, verifica cuáles son los cantos más pertinentes y aventureros: ¿Circe, Polifemo, Nausicaa, la muerte de los pretendientes? Y en Química, las prácticas de laboratorios o las investigaciones adecuadas para experimentar las verificaciones de las hipótesis en los laboratorios. Y así en todas las materias, según las peculiaridades de sus objetos de conocimiento, de los procesos de descubrimiento de enunciados válidos o leyes. Tienen calidad si cumplen las condiciones fundamentales para ser plenamente lo que su nombre significa.

La propuesta de procedimiento de trabajo de la Junta sería comenzar por los productos o actividades más usuales, definirlos, enumerar cuidadosamente las características de tales objetos y acciones que los vuelven valiosos para el aprendizaje, y no enredarse buscando a ciegas nubes conceptuales flotantes. No existen.

No buscaríamos, entonces, la calidad, sino definir lo que hace que nuestros trabajos sirvan a los alumnos y se adapten, por supuesto coincidiendo con el Proyecto Educativo del Colegio, a los principios de nuestra institución.

Pasamos todo febrero en reuniones, dos por semana, pizzas a media jornada, café pasadero, en el Plantel Sur, discutiendo

definiciones, eligiendo características y requisitos, terminamos una lista de más de 50 productos de trabajo y actividades para los profesores de carrera. Inventamos por segunda vez, pero por primera en la Junta de Directores, y ya no solo en el grupo de “El Desván” en la Secretaría de Planeación, lo que terminó por llevar el nombre de “Protocolo de Equivalencias”.

El trabajo común redujo a un cero práctico las tensiones iniciales. Leti siguió leyendo el periódico, pero como a veces las reuniones eran a las 9 no había tenido tiempo de recibirlo y mis secretarías lo retenían hasta el final de la sesión, y no se lo entregaban antes. Evidentemente los oficios de su Dirección le resultaban también menos importantes que dejar pasar una definición de trabajos que hacían sus técnicos académicos de Psicopedagogía (evito el anacronismo de la ortografía posterior), su bandera principal de lucimiento e inventiva.

De inmediato, el Consejo de la UACB aprobó la primera versión del Protocolo de Equivalencias y le encontró aplicaciones para los concursos de ingreso, las promociones, el Programa de Estímulos. Años después en el Consejo Académico de Bachillerato, los profesores de la Preparatoria se dieron cuenta de que había algo que se llamaba Protocolo y que era muy superior a medir con puntos innumerables, desde un experimento hasta una clase de equitación a la que asistían, decían, algunos profesores destacados. Ciertamente, el caballo es cultura.

Por otra parte, y era el valor académico de mayor importancia, los profesores del Colegio disponían de una idea clara de las cualidades que debían atestiguar sus producciones para ser reconocidas. Una orientación que les permitió durante decenios obtener estímulos de los mejores niveles en número mayor que los profesores de la Preparatoria, en la ausencia de rumbos más claros y probablemente inexistentes.

**I**nforme, sin fecha ni número, ni referencia alguna, al uso de organismos paralelos municipales de Naucalpan.

“Jefe:

*Te mando un resumen de las entrevistas que tuvimos con el pendejo del director del Bachillerato CCH, creo que así le dicen, y con el ídem del Coordinador General del Colegio. Los dos son unos cerrados, se oponen sin dar razones válidas a los conciertos de rock, como los que hemos organizado y juntan chavos y no han podido suspenderlos, porque jalamos la corriente de una casa enfrente del Plantel Naucalpan y aquello parece un concierto gringo en pequeño. Luego la gente queda contenta. Nos cobran 100 pesos por el gasto de luz, a ver si nos los repones, porque lo pagamos nosotros y ustedes son los patrones. Dile a tu jefe de jefes que nos eche la mano con el Coordinador o mejor más arriba de lo que hemos negociado. No hay nada que contar, porque en el Plantel el Director también se opuso, es duro, pero no mandó a sus títeres a desconectar los aparatos. Tu dirás lo que sigue, nosotros estamos puestos para colaborar con la Secretaría de tu jefe”.*

**UIP, 12.06.89/CCH** (Transcripción de la entrevista con un grupo de estudiantes de Naucalpan)

“Licenciado:

*El concierto de rock planeado para el 10 de junio, como cierre*

*del semestre, no pudo llevarse a cabo con el mismo éxito que los anteriores, porque el Director lo sabotó, aunque no trató de desconectar el equipo. No podemos seguir así, porque nuestro grupo se siente presionado con los rollos de las autoridades. Las bases de alumnos se sienten defraudadas. Además, tenemos que tomar la corriente de la casa de la mamá de un trabajador de STUNAM, enfrente del Plantel, nos cobra el gasto de la corriente, pero el cable atraviesa la calle por el suelo y pasan encima camiones de los que van a Huixquilucan y peseras de a montón.*

*Nos urge una entrevista con el Coordinador del Colegio, pero previamente ablandado, si no para qué, y que autorice los conciertos. Sí, hay algo de ron que compramos en botellas de plástico, no es tan malo, y menos de marihuana, muy poca droga, los chavos la desprecian, piensan que es una fumadera de sardos. Pero no ha habido violencia, unos cuantos empujones. Eso sí, para qué negarlo, las clases se estorban y los profesores aprovechan para irse, porque no hay condiciones. Los trabajadores no protestan, porque les resulta imposible limpiar en la zona del concierto y la extienden hasta las bardas del Plantel a donde llega la música, como si fuera el centro del show.*

*Espero su ayuda para que la comisión que ya formamos, irán “El Sábanas” y “el Títere”, además de su servidor y dos de mis ayudantes, por cierto hay que darles su moche, se entiende. La Comisión, pues, ábrale la puerta con el Coordinador y arreglemos este asunto.*

*Los jefes de Toluca están al tanto y creo que le agradecerán su intervención. Y si no, hable con ellos en Servicios Sociales. Ya sabe cómo funciona este sector”.*

*—Mañana a las 10 vienen los porros de Naucalpan. Me llamaron de Rectoría, ya sabes, el Secretario. Me dijo que le habían hablado de la Secretaría de Gobierno de Toluca, debe haber sido alguien más bien de nivel, porque le dice “el Licenciado”. Un chupatintas cualquiera, pienso yo, no creo que los de Toluca*



tengan tan pocos asuntos que resolver, eso es otro corrido, para añadir en qué distraerse. Me insistió en que los conciertos de rock no son negativos, sino una manera de que los alumnos “desfoguen sus ímpetus” (sic). Mira nomás. Le dije que la Junta de Directores, tú y yo, pues, decidió prohibir los conciertos de rock, porque corre la bebida y la yerba a montones y nos echan a perder dos turnos completos de clases. Peor si es en la mañana, porque el Plantel se vacía y los del turno 3 no entran a los salones, se quedan oyendo las últimas rolas y luego la siguen por su cuenta. Vente a las 9:30, nos vemos en tu oficina en la Dirección de la UACB, para ponernos de acuerdo y recibir a estos bandidos. No sé si el Rector sabe de las maniobras de su Secretario de Rectoría, me aseguraré de informarlo con detalle mirándolo a los ojos, como dicen. Cuando lo informé de la prohibición tragó gordo, nomás lo vi cascabelear. Me preguntó si había sopesado las consecuencias probables. Le dije que no podíamos permitir los conciertos, porque perdemos clases y, por el contrario, prohibirlos hace visible y sería la voluntad de las clases sin interrupciones. Agrega la bebida y, la novedad de la droga. Pero sí, habíamos sopesado las dificultades.

—Va el rollo. No te enterarás de nada del otro mundo, más bien es el guion de siempre. Entró primero un “alumno” (en realidad no nos consta que todavía sea alumno, porque debe tener por los menos 22, 23 años y debe 18 asignaturas. No son tantas.). Si llegó retrasadito al Bachillerato, pongamos a los 17, ya tuvo más de cuatro años para terminar y según él no lo ha hecho. Obvio, ¿cómo carajos con tantas reprobadas? Es lo único que le creemos. Hasta eso, limpio, con un pañuelo rojo en el cuello y una gorra medio maoísta con una estrella en el centro. La gorra se la creo, pero no que sepa qué predica el maoísmo, y sobre todo qué tiene que ver con el rock (por lo demás a mí me gusta, sé que tú eres aficionado a los boleros y, sobre todo, a Chava Flores. Cuando lo cantas, Chava Flores te

imita). Bueno, es otra canción. Entraron en fila ordenada otros cinco chavos, dos alumnas, todos muy serios, como conscientes de la importancia de su misión, que nadie les había encargado y que de ninguna manera era trascendente. Cabeza de puente de la multitudinaria comunidad, pero desconocida para ésta.

Los hice pasar a la Sala de la Junta de Directores, Hay mesa para todos. Comenzó el tironeo. Ellos pedían que el Coordinador reconociera el derecho “de la comunidad”, cómo no, de organizar conciertos de rock cuando hiciera falta, desde luego a juicio de la citada “comunidad”. Ya me imagino a los 15 mil alumnos del Plantel votando a mano alzada, o con las dos para que cuenten más votos, en el Estadio Olímpico o en el estadio Cuauhtémoc del Seguro Social, más cerca de Naucalpan, para decidir si se organiza o no una tocada el jueves 5 a las 15 horas. Porque hablan de “la comunidad”, y ahí sí, ni dónde reunir la entera para que decida en asamblea cualquier disputa. No hubo acuerdo conmigo.

“Se acordó”, ellos, llevar el diferendo sobre derechos estudiantiles ante el Coordinador, tú, antes de recurrir al Rector, él. ¡Sí, Chucha! Lástima del tiempo que te harían perder. Lo bueno es que estamos exactamente en la misma línea de acción contra el porrismo y los portadores de sus genes”.

Y en eso estábamos, al día siguiente, Alfonso no retardaba encarar los problemas, ahora en la oficina del Coordinador General, sentados en la mesa de la Junta de Directores. En mesas íbamos ascendiendo.

Alfonso se quedó callado y me dio a entender que comenzara a repetir “las razones por las que un concierto, una tocada de rock, daña seriamente la vida académica del Plantel, por algo tan obvio y sencillo como que se interrumpen las clases, se fomenta un ambiente propicio para el consumo, no digan que no, de bebidas alcohólicas, por cierto, de pésima calidad. Quedan montones de botellas de ron sin marca. Cuidado con

la ceguera. Y ahora han comenzado a correr carrujos de yerba, de marihuana, para que nada quede sobreentendido. Nuestra responsabilidad es mantener las condiciones de las clases y del aprendizaje, lo que resulta imposible, cuando ustedes organizan sus rollos musicales. Además, de frente, ¿de dónde sale tanto borracho que llega a Naucalpan y ni son alumnos del Plantel ni de ningún otro del Colegio? Seamos serios, ustedes no son niños, sino nuevos adultos responsables. Vamos a mantener la decisión de la Junta de Directores, para lo cual les demandamos su colaboración de universitarios”.

—Pensábamos que contigo se podía hablar, porque tu colega aquí presente no oye argumentos. Cuando estaba en Naucalpan se vivía persiguiendo a los grupos políticos, por eso la Prepa Popular una vez asaltó al Plantel. No nos falles, Coordinador, nosotros nos comprometemos a mantener el orden, déjenos demostrar que podemos hacerlo. Tú, Alfonso, siempre has sido progresista y abierto.

La muchacha fue breve y agotó su arsenal. Luego siguió el alumno de edad inapropiada.

—Ingeniero, yo sé que las autoridades tienen posiciones únicas, pero que usted es el jefe y manda sobre los Directores de los Planteles y sobre el Director del Bachillerato, aquí cerrado como siempre. Usted dejó un ejemplo democrático y progresista, cuando fue director de Azcapotzalco. No veo por qué ahora se va a cambiar a la derecha, y quiere impedir que los alumnos organicemos fiestas sanas que a nadie perjudican. Además, hemos hablado con el Licenciado Secretario de Rectoría y nos mandó a ver el asunto con usted. Dijo que le hablaría antes de esta reunión. Simplemente le pedimos que por esta vez —(y luego “por esta otra”, claro)— retire el acuerdo de la Junta de Directores. Además, no vemos qué viene a hacer la Junta de Directores en esto, cuando en otros Planteles, en Oriente, por ejemplo, nunca ha habido tocadas, porque los activistas se oponen.

—Las quejas de los Directores han sido generales, puede que en Oriente no, porque los militantes de ese Plantel son serios y no andan con festejos, sino se organizan para no dejar entrar a los porros, que han sido allá los que han intentado alguna vez organizar un concierto de viejas estrellas del rock. Lo de estrellas pueden olvidarlo.

—Ingeniero, responda usted y apruebe el derecho a la cultura del alumnado, porque el rock ya forma parte de la manera de vivir y de sentir y expresarse de los jóvenes de ahora. El CCH progresista se opone al rock 20 años después de Avándaro. Es increíble.

—Si hablaron con Rectoría sin haber antes pasado por aquí, nos damos cuenta de que simplemente nos ignoraron y trataron de sorprender a funcionarios que no conocen la situación de los Planteles. La responsabilidad directa del CCH me corresponde a mí y dependo directamente del Rector en mis decisiones. Nunca me ha insinuado nada sobre este tema, ni últimamente el Secretario ha llamado para sugerirme cualquier posición. Las razones que tenemos son válidas, no las vamos a menospreciar. Sigue en pie la prohibición de conciertos de rock, por los desórdenes que provocan. Además, coincido con el Director de la Unidad del Ciclo de Bachillerato en que, a lo largo de los años, las tocadas han sido organizadas por los porros y con el apoyo del partido del gobierno y sus representantes locales, en particular en Naucalpan. El CCH tiene sus reglas propias y son reglas plenamente universitarias. La decisión es de la Junta de Directores, pero la iniciativa fue mía. Les agradezco su visita, es muy útil oír de viva voz sus argumentos. Y tener el gusto de conocerlos a ustedes como responsables de los conciertos. Gracias.

**A** principios de los 90, el Consejo Universitario se mantenían acomodado en los espacios que ocupaba desde hacía 40 años en la Torre de Rectoría. Luego, comenzando por quienes contendían con STUNAM, es un decir, más bien lo atendían, creció la burocracia, se inventaron comisiones varias, algunas de incierta ocupación, y algo se perdió de la vieja Universidad, cortés y cuidadosa de reglamentos sin llegar nunca a la indiferencia ante los planteamientos particulares, estorbada por la inmensidad de sus preocupaciones, para terminar en el nuevo siglo deformada por una creciente semejanza con una Secretaría Federal.

La sala, en el segundo piso de Rectoría, seguramente destinada a las comisiones del Consejo, se sentía acogedora por sus paredes cubiertas de madera clara y su piso de madera limpia y pulida.

El doctor Carbajal, Máximo, nos trataba con familiaridad y buen humor. Nosotros, ese día éramos el Coordinador General y yo, para dar seguridad a mis posibles lectores, Director de la Unidad Académica del Bachillerato del Colegio de Ciencias y Humanidades. No podía ser de otro modo, porque queríamos discutir los últimos pendientes del primer Reglamento de la Unidad, en particular su Consejo Técnico.

Paras ser francos, estábamos saltándonos el Estatuto General en un punto que considerábamos esencial para el Colegio.

Habíamos decidido, decidir es un decir, porque no teníamos facultad para hacerlo, que los consejeros suplentes también votaran y que hubiera Consejeros por Plantel, para asegurar la representatividad de una comunidad tan enorme y diversa como la nuestra. Los 10 alumnos, en lugar de dos y sus suplentes parecían una reforma menor, porque representaban a más de 75 mil alumnos, sin contar a los que se rezagaban, otros 15 mil por lo menos.

Existía el Consejo Técnico de la Prepa, donde no participaban los Directores de los Planteles, aunque formaban el núcleo estable de los asistentes, y alumnos por cada año de su Plan de Estudios. Obviamente no lo habíamos tomado de modelo, aunque éramos *el otro*, y entonces *el segundo* Bachillerato de la UNAM. Hoy hay seis con el Bachillerato a Distancia, San Miguel Allende, Morelia y Mérida.

Con nuestro borrador aspirábamos a contar con un Consejo Técnico de 46 consejeros con voto igual. Era un contrasentido, si se atiende a la semántica de las palabras y no a las realidades, porque un suplente vota cuando el titular no asiste. Por supuesto, nos dábamos cuenta de la extravagancia. Pero el objeto del deseo era otro. El Colegio era enorme, 75,000 estudiantes, 2,700 profesores entonces, los trabajadores no entraban en esta cuenta, porque se rigen por el Contrato Colectivo que la UNAM, desde años antes, había comenzado a interpretar siempre a favor del Sindicato y de pronto nadie barría los laboratorios de Ciencias Experimentales del Colegio, reinstalaban a los rescindidos, en otra dependencia si te ponías firme, o en la misma y el director quedaba burlado y perdía autoridad.

Pero no viene al caso el Sindicato, sino la intensa inmensidad del Colegio. ¿Podíamos contentarnos con cuatro representantes de las Áreas y dos alumnos, si las Áreas venían a equivaler a las carreras y los alumnos al único Bachillerato que cursaban? Sabíamos que estábamos yendo mucho más lejos de lo acostum-

brado por otros, Ciencias tenía cinco o seis consejeros titulares, profesores y alumnos, y Derecho dos profesores, y no votaban los suplentes. Puede que ni asistieran. Sabíamos todo esto.

El Presidente de la Comisión de Legislación Universitaria, por costumbre que era ley, siempre el Director de la Facultad de Derecho, comenzó por ofrecernos café. Sí lo era, refiero al café. La discusión comenzaba a presentarse como favorable, cuando te dan Nescafé significa que el anfitrión de la dependencia no se ocupa de nimiedades como el bienestar de sus visitantes.

Luego fue directo al nudo Gordiano sin ninguna intención de imitar a Alejandro, sino de verificar que mantenía su vigilancia: violentaba (no dijo “violaba”) el Estatuto General y su Comisión respondía de la salvaguarda de las leyes de la UNAM. “Además, Coordinador, Director, ¿No les parece que están exagerando? ¿Para qué quieren 46 votos? En mi facultad hay cuatro consejeros, solo dos alumnos, por cierto, en obediencia al Estatuto, pero solo votan los titulares, ustedes ya piden 10 chamacos, perdón, alumnos, y son un Bachillerato. Los alumnos no van a entender ni de qué están tratando. No exageren”.

—Mira Máximo —el Coordinador comenzaba siempre las discusiones de parte del Colegio, era normal y útil, porque tenía puntos de vista fundados mejor que los otros eventuales participantes del Colegio— el Colegio necesita una representación amplia, porque los Planteles, tienen, cierto, el mismo estatuto jurídico, pero el Colegio es grande y las comunidades son muy diferentes. No puedes comparar el estilo de Naucalpan con el del Sur o con Oriente. Las Áreas unen, pero hace falta también un representante profesor por Plantel que corresponda elegir a la comunidad local en toda su extensión y complejidad. Lo de los alumnos y su incapacidad de participar, ya lo respondió don Justo Sierra en 1910, tu más que nadie lo sabes perfectamente, y no creo que recojas las objeciones de los diputados que perdieron entonces la votación.

—Momento. Ese punto es aceptable, y lo justifica el número. Lo que no cabe es el voto de los suplentes. Lo que están pretendiendo ustedes es tener el doble de consejeros titulares en la práctica y de hecho. Además, no veo la ventaja, porque van a tener que hablar, y fíjense que digo “hablar” y no “grillar”, yo respeto al Colegio, con el doble de Consejeros, cuando tengan puntos álgidos y el CCH es especialista en tenerlos o, si no, inventarlos. ¿Para qué quieren complicar en vez de simplificar? No están siendo racionales, ¿o no, Director?

Yo sabía de memoria los argumentos del Coordinador, pero tenía que responder y avanzar, sin rematar la faena. Cada quien sus responsabilidades.

—Los asuntos que resuelve el Consejo son innumerables. Las comisiones, bien lo sabes, hacen un trabajo que aligera las sesiones. Si los suplentes participan en las comisiones, como tenemos el propósito de hacerlo, se preparan para argumentar y rebatir en las sesiones plenarios. Creo que los alumnos del Colegio, por otra parte, pueden aprender en este trabajo y aplicarlo a la toma de decisiones. Vamos a educar, a algunos, desde luego, para el trabajo colegiado. Con mayor razón, si piensas en los suplentes: participan en la formulación de propuestas de votación ¿y luego no votan? Tampoco es tan obvio y es muy limitado. En algunas facultades nunca aceptarían tener tantos consejeros con voto, porque las direcciones controlan a los consejeros, mejor que sean pocos, tres o cuatro. Nosotros no controlamos, intentamos más bien convencer y coincidir, porque así logras lo que hace falta al CCH y lo determinas con consejeros cuya libertad respetas. Y terminan por apoyarte. ¿Más trabajo? Sí, no siempre, pero sí, habrá sesiones de preparación costosa, pero la decisión final será normalmente de 40 consejeros. No faltará quien vote en contra, como lobo estepario, o se declare dichosamente abstemio. Pero Alfonso ha invertido un tantal de horas para lograr un acercamiento entre la izquierda, es un calificativo convencional,



y los que han estado entrando a las AAPAS la mayoría.

—Hemos hecho el reglamento con espíritu de participación amplia, —siguió el Coordinador— aprovechando el movimiento que llamamos “Convergencia”, convocado con la participación de los líderes de la izquierda razonable, casi toda, y de la derecha sindicalista. Llevó varios meses, y se ha creado un clima político nuevo, que hay que aprovechar. El voto de los suplentes elimina la ambición de los puestos de consejero, más exactamente, la reduce sustancialmente, porque dará igual ser titular o suplente. Nos facilita acordar candidaturas. Además, están los argumentos del trabajo en comisiones, que queremos fomentar para entrenar a muchos miembros de la comunidad en la tarea de legislar votando por conocimiento y convicción, y no por la línea de los funcionarios.

—Miren. Como siempre, inventan razones que nadie más trae a cuento en los asuntos que me toca tratar. No veo por dónde, lo digo claramente, la letra de su reglamento que propone la votación de los suplentes, ¿cómo decirlo con voz suave? Es jurídicamente inaceptable. No se puede proponer a la Comisión, ni siquiera mencionarse, porque es un disparate jurídico y yo soy jurista. Pero podemos llegar a un pacto de caballeros, que contra lo que dicen que dijo el Dr. Guerra, mira nomás, en su Consejo del Colegio “no me acuerdo”, ustedes sí tienen memoria, hay un pacto, lo hablado aquí nunca ha sido dicho, no quiero que el Rector me llame la atención, porque le he detenido dos que tres iniciativas mal hechas, parece que no tiene Abogado General o como si no lo tuviera. Ustedes, después de que el Consejo Universitario apruebe el Reglamento, que está muy bien armado, harán lo que crean conveniente bajo su responsabilidad. Defenderé el número, pero no aprobaremos el voto de los suplentes para que quede en el texto, ni lo presentaré siquiera, voy a suprimirlo de la propuesta. Me juego el prestigio de jurista. Yo no he aprobado nada, ni me doy por enterado. La

práctica depende de ustedes. Yo no sé nada. ¿Otro café? Veamos los detalles pendientes.

Era una mañana 18 años después de las sesiones del Consejo del Colegio de los meses de la Coordinación de Manuel Pérez Rocha. Lo que entonces tenía lugar en la sala del Consejo Universitario, por permisión del Secretario General, ahora sería un Consejo formalmente constituido, rico en representación y abierto a una multitud de candidaturas y orígenes ideológicos. Pero lo que buscábamos era consolidar al Colegio. Y preveíamos los riesgos, pero mucho más las probabilidades de encararlos.

Durante los siguientes 25 años el Colegio ganó todas las apuestas, menos dos que tres que propusieron algunos Directores Generales y, a pesar de la multitud, nadie se tomó la responsabilidad de recusarlas.

Cuando el Consejo Universitario fundó el Colegio le dio un reglamento de unos 10 artículos, parecidos a la frase atribuida al general de Gaulle en 1968. “Que los estudiantes, estudien. Que los trabajadores, trabajen”. *Le Canard Enchainné* completó la antífona: “Que los desocupados, no trabajen” (“Que les chomeurs, chôment”). Si ya lo escribí (o lo escribiré de nuevo por olvido) y lo repito, cárguese a mi mirada atónita ante un reglamento, unas reglas de tan elementales completamente anodinas.

El primer reglamento no llegaba tan lejos como el General, pero era por lo menos parcialmente tautológico, los profesores enseñarían, los directores dirigirían y los alumnos, eso sí era valioso, al terminar su bachillerato pasarían a estudios superiores. A cualquier carrera.

A lo largo de las eras geológicas, el Colegio creció en su condición normativa. Comenzamos con los acuerdos del Consejo del Colegio, en esencia la Junta de Directores de las Facultades que le dieron origen. Aceptaron nuestro esquema de Cursos de Selección que, sin que ahora casi nadie entre los responsables tenga idea de dónde vienen, primero, el examen de conocimientos, desde hace años mal hecho y exigente como un examen “*de universa*”, sobreentiéndase Filosofía o Teología, en latín claro, vigente en las Universidades medievales, y en la Gregoriana

todavía en mis tiempos, quién sabe ahora con alumnas en jeans y sin las llamativas sotanas rojas del *Collegium Germanicum*, exámenes *de universa* en los que podían preguntarte de cualquier tesis de los ocho o diez cursos anuales más importantes de la licenciatura; segundo, vuelvo al CCH, la evaluación de una sesión de trabajo, una *clase*, me repito, en términos más universales, a cargo de un jurado y de los alumnos del grupo en que el aspirante a profesor acababa de impartirla; tercero, un seminario para verificar la disposición al trabajo colegiado y la firmeza en mantener con razones válidas las propias posiciones. Ratificaron también Complementación Académica y Regularización asimismo Académica, emitieron formalmente las convocatorias para las primeras definitividades y la llamada “regularización de profesores”, tan regulares que sus características estatutarias están definidas en el proyecto del Colegio aprobado en 71 por el Consejo Universitario. Podían reclutarse los profesores entre los alumnos de facultad, incluso si apenas habían cubierto el 75% de los créditos de su carrera. No era una condición *irregular*.

Con mayor autonomía lentamente asentada, el Colegio prosiguió su camino y a comienzos de los 90 tuvimos un Consejo Técnico de la Unidad Académica del Ciclo de Bachillerato (el Posgrado del Colegio lo había conseguido varios años antes) y del Consejo se derivó una legislación compleja, imaginada y concretada para que el Colegio de Ciencias y Humanidades lo fuera enteramente, y por consiguiente sorprendente para quienes se asomaban a ella, porque no se parecía a ninguna otra y había adoptado criterios y enfoques, en el Protocolo de Equivalencias, por ejemplo, para hacer valer los méritos de los profesores en el campo específico de su docencia en un Bachillerato Universitario, sin exceder el ancho cauce de las normas fundamentales de la UNAM y esquivando las restricciones con menor fundamento aplicadas en otras instituciones.

Entre las enseñanzas del curso permanente de formación de un universitario que me impartió esporádica e intermitentemente, pero con sistema, Don Henrique González Casanova, se incluía una orientación capital: “Quienes quieren cambiar el Estatuto General y establecer una normatividad nueva, con el pretexto, porque lo es, ahora me explico, de que la norma es estrecha, realmente nunca han leído el Estatuto. Quien lo conoce, sabe que todo se puede hacer sin quebrantar la ley, pero hay que saber encontrar la manera de combinar disposiciones y situarse en un nivel que no afecte las estructuras fundamentales de la UNAM. La libertad de investigación, y sobre todo de docencia, orientan el Estatuto. Solo los ignorantes buscan la novedad, por demolición, cuando aquella se encuentra ya en germen en la legislación vigente”.

Pero los consejeros del Colegio de finales de la primera década del siglo comenzaron a olvidar las razones de los acuerdos y a dejar caer normas importantes, sin haber tomado decisión formal alguna de revocarlas o mejorarlas. Los Presidentes del Consejo solo los informaban. Se desconocieron los exámenes de aptitud para la docencia, se dejaron de cumplir durante varios años también las disposiciones para ingresar con título, las listas de carreras que habilitaban para la enseñanza de cada materia, o se cambiaba el número de la plaza de profesor de carrera al cumplir tres años de antigüedad, para que quien la ocupaba, no se viera forzado a presentarse al concurso abierto obligatorio, porque a su juicio inseguro no le resultaba conveniente.

En el extremo opuesto a la sana costumbre en cuyo manejo todos los profesores, incluso a comenzar por los más rebeldes, estaban entrenados con plena conciencia y discutían al tú por tú con “las autoridades”, cuando los funcionarios dejaron de cumplir la legislación, los profesores comprendieron que no valía la pena molestarse en hacerlo ellos sí. Y se multiplicaron profesores que llevaban cuatro o cinco años, sin haber acredi-

tado el examen de conocimientos, el primer paso del proceso, a pesar de haberlo intentado, contra el reglamento, dos o tres veces, pero adquirirían la categoría de laboralmente inamovibles, porque tenían una antigüedad de varios años ininterrumpidos y la materia de su trabajo perduraba.

El intento de lograr buenas clases de todos los profesores para todos los alumnos todos los días, según el Modelo Educativo del Colegio, quedó como frase hecha para los aniversarios, si el orador oficial había tenido que ver en algún momento con nuestro proyecto y disfrutaba de alguna memoria. Pero nadie pensaba en el carácter imperativo de la frase.

De modo que ahora que Rectoría está cabildeando para nuestra expulsión, no podemos alegar la seriedad de nuestros comportamientos institucionales. Nadie conoce nuestras fallas reales, o las presienten y las imaginan construyendo comportamientos mitológicos, pero las que nuestros adversarios inventan y no tienen lugar, vienen a agregarse a las reales y una y otras nos debilitan.

La verdad es que me inquieta no tanto saber en qué va a terminar esta última aventura de un Colegio culpable de traición a su propio proyecto, sino que la indefensión la hemos creado nosotros.

Mientras, y se demuestra la inutilidad de los sentimientos solitarios, la maquinaria mezquina, pero organizada y adueñada de los poderes universitarios, varios, excepto el académico tomado en serio, avanza y va incorporando, los devora, los compromisos del voto de más Consejeros Universitarios.

Pero si los llamamos a defender, nos preguntarán “¿A quién?”. Y decir “Al Colegio” no significa designar una institución en sus mejores tiempos, a pesar de los empeños de los últimos años. Tanto se perdió que no hemos podido repararlo. Las secuoyas tardan siglos en crecer.

—**N**o vale la pena ganar una plaza de carrera. Políticamente es aliarse con las autoridades, porque te obligan a informar y ni siquiera puedes dedicarte a lo que te interesa. Ya mero van a dejar que hagas un material crítico, en que la explicación de fondo sea la lucha de clases. Tienes más obligaciones y un aumento salarial que no corresponde a las 40 horas que debes estar en el Plantel.

—La Secretaría Docente te va a supervisar. Lo peor es que aquí en Naucalpan el Director nombra a los Encargados de Sección de área y las academias no participan para nada. Es una herencia de Bazán. No nos dejó nombrar al Encargado del Área de Experimentales hace diez años y lo ganado por la Dirección se ha sostenido y no lo va a soltar. En Azcapotzalco, a los Encargados de Sección los designan los profesores. La academia se reúne, votamos y el Coordinador informa al Director. Y listo.

—Demasiados requisitos, para un salario que no los compensa.

—Poca memoria. Experimentales decidió en asamblea reconocer al Encargado de Sección. Acuérdense, ustedes quedaron en minoría por pendejos, ni se dieron cuenta de lo que pensaban las biólogas desde antes de la votación, a pesar de la pinche campaña que hicieron, claro ya entonces ustedes eran tres o cuatro activistas. Y en lo de las plazas de carrera, están miopes. El escalafón de los profesores de carrera tiene más escalones que

los de asignatura. Son seis, comenzando del Asociado A tienes para 15 años de mejorías de salario y de disminución de horas de clase. Además, nunca volverás a tener 30 horas pizarrón o laboratorio. Hay que ver esta oportunidad a mediano plazo, para no hablar de cuando estemos cansados, porque entonces sabe qué estará pasando. No sean estúpidos. Hasta los sindicalistas están ya entrando a los concursos.

El Rector había ofrecido al Colegio tantas plazas cuantas estuvieran ocupadas. Un sueño. Durante 15 años habíamos peleado por tener plazas de carrera. Fernando y David, desde la Coordinación General, negociaron con la Dirección de Naucalpan plazas de Complementación Académica para los profesores pasantes, en las que se repartían los compromisos en 20 horas de clase, 20 para desarrollar materiales de apoyo a la docencia, antologías, guías de estudio, cuadernos de ejercicios. Se establecía también en los contratos la obligación de recibirse en un año.

Fue una de las creaciones típicas de la política de Fernando, recoger las invenciones de las academias, no violadoras de ley alguna y cercanas a las normas universitarias, que demandaban alguna precisión para obtener un indispensable reconocimiento formal. Un tiempo las academias decidían sobre los trabajos de los profesores con más horas contratadas y menos grupos de los estipulados, cuando en 74, por los acomodos que generó la creación del Colegio de Bachilleres, disminuyó un año solo la demanda de ingreso al Bachillerato de la UNAM. Las *horas liberadas*, el sintagma tenía connotaciones significativas, fueron administradas por las academias. Me repito, sin atenerme a la memoria de un lector normal, en Naucalpan los profesores presentaban proyectos, sobre todo en Talleres, la academia los revisaba y aprobaba, o no, pocos no, por cierto, y exigía los productos al fin del año. En otros Planteles las horas no eran liberadas, aunque así se llamaban, sino desperdiciadas, porque



las direcciones, en grados diversos, no se preocuparon o eran impotentes para exigir seriedad.

La Dirección de Naucalpan recogió todas las horas liberadas. En otro Plantel al menos, ya en este siglo, persistían horas sin grupo, más de 20 años más tarde. Eran un testimonio de que existimos desde antes y también de que desde antes hubo quien no mantenía sus compromisos. ¿Cómo irían a hacerlo ahora, frente a la maldición infundada de rectoría?

Pero esta página que trata de los efectos colaterales del cambio profundo que introdujeron las plazas de carrera en la vida del Colegio, basta para hacer comprensible el Primer Coloquio sobre el Trabajo de los Profesores de Carrera, entre los últimos meses de 1990 y febrero ¿o más bien junio? de 1991. La oferta de plazas de carrera se había estancado tras el milagro del Rectorado de Carpizo, que se coronó con un conjunto amplio de concursos rápidamente evaluados y sin inconformidades, por la extraña razón de que hubo plazas para todos los Profesores Especiales de Carrera de Educación Media Superior, menos de una docena, y los de Complementación Académica que se habían recibido con oportuna claridad. El número de profesores de carrera se estableció en unos 350. Luego fue aumentando hasta 500.

—Tenemos que exigir de las corruptas autoridades que reconozcan la diferencia entre profesor de asignatura y profesor de carreras. No nos echamos encima nuevos compromisos para hacer lo mismo. Hay que establecer como primera obligación de los profesores de carrera la investigación.

—Bájale. Investigar de verdad demanda mucho más tiempo que el que dizque tenemos libre, porque no me vas a decir que las 20 horas sin grupo no se dedican a preparar las clases, a evaluar a los alumnos siquiera con un trabajo por quincena. A ver, ¿cuántos alumnos tiene un -profesor de carrera de una materia de tres horas semanales? Siete grupos, 21 horas, por 50 alumnos cada grupo, te da 350. ¿Cuánto tiempo vas a dedicar

a revisar, digamos bien, para no soñar, un trabajo? Pongamos 10 minutos, por lo menos tienes que leer, ¿no?, aunque puedes calificar por la limpieza del trabajo y las florecitas que ponen las alumnas, no te rías, hay quien así trabaja. Deja de fregar, tienes una tarea de 3,500 minutos, simplificando para no asustarse, te da 110 horas quincenales, 55 semanales, casi 11 horas si las repartes en los días de trabajo. ¡Claro también tienes sábado y domingo, total ni a misa vas! Es un abuso. Y no te hablo de los profesores de Lectura que tienen 500 alumnos en 10 grupos. Dan miedo. Así no se puede investigar, pero deberíamos tener profesores-investigadores como en la UAM. Es una pendejada.

Junta de Directores, el otoño del 90, en un hotel de Cuernavaca. Éramos 12: una secretaria de pie por los alrededores no participaba, pero contaba, tratando de atrapar con sus pestañas al menos una conversación en la que intentaría dar alcance a deseos masculinos distraídos en asuntos académicos agostados, ¿Café, agua, galletas? Alguno calculaba si con sus influencias tres años más tarde podría abreviar el período de Coordinador de Alfonso, pero Alfonso habían sido confirmado en 89 por Sarukhán y había apostado fuerte, arriesgando incluso su reciente designación, para nombrarme Director de la Unidad Académica del Ciclo de Bachillerato del Colegio. Alguien más por de pronto se distraía, para no desgastarse desarmando el problema, manejaba hojas de papel recogidas del paquete Bond del centro de la mesa; Ernesto, por el contrario, todavía dejaba correr los minutos con una revista ¿literaria?, no creo, seguramente política, *Proceso*, hagamos la hipótesis, aunque no se haya cumplido en ese momento justamente; Jesús miraba nebulosamente la bóveda catalana de la sala revisando mentalmente cálculos de geometría de curvas sin llevarlos a término, porque ¿para qué?; algún enunciado oscilaba un momento en la conciencia general; Ismael repasaba el nivel de su posible intervención jurídica, erudita, hasta eso, y los bonos de su lucimiento, una divisa no

negociable, para demostrar con su ciencia y experiencia que hubiera sido mejor Director de la UACB que yo.

Podíamos emprender acciones atrevidas que nos llevaran a un crecimiento coherente del proyecto académico del CCH. En esas estábamos en la salita de bóveda catalana del hotel de Cuernavaca, una cafetera, como las que solíamos tener en las Direcciones, surtida por un ayudante del Secretario Administrativo, galletas Marian, renovadas con parsimonia y sorpresa, acompañadas de la mirada alegre y maliciosa en breves explosiones de la sonrisa infantil de la secretaria de Rafael, indispensables, los dos, en las reuniones importantes en las que trabajaban para que nada estorbara nuestras reflexiones, para ser exacto debo más bien dejar escrito *nuestras discusiones*, sin agregar ningún modificador que signifique o connote el valor de las mismas. Ando lingüístico.

El punto central del orden del día era, una vez más y todo el tiempo que llegara a hacer falta, el trabajo de los profesores de carrera y las aspiraciones, que podían adjetivarse con seriedad incompletas, en especial sin investigación. Pero el problema tenía por lo menos dos obstáculos serios. Muy bien, habíamos obtenido plazas de Profesor Ordinario de Carrera, con los mismos derechos y obligaciones que los profesores de Filosofía y Letras, Ciencias, Ciencias Políticas y Química, para enumerar solo las Facultades Madres, nuestras fundadoras. Pero la carga horaria frente a grupo era superior en el Colegio. Por otra parte, asignar tareas de investigación, nunca antes responsabilidad del Bachillerato, significaba comenzar desde cero: nadie tenía experiencia sólida, y las fantasías de que *se aprende a investigar investigando*, nos parecían a algunos directores de la Junta, simple demagogia y sueños, agradables pero irresponsables. Nadie despreciaba la investigación, pero las cuentas las pediría Rectoría a la Junta y a los que la coordinábamos, primero para argumentar y luego, suponiendo el éxito de las discusiones, para

evaluar los trabajos de investigación que no sólo ostentaran el nombre, sino que hicieran progresar el conocimiento sólido de la naturaleza y características esenciales de la Educación Media Superior según el Modelo Educativo del Colegio, y sus aplicaciones en la práctica de los profesores. Se decía fácil, a ver cómo podríamos alcanzar resultados tan lejanos. El mito de Tántalo, o el de Sísifo, su piedra y la breve libertad al bajar de la cima inalcanzada para recomenzar, según Camus, me daban vueltas en la cabeza, con la ventaja de que sentía que los dedos de nuestra institución ni siquiera rozaban los frutos del árbol crecido a la vista, pero fuera de nuestro alcance. Ya era menos duro.

Terminamos la reunión al primer atardecer, cuando el calor en Cuernavaca es más fuerte y el sol se multiplica ávidamente en millones de hojas de verdes uno y numeroso, jacarandas sin flor, comenzando a perder sus hojas; laureles compactos de multitud y color, fresnos de verde maduro decididos a obtener su ascensión milagrosa a los cielos, aunque distaran todavía tanto. Cuervos, ticuses en Colima, parloteaban en un recuento del día.

La última intervención, concluida con un final cortante que no dejaba lugar a ninguna nueva ocurrencia que destruyera el efecto de autoridad y entretuviera la sensación de que las orientaciones del Coordinador estaban todavía a discusión. En resumen, no recuerdo frases espectaculares ni el hilado decidido de la intervención de Alfonso, pero el sentido de sus palabras sigue siendo claro en mi memoria, apenas más de 30 años después.

La Junta de Directores promovería un Encuentro de Profesores de Carrera para examinar los problemas, principalmente académicos que demandaban respuestas operativas para impedir embrollos y desaciertos que comenzaban a cobrar resistencia en perjuicio de la riqueza potencial en un futuro previsible de más de 500 plazas de esta categoría, que para entonces deberían estar rindiendo dividendos para la comunidad de alumnos y profesores. Puedes tener, pocas facultades los tienen, muchos

profesores de carrera; otra cosa es que sirvan de algo, hasta el punto en que su improductividad justificara, al entender del Rector Rivero nombrado ya al Salón de la Fama, y de la obediente escucha de su Secretario Administrativo, la negativa de dar ni una sola plaza de Carrera para el Colegio.

Inventamos una Comisión encargada de organizar un Coloquio sobre el Trabajo de los Profesores de Carrera. La Comisión comenzó por declararse unánimemente persuadida de que la relación entre los aspectos múltiples de la vida académica, como realmente tiene lugar en las prácticas legítimas de los Planteles, son indisolubles y que únicamente una comprensión de cada aspecto y de sus ramificaciones y parentela con los otros puede abrir la ruta para construir soluciones eficaces o simplemente soluciones. Por consiguiente, la Comisión, en lugar de orientaciones, recurrió a la entonces todavía vida colegiada de las Áreas, se hizo cargo de un solo punto: celebrar un Encuentro de Profesores, que, al generar tareas de largo plazo, resultó luego el primero y único, en donde la comunidad docente discutió la organización entera del trabajo académico: la docencia, la planeación y evaluación, la difusión de los resultados del trabajo de los profesores de carrera.

Recordar hoy que estas tareas estaban consignadas en el Reglamento de los Consejos Académicos, afirmaba una vez más la ambición y la importancia de estos y llamaba a evitar su progresivo e interminable estancamiento, haciéndose cargo de sus funciones olvidando algunas y reduciendo otras rutinariamente a las lecturas esquinadas de proyectos e informes, siguiendo las instrucciones de un libro de *lectura veloz y atenta* comprado en alguna librería de Sanborns, al término y al comienzo de los ciclos anuales.

Aunque, lo escribo ahora, sin duda ampliando el párrafo anterior, y repaso la natural responsabilidad de los Consejos en 1989, nunca pensé entonces que comenzaba a generarse, en

público y abiertamente, pero sin despertar más inquietudes, un triste proceso de restricción y agotamiento de las actividades de los Consejos, que han venido abdicando de poderes que, por corresponderles, nadie tiene asignados además de ellos mismos, sobre todo alrededor del inicio del segundo decenio del nuevo siglo, hace cosa de 15 años. Hoy con la impasibilidad de los fenómenos naturales, los Consejos han alcanzado una etapa en que se reconocen como organismos de una lamentable y triste andadura ritual y rutinaria, olvidados del plan de trabajo anual del área, de la formación de sus profesores, y, aunque quizás únicamente, porque era difícil sustraerse de los encargos formales del Consejo Técnico, han respondido, por última ocasión en 2016, sobre la actualización de los Programas de Estudio, como lo habían hecho en 1995 y entre 2002 y 2004 a propósito de la Actualización del Plan y de los Programas de Estudio. Luego tuvieron un papel en los ajustes a los mismos programas, concretando el mejoramiento impulsado por el penúltimo, ojalá no de la serie, Director General.

Así una invención de la Coordinación General del Colegio, entre 89 y 90, se agotó por la indiferencia de autoridades más recientes, preocupadas por algo distinto de sostener la docencia, para lo cual contaban con recursos institucionales.

Pero el núcleo de mi memoria se dirige en estas páginas a un intento de restaurar los recuerdos importantes del Colegio de los que resultó el Encuentro de Profesores sobre los Trabajos de los Profesores de Carrera en 1989. Me doy cuenta, Íñigo, y quien me haya seguido hasta aquí, de que mi versión de la memoria del Colegio tiene más de discurso académico y muy poco o nada de un relato de aventuras. Lo siento, de niño disfruté con abundancia de Verne y de Salgari, pero de tanto corsario y millonario viajero, me quedó al parecer solo la tendencia a las explicaciones botánicas y geográficas de Verne, de las que nunca me salté ni una línea. En realidad, es un testimonio desolador

del desbarajuste en que alguien no había atendido al cansancio y la repetición idéntica, mantengo el pleonasma, de lo mismo y había retirado sus hombros para evitar el derrumbe de instrumentos de gobierno originales del CCH. Por pura asociación de imágenes, recuerdo el fresco del Giotto en la Basílica de Asís, ahí sí, San Francisco mete el hombro para sostener el techo de la Iglesia entera que amenaza venirse abajo en un trueno de mármoles curiosamente enteros. Nuestra condición nunca fue tan dramática ni nuestros esfuerzos comparables, pero la ruina de proyectos e instituciones nos amenazaba anticipadamente con ceguera y determinación de también silenciosa catástrofe. Según Tiresias, Edipo estaba “ciego de los oídos, de la mente y de los ojos”.

La Junta de Directores se hizo cargo de constituir una Comisión Organizadora. El lunes siguiente los directores habían consultado a su comunidad, o lo dieron a entender, y habían designado a los representantes de cada Plantel. No creo que el criterio de selección aplicado haya sido académico, más bien, cubriendo las apariencias democráticas, obligatorias y diferentes en cada caso, o abandonándolas, eligieron a un profesor que defendería, suponían, los puntos de vista del propio Director, o Directora, para mantener a salvo su parcela de poder. El Sur se lució nombrando a Jesús Pacheco. Eligieron también a Jorge Villamil y yo incorporé a Rosalinda, como secretaria sin nombre de la Comisión, pero eficaz. No recuerdo más. Un solo conocido para mí, pero como se trataba de sacar adelante decisiones importantes que tendrían repercusiones en el Congreso, además del impulso al Colegio, comenzamos a trabajar abiertamente y a discutir los temas para seleccionar lo esencial.

La Comisión se encargaba de programar los trabajos del Congreso: distribución de temas y tiempos, tipo de sesiones, generales o plenarias y por área, función de las sesiones plenarias, café, para tanta multitud inevitablemente en polvo, y galletas

para los intermedios. En la temática llegamos rápidamente a un consenso, más fácil porque todo entraba y nada se excluía, todos contentos, pues se propuso tratar no solo la evaluación, sino el entretejido complejo y de material variado del trabajo académico y comenzamos a tomar decisiones, que fueron configurando un proyecto coherente y ambicioso, sin mucha conciencia de los alcances de sus opciones. Serían convocados, por ejemplo, todos los profesores de carrera en igualdad de derechos, pero no los de asignatura, de los que podía esperarse que llevarían incansablemente la discusión a la creación de plazas de carrera o, sobre todo, tal vez porque muchos no deseaban cambiar la categoría de sus plazas, pero sí sus retribuciones salariales, seguramente a una más justa retribución, apoyada por todos, pero responsabilidad sindical, y no del Colegio como institución con autonomía académica.

Pero había aparecido en las discusiones de la misma Junta de Directores un tema que podía generar desavenencia y dividir al Encuentro, la investigación, ambición de muchos por llegar a asemejarse a los investigadores, casta prestigiada y privilegiada por la institución. En la comunidad había quien profesaba sin rodeos la fe en la figura del profesor-investigador, neologismo de moda en préstamo de la UAM. Y el Sur sacaba cuentas para lograr un avance decisivo en este punto y profesaba sin rodeos su fe en esta figura legendaria.

Así los programas acordados y las convocatorias emitidas, llegamos al día cero en San Ildefonso, lugar privilegiado con la ventaja de su tamaño y disposición y su situación en el Centro de la Ciudad y la multiplicidad de sus accesos desde cualquier punto del D.F. y sus extensiones metropolitanas, para no aludir al fuerte simbolismo de discutir del Bachillerato en el lugar de su antiguo desarrollo secular.

Fuimos nuevos, pero arraigados en una añosa experiencia pedagógica.



La discusión en la Junta de Directores había terminado ampliada en una polémica entre docencia e investigación. No tanto que alguna de las dos quedara eliminada de las perspectivas del Colegio, sino de cuánta y cuál investigación convenía que los profesores de carrera desarrollaran, de modo que la docencia, y su finalidad esencial de obtener aprendizajes, no fuera desvaneciéndose en trabajos, con buena suerte hasta de calidad, con seguridad nunca universal, porque eran excepción los profesores que habían investigado en su corta vida académica, cuando mucho los que tenían un doctorado terminado, es decir, tres o cuatro en todo el personal docente, ya entonces por los 2,000 profesores.

Investigar en la UNAM estaba aureolado con resplandores de arcoíris y se murmuraba que la función más fuerte de las tres esenciales de la Universidad era la investigación, que sostenía el prestigio de la UNAM, mientras la docencia se oscurecía. Los profesores del Colegio tenían la ambición de ingresar a la esfera superior y de no dejarse menoscabar por enseñar en el Bachillerato. La ambición no era inválida, pero no debía desplazar los esfuerzos de una docencia conformada en el molde de las ideas del Colegio.

En efecto, la Coordinación y la Dirección de la Unidad Académica del Ciclo de Bachillerato tenían la responsabilidad de

conducir al Colegio hacia sus propios fines, formar alumnos que aprendieran a aprender y a hacer, según el Proyecto Educativo del Colegio y, en consecuencia, alcanzar una docencia ajustada a estas concepciones. Esta prioridad no rechazaba, ni tenía argumentos ni propósitos de impedir la investigación, pero sí imaginaba que abrir una puerta o dejarla sin batientes terminaría por anular las posibilidades prioritarias de alcanzar los aprendizajes que definían el tipo de formación propia del Colegio. No apagar el espíritu, pero tampoco dejar que la ambición incendiara el proyecto.

La convocatoria al Encuentro apareció en la *Gaceta CCH* y atrajo a unos 500 profesores al anfiteatro Simón Bolívar lleno hasta el tope. Al llegar al antiguo edificio de la Preparatoria original, los profesores recibían la más amable bienvenida de que eran capaces las secretarías de la Coordinación y de la DUACB, ese día por primera vez uniformadas, al menos en los colores de su atuendo, con sobriedad. Había café para entonarse, los profesores se inscribían, entraban al anfiteatro y se acomodaban a la distancia del escenario que les convenía. El anfiteatro quedó sin espacios vacíos media hora antes del inicio del Coloquio sobre el Trabajo de los Profesores de Carrera. Había curiosidad y una tenue niebla de alegría. El Colegio era.

Alfonso se encargó de la intervención inaugural. Para empezar, no cerró puertas, pero relató en pocas líneas el origen del Colegio insistiendo en la enseñanza y en cuánto valía crear un Bachillerato innovador y de vanguardia. Hizo entrar al repertorio de “principios” del Colegio una frase atractiva, hasta ese momento no atendida, aunque presente en la “Gaceta Amarilla”: “Educar más y mejor a un mayor número de mexicanos”. Había que discutir y llegar a acuerdos, en una reunión de todos los profesores de carrera, que venía a ser un ensayo de las discusiones del Congreso Universitario prometido, pospuesto, y casi convocado, pero todavía no. La discusión no tendría zonas prohibidas,

aunque sí un centro. La libertad de manifestar puntos de vista no admitía restricciones. Estábamos en el Colegio.

Luego comenzaron los trabajos de las mesas encargadas de discutir las ponencias de los participantes, elaboradas en los Planteles, en respuesta a la Convocatoria publicada en la *Gaceta CCH*. San Ildefonso debe haber sentido gozosamente correr de pronto en sus viejas venas una palpitación de intercambios argumentados por una multitud de profesores cuyo tamaño nunca había conocido en su larga trayectoria de Bachillerato en la Colonia. Prolongábamos, con una larga interrupción, los trabajos del viejo Colegio de San Pedro y San Pablo y de la nueva Escuela Preparatoria de Barreda en 1864. Habían expulsado a los santos y canonizado al Positivismo.

Tras la convocatoria del Consejo del Colegio, los Planteles habían organizado foros y reuniones para discutir los problemas del profesorado, académicos sobre todo, pero también las dificultades salariales y la condición laboral estancada y largamente opuesta a una docencia con tiempo para preparar las sesiones en grupo escolar de los profesores de Asignatura.

Dos mañanas de discusión no es un tiempo infinito, sobre todo si mezclabas, como era indispensable, profesores de todos los planteles en los grupos de trabajo en que era indispensable distribuir la gran comunidad de los Profesores de Carrera, unos 450 como mínimo, y el centenar de ponencias presentadas, pero sería suficiente para que todos se escucharan y resultara un conjunto de propuestas a grandes rasgos convergentes.

El clima era de colaboración y la responsabilidad del éxito compartida. No hubo disputa, sino pacíficas *disputationes* en un comportamiento democrático y colegiado, y las mesas entregaron minutas de las ideas presentadas y discutidas. Pocas conclusiones unánimes, aunque podía haber un enorme y superficial consenso en que los profesores querían trabajar y tener prestigio reconocido en la Universidad. Por eso terquearon todo

el primer día, con profesoras que salían a ver dónde se habían metido sus hijos que no habían ido a la guardería, ni a la escuela, ni aparecían en las mesas de discusión. Uno de los niños más pequeños, pegado a las faldas de su madre, quinceañera jubilada recientemente, era el hijo de Jesús Pacheco. Tierno.

Luego hubo una segunda mañana de Sesión General en el Simón Bolívar, para presentar las conclusiones de las mesas y discutir las. Sabíamos estar al borde de algo importante, pero no excepcional, ni tan enorme. Percepción menguada.

Se abrió la lista de oradores, límite de cinco minutos por intervención, aviso al minuto 4, corte, pero con derecho a volver a inscribirse en la lista interminable.

Comenzó a delinearse un frente que partía por la mitad, para empezar, a la Junta de Directores. No había manera de medir las posiciones de profesores tan dispares como las Filósofas de Vallejo y los Matemáticos vespertinos de Naucalpan. Encendieron el aire acondicionado (¿O es un recuerdo construido con retazos de alguna estancia en Colima, y si así, ¿por qué?) y respiré hondo y completé mis preparativos para la batalla. La apuesta era ¿Investigación, sí o no? Nadie proponía que todos los profesores investigaran y que termináramos en una pantomima de imitación de los profesores de la UAM y sus novedades léxicas. En realidad, en las Facultades había siempre profesores que investigaban y publicaban en revistas de su especialidad, pero tenían una docencia adecuada: pocas horas semanales de docencia, alumnos de posgrado, dos o tres tesis en elaboración, libertad para no aparecer a diario en la Facultad, o nunca, para empezar, porque cuando se construyó CU, a los arquitectos no les pidieron cubículos para los profesores de carrera. La arquitectura inscribe en los espacios las concepciones académicas de la institución. Así también, para la investigación hubo una Torre de Ciencias, que hacía contrapeso a la Torre de Rectoría al otro lado de la Explanada Central, y otra, modesta, de Humanidades, junto a Filosofía y Letras.

Son otras condiciones, pensé, porque es otra la responsabilidad. Nosotros tenemos que habérnosla con alumnos desembarcados en nuestras playas tras enredadas travesías: adolescentes, lo que ya de por sí demanda mucho, familias repetidamente con fallas o francamente en deshuesadero, planteles de secundaria con poca atención y demasiados dieces del Edomex, bautismo de ingreso a pandillas alborotadas, no necesariamente criminales (“Los Panchitos” de los 70 eran niños de catecismo comparados con los sicarios adolescentes de los últimos años, que matan policías en una carretera que atraviesa y transgrede bosques callados y en desuso, y lo cuentan aviesamente sonrientes en los noticiarios), tampoco era para tanto. Y así había una serie de factores que teníamos que atender, si queríamos ser responsables como profesores de un Bachillerato en el D.F que estaba por comenzar los 90.

La investigación es una ocupación apasionante, sobre todo si publicas lo que vas descubriendo y te va dando sin término descubrimientos para escribir sobre todo artículos, y algún libro. Pero ¿quién se hará cargo de nuestros alumnos como son? No hay otros, son ellos y somos nosotros. Lo central es cada alumno con su greña (yo también llevé pelo largo en París y en los primeros años del Colegio, luego, lo que no pudo hacer mi madre, me disuadió la calvicie inexorable) y su lengua de barrio que hay que llevar a un nivel de comunicación nacional y universitario. Y eso se lleva el tiempo que podría dedicarse a otras actividades más agradables y ocasión de reconocimiento. Tenemos que mantener la fidelidad al Bachillerato con los alumnos que hay. Ni modo ni importa, no a la investigación como rubro central de los profesores de carrera.

—*Si no hay investigación*, imagino que pensaba la Dirección del Sur —y curiosamente, en sus repetidas tomas de palabra, alguno le respondía en el Simón Bolívar, asintiendo en silencio, o simplemente intercambiando miradas repentinas—, *nos van a despreciar*

*siempre. Los investigadores, como Hildebrando Brauer; hablé con él ayer y estuvo de acuerdo en que debemos investigar. Ni Alfonso ni José Bazán se interesan en este enfoque. Algo tengo que ganar. González Ayón me respaldará, tal vez también Ernesto.*

La discusión se trabó en opiniones diferentes, pero la línea del frente principal fue siempre la misma. Se llegó a proponer que, si un profesor recibía evaluación de “Muy bien” tres años seguidos, tenía derecho a dedicar un año a investigar, renovable tras la evaluación del periodo, y a que disminuyera su carga docente en un grupo, en dos para los profesores de Lectura; alguien más se orientó al trabajo de equipos para hacer rendir el tiempo, si se organizaba bien el trabajo, para lo cual había que tomar un curso de trabajo colaborativo. En realidad, pensaba yo recurriendo a mi acervo de viejas experiencias, la academia de Talleres de Naucalpan había trabajado siempre así, pero no en investigación, sino muy cerca de la experiencia de las clases, semana tras semana, materiales, prácticas docentes, reflexión.

Hubo un receso, pero los grupos retirados de la batalla no se reunieron para reorganizarse y compartir argumentos todavía no ostentados. Miré a Alfonso, estaba tranquilo. Era evidente que la línea de trincheras contraria no contaba con arrestos para romper nuestro dispositivo. O incluso habían verificado que tampoco podrían hacerlo. Había que armar una salida y desbalancearlos. Pensaba con frecuencia en términos de batalla o de partido de fútbol americano: pases cortos, el ala cerrada (el “Hombre-Lobo” de los Raiders de aquellos años) como plan B, pero si los receptores se deshacían de los profundos podías intentar un pase de muchas yardas. Es un decir, o mejor, un pensar, pero ilustraba y delineaba los esquemas que encuadraban la manera de atacar con argumentos. Todo sirve cuando tienes obsesiones centrales. Pasa también con el amor.

Entramos de nuevo, acompañando a los asistentes que cambiaron la cafetera y trajeron más galletas Mariam. Se habían

acabado y no me di cuenta. Hacía más calor que al principio de la mañana.

Alfonso, que me había dejado la presidencia y estaba sentado en primera fila, en su papel de profesor del Colegio, tomó la palabra, para hacer un esperable resumen de la discusión, enunciar los puntos de discordancia y clasificar las propuestas: investigación sí o no, cómo, con tantas combinaciones que habían ido apareciendo. Cada quien se sumergió en la corriente de su discurso y tomó notas, seguramente en el espacio que se sitúa entre la reseña de debate parlamentario y los argumentos para rebatir lo que comenzaba a decirse.

Pero Alfonso no hizo nada de lo previsible, saltó todos los argumentos y debates, y formuló el problema retomando frases y argumentos de todos los tintes, aunque insistió en el carácter central de la docencia, repitiendo su discurso inaugural. Abrió la segunda parte de la plenaria sin definir su propuesta.

—Vamos a impulsar una discusión clara, sin segundas intenciones, bueno excepto lo que todos saben, haremos lo que convenga al Colegio, es una evidencia que es inútil repetir y de ella somos responsables todos los aquí presentes, en menor o mayor grado.

Pidieron la palabra los defensores de la no investigación por desaforada e imposible en las condiciones reales del Colegio: 15, 10, siete grupos de 50 o 52 alumnos (26 en Ciencias Experimentales desde 1971); el tiempo de planeación, del que muchos no se ocupaban, sino se dejaban llevar por el título de la unidad que tratar cada día, sin más que lo ya repetido en el curso anterior o lo que habían, medianamente en muchos casos, retenido de la carrera. Nadie se declaró enemigo de investigar, pero decidido a mantener el Colegio en condiciones de docencia suficientes y no dispersar las responsabilidades para una colorida pirotecnia que “a poco creen que la Universidad va a tomar en cuenta”.

Los sectarios, etimológicamente, de la investigación aceptaron

poner en juego sus propuestas en votaciones tan abiertas y aparentemente favorables para ellos. El Coloquio, que venía a ser ya un congreso, imaginaban poder dominarlo, porque ofrecerían a los profesores posibilidades de lucimiento y reconocimiento de su valía académica. Los profesores se entusiasmarían y apoyarían la investigación, había muestras de conversaciones con líderes de varia catadura.

Y así durante cuatro horas. Al final Alfonso tomó la palabra, para cerrar la plenaria y el recorrido inicial del Encuentro.

—En el Colegio nunca una mayoría ha aplastado a quienes disienten de las opiniones generales. Los toman en cuenta. O así debe ser, como siempre ha sucedido, seguramente. Esta Coordinación General y la Dirección del Bachillerato proponemos mantener esta actitud respetuosa. Hay desacuerdos sobre el tema del Encuentro, debemos prolongar esta primera etapa en un recurso más amplio a la comunidad de los profesores, primero, porque siempre son los más interesados en las normas que regulan su trabajo y tienen derecho a opinar, como es costumbre en el Colegio; segundo, porque la discrepancia, que se debate incluso en la Junta de Directores, tiene argumentos para apoyar dos posiciones.

Nunca dijo que los razonamientos eran igualmente válidos, y cada quien pensó lo que le convenía. Todos quedaron contentos.

—La idea, pues, —concluyó—, sigue siendo un coloquio sobre el trabajo de los profesores de Carrera del Colegio. Ni más ni menos, y antes de que Rectoría convoque al Congreso Universitario, al que ha quedado obligada la Universidad, después de la batalla perdida por el Rector anterior. El Colegio puede dar un paso y ponerse en primera línea. Si el Encuentro —comenzó a sonar con mayúscula cobrando el peso de un nombre propio y consagrado— tiene éxito, seremos un ejemplo a seguir para toda la Universidad, aunque no seamos investigadores. El Colegio, una vez más adelante en la innovación.



“Participarán de nuevo, si quieren agregar reflexiones a las ponencias presentadas, todos los profesores de carrera, las Comisiones Docentes de los Planteles y de la Unidad del Bachillerato, lo presidiremos el Coordinador” —sonrió ligeramente—, y el Director del Bachillerato, con el apoyo de una comisión de profesores que designaremos aquí mismo por Platel. Nos presentará las tesis sujetas a discusión y nadie será excluido de participar ni de ser tomado en cuenta. Para ser claros, las decisiones se tomarán por unanimidad”.

Apareció entonces la enunciación de un compromiso sorprendente del Coordinador General del Colegio: no se tomaría ninguna decisión que no fuera apoyada por todos, exacta y claramente dicho, por todos los profesores que asistieran a las sesiones plenarias del Encuentro. Por unanimidad. No hubo ninguna observación a la propuesta. Todos sintieron que su visión de las reformas posibles dependía de la convicción de cada uno de los profesores. Todos serían protagonistas.

Cuando el Coordinador del Colegio, en su audiencia para informarlo sobre el Encuentro y presentó su propuesta al Rector, fue imposible evitar que el este, serio y bien pensante, experto en leyes, pero no en invenciones arriesgadas, se alarmara y mirara a Alfonso calibrándolo como inconsciente o quizá, fugazmente, conspirador, porque entendía que estábamos poniendo las decisiones en manos de los profesores. En palabras de Alfonso la idea había hecho cascabelear al Rector, digamos en un registro más severo, perturbó su tranquilidad por el riesgo que el Colegio, en la figura del Coordinador, asumía sin pestañear, por su compromiso público únicamente con los acuerdos tomados sin un solo disenso.

Así valoraron también la apuesta los profesores en su conjunto, con lo que se derivó una esperanza de imponer sus soluciones.

Pero la propuesta tenía sus márgenes de seguridad decisivos. Lugar, un anfiteatro grande, no en CU para desanimar grupos

sindicalistas que pretendieran “informarnos” que ellos ya habían presentado prácticamente todas nuestras demandas, por cierto, cargadas de elementos académicos en los que ningún sindicato, hecho o a medio construir, había pensado nunca, o no dejar el terreno a cualquiera de los grupos deseosos de apresurar el Congreso Universitario y de obtener un mitin gratuito para la elección cercana de congresistas del Colegio. Sin embargo, por las funciones que el Sindicato pretendía que desarrollaba, habíamos invitado al Secretario de Asuntos Académicos (*sic*) del STUNAM, predominante todavía en el Colegio.

Nos dispersamos por la inmensidad de la aglomeración conurbada, convencidos de que estábamos al borde de algo por lo menos insólito y hasta improbable: ¿Cómo llegar a ser unánimes arrancando de tanta diversidad? Pero nadie ponía en entredicho una propuesta que consideraba perdida para las autoridades. Coincidirían más fácilmente los profesores entre sí.

Isabel Gracida, Secretaria de Comunicación hasta 2018, me prestó hace algunos años los volúmenes encuadernados de la *Gaceta CCH* de 1989 y 1990. Fue una inmersión sorpresiva, yo había imaginado presuntuosamente recordar todo, en una etapa del Colegio en la que se siente, en las páginas amarillentas de la publicación, una vida de intensidad abrumadora. Un torrente tras una tormenta que se había descargado con furia y ha seguido corriendo por una cañada desbocada, hasta agotarse antes de empujar desde las raíces los plantíos de mangos en una llanura costera. El agua en abundancia nunca deja de imponer respeto. Prometió, y la esperanza sostiene. Aunque de ésta, ahora en 2025, bajo las cenizas, queda apenas alguna brasa vacilante.

Nada que ver con la *Gaceta* de los últimos años, pero el último responsable del declive de la publicación no fue Isabel, en papel *couché*, a colores, pero olvidada de las aportaciones cotidianas y al mismo tiempo atrevidamente innovadoras de los profesores de la mitad de los 90, a los que se dedicaba, una página o dos y su foto juvenil, qué admiración y qué alegría, para anunciar que habían producido un material para que los alumnos comprendieran los sistemas numéricos. Se publicaban asimismo textos sobre educación universitaria de profesores distinguidos, Don Pablo, desde luego, Fernando, los planes de trabajo de la Coordinación para cuatro años en 1989, abiertos expresamente

a ser modificados con las observaciones de la comunidad. Otro Colegio distante del trabajo central y reducido a un orepetitivo y triste amontonamiento de frases hechas y de actividades no tanto de los Planteles, muy poco, sino de la Dirección General, el sexto plantel del Colegio, pero sin alumnos, según frase irónica de miembros, dos que tres, de la Junta de Directores de los lunes, antes del balanceo de la penúltima etapa en la que el Colegio intentó por fin levantarse en medio de los turbulentos días de la violencia ante la que abdicaban los responsables de asegurar los espacios para la única Universidad de la Nación.

Pero volvamos a los inicios de los 90. El presente fragmento repite, pero precisa y amplía, como una segunda conversación después de un intercambio en un encuentro improvisado en la calle, luego en la calma de un largo café que va dejando libres las mesas que rodean a quienes conversan para construir incorporando los recuerdos del otro una imagen que arriesga menos a las deformaciones, por involuntarias que sean, de un acontecimiento desmesuradamente real, que nadie preparó para la leyenda.

En los últimos números de junio de 90, aparece la celebración del “Primer Encuentro de Profesores sobre el trabajo Académico de los Profesores de Carrera”, terminada su primera etapa el 22 y 23 de junio de 1989. Retomar estos textos me hará repetir, pero hay que dejar hablar a una *Gaceta* extinta y no por ello callada sin nada que agregar.

Desde la esquina de Brasil los grupos de profesores llenaban las aceras, hacían visible la población del inminente Encuentro, se detenían un instante en la puerta de San Ildefonso, abierta de par en par (muchos seguramente no podían dejar de recordar el bazucazo de 68), entraban a la izquierda y estaban llenando la antesala del anfiteatro. Por segunda ocasión, Ángeles, con el tiempo *Arcángeles* y finalmente *Querubines*, cuando terminó su Licenciatura en Administración sin olvidar la educación de sus

hijos, Emmita y Julie, Paty, se desvivían para dar la bienvenida a los que iban llegando y hacerlos inscribirse en las cinco mesas, cinco Planteles. Había café y galletas.

Pero Manuel, que iba a hablar en nombre del STUNAM no llegaba. Había 500 de los 600 profesores de carrera con que contaba el Colegio. El anfiteatro estaba lleno hasta lo alto del graderío, con algunos huecos o porque los ocupantes cercanos apartaban el lugar para sus amigos o porque nadie quería sentarse junto a ellos.

Pero Manuel no llegaba. Lleno el anfiteatro, la sesión conclusiva del Coloquio debía comenzar. Pero Manuel no llegaba. Al final resultó Manuel, tras los demás discursos oficiales, sobreviviente de un metro detenido en la línea 2 allá por Popotla. Lamentable. Tras dar la palabra a Juan Estrada que leyó un documento en el que un grupo de Matemáticas del Sur proponía que “la participación (es claro que nadie ponía en duda esta característica del Encuentro, pero había que reiterar ritualmente las cualidades de la misma) se diera —cita la *Gaceta*— bajo el principio de la libre discusión en la confrontación de ideas, y también se considerara el Encuentro de carácter deliberativo y preparatorio, como punto de partida para un proceso más amplio de discusión. “No venimos aquí con miras a reglamentar, sino a desarrollar y enriquecer el proyecto del Colegio”. Vaya.

Alfonso, como Coordinador del Colegio, dice la *Gaceta*, tomó la palabra, antes de declarar inaugurado el Encuentro. “Se realizó el Encuentro, dijo”, —sigue la *Gaceta*— “con la idea de contar con un amplio marco de reflexión libre, donde la comunidad del Colegio, y en particular el sector académico, pudiera discutir, debatir y analizar con responsabilidad y madurez una serie de elementos sobre la carrera académica. No tiene otro propósito, —aclaró—, sino abrir una posibilidad real a todos los profesores, sin distinción de categorías y nombramientos, de exponer sus puntos de vista, acerca de aspectos fundamentales

de la vida de la Institución, como son las actividades, condiciones y resultados del trabajo del profesorado del Colegio... tendremos tantos Encuentros cuantos sean necesarios. Quiero manifestar que existe confianza en los profesores, porque ésta no es la primera vez que el Colegio dé pruebas de que, sobre la vía del diálogo, la concertación y el intercambio de ideas podamos superar nuestra problemática.

Quedaba claro que no se trataba de discutir un reglamento, sino de construir una mirada común para considerar el Colegio, una mirada más libre y venida de las comunidades y anterior a las determinaciones, forzosamente esquemáticas, de cualquier legislación. Mucho menos se intentaría establecer normas “lesivas a los derechos de los profesores... nuestra función es, simplemente, hacen compatibles los derechos de los profesores con los de los alumnos”. Luego inauguró el Encuentro.

Siguieron intervenciones de los Planteles para dar cuenta de sus propuestas y avances logrados en las reuniones preparatorias locales. Se dio la palabra a los Consejeros Universitarios alumnos.

Presenté la primera sesión del Encuentro denominada, por la Comisión organizadora, “El profesor de carrera y sus condiciones”, para insistir en que “mientras se logran mejores condiciones, no hay que olvidar a los 75 mil alumnos que dependen de los maestros”.

La *Gaceta CCH* dedicó su editorial, como era su responsabilidad inevitable, a la inauguración y el sentido del Encuentro. En esos tiempos la *Gaceta* hablaba a la comunidad, no era un silencio anónimo construido con las mismas frases que, número tras número, terminaban por vaciarse de sentido.

En el número siguiente, la *Gaceta* da cuenta de los primeros dos días de discusiones. La frase que resume el sentido del encabezado formula la apuesta que preocupó al Rector: “TRABAJAR PARA EL CONSENSO”.

Las 125 ponencias de los profesores sobre el documento inicial, elaborado por la Comisión Organizadora, se habían agrupado y reproducido en cuatro volúmenes y un total de 600 páginas. Cuando discutes documentos tienes derecho a tener un ejemplar para leerlo, aunque sea a ratos, subrayar, anotar y citar. Antes de la digitalización y el *correl* (creo que es obvio, el *correo electrónico*).

Y así fue, 40 mesas de 15 profesores de todas las áreas discutieron el documento de la Comisión Organizadora, que ya contenía las propuestas más repetidas, simplemente porque comenzaban a delinearse ideas compartidas. El Colegio, poco entendido en profundidad todavía, pero no por ello carente de pasión en la actitud y el discurso de los profesores, era un terrero compartido, con excepción de un pequeño sector, más de discurso que de acción, a no ser la de oponerse y proclamar su desconfianza en los cuerpos directivos.

El Encuentro en San Ildefonso tuvo un fuerte sentido simbólico: era la Academia de todo el Colegio, no Talleres de la mañana de Naucalpan o Experimentales de Oriente, sino todas las Áreas de los cinco Planteles discutiendo las condiciones y orientación del trabajo académico. Habíamos crecido, éramos capaces de reunir a todo el Colegio, sin perder el espíritu sano de las Academias originales, preocupadas por los alumnos encomendados a nuestra responsabilidad y pasión y atendidos en una actitud de búsqueda y colaboración. El Encuentro era una imagen del Colegio y sus cuatro Áreas reunido en academia.

Me designaron para cerrar el Encuentro. La *Gaceta* escribe que informé que, de las 125 ponencias presentadas y de las aportaciones de las mesas de la primera fase del Encuentro, la Comisión organizadora asumía la responsabilidad de elaborar una propuesta que vendría a ser a “una hipótesis de trabajo presentada... para que con los aportes de todos fuera enriquecida”... Las 125 ponencias “representan un esfuerzo y un trabajo

verdaderamente importantes, que no agotaron su función al ser publicados, sino que abren un espacio de análisis y reflexión, pues tenemos que recuperar toda su riqueza... la Comisión Organizadora, junto con los relatores nombrados por las mesas de trabajo, deberá formular una síntesis que especifique los temas en los que pudiera haber acuerdo y delimitar los puntos en los que pudiera haber contradicción, de manera que en este proceso, apenas iniciado, se cuente con elementos mejor organizados y más integrados que contribuyan a la construcción del consenso”.

En su intervención de clausura, Alfonso insistió: “...para seguir analizando nuestros problemas y para encontrar, consensualmente, las mejores soluciones”.

Pero de pronto, tras reiterar que debíamos discutir libremente y llegar a acuerdos bien fundamentados, con la sorpresa general, añadió una frase: “Solo serán válidos los acuerdos que se tomen por unanimidad”. La frase repetía claramente el significado del adverbio “consensualmente”, pocos momentos antes. Pareció a todos que nadie podía perder.

Quedaba claro que el Colegio en la figura del Coordinador sin pestañear se echaba al hombro el riesgo de salirse de madre, por su compromiso público únicamente con los acuerdos tomados sin un solo disenso.

El mecanismo fue aprobado, el primero, obviamente por unanimidad, se formó la Comisión y se le dio mes y medio para preparar los trabajos de conclusión del Encuentro, plazo que lo ponía en noviembre de 1990, revisando todas las ponencias y resumiéndolas en un número razonable de puntos de discusión y acuerdo.

La verdad, sin un propósito explícito y menos todavía concertado, comenzamos a martillar la frase de “decisiones por consenso”, que fue formando parte del ambiente en que las actividades del Encuentro terminaron cobijadas.

Así el Primer Encuentro terminó por convertirse en la base para continuar el trabajo.



La página editorial de la *Gaceta CCH* titulaba “EL PROCESO COMUNITARIO DE REFLEXIÓN DEBE CONTINUAR”.

De julio a noviembre, la Comisión responsable de resumir las propuestas comenzó a trabajar en la DUACB, en sesiones a las 7:30 de la mañana para evitar que ninguno dejara sus clases. Se reducía ahora a 10 profesores, con un único representante de las *nefastas autoridades*, aunque me acompañaba Rosalinda atenta a llamar mi atención, cuando suponía que algo se me escapaba de las manos o me mostraba demasiado liberal, y así debe haber sido varias veces. Desde el primer día el ambiente del grupo era optimista y compartíamos un legítimo bienestar democrático. Lo era en realidad, pero no todo era tan simple.

Todos recordaban el compromiso sorprendente del Coordinador General del Colegio: no se tomaría ninguna decisión que no fuera apoyada por todos, exacta y claramente dicho, por todos los profesores que asistieran a las sesiones de decisión. Por unanimidad. No había habido ninguna observación a la propuesta, ni tiempo para que la sospecha hiciera sonar sus sirenas de alarma. Todos sintieron que su visión de las reformas posibles dependía de la convicción de cada uno de los profesores.

El Rector, serio y bien pensante, seguía alarmado, y seguramente observando, porque imaginaba que estábamos abdicando, al poner las decisiones en manos de los profesores. Quién lo informaba, y cuán tendenciosamente, vine a descubrirlo 10 años más tarde.

La Comisión comenzó sus reuniones a diario. Seguían en ella Jesús Pacheco, Jorge Villamil, otros, inicialmente nombres apenas para mí, de un centro izquierda impreciso, o de una izquierda juvenil podada y estancada, aunque todavía viva, algunos únicamente académicos y yo mismo, Director de la UACB. Pero no había restricciones en las ideas que se exponían, el fundamento de las propuestas estaba consignado en medio centenar de minutas de las mesas de trabajo de la Sesión Inaugural. La

decisión nunca abandonada se resumía en recoger todo lo dicho, si no era francamente ininteligible y dejado como chatarra por unanimidad (te equivocas menos) y organizar lo útil para facilitar la discusión final.

Como se trataba de sacar adelante decisiones importantes que tendrían repercusiones en el Congreso, además del impulso al Colegio, comenzamos a discutir abiertamente y sin intención expresa en un clima de colaboración y de responsabilidad compartida, originada en convicciones dispares y variadamente formuladas. Otra academia inédita se construyó en la heterogénea Comisión de Síntesis.

Había profesores considerados revolucionarios, en realidad alguien como Jesús Pacheco era sobre todo un hombre nacido en la pobreza, rescatado por el ascensor social de haber estudiado en la UNAM, no había salido ni de las restricciones económicas dolorosas ni del ambiente desvalido, excepto en tesón y perseverancia, habitante de Chalco entre charcos, humedales y casas improvisadas sin mejoría por años, pero sensible a la pobreza de los otros y siempre en busca con un rastro de febrilidad en la mirada. Daba importancia a la docencia a través de la cual, eso también, y de la poesía, pensaba que la revolución podría ponerse al alcance. Eran los últimos tiempos en que la revolución, se esperaba, tendría aurora en un calendario al acecho. Habrá sido de tendencia china (eso creo hasta hoy, 35 años más tarde), o tal vez miembro de algún grupo derivado de las ideas de Lucio Cabañas, pero no estaba comprometido con un bienestar de hamacas de los profesores como el valor principal, sino mucho más con el cumplimiento honesto de las obligaciones de cada quien, fueran unas u otras distintas, con tal de que estuvieran legitimadas por una instancia colegiada válida, en nuestro caso el Encuentro en cuya organización participaba sin culpabilidad y democráticamente. Tras las primeras reuniones del grupo organizador no éramos todavía amigos, pero

sí aliados que no desconfiaban uno del otro, sin haber tocado un solo tema político y a pesar de mi condición de *corrupta autoridad*. La investigación perdió así a uno de sus posibles, o imaginarios, adalides según los planes de los líderes del Sur, y la investigación se convirtió en un tema que había que sopesar con cuidado, interesante, cierto, pero no el principal.

El punto que podía generar mayor desavenencia, la investigación, fue rápidamente absorbido en la Comisión. No es que no hubiera quien profesaba sin rodeos la fe en la figura del profesor-investigador, pero no lo etiquetaba como irrenunciable. Había un punto de acuerdo anterior a cualquier discusión sobre los profesores de carrera: los alumnos estaban entre nosotros para aprender, y para orientarlos estábamos antes, en el orden de las preeminencias de valor, de cualquiera de los puntos a debate. A pesar de las designaciones de representantes de los Planteles, al servicio del poder de sus Directores, cuando los profesores se liberaban de la tutela y eran antes de nada ellos mismos, tomaban y dejaban opiniones según el desarrollo académico de las discusiones. La libertad estaba más al fondo de la vida del Colegio.

Redactamos el “Documento de Síntesis” en 15 puntos, resultado de las relatorías de los Grupos de Trabajo del Primer Encuentro, pero principalmente de los análisis de la Comisión, y fue publicado en la *Gaceta CCH* del 8 de enero de 1990, como una “SÍNTESIS” (faltaba más).

El documento se imprimió y se repartió sin mezquindades en toda la comunidad. El Encuentro se precipitaba a su desenlace y no excluía a nadie, aunque los principales destinatarios eran los profesores de carrera.

Los pronunciamientos y demandas consensadas, para ser ratificadas y que se acordaran en lo general los mecanismos de su puesta en práctica, se resumieron como sigue:

*Las condiciones de trabajo, como el marco de organización y un trabajo fructíferos para la Institución.*

*Cinco grandes temas sobre los cuales se buscará resoluciones consensadas, dada su importancia para los objetivos del Encuentro, a saber:*

- a) Tareas del profesorado*
- b) Profesores de Asignatura*
- c) Planeación y evaluación del trabajo académico*
- d) Formación de profesores.*

Cuatro páginas apretadas de la *Gaceta* reproducían el documento de Síntesis de la Comisión, y los ejemplares de la publicación eran suficientes para que cada profesor de los cinco Planteles pudiera obtener un ejemplar del mismo número de la *Gaceta* del Segundo Encuentro. Realmente el Encuentro era una empresa comunitaria, colegiada y abierta. Mientras tanto, y no era ajeno a las preocupaciones de la comunidad, el Congreso Universitario se acercaba.

Antes de vacaciones de Navidad el Consejo del Colegio había recibido la Síntesis de la Comisión, dejando en sus manos fijar la fecha y la organización detallada del “Segundo Encuentro de Profesores del Bachillerato del CCH”, última etapa del proceso de un año, resolutive y final.

Publicado el Documento de Síntesis, la Comisión resumió en 16 puntos las tesis de los cinco apartados y los temas discutidos sobre los cuales obtuvo internamente por consenso formulaciones para el análisis en la Sesión Plenaria de cierre, único eslabón pendiente. Al recoger lo discutido en las mesas del primer Encuentro y no dejar fuera las invenciones de ningún profesor antes de la discusión general y decisiva, todos y cada quien podían reconocer en uno o varios de los incisos lo que habían propuesto en sus grupos de discusión inicial, aunque la verbalización fuera distinta. Podíamos enfrentar la reunión resolutive final, una verdadera asamblea general de los profesores del Colegio. Ni más ni menos, con la particularidad de que las decisiones se tomarían por unanimidad.

Así, en la etapa final, tras dos días de análisis por mesas de los 16 puntos que resumían los posibles acuerdos de la Plenaria final, llegamos al 9 de febrero de 1989. Los discursos de inauguración del Coordinador del Colegio y del Director de la Unidad Académica del Ciclo de Bachillerato, insistieron en la importancia de la participación comunitaria. Había quedado claro que los profesores concordábamos “—uno de los pronunciamientos recogidos en el *Documento de Síntesis*...— “en la primacía de lo académico... en la voluntad de buscar, antes que nada, enseñar bien, investigar bien; compartir una cultura que integra ciencia y humanidades”.

Jesús Pacheco, sentado a la derecha en la presidencia de la Sesión Plenaria resolutive del Encuentro, tomó la palabra. La *Gaceta* de entonces dedica media página a su intervención.

“Definir lo anterior...” —entiéndase la democratización de la vida entera del Colegio— “... así como los grandes temas del Encuentro... como la planeación,, la evaluación, las condiciones de trabajo., etcétera, a través del diálogo, del respeto a las ideas de otros, de la reflexión racional, de lo que es mejor para la vida del Colegio, dejar de lado razones de autoridad, de dirección, de mezquindades, y particularmente buscar el consenso colegiado, que no del “mayoriteo”, son las vías que permitirán al Colegio llegar a acuerdos consensados, a fin de contribuir a la organización del trabajo académico y así elevar el modelo de nuestro CCH... una Institución comprometida con el conocimiento, la investigación, y la difusión cultural, que permita cumplir el fin último que justifica su existencia académica: servir al país y a la sociedad”.

Presidí la mesa, con Jesús, ya lo escribí, con Jorge Villamil a mi izquierda, y otros dos profesores. Alfonso estaba sentado, al lado de Chelo Tomé, Directora del Plantel Sur y luego del Bachillerato del Colegio, frente a nosotros en la primera fila de butacas para supervisar mis ocurrencias, que en esa época

siempre le preocupaban, aunque no las temía, pero se inquietaba más que yo de sus repercusiones en la plenaria. Yo disfruté de presidir una reunión de academia inédita y enorme, todo el Colegio en su realidad académica, aunque el número de participantes, más de 500, fueran mayoría, pero no la totalidad de los profesores de carrera.

Y comenzó la discusión. Leí el punto primero. “1. La autonomía y los principios de libertad y democracia en la vida universitaria, como condiciones ineludibles para el desempeño de las funciones sustantivas que la sociedad mexicana nos ha encomendado”. ¿Alguien tendría algo que objetar? En cuanto se abrió la lista de oradores, se alzaron 20 manos sobre todo de la mitad inferior del anfiteatro. Les dimos la palabra a todos. La mayoría de las intervenciones eran de aprobación a mi izquierda, pero Colexcua habló por vez primera y resultó que no le gustaba la propuesta. Por qué, no supe, ni me importó entonces. Imagino que él tampoco sabía por qué o no se atrevía a decirlo abiertamente. Se oyeron posiciones disímboles, muy pocas. No había consenso.

Pasamos al segundo punto: “2. La reivindicación del trabajo académico como la esencia misma de la Universidad en sus funciones de docencia, investigación, difusión y extensión de la cultura, por lo que lo administrativo debe recuperar su función de servir y subordinarse a lo académico”. Les di siempre la palabra a todos los que la pedían. Colexcua habló de nuevo, en contra. No había consenso.

Siguieron los puntos del 3 al 6. El 7 parecía poder suscitar la unanimidad, porque trataba de “la ampliación y consolidación de una planta permanente y mayoritaria de Profesores de Carrera, preocupada por adquirir una formación teórica y metodológica e instrumental, para ejercer, estudiar, investigar, explicar y transformar su práctica educativa”. Era la tesis fundamental del Encuentro y ya también de la Junta de Directores.

Muchos apoyos, pero dos o tres votos contrarios sin que quedaran claras las razones. Uno de los votos era el de Colexcua. No había consenso.

Tampoco pasó el punto “8. La recuperación de las academias, como una de las instancias básicas de promoción y planeación del trabajo académico, individual y colectivo de los profesores. Esta meta deseable no debe invalidar el derecho de los profesores para organizar grupos de trabajo colectivo”. Colexcua persistía. De pronto también la Directora del Sur se manifestaba también en contra de las tesis preparadas por la Comisión, donde había un número adecuado de profesores de su Plantel. De cualquier manera, le di la palabra todas las veces que la solicitó. En contraste, el Secretario del Sector Académico del STUNAM, también del Plantel Sur, comenzó a tomar la palabra para apoyar la aprobación de los puntos, de modo que los papeles, representados todos por profesores del Sur, Colexcua, de Matemáticas, Leticia, la Directora, y Rito Terán, comenzaron a asumir líneas inesperadas, pero que terminaban por impedir, por muy pocos votos, dos, el consenso necesario y tomado al pie de la letra.

El punto “9. Reafirmar al sentido profundo del quehacer académico...mantenido a pesar de la baja salarial y las condiciones de salario actuales...” reiteraba el compromiso generoso de los profesores del Colegio con las tareas que tenía encomendadas, en términos que no habíamos aprendido de nadie ni de ninguna instancia universitaria, sino de la apropiación de nuestro propio destino y de nuestro apego a la Universidad y sus funciones. Colexcua solo. No había consenso.

Cuando llegamos al punto “10. Hacer de la evaluación del trabajo académico un proceso de comunicación, participación y reflexión críticas y no un instrumento de control”, surgió una idea nueva. Con incierta frecuencia, los Consejos Académicos emitían dictámenes desfavorables a los informes de

los profesores, estos se inconformaban y trascurrían procesos retardados, lentos y enojosos, para finalmente reducirse a que los informes tenían deficiencias más de forma que de fondo, y estas podían ser aclaradas por el profesor en una conversación que tenía lugar después de que el dictamen había pasado por la ratificación en el Consejo del Colegio, el profesor se había inconformado formalmente y se había instituido una Comisión de Revisión. En la mayor parte de los casos el dictamen desfavorable se cambiaba, pero el procedimiento resultaba farragoso. Los profesores, dos de ellos, propusieron la idea inteligente de que, antes de emitir un dictamen de insatisfactorio, que muchas veces resultaba pólvora mojada, se convocara al profesor a una “audiencia aclaratoria”, donde este informara, aclarara, explicara, para eliminar con menor desgaste humano todos los casos de insuficiente información o malentendido. La propuesta fue bien recibida, pero no la sometí a votación, sino que se pasó al último lugar, simplemente para mantener el orden y evitar confusiones en la numeración.

Hacia el punto 10, el Coordinador, Alfonso, comenzó a ponerse nervioso, a arrastrar los pies, y me miraba diciendo “Haz algo”. Bien, pero ¿qué? Presidía la mesa, cierto, había dado la palabra a todos los que la solicitaron, sin omitir a ninguno, incluso a los que sabía que estaban en contra y a Colexcua que había intervenido incansablemente en todos los puntos a pesar de los abucheos, más bien moderados, aunque crecientes, pero bastaba uno para que no hubiera consenso como lo habíamos entendido: no podía dar por bueno el acuerdo, aunque hubiera un solo profesor opuesto. Así, la Directora del Sur también se había unido a las oposiciones un par de veces, mientras Rito Terán, miembro de la dirección del STUNAM, había apoyado nuestras propuestas. Y la unanimidad se escabullía. Colexcua siguió hablando en todos los puntos y en todos en contra. Tampoco era el último, no faltaba alguien, el profesor más rendido a las



autoridades, al que por defecto o por exceso algo no cuadraba con su experiencia y se oponía.

Llegamos al punto 16, el último que venía a ser el mapa de un futuro perfecto para los profesores y, honestamente, también para el CCH: redefinir el Consejo del Colegio, crear el Consejo Técnico del Bachillerato, donde estuvieran “representados ampliamente todos los sectores”, redefinir, se entendía dar un carácter resolutivo a los Consejo Internos de los Planteles.

Tomaron la palabra unos cuantos, todos a favor. Colexcua no habló. Teníamos un primer consenso.

Propuse recomenzar la consideración de los puntos anteriores a partir del primero. El mecanismo fue sorpresiva e inesperadamente veloz: leía la propuesta, preguntaba rápidamente si había intervenciones. No había. Como nadie se había manifestado, ni en pro ni en contra, preguntaba si había alguna objeción. No la hubo. Quedaba aprobado por consenso.

Corrimos de la propuesta segunda a la tercera, a la sexta, a la décima. En algún momento, no me di cuenta de alguna mano que se alzaba, pero era de un profesor que ciertamente no iba a objetar, sino a proponer una modificación y detener el tren en marcha. Lo ignoré sin deliberación. El punto 10, el 15. Habíamos terminado, porque el 16 había sido extrañamente aprobado en la primera vuelta. Finalmente, la reciente invención inteligente y sana de la audiencia aclaratoria fue también aprobada.

Sin nuevos discursos, cerré la sesión. Habíamos aprobado en una plenaria de más de 400 profesores, unos 100 se habían retirado antes del cierre de los 100 metros planos corridos sin soltar ni un segundo el ritmo de propuesta, pregunta sobre objeciones, verificación de coincidencia general, “aprobación por consenso”. Diez minutos inexplicables.

Con una sensación de milagro que no se retiraba de mi cabeza, clausuramos el Segundo Encuentro con un triunfo para el

Colegio: todos invitados, 125 ponencias, más de 500 asistentes a las dos etapas, una idea original de aprobación por consenso. Resultó. Nadie podía decirnos que habíamos pasado por encima de la comunidad y los acuerdos ponían las ocupaciones académicas en el lugar eminente que les correspondía, según las concepciones originales del CCH, las academias, el trabajo colegiado, una perspectiva de crecimiento abierta que había que aprovechar, porque la comunidad lo había decidido por consenso.

Nos fuimos a comer a Santo Domingo, bistec ranchero con nata. O chiles rellenos. Ni lo recuerdo, aunque ese día sí fue importante, pero no tan inesperado como la sensación del ángel que había bajado a empujar la plenaria en la dirección del bienestar institucional y serio del Colegio, participativo y audaz.

Por eso, cuando busqué y encontré la verificación de mis recuerdos en las viejas Gacetas, no con sorpresa, porque nunca lo he olvidado, pero sí con gratitud por lo entonces logrado y lo contraste ahora con el desvanecimiento de niebla con viento despiadado de la comunidad que ha perdido consistencia, porque no hay quien le proponga y menos que la conduzca hacia alguna meta digna de compromiso, no dejo de sentir también el peso de un inexplicable desencanto. “¿Qué se hizo el rey don Juan?, los valientes caballeros, ¿qué se hicieron?” No pretendo que el Colegio anterior, por más creativo y aventurado que haya sido, vuelva o imite su pasado. Había surgido ya, en el tema de la evaluación, la idea inteligente de que, en vez de dar a un profesor un dictamen negativo, que muchas veces resultaba rápidamente inoperante, porque la evaluación del profesor como no acreditado quedaba sin sustento, tras una inconformidad y su paso formal a través del Consejo del Colegio, era mucho más conveniente una audiencia aclaratoria que recurrir a una comisión revisora que en general terminaba por eliminar el dictamen negativo en una hoja que se perdía en la vasta mole del papeleo, camino del kilo tras el tiempo reglamentado.

Este fue el Colegio ligeramente anterior al Congreso Universitario. Hay un hondo e irracional contraste entre aquella condición natural y general de reformar la institución a través de la reflexión y las discusiones abiertas y serenas, muy distantes de las mínimas posibilidades de acción que nos quedan ahora que el rector manda cabildear para lograr la separación del Colegio, seguramente a cambio de mayores recursos para seguir extendiendo la UNAM por el país, lo que ni es malo ni nos molesta, pero no a cambio de nuestra suerte, que no fue delineada de esa triste manera por el mismo Consejo Universitario. Con otros Consejeros, claro. Y ahora el rector pretende que el Consejo se desprenda de una institución que dejada a sí misma, es capaz de un Encuentro que nadie en la UNAM podría imitar tan fácilmente.

**H**e narrado el Primer Encuentro de Profesores de Carrera dos veces, la segunda con mayor detalle y seguramente certidumbre apoyándome en la *Gaceta CCH*. O al revés, porque escribí sin pensar en dar tributo a nadie que no fuera la historia deslumbrante de algunos días en los que el Colegio organizó una asamblea general de profesores para decidir por unanimidad su futuro. Hubo avances en los acuerdos, pero sobre todo en encontrarnos con el eco vivo de nuestros intercambios iniciales que el Encuentro trajo del inconsciente. No pienso, sin embargo, que muchos hayan ligado el Simón Bolívar y los cubículos de las Áreas y las academias, la misma vida que ya había crecido en nosotros 20 años antes y seguía discurriendo por la trama verde de nuestras venas.

Pero vuelvo al momento de enunciación de 2025, y me miro al borde de la expulsión que prepara el rector para el Colegio. Los años han mantenido con alguna forma de respeto a tu alrededor un mundo ordenado de cierta manera, con los libros de poética de profesores de Yale o de la Universidad de Alabama, La serie de Poétique que persiste en publicar Seuil, las *Gaceta CCH* encuadradas, dos hileras más arriba, cerca del techo del pasillo de la biblioteca que, juré en vano, mantener libre de libros, propósito que dio para una aliteración, pero no para cumplirse.

Pero de pronto tienes que bajar de la memoria, como si los del pasado no lo hubieran sido, a lo que llamamos el mundo de los hechos, a esa masa que ordenamos interminablemente para no olvidar si no el sistema, al menos alguna imitación de orden que nos sirvió de regla para acomodar cualquier cosa como nos parecía conveniente, constituir la en relato, y poder encontrarlo afanosamente en los densos racimos de acontecimientos informes, cuando hiciera falta.

De modo que, después de completar mi memoria sobre el Primer, y no sabíamos que sería también “el Único”, Encuentro de profesores, podríamos aprender de lo que ya hicimos una vez y hacerlo de nuevo, no imitando, sino inventando, pero recurriendo a las mismas y ojalá renovadas palabras: comunidad, intercambio, pluralidad, respeto, coincidencia.

Así, cuando terminen estas vacaciones de julio de 2025 y el rector convoque, no sabemos cuándo, al Consejo Universitario para proponer a deliberación y voto nuestra amputación de la Universidad, estaremos listos para responder pacífica, firmemente, triunfalmente.

En el primero, comienzos del 89, Alfonso se iniciaba en ejercer el oficio de Coordinador General del Colegio y yo era un reciente Director de la Unidad Académica del Ciclo de Bachillerato, obtenido del Rector sin entusiasmo.

En febrero de 89 publicamos un plan de trabajo para cuatro años e invitábamos a la comunidad a participar con sus objeciones, llamadas de atención, solicitudes y propuestas en la reelaboración del plan que, quedaba claro, era apenas un borrador ofrecido a la participación libre de todos los profesores. Nadie ha vuelto a consultar con ese talante a la comunidad.

El universo donde aquello encontró un espacio y un soplo de tiempo sigue pareciendo el mismo. En 30 y tantos años las galaxias han continuado explotando para que el Cosmos crezca, pero hay tantos planetas y sistemas solares que pueden consi-

derarse intactos. Al menos según nuestras percepciones atadas a la sensación y nuestra inteligencia sometida también, aunque logra fugarse en una multitud de aspectos, a la materia y al cuerpo en el que vive nuestro cerebro donde el espíritu se apoya inseparablemente. Somos de aquí y arrastramos en la materia nuestro espíritu que tira de todo hacia arriba. Arriba es una convención, quizá nos valdría mejor decir “hacia dentro”. Y ahí sí, dentro del ser, de lo que más realmente es.

Pero el microcosmos del Colegio 25 no se asemeja al Colegio de entonces. ¿Quién ha elaborado en los últimos 15 años, digamos desde 2010, ante sí, año tras año, un plan de trabajo anual todos los años? Perdón que para reiterar recurra a un pleonismo. Anual no es una convención. Y si alguien lo hizo, ¿preguntó a la comunidad para que todos supieran hacia dónde el Director quería conducir al Colegio y en el rumbo final reuniera la suma de las más de 3,000 opiniones por lo menos matizadas, atentas a otros bordes y a otros retoños de crecimiento, pero al final de cuentas tampoco apreciadas por el Director General y su equipo? Preciso, en realidad durante años tampoco había habido equipo en la Dirección, sino un grupo de cuchilleros que se disputaron los favores soberanos, y seguramente dejaron naufragar posibilidades de expansión docente que ni siquiera entrevieron. Algo ha resurgido en el penúltimo periodo de Dirección y el Colegio respiró de nuevo, tras la asfixia.

Luego siguió el Director actual y ha tenido el tino de ocuparse como centro de su actuación de la vida académica del Colegio. Pero ahora la amenaza es mayor y sobre todo inédita. Y no llega hasta ahí el atrevimiento de las autoridades del Colegio. Al menos todavía.

Hacia 2018 el Colegio estaba aletargado. No dormido, el sueño es una aventura que nos permite enfrentar los días, que son tan solo días, que recobran recuerdos y anticipan audacias. Por eso nos está costando tanto trabajo, más allá de las tripula-

ciones que bogan obstinadas hacia Ítaca, llevar todos los barcos aqueos no a Troya, Helena y Menelao nos importan un carajo, sino a Eutopía, la Isla del Buenlugar donde tiene su destino el Colegio. Luego, tras una mirada rápida, no estoy resolviendo en 2025 los mismos problemas, pero sí echo de menos la carencia de tripulación e infantes de marina que prestaban su voz en el coro para apagar las sirenas y sus brazos para lograr que el barco se siguiera pareciendo a París, la Ciudad romana, que *fluctuat nec megitur*, lema adoptado en Naucalpan, a los cinco años de vida del Colegio y repetido deslumbrante en las paredes de París tras una inundación del Sena desbordado en un invierno hacia 2015, no sé, no recuerdo. Sé que la Ciudad no claudicó y repitió, sin saberlo, que el Colegio sobrevivía con su mismo lema.

No, no estamos dando la misma batalla. Todo parece perdido, pero sigue flotando el barco y tenemos la decisión de hacerlo navegar de nuevo y hasta arribar a siempre.

¿Cómo vamos a recobrar el entusiasmo y la osadía de los 70? Ya no existen, y los 80 y 90 pueden existir un poco más en algunos recuerdos y hasta hemos terminado por olvidar la sorpresa del nuevo siglo que se apresura a liberarse de la extraña novedad de sus inicios para convertirse en la repetida corriente llena de amenazas que oímos en las noticias de las siete am en los amaneceres lluviosos de esta mitad del verano. Pero necesitamos concepciones, decisión, alianza, conciencia de los valores que siguen a nuestro alcance, si vamos a atrevernos a mantener el Colegio a flote e intentar navegar con las solas velas hacia un rumbo que al menos puede resultar de decisiones, pero jamás de la somnolencia de la inercia.

Si hay que defender al Colegio, ambicionemos de nuevo delinear una ruta cuyo comienzo sea ahora, tan rotos y desmantelados que estamos, pero que comience a recobrar maderas, a unir las con cables insuficientes al principio, porque los barcos

también crecen, no están hechos de muerte sino de deseo de ir más lejos, están vivos si sus marineros forman parte de su casco y de sus mástiles, pero sobre todo de los rumbos que anhelan.



**N**o sentamos en la enorme sala de El Cardenal, que lo fue de la remota residencia de hace 100 años. Iba a ser una reunión de cuya publicidad desconfiaba, porque podría extenderse, mucho más allá de los testigos oculares, a micrófonos en las mesas adyacentes a la nuestra, ocupadas por una pareja de compañeros de trabajo, los 30-40 años, en el papel puede que hasta cómodo, de novios en un segundo episodio de la primera temporada de la serie patrocinada probablemente por el actual secretario de rectoría.

El Secretario General no es indecente, pero trabaja, podíamos estar ciertos, para el Rector, aunque su pasado de cercanía juvenil estuvo cerca de lo que fue una de las izquierdas siempre desmembradas de la política mexicana.

Coincidimos en el estacionamiento, pero el coche del Secretario se escabulló rápidamente mientras Alfonso y yo dejábamos los nuestros en manos del servicio del restaurante, el fondo del terreno que va a dar a Altavista, la calle paralela a La Paz.

Comenzamos en realidad haciéndole al cuento, porque probablemente no nos había invitado a opinar sobre el entrenador de los Pumas, de nuevo a media tabla del campeonato de apertura 2026. Tras el doble campeonato con Hugo en 2004, no el diluvio, sino la sequía.

—Aunque el equipo no es de la UNAM, nuestro nombre lo acompaña y no resulta ventajoso que desde hace 20 años hemos

ganado un solo título. Pero Hugo Sánchez no volverá.

—Yo sigo con un ojo, simplemente para ver el lugar que ocupa en la tabla y si tiene probabilidades de colarse a la Liguilla. Cada domingo por la noche es una pena, sobre todo verificar que siguen sin ofensiva, no meten goles. El viejo esquema de tres veteranos y ocho jóvenes salidos de la Cantera se agotó, sabe por qué. Narro me contó sus aventuras cuando Juan Ramón lo nombró enlace de la UNAM con el Comité Directivo o como se llame —“La Dirección” intervino el Secretario— el grupo de dueños del equipo. Parecería simple, pero era enredoso.

Nos trajeron la carta y pedimos. No licores, la austeridad continúa. Sabíamos, además, que lo correcto hoy es que cada quien pague lo suyo, para evitar que lleguen cuentas altas a la Administración de Rectoría. Y que Hacienda reproche gastos desviados de la austeridad republicana. Da lo mismo.

—Bueno, imagino razonablemente que saben para qué me importa hablar con ustedes. Miren, a veces la Universidad se ve obligada, sin menoscabo de los procedimientos institucionales ni del lenguaje adecuado, a aceptar orientaciones que convienen al bien del país, más allá de los deseos y convicciones de nuestra institución. Se trata muchas veces de un mal menor, que no ha dejado de ser un principio atendible de una política realista. El Gobierno tiene el propósito de ordenar la Educación Media Superior. El Colegio ha venido a convertirse en un agregado, que puede considerarse poco funcional, para el conjunto de la institución. De modo que, sin menoscabo de la estima que sentimos, yo personalmente puedo asegurarles que es mi caso, nos encontramos ante la insinuación, pero debajo hay una exigencia apoyada en el presupuesto para los estímulos académicos. Ustedes saben lo que significan tales insinuaciones silenciosas, dicho con palabras que conviene ceder el Bachillerato del Colegio, y podemos pensar que luego se hará lo propio con la Escuela Nacional Preparatoria, para que pase al ámbito directo de la

SEP y la Subsecretaría responsable de ese ciclo educativo.

—Mira, lo sabemos. Nos aclara oír que la iniciativa, según deja aparecer tu información, no es de la UNAM. Por lo menos no es la institución la última responsable de lo que consideramos una agresión inaceptable. Pero nos gustaría saber si rectoría ha opuesto resistencia o si ha aceptado pasivamente lo que llamaste “insinuación”. Porque no es lo mismo verse obligado, condición que no libera de la obligación de resistir, pero sí cambia mucho que simplemente sugieran y rectoría se someta. Nosotros presentimos que la insinuación de la Subsecretaría respondió a alguna insinuación del rector.

—El diálogo entre órganos de gobierno ha sido al más alto nivel. Yo estoy al tanto, pero no he asistido a las dos reuniones, la primera del Rector convocado por el Secretario de Educación, los dos sin acompañantes, y la segunda en Palacio Nacional, ante el presidente, también los tres solos. Entiendo que en algún momento hubo tensión, pero el Rector no me ha narrado con detalle el desarrollo de los diálogos, o mejor, de las dos discusiones. Porque creo entender que el Rector no aceptaba de entrada la propuesta de la SEP.

—¿Tienes idea de quién comenzó el ataque, corrijo, el proceso de separación? Porque, de todos modos, aunque sea quien sea el primer autor, no vamos a rendirnos. Pero no es lo mismo en mexicano Chana que Juana.

—No puedo asegurarles, pero tengo la impresión y el Rector, insisto, no me ha sacado de dudas, de que se trata de un proyecto de reingeniería de la SEP. Parte de una hipótesis de trabajo que no siempre es acertada, que es la de reducir los niveles y concentrar los mandos superiores. En resumen: un Bachillerato, con particularidades aceptables para evitar resistencias, pero todo reunido bajo un mando universal. En pocas palabras la institución, con todas las demás no tiene un Director, sino depende del Director General del Bachillerato”.

—Creo que, a estas alturas, cuando ya hace meses que el rector presentó su proyecto de separación al Consejo Universitario en marzo pasado, ahora ya en septiembre, el proyecto ha recorrido un buen trecho. Te agradecemos la información, sin ironía, pero, como debes estar informado, vamos a resistir. Ni siquiera sabemos claramente en qué consistirá nuestra defensa de la institución, no es una revuelta, sino una contribución al mantenimiento del carácter universitario del Colegio y una ocasión más de una larga serie de consolidar la autonomía de la UNAM en las condiciones actuales.

—Puedo decirles, si aceptan no difundir públicamente mi actitud, ¿de acuerdo?, —asentimos seriamente— les aseguro que cuentan con mi simpatía, sobre todo porque no se rinden. No voy a apoyarlos, porque sería una traición a mis compromisos universitarios y al Rector que me designó, pero sí puedo aliviar en alguna medida el ambiente en el equipo del Rector, de modo que no los consideren simplonamente tercios y rebeldes, cecehacheros, pues. Por lo demás, espero que la batalla sea honorable, universitaria. Demos un ejemplo de enfrentamiento, lo es y no conviene negarlo, universitario, que excluya insultos personales, acusaciones inventadas de corrupción, juego sucio, en pocas palabras. Discutamos con razones y hechos concretos y pertinentes.

—Me doy por enterado que estamos en Suiza en la Sociedad de Naciones de la posguerra de los años 20. Aquello tuvo éxitos limitados, pero los propósitos, o las ilusiones, eran loables. Te lo agradecemos, vemos que tras los funcionarios hay seres humanos que no dejan de jugar su papel. Sin embargo, creo que ustedes, mejor y con mayor respeto para ti, los partidarios del Rector corren mayor peligro de olvidar la verdad y de inventar pretextos. Nosotros simplemente nos limitaremos a mantenernos dentro de la Universidad, de sus valores y de las convicciones y de la institución, que son la Universidad.

La conversación continuó sobre la trayectoria del Colegio y el Secretario se marchó, Alfonso y yo repetimos el café, nos quedamos otro rato y pagamos la cuenta. Los funcionarios no tienen partida de comidas de trabajo, lo que es ciertamente austero, pero suprime oportunidades de negociar en un ambiente no obligatoriamente de lujos, pero favorable al acercamiento de posiciones contrapuestas.

**M**aría llegó a la cafetería de Sanborns de Perisur con los colores sobrios y su sonrisa franca y levemente irónica de uso diario. Las diferencias con la que había sido 18 años antes, cuando trabajamos en las Secretarías de la Coordinación del Colegio con Manuel, podías ignorarlas sin reclamo, porque apenas afectaban su figura, todavía sin canas, pero con una dotación seguramente ininterrumpida de lecturas y de tesis de posgrado dirigidas en el Cinvestav. Había escrito un libro sobre planes de estudios con Raquel Glazman, y eso justificaba oficialmente las razones de la entrevista.

Del Consejo Universitario el Colegio recibió en 1971 programas que, excepto los del primer semestre, eran enunciados simples que apenas ampliaban los títulos de las asignaturas. El segundo semestre de Taller de Lectura, “Autores e Hispanoamericanos de los Siglos de Oro”, enumeraba *La Celestina*, Berceo, Cervantes (para no obligar a leer el Quijote, valían “Rinconete y Cortadillo” o “El Licenciado Vidriera”), Lope de Vega, “Fuenteovejuna” que los alumnos comentaban con pasión por su ejemplo de rebeldía; Calderón de la Barca que reconocía que “toda la vida es sueño/ y los sueños, sueños son”; Quevedo y Góngora, Sor Juana, *El Lazarillo* y la *Vida del Buscón* ... Pero los *programas* (las cursivas son merecidas, pero no su denominación), no dedicaban ni una línea para decir cómo

o para qué los alumnos leerían. Completar los programas ya quedó encomendado, sin añadir indicación alguna, a nuestro saber y entender. Lo hicimos. Formulamos objetivos, declaro repitiéndome que, siguiendo el inventario de Bloom, e inventamos, según iban siendo necesarios, modos de proponer las lecturas, que todavía no recibían el nombre técnico del primer decenio del siglo, de cualquier forma, hoy en los 20, todavía confuso, de *estrategias*.

Lo mismo, con las adaptaciones del caso, sucedió en Ciencias Experimentales, Matemáticas e Historia, del primer semestre hasta el cuarto. Ciertamente, hubo profesores de facultad dueños de sectores disciplinarios que propusieron programas cuya naturaleza correspondía al nombre. Los menos y pocos y no obligatoriamente para mal. Todo lo demás lo formulamos nosotros, cada vez con mayor facilidad, desdeñando en gran parte las recetas pedagógicas, por genéricas y por distantes del destino que la UNAM había señalado al Colegio, aunque muchos se arrepintieran entonces de haberlo fundado, a mediados de los 70, pero que nosotros manteníamos con total independencia, siempre sin exceder las fronteras minimalistas y genéricas de los programas del Consejo Universitario.

A los pocos años, había al menos cinco programas de cada asignatura, uno o dos por Plantel, a veces mañana y tarde discrepaban. Parecía Babilonia, pero todas las lenguas que se hablaban decían básicamente lo mismo, con acentos regionales. Era la Babel de los registros de origen ideológico, más que la confusión de las lenguas que impidió terminar la torre que llegaría hasta el cielo, el Colegio, según lo deseaba cada academia.

En los 80 hubo recopilaciones de todos los programas encaminadas a la apología del Colegio "*pro labore eius*", porque nos acusaban de desorden, falta de valores institucionales y, por supuesto, no tanto de ignorancia, pero sí de inferioridad ante los grandes maestros, que habían sido los nuestros en las

carreras. Ciertamente, habíamos abandonado los modelos educativos de las carreras, implícitos casi siempre, cuando tenían a bien existir, en los que nuestros maestros cursaron su Bachillerato: ni fechas, ni lista de obras, no leídas, sino meramente enumeradas, tampoco intentos de relacionar las obras con la biografía de sus autores. Ninguna preocupación por enseñar toda la literatura ni mucho menos. Pero sí ¿cómo se aprendería literatura sin leer poemas o novelas o asistir a representaciones teatrales? En dos palabras, los estudiantes del Colegio leían más, conocían menos biografías. Pero nuestra incipiente renovación, imperfecta y pretenciosa, decían, los molestaba. Les hacía ver que el mundo había cambiado y no todos tenían fortaleza para adaptarse a sus transformaciones, lo que dista mucho de únicamente persistir.

Desde entonces, Íñigo, para ser sincero con variaciones enormes, nos han considerado universitarios infantiles, necesitados de que profesores de facultad o instituto nos digan qué hacer, nos instruyan en las disciplinas, sobre todo, porque la enseñanza que predomina en la Universidad no es la que hemos estado construyendo a empellones y, por incompleta que sea aún, tiene la inmensa cualidad de existir. Y la hicimos nosotros.

Pero, al empezar a escribir este jueves, mientras agosto se precipita a su 31, he querido contar la aventura del PEA, el Plan de Estudios Actualizado, pero me arrastraron sus antecedentes remotos, y dejé de seguir narrando mi desayuno con María de Ibarrola en Sanborns de Perisur en los inicios del otoño de 1990. Con Javier hablé largamente de los programas en otro fragmento de este relato de que parece una colcha de pedacería.

Volviendo a María, la cafetería de Sanborns Perisur era ligeramente europea, es un decir, más para mi nostalgia que en realidad, y no enorme como el restaurante adyacente. El piso de madera me avivaba confusamente conversaciones de París o corredores del viejo palacio del Marqués en Comillas. Esa película me desfilaba por dentro, pero le expuse a María la



empresa que quería acometer: revisar y poner al día el Plan de Estudios y los programas.

De los programas el problema era evidente. Aunque sin distanciarse sin remedio, tampoco podía decirse sin mentir que coincidían del todo. En Historia un marxismo de imitación obligaba a los profesores a recitar catecismos del Siglo XX, uno editado por Siglo XXI. Todos al menos fingían que comprendían y enseñaban con una rara ortodoxia que no encontrabas en ninguna otra pradera del Colegio. Ciencias Experimentales se había deformado y el cuarto semestre, Método Experimental. Física. Química. Biología, así de largo, había resbalado hacia una inconfesada Biología II, porque la mayoría de los profesores del semestre anterior impar eran biólogas. Matemáticas había abandonado hacia años los enfoques originales, con problemas como los puentes de Königsberg o el problema del viejo y su barca, el maíz, la gallina y la zorra. Dos clásicos. Y en Talleres, que ponía en primer semestre autores contemporáneos, supuestamente más cercanos a los alumnos, y dejaba para su cuarto semestre maduro los clásicos griegos y latinos, o de nuevo Onetti, García Márquez y Juan Rulfo, indiscutibles.

La resistencia se alzaba contra el propósito de contar con programas unificados e institucionales, indispensables en una escuela que otorgaba el mismo título universitario de Bachiller y no podía enseñar contenidos diversos. Pura lógica institucional, pero los profesores recurrían a la libertad de cátedra y al trabajo de las academias y podía imaginarse que se desataría una tormenta, si el Consejo Técnico *imponía* los programas.

Comenzamos por una etapa, según las estrategias de María y Raquel, de reconocimiento de los problemas curriculares de las Áreas en comisiones de profesores, sin ningún control de las autoridades. María y sus ayudantes explicaron a los 15 o 20 profesores de cada Área cómo era imposible y poco fructuoso revisar por separado los contenidos de las materias, no solo lejos de los

objetivos, sino también de la formación precedente de los alumnos, la preparación de los profesores, su incorporación a la docencia, la duración de las sesiones de trabajo en grupo escolar y de los ciclos de aprendizaje, los apoyos al aprendizaje, la biblioteca y los laboratorios, la evaluación. Todo en su entreverado múltiple que, partiendo de su complejidad y sin negarla, debería encaminarse entero a la apropiación de aprendizajes. Era el enfoque curricular de una revisión de programas y del Plan de Estudios.

Las comisiones tendrían la responsabilidad de identificar los problemas en sus ramificaciones hacia todos los factores que podían influir en la formación de los alumnos. Se trataba de seleccionar los problemas que determinaban los aprendizajes o la ausencia de éstos al final de los semestres. Lo expliqué claramente, me repito, en una asamblea que no dijo su nombre en los últimos días de labores de diciembre de 90, en el auditorio de Servicios Médicos de CU que ha fungido como único anfiteatro no nuestro, pero siempre disponible, de todo el Colegio.

Comenzó una etapa de dos años de los que resultaron, primero inventarios copiosos de problemas curriculares en los que las Áreas se debatían, y luego programas de todas las asignaturas del Colegio, elaborados también por comisiones de profesores de los cinco Planteles y no por expertos o escribas destacados, y cambios urgentes que demandaban las deficientes concepciones de algunas materias. Método Experimental, además de su conversión en Biología II agrupaba un conjunto de intentos de determinar la fórmula estática, la receta (problema, hipótesis, experimentación, conclusiones) de un imaginario método universal de la ciencia, que parece nunca haber existido en la experiencia del trabajo científico profesional, y la urgencia de poner remedio a la separación, ingenua e injustificada, de mantener separadas las habilidades de lectura y de redacción.

Estos cambios fueron compensados, con una conciencia clara de su justificación, pero con una voluntad política consciente,

que apenas sobresalía más allá de la zona de oscuridad de las intuiciones no plenamente aclaradas. Nadie se alzó indignado por la fusión de Lectura y Redacción, porque terminaron en el Taller de Lectura las 30 horas formadas por la atención a 15 grupos de dos horas, a 750 alumnos y a 3,750 minutos para dedicar cinco a corregir los trabajos de todos los alumnos de un profesor de tiempo de asignatura completo.

He hablado de esta distorsión de difícil comprensión varias veces. Eran las cuentas del Colegio.

UIP/81291/CCH

“Licenciado:

*Estuve presente en la reunión de Servicios Médicos, convocada por el Coordinador y el Director de la UACB del Colegio. No hubo reacciones a los discursos de los dos funcionarios. No parece que lo que llaman “Revisión del Plan de Estudios”, vaya a provocar ni entusiasmo ni rechazo. Por de pronto puede estar tranquilo, porque el rollo es académico y los profesores no sienten nada que los amenace.*

*Nadie tiene idea de cuánto pueda durar, ni al parecer les importa, pero sí hay un plan de actividades. El juicio de expertos reconocidos del CISE es que el Director del Bachillerato no sabe lo que está haciendo. Según lo usual, aunque el Colegio suele desbordar los caminos acostumbrados, se debería haber comenzado por un diagnóstico del Plan y los Programas. El Director parece tener otra idea y por el momento no puedo saber de dónde la sacó.*

*Pero al menos no hay reacciones, ni entusiasmo ni rechazo, porque eso sí, están formando comisiones en las que participan cerca de 100 profesores. La reunión del viernes fue una asamblea, pero controlada. Hubo intervenciones y pocas críticas más bien de desconfianza o rezongos. Intervino tres veces un geógrafo de Azcapotzalco.*

*Lo seguiré informando”.*

Todo comenzó con una reunión general de introducción a la aventura de actualizar no solo los programas, sino el Plan de Estudios, sin renunciar para nada al proyecto educativo del Colegio.

En la presidencia el Coordinador, el Director de la UACB, y los directores de los Planteles. El auditorio de Servicios Médicos, que para entonces habíamos comenzado a adoptar como una prolongación, que solo nosotros reconocíamos, de la Coordinación del Colegio, pero éramos prácticamente sus únicos usuarios siempre permitidos, siempre repetidos, el auditorio, pues, estaba lleno de profesores de los cinco Planteles.

Explicué el enfoque curricular. No era difícil de comprender y los textos que esperábamos como resultado, la descripción de los problemas curriculares de cada Área, antes del final del semestre 1992-2.

En detalle, las comisiones tendrían la responsabilidad de aplicar a todas las materias un protocolo de revisión flexible que cubría los contenidos del Plan de Estudios en medio de la tela densa de sus relaciones con los profesores y su formación, los alumnos y su secundaria mediana, los mecanismos de reclutamiento de profesores y la evaluación de su trabajo, su formación anterior a la docencia y sus necesidades actuales, la didáctica de las sesiones de trabajo en grupo escolar, vulgo *las clases*, o su ausencia, ya entonces sobradamente grave, la evaluación continua, luego calificada de formativa, las relaciones de la administración de los planteles y los profesores, la organización de los servicios académicos, la biblioteca, los laboratorios, los recursos audiovisuales, la larga lista anterior y sus resultados en aprendizajes de los alumnos, protagonistas del trabajo escolar, de su formación hasta una cierta autonomía terminal proporcionada a sus 17 o 18 años en la mayoría de los casos.

Se trataba de poner en evidencia las limitaciones del trabajo

del Colegio en los aspectos enumerados y en las relaciones que se entretienen entre ellos para favorecer o estorbar a los aprendizajes. Por ejemplo, los exámenes extraordinarios. Si por un examen de 20 preguntas de opción múltiple se aprueba Biología I, la tentación de no asistir a clase, sobre todo si hay cervezas en los prados, será mucho mayor que si acreditar la materia demanda estudiar una sola vez muchas horas seguidas, en vez de distribuir un largo esfuerzo a lo largo de 16 semanas continuas. Si profesores de Talleres estudiaron Ciencias de la Comunicación, pero no saben nada de literatura, les será más difícil enseñar a leer novelas o algunos cantos de *La Ilíada*. No digamos poemas.

—Cada comisión redactará un balance, un diagnóstico de los problemas que obstaculizan el aprendizaje. Pueden ser problemas de cualquiera de los aspectos de la vida del Plantel, porque nuestro enfoque es curricular. No se trata de cambiar los temas de los programas, sino de organizar todo el trabajo del Plantel alrededor del aprendizaje de cada materia y de todas.

“El documento en su primera versión, que debe estar terminado en marzo del año entrante, —era diciembre— se distribuirá a todos los profesores. Toda la comunidad participa en la revisión del plan de estudios y de los programas, aunque no todos tengan las mismas responsabilidades.

No recordé las críticas de los escribas del CISE, pero tampoco estábamos emprendiendo un diagnóstico *técnico* de los programas a su manera. En eso el CISE tenía razón. Pero nos proponíamos, en cambio y con enfoques menos usuales, evaluar el conjunto del funcionamiento de los Planteles y del Colegio en todos los aspectos curriculares, que se entretendían alrededor de los programas como núcleo, pero los desbordaban, los presionaban, y no podían ignorarse. La ambición era más atrevida y más cercana al comportamiento de los factores que interactúan en una escuela para obtener que los alumnos aprendan, aunque la formulación de “El alumno en el centro” tenía por delante 10 años antes de

aparecer entre nuestras invenciones de lemas o principios, pero en diciembre de 91 seguía oculta por la idea del “alumno protagonista de su formación”, frase repetida desde los inicios del Colegio. No dije nada de esto, aunque ya estaba apoyando las convicciones que intentaba terminar por compartir con el auditorio.

En el fondo del anfiteatro se removían algunos profesores alrededor de Noé, geógrafo de Azcapotzalco, seguramente preocupados por Geografía, materia optativa que comenzaba a decaer en solicitantes, quién sabía por qué, contrariando sus inicios en las preferencias de los alumnos. Pidieron la palabra.

—Noé.

Arremetió desde arriba en el auditorio, contra la unificación de los programas. Estaba preparado de antemano, porque su intervención no tenía nada que ver con mi explicación anterior, pero él y sus colegas consideraban sus declaraciones imposterables.

—Los profesores de Geografía hemos estado revisando todos los años nuestra materia. Podemos decir que no tenemos nada que cambiar, porque los cambios ya se han hecho. Lo que nos llama la atención, es por qué el número de alumnos que escogen Geografía ha ido bajando. Debe ser algo que se hace desde la Coordinación o la Dirección del Bachillerato, tú, doctor, pues. No vemos por qué se considera de segunda clase esta materia tan importante, debería incluso ser obligatoria. No podemos contribuir a que las autoridades hagan con los programas lo que se les ocurra. Deben quedar en manos de los profesores. Geografía está siendo atacada, porque cada año disminuyen los alumnos y los grupos, es nuestra materia de trabajo que se encoge. Yo digo que el Director del Bachillerato dirige una maquinación contra esta materia, porque no aceptamos sus órdenes... Queremos respuestas claras.

—Noé, nadie impide la selección de Geografía. El Modelo Educativo del Colegio tiene materias optativas. Todos los años

Psicopedagogía desarrolla la campaña de presentación de las materias optativas con intervención de los profesores de las materias optativas. Con toda seriedad te digo que ninguna tiene ni preferencia ni veto. Los alumnos seleccionan a veces con criterios oscuros e inválidos, por ejemplo, que una materia es más difícil que otra, o que es aburrida. La comisión de Geografía debe hacer el diagnóstico fundamentado de su situación en el imaginario del alumnado. Seguramente encontrarán problemas, si son también claros. Respuesta clara.

—Su respuesta, doctor, dice lo que ya sabemos. Queremos que nos de la seguridad de que apoyarán la materia, para que no desaparezca.

—La tienen. Estoy convencido de que la Geografía moderna, multidisciplinaria, es atractiva. Contribuye a la comprensión de numerosos acontecimientos históricos y explica conflictos y sus resultados, por ejemplo. Veamos cómo comunicamos esta mirada a los alumnos. Propongan mecanismos. En otra reunión, no es aquí el momento, los analizamos juntos y los trabajamos. Continúo mi exposición. Después de la discusión de los problemas curriculares de cada materia, vendrá el momento de las propuestas de solución que pueden referirse a los contenidos, pero también a la formación de los profesores, a los apoyos académicos, a cualquier aspecto que influya en el aprendizaje. El resultado deberán ser no solo nuevos programas institucionales obligatorios para todos los profesores de los cinco Planteles, sino una docencia renovada en todas sus interacciones. Hay que avanzar a tener un Colegio único y no cinco planteles cobijados bajo el nombre del Colegio, aunque no enseñen lo mismo. En la situación actual, exagerando, lo reconozco, puede llegar a decirse que los diplomas de bachillerato del CCH son cinco, porque no se aprende lo mismo en todos los Planteles. No podemos seguir así. Vamos a mejorar y a unificar los programas. No hay el cinco *Colegios*, como dicen



expresiones en uso que inducen a error, sino un Colegio con cinco Planteles. El CCH es uno. Los que hablan de “los colegios de Ciencias y Humanidades”, disparatan.

“Y no olviden que no están en juego únicamente los programas, sino las carreras que deben haber terminado los profesores para enseñar cada materia, la formación continua, la organización del trabajo académico. Hay que reformar la vida del Colegio para que sostenga la enseñanza de programas mejores siguiendo su propio proyecto educativo”.

—Buenas vacaciones de fin de año. Un Goya”.

—**D**ebe ser un picadero. Habíamos salido de la Hacienda de Cortés, David y yo, para despejarnos de las discusiones repetitivas en las que el Director de Azcapotzalco intentaba desengañar a David, según su ilusión de demostrar cuán mal estaba dirigiendo yo la revisión del Plan de Estudios y de los programas del Colegio. Siempre de manera sesgada, sin afirmaciones irreversibles, pero repetidas y huecas. Dos directores de ese Plantel intentaron lo mismo, cada uno a su tiempo y modo, pero el segundo, en aquel año de 94 era más truculento y turbio en sus intervenciones. Por algo resultó aliado del funcionario de Rectoría que pretendía tener contactos sólidos y capacidad de manejar por lo menos al grupo de Higinio Muñoz, que pocos años más tarde simplemente desapareció del orden de batalla de la supuesta izquierda manejada por mandos solapados de Gobernación. Alguna otra institución educativa debe haberlo encontrado de pronto y sin inscripción entre sus “alumnos”.

Nunca conocí la naturaleza verdadera del orden de batalla que enfrentaba la línea de fuego del Colegio, seguro de Gobernación, carajo, lo que no significa que personalmente el Secretario se haya hecho cargo de “equilibrar” la línea progresista del Colegio, que mantenía unidas la legislación institucional y sus formas democráticas de relación irrepetibles, difícil de

manejar con los instrumentos tradicionales de ofrecer plazas, porque exigíamos concursos ni de designar funcionarios cobrando ventajas o alianzas, porque habían surgido del trabajo en las academias. No ignoro ni intento disimular que hubo distorsiones. Quedaban los porros y otros grupos, los peores, de izquierda violenta contra los que batallábamos por los cubículos que exigían, tomaban a veces y los sacábamos en la tarde y sellábamos los espacios. Las tropas turbulentas de los activistas de ningún partido se desplegaban en desorden, pero eran pertinaces y llamativamente cargada de un odio a veces real, otras teatralizado, hacia las autoridades del Colegio y de los Planteles, curiosamente en unos sí y en otros no. Había quien había encontrado santo al cual acogerse, y ángeles custodios enviados y decisivos en las cuestiones que podrían lastimarlos.

—Es un picadero —repitió David tras un escrutinio que sabía dirigir a los puntos decisivos de la casa entreabierta cuyo frente recorríamos.

Yo aprendí ahí, por suposición, lo que podría ser un picadero. El sol de Cuernavaca no era tan feroz como se volvió el de la Ciudad de México a finales del segundo decenio del siglo. Nuestras pláticas eran directas y distendidas, coincidíamos en las grandes líneas, pero no en todas las cercanías. Cada quien en sus alianzas lanza los manifiestos de su política. De cualquier manera, nunca nos pareció pertinente discutir si valía la pena hacer caso de A o de B. Contaba más la larga amistad de los años en que coincidimos en la Maison du Mexique, de la Cité Universitaire de Paris, a la que dotamos de un Reglamento de Cogobierno, que redactó David, aunque 20 años después, ante los reclamos de la Directora de la Casa, me culpaba de haberlo inducido al error. Para nada, yo habré presidido las asambleas, pero no decidía solo, simplemente buscábamos tener una palabra que decir en las condiciones de la convivencia estudiantil de los mexicanos en Paris, sin que el Embajador nos llamara

por segunda vez para regañarnos y amenazar con hacernos volver de inmediato a México. A Alicia, a José Luis Huerta y a Rubén Aguirre también les tocó la reprimenda. Rubén luego fue Subsecretario de Hacienda.

—¿Cómo ves el desarrollo de la revisión del Plan de Estudios?

—Yo sí he seguido con atención, faltaba más, es lo más importante que el Colegio trae en las manos hoy. Creo que estás dando pasos atrevidos y a lo mejor nos topamos luego con los muy altos niveles de la elite universitaria, que no acaba de ser tradicionalista y anquilosada. Estamos suprimiendo dos turnos, aumentando las clases a más de 20 horas, 27 ó 28 máximo, si no me equivoco.

—No, es exacto, 28 en los semestres 3 y 4.

—Bueno, estoy oyendo, antes de que hablen, a los *progresistas* —lo dijo con cursivas— que dirán que cerramos la puerta del Bachillerato de avanzada de la UNAM a los trabajadores. Aunque creo que trabajadores con contrato formal no hay muchos, ¿Cuatro por ciento?

—Algo así. Además, podemos ofrecer a quien lo pida un turno mixto, con los grupos que haga falta, de las 17 a las 20 horas. Hay manera de acomodarlos. Lo anunciamos, si verificamos que existe demanda, les abrimos un turno mixto. Por supuesto es una aportación del Colegio atender a trabajadores, pero ya no hay el 17% del primer año. Creo que la idea es correcta, pero me he ido convenciendo de que la imagen de los posibles alumnos del Colegio que tenía el equipo de Rectoría en 1971 hoy es inexacta.

—Es posible, el Rector era sociólogo y humanista, con ideas de avanzada. Yo estuve en el proyecto de Nueva Universidad, con Roger Díaz de Cossío. Javier Palencia también trabajó ahí y otros amigos. Imaginamos muchas posibilidades atrevidas y de avanzada, pero faltó una dosis de realismo y de conocimientos digamos científico de la realidad social de la población a la que

destinábamos las licenciaturas y el Bachillerato que estábamos inventando. Lo mejor fue que por lo menos se salvó el Colegio, a donde fueron a parar una buena cantidad de las invenciones y sueños, éramos idealistas seguramente.

—Yo digo que en la creación del Colegio los autores de los documentos que aprobó el Consejo Universitario en 71 pensaban en alumnos clasemedieros netos, más hijos de profesionistas que los que realmente se inscribieron, avezados en conversaciones en un español no diré académico, pero tampoco aprendido exclusivamente en Radio 620 “La Pantera”, sino extendido a temas de difusión de la ciencia y la literatura y capaces de situar en un globo terráqueo imaginario Nigeria, Kuwait, y por supuesto los países de América Latina y de Europa del telón de Acero para acá. Bueno, con la Secundaria, que funciona como sabemos, no puedes tener grandes esperanzas de todo esto, pero los creadores inmediatos de 1971 no miraron con realismo la población que llegaría al CCH. A decir verdad, nadie lo podía saber tal vez. Los libros en sus casas son los libros de texto únicos de primaria y los de secundaria, además de *Notitas musicales* de las mamás y las hermanas y seguramente *Derrota mundial* de Borrego heredado del abuelo. O poco más. Estudian en el comedor, donde suele estar la tele o por lo menos su sonido que llega de la estancia inmediata, o en sus cuartos compartidos. Las modificaciones tienden a tomar en serio que los alumnos necesitan más de lo que suponíamos en 1971 y que hay que ofrecérselo ahora en el único sitio alternativo real, el Plantel. Por eso más horas de grupo. Pero no de rollo del profesor, sino de trabajo de los alumnos. Que se inicien prácticamente en el trabajo antes de emprenderlo por su cuenta solos.

—Estoy de acuerdo, seguramente vamos a tener que hilar fino para seguir contando con las simpatías de los González Casanova, del Rector Sarukhán, del grupo de Carpizo, aunque ahora ande incursionando en Derechos Humanos y en el Gobierno Federal.

—Creo que la reforma es certera en lo esencial, aunque ha surgido una tendencia fundamentalista en una parte de la izquierda de los profesores del Colegio. No puedo evitar una cierta sorpresa de toparme con que los que siempre se han dicho de avanzada y comprometidos con el cambio, cuando les propones modificar algo del Plan de Estudios, se apegan a la tradición, con poco análisis e incapacidad de inventiva. De todos modos, la tendencia no existe en el Consejo de la Unidad Académica del Ciclo de Bachillerato. Tampoco habrá objeciones en el Consejo Académico del Bachillerato. Lo que más puede llamar a la resistencia, es la eliminación de dos turnos y la consiguiente disminución de la matrícula, porque aparece la mirada social. Pero necesitamos descongestionar el Colegio, estamos trabajando hasta el último metro cuadrado donde cabe una silla, no necesariamente una mesa para apoyarse.

Volvimos sin prisa hacia la Hacienda para seguir analizando los puntos del programa. Desde la gestión de Fernando, a mediados de 1974 hasta el primer decenio del Colegio, con buena fortuna en la mayor parte de las foráneas, los responsables de la dirección del Colegio fuimos convocados para discutir la orientación que vendría enseguida, en la docencia y la regulación del trabajo académico. Dos veces en Atlahuetzía de la CFE, en La Trinidad, antigua fábrica de textiles en Puebla; otra fábrica semejante en Atlixco; Oaxtepec, Cuernavaca, Sumiya, la hacienda de San José de Gracia, Villa Béjar, junto al lago artificial de Tenango.

La revisión y actualización del Plan de Estudios estaba en la segunda fase, tras la revisión por Área para inventariar y analizar los problemas curriculares, es decir, los aprendizajes propuestos en los programas en su interacción con todos los aspectos del funcionamiento de los Planteles que, a juicio de las comisiones de profesores, influían en su aplicación. Las comisiones recorrieron así los tiempos dedicados a cada materia, la formación

anterior de los alumnos, y sus deficiencias, la formación académica y pedagógica de los profesores, los apoyos al aprendizaje en Bibliotecas y Laboratorios, el funcionamiento concreto de la docencia con las peculiaridades de cada Área, la evaluación.

Luego los resultados se publicaron en una serie de Cuadernillos, primero de media hoja carta, luego de plana entera, por el color de la pasta conocidos de inmediato como los Cuadernillos Verdes, en los que se sometió al juicio crítico de las academias y de cada profesor las propuestas de las Comisiones, que recogieron las opiniones y tomaron en cuenta sus críticas y propuestas. Nueva publicación, nuevo recorrido de ida y vuelta, textos finales publicados en los Cuadernillos Verdes ya sólidamente denominados, con números de la tercera decena, hasta el 101 final.

Había seguido la revisión de los programas a cargo de nuevas comisiones de profesores experimentados, obligados a informar a sus Áreas locales. Primera versión, entrega de cuadernillos con firma de recibido a cada profesor, opiniones y propuestas, nuevas versiones. Las Comisiones se reunieron con las academias para recibir ideas, cierto, pero sobre todo para percibir las actitudes ante los cambios. Había remilgos de desconfianza, pero predominaba la colaboración.

En Historia el debate alcanzó los más altos niveles y las discusiones fueron enconadas. Al fin de cuentas se trataba de renunciar, sin decirlo ni pretenderlo, a la *doctrina única*, el marxismo, aunque el Muro había sido derribado y la antigua Unión Soviética quedó desmembrada en las repúblicas que ya habían sido, sin serlo, porque sobre sus constituciones dominaba el Comité Central del Partido Comunista de la URSS, el PCUS, y su Secretario General y primer ministro.

Pero Mao seguía pesando y muchos profesores estaban convencidos de que renunciar a la única teoría de la Historia, el Marxismo, equivalía a una traición confusa a los explotados.

Sin embargo, los cambios eran evidentes y muchos habían comenzado a leer a los autores de la Escuela de los Annales y mantenían sus puntos de vista.

La batalla terminó en un armisticio silencioso, cada quien podía mantener su visión de la historia, para eso había libertad de cátedra, pero no imponer una doctrina a sus alumnos.

A pesar del encono, y el monto de la apuesta, el Área mostró cuánto había recorrido hacia la madurez académica. No hubo rencores insalvables, acaso tampoco nuevas simpatías entre opositores. Sin embargo, la Comisión no tuvo tiempo de repensar las estrategias de docencia y se encontró con sesiones de dos horas seguidas de trabajo en grupo escolar, con profesores acostumbrados a sus interminables discursos o a delegarlos a los alumnos en intervenciones no menos prolongadas.

La resistencia de los alumnos a tanta exposición se puso a prueba. Resultó un retroceso sensible en la acreditación. Materia de resultados normales, Historia de pronto fue más allá de las demás materias en no acreditados, apenas sin alcanzar a destronar a Matemáticas.

En 1994, Comisiones de las materias optativas de 5° y 6° semestres siguieron el mismo itinerario sin obstáculos insalvables. Intenté introducir el Náhuatl como materia optativa, pero tuve el veto inmediato del Coordinador y abandoné el proyecto. Para mí eran Latín, Griego y Náhuatl, en vez del Hebreo del Renacimiento.

Pero estoy olvidando la sesión vespertina de la foránea de Directores de Villa de Cortés, que debía seguir a mi paseo con David por los alrededores.

Andrés estaba en contra de mi conducción del proceso. Decía no comprender mi errónea línea de conducta que llevaría a la confusión. Expliqué por qué no habíamos comenzado el proceso por la revisión sin más del Plan de Estudios, sino por el reconocimiento de los problemas curriculares, de cuyos resultados se



había podido determinar las modificaciones que los evitaran. El trabajo estaba concluido, tras dos, dos consultas de propuestas entregadas en textos completos, los Cuadernillos Verdes, a cada profesor. Si alguien no los había recibido, era responsabilidad de los Directores, porque recibieron listas y materiales suficientes para cada profesor y constaban las listas de las entregas.

Por otra parte, quedaba claro que los profesores podían hablar más y con mayor fundamento de las materias, que conocían a fondo y de primera mano por su docencia, que del Plan de Estudios o del proyecto del Colegio. Compartían un conocimiento general, pero pocas ideas acerca de las reformas y sus justificaciones. Por lo mismo habían quedado para una última etapa, que ya comenzaba, cuando la larga reflexión sobre los programas y la asimilación del enfoque curricular habían contribuido a hacer madurar la visión comunitaria sobre el Plan de Estudios.

No hubo réplicas, sin que se impidieran. David me instó a continuar, a mantener una información sin interrupción con la Junta de Directores y a terminar pronto, sin apresuramiento, el proceso que estaba en su cuarto año. La Dirección de la Unidad Académica del Ciclo de Bachillerato se haría cargo de la formación de los profesores para hacerse cargo de los cambios, muchos, de los nuevos programas.

Juliana

*“Estuve esta mañana en una sesión convocada por Jaime Martuscelli. Estábamos las Facultades Madres del Colegio, nosotros, Ciencias, Químicas, Ciencias Políticas, los directores, claro, era como revivir el original Consejo del Colegio de Ciencias y Humanidades, al que no me tocó asistir, fue en tiempos de Ricardo Guerra, se quejaba pero se divertía contando sus intervenciones rodeado, “acosado” decía el, de profesores del Colegio que, en una especie de coro de tragedia griega, quizá contado de nuevo por Woody Allen, lo acusaban de mentir, eran un caso. Lo contaba Guerra. Ahora, desde 92 el Bachillerato del CCH tiene su propio Consejo Técnico, aunque no es una escuela nacional, pero por su tamaño necesita un Consejo que trate los innumerables trámites de concursos, programas, y últimamente la revisión del Plan de Estudios. Asistieron también los Coordinadores de la Investigación Científica y de Humanidades, Humberto Muñoz, tu Coordinador de Humanidades y Gerardo, que acaba de regresar de Viena del organismo de la ONU que regula, en realidad trata de impedir el uso bélico de las armas atómicas. Por favor, abre la ventana del fondo para ver el Tepozteco, me encanta la luz anaranjada de algunas tardes, no todas, lo bello se revela caprichosamente según lo deciden dioses volubles. Cuando Dios quiere, decía de niña, y me imaginaba a Dios extendiendo la*

*mano y acomodando nubes y luces. La infancia tiene mucho de religión, luego no la pierdes del todo, porque la Filosofía es búsqueda de la verdad y el Evangelio dice que, si la buscamos, soy filósofa, la encontraremos. En otro pasaje, promete que la verdad nos hará libres.*

*“Bueno, vuelvo a mi mañana de hoy en CU. La Preparatoria no se presentó, imagino que les resulta incómodo ver que el CCH, con la fama que tiene de rebelde y tenaz, ellos dicen “terco” y se enorgullecen sonrientes, ha terminado una revisión en tres años y medio, con programas nuevos y ellos llevan 15 años en un intento que no avanza, pero sí estorba. El Colegio ha tenido desde 89 seis años en la Coordinación General y la Dirección de la UACB profesores decididos. Hoy tiene un Coordinador que te mira de frente, con amabilidad, pero con respeto, lo siento ligeramente formal. El Director del Bachillerato es el padre de Rodrigo, el consejero suplente que asiste siempre a las sesiones de nuestro Consejo Técnico y no deja de intervenir y mantener sus puntos de vista, a sus 22 años, mejor que los profesores, bueno, mejor que muchos de estos. El papá enseña en nuestro Posgrado, empecé a tratarlo, porque me preguntó si Rodrigo no me daba mucha lata en las sesiones, qué le habrá contado. Desde entonces llegamos de inmediato al beso de encuentro y de despedida, es burlón y, cuando se suelta, le brillan los ojos como si estuviera jugando, pero me pregunta sobre el desarrollo de la Facultad en serio y yo le respondo con cuidado, porque las cuestiones tienen fondo y obviamente yo solo soy la Directora y no la vocera de la Facultad.*

*“Me acomodo, porque la reseña, no te contentas con menos, será larga. Carmen, ya se nos enfrió el café. Busca también unas galletas, de las que traje envueltas para regalo. Gracias. En fin, resulta que el Rector, imagino que le llegaron informes sobre el disgusto de algunos profesores por los nuevos programas. Se le ocurrió, o le aconsejaron, porque como sabes muy bien, es*

*un científico y no le gusta la politiquería, la grilla, como dicen ustedes los jóvenes, a los 35 uno es joven, permíteme incluirte, le sugirieron que pidiera la opinión de Pablo González Casanova, que ahora dirige un Centro Interdisciplinario, en la Torre de Humanidades 2. Pablo debe haber sentido que volvía a 1971, cuando era Rector, y en tres días presentó no un juicio sobre la propuesta, sino otra completamente distinta. El Rector Sarukhán se alarmó, tironeado entre el compromiso que había adquirido sin necesidad con Pablo y el Colegio, que se imaginaba seguramente levantado en armas. Nos convocó para resolver el problema. En fin, me pasé la mañana en el Auditorio de la nueva Facultad de Ciencias con los Directores y Coordinadores en el escenario y las autoridades del Colegio en primera fila, pero no se sentía distancia, espero que ellos coincidan con esta sensación mía, estaban serenos y tranquilos, pero sopesaban los argumentos, casi veías las balanzas.*

*“Nos presentaron el proyecto de Plan de Estudios Actualizado, con cambios que no dejan de inquietarme en Historia. Pretenden comenzar Historia Universal, o su equivalente aproximativo, en el Renacimiento y el surgimiento de la burguesía de negocios, para llegar a la Revolución Industrial y hasta la Guerra Fría. Me planté abiertamente: deben incluir las aportaciones de la Antigüedad Griega y Romana, y tratar la Edad Media, no es posible comprender nuestra cultura sin el recorrido de Aristóteles a Nicol, por lo menos para la Facultad. Si apoyamos al Colegio es para que sus programas sean coherentes y generadores de una cultura sólida y no sólo del Ripalda, a ti no debe haberte tocado, a mi sí, era un viejo librito de preparación para la primera comunión, que seguramente te ahorraste, bueno, el catecismo indispensable para que el marxismo medio se esclarezca con las teorías de la Historia, por cierto tienen una materia que se llama así, y debería ocuparse de eso, de Teoría de la Historia, ni más ni menos. La atacamos Humberto y yo. Creo que la van a pasar a las materias optativas. Harán bien.*

*“El Colegio aceptó las críticas y aseguro que llenarán los huecos que señalé. Lo aceptaron con seriedad, y lo cumplirán, fue un compromiso. Es la diferencia con el Colegio, por así decirlo, primitivo. O inicial. Ahora discuten y argumentan, no se rinden, pero comprenden lo que es académicamente posible en esta Universidad. De ahí en adelante me sentí que formaba parte del Colegio y que habían ganado mi voto”.*

### **Humberto**

*“Me interesó mucho el Nuevo Plan de Estudios, que el Colegio denomina “Actualizado”. Da lo mismo. Aumentaron las horas sin perder el equilibrio entre Ciencias y Humanidades. Toman en serio su tarea los modificadores del inicial, digamos, Colegio de Ciencias y Humanidades. Con el Director del Bachillerato he coincidido un par de veces en Perisur, en la cafetería de Sanborns y platicamos a gusto. Siempre trae ideas en la cabeza, no sé si luego las pone en práctica todas, porque suelen ser muchas, pero las discutimos y le suelto algunos rollos que pretendo los convierta en acciones. No me gustan dos puntos del sector de Humanidades: que hayan suprimido la Historia de la Antigüedad, mutila una visión de nuestra cultura, al fin de cuentas desde el comienzo de México, 10 años después de 1521 los frailes y los hijos de los caciques aztecas comenzaron a ocuparse del latín y del griego y en pocos años estaban a la altura de Salamanca, no es poca cosa, pero en el México actual no nos enorgullecemos de lo que no sea la Revolución Mexicana. Es una pendejada. Claro, el propósito de aligerar es comenzar por las raíces próximas del surgimiento del Capitalismo, para oponerlo dialécticamente, como dicen los profesores del Colegio, al Socialismo y que los alumnos se den cuenta de que el Imperialismo, fase final del Capitalismo, ha comenzado. Aunque la caída del Muro y la reunificación alemana, que Mitterrand aceptó con cara de esfinge, pero dispuesto a mantener la amistad con Alemania, y con Kohl, como cuando se tomaron de la*

*mano en un homenaje a los caídos de ambas naciones en la última, ¿será?, Guerra Mundial. Bueno, no quiero extenderme. Coincidió con Juliana también en que Teoría de la Historia es una materia como de posgrado de Historia o de Ciencias Políticas, no de Bachillerato de chamacos de clase media baja. No pienso que no sean inteligentes, pero sí que en sus casas no hay más libros que los escolares y alguna novela de Bárbara Cartland, además del Libro Vaquero, faltaba más. Los funcionarios del Colegio nunca perdieron la serenidad, aunque se enfrentaban, interpuso Jaime Martuscelli, por pura forma, me imagino, a su fundador, al que respetan sinceramente y admiran. No estaban de acuerdo con la propuesta de Pablo, por cierto, tiene su cubículo en mi Instituto, además de las oficinas del Centro de Estudios Interdisciplinarios de Humanidades y Ciencias”.*

**Alfonso**

*“Me llamó el Rector. Cinco minutos para entregarme un documento e instrucciones. Algo así como una dosis de veneno y su modo de empleo. Un documento de don Pablo con un plan de estudios completamente diferente del que hemos terminado. No lo vas a creer. Mira, página cinco. “Materias optativas” en el primer semestre, en el primero sí. “Sociología de la Cultura”, “Método Científico en Estudios Ambientales”, luego, página seis, “Estadística como instrumento de investigación”, “Escuelas sociológicas en el siglo xx”, hay que descontar las dos Guerras, me imagino. Es una sonsera, con perdón, pero no podemos aceptarlo, aunque se trate del mismo don Pablo. Más bien, diría, que no es el mismo don Pablo, sino otro, quizá alguno de sus investigadores al que encargó que lo trabajara, indicándole de qué se trataba y orientándolo con dos o tres ideas que en ese momento se le ocurrieron. O está perdiendo memoria. Se le olvidó que los alumnos de primer semestre no saben nada de nada o por lo menos no podrán elegir materias optativas viniendo directamente de Secundaria. Además, ¿con qué criterios? ¿Así a la*

*ocurrencia? “Cruza el círculo a la izquierda de las tres materias que elijas”. ” ¿Qué de qué tratan?”. “Mira, no sé ni el profesor que está delante del salón tampoco sabe, acaban de traer los cuestionarios y nadie tiene idea. En la Dirección de la UACB están tratando de editar los programas, pero hoy debe hacerse la inscripción”. ¿O no? Yo creo que el Rector se metió en un lío, porque hemos terminado por quedar enfrentados con don Pablo y ni buscamos la discusión con él ni nos gustará tenerla. Además, él nunca participó en la revisión. Si acaso la conoció, si leyó las cien páginas del Cuadernillo Verde 100. De modo que hay que rechazar de plano la propuesta. Echa a la basura cuatro años de trabajo y tres y medio de participación comunitaria, los cursos de actualización de cientos de profesores, más de mil. Ni hablar. No podemos perder todo este trabajo y quedar como sometidos a cualquier sabio por más reconocido que sea. La única instancia obligatoria es el Consejo del Bachillerato, que no va a revisar sino a refrendar y a apoyar, ya lo sabes”.*

### **El narrador**

—Me alegra que adelantes en tu doctorado, Íñigo. Quiero contarte la discusión de la mañana de ayer sobre la actualización del Plan de Estudios. Por favor, abre la ventana del fondo para ver el perfil del Pico del Águila. Los pinos del fondo se alzarán y cubrirán esta mirada ávida de que disponemos, porque su padre el gran pino, lástima que los pinos no tengan entendimiento, es enorme. Los pinos crecerían hasta el cielo, si sus raíces llegaran al fondo de la tierra, hasta la corriente subterránea que los mantiene irrigados todo el año.

“El anfiteatro de Ciencias estaba, como podía esperarse, vacío, con un semicírculo de sillas en el foro, iluminado como si fuera a celebrarse la entrega de medallas Alfonso Caso. Los Directores de las Facultades Madres y los Coordinadores de Ciencias y de Humanidades, encabezados por Jaime Martuscelli, felizmente

Secretario General de la UNAM. Nos sentamos en la primera fila de butacas, Alfonso como Coordinador del Consejo Académico del Bachillerato en el Centro, a su derecha el “Coordinador del Rector”, que no había escrito ni media línea del Plan de Estudios Actualizado, yo a la izquierda y junto a mí la Secretaria General del Colegio, con la que no me entiendo bien a veces, sin que hayamos alzado la voz nunca, pero con quien se puede discutir y negociar con el modelo de “ambos ganan”. Tienes razón, se dice “gana-gana”. Por de pronto estaba separada del Coordinador, su jefe inmediato, y no podría aconsejarlo ni ofrecerle ideas académicas. Divide y vencerás, aunque nosotros no habíamos dividido nada, ellos se equivocaron en el plan de batalla. No lo tenían. Simplemente el Coordinador estaba dispuesto a aceptar una imposible mitad de las extravagancias de la otra propuesta, porque un Plan de Estudios no se parece a un pay de limón.

“No había leído el documento de don Pablo, pero tenía una idea exacta de sus divergencias con nuestra Propuesta de Plan de Estudios Actualizado. Estaba seguro de tener razón. No me alegraba la idea de enfrentarme, Comité Directivo del Colegio interpuesto, con el creador del Colegio, pero no lo temía. Al fin de cuentas sí, la UNAM aprobó el proyecto del Colegio, aunque luego en 1974 nos arrebató las nuevas ENEP, nuestras licenciaturas en teoría, sin acordarse voluntariamente del Proyecto del Colegio, que también había aprobado el Consejo Universitario y nunca reconsiderado, pero trataban de evitar que crecieran las posibilidades de transformación enraizadas en los profesores del Colegio. En 74 el Rector ya no era don Pablo y los directores no querían que las carreras de sus escuelas y facultades se vieran duplicadas, más de una rebasada y sobre todo en manos de profesores seguramente menos dóciles y respetuosos, en parte entrenados en 68 en múltiples reclamos y demandas. Estaríamos, pues, frente a nuestro fundador, a quien citábamos siempre para



dirimir nuestras disputas sobre cómo crear un Bachillerato de innovación para el país.

Pero ahora, que fue ayer, estoy sentado en la primera fila de butacas del anfiteatro de Ciencias, al lado de Alfonso, al lado de Frida y don Pablo no está. Mejor. Podíamos discutir sin temor a ofenderlo.

El Secretario General refirió el error del Rector, por supuesto no empleó esta palabra, más sencillamente señaló que había dos propuestas, que todos los presentes conocían y el Rector lo había comisionado para preguntar pareceres y razones.

“El Coordinador del Rector” pareció querer tomar la palabra, pero titubeó y Alfonso, sin pedirla, comenzó. El aleteo de una mariposa en el Amazonas provoca un ciclón en el Caribe o en Carolina del Sur. Y la Historia toma otros derroteros. “Tiene la palabra el Coordinador del Consejo del Bachillerato, Alfonso, comienza”, se apresuró a señalar Jaime y se quitó de encima la preocupación de tener que inaugurar alguna especie de análisis. Todos se mostraron atentos. Alfonso narró cómo habíamos llegado al documento del Cuadernillo Verde 100. Una etapa de diagnóstico de los problemas de cada Área a cargo de comisiones de profesores de todos los Planteles, la publicación de las conclusiones, un cuadernillo verde para cada profesor, sin excepción y con firma de recibido, el enfoque curricular, listas razonadas de problemas de aprendizaje no resueltos; luego la revisión de los primeros documentos para establecer los problemas que debíamos resolver. La creación de los nuevos programas en comisiones de profesores y dos vueltas de propuesta, revisión comunitaria, discusiones en todos los Planteles con las comisiones, nueva publicación con correcciones y nuevas observaciones, cada vez menos. La formación de los profesores, ya organizada para junio que estaba encima, para todas las áreas, en las innovaciones y eliminación de atrasos disciplinarios amontonados en los más de 20 años de vida del Colegio.

Fue un momento decisivo, pero solo Alfonso y yo lo supimos. Jorge estaba dispuesto a rendirse y proponer algo tan absurdo como un Plan de Estudios monstruoso, que fuera mitad y mitad, una de don Pablo, la otra de nosotros. Pero tardó en hablar y bastó la intervención de Alfonso para manifestar la voluntad del Colegio. Vi cómo Jaime se iba relajando, según la explicación de Alfonso avanzaba. Sin duda se daba cuenta de que el Colegio no cedería, no solo porque seamos tercetos, sino porque teníamos razón y podíamos exponerla donde fuera necesario. Por el contrario, congelar el trabajo de más de doscientos profesores de todas las Áreas, materias y semestres, y además con toda probabilidad entre los mejores de la planta docente, trabajos publicados y, podía pensarse, conocidos de todos los profesores del Colegio sin levantamientos, dejaría la renovación atorada, sin otra explicación que el respeto a la opinión improvisada de nuestro fundador, contradictoria con el Plan de Estudios original en varios puntos (materias optativas solo en las dos últimos semestres), mientras el nuestro celosamente le era fiel, aunque lo cambiaba en aspectos importantes manteniendo su identidad como un milagro... La Directora de Filosofía, tu Facultad, me sonrió levemente. Me serví otra taza de café.

—Humberto Muñoz, el papá de Luis Humberto, de tu edad o de los años de Álvaro, nos apoyó en seguida—. *“No hay razón para ignorar el trabajo académico colegiado y responsable de la comunidad del Colegio con un estilo que pocas escuelas de la UNAM podrían adoptar. Revisión no de expertos, sino de profesores, sin un solo incidente de rechazo en cuatro años de trabajo. Lo correcto es tomar la propuesta del Colegio, eso sí, quitar Teoría de la Historia, por pretenciosa, aunque por supuesto no era esa la intención del Colegio, pero objetivamente el tema es para un posgrado y no para el Bachillerato”*. Terminó felicitándonos.

Siguieron el Director de Ciencias quien subrayó como un acierto la supresión de la materia de Método Científico Expe-

rimental. “No hay un método científico (Acento retórico en un). Eso no existe, excepto en el papel. Y en el Plan de Estudios del Colegio, que ahora en la actualización lo ha suprimido. Los científicos abordan cada problema recurriendo a lo que ya está establecido y buscando como pueden dar solidez a pruebas coherentes con la naturaleza del problema. Ahora bien, los problemas científicos no son homogéneos. No se abordan todos de la misma manera. Al contrario, hay que entrenar a los alumnos en la investigación y hacerlos adquirir flexibilidad e inventiva, no enseñarlos a repetir cinco frases como las que he oído alguna vez en los Planteles: problema, datos, hipótesis, observación o experimentación, prueba, o algo así. Me hubieran reprobado en Método Científico en el Colegio. Hay que terminar el proceso, ha sido llevado con madurez comunitaria de la que la Universidad puede sentirse orgullosa. Es la prueba de que el Colegio vive, piensa y puede discutir cuatro años sin pelearse. Opino que digamos esto al Rector: Deja que el Colegio termine lo que ha estado haciendo”.

El Coordinador del Colegio perdió su calidad de “Coordinador del Rector”, porque no se atrevió a proponer la división del plan de estudio en mitades, una para cada parte. Frida, su Secretaria General, me susurró al oído: “Jorge habla, porque no sabe cuán difícil es llegar a ciertos acuerdos. ¿Recuerdas nuestra discusión de tres días enteros sobre los programas de Talleres? Ya perdió”.

Frida puede tener otros defectos, pero no la falta de oportunidad. Me sonreía abiertamente, tras una pantalla de carpetas. Teníamos de nuestro lado a la última aliada, si de verdad lo fue en algún momento, que le quedaba al Coordinador, quien proseguía una confusa intervención sin argumentos en favor de la propuesta de Don Pablo, pero agradeciendo al Rector, faltaba más, que había querido enriquecer el Plan de Estudios del Colegio con nuevas aportaciones de su fundador.

Sí, claro, pero de ninguna manera introduciendo la contradicción y la ocurrencia en un documento terminado, mejorable sin duda, pero con toda seguridad suficiente para orientar el aprendizaje de los alumnos, y el camino hacia su autonomía cultural.

Estábamos del otro lado. Hablaron los que faltaban sin ninguna voz discrepante. El Coordinador de la Investigación Científica, que vuelve de un periodo en no sé qué Comisión de Energía Nuclear, en Viena, si no me equivoco. Teníamos un proyecto que había atravesado los ámbitos de quienes fueron nuestras Facultades Madres y ahora nos empujaban de nuevo, sin que lo hubiéramos pedido, simplemente porque no habíamos tenido tiempo de hacerlo. Razón de más para estar seguros de que teníamos razón”.

Hoy ya en 2025, otro siglo que no recuerda “en dónde están las nieves de antaño”, hace casi 30 años de esa mañana de abril y del anfiteatro iluminado para la representación de un espectáculo en que la inteligencia, que era invisible, pero al mismo tiempo claramente audible, se manifestó en favor del Colegio.

He pensado muchas veces que fue entonces, nosotros tres, dos creadores de la propuesta, con la comunidad a nuestro lado, Frida también de alguna manera, terminamos nuestro Edipo académico y universitario. Nos portamos como humanos capaces de enfrentarse a su padre sin sentimientos agresivos, hablábamos con razonamientos sólidos, no temíamos, éramos claros y serios. No estaba todo el Colegio entero ahí, era imposible, pero lo llevábamos en nuestras palabras. Comenzó la madurez adulta del Colegio.

Me hice la ilusión de que nunca la perdería. Hoy está en juego su existencia. Si aceptaran el reto, podríamos discutir el tema en un anfiteatro de CU más grande que el de la nueva Facultad de Ciencias. Pero nunca lo harán. Nos desprecian, y se equivocan, pero también nos temen, y aciertan. Porque nada hemos olvidado.

**E**l comité designado para la elaboración final del Plan de Estudios Actualizado, del que formaban parte Ricardo Sánchez, Secretario de nuestra Unidad de Posgrado, Javier Palencia, José Eduardo Robles, Jesús Salinas, precisó las grandes líneas del nuevo documento. La computadora del otro cubículo de la biblioteca de San Miguel Ajusco, hoy el recinto de cómics, revistas y las tres primeras letras de los libros de literatura, me sirvió para la redacción final. La intenté de un tirón siguiendo el esquema del Consejo Universitario y lo logré. Creo recordar que era marzo de 96.

Retomo algunos fragmentos de los capítulos iniciales como testimonio de la adhesión firme a las orientaciones fundamentales del Modelo Educativo del Colegio, que la Universidad, sin designarlo con ese nombre, adoptó en la sesión del Consejo Universitario del 26 de enero de 1971, precisamente para no crear más Planteles de la Escuela Nacional Preparatoria, sino para adoptar un modelo que hiciera a la Universidad cumplir mejor su misión. Eso escribió don Pablo en el documento de presentación de su proyecto y eso aprobó por unanimidad el Consejo Universitarios.

Pretender ahora, desechando más de 50 años de trabajo, creatividad y tenacidad, no digo aquí “terquedad”, para que nadie se haga la ilusión de menosprecio, de muchos centenares

de profesores, para recurrir a números seguros, o de que terminaremos por olvidar al Colegio y reducirlo a unas cuantas líneas genéricas de la historia de la UNAM, sería un abandono marcado por la arbitrariedad y la renuncia al respeto que la institución se debe a sí misma.

Basta leer el texto que sigue, para convencerse de la seriedad del compromiso universitario del Colegio.

Este relato no cita, recuerda. Pero en algunos casos refiere sus fuentes, cuando no encuentra mejor manera de traer a la memoria el curso del Colegio que los documentos institucionales. O los textos, de mucha menor valía, que corrieron con información de observadores designados, de estos a sus máquinas de escribir, en periodos subsecuentes a sus procesadores, y a los ojos de los licenciados o ingenieros que, según se les había ordenado, contarían con *información* para prevenir los peligros, imaginarios y mal fingidos, que les convenía achacar al Colegio, para simularse *defensores de la Universidad*. Nunca lo fueron. Solo merecen cursivas.

Una de las veces que Jaime Martuscelli fue candidato a Rector, le solicité que, cuando recibiera acusaciones de sus informantes, es un sustantivo convencional, que pusieran en entredicho nuestra fidelidad a la Universidad, no las aceptara sin haber hablado antes y abiertamente con nosotros. No fue Rector y el compromiso nunca llegó a cumplirse con otros que sí lo fueron.

Pero antes de transcribir la larga cita que resume la actualización del Plan de Estudios, siento el deber de enunciar con claridad las reflexiones que mantuvieron vivo y vigente el proyecto inicial del Colegio.

Lo primero fue que lo declaramos, no estábamos cambiando de rumbo, sino confirmando. Lo segundo, quedó más bien implícito, se refiere a la visión de los futuros alumnos del Colegio inexacta por optimismo que tuvieron los fundadores. Nuestros alumnos, obviamente hablo de preponderancias y no de totali-

dades, no han tenido una posesión de la lengua de la exactitud y amplitud que ser universitarios iniciales demanda. Hablaban el español familiar, hecho de excesivos silencios, referido a la vida cotidiana en la clase media y más en la media baja o francamente en un sector económica y socialmente deprimido. En sus casas no había libros que consultar ni hermanos que hubieran cursado el Bachillerato. Imaginaron los fundadores que el impulso de 20 horas de clase bastaría para que los adolescentes mexicanos, los únicos que había en nuestros Planteles y qué bueno, pudieran comenzar su ascenso.

En síntesis, los alumnos imaginados no se habían inscrito en el Colegio, sino preferían la Escuela Nacional Preparatoria, o lo hacían sus papás. Con el tiempo el desnivel cultural y social se acentuó y el Colegio, en el colmo Naucalpan, recibió durante decenios a los nuevos alumnos que obtenían los resultados menores en el examen de ingreso. Entre el ideal de trabajo rápidamente autónomo y los trabajosos esfuerzos de los adolescentes reales, inteligentes, cierto, y llenos de ambición, pero atados como resultados de las disparidades injustas del país, había barrancos que había que atravesar. En estas reflexiones arraigó la actualización del Plan de Estudios.

Aquí se trata de una cita textual tomada del Plan de Estudios Actualizado, 1996, Colegio de Ciencias y Humanidades, Unidad Académica del Ciclo de Bachillerato, UNAM, pp. 4-7.

***“REAFIRMACIÓN DE LO ESENCIAL DEL PLAN DE ESTUDIO VIGENTE***

*Desde el inicio de estos trabajos y a lo largo de ellos, la comunidad ha ofrecido una confirmación reiterada, reflexiva y unánime, del valor y vigencia de las concepciones del Bachillerato del Colegio y ha manifestado al mismo tiempo su convicción de la necesidad de corregir algunas de sus limitaciones evidentes y de construir las condiciones necesarias para su puesta en práctica general y efectiva.*

*Se trata por ello, en este documento, de ofrecer una propuesta de modificación y actualización del plan de estudios vigente, cuyas orientaciones esenciales se confirman, y de buscar una profunda puesta al día de sus programas, concebidos desde el primer momento no como temarios exhaustivos, sino como propuestas indicativas específicas para el desarrollo de habilidades académicas nítidamente identificadas para cada una de las asignaturas.*

*En consecuencia, se reiteran como puntos esenciales de la concepción del plan de estudios vigente y del proyecto educativo del Colegio:*

- 1. La caracterización de su bachillerato como un bachillerato universitario, propedéutico, general y único, que no exige opciones vocacionales prematuras e irreversible.*
- 2. La opción por un bachillerato de cultura básica.*
- 3. El consecuente reconocimiento del alumno como sujeto de la cultura y de su propia educación.*
- 4. La orientación del plan de estudios y de todas las actividades que rige, a facilitar que los educandos aprendan cómo se aprende, por lo que será primordial ofrecerles la posibilidad de repetir y asimilar conscientemente su propia experiencia de conocimiento.*

*Por ello, el Bachillerato del Colegio promoverá en sus egresados*

- La aptitud de reflexión metódica y rigurosa y las habilidades...para inquirir y adquirir la actitud propia del conocimiento científico...;*
  - Ordenar y calificar la información;*
  - La obtención de conocimientos básicos que los capaciten para estudios superiores.*
- 5. La afirmación de la institución como espacio de crecimiento en la libertad y en la responsabilidad; en el compromiso humanista, crítico y propositivo con el cambio social hacia*



*una mayor equidad; en el compromiso académico con el rigor de la ciencia y en el compromiso pedagógico con la participación de los alumnos, como ingredientes de la propia cultura básica.*

6. *Las aseveraciones de que la experiencia de aprendizaje más típica será la resolución de problemas y de que la sesión de trabajo fomentará la reflexión en común y buscará la síntesis colectiva e individual.*
7. *El papel del profesor como sujeto facilitador o auxiliar del proceso de aprendizaje, no como repetidor o mero instructor.*
8. *El diseño del plan de estudios según una matriz por área...*
9. *El acercamiento, a través de la organización por áreas, a planteamientos interdisciplinarios...”.*

A pesar de su brevedad, que por certera se llama concisión, en estas líneas está todo: el valor que el Colegio reconoce a su Modelo Educativo, recibido del Consejo Universitario, a la reflexión comunitaria, múltiple y a la vez unánime en lo importante, y al impulso para ir más allá.

Hoy se equivoca el rector y yerran sus consejeros, cuando piensan poder encontrar falsedades que nos hagan aparecer poco académicos, ignorantes, ajenos al espíritu universitario.

Piensan echarnos a la calle. No dejaremos de ocupar nuestro sitio en la lista de entidades docentes del Estatuto General. En el artículo siguiente al del elenco de instituciones docentes, un inciso nos atribuye el nombre que es el nuestro. Ya no hay proyecto global de Colegio, con la autonomía de las ENEP quedó clausurado en silencio. Pero nos llamamos oficialmente “Colegio de Ciencias y Humanidades”. Resumimos todavía en nuestro nombre la ambición de renovación de la Universidad.

**A** principios de julio de 1996, un puñado de los profesores de Oriente parecían decididos a parar la aprobación del Plan de Estudios Actualizados y sus programas en el Consejo Técnico de la Unidad Académica de Bachillerato del Colegio, la UACB. Se reunieron unos 20, acompañados de lugartenientes estudiantes, ante la puerta de la Coordinación que da al Circuito Escolar, y comenzaron a golpearla y a exigir a gritos entrar al Consejo para discutir en la sesión. El Reglamento dice que las sesiones del Consejo serán públicas hasta llenar los espacios disponibles. Ese día estaban todos los Consejeros, como siempre y algunos funcionario de la Comisión Técnica. No cabían visitantes sobre todo no anunciados. Los golpes acompañaron los gritos, con un par de intervalos para descansar, los profesores, sobre todo.

En la mesa de presidencia del Consejo me acordé del día en que el Rector Soberón visitó el Plantel Oriente. El aire de la mañana me refrescó de nuevo la cara, como si no hubiera estado una hora ya en la sesión extraordinaria para aprobar el Plan de Estudios Actualizado y los golpes en la puerta del Circuito Escolar hubieran terminado. En la mañana aquella, gris como todas las de Oriente por el aire insalubre de su zona popular de la Ciudad de México, un profesor de Matemáticas, curiosamente adscrito al Comité de Lucha de Derecho, no propiamente de

izquierda, pero de vocabulario político apropiado, comenzó a gritar “El Rector está aquí para dar posesión de Director a Coeto”. Las bardas de rostros de alumnos que llenaban las ventanas de los salones desaparecieron con la bajada desbocada de los estudiantes hacia la lateral de la Sala de Usos Múltiples. Comenzó la pedriza con grava más insultante que peligrosa. Pero este incidente que los dirigentes del Plantel borraron en cuanto pudieron, en una reunión de excusa y arrepentimiento con un Rector serio pero tranquilo dos horas más tarde, marcó, tras el error y el abuso, el fin de una época.

Pero estábamos terminando la sesión extraordinaria del Consejo y la aventura del rechazo del Rector en Oriente había sido más de 10 años antes. Los golpes en la puerta terminaron de pronto. Había un acuerdo, los profesores podían entrar. Era lo planeado. Dejé los recuerdos de Oriente para otro día.

La sala del Consejo se llenó sin alboroto. El Coordinador del Rector se había retirado prudentemente. Quedé al frente entre divertido y curioso. Todas las caras me eran conocidas. Poder mirar de frente siempre es una ventaja. Hablas con Javier, con Antonio, con Jorge, con María Eugenia, con Francisco. Es más simple y eficaz. Tratarse de frente modera. El Coordinador se había retirado a su oficina y me tocaba explicar las razones, mil veces discutidas en los cinco años anteriores con los mismos y con muchos otros, y lograr que, a los profesores, esa vez de Oriente, no se les ocurriera sobre la marcha atrincherarse en la sala del Consejo y “tomarla”, añadir tal vez una “huelga de hambre”, solamente periodística, con cenas solapadas de tamales en “lo oscuroito”. En una huelga análoga y sindicalista, la explanada del frente de Rectoría recibía hojas de tamal, que una comisión apropiada recogía cada noche para limpiar la seriedad de la huelga de hambre.

Explicué esta vez por qué es más democrático e inteligente tener programas universales para todos los profesores de cada

asignatura y no dejar a la libre ocurrencia seguir programas improvisados. Los nuevos programas habían sido publicados como propuesta dos veces, las comisiones habían incorporado los señalamientos que llegaron a la Dirección del Bachillerato. Se abrió una tercera ronda de aportaciones en enero de ese año (estábamos en julio de 1996) y no hubo una sola ponencia.

—Respetar el silencio de las academias y los Planteles, que no tenían nada que agregar, porque no lo hicieron, seguía siendo un acto democrático. Por otra parte, los programas de una institución deben seguirse, porque al final del ciclo, los alumnos alcanzan el primer grado universitario, hoy sin razón olvidado en su naturaleza académica, el Bachillerato. No era aceptable que en vez de leer textos académicos algunos profesores hubieran decidido dedicar el primer semestre a leer un folleto de Mao que recoge su intervención en el Foro de Yunán. “Pueden leer ese texto o los que hagan falta, pero esa libertad no los exime de dar a leer también a Homero, Quevedo, García Lorca, Cortázar o García Márquez, simplemente como ejemplos. Lo mismo en Ciencias Experimentales y en Historia. Claro, los ejemplos que mejor conozco son los de mi Área, por eso los refiero”.

No hubo réplicas ni intervenciones violentas. Reiteraron su inconformidad y anunciaron que informarían a sus academias. Salimos en silencio.

**V**olvía de comer solo en la cafetería de Arquitectura, cuando todo comenzó. Tengo esa sensación, pero debe ser la memoria que acomoda los nudos narrativos con indiferencia a los detalles. Las catálisis son tal cual, rellenos, no cambian la secuencia, los acontecimientos entramados, pero completan el relato insertando connotaciones, o los retratos de personajes y configuran los ambientes para evocar la realidad ficticia de un mundo que no se sujeta a la realidad, imitada en la memoria con desparpajo que la asemejan a los sueños. Seguramente no, entonces más bien de la Gandhi y mi sándwich de atún con un café americano. Al llegar a la antesala de mi oficina, un señor con las primeras canas en las sienes levantó la cabeza de su lectura y lo saludé con un murmullo, en el límite inferior del reconocimiento humano. Digo lo que fue.

Entré a la oficina, pero algo se había desacomodado en algún espacio de lo que llamamos memoria antigua o inconsciente. No son sinónimos, pero si no averiguas dónde se produjo el leve sismo, dejas a cada nuevo fragmento escogerte a ti desde el ángulo que se le ocurra. Un diminuto y vago remordimiento de falta de cortesía se insinuó. Salí a preguntarle en qué podía ayudarle.

Se puso de pie y me pidió atención. Entramos a mi oficina. Nos sentamos en los sillones, yo todavía sin memoria. “Doctor Bazán, quiero hablar con usted. No me recuerda. Soy El Bubu”.

La imagen del muchacho grueso, de barba, El Bubu, con pistola a veces incluso ostentada, vanguardia de activistas, perseguidor de porros, marxista de confesión popular revolucionaria, ni mao ni trotsko, al contrario, enemigo jurado de éstos últimos por tracaleros y oportunistas.

Los recuerdos se ocultan tras la frente y esta no deja adivinar si son o no favorables. De todos modos, le di un apretón de manos, como si nunca nos hubiéramos enfrentado (falso, pero...).

—Cuando salí de Naucalpan —salir era un buen eufemismo equivalente a expulsión definitiva de la Universidad y sus dependencias, por decisión mía, veintitantos años antes—, trabajé 25 años en PEMEX y me jubilé”. Mientras yo estaba cruzando el Ecuador de mi trayectoria universitaria; en los mismos años él había terminado su recorrido laboral. “Luego trabajé en Liverpool, en mantenimiento, de todo, remiendos de cornisas, cerraduras de aparadores, electricidad, cambio de losas rotas, pero acabo de renunciar y quiero terminar el Bachillerato. Le pido que revoque la expulsión y me deje presentar las materias que me faltan, son tres o cuatro, voy a pedir mi historia académica.

Lo miré y era un viejo conocido y un novísimo amigo, porque mis sentimientos dieron la vuelta. No estaba frente a un alumno facineroso y golpeador, sino ante un trabajador que venía a renovar sus esperanzas de aprender. Francamente hay una distancia enorme. Nunca le tuve rencor, pero ahora comenzó a resultarme cercano

Le dije que por supuesto, que no creía en los castigos eternos, que lo que pasó estaba sancionado, y, tras un tiempo tan largo, había pagado, pero que no sabía si un caso como el suyo tenía remedio si nos ateníamos a las solas normas de la Universidad. Me contó que una hija suya había terminado Medicina; otra, Arquitectura y el menor estudiaba ingeniería. Todo en casa, en la UNAM. Las facultades nos reunían tras las violentas rupturas de los 70. Su hijo se estaba especializando en la construcción

de cohetes, muy lejos de la Luna, obviamente, pero en esa dirección, cuando lo contrataran quienes acaparaban los recursos para llegar tan lejos, como en 69. Un año más tarde lo ayudé, con dinero de la UNAM y abiertamente, a asistir en Chile a un congreso de alumnos dedicados a las mismas aventuras.

—Vente en una semana, voy a tratar de arreglar tu asunto. Me alegra que no te hayas rendido y tengas una familia bien integrada. Yo no tengo objeción, pero no manejo las bases de datos de los servidores de Servicios Estudiantiles. Eso lo hacen en Rectoría. Voy a plantear el caso en términos favorables. Nos vemos el próximo miércoles.

Cumplí el ofrecimiento hecho a El Bubu, ahora, el señor Velázquez. Aquellos días de los 70 yo había cumplido exactamente con todas las formalidades de una expulsión. Di cuenta a quien debía y presenté actas y testimonios. Pero, al hablar ahora con el Secretario de Estudiantiles, para pedir la reincorporación del expulsado, tras dos días de espera, me informó que la sanción nunca había sido tramitada. El Bubu había seguido siendo, durante 25 años y sin saberlo ni él ni yo, no un alumno, porque no estaba inscrito, pero un universitario con derecho a terminar el Bachillerato. No se lo dije, pero le informé que podía presentar sus extraordinarios en cualquier plantel, cuando quisiera, y que el pase reglamentado seguía vigente para él. Bueno, eso creo.

Éramos tres el Día de la Batalla y el Consejo de las Facultades Madres, pero detrás había una invisible multitud que nos acompañaba y en nombre de la cual hablábamos cuidando sus intereses, que no eran otros que los de la muchedumbre de alumnos en cuyas casas no había otros libros que los de texto gratuitos con la patria tricolor en las pastas y que nadie volvía a abrir, porque ya habían aprobado la primaria. Y ningún espacio para estudiar sin la televisión con las telenovelas de la abuela, digamos precursoras de “La Rosa de Guadalupe”, y las carreras de los hermanitos menores entre la sala comedor y la puerta abierta a la calle sin coches.

Eso decíamos en el Plan de Estudios Actualizado y por eso introducimos más horas no de clase, sino de trabajo en grupo escolar para ofrecer a todos la posibilidad de comenzar el ejercicio de las habilidades de las que el profesor hubiera terminado de proponer ejemplos de bulto. Seguramente ni ellas ni ellos, para ser correctos en actitudes de género, lo sabían, pero se trataba del respeto por su trabajo y de la persistencia en fabricar las reformas que el Colegio requería. Estábamos acertando, porque después del 96, aunque una oposición anticuada profetizaba el derrumbe del Colegio, lo que comenzó a derrumbarse fue el bajo rendimiento y a crecer el egreso regular, punto a punto, hasta llegar al 50% de egreso regular en 2001, habiendo salido



del 38% en 1996, o de Guadalajara, como el Caballo Blanco. Y los alumnos cubrían un 30% más de créditos.

Pero hoy el Colegio mantiene la multitud, pero ha ido perdiendo por desaparición absoluta y eterna muchos de sus líderes. Y con ellos se ha ido, o tristemente a pesar de lo que fueron, el Modelo Educativo que incesantemente hemos hecho pasar por el molino de ideas obsesivas pero indispensables sobre qué conviene hacer del Bachillerato en la cultura de nuestros años.

Inevitablemente la caída del Colegio ha estado acompañada de la acelerada frecuencia de la invisibilidad de viejos profesores, a veces de edades distantes entre sí, pero que han ido juntando sus cifras para irse acercando a la gran media de la edad más probable de muerte, los 78 años desde el 2020, que el desarrollo del país y la casualidad ha asignado a los mexicanos vivos en las décadas segunda y tercera del milenio. Las estadísticas fingen fracasar, juegan con nosotros y nuestra incertidumbre, disminuyendo o aumentando la duración de algunas vidas, pero terminan por sonreír apenas con una cruel ironía, porque no solo nadie escapa, sino que tampoco nadie vive tan largos años como para que la gran media se perturbe.

En la mayor parte de las desapariciones, rara vez se entera uno a tiempo para ir al velatorio del ISSSTE o a cualquier otro de la colonia donde vivía el desaparecido. Luego comienzan los recuerdos a intentar acomodarse, al menos a la memoria vacilante del último encuentro que ignoró la solemnidad oculta del diálogo entrecruzado, al parecer sin mayor importancia. Pero no supo uno nada más de la vida interior de la amiga que lo que ese día dejó traslucir para nosotros.

Nos pasó de esta manera una mañana de mayo de 2014 en casa de Consuelo. Alfonso y yo habíamos perdido el contacto con ella durante un par de años, después de su jubilación. Ni siquiera te das cuenta vivamente de que en el tiempo transcurrido hubieran cabido, pero no se acomodaron en él, ocho desayunos,

tres comidas, dos tardes cerca de Navidad en una pastelería, y llamadas telefónicas de las que hubiera resultado información acerca de los profesores muertos en los meses anteriores. Tema desoladoramente compartido y de amplitud creciente.

La vimos en su casa, llevamos un pastel. Había abandonado el disfraz de señora mayor, pero con vida y proyectos. Se había gastado. Menos en el cariño que nos regaló por última vez.

Su rostro no tenía la nitidez de una reminiscencia fuerte de la joven mujer que sin duda fue, antes del Colegio y de nosotros. Quedamos en comer un día próximo señalado con una fecha indecisa. Decidimos que las molestias de una comida en su casa eran inconvenientes. Tendríamos, con gusto, que invitarla a comer fuera, pensando también en que salir le haría bien, aunque percibimos su dificultad para moverse, con un bastón de cuatro patas. De hecho, reflexionando más tarde, cuando volvía a casa en Ajusco, caí en la cuenta de que Consuelo prácticamente no se había movido del sillón. Su sirvienta se encargó de traer platos, cuchillos, cucharas para el pastel de zarzamoras y chocolate. El café estaba bien. No voy a olvidarlo, no como un acontecimiento perfecto, pero como el último café que me invitó Consuelo, “Chelito” o “madre”, título que concedía para mí.

Luego fuimos olvidando y posponiendo, con súbitos asaltos de remordimiento, porque no habíamos fijado fecha para la comida acordada.

De pronto los meses eran muchos y Alfonso comenzó a telefonar. Por fin una tarde contestó su hija y solamente le advirtió secamente que su mamá no estaba. Cuando llamé en mi turno de la tarea común nunca logré una respuesta. El teléfono sonaba como una botella con una angustiada llamada de auxilio en tantos grados de latitud y tantos de longitud, sin esperanza real confiada a las olas desde un islote perdido en un mar que no comenzaba y, sobre todo, nunca terminó.

No logramos respuesta.

Tres años más tarde, en una mesa cercana de Los Canarios de Perisur donde desayunaba, coincidí con Héctor. Hablamos de cómo la Universidad desperdicia experiencia mientras por dentro oía repetir a Fernando, “una comunidad es madura, cuando aprende a tratar a sus viejos”. Héctor cargaba amargura. Estaba en la Universidad, pero como una sombra que la luz del sol desvanece sin aniquilarla del todo. “Tan es así que sigue saliendo un cheque quincenal a tu nombre. Pero a nadie le importa. Estás, si acaso, pero no existes”. Se me ocurrió preguntar por Consuelo.

—Chelo murió. Hace un año o dos. Digamos año y medio. Pasó los últimos meses en una casa de ancianos. Estaba bien cuidada. La visité una vez.

Comenté brevemente nuestros intentos. Héctor no cambió su despecho, que después de haber sido Director del Bachillerato y luego del Posgrado del Colegio, Director de Planeación ¿o de Presupuesto? de la Universidad, y otras varias misiones de nivel alto, para terminar sin que su jefe, no sé qué director de dependencia, lo ignorara y se sintiera satisfecho con ofrecerle un cubículo en la administración de *Universum*.

Héctor fue para mí, Director de Naucalpan, un Jefe generoso.

—La Multilith de Impresiones está fallando mucho y ahora no se pueden conseguir refacciones con rapidez. Ya sabes la importancia académica del material didáctico. Cobramos solo los materiales, nunca regalamos los folletos, porque da la impresión de que no le cuestan nada a nadie. Échame la mano.

—De acuerdo, mándame la requisición y te la compro en 10 días.

Y así fue, pero ahora estaba recordando universitarios desaparecidos. Recordé los últimos años de Luis Estrada, creador de divulgación de las ciencias en la UNAM, Premio Galinka, un reconocimiento internacional, que se entregaba, tal vez perdura, en la India, por más señas; fundador de Naturaleza, que dirigió innumerables años, con ideas propias sobre qué es divulgar

que solo la ignorancia, o una comprensión muy parcial, suele confundir con difusión o ejercer como una forma de docencia rebajada, y los sectores concernidos no le reconocen la importancia de tercera actividad que define la misión de la Universidad.

A Luis también lo olvidaron. Era un egresado del doctorado del MIT, veinteañero entonces y recién casado, habitante de un departamento, es la leyenda familiar, en el subsuelo de cualquier calle de Boston. Batalló con tenacidad y una sonrisa que acompañaba a la pasión que ponía en sus acciones, y hubieran debido llevarlo a reprimir con severidad las decisiones cortesanas de Rectores y Coordinadores de Difusión Cultural o de sus semejantes en antigüedad en los institutos de Ciencias. Terminó anciano, físicamente disminuido, pero capaz de llenar de entusiasmo y de terquedad a uno de mis hijos, su sobrino, empeñado en ampliar la divulgación de la Filosofía mucho más allá de los intentos dispersos en cuatro decenios en Radio UNAM principalmente, tras los intentos meritorios de Max Aub, de Ricardo Guerra y del Padre Ezcurdia.

Pero estaba recordando los silencios de la hija de Consuelo, que no quería informar a nadie de que su madre estaba en un asilo de ancianos, dejando su departamento de Villa Olímpica desocupado. Las llamadas que no obtuvieron respuesta. Todas estas tristes pequeñeces se explicaron y se acomodaron, para siempre amontonadas en un paquete atado de tristeza por no haber tenido la perseverancia cortés de demandar una respuesta clara.

Pero hay algo que merece mayores reproches. Consuelo fue Directora del Sur, Directora de la Unidad Académica del Ciclo del Bachillerato. Cumplió bien sus responsabilidades. La *Gaceta CCH* no informó de su muerte, ni oportunamente, ni varios meses después, con una nota que enlistara algunos de sus méritos y se excusara de no haber tenido noticia más próxima al hecho. Nada. Desapareció al mismo tiempo de la vida y de la información del Colegio. El CCH, sin quererlo, le hizo un homenaje:

no la reconoció nunca como muerta. Sigue estando viva en su delicadeza y generosidad. Por algo le decía “madre”.

Consuelo no es una muerta única. El Colegio se está desdoblado. Una vez es la profesora de Historia que trabajó conmigo en la Secretaría de Educación del Gobierno del D.F. Apenas 30 años, profesora del Sur, más de 10 de muerta, en vida juvenil se movía en bicicleta de la Narvarte a las oficinas en la Roma, al lado de la Plaza Insurgentes, en el décimo piso todo para nosotros y un proyecto sin patrocinio real de un Centro de Formación de Profesores.

Pero ahora quiero hablar de Cristina. De ella, si acaso, apareció la consabida y económica nota necrológica, me pasa por la memoria el término *mezquina*, pero lo evito, la cursiva denota que no es mío en este texto, como estoy muy lejos de añorar un artículo nunca escrito que no podría estar a la altura para ensalzar su pasión de profesora de Talleres, capaz de reunir en un semestre la discusión sobre los sueños de los androides y las ovejas eléctricas con *cómics* y un soneto de Quevedo o Villaurrutia. Como si esta probable aventura hubiera sido un exceso.

Cris fue la primera Secretaria Docente de Naucalpan. Con ella compartí la aparición en nuestra vida académica de la inseparable unidad de la lectura y la redacción, porque lees para escribir o hablar de tu lectura y escribes para acrecentar tu deseo de apropiarte de otras redacciones por su lectura.

Con ella a mi lado, inventamos Noé Jitrik y yo el Programa Nacional de Formación de Profesores en Lectura, Redacción y Otros Procedimientos para el Estudio, de Lectura y Redacción en lo esencial, pero la cauda servía para acometer otros campos como la Formación de Directores de Tesis, a pedido y con el apoyo del Director del Posgrado de la Universidad Autónoma de Nuevo León, hacia 1990. Sus estudiantes de posgrado avanzaban en la investigación y encallaban en bancos de silencio a la hora de redactar. Intentamos formar en redacción a los

directores de tesis. Otra innovación del Colegio metido ahora a colaborar con los posgrados de Nuevo León.

Terminamos el sexenio de Miguel de la Madrid, mientras desaparecían los otros cinco o seis programas semejantes y quedaba únicamente con nosotros el de Biología; luego atravesamos el sexenio de Salinas entero y dos años del periodo de Zedillo. Hacia 2010 todos los Bachilleratos Universitarios, tras el Colegio en 1996, terminaron por reunir en un solo Taller Lectura y Redacción, menos la Escuela Nacional Preparatoria y alguna universidad rezagada, pero la Reforma Integral de la Educación Media Superior (RIEMS), con poca nitidez, se apropió también del enfoque, sin el menor reconocimiento ni atestiguar de su procedencia, que, imagino por pura cortesía, ignoraba, como ignoró que mucho antes de las competencias habíamos inventado un Bachillerato de Habilidades Básicas, justificadas en un artículo de la revista de ANUIES a comienzos de los 80, que caminó con otros nombres el camino que la RIEMS, por desgracia, dejó incompleto olvidando el siempre pretencioso adjetivo *integral* con el que adornaba su reforma.

Con Cris, y el equipo del Área que se había consolidado en el Programa, hicimos los programas de la materia, cuando en los primeros 90 actualizamos los Programas de Estudio del Colegio. Había resistencia, y esta ha continuado su testarudo camino calladamente, pero reunimos las dos actividades de la cultura de la lengua en un solo taller y de paso terminó la descomunal tarea de enseñar a leer a 15 grupos de 50 alumnos y en total un abrumador 750, que sobrellevaron los profesores de Taller de Lectura.

Cris se escapó violentamente en un accidente de un coche familiar que llegaba con sueño de madrugada a Acapulco. Dejó más enseñanzas para profesores que nadie y que nadie ha recogido. Otro olvido de la UNAM que esta no debería perdonarse. Cris merecía un Premio Universidad Nacional a título póstumo.

Pero vuelvo a la memoria general de los profesores que han desaparecido. Han muerto profesores a los que el Colegio debe tantas ideas e intentos creativos de hacer mucho con poco, sin alcanzar el dintel que nunca hemos consentido desesperadamente dejar de intentar traspasar: como repetimos hasta llegar a la consigna en la foránea de Apizaco, “todos los alumnos de todos los profesores de todos los grupos, todas las horas de aprendizaje”, asistiendo para aprender según el Modelo Educativo del Colegio. No creemos que exista Colegio, mientras no logremos esta soberbia utopía afortunadamente nunca alcanzada, aunque, como sucede estos años en el Colegio, hoy en 2025 distamos más que al comienzo del siglo, en todas las materias, de cuyo abordaje nunca podríamos desentendernos. Me repito, para que surja la imagen de la reiterada obsesión de intentar lograrlo. Y sabemos que no acercarnos más pone en peligro la credibilidad de nuestra institución y surte de metralla a los que odian el Colegio, no los mejores universitarios, pero tampoco los menos poderosos.

Por eso en estas vísperas de cumplimiento de mal de ojo, me inquieto y en la soledad en que nos han dejado los que partieron, días hay en que dudo. En otros, la decisión alcanza a ser esperanza.

Si recorro saltando recuerdos sin substancia y deteniéndome en los escollos sobresalientes de esta playa de guijarros y acantilados que por trechos todavía calificaría de feroces, puedo recomponer una lista de derrotas personales y del Colegio, las que más me duelen, pero no por ello dejan de sentirse como injurias que alguien, puede haber sido Jorge, o Alicia y su afán de difamarnos en Rectoría con todas las agravantes penales de premeditación, alevosía y ventaja, o las acechanzas y trampas que el “*Encargado* —la mayúscula subraya el carácter oficial de sus empresas— *de los asuntos en los que hay que evitar ensuciarse las manos, pero de los alguien tiene que hacerse cargo*” tramó contra mi deliberadamente años después. Este *Encargado* se denomina también en otras páginas *Espan-tapájaros*. Dolencia interior ya no hay. Si la hubo, se esfumó rápidamente con una terapia de actividad en el Colegio. Sí, en cambio, ha permanecido una huella bien delimitada, infame más que en última instancia eficaz, porque, aunque difamaciones y conflictos corrieron paralelos a tantas iniciativas tenaces de abrir durante muchos años rutas en busca de las especias y el oro de continentes invisibles, no pudieron impedir tantos golpes de timón certero en el barco del Colegio, sacudido en el oleaje, pero decidido a continuar flotando con las velas desplegadas, remendadas tal vez, pero nunca incompletas ni mucho menos



desarboradas. Aunque ahora en 2025 ya no puedo escribir con la misma sinceridad esta última frase.

No siempre pudimos cambiar a tiempo directores que gestionaban sus poderes a cambio de alianzas de retroceso con intereses locales, algunos sin duda acompañados por poderes de Gobernación o de alguna secretaría de Rectoría bien vista, porque mal mirada. Ni siempre pudimos ofrecer a la Educación Media Superior en formación de Profesores lo que ya habíamos demostrado estar a nuestro alcance. Entre 1986 y 1996 el Colegio coordinó el Programa Nacional de Formación de Profesores de Taller de Lectura y Redacción y otros Procedimientos para el Estudio, destinado ante todo a los Bachilleratos de las Universidades de los Estados. Trabajamos en 30 de ellas, y dimos cursos también en el Politécnico y en la Preparatoria y en el Colegio de Bachilleres de tres o cuatro estados.

La invitación venía de Don Jesús Reyes Heróles, a través de David Pantoja, Director General de Enseñanza Superior, ¿o Subsecretario? y, finalmente, de Salvador Malo, responsable de la actualización del personal docente. Había programas para Historia, Biología, Matemáticas y Lectura y Redacción.

—Hay una iniciativa que le interesa particularmente al Secretario, que los estudiantes de Bachillerato lean, carajo, y sean capaces de redactar documentos académicos indispensables en licenciatura. Te conozco a ti y conozco al Colegio. Estoy seguro de que puedes coordinar el programa, que hay que elaborar, estamos en el punto cero. El programa es hoy solo una frase de Don Jesús: “David, haz que esto funcione” y que cubra las Universidades públicas de todo México. Si algo le importa a Don Jesús, es esto. Lo pongo en tus manos, eres el responsable de organizar y de aplicar los recursos, habrá dinero suficiente. No necesito insistir contigo en el cuidado y la verificación seria de los gastos. Por otra parte, está Noé Jitrik, incorpóralo a la planeación del programa, no podíamos encontrar mejores

expertos. Por suerte, Noé está en el Posgrado del Colegio. Tú mismo tomaste la iniciativa de promover su incorporación. Tu contacto en la Subsecretaría es Salvador Malo, ¿lo conoces? Es un doctor en Física de la UNAM, estudió en Inglaterra. Te vas a entender bien con él. En realidad, el Programa no depende de mí, sino de Salvador, pero yo me moví para que quedara en tus manos, claro, lo concerté con Salvador. Está de acuerdo.

Comencé con Noé, sin dificultad. Vivíamos en departamentos, pisos 4 y 10, de la misma Torre 14 de Mixcoac. Desde luego él era el maestro y yo uno de sus numerosos alumnos, pero claramente el responsable del Programa, a pesar de su superioridad en teoría del discurso. NI él trató nunca de sobreponerse ni yo me preocupé tampoco de que llegara a hacerlo. Redactamos un cuadernillo de presentación, hicimos un esbozo de recorrido por los grandes temas.

El punto central era el inevitable camino de ida y vuelta entre lectura y redacción, en una cinta de Moebius felizmente interminable. Era una verdadera aportación que seguramente varios, no tantos, habían pensado, pero nadie lo había escrito ni mucho menos puesto en práctica, por lo menos en México, el resto del mundo queda lejos, y en un Bachillerato. Seguían los géneros de textos, el literario, desde luego y sin duda, pero también los de Historia, los periodísticos, la divulgación científica, la política.

Hice el programa del curso introductorio y luego, con Cris Carmona primero y siempre, unos dos cursos más tarde también con David Ochoa. Establecí varias reglas para asegurar la seriedad de la transmisión de saberes: nadie puede dar un curso en los Bachilleratos Universitarios, sin haberlo tomado antes; el material del curso es la guía que debe seguirse, el programa general es único y se imparte de la misma manera siempre; no cabe la presunción de superioridad por ser chilangos de vieja raíz o recién adoptados, ni más simplemente por proceder de

la UNAM; se respetan los planes de estudio locales, aunque un objetivo es cambiarlos, pero no nos corresponde hacerlo formalmente; nos apoyamos en la experiencia de los profesores que saben más de lo que creen saber, y tienen aportaciones valiosas aunque dispersas en nuestro campo académico.

Comenzamos en la Universidad de Guadalajara, cubrimos todas sus 39 Preparatorias, mucha en ciudades pequeñas o pueblos grandes, de los Altos al Sur del Estado, en Arandas, donde encontrabas a la mano tequila blanco y puro, sin química industrial, y Tepatlán, además de las preparatorias de Guadalajara. Siguió Nuevo León, que convocaba a todos sus profesores a Monterrey para los cursos, Oaxaca, Durango, Colima, todos los Bachilleratos de las Universidades públicas, algunos Colegio de Bachilleres, en su semiautonomía institucional, Sonora y Chiapas, hasta alcanzar los 1,100 cursos y 15,000 asistencias.

Prácticamente nunca dimos lugar a conflictos. Los profesores del Colegio, 50, y otros 10 de diversa extracción, pero todos de Educación Media Superior, y nos bastamos sin recurrir a profesores de Facultad, todos cumplieron un trabajo nacional del que nadie habló, pero tampoco nos interesaba que sucediera. Seguro, en cambio, que para muchos profesores fueron una plataforma que hizo girar sus locomotoras para tomar una nueva dirección más completa y novedosa.

Conchita del Toro, contadora de sus estudios, aplicó las cuentas claras y las reglas de apoyo suficiente sin desperdicio, que fue siguiendo y documentando contablemente curso por curso y mes por mes, hasta los finales de año y los informes a la Secretaría y el informe final, cuando, a mediados de 1996, agotamos los recursos que habíamos ahorrado.

A principios de los 90, a Carlos Medina se le ocurrió comenzar a asistir, sin avisar, a las reuniones semestrales en sedes variadas de la Red de Bachilleratos Universitarios. Volvió de las dos primeras con muchos temas de conversación y con ambiciones

compartidas de intervención académica del Colegio. Asistí por primera vez en Durango, recordando a mi bisabuela Refugio Bravo, nacida allá, casada con el consentimiento de su tutora, creo saber, con José María de Jesús Bazán Gómez de Cárdenas, con viejas ya entonces raíces en Colima. Pero de ella no había huellas que yo pudiera adivinar, cuando mucho llegué a saber que el apellido Bravo existía en Durango. Nada más. Mueres, desapareces, o te marchas y nadie te recuerda pocos años más tarde, en este caso unos 120.

Hacia 2010 ya nadie del Colegio asistía a la Red, justamente cuando poco tiempo antes el Director General del Colegio estaba a punto de convertirse en Coordinador, Secretario más exactamente, pero Ejecutivo, de la Red. Luego ANUIES sedujo a la Secretaria en turno y se apoderó, “patrocinó” a la Red, que nunca había necesitado de nadie para reunirse. Pero era un instrumento más de influencia y dominio. Se trata de la cadena alimenticia de las instituciones públicas.

Tampoco nos dejaron participar, no para imitar, sino para decir a los cuatro vientos que los enfoques, no las denominaciones, de la Reforma Integral de la Educación Media Superior que promovía la SEP, ya llevaban más de 30 años que se exploraban y ponían en obra multiforme en el Colegio y teníamos una experiencia inigualable y sin pretensiones en los campos que la Reforma comenzaba a explorar.

Tantos años después, unos 15, no puedo señalar las “razones”, con las comillas declaro no creer que las hubiera, sino los motivos de ambición personal o discrepancia ideológica, cómo, si eres de izquierda—¡ah no sabía que lo fueras y la UNAM, menos— vas a colaborar con la SEP. Mejor hagamos un material, que se adoptará en todo el Bachillerato, por ser una enciclopedia escolar con algunas “actividades” añadidas, porque en Bachillerato también hay que aprender habilidades, en las que los promotores nunca habían pensado 10 minutos. La

edición de muchos, ¿cuántos?, miles de ejemplares se regalaron al ir pasando del apartado de las novedades al de los rezagos y sellar el fracaso de intentar reformar el Bachillerato nacional simplemente editando un material de enfoques anteriores no solo al Modelo Educativo del Colegio, sino de cualquier escuela que hubiera leído al menos un libro sobre Constructivismo. Pero no menosprecio a los autores, que hicieron lo que se les indicó y punto, ni a quienes los imaginaron.

Hoy, revocada en 2018 la Reforma Educativa de 2016, “de la que no quedó ni una coma”, apenas al borde de comenzar, todo aquello queda lejos y ahora no tenemos nada entre las manos. La arena se nos escapó haciéndonos figurar un reloj de terca lentitud, pero interminable hemorragia. Y enfrente los batallones del rector y sus seguidores se preparan a fines de agosto para dar el siguiente golpe ahora mortal en septiembre u octubre, en vez de apoyarse en la reflexión escrita del Colegio que podría muy bien ayudar a reformar en profundidad los enfoques y planes de estudio del Bachillerato.

**L**o sentí agitado, como si siguiera discutiendo apasionadamente con profesores del Sur. El Coordinador General me había llamado temprano urgentemente. Atravesé la explanada de CU todavía sin saber si habían tomado la Dirección de un Plantel, cualquiera de ellos, porque, como pretexto, no se necesitaban conflictos que explotaban de pronto, casi a escondidas, ni pliegos petitorios vacíos o descomunales a los que sencillamente no se podía dar respuesta.

Alfonso todavía tenía el pelo húmedo, tras sus veinte vueltas en los Viveros de Coyoacán y su baño en casa de su mamá en Portales, brillaba levemente en el sol de mayo que golpeaba de lado las vidrieras totales de la oficina del Coordinador. Corrí la silla a la izquierda.

—A tus órdenes.

—Necesito que hables con Rito. No pude convencerlo de que no se enterque con su candidatura para Director del Plantel Sur. Alega, y coincidimos, los tres, me parece, que el Director, es solo el nombre oficial, a veces en los hechos infundado, cuando el Director saliente se ha dedicado a la hamaca cuatro años. Además de sus impertinencias. Pero, seamos claros, tiene apoyos en Rectoría, el más visible es Platas, pero debe haber alguien más arriba. No creo que su pariente del PRI tenga algo que ver con la UNAM, aunque vete a saber, las conexiones ocultas son las

más peligrosas y extrañas. Uno, que es inocente, ni las huele. Bueno, resulta que el buen Rito se ha reunido con profesores, y ahora tiene una multitud, grande de veras, según me dicen, que lo apoya, porque están hartos de la ausencia de Director. Nos entendemos, ¿no? “Nunca está”, es la frase, por supuesto va diario en los horarios que se le ocurren, ha agrandado concesiones, la lista de privilegios del STUNAM es interminable, pero también ha tenido sus pleitos, porque el Jefe del Departamento de Personal es más exigente o, digámoslo más claramente, negocia con otros sectores del Sindicato, la oposición al Ingeniero y Secretario perpetuo en jefe. No conviene al Colegio que Rito, es tu Secretario Académico, se lance contra un Director que va derecho a repetir, aunque sea un papanatas. Por favor, convéncele, yo no pude.

—No friegues. No quiero perder a mi Secretario. Pero ¿qué le digo? ¿Qué no sea malo? Además, también él debe haber movido a alguien en Rectoría, todavía deben quedar resquicios del PSUM, ya en la abdicación, por supuesto.

—Piénsale, hablen largo, a fondo, y mantenme al tanto. Es obvio que su candidatura te la van a atribuir y a mí también. No nos conviene, porque no tiene posibilidades con los amigos del Director en Rectoría. Solo va a provocar revuelo.

Ya en mi oficina, del otro lado del Océano de la Explanada, comencé por observar a la mamá tlacuache con sus tlacuachitos, asoleándose en el prado del fondo del desfiladero entre el acantilado de piedra de la última erupción del Xitle y el antiguo edificio de Almacén de Publicaciones de la UNAM, que había venido a parar completito a nuestras manos, tras desocuparlo la Comisión de Nuevos Métodos, cuando desapareció y don Henrique se fue a Coordinar el CISE.

No quería, pero tuve que ponerme a pensar en los argumentos, a ver si los había, para disuadir a un universitario que conoce sus derechos, como el de aspirar a ser Director, es tenaz y honrado,

y además me hace falta ahora que estamos a medio camino de la actualización del Plan de Estudios. ¡Jodida encomienda!

Por interfón invité a Rito a comer, en el Sanborns de San Jerónimo, un clásico para comidas de trabajo. Nos atendió Clarita, que cambiaba las mesas que atendía, cuando no encontrábamos sitio en su sector.

—¿Que estás moviendo tu candidatura para el Sur, hermano?

—Sí. Mira, hermanito, uno no puede ver que las cosas andan mal, —Rito se puso la cara de resignación ante el deber, que excluía cualquier sospecha de ambiciones menos dignas de encomio—, que maltratan a trabajadores y hasta a profesores, que los alumnos les valen sombrilla y quedarse quieto, como si estuviéramos en otro planeta. Sí, hace dos semanas que me decidí. No hable con nadie, ni con Alfonso ni contigo, espero no lo tomes a mal, bueno ni con Chela para acabar pronto. No creo que le guste. Pero pienso que era lo más conveniente para no meterlos en el enredo. He hablado con unos doscientos profesores y con la delegación del STUNAM en el Plantel. Me apoyan. Estamos juntando firmas para ver al Director General la semana entrante. Quiero liberar al Plantel de la pésima gestión actual. Además, es insolente, se siente muy protegido y seguro. No está ni siquiera haciendo campaña, al menos prometer alguna pendejada, no creo que se le ocurra nada más allá. Ni eso.

—El problema no es cuánto vale más una hipotética Dirección a tu cargo que una del Director actual. Lo que sabemos, es que tiene compadrazgos en Rectoría y que la UNAM no está libre de maniobras de pasillo y en lo oscurito. El Secretario de Rectoría es su cuate, por lo menos por herencia, creo que la relación más fuerte es con su hermano mayor. El juego no es limpio y pienso que no te conviene jugarla.

—Mira, voy a juntar más de 300 firmas de profesores y toda la sección local del STUNAM, a ver si no pesan más que las 60 firmas que le van a juntar a él. Cuando mucho. No puedo salir



ahora con que me retiro, porque ya la gente me dio su firma. Sería faltar a palabra dada. No puedo hacerlo, aunque no me ilusiono con que todo va a ser juego limpio. Tienen una baraja de ocho ases y los llevan bajo la manga. Así ha sido siempre, pero hay que pelear por la dignidad de la planta docente que dice lo que quiere y firma al calce. Si no la pelan, es un problema de las autoridades, que deciden mal y de sus agentes.

—Piénsalo, hermano. No es verosímil que tu inmensa mayoría pueda ganar, cuando sus adversarios en el juego no tienen ni conciencia ni ciencia, bola de mafiosos. No pienses que te niego méritos, pero creo que van a jugar sucio. O más exactamente, no van a jugar, no te van a dejar jugar, cuando te toque. Solo ellos barajan y sacan cartas.

En realidad, Rito ya estaba convencido de que lo correcto era jugar la partida tramposa y pelear la guerra injusta. Así le toca a uno, cuando tiene convicciones. El Hermano las tenía y también lo necesario para portarse cumpliendo lo que creía su deber. Mi última insistencia había sido ya de puro cumplimiento (“Le di razones. Hice lo que pude”). Más bien estaba ya de su lado, pero sin posibilidades de nada eficaz. Ni de decirlo.

Efectivamente, 375 firmas contra 60 y tantas, suficientes para mentir que “la comunidad lo había propuesto”, bueno, un parte de ella, pero de “la comunidad”, junto con otro candidato con más firmas. Lo nombraron, al otro, claro.

Ese mismo día el Director propuso al Rector a Rito como Secretario General del Sur. Era evidente que tenían miedo en Rectoría y estaban tratando de no distanciarse más de los 375 firmantes. Aconsejamos a Rito que aceptara. Podría influir mucho en la marcha del Plantel. Pero yo perdí a mi Secretario Académico muy cerca del término de la actualización del Plan y de los Programas de Estudio. Para apoyar esa aventura lo habíamos designado Alfonso y yo.

### Informe de la UIP, 0395, CCH

“Licenciado:

*“La mayor parte del informe que sigue, usted la conoce. Intento añadir una mirada de profesor, marginal, por cierto, pero es una condición de este trabajo. Espero que complete sus percepciones.*

*Hay acciones que uno mira con detenimiento y puede comprender también atribuyéndoles un significado trivial. Pero algo circula alrededor de los gestos, como un aire que se declarara independiente y portador de señales que no imaginamos siquiera que merezcan interpretación.*

*El salón de la Unidad de Seminarios de Vivero Alto, hablo del martes pasado, estaba lleno de profesores y funcionarios. A pesar de llevar cuatro horas de exposiciones sobre los rasgos distintivos de los estudiantes universitarios de 95 y alrededores, nadie parecía estar a punto de dormirse. O estaban bien entrenados para quedarse con los ojos abiertos. Más bien las exposiciones eran novedosas. El café de autoservicio, faltaba más, ayudaba. Pedagogos y profesores exponían en un intercambio entre invitados por la Secretaría de Rectoría.*

*Según el Director de la Unidad Académica del Ciclo del Bachillerato, la UACB para los usuarios y otros entendidos, exponía que los alumnos del Colegio tenían el atrevimiento de ser por-*

*tadores de una cultura ajena a la imagen perezosa y despectiva que les atribuía un fuerte interés por la política y el desorden, según los desfiguraba la imagen difusa y difundida en parte de la comunidad de las Facultades de la UNAM. El río corría por otros cauces. En realidad, mira nomás, no les interesaban los partidos políticos, ni las elecciones. La política era más bien local y actuaba en los salones, pero no por ello menos real, y se concretaba en el derecho a discutir y a discrepar en clase, a mantener un orden democrático en los salones y a asistir, los menos, a las asambleas contra los porros. Les interesaba más que los servicios del Plantel respondieran a sus necesidades. Terminó su exposición, tomó el vaso de café y debe haber sorbido un par de tragos, seguramente fríos, porque no le había hecho caso, absorbido en la descripción que sabía sorprendente, no convencional al menos, de la cultura estudiantil del Colegio. Se acercó a la mesa un ayudante del Secretario de Rectoría y debe haberlo invitado a salir, porque sin excusarse se dirigieron los dos a la salida del salón, por la izquierda y luego por el corredor hacia la entrada principal de la Unidad de Seminarios. Nosotros seguimos con las ponencias y los comentarios. Quién sabe de qué se trataba, pero a nadie le importó. Seguimos con el rollo que se había puesto sabroso”.*

Dejé la presidencia, en la cual ya estaba supliendo al responsable, el Secretario de Rectoría, y se la encargué a Enrique. En la entrada de la Unidad, me esperaba Rafael, según explicó, con un mensaje urgente: me anunció que el Coordinador del Colegio, ¡no friegues!, había renunciado. Comprendí, pero de momento no alcancé a sopesar las consecuencias. Tuve un instante de mente en blanco. Me preguntó si me interesaba la Coordinación; le respondí simplemente. Sin ningún comentario. Me contestó que David había renunciado, porque se sentía cansado del Colegio, estaba en un segundo periodo de tres años, tras una interrupción

de 12. Rafael me aseguró que yo era un candidato evidente a la sucesión, que el Rector me llamaría para hablar del Colegio.

Un mes más tarde, el Coordinador saliente, David Pantoja, se hizo cargo de la Secretaría General del Colegio de México. Los movimientos terminaron por alcanzar un sentido mucho más allá de la versión oficial de la fatiga. En realidad, los dos años anteriores habían sido tranquilos. Un trabajo desbocado, pero lo sobrellevaba más bien la Dirección de la Unidad Académica del Ciclo de Bachillerato. Terminamos la revisión de los programas en manos de comisiones de profesores, nunca de los acostumbrados expertos, comenzamos la actualización del Plan de Estudios, planeamos una formación de profesores a través de diplomados. La Facultad de Ciencias no quiso enfocar la tarea a la que la invitamos, cómo poner al día a los profesores en tanto que docentes, porque según sus eruditos ellos mismos no eran pedagogos, y lo que más hacía falta a los profesores del Colegio, en gran parte egresados de la Facultad misma, eran conocimientos Matemáticos. Nadie podía evitar preguntarse qué habían hecho los profesores de la Facultad, cuando los tuvieron de alumnos. Para no hablar de lo que al parecer ellos no hicieron, evitamos la ruptura, pero acudimos al Cinvestav. Todo estaba terminado. Los programas habían dado dos vueltas de las comisiones que enumeraron y describieron los principales problemas de los aprendizajes en cada Área, para proponer soluciones, a las comunidades de profesores que recibieron la primera y la segunda versión de los programas y opinaron a diestra y siniestra con toda clase de comentarios. Quien quiso, habló o escribió, fue atendido y tomado en cuenta. Los ausentes se contaban únicamente entre los extremistas, según los cuales el primer Plan de Estudios del Colegio tenía tintes sagrados y ninguna mente humana podía mejorarlo. Impresionaba que los revolucionarios resultaran gruesos conservadores silenciosos y subrepticios, cuando nosotros, los profesores, podíamos llevar

al Colegio hacia delante y renovarlo sin perder identidad. Era este el reto. Y lo íbamos ganando.

David no podía estar cansado del Colegio, al menos no más que cualquiera de nosotros, tras más de tres años de discusión, información, cuidado o redacción de más de 80 Cuadernillos Verdes. El 101 contuvo meses más tarde el Plan de Estudios Actualizado en una versión exacta, pero pensada para los alumnos.

En el número 100 publicamos la última versión oficial aprobada del Plan de Estudios Actualizado. Pero en realidad, después del testimonio apócrifo de UIP transcrito acerca del Coloquio sobre los Jóvenes, no me proponía describir ahora de nuevo el intenso proceso de elaboraciones discutidas que llevaron al Colegio a tener en adelante programas institucionales únicos y formalmente adoptados. Traía a la memoria la semana en que el Coordinador renunció, Rafael me ofreció la Coordinación, sin que su discurso, sin dejar de ser prometedor, tampoco lo comprometía. Un ejemplo clásico del registro del idiolecto político acostumbrado del MAP, experimentado y asegurado por la experiencia.

Dos días más tarde conversé con el Coordinador. Hemos sido amigos, lo seguimos siendo ahora en 2025 después de casi 60 años de trato, cuando en la Maison du Mexique de la Cité Universitaire de París impusimos el cogobierno, como una minúscula derivación de los acontecimientos de mayo de 68. Solo tuvimos dos reuniones del Consejo de Cogobierno, porque los temas que proponía la Dirección de la Maison eran escobas, cubetas, jabones y batas. Y conflictos legales con el Sindicato local. Lo más interesante era la Biblioteca, pero funcionaba sola y pocos leían en ella. Decidimos que un gobierno que se ocupa del aseo y de problemas laborales no valía el tiempo de reunión y, además, la libertad de circulación hasta las 8 de la noche era suficiente para una residencia sin prejuicios ni cortapisas. Además, las residentes podían circular por el ala de los varones,

lo que aseguraba la igualdad de derechos sin discriminaciones de género, como se diría correctamente hoy. Dejamos de asistir. Treinta años más tarde el reglamento que elaboró David seguía vigente, pero nadie lo cumplía, seguramente ni siquiera lo habían leído, Eso sí, estaba a la espera de otro 68 parisino. De doy cuenta de que no eliminar el párrafo anterior es admitir una repetición, pero se trata de una amistad que ha transitado por más de medio siglo.

Pero a principios de 95 David se marchó al Colegio de México y yo era, decía Rafael, candidato a sostener la Coordinación General.

David, sin decirlo, como correspondía a un funcionario avezado en los laberintos de la lengua, doble y siempre a salvo, de los políticos mexicanos, me abrió los ojos a mis nulas probabilidades reales de sucederlo. Seguramente conocía completa la intriga de comedia en la que me encontraba personaje incierto, bateador designado, al que el pítcher ni siquiera tiraría una sola bola. Cuando el jueves siguiente el Secretario del Rector me convocó a una entrevista a las 16 horas, ya sabía a qué atenerme. Más exactamente, no sabía, pero prefiguraba, todavía sin detalle, el juego del Rector, o tal vez el de sus funcionarios. Cuán respetuoso me ostento. Me peiné, en vez de presentarme de cualquier manera en honor a los esfuerzos repetidos de mi madre.

El Rector me recibió en su despacho personal del 6° piso. Estaba en plena madurez, entonces; traía una camisa blanca con rayas azules, abierta del cuello, pero con corbata. Daba la sensación de estar en su casa o en el Instituto de Biología, que era lo mismo. Veinte años después había subido de peso y no era el delgado Rector de unos 50 años, pero no pienso verificar su biografía. Miraba directamente, con dureza, pero yo no bajaba la vista, no se me daba. Ultimadamente no había pedido nada ni veía mi vida pender del hilo de sus pensamientos ocultos. Yo llevaba corbata también, en esa época, seguramente una

Scappino y, aunque no recuerdo, debe haber sido de colores fuertes, pero quemados. Me ofreció asiento en un sillón de espaldas al Ajusco y a mi casa, dio la vuelta a su sillón personal y quedamos enfrentados.

No me permitió hablar.

—El Coordinador del Colegio —comenzó—, me ha presentado su renuncia. Ya lo invité a seguir ayudándome otros tres años con el Colegio, pero se negó razonablemente y no pude insistir. No porque piense que ha sido poco hábil o negligente. Al contrario, puso orden en el Colegio.

Los implícitos no coincidían con mi memoria, porque el Colegio, que yo supiera, no había estado desordenado en la Coordinación de Alfonso, sino que, por una e intensa única vez, había estado trabajando académicamente casi entero y Coordinación General y Dirección del Bachillerato nunca tuvieron conflictos, sino de reconocieron colaboradoras.

—Me pregunto por qué siempre el CCH, como dicen ustedes, genera disfunciones Tiene un gene recurrente que se aviva para plantear conflictos. Creo que la revisión que ha estado usted conduciendo, bien en lo académico y hasta ahora sin mayores inconformidades, aunque veo venir un problema con los rechazados, porque el anterior Coordinador y Usted mismo han reducido la admisión anual de estudiantes de 24 mil a 18 mil. No ignoro que los Planteles tienen espacios insuficientes, pero la Preparatoria tiene grupos de 70 alumnos y salen adelante. Al final *del proceso, el Rector (Mala señal que comenzara a hablar de si en tercera persona, esfuerzo de novelista o de quien intenta ya comenzar a tomar distancia de las decisiones que él mismo ha tomado), consultará a los expertos (Peor, los expertos van a decir que deberíamos seguir las recetas de sabe qué autores, en lugar de los creadores de la docencia en el Colegio, nosotros los profesores. Somos los verdaderos expertos).* Para continuar el trabajo del Licenciado Pantoja, he decidido nombrar Coordina-

dor al Licenciado Rodríguez (*El Secretario particular: teléfono, citas, correspondencia, información del sistema de observadores, es un eufemismo para seguir escribiendo como universitario, delegados en Facultades y Escuelas. Así, pues, el secretario del Secretario de Rectoría, el mismo que me había señalado para aspirar al cargo apenas vacante*) El Licenciado deberá terminar la revisión, no sé por qué llevan más de cuatro o cinco años. En Ciencias se revisa el curriculum de una carrera en dos semanas (*Pensé ¡Áchis!*). Es el espíritu científico, para el CCH todo se complica con la política localista. Pero hay que terminar, manteniendo al Colegio en paz. (*Como si hubiera habido problemas en nuestros trabajos, a pesar de estar reduciendo la admisión, eliminando dos turnos, suprimiendo asignaturas que muchos profesores consideraban emblemáticas y de alto, e incierto, hay que decirlo, significado científico, elaborando programas institucionales obligatorios para los profesores, en vez de la multitud de subjetividades a la obra, y sobre todo manteniendo el modelo educativo del Colegio, de veras no sabe nada, sino la superficie del oleaje, sin ver el agua quieta del fondo*). Sé que usted podría aspirar al nombramiento, (*Me declaré íntimamente no aludido. Ese no era mi domicilio*), pero tras consultar a funcionarios concedores del Colegio, (*Bueno, sin duda únicamente también a Rafael*) he nombrado al Licenciado Ramírez y le pido que lo apoye, evitando dar pie a cualquier incidente. El Licenciado es un funcionario responsable y serio. Hará un buen papel.

No esperaba que contestara. En sus reglas del diálogo, tendría que agradecer, y despedirme. De todos modos, repasando su discurso al trasluz, sin dejar de mirarlo tranquilamente, con prudencia y recordando las informaciones de David, me declaré ajeno a cualquier aspiración y dispuesto a colaborar. Me insistió en que así me comportara. Nada más. Nos despedimos. Volví a bajar a la tarde de la explanada de Rectoría soleada y apacible, en esa estación sin flores, pero con los árboles llenos de hojas.



Comprendí que me habían manipulado. Me reconocí secretamente ofendido, pero me convenía no aludir con nadie a los agravios, sobre todo gratuitos. No pude en cambio, sin caer en los enredos conspiracionistas, encontrar para qué se habían tomado la molestia. ¿Simplemente un homenaje a las ambiciones imaginadas de un candidato evidente? Nunca había hablado con nadie de la sucesión del Coordinador, ni había tenido tiempo que invertir en convocatorias ni cabildeos.

Pero no me ha quedado otra explicación verosímil, sino que me temían y quisieron comprometerme a la obediencia y poner tras el nuevo Coordinador todo el peso del Rector mismo. Pero nunca se detuvieron a sopesar cuán poco universitario es engañar a un funcionario responsable de una Unidad Académica que atendía con un compromiso serio la enormidad de más de 60 mil alumnos, y coordinaba a unos 2,500 profesores. El Rector perdió una cantidad importante, si estas valoraciones pueden cuantificarse, de mi respeto por alguien que consideraba un científico de gran talla. ¿Actuaba, como Rector, con actitudes científicas? ¿Podía un científico carecer tanto de sentido crítico, para creerse sin análisis los juicios de sus colaboradores atrapados en ambiciones de poder nada académicas o de su informante, ella, que le escribía cartas que serían prueba de difamación en un juicio de película con jurado de doce miembros?

El nuevo Coordinador del Colegio, *Coordinador del Rector*, y no de la comunidad, que no había participado en nada para su nominación, había aparecido en mi vida de lejos, subido al escenario del auditorio Ho Chi Minh de la Facultad de Economía, seguramente en 1972. Era un chavo veinteañero, no alto, rubio, con bigote y de ojos azules, creo recordar. Habló con los acentos revolucionarios políticamente correctos en el Colegio, como quien repite de memoria, sin pasión, para mostrarse al unísono y congraciarse con la mayor parte de los 200 profesores que llenábamos el auditorio. A estas fechas del 25, cuando

escribo recordando, más bien interpretaría su izquierdismo como una posición priista seguramente bien llevada. No tuvo luego ninguna participación en ninguna de las discusiones con los representantes de las autoridades para los Cursos de Selección, el diálogo, como debía decirse en tiempos del presidente Echeverría, empeñado en demostrar su inocencia, y hasta su absoluta ausencia, en la matanza de Tlatelolco.

Luego, en los 70-80, nos conocimos e intercambiamos algunas conversaciones convencionales en las sucesivas foráneas de las direcciones del Colegio, pero en ellas, además del Director de Vallejo, surgido de Naucalpan, el interlocutor más interesante del plantel era Israel Galán Baños (en Pinotepa hay abundantes bancas del jardín principal con el apellido Baños de los donantes), acertadamente renombrado “Graciano”, antiguo secretario de la CNC, quién sabe cuándo en los 20 seguramente, a quien los lentes sin aro de Israel imitaban sin intención.

Graciano estuvo un mes, tras una lista de seis o siete candidatos, todos impotentes, tratando de entrar a Oriente como Director designado. Hubiera bateado bien, era astuto y educado para la política típica de una cierta izquierda universitaria, que era la prolongación de las costumbres del PRI por otros medios, ninguno académico. Los profesores lo impidieron. Renunció y, por fin, otro funcionario y Javier Palencia, con méritos en orden inverso, se hicieron cargo de la dirección efectiva y parcialmente capaz de desanudar las convicciones, o las terquedades, del Plantel. Pero no estaba escribiendo sobre Israel, sino del Coordinador del Rector, más bien serio y opaco.

El Rector me tuvo incansable una desconfianza empedernida. Me miró sorprendido, yo impávido, cuando me entregó el diploma del Premio Universidad Nacional en 93. Todavía en su último acto, al final de su segundo periodo, ante el Consejo Académico del Bachillerato, me confirmó en que puedes ser un científico eminente y ponerte a merced de inventos y mentiras,

no sólo sin tratar de verificar lo que te cuentan sin responsabilidad, sino tampoco ofreciendo a los acusados al menos la duda de su culpabilidad sin nunca haberlos oído.

Porque en su discurso de despedida, estamos ya a finales del 96, tuvo dos frases encadenadas, nacidas de su completo desconocimiento de las actuaciones más evidentes y por nadie negadas del Director de la Unidad del Bachillerato, por una parte, y del Coordinador nombrado por él, por otra. Dijo el Rector entonces que el Coordinador del Colegio había terminado la revisión del Plan de Estudios (para evitar que quienes no pertenecen al Colegio, puedan enredarse en mi relato, lo digo con claridad: de ninguna manera el Coordinador trabajó en la revisión del Plan de Estudios, toda ella obra de la Dirección de la Unidad Académica del Ciclo del Bachillerato, de su comunidad docente y de su Director), a pesar de los obstáculos que le habían ido poniendo “algunos de sus más cercanos colaboradores”. *Rector dixit. Pero nemo credidit ei.* No es de ningún clásico, pero el *dixit* me arrastró a la segunda frase.

Y nada más ajeno a la realidad. Cuando nombró a su Coordinador, el Plan de Estudios estaba terminado y la Unidad del Bachillerato se ocupaba de los diplomados para actualizar a los profesores en los nuevos enfoques, ampliamente renovados, especialmente en Talleres y en Historia, de todas las Áreas. El recién llegado consideró, eso sí y para tener algo de que vanagloriarse, que partes importantes de la comunidad no habían sido escuchadas. Así, en vez de comenzar la docencia de los nuevos programas en el primer semestre del ciclo escolar 1996, iniciado en agosto de 95, que se nos echaba encima, tomó dos medidas engorrosas e improductivas: abrió un periodo más de consulta en enero de 1996, en el cual no participó, al pie de la letra, nadie y formó comisiones con profesores de las Facultades y una minoría de profesores del Colegio para una última revisión de los programas.

Los profesores de Licenciatura, de competencia y buena intención indiscutibles, empujaron los programas hacia el enciclopedismo, con el argumento de cuánto hace falta que aprendan los estudiantes de Bachillerato de las materias que ellos enseñaban en las carreras profesionales. Así, la Biología se vio adornada de nomenclaturas de Botánica, evidentemente inútiles en las perspectivas del Modelo Educativo del Colegio; se puso en entredicho comenzar la Historia Universal con el surgimiento del Capitalismo, sin tener que recurrir a las herencias, reales, ¿quién lo negaba?, por cierto, de la Antigüedad Griega y Romana. Y así en todas las Áreas, la primera oportunidad de lograr programas de cultura básica, dedicados a lo importante de las materias importantes, se oscureció y quedó despojada de límites no perfectos, pero ciertamente mejor delineados para evitar el enciclopedismo, que se desvanecieron en más unidades de los programas, y que finalmente, cuando llegó la hora decisiva de ponerlos en práctica, los profesores no alcanzaban a cubrir en las 16 semanas de un semestre escolar.

Pero todavía, entre su designación desconsiderada, desprovista del todo de reflexión exigente, y el final de la gestión del Rector que lo nombró y el primer año de su sucesor, apegado éste sí sin balbuces a la realidad, se fueron acomodando agresiones, ensanchamiento abusivo e inexplicable de los límites de sus facultades reglamentarias, resentimiento y venganza. Los vi venir a veces me cubrí tras los primeros instantes de desconcierto. Mis colaboradores resistieron con paz y con firmeza, reteniendo las cuerdas del velamen para no dejar que los ventarrones (nunca alcanzaron tamaños de borrasca que no pudiéramos capear) arrastraran sin rumbo al Colegio. Ser arbitrariamente tratados nos enseñó a soportar con entereza, a no poner antes que el destino del Colegio ningún interés personal; a alzar los hombros, cuando esperaban vernos atribulados.

Han pasado tantos años que ningún sentimiento doloroso ha tenido la importancia de perpetuarse. Más bien queda el

recuerdo de una fraternidad de mi equipo de Dirección más ancha de lo imaginado antes, de una vigilancia constante, de un apoyo a la estrategia de no confrontación y de invención propia de soluciones académicas. Pudimos recoger la cosecha de lo que habíamos sembrado con cientos de profesores.

En agosto de 95, el Rector había previsto acertadamente que habría un movimiento de rechazados al inicio del año escolar que se echaba encima. La UNAM había fijado un tope a su matrícula escolar, pero no había podido hacerlo 15 años antes a las parejas metropolitanas en edad de procrear. En agosto los aspirantes al ingreso estaban organizados, entiéndase, habían sido organizados por activistas sociales, o mejor todavía los activistas se habían hecho cargo de los rechazados de la UNAM, digamos moderadamente, porque se trataba, creíamos adivinar, de Gobernación. ¿Había caído el Rector de la gracia federal o ya, a finales de su gestión, no les importaba tanto?

Después de varias marchas, no excesivas comparadas con las de la revuelta del CEU contra el intento del Rector de poner fin a las debilidades de la UNAM en 1986, que comenzaba en el Parque de los Venados y terminaban en la explanada de Rectoría, la cual, todo mundo sabe, no debe confundirse con la Explanada de CU, históricamente imposible de ser llenada por ninguna manifestación. Sería como ver venir el bosque contra las murallas de Macbeth. Los estrategas de Rectoría decidieron sacar a Rectoría del conflicto y las demandas de admisión se convirtieron en rebelión contra el nuevo Plan de Estudios. Esta transformación podía ser evidente, porque el Plan de Estudios Actualizado, al aumentar las horas de clase, que habíamos emprendido con el consentimiento de Rectoría, sin protestas de la Secretaría Escolar, se atenía al número de salones disponibles y en consecuencia reducía el número de grupos. A Rectoría le vino bien sacudirse a los rechazados y darles una nueva bandera, cortada y confeccionada en la Torre. Alguien escogió mal los

colores. El Colegio, finalmente, estaba acostumbrado. Que lo resuelva el CCH, dijeron. ¿Y por qué no la Prepa?

Lo llamativo, sin embargo, es que nunca en la movilización apareció el tema de la reducción de la matrícula, ya entonces reducida desde tres años antes. Sus consignas miraban hacia el futuro y la supresión de los turnos, como si antes no hubiera sucedido nada. Como que los dirigentes en la tiniebla hubieran cuidado de tampoco alentar un conflicto radical en el Colegio. No entiendes ni por qué te atacan ni tampoco por qué no intentan de una vez destruirte.

El 3 de noviembre tomaron los cinco Planteles. Pedían que no se modificara el Plan de Estudios ni los programas. Alegaban la función social del Colegio, creado para atender la demanda estudiantil, después de 68. Su movimiento se enlazaba con los acontecimientos ya mitificados del Movimiento.

El Director del Bachillerato no era el responsable directo de encontrar una salida, sino el Coordinador, capitán de la política en el Colegio, función que cumplía con frases almidonadas y consabidas, pero con una convicción auténtica. De todos modos, la Unidad del Bachillerato, que llevaba en serio la adjetivación de Académica, propuso establecer clases extramuros. Buscamos locales. No había. Eso se sacaba el Colegio por tener 13 mil estudiantes por Plantel. Encontramos la Universidad del Nuevo Mundo, del Opus Dei, que los profesores etiquetaron de inmediato “del Fin del Mundo”, en el límite mismo en que la urbanización de la Ciudad se detiene de golpe, sin caer al abismo del Mar Desconocido, al borde de la campiña sin término del Edomex, con innumerables encinos, huizaches, matorrales poblados de conejos, piedras viejas de la más lejana prehistoria, más allá del cementerio de Los Cipreses, camino de Huixquilucan, pero sin acercarse a esta población todavía lejos de quedar sumergida por Interlomas, Bosque Real y las expansiones adineradas derivadas de Santa Fe.

El Plantel Naucalpan se mudó. Los edificios eran una mezcla de estilos medievales kitsch, piedra y solidez, espacios de fortaleza o conventuales, donde podía aparecer Santa Teresa para reformar el Colegio, si éste fuera un convento carmelita. Ahí las clases continuaron sin más interrupción que las visitas de los maoístas de Matemáticas y de algunos estudiantes pertinaces. Los profesores huelguistas estaban en franca minoría. A las profesoras se les echaban a perder sus zapatos de tacón alto en el lodo bajo el pasto. La academia hace pagar un precio también a la elegancia.

Azcapotzalco levantó un campamento de tiendas alquiladas en el parque Tezozómoc. No había sillas. La doble fila de tiendas podía evocar momentos de cualquier destacamento del ejército de legionarios en una campaña de Julio César en la Galia, dividida “*in partes quattuor*”, como todos sabemos, o de la Primera Guerra Mundial. O un campamento extrañamente ordenado de refugiados. Pero había clases.

Oriente, que no estaba en contra del Plan de Estudios actualizado, pero tampoco de los huelguistas, decidió abstenerse. Vallejo, algo debe haber hecho que no recuerdo, pero el Sur ni se despeinó. Ni en esa huelga ni en ninguna otra. Los profesores del Sur merodearon en el Bosque de Tlalpan, pero solo disponían del edificio central, trasladado piedra por piedra del Parque Lira, con una fachada cargada y tal vez hasta armoniosa, seguida de un solo espacio amplio sin divisiones ni objetivos, y de las cabañas para festejar cumpleaños los fines de semana. Los profesores en grupos de tres o cuatro discutían sabe de qué y se retiraban habiendo señalado expresamente su asistencia, más regular que en tiempo de clases, que en esta coyuntura nunca impartieron.

Después de dos semanas, comenzamos a negociar con los estudiantes, guiados por alumnos de Filosofía, algo así como el CEU de segunda generación. Imaz, Ordorica y Santos y, en

otros tonos, Martí Batres, presidente del Senado en 2018, habían ingresado al Salón de la Fama y no se ocupaban de detalles, aunque seguramente compartían las posiciones ideológicas y estratégicas del movimiento, o las generaban. Pero al Director de la Unidad Académica del Ciclo de Bachillerato se le abrió una nueva etapa de discusión y de una alianza tácita e inconfesable con el nuevo CEU, para citar a algunos, Inti Muñoz y Belauzarán. Varios futuros diputados, universitarios de corte racional y mirada que trascendía las miopías de las tribus o poblados, que guardaron muchos años el calificativo “de izquierda”, aunque en los hechos la aspiración revolucionaria terminara por ser apenas un recuerdo de lo que nunca pudo suceder.

En resumen, discutimos el Colegio y nos fuimos acercando a una solución barata: una etapa final de discusión para enero de 96, a la que nadie asistió ni siquiera ellos mismos, ocupados en otras reivindicaciones; atención a los reprobados, que era siempre un capital en una moneda que emitíamos a discreción, sin supervisión de ningún Fondo Monetario, pero también sin fondos.

La toma de los Planteles terminó el 30 de noviembre en cuatro Planteles y el 1 de diciembre en Naucalpan. Acabó el semestre. En enero el Coordinador convocó a una nueva discusión sobre las propuestas de actualización del Plan de Estudio y los programas de todas las materias. Ningún profesor se tomó la molestia de participar. Lo habían hecho durante cuatro años. Los dirigentes locales de algunos grupos de alumnos repitieron en una sesión corta su tesis de la muerte del Colegio y del retroceso democrático, contrario a una educación científica y popular. Nadie contradijo, simplemente tomamos nota de que el estribillo, sin estrofas nuevas en adelante, se repetiría durante los siguientes 20 años, cuando un conflicto local se generaba. Era como gritar “Va mi espada en prenda, voy por ella”, y quedarse del lado del río a donde ya habían llegado todos los insurgentes. Que no eran tantos.



En Julio de 96 el Consejo de la UACB y luego el Consejo Académico del Bachillerato aprobaron el Plan de Estudios Actualizado por unanimidad.

En la primera reunión de Directores, en enero del 97, tras la designación de un nuevo Rector, lunes como acostumbrado, el Coordinador del Rector anterior, seguramente para hacer “un cáliz”, una calada, en la madera de la que estábamos hechos, una prueba de que seguía siendo el Coordinador bajo el nuevo Rector, planteó el tema de quién iría a Europa, a España concretamente, a buscar donde ventajosamente podrían hacerse cargo de la siguiente etapa del Programa de Apoyo a la Actualización y Superación (PAAS), el programa de formación de profesores de Bachillerato que el nuevo Rector estaba promoviendo decididamente.

Había discutido el proyecto con los responsables de Rectoría, ahora cercanos, y existía una propuesta de la Dirección del Bachillerato. No recurría a las consabidas universidades sin más, sino trataba de reconocer a profesores, de esas instituciones o de otros ámbitos menos resonantes, pero con mayor seguridad de concepciones de vanguardia en un Bachillerato. El Director Iría a Oviedo, donde Carlos Lomas coordinaba un centro de formación de profesores y publicaba una revista a tono, *Textos*; a Barcelona, donde Cassany comenzaba a enseñar en la Universidad Pompeu Fabra y a extender su fama, tal vez a Cáceres, conocida más bien por los funcionarios de Rectoría.

Pero el Coordinador no la pensaba así. Recurrió a una pieza oratoria en la que se ungía con los oleos de defensor de los que menos habían recibido, en este caso en viajes a Europa. Luego informaba que también su Secretaria General aspiraba a la encomienda y que el Director de Oriente se interesaba en hacer la tarea. En resumen, como el Director del Bachillerato había ido muchas veces a Europa y él olvidaba cómodamente que estos viajes, más bien largas estancias, no habían tenido

que ver con el Colegio, con un par de excepciones unos 20 años antes, había que ofrecer el bautismo de Europa a catecúmenos de nueva crianza.

El Secretario de Divulgación y el Director de Oriente se marcharon una semana más tarde y volvieron con las vaguedades consabidas acerca de profesores interesantes para el Área de Talleres que cualquier lector de periódicos (Internet todavía no alcanzaba la universalidad de unos años más tarde) hubiera descubierto. Ciertamente, se iniciaron en Europa, pero no produjeron nada para el Colegio. Los profesores del equipo de Dirección del Bachillerato se dieron cuenta, aunque no habían sido informados del acuerdo inicial, ni tampoco el Director comentó con ellos la decisión del Coordinador. Supieron al mismo tiempo que había guerra, al menos una batalla de revancha contra su persistencia en el trabajo de revisión ya terminado. Nadie dijo nada. El Director informó a Rectoría del cambio de señales, sin acusaciones ni quejas. Al fin de cuentas acababa de pasar, por cuenta propia, las vacaciones de Navidad con su mujer en París, diez días de 10 bajo cero enteros y de residuos de nieve que terqueaba en los rincones, con un aire glacial que pasaba feroz, pero silencioso e invisible, sobre los puentes del Sena.

Curiosamente, unos meses después el Coordinador, a expensas de la Universidad, viajó a Alemania, sin hablar ni alemán, sino un inglés incipiente, y sin entender de Ciencias Experimentales, a visitar las industrias que equiparían el Laboratorio de Innovación de cada Plantel, en jerga local de Naucalpan, Siladin. Eso sí, llevó consigo al Director de Naucalpan, que sí hablaba inglés de universidad americana donde había hecho un posgrado en Biología, y al Secretario Administrativo, de cuyos saberes no tengo noticia.

La bienvenida a los nuevos alumnos del ciclo escolar 1998 se organizó en una carpa en el estacionamiento de la Dirección de Ediciones Universitarias y, en esos días, entrada por avenida

del IMAN, lugar de inscripciones de la nueva generación de alumnos del Colegio. El Coordinador presidió la bienvenida y seguramente habló en algunos de los turnos de unos 400 asistentes, entre estudiantes novicios y sus padres. Me invitó a participar una mañana. Dije cualquier repertorio de lugares comunes, con convicción, porque seguía pensando, como lo sigo haciendo ahora, 2025 para facilitar la cronología a mis hipotéticos lectores, si llega a existir esta especie improbable.

Al término, el Coordinador, me llamó en voz alta, porque me encaminaba sin más en dirección a mi coche para regresar a la Dirección de la UACB.

—José, te espero enseguida en la Coordinación.

—¿Para? ¿De qué se trata?

Sonrió como dueño de los secretos.

—Ya lo sabrás. Que tus funcionarios también asistan. Es un acto público para la comunidad del Colegio.

Dominé mi inquietud.

Unos veinte profesores, mi equipo de Dirección principalmente y los funcionarios del Coordinador rodeábamos la mesa donde desde hacía años, nos reuníamos los lunes en Junta de Directores, con dos platos de galletas Macma y Nescafé (hoy no iría, al menos mientras no sustituyeran permanentemente la bebida por algún café incluso comprado en Aurrerá, para no dárselas de exigente. Las galletas más tarde comenzaron a ser Marian).

Los rostros de mis amigos estaban cerrados, silenciosos, mirando hacia delante sin ver seguramente nada. Esperamos en la oficina un cuarto de hora, aunque habíamos salido al mismo tiempo que el Coordinador.

—Los he convocado, al Director en primer lugar, para anunciarles oficialmente que he nombrado a la Maestra en Ciencias María Elena Cárdenas Secretaria del Consejo Académico de Ciencias Experimentales y, por consiguiente, Coordinadora del

Área de Ciencias Experimentales de la Dirección del Bachillerato. Como es lógico, pedí la renuncia de la Dra. Montes de Oca, que por cierto no me ha entregado. Doctora, hágalo hoy mismo. El Director de la Unidad presidirá la entrega de la Secretaría y dará a la nueva funcionaria, de reconocida preparación académica, todo el apoyo. Muchas gracias”.

Alcé la mano. El Coordinador no lo esperaba, pero aguantó. Asintió con un leve gesto de los labios. No dijo nada. Debe haber abierto su paraguas interior, como si esperara un chubasco.

—Jorge: tomo nota del nombramiento, pero quiero decir públicamente que no tienes derecho a nombrar un funcionario de la Dirección a mi cargo, no diré sin consulta, pero por lo menos con información. No veo ninguna razón para la renuncia de la doctora Montes de Oca. No tengo tampoco objeción específica a la designación que haces en solitario. Pero las facultades del Coordinador no son ilimitadas. Por de pronto, pienso que el Área de Ciencias Experimentales, por el número de profesores de carrera que tiene, muy bien puede tener dos funcionarios que sostengan, en colaboración, una carga de trabajo excepcionalmente pesada. Ya que hemos llegado hasta aquí, aprovechemos para mejorar nuestras estructuras.

No me miraba; algo, un metro más arriba de mi cabeza, ocupaba su atención. Estuve a punto de burlarme dando la espalda para mirar la pared hacia arriba, pero no llegué al borde errado de pasar a los actos.

—Me atengo a lo dicho. Muchas gracias.

En la travesía de la explanada de CU, me di cuenta de que iba a ganar el set. Faltaba mucho, pero por de pronto había dado la cara en presencia de los funcionarios de la Coordinación y, sobre todo, de la Dirección. Sabía que los profesores de mi equipo estaban orgullosos. No cualquiera. Además, la doctora era querida en especial de las profesoras de mi equipo, la mayoría, con quienes comía y murmuraba a diario contra la minoría de la

Secretaría Académica que incluía a la Secretaria misma, Rosario, curiosamente, de toda mi confianza. Trabajaba bien, tenía todo al día. Mi propuesta de contar con dos Encargadas halagaría a los profesores de Experimentales, el área grande del Colegio. Ahora tenía que informar a Rectoría, al Secretario General, y obtener una plaza administrativa para retener a la doctora Montes de Oca trasladado piedra por piedra del Parque Lira.

En la Dirección el ambiente era de indignación y dignidad. Ofendidos, pero no sometidos. Pasé manteniendo la sonrisa y animando a cada uno a seguir adelante. Llamé al Secretario General de la Universidad, me concedió una cita. Obtuve la plaza, menor nivel que la existente, pero real. Tenía dos funcionarias en lugar de una. Sobre todo, podría comparar la información acerca de la marcha del Área y de su Consejo Académico, sin recurrir a profesores de los Planteles, y compararla con la que reflejaran las futuras acciones del Coordinador, a quien informaría la recién nombrada funcionaria, leal a quien la favoreció, más allá de la desnuda objetividad, como era probable.

Las dos profesoras, una Coordinadora y otra Secretaria, nunca se quisieron, pero tampoco pelearon. El Consejo Académico de Ciencias Experimentales ni mejoró, ni empeoró, sino todo lo contrario, y en realidad no pasó nada. Como nunca fomenté la crítica al Coordinador entre mis funcionarios, la información que haya llegado a sus oídos distraídos, supongo que fue la misma que antes. Poca cosa.

**UIP/97, CCH Informe sobre la inauguración de los Juegos del Colegio**

“Licenciado

*Le presento el informe general de los acontecimientos del jueves pasado en el Plantel Azcapotzalco.*

*Llegué al Plantel a las 14 horas y estuve recorriéndolo. Se sentía tranquilo, siempre mal barrido, aunque algunos activistas estaban reunidos junto a la Sala Juan Rulfo, unos 10, con las hermanas Martínez, y Rivera Macé, que volvió hoy al Plantel. Al parecer tiene otras misiones que le encomiendan sus jefes. Usted sabe quiénes son. Roberto vive de su activismo, tiene un hijo de un año, pero no sabemos dónde ha estado activo estos últimos seis meses. Puede ser en Bachilleres o en el Edomex, muy cercano al Plantel, como alborotador encubierto en los actos públicos del Gobernador.*

*El Director de la Unidad Académica del Bachillerato (UACB) llegó acompañado de uno de sus secretarios, el maestro Medina, “el Charlie”, apodo con el que lo nombraban los universitarios de la Crujía C de Lecumberri, y se fue directamente al campo de básquet donde se iba a celebrar la inauguración. Ya había llegado el Coordinador del Colegio acompañado de los Directores de Azcapotzalco, el anfitrión, Sur, Vallejo y Oriente. El Director de Naucalpan no estaba con ellos, pero sí en el Plan-*

tel, lo vi en la explanada de la Biblioteca platicando con unos profesores de Biología. En cuanto llegó el Director de la UACB se le acercó y llegaron juntos a la tribuna. La ceremonia fue de escuela secundaria, con estudiantes vestidas estilo porristas a la mexicana, como las animadoras de americano del Poli, o de la UNAM también. Se presentaron varias tablas, el Director de la UACB tomó la palabra brevemente para invitar a los alumnos a pelear fuerte y lealmente en las competencias, sin olvidar que sus adversarios son sus compañeros y “mejor todavía”, sus hermanos. El Colegio avanza, cuando hay entendimiento y respeto. El Coordinador inauguró los juegos, al estilo del gobierno, formalmente y sin nada educativo. Ahí terminó todo. Más exactamente, comenzó.

El Director de la UACB se dirigió a la salida de Aquiles Serdán por el estacionamiento del lado del parque Tezozómoc. Un grupo numerosos, yo diría que todos los profesores de Educación Física lo acompañaron hacia la salida. Los demás de la tribuna desaparecieron sin despedirse, porque de pronto, ya en la cercanía de la Dirección del Plantel, cerca de la salida, el Director preguntó por ellos, pero nadie sabía nada, o tal vez no quisieron decirlo. Al pensar más tarde en lo ocurrido, creo que salieron por una puerta de acceso de camiones, al lado sur del Plantel. Es la puerta por donde deben haber entrado hace tres años, cuando desvalijaron una vez más el almacén de audiovisual y se llevaron 40 computadoras todavía empacadas. Pienso que usted lo sabe, porque Rectoría participó en la investigación, cerrada sin resultados. Como el Director del Plantel estaba con el Coordinador y los otros Directores, de Oriente, Sur y Vallejo, debe haber facilitado la salida. Los choferes los estaban esperando, probablemente para llevarlos a su destino. Imagino que el Coordinador los acompañó a unas copas. Era su costumbre en Vallejo.

Retomo el informe sin más especulaciones. Con el Director de la DUACB y el Director de Naucalpan, que nunca se separó de su

lado, como ya dije, estaban los profesores de Educación Física, unos 30. Uno de los Coordinadores no se separó en ningún momento del lado izquierdo del Director. Entre la Dirección y la puerta de Aquiles Serdán hay 50 metros. Había reunidos unos 200 estudiantes y ahí sí, ya estaban los líderes de los activistas. Una de las hermanas Martínez se subió a la caseta del vigilante de la puerta y declaró que no dejarían salir al Director, porque el Plantel estaba lleno de basura, sobre todos los baños, una vergüenza para las alumnas, sobre todo. Se intercambiaron dimes y diretes. El Director estaba calmado y respondía sin agresividad. Quería subirse a la caseta, porque, decía, que quería hablar a todos los estudiantes y no solo dialogar con una activista que estando arriba dominaba la asamblea, pero los profesores de Educación Física no lo dejaron, decían que podría salir una pedrada y ni quién se entere de dónde.

Finalmente, el Director se subió. Estaba contento. Les ofreció a los alumnos dos puntos: 1. Una comisión de ambas partes, pequeña, para revisar los baños y verificar lo que se decía de la suciedad; 2. Una reunión, que se programaría de común acuerdo, para discutir los problemas de mantenimiento del Plantel y resolverlos. Añadió que lo que estaban haciendo los tres o cuatro líderes de los grupos políticos era un secuestro, un delito definido en el Código Penal e inadmisibles en la UNAM. Que vieran cómo los manipulaban para fines e intereses externos al CCH, que no tenían nada que ver con terminar su Bachillerato e irse a CU.

La asamblea aceptó, los alumnos que estaban de mirones aplaudieron. El Director se bajó del techo de la caseta y, acompañado del Director de Naucalpan y del Abogado de la Coordinación, que también estuvo siempre en el conflicto, se reunió con la chava Martínez y otros tres o cuatro activistas alumnas. Entraron solos hacia los baños del primer edificio al fondo de la explanada.

Al llegar, resultó que el baño era de mujeres. El Director se negó a entrar, porque dijo:



—Me imagino que si hay una alumna va a asustarse de verme dentro y va a gritar y luego ustedes me van a acusar de violencia sexual o de cualquier otra ocurrencia. Entro acompañado del abogado, del Director de Naucalpan y de una o dos alumnas que acuerden ustedes. Antes, avisen por si hay alumnas en los baños, para que se enteren y se salgan”.

La chava Martínez gritó que salieran todas, salieron dos, sorprendidas y a medio peinar y avisó que el terreno estaba despejado. Entraron. Me colé detrás y nadie dijo nada.

No sé cómo, pero el baño estaba impecable, como un espejo. A lo mejor todos los demás estaban mugrosos. No lo dudo, porque una semana después del mantenimiento a fondo que les dieron a todos los baños del Colegio, Azcapotzalco batió récord en ensuciarlos de nuevo. Revisaron uno por uno los excusados, limpios, con papel (dura poco, porque se lo llevan, ese día deben haber surtido, seguro por los Juegos). Los lavabos y los espejos también casi brillaban. Las alumnas no decían nada, pero se las veía sorprendidas.

Salieron y el Director de la **DUACB** les dijo que el problema de la limpieza no tenía el tamaño que le atribuían, repitió que atendería los asuntos que quisiera plantearle la comunidad del Plantel, repitió dos veces “la comunidad”, por escrito, y que se retiraba de Azcapotzalco contento de haber llegado a entendimientos razonables e inteligentes.

Lo acompañó la comisión bipartita hasta la puerta sin nada más. El Director se despidió de los Profesores de Educación Física y abrazó a sus Coordinadores. Todos sonreían.

Más tarde me enteré de que media cuadra al Sur del Plantel Rivera Macé se subió al cofre del Tsuru que manejaba el Director, y estuvieron discutiendo a través del parabrisas, hasta que Rivera se bajó y los dejó marcharse.

Opino que el esquema básico de los hechos fue una trampa contra el Director de la **UACB**. No me toca señalar responsables,

*sólo referir lo que pasó. Igualmente está clara la lealtad de Educación Física. No ha habido mejoras de nombramientos, sólo atención a las necesidades, de modo que no puede deberse a clientelismo, sino a respeto por el Colegio. Por otra parte, el Director tiene agallas y le gusta aventurarse y arriesgarse, no es usual que un Director se suba a una caseta para hablar con un grupo de 200 estudiantes. El Colegio siempre ha tenido profesores de un estilo propio. Perdón por estarme excediendo en opiniones, pero soy egresado de Naucalpan y fui testigo de muchas asambleas con grupos políticos que enfrentaba el Director. Le envío este informe y, si tiene dudas o le falta información, siga a sus órdenes”.*

Como otras veces, los nietos de Don Henrique y Lolita, su hija, bajaron para salir a la escuela. Los niños tenían no sé qué de europeos, o quizá sus uniformes y mi nostalgia de Italia o Francia. Llegó la charola con el *espresso*, y quizá el café y el piso de madera por una metonimia empujada por la nostalgia y esforzada por acercarse de muy lejos a la poesía, avivaban mi recuerdo escondido. Pura añoranza. A pesar de los años de Nescafé, cuando mucho en Comillas, luego borrados por el café italiano a las 11 tras la segunda clase de la Universidad, la media hora de interrupción a la mitad de los cursos en el bar de la esquina de Piazza de la Pilotta, o las conversaciones en el *Boul Mich* con Horacio Peña, el poeta nicaragüense, de “Cuando lleguéis a viejos/adoraréis la piedra/si es que llegáis a viejos,/si es que para entonces queda alguna piedra”, no respondo de la cita en su materialidad, o sí, pero la imagen...

En 2018, el Director General, en su campaña de reelección, me invitó (nunca me había pelado, recuerdo y corrijo, una vez a una plática con su cuerpo directivo en el Radisson) a hablar de Don Henrique en la ceremonia de imposición de su nombre a la Sala de Usos Múltiples del Sur que en mi discurso confundí con la Sala Z. Lolita estaba igual a la vaga imagen que tenía de ella, apenas entrevista, pero exacta en actitud y sonrisa que me dirigió, apenas crucé la puerta, más que un viento ligera.

Los niños, en cambio, iban entonces en 2018 de salida de la adolescencia, al final del Bachillerato o quizá ya en los primeros años de facultad. Pero ahora recuerdo en una mañana cargada de lluvia que no termina de soltarse, repaso algunos tramos de nuestras conversaciones en los primeros años del XXI.

—¿Cuántos profesores de asignatura tiene el Colegio? ¿Cuánto les paga la Universidad? ¿Ya calculó, José, cuanto reciben por hora? Por lo menos lo sabe, me acaba de dar la cifra exacta, pero no gana nada el Colegio con que su Director lo sepa. Hay que hablar con el Rector y reclamar lo justo. Los Universitarios hemos perdido la capacidad de exigir las condiciones para una docencia digna, porque hemos dejado que un sindicato, aunque sea cortés, es una manera de evitar otros adjetivos, y cortés tiene que ver con corte, la corte del rey, usted me entiende, presenta las demandas que nos corresponden y acepta los salarios y un disimulo de mejoras insustanciales, que no nos satisfacen. No sé si le tocó recibir la canastilla que da la Universidad a las profesoras y trabajadores que acaban de ser madres. Nunca han hecho una sola huelga, aunque seguirán manteniendo alguna legitimidad, si los profesores votan. Tampoco el otro sindicato cumple. Pero quiero invitarlo a pensar si es un deber de un Director General presentarse ante el Rector y demostrarle cómo los salarios miserables, perdone el dramatismo, son el primer impedimento de la docencia que la UNAM debe a sus alumnos, que admitió por concurso, no lo olvide.

En Pino, colonia Florida, estaba la casa donde vivía don Henrique. Tres o cuatro veces me invitó a tomar un café y a conversar sobre el Colegio. Imagino, ahora, pero no lo hacía al inicio del siglo y prácticamente de mi mandato de Director General, que se sentía responsable de fijar algunas señales para un universitario más joven que él, que me ayudaran a imaginar por mi cuenta el camino que se podría delinear entre ellas.

Ignoro por qué esperaba, ni con cuáles argumentos o vagos indicios, que llegara a ser un firme y apasionado del espíritu

universitario que comenzaba a erosionarse en su forma clásica y tendía a hablar en voz baja, o a callarse, en una institución descomunal configurada como archipiélago, pero de cualquier modo el espíritu sopla todavía donde quiere.

Sin duda, lo que más le preocupaban eran los alumnos, el trato respetuoso y exigente que todos teníamos el deber honroso de dispensarles. Miro el renglón anterior y me doy cuenta de que empiezo a acercar mi escritura a su discurso. Con mis palabras, en las que resuenan leve y firmemente las que me heredó, mantengo activa la presencia de don Henrique en mi vida universitaria.

Omitiré el intento que sería fallido, de reconstruir cada una de las conversaciones como unidades separadas. Pero puedo resumir algunas enseñanzas afortunadas para mis responsabilidades.

Me llamó la atención su juicio acerca de quienes en tiempos del Congreso querían “cambiar la Universidad”. En su perspectiva, buscaban cambios para los que no se requería transformaciones extraordinarias de normas y estatutos. La ley Orgánica y el Estatuto General bastaban para emprender cualquier cambio indispensable. Pero antes había que leerlos. Y los “reformadores” nunca lo habían hecho o su mirada había corrido por las páginas normativas con las puntas de los pies, sin atender a la amplitud de las normas universitarias.

—No hay que crear nuevas leyes, hay que aprender a aplicar las que la Universidad ya atesora en sus instrumentos normativos. No hay nada que no pueda emprenderse con la legislación de que disponemos. Pero hay que conocerla. Buscan novedades y van a terminar donde ya estamos. Siempre es posible encontrar resquicios y combinaciones de reglamentos para inventar. Por supuesto no vamos a ir contra los grandes principios, la libertad de cátedra que Caso reivindicó contra Lombardo, que al menos declaraba abiertamente lo que nuestros revolucionarios sin ciencia actuales quisieran imponer a la UNAM por la fuerza. Ni

vamos a despreciar las normas vigentes, pero son instrumentos para regular la vida social comunitaria. Y los instrumentos se usan diestramente, como artesanos que somos de la educación.

“Quien enseña, tiene derecho a evaluar. Recuerda nuestro encuentro, cuando las debilidades y fortalezas, no de la Universidad, sino del Rector Carpizo, provocaron las discusiones de futbol americano académico, concedamos con generosidad, lo que no pasó de circo callejero, las del Justo Sierra, no hay que dejar que el adversario, note que no digo enemigos, nos imponga su lenguaje. Nunca deje que las frases erróneas penetren en el registro del habla, menos aún de la escritura del Colegio, para no hablar de su normatividad, lo que sería imperdonable. Intervenga, responda, corrija, obligue con la razón a emplear un castellano exacto, para hablar de una institución que lo merece.

“No se puede gobernar la Universidad con grupos de alumnos. “Los conejos” fracasaron en sus intentos de retroceder hasta la Colonia. Esta Universidad es, desde luego, de factura liberal y con una conciencia social real, aunque no siempre aparezca, o lo diré con mayor precisión, aunque no se preocupe de estarlo mostrando en la superficie. No tenemos mosaico de nuestras ocupaciones y preocupaciones, en los muros de los hechos, por las necesidades del pueblo mexicano que nos sostiene. No lo olvide, José, agradecer al pueblo es parte de ser un buen maestro.

**E**l sol de la mañana recorría la ladera de la punta del Pico del Águila hacia los bosques espesos de pinos y despedía un rocío de luz tamizada más arriba, como si quisiera alcanzar un cielo azul no tan extraño en estas alturas, 800 metros más arriba de la antigua Cuenca del Lago, La Ciudad, hoy CDMX, el último estado federado de la República. Ni se notó el cambio, el Presidente siguió, para decirlo suavemente, supervisando el trabajo de gobernar una ciudad con islas bellas, rodeadas de desorden, baches y hondonadas terribles de miserias y balaceras. Y de inundaciones repetidas conforme te vas acercando a lo que fue la amplísima extensión de los lagos, mitad de agua dulce, la otra de agua salada. Y ahí decidimos, ¿cuándo?, vivir. O lo confirmamos, porque era la capital de los aztecas.

Era un jueves ordinario, en 97, vacaciones de las escuelas de la SEP y tráfico reducido, julio pongamos por caso. Sin embargo, ni ahora en 2025 tengo la costumbre de retener las fechas exactas, me bastan las estaciones, en lo que aquí tienen de vigencia, no entra en mis protocolos de preparación para manejar hacia CU y trabajar en mi cubículo de la Dirección General, donde está la adscripción de mi plaza de carrera, justo cuando puede uno todavía fingir un comportamiento apaciguado gracias a la ignorancia de lo que cada día va a entorpecer tus proyectos, quieras o no, porque disfruto pensar en paz, pero mi memoria

acaba de estacionarse muchos años antes, cuando plantaron los pinos, a los lados de la carretera Picacho-Ajusco a principios de siglo, y ahora alinean sus columnas de catedral incompleta, todo para decir que mi celular sonó. El nuevo Rector era Paco Barnés, mi celular estaba encendido y, en ese tramo de la carretera, que a veces te ponía enfrente las colinas de edificios altos de Santa Fe y una curva después el montículo de tezontle ya enano de San Lorenzo Tezonco y los volcanes, había señal. Sonó el celular. Respondí.

—Hola, José, soy Brígido. Tomaron tu Dirección. Es un grupo de estudiantes. No han querido hablar conmigo, quieren que tú llegues.

—¿Quiénes son? Me refiero obviamente al grupo político. ¿Qué chingados quieren?

—No dicen nada. Llegaron a las 7, estaba un chavo de la Secretaría Administrativa vigilando el reloj checador. Sacaron a Chepinita y a Elvirita, tus abuelas predilectas. No las molestaron. Me avisaron y me vine. Están llegando mis vigilantes de confianza. No haremos nada hasta que llegues. El Rector ya sabe y está en la Torre, no por la toma, siempre llega a las 8.

—Dame 10 minutos y estoy contigo.

—De acuerdo.

Entré por Universidad, por la puerta al lado de Personal, pero no al estacionamiento de la Dirección, me bajé antes de la barrera.

—¿Cómo sigue el asunto?

—Nada nuevo. Mira, el Rector quiere hablar contigo, porque te toca a ti la decisión. Eres el Director de la UACB. Rectoría no quiere pasar sobre tu autoridad.

—De acuerdo. ¿Cuántos son? ¿Sabemos ya de qué grupo político? Supongo que no hay armas en los alrededores —Brígido asintió—. ¿Qué opciones tenemos y cuáles son los costos de cada línea?



—Fundamentalmente son dos: una, te declaras dispuesto a negociar, recibir el pliego petitorio que estos pendejos no traen, lo que parece significar improvisación e incluso manipulación, son otros los de la idea y los tripulan; dos, entro con mi gente, los inmovilizamos y los sacamos. Punto.

—Hoy no me gusta la idea de negociar, porque no hay ningún antecedente que merezca un hecho aparatoso como la toma de la Dirección de la UACB. Nada en los Planteles, ningún atropello imaginario atribuible a ninguna Dirección local. Un pliego puede inventarse en dos minutos: más extraordinarios, retiro de actas de hace medio año, qué se yo, algo se les ocurrirá. Lo malo es aceptar que no devolverán las instalaciones hasta que no les digas que sí a todas sus ocurrencias y termines de cumplirlas. Puedo pasar 15 días fuera de mi cubículo y lo mismo mis colaboradores. Se pierde tiempo y es humillante. Puede que hasta salga en los periódicos. En la otra rama, hay que correr el riesgo de que alguien, tratándose de tu grupo de élite, me inclino a imaginar que serán ellos, que alguien salga raspado. Hay que cuidar que no haya sangre o muy poca y sin mayores consecuencias. Sobre todo, que nadie se caiga por las escaleras.

—Por eso no te preocupes. La consigna es inmovilizar y expulsar hasta la escalera que da junto a la antigua Imprenta Universitaria, no al Circuito Escolar, porque ahí hay, o puede haber, activistas, de tu Facultad, por cierto.

—De acuerdo. Entra sin decir nada más. Las preguntas las hiciste antes y no respondieron. No hay nada que discutir. Si hay que romper la chapa, adelante. Y sácalos, como ustedes saben hacerlo. Hay que cuidar que no haya ningún trabajador, los profesores todavía no llegan. Del segundo piso por el puente a las escaleras. Menos testigos, menos chismes. Y que se vayan a visitar la librería.

—Te paso al Rector. ¿Rector? Aquí está Bazán, querías hablar con él.

—Hola José. Estoy al tanto. ¿Qué han decidido tú y Brígido?

—Paco. Lo más conveniente y, mientras más rápido, mejor, es sacarlos por la fuerza. Estamos tomando precauciones para evitar violencia. Con los 20 y tantos vigilantes de Brígido, su cuerpo de marinos de asalto, se puede. Asumo mi responsabilidad de la decisión.

—Coincido. Estoy de acuerdo. Tienes mi apoyo. Adelante. Me informas en cuanto termine.

Brígido se cerró la chamarra y echó a trotar hacia la escalera, Dos vigilantes cuidaban que nadie subiera detrás. Bajaron dos trabajadores que todavía seguían en el primer piso. Se hizo un silencio en el estacionamiento y cada quien empezó a jugar a las estatuas de marfil, quieto donde lo había sorprendido el fin de la conversación con el Rector.

Ningún ruido, quince minutos. Tuve tiempo de pasar de ligeros estremecimientos de ansiedad, a la expectación tras la pausa final de los dos minutos de un partido de americanos empatado, pasaron lentas nubes caprichosas por el cielo del estacionamiento. No lloverá. Seguro sale bien, no creo que esto crezca. Pero alguien debe haberlo tramado y armado, los invasores por puro presentimiento no parecen del Colegio, actuaron de manera organizada, serán más bien exalumnos de alguien, ya de facultad, de una misma, porque es difícil mantener un grupo operativo de matriculados en tres o cuatro facultades, es más complicado reunirlos. Pueden ser alumnos actuales de alguien que enseña en alguna carrera. Apuesto por Ciencias Políticas. Bien por el Rector, me preguntó y aprobó mis decisiones. Aparecieron dos vigilantes cargando a un muchacho que sangraba por la nariz para llevarlo a Servicios Médicos en una patrullita.

—Doctor, pobre muchacho, lo golpearon estos salvajes. Mire cuánta sangre.

Elvirita no llegó a sollozar, pero su sentimiento era veraz. Había también indignación, seguramente veía en el herido a

muchachos de su barrio, o sus nietos, uno de los cuales, todavía chamaco, trabajada en la Dirección.

—Lo siento, Elvirita, pero no quedó de otra. Tomaron la Dirección sin motivo, no hay nada que resolver. El golpe de todas maneras no debe haber sido fuerte. La nariz sangra mucho y con cualquier testereo. No se preocupe, ahora lo van a atender en Servicios Médicos.

No quedó muy convencida, su mirada seguía estando triste. Sentí que me encontraba en un lugar donde, más allá de todas las especificaciones del incidente, por debajo latía la lucha de clases. No era un problema de culpa, había tomado la decisión correcta y resultó, además, económica.

Los ocupantes de ocurrencia no tenían nada que justificara su atropello. Pero Elvirita había sentido el poder que eliminaba un abuso violento empleando la fuerza. Y ella y yo no estábamos del mismo lado de la raya.

Lo ocupantes no volvieron nunca. Brígido entró a mi oficina y me pasó la información completa. El grupo había sido enviado por el Coordinador General. No sabía decir a través de quién, porque no podíamos imaginar que personalmente buscó golpeadores desempleados y los incorporó al asalto. Su pretensión era inmovilizar la Dirección del Bachillerato y todo su equipo mientras más tiempo, mejor, siempre pueden añadirse demandas al pliego inicial que nunca acaba de negociarse y, si aceptaste esa situación, tampoco es tan barato retomar tus instalaciones por la fuerza.

No podríamos trabajar y perderíamos prestigio: “Si tomaron la Dirección, algo debe haber hecho el Director y no acepta corregir sus desmanes. Que intervenga el Coordinador”. Por supuesto en dos sentadas de rollo sin significado resolvería todo, porque los asaltantes estaban a su servicio. Sería el héroe. Barato.

El mecanismo era el mismo que el intentado en la inauguración de los Juegos Deportivos del Colegio en Azcapotzalco. En

los dos casos fracasó.

El Rector quedó contento. Coincidiámos en el espíritu aventurero de acción pensada y riesgo medido.

**E**l profesor tomaba el Periférico en el entronque con el inicio de Picacho-Ajusco a las 6:20 en pleno 2002 y llegaba a Naucalpan a la clase de las siete, amaneciendo en el aire sucio, amarillo y aplastado contra el rostro de la ciudad. El WTC alcanzaba a sacar la nariz de la capa de aire oscurecido que subía hasta un azul tenue a mitad del cielo. No había coches, se acordaba de los años en que llegaba a las siete, saliendo a las 6:30, pero de Coapa, más precisamente de Villa Coapa, para no confundirse con los fraccionamientos clasemedieros que empezaban a brotar de los baldíos inmensos y que el temblor de 2017 diezmó. De Coapa a San Jerónimo en los 70 iniciales no había nada. Sólo milpa como un mar que el Periférico atravesaba camino de alguna tierra prometida o de huida sin rumbo deliberado sin poder escapar de la Ciudad y sus archipiélagos conurbados encarrerados a volverse interminables.

El grupo de Talleres de Lectura y Redacción, uno de sus inventos, no en solitario, sino en equipo con lo mejor que el Colegio había tenido de profesores de la materia, contaba con 52 alumnos, dos sentados, sin un lugar realmente existente, en las mesas movibles del salón. Pero la Administración Escolar seguía apostando despiadadamente a la deserción de un 10% el primer año. Tenían 15 minutos de tolerancia para llegar y llegaban. Menos uno. Las primeras veces ni siquiera lo miró,

le hizo seña de “adelante y aprisa” con la mano llena de gis y no perdió el hilo de su explicación de las secuencias del relato. Era una excepción, pero no se produjo ningún incentivo para futuros retrasos de otros alumnos alegando la flexibilidad aplicada como pretexto.

Cuando llegó febrero, lo reconoció y supo mucho, porque la mirada se le quedó fija en el rostro ligeramente triste del alumno. Algo, un pesar o tal vez, para no buscarle, la pobreza, y su peor acompañante, el hambre, se había estancado por costumbre en su interior desde hacía años y se asomaba a su piel morena aligerada. Traía una sola camisa de manga corta, verde diluido, delgada, como el cuerpo que se adivinaba en su disfrazada desnudez. No necesitó tocar su frente para asegurarse de que el frío, y no sus huesos, lo sostenía. Adivinó probablemente que llegaba sin desayunar o vete a imaginar qué brebaje caliente y aguado había intentado engañar el vacío de su cuerpo interior completo. Le preguntó que de dónde venía. Claro, de más allá de Atizapán, seguramente de las casas de techo de cartón en la ladera sin vereda de cualquier lomerío pelado y recorrido por un viento interminable y despiadado todo el invierno. No tiritaba, se arriesgó a suponer, porque dominaba sus estremecimientos, por alguna especie de pudor. Le preguntó cuánto tiempo duraba su viaje de su casa, ¿lo era?, al Plantel. Le susurró que se levantaba a las cuatro y salía a las cinco, pero si la pesera iba a tope o no pasaba, era imposible llegar a las siete. Lo libró de la regla de los 15 minutos con una excepción previsoras, personal y permanente. En adelante, cuando llegaba, se miraban un momento en un saludo de digna sobriedad del chamaco y se sentaba dónde podía. Imaginaba que ahí comenzaba a calentarse, después del desasosiego de una noche helada apenas cubierto por una colcha desvaída. Luego quieren que el Colegio produzca egresados parecidos a los del TEC o a los de la Preparatoria, incluso. Pero sucede con muchos, ¿cómo? En la

UNAM educamos a un número insospechado de orras y chavos que llegan ateridos de hambre.

Le contó la historia a un funcionario de Rectoría. Simpático e inteligente, le prometió regalar 50 chamarras de los Pumas para alumnos sin suéter. Seguro se le olvidó, aunque nunca dejó de ser simpático e inteligente. Y yo tampoco hice más que invitarlo a leer fragmentos de la épica de Homero.

—Por fin hubo un Rector con lo que les faltó a los anteriores para cobrar en la UNAM.

—No es cosa de agallas, es un atropello contra los más pobres.

—Yo no veo claro. La noticia hasta ahora dice únicamente que habrá cuotas. Hay que ver en detalle los acuerdos del Consejo Universitario de ayer.

No comenté nada. Era consejero universitario, estuve en la sesión y voté los acuerdos. Pero no tenía ganas de comenzar una discusión, que sabía sin término. No supe por qué se había hecho una miniasamblea de funcionarios en el prado que separa felizmente la Dirección General del CCH del edificio de los Consejos Académicos, aunque en esos años el Coordinador del Consejo era Alfonso, pero ahí estaba y yo era el más importante, de modo que, si esperaban información o tomas de posición, el Estatuto General me inscribía como el primer orador de oficio. La verdad es que no tenía ganas de declararme a favor de las cuotas, aunque no estaba en contra, porque tan sorprendente fue el planteamiento, dos días antes de la sesión, para los consejeros profesores y alumnos, como para los directores, yo entre ellos, incluso para quienes habíamos de casualidad visto al Rector 10 días antes.

Después del Consejo Universitario nadie pudo darme razón, o nadie quiso, porque no acertaban a imaginar cómo venía la



jugada, y el fracaso de las “Fortalezas y Debilidades de la UNAM” de Carpizo había dejado la sensación de que un Rector bien puede atreverse a emprender reformas profundas sin evaluar bien sus fortalezas, para terminar con una humillación como fue informar al Consejo Universitario, un año más tarde, que de los puntos que quedaron a discusión de los Consejos Técnicos y no se derrumbaron por su cuenta y desde antes, apenas dos o tres habían iniciado los pasos previos a su consideración, con la evidente perspectiva de no terminar nunca.

De cualquier manera, un año antes, saludé de lejos a los más amigos y me acordé de 87 tras la reunión del Consejo que retrocedió y suspendió hasta nueva reconsideración los acuerdos de Fortalezas y Debilidades, ateniéndose a estas últimas. Bajé del cuarto piso por la escalera. Había una sensación de dispersión de tropas y de ausencia de mandos. Me acordé de las subidas desordenadas de los que tomaron la Dirección de Economía hacia 1979, de cualquier modo era el segundo periodo de Soberón, cuando nombraron a Elena Sandoval y protestó un contingente que comenzó a gritar en la explanada, entró a la Planta Baja, subió al entrepiso, se oía más fuerte; al primero, no había insultos, sólo pedían casi en voz baja una sustitución de nombramiento ciega, es decir, sin proponer candidatos; al tercero, el Rector suspendió la sesión y se retiró por la escalera de atrás, cuando los gritos que entonces subían entre el segundo y el tercero, se entrecortaban con jadeos. Entraron. En la presidencia no había nadie. Los consejeros estaban en sus sillones platicando, es el verbo y su superficialidad sin problemas, con cara de curiosidad: Y ahora, ¿qué? Silencio, cada quien se fue retirando cuando le pareció. Los manifestantes, habían subido cuatro trechos de escalera, ya habían recobrado el aliento, pero no tenían ganas de gritar si el Rector, a lo mejor ya ni en la Torre, no los oiría.

De todos modos, pedí ver al Rector de nuevo. Vuelvo al inicio del 99. En el mismo salón y en la mesa de reuniones. Era ene-

ro, pero no hacía frío. El Rector tenía más apagada su alegría combativa. No había angustia, ni siquiera alarma, apenas la seriedad de quien tiene que resolver un problema en el que la comunidad universitaria se dividiría. Pero, al parecer no iba a seguir el esquema tradicional, izquierda contra derecha, que en términos universitarios no tiene que ver con quién es el dueño de los medios de producción y quiénes los despojados de la plusvalía, sino una vaga distribución entre los que se atribuyen sin alegar razón el calificativo convencional de progresistas y los que esos mismos desprecian por no seguir sus análisis consabidos, aplicables en Europa Central al terminar la Primera Guerra.

Pero ahora en 1999 estaba a solas con el Rector en una sala de reuniones frente a frente, sentados a una mesa para 20 funcionarios. Y era invierno sin frío.

—Hablé con Cárdenas, está de acuerdo y me ofreció apoyo, pero no hará declaraciones públicas. Lo mismo Evaristo, no deja de tranquilizar que el STUNAM no se entrometa en un asunto que no tiene que ver con su campo de acción. El PRD tampoco está en contra, lo que significa que los alumnos del CEU de segunda generación no intervendrán con violencia. No pueden quedarse fuera del todo, porque está en juego su buen nombre...”, sonrió con una burla benévola, “...que ahora les importa, comienzan a ser partido.

—¿Estás seguro de tantas buenas voluntades? La verdad, me extrañan las coincidencias. Puede suceder que haya alguien poderoso que puede unificarlos.

—La verdad es que las cuotas son mínimas. Tienen más un significado simbólico y educativo: la UNAM es pública y se paga con los impuestos de todos, pero sus alumnos pueden pagar una cuota que represente su compromiso. Cuando fijaron los 20 pesos, en los 40, eran pesos. Ahora son menos que centavos. Pagar una cuota significa que se contribuye a sostener a la Universidad, con 300 pesos anuales. No es mucho y proponemos excepciones

con cualquier pretexto, ni siquiera razones. No creas que me imagino que lo que obtengamos, va a resolver el problema de las finanzas universitarias. El Presidente me pidió, ponle comillas al verbo o escríbelo en cursiva, que la Universidad obtenga de las cuotas el dinero de los estímulos para profesores. No puedo echarme para atrás. Los estímulos representan muchos millones, pero han tenido buenos resultados en el trabajo cotidiano. No pienso que servirán establemente, los premios terminan por convertirse en costumbre y pierden el valor de incentivos. Henrique González Casanova está totalmente en contra, porque si se regalan estímulos, exagera en el verbo, por el trabajo obligatorio de los profesores, es un contrasentido y, además, ¿cómo se alentarán en adelante las aportaciones educativas y académicas extraordinarias? También la Secretaría Administrativa se opone, se ganará muy poco y sería mejor continuar sin tropiezos con la reforma académica de los planes de estudio de Escuelas y Facultades. Lo que tratamos en la última foránea de San José de Vistahermosa, lo recuerdas seguramente. Las licenciaturas, sobre todo, que demandan cambios profundos. En resumen, sería preferible seguir la ruta que tenemos trazada y reformar académicamente la Universidad, al fin de cuantas el dinero que nos llegue por cuotas es de risa. Y sí contamos con las condiciones para las reformas académicas.

Cárdenas nunca habló. Evaristo tampoco, pero el STUNAM no se movió, como si hubiera emigrado a otro continente en un receso que terminó por durar nueve meses. El CEU alborotó un rato, pero luego no pudo contener otras fuerzas estudiantiles, que estudiaban es un verbo convencional, de izquierda, más radicales, desinteresadas de cualquier forma de acción o de objetivos institucionales, al fin de cuentas no se emparentaban con ningún partido. Nacieron en la ocasión los “activistas”, adjetivo genérico para evitar definirse con alguna precisión y para nombrar con otro nombre la violencia. Pero en cambio

se alineaban con otros altos funcionarios sin apellido, esos que atacan y, al principio, no te lo imaginas. Tantas veces. Surgieron grupos nuevos: El Gato, en Economía, que llevó a sus tropas a una cierta hegemonía entre los paristas y sobre todo El Mosh, quien pocos años después se tomó orgullosamente la libertad de desdeñar la medalla Antonio Caso como el mejor promedio de su generación en Ciencias Políticas y años más tarde terminó de profesor en una Normal Rural de Michoacán. Apareció Higinio Muñoz de la zona del MRP, y sus tropas, Roberto Rivera Macé y las hermanas Martínez en Azcapotzalco y, más extrañamente, encapuchados, altos más allá de la media, de la Facultad de Contaduría y Administración. Economía y Ciencias Políticas predominaban con incertidumbre. No había liderazgo, sino multitud.

En resumidas cuentas, los que dieron su palabra de no intervenir, cumplieron, al menos abiertamente, pero los grupos sin medallas de batallas anteriores, de origen oscuro, pero totalmente invisible sólo para ciegos, sustituyeron a los que hubieran debido estar en primera fila y se vieron reducidos a una curiosa neutralidad que atestiguaba su debilidad y el paso del tiempo tras sus mejores momentos 12 años antes. Si sabemos que alguno de los líderes más importantes acompañó los años de gobernador en su estado de un secretario del equipo del Presidente de la República, seguramente dedicado allá a la sociología política de las clases medias de la universidad estatal autónoma, cometeremos el juicio temerario de que las fuerzas estudiantiles innovadoras, uso el adjetivo sin fundamento, solo para evitar el abuso de “revolucionarias”, y mucho más radicales y violentas, habían sido reclutadas y eran tripuladas por funcionarios de Gobernación, a su vez entrenados para entretener a las Universidades, la UNAM la primera, cuando comenzaba un ciclo de mejoría académica que la pondría, una vez más, a la cabeza de las universidades de América Latina. El patrono de la UNAM es Sísifo, aunque en tramos tristes la Universidad no necesita su ayuda, porque

ni siquiera recomienza la ascensión empujando la piedra para bajar corriendo, cuando se le escapa y rueda velozmente hacia la llanura árida y burlona, lo que determina un tiempo de libertad y pensamiento creativo demasiado breve para volver a pensarse y respirar con libertad honda, según los parámetros de Camus, allá lejos, muy lejos, en los años 50.

Pero es más fácil de comprender lo que sucedió, si alguien se apega al orden de los acontecimientos, aunque en su lista haya silencios indescifrables que hay que cruzar siguiendo la capacidad de adivinanza que cien conflictos impuestos al Colegio ha ido sedimentado en quienes los enfrentamos. Los reclutas entrenados pertenecían a los cuerpos de intervención universitaria de alguna de las secretarías del Gobierno Federal. El empleo del plural evita la denominación directa, no vaya a equivocarme. Y se trataba de cambiar Rector. Vimos esfumarse el apoyo prometido por el Presidente, ya en otoño del 99, cuando nos recibió en Los Pinos, en una Comisión del Colegio de Directores de la que formaba parte René Drucker, con merecimientos de avanzada política por nadie discutidos abiertamente.

Mientras, algunos miles de universitarios tenían un mitin con el Rector junto al Auditorio Nacional, en la entrada del recinto más exterior de la residencia. El Presidente era bajo, no había tomas escogidas para las cámaras de televisión, mano no fría pero mecánica, como si su interés terminara en el codo. Nos dejó solos. Los problemas de la UNAM debía resolverlos la Universidad por medio del diálogo (buena lección novedosa y nunca oída). Fue todo. No parecía ser el mismo presidente que obligó al Rector a imponer las cuotas, con la consigna de obtener de ellas el financiamiento de los estímulos. Quizá era otro presidente o un doble y ninguno de nosotros se había dado cuenta. Ese día tampoco percibimos que fuera presidente. Lo que tampoco sabíamos fue que, dos semanas más tarde, el Rector presentaría su renuncia, aprendida del abandono.

—H<sup>ola</sup>, ¿Cómo van tus cosas?  
 —Tengo una idea para subir a la red el sitio Web que quieres, para dar clase.

—No, no, no tanto. No vamos a inventarnos de la nada un Bachillerato a distancia en dos meses. Además, esta idea es opuesta al Modelo del Colegio, al menos en su plenitud. El nuestro no puede olvidar que nuestro modelo es socrático, de un profesor que asume el papel de no saber y aprender y hace que los alumnos resuelvan los problemas que plantea y cuya respuesta está buscando y ellos comienzan a buscar y él con ellos. Bueno, termino mi rollo. Lo que quiero, es un espacio donde podamos informar a los alumnos, con mapas y todo, acerca de los sitios donde trabaja el Colegio, los programas de actividades, información sobre el desarrollo del paro. ¿Ves? Tu papel es técnico y entiendo; por lo que me dices, ya tienes un proyecto y el programa. A propósito, te pido que no trabajes el tema con tus amigos de la DGSCA ni con tu novio, menos. No quiero que en su programa del próximo sábado anuncie que está armando un sitio para material didáctico del CCH. Ni madres. Parecería que el proyecto viene de sabe dónde y los profesores van a desconfiar. Se trata de algo del Colegio, parte de su rebelión contra el paro y de su compromiso con la UNAM. Todo mundo sabe que no soy yo el técnico que hace el sitio,

pero sí que la idea viene del Colegio mismo y que avanzamos más que cualquier otra escuela. ¿Qué es orgullo infantil? Puede. Pero lo que me importa es el Colegio. Me lo han confiado a mí, al Consejo Técnico y a los cinco Directores, y vamos a cumplir hasta donde los recursos y la imaginación lo permitan”.

—No te había visto enojado. Entiendo.

—No estoy enojado, estoy convencido. Se trata del rumbo del Colegio.

Sonrió y su fragilidad me recordó nuestro primer encuentro, en mi oficina de CU, (ahora estábamos en Guti Cárdenas, en Guadalupe Inn), una mañana de marzo de 98 (ahora era abril de 99). Estaba entonces terminando de formar mi equipo de dirección, con profesores y funcionarios del Colegio, invitando a quienes nunca lo habían sido. Cada quien tiende a rodearse de los que ya conoce, pero un equipo de amigos fácilmente se adormece y sobre todo tiene un alcance limitado y es visto por los profesores no como autoridad, sino como el grupo de agradados que disfruta del poder para aprovecharse. Una lástima.

Intentaba equilibrar mi equipo con nuevas presencias, sí, ideas que salen a tu encuentro, ocurren, con sangre nueva, aunque no fueran profesionales de la secta de los fundadores del Colegio, testigos de su parto de montes del que salió no un ridículo ratón, sino un árbol tierno que fue alzándose hasta ocupar con sus ramas un espacio en la UNAM que estorbaba los poderes de otros que habían llegado antes que nosotros. Lo nuevo trastorna los espacios y los discursos establecidos. Desde 71 ya no se podía hablar simplemente de la Escuela Nacional Preparatoria, que al principio no nos aceptaba, sino de la Escuela y del Colegio o del doble Bachillerato Universitario.

Me la recomendó Rito y se encargó de citarla. Entró, en 98, con un vestido claro, ¿Con reflejos rosa? ¿Con vagos tonos azules? Más bien pequeña, pero el vestido ininterrumpido de los hombros hasta los pies, y quizá tacones altos, alargaba su

silueta delgada. Sin embargo, sus ojos parecían perderse en los alrededores de su cuerpo, como si hubiera dejado fuera, encargados con las secretarías, los lentes que quizá normalmente usaba. No era tal vez así, pero así la percibí.

Al parecer, y después de ocho años de colaboración la duda merece explicación, era capaz de revestirse para desempeñar papeles de muchachita bien educada, de tía que se preparaba en el trato de amiga de su sobrino para ser madre, soltera con un novio y aliado político. Nunca usó lentes o por lo menos los ocultó con cuidado. Ese primer día no aceptó el café, me resumió su carrera en la DGSCA, donde desde niña acompañaba a su papá. En los muchos años de presencia curiosa y de contacto con los técnicos de la Dirección de Cómputo Académico aprendió mucho, no teoría, ámbito que no se le daba, aunque sacaba la máscara de experta, pero obtenida siguiendo las instrucciones de *Cómputo Popular* (si hay *Mecánica*, debe haber *Cómputo*). Sí sabía, en cambio, explotar programas y lenguajes y por ella me enteré de la aparición de Java, que sigo ignorando para qué sirvió, ¿o sirve?, aunque las actualizaciones se imponen con incesante impertinencia en mi PC.

Entró a trabajar y comenzamos una relación para mí importante, porque en mis planes entraba poner al Colegio al día en el uso inteligente de los poderes de la digitalización. Pero en febrero del 99 se vino encima el paro estudiantil contra las cuotas y decidí mantener al Colegio en actividad, en concreto no suspender las clases, aunque no tuviéramos locales. No olvidaba la destructora experiencia de una huelga del STUNAM, Rector Rivero, que sufrimos transcurrir sentados en un pasillo de una escuela privada, a una cuadra de Insurgentes Sur, digamos por el lado de Corregidora. Tomábamos Nescafé, repetíamos a diario la pregunta, cuya respuesta era siempre incierta, de cuándo terminaría la inactividad. La huelga nos hirió hondamente, es una forma insidiosa de desidia tediosa y decaimiento. Decidí no repetirla para el Colegio en 99.



El Secretario General de la UNAM, Salvador Malo, nos apoyó en serio y dispusimos de espacios para los tres Planteles de 71, curiosamente, Naucalpan, Azcapotzalco y Vallejo, mientras los directores de Oriente y el Sur se hacían no que la Virgen, sino más bien quién sabe cuáles miedos o conveniencias les hablaban, cuando Ella ni les pestañeaba, y no se comprometieron con la desaforada pelea para tener clases y no dejar que los grupos de alumnos se dispersaran. Hacia el final del paro, el Sur instaló una tienda de modelo scout descomunal, cuyos tirantes cortaron las navajas de un grupo pequeño de comandos paristas, profesores, por cierto, y se derrumbó sobre los alumnos y profesores más con risas que con descalabrados, como cae del cielo al unísono una enorme lluvia desatada.

Y ahí mi trabajo con instrumentos digitalizados culminó, porque hicimos algo nuevo para la Universidad. Tan sencillo como un sitio Web donde subíamos información, documentos políticos de la Dirección General, las reuniones de las Mujeres de Blanco, de los que desarrollaban el proyecto del acompañamiento de los profesores nuevos por profesores experimentados, luego exitoso al regularizarse el resto de la UNAM, la reflexión sobre el Modelo Educativo, fechas y lugares de los exámenes extraordinarios. Ella fue la cabeza de playa técnica del proyecto, que era mío, aunque yo no sabía cómo hacerlo en una computadora, de una escuela incompleta curiosamente no real, sino virtual. Porque existió.

Rosario había vuelto a fumar después de dos intentos, son solo los que yo cuento, dolorosos y tenaces, aferrada a sus propósitos con las dos manos, así no le quedaba ninguna para sostener el cigarro, para de pronto decidir que no había valido la pena y, tras seis meses de abstinencia, reaparecer, sin explicación, con su cigarro encendido. No dije nada.

En cambio, le expuse algo así como el feto de una idea, un feto de seis meses que ya tiene corazón y cerebro, cuerpo entero, pero necesita crecer.

Se trataba de manifestarse marcando un contraste radical con las apariciones violentas de los grupos de activistas que tenían secuestrada la Universidad, despojada de sus edificios y de su academia y golpeaban y destruían, como si no costara nada reparar y recomenzar. Si ellos eran rijosos, nosotros nos manifestaríamos pacíficamente; con sus gritos absurdos contrastaría nuestro silencio; si ellos amenazaban con la fuerza, nosotros opondríamos la fragilidad. Aquí Rosario hizo gestos, pero por el momento se calló, porque le expliqué que las profesoras formarían el contingente de vanguardia del Colegio. No volví a repetir lo de fragilidad, aunque le daba un significado simbólico y para nada peyorativo. Se trataba de apostar a la contravio- lencia. Manifestarse en la calle tenía sus riesgos, imagínate que llegan los dizque activistas no del CEU, finalmente civilizados

a medias, sino los grupúsculos sin jefes adultos, es un decir, porque El Mosh y El Gato no son propiamente tiernos, pero no se interesan en su imagen para las elecciones que vengan. Se ostentan demócratas, pero no creen en los votos secretos, sino en las manos alzadas, cuando ellos habían de antemano tomado las decisiones, ya pocos quedan, después de horas y aguantan hasta el final de las asambleas, “democracia directa”. Me imagino a Lulú, que habla en voz baja, discutiendo con cualquiera de ellos en un idiolecto (le traduje el término) de La Merced y anexas. También en San Juan hace aire.

Rosario añadió a mi propuesta de que las profesoras se vistieran de blanco, el color de la inocencia, que llevaran flores. Acordado y cita para dos días después en la sede provisional de Guti Cárdenas. Lista de profesoras seguras, es decir, sin más miedo que la prudencia y dispuestas a defender a la Universidad. Llegaron 30.

Asistí a la primera reunión en la sala que fue el comedor de la casa que teníamos arrendada, cuando sus dueños vivían ahí con sus hijos, haría 15 años. Les expliqué la aventura. Nadie se negó, al contrario. Elegimos la Plaza de la Escuela de Minería, con el Caballito desplazado de Reforma por la escultura de Sebastián, espacio acotado que por su tamaño no haría aparecer minúsculo al grupo. Se perderían como un contingente de burócratas apresuradas, si nos fuéramos al Zócalo. Cada una llevaría un cartel con frases contra el despojo y la invasión del espacio universitario, exigencias de volver a clases, y ¡Viva la UNAM abierta! Habría algunos funcionarios en las inmediaciones, por si había violencia que sinceramente ahí no suponíamos probable. Yo no iría, se trataba de una manifestación de base y no organizada por las autoridades. Los ojos brillantes de algunas de ellas, de una de ellas, confirmaron el acierto de la aventura, o su esperanza.

*“Me enteré, por uno de los chavos paristas, que me pasa informaciones sobre lo que va sucediendo en la UNAM en ruinas.*

*Soy egresada de Ciencias Políticas y reportera, pero me pagan por obra determinada, de modo que ando tras un scoop, ya será menos, no me hago ilusiones, como la renuncia del Rector o un muerto, aunque sea de paro cardíaco, pero con posibilidades de sugerir que los agredieron grupos de extrema derecha, que sí hay, en este conflicto no han aparecido para nada. Como el estudiante de Filosofía que secuestraron y violaron. Eso afirmaron los padrinos de los activistas. Días después de que mi periódico sacó la noticia culpando al Rector (yo no escribí eso), estuve discretamente escuchando la entrevista, a la entrada del edificio, entre el médico de la clínica López Mateos, el Abogado General de la UNAM y el Director General del Colegio. Por cierto, estuve tres años en Vallejo. El médico había examinado al “violado” y no había rastro, aunque seguramente antes habían tenido relaciones... Bueno, no me importa. El Abogado General pidió formalmente al periódico que desmintiera sus acusaciones. La Directora ni contestó ni desmintió. Uno es progresista y de izquierda, en perfil bajo colaboro con los grupos Mao, pero no indecente. Hay una ética del periodismo”.*

Nunca volví a comprar el periódico, acostumbrado en muchas manos del Colegio, pero nacido bajo configuraciones astrales distintas. ¿Dónde quedó el compromiso con la verdad? Una lástima.

*“Me dieron el tip de una manifestación del CCH en Minería, llegué a las nueve con un fotógrafo. Empezaron a llegar, eran profesoras, vestidas de blanco. Lo que podía ser coincidencia, a la media hora claramente era consigna. Se juntaron unas 40, todas arregladas y alegres, con carteles que impugnaban la huelga, acusaban a los activistas de hacer perder el semestre, pedían el fin del despojo de las instalaciones. No había insultos. Luego, encabezadas por una maestra rubia y chaparrita y otras dos, comenzaron a dar vueltas al Caballito. No había consignas, cosa rara, desfilaban en silencio. A esas horas, ya serían cerca de*

las 11, hay poca gente en la plaza, algunos turistas desayunando en Los Girasoles. Estuvieron así media hora, descansaron y comenzaron otro round de desfile. Era como una danza de mujeres de una tribu india. Tomamos fotos desde varios ángulos, para dar la impresión de que eran muchas, pero no logramos gran cosa.

Lo bueno vino enseguida. De la Casona de Xicoténcatl, la sede del Senado, salió el Doctor René Drucker, afamado, como bien sabes, por algo de neurología que descubrió y luego resultó que no era tan original. No me meto en asuntos de patentes. Empezó a aconsejar en voz alta a las maestras de blanco en tono de burla que mejor se fueran. Las maestras improvisaron un slogan y lo gritaron hasta que el doctor se retiró apresurado. Pacíficas, pero no dejadas.

Pero también las profesoras de blanco decidieron terminar. Deben haber hecho un primer balance y seguramente se citaron en alguna de las sedes alternas del Colegio. Por cierto, la única escuela de la UNAM que tiene sedes alternas para todos sus alumnos. Creo.

Hice la crónica, inevitablemente breve, porque acontecer, acontecer no había mucho: reunión, las vueltas, el Doctor Drucker. Fin. Y salió en "Ciudad" una nota informativa de quince renglones, que, en la penúltima línea, calificaba de cacerolistas a las manifestantes. Poca. No era mía. Uno puede ser de izquierda, pero en el Colegio nadie me molestó por mi maoísmo, con tal de que no estorbáramos las clases. La Dirección del Plantel estuvo siempre en guerra con los porros. Lo mismo en Naucalpan, según mis camaradas maoístas, y ahí los profesores le entraban a la acción. Tenían la costumbre desde el comienzo del CCH".

El incidente había calentado a las maestras. Del balance quedó claro que había que cambiar el lugar de las manifestaciones, por el eco reducido que tenía la plaza de Minería. Bella, pero callada. La discusión se fue pareciendo a una construcción co-

lectiva de un edificio al que cada quien añadía una piedra, una losa también, castillos donde hacían falta. La idea central dio en el blanco. El lugar para manifestarse con público asegurado era el Periférico, entre el paso a desnivel de San Jerónimo y el último puente de peatones antes del Viaducto Miguel Alemán. Lo demás quedaba como antes, con una variante: llevar carteles que pidieran a los automovilistas, de las ocho de la mañana y hasta las diez, que encendieran sus luces. Para tener 15 mujeres de blanco en cada puente o paso había que invitar a unas 100 mujeres en total. Invitaríamos también a personal femenino administrativo, libremente, desde luego, En los extremos de cada puente habría dos profesores o trabajadores para prevenir una maniobra de envolvimiento y pedir apoyo por celular. Todo terminado, nunca hubo agresiones.

Seguí la manifestación con todos los puentes cubiertos, y el entusiasmo de las llamadas. Mi mujer estaba ahí, feliz. Los coches encendían la luz, las hacían parpadear, sacaban las manos y saludaban, algunos usaban el claxon. El Periférico, entre San Jerónimo y el Viaducto, era un río de luz. Los que no respondieron, muy pocos. Era un plebiscito improvisado y sin nombre, pero aseguraba claramente el apoyo de la Ciudad a la UNAM, agredida y secuestrada. Las manifestantes sentían que estaban logrando algo grande, más de lo que habíamos imaginado. Yo veía el trayecto de carteles subrayados de luces y sabía que íbamos a ganar, que la huelga estaba condenada por la Ciudad. Solo se confirmó el enunciado final. Recuerdo, o imagino, una manifestación más que cubrió más puentes, con una respuesta de luces que comenzaba a ser costumbre.

Dos semanas después, tras una explicación en el Colegio de Directores de la concepción y el estilo de las Mujeres de Blanco, organizamos otra manifestación con más profesoras del Colegio y ahora contingentes de varias facultades, desde un primer puente de peatones, el del Circuito Azteca, hasta la Fuente de

Petróleos, más la primera parte del Circuito Interior, de Benjamín Franklin hasta La Raza. La planeación demandó más trabajo, era ya una actividad de toda la UNAM, aunque obviamente había directores que no querían mojarse, por aquello de Pinochet y las cacerolas, que la prensa que se atribuía el calificativo “de izquierda”, purista y puritana, repetía sin pudor. ¿Qué tenía que ver una manifestación imaginada en el Colegio, que no tenía reivindicaciones económicas, y reclamaba, eso sí, aunque de manera indirecta, a las izquierdas huidizas, por no hacer nada para liberar a la UNAM de las huestes mentirosamente juveniles de dirigentes adultos y equilibristas empedernidos en caminar con soltura en la cuerda entre dos aguas? Varios líderes eran todavía estudiantes, porque seguían manteniéndose de fósiles.

Distribuimos los sitios de manifestación según los deseos de las facultades y del Bachillerato, hasta donde era posible. Quedaron algunos vacíos, pero cumplimos con añadir el Circuito Interior. Cada director se hizo responsable de sus contingentes. Creo que el Colegio mostró cómo organizar algo grande, sin violentar voluntades ni preferencias, razonablemente.

La operación logró reclutar Mujeres de Blanco para todos los puentes y pasos previstos y estuvo en orden de batalla a tiempo y con entusiasmo. El Secretario General del Colegio estuvo con ellas. Esa vez ya estuve en un Centro de Comunicaciones de la UNAM, instalaciones reservadas, con decenas de teléfonos que estuvieron sonando las tres horas que duró la acción de punta a punta y nos permitió seguir el desarrollo y no intervenir en nada, porque no hubo ningún incidente. En cambio, no pude hablar con mi mujer, que estuvo en San Jerónimo. Habrá tenido su celular apagado.

Cuando volví a Guti Cárdenas, a eso de las 12, entró una llamada del Rector. Estaba contento. Me informó que el Presidente lo había felicitado por la manifestación, original y eficaz, miles de automovilistas defeños habían apoyado a la UNAM en

riesgo. Me pasó la felicitación del Presidente. En realidad, la idea del periférico era de Adolfo Rodríguez Gallardo, pero el ejecutor fue el Colegio.

Por un día, el CCH dirigió la lucha de la UNAM por su autonomía.

Pero poco después no quisimos juntarnos con un grupo de universitarias priístas que intentaron sin éxito reclutar profesoras de blanco del Colegio.



**E**staba hablando del paro federal de 99 y de pronto se me impuso otra agresión. Por algún lado lamentable, porque no ha venido de fuera, sino de quienes se han apropiado poderes y han enterrado minas en los caminos y bajo las murallas del Colegio. Coinciden tras años y diferencias los paristas y esta agregación de funcionarios que he denominado apenas acaso directivos.

Al entrar a la oficina de Eduardo, los vi. Un altero de cuadernillos azules, en los que publicamos entre 2004 y 2006 los nuevos programas, la segunda revisión que logré coordinar y terminar. Pero no iba sólo por un cuadernillo, el de los enfoques y sentido de las áreas, sino preocupado por un peligro de despido, parecía serio, que amenazaba a Lalo, por una más de sus insubordinaciones, de las que tenía la razón y la costumbre, porque cumplía con su deber, y más apropiadamente eran meras discrepancias, que un universitario toma con serenidad, porque en la divergencia aprendes, cuando solo tratas de cumplir tus compromisos institucionales.

—Hola, Lalo. Necesito un cuadernillo de *Orientación y Sentido de las Áreas*, de los azules de 2006, porque en Ingeniería están comparando el egreso de los Bachilleratos de la UNAM con lo que se imaginan que deben saber quiénes empiezan las ingenierías. Tengo la versión digitalizada, pero mi amigo quie-

re mostrar cómo trabajamos en el Colegio y las dos series de cuadernillos de las primeras dos revisiones, 101 verdes, y 60 azules son un buen muestrario.

—Lo tengo, pero déjeme ver dónde está. Se lo busco.

—Lo necesito el lunes, de modo que hay tiempo. Apenas es viernes.

—Mire, me llamó el Secretario Académico y me pidió que no envíe a los Directores de los Planteles las listas de acreditados. “De acreditados” es un decir, porque de 18 aspirantes de Física solo acreditaron dos el examen de Matemáticas. Otros han presentado el examen hasta seis veces y no lo acreditan, pero tienen ya cinco años contratados y desde el punto de vista de la legislación laboral federal ya no pueden ser dados de baja. Ya piden aplicar exámenes menos difíciles —sonríó con una leve sorna—, pero los que no, pues no pasan, pero tampoco dejan sus grupos.

—Y al Colegio no le consta que todos sus profesores puedan enseñar como se necesita. Yo no puedo hacer nada, porque meterme a discutir con el Director este asunto no lleva lejos. Me dirá, “Sí, José, estamos mejorando, los resultados tardarán un poco, pero lo estamos atendiendo”. Hace dos años le entregué un documento acerca de los exámenes de incorporación de aspirantes a profesor. No creo que haya tomado en cuenta ni un renglón, bueno, puede ser que coincidamos en el tema: “exámenes para los aspirantes a profesor”, ni siquiera en agregar “del Colegio de Ciencias y Humanidades”, porque, si se toma en serio este último sintagma, se contrae un compromiso y ahora no cualquier examen toma en cuenta la docencia propia del CCH. Carajo.

Luego bajé la voz, porque las paredes de tablaroca no guardan secretos. En 2017 no existo, pero creen necesario vigilarme. Tronó el cielo de la Ciudad, un avión y un rayo, concertados. El cubículo de Eduardo limitaba por delante con el escritorio de su secretaria y el corredor de la Secretaría. A los lados, vete

a saber, seguramente había visto a sus ocupantes tantas veces, pero no los recuerdo. De todos modos, también de los ángeles hay que precaverse. Son mensajeros.

—Lo otro que quiero preguntarte, es si tu jefe, me dicen, tiene intención de darte de baja, para intervenir más arriba e interponerme. No pienso tener peso, porque me han declarado políticamente ingrátido. Los fantasmas somos de sábana flotante, de pie gracias a un soplo apenas de viento ligero y obligado al silencio. El Colegio no puede darse el lujo de perder a un profesor honrado por capricho de funcionarios que se sienten dueños de las secretarías, hasta para desconocer la normatividad y explotarla en su provecho. Es una verdadera pérdida. En los 70, y hasta 2010, la legislación, es curioso, nos dio un terreno de entendimiento con las disidencias, porque todos, ellos y desde luego nosotros, sabíamos a qué atenernos para actuar en los conflictos. Las izquierdas discutían con la legislación del Colegio y de la UNAM en la mano. Respetar las leyes nos hacía respetarnos entre nosotros. Y establecía un terreno plano de entendimiento, aunque distáramos en su superficie.

—No, no estoy amenazado. Tuve una discusión más, la repetición de las que le he contado. Me llamó y me dijo: “Eduardo, ¿cómo puedes ayudar a un profesor a prepararse para el examen de conocimientos?” Me reí. “¿Cómo vas a ayudar a alguien dos días antes del examen, si no ha estudiado antes? Se puso serio.

—No te burles, está en juego gente importante del Colegio.

—No me río, pero no veo cómo ayudaríamos a aprender en dos días lo que alguien no estudió desde hace un mes. Porque no creo que esté pensando en darle el examen antes, para que se prepare a responderlo.

—Mira, tú me consigues el examen y yo veré cómo le ayudo al profesor a prepararse. Tienes que ser más colaborativo.

—Estamos jodidos. Para completar el panorama, dígame si dar una copia del examen para prepararlo se hace en el Cole-

gio y desde cuándo. Es el colmo, hemos tenido una legislación original y académica, pero veo que muchos funcionarios la han olvidado. Les vale.

—La gente de la Dirección anterior pedía todos los exámenes de todas las promociones —sonrió ligeramente y sacudió la cabeza, para acomodar los recuerdos y mantenerlos a distancia—. No me consta lo que hacían con ellos, pero nunca me llegaron correcciones a ningún examen antes de su aplicación, por ejemplo, hubiera estado bien y yo lo hubiera aceptado. Si te corrigen, mejoras. Después, una noche, a media noche, sonó mi teléfono. Era una alta funcionaria, esa que ya no está, una más que en estos años se peleó con el gran jefe, que me exigía que, al día siguiente, a las ocho de la mañana, nunca llega a esa hora, me extrañó, le entregara el examen de Matemáticas. Lo hice y salió corriendo a una entrevista. Obviamente no me dijo con quién, pero se queda uno con la espinita de que también en San Juan hace aire. Y no puedes hacer nada, porque lo que te piden no puedes negarlo, aunque no sepas cómo piensan usarlo. Son tus superiores y no dejan ver en qué andan. Tampoco le diré que soy ingenuo. —“Que somos”, corregí—. El perdedor es el Colegio: cuántos profesores habrán pasado con exámenes resueltos desde antes con todos los libros e Internet, puede que hasta en equipo.

—A mí me ha molestado, y mucho, la eliminación del examen de aptitud para la docencia. Lo hicieron investigadoras serias de la Facultad de Psicología. La hermana de Lupita Lucio, doctora, y otra investigadora con ella. No digo que hayan sido exámenes infalibles y maravillosos o adorables. Pero sí dejaban verificar si algunos aspirantes estaban al borde de la bipolaridad, por ejemplo, sobre todo sometidos a la presión de grupos de más de 50 chavos y sus celulares al mismo tiempo; me arrepiento, chavas y chavos, para ser políticamente correcto. Luego tienes profesores de quienes los alumnos se burlan, incapaces, bipolares

declarados, y el ISSSTE no considera que se trate de una enfermedad. “Pónganlos a hacer un trabajo administrativo”, dicen. Por supuesto, es pura ignorancia de cómo funciona la UNAM, pero te obligan a mandar al enfermo a su casa un semestre a ver si mejora, pero que no dé clases. La primera que te lo agradece es su mujer, que no tiene que pasar el turno cuidando a su marido desde el pasillo del salón. O a la mejor le resulta peor, porque lo tiene en casa todo el día, pero con arrebatos. Pobre profesor, pero no hay derecho de poner profesores desquiciados al frente de los grupos. Pobres alumnas y alumnos. Pobre Colegio.

Director General, en 2000, terminado el paro, me había enterado de casos de profesores, —aquí no digo profesoras y profesores, aunque sea lo correcto por razones de género—. Pero aquí, cuando voy a contar de alguien que de pronto se desnudaba en pleno Plantel a media mañana, ¿para qué dejar constancia del género? Resolvimos el primer caso con un permiso *sine die*, una jubilación anormal, anticipada, a cargo de la UNAM, porque el ISSSTE, lo repito, ignoraba plácidamente las enfermedades mentales, supongo que con excepción de los impulsos incontrolables de violencia asesina.

Pero busqué a Lucy que, en 2000, tras el paro federal, era Directora de Psicología (así lo escriben ellos) y analizamos el problema. Me recomendó a dos profesoras de la Facultad, una de ellas la Dra. Lucio, especialistas en evaluación de propensiones a caer en enfermedades psicológicas serias. Hay rastros precursores de bipolaridad o depresión aguda y puedes intentar controlarlos con un diagnóstico temprano.

—Que pasen. Ofréceles café.

—Hola José.

Intercambiamos besos. Leticia y su marido, habían sido socios nuestros para el transporte de escolares, dos ellos, una nosotros. Dos no tiene femenino.

—Bienvenidas. ¿Cómo están tus hijas? ¿Y tu marido?

—Bien, gracias. Es la maestra Arregui, tenemos varios años de trabajar juntas en el Posgrado de Psicología.

—Sé que ustedes tienen experiencia y la necesito. En el Colegio hay un número, que nunca puede considerarse bajo, de profesores con problemas psicológicos. El callejón sin salida es que el ISSSTE no reconoce las enfermedades síquicas y no se hace cargo de nada. Eso sí, te dan el maravilloso consejo de que los pongas a hacerse cargo de actividades distintas de la docencia. ¡Genial! Contratas a un profesor para que haga trabajo administrativo y además simple y sin contacto con los que solicitan sus servicios, porque el problema está justamente ahí, en el trato con otras personas, para empezar, nuestros alumnos.

“Entre dimes y diretes se te pasan tres, cuatro años y ya no puedes dar de baja al profesor enfermo. Es una pena, pero no veo razón de que la UNAM se haga cargo de pagar a un profesor que no enseña, porque no puede enseñar. El ISSSTE debe hacerse cargo. Pero se niega. Pienso que hay que atacar el problema de raíz, antes de que explote, si ustedes nos pueden preparar algo así como un examen de disposiciones docentes, un instrumento que nos dé una probabilidad alta de reconocer a los aspirantes incapaces de dar el ancho en actitudes que eviten la agresividad, el acoso sexual o la enseñanza para el pizarrón, y no para los alumnos, aunque ya estén dándole al celular o redactando un trabajo de otra asignatura. Hemos dado el grado de Bachiller a muchos pizarrones fotografiados con celular. Bueno, me doy cuenta de que hablar de profesores *locos* es inapropiado, lo usamos quienes no tenemos ideas precisas sobre el tema, pero es la manera más breve de hablar de trastornos mentales y todos entienden. Ustedes deben tener seis palabras para designar estas enfermedades y distinguirlas, pero acepten que yo diga *locos*, aunque no me apoye en ningún diagnóstico técnico.

—Nos da gusto que por lo menos siquiera un Director General en toda la Universidad reconozca que hay un problema. La

mayoría deja pasar, retira a los profesores enfermos y les sigue pagando años, para evitarse disgustos.

—Quiero precisar mi idea, ustedes dirán si es viable. Busco un instrumento predictivo. Soy consciente de que debe presentar dificultades: ¿Cómo vas a saber quién se pondrá a desvariar? Me imagino que lo que se determina, es un grado de debilidad, de fragilidad, que puede provocar que algo estalle ante un determinado nivel de las presiones que generan los grupos; por poner un ejemplo bobo, los chavos que se pasan hablando o noviendo y, en cuanto les das la espalda, recomienzan, después de una llamada de atención, y la tensión aparece y sigue acumulándose. Pero yo sí creo en la psicología. He hecho 15 años de psicoanálisis, y de darle a mi psicoanalista sueños de paciente y sus interpretaciones para ponerlos de ejemplo en sus ponencias en congresos, y no me paga derechos de autor, como Freud y sus pacientes, ya sé que no es lo mismo, y que el psicoanálisis no hace desaparecer tus afectaciones, pero te entrena para lidiar y convivir en paz con ellas. La verdad, me he aliviado de varios traumas de infancia. Bueno, ustedes saben nombrar todo esto técnicamente.

—Tenemos terminados dos, casi tres instrumentos predictivos y los hemos validado. Habrá que hacer adaptaciones para el Colegio, pero ya es un trabajo menor. Nosotras calificaríamos las pruebas. Eso sí, te pedimos que el CCH haga el compromiso de que ningún examen se repite. Mira, una entiende que un profesor que no acredite puede alegar que ese día estaba deprimido por su divorcio en curso y que no respondería igual en un día de bienestar. No es cierto. Tenemos evidencia científica. El nivel de certidumbre y confiabilidad del cuestionario está más allá de estas situaciones accidentales y toca condiciones estables. Si repitieran el examen, el resultado sería el mismo. Es una condición que tenemos probada.

Me convencieron. Firmamos Lucy, la Directora de Psicología,

y yo un acuerdo. La Junta de Directores aceptó la intervención de la Facultad.

Propuse un acuerdo en el Consejo Técnico: “1. *Todos los profesores deberán obtener resultado positivo en el diagnóstico de sus capacidades para la docencia, por lo que se entiende disposición sólida para sobrellevar las tensiones inevitables de la relación con cualquier grupo de alumnos adolescentes y poder desarrollar una docencia completa.* 2 *Los aspirantes presentarán una sola vez la prueba diagnóstica, elaborada y aplicada por doctores en Psicología Clínica de la Facultad de Psicología.* 3. *Ningún profesor podrá repetir el examen, si resulta no acreditado, y no podrá enseñar en el Colegio de Ciencias y Humanidades.* 4. *El Director General firmará un acuerdo con la Dirección de la Facultad de Psicología para el desarrollo de este proyecto”.*

Firmamos el acuerdo Lucy por Psicología y yo. Comenzamos.

Yo no quería controlar nada, en el trance de contratar, sino evitar tener que hacerlo como nos estaba sucediendo, profesoras o profesores —correcto, vas aprendiendo— que terminaban con una neurosis grave y nosotros sin medios de ayudar con alguna eficacia.

Tuve el instrumento psicológico, aunque a decir verdad yo hubiera preferido recurrir a siquiátras, pero cobran más y aquí las investigadoras eran de la rama de enfermedades mentales y Lucy me dio todas las seguridades de su competencia. Y Lucy era seria y amable.

Funcionó en mis dos periodos de Director General y seguramente evitamos a nuevos y nuevas candidatas a ponerse guirlandas rosadas en la calva, profesores, o tratar de seducir a chamacos o chavas de 15 años, profesoras o profesores de 40.

Pero hacia el 2011 la Dirección General propuso cambiar el instrumento, en vez de renegociar su costo, que era alto y ya habíamos pagado suficientemente por su elaboración (antes de terminar advertí expresamente que había que renegociar



los términos con Psicología, porque ya se había pagado la elaboración y solo quedaba la aplicación del instrumento), pero no, se les hizo más fácil proponer aplicar “*el test que me aplicó el psicólogo que me daba tratamiento y logró sacarme de la angustia depresiva, por los ataques del Director de mi Plantel*”.

Nunca supe cómo el Consejo Técnico aprobó el disparate. Lo hizo. La Secretaría de Informática procesó los cuestionarios de opción múltiple. Ignoro los resultados y las enseñanzas que el Consejo obtuvo de la experiencia, pero al año siguiente sencillamente no se aplicó nada; y luego, sin revocar el acuerdo anterior, en vez del examen de capacidad docente, se impuso a los aspirantes seguir un curso de algo, tampoco era el de Inducción al Modelo, que tiene muchas ventajas, pero no la de ejercer la taumaturgia. El Consejo se olvidó de la coherencia.

Pero ahora, seguramente era 2011, yo estaba en la Dirección del Instituto de Educación Media Superior, el IEMS, y decididamente ausente del Colegio. Nos vimos en Perisur.

—Gracias por invitarme a desayunar —la Directora de Vallejo, apenas sonrió, porque apenas sonreía, aunque se detenía del lado de acá de una cierta hosquedad. Pongo fecha, debe haber sido en primavera del 2013.

—Faltaba más. Me interesa saber cómo anda el problema de los profesores enfermos que siguen dando clase. Según entiendo, no se ha revocado el acuerdo del Consejo Técnico para que todos los aspirantes prueben su aptitud para la docencia. Muy probablemente, si cada año se presentaban tres, por lo bajo, para no exagerar, que tendrían luego problemas con sus alumnos, llevaríamos ya unos cuarenta casos de los que nos libramos. Me parece barato, medido en el bienestar asegurado de unos 100 grupos de alumnos tratados con respeto, como se debe.

—La Dirección General que dejó caer el diagnóstico de aptitudes para la docencia, no sabía lo que hacía. Lo peor es que el Consejo consintió en no aplicar el examen un año y en su

lugar, recurrir a un instrumento que le aplicó sabe cuál curandero, perdón por el sustantivo, sabe cuál siquiatra a sabe cuál funcionario de alto nivel.

—Hazme el *fabrón cabor*. Como si el propósito y los criterios fueran iguales en los dos casos, el apoyo a una profesora adulta “sana” y en su propio ámbito, y un profesor acosador en un grupo de adolescentes que no han aprendido a contener sus hormonas. Carajo, la ignorancia sale cara siempre”.

—Mala onda. El problema ahora es que tengo en el Plantel un profesor de Historia, no lo conoces, que sufre de obsesiones sexuales y las echa encima a las alumnas. Les pregunta, y las obliga a responder, sobre cuándo tienen sus menstruaciones. Hay quien lo manda a la chingada, perdón por el lenguaje, no falta una alumna sin miedo y digna, pero otras se asustan. Les pide a todas, hayan contestado o no, que le regalen las toallas sanitarias usadas, porque le “encanta el olor. ¡Buah!

“De veras está mal, además de no ser buen profesor, digo en lo que toca a saber enseñar la materia. Cuando puede, se acerca a las chavas por detrás y, déjame omitir los detalles, las alumnas viajan con más seguridad en un vagón del Metro repleto de machos que vuelven del trabajo, que cuando se mueven en el salón con este enfermo.

—En principio y jurídicamente no hay problema. Es un decir, desde luego. Pero el acuerdo de pasar la prueba de aptitud para la docencia, como tú dices, es obligatorio. Este profesor seguro no la pasó. Lo malo es que los irresponsables directores previos lo dejaron seguir dando clase, en vez de aplicar la norma: es obligatorio aprobar el diagnóstico y la oportunidad es única. Por razones técnicas de la Facultad de Psicología. Me imagino que laboralmente la Universidad tiene que cargar con estos enfermos, pero si un par de alumnas levantan un acta, por lo menos puedes suspenderlo un par de semestres y luego no encontrar grupos que darle. Consulta al Abogado General, o déjame que lo haga

yo. Como quieras. Quizá es mejor mi intervención, no por cuestiones de jerarquía, que sabes no es lo primero que considero, y ahora no tengo responsabilidades de dirección en el Colegio, sino porque tuve hace tiempo una conversación con el Director de la Comisión Nacional de Derechos Humanos, en una comida y le conté la historia de los profesores bipolares y de los acosadores. No aprueba las respuestas irresponsables del ISSSTE, que se niega a reconocer como enfermos mentales a estos profesores. Me mandó al día siguiente el borrador de una carta para el ISSSTE. Se la dejé a la vista a la Dirección General. Hasta ahí sé.

Era un 15 de mayo y había terminado en la mesa con Luis Raúl en Vivero Alto.

—Hay en el Colegio un problema difícil, no veo claramente qué pueden hacer. Se trata de un profesor de Historia bipolar. Ahora está en una etapa depresiva. Le habla al pizarrón y diseña mapas mentales, bueno, según él, pero confusos y, en ese sentido, copia exacta de su interior. Imagino, pura fantasía, que un especialista podría inferir los desarreglos de su sique analizando sus “mapas mentales”. Los alumnos la pasan riéndose y burlándose. Hay otro más. De por si los matemáticos suelen hablar en las nubes. Aquí no se limita a un problema, por decirlo así, didáctico. No tiene autoridad, porque desvaría. La Dirección del Plantel intentó que el ISSSTE reconozca que está enfermo y tratar el caso de esa manera, pero tuvo que insistir, para que le dijeran, después de meses, que no se puede, consideran las enfermedades mentales tomaduras de pelo. Son unos ignorantes. La Directora le ha dado un semestre “sabático”, porque está en juego su debilidad psicológica misma. Las burlas y agresiones de los alumnos son despiadadas. Su mujer lo lleva al Plantel, el no maneja, y se pasa toda la tarde esperándolo.

—Está bien el sabático inventado. Si no hay otro remedio, tampoco laboralmente consideraría ventajoso rescindir su contrato por incapacidad, me parece, porque alegrían lo mismo

que el ISSSTE. Pero el caso puede ganarse. Te voy a enviar un borrador de oficio apoyado jurídicamente para que el Colegio se defienda. Dame tu email.

Era la comida para celebrar el Día del Maestro, el maestro sano. Luis Raúl no era todavía Abogado General. Pero trabajaba en Derechos Humanos, y como si lo fuera.

Entregué el borrador, que hasta puede persistir en la pobre realidad de algún archivo muerto, del que recuerdo, no cito un párrafo contundente, pero sí aproximado:

*El Examen de Aptitud para la Docencia, instrumento para poner en evidencia con certidumbre suficiente las carencias de un profesor que sufra de las debilidades psicológicas varias que podrán llevar a abusos contra la integridad y el bienestar debido a los alumnos.*

En realidad, no sé cuántos profesores cercanos a las enfermedades que se convierten en obstáculo para la docencia, hayan ingresado al Colegio, pero me cuentan con sobriedad de un profesor que se adorna con telas multicolores, respetables cuando abanderan las manifestaciones LGBTI, pero innecesarias para enseñar a adolescentes.

Añádanse varias decenas, 200 acaso que no han acreditado, algunos lo han presentado más de tres veces, me refiero ahora también al examen de conocimientos de sus disciplinas y tienen a su cargo grupos desde hace años. La suma da dudas fundadas acerca de la calidad de tantos de nuestros profesores deja un sinsabor de descuido y abre el camino para los ataques que necesita el programa de desprestigio, al parecer necesario para alcanzar una mayoría convencida de que el Colegio no merece pertenecer a la UNAM. El rector y sus agentes no dejarán de explotar cualquier murmuración que nos desprestigie, porque dañamos el prestigio de la Universidad.

¿Por qué a estas alturas de estas memorias salgo con la historia del examen de aptitud para la docencia? Más allá del rector,

porque manifiesta la extinción de la pasión por un Colegio que no deje de intentar llevar a plenitud su compromiso formativo. Como lo atestiguaron las Mujeres de Blanco, aunque las insultaran de caceroísmo cómodamente desde la dirigencia de cualquier partido o agrupación sin rostro, que mintiendo además se siente de izquierda, puro despecho sin duda, mientras la UNAM acumulaba meses de secuestro y el gobierno federal se hacía de sordera y miopía, ahí sí “por respeto a la autonomía”. Mira nomás. Carajo.

Si ahora estamos en minoría no de fuerzas potenciales, pura teoría, sino movilizadas, las únicas que cuentan, lo debemos a los abandonos sucesivos e interminables que los responsables de la gestión perpetraron durante años, hasta la recuperación que ha podido, apenas, recomenzar en los últimos dieces, sorteando trampas de paros indescifrables y el uso descarado de la destrucción de los Planteles, de incendios de salones a destrucción de computadoras. Pierdes la ocasión cuando eres fuerte, dejas caer tus recursos y debes luego bregar en condiciones menos ventajosas. Así estamos en este agosto del 25 de mi escritura.

Se desliza el primer otoño fresco de 2025. El cuestionario, y los alumnos, han sido abandonados. Puede que alguien acose a alumnas. O a chavitos. Y lo que empeora la negligencia, sin un acuerdo expreso del Consejo Técnico, que lo aprobó y nunca lo ha revocado. Tampoco ha revocado a los alumnos. Pero los olvida.

**N**aucaupan, encabezado por Rafael Familiar, Rafafam, abreviado, su Director, y con el apoyo sin fisuras de su equipo, se instaló en una casa completa a un paso tras la Municipalidad, en Las Américas. La cercanía de los mandos de policía ni ayudaba ni estorbaba a la vida improvisada, pero robusta, de la docencia del Plantel en el destierro de la huelga del 99, a esas alturas ya con toda probabilidad merecedora del calificativo de interminable, pero no de federal.

La casa debe haber sido la residencia de un oficial de marina retirado, porque la Secretaría está en La Ciudad de México, lejos de los litorales. O simplemente se jubiló y volvió de Veracruz o de Manzanillo a Naucaupan. Pero en los corredores estrechos te encontrabas de pronto con un ojo de buey y con pisos intermedios a los que subías o bajabas por escaleras estrechas. Había cuartos reducidos, como para poner literas. Si al CCH “lo sacuden las olas, pero no se hunde”, el Plantel provisional mantenía su navegación.

—Díganle a Familiar que salga, queremos hablar con él.

Era un grupo de activistas, la “Niña de la calle”, alumnos de Isabel que aprendieron a hacer panfletos contra la Dirección en clase, nadie del CEU, tercera generación, pero sí de Luz del Carmen. 20 significaba que no intentarían un golpe de mano. Las puertas eran sólidas y no se prestaban a simples empujones,

si las abrías y cerrabas con oportunidad.

—¿Qué se les ofrece, desocupados?

—Desocupados ustedes, que siguen cobrando sin trabajar. Nosotros defendemos la educación del pueblo. Queremos que salga Familiar, el asunto es con él.

—Pues les falló, porque está por allá, cerca de CU en una reunión con el Director General. Pueden tomar el Metro en Cuatro Caminos o secuestrar una pesera, digo porque son muy pocos.

—No te pases, Ballesteros, y no nos cuentes, sabemos que está aquí, su coche es aquel Tsuru de la esquina.

—Ahora sí. ¿A poco donde está el coche tiene que estar el dueño? No está aquí, pero soy el Secretario General, de modo que ya van planteando sus, ¿cómo las llamaremos? demandas, o petición de más clases...

—Pinche Ballesteros. No manches.

—Así son las cosas. De modo que los que quieran seguir sus estudios, pueden inscribirse en la mesa de ahí enfrente, en la sombrita.

—Nosotros queremos hablar con el dueño del circo, no con los payasos”.

Y Viloría:

—Ya vas. Nosotros tenemos plátanos para darles a los gorilas. Espérenme y los saco.

—Chinguen a sus madres.

—Mira, hasta saben usar el verbo en plural. Más respeto. Nosotros no nos pasamos.

**E**n dos ocasiones los Planteles fueron expulsados de sus espacios y debieron emigrar al destierro, la diáspora, y adaptarse a condiciones desventajosas. Pero quisimos mantener las clases y hubo alumnos, muchos, que quisieron también asistir. Otros funcionarios en otras entidades alegaron que habían sido educados para enseñar Literatura y no para actuar de fuerzas especiales o grupos de ataque y defender las instalaciones desde sus murallas, simbólicas desde luego. Eran simples puertas de acceso a las instalaciones, pero te plantabas con diez profesores, con suerte aguantaban media hora, y nuevos defensores de refresco se agrupaban desde los salones del Plantel y llegaban a ser 30 o más. Lo importante era no ceder el Plantel a paristas ajenos a cualquier regulación. No eran ni trabajadores sindicalizados, ni profesores en demanda de plazas de carrera empujando las rejas, pero al menos no dejabas entrar a los paristas hasta que saltaban las vallas y te sumergían por el número, no tanto a golpes, sino por la prudencia de evitar una batalla campal, para lo que, ahí sí, no dábamos la medida.

La primera vez, el Plantel Naucalpan siguió vivo y con clases, en un edificio que imitaba un estilo Renacimiento Español al parecer del Opus, ya lo he dicho. Yo nunca supe ni me ocupé de averiguarlo. Pero nos la cedían para dar cabida a menos de la mitad de los grupos del Plantel. Los demás acampaban en



tiendas, como Israel camino de Jericó, pero sin trompetas ni ciudad que tomar con estridencia. Y tenía una ventaja decisiva, estaba suficientemente lejos para que los paristas, que no tenían ganas de caminar tanto para encontrarse con puertas cerradas y muros circundantes altos. Algo diferente de las mallas del Plantel que podían cortarse con unas cizallas o levantarse, como una falda, con una barra de hierro.

La segunda emigración más allá de los mares resultó del paro de 99 y de la urgencia de inscribir a los alumnos de nuevo ingreso. Naucalpan fue a parar a la Secundario del Edomex más lejana de cualquier centro urbano en todo el estado, incluidas las derivaciones del Nevado de Toluca. A la espalda del edificio encumbrado en una colina, se vislumbraba sin término una sucesión ondulada de terrenos cubiertos de huizaches que ahí resultaban incorporados a una cierta nobleza más bien folklórica.

Llegamos, Rito y yo, el Director General y el Secretario General del Colegio, verificábamos las condiciones de los Planteles, para tener la certidumbre de que las inscripciones estaban avanzando.

La carretera de acceso, de dos carriles escasos, seguía las curvas de las colinas resecas. En una elevación diminuta, tras una depresión, que no podría denominarse valle de tan pequeña, entre la escuela y los nuevos alumnos, se aglomeraban unas doscientas madres de familia, pocos papás, inquietos por la inscripción en medio de la irregularidad que sumergía a la Universidad, y a sus hijos alumnos de nuevo ingreso.

Entramos a la escuela y el equipo de Servicios Escolares completito estaba registrando a los alumnos. Misión cumplida. Pero ni Rito ni yo nos contentamos con saber. Pensamos en la utilidad de hablar con los padres de familia, de modo que nos mezclamos al grupo que esperaba y comenzamos a preguntar lo que todo Director preguntaría, después de saludar para establecer un contacto:

—Buenos días. ¿No les costó trabajo encontrar esta escuela?

—La verdad, no, maestro. Vimos las indicaciones en el periódico y estaban claras.

—Mis hijos consultaron Internet e imprimieron un mapa. Lo que sí es un problema, el transporte. Dos foráneos, desde San Bartolo Naucalpan. Espero que las clases no vayan a comenzar aquí, porque será imposible llegar todos los días.

—Imagínese nosotros, venimos de Ecatepec, pero ya estamos aquí. Solo tenemos una pregunta: los van a inscribir, pero ¿cuándo comienzan las clases?

Seguro. No podíamos responder, sencilla y llanamente no lo sabíamos. Era septiembre y llevábamos medio año de paro, un semestre completo perdido. Lo único correcto era decir la verdad.

—No lo sabemos, estamos tratando de terminar el paro, pero no queremos ni que intervenga la fuerza pública, la policía o el ejército, ni sacar a los paristas por la fuerza. A golpes. Lo que sí les aseguro es que sus hijos tendrán un primer año de Bachillerato completo, 16 semanas reglamentarias de clases por semestre. Ojalá podamos comenzar pronto. Los Planteles han seguido sus clases en sedes provisionales.

Me interrumpió un hombre que acompañaba su opinión con los puños cerrados. Su voz y los puños sumaban tres.

—No se haga, usted es el Director del CCH, lo he visto en la tele. No quieren abrir la Universidad, porque van a venderla a los japoneses. Querían privatizarla, menos mal que los estudiantes conscientes la están defendiendo. ¿Cuánto le va a tocar, director, aparte de lo que gana por no trabajar?

—Nada de privatización. La UNAM seguirá siendo autónoma y sostenida por los que pagan impuestos, muchos de ustedes, seguramente. El CCH no se ha doblado nunca y tenemos clases en instalaciones extramuros, fuera de los planteles, pues, todos menos Oriente, que no ha podido.

—Palabrería. Compañeros, miren, este es el que tiene la culpa

de que no haya clases. Viene a disfrutar de su obra a nuestra costa. No le hagan caso, retírense y déjenlo solo con sus atropellos.

Nadie se movió. El hombre, si padre, también provocador o únicamente este último oficio, fue quedando aislado. Nos quedamos hablando ahora para los más cercanos.

Pasaron varios minutos. De pronto, Rito me tomó del codo izquierdo y casi me arrastró, apresurado, ansioso, fuera del círculo que no se había desfigurado del todo y al que había regresado el provocador en silencio. Lo seguí y nos alejamos, fuera de la pequeña multitud.

—¿Qué pasó, hermano? ¿Por qué nos vamos?

—Te respondo más lejos. Vámonos.

Arribamos a donde Rito denominaba “más lejos”.

—Es que, al cabrón ese, le di un pisotón con el tacón de mi zapato. En la bola no supo de donde le llegó, pero si nos quedamos nos iba a echar la culpa a nosotros y, entonces sí, podía ser peligroso. No se vale que sean tan demagogos, uno se ha partido la madre por conservar las clases del Colegio y este cabrón, que ni padre de alumno debe ser, viene y nos insulta. No podíamos argumentar, con estos locos no sirven razones, de modo que le cobré de otro modo. Nunca sabrá quién fue o, si se lo imagina, nosotros nos vamos de vuelta a la civilización a las de ya.

El coche nos devolvió a carreteras menos desiertas, a calles transitadas y al Periférico embotellado. La ciudad.

**E**l espacio del corredor junto al segundo patio del Palacio de Minería, convertida en sala de negociaciones, estaba llena de observadores. En medio había, de cada lado dos filas de sillas, sin mesa para apoyarse. La discusión seguiría el itinerario de la improvisación, lo que fuera saliendo. Era inútil tomar notas. Enfrente estaba la crema de los paristas que habían secuestrado la UNAM nueve meses, pero los grandes divos se equiparaban al Rector y no asistían. Dejaban la interlocución, de la cual evidentemente no esperaban ganar nada, ni acordar tampoco nada, a una segunda fila de líderes, donde destacaban activistas del Colegio, Roberto Rivera Macé en primera fila y el Licenciado Hernández, defensor de los paristas presos, Higinio Muñoz atrás de sus tropas de Azcapotzalco, como si no tuviera que ver y hubiera llegado tarde. Ni El Gato ni El Diablo de Economía tampoco se arriesgaban a la discusión, pero cuidaban la estrategia a distancia transmitiendo SMS a sus leales. Mucho menos apareció nunca El Mosh. Me imagino que ya había hablado con el secretario, léase como un sustantivo común, no sé quién concretamente se encargaba de los contactos de a de veras con las infanterías de los paristas, no despreciables, pero tercios e irresponsables, porque habían destruido un año escolar de 300 mil alumnos. Menos, cierto, porque las facultades que tenían directores dispuestos a batallar en recintos menesterosos

de espacio y pizarrones, y nosotros, en el Colegio logramos rescatar un buen número de estudiantes esos mismos meses en que nos despojaron de nuestros planteles. Sobre todo, nosotros.

Pero no quiero volver atrás, sino recorrer la memoria de las discusiones de Minería. Yo estaba ahí, seguramente porque el Colegio era numeroso y habíamos logrado seguir enseñando, a medias, desde luego, y apoyado a organizarse a las Mujeres de Blanco, que en los pasos de peatones del Periférico desplegaron carteles pidiendo que los automovilistas encendieran las luces en apoyo a la Universidad. Lo lograban y el movimiento fue creciendo y se repitió al menos cinco veces, la última desde el cruce del Viaducto Tlalpan y el Periférico Sur, hasta Reforma, con profesoras y alumnas de varias facultades. Seguramente me estoy repitiendo. Quiero imaginar, en cambio, que las Mujeres de Blanco no eran una preferencia del Rector actual, porque el Gobierno del que venía era, digamos, clásico, y estas invenciones en que la comunidad se defiende, no estaba en la lista de sus simpatías o por lo menos de sus primeros recursos. Se negociaba en alto nivel, no en los suburbios.

Ahora se trataba de convencer sin violencia a los llamados “paristas” de que devolvieran la Universidad. Era una misión absurda, porque las cuotas habían sido retiradas desde junio y se anulaba así la demanda central del paro indefinido. No había nada que negociar. Pero no cedían. Había renunciado el Rector, un verdadero atropello de la autonomía universitaria, y seguía la ocupación de los recintos. Quizá se trataba de que el verdadero objetivo hubiera sido precisamente deshacerse del Rector y había que teatralizar la negociación, para evitar que la comunidad entera ligara la salida del Rector con el fin de la huelga, aunque ya no hubiera otro conflicto que la ocupación misma que había triunfado dejando a la Universidad sin cuotas, sin sus recintos, sin cursos y sin Rector.

Pero la UNAM estaba ahí y había que recuperarla, y yo, de-

signado por el nuevo Rector, y bien sabía él de mi cercanía con Barnés, no tuve ningún reparo en participar en esta última etapa, porque quería recobrar nuestros Planteles y el nuevo Rector estaba trazando una ruta que muchos años después fue resultando más simple y menos misteriosa que en aquellos días. Y, completemos, útil para la UNAM.

Había de cada lado dos filas de 12 sillas, enfrentadas, porque íbamos a dialogar. Cada grupo tenía un coordinador para resolver conflictos de protocolo y evitar que el tono cambiara de una controversia, digamos de buena voluntad, académica o por lo menos no tan mal educada, y se convirtiera en un mal pleito triste de vecindario. ¿De cuál? No quiero señalar ninguno del que realmente solo tendría alguna noticia convencional.

Las tesis eran: nosotros, devuelvan las instalaciones; ellos, no represión, no privatización, incremento de matrícula. De devolver, nada.

Nuestras primeras intervenciones dijeron que sí a todo, nadie tenía el proyecto estúpido de vender la UNAM a los japoneses, ni los japoneses el de comprar una universidad que paraba, como si nada, durante un año. La no represión, que nunca hubo tal, sino cuando mucho alguna acusación excepcional, excéntrica y sin consecuencias ante el Tribunal Universitario, fuera de servicio, se concretaba en olvidar jurídicamente las injurias cometidas contra el pueblo mexicano, las pérdidas económicas, el retraso académico y sobre todo el desprecio por la comunidad de aprendizaje y de docencia. Pero es bien sabido que la anulación de las sanciones aparece precavidamente en todo pliego petitorio, también cuando el objeto de disputa es una cabaña abandonada que iba servir para dar información a los alumnos en un Plantel y nunca sirvió para tal ejercicio, sino para otros impúdicos e imprudentes, organizados con horario y gratuitos. O de cobro por uso, percibido por el grupo usurpador del recinto. No deja de sorprender, sin razón, por cierto, si se mira bien, que decenas de alumnas

y alumnos más bien marginales, en cualquier combinación, se pongan al parecer fácilmente de acuerdo en un tema como este.

En la segunda sesión, después de dos horas de repeticiones, ciertamente me derrotó el sopor. Tuve un cabeceo muy breve, pero suficiente para que Roberto Rivera me señalara como dormido. Reaccioné de inmediato y levanté la cabeza. Hubo risas, no era para menos. No había café ni tampoco podía salir a tomarme una taza. Seguimos la discusión, pero ahora nos observábamos mutuamente, sin coordinación, de modo que en teoría nadie podía cabecear sin ser denunciado. Pero yo quedé como el prototipo de quien se dormía en la discusión, por lo menos esa larga mañana. Arrulla el tono de sabios de areópago incierto de la supuesta izquierda, seguramente respaldados por Gobernación, ya salió el Secretario, y por alguien de la UNAM, que adoptan a los alumnos avezados en el rollo, aunque rara vez en las materias de su carrera. Las mismas frases, la argumentación endeble sostenida por la actitud doctoral, sin haber terminado ninguna licenciatura. Bueno, tuve un cabeceo, era cierto.

De los argumentos, triviales todos, aunque los de ellos eran además demagógicos y destinados a ganar tiempo (¿Esperaban mantener la UNAM cerrada en Navidad? No iban a adornar el pino de la explanada de Rectoría de todos modos, rituales burgueses) y los nuestros omitiendo que terminaríamos por sancionar a los que habían destruido un año escolar, dañado gravemente la fama de la UNAM y terminado por convencer a muchos mexicanos de que la Universidad no servía y era mejor refugiarse en la educación privada, que nunca deja de dar clase. Al final, dos semanas antes, habían logrado la renuncia de un buen Rector, que se atuvo a los compromisos, quién sabe en qué tono, del Presidente de la República. Que, además, para terminar de arruinar el problema, no era nada alto.

Lo vi una sola vez, ya lo dije antes, cuando nos recibió en Los Pinos, añado algún detalle. Además de decirnos que nos

las arregláramos, nos estrechó la mano protocolariamente y no sentí ninguna circulación de energía entre nosotros. Supe que no teníamos el mismo temperamento. No importa, nunca más tuve que ver con él. Nada logramos sino algo así como “para el hambre, comida; para la lluvia, casa” que es el lema de los tautólogos, cuando gobiernan.

Digamos, nos dijo lo que ya sabíamos que debíamos hacer, y lo estábamos haciendo. Con ese pleonasma, “cumplan su deber”, que es lo que convencionalmente se debe hacer con los deberes (otro pleonasma) y un respeto a la autonomía que se le agotó ese día, porque pocas semanas más tarde tuvimos un Rector que dejó salir de su gabinete, excelente académico y buen político, que terminó el paro con un referéndum acertado y aplastante. En el Colegio logramos una participación de las más altas de la Universidad, sobre todo porque nunca perdimos el contacto con los alumnos. La idea no se le había ocurrido a nadie en los días de la audiencia presidencial de momias. El nuevo Rector levantó el funcionamiento y la imagen de la UNAM ya a la mitad de su primer periodo. Y eso se agradece.

Pero estoy contando otra secuencia de las memorias del Colegio y abandoné el relato de las discusiones, unas cinco o seis, transmitidas por Radio UNAM. No llegamos a nada, a no ser que, en las negociaciones discretas, o acaso meras conversaciones de cómplices, de las que no te enteran, aunque seas Director General, y en las que hayan avanzado por el otro camino de preacuerdos que evitaba enfrentarnos en las Termópilas. Por ahí no pasaron.

En enero comenzó una segunda etapa de negociaciones públicas y radiofónicas transmitidas por Radio UNAM, pero esta vez en el escenario del auditorio Alfonso Caso de CU, con un público más amplio y una comisión de alumnos, o se suponía, pero eran los triunfantes del paro y entre los que se contaban activistas más jóvenes. Por lo menos había café todo el tiempo



sin discriminación de equipos. En la comisión de alumnos, nadie del CEU, prácticamente ausente de los momentos decisivos del conflicto, y perdedores en el universo activista de la UNAM. Desaparecieron. Pero seguí estimando a mis amigos.

Nuevo siglo convencional y erróneamente, porque el 2000 cerró el siglo XX y el 1 de enero de 2001 abrió el XXI, pero los juegos artificiales se adelantaron un año engañados por los números nuevos, otros interlocutores y una nueva comisión de Rectoría, ahora con funcionarios de mayor nivel: el Tesorero de la Universidad, el Ingeniero José Manuel Covarrubias, el Dr. Narro, el Secretario de la Administración Escolar. Yo también.

La discusión cambio de género. Del discurso político, cuya función es la persuasión, el tono y las ideas, si podemos llamar así a lo que se decía, derivaron hacia la lírica. El hijo de la activista ejemplar de la Facultad de Ciencias, Guadalupe Carrasco formaba parte de la Comisión de alumnos, ignoro si por sus hazañas, romper la puerta de una dependencia, asaltar un depósito de material digital o de camisetas de los Pumas, que nunca se pondrían en un acto político, pero ¿qué tal el fin de semana? o por su herencia. Su mamá estaba en el Reclusorio Norte”. Presa política”, no hay más que explicar. En medio de la segunda sesión, sonó un celular más, pero no era uno más, sino la llamada planeada para lograr un efecto, pensaban ellos, demoleedor. Terminó y todos sabíamos que había sido Lupita.

Pedí la palabra y me la dieron de inmediato. No estaba planeado. Creo haber dicho más o menos lo siguiente, lo central es seguro, las expresiones pueden estar variando.

—Yo pensaba que estábamos discutiendo entre adultos, unos más jóvenes que otros, nosotros los que defendemos a la UNAM. Pero no, tu necesitaste preguntarle a tu mamá lo que tenías que decir. (Risas generales, sonrisas y estupor entre los activistas). Sinceramente lamento que la hayan detenido, no sé con qué cargos, y me parece inequitativo, porque a muchos de los más

importantes dirigentes ni los citan a declarar. De todos modos, deseo que la liberen pronto. Pero si cada vez que te toca hablar, tienes que pedir apuntador, tu mamá, claro, mejor pidamos una conexión telefónica fija, o una teleconferencia, para que ella asista a la negociación y tengamos respuestas más completas y de la fuente original, no de un discípulo que no se acuerda de lo que debe decir. Creo, y perdona que entre a una zona más personal, pero ya estás en edad de pensar por tu cuenta y si estuviste en el CCH, veo que fracasamos en ayudarte a tener autonomía en los conocimientos y actitudes. Si estuviste en otra institución, bueno, quién sabe.

La intervención resultó no sé si muy convincente, pero se difundió en la comunidad de oyentes de Radio UNAM. Me cayó encima la fama de haber sido duro en mis intervenciones. No lo creo, fui directo y claro, pero los nuevos activistas eran novatos. Los anteriores se habían jubilado, porque habían logrado su última meta, la renuncia del Rector, y lo demás nunca les importó.

En los minutos anteriores a la tercera sesión, cuando mis bonos de polemista y el recurso de citar la legislación universitaria, que los activistas nunca habían leído, daban el resultado de hacerlos vacilar, y la transmisión por Radio UNAM incrementó su escucha, hasta mi hermana me reclamó que había arrastrado demasiado a los “chicos” activistas, cuando todo eso comenzaba a alejarse y cada pieza se acomodaba en la Universidad, unos minutos antes de la tercera sesión, en la comisión de Rectoría al completo, toqué el tema de que el antiguo edificio de Radio UNAM, ahora Dirección General del Colegio, tenía un ala ocupada por los posgrados que fueron de nuestra Unidad de los Ciclos Profesional y de Posgrado, ahora inexistente porque su modelo se había universalizado en la Universidad. Pedí que los desocuparan.

Pero había otros grandes pretendientes: José Manuel Covarrubias cabeza de la Tesorería de la UNAM; Polo Silva reincidente por años en la Administración Escolar. Yo argumenté que no

cabíamos en los tres edificios asignados, uno en San Francisco, Colonia del Valle, edificio comprado sin una revisión detallada que no tomó en cuenta el estado de inseguridad de las seis plantas sacudidas por el terremoto de 85 y quién sabía cómo apuntaladas, y otros tres pisos, uno de ellos incompleto, en el antiguo Almacén de la Imprenta Universitaria en CU. Porque suponía que, terminado el paro, lógicamente devolveríamos la casa de Guti Cárdenas en Guadalupe Inn.

Los poderosos mantuvieron sus apuestas. Comenzó la negociación.

Al día siguiente, propuse ceder un piso del edificio de tres de Universidad 3000, el antiguo almacén, ahora museo sin reconocimiento, porque las ediciones universitarias disponían de otras bodegas modernas para acumular sus libros durante decenios, antes de ponerlos en circulación, excepto en la Feria de Minería y en la FIL de Guadalajara.

No se convencieron. El antiguo edificio de Radio UNAM era más bello, obra de alguno de los excelentes arquitectos que construyeron CU.

En el tercer round el empate se consolidó. Acordamos plantear el problema y que el Rector decidiera. Narro, quedamente, me dijo que me apoyaría y fue designado por unanimidad mensajero.

Dos días después el edificio, entero, era la sede de la Dirección General del Colegio por decisión del Rector.

—Hice ver al Rector —sonrió por lo bajo Narro al día siguiente— que los profesores del Colegio considerarían la mudanza de la Dirección a la Colonia del Valle una mala señal de que la UNAM iba a separarse del Colegio. El Rector lo consideró y te lo otorgó. No dejes de darle las gracias, como ahora estás haciendo conmigo. Ah, otra cosa, hay una regla universitaria que hay que aplicar siempre, hazlo tú también: cuando tengas un espacio, nunca lo devuelvas ni lo cedas, aunque no te sirva de momento.

Así, nos quedamos en CU, mandé funciones de apoyo académico diversas a San Francisco. Respiraba hondo cada vez que llegaba a nuestro edificio. El Colegio se consolidaba como parte de la UNAM en el edificio que sigue al Sur de Rectoría, pasando el Circuito Escolar de Ciudad Universitaria, al lado de Servicios Médicos, era el nombre de entonces, y de su auditorio que nos han prestado siempre que lo solicitamos. Detrás están los Consejos Académicos de Área.

S alí de la sala del Consejo Técnico, donde había tomado posesión del cargo mi sucesor, aligerado de previsiones que tomar y de estrategias que inventar, y volví con mi mujer al Ajusco, a media insólita mañana. No tenía ningún plan preciso, sino un aglomerado de esbozos, desde un año en París, que se desvaneció sin apenas tener tiempo de intentarlo, hasta terminar en la elaboración del Bachillerato a Distancia del que se ocupaba Carmen Villatoro en la Coordinación del Consejo Académico.

En el Colegio nada, esperable y justo, porque tras tantos años ininterrumpidos de direcciones, había acumulado seis años sabáticos y todos imaginaban que los tomaría. No lo hice. Finalmente, la Coordinadora del Consejo me invitó a trabajar y comencé una época que recuerdo con tintes de penumbra, incolora, acaso por la falta de provocaciones e incentivos a la producción de adrenalina, aunque la Dirección General, tras el paro del 99, sus conspiraciones y sus consecuencias inmediatas, había sido al fin de cuentas más bien tranquila y académica. Siempre supimos qué hacer y lo intentamos. Los números fueron buenos.

Pudimos así en el Colegio, al volver y sin esfuerzos extraordinarios, revisar los programas aprobados en 96 y mejorarlos entre 2002, al comienzo de un segundo periodo, y 2004, , sin lograr auténticos programas de cultura básica, “lo importante

de las materias importantes”, aunque los enfoques renovadores terminaron por entrar en todas las materias al parecer con naturalidad. Los profesores habían terminado por aceptarlos, al menos de puertas de sus salones para afuera.

Me dieron un cubículo diminuto, pero exclusivo, en el edificio de los Consejos Académicos con plantas que se reanimaron de inmediato a adornarse con hojas nuevas, que el empleado de Intendencia responsable de la limpieza explicó por las buenas vibras que recibían de mi presencia. Era amable.

No volví a la Dirección General del Colegio en meses, aunque decía *vivir* enfrente y mantenía la misma sólida amistad con el nuevo Director General. Ni me hice presente ni me interesé en enterarme de acontecimientos, incidentes ni habladurías. Cuando terminas un periodo y te retiras, debes ausentarte efectivamente y no estar vigilando, mucho menos dar la impresión de que lo haces, porque el primer deber de un exdirector es no estorbar con la inevitable comparación entre lo que hacías y lo que ahora hace legítimamente tu sucesor.

Pero ahora han pasado 16 años y, sin buscarlo, he terminado por ir acumulando datos sueltos que recompusieron un rompecabezas triste de la imagen despintada del Colegio. No que, al hacerme a un lado, como estaba obligado y lo cumplí de buen grado, haya comenzado el diluvio. Simplemente las lluvias sin tregua se desataron en alguno de los tiempos posteriores y, mientras veían llover, algunos de los responsables principales, creían que no se mojaban.

Lo resumo, porque en los abandonos y aciertos que se fueron produciendo como si no tuvieran autor, como un viejo edificio que comienza, o termina, por perder su tejado, las cornisas que el moho mancha de humedad que clava sus cuchillos discontinuos y falsamente inofensivos en la entraña de los materiales, que no recuerdan ya su juventud, un tiempo imaginada interminable.

No pregunté, pero me fui enterando.

Si emprendo el elenco de la falta de atención, no pretendo atribuirlo a una reivindicación estúpida de mis períodos, sino a la desesperación por los antecedentes que pasaron años carcomiendo al Colegio, sin que nadie siquiera los señalara, mucho menos que emprendiera los reforzamientos y cambios, habría que haber tirado el último piso, acaso, para reconstruirlo con materiales más actuales en ligereza y duración o al menos clausurar sus goteras. No comienzo un acta condenatoria, sino apenas una constancia de que el Colegio me ha dolido desde el 2012 y me siguió preocupando en el 25, ante la inminencia de nuestra entrada en el Bachillerato que ya dicen ser por fin efectivamente obligatorio y sus peligros. Entiéndelo así, Íñigo, o quien seas que se hace cargo de mis archivos en el Centro de Documentación Académica Digitalizada, de modo que tengas mejor información para ordenar, si el caos puede reducirse a un relato. O no puede, y entonces el desorden de mi texto simboliza el del Colegio viviente, pero olvidado de sus cimientos y de su destino.

Una mañana, seguramente el 10 que corría, me acerqué, no recuerdo a quién esperaba, al escritorio de la secretaria del Director General y vi algo que me intrigó sobremanera: un nombramiento o el documento de su presentación o una lista de nombres con la marca de “No titulado”. No podía tratarse sino de profesores, porque para qué sirve la titulación, si no como condición que, nos habíamos comprometido ante el Rector en una sesión del Colegio de Directores del Bachillerato en el 98, exigiríamos todos en adelante y sin excepción.

Pacté ese año con Ariel Moscoso, Secretario General de las AAPAUNAM que incluyera el apoyo para titularse como reivindicación laboral y la Universidad aceptó. Desde entonces cada año nos reuníamos, la placa conmemorativa de bronce, como la del Rector Soberón, se perdió con el derrumbe de La Cava, para sugerirle yo las necesidades que nos urgía remediar, y en

la revisión del Contrato Colectivo o como apéndice del pacto salarial los apoyos llegaban. AAPAUNAM, que no tenía idea de lo que nos faltaba, se lucía y nosotros nos ahorrábamos el retraso o el rechazo de la burocracia universitaria, que nunca consideraba merecido ni urgente lo que pedíamos, a no ser que testarudamente insistiéramos con ocasión y sin ella. El estribillo se repite tras cada estrofa, venga o no a cuento.

Los profesores de Inglés, más de cuarenta, se titularon y la Junta de Directores adoptó la política de no aceptar profesores nuevos sin título, por vez primera en el cuarto decenio del Colegio. Así dejé al profesorado, cuando terminé mi segundo período.

Pero alguien rompió la norma y seguramente por no molestarse en buscar un profesor de Latín, aunque fuera en el seminario del convento de Los Remedios, o en pegar carteles en las facultades de CU, logró que, por esta vez, única, una y no más, lo dejaran contratar a un pasante. Al año siguiente fueron seis en dos Planteles y luego la lista de 120 que entrevisté en el mostrador de las secretarías del Director General.

Bajé a ver a Adrianita, responsable de tramitar los nombramientos académicos, experta y sabia, educada por Alfonso años atrás, delgadita y blanca, de ojos dulces de torcaza y de voz que nacía envuelta de silencio. Siempre nos tuvimos un afecto sincero y me ayudó, además de hacer su trabajo con escrúpulo y seriedad, alertándome, cuando algo comenzaba a esbozarse en la lejanía, un barco pirata o una manada de lobos.

—¿Qué quiere que haga? Son órdenes. No es como antes.

—Mándalos al diablo, son órdenes fuera de las normas y acuerdos. No se vale tirar a la basura lo que costó atajos y esfuerzos y había llegado a la perfección.

—Le dije al Director, pero los Directores de los Planteles se quejan de que no hay profesores y finalmente me dio la orden personalmente y de palabra. Nunca por escrito, está bien. Tampoco puedo rebelarme.



—No te lo pido. Tienes razón. No vas a ser la Corregidora de la Titulación en la nueva guerra de independencia. Pero ya ni la...

—Usted sabe que siempre cumplí con mi trabajo y di la cara para que se cumplieran los acuerdos. Yo también siento que tiran por la ventana, como si fuera basura, los disgustos con secretarios administrativos que venían a alegar y a pedir excepciones. Nunca acepté, pero ahora es mi jefe el que decide.

—Un beso. Te entiendo, pero por lo menos no olvides que la norma no ha cambiado. Cada semestre, repite que los nombramientos de pasantes no son regulares, luego haz lo que puedas, porque el Colegio pierde.

Fue la primera fractura en el edificio. Se deslizó en silencio desde el techo hasta el suelo del piso inferior. Me acaba de subir desde el inconsciente “La caída de la casa de Usher”. Y nadie pareció darse cuenta de que se estaba rompiendo un acuerdo que habíamos tomado ante el firme e inevitable reclamo del Rector, cuyo cumplimiento encomendó en una Junta de Directores al Secretario General, Javier Cortés. Ninguno de los dos estaba ya en el puesto. Nos pusimos entonces a la tarea y en tres semestres habíamos terminado sin ceder en ningún caso. Para eso están los Directores de Plantel, para resolver la carencia de profesores de Latín o de Diseño Gráfico, si no los encuentran, porque espontáneamente nadie llama a la puerta para pedir trabajo, cuando hacen falta.

Luego hicieron desaparecer el examen de aptitud para la docencia, de modo que ya no estaban seguros de no estar contratando a un bipolar, que daba clases de espaldas al grupo y a solas con el pizarrón, donde escribía fórmulas matemáticas que nadie podía ver siquiera, un interminable discurso de signos, de por sí inescrutables para los adolescentes forzados a asistir a clase con uno de los “acertijos”, como decía el mote que impusieron a los matemáticos inexplicables.

A todo esto, se agregó que también se dejó de cumplir dar de baja a quien no pasaban los exámenes. Pero no. Si el profesor

estaba ahí, supieras o no que no sabía, se quedaba. Y los dejaron presentarse de nuevo y, tras otro descalabro, y una y otra vez les siguieron asignado grupos, y más veces de nuevo hasta que hubiera sido contrario a la Ley Federal del Trabajo despedir a profesores que nunca habían recibido la certificación de sus conocimientos indispensables, acatando leyes inaplicables, válidas para las multitudes de obreros y no especialmente para universitarios, que les otorgaban la definitividad laboral en el Colegio, y sin concurso, sin siquiera haber demostrado una vez sus conocimientos. ¿Los responsables de la gestión del Colegio podían dar certidumbre de que en sus cursos los profesores enseñaban con la capacidad indispensable?

Siguió sin resolverse también el problema del examen de conocimientos mismo, que se iba convirtiendo en una especie de examen de grado *de universa* no *philosophia* o *theologia*, como en las universidades medievales, París, desde luego, sino de las materias del plan de estudios. Los autores de los exámenes pretendían asegurar que los aspirantes dominaban toda la Química, o la Historia de México y sus derivaciones más refinadas. Como si a nosotros al ingresar en los 70, nos hubieran tratado de la misma manera, pero no hubo modo de hacerlos entender que lo esencial y suficiente es que los aspirantes dominen los contenidos de los programas que van a enseñar y tengan una visión de conjunto de sus materias, para poder distinguir lo importante y esencial de la erudición sin término.

Y se olvidaron también de los profesores nuevos, que sustituían a los que se jubilaban y llevaban consigo la experiencia vieja del Colegio, no por añosa menos real y significativa, sin dejar rastro de ella. Los nuevos comenzaban a trabajar, sin que el Director del Plantel los entrevistara ni de milagro, y lo peor de todo era que los cursos de inducción al modelo educativo del Colegio dejaron de ser importantes y nadie se ocupaba ni de definir sus contenidos ni de preparar a los profesores. ¿Cómo

mantener vivo un proyecto educativo cuyos profesores nunca habrán recibido información precisa y exigente de lo que la institución espera de su docencia? Porque el asunto no era un problema burocrático ni quisquillosamente perfeccionista. El Colegio se jugaba su existencia misma, al no sustituir profesores antiguos por profesores nuevos que ignoraban de qué se trataba en el CCH.

Todo esto comenzó a correr en los últimos años del primer decenio del siglo y hasta cerca del final del segundo, porque la Junta de Gobierno estaba pensando en otros nombramientos cuando fue sustituyendo directores que terminaban su mandato. Hubo quien le advirtió de lo que se incubaba, pero parece que la Junta lo consideró varias veces sin importancia, porque sus designados nunca se hicieron cargo de viejas urgencias de más de 10 años. Esta vez el abandono de la Universidad no tuvo la respuesta colegiada de hacerse cargo del problema, porque el Colegio no era tan horizontal como en los 70 y había responsables de salvaguardarlo que no sabían que se estaba ahogando.

Hasta llegar al momento actual en que la Universidad, mejor dicho, sectores poderosos de ella, quieren deshacerse de nosotros y encomendarnos al desapego de la Subsecretaría de Educación Media Superior.

Lamentable destino, si además no reaccionamos.

**H**a habido una ley, como si se tratara de los accidentes que periódicamente amenazan y se desencadenan sobre los seres vivos, que me arriesgo a enunciar: cuando el Colegio da trazas de comenzar a avanzar en una perspectiva académica, por más tenue que sea, comienza una campaña de guerra en toda forma. Por supuesto, nunca proclama su nombre, sino el de “el desorden del Colegio”, “la incapacidad de los grupos políticos para vivir de acuerdo en lo mínimo indispensable” o “las condiciones deplorables de los profesores de asignatura”, la inmensa mayoría de quienes se hacen cargo de los grupos escolares.

En marzo de hace siete años la Directora de Azcapotzalco tuvo la amable ocurrencia de cubrir de pintura blanca un mural de Delgadillo que había sobrevivido a cinco Directores en el muro de Usos Múltiples que da a la explanada de asambleas y manifestaciones del Plantel. Quiso mostrar quién mandaba, y siguió tal vez la ocurrencia de sus asesores de borrar huellas de una izquierda muy antigua que se asomaba al transcurso del Plantel, para dar una pruebas de fidelidad a sus aliados, pero provocó un levantamiento general de escudos incitado por los activistas, de cuya doctrina, si la tenían, aunque fuera en frases indecisas sobre el arte y la libertad de expresión, no tengo una idea clara, pero apostarí a dos a uno a que se trata de los afines a la vaga anarquía que vegetaba y golpeaba en los Planteles y

en otras Facultades y espacios de la Universidad por aquel año. Puede ser también, me afilío así muy de paso al conspiracionismo, que Espantapájaros tuviera que ver con la provocación.

Se añadió de inmediato un descontento creciente, que se alzó de otro horizonte, tras dos semanas en que los alumnos no sabían en dónde sus grupos tenían trabajo de aprendizaje escolar, las clases, los profesores habían recibido horarios descompuestos y ausentes del modelo vigente de méritos académicos cuya fachada es la Lista de Prioridades para la Asignación de Grupos, que depende de los méritos verificados de cada profesor, o se les asignaban grupos con 80 o con 3 alumnos desconcertados.

El resultado inmediato y visible eran grupos de estudiantes vagando por el Plantel, como los centroamericanos que decidían por aquellas fechas emigrar a pie a Estados Unidos, y recorrían de sur a norte el territorio mexicano en multitudes angustiosas y al mismo tiempo decididas y admirables. Sin encontrar donde sentarse a comenzar el semestre, se desataba la angustia de muchos de ellos del tercer año, preocupados porque su acceso a las Facultades resultaría más problemático, si la simple asignación de grupos bien conformados y de salones distribuidos no se resolvía. “¿Dónde tengo Biología? Voy a Medicina y no quiero llegar mal preparada”. Terminó por tomar cuerpo una insurrección con demandas académicas justas, pero sin estructura.

Con sensatez, los alumnos recurrieron obviamente a la Dirección, pero rara vez encontraban a la titular y los recibía un antiguo director que al parecer tenía un mandato extraordinario de prolongación de encomienda y sustitución familiar, figura que la legislación universitaria todavía no había llegado a definir. Tomaba verbalmente decisiones que no resolvían los problemas, pero favorecían a amigos y dejaban en la incertidumbre a los desconocidos o adversarios. Y había muchos. O entretenían a los alumnos con nuevas citas que se posponían. Y así durante tres semanas.

La temperatura del Plantel llegó a la fiebre y una asamblea de alumnos no militantes, pero cercanos a la desesperación, cerró la Dirección y el Director suplente se sintió despojado, en su opinión arbitrariamente, de cualquier posibilidad de negociación. La temía y no la había intentado por mediadores interpuestos o, menos todavía, cara a cara. Esta modalidad no está en la legislación del Colegio, pero sí en las mejores actuaciones de muchas Direcciones que se vieron envueltas en conflictos cada vez inéditos y semejantes.

Los alumnos en asamblea cerraron el Plantel. Las clases se suspendieron. La mayoría de los profesores se mantuvo ajena al conflicto, mientras el director acompañante trataba de organizar una toma del Plantel recurriendo a sus adeptos, no siempre convencidos de procedimientos universitarios, sino porros, alguna vez inscritos en el Bachillerato tantos años antes que no recordaban, ni les importaba su número de cuenta, sino mejor el sobrenombre de batalla, desechados de Bachilleres o cuerpos francos de barrios de los alrededores y, en otro registro, padres de familia inquietos por la pérdida de clases. Pero nunca pudo reunir cuerpos de infantería suficientes, de modo que, apareciendo por fin, los anarquistas bloquearon las puertas del Plantel y no dejaron entrar a nadie.

Las omisiones, escribiré culposas para no convertirme en juez de Israel, que nadie me ha nombrado, terminaron en la renuncia de la Directora, que no decidió por propia iniciativa, sino por el impulso de Rectoría. Su sustituto familiar autodesignado, en cambio, no renunció, y mantuvo la guerra para provocar enfrentamientos, a los que no se prestaron ni las asambleas de alumnos ni el grupo más visible de profesores, unos 80. Los demás, gran mayoría sin palabra, no intervinieron, sino esperaban que la batalla terminara para volver a sus salones, con nombramientos y grupos corregidos.

Luego vino un ataque de porros bien organizados, y el adjetivo no quiere connotar admiración, sino dar cuenta de la

amplitud y el poder que se escondía tras la agrupación violenta de adolescentes y fósiles contratados por un poder ajeno al Plantel, pero sin duda dueño de nexos con funcionarios de la Universidad y jefes de facción de partidos políticos.

Una caravana de algunos cientos, y no tantos, de alumnos de Azcapotzalco se reunió en el Parque Álvaro Obregón, La Bombilla, espacio clásico de marchas que no se prevén multitudinarias, porque el recorrido hasta CU es breve. La manifestación recorrió sin incidentes el par de kilómetros hasta la explanada de Rectoría, al lado de Insurgentes.

Un autobús blanco recorrió el Periférico desde Naucalpan, antes de Cuatro Caminos, y la media hora de filmación en las cámaras de seguridad que controla la policía de la Ciudad de México. Nadie intervino, aunque el autobús era curiosamente inusual.

Simultáneamente llegaron a las inmediaciones de Copilco y al Estadio Olímpico, los alumnos por Insurgentes y el autobús por Revolución. Nadie imaginó lo que podía preverse sin paranoia. Y si no sabes, tampoco eres responsable. Pero había instancias diversas universitarias y exteriores con experiencia para imaginar lo que sucede, cuando grupos distantes de pura casualidad coinciden. Y había cámaras.

Los alumnos, y el sustantivo era al 90% exacto, venían a entregar un pliego petitorio, correcto y curiosamente académico.

El ataque corrió de las cercanías de Filosofía y la Biblioteca Central hacia la parte alta de la explanada de Rectoría, donde está el monumento conmemorativo del Rector Barrios Sierra. Los videos, esa misma tarde imágenes de noticieros, muestran la vanguardia del ataque a pedradas, que no pudieron recoger del suelo, porque en la zona hay pasto y andadores. Uno toma previsiones de parque, cuando organiza el ataque a las columnas del ejército enemigo. Había algunos adultos en jeans, todo el tiempo quietos, observando con pasmo o con ánimo documental. La pedriza seguía rumbos adyacentes.

Abundaron los videos, que para eso están los celulares. Y entonces aparecieron las puntas, las navajas o cuchillos, los heridos de gravedad, abundantes rostros que terminaron en identidades establecidas.

Obviamente la columna de alumnos se replegó hacia la lateral de Insurgentes y el Circuito Escolar y ahí terminaron las imágenes, pero las anteriores se repitieron hasta la saciedad. En resumen, “alguien”, con la complicidad de otros, sin que uno, desde donde está, fuera de los circuitos reales de los poderes, no puede sino imaginar, pero apostando a probabilidades razonables, decidió agudizar el conflicto de un Plantel y arrastrar a Rectoría al ojo de este ciclón del Pacífico, con nombre de mujer este año.

Inusualmente Rectoría tomó medidas. Retiró de sus funciones a uno de los responsables de no haber intervenido para detener el ataque, sino solo observado. Luego hizo subir a un nivel inusual las destituciones. Porque declaraciones y deslindes siempre ha habido, las acciones en cambio han sido mucho menos acostumbradas.

Pasadas las impresiones duras de la violencia salvaje del ataque, quedó claro que había comenzado una guerra a la que el mismo “alguien”, a estas fechas de septiembre del 25, todavía no puedo poner nombres propios, y lo haría, pero en 19 era claro que “el mismo” estaba arrastrando al Rector y, como de paso, pero era quizá el objetivo más modesto, pero no despreciable, al Director General buscando inculparlo para su destitución. Había comenzado apenas a insinuar un cambio favorable para el Colegio, que no era para asustar, pero quienes nos aborrecen, se inquietan en cuanto mejoramos.

Tras el ataque a los alumnos manifestantes ante Rectoría, en todo correctos y acertados, se abrió un periodo en que la sociedad procesó los acontecimientos. Rectoría había tomado medidas firmes, el ataque revelaba la diferencia entre alumnos y porros. No es ventaja desdeñable, porque dejaba fuera de acusaciones al Colegio.



Pero el Plantel siguió cosa de otro mes en vaivenes indecisos, cerrado y sin clases. La Dirección General tomó las riendas del Plantel sin tomarlas, es decir, sus funcionarios llegaban a las seis o siete de la mañana, los cumplidos, a media mañana otros, y circulaban todos al parecer sin objetivos ni funciones explícitas, hasta las nueve de la noche. Pero no pudieron impedir el saqueo sistemático de los bienes de Azcapotzalco, hasta quedar reducido a ciudad aplastada, puertas abiertas, archivos jurídicos destrozados, acarreo de computadoras para malvenderlas en cualquier mercado o circuito de distribución de droga. Uno recuerda Hamburgo o Dresde como ciudades bombardeadas. Obviamente es una comparación lejana.

Un jueves una ventana se abrió. Paco llamó para informar de una asamblea de alumnos que exigía la presencia del Director General para negociar en firme con él presente en cuerpo y poder. Se evitaría la intervención de embajadas de alumnos de Naulcalpan con su lista de quejas atemporales donde enlistaban los atropellos, —la represión era su idiolecto— de varios periodos de gestión atrás. Paco garantizaba el respeto de la asamblea, organizada por alumnos que sí querían seguir sus cursos sin interrupciones. Para el Director la apuesta consistía en tomar el poder, en aparecer ante la comunidad como quien sí podía devolver el Plantel a su vida ordinaria.

El Director aceptó. Y de pronto resultó que también el Rector estaba en una asamblea de alumnos en el Plantel, donde sin gritos ni algaradas, los oradores, que se podían todos denominar chavos de base, alumnos, presentaron su pliego petitorio, sano y académico. El Rector aceptó cumplir el pliego y felicitó a la comunidad de alumnos por su comportamiento universitario. Las intervenciones siguieron el orden de palabra usual, nadie agredió, nadie acusó, nadie gritó. Los alumnos querían cursos normales. En la asamblea estaban participando en una sesión de aprendizaje universitario.

Por primera vez un Rector asistía a una asamblea y los alumnos del Colegio demostraban comportamientos y participación en un acto político típico del Colegio y conforme a los valores que deberíamos inculcar siempre. A siete años de la asamblea de Azcapo, sigo diciendo que fue un momento cumbre de la vida educativa del Colegio. Participas con razonamientos y respetas a las personas, incluso al Rector. Sé que la frase puede ser leída como políticamente incorrecta, pero sé lo que digo. Apuesto que el Rector tampoco ha olvidado.

La asamblea recibió una confirmación del Rector. No cito, ni consulto las *Gacetas*, ni del Colegio ni de la UNAM, seguramente cuidadosas de la sintaxis, que fue intachable, y de las resonancias del discurso del Rector, pero fue con seguridad el siguiente, oído más bien en la tele:

—Me alegra estar en un Plantel del Colegio de Ciencias y Humanidades y escuchar a sus alumnos plantear sus problemas, proponer soluciones, en orden y respetando el uso de la palabra sin límites ni mucho menos agresiones. Son ustedes un excelente ejemplo de comportamiento universitario. Tienen razón en todas sus demandas y las atenderemos positivamente. En pocos días estarán resueltas, todas. Muchas gracias. El Rector de la Universidad vuelve a Rectoría contento de haber convivido con los universitarios más jóvenes. Muchas gracias.

El momento duró poco. Terminó con el trayecto del Rector y del Director General hasta la entrada del Plantel por Aquiles Cerdán, porque ahí estaban apostados, en el desfiladero de un grupo de mirones y asaltantes políticos, los anarquistas y asociados, que rodearon el Rector y querían armar un remedo de asamblea que el Rector no permitió, pero ni se asustó ni recurrió a frases de investidura. Logró deslizarse rodeado de sus acompañantes y sin más volvió a Rectoría, para entregar por escrito la aceptación de las demandas reconocidas en la asamblea.

Porque no había firmado los acuerdos, o no estaban terminados o no se los presentaron, pero alguien hizo que le llegaran antes de que su coche arrancara. O quien bien sabemos, se ocupó de combinar tantas posibilidades y otras de mezquina intención. El Director General pidió una comisión a la asamblea para ir a recoger el pliego sellado con la firma de aceptación del Rector en el sexto piso de la Torre.

Luego volvió al Plantel con el documento.

¿Fin de la toma del Plantel?

Ni por esas. Siguieron las negociaciones ahora, tras días confusos de nada, con la Secretaria General del Colegio y el Coordinador de Asesores del Rector y amigo del Colegio, y terminaron por arribar al tema de la designación de un nuevo Director. La asamblea quería una votación para designar al Director o una terna.

Rectoría dudaba. Olvidaba, sin duda que ya había habido en 1973 una votación para sustituir al primer Director del Plantel. Por otra parte, se puede admitir que todos voten, pero los vencedores seguirán siendo únicamente candidatos y el Rector designa. Es su responsabilidad y no puede simular que se le olvida.

Sin acuerdo, pero los alumnos mantenían que el Director debería ser designado de una terna, parte de la comunidad votó, y tras campañas de dudosa integridad de los candidatos más cercanos a las “bases” sobre todo las influidas por las filas anarquistas, tras maniobras para que los alumnos de los grupos apoyaran a sus profesores candidatos, resultó una terna, recibida, pero sin aceptación de nuevos compromisos, convertida en una más de las listas de procedencia variada.

El Rector designó Director.

**E**n la mitad de la interminable historia de disfunciones, los recuerdos de otro espacio totalmente ajeno, sube a la superficie de mi memoria y me obliga a cambiar en medio de un relato cuyo protagonista es un Plantel en la tormenta. Pero acepto, sin imponer la desnuda razón, porque así ha sido mi vida en la mitad de la vida del Colegio. Nunca escalas hasta una paz establecida, pero los aprendizajes de los alumnos se apoderan de pronto y brevemente del papel protagónico. Aquí son mis cursos de posgrado.

—Gracias por haberse inscrito a este curso. Comencemos hablando de lo que pueden, y no, esperar de él y de un profesor de 180 años. No abras esos ojos Fu Jin, aunque con ese gesto nos asegures que comprendes el español y te estás adaptando a la UNAM. Tengo 180 años, estuve con el Coronel De la Madrid en la guerrilla de Colima contra el Imperio. Todos saben que, tras inmemoriales jornadas de sed y sangre, ganamos. Bueno, para ser exacto no la guerra contra el Imperio, sino contra Napoleón III y los austriacos. Porque ahora, en 2015, todavía tenemos frente a nosotros los muros del imperio, uno de los dos que ahora existen, que nos excluyen de los bienes de este mundo como país completo. Pero comencemos en serio”.

Llegué hasta aquí (me ha alejado de la Facultad), doblando esquinas del tiempo, dejándome caer en barrancos de decenios

y en amaneceres de siglo, esquivando nombres que no me correspondían, aunque haya fe de bautismo que los atestiguan. No tengo explicaciones de pliegues del tiempo, mundos paralelos ni mucho menos las tristes fantasías de reencarnaciones. No me importa, sé que es así, y por eso, como profesor de la UNAM, se los estoy contando.

Hoy me llamo José de Jesús Bazán Levy y no José María de Jesús Bazán y Gómez de Cárdenas, pero el número de mis latidos continúa la serie callada que comenzó poco después de 1830, aunque en los últimos cincuenta años no cabalgué en El Salado, ni estuve en la emboscada de Beltrán, ni recorrí con mis hombres por las noches las 20 calles empedradas de Colima, para proteger la República.

Más bien, obtuve dos licenciaturas, ninguna maestría y un doctorado en la Sorbona vieja, antes de que se extendiera en 15 o 20 unidades que siguen compartiendo el nombre de Université de Paris, después de las reformas que 68 volvió inevitables.

Luego comencé este curso en marzo de 1971: “El Cuento en las Literaturas Hispánicas”, que según Luis Rius y el Doctor Villoro me daba la libertad completa de tratar cualquier cuentista, con tal de que sus textos originales estuvieran escritos en castellano. Desde entonces nunca he repetido semestres sobre los mismos cuentos, aunque el placer de releer a Borges, Cortázar, Bioy o Pacheco seguramente hacen que esta balandronada de la irrepetibilidad de mis cursos resulte infantil y acaso insignificante. Pero aclaro que los mismos cuentos pueden ser leídos de varia manera.

Cuando Villoro me puso en la disyuntiva cuyo ramal derecho llevaba el título de “Historiadores de Indias” y el de la izquierda era el del cuento, me di cuenta, no por primera vez, de que tenía un destino. El azar no podía arrogarse abrirme de par en par los zaguanes del relato en el Posgrado de Filosofía y Letras, pero daba prolongación a un destino.

Quince años antes, en España, García de Dios no traía zapatos, sino unos perezosos calcetines negros o medias, vete a saber con los jesuitas, y yo vagaba en mis últimas vacaciones sin límite, sin saberlo por última vez, en la tarde dorada de Comillas: íbamos dos veces a la playa de Oyambre, nos tocaba así atravesar la ría en dos momentos, su crecida y descenso, una vez de unos treinta metros, otra de cinco y luego ponerse las armaduras rumorosas y fugaces de la espuma del Cantábrico, con su túnica azul, y menos verde, olvidado de sus rudezas en verano. Por ser verano.

Era agosto. El curso anterior había escrito un capítulo del número único y monográfico sobre “La Guerra”, de la revista que en Literatura imaginaba García de Dios. Leí todo lo que tuve a la mano sobre la Primer Guerra Mundial, el frente ruso y Tannenberg, Verdún y los taxis del río Marne. No me di cuenta a los 14 años de que el Tratado de Versailles estaba escrito con veneno y sonaba el arranque de la carrera hacia el Nazismo y la Segunda Guerra Mundial.

García de Dios me dijo que estaba pergeñando un proyecto de obra enciclopédica, por su amplitud y ambicionada totalidad, sobre el relato. Se llamaría *En el mundo de la narración* y me invitaba a ocuparme del cuento. No limitó con adjetivos ni a mí se me ocurrió siquiera que hiciera falta hacerlo. El cuento, todo, y basta. Dije que sí.

Al día siguiente me entregó una copia a máquina con papel carbón y yo comencé una amistad, que sería tan duradera como un verano, con el hermano bibliotecario de la Universidad, y con terquedad obtuve sin oposición el título callado de único usuario veraniego, demandante y voraz y atendido.

Los siguientes 12 años de universidad en Europa acumulé libros de cuentos, y leí a Poe, Quiroga, Cortázar y Camus, sus cuentos. Todavía no a Borges.

Pienso que, sabiendo quién soy, sabrán quién lee los cuentos, no el lector implícito o narratorio. Pido excusas de hacer esta

aclaración a estudiantes de posgrado, de quienes sé que saben. Como si hubiera que aclararles que el autor no es el narrador o que la biografía íntima intenta no anteponer su voz para teñir los relatos.

“Seguiremos las tácticas de Roland Barthes en *S/Z*. Hay edición en español en Siglo XXI. Lean “Contigüidad de los parques”, de Cortázar. Examinen los códigos que emplea y la metalepsis narrativa del cuento, el cambio de nivel narrativo, entre la historia del personaje que vuelve a su hacienda y la de la novela que lee.

Estuvimos en 2015, semestre 2016-I, otoño. La última vez, y tengo nostalgia, fue en 2017.

Vuelvo a la memoria sacudida de Azcapo, tras el intervalo de academia sin mezcla de alboroto ni gritería. Por de pronto decido dejar de hablar. Otros dirán, en sus propias condiciones de enunciación narrativa. Por de pronto retrocede 12 años a otro conflicto desdichado y de origen rastrero.

**SICC/2005, nov/CCH/Conflicto Azcapotzalco**

*Informe al Secretario de Comunicación y Conflictos*

*Martes 23*

*A las 9:30 llegó el Director General y dejó su coche, un Sentra capuchino, en el estacionamiento de profesores bastante lleno. Los profesores están asistiendo al Plantel, es decir, no los dejan entrar y se reúnen en el estacionamiento y en una sala del Parque Tezozómoc, aquí al lado. El Director habló unos momentos con el Director del Plantel, que se veía angustiado, pero dominaba su ansiedad con esfuerzo. También estaba ahí la Secretaria General del Colegio, que ha sido la consejera principal del Director de Azcapotzalco. Y algo mucho más, “mi hijo”, lo llama en cualquier situación. Parece que prácticamente le da línea, lo trata tal cual como su alumno. Su hijo.*

*Luego se dirigieron a la puerta de malla, el Director General y el Director del Plantel. Estuvieron discutiendo con Roberto Rivera Macé, que es el portavoz de los ocupantes y, según di-*



*cen, el delegado de Higinio Muñoz en Azcapotzalco. Debe ser cierto. No querían dejar entrar a Pedro, el Director del Plantel. El doctor insistió en que era indispensable, porque tenía mucho que exponer ante la comunidad. Alegaron que la comunidad lo había desconocido por violento.*

*Creo que aquí le debo una información. Hace dos días, al anochecer, llegaron los activistas capitaneados por Macé a reclamar espacios, entienda, Licenciado, salones, para sus actividades políticas. El Director se negó en redondo con claridad, que está bien, pero con dureza: “fósiles, estorbo de las clases, violentos”. Decidieron tomar la Dirección, y el Director se encontró en situación de debilidad, porque estaba fuera de la puerta de la Dirección de modo que bastó con que se colaran algunos alumnos, o porros, no se distinguen los activistas, a espaldas del Director para terminar de sacarlo. Error grave de Pedro: perder los espacios obliga a pagar por recuperarlos. Lo rodearon y la discusión fue subiendo de tono y de volumen. Gritos, empujones. El Director trató de abrirse camino y a codazos lo logró. Empezaron a quejarse, hipócritamente, de los golpes, porque lo habían puesto en una situación comprometida y se defendió. Pero así funcionan las batallas cuerpo a cuerpo. Las gana el que tiene más votos imaginariamente disponibles y no quien tiene la razón.*

*Pero vuelvo al día de hoy, martes. Finalmente, Pedro se quedó fuera y entró el Director General, solo, a una asamblea con alumnos. Pienso que fue otro error y un acto de debilidad, porque los dejó imponer las condiciones de la negociación. Bazán no tiene miedo, pero aquí se equivocó. Seguro que tendrá consecuencias.*

*Entró también el Secretario de Comunicación Institucional, que se encarga de los contactos con los alumnos, particularmente con los líderes de los activistas. Lo he visto hablar con varios de ellos, siempre con los jefes, también con las hermanas Hernández y las hermanitas Martínez. (el diminutivo es un significativo positivo de nivel socioeconómico). El Secretario*

*es muy rollero y habla sin comprometerse. No me queda claro cómo funciona su estrategia con el Director General, si es que tienen una en común. A veces se lanza por su cuenta y promete o emprende sin misión expresa, a lo que parece, porque más bien trata de lucirse que de seguir una línea clara institucional. Pero es básicamente leal, hasta eso.*

*Pusieron cinco mesas de los salones como presidencia de la asamblea. Ahí se sentaron sólo autoridades y profesores. De autoridades estaba el Director General sin ninguno de sus secretarios. Lo acompañaban la maestra Adriana que es Consejera Técnica y otras dos profesoras, que no sé cómo se llaman, porque no son los acostumbrados de las asambleas de profesores, a las que asisto encubierto, excepto para el especialista de conflictos de su Secretaría, el Licenciado. Ahí andaba, con perdón por las comillas, “ayudando”.*

*Comenzó la asamblea y se formó una primera lista de oradores, unos 12. Comenzaron las acusaciones, gritos aislados con el consabido de la educación “científica y popular”, y se repitieron, interrumpiendo sin estar en la lista, las intervenciones de Rivera Macé para encaminar las intervenciones hacia lo que le interesa: comprometer al Director General a tomar medidas contra Pedro. En realidad, una, la destitución. El Director General ni pestañeaba.*

*Los acompañantes del Director en la mesa, los que arriba dije, entraron a las primeras intervenciones con responsabilidad, para decir la verdad, la oficial, y defender al Director del Plantel, pero hablan una lengua que la mayor parte de los activistas no entienden: respeto, verdad, valores universitarios, en vez de “educación popular”, “no al autoritarismo de los funcionarios corruptos”. Imagino que en sus tiempos de estudiante a usted le tocó algo de esto. No hubo ni silbidos y mucho menos agresiones, sino silencios distraídos, como quien conversa mirando no a los ojos del interlocutor, sino al paisaje, que en ese Plantel es pobre.*

*Jorge, de Historia, sabe a quién me refiero, un aliado de izquierda de varias direcciones del Plantel y sobre todo de la Coordinación del Colegio, en particular en la época de Convergencia, grupo de poco antes del Congreso promovido por el Coordinador General de entonces, resultado de la alianza de los sindicalistas con la derecha estricta, creo que es lo mismo que estrecha, intervino también sin comprometerse, aplicando tácticas clásicas para seguir aparentando ser crítico y progresista. Así, convocó impunemente y casi en secreto, corriendo, de paso y en voz más baja, a una discusión seria y a la negociación de las diferencias, sin tomar posición contra la toma de la Dirección ni el despojo de documentación de la oficina del abogado del Plantel y sin poner fecha ni lugar. Son propuestas usuales para escaparse por las alturas de la indefinición.*

*De profesores del Plantel, nadie más o por momentos, huidizos. No pude entender por qué no participaban en la asamblea, porque el tema principal de los alumnos era la salida del Director y no lo defendían, a pesar de que lo que sabemos en mi Unidad de Información, es que el Director, sin ser muy popular, es respetado. Creo que no confían en el Director General y lo dejan que enfrente a los alumnos y resuelva el problema por su cuenta, si es que puede. A la mejor piensan que así no recibirán de los alumnos críticas de vendidos o reaccionarios.*

*Los profesores iban y venían en el estacionamiento, al parecer en discusiones o intercambios, ¿cómo decirlo?, entrecortados o fragmentarios, porque los grupos duraban poco y había un ir y venir interminable, pero no entraron. El que sí estuvo fue Hilario Muñoz, el de la Corriente Democrática, que tiene, más que contacto, complicidad, con el funcionario de Apoyo a la Comunidad, o de alguna rama discreta, es un decir económico, de “información”, usted sabrá mejor que yo a qué me refiero, al que no se encomienda arreglar los problemas de los estudiantes del Colegio. Se cree mucho y a veces trata de mandarnos, pero*

*no le hacemos caso, porque no es de nuestro sector. Punto. Y a fin de cuentas uno es profesor del Colegio. Él es amigo de los profesores que dirigen a los activistas o porros de Naucalpan, pero funciona más como aliado de los enemigos de las Direcciones que como apoyo. Estuvo presente, caminando siempre por las orillas del estacionamiento este Licenciado de Apoyo a la Comunidad, que se ha especializado en problemas del Colegio. Cuando aparece en un Plantel, los Directores, dicen, se movilizan y anuncian “habrá bronca”. He oído que en los Planteles los académicos le dicen “Espantapájaros”.*

*Con su perdón, me suena como “Espantacigüeñas”, pero es una asociación personal, no de la comunidad. Lo que pasa es que es especialista, con su perdón, en abortos de las buenas causas de las Direcciones del Colegio.*

*Según “Espantapájaros”, Muñoz presentaría una propuesta que Roberto Rivera y los dos pares de hermanas, las M. arriba aludidas y las H. apoyarían, como quien dice tendría todos los votos de los importantes. ¿Y las bases? Digo las bases, porque ellos dicen que las representan, pero deciden solos siguiendo línea de sabe qué grupúsculo. Usted debe tener mejor información que yo de lo que se mueve contra el Colegio en estos días y quién lo dirige. Según lo que aprendí en los 70 de la Coordinación del Colegio, Gobernación trata siempre de mantener un equilibrio entre las fuerzas de la Universidad y del Colegio y de los grupos “de izquierda”, que atacan para crear problemas y desarmar a los más extremistas. Pero las Direcciones y las clases de los alumnos pagan por la “tranquilidad”.. Aquí, si a alguien tratan de debilitar, para que no tenga influencia en la designación del nuevo Director General en febrero, es al Director General actual. Mi interpretación es la de un profesor de base, no tengo otros contactos que los que usted me ha señalado y con seguridad lo han informado oportunamente. Me abstengo de repetir.*

*La asamblea duró cinco horas, de 10 a 15. No hubo agresiones, pero sí cerrazón de las dos partes, peores los chavos. Roberto Rivera iba y venía al fondo de las filas de sillas dando línea. El Secretario de Comunicación hacía lo mismo por otro lado, no sé si le hacen caso los activistas. Muñoz ni apareció. El Director General se mantuvo firme en no considerar siquiera la renuncia del Director del Plantel. No hubo acuerdos, ni siquiera atisbos de por dónde cabría intentar un avance. Al final de la asamblea el “Espantapájaros” ya no estaba. Su acuerdo con Muñoz fue cuento. No sucedió nada.*

*Después de la asamblea, el Director General se reunió con unos 80 profesores en el salón del Parque Tezozómoc y ratificó que no aceptará la renuncia del Director del Plantel. Resumió los puntos pendientes para la continuación de la asamblea, mañana miércoles. Los profesores no hablaron, más exactamente no quisieron hablar. Imagino que así dejan toda la responsabilidad al Director General y que se queme, si no saca el problema.*

Fin del informe.

### **Resumen de la Asamblea del miércoles**

*La asamblea tuvo menos asistentes, pero los alumnos son por los menos 100 y unos 10 profesores. La mesa igual.*

*Después de una hora de repeticiones, seguramente en un descuido de Rivera Macé, un alumno desvió la discusión planteando el problema de los alumnos de quinto semestre, reprobados todavía en algunas materias. Los profesores de Talleres y el Director General se metieron de cabeza por la brecha y aceptaron que es importantísimo apoyarlos. El Director propuso cursos remediales, otra vuelta de extraordinarios, alargar el periodo de última oportunidad en junio, asesorías, la lista completa de los remedios probados en sus tiempos de Director de Naucalpan. “Los apoyos comenzarán en enero, al volver de vacaciones. Azcapotzalco puede ser el Plantel de mayor egreso, si colaboran alumnos y autoridades”.*

*Comenzó a haber intervenciones interesadas de los alumnos. El Director General añadió que la Biblioteca estaría abierta los fines de semana en periodos de extraordinarios. Pareció estar a punto de sacar el problema. Finalmente prometer no empobrece ni cuesta y lo que promete tiene su lado demagógico, pero no antiuniversitario: muchas facilidades para pasar acreditando que aprendieron lo esencial de las asignaturas.*

*La discusión comenzó a volverse más académica, pero cuando decían que se aceptaban las propuestas de apoyo a los reprobados, añadían siempre que el Director debe renunciar. Rivera Macé volvía por sus fueros. No hubo acuerdo. El Director General ha ido ganado respeto, porque no agrede y retoma las propuestas de las bases que le parecen correctas y las reconoce. Lo que no avanza es la exigencia de sustituir al Director ni tampoco su inmediata readmisión en el Plantel. Ni siquiera lo dejan participar en la Asamblea. Las autoridades se mantienen firmes y ya no argumentan, simplemente niegan y tratan de volver a temas académicos, porque saben que a los alumnos les interesa terminar el Bachillerato este año escolar.*

*Los alumnos y sobre todo los profesores asisten a las discusiones como si no estuvieran, miran a cualquier parte, los profesores no intervienen, los alumnos repiten. Lo más raro es que los amigos del Director Pedro no entran. Tengo la impresión de que ven perdida la Dirección y no quieren que luego les echen la culpa. Hay poco compromiso en la gran mayoría. Parece que tienen a la mano al Director General, para encontrar al culpable de lo que suceda, sea lo que sea.*

*Estuvieron muy activos tres o cuatro profesores de Talleres, una profesora amargada, fueron los más violentos. El Director se pasó media hora grillando con ellos y otros profesores de los que nomás asisten y hablan raramente, menos que ayer. Piensan, me dijeron, que es inútil seguir con la asamblea.*

*Ojalá pueda usted influir para que, si es cierto que el enviado*

*de Rectoría tiene contactos con los dirigentes, proponga que acepten ya el acuerdo. El Director General abrió mucho las puertas y mantendrá lo prometido. Aceptaría, si dejan en paz al Director del Plantel. No entiendo lo que realmente hace el funcionario que mandan a ayudar, más claramente a supervisar y a grillar sin llegar a nada. La impresión d los funcionarios es que su papel es estorbar.*

Fin del informe.

### **Resumen de la Asamblea del jueves**

*No hubo nada nuevo. El sol ha estado terrible estos días, con ratos de nublado para alivianar. La discusión está estancada. Sí se acordó seguir mañana, pero seguramente tendrán que introducir nuevos elementos. Los alumnos interesados en la regularización ya no asistieron hoy, de modo que la asamblea se quedó con los que únicamente quieren que caiga el Director, el cuarteto de Talleres ya se sentó en las sillas en vez de estar de pie en los alrededores. Los profesores favorables a la Dirección se quedan en el estacionamiento platicando. La Secretaria General del Colegio pasa la mañana con ellos. Los activistas de Rivera no dan razones, pero exigen, sus argumentos no valen y ellos lo saben. El Director General sigue defendiendo al Director del Plantel.*

*Lo que nunca ha tenido ni apariciones ni efecto es la estrategia del encargado de conflictos. contra lo que habían asegurado los Secretarios de Rectoría. Muñoz no apareció ni Rivera presentó ninguna propuesta. Uno, que es profesor del Colegio, comienza a imaginar que no habrá nada, pero sin entender por qué.*

Fin del informe.

Los informes del SICC, las siglas habían ido cambiando con los rectorados, según el responsable, hasta eso relativamente estables en este punto en el que la Universidad es discreta, pero la función ha sido la misma. Las diferencias se alojaban

principalmente en las actitudes de los informantes. En general eran profesores, pero podía tratarse asimismo de fósiles, que se habían hecho “estudiantes”, es un decir, profesionales, esto es, permanentes y hasta eternos. Ser estudiante, en su acepción más general, significa haber estado inscrito y no equivale necesariamente a aprender.

Por esta razón, a la que hasta aquí, en el último párrafo en cursiva, me he atenido, me siento obligado a añadir mi propia versión de los hechos vergonzosos de Azcapotzalco. La vergüenza no es mía, y seguramente de nadie, porque no creo que los responsables la recuerden siquiera en el cúmulo inmenso y gris de decisiones semejantes y atropelladas que tomaron; me refiero a quienes decidieron el desenlace arbitrario y agresivo, en registros altos y, uno se creía obligatorio imaginar, institucionales. Fue el último conflicto de mi segundo periodo, y el único de mis ocho años, Azcapotzalco, noviembre de 2005.

Todo el problema, comenzó con un grupo de activistas, la gente de Roberto Rivera Macé, viejo interlocutor asequible por encima, pero escurridizo a la hora de mantener la palabra. Había una disputa por un espacio y un conflicto laboral, algo así como la rescisión de un trabajador y una multitud que se congregó, entre trabajadores y activista del grupo de Higinio Muñoz, cuyo lugarteniente era Rivera y sus oficiales las hermanas M. y las hijas de H., abogado de activistas penalmente acusados en los juzgados tras el paro federal de 99. Unos 80.

Pedro salió de la oficina sin un plan claro de acción ni tampoco con medidas que, aunque fuera esquemáticamente, equivalieran a un plan de acción.

No lo dejaron pasar. Hubo gritos e insultos, dicen, salidos de todas las bocas. Acusan a Pedro de haber golpeado a un trabajador y a algunos alumnos. No lo creo. En remolinos como éste, se llega a los empujones, pero no hay golpes de boxeador. También puede pasar que una chamaca empiece a



gritar como si la estuvieran violando, cuando tienes las manos levantadas y nunca se te ocurriría pensar en tocarla en medio del tumulto. Ni siquiera para una mala ocurrencia hay espacio. Y todo tiene límites.

Pero la acusación de golpes se mantuvo, seguramente porque era más creíble en el ambiente violento del choque disparaje. Pedro se equivocó en la estrategia, al abandonar el espacio de sus oficinas, pero no dio lugar a que la actuación de sus tres o cuatro acompañantes y la propia degeneraran. Como Director General, responsablemente no lo creo.

De asambleas me sobraba con el aprendizaje de Naucalpan, primero las del Área, donde discutíamos cómo enseñar Lectura y Redacción, inventamos un cuestionario para que los alumnos evaluaran a sus profesores y jerarquizarlos, según los puntos acumulados en una lista de preferencia para elegir grupos el año escolar siguiente; produjimos los materiales para los exámenes extraordinarios que considerábamos ajenos a los enfoques del Colegio (¿Cómo conciliar la “evaluación continua” y las habilidades de comprender textos y expresarse con un examen de la odiosa opción múltiple, prima hermana de la lotería?); hicimos la primera propuesta de cursos de selección de nuevos profesores, cuya estructura ha seguido vigente hasta ahora en 2025, aunque desfigurada por Consejos Técnicos que nunca acertaron a atisbar de qué se trataba; las protestas por el 10 de junio y otros atropellos de los poderes del dinero en la zona fabril de Naucalpan de entonces, a dos cuadras del viejo pueblo de San Bartolo.

De asambleas tuve mi iniciación en 68 en mi universidad parisina, en la Maison Internationale, fueron tres o cuatro, como representante de la Maison du Mexique con Juan Peñalosa al Consejo Estudiantil de la Cité Universitaire, y un par en la propia Casa, donde no había tradición; las discusiones violentas en la lucha contra los porros, otra asamblea plenamente universitaria,

que llenó de profesores de todas las áreas la Sala de Usos Múltiples, donde se denunció con razones y se demandó sancionar con renuncia al puesto a los coordinadores de Historia que habían contratado profesores sin examen de admisión y que el Director aceptó considerar y decidir conforme a derecho, pero no deponer ahí mismo y en caliente a los responsables; en otra de 185 miembros recientes de SPAUNAM, clara, ordenada, que nunca tuvo continuidad, porque poco después a los dirigentes del sindicato, nuestro tan efímeramente, se les ocurrió, con poca cortesía hacia las bases y mal cálculo, unirse al STUNAM, para ser la minoría frente a los trabajadores administrativos y que los líderes nuestros ocuparan puestos secundarios, cuando mucho simbólicamente importantes. Las bases no saben para quién trabajan.

Pero no estoy recordando mi pertenencia de pocos años al único sindicato democrático que tuvo la suerte de serlo hasta su extinción, porque ésta le cayó encima muy pronto por suicidio universitario.

Pero ahora, más bien, recuerdo haber estado en un sector de la explanada central de Azcapotzalco, que da a los salones del edificio C, creo, y tenía dos o tres árboles, apenas, y venía a ocupar un ángulo del rectángulo de cemento contraesquina de Usos Múltiples, del salón lateral que luego alguien muy conmemorativo denominó sin más Sala Juan Rulfo.

Nosotros, yo y una Consejera Técnica, Adrianita que, sin que ella lo supiera me daba una protección envuelta en quién sabe qué silencios, al acompañar nuestra soledad de tres o cuatro frente a unos trescientos alumnos, encuadrados y contaminados difusamente por los activistas.

Estaban todos, y no eran todos y apenas muchos, los tres profesores de Talleres, minoría exigua en el Área, pero imbatibles en las reuniones en el salón del Área, en gritos y agresiones contra los profesores académicos, sin miedo, pero retenidos por

simple educación elemental; Roberto Rivera, ya con un hijo, con 22 asignaturas pendientes para terminar el Bachillerato y una antigüedad de siete u ocho años; las hijas de un político y candidato repetido de izquierda; los activistas oficiales, encargados de figurar en cualquier pliego petitorio que terminara en salones ocupados, el asalto al cubículo del abogado para destruir las actas y consignaciones al Tribunal Universitario y en la impunidad que, según las autoridades supremas, en esto también disparejas, aseguraba la continuidad de la misión educadora de la Universidad.

Va a comenzar la asamblea y se llena una primera lista de oradores. Arrancan las acusaciones, las jaculatorias (rezos) de la educación “científica y popular”, las intervenciones sin estar en la lista de oradores de Roberto, arma para encaminar las intervenciones hacia lo que le interesa: comprometerme a tomar medidas contra el Director, aceptar su destitución.

Mis cómplices de la mesa, ya dije que éramos tres o cuatro, entraron a las primeras escaramuzas con responsabilidad, pero decir la verdad y mantenerse en la Universidad, no eran valores que le multitud reconociera. Curiosamente la asamblea, dominada por los activistas, escuchó en silencio, seguramente pensando en los contrargumentos que enunciarían para aplastarnos. No hubo ni silbidos y mucho menos agresiones, sino silencios distraídos, como quien conversa mirando no a los ojos del interlocutor, sino al paisaje.

Pero tuve que echarme el conflicto al hombro y cargarlo. Para empezar, sostuve unas 20 horas de asamblea en el patio del Plantel, y por la tarde solo en los balances cotidianos en Rectoría con el equipo de todos los Secretarios que me aseguraban, desde el primer anochecer, que el “Espantapájaros” (última vez que lo escribo entre comillas, es su nombre propio y no un desmesurado sobrenombre, como si alguien echara mano de comillas para hacer dudar del nombre del Rector) había ne-

gociado un acuerdo para retomar el Plantel tras los acuerdos de asamblea. Me lo decían oficialmente. Quizá se imaginaban que con estas seguridades yo iba a sentirme apoyado. Como ninguna se cumplió, la segunda vez las oí y las dejé salir por el otro oído. Tampoco temía hacer frente exclusivamente con los recursos del Colegio. Pero no consideré las relaciones de fuerza, ni imaginé quiénes eran los adversarios.

La Caballería Ligera nunca entró en combate, quizá porque no existía, sino pertenecía al género literario de las leyendas que inventaba Espantapájaros. Sus anunciados regimientos resultaron, durante los tres días de asamblea, o invisibles o ausentes, pero los interventores secretos me repitieron cada día y seguramente lo mismo hicieron con sus superiores de Rectoría, que habían logrado un pacto con las tropas que abrirían las puertas de Troya oportunamente. Seguramente así pudo haber sido, pero nosotros, los tres o cuatro que llevábamos la interlocución con la asamblea, nunca tuvimos un caballo de madera para entrar a la ciudad arrastrado por los troyanos mismos.

Así, Pedro no pudo defenderse, y me ha pesado la culpa, y todavía más el error político, de haberlo amordazado, al no condicionar a la negociación su participación en la asamblea.

Las reuniones siguientes repitieron el mensaje, añadieron que Higinio Muñoz moderaría las exigencias de su tribu local, con Roberto Rivera Macé a la cabeza, que estaría presente. La moderación no apareció nunca, Roberto sí, en tercierea fila y de perfil comentando probablemente con interlocutores de su secta, pero se escabulló tras haber intervenido, seguramente para poder decir que asistió y fue moderado. Pequeñas acciones, grandiosas leyendas. Pero les creen, o fingen hacerlo. Curiosas costumbres de algunos altos funcionarios. Nosotros, el Colegio, no.

El penúltimo día, me seguí quedando solo y comencé a tirar de un hilo que resultó fuerte: los apoyos para los alumnos reprobados del último año escolar. Las bases se interesaron,

la asamblea viró a lo académico, si puede haber algo así en las condiciones reales de un contingente manipulado. Muñoz nunca apareció, Espantapájaros tampoco, aunque rondaba en el estacionamiento teléfono en mano para mantener al día a sus patrones, al parecer sensibles al halago de estar virtualmente presentes.

Pero ya había comprendido que nos convenía ampliar el frente de batalla añadiendo sectores de lucha e, inseparablemente, de negociación. Aprovechando una frase suelta de Rivera (¿o era la pértiga prometida? ¿O acaso no fue Roberto, sino un alumno de base?), abrí por todo lo ancho el frente de los reprobados, no de la reprobación, que es asunto de docencia, pero no de asamblea. Los alumnos quieren terminar el bachillerato, de preferencia sin desgastarse en el estudio y recurriendo a los sentimientos de benevolencia hacia el proletariado, se trata a su entender de “educación crítica y popular”, de algún profesor de Historia o de Matemáticas (editores, no hay errata), de pérdida (tampoco aquí falta un acento) con una s (un 7 en la escala de evaluación actual, cuando volvió la Universidad a los números, tras algunos años de vaga itinerancia por las letras, que eliminan un nivel en la apreciación de los saberes), sin descartar por pudor académico un buen MB (un 10 de ahora). Les propuse entonces revisar la condición de los reprobados y aplicar otros esquemas de apoyo que alcanzaran incluso a los que no habían acreditado, en quinto semestre, hasta seis materias. El número tope de asignaturas se convirtió de inmediato en el eje de la discordancia en la asamblea. Pero ya era otra cosa.

En esas, percibí que podíamos ganar la guerra y reponer a Pedro en sus tareas. Con un mínimo de seriedad podía aumentar el número de materias, sin perder cara ni caer luego en incumplimiento. Además, por vez primera Rivera propuso entonces tratar a todos los reprobados por igual sin tomar en cuenta la generación, seguramente porque, después de ocho años de

su aparición en el Plantel, se alineaba entre los considerados técnicamente como perdidos para el egreso. Acepté, vendiendo el retroceso aparente como una gran victoria de los activistas, a sabiendas de que además de Roberto, si improbablemente decidía volver a estudiar, no habría ni media docena que se descolgaran, sabe quién de dónde, ni mucho menos que necesitaran una inscripción a los cursos de recuperación ya comúnmente propuestos. Quedaba sobrentendida la vuelta de Pedro, aunque a los activistas no les convenía anunciarla ni a mi exacerbar el tema vuelto artificialmente candente.

El sol daba fuerte en la asamblea, porque los árboles, los pocos que había en ese Plantel, antiguamente pradera de vacas, quedan lejos. Luego se nubló y estuvo menos pesado.

En eso terminó la asamblea, eran las cinco de la tarde, y no habíamos comido.

El tercer día, estábamos cerca de llegar a un acuerdo. Como había dicho en la Asamblea y escrito pocas líneas arriba, yo había prometido sin tacañería mecanismos y recursos, los acostumbrados, pero ahora con mayor abundancia, para que los reprobados de quinto semestre terminaran ese ciclo escolar, el Bachillerato, e ingresaran a la carrera elegida.

Pero la asamblea terminó con buen ambiente y sin cerrar un solo acuerdo, solo enunciándolos.

Entonces sucedió lo que no había imaginado: el Secretario General me citó a la reunión cotidiana en la oficina del Abogado General de la Universidad, también aquí yo solo sin aliados Estaban todos los Secretarios, el Rector no, como podía imaginarse. Me pidieron una evaluación del conflicto. Los informé de lo que seguramente ya sabían, hasta con fotos, de las 18 ó 20 horas de asamblea que había tenido con los alumnos, apoyado por muy pocos profesores. Aunque hubieran podido asistir todos, pero se negaban a hacerlo sin el Director, para no legitimar las decisiones de la asamblea, que sin discusión ni votación había

partido de su destitución. Resumí las propuestas en las que había consenso, y añadí que en ningún momento acepté considerar la salida de Pedro ni siquiera como posible.

El Secretario General, en cambio, sin argumentar me informó que el Director debía presentar su renuncia. No dio razones. Simplemente la renuncia era el único medio de calmar el Plantel y abrirlo, “para mantener a salvo a la Universidad”. La UNAM toda entera dependía de que 50 activistas dejaran volver al Director del Plantel o, si se negaban, como estaba sucediendo ante mi fracaso de desactivar la explosión, el Director estaba obligado a renunciar. Nunca especificaron “la amenaza de desestabilización que se cernía sobre la UNAM”. Yo nunca la vi venir. Ni ningún otro en el CCH. No había ni siquiera nubes negras ni previsibles ni siquiera fácilmente imaginables. Pura ideología. Pero era, decían, decisión del Rector.

Para empezar, me negué a pedir una renuncia sin argumentos. Pregunté cómo debía justificar una *solución* tan extrema. Mantuvieron las frases, repetidas sin variaciones significativas, el peligro indudable de que el paro del Plantel abriera la puerta a amenazas contra la UNAM. Repetían con la misma infundada terquedad de los alumnos el primer día de asamblea.

Dije claramente que no estaba de acuerdo, pero que se haría así. Finalmente, añadí, “el Rector es el Jefe Nato de la UNAM y tiene una visión de conjunto y de los alrededores de la Universidad, de la que yo carezco”. No argumenté tampoco. No era un análisis, sino una orden comunicada al unísono más llamativo por los cinco funcionarios de mayor nivel de la Universidad y a nombre del Rector.

Al terminar de hablar el ambiente se volvió brumoso y el aire difícil de respirar. Nadie tenía nada que agregar. Me preguntaron si alguno de ellos o yo comunicaría la decisión al Director de Azcapotzalco. De inmediato dije que yo era el responsable del Colegio y me correspondía proponer nombramientos de Director

y, en consecuencia, pedir las renunciaciones. Lo que no veía eran las razones de la decisión, pero que al día siguiente, por la mañana, temprano, hablaría con Pedro. Una hora más tarde lo cité en el Vips de Aquiles Cerdán, a las 8:30, temprano. No necesitaba bules para nadar, pero a la mañana siguiente enviaron a uno de los Secretarios, el jefe de Espantapájaros, a hablar con el Director *antes de que yo llegara*. Tomé nota, pero no tiempo para la ira ni las mentadas. Cuando estás en la guerra, hay que ir derecho a la línea de combate. Luego podrás escribir tus memorias. Y sentimientos, que no niegan nunca la valentía.

Al salir, por única vez, siempre fuimos amigos, el Secretario de Planeación me regañó: en mi comportamiento había olvidado con quién estaba hablando:

—Tocayo. Te pasas. Te enfrentas directamente y sin precauciones al Secretario General de la UNAM. Le respondiste con dureza. Es el representante del Rector. Debes respetarlo más. La pasión te hace equivocarte en política, sobre todo, institucionalmente.

No respondí, me encogí levemente de hombros, como para recordar algo “que ni qué”, según la segunda ley de la dialéctica. La primera es “una cosa es una cosa y otra cosa es otra cosa”. Y así hasta siete. Ni pensé entonces, pero ya en el ascensor, comencé mis análisis.

¿Y el Espantapájaros? Puedo colegir que participó en la creación del incidente generador del conflicto (una intervención brusca de Pedro, no más, ni para tanto), que malinformó a los Secretarios y que éstos le creyeron, o les convenía creerle, no sé para qué, pero nunca cumplió lo que había anunciado como fruto de sus iluminadas maniobras y sólidos vínculos políticos con los grupos de izquierdistas (los dos adjetivos colindantes son vacíos) “razonables”, aquí si van las comillas. Todo para sacar al Director o mucho más para dañarme, aunque iba de salida, y para hacerme menos creíble ante el Rector y menos fuerte en el proceso de sucesión.



Así se comportaban. Azcapotzalco fue un momento especialmente esclarecedor, pero al parecer fui el único del aparato Universitario que se tomó el trabajo de darse cuenta y de resistir hasta el último cartucho, porque el día siguiente y final, era viernes, mi Jefe de Información estaba negociando en mi nombre (me comprometía hasta las orejas) con Rivera Macé el mantenimiento del Director y, a su entender (no necesariamente objetivo) rondaban cerca de un acuerdo final, cuando el Espantapájaros llegó de pronto, deben haberlo advertido, se interpuso violentamente y anunció, abusando del nombre del Rector, que la destitución del Director estaba decidida.

Hay cosas que no sabemos y otras que nunca podremos comprender. Ni creer.

Aquel viernes de noviembre a las 8:30 de la mañana entré al Vips de Aquiles Serdán, a una cuadra del Plantel, en la otra acera. De inmediato los vi en una mesa del fondo, el Secretario que se ocupaba de los apoyos a los alumnos en Rectoría y el Director del Plantel. No habían confiado en mí, creyeron que no cumpliría o interviniendo ellos hacían imposible que yo cambiara de idea. No tuve esa intención, habíamos hablado en serio. Más exactamente yo había hablado en serio y expuesto las razones de mi mero cumplimiento desnudo de una orden y de mi desacuerdo con ella. Ellos se habían reunido para pesar sobre mí y se cobijaban con una verbalización sin referente de una orden del Rector. Luego se preocuparon por una rebeldía, que me encajaron sin ningún fundamento. Había solo una clara y derrotada resistencia.

El Secretario se despidió cortésmente, cuando me acerqué a la mesa. No tuvo arrestos para participar en mi conversación con Pedro. Quién sabe qué enredos y turbulencias se levantaron en su cabeza de funcionario, no de universitario. Por lo menos corría el riesgo de asistir al relato de la turbia reunión de la víspera que suponía no dejaría de hacer yo.

Pedro sabía lo que iba a escuchar, pero no todo lo que en esos momentos mi Secretario de Comunicación negociaba con Rivera y sus chamacas. Proponíamos que Pedro firmara los acuerdos con mi aval de Director General. Yo imaginaba que Hugo haría otras promesas, sin informarme, pero cada episodio tiene su lugar en las historias, y no hay que negarse antes de que los compromisos se exijan. De cualquier modo, expliqué a Pedro el punto central al que me había comprometido, sin decir nada de que las negociaciones estaban a punto de cerrarse en el Plantel. Le dije lo único que podía tener visos de razón, no tanto que el Rector lo mandaba, sino que me habían dicho que el Rector juzgaba que la renuncia era necesaria por el bien mayor de toda la Universidad. Aclaré que yo no estaba de acuerdo, pero que el Rector tenía mayor información que nosotros. Era una razón vaga, real, pero parte de un argumento cojo, porque no nos explicaban los fundamentos del temor de catástrofe que preveía el Rector. Pedro aceptó presentar su renuncia, si el Rector lo había decidido. Ninguno de los dos sabíamos que el Rector no estaba interviniendo en el conflicto para nada, pero nos portamos como universitarios tomados en posición de debilidad frente al clan de Rectoría, esta vez no puedo decir que eran el equipo del Rector. Yo llevaba una redacción simplísima, renuncia “por el bien mayor de la Universidad”. La firmó y yo firmé de recibido. Le ofrecí posibilidades de estudios en la universidad de prestigio que quisiera. O en la UNAM, comenzar su doctorado. Con dignidad lo rechazó. Un atropello no se redime con recursos. Quedamos de vernos en el Plantel, pero le pedí que me diera una hora antes de anunciar públicamente su retiro.

Al llegar al Plantel, apenas pisé el estacionamiento, Hugo, pálido y con un gesto de amargura en la boca, me contó la última traición del funcionario de marras de Rectoría. Yo no podía resistir. Dejamos de ser sujetos de negociación. Los altos funcionarios del más alto nivel decidieron que eliminar al Di-

rector agradecería al Rector y ellos se alzarían con los laureles, como si adivinar supuestos intereses de su jefe fuera glorioso.

Los alumnos, las cuatro hermanitas y Roberto Rivera ganaban de todos modos. Nada más que hablar.

La noticia de la renuncia causó una conmoción honda en los profesores. Se veía el recorrido de la ola de información a lo largo de los grupos de profesores del estacionamiento, numerosos, era día de pago. Las profesoras tenían los ojos llorosos o lloraban abiertamente. Mi Secretaria General, bióloga del Plantel, como una Furia de tragedia, en realidad lo era, antes de convertirse en Benévola, pero ya nunca conmigo, se desató contra la condición de un hombre noble, despojado del reino por una *hamartía* o falta no cometida y alcanzado injustamente por la ira del destino, organizó (mal) de cuerpo presente un bloqueo de los carriles centrales de Aquiles Serdán, que no prosperó. En realidad, no sabía cómo bajar a sus compañeras de la banqueta en medio del tráfico. Ni la experiencia anterior ni la edad le facilitaban la empresa. Les informé de lo sucedido sucintamente y volví a la Dirección General. La comunidad, agraviada, se sumió en estupor ante un giro incomprensible.

A las tres de la tarde la sala del Consejo Técnico desbordaba con 80 profesores del Plantel que contenían su ira en rostros tristes e inescrutables. En realidad, no habían anunciado su entrevista conmigo, sino que a las cuatro tendrían cita con el Secretario General de la Universidad en los Consejos Académico, al lado de la Dirección. Decidieron aprovechar su tiempo para juzgarme.

Bajé solo a la sala del Consejo. Comencé a hablar en un silencio de resentimiento. Aduje lo único que podía parecerse a un argumento, pero genérico y sobre todo sin conexión con mis actos de Director de los que hubiera sido responsable. Nadie interrumpió. Expliqué, no creo que el verbo sea exacto, que el bien general de la Universidad, por razones que no me fueron comunicadas, estricta verdad, corría peligro si no cesaba de

inmediato el conflicto en el Plantel. Como yo no había logrado un acuerdo para desanudar la controversia, la Universidad, curiosamente toda entera, según los funcionarios más cercanos al Rector, corría peligro. Yo no podía decir cuál, pero me obligaban a actuar y lo había hecho y asumía mi responsabilidad.

Nadie protestó. Guardaron su ira para el siguiente episodio. Les sugerí que hablaran claro en el encuentro con el Secretario General, en quien reconocía un hombre inteligente y capaz de encontrar salidas. Sentí que había avanzado en calmar en alguna medida la indignación. O más bien en dirigirla hacia los responsables sin incitar a la rebeldía, pero sí a mantener sus puntos de vista. Los profesores del Colegio puede que hasta teman, pero discuten.

Abandonaron la sala en orden y en un silencio sin fisuras. De ahí se dirigieron al edificio de los Consejos Académicos para reunirse con el Secretario General de la Universidad, con quien habían solicitado una entrevista.

—Me mandaste a los profesores de Azcapotzalco exaltados. Y no asististe a la reunión. Estuvieron muy duros, sobre todo tu Secretaria General. Tuve que aguantar una hora de reclamos. Todos querían hablar.

El reproche no tenía fundamento: no encaminé a los profesores, ellos habían pedido entrevista y el Secretario General se las concedió, antes de reunirse conmigo. Nadie me invitó a aquella reunión, ni siquiera me informó de ella, no tenía por qué presentarme. Si hubo dureza, no era adivinanza pensar que la renuncia impuesta los había maltratado. A cada quien le tocó hacer frente a indignaciones sucesivas.

A las seis de la tarde devolvieron el Plantel. Estaba en el edificio de la Dirección para firmar los documentos, cuando el funcionario intrigante de Rectoría me informó que el Rector quería hablar conmigo, que estaba en la línea. Me negué. No tenía nada que comentar.

Esa misma tarde me enteré de que el Rector no estaba en México en los días del conflicto, seguía en Salamanca, cuando los Secretarios me informaron de su decisión de pedir la renuncia. Se trató entonces de la prisa por dar buenas cuentas en el coche que recogió seguramente al Rector en el aeropuerto (“Ningún conflicto sin resolver en la Universidad, señor Rector”), aunque el precio fuera una estricta tragedia que cayó sobre la *hamartía de Pedro*, culpable no éticamente sino, cuando mucho, contra la moderación, por una brusquedad finalmente menor, o por otro pecado cometido inconscientemente y del que ni siquiera sabía él ni me informaron.

El Rector no decidió, pero seguramente asintió o consintió, tal vez a hechos consumados y por el celo de sus adláteres; Pedro, y el Colegio, relegados. Pero tampoco es difícil imaginar a esas alturas teléfonos, email, Skype, videoconferencia. Inescrutables, las Furias se desatan contra el que falta, un hombre común, como nosotros, esos días lectores memoriosos de tragedias, y sufrimos temor y dolor para purificar nuestros sentimientos.

En otro renglón menos literario, se trató acaso de golpearme, me repito y amplío, como si fuera el dueño de la Junta de Gobierno para la designación de mi sucesor, tres meses después. De todos modos, se hizo cargo de la Dirección General del Colegio el candidato que consideraba yo más conveniente.

¿Y el Espantapájaros? No insisto, convirtió un incidente (una intervención violenta de Pedro, no más, ni para tanto) y le sacó provecho, malinformó, prometió y nunca cumplió, rompió violentamente la negociación que estaba a punto. Así se comportaba. O eso me hizo saber Hugo. Diriges muchas veces en medio de la oscuridad. Y el sol nunca aparece.

No pienso que los acontecimientos del Colegio hayan sido los únicos en los que el Espantapájaros intervino para hacer daño, y aunque los acontecimientos de Azcapotzalco representaron una cúspide, hay una larga lista de agravios que ningún funcionario

de Rectoría se ha tomado nunca el trabajo de esclarecer, más exactamente nunca lo he sabido, y sancionar, en el sentido de imponer un castigo proporcionado al tamaño de la mentira. Incluso después, tantos años más tarde, más allá de cambios de cuatro Rectores, Espantapájaros siguió *informando*, las cursivas no son un error de dedo, y desparramando consejos tácticos que prometen, pero nunca se cumplen. Ni siquiera puedo imaginar que algunos Rectores de cuya capacidad política no me cabe la menor duda, lo han escuchado, o tal vez fingían hacerlo, pero entonces la pregunta es por qué, si había demostrado repetidamente la falsedad de sus análisis torcidos y el incumplimiento de sus pronósticos. Pero se ocupaba de asuntos que ensucian manos que deben permanecer impolutas. No deja de ser razonable su presencia en una desnuda lógica de mero poder. Y a pesar de todo “por mi raza hablará el espíritu”, pero no todo mundo presta siempre su mente y su voz a la otra voz, la que nos hace valer.

Hay cosas que no sabemos y otras que nunca podremos comprender.

Por fin venían, unos cincuenta, de la reunión que tuvieron en el Che Guevara, que había terminado por imponer su conmemoración nominal contra don Justo Sierra, a quien debemos nuestra pertenencia a la primigenia Universidad Nacional en 1910: la Preparatoria debe formar parte de la Universidad y sus alumnos consejeros votar en el Consejo Universitario. Se detuvieron del otro lado del Circuito Escolar. No podríamos reconocer rostros, aunque no hubieran traído sus capuchas, pero sí tamaños y atuendos: alumnos dudosos, cuerpos entrenados, más corpulentos que los recientes adolescentes del Colegio, enfundados de negro. Y anónimos.

En la mañana de ese jueves, estuve repasando con el Secretario General del Colegio las alternativas de acción. Estábamos seguros de que tratarían de tomar la Dirección General. Tenían que cobrarse que, cuando todo estaba cerrado en CU, al comienzo del paro federal, fines de abril de 1999, nosotros seguíamos allí, sin ostentación, pero completamente serenos, como si no pasara nada a cien metros de nosotros. Éramos una cuña en el costado de CU por Insurgentes, pero no un peligro. Nos fuimos cuando las comunicaciones se pusieron difíciles y los contactos imposibles; nadie quería venir a la Dirección General, por si se topaban con grupos de encapuchados con pantalones de cholo. Ahora estábamos de vuelta, después de la entrada de la Policía

Federal, ya retirada. Aparecían ahora más bien mercenarios (uniformes imperfectos), por el equipo y, sobre todo por la actitud muy seria, como imparable, aunque atentos. Pero ya no resguardaban los edificios, los custodios iniciales, más bien alumnos, se habían ido.

—Estamos solos, hermano y no habrá vigilantes universitarios. Además, los trabajadores no se meten, dejan que alumnos y autoridades se arreglen como puedan. Eso sí, dicen que son *vigilantes* universitarios.

—Yo creo que vendrán alumnos del Sur. Han estado en mítines desde ayer. Ulises, el hijo del secretario de la Corriente Naranja del Sindicato, es un plebe más bien tranquilo; también anda en la maniobra el grupo de Gonzalo, que estuvo siempre entre los que acosaban al director del Sur en la carpa que tenían en la Calzada Xochimilco. Lo único, más espectacular que efectivo, fue cortar los retenes de la carpa de circo que el Plantel había montado, con el derrumbe de la lona sobre los pocos que estaban en clase. Saldo blanco, pero desbarajuste, remediable en dos días.

Me levanté y puse otra cafetera. Todavía teníamos provisiones de la temporada de diez meses que pasamos en Guti Cárdenas en Guadalupe Inn. Una casa familiar, con pisos de madera, ventanas de hierro, de los 50 seguramente. Los cuartos que servían de oficina habían sido dormitorios, además del comedor convertido en sala de juntas, la cocina con azulejos que volvió a servir para hacer café o calentar tortas. Pero en la Dirección en el antiguo edificio de Radio UNAM nos estábamos defendiendo con las cafeteras personales.

—Por de pronto me queda claro que las mujeres deben salir a tiempo y no estar, por si hay violencia. No les va a gustar, pero estoy obligado a protegerlas. No quiero consecuencias que prolonguen lo que pase hoy, ni me pasa para nada ver a una secretaria descalabrada y sobre todo asustada. De modo que no hay trabajo en la tarde, todas a casa.



—Me han ofrecido, son unos cuantos profesores del Sur, acompañarnos. No sé cuánto podemos esperar, lo mejor es no atenernos. Quedamos tú y yo, Rafa, algunos de Comunicación y de mi gente de la Secretaría General. No son muchos, vamos a estar en desventaja.

—Es igual. Nunca podremos responder con el número. De cualquier modo, no vamos a dejarnos. Los encaramos y tratamos de hablar. Ese es el punto, cómo podemos llegar a una discusión, aunque sea a gritos, pero discusión. Es lo universitario y lo que nos pone en mejor orden de batalla.

—Creo que nos conviene imaginar el escenario.

—No se dice escenario, también hay uno, a las afueras de este edificio, se dice guion, la serie de acciones, pero todo mundo ya se tragó lo de “escenario” por culpa de los medios. Bueno, habrá dos columnas. La del Sur llegará por Insurgentes y los oiremos llegar, porque gritan consignas, lo de la educación científica y popular y seguramente contra el Rector, por la policía. La otra columna vendrá de Filosofía, tienen una reunión a las dos con gente de Economía, “El Gato” seguramente y otros líderes. No creo que “El Mosh” aparezca, anda medio escondido. Pero no creo que lo busque la policía. Yo apuesto a que es agente infiltrado.

—Podemos cerrar el estacionamiento lateral, para que los del Sur den la vuelta y tengamos un solo frente, porque no nos conviene separarnos, a no ser que de veras llegaran por los menos veinte profesores del Sur a apoyar, Rufino, Pacheco, a lo mejor Jaime y José Luis, no sé.

—Bien. Ponemos una mesa con dos sillas, una mesa de salón de clase, porque vamos a actuar como profesores, sin insistir en que soy el Director y tú el Secretario, eso ya lo saben. Frente a la mesa unas veinte sillas, no más, porque si hoy golpes, las sillas terminarán por convertirse en armas. No nos conviene, nosotros no vamos a tirárselas a la cabeza. Pero ellos sí, aunque hubiera una sola. Nada de sillas. Acordado. Llegan y nos encuentran

detrás de la mesa y los invitamos a negociar. No creo que tengamos nada que negociar, la verdad, pero ganamos dos cosas: mostrar que no tenemos miedo y estar abiertos a sus demandas.

—No creo que tengan demandas, excepto que desalojemos y tomar las únicas instalaciones que nunca tuvieron. Se trata de tomarlas y ya. Puede ser más o menos violento, y a eso sí ayudará estar ahí, como dices, pero no los vamos a convencer, porque quieren el edificio, que nunca han tomado en toda la huelga. Es como una espinita que se les quedó y quieren sacársela, aunque ya la Dirección no tenga valor estratégico ni de intercambio. ¿Qué tienen ellos que nosotros necesitamos? CU ya está abierta.

—Espero que vengan profesores. Silos atacantes son alumnos del Colegio, no habrá bronca, con ellos podemos hablar, nos conocemos, pueden acelerarse, pero también oyen, por lo menos la experiencia da que nunca ha habido violencia en los mítines del Sur. Podemos hablar y prolongar las negociaciones un par de horas. El grueso de las bases terminará por irse y los que queden no se sentirán tan animados. Bueno, es la hipótesis más optimista. Quién sabe.

—Podemos poner un tocadiscos con “La Internacional”, alguna de las grabaciones de Manuel. Chin, yo no las tengo aquí. Lo que quiero es dejarles claro que todos trabajamos por la justicia, aunque no somos para nada estalinistas, pero tampoco nos ganan en solidaridad con los oprimidos. Los alumnos del Colegio en su gran mayoría vienen de familias con cuatro salarios mínimos. Luego tienen la ocurrencia de que hagamos milagros. Bueno, ya me fui a la conferencia. Ponemos “La Internacional”. Llama a Comunicación a ver si la tienen.

No nos movimos en toda la mañana. A las dos salieron los trabajadores del turno matutino. Dejamos firmar a las trabajadoras de la tarde, pero las mandamos a sus casas. Algunas se quedaron por ahí, a distancia, porque esperaban la película.

“La Internacional”. nunca apareció, a pesar de la recolección

que había hecho Manuel, con coros militares rusos, el Ejército Rojo y la Armada, sobre todo, en italiano, en francés, como corrido, huapango o en lenguas orientales extrañas. Terminé por aceptar, sin mucha esperanza, “Imagine” de John Lennon.

Pero los invasores no llegaban. A eso de las cuatro, creo, oímos las consignas de la columna del Sur. Los gritos se acercaron, no cambiaron la letra, contra la entrada de la policía, sobre todo; nada contra el Colegio, los vimos pasar tras las rejas del estacionamiento y se siguieron de largo al Che Guevara. Iban a unirse a los activistas de las corrientes de Economía y Ciencias Políticas. Eso pensamos.

Media hora después, por fin venían, unos cincuenta. Se pararon del otro lado del Circuito Escolar, el estacionamiento que antes fue, dicen, el paradero de los autobuses tradicionales para ir al CU y un expendio de tortas famosas. Bueno. No viene al caso.

Luego un batallón de unos cuarenta, no pocas chamacas de pantalón y playera con letreros ingeniosos y de seriedad militante. La revolución no deja espacio para la seducción.

Sin hablar nos hicieron un lado con mesa y todo. Empezó a sonar “Imagine” a buen volumen desde dentro del edificio, bien cerrado. Los chavos sin capucha sonrieron; de los embozados no podía saberlo, como puede imaginarse, pero lo hacíamos. Fui a parar en el tumulto al muro de contención a la orilla frente de la entrada y me senté, mientras acababan de agruparse unos sesenta, pero los encapuchados, de Contaduría (alguien me informó, y me acordé del grupo extremista que había tomado esa facultad) tenían la dirección de la operación y encabezaban sus fuerzas de choque. No se podía saber quién dirigía, pero sin duda estaba ahí, a dos pasos, escondido tras su medio metro de tela negra convertido en capucha. O entre los eucaliptos del Circuito, para mantenerse lejos de la mirada de los observadores de Rectoría, sexto y séptimo pisos.

Y ahí cambió todo. Estábamos el Secretario General del Colegio y yo. Nadie más, ningún profesor del Sur. Tampoco alumnos. ¿Con quién chingados íbamos a enfrentarnos? Eran unos chavos, a lo mejor alguna vez hasta estudiantes, ahora profesionales de más edad y de peso completo, para nada del tamaño de los cecehacheros. Ni siquiera era posible mirarlos a los ojos, cara a cara. Eran unos 30 junto a la puerta, contando algunas muchachas sin capucha, mejor, ¿no?

Junto a mí en el muro de contención se sentó Ulises, tan eliminado de la pelea como yo. Le reclamé la pasividad de los militantes del Colegio. Me miró como si lo estuviera invitando a tirarse de La Quebrada sin saber nadar. “Son muchos y más grandes que nosotros”. Me sonó a niño de primaria que habla desde tercero sobre un grupo de sexto. No sonreímos. “Imagíne” sonaba de nuevo. Habían pasado tres minutos rebosantes de movimientos múltiples y turbulentos, pero sin rumbo claro.

Los encapuchados habían quitado las sillas y las amontonaron en el pasillo exterior. Dejaron la mesa. Se prepararon para romper los candados. Los candados eran cecehacheros y aguantaron. No pudieron con la puerta.

De pronto vi a Rito de pie, en el sitio de la mesa que habíamos imaginado muralla para detener educativamente a los invasores y obligarlos al diálogo. Rito les hacía frente junto a la entrada, a dos metros de la puerta y rodeado por todos los frentes. Me levanté y a codazos me puse a su derecha. Éramos dos al principio, seguíamos siendo dos, aunque ahí comenzamos a improvisar, porque esperábamos a alumnos del Colegio y nos enfrentábamos a activistas, al parecer, de Contaduría y Administración, tal vez nunca inscritos ni en primer semestre. Más bien sicarios juveniles. Sepa.

Forcejamos a gritos y manotazos durante diez minutos. Al principio teníamos cubierta la espalda pegados a la puerta, pero terminaron por rodearnos.

- Abran. Dénnos las llaves.
- No hay llaves.
- No se crean intocables. Las llaves.
- No hay llaves.

Por la espalda comenzaron a patearnos. Me di vuelta y me topé cara a capucha con la primera fila de retaguardia. Todos negros. Vi botas y tenis salir de entre las piernas de los encapuchados de esa primera fila. Los de la segunda nos pateaban ocultándose en los que teníamos más cerca. Me tocó un bottellazo de agua mineral cerca del hombro izquierdo, comencé a sentir los rasguños que debo haber recibido en los primeros tumultos. Nos pusieron otro ultimátum. Por ser el segundo tenía menos fuerza. No respondimos. Otro, peor, y dijimos que ni teníamos las llaves ni los dejaríamos pasar. Seguía, más fuerte, la música de “Imagine”. Seguramente Radio UNAM, que ocupó originalmente el edificio, ahora de la Dirección General del Colegio, nunca la transmitió desde ahí para tantos oyentes reunidos. El CCH, sí. Nos levantaron en vilo, nos bajaron de la rampa de la puerta y nos dejaron caer como bultos de cemento echados a un lado. Luego los que se habían subido al techo declararon que no podían entrar por ahí al edificio. Era el gol del honor. También el edificio era cecehachero. Un marro que hizo resonar el corredor vacío de la planta baja y unas cizallas terminaron con la resistencia de los candados. Tercos hasta la muerte, aguantaron más que nosotros. Empecé a preocuparme por las computadoras. Habíamos recogido respaldos de las importantes. De lo demás no teníamos nada que ocultar, nada secreto. Las computadoras del Colegio no aceptan chapuzas.

Pero el Colegio supo que tenía un Director y un Secretario con lo que hacía falta, sin miedo y tercos para defender su lugar de trabajo. Eso vale infinito. Ahora, en 2025, estamos en una situación parecida, con la diferencia de no pensar poner en los altavoces *La Internacional* para terminar poniendo *Imagine* de

Lennon, por falta de copia, para abrir el diálogo, ahora hay que amenazar a rectoría, que en 99 nos miraba desde la Torre con preocupación, y hacerlo con palabras educadas que no incluyan verbos agresivos ni adjetivos, sino solamente la reivindicación del valor del Colegio repetido por una multitud que, si la llamaríamos, pero no lo vamos a hacer nunca, tomarían Rectoría.

En la confusión que ahora llenaba el prado y el estacionamiento delantero de la Dirección General, estaba solo en medio de una multitud, no todos de la turba de Administración. Nadie se acercó, vi a algunos funcionarios en la banqueta del Circuito Escolar. Alguien me echó un objeto en la capucha de mi chamarra. Imaginé una rata tratando de salir por mi cuello. Me la quité y la puse boca abajo. Cayeron piedras y basura.

Sonó mi celular. A lo mejor no oí otras llamadas. La guerra impone interrumpir las comunicaciones para evitar ser interceptado. Ya lo dije, en Rectoría había gente en las ventanas, sobre todo en el sexto piso, seguramente funcionarios y secretarias. Pero no pueden haber visto gran cosa, los árboles cubrían la mayor parte del jaloneo. Más bien los informantes de Rectoría contaron el partido por radio. Y ahí sí, desde que no nos golpearon por estar del mismo lado, hasta que no teníamos permiso de arriesgarnos, como si lo necesitáramos. Ni se nos ocurrió.

Contesté. Era el Rector. Estaba inquieto (supe que era verdad) por nuestra integridad. Lo tranquilizó oírme sereno que estábamos no intactos, pero tampoco heridos. Me felicitó, pero me pidió que no insistiera en los enfrentamientos. Le di las gracias y cerré, por ese día, los recintos de mi corazón donde habita la guerra.

Al día siguiente, la prensa contó lo esencial de la aventura: el Director proponía diálogo, los activistas respondieron con violencia. Era un triunfo mediático, que no estaba en nuestra perspectiva. La página editorial de *Excélsior* ganó el primer premio: “mientras el Director General esperaba para dialogar

a los alumnos con música de los Beatles, como un símbolo de cercanía, embozados ajenos al Colegio, estudiantes (era un eufemismo) de facultades, tomaron la Dirección con violencia”.

“La Internacional” terminó por no hacer falta, pero desde el día siguiente traje en mi coche los tres CD grabados por Manuel, como un arma vieja, un fusil de repetición recién inventado en el siglo XIX o un coro multitudinario y dispar de libertades soñadas, aunque nunca hayan sido alcanzadas.

**D**ebe haber sido en 2016, en la primavera. Recogí el frappuccino y el espresso y, al darme la vuelta, me encontré, hablemos paradójicamente claro, fuera de una esquina de la fila de mediodía, con unos ojos negros y una piel ligeramente oscura, un rostro fino que escapaba de un vestido negro también. Era la levedad sonriente que no reconocí, porque la presencia se puso a funcionar como un recuerdo pantalla que reducía mi memoria cada momento al instante anterior que había revelado nueva una antigua belleza. Uno se enamora de pronto en segundos, aunque nada ofrece prenda de duración. No era la primera vez que la veía y nunca la había admirado de tan cerca. Me parecía conocida en mi sorpresa atónita, sólo supe que era Paula, cuando me lo dijo y comenzó a tratarme de doctor, mientras yo intentaba colocarla en algún recuerdo del Colegio, sin saber en qué lugar del cronograma tenía su indiscutible momento. Me sonreía y no se imaginaba cómo daba vueltas mi alegría ilusoria, ni siquiera aceptada más allá de la sorpresa, de verla hermosa y cercana. O quizá intentaba una seducción, que para ella debía ser un juego y para mí, en ese momento, un trastorno que no alcanzaba a convertirse en esperanza. Nos despedimos y cada quien se fue a su mesa a tomar su café. Ella sola.

Yo estaba acompañado y mi colega me recordó su nombre y su trabajo, 10 años antes, de ayudante de un Director de



Plantel injustamente desafortunado y luego de otro sin rumbo tercamente repetido y displicente.

Días después, durante los cuales no lograba, o no quería, desterrar su silueta de mi memoria, la llamé para hablar de la aventura de la renuncia del Director desafortunado y de cómo mi actuación había sido juzgada del otro lado, el de los compañeros del Director que no logré defender, y de la comunidad del Plantel.

Llegué antes y me puse a leer el último número disponible de *L'Obs* sencillamente ya entonces, antes *Le Nouvel Observateur*. Llegó con una blusa de colores azules oscuros, desabrochada del último botón. Traté de ni mirarla, pero pude evaluar el arranque todavía inocente de sus senos pequeños, y por fin esta vez desaté la curiosidad por la información que buscaba, aunque era también un pretexto para encontrarla, pero se había convertido ya ante todo en el verdadero tema de la conversación.

Explicué a Paula algunas razones de mis andanzas y, aunque no pareció creerme, de pronto se dejó llevar por la memoria que comenzó a brotar como una fuente inesperada.

—Fueron sus asambleas en el Plantel y apostaría que sus últimas en el Colegio. En todas me quedé en el estacionamiento, porque el rollo eran repeticiones estériles. Me agregaba al grupo del Director y de la Secretaria General del Colegio, oía sus lamentaciones, no digo las mentadas, al principio no llegaban a tanto, contra usted, por haber aceptado entrar solo sin el Director del Plantel.

—Nunca objetaron la entrada de la Secretaria General, pero ni me lo pidió ni se presentó en la aduana que tenían los alumnos en el paso del estacionamiento a la explanada. ¿Cómo iba a imaginar que quería participar? Nunca dijo nada, y eso que el Director encarnaba para ella alguna forma de filiación. Hubiera sido útil.

—En la asamblea estaban todos: Guadalupe, la de Talleres, que había logrado un papel influyente con los activistas, sin

explicación posible, para quien hubiera sufrido su agresividad, la vulgaridad de sus chanclas, sus actividades de organizadora de conflictos fuera del Área de Talleres, donde los profesores, imagino, miraban por las ventanas hacia las canchas de básquet, cuando le tocaban el turno de exponer lo que ella hubiera denominado “intervención crítica y revolucionaria”; Roberto Rivera Macé, las chavas activistas hijas de un miembro del PRD y las del abogado, de una izquierda más radical.

—Ustedes, usted y una Consejera Técnica, Adrianita, yo nunca la llevé bien con ella, porque ella no respetaba a los funcionarios y exigía privilegios para Talleres. Era un cuadro surrealista, dos autoridades en la mesa, que no conversaban entre sí, sin que lo supieran siquiera, envueltos en una mutua protección de silencios, sitiados en su aislamiento por más de 300 alumnos, hasta eso, callados, encuadrados y contaminados difusamente por los activistas.

—Fue un error admitir la exclusión del Director, porque le impedí dar la cara y defenderse. Quería evitar ahondar las diferencias con una discusión violenta y enconada y me atenía, el primer día, luego cada vez menos hasta no esperar nada, a una intervención apaciguadora de Muñoz, sabes a quién me refiero, que El Espantapájaros prometió cada día del conflicto.

—¿Quién era El Espantapájaros? Eso es su vocabulario personal.

—El asesor, más bien agente provocador de Rectoría, aquel que llegaba a los Planteles cuando había, o cuando llevaba conflictos, ¿claro?

—Sí, se creía importante y se encaprichaba en mandar, incluso al Director y sus pulgas. Hablo del sucesor de Pedro. Los profesores resintieron la exclusión del Director acusado, pero no dijeron nada. Estaban muy enojados y lo dejaron arreglarse solo con el conflicto contra los activistas. Luego, en las reuniones en el Tezozómoc, usted los tranquilizaba, de modo que se

aseguraban de que no ganaban nada con dar la cara. Usted lo hacía, lo insultaban en silencio, y fuera de oídos indiscretos y se hacían a un lado. Ese era el ambiente, pero usted estaba absorbido por las asambleas, aislado de la comunidad, a pesar de los contactos abiertos que acostumbraba, con los académicos, eso nadie lo niega.

—Creo que no sabes cuál fue el mecanismo siniestro de la renuncia. Me convocó el Secretario General y me recibieron todos, todos, los secretarios de Rectoría. Según ellos, la Universidad corría un peligro grave por el conflicto de Azca y, como en tres días de asamblea no se había resuelto, quedaba la renuncia de Pedro como única salida. Nunca me explicaron “el peligro” que amenazaba destruir a la UNAM. Uno tampoco es idiota. Y un Director General tiene derecho a saber por qué toma una medida extrema, pero pienso que no había otra razón que dar buenas cuentas al Rector, que me dibujaban en su discurso falsamente alarmado ante “el problema.

—La renuncia nos cogió sorpresivamente como una cubeta de agua fría. Sobre todo, que, a pesar de la desconfianza, usted siempre fue claro en señalar las dificultades, pero también en aclarar las propuestas y, sin perder la incertidumbre, parecía que había salidas y que nos encaminábamos hacia la ellas.

—Sin conocer “la grave amenaza que Azcapotzalco hacía pesar sobre la UNAM”, que hoy estoy seguro de que no existía, como era mi responsabilidad, anuncié al Director de estos hechos, me firmó la renuncia sin objeción, nos separamos, aunque los dos íbamos hacia el Plantel.

—En la explanada estaban, a eso de las 10, su Secretario de Información, Rivera Macé y otros dos activistas. Ningún profesor. Es notable cómo los profesores se mantuvieron, disciplinadamente, aunque no sé quien definió esta estrategia, totalmente al margen. En eso llegó el funcionario de Rectoría, ese que aparece cuando viene una bronca en los Planteles y estorba

a la Dirección y usted llama “El Espantapájaros”.. El grupo se disolvió y los vi preocupados. Su secretario estaba pálido, bueno —sonrió— todo es proporcional.

—El funcionario de Rectoría siempre estorbó. También a mí. Y engañó. O me contaron que decía y luego sus dichos resultaron mentirosos.

—Poco después, llegó Pedro y se fue derecho a ver a la maestra Guille. Hablaron un momento y la maestra empezó a gritar: “Renunció Pedro, el doctor le pidió la renuncia. Vamos a defenderlo activamente. El Plantel no puede aceptar este atropello injusto”. Los profesores que lo apoyaban literalmente enloquecieron, y tenían razón.

Así fue, recordaba, mientras Paula continuaba su relato desde la otra orilla. La histeria de la Secretaria General se convirtió en el centro del ciclón y convocó, en la mejor imitación posible de Hécuba, a interrumpir la circulación de la avenida Aquiles Serdán, exactamente donde había una desdichada lista de estudiantes atropellados. Me informaron que convocó a impedir el paso de vehículos desde la banqueta, felizmente los que circulaban, no se dieron cuenta de que la calle “estaba tomada”, lo que me tranquilizó y decidí volver a CU. El Secretario que se había apresurado a hablar con Pedro antes de la cita que teníamos pactada, me ofreció llevarme. Me negué, sin más argumento que haber llegado en mi propio coche.

—El resentimiento comunitario creció y se distribuyó entre más profesores, de modo que el momento agudo del anuncio se fue convirtiendo en decisiones políticas. La maestra Guille telefoneó al Secretario General de la UNAM y acordó con él una audiencia para las cuatro de la tarde, en el salón grande del Consejo Académico de Talleres.

—Yo los recibí a las tres en la Sala del Consejo Técnico, sin cita previa. Expliqué lo que pude, que era insuficiente. Me di cuenta de la cerrada indignación de los profesores, de su mirada

no tanto hostil, sino dolorosa. Quizá sintieron que con Pedro una parte del Colegio y de su Dirección también quedaban desterrados. Yo me eché a cuestras las responsabilidades. No retiré mis ojos de las miradas.

—Estuve en esa reunión. Usted tenía poco que ofrecer, sus argumentos eran lejanos y vagos. Pero incitó a los profesores a hablar claro con el Secretario General, como la habían hecho con usted mismo. Los profesores no quedaron satisfechos, pero entendieron.

Mi encuentro con Paula 10 años después me llenó de vergüenza, porque su versión de los hechos era, en último análisis, que yo no fui capaz de defender a un Director y que había cedido en vez de luchar. Que era la convicción de los profesores de Azcapotzalco, los amigos del Director, al menos, porque también había quejas de trato brusco con los trabajadores de base y de acciones duras contra los grupos de activistas, abusivos y al servicio sabe de qué otra instancia, seguramente del PRI camuflado o de alguna agrupación sin nombre de la fragmentada izquierda metropolitana.

Su descripción sin detalles, pero pertinente, de la tristeza y la ira contra mi fracaso me golpearon por dentro. No podía defenderme, porque me vería acorralado a recurrir al argumento de que, si no lo hacía yo, lo haría Rectoría, y el Colegio era una Escuela Nacional. Pero me llevé, en lugar del pasajero deslumbramiento de la silueta negra y los ojos oscuros que me habían seducido pasajeramente un par de semanas, un sentimiento de culpabilidad que ni olvido ni trato de reprimir, porque saltaría de nuevo, cuando menos lo piense.

El poder es un arma legítima, únicamente cuando su aplicación, de cuya violencia teóricamente la autoridad tiene la exclusividad, se ejerce sin atropellar los derechos de nadie y con el consiguiente deber de poder dar razón de las decisiones, más todavía si afectan a una comunidad honrada y entera. A

veces menos refinada en palabras sobre todo que otros niveles de la UNAM, siempre restrinjo, hacia fuera correctos, pero cuyos torcidos y enigmáticos pensamientos me abstengo de juzgar.

Con el tiempo he ido aprendiendo a dejar asentarse los recuerdos de una pantalla de la memoria del Colegio de la que, en este caso, fui único testigo y apenas actor en el frente de los Secretarios de Rectoría confabulados y sin apego. Mi experiencia consta en el relato detallado de las reuniones que no comprendía a fondo o no me atrevía a hacerlo sin darme cuenta. No tengo nada que agregar, solo que no me arrepiento, pero reconozco que pude ser más hábil. Por ejemplo, demandar, como condición para la renuncia de Pedro, un encuentro con el Rector para escuchar de él mismo las decisiones. ¿Qué hubieran dicho, si el Rector no estaba en México, sino en Salamanca? Hubiera ganado tiempo, aunque también El Espantapájaros hubiera continuado su sucia guerra nunca declarada y el disimulo de sus maniobras. Pero ignoro par quién trabajaba.

Hice mi tarea con dificultad, porque hace 19 años que terminé mi segundo periodo de Director General, y aunque estuve de vuelta en el Colegio tras casi cuatro años en la Dirección General del IEMS, malviví cinco años en “3000”, en medio cubículo de la Secretaría Académica, pero hice lo que se me ocurrió, y luego otros 10, mucho más productivos, en “Circuito”, (la Dirección General) con un nuevo Director que estaba sinceramente tratando de levantar al malherido de desfallecimiento.

El problema es que, ahora en agosto de 2025, su sucesor está llegando al final de su primer periodo y debe estar dudando si se la juega por el Colegio, y sobre todo en qué medida, contra los designios nunca claramente justificados del rector. Seguramente este supone que podrá inmovilizarlo para que la resistencia de la comunidad tenga menores asideros.

No sé si se decidirá. Lo espero, pero mientras tanto no podemos atenernos y apostar a un caballo de cuyas cuatro patas no estamos seguros. De modo que Alfonso y yo, ahora en tríada desde 2018 con Ernesto, seguimos pensando cómo vamos a reclutar fuerzas especiales como para asaltar los recintos de los pentatlones militarizados que, para robustecer nuestra decisión, considero nazis. No es que lo sean, pero es más fácil combatirlos pensándolos así.

Por de pronto, cada uno trae una lista de 20 profesores de nuestros Planteles de origen, ya subimos de 10 a 20, algo es algo, quedan muy pocos viejos, somos residuo, incluso Alfonso se jubiló hace más de siete años y Ernesto hace seis. Pero no tenemos por qué rechazar combatientes únicamente porque están jubilados. Siguen siendo universitarios y lo cecechero nunca se pierde, si te comportas con los compromisos educativos de la marca.

Los nombres me suenan, son los profesores que llegaron a Naucalpan o el Sur, cuando era Director General, ya a la mitad de su vida útil de profesores. Lo que ninguno puede afirmar es si estarán disponibles para apostar a fondo por el Colegio. Los tres decimos que sí, faltaba más, pero sabemos que lo esperable es ver “muchas echadas, pero pocas ponedoras”.

De todos modos, hacemos un escrutinio que elimina a los que se arrodillan para beber el agua del arroyo que atraviesan, y organizamos en batallones de puros nombres a los que beben en el cuenco de la mano sin detenerse, como los reclutas de Gedeón.

Son pocos y venimos a retroceder hacia los profesores de 50 a 60 años con prestigio académico, mejor aún si han tenido premios universitarios. La lista llega con dificultades a 60, 12 profesores en promedio por Plantel. Sin renunciar a llegar a 100.

Con una pizca de sentido común concluimos que 60 pueden servir de cuadros, pero que hace falta la tropa, que fijamos en 1,000 profesores, 200 por Plantel, con la esperanza de que este primer cuerpo de ejército podrá arrastrar a otros 1000 y hacer algo.

¿Cómo qué?

A los tres se nos ocurren muchas hazañas que no tendrán lugar ni lo han tenido acaso nunca en toda la vida semicentenaria del Colegio. Excluimos en silencio las operaciones que pueden degenerar en violencia. Perderíamos todo y nos echarían fuera con ignominia. No somos activistas pagados por el PRI.



Como ninguno propone nada, aunque nos damos cuenta los tres de que los tres estamos callando lo que nos pasa por la cabeza tumultuosa, decidimos redactar una proclama. Un texto que llame a la defensa del Colegio, sin proponer todavía una acción particular. No podemos jugarnos todo en un volado, todo o nada. Mejor un avance de ideas y compromiso, luego cuando todo se vaya caldeando será más fácil encontrar acciones y momentos. Sobre todo, cuando, por fin, el Consejo Universitario decida clausurar el proyecto universitario del Colegio de Ciencias y Humanidades. Es como leer 1971 al revés.

Recordando lo que les sucedió a los aliados en la Segunda Guerra, queremos conquistar un puente que queda demasiado lejos. Pero allá vamos.

**L**egué al Plantel por el lado del Santuario de los Remedios. La calle rebosaba de estudiantes que querían entrar a clase, pero en realidad pocos presionaban, al menos discutiendo con los activistas, guiados por Varela, vestida de campesina vietnamita. ¿Hay vietnamitas que no sean campesinas? Hace tantos años, que habría que escribir “había”. A estas alturas deben ser más bien pocas, porque el país, tras la guerra de liberación, acaso suavizando su dependencia del gigante fronterizo, se ha industrializado y su territorio se unió a los países del Sudeste Asiático, bajo el imperio chino y su industria inmensa y de obreros mal pagados y sin sindicatos. Pero ha deslumbrado desde hace al menos 15 años con su crecimiento económico descomunal y sin libertades. Me refiero a China, desde luego.

De cualquier modo, al comienzo del siglo, hacia el 2003, todavía no había tenido lugar esta transformación radical y las alegatas en la puerta de arriba del Plantel y en la entrada principal eran inútiles, porque los ocupantes despectivamente mandaban a volar a los alumnos que cándidamente les insistían con exámenes y entrega de trabajos. Era noviembre y se acercaba el fin del semestre. ¡Pinche toma arbitraria!

Diez funcionarios del Plantel, del Secretario General al Jefe de Psicopedagogía, repartían un volante inculcando a los activistas de Varela, seguramente usurpadores de alguna derivación

del Frente Zapatista, sector urbano, sección CCH-Naucalpan, de impedir a los estudiantes acreditar las asignaturas faltantes.

De repente apareció una figura vestida de negro, atuendo de licenciado, porque los curas de entonces, sobre todo los jesuitas, vestían como ciudadanos sin grado, jeans y camisa, chamarra en caso de frente frío número 6, digo, porque recuerdo que era noviembre.

Espantapájaros manoteando comenzó a arrebatar los paquetes de volantes de los funcionarios que tuvieron el desafortunado destino de quedar a su alcance. Luego se dirigió al Secretario General y gesticuló, gritó (no oí nada, pero la boca sola representaba unseudodrama) y, lo decisivo, también le recogió sus volantes. El Secretario General olvidó su grado y reaccionó como lo deben haber hecho muchos esclavos libertos, al menos los primeros años de su nueva e incomprensible libertad. Ni Roma ni Los Mochis se hicieron en un día.

La Directora estaba sentada en un pasillo exterior del kínder que sigue al salón de fiestas juveniles “Cristian”. La informé del atropello. No se movió ni medio músculo de su cara.

—Ya invitó a los activistas que tomaron el Plantel, a entrar a la Sala de Reuniones, sin avisarme siquiera. Reclamé al licenciado —jamás ella iba a denominarlo Espantapájaros, la habían educado con una seria rigidez altanera- con el resultado que ves: nada, sigue actuando como si lo necesitáramos y fuera a salvar a Naucalpan. Es un entrometido, cómplice de Varela y de sus grupos de fósiles”.

Me metí en la multitud y busqué al Secretario General.

—¿Tienes más volantes?

—Hay unos mil en mi coche.

—Reorganiza el dispositivo con los mismos funcionarios, sobre todo si son administrativos, porque obedecen a Rodolfo y no tienen miedo del Espantapájaros.

El nombre se le quedó en esa temporada, pero a esas alturas

era todavía privilegio del habla de funcionarios de primer nivel cecechachero.

José Antonio sonrió y desapareció en busca del Secretario Administrativo y de los volantes, para la segunda andanada.

Los volantes circularon. Habíamos cruzado una mirada sin saludo el licenciado y yo. Sabía que telefonaría al Rector o al Secretario General, seguro, y que algo harían. Más bien, qué haría él mismo, porque para él, el discurso de los altos funcionarios acostumbraba a ser performativo: ejecutaba lo que mandaban.

El Espantapájaros no tenía cómo justificar la obstrucción de la información verídica de la Dirección y su razonamiento, sobre todo la cercanía del fin de semestre. Pero había quedado claro con quien jugaba. Luego diría que podía moderar sus abusos y con ese engaño les concedía recursos y sobre todo consignas, para señalar los blancos de su personal y mezquino interés indiscifrable, no por mentalmente inalcanzable, sino por ausencia total de referencias en el tema de la traición a la Universidad honda. Nunca entendí en cambio donde se dibujaba la invisible ventaja de la moderación de insultos y destrucciones siempre incumplida. Ignoro qué sabían y qué se escondían a sí mismos los funcionarios de la cumbre universitaria. De cualquier manera, no cumplían con la eficacia justamente exigible de su función. No podían ser tan ingenuos. Para no hablar del compromiso de hacer cumplir la legislación universitaria simplemente.

Los volantes circularon. Se armó la mesa de negociación. La Directora no entró para tener una palabra última y libre de los lazos de las discusiones y fintas de los intercambios iniciales, cuando parece que nunca podrá llegarse a un acuerdo. Más tarde, tanto mayor mérito. El Secretario General oyó el reclamo por el volante que denunciaba abiertamente la maniobra sin razón de cerrar el Plantel. Si algo oyó, poco seguramente, le salió por la otra oreja. Devolvieron el Plantel. Yo informé a ciegas al Secretario General de la Universidad.

Con el tiempo fuimos recogiendo y agrupando piedrecitas de mármol de colores, con perdón del mármol, como quien se prepara para configurar un mosaico. Eran las acciones testificadas por profesores y funcionarios, estos más bien pocos, porque El Espantapájaros había logrado hacer arraigar el miedo en los cuerpos directivos de los Planteles. La Dirección General mantuvo su libertad completa, aunque tuvo que rechazar los intentos de interferencia con recursos de cordialidad en la que solo los bipolares podían confiar en sus momentos más altos. Pero también, sin contraer la enfermedad, confiaba en El Espantapájaros extrañamente el Jefe del Departamento de Información, que incluía espionaje conversacional (recoger las opiniones de los espías de Rectoría y no soltarles más prenda que la que ya sabían).

La cumbre de la doblez y la traición a la Universidad del Espantapájaros alcanzó su mayor hondura en la crisis de la Dirección de Azcapotzalco, al final de la cual se obtuvo por la renuncia, obligada y falsamente justificada (“el Rector lo ha decidido para proteger a la Universidad”, cuando el Rector estaba en Salamanca recibiendo un Doctorado Honoris Causa, creo recordar o estoy inventando el detalle, pero lo merecería, o pactando colaboraciones académicas con la Universidad Madre de la Universidad de México, un día pontificia por filiación, más seguro).

No quiero repetir: 20 horas de asamblea en el patio del Plantel, reuniones en Rectoría con el equipo de todos los Secretarios, y sobre todo su irrupción furiosa, me refiero al personaje, en el momento de cerrar un acuerdo con Rivera Macé alegando que “el Rector exige la renuncia del Director”. A la madre.

Nada de lo que prometió se cumplió. Pero sus jefes no aprendieron.

**L**a *Proclama* de agosto de 2025 circuló por la Red. He buscado el recorté de *Excelsior* donde, dos semanas después, finales de mes, publicamos en media página un *Manifiesto*, los tres y otros primeros combatientes que pagamos la inserción. Era un llamado a los cecehacheros, usamos este sustantivo para englobar a alumnos y profesores, jubilados y egresados, pero en este texto también los desertores o los profesores que no dedicaron 50 años al Colegio. Bastaba que hubieran enseñado un año. Todos lo que sintieran que en algún resquicio de su afecto o recuerdo el Colegio seguía vibrando tenuemente.

No insistiré en que, entre algunas toneladas de papeles del Colegio y unos 40 cajones de archivero, encontrar un recorte suponía más tiempo que el que la cercanía del ataque final hace obligatorio emplearlo racional y apasionadamente.

Por eso transcribo un documento en *Word*, impreso seguramente en mi cubículo de mi biblioteca, pero que ya tiene incorporadas las correcciones de Alfonso y de Ernesto, y una mirada atenta, aunque un tanto escéptica de otros compañeros, un lunes de finales de agosto de 2025.

Incorporo al texto que sigue, mis propias adiciones con lápiz, aunque no hayan sido consensadas.

## *A los profesores, alumnos y trabajadores del Colegio de Ciencias y Humanidades*

*En la situación actual, el Colegio ve amenazada su existencia universitaria. En la urgencia, este documento se dirige de nuevo a los profesores, trabajadores y alumnos actuales, pero también y sin excepción, hace un llamado apremiante a los jubilados y egresados y a los alumnos que estuvieron en algún Plantel, aunque no hayan terminado su Bachillerato.*

*El Colegio de Ciencias y Humanidades fue creado por el Consejo Universitario varios decenios antes de que algunas de sus ideas centrales fueran recogidas, muchas veces sin aludir a su origen, por las reformas “integrales” que se quedaron a medio camino, ignorando la experiencia y sobre todo las concepciones curriculares del Colegio, su Modelo Educativo y la idea central de Cultura Básica.*

*Hoy, Rectoría ha concebido y comenzado a poner en ejecución un proyecto para separar al Colegio de la Universidad. Los Consejeros Universitarios han tenido reuniones para conocer el “anteproyecto” para despojar a la Universidad de uno de sus sistemas de Bachillerato que ha cumplido con creces la tarea de “formar más y mejor a un mayor número de mexicanos”.*

*Si se comparan los presupuestos del Colegio con los de las Facultades y otros Bachilleratos privados y se toman en cuenta los factores socioculturales que determinan las características de nuestros alumnos, queda en evidencia que cada peso invertido en el Colegio produce más aprendizajes y cultura universitaria asimilada por sus alumnos que cualquier otra institución de Educación Media Superior.*

*Todos nosotros, los pertenecientes con diversas modalidades al Colegio, le somos deudores de la riqueza universitaria que ha logrado alcanzar nuestra vida. Hoy el Colegio nos convoca y la gratitud debe movernos a la acción. No permitamos que una institución que educa con solidez y concepciones innovadoras*

*sea despojada de la calidad de universitaria con la que nació aprobada por unanimidad por el Consejo Universitario.*

*Para oponernos a este plan mezquino de eliminación del Colegio, hemos acudido a los Consejeros Universitarios del propio Colegio y a otros Consejeros de nivel superior y de las Investigaciones Científica y en Humanidades, para invitarlos con insistencia y argumentos a que se opongan a los planes de Rectoría. Muchos de estos universitarios han sido profesores del Colegio o exalumnos de sus Planteles y, en su mayoría, se oponen a los planes de cuyo último origen y sentido tenemos poca noticia y juzgamos de imposible aceptación racional.*

*La lucha será intensa y decisiva. Son numerosos los universitarios que se sienten deudores del Colegio. Su intervención decidida es indispensable. Hemos organizado dos reuniones de información los días 27 y 28 de agosto, a las 18 horas, una en la Casa de Coahuila y otra en la Casa del Académico, prestada por las AAPAUNAM como apoyo al movimiento de resistencia.*

*Informaremos de los acuerdos para hacer crecer la participación y lograr una movilización masiva en las acciones que se acuerden.*

*“Por mi raza hablará el espíritu”*

*“Educar más y mejor a un mayor número de mexicanos”*

**CCH-UNAM.**



*Carlos Medina*

*“He estado pensando en nuestras palabras vacías. Decimos “Modelo Educativo”. Con mayúsculas, Pepe Bazán Levy. ¿Qué piensan los profesores? Dos o tres ideas vagas, eso del alumno que aprende a aprender. O la otra, ¿Qué significa el alumno en el centro concretamente? No hay ningún fundamento firme. Sí, hay dos o tres documentos escritos por profesores destacados, yo diría incluso raros. Mira el cuadernito verde de Palencia. ¿Quién lo entiende de verdad? Está lleno de filosofía que no forma parte del equipamiento de los profesores. Leen las frases y no saben a qué realidad pegarlas. “Una ciencia humanista y un humanismo científico”. Suena bien, pero en el laboratorio, ¿cómo le haces para hacer experimentos humanistas? No significa nada.*

*“Además, por ejemplo, las interpretaciones de los pedagogos. No digo que sean ignorantes, pero fuerzan el modelo del Colegio a entrar en esquemas ajenos y resulta un enredo de frases como “la instrumentación del Modelo Educativo debe seguir los parámetros pedagógicos actuales para facilitar la asimilación del saber aprender y de nuevos saberes”. Nunca nos hemos preocupado por desarrollar un discurso propio del Colegio, por lo menos explícitamente. Bueno, están algunos artículos de Cuadernos del Colegio, pero cada quien escribía como se las arreglaba, ahí combinando de lo que oyó en una charla, las*

*pláticas con otros profesores, las reuniones de academia. Los pedagogos han tratado de conducirnos por el buen camino de sus teorías didácticas, yo pienso que son rollo, en lo esencial, aunque algo dicen de vez en cuando, pero ni les hemos creído, a lo mejor fue soberbia, ¿somos muy autosuficientes, o no?, pero el caso es que las relaciones con ellos no han sido productivas.*

*“Ahora he estado pensando en que el Colegio está encerrado fuera del mundo como es ahora y que se requiere conocer bien lo que México necesita para responder en nuestra escuela semifracasada. Necesitamos una conversión. Lo malo es que no acabo de saber a qué. Bueno, hay algunos aciertos, pero no hemos llegado nunca a ser la solución. No sé qué piensas tú, pero así lo veo. Vamos a pensar en un plan de estudios que tenga que ver con la realidad de los alumnos. No con las ideas de González Casanova, no tengas actitud de arqueólogo. A los alumnos no les dice nada “aprender a aprender”, porque diario aprenden algo, muchas pendejadas, nadie les dice que aprendan, pero ellos lo repiten como si hubieran aprendido. Si les digo en Física a mis alumnos, “Miren vamos a estudiar la fuerza”. Se quedan pasmados, piensan en los concursos de golpes, esos duelos a patadas y golpes. No pueden abstraer, tienen que descascararse el cerebro para que entren ideas abstractas con las que no han tenido contacto.*

*“El Modelo Educativo no dice nada de esto. Es una construcción idealista, en las nubes, pero no en las digitales. Vamos a determinar qué necesitan los alumnos y qué necesita México y a dirigir la educación en esa dirección”.*

**Alfonso López Tapia**

*“No, a Ezequiel Morales no lo he visto, es mayor que yo. Debe tener cerca de 90 años. ¿87, te dijo? Es un buen tipo. Yo ando en el cemento y los tabiques, estoy construyendo otro edificio de seis departamentos. No hago torres porque, bueno, mis departamentos no son los de Santa Fe ni nunca los alquilaría en*

*Santa Úrsula y anexas. Además, en el sexenio de Mancera construyeron torres B Grand por todas partes, pero no me invitaron a unirme como accionista a su grupo. Yo me he dedicado a algo más modesto. Sí, detrás de Estadio Azteca, pero adentro. Me vendieron muy barato un pedregal que seguro nadie se animó a comprar, menos a sembrar, los maíces caerían en piedras o en tierra reseca. Además, podía parecer que costaba mucho medio nivelarlo. Los viejitos, era una pareja de más de setenta que ya nunca iban a necesitar su terreno, bueno, su pedreno. Me lo dieron barato y les pague al contado, pensando que así podían disfrutar su de negocio antes de morirse. Ni modo, todos vamos por el mismo camino, pero no hay que tener prisa por llegar a la estación final. Como siempre, creo que ya te lo conté varias veces, sí, te gusta oír mis hazañas comerciales, más bien de emprendedor. Sigo teniendo los mismos planos aprobados por un ingeniero y un maistro se encarga de la construcción. Los materiales los busco diario en los avisos de ocasión de los periódicos, de El Universal, sobre todo. Hay buenas oportunidades. Cien metros cuadrados de mármol, siete ventanas de aluminio, los marcos, claro, dos estufas de una taquería. Además, me divierto, porque hay que tratar con mucha gente que enseguida te dice, “Ingeniero, mire, vea, estoy vendiendo a pérdida. Tengo un sobrino que estudia en la Universidad, creo que Negocios o Administración, algo como de comercio para poner una ferretería en este barrio donde no hay y los vecinos tienen que ir a Coapa o mejor a Portales. ¿Usted es de Portales? Mire. No ingeniero, no abuse, cada una son mil pesos, tampoco se las voy a regalar, con el debido respeto, etc”.*

*“Así voy equipando cada departamento. No son penhouses de lujo para ver el panorama de Santa Úrsula y los Copilcos, un montón de casas de dos pisos de todos colores y disparejas o color tabicón estándar. Mis departamentos, cada edificio, está bien hecho y completo, tampoco me gusta alquilar basura.*

*“Mira, creo que están en el buen camino. Hace años, tú lo sabes, que no me meto en nada del Colegio. De vez en cuando me llama algún viejo amigo, alguno que ni conocí en Azcapotzalco, pero me siguen considerando del Plantel, a ti debe sucederte lo mismo, con Naucalpan, para ayudarlos a resolver problemas insolubles e insalubres. Como Juan, que se jubiló, nunca quiso ser profesor de carrera, pendejo, y ahora me pide que lo ayude a tener un seguro de gastos médicos mayores. Bueno me llaman para resolver problemas un poco menos imposibles: no aprobé el examen, vive en Chalco y lo mandaron a Naucalpan, como los dos lugares son EdoMex, la Administración Escolar los considera estúpidamente cercanos. Ya ni la. Pero así es el negocio del quelite. Bueno, si puedo, oriento, pero no intervengo, menos si se trata de hablar con el Director General, porque no me tiene la menor confianza, bueno, no atravesaría la calle conmigo; ni yo con él. Es esquivo, mira de través, parece no estar cerca, aunque estés en su oficina, que fue la tuya y la mía. Pero de eso hemos acordado no hablar, por salud mental y por respeto al Colegio y está bien. Hay que aceptar hacerse a un lado y no desacreditar a los funcionarios, aunque no tengan nivel, porque haces empeorar la situación, ya de por sí... Total, como tú dices, “lo sacuden las olas, pero no se hunde”. Jimenita, otro café, pero sin espuma, el otro me quedó a medio vaso, cuando la espuma se aplacó. Sí, ya vamos a ordenar. Quiero el deshebrado de pollo. ¿Y tú?”*

**David**

*“La verdad es que me indignan las maniobras del Rector, pero no sé qué decirte. Me doy cuenta de la apuesta y de las probabilidades de perderla. Me cae en medio del estómago recordar lo que hizo Pablo, cuando cerró el proyecto de Nueva Universidad. No sé qué razones tuvo para proceder dando un golpe de estado, o a lo mejor se imaginaba que desbarataba la oposición que nunca lo fue. Sé que Roger tenía divergencias fuertes con Hen-*

*rique, pero nadie se imaginaba que fueran tan lejos como para justificar sin explicaciones la clausura del Reposo de los Atletas. Perdí un par de cuadernos con mis apuntes personales, uno era de Gilbert, lo traje de París y lo fui llenando de reflexiones. Era lo de menos, pero sí sentimos el golpe, sobre todo el silencio total que lo remató, creo que merecíamos una explicación, no tanto para discutir la decisión del Rector.*

*Ahora siento que es peor, porque el Consejo Universitario ya recibió la lectura inicial del proyecto y nadie ha dicho esta boca es mía. Parece que no les importó. No lo creo, pero falta la chispa que aviva el incendio. Es lo que deben ustedes buscar, qué abre las compuertas y se convierte en una acción eficaz. No puedo concretar, pero los conozco y estoy seguro de que algo se les ocurrirá. Lo más importante es que no excluyan a nadie, porque todo se reduciría a un asunto de grupo y no de comunidad. Aunque antes hayan tenido diferencias, hoy no cuentan ante el mal que amenaza al Colegio”.*

**E**ntró ligera y sonriente y rechazó el Nescafé que me hacía todavía mi secretaria. Se avivó mi estima. Era una bióloga de Oriente, delgada y sobria, con una alegría que sustituía con creces otros adornos en principio posibles. Nunca habíamos hablado, pero de pronto teníamos un largo pasado común en lugares, tiempos y ocupaciones distantes.

Me contó que desde hacía tres años se ocupaba con sus alumnos de explorar la biodiversidad del Lago de Tecocomulco, la cola que el Lago de Texcoco había olvidado a una veintena de kilómetros, cuando harapiento, sin memoria de su antiguo hasta navegable esplendor, terminó refugiado y exhausto detrás del aeropuerto de la Ciudad de México, el AICM que nunca pudo alcanzar las letras que faltaban para llegar a ser el Nuevo Aeropuerto Internacional de la Ciudad de México, porque el presidente estaba enamorado de Santa Lucía y no cejaba a pesar de las advertencias que uno, común y corriente, podía considerar atendibles. Discrepo de Santa Lucía. Acepto únicamente que tenga el nombre de mi madre, Lucía o Lucie.

Pero los restos abandonados del Lago empeñados en resistir, tenía patos y garzas, ajolotes, peces, pájaros y reptiles que Leticia y sus alumnos inventariaban, apoyados por los pescadores que vivían en sus lanchas de quilla baja.

—El problema, me dijo, es que no tengo ya dinero para pagar el transporte de los alumnos, son 15, y no puedo pedirles

colaboración. Llevan la comida, tortas, pues, y refrescos, pero los alumnos de Oriente son de clases populares, más tirando a pobres”, sonrió y sus labios pintados con un bilé claro cumplieron acompañando su seguridad alegre.

Encontré una salida. Las Combis de la UACB, maltratadas cierto, pero en buen estado, en particular porque la distancia al lago no iba más allá de los 40 kilómetros ida y vuelta desde el comienzo de la autopista a Pachuca. Recogerían, ellos, las combis el viernes y las devolverían el domingo. Los vehículos tendrían gasolina.

Al final del semestre los alumnos, no ella, harían un informe sobre aves, peces, mariposas con atención particular a las especies en peligro de extinción, porque, me imaginaba que la Ciudad o más exactamente la Zona Urbana no tardaría mucho en convertir el resto del Lago en estanque de un parque de la *Urbanización Campestre Llanuras de algo*, “lejos del tumulto, cerca de la naturaleza”.

La experiencia duró mientras seguí en la Dirección de la Unidad Académica del Ciclo del Bachillerato, el Colegio en menos palabras. Luego la Junta de Gobierno me designó Director General de la institución que era lo que quedó del proyecto original, el Bachillerato del Colegio, desde entonces, diciembre de 1987, Escuela Nacional.

Leticia continuo tenazmente su trabajo para proteger de la desaparición a los ajolotes, que Julio Cortázar nunca conoció, en un criadero en el Plantel latifundista de Oriente (dime si no, 15 hectáreas). Está logrando mantener la especie, todo en un Plantel del Colegio, sin artículos en revistas de las maravillas de México. Le ha bastado con que sus alumnos aprendan y los ajolotitos crezcan, para volver a lo que queda del viejo lago de su origen.

De pronto en el Colegio alguien toma una iniciativa y algo nuevo sucede. Y la renovación va más allá del resultado, porque 20 alumnos, otros tantos cada año, aprendieron a observar, a

capturar con cuidado patos y tilapias, que por supuesto nunca maltratan. Aprenden a respetar la vida y esta crece en su interior como una alegría discreta, pero fuerte. Aunque luego estudien Leyes.



Cumplíamos ocho años del cambio de sede de Sanborns, segunda después de 12 de Perisur Wings y Sanborns, en los Bisquets de Obregón. Tanta constancia merecería una placa: “Aquí tomaron decisiones trascendentes para el CCH tal y tal...”, en bronce. No la han puesto.

El pavimento de la carretera tenía tantos desniveles y hoyos, como si los hubieran mantenido con sumo cuidado para cumplir una de las leyes sabias de que declaró hacer gala durante años la administración del Distrito Federal y luego la Gubernatura de la Ciudad de México, convertida en estado de la federación, sin ninguna mejoría de la vida de sus habitantes, a pesar de que, al decir de sus dirigentes, gozaba de una fama de gobierno avanzado, con premios al “mejor alcalde” y adelantos en igualdad de género visibles en la despenalización del aborto y en general en todo lo que significara medidas declarativas y una participación ciudadana proclamada e ignorada, de papel crepé y apariencias. Los candidatos triunfadores siguen siendo seleccionados por medio de encuestas que nunca publican sus supuestos ni el detalle de sus mecanismos. Crees o no tienes fe.

La Ciudad y sus condiciones eran uno de los temas de los lunes, pero nunca el principal. A finales de 2016, me informaron, nada premeditado ni buscado expresamente, acerca de una más de las acciones desviadas del Colegio, por lo menos en un Plan-

tel. Resultaba que hacia el 2010, quizá en la Dirección General anterior, se implantó un programa de asesorías, ya en el 15 con materiales digitalizados y apoyos personales de profesores de carrera que con ello cumplían su área complementaria. Nada nuevo, la idea tenía sus raíces en el paro federal de 99 y corría parejas con la tutoría que pronto dejó de entenderse como un instrumento para despertar actitudes de resiliencia y se llenó de los enredos de los que rebosan los manuales ordinarios de psicología del aprendizaje, inútiles para apoyar la formación de los adolescentes, pero publicaciones del personal del departamento responsable.

En todo caso, el problema no era el proyecto en sí, sino su perversión, cuya etimología evoca intensidad y quedar de cabeza, Resultaba plática de domingo que, en uno de los planteles, las autoridades, personalmente el coordinador de asesorías inducía sin pudor a los profesores a acreditar a los alumnos que “hayan mostrado voluntad de aprender y esfuerzo”. En otras palabras, en algunos fragmentos de sus Planteles, el Colegio se contentaba con deformar alumnos tezonudos y los aprobaba en cualquier materia, si habían hecho tareas o mostrado voluntad de mejorar, aunque no hubieran aprendido. Pocos asesores resistían la presión, tras cuyas miradas atisbaban los ojos del Director del Plantel y su deseo de mostrar avances en el egreso, no de bachilleres, sino de inválidos de buen comportamiento.

—Carajo, ¿pero se hace lo mismo en todos los Planteles?

—La verdad no puedo asegurarlo. En uno, por lo menos, y de manera generalizada, lo que hace suponer una orientación de la Dirección del Plantel, aunque no tengo los pelos de la burra en la mano. Pero sé con certidumbre, es otra forma de perversión que, en Talleres del Sur, y sucedía ya desde antes en Vallejo, no sé si continúa, profesores, por supuesto no todos ni los mejores que son más, profesores de Talleres venden boletos para asistir a funciones de teatro de calidad pinche, desborro

lo de “calidad”, y con eso los alumnos obtienen un 10, si van a todas las funciones, aunque no hayan entregado los trabajos.

—Luego nos quejamos de las críticas de los profesores de primer año de las carreras. Los alumnos simplemente no saben lo que se supone que les enseñamos. Además de la corrupción.

—Yo pienso que estas tranzas se dan en los cinco Planteles, con diferencias y a sabiendas de las Direcciones, tal vez no de todas, es difícil llegar a generalizaciones, si uno no está en el Plantel mismo. Lo que también es seguro es que algunos Directores han pretendido apoyar sus candidaturas a Director General en el incremento estadístico de su egreso. Eso sin duda. Creo que la corrupción comenzó hace años, pero los Directores que siguieron, no la detuvieron, ni siquiera la reconocieron como un problema trascendente: estás en la UNAM para aprender y no puedes fingir que aprendes o bien compras las calificaciones con entradas de teatro o de materiales didácticos chafas.

Es una vieja conversación, pero no la recojo como si la hubiera grabado. En realidad, los papeles de quien comienza y quien retoma, sí fueron el mío y el de Alfonso, me están saliendo así y ya. Yo tenía quien me informaba, él no. El tono es, si no mimético, sí cercano al que tuvo la conversación, varias de ellas, en 2016 y 2017. No estoy escribiendo la crónica detallada del Colegio, sino su memoria, me esfuerzo en ser veraz y lo soy. No pretendo apropiarme, en cambio, del discurso de un cronista al pie de la letra de diálogos de los que no hay testigos ni grabaciones en celular. Mucho menos el de un censor que nunca hubiera cometido ningún error y fuera perfecto. Los errores, no míos, sí forman parte de la comunidad a la que pertenezco.

Así fueron apareciendo los signos de un empobrecimiento académico del Colegio. Irrebatible la insuficiencia de quienes ocuparon la oficina del Secretario Académico, en 12 años: uno que dejó caer el Seminario Académico de los Secretarios Académicos y Docentes de los Planteles y de los Encargados de

Sección; otro que pasó medio año y no se supo qué hizo; luego, una profesora valiosa, pero de un Departamento secundario y no curricular, consciente de que debía su nombramiento a la solitaria voluntad del Director ; después una arribista recientemente llegada al Colegio, que ignoraba y despreciaba nuestro modelo educativo, pero tenía la altivez que no tienen los doctores auténticos en cualquier posgrado; un profesor de titulación curiosa, no inexistente, no, pero sí llamativa, que no introdujo ningún cambio ni siquiera insignificante, pero se apoderó, desplazando personal, de un cubículo para sus reuniones, ni tan frecuentes, y al parecer trató de decidir, explotando su puesto, si alguien merecía o no ser contratado como profesor, aunque no hubiera aprobado los exámenes. De esta lista de funcionarios sin mérito ninguno escribió, o muy pocos lo hicieron, artículos sobre el Colegio, su Modelo Educativo, la Cultura Básica; ni introdujo ideas renovadas de formación de profesores, ni revivió los cursos para nuevos profesores en pareja con profesores de más larga experiencia, que dieron resultados al inicio del siglo. Para qué seguir, si pocos se tomarán el trabajo de recordar y mucho menos de restaurar, compromiso éste que sí acepta el reto de la terca realidad y se empeña en mejorar los aprendizajes.

**H**ace poco más de cuatro años el Colegio tuvo un último sobresalto de vitalidad. No alcanzamos a terminar el Centro Digital de Documentación Académica para los 50 años de vida del Colegio en enero de 2021. Faltaron espacios, manos, equipo. Y un esfuerzo mucho más tenaz de mi parte. Yo también he dejado pasar oportunidades. Hay que agregar la pandemia del coronavirus 19 que tuvo un efecto de tierra quemada, como los bombardeos ingleses sobre las poblaciones civiles alemanas.

En 1979 Javier Palencia inventó el Centro para reunir los textos que atestiguan la trayectoria del Colegio, de sus decisiones e indecisiones académicas, de sus avances y retiradas no siempre estratégicas. Durante casi 30 años, hasta el fin de mi segundo periodo de Dirección General, el Centro existió al menos nominalmente, absorbido por el Departamento de Bibliotecas, pero era más un archivo mecánico de proyectos anuales de trabajo de los profesores. Luego desapareció en un marasmo de desidia, como una ciudad antigua y costera cuyo piso se desgasta y se va hundiendo lentamente en el océano, primero se inundan las explanadas cubiertas de lozas desde donde embarcaban los marineros y abandonaban esposas y amantes, los pisos inferiores de los palacios que rodeaban espacios denominados plazas, los patios transformados en pequeños lagos

lastimeros, luego el agua sube hasta la altura de donde cuelgan las espadas de los guerreros, corona la cabellera de las mujeres de mármol, sube con paso callado los peldaños de las escaleras, llena finalmente las estancias y los techos terminan convertidos en suaves playas invertidas de un silencio borrado de voces que ya nadie recuerda. Sobresale alguna torre semiderruida cuyo sentido los más sabios no pueden descifrar, observatorio, lugar para escribir gozosos ensayos, secretos rincones para amantes perseverantes. Fragmentación y desinterés. Nadie entre las autoridades superiores de todo el Colegio sabía dónde había ido a parar la colección de documentos que hubieran servido para reconstruir una parte de la vida del Colegio y que comenzó a reunir Andrés Calcáneo, médico y hablador, pero responsable.

Me pesaba sobre todo que Javier Palencia había donado, algunos años antes de morir, sus archivos personales de la Nueva Universidad, grupo del que formó parte y del que salieron, no necesariamente por inventiva sin precedentes, algunas de las concepciones del Colegio. Perder esa documentación era una herida irreparable, sobre todo porque el respaldo de la memoria de Javier también se había disuelto para siempre.

Cuando la Junta de Gobierno escuchó a la comunidad y retiró al Director General, que contaba con la adhesión libre de muy pocos y pagó su distancia de la comunidad y su silencio con el que encubría las palabras necesarias del Colegio, *Modelo Educativo, Cultura Básica, colegialidad, trato simple, respeto a la norma, conversación, autoridad del Director, normalidad educativa*, pagó, pues, su desidia con una derrota despiadada en la Junta de Gobierno, el nuevo Director General me llamó para organizar un conjunto ambicioso de cursos para los que le propuse trabajar como en las academias, sin recurrir a su imagen ni venerar su recuerdo. Puede añadir el concepto de reflexión educativa, que promovía un examen detallado de lo cumplido en las sesiones de aprendizaje, con sus omisiones,

improvisaciones y hallazgos, al final de cada día. Lo hicimos, pero agregué la urgencia de recuperar los documentos extraviados del Centro para construir un sitio Web, que Isabel y yo ya habíamos inventado desde 2013, [memoria.cch.unam.mx](http://memoria.cch.unam.mx), pero que ahora, para responder a sus nuevas encomiendas se acompañó con el sitio [cda.cch.unam.mx](http://cda.cch.unam.mx).

En el cincuentenario, el sitio estaba listo, pero no pudimos celebrarlo, porque rectoría había decidido, mucho antes de la auscultación para un reglamentario y posible segundo periodo, retirar sus apoyos al Director General, que lo había sido de verdad como autoridad universitaria autónoma dentro de la sombra cubierta por el rector, “Jefe Nato”, dice la legislación fundamental de la UNAM, y no un funcionario de rectoría, falso por cierto, porque al Director del Colegio es autoridad, como el rector mismo y no su simple subordinado.

No querían, según sus estrategias, dejar que el Director acrecentara los reconocimientos comunitarios, suficientemente generales en las comunidades de los Planteles. Así, las fiestas del Cincuentenario se celebraron en un tono menor, más de Secretarios de Rectoría, y no siempre el Secretario General, y los comunicados de Información fueron burocráticos y breves, aunque, si hubieran sido largos, hubieran dado lugar a un llanto más audible.

Por su parte el Director General, fue retirado del Colegio, sin opción de un segundo periodo, porque había sido nombrado Secretario Académico de la Coordinación de Humanidades, responsabilidad que también encajaba con sus intereses académicos.

Con todo a finales de 2022 y enero de 2023 terminamos la plataforma y un 85% de la documentación estaba digitalizada, ordenada y los buscadores, en especial aletheia, funcionaban. Transcribo el documento de entrega.

## **MEMORANDUM**

*De José de Jesús Bazán Levy*

*Para Director General del Colegio*

*Adjunto un disco duro con el contenido del sitio Web cda.cch.unam.mx. El sitio está en operación, pero falta un 12% de los documentos actualmente disponibles. Como el trabajo se desarrolló comenzando por la documentación más antigua, lo que falta es reciente y no habrá dificultad para completar el proyecto.*

*Enumero las grandes áreas del sitio:*

- Documentos de los orígenes del Colegio: antecedentes, fundación primeros dos años*
- Aportaciones de las Academias*
- Desarrollo institucional del Colegio, de 1983 a 1991: plazas de carrera, Consejo Técnico, acuerdos*
- Actualización del Plan y de los Programas de Estudios.*
- Revisiones de los Programas de Estudio.*
- Revistas de los Planteles y de la Dirección General.*
- Sistema de Formación de Profesores.*
- Renovación del trabajo colegiado.*
- Inserción concertada en la Nueva Red de Bachilleratos Universitarios.*
- Artículos, conferencias, ponencias, escritos.*
- Historia Fotográfica del Colegio.*

*Espero tus observaciones para terminar esta tarea que tuviste la amabilidad de confiarme y deseo que sirva para mantener vivo el orgullo de pertenecer al Colegio.*

*Dirección General, Centro de Documentación Académica*

*Área de Talleres*

*23 de enero de 2022.*



**E**n 1973 fui a Europa y mi libro de avión fue el primero que Ernesto Cardenal escribió sobre Cuba, como un neófito razonablemente ingenuo en aquellos años iniciales. Para evitar mi propia candidez de memoria, agregaré que acaso Ernesto, cuando mucho, necesitaba engañarse honradamente.

La flor de la utopía resulta efímera, de un día, como lo fueron las aspiraciones del EZLN combatiente, en su permanente e intenso deseo de liberación. Con los años, ya tantos desde los 90, hemos tenido en Nicaragua, según los reportajes de la televisión, presidentes vueltos a elegir y dispuestos a no retirarse, a costa de dos, tres algunos más, hasta varios cientos de muertos en manifestaciones de protesta pacíficas rebosantes de banderas azul y blanco. Pienso en Ortega en el 2019.

Los dos fracasos de desembarcar en el territorio de Tomás Moro en mi interior se asemejan a los fracasos de la UNAM a lo largo de mi vida en el Colegio. Uno de los peores, hasta ahora el principal, fue la Rectoría tomada en 72 por dos facinerosos, Falcón y León de la Selva, manejados, en encuentros dispersos con los emisarios de Bucareli, contra el Rector, Don Pablo González Casanova, cuyo apellido agregó, aunque en el registro lingüístico de las comunidades del Colegio hay un único Don Pablo.

Otro don Pablo, esta vez en mi idiolecto y no del Colegio, fue el Dr. Latapí, con acento, aunque sea francés, de quien pude

despedirme en un breve diálogo en Médica Sur, en la sala de espera de la Unidad de Imagen, él en una silla de ruedas. Decía que estaba bien, significaba evidentemente que hacía lo que había decidido, no fingir esperanzas con tratamientos que te destruyen antes de sanarte. Al final, a mi pregunta afectuosa “¿Y con Dios?”, me sonrió y con entusiasmo dijo simplemente “Muy bien”. Sobró cualquier prolongación del encuentro.

El Rector fue a parar a una oficina de San Ildefonso, el colonial Bachillerato cuyas instalaciones alojaron a la recién fundada Escuela Preparatoria de Gabino Barreda, positivista y todo. Los Coordinadores de Área de Naucalpan lo visitamos, digamos en junio de ese año doloroso, Nos atendió sin cita. O tal vez Renero lo había puesto sobre aviso. Nos recibió de inmediato.

Don Pablo había creado el Colegio. Lo menos que podía hacer su Bachillerato, su proyecto ambicioso de renovar la Universidad dentro de su propio marco institucional, era ponernos de su lado y ofrecerle todo lo que tuviéramos a nuestro alcance para recuperar Rectoría. No pensábamos en una retoma de la Torre, aunque acaso nuestras expresiones, las mías algo más, puedo figurarme, tenían elementos de guerra y asalto. Hablamos también de organizar una manifestación, la primera que hubiera iniciado en nuestro Bachillerato reciente y el primer Bachillerato que se atrevía a convocar a toda la Universidad.

Don Pablo sonrió amablemente, atisbé un rastro de ternura ligeramente burlona, seguramente nos veía de la edad de sus hijos, ¿los mayores, los últimos?, y no explicó por qué no tocaba; en su secreto interior debe haber empleado “inconveniente”, “contraproducente”. Da igual: no tocaba.

Hoy imagino que por su memoria pasaban imágenes de los Directores de Economía, no de Ciencias ni de Filosofía, pero también de Trabajo Social y de una parte de los profesores de Ciencias y de Derecho, que, especialistas de universidad (la minúscula reproduce gráficamente el tamaño de su visión de

la UNAM) hubieran tildado, a gritos y razonamientos, nuestras propuestas de torpes y desplazadas. No aceptó. Algo se volvió amargo en mi boca y agrio o sus afines en las de los cinco que lo visitábamos. Nos alineamos. ¿Cómo puedes hacer que Juárez en su presidencia ambulante abandone su carretela y se detenga en Colima más de media hora bajo el zalatón a orillas del poblado y camino del mar para salvarse en barco? Don Pablo vivía en las carretelas fuera de su sede de gobierno. Pero no estaba preparado, o no reconocía su propia manera de reaccionar ante nuestras propuestas nacidas de asambleas y proclives a emprender acciones físicas, sin medir riesgos ni oportunidades en un código que no era el acostumbrado en la UNAM. Y hubiera ido inútil, porque a la Universidad, tantas veces, la deciden desde fuera, muchos han intentado interminablemente violentar su autonomía. Naucalpan no logró ser la guerrilla de don Pablo. Causas perdidas, al borde de la destrucción, amenazadas.

Pero ahora no estoy en San Ildefonso, Rectoría transitoria a la vez tradicional, en la mayor riqueza del término, y frágil, 1972. Más bien me siento en una silla de rattán con un cojín, en un privado que nunca hubo en otras horas. Más grande que nuestro cubículo, 6.5 metros cuadrados, pero es solo el privado, rodeado de cristales biselados, el despacho de la Directora General. Otro escritorio, ya no del que se desinteresó Radio UNAM, cuando amueblaron sus instalaciones de Adolfo Prieto, y desde donde Fernando hablaba en voz baja a todo el Colegio, que lo escuchaba. Y a mí, tantas veces.

Ni se alzaban antes las paredes de cristal, que dan al mismo tiempo luz y cumplimiento apenas simbólico a la Ley de Transparencia, aunque las conversaciones no se filtran y en la mesa de reuniones, esa sí la misma, pueden seguir hablando mal de la propia Dirección General, sin otro problema que mantener el supuesto de la honestidad de los interlocutores sucesivos y hacerlo en voz baja.

Tampoco queda nada de la puerta de madera doble, acalladora de todo vaivén de sonidos que aseguraba la transmisión sin ruido de las entrevistas y de la voz de los locutores hace más de 60 años. Un solo y largo espacio.

Pero hoy sigo en la Dirección General y su titular y no estamos ni en 65 ni en 1974, a las 18 horas, ni queda nada del escritorio de Radio UNAM de los 60, desde cuyo puente de mando Fernando, me repito, dirigía el Colegio todavía desarbolado y ansioso de certidumbres que sus adversarios le negaban, ni tampoco estamos hablando de destituciones de directores provisionales, ni de por qué un general no puede perder la batalla, porque es responsable de sus soldados, sino en 2014 y recibo la explicación de por qué el Consejo Técnico del Colegio había sido solicitado por el Rector para anular la convocatoria a un foro comunitario sobre los retoques del Plan de Estudios y olvidarse de convocar a otro durante todo el resto del año. Confirmé que habíamos perdido ya las ventajas de ser Escuela Nacional y tener un Director designado por la Junta de Gobierno, autoridad Universitaria, autónomo, salvo el papel responsable del Rector.

Una vez más, ahora en 2025, para situarme en el único año real, la UNAM, por la obcecación del rector que quiere deshacerse del Colegio como de unos jeans ahora sí destrozados, amenazado y a merced de grupos incrustados desde años en alguna forma de poder, adictos a manuales de izquierda de precio de venta rebajado, en realidad grupos de choque de cualquier denominación priista, petista o anónimos, que no han ocultado su desprecio por la UNAM, como si ellos tuvieran posgrados de Harvard o, ya de pérdida, de la Universidad de Oklahoma. Porque del gobierno no es prudente esperar nada. Estamos a la cola de sus preocupaciones, si a tanto llega su interés por la educación superior. Y por la innovación apoyada en la ciencia, nada.

No habrá pues, vuelvo al 14, Plan de Estudios de nuevo Actualizado ni iremos más a fondo en el aprendizaje del Inglés

o del Francés, y yo propongo cerrar radicalmente las consultas sobre la revisión del plan de estudios, pero terminar la actualización de los programas.

Efectivamente, vi en la televisión, primera vez en el Guinness, una silla arrojada contra vidrios de la pared exterior que da al prado que separa a la Dirección del edificio de los Consejos Académicos. Trizas. Encapuchados, funcionarios dando desventajosamente la cara, y otros que la perdían de palidez, naufragando en el caos donde no sirven las palabras, pero tampoco puedes ni golpear ni insultar, porque eres profesor y no puedes desdeñarte de tu deber de educar en la no violencia y el respeto a los demás. Incluso si no haces nada ten por seguro que terminarás respondiendo a requerimientos de la Comisión de Derechos Humanos del Distrito Federal, que te envía a su Visitadora 3 ó 7 u 8, la verdad es que no quiero señalar a ninguno, porque diste un manotazo al aire para mandar a... a quienes te apedreaban con botellas de agua de reúso.

Justamente, un metro más allá de donde discuto ahora, estuve sentado hablando con el Coordinador en 74 sobre la destitución del Encargado de la Dirección del Plantel Oriente, acto que yo, Secretario Académico de Naucalpan, juzgaba autoritaria y abusiva, sobre todo por la acusación de manejos indebidos de la autoridad y, también públicamente, de recursos. Pero no repetiré este fragmento de la memoria, basta una vez. Reitero únicamente que comprendí el deber ineludible de atreverse a golpear, cuando fuera justo. Un director debe defender a sus profesores y a sus alumnos.

**A**lfonso y yo estábamos dando un curso para Directores de Plantel de los Bachilleratos Universitarios que se habían entusiasmado con la Reforma Integral de la Educación Media Superior, por ambicioso nombre, nada despreciable; un curso, pues, en un hotel para viajes de negocios, al lado de Plaza Universidad.

Habíamos planeado las actividades para ANUIES, con un equipo de las Universidades de Sinaloa, de Yucatán y de Guadalajara. Logramos eliminar la idea de que dirigir un bachillerato demanda sobre todo recetas de liderazgo, tomadas de manuales de buen vivir de venta en la sección de consejos americanos de Sanborns. O poco más. Finalmente aceptaron que un director no se concibe sobre la comunidad, sino en medio de ella, desde donde la irradiación de ideas y retos puede transmitirse con mucha mayor probabilidad de contagio. En las condiciones contemporáneas, ni el Director ni los profesores habían enseñado materias organizadas por competencias, de modo que tenían que inventar, en un intercambio horizontal, la manera de hacerlo. Les regalamos una buena cantidad de CCH sin marca ni certificado de origen. Se sobrentiende que el aspirante a dirigir tiene que estar convencido de una comprensión articulada del proyecto y de entusiasmo por traducirlo en horas de aprendizajes.

El curso iba bien, y el desayuno era agradable, aunque convencionalmente americano. Pero ya debería haber llegado a la

llamada telefónica, en vez de detallar lo que transcurría en el curso. Era Mario Carrillo, Secretario de Educación de la Ciudad, con la esperanza de hacer disminuir la deserción. Quería hablar conmigo, de golpe, para proponerme la Dirección del IEMS, el Instituto de Educación Media Superior del Gobierno del Distrito Federal.

Yo conocía el Instituto desde antes de que existiera, porque Manuel Pérez Rocha me lo describió con el entusiasmo que pone en sus proyectos educativos, en uno de los últimos desayunos antes acostumbrados en Sanborns de San Jerónimo. Manuel lo inventó, adoptó un Bachillerato llanero que padres de familia de Iztapalapa habían echado a andar y mantenido en un edificio que fue cárcel, donde estuvo presa La Tita después de 68, les ofreció reconocer los estudios, López Obrador nombró Directora a Lupita Lucio, y comenzó su camino institucional el primer Plantel del IEMS.

Manuel vivía en los alrededores de Cuauhtémoc Cárdenas esperando su nombramiento de Secretario de Educación, el primero, nunca había habido, ni hubo esa vez. Mientras aguardaba, echó a andar el IEMS, con el apoyo de AMLO, ya sucesor de Cárdenas, que a mi entender es lo mejor que hizo en su gobierno, aunque el gran público no lo celebró o ni se dio cuenta. Raquel Sosa y Lupita se encargaron de supervisar la construcción de 15 planteles, comenzando a diario a las 6 de la mañana hasta la oscuridad que no dejaba distinguir entre las paredes y la noche. López Obrador anuló la construcción de un mercado y decidió que en su lugar se construiría uno de los Planteles a la de ya, con susto de Guadalupe que no veía de dónde iban a salir los profesores. Quince zonas de bajos recursos de la Ciudad tuvieron sus Bachilleratos de cercanías y de calidad.

Pero, ahora en el nuevo curso para Directores, yo tenía un par de años colaborando en echar a andar el Bachillerato a Distancia de la UNAM, junto a las que intentaban hacerlo, primero en la

Coordinación del Consejo Académico del Bachillerato, luego a la sombra, y cierto, nos oscurecía, de la CUAED, responsable de la enseñanza a distancia de la UNAM. No me atraía trabajar para un gobierno y sus burocracias. Sin embargo, todavía Director General, el CCH se había hecho cargo de los cursos introductorios al modelo educativo del IEMS, a no mucha distancia del Modelo del Colegio, aunque con rasgos que lograban condiciones contractuales de las que nunca disfrutamos nosotros, y se concentraban académicamente en lo esencial de la cultura básica: todos los profesores eran de carrera, 15 horas de docencia en grupos reducidos, 15 de tutoría y asesoría, 10 de investigación. Era un CCH radical, aunque a Manuel no le simpatizó, acaso fue un malentendido, oírme adosar el adjetivo a su Instituto. Tres generaciones de nuevos profesores pasaron por los salones del Sur en vacaciones.

López Obrador creó 15 Planteles, y acertadamente levantó los Planteles en regiones del Distrito marginadas, donde nunca había, ni de lejos, un Bachillerato. La idea era que los alumnos llegaran a pie a sus escuelas, lo que permitía el acceso a capas de la población antes privada de este servicio y un ahorro en transporte, valioso para los presupuestos de las familias.

Pero un mes antes del curso que dábamos Alfonso y yo en el Radisson Express al lado de Plaza Universidad, con noche local en cuarto de ejecutivo junior en viaje de negocios rápido para no perder tiempo, resultaba que el IEMS tenía atragantado un problema escandaloso en los periódicos, no creo que haya llegado a la tele, porque de un día para otro resultó que el Director no tenía título y sí tres años de ocupar el cargo. Dos o tres periódicos se apoderaron del tema y atacaron. El Director alegó que los papeles se habían perdido en uno de los alborotos de algún instituto de estudios superiores donde había cursado la licenciatura. Había dejado un hueco que incluía pérdida de seriedad en su designación, porque uno supone que para desig-



narte verifican información acerca de tu curriculum, también en las escuelas del Gobierno y no sólo en la UNAM. Pero así fue, se trataba de la Ciudad o de sus políticos.

Pero estaba narrando la llamada telefónica de Mario Carrillo a un hotel al lado de Plaza Universidad, olvido siempre el nombre del Radisson, una mañana de septiembre de 2009 y no las desventuras de un profesor de secundaria de Tláhuac, cercano al Jefe de Gobierno por alguna aventura accidentada de intento de linchamiento de policías federales, de la que resultaron aliados. Quedé con Mario de desayunar al día siguiente, frente a Minería, la Antigua Escuela de Ingeniería. La conversación tuvo un prólogo de acercamiento, acabas sabiéndote los rituales a fuerza de asistir a sus ensayos. Mario es de Colima y conoce a lo que queda allá de mi familia. Punto a su favor. Además, fue compañero de La Nena, mi prima, en Bachillerato. Otro hilo de simpatía. Luego me propuso el nombramiento de Director. No se habló ni de salario ni de la duración del nombramiento, porque podía tratarse, me imaginé, de una especie de suplencia para cubrir un tránsito incómodo y un doctor de la UNAM volvería a redorar los blasones del IEMS, maltratados, convenimos, sin usar el galicismo. Contrapropuse otra candidatura, real, eficaz, Alfonso López Tapia. No acepté, pedí un día para reflexionar, pero le di el teléfono de Alfonso y le anuncié a éste la llamada.

Pero me di cuenta de que Mario ocupaba dos puestos diferentes e importantes en el Gobierno de la Ciudad y se me ocurrió que mi objeción de no separarme del programa de formación de profesores, el Centro de Investigación y Renovación Docente, CIRED por si las dudas, que había comenzado en el breve periodo de Axel Didriksson como Secretario de Educación del D.F, mi reserva, repito, podía resolverse, si me dejaban continuar el programa para evitar su clausura.

Alfonso se negó a aspirar a la Dirección del IEMS, porque sus negocios de la industria del tabique ocupaban una parte

importante de su tiempo, no le interesaba. Pero al Rector sí, me hizo saber que la propuesta había salido de su oficina. Le habían pedido un candidato.

—No sé por qué me pides un Director —le dijo a Mario—, ustedes lo tienen en la Secretaría de Educación, trabajando desde hace un año en un proyecto de Axel. Invítenlo. No tienen que buscar más, ha sido Director del CCH. Se adaptará fácilmente. La UNAM siempre apoyará los proyectos educativos del Gobierno del D.F.

Acepté al día siguiente, si me dejaban continuar el proyecto del Plan de Formación de Profesores, aunque, al renunciar Axel unos meses después, quedaba sin definirse no el estado jurídico de los recursos, pero sí su entrega. La nueva Secretaría terminó por invertirlos en un seminario multitudinario de varias decenas de jóvenes participantes contratados, encabezado por un académico caribeño de valía que hacía evidente la multiculturalidad. Pero uno no está donde se toman las decisiones. Ya no hubo CIRED. Lástima.

Trato de armar mis recuerdos del Colegio y no de contar los tres años de nuestros trabajos de Dirección en el IEMS. Si me recibieron con recelo, pronto habíamos alcanzado posibilidades de comunicación y alguna apertura a mis intentos de dar al IEMS un carácter universitario: planes de trabajo anuales, revisión colegiada, informes anuales, evaluaciones a cargo de comisiones. Todo terminó por cumplirse, pero los profesores se negaban a evaluar a sus compañeros, a pesar de que mi propuesta de entrada los incluía y dejaba la evaluación totalmente en sus manos por medio de comisiones dictaminadoras. Argumentaban, curiosamente, que no les correspondía evaluar a sus compañeros, era una responsabilidad de las autoridades, no de los sindicalizados. Desconocían el carácter de comunidad del IEMS, puesto que colocaban a las autoridades en el lado de la patronal y a los profesores en el de la mano de obra. A falta de

participantes y de interés, la tarea quedó a cargo de la Dirección de Innovación, que podía solicitar el apoyo de profesores, lo que podía tener consecuencias menos ventajosas. Pero informes y proyectos hubo, aunque no tiempo de madurar el sistema.

Inventamos también el Día del IEMS al que acudían los padres de familia, para conocer los trabajos de los Planteles. Intenté poner algún orden, un cortafuegos, para evitar que las licitaciones terminaran en manos de empresas familiares fantasma, otras cuyo domicilio social quedaba al lado del Viaducto Tlalpan en el camellón de alguna de los ejes que lo atraviesan por debajo, seguramente en alguna de las desdichadas casas de materiales de desecho que se habían acomodado en espacios públicos obviamente irregulares, pero forzados por la imaginación infeliz de la pobreza, o sencilla y cómodamente en un prado.

Fundamos otros dos Planteles, Iztapalapa 3 debajo de un enorme puente de la línea 12 del Metro, y se inició la construcción de un tercero que ocupaba por las tardes un colegio de Hermanos Maristas, comprometidos con la población del último cerro de Iztapalapa, antes de mirar desde sus cumbres el mundo ancho y ajeno que queda al otro lado. Pero, al pasar al segundo año de los nuevos Planteles, la Secretaría de Finanzas no nos entregó el presupuesto, ni siquiera lo había previsto, pero nosotros sí y desde antes de enero, para contratar los profesores que ahora atenderían el segundo año del Plan de Estudios en los nuevos Planteles. La Dirección lo había presupuestado, se apoyaba en la presencia del Jefe de Gobierno en la inauguración de los Planteles recientes, en sus promesas ante los padres y muchas madres de familia y votantes en las elecciones. Los oficios de la Dirección nunca tuvieron respuesta de ninguna instancia de Gobierno.

Finalmente, llegado el inicio de los cursos, convocamos aspirantes que cumplieran los requisitos académicos, los invitamos a tomar grupos sin contrato y les aclaramos que por de pronto

no teníamos dinero, de modo que no podríamos pagarles, que estábamos haciendo todo lo posible, pero la respuesta al final de las próximas quincenas sería siempre: no tenemos cómo pagarles. Nunca nos llegó el sueldo de los nuevos profesores. Y ellos no se alzaron en armas.

Al final del año civil, juntamos los residuos de todas las partidas, y por supuesto cometiendo un acto de mala administración formal, pagar salarios con dinero destinado a renovar las llantas de los tres vehículos que nunca usé, pero haciéndonos cargo del buen nombre del Gobierno y de los derechos adquiridos por alumnos atendidos y profesores en ejercicio real, pagamos el semestre entero. Creí proteger la palabra del Jefe de Gobierno.

La primera vez no pasó nada. Terminaba la segunda imprudencia un año después, en 2012, cuando el nuevo Gobierno de la Ciudad me pidió la renuncia, que presenté de inmediato, pero no por mi repetida y descarada contratación sin contrato ni fondos, pero que aseguraba la educación a la que nos habíamos comprometido, al recibir legalmente a los nuevos alumnos de los nuevos Planteles, sino porque los amigos de los nuevos gobernantes eran otros y a mí ni me conocían.

Los tres años en el IEMS aumentaron nuestra conciencia de los valores del Colegio y de las ventajas de ser universitario, nada nuevo tras más de 40 años de CCH, pero la protección que adoptaba la UNAM sobre sus Bachilleratos era invaluable, por lo menos nunca tenías que andar mendigando el pago de los profesores indispensables ni recurrías a pagarles en vez de dar una capa de impermeabilizante a algunos salones humedecidos, ni te incomodaba dejar que el Gobierno se ocupara de pagar el servicio de vigilancia policial de los Planteles, lo que no podía dejar de hacer.

Durante los tres años supimos poco del Colegio y lo cano-nizamos en una Plaza de San Pedro de Roma de nuestro interior, sin milagros ni pruebas, sin nostalgia, al parecer por un

conocimiento fundado de su funcionamiento que suponíamos real, pero había dejado de serlo en gran medida. De modo que al volver e ir descubriendo que críticas que hicimos al IEMS, las merecía también el Colegio y que habíamos entrado a una zona de penumbra directiva y de desagradable silencio de las comunidades de los Planteles, nos sorprendimos con desdicha, pero comprendimos con rapidez que así era el Colegio del segundo decenio del siglo. Había comenzado, y se acentuaba, una enfermiza decadencia de muchos de los valores establecidos antes, ahora perdidos y ni siquiera claramente recordados.

Y así el rector actual calculó que una institución tan abandonada por sus ocupantes no resistiría una guerra relámpago que comenzó en primavera con su malhadado anteproyecto y se consumará en octubre de este año infeliz de 2025.

## TERCERA PARTE

*El camino que sube y el camino que baja  
es uno y el mismo.*

I. p. 89. Fr. 60.

T. S. Eliot, **Cuatro cuartetos**



**H**e estado traduciendo la memoria del Colegio, con las mejores palabras a mi alcance que manotean para describir su trayectoria, a sabiendas de que nunca agotaré su inmensidad educativa. No se trata solo de números, sino de acciones, fracasos de los que algunos nunca nos hemos sentido humillados, pero si advertidos de eliminar errores y traiciones, para no permitirse repetirlos ni admitir de nuevo una ingenuidad engañosa.

Con todo, junto a la lista de pérdidas, hay también multitudes de alumnos que han podido terminar el ciclo de Bachillerato y luego el de Licenciatura en las carreras ordinarias y, entre los mejores, en las de mayor exigencia académica

Sin embargo, la perspectiva de la separación del Colegio se va difundiendo como la noche se echa encima de mi casa desde el Pico del Águila, al principio lentamente, conquistando el interior de los pinos infinitos, encinos y liquidámbares; luego, de un difuso color violeta, o un naranja pálido, derriba todos los árboles, las casas de más allá de mis bardas, aunque las pintadas de blanco intentan servir de lunas terrestres y la noche termina por acomodarse incontenible sobre el cielo nublado.

No conocen el Colegio, únicamente han admitido la doxa de la parte injusta de la Universidad: “son revoltosos, los profesores no enseñan, sólo mandan a sus alumnos a la Biblioteca, tienen



un plan de estudios de cultura mínima (nunca dicen la verdad, “cultura básica”), los alumnos fuman marihuana”. La lista puede alargarse, pero no incluye datos duros ni, mucho menos, historias y condiciones empobrecidas de vida ni porcentajes. Que “alumnos del Colegio” toman la estación Tacuba del Metro, puede ser cierto, pero la pregunta que sigue debe decir “¿Cuántos alumnos, de los 13 mil de Naucalpan, de los 60 mil del Colegio?” Cien alumnos en una estación son muchos, pero en el Plantel Naucalpan, suponiendo que no se haya tratado de porros patrocinados por la delegación local de cualquier partido que los encuadra y los excita con droga, (¿Y si son alumnos del Colegio de Bachilleres de las cercanías?), en el Plantel hay otros 12900 estudiantes que no tomaron la estación del Metro ni cerraron ninguna avenida. En toda la historia del Colegio prensa y rumores han repetido “los alumnos del Colegio”. Pero únicamente cuando se trataba de alborotos e incomodidades. ¿Por qué no han dicho durante 50 años que los únicos, acaso hasta ahora, que leían a Homero o a Tirso de Molina, a Dostoievski y a Camus, a Huxley y a García Márquez o a Juan Villoro, para salirme de las grandes avenidas largamente transitadas, los únicos eran alumnos del Colegio?

La novedad última es que se trata de una operación deliberada de desprestigio efectivamente orquestada, que culpa a los alumnos, sin datos dignos de atención y sin tomar en cuenta las inmensas mayorías inocentes, puro folletín y guerra de desinformación, tan generalizada, aunque hay excepciones como *Excelsior* o *Milenio*, y repetitiva, la desinformación, que los profesores del Colegio han comenzado desde la primera semana del año escolar, 2025-1, a preguntarse y a discutir quién la origina y la sostiene. Pero, sobre todo, para qué. El propósito de echarnos es claro, porque viene a añadirse a los murmullos que en los años recientes han pronosticado la “separación del Colegio”, tras cuya ausencia de persona gramatical, se esconde la voluntad de un sujeto, exista o no, o al menos no la excluye.

Sin embargo, hay otra enfermedad, la peor de todas, que ataca al Colegio desde su comunidad, precisamente el silencio y la dispersión del profesorado. Durante 10 años el trabajo colegiado ha sido omitido, perseguido incluso, porque algunos Directores imaginaron que el Colegio resultaba más manejable, o menos temible, pero temer coincidir cara a cara con la institución que diriges, pone en entredicho tu capacidad de cumplir tus compromisos de dirección, e intentar abolir el trabajo colegiado o controlarlo centralmente, nunca fue admitido por la comunidad como legítimo. La peor pesadilla para aquellos funcionarios fue que los profesores se reunieran, y sobre todo que discutieran más allá de la organización de los extraordinarios y se les ocurriera criticar las disfunciones de Direcciones que mantenían su Plantel en estado de basurero o dejaban vagar por los andadores a los alumnos drogados, mucho más al anochecer, sin ton ni son, ni siquiera divertidos.

Así, viejos grupos de trabajo que cumplieron sus compromisos todos los años y apoyaron una incorporación comprometida de los nuevos profesores, desaparecieron en los Planteles, y persistieron apenas los girones de palabras pronunciadas por los profesores muertos sonando levemente entre dos edificios o en el almacén mediano entre dos laboratorios, o una silueta consumida se disolvía en los atardeceres velozmente desapareciendo en una esquina del Laboratorio de Cómputo, esfumándose entre los eucaliptos o en el vacío de árboles, que solo llena el silencio.

Sin vida colegiada, la docencia pierde puntos de inmediato en la bolsa de valores de los aprendizajes y quiebra. Los consejeros, que representan a los profesores, nunca los toman en cuenta, porque no hay reuniones a las que todos asistan, se enteren y sobre todo opinen. Los consejeros de todo tipo, por consiguiente, deciden en solitario siguiendo la bajada trazada por las autoridades centrales o, cuando mucho, por la Junta de Directores, aunque incluso en un espacio vital tan reducido,

menos de 10 asistentes, muchas veces tampoco se discute ni los acuerdos tomados van más allá de respuestas formalistas e intrascendentes, que nadie sabe con certeza si se cumplen o no y en qué medida. A las foráneas de hace algunos años no asistían ya ni los Directores de los Planteles, sino lo que la voz del pueblo denomina “el equipo del Director General”. Y con razón, se trataba de proclamar, sin posibilidad de objeciones, que la reelección estaba asegurada y sería un triunfo de “los nuevos” sobre “los viejos”.

No veo cómo enfrentaremos la amenaza contra el Colegio, diseminado en ideas y propósitos, sin mandos respetados y creíbles, no digo simpáticos, adorno sin consecuencias, pero sí claros, cercanos en esperanzas y orientaciones precisas, porque vamos a América y no a las Indias Orientales, esto por lo menos deberíamos saberlo todos. El Colegio es un proyecto y también desde hace años un Modelo Educativo que el rector y sus aliados tratan de convertir en cenizas poniéndolo en una situación desventajosa ajena a la Universidad.

Por eso me apresuro a seguir escribiendo, intentando descubrir en el tejido denso de la memoria del Colegio, más allá de mis meros recuerdos personales, cómo vencimos muchas veces y mantuvimos el proyecto en una vigencia inapelable. Trato de rescatar de la memoria cómo le hicimos, no para repetir, sino para inventar de nuevo el Colegio.

Pero no puedo cerrar los ojos y dejar de palpar la realidad del peligro.

—S í, llamó al Doctor hace una semana y estuvieron hablando. No mucho, 20 minutos. El Doctor salió tranquilo y se despidió amablemente, como siempre. Tengo la impresión de que ya lo estaba esperando. Cuando hay un cambio de gobierno, es normal que haya movimientos en todos los niveles, y más, como en el caso del Doctor, si alguien ni siquiera milita en el PRD, no digamos que tiene amistad con el Jefe de Gobierno o algún Secretario o estuvo en la campaña para las elecciones. La verdad es que el Doctor vino a sacar de la barranca al IEMS, después de un director que no pudo probar que tenía un título universitario. Eso sí, el Jefe de Gobierno le debía favores, si no me equivoco, de aquel lío cuando, en Tláhuac, no recuerdo bien, por poco linchan a dos agentes judiciales. ¿O los mataron a golpes? Hace años...”

—Gracias, Ale, yo trabajé varios años con el Doctor, cuando se hizo cargo de la Dirección de la UACB, bueno, el Bachillerato del CCH. Fui su secretaria de la tarde, después de haber salido de Bancomer, ¿te acuerdas? La verdad es que lo siento por el IEMS, pero así manejan las cosas los políticos profesionales, la mayor parte hacen política de compadrazgo. Este caso es un ejemplo más, primero chillotean y se dan prisa en esquivar los tiros, porque la prensa les da duro, luego ni las gracias...”

—Serrano me dijo que el Doctor ni resistió ni pidió favores, ni siquiera una prórroga. Tampoco tiene gran chiste, porque

es un profesor de carrera en la UNAM y vuelve a su plaza de inmediato. Lo que sí me extraña, o a la mejor es la costumbre del nuevo Jefe de Gobierno, ni siquiera respondieron de recibido a la renuncia que el Doctor mandó el mismo día de la entrevista. No debe haberle gustado, porque los universitarios son formales y él vino y dejó al Instituto en marcha, ordenado y sin ningún abuso financiero. Ni siquiera usaba el coche oficial, ni se atenía al chofer, tenía su coche y usó la gasolina que pagaba con su dinero. Sin duda, se distinguió de los funcionarios que llegan a ver cómo ganan más y colocan a sus parientes y amistades. O simulan compañías para ganar las licitaciones. Ya sabes de quién hablo. Creo que lo hizo por orgullo, que se viera que los universitarios son otra cosa”.

—De todos modos, el Jefe de Gobierno debió responder a la renuncia y agradecer los servicios. El IEMS mejoró y se calmó, a pesar de los alborotos del Sindicato de Profesores. Pero no, nada, ni media palabra. El Doctor podía haber dicho que no se iba, mientras no le respondieran, pero había pactado con Serrano el 31 de enero y fue su último día, dejó los informes y toda la papelería de fin de nombramiento en orden. Ni una queja de los auditores.

Lo comentaron mis secretarias. A decir verdad, me pareció una patanería no responder a mi doble carta de renuncia al Jefe de Gobierno, desde luego, la primera que entregué en la oficina de Serrano, y una segunda enviada al Jefe de Gobierno a través de la Secretaria de Educación, Mara, quien tuvo la amabilidad de pedírmela, porque, por un lado, no la habían tomado en cuenta y, por otro, quería estar segura de que llegaría a su destino. Pero el Jefe de Gobierno no consideró importante responder. De todos modos, se imaginó, si es que llegó a enterarse, que de todos modos yo dejaría la oficina, aunque por esas fechas un funcionario de una delegación se atrincheró en su despacho y se negó a salir, aunque lo habían destituido. O le habían sugerido

que renunciara con buena voluntad y la promesa de algún reacomodo en sabe qué sector de Higiene y Seguridad de Alimentos del giro de mercados de la Ciudad. O en transportes. Los funcionarios suelen ser multifacéticos y transitorios y la ciudad un mar alborotado que busca desesperadamente un equilibrio que nunca ha existido. Para colmo, el resistente al parecer terminó precisamente en el IEMS, después de mi salida.

Volvimos al Colegio el 1 de febrero de 2013. A las 9 de la mañana estábamos ya esperando en la Dirección General para ponernos a las órdenes y que nos señalaran tareas o responsabilidades. No teníamos peticiones ni exigencias. Nosotros éramos Isabel Díaz del Castillo, Secretaria de Innovación en mi equipo del IEMS, y yo.

A las 10:30 llegó la Directora y nos recibió un cuarto de hora después, tras su puesta al día a cargo de su secretaria, diminuta y amable, recién ascendida a algún nivel de Técnico Académico.

Fue una entrevista breve y directa, como si las palabras salieran caras, pero amable, nos asignaron, a Isabel y a mí, a los dos, 6.5 metros cuadrados de cubículo, dos escritorios, uno ligeramente mayor que el otro, con sus respectivas PC, pero sin impresora. Mi PC era por lo menos de 2012, con un ejemplar anterior a la penúltima carrera tecnológica para disminuir los volúmenes de los procesadores. Compré una impresora en Office Depot, al lado de la gasolinera de CU, papel, un repuesto de tinta y folders de colores, para darnos el lujo de usarlos sin ningún sistema. Nada que los rojos para los conflictos, los azules para los documentos académicos, los amarillos para... Se fueron acomodando solos.

Al día siguiente ya teníamos una cafetera y café no excepcional, aceptable y sin aspiraciones. A los pocos días un reconocimiento de las cercanías nos llevó al Starbucks de lo que fue El Relox, y nos hicimos amigos de los muchachos que trabajaban ahí, César, Samuel...

—Hola, José. ¿Lo mismo? Un frapuccino espresso grande, con leche deslactosada, un espresso doble... ¿Algo más?

—No, no, sin leche, y menos esa crema americana impuesta al café italiano...

Todos los días, a eso de las 11.

No teníamos adscripción a ninguna Secretaría, éramos refugiados de una guerra que nunca fue nuestra y que ni siquiera hubo, pero ningún funcionario del Colegio se ocupó nunca de decirnos qué esperaban de nosotros o qué podría llegar algún día a ser útil, si lo grábamos hacerlo aceptablemente.

Esta larga construcción gramatical se traduce sencillamente en “no los necesitamos” y durante seis años así fue. Para ser exactos, peores los segundos cuatro que los primeros. Tampoco es que el Colegio rebosara de funcionarios creativos, llenos de iniciativas florecientes y vetas de metales preciosos. No. La medianía rescataba apenas a unos pocos de la insuficiencia predominante.

Pero nosotros fuimos más radicales: nunca existimos. Había una comida de fin de año, no había invitación que nos llegara. Decían encargarnos de proponer mejorar el mecanismo de selección de aspirantes a profesor y nunca hubo la primera reunión. Había que revisar los nuevos programas y, a pesar de sugerencias de la Secretaría General, no convocaban a mi compañera de cubículo, sino recurrían a oficiales administrativos. Envié dos veces propuestas de un sistema de formación de profesores, en vez de los *programas de cursos interanuales*, y nunca hubo respuesta ni siquiera para decir simplemente, “Nos llegó su papel, por ahora lo pensaremos sin fecha de compromiso”, sobre todo al menos una cortesía descalza hubiera aconsejado introducir “lo leí”. Trataba de distribuir un cartel conmemorativo de los 45 años del Colegio y una orden descendía de las alturas (nunca supe cuántos metros medía la montaña, aunque el arranque de la prohibición partió de la alarma del Secretario Ejecutivo del

Director General) para que “no ayuden al Doctor a distribuir sus carteles”. Los distribuí yo personalmente y sin sentirme menos, y los compañeros supieron que yo los había hecho, lo que no formaba parte de los objetivos de la operación, pero la mejoraba enormemente y me acercaba a viejos colegas que me recibieron siempre con amistad y alegría. Le di uno al Director General en su cara y no dijo nada. Corrijo: “Gracias, José”. Y dos a Miguel, Secretario General, uno para Sandino, su hijo, egresado del Colegio y amigo de mis hijos.

Así, el Colegio no fue siempre una batalla en que las armas, propias y aliadas, resplandecían y el enemigo retrocedía paso a paso hasta llegar a la orilla del precipicio en cuyo fondo se encrespaban las olas. Largos días en que uno se pregunta si no vale la pena mejor jubilarse y aprender a tejer sillas de mimbre o jardinería francesa. Pero el Colegio no podía quedar en manos de nadie, es decir, de funcionarios que, como nosotros para ellos, tampoco existían para la comunidad.

Largos días, largos años, pero no los sentí sin esperanza ni nos pasábamos un mes relamiéndonos las heridas. Aprendimos, tras muchos años de batallas difíciles pero ganadas, a no combatir, porque no había enemigos declarados, sino una pura ausencia. Mientras, el Colegio se iba descoyuntando, perdiendo un hueso de su esqueleto hoy, dos vértebras mañana, algunos millares de neuronas el primer mes del año. Y esto hay que contarlo, sin entrar en detalles, porque ¿para qué sirve proclamar que, según los altos funcionarios del Colegio, no existes? Quiero dejar la huella de la memoria del Colegio y no los rastros borrosos de una porción marginal de mi vida que la autoridad decretó inexistente. He puesto el acento en la aventura del Colegio y en sus arremetidas contra lo que impedía el avance de su proyecto, pero no quiero que alguien imagine que escribo no unas memorias, sino un poema épico en prosa de éxitos innumerables. Todo ha costado. No todo ha sido siempre posible. Y que en



esos años la ciudad se fuera derrumbando, no significa que estoy diciendo cuán certeramente convoqué a sus plazas a unos ciudadanos convencidos y denodados, para trazar un plan de batalla certero. Si mucho malfunciona, seguramente dejamos restos de raíces de malas hierbas.

Me ha tocado pagar también a mí.

La vuelta del IEMS al Colegio fue claramente destructiva. Las dos Direcciones Generales trataron, una de acotarme, le resultaba temible, la otra de anularme, es decir, de privarme de cualquier posibilidad reconocida de actuar en el Colegio. El CCH ha sido durante toda mi vida, terreno favorable de mi creatividad, sobre todo en momentos de desdicha universitaria, como el paro de 99 que atravesé como un periodo de invención, desafío recogido y sostenido, de aventura e invención. El Colegio ganó y mantuvo su identidad de rebeldía y acción propia, más que la UNAM en su conjunto. Y nosotros, y yo, con él.

Pero la dos Direcciones Generales, sin ninguna incitación de mi parte, alimentaron la sospecha e intentaron deliberadamente encerrarme, separarme. Es el ostracismo. Por eso, de pronto estallo. Ayer me di cuenta del mecanismo.

Hoy sé de qué se trata y siento de nuevo la libertad transcurrir con violenta dulzura por mis venas. He entendido de nuevo. Alguien me lo susurra en la hondura.

Trataron de eliminarme de la ciudad, el Colegio, ignorando mi existencia. No pudieron hacer culminar este desafuero. La escritura me ofrece un territorio que es el Colegio mismo, en el orden del relato, tan real como los miles de estudiantes y los profesores que representan cada día el incompleto y siempre inconcluso drama del aprendizaje.

Hoy, 28 de septiembre de 2025, perdí las llaves de la casa. Las encontré en un bolsillo del delantal que me pongo para los servicios de la cocina que asumo cada mañana con gusto. De pronto la pérdida y la recuperación de las llaves simbolizó el

extravío de la interpretación psicoanalítica del ostracismo que el Director General hace 10 años intentó hacer recaer sobre mi presencia en el Colegio.

— ¿Que cuáles Rectores han apoyado al Bachillerato?, digo, la Prepa y nosotros. Por supuesto Don Pablo, lástima que el gusto no haya durado. Luego Soberón, que comenzó distante del Colegio, más precisamente de su Bachillerato, porque del Posgrado había sido uno de sus creadores. Ahí está todavía Investigación Biomédica Básica, de licenciatura al doctorado, 25 alumnos, trabajo que incluye Navidad, para dejarlo claro brevemente. Yo creo que Fernando, desde que se hizo cargo de la Coordinación, supo acercar nuestro Bachillerato al Rector. O al revés. A Manuel no le dieron tiempo de dar el ancho, que era grande. ¿Recuerdas las comidas en La Cava? Desde hace siete años hay una torre de 40 pisos. Con Soberón podíamos bromear. Además, construyó las Bibliotecas. ¿Qué? Sí, es cierto, con las fotos de los alumnos de Naucalpan haciendo cola para entrar al cuarto aquel inicial, dizque la biblioteca, que luego se anexó para ampliar la sala de teatro, nuestro recinto de reuniones más amplio en los cinco Planteles, con 100 asientos. Para reuniones de comunidad, las explanadas. O la escalinata de Naucalpan. De libros en la primera biblioteca, con minúscula suscita una más adecuada imagen, puedo suponer que se trataba de los que tenía Publicaciones de la Universidad olvidados en algún sótano y nos los donaron encuadernados en tela verde o azul o lo estoy inventando. Creo que desaparecieron en la primera depuración,

no, debe haber algunos por ahí. Las fotos de Naucalpan eran buenas y auténticas, partían de la puerta y llegaban hasta los prados que eran terreno de cola reconocido, felizmente entre los árboles. Todos los días. El Rector se impresionó al parecer y al aparecer, el Colegio estaba logrando que los estudiantes leyeran. Nos anunció que se construirían Bibliotecas en los cinco Planteles.

“En seis meses tuvimos las mejores bibliotecas que las de cualquier bachillerato del país, con 900 sitios de trabajo, la sala de Obras de Consulta para las enciclopedias, el primer piso para el trabajo en grupo. Los alumnos entraban con su credencial, pasaban a un mostrador donde les entregaban los libros que necesitaban, luego establecimos estanterías abiertas, por iniciativa de Oriente y antes que cualquier Facultad, y las chavitas, más ellas que los chavos, que también, buscaban personalmente sus lecturas. Leían por horas. Trabajaban también en equipo, sin alzar la voz. No había sillas desocupadas, desde temprano, y los fines de semana miles de estudiantes de cada Plantel se llevaban libros en préstamo de viernes a lunes.

“Desde el primer momento hubo decenas de miles de libros en cada Plantel. En los 90 cada Biblioteca llegó a tener 200, y en el Colegio rebasamos el millón de ejemplares. Ahora que quieren echarnos fuera, tendremos millón y medio, depurados y actuales. Además, sobre todo cuando cambiamos, no, exactamente, actualizamos el Plan de Estudios, aumentó a unos 7 mil, 9 mil libros para llevar a casa por semana. Cada 15 días, en promedio, todos los alumnos se llevaban un libro para estudiar de viernes a domingo, además de los que leían en las salas. Pero de eso nuestros colegas que están presentando un acuerdo para separarnos, ni en cuenta. Pinches ignorantes.

—Volvamos a los Rectores, después de Soberón, Carpizo nos dio plazas de carrera que habíamos peleado ocho años. En tiempos de Rivero, publiqué un desplegado con 500 firmas,

creo que el récord no ha sido superado, por supuesto, los desplegados políticos nunca pasaron de 200. Sarukhán comenzó mal. ¿Supiste de la cara que puso cuando Carlos Medina habló de “la clase política” del Colegio como una plaga de Egipto? Bueno, no debe haber citado la Biblia, pero Sarukhán se irritó y aseguró que eso no existía en la Universidad. Creo que nunca había salido de los Institutos y en esos espacios no se llama política ¿Cómo? Ahí, con refinamiento, se llaman grupos-de-amigos-que-se-ayudan-para-investigar, y de paso, seguir-en-el-poder, aunque el último sintagma apenas, si acaso, se musita. Yo estuve en esa tensa visita con otros de Ciencias Experimentales de Naucalpan y salimos con la cola entre las patas, apabullados. Nos repusimos rápidamente en el bar de Sanborns, en Perisur. Pero, ya Rector Sarukhán, su Secretario General, Salvador Malo, le planteó la disyuntiva: “O separas el Bachillerato o, si no quieres hacerlo, ni se puede (ahora sí se está pudiendo), entonces, atiéndelo”. Lo hizo. Nos dio más plazas de carrera que las que los profesores, a lo pendejo, quisieron ocupar, es uno de los errores más absurdos de la izquierda del Colegio. Luego construyó los edificios del Sistema de Laboratorios de Innovación, equipados en serio y amplios. El dinero venía del Banco Interamericano de Desarrollo. Salvador me contó que, cuando Sarukhán estuvo en Washington, negociando el préstamo, le negaron el dinero de los laboratorios por su destino para planteles del Bachillerato. El BID no se ocupaba de educación media. El Rector se plantó, y dijo terminantemente que, si no le daban el dinero para el Bachillerato, la UNAM no aceptaría el préstamo. El Banco se dobló. ¡Uf!

—Cuando le dieron el emeritazgo a Sarukhán, yo hablé de esta aventura en el Consejo Universitario. Del BID al parecer pocos sabían. Pero decidí agradecer públicamente al exRector. Debo haber dicho algo así como...

*“Señor Rector, Señores Consejeros. En apoyo al emeritazgo del Doctor Sarukhán, el Bachillerato tiene el deber de referirse a un hecho que manifiesta claramente la convicción del entonces Rector de que pertenecemos a la UNAM y la Universidad reconoce la importancia de nuestras responsabilidades. La identidad del Colegio se resume en la tarea de formar alumnos en la cultura básica de Ciencias y Humanidades, no en el enciclopedismo y la erudición, como herencia intocable y fija, una estatua o una momia, sino como instrumento racional de apropiación de nuevo saber, en seguir aprendiendo durante la vida.*

*“Cuando el Rector negoció con el Banco Interamericano de Desarrollo, se negó a aceptar el préstamo ya aprobado, si se excluían del monto los recursos financieros para los laboratorios de investigación de los Planteles del Bachillerato. Incluyó así a nuestros compañeros de la Escuela Nacional Preparatoria y al Colegio de Ciencias y Humanidades. Conocemos el resultado de la convicción del Rector sobre la pertenencia del Bachillerato a la UNAM y de la responsabilidad de la institución de ayudarnos a trabajar mejor. Finalmente, nuestros profesores provienen en su mayoría de las carreras de la UNAM y la inmensa mayoría de nuestros egresados sigue estudiando en la UNAM. Entre los méritos del entonces Rector este hecho de firmeza y de concepción de la UNAM como totalidad inseparable cuenta entre sus méritos más destacados”.*

*“Al Rector de la Fuente le gustó que el Colegio se mostrara agradecido. No me habían programado para intervenir, pero Juan Ramón me hizo una leve seña”.*

*—Sigamos con los Rectores. Barnés, ¿te acuerdas cómo el Colegio entero lo apoyó en la auscultación y nosotros lo promovimos en grandes y sin armar revuelo perceptible?*

*—Yo había hablado con él en el Instituto Nacional del Petróleo en agosto del 97, en su oficina. Tenía los pies sobre el escritorio. Obviamente me cayó bien. Algunas profesoras lo consideraban*

una patanería. Hablamos del Colegio y de su candidatura, como si hubiéramos tratado el tema desde años. Me llamó la atención su capacidad para juntar elementos dispersos y convertirlos en programas al menos verosímiles. Que si los posgrados de las Facultades madres, los profesores necesitados de ampliar sus horizontes y ver más allá de las bardas de los Planteles, la responsabilidad de la UNAM ante sus Bachilleratos. Primera y sólida entrevista, coincidencias en muchos puntos y pactos que nunca dijeron su nombre, pero iban en serio. Me divertía la manera desenvuelta de Paco, muy distinto de su papá que fue ginecólogo, con su bata de médico inmaculada, tomando una diminuta taza de *espresso* y negándome el acceso al parto de mi primer hijo con Lupita. Que porque los esposos se asustaban. Yo había estado en dos partos y me resultaba como un partido de americano en que tenía que distraer a mi mujer para mantener su valentía y divertirla un poco. Bueno. Cambiamos de médico.

—A Barnés le debemos el PASS, el programa aquel ambicioso que duraba un año con estancias en Canadá, Francia y España. Fueron cinco generaciones, mucho más numerosos los participantes del Colegio que de la Prepa. Creo que sirvió, pero no sólo para que los profesores aprendieran, sino porque se dieron cuenta de que no teníamos nada que envidiar a los Bachilleratos de otros países, aunque sí mucho que aprender por nuestra cuenta y en contacto con ellos. Bueno, ya hicimos historia.

—Quizá lo malo no han sido los Rectores, sino muchos de los funcionarios de sus equipos y, por otra parte, investigadores, claro, no todos, en particular los que viven para ver cuántas veces han citado mutuamente sus artículos en revistas internacionales. En 91, en la época de preparación del Congreso, el Coordinador de Humanidades presentó un punto de acuerdo al Consejo de Humanidades, para proponer que el Congreso nos echara de la UNAM. Manuel Pérez Rocha era Consejero del Instituto de Economía, sí, los Ingenieros saben trabajar en mu-

chos campos y él es un experto en educación, sin duda. Manuel argumentó y el Coordinador perdió la votación sin contar los votos, porque retiró oportunamente su propuesta. Eso fue un acto de hostilidad, que no hubiera pasado por las votaciones del Congreso, pero revela lo que muchos piensan de nosotros desde entonces y sobre todo ahora.

—Eso que dices de Sarukhán y el PASS de Barnés, también reconocernos como Escuela Nacional, son el pasado. Ahora esta especie de alianza, seguro que han cabildeado, son unos jijos, agrega el parentesco y la calidad de los ancestros, nada personal, mil excusas, y el Director General no se ha movido. El colmo sería que los de Rectoría, a lo mejor ni siquiera es una jugada del rector, le hayan dado línea fingiendo a lo mejor que viene de arriba y se está portando como funcionario gubernamental sumiso. No tiene nada que ver con su calidad de autoridad universitaria, digo. Los directores del Bachillerato se están portando como funcionarios subalternos, estilo el perro de la RCA Víctor. Bueno, ese logotipo es más viejo, mejoremos la imagen, el perro aficionado al swing o al country o al charleston. Son chingaderas. A nosotros no nos la hubieran hecho, ¿Crees que todavía podamos salir a volantear a las calles y a los autobuses nuevos de la Gobernadora de la Ciudad de México, ya no tan nueva en su segundo periodo? ¿O ya no sabemos hacerla?

—Tenemos el tiempo encima y lo que predomina en el Colegio desde la mitad del segundo decenio del siglo es la apatía. ¡Cómo influye la personalidad de un director en su comunidad! Lo único que no hemos tenido es un director adicto a la marihuana, aunque ya nadie mira la yerba con alarma ni reproche. Es un tranquilizador de conciencias inquietas, porque para las atormentadas hay que llegarle a la coca y ahí no hay tantos tolerantes. Carajo, a la madre.

—Pero el problema es ahora. Este rector ni siquiera tiene una idea clara de la función del Bachillerato, No puedes negar que,



a lo mejor, sabe que hay dos Sistemas de Enseñanza Media en la UNAM, tres, pues, con el Bachillerato a Distancia, y los de Morelia, Mérida y San Miguel Allende, pero es como si también fuera consciente de que hay servicios de apoyo psicológico y que admiten principalmente a hijos de los trabajadores a la Secundaria de la Prepa 2. Dos de los tres Rectores que nos apoyaron más claramente, no terminaron su primer período. ¿Tenemos mal de ojo? Ni que fuéramos gatos negros que nos atravesáramos, cuando el rector, es más bien raro, recorre la explanada.

—Cierto, ahora el que encabeza al enemigo es el rector en persona, lo que no quiere decir que si le ganamos declare inmediatamente su amor a un nivel de estudios básico para formar estudiantes de nivel superior impecables”.

—Tú siempre has tenido ideas atrevidas y has maniobrado para lograr cambios importantes. No le saques. Nos necesitamos. Somos pocos, pero seremos más. En público no conviene usar completo el eslogan, “somos un chingo y seremos más”. No por ahora. Pero si trabajamos con tino, lo lograremos.

En estos meses, en el otoño que en Ajusco comienza a correr, he oscilado entre nubes de esperanzas casi ciegas y la hondura del acabamiento ante la enormidad de los problemas sin solución que el Colegio ha tenido el tino de acumular y hacernos débiles, cuando nos enfrentábamos al adversario más fuerte de todo nuestro medio siglo. Ignoro cómo terminará, pero no falta mucho. Duermo mal, me comporto irritable, pero al menos desfogo así una parte de mis tensiones. No sé, verdaderamente no sé, pero algo me dice que no se abandona la batalla, cuando el fragor ha subido a su máximo. Nos golpean, devolvamos los golpes. Tampoco el rector es invencible...ni con la ayuda de El Espantapájaros y sus aliados.

Faltan pocas semanas, acaso unos días. Mientras hay que mantener la osadía y no parar de sumar fuerzas. ¿Bastará?

**E**n la sesión de febrero de 2022, del Seminario 17 (llevábamos tantos semestres, o temporadas, si usamos la terminología de Netflix, de actividad académica ininterrumpida como indica el número) a propósito de la venta de materiales supuestamente didácticos, porque, para no vendarse los ojos, hay que decir que se trata de un incierto material impreso de una ausencia de calidad sobre la que no cabe dudar, si quieres seguir sintiéndote razonable: desde unas hojas (página 1: tres preguntas inconsistentes, me dejaré llevar, estúpidas; 2: una lectura transcrita, seguramente de Internet, no creo que el profesor haya ido a la biblioteca ni consultado sus libros personales, no debe tener muchos, sin bajar al desprecio; 3: tres hojas en blanco para responder, con las ocurrencias que asalten al alumno lector, sin más orientación ni requisitos, al fin de cuentas cada quien es hermeneuta de sus lecturas y constructor de su cultura, como se enuncia en los documentos sólidos sobre el Modelo Educativo del Colegio y esas prácticas desquiciadas engañando aseguran. Total, para volver al tema: cinco hojas, 10 pesos, obligatorias para seguir en el grupo. O bien, un libro elaborado por un exprofesor, de donde salió su *ex* lo ignoro, pero no fue la edad, ciertamente, aunque algo me suena de una rescisión extraña que debe haber sucedido hace más de 15 años, porque desde esas fechas podías, perdón por la persona, acosar

a una chavita, antes de que denunciar este delito se volviera una norma políticamente insoslayable, y por demás justa, de hechos o simplemente de dichos, y te sancionaban, sobre todo si el relato recorría los correos de pasillo de la comunidad. Por eso no lo sé, aunque recuerdo un asesinato en el campo de básquet del Sur, que ahí sí, terminó en cárcel y expulsión... Vuelvo al material, lo transporta en una camioneta que entra a los Planteles, mete las cajas y las coloca ordenadamente junto a las firmas de asistencia o en el cubículo del Área y los alumnos pasan para llevarse el libro que cuesta 150 pesos, no es mucho, pero sí obligatorio. La mitad va para el profesor del grupo, la otra para el ex y autor.

Mecanismos de mercadotecnia análogos en la venta de boletos para obras de teatro inciertas en locales sin reconocimientos oficial, mucho menos artístico, cuando mucho gracias al apoyo de algún funcionario de bajo nivel en alguna de las delegaciones, luego alcaldías, de la Ciudad de México. Mugre y ratas que corren por las esquinas de la sala. A veces la profesora o el profesor también forma parte de la compañía teatral. Además, faltaba más, si compras los cinco boletos, ya no tienes que asistir a las sesiones del grupo escolar, las clases, pues, y tienes un 10. Un detalle insignificante, comparado con boletos y ratas, es que el profesor decidió, con solo él sabe cuál inspiración, dedicar el semestre entero a la asistencia y análisis (esto último pasa a segundo plano, si tienes los boletos y los presentas, es facultativo) de obras de teatro y no toca los poemas líricos, que ocupan la otra mitad del programa. Claro, está el soliloquio de Segismundo en *La vida es sueño* y Calderón de la Barca se alegrará de que todavía haya quién distinga un poema imaginado en una cárcel, donde un príncipe desposeído y prácticamente desnudo, filosofa sobre el rápido desvanecimiento de cualquier seguridad de las riquezas y el poder en este mundo hecho de sueños. El cristal con que mirábamos en el Seminario 17, sesión de febrero, en

el marco de la gestión de las instituciones educativas, era la decadencia del Colegio donde estas prácticas comerciales se habían generalizado a nombre de un Modelo Educativo que convertían en un insulto, y ponían en entredicho la inteligencia de los pocos profesores que seguían siendo universitarios, pero nunca supieron intervenir llamando a cuentas a los abusivos en una asamblea de área que nunca se celebró. Desde hace años...

¿A dónde va a terminar el Colegio, en qué sepultura de tres pies bajo tierra? No creo que se tomen la molestia de escarbar más, la tierra es dura y de tepetate. Porque no es todo. Al desaparecer el poder académico de los profesores, que nunca se reúnen, ni discuten los programas, cuando mucho hay asambleas exiguas para asignar equitativamente entre los interesados los pagos de los exámenes extraordinarios, la docencia ha quedado al garete, sin palo mayor ni timón, esperando la ola que la envuelva y le haga encallar en una costa donde ningún marino podrá desembarcar.

Sin profesores, hay un poder vertical en la cumbre. Rodeado de silenciosos, aliado a directores predominantemente privados de juicio propio, porque “yo soy el director general”. Lo escribo con minúsculas, porque ese ha sido su tamaño, no todos, claro. El Consejo Técnico mismo, con casi 50 miembros desde su fundación, o alguno menos, ha solido contar con dos o tres profesoras, no estoy errando en el género, que discuten con niveles de inteligencia, eficacia y pertinencia variables, algunas decisiones que se presentan para su ratificación. Esta oposición irrita a la mesa y produce un discurso confuso, autoritario, aunque tiene alguna predilección por proferirse en voz baja. Cuando hablas claramente y tu discurso es audible, el Consejo oye bien, entiende y se siente invitado a hacer lo mismo. Pero esto hacía años no sucedía, apenas quedaba en la memoria de algunos muy contados consejeros, como de tiempos otros, y ahora, tras tantos años de confusión, ha vuelto a suceder y es

bueno, aunque la insatisfacción de un Consejo que alcance a ser propositivo y no mero receptor siga vigente.

Otra muralla derrumbada son los Cursos de Iniciación al Modelo Educativo del Colegio, obligatorio para todo profesor que ingresa. ¿Lo toman todos de inmediato? No, no hay por qué, el curso vuelve a ser obligatorio, cuando se pide el concurso formal de ingreso poniendo la apuesta del único grupo permanente libre que haya podido adquirir el profesor por jubilación o muerte del ocupante anterior. Sucede, entonces, que un profesor puede pasar dos, tres, siete años sin saber nada del Modelo Educativo y obligado a echar mano de lo que sabe del Colegio de Bachilleres o de alguna escuela privada que organizó cursos de exámenes de opción múltiple, para que sus alumnos se deslicen en los exámenes de admisión y se prepare el ascenso de la escuela al nivel de Universidad, Bachillerato incluido.

—No entiendo esto del “Modelo Educativo” que dice el programa de Mate 1.

—No te preocupes, no existe. Es una frase que tienen que poner para que el programa se apruebe. Tu fíjate en la columna de Temática y organízate para cubrir todos los contenidos. Lo demás son rollos de pedagogos que siempre han tratado de dominar al Colegio.

Se acabó el Profored, los pares de profesores, uno nuevo y otro de experiencia probada en el Colegio, mecanismo que llegó a contar al mismo tiempo con 500 profesores. Al parecer nadie tomó la decisión de suprimirlo, pero hace una era geológica que desapareció, son restos de rocas desmenuzadas que van camino de convertirse en arena. Mientras, los profesores nuevos educan como se les ocurre, con los instrumentos y visiones de otras escuelas a generaciones de alumnos que creen estar en el CCH, porque salieron bien calificados en el concurso de ingreso, pero la escuela donde estudian tiene el nombre, pero ha extraviado su esencia y su brío en los despeñaderos de tantos años desolados.

Mientras, crece y se organiza por pura inercia el disgusto y el desprecio de las facultades por los alumnos que enviamos mecánicamente y sólo porque el pase reglamentado sigue misteriosamente vigente y no se exige nada en particular, excepto promedios, de los alumnos que ingresan a Biología, a Ingeniería Civil, los mejores a Mecatrónica, que pide seguridades de promedios altos, o a Medicina.

Podríamos seguir otros tantos años así y terminar de desaparecer con nuestras voces todavía vivas, pero hay una frontera en el tiempo que ya ha transcurrido: la universalidad de la Enseñanza Media, Secundaria y Bachillerato, que la no tan nueva aplastadora mayoría en el Congreso ha puesto en marcha, es un decir, porque no abundan ni los recursos ni las ideas atrevidas, lenta e inexorablemente, sin ocuparse hasta ahora, “divide y vencerás”, de los Bachilleratos Universitarios, pero disminuyendo los presupuestos dedicados a las universidades que los mantienen. Y han tardado con una misteriosa lentitud en definir el rumbo que intentarían hacer seguir a los Bachilleratos.

Claro, el rector ha hecho sus declaraciones y gorgoritos. Lo malo es que la Historia, “*magistra vitae*”, que no hace excepciones y carece de piedad, se nos ha echado encima, cuando el Colegio ha dejado escapar sus aguas en la dispersión sin rostro y ha degenerado en una institución que, cuando intenta hablar de su Modelo Educativo, produce reacciones de desprecio y de burla que además se sienten justificadas. Y lo peor es que direcciones generales (repito: con minúsculas) recientes, con excepciones más recientes, no han intentado siquiera cubrir su desnudez por lo menos con una campaña periodística. Eso sí, la *Gaceta CCH* aparece desde hace algunos años a colores y en un papel caro, pero repite tristemente los enunciados de lo que el Colegio ya no es y de lo que logra ser secundario e improvisado, adornado de los oropeles de alguno de los chocolates didácticos en el mercado. ¿O formaba parte del Modelo Educativo el programa de tutorías

en la versión de Rectoría, olvidando la nuestra de comienzos de siglo? ¿Estábamos encargados de la cultura básica o de la fábula de la formación integral como programa central, llamado además en un triste documento “*plan de estudios complementario*” que se agregaría al Plan de Estudios Institucional, caballo de batalla de periodos enteros de direcciones generales incapaces de reconocer esta última formación imposible como un terreno válido, acaso y cuando mucho, como algunas dimensiones de apoyo a las que deberían ser sesiones de aprendizaje (clases) exigentes y sólidamente ancladas en lo importante de las materias importantes?

Así, buenas intenciones a veces, y pereza mecánica las más, el Colegio se ha ido perdiendo por dentro, sin desnudarse de sus apariencias. No deja de haber Dirección General, que no toma en cuenta a la comunidad, la cual no se expresa en el Consejo Técnico, elegido por votaciones bajas para ratificar a los candidatos, muchas veces únicos y seleccionados por la Junta de Directores; se publica semanalmente la *Gaceta CCH*, hay revistas del Colegio en la Feria del Libro de Minería; se siguen celebrando, o no se celebran, Jornadas de Balance que han terminado en conferencias y seminarios de un día y no para revisar la trayectoria académica y reconocer a los alumnos necesitados de apoyos adecuados. ¿Y la Semana Académica, y la Semana de presentación de los resultados de los profesores de carrera en su área, y el Profored, y el empleo exhaustivo de los recursos de SILADIN; y el Seminario Académico, de los Secretarios Académicos y Docentes y las responsables de los Consejos Académicos, y su versión ampliada con todos los Encargados de Sección; y...y...y...? Para qué seguir, el Colegio es una escuela donde lo que menos se atiende son las actividades de aprendizaje de todos los días siguiendo su modelo y sus mejores, y perdidas, tradiciones didácticas.

Para qué seguir, pero ¿y qué va a seguir? El desprecio está actuando. La sesión del Consejo Universitario se aproxima, pi-

sando suavemente. Los felinos mayores tienen pisadas silenciosas. Seguro que está ya organizado un grupo que reclamará todo el presupuesto entrecortado de la UNAM a propósito de nuestra expulsión para las clases donde sí se aprende, por supuesto en las Facultades y Escuelas varias, se supone. Mientras, nosotros derivamos hacia ninguna parte.

Si termina consolidándose una alianza variopinta, pero numerosa y, lo peor de todo, con argumentos, no todos justos, pero sí verosímiles y demasiados exactos y probados, ¿qué vamos a hacer?



“**E**l Director General en 2008 me dio una plaza de profesora de carrera a contrato, antes de irme tres años al IEMS a la Secretaría de Innovación. La disfruté, porque pude ponerme a trabajar, y a coordinar un equipo de unos quince chavos inteligentes. Una que tiene vocación de profesora de preescolar. No, eran chavas, Talina, ¿recuerdas? Y chavos, Armando entonces. El Director General me asignó como primer trabajo la construcción del portal académico del Colegio con el Secretario de Informática, una experta en Sistemas de Enseñanza a Distancia, o más exactamente “Sistemas Distantes de la Enseñanza” y otros profesores disparejos. Expertos, es un decir, porque eran buenos para dar tips de botanas por media ciudad y repetir lo que ya sabían hacer, pero bajitos en inventar, o al menos modificar y mejorar lo que ya existía. Sabían, pero la dificultad de concretar los detenía. En los años anteriores, ya muchos, tardaron más de seis en medio construir la base de datos de los profesores del Colegio. Era simple, fechas, carrera, docencia, publicaciones. Largo, pero simplón. Tú lo pusiste en marcha y te fueron dando largas, hasta que volvió Agustín ya muy disminuido físicamente, pero no de la experiencia de programador, tirano y buena onda, y avanzaron con menos trompicones, para terminar hacia el 2008, lo que hubiera debido durar dos años y acabar en 2002.

*“El grupo del Portal, cuando me incorporé, se pasaba discutiendo cómo debería ser agregado el Portal al sitio general del Colegio, cada quien pretendía tener ideas, más bien obsesiones o caprichos, pero también era incapaz de oír y discutir académicamente, con razones y una actitud de incorporar lo que sirviera, aunque no fuera suyo. Me acordaba del dicho aquel de “Veo muchas echadas, pero pocas ponedoras”. Todo revuelto con largas explicaciones de cómo llegar a la cantina de “La Hija del Pirata”, “Los Apaches” o a “Cerveza y carnitas”, por allá por atrás de Torres de Mixcoac. Bueno, eso era lo de menos, porque uno puede pasar un rato oyendo a Felipe contar sus aventuras, pero no seis meses. Menos dos años.*

*“Ya en octubre, el portal seguía igual, sólo se discutía, pero no de todo el proyecto, sino como quien dice de los cimientos. O de los planos nunca terminados. El Director General me llamó y me encargó que hiciera sola el portal. Por eso me odia Fiona, a quien todo se le va en discursos, puro rollo, de una Universidad algo de Valencia. Por cierto, he oído que representa los intereses de esa universidad aquí en México, al menos en la Ciudad. ¡Qué curioso! No saben cómo es la gente y le encomiendan trabajos que no sabe cumplir, pero eso no me importa, no tengo nada que hacer en esa encomienda. Lo que es seguro es que me gané el odio de los tres jefes, Fiona, la más peligrosa, porque hace un año, en 2014, el nuevo Director la nombró Secretaria Académica, aunque seguro que nunca ha leído ni media página del Modelo Educativo del Colegio ni los textos oficiales del Consejo Universitario ni uno solo de los varios cientos de artículos. Al menos ha habido dos revistas duraderas en el Colegio. Felipe volvió al Plantel, bueno, ya no es funcionario. Fiona sí y recorre los pasillos mirando hacia un infinito que termina en la puerta de emergencia del fondo. Debe tener una memoria exacta de todos sus remaches y raspaduras. Esta contemplación le permite omitir saludar a los que se cruzan en su camino*

*“Cuando cumplí los tres años reglamentarios, solicité concurso abierto para obtener la plaza que ocupó. No perdí tiempo. Pero el Director terminó y la Dirección siguiente se hizo la sorprendida y luego fue posponiendo durante cuatro años, cuatro, una supercorrida de toros, un periodo completo sin sacar la convocatoria, ni siquiera iniciar los trámites. Una vergüenza. No quise quejarme ante la Defensoría de los Derechos de los Universitarios, porque no me late pelear con el Colegio. Lo mejor, de todos modos, hubiera sido pedir la intervención de las AAPAUNAM, a ellos sí les hacen caso, porque su Secretaria sabe moverse y es inteligente. Ayudan para que uno entre al sindicato, pero es su rollo, está bien, buscan su fuerza, pero ayudan; se vale. Tampoco lo hice.*

*“Hace seis meses el reciente Secretario General decidió ayudarme y comenzó la batalla ahora con la DGAPA, que primero no aceptó que hubiera una plaza de carrera en un departamento, y Opciones Técnicas tiene como función única la docencia, pero no es Área. Llegaron a un acuerdo, dijeron simplemente que Opciones es Área, cerrando los ojos y allá vamos. Luego atacaron la legitimidad de la Opción de Materiales Didácticos Digitales, que fue aprobada por el Consejo Técnico hace cuatro años. Se les mostró el dictamen. Pero retomaron, con un escrúpulo digno de un santo monje unamita, el tema del área. El dictamen pasó dos meses en el escritorio del Coordinador de la DGAPA, porque revisa imagino muy detalladamente todos los documentos que firma y, claro, va despacio. Parecía que no saldría nunca y me esperaba una negativa más. Terminó por releerlo seguramente por quinta vez y lo firmó. Tras más de cuatro años apareció la convocatoria, ya en 2017. Mientras, los profesores de Opciones lograron destituir a la Jefa del Departamento, apoyados por Fiona, a quien ella no rindió la sumisa pleitesía que la Secretaria creía tener el derecho de exigir.*

*“En el Colegio de hoy, es posible que un grupo cerrado domine el Departamento y favorezca a los miembros del clan o*

*de la mafia de Palermo, más exactamente de Azcapotzalco o de Vallejo, aunque no sean pueblos sicilianos. No digo que los profesores tengan responsabilidad en esta historia, cumplen y son gente honrada, por cierto, sin tiempo para intervenir en gran cosa, porque el trabajo en el Colegio no les basta.*

*“Yo había insistido en que no pusieran como prueba escrita “Propuestas para atender a los alumnos rezagados de tu materia”, porque sencillamente de hecho no hay y Opciones incluso no puede tener rezagados, porque sus materias no tienen la misma condición curricular que las de los cursos obligatorios. Te rezagas y es tu bronca, pero la institución no responde. Pero no, salió la convocatoria y la prueba de ensayo tiene el tema “Cómo atender el rezago escolar en su materia”. Un disparate, mi materia tiene 20 alumnos en tres grupos de tres Planteles, y no hay rezago, habrá abandono, pero el rezago supone un calendario para terminar los ciclos y no es el caso nuestro. Además, los alumnos que toman la opción, cumplen, terminan y obtienen su diploma de técnicos, muy respetado por los empleadores, por cierto. ¿Cómo proponer medidas contra un mal académico que no puede existir? Te piden un trabajo que no tiene aplicación a nada. Hay que hacerlo, porque si intentas explicar, tu interlocutor, un funcionario menor, se enoja, porque repites lo que ya le dijiste tres veces a él mismo. Pero harás el proyecto, porque es parte del concurso y, después de ocho años de trabajo bien cumplido, tengo los dictámenes anuales del Consejo Técnico, no vas a perder tu plaza por querer ser seriamente académica. Ya me imagino cómo voy a hacer el trabajo. Voy a subirme a un nivel general, abstracto, sobre qué significa rezago (no abandono) y cómo se puede prevenir y corregir. Luego pondré una nota sobre la ausencia de rezago en mi materia, y tan, tan”.*

Acompañé el accidentado recorrido del concurso de Isabel, sin intervenir, en realidad porque me sé sin poder ni siquiera de oídas y sobre todo porque intervenir en un concurso no se vale.

No me hacen caso, si es que me reciben; mis amigos lo hacen siempre, pero son pocos. Lo terrible es que una Dirección General posponga cuatro años un derecho claramente establecido en el Estatuto del Personal Académico. ¿Por qué? En realidad, nunca hubo nada que objetar, pero en cambio puede uno imaginarse pretextos varios para asegurarse en intercambio apoyos y complicidades, que Isabel jamás aceptaría. Nunca ha pedido más que su derecho, ningún favor ni privilegio. Lo inquietante es simplemente que todo, la multitud de abusos, hayan tenido lugar en el Colegio, que sucedan. No puedes confiar en una institución que no se atiene a sus propias leyes y te entrena para el engaño con pretextos y detalles inventados.

Aprendes a vivir en un espacio jurídicamente falso y a usar las armas correspondientes: maquillar el informe de actividades de hace cinco años, al cabo los consejeros ya no son los mismos; repetir un informe con variantes, porque es la misma materia y el informe corresponde a tu proyecto; irse legando el papel de coordinar un grupo de trabajo con los amigos y volver a coordinar tres años más tarde, y así, hasta donde la imaginación alcance y el olvido encubra. Isabel nunca se dejó envolver en estas miserias.

Cuando la mentira se aposenta, es difícil pedir generosidad y compromiso con un proyecto exigente de seriedad, solidez, cumplimiento, e interés que no espera recompensa inmediata. El Colegio nunca se ha corrompido enteramente, pero se ha debilitado por dentro.

Por abusos como este, la comunidad del Colegio se retrae de compromisos, en particular cuando tomar partido se encuentra del otro lado del río, en el campamento contrario al del rector, apoyado en un grupo de Consejeros Universitarios. No vaya a ser que tus esperanzas de llegar a la Dirección de tu Plantel, después de 15 años de trabajo, es una cifra aceptable, se esfumen. Te imaginas que, al separar al Colegio, el retazo de Universidad

que se ampute, se llevará encima a sus directores y funcionarios, arraigados en una franja de tierra geológicamente idéntica a la de la UNAM, pero ahora al otro lado de un mar inventado para echarnos fuera y acaso infranqueable.

De cualquier modo, el concurso de Isabel se publicó, se presentaron tres aspirantes, las pruebas eliminaron a dos, Isabel obtuvo por concurso abierto y una ventaja académica imposible de eliminar. El Colegio de 2019 corrigió, con esfuerzos dispersos de funcionarios precedentes, lo que otros habían obstruido anteriormente. Hubo también algunos honrados.

No la conocía. Ella sí sabía quién soy. Más bien quién fui. Se encargaba de la formación de los profesores, a esas alturas de horarios y de espacios en la Secretaría Académica o en los Planteles. Y nada más. Habían perdido el expediente del Sistema de Formación de Profesores y recogían la morralla de propuestas que cualquier profesor proponía. No necesariamente las propuestas eran de un bajo nivel académico, más bien, en demasiados casos, impertinentes.

Me dolía el abandono de los cursos de Inducción al Modelo Educativo del Colegio. ¿Cómo quieres que los profesores recientes comiencen a enseñar orientados por los propósitos del Colegio, si los educaron, desde primaria hasta la carrera, profesores conferencistas y acaparadores de la palabra, “en clase guarden silencio y tomen notas”? Se perdían e intentaban cualquier ocurrencia que les parecía semejante a las frases más repetidas en los vacíos cursos de introducción a la docencia del CCH. El proyecto se iba desdibujando y la responsabilidad no era de los jóvenes profesores recientes, sino de los dirigentes del Colegio.

Era del Plantel Sur, Matemática y tímida, me miraba, recordando seguramente leyendas, como si yo fuera un juez con un código abierto justamente en la página del artículo que estaba testereando con lo que me decía. En realidad, no decía nada incorrecto, cuando mucho dejaba escapar alguna frase políti-

camente inaceptable, como “me dijeron que dijera”, en vez de cargar con los errores de concepción de los cursos aprobados, es un decir, porque nadie leía las propuestas de sus programas.

Estábamos en el pasillo. Me invitó a entrar a su cubículo, no para hablar en secreto, las paredes dejaban correr las voces, a volumen normal, y para quien se lo proponía podían servir mejor que un micrófono oculto, como los que usan en las series policíacas los agentes infiltrados. Era apenas el primer año de la Dirección que hizo culminar, hasta ahora, la desorganización institucional del Colegio. La siguiente comenzó un camino de recuperación acaso no totalmente acertado, pero volver al Colegio era ya ganancia.

—Tengo una especie de memorándum, es un resumen sobre cómo me han estado hostigando el Secretario Académico y la Secretaria General (a la que no pude ver, pero me mando decir que estaba al tanto). Espero que te sirva, es información honrada, perdona que lo diga yo, aunque no acabo de tener claro qué andas tramando, porque siempre andas en algo, por el Colegio, es cierto, pero también puede pensarse que vas a lo tuyo, perdona la franqueza. Pero sé que puedo confiar en que no lo publicarás, y menos firmado por mí, en ningún periódico, sino hasta dentro de tres años, o hacia 2030 en un libro sobre los recuerdos del Colegio.

—Gracias por la confianza. Yo también estoy preocupado por el rumbo de la formación. Más exactamente por su falta de orientación. No va a ningún lado. Está quieta y, es el colmo, mirando en dirección equivocada. Están preparando la muerte del Colegio. No hay ramas nuevas, las podan, sin darles oportunidad de extenderse. Sé que estás siguiendo directivas y no te juzgo, aunque puedo hacer críticas, no es lo mismo. Más bien comparto tu sentimiento y tu angustia, porque llegan nuevos profesores y nadie los pela. ¿Cómo podría seguir vivo el proyecto del Colegio?



—Yo no he olvidado la manera tan brutal, ni siquiera puedo decir salvaje. Para mí “brutal” tiene una resonancia de bestia. Aunque soy matemática, leo poemas, por cierto, me han dicho que tú escribes poesía, pásame algunos para cambiar de ambiente. Tómalo para desviar mi atención de la herida y los moretones que me quedaron de mi destitución, porque eso fue, y, además, injusta y sin ningún fundamento.

“No quería aceptar ser la encargada de planear y armar únicamente las condiciones materiales de la Formación de Profesores, espacio, café y galletas, sé que muchos ambicionan este trabajo, porque abre puertas en DGAPA y conexiones con otras universidades, esto es lo de menos. Pero recuerdo a Guillermina cómo se pavoneaba. Cuando estuvo contigo en la Dirección de la Unidad Académica del Ciclo de Bachillerato y organizó, ahí sí sólo *organizó* —la voz sonó en cursivas— porque las ideas eran tuyas o tuyas y de Rosario. Total, tras dos entrevistas sonsas, la verdad, acepté, porque razoné que hacía mucho tiempo que ningún académico había estado al frente de Formación.

“Encontré un departamento desorganizado y patas arriba, porque Jorge, el anterior, había renunciado (estuvo muy enfermo) hacía seis meses, medio año, y no lo suplieron. Ni modo, le entré comenzando por terminar las constancias de 2016, todas atrasadas más de un año, y al mismo tiempo comencé a pensar en los cursos interanuales, porque ahora, tú y Rito tienen la culpa, en enero no hay semanas libres, porque adelantaron el calendario para dar tiempo al pase reglamentario en junio y que los reprobados pudieran tener un examen extraordinario más. ¿Cómo le decían? “Pasar el Cabo de Buena Esperanza”. No, claro, solo los de Historia, puede que los Geógrafos, han oído hablar del Cabo, y a lo mejor se acuerdan. Se llama “Último esfuerzo”. Pero era lo mismo.

“Bueno, cuando tenía el plan de cursos, pedí una entrevista con el Secretario Académico. Tardó tres semanas en recibirme.

Y eso que nos separaba una pared, de las pocas que no son de tablaroca en la Secretaría. Era la pared de la sala de juntas de tus tiempos. No hacía falta un viaje. Me acuerdo de cuando eras Director de la UACB y luego Director General, las entrevistas se daban cuando llegabas, claro a veces estabas en reunión o escribiendo alguno de tus rollos, pero nunca terminaba la semana sin cita a buena hora. Hoy en el Colegio los funcionarios están por encima de Osorio Chong, por no decir Peña Nieto.

“Lo peor no fue el retraso, mientras seguí organizando, sino que cuando me recibió, (creo que ni siquiera había leído mi propuesta), me avisó que la formación de profesores dependía ahora de Programas Institucionales, porque estaba muy ligada por aquellas fechas a la práctica de los nuevos programas. Me dio a entender que el cambio lo había molestado, porque no la lleva bien con su colega Secretario de Programas. Tengo la sensación de que pelean las preferencias del Director General. Eso, personalmente, no me interesa. Yo quiero hacer mi trabajo.

“Le pregunté, lógico, si yo iba a organizar los cursos de capacitación para los nuevos programas. ¿Te acuerdas de los Talleres de Preparación de las Clases con los nuevos Programas, los TPC, en 1996, después de la aprobación del Plan de Estudios Actualizado? Los inventaron Rosario y tú. Me dijo que no. El Director General había firmado un acuerdo con la UPN. Pasé al renglón siguiente, porque sentía un hueco que se iba llenando de mi humillación y enojo. ¿Desde cuándo el CCH necesita formación de la Pedagógica? Hubiera sido el Poli en Matemáticas y ni hablar, funciona, pero los pedagogos profesionales, con excepciones muy contadas y honrosas, buenos amigos, no entienden que el Colegio demanda una formación es-pe-cí-fi-ca”, ahora separó correctamente las sílabas con guiones cortos. “No somos cualquier escuela, sino la única escuela de la UNAM que toma, mejor digo, *tomaba en serio*”, lo dijo con negritas, “su Modelo Educativo. Tú me contaste que esta afirmación es de

Don Pablo. De modo que ahora dependemos de la Pedagógica. Hazme el favor.

“La ventaja de la Pedagógica es que ofrece un diplomado, ¿Para qué quieren un diplomado profesores que tienen maestría, muchos en la MADEMS, por cierto? Entendí, las explicaciones públicas de los Secretarios son enredosas y parece que ellos mismos no las entienden, que harán un seguimiento. ¿Cómo? Preguntando a los profesores cómo les está yendo en la práctica con los nuevos programas. Claro, la llaman *investigación-acción*, y con el nombre creen que los profesores se la van a tragar. Pero todos los que quedaron enojados por la manera como concluyó la revisión de programas, van a despotricar y ya veremos si sus informes anuales de área básica reflejan el malestar que domina en el Colegio. Seguramente no, porque ahora la verdad no hace tanta falta, es más útil adaptar su rollo a lo que repite el Director General, total, a quién le importa. Y es como si la *Gaceta CCH* redactara los informes. De cualquier manera, no voy a ocuparme, porque ni siquiera me convocaron para sentarme en la banca de las reservas del primer equipo.

“Así han estado las cosas. Te cuento lo que sé, como lo puedo entender. Otros opinarán favorablemente, algunos con razones y otros, la mayoría de los tomados en cuenta, para quedar bien con el Director General, porque alabar es la manera de ser cecehachero en 2017. Eso creen ellos. Pero corrijo, en haber ascendido a esa clase de contratados en el Colegio “sin ser cecehacheros”. (Otra vez las negritas).

“No dejes de intervenir para reencauzar, aunque sea un poco, la corriente perdida del Colegio en el llano seco de la UNAM”.

La última frase que me dijo era precisa y poética y la construyó una matemática. No la olvidaré, por de pronto la recojo en esta memoria. Durante los últimos seis años no he vuelto a ver a Lulú, pero ahora que preparamos la defensa del Colegio la invitaré para que reclute con Rosario a las profesoras de Mate

del Sur, a Rosario en épocas le ha costado caminar mucho, pero ahora está mejor y agarró sabe cómo un nuevo aire. En realidad, lo sé, la tomaron en cuenta, estuvo un año en una Secretaría Docente que los profesores estimaron y se jubiló. La seguirán Paty, Berta para anular los desvaríos de Coléxico. Que puede que esta vez, por fin, coincidamos en algo.

Hace casi 10 años elaboramos un Sistema de Formación de Profesores. Isa había escrito largo y yo tenía una serie de criterios para servir de puntos de referencia en la inmensidad del tema: antigüedad, formación creciente, en un extremo la inducción al Modelo y en el superior convertirse en formadores de los nuevos profesores. Lo entregué al Director General hacia el 2016, pienso que no lo leyó. La Secretaria Académica de entonces, tampoco.

El Colegio, además de la sociología de las edades de su personal, inevitable, se ha ido destruyendo desde arriba y, sorprendentemente, por excesivo silencio, confusión y desacierto. Y nula acción.

Ni hablar, hemos dado pie a los ataques de rectoría. Si mantuviéramos una apreciable buena fe académica, el rector tropezaría con una resistencia mucho mayor.

Llegaba con sus faldas largas floreadas y una playera comprada por medias docenas en Austin, añadiendo paso a paso, como si sumara los espacios recorridos mentalmente y muy despacio, para alcanzar la cifra que correspondía a la llegada a las firmas en el paso bajo el edificio G en el Plantel Sur y por fin a su laboratorio. Subía las largas escalinatas del Plantel sobrepuesto a los caprichos del Xitle en el 800, con atención concentrada para evitar otra caída que terminara por amputarla del alcance de su brazo derecho.

Al llegar al laboratorio, vete a saber si del M o del V, sacaba el bote rebosante de platos, servilletas sucias, algún resto de supertorta, con salchicha, chilaquiles y tocino, prófugo de adolescentes hambrientos a las tres de la tarde. Dejaba el bote fuera de la puerta, porque sabía que la intendente lo llevaría a vaciar al depósito de basura del Plantel y lo devolvería, al menos dispuesto para una nueva carga.

De su clase, sé lo que fui aprendiendo durante incontables conversaciones, o soliloquios sin término en mi presencia firme y de pie, pero dejo constancia de que, sobre todo, era una educadora, además de una excelente bióloga siempre al día, que para ella amanecía en Internet. Las palabras que le atribuyo son copia fiel de mi recuerdo de sus peroratas interminables con las que conversaba ella sola, conmigo.

—*Jóvenes, se acabó el recreo y la comida. Los que tengan todavía un pedazo de torta, tienen tres minutos para terminar, tirar o guardar, pero envuelvan bien sus guardaditos, para no manchar los cuadernos. Menos todavía los libros sobre evolución de la biblioteca.*

*“Les paso lista. Solo el primer apellido: Acenjo, Almaraz, Buenrostro, Contreras... Terraza, Valle, Zapata. ¿Alguien sabe dónde anda David? Ha faltado a dos clases. Si alguien sabe dónde está, tiene cinco minutos para ir a traerlo, por supuesto no a fuerzas. ¿Tú? Ve por él, mijita, pero no te dejes intimidar si está con sus amigotes, esos zarrapastrosos de 5ª semestre. ¿Y Elia Irma? ¿Sabes algo tú? Es tu amiga. Al terminar la clase, la llamas por teléfono y dile de mi parte que está desperdiciando el trabajo de los dos primeros meses. Iba muy bien.*

“Seguimos con el tema de la evolución. Ya les dije que, hayan aprendido lo que haya sido en secundaria, después de Darwin las teorías, hay varias, han avanzado muchísimo, sobre todo con la aparición y el desarrollo de la ecología y el descubrimiento de la doble hélice, ya expliqué esta historia, y del ADN y luego del ARN, no son lo mismo, pero no voy a repetir, ya lo saben o deberían. Recuerden lo que hemos dicho sobre cómo los seres vivos se adaptan al medio y van adquiriendo, en procesos de siglos, nuevas cualidades, algunas de las cuales terminan por ser permanentes. Terminan en el ADN. Es la capacidad de adaptación.

“Ustedes dos, dejen de jugar con su teléfono. Estamos en la Universidad y es un privilegio que no tienen derecho de desperdiciar. Bueno, ya me interrumpieron. Insisto, hay varias teorías de la evolución y en este semestre ligaremos la evolución con el tema de la Biodiversidad. En la UNAM tenemos los mejores especialistas de México, faltaba más, y de fama mundial, entre otros, el Dr. Sarukhán, que fue Rector en los 90 y el Dr. Antonio Lazcano, de la siguiente generación. Con Toño tenemos una revista en Naucalpan, para publicar los hallazgos de los alumnos

en los Laboratorios de Innovación, los Siladin. Luego les diré en qué condiciones se aceptan los trabajos. Porque espero que de este grupo salgan varios.

“En la siguiente media hora, les voy a pasar un video que recoge las especies de maíz de México, incluyendo las que nos vende Monsanto, ¿saben qué es Monsanto? A ver, Rogelio... Sí, una compañía americana que produce semillas transgénicas. Hay una discusión entre científicos, y artículos sensacionalistas o también serios, fíjense cuando encuentren alguno, de periodistas, no tanto sobre las semillas como tales, sino sobre los efectos colaterales, la desaparición de pequeños roedores que mueren de hambre o de insectos que los pájaros se comían, y ahora han desaparecido., etc. Pero de las nuevas semillas crece la milpa más fuerte y resistente a ciertas plagas y sus mazorcas tienen más maíces. Pero esto lo veremos con detalle dentro de unos minutos. Quiero que tomen nota de lo que observen. Supongo que no van a elegir detalles insignificantes, porque ya han leído al menos cinco textos que les he dado, de libros y de revistas. Todo está en la red, en el sitio académico de este curso. Pueden usarlo, si no recuerdan, al fin de cuentas me interesa el razonamiento y la capacidad de atender a lo importante, no tanto que sepan muchos detalles de memoria. ¿Está claro? Tienen la pantalla a la vista. Ustedes dos de atrás, Felipe y Adriana, acérquense. No se aprovechen de la penumbra, ni crean que están en lo oscuroito, aquí los quiero en primera fila.

Comienza.

El video está hecho por profesores de Naucalpan y es técnicamente válido, aunque podría mejorar, desde luego, pero está todo lo importante. Las semillas, una por una, giran, aparece la segunda y se comparan en todos los ángulos. Luego se comparan las milpas en sus etapas de crecimiento y finalmente las mazorcas. Las transgénicas tienen mayor tamaño y más granos de maíz. Otro tema será si hay efectos colaterales que obvia-

mente la publicidad y una parte de las ponencias en congresos nunca tocan. O se desatan en acusaciones, todo depende. Pero la profesora los tratará en la clase siguiente.

Solía dedicar largos intervalos en las clases a una educación de los comportamientos, de las convenciones de buena educación a la sexualidad. *“Ya sé que tienen amores, pero lo que es imperdonable en universitarios, aunque sean recientes, es que no tomen precauciones contra las enfermedades venéreas, que pueden ser de consecuencias terribles y, muy especialmente contra los embarazos no buscados. No es que embarazarse sea una enfermedad, es algo bello, pero se trata de un ser humano que llevan en el vientre y del que son responsables. ¿Pueden cuidarlo y mantenerlo? ¿Los chicos, muy puestos para aprovecharse, o pónganle, para amar de verdad incluso, pero van a hacerse cargo con sus parejas? Piénsenlo antes y no se lamenten después. No es clase de moral, es clase de biología de la vida diaria, debemos vivir nuestro cuerpo como un ser biológico digno de respeto y de atención. Al cuerpo de una de ustedes de 16 años no le conviene tener que desarrollar un embrión hasta que crezca y pueda vivir afuera por su cuenta. Están en la UNAM, en el CCH, vale la pena. Son un 6% de los jóvenes de su edad en el país, la pura selección, no para orgullo, sino para prepararse a servir a México. De modo que nada de arrebatos y revolcones a lo menso, esperen a ser adultos. Por favor”.*

Un alumno le ayuda a llevar los cuadernos de trabajo en dos bolsas de El Péndulo, porque camina con inseguridad y no quiere caer de nuevo. Debe tener los huesos frágiles. Pero sigue siendo firme y sus alumnos, tan desvalidos a veces, le importan.



**DIP/CCHII20I7**

*Desayuno en “El Cardenal”*

*“Estimado Licenciado*

*Seguí sus instrucciones de asistir el viernes 26 de este mes al restaurante “El Cardenal”. Llegué a las 8:30, porque el teléfono intervenido del Secretario General fijaba el día y el lugar, como usted me indicó, pero no la hora. Poco antes de las nueve apareció Bazán con saco y corbata. Hacía mucho que usaba siempre jeans y playeras de los aniversarios quinquenales del Colegio, sobre todo las que repartió durante su Dirección General. Creo que había dos o tres con corbata todavía en todo el restaurante que es inmenso y universitario, qué voy a decirle a usted, y ese día particularmente concurrido. Imagino que además muchas madres de familia no llevaron a sus hijos a la escuela, por ser último viernes del mes y las reuniones de balance de los profesores de la SEP e incorporadas. Lo de la corbata indica la mentalidad de alguien que aspira a la aristocracia de las personas mayores, porque nadie la usa ya. El Secretario General, sí.*

*Bazán se acercó a preguntar si había mesa reservada y no pude oír lo que dijeron, porque el receptor digitalizado estaba bajo una interferencia que no pude eliminar de inmediato. La multitud de clientes todos los días llena el restaurante, facilita acercarse a oír por medios tradicionales, pero tanto smartphone interfiere con los RD.*

*A las 9:10 llegó el asesor del Secretario para asuntos del Colegio de Ciencias y Humanidades. Ud. sabe el nombre, yo lo identifiqué, Ricardo, profesor de Historia en Filosofía y Letras, pero no conozco sus apellidos.*

*Bazán y él comenzaron a intercambiar información, pero el que tenía asuntos o comentarios mejor informados era el asesor. JB está fuera de los círculos formales y al parecer se dedica, dice a “sus cosas”, es decir, no produce nada para la Universidad, seguramente hace algo, pero no sabemos qué, porque trabaja en su casa y sería muy difícil hacer una incursión en ella. Además, vive en el Ajusco en un terreno, según dicen los pocos que han estado ahí y han ido olvidando sus compromisos con lo que fuera su grupo hace ya 16 años, es inmenso, el terreno, no el grupo, y con tres perros Terrier Air Dale, una raza inglesa para el campo y la caza de patos, ver Wikipedia. Pero, como dice usted, “no nos ocupamos de cadáveres, no somos funeraria”.*

*Los dos sonreían con frecuencia, pero si hubieran estado solos seguramente reírían con más ruido. Logré con el RD captar algunas palabras como “la muchacha se suicidó con un cordón del teléfono”, “el Rector está preocupado”, “realmente no me entero de nada, porque no existo, soy transparente... supongo que ...” .Sin concluir la frase.*

*Poco después de la llegada del Secretario, a eso de las 9:20 les asignaron una mesa que Bazán había apartado al llegar, porque no había reservación (sigue sintiéndose funcionario de la UNAM). ¿Olvido o poca importancia de la conversación para el Secretario? Creo saber que no se conocían, aunque JB debe haber leído con detalle y notas al margen, como acostumbra con los textos de gobierno ajenos, el proyecto de trabajo presentado a la Junta de Gobierno hace dos años.*

*Con el pretexto de la ventilación, pedí una mesa al fondo, cerca de la barra en que entregan los platillos. Logré una a tres filas de distancia, pero con vista al asesor de frente, al Secretario*

de lado y a Bazán de espaldas. El RD funcionó casi sin interferencias, Bazán llevaba el teléfono apagado, como bien sabemos por las experiencias de intervención intentadas que han dado muy poca información. El uso limitado de la comunicación digital coincide con llevar corbata, por cierto, de muy buena calidad. Debe ser de sus tiempos de Director General, hace ya 11 años. Perdón, me repito, pero me llama la atención que siga siendo figura después de tanta lejanía del poder, aunque estuvo en el IEMS, pero no se preocupó por crear lazos con el PRD, y a pesar de la campaña a la Rectoría que usted sabe y ha tratado de borrarlo. Con Morena menos, porque sus mejores amigos no cambiaron de partido en la avalancha del 18.

Hablaron del estado del Colegio, tema que obsesiona a Bazán. El Secretario describió a grandes rasgos el estado preocupante de la institución. Es lo que también importa a Bazán. No interviene ante el Director General, respeta la regla universitaria de no actuar en el terreno de quien te sucede en el poder, aunque sea tras otros dos periodos. Pero sí se preocupa mucho de ver los errores, auténticos disparates que usted ya sabe más que nadie. Curiosamente Bazán nunca habló del Director General, sino del “Colegio”. Como que algo trama o puede que hasta respeta al Director y no le atribuye los disparates a que nos tiene acostumbrados. Es anticuado, repito, del tiempo en que se tenían estas consideraciones en uso en la era de los González Casanova y los directores de los rectorados de Soberón, por poner un ejemplo, sin excluir necesariamente a otros. Usted mismo nos ha dado la consigna de no atacar, sin leer antes el Estatuto General y el Reglamento del Colegio. Lo importante es que se prepare el camino para una sucesión fácil, hasta donde se pueda, en favor de la persona que Ud. bien sabe.

Termino: ninguna información distinta de la que ya habíamos recogido sobre el estado del Colegio y su pérdida de rumbo institucional, lo que facilita las cosas. Suponiendo, desde luego,

*que no cristalice la idea, en realidad apenas un esbozo preliminar, de separar el Bachillerato de la Universidad, lo que ciertamente levantaría polvaredas densas e intromisiones de fuerzas ajenas a la UNAM, me atrevo a advertirle, aunque Usted sabe todo esto, contrarias a sus propuestas, pero para ser francos finalmente no hay razones de peso para mantenerlos unidos. Cuenta poco y nosotros tenemos que ocuparnos a diario de sus enredos.*

*Quedo a sus órdenes, en especial para completar la información, pero no espere ninguna revelación. Lo nuevo es que Bazán sabe ahora dos cosas: que se ve mal a todo el Bachillerato, no sólo al Colegio; Usted dirige por funcionario intermedio grupos de alumnos en Azcapotzalco y Vallejo. No creo que esto último haya sido novedad del todo, porque ya en sus tiempos de Director General pudo darse cuenta de varias intervenciones, por ejemplo, en la destitución del Director de Azcapotzalco que Usted armó informando a los Secretarios de Rectoría incluyendo al Secretario de Planeación, y seguramente con la guía de algún otro funcionario.*

*Si ocupa información complementaria sobre este tema, me pongo a sus órdenes”.*

**E**l restaurante Azul y Oro, que nunca he podido separar de “Luz y Fuerza”, idiota semejanza formal del sintagma, puro mecanismo, tenía tres mesas ocupadas. Dos mujeres, sin duda de nivel más bien secundario de la administración de cualquier dependencia, secretarias de confianza con jefes admirados, por vestimenta, peinado y maquillaje, susurraban chismes a dos mesas de la mía hacia el fondo del restaurante. Una pareja de ancianos, jubilados de la Universidad, por hipótesis razonable, y tres jóvenes de corbata, digamos secretarios de dependencia administrativa portadores de las ambiciones de alguna Dirección. Recordé de nuevo, pero podría dejarla fuera de mi escritura, la historia del abandono de la corbata en la UNAM.

Yo tenía una colección de trajes que ya habían dado la vuelta de tres a dos y de nuevo a tres botones de los sacos y una colección de corbatas de las cuales no me deshago, porque siguen siendo adecuadas. Eso sí, me las puedo poner con camisas Scappino, un saco sport y jeans, lo que da el aire de profesor de universidad americana (a lo que nunca he aspirado y menos tratado de ser contratado o de obtener una visa, porque me niego a hacer una minuciosa confesión ante un personaje consular de la Embajada acerca de mi pertenencia en algún momento, aunque fuera lejano de mi vida al Partido Comunista, por ejemplo. Me

falta ponerme tenis, lo sé y todavía no completo mi atuendo reglamentario aprobado por el Consejo de Vestimenta Informal de la UNAM, inexistente, pero activo.

Julio no llegaba. Estaba en la segunda taza de café, diríamos que aceptable, cuando lo reconocí a lo lejos, delgado y no alto, bajaba rápidamente la larga escalinata que lleva al subsuelo del MUAC y se ve siempre vacía, suben o bajan pocos, por lo menos a las horas clásicas del desayuno. Habíamos hablado largamente dos mes y medio antes, cuando la auscultación formal no había comenzado. Traté entonces de renovar las conversaciones del tiempo de la huelga en las cuales coincidíamos. Por supuesto, nadie cerraba ni acosaba al Instituto de Investigaciones Sociales en 99 y Julio podía mantener una posición combativa, porque no tenía que enfrentarse a encapuchados violentos. Pero sus intervenciones eran inteligentes y, sobre todo, no dejaba entrever ningún miedo. No todos sostenían una posición de combate, con el argumento admirable de que “Yo estudié Historia y no tuve ninguna materia de tácticas militares para impedir la toma de edificios universitarios”, decía algún afamado funcionario, refinado y elegante. Yo tampoco, mi tesis analizó e interpretó los poemas de Amado Nervo, mil páginas, pero la presencia personal en los conflictos violentos de Naucalpan y luego de los Planteles me habían entrenado para no ceder el paso a las turbas en avalancha, ya habrá sido algo menos, de los grupos violentos de porros y bolcheviques. Pero Julio apoyaba la acción y la resistencia y no se limitaba a lamentarse en un español florido.

Se sentó con las excusas consabidas. La que mejor le funciona es la hora en que habíamos quedado, distintas la suya y la que yo había cumplido.

—Hola. ¿Llevas mucho rato esperando? Tuve que acompañar a mi mujer al Centro, sí sabes que trabaja en Antropología Social, ¿verdad? Pero bueno. A estas alturas, ¿qué opinas de los candidatos a nuevo Director General?

Estábamos a una semana antes de la convocatoria para la auscultación para la designación de un nuevo Director General, a mediados de febrero. Había aparecido como candidato el mismo que luego pretendió un segundo periodo en un larguísimo 18 que inauguró por su cuenta un año antes, y en el primero salido de la manga prestidigitadora de Rectoría acompañado de pañoletas de colores que se desenvolvían, apoyado por un dúo de universitarias, por lo menos tenaces, pero rescatado tras una larga ausencia del Colegio. Comencé.

—En la Junta de Gobierno diré lo que pienso. Lo mantengo y a los hechos me remito. El que parece claramente sostenido por Rectoría, es, digámoslo sobriamente, un buen académico, lento para llegar de la especulación a la acción. Imaginación de un género que no corresponde al gobierno. Eso ya lo sabes, porque la Junta comparte las opiniones sobre los candidatos, que reciben en informes de Rectoría. Ustedes no siempre aciertan. Claro, el problema lo están creando la casualidad y el Rector. Ahí te va.

La candidatura de quien aspiraba a un segundo período de Dirección estaba cerrada por el Rector mismo, que había pasado en el último año de un amor, quizá no apasionado, pero al menos resignado sin dejar de ser amor, a demandar de la Dirección del Colegio excusas que nunca llegaron, y a un resentimiento en última instancia infundado. Así son los sentimientos y vivimos con ellos. Un contingente de alumnos, retengo el sustantivo, pero es seguramente inadecuado, más certeramente: de encapuchados, fingió tomar la Dirección General y, tras un par de intentos a gritos, se desvió hacia Rectoría. Ignoro si no había vigilantes o si la puerta estaba estúpidamente abierta de par en par, pero terminaron, insólito, en la oficina del Rector no invadida, con rastros al menos, en la revuelta del CEU, pero sí en la invasión de 72, Falcón y León de la Selva empistolados, que marcó el comienzo de la debilidad del Rector. No fue lo peor, me repito porque estaos núcleos narrativos pertenecen a la secuencia, ahora destru-

veron objetos académicos, medallas y diplomas de instituciones de prestigio extranjeras, para humillar al Rector en su calidad de persona y de académico. El CEU podrá haber tenido francos desaciertos, pero mantenía las principales normas, no escritas, pero vigentes, de un comportamiento universitario. Saber vale.

Sin otra razón, Rectoría volcó su resentimiento, justificado, contra la Dirección General, injustificado. Se acabaron las sesiones para sugerir lo que se convertiría a doscientos metros, en la oficina de la Dirección General, en mandato y cumplimiento. El Rector dejó de repetir que la Preparatoria estaba atorada y cambió de Bachillerato repetitivo e irredimible para calificar ahora al Colegio. Se oponía a la reelección.

Pero estaba ahora en el restaurante Azul y Oro del MUAC, en mi segunda taza de café y comenzaba a prevenir a Julio contra las decisiones erradas de la Junta en la probable designación errónea de Director del Colegio, que se estaba viniendo encima.

—Ya sé que ustedes en la Junta no reciben línea, pero sí alfabeto morse; no es una línea, sino fragmentos de línea y puntos, pero no fallan en la comprensión. De los dos que me quedaban en la terna, el titular actual está vetado, ninguno es maravillosamente capaz de cargar con el Colegio, pero no pueden designar al que acaba de pasar 15 años fuera, en múltiples actividades en Rectoría y en la CUAED, hizo un doctorado en Granada, para no errar de Universidad, en España, supongo que sobre las lágrimas del último rey árabe ante Isabel la Católica y sus efectos en el desarrollo de la Física. Abandono la ironía. No lo desprecio, no, es un buen académico, repito, olvídate de los árabes. Está seguramente preparado académicamente para enseñar matemáticas, aunque haya hecho una tesis de Filosofía de la Ciencia o de Epistemología. En esos temas debe ser fuerte. Pero le cuesta mucho trabajo pasar de las especulaciones a las realidades concretas. Le cuesta tanto que tarda mucho y retrasa decisiones. Carece de facilidad para hablar con los profesores.



Tiene un pequeño grupo de egresados del Poli, creo saber que es quien tuvo menos apoyos. Lo seguro es que se ha olvidado del Colegio. Lo descargan en paracaídas en territorio desconocido, sin mapa, y no sabe siquiera, es un hecho y punto, por dónde anda el Colegio. 15 años son muchos, no es cierto que 20 sean nada. Luego nos echan la culpa de que el Colegio no mejora, pero los que estamos ahí no somos milagrientos, apenas podemos ser testarudos y seguir adelante con el Modelo Educativo.

—Ese es uno de los problemas principales.

Me arrepentí, un minuto más tarde, de haber traído a la mesa el sintagma “modelo educativo”, sabía que había sido motivo de escarnio de algunos miembros de la Junta. Julio no perdió su turno de palabra.

—Ya te lo he dicho, el Modelo Educativo del Colegio hace a los profesores haraganes. Señalan trabajos para los alumnos y los ponen a exponer en clase. Los profesores luego no hacen nada, dizque supervisan los trabajos, pero en realidad ni explican ni corrigen. Por eso el *modelo* -las cursivas de su tono nacían del desprecio y se hicieron indispensables-, lo que ustedes llaman “modelo” —en la repetición la palabra modelo inevitablemente llevaba comillas habladas—, es una farsa. Por eso el Colegio produce malos egresados que tienen pocas ideas, a retazos, pero no saben hilarlas ni discutir académicamente nada, porque no saben. En seguida se les acaba lo que medio entendieron y tienen que cambiar de tema para no quedarse sin argumentos, sin rollo más bien.

Me asombró tanta inquina, pero no dejé translucir mi sorpresa. Recordé las intervenciones de Julio en el paro infeliz de 99 y sus orientaciones estratégicas para combatir el paro del desastre. Decidí apostar a esa imagen.

—El Modelo y la modernidad de la educación son complementarios, porque el Modelo asume el estado actual en cada momento de las disciplinas y selecciona lo básico, no la erudi-

ción para lucirse en salones ante noblezas novohispanas, que ya no hay. El Modelo Educativo es un elemento académico de gran valor. Mira la SEP, está tratando desde hace ocho años de implantar su nuevo modelo de competencias apoyado en “aprender a aprender”. Nosotros llevamos 44 años en este 2014, tratando de que en todas las clases de todos los grupos de todas las materias los alumnos trabajen orientados por la cultura básica, que no significa elemental o simplona, sino los conceptos, habilidades y actitudes que sostienen los procesos de aprendizaje específicos de cada campo, a grandes rasgos, de Ciencias y Humanidades.

—Eso ya lo he oído, pero también sé que es un pretexto para que los profesores no se ocupen de los alumnos. Los mandan a investigar, en vez de darles clase. La Biblioteca está llena, pero los salones vacíos y los profesores en la hamaca.

—No simplifiques, Julio. Tú tienes sentido crítico, eso puede ser que por excepción suceda, pero el Colegio son cinco Planteles, 60,000 alumnos, 3,200 profesores, 600 espacios de aprendizaje en el conjunto de los Planteles, un Laboratorio de Innovación para investigar, otro con 200 computadoras y dos o tres espacios más con computadoras para tareas escolares. Si hay holgazanes, no quiere decir que esa inmensidad duerma en la hamaca, algunos duermen en el pasto, puedo admitirlo, pero se necesitaría un Palacio de los Deportes sin graderías para que durmieran todos los profesores.

—Yo no creo que el Modelo que dices, sea acertado. La verdad es que los alumnos llegan mal a las carreras, seguro que hay dos o tres geniecitos, pero la masa que entra al nivel superior proveniente del Colegio deja mucho que desear.

—Sería bueno que determinaras quién es el dueño del deseo insatisfecho de los conocimientos de nuestros egresados. Revisa, eres sociólogo, estadísticas sólidas para que veas que egresan de las licenciaturas porcentajes iguales a los de la Preparatoria

y mayores en las carreras de mayor demanda y exigencia, Medicina que siempre se cita, o algunas Ingenierías, entre varias, a donde van los alumnos mejores del Colegio. Y sostenemos también la comparación con las privadas.

—No creo que tu tengas tampoco estadísticas válidas. También solfeas de oídas. Ustedes se defienden como pueden y son hábiles para el rollo. No me convences.

—Carajo, cuánta desconfianza, por lo menos concédeme la buena fe. Creo que a la Junta le falta conocer por lo menos los temas fundamentales del Colegio. Eso de que los alumnos hacen todo y el profesor cuando mucho escucha, si no se duerme, sin que le importe llegar a oír efectivamente, es una caricatura denigrante. La Junta no puede quedarse con frases repetidas sin fundamento y esta lo es: el profesor explota a los alumnos obligándolos a dar las clases es un discurso de mala fe. No conozco ningún caso extremo, puede haberlo, pero sería excepcional.

—Si no es así, explícame cómo sí es. La comunidad de nivel superior tiene esa imagen y por algo debe habérsela formado.

—Trabajo en el Posgrado de Letras y los profesores que conozco son universitarios serios y no aceptan infundios nomás porque se los cuentan. En eso la Junta, acoto, los miembros de la Junta que comparten tus ideas, si los hay, debería ser más universitaria y pedir pruebas de las evaluaciones tendenciosas y de las ocurrencias que se divulgan irresponsablemente. Cuando dices “la comunidad de nivel superior” estás hablando de una entelequia. No hay “la comunidad” de tan altos estudios, sino un friego de comunidades dispares, lo sabes muy bien y no creo que consideres a los profesores de Ciencias Políticas iguales a los de Trabajo Social o Contaduría. Sin comparar, para no ofender. Y, finalmente, ¿de dónde sacas la opinión general de una comunidad inexistente? Estás repitiendo frases de tus amigos con quienes hablas, cuya capacidad académica no objeto. Pero en este punto no acepto su objetividad.

Pedimos más café y se hicieron las 10.30, segundo a segundo, sin que ninguno de los dos los contáramos. Seguimos hablando del Modelo Educativo del que Julio no tenía ninguna idea menos que confusa, pero sí un resentimiento cuyo origen no se me dio descubrir. No creo que haya intentado ser profesor del Colegio y no lo haya logrado. La investigación ha sido su ocupación y tiene un nivel excelente.

Así funciona la Junta. Sí recibe a muchos que quieren apoyar a su candidato. Luego, tras una designación discutida e infortunada, intenta, no siempre, no todos sus miembros, reconocer las desdichas del trabajo de los afectados, y examinar en qué no estuvieron a la altura, ellos y la Junta misma. Total, las designaciones son sólo por cuatro años. No es tanto, pero sí bastante para detener una institución, agravar las malas contrataciones, cuidar de las periferias que darían el resultado de lo que algunos en el Colegio llaman una *formación integral*, en vez de mejorar la docencia curricular como la necesidad de más urgente atención. Ni modo. La Junta no hará nada. A nosotros buscar cómo ayudar al Colegio a mantener su rumbo hacia la utopía de la aplicación universal de su Modelo Educativo: “Todos los profesores, todos los alumnos, todas las materias, todas las horas de aprendizaje en grupo escolar”, en lengua vulgar “las clases”. Ahí estábamos ya hace casi 20 años. Y ahora impedir que nos echen fuera.

—Me tengo que ir, pero me gustaría continuar una discusión seria sobre el Modelo Educativo. Para mí sigue siendo un pretexto, ideología pura. Tú idealizas, porque has estado trabajando fuerte tantos años, pero no todo el Colegio eres tú o tú no eres todo el Colegio.

Quedamos en vernos otro día, mismo restaurante, mismos día y hora, previa confirmación par de días antes. Pero no volveríamos a desayunar y, entre nosotros, quedó abierto el tema del Modelo. Un nuevo combate tras otra pelea empatada por

puntos. Pero el problema irremediable no era Julio, sino que muchos, sin datos ni razonamiento, repiten frases que denigran al Colegio. Por eso, ahora que la murmuración ha alcanzado el nivel de la amenaza y la inminencia, uno se angustia, y al intentar salir de ahí por pura resiliencia, el Colegio queda en medio de una llanura sin sol y sin rumbo, echando mano de los latidos que marcan tiempo, pero no derrotero.

Aquella vez designaron erróneamente, no culpo al Rector, que se atuvo formalmente a las reglas de cortesía universitaria (a un Director que se presenta para reelección, el Rector lo incluye en la terna, aunque no lo apoye), y acaso no valoró las consecuencias institucionales. Pero en los hechos no hubo terna, porque un candidato estaba políticamente inhabilitado, de modo que sin tardanza comenzó a configurarse un nuevo rostro desolado del Colegio: había solo dos candidatos viables.

En los días inaugurales de la nueva Dirección, no conocí el contexto inmediato de un hecho que podría parecer insignificante, caigo en la cuenta de que repito, pero me comprometo y sigo: el Director reciente preguntó si había un Reglamento del Colegio de Ciencias y Humanidades. Por supuesto, lo había desde su constitución como Escuela Nacional en 1998, aunque su antecedente, esencialmente idéntico, fue el Reglamento de la Unidad Académica del Ciclo del Bachillerato, aprobado en 1990. Pero un Director no pregunta si hay reglamento en la institución que dirige, debería conocerlo antes de ser candidato o, al menos, en cuanto lo nombraran, pero no preguntar ocasionalmente, como si se tratara de un adminículo insignificante que una escuela puede tener o no. Por otra parte, él dirigía un Plantel, cuando el Reglamento ya existía e incluso participó en su aprobación en el Consejo Técnico. La epistemología distrae de la realidad cuyo conocimiento analiza.

En el trato con los profesores aparecieron rasgos que muchos no le conocíamos: “No me diga maestro. Dígame Doctor. Ob-

tuve el título en Europa”. Nombró funcionarios pedantes. La Secretaria Académica, novata en el Colegio, llegó y comenzó a quejarse de la estrechez de la oficina, la misma que los Directores del Bachillerato del Colegio ocuparon antes, durante más de 25 años. Preguntó de inmediato por su sueldo y reclamó un vehículo. Eso también, hizo elaborar el Cuadernillo de Orientaciones anual para los trabajos de los profesores de carrera como copia fiel del aplicado el año anterior y los cinco o seis años precedentes. Luego se encargó de expulsar de sus oficinas al Secretario de Programas Institucionales, que no pretendía atrincherarse en ellas, a pesar del trato concluido con el Director General de que el cambio de espacios se daría cuando se le asignara un cubículo, lo que el Director olvidó de inmediato y de lo que nunca se ocupó. Lo relegaron a la mitad del último cubículo en el pasillo del primer piso, sin ventanas ni aireación, mientras en la segunda mitad, que sí tenía luz natural, almacenaban trapeadores, escobas y utilería de limpieza. Nunca se ocuparon de asignarle un espacio menos humillante, para no hablar de condiciones de trabajo, sin aire ni luz, que ningún trabajador administrativo admitiría.

Ninguna perspectiva alentadora, ningún reto recogido de las agresiones de grupos dispersos de la comunidad universitaria contra el Colegio, ningún horizonte que incitara a los profesores a renovar el esfuerzo de seguir agregando elementos al proyecto del Colegio, un Bachillerato de Cultura Básica, donde “aprender a aprender” había sido, y sigue siendo ahora, después de 50 años, un lema que se ha convertido en patrimonio nacional sin ningún reconocimiento para el Colegio. Nada, un plan de trabajo que ajustaría, cuando mucho para un plantel, ni una idea nueva, aunque podría decirse que la tara esencial del Colegio sigue siendo poner el aprendizaje en el centro. Pero esta frase, mejor que el simple enunciado desgastado y genérico de “calidad de la educación”, y más específica del Colegio, no parecería

nunca en los párrafos de frases hechas y repetidas que llenaban el programa de trabajo de los años que vinieron y omitían en la realidad los trabajos y se conformaban con las frases.

Por supuesto las de la *Gaceta CCH*.

Pero llevo años diciendo que la Universidad es de los tercios. Y todavía me cuento en sus filas.

Hace ocho años, el correo de voz, que circula por los pasillos de los Planteles, anunciaba que el Colegio seguía vivo, porque Miguel, el Secretario General, lo empujaba. Era un dicho simplón, pero lo más cercano a una verdad, como puede serlo una mirada reunida desde varios lados, pero no de todos, y en cualquier caso la figura mejor considerada, si se comparaban sus contribuciones con las que se originaban en la acción de gobierno del Director General en aquellos días todavía actual.

Sus diferencias venían desde el primer día del periodo de la Dirección General, tristemente surgida de una intervención de Rectoría que presentó tres candidatos ante la Junta, pero de tal manera debe haber descrito ante la Junta a uno de ellos que dejó a caballo en la contienda solo a dos. De estos uno más fue considerado, atendiendo a chismes y rumores, comprometido a continuar el incierto gobierno anterior, de modo que la Junta eligió al último, a pesar de que hacía más de 15 años que estaba fuera del Colegio, para no hablar de cualidades personales sobre las cuales fácilmente uno se equivoca y ya tuve la osadía de enumerar en alguno de los episodios recopilados en esta memoria y ante los miembros de Junta.

Pero no quiero estancarme en el recuerdo de las decisiones de la Junta. Vuelvo al día siguiente de la designación del Director General de entonces y me entero, varios años después, de que



el Rector le había nombrado un Secretario General, con razón, puesto que completaba las carencias de su experiencia y carácter, pero que no debe haberle causado sino una cólera recóndita que fermentó en rencor y que fue dejando salir desde el primer día convertida en agresiones menores, pero ininterrumpidas, contra el Secretario. El Rector se daba cuenta de que dejaba al Colegio en manos insuficientes.

La lista debe haber sido larga y yo estaba en el ostracismo más puro, sin una sola concha en la mano para votar, entonces ya digitalizada. Ni me escuchaban, ni hablaba, aunque había ofrecido mis servicios. En cuatro años en los suburbios de las deliberaciones, llegan apenas ecos confusos y no pregunté nunca qué pasaba. Ni tuve la mala ocurrencia de intentar entrometerme en decisiones ajenas. Me bastaba con las mías.

Pero sí tenían repetido lugar atropellos y menoscabo. Que la Directora de un Plantel hacía una propuesta arbitraria, adivinando lo que imaginaba que estaba pensando el Director General, Miguel intervenía como Secretario de la Junta, el Director lo callaba, daba la razón sin más a la funcionaria, que curiosamente El Espantapájaros apoyaba, y adoptaba la propuesta. El voto afirmativo de la Junta se alineaba detrás de sus sinrazones.

Venían problemas y grupos de activistas, que era el nombre que cobijaba a narcomenudistas, vendedores de comida chatarra e inexplicables y creyentes, todavía o de nuevo, en la revolución soviética o en Trotsky, bien mezclados y difícilmente discernibles, tomaban un cubículo o se apoderaban de un salón dejando a dos grupos sin su espacio escolar. Entonces sí, “Miguel, he pensado que sería útil que fueras al Plantel de Marina para recuperar el salón”. Y el Secretario General iba, tres veces a tres Planteles distintos y resolvía tres problemas sin violencia ni amenazas, pero con firmeza y sin comprometer las debilidades de la Dirección local.

O alguna de las Consejeras Técnicas, dos en total, que acos-

tumbraban y se atrevían a contradecir las tesis oficiales, o las dos, una tras otra, argumentaban minuciosamente y también con frases no arbitrarias del todo, pero de un tono que equivalía a decir “ustedes no entienden lo que están proponiendo, son ignorantes”. Y con excesiva frecuencia lo hacían, pero el que daba la cara y la voz no era el Presidente del Consejo, sino su Secretario y solía encaminar a los consejeros a una votación razonable, recogiendo incluso aspectos enunciados con ira y furia, pero no siempre sin razón. Terminaba haciendo entrar a esta en las formulaciones de síntesis que proponía para votación.

La imagen del Director se desdibujaba y el horno del resentimiento mugía en su alboroto interior. Alguien estaba a su lado, impuesto por el Rector, que en aquellas fechas hacía años que había terminado su segundo periodo, y parecía, alguien, tener más autoridad que la nunca alcanzada por el jefe formal de todos en el Colegio.

Llegó la última gota, pero nunca pude saber cuál fue, porque cayó en el vaso hasta derramarlo, y hasta ese momento oficiosamente hubiera ser reconocida acaso por ser otra gota más, cuando habían comenzado los preparativos secretos para deshacerse del Secretario por lo menos un mes antes: conciliábulos que no dijeron el objetivo de la invitación, entrevistas sobre temas académicos con imaginarios posibles oponentes a la destitución del Secretario en hoteles dudosos de Cien Metros, algo así como “Copacabana” o “Ipanema”, a los que entrabas con tu coche por una rampa que sin señalética se dividía hacia la discreción o hacia una sala de reuniones con funcionarios que nunca pensaron que se trataba de asegurarse su buena disposición ni tampoco habían conspirado ni criticado prácticamente nada de la omisión de mantenimiento del viejo casco del Colegio, sin timón y arrastrado hacia los arrecifes.

La última gota, pues, de la que supe, no de la otra, la silenciosa que terminó en los preparativos callados de los que acabo

de escribir. Por fin, Jorge, casi ciego y tambaleante, pero con la misma amabilidad sonriente que nunca se desvaneció, se vio obligado a dejar el trabajo pacientemente cumplido en la entrega de acuerdos del Consejo y aceptó retirar las escamas de sus ojos, que no podían creer haber perdido su plaza. De buen modo y con tonos reconfortantes. El Secretario, para sustituir a Jorge, que había logrado parecer interminable en el inventario de la Dirección General, propuso un candidato al Director, para que lo entrevistara y diera su visto bueno. Nada más.

Para empezar el Director mandó al candidato a entrevistarse con su secretario particular, mínima experiencia en el gobierno del Colegio. Ante la reiterada insistencia aceptó cumplir su compromiso.

El Director fijó la fecha de la entrevista y, según el candidato, fue imposible que se diera cuenta de sus cualidades y limitaciones, porque en los 20 minutos que duró el encuentro el Director tomó la palabra y llenó de frases sin resquicio el tiempo asignado. El candidato debe haberse enterado de quien sabe qué consideraciones, pero no pudo ni siquiera proponer que se portaría bien y respetaría la legislación del Colegio en los acuerdos que entregaría, en caso de...

—El candidato que me propusiste no me da garantías de lealtad y preparación. Además, ya tengo una persona de mi plena confianza, de modo que vas a recibirla ahora que Jorge está bajando todavía, para que se entere de los detalles de su trabajo.

—¿Podrías decirme por qué no te pareció buen candidato el que te propuse? Lizette no conoce nada de este campo de trabajo, la legislación del Colegio, los acuerdos. Ha trabajado en Sicopedagogía y en todas partes ha acumulado encontronazos y pleitos, porque es rígida, y en el trabajo de Jorge se necesita flexibilidad y buen trato.

—Pero yo le tengo confianza a ella y yo soy el Director General. ¿O vas a oponerte a una decisión del Director General?

—Por supuesto, lo sé, pero la plaza que estamos, mejor, que estás cubriendo, pues, pertenece a mi Secretaría y mi deber es asegurar que la persona nombrada tenga las cualidades indispensables. Lizette tiene muchas, pero no las necesarias para el trabajo de negociación sin conflicto y, al mismo tiempo, de cumplimiento de la legislación. No cualquiera tiene estas dos características.

—Yo sé que ella me es leal y la voy a nombrar.

—Entonces, no importa nada mi opinión, cuando ni siquiera la consideras.

—Mira, yo soy el Director General. Si no estás de acuerdo, entrégame ahora mismo las llaves y tu renuncia.

—Te voy a entregar mi renuncia y a mi sucesor, por cierto, ¿ya lo tienes?, las llaves y además la lista de pendientes y problemas. Pero no voy a dejar que me trates como una criada a la que corres sin más por la puerta de atrás. Lo cual no debe hacerse tampoco con las sirvientas. No presentaré mi renuncia, mientras no haya hablado con el Secretario General de la UNAM, para que quede claro cómo se ha generado este despido. O con el Rector.

—Bueno, creo que debes pensarlo y decidir si te quedas con Lizette o te vas.

—Así lo haré, no te preocupes, no estoy amarrado a mi escritorio ni a mi computadora.

Miguel pidió su audiencia y el Secretario General de la UNAM tardó una semana en recibirlo. Normal, nadie estaba en peligro de muerte. Mientras, preparó los documentos de entrega y el Director General, prudentemente, nombró Encargada del Despacho de la Secretaría General a una profesora de su Plantel de origen, una más. Honrada y trabajadora, sin duda, pero sin la experiencia de Miguel que da haber sido dos periodos Director de Oriente y haber salido sin una sola toma de su Dirección ni paro del Plantel más aguerrido en la antigüedad tardía del Colegio. Una Dirección, si es reflexiva y concentrada en que haya trabajo docente

calificado, entrena adecuadamente para el mando académico, o lleva a la vanidad presuntuosa que, al día siguiente del primer periodo, comienza la carrera para ser algún día Director General, de lo que el ángel custodio que corresponda, libere al Colegio.

Con ocasión de esta designación, Rectoría inauguró, o por lo menos yo nunca había oído nada semejante, un mecanismo para designar Secretario General, consistente en una terna, presentada por el Director de la dependencia. Antes el Director proponía un candidato a Secretario al Secretario General de la UNAM y obtenía su visto bueno. Y nada más. Ahora Rectoría recortaba la autonomía de otra autoridad universitaria designada por Junta de Gobierno. El Colegio seguía resbalando hacia resultar cada vez más débil.

Miguel se entrevistó con el Secretario.

—Tenía mucha curiosidad por volver a verte, porque en el Colegio dicen que eres el que hace funcionar la institución y también, a veces los mismos, que eres el que ha generado los problemas de los Planteles.

—Lo último que has dicho es completamente falso. Te aseguro que jamás he manejado grupos de alumnos o de profesores ni en sueños, para lograr objetivos políticos, en fin, tampoco académicos. No me parece educativo juntar chavitos y predicarles. Los problemas de los tres Planteles de los dos años pasados se generaron por medidas impropias tomadas por sus Directores y luego por la lentitud de las reacciones del Director General. Veo que piensas lo mismo.

Siguió el relato de “la última gota”, que era oportunista y posterior a la decisión de deshacerse del Secretario General incómodo, porque no lo había nombrado el Director. La ocasión se presentó, al diferir en la apreciación de las cualidades de una sustitución en el ámbito de la Secretaría General, que con oportunismo el Director aprovechó para crear un dilema: obedeces o renuncias.

—No es un ejemplo de trato universitario y coincido en que uno no puede someterse a cualquier exigencia arbitraria sólo para conservar un nombramiento. Presenta tu renuncia al Rector y añade una explicación amplia y precisa del estado académico e institucional del Colegio. Es importante. Pon la fecha de fin de mes.

—Lo que temo es que por ahora no tengo grupos que atender, el que me prestan en el Sur es provisional. No quiero que vayan a salir con que no estoy haciendo nada.

—No te preocupes, sabemos cómo están las cosas en el Colegio. Dame unos días y voy a encontrarte una comisión para una tarea real con la que cubras tu compromiso académico el tiempo que haga falta.

El comienzo de octubre está siendo luminoso. Las lluvias persisten, dejan el aire vibrando como una copa inmensa de vidrio que el sol llena de dorados, y todos los árboles presienten que esta vez alcanzarán en su follaje el revés plateado en sus hojas, como si ascendieran por instantes fugitivos a la vibración jubilosa de los olmos.

Nunca será. Tampoco por de pronto podemos refugiarnos en la paz, fingiendo que nada nos acosa. El rector mantiene su propósito, en el que tiene seguidores en la mayoría de los Consejeros Universitarios. Dejaremos la UNAM, “que se vaya el Colegio”, ha repetido, “para salvar a la Universidad”. El viejo engaño para deshacerse de quienes hemos seguido derroteros propios, sin abdicar jamás de las disposiciones básicas de la Universidad.

Hasta ahora el balance sigue siendo desventajoso. Nuestro primer intento, en Santo Domingo, no convenció a nadie que no nos fuera favorable de antemano. Sin embargo, hemos persistido. Tenemos un grupo de 100 profesores, avezados en convencer, viejos la mayoría, pero hay también profesores jóvenes, incluso novísimos, con apenas cuatro o cinco años en el Colegio, pero ya definitivos. Con estos mandos tendremos un contingente mucho más amplio para el momento en que entremos al juego no como víctimas, sino como adversarios del rector y de todos sus proyectos, que se tiñen de sus ambiciones personales.

Cada noche veo en Netflix tres o cuatro episodios de la serie en turno, para que las imágenes y los relatos, todo lo convencionales que se quiera, pero que, al deslizarse sabidamente, cumplen el sortilegio trivial de suspender un par de horas el martilleo incesante de las jornadas de pláticas repetidas, las reuniones en que tratamos de convencer a tanto profesor y tanto alumno de que el Colegio vale la pena, sin ofrecer ninguna garantía de triunfo, pero sí una esperanza firme, que persistirá más allá de los intentos del rector.

Viene en la tercera o última semana del mes la sesión definitiva del Consejo. Contamos con unos 40 votos: los consejeros profesores y alumnos del Colegio y casi todos los de la Preparatoria, que en el ataque al Colegio adivinan el que podrá lanzarse también contra su escuela; profesores de facultad e investigadores que estudiaron en un Plantel y saben cuánto le deben al CCH, como suelen decir “no hubiera llegado académicamente a donde estoy, si no me hubiera abierto los ojos el Colegio”, “le debo mucho, crecí en los tres años de Bachillerato más que en toda la formación básica”, “aprendí a reconocer problemas y a buscar soluciones científicas”, algunos Directores de Facultades e Institutos. Otros sencillamente adhieren a una concepción de la Universidad que reúne sin discontinuidad a los profesionales de la investigación con los adolescentes que se inician en las mismas tareas.

Sobre ellos rectoría tiene cargados los cañones. No es imposible imaginar que los hayan puesto ante la disyuntiva “excluir al Colegio o no tener financiamiento para ciertos proyectos de investigación maduros”. Lo vimos de primera mano en el intento fallido de la reelección del Rector Rivero, cuando sus administradores amenazaron con privar a la Investigación Científica de recursos, si no apoyaban su candidatura. A los pocos días, 128 investigadores distinguidos se pronunciaban por el cambio públicamente.



Por de pronto el plan de batalla tiene una primera etapa, intentar que el proyecto del Rector se frene, reducir al máximo su mayoría. Hoy la tiene, pero no es lo mismo aplastar, que ganar por una docena de votos. Deberíamos, para que este segundo guion se imponga, lograr otros 40 votos, por lo menos. Se trata de convencer consejeros universitarios de facultades e institutos, sin insistir en quienes ya sabemos que nos han estado acompañando en el cerco que trata de ahogar al CCH.

Y nadie de nosotros tiene una vida académica que permita un intercambio seguido, natural, cotidiano, ni siquiera los pocos que tienen una materia en alguna licenciatura o posgrado. De modo que hay que recurrir a las citas, tras conseguir los teléfonos y luego recorrer el sinuoso sendero para una entrevista que los directores o profesores blanco no desean, simplemente porque se imaginan de qué se trata.

Avanzaremos lo que se pueda, pero hay que buscar otros puntos de asalto en las murallas del rector: ¿Dónde el Rector es débil? ¿Cómo podemos sacar presión de sus fragilidades para hacerlo retirar su propuesta? ¿Tenemos aliados en esta batalla de flanco?

La figura del rector no es la de quienes han adquirido popularidad, cuando mucho una mirada desencantada que no encuentra al Jefe Nato del Estatuto General, que, por inercia al menos, cada quien a su modo inventa decidido, atrevido, renovador. Ha mantenido a la Universidad en una placidez somnolienta y ahora parece que la separación del Colegio viene a ser su trofeo de caza mayor de penúltimo año que le concite reconocimiento de las universidad apagada y conservadora. Pero hay otra. Muchos piensan que recibió la rectoría de rebote o como pago de deuda de sabe qué operaciones políticas, ligadas tangencialmente a la academia. Hay que explorar detenidamente este sector de su dispositivo. Una brecha habrá. La hay siempre. Pero no siempre se descubre oportunamente, es decir, a tiempo para contrarrestar el ataque, que es como no haberse enterado nunca.

**M**e tocó bajar de San Miguel Ajusco a Padierna por una carretera extrañamente libre, casi como en los primeros 70, cuando llegabas en media hora de Ajusco a CU en tu WV rojo y te imaginabas que siempre sería así y ni siquiera te rozaba la idea amenazante de una carretera con filas de coches que hacían duplicar el tiempo de traslado. Tampoco que la milpa, que entonces era el futuro terreno de tu casa, desaparecería engullida por decenas de construcciones en una cerrada que luego se multiplica en ramales desordenados, que siguen siendo inexplicablemente la misma 3ª Cerrada, años atrás 1ª Privada.

Alfonso estaba, según los rituales de nuestros desayunos desde hacía siete años, Cuarta Temporada, Episodio 17, ahora también Ernesto en el papel de comensal conspirador, añadido con derecho pleno al par de fundadores del “desayuno de los lunes, aunque sea en vacaciones”. Más de 50 años.

—Hicimos una lista, hay que revisarla y ampliarla con nuestros conocidos que podrían eventualmente colaborar para defender al Colegio. Jubilado o no, da lo mismo.

Los modalizadores de incertidumbre hablaban más que las palabras que los sostenían. Los tres estábamos preocupados. Queríamos, pero dudábamos poder. Hace dos meses.

—Yo la tengo revisada, pero son 10 viejitos, perdón, viejitas y viejitos, de Azca. Si se mueven van a necesitar que un nieto

los lleve en coche o en silla de ruedas.

Jimena llegó a pedir la orden. En el “castillo” mensual había unos chilaquiles con chile morita y papas, buenos; un omelet con espinacas y frijoles; un inusual huarache poblano, que me sedujo, aunque sabía que las fotos no correspondían no tanto al sabor, sino a la consistencia, porque las tortillas solían tener bordes duros. Pero había lo que había.

—Creo que mientras siga el Director General, vamos a contar con él, moderadamente, pero se acerca su final, en marzo de 26. El rector también termina su primer período en noviembre del año que viene. Creo que el Director General puede jalar, porque es de Naucalpan, otro más, y sus huestes serían hipotéticamente de las más interesadas; las Direcciones anteriores organizaron la formación atendiendo al Modelo Educativo del Colegio, pero ahí ya no queda prácticamente nadie de los primeros años del Colegio, sobre todo con liderazgo. De todos modos, los dos profesores que han trabajado conmigo en la digitalización de los documentos del Colegio, son buenos chavos y nada miedosos. Ninguno se está muriendo por ser Director del Plantel.

—Café sin miedo, Jimena. Más. Gracias. ¿Es deslactosada? Sin espuma.

—Otro americano, en la misma taza. Gracias, Jimenita.

—Yo he estado pensando en hablar ya con David y con Fernando. No es la primera vez que nos deshacemos de los caprichos de Rectoría. Ellos pueden analizar de manera más completa las condiciones actuales, aunque luego no les hagamos caso, si se ponen muy formales. Hay que organizar un desayuno.

—En Oriente hay un grupo sólido, los grupos tradicionales sobreviven, menos rijosos, y han ido incorporando nuevos profesores. Es un Plantel de tradiciones, aunque consistan en mantener alguna forma de rebeldía. Creo que no son tan hábiles como la vieja guardia, pero sí entrones. Unos 20 se reclutan sin problema. De modo que, si hay 10 de los otros cuatro Planteles,

podemos llegar a 60 y luego, a través de ellos, a lo mejor reunir a 200. Ya es una cabeza de playa interesante. Eso sí, hay que imaginar una forma de organización que haga sentir el respeto que les tenemos.

—Yo creo que hay que evitar que el grupo parezca un instrumento de los viejos profesores del Colegio, que no quieren dejar el poder. A mí, me han estado difamando desde Rectoría. Cuando en 2015 entró el nuevo director, que volvía de lejos, le dijeron que me tratara bien, pero que me alejara, que no se juntara conmigo. De por sí estábamos distantes. Con eso acabaron de eliminar cualquier influencia. Ni siquiera imagino cuál podría haber sido. Creo que “Diódoro Cerdán, Cerdán” (es una cita de la letra arreglada de un son cubano, de moda en una foránea en Sumiya), anduvo diciendo una época: “Terminen ya con el Bazanismo”. Carajo, ¿cuál?

—No tenemos nada que prometer, sino sólo invitar a trabajar por el Colegio. Nadie arriesga nada, porque todos los posibles activistas o ya fueron o nunca serán ya, digo, Directores o Secretarios. Queda la conciencia únicamente como recompensa por mantenerse del lado de la justicia y del proyecto académico del Colegio, que ha funcionado, y para estos momentos lo ha hecho muy bien. Podemos criticar entre nosotros y sabemos que en la segunda década del siglo anduvimos dando tumbos, sin que doña Mercé nos echara otra cucharada.

Era verdad. El Colegio durante dos administraciones, no las llamaré direcciones, porque no iban a ninguna parte, zozobró a repetición. Los responsables ignoraron que eran autoridades universitarias y se comportaron como funcionarios de Rectoría. Finalmente imitaban a los Coordinadores del Colegio, aunque ellos eran Directores Generales. No se dieron cuenta.

Salimos y nos dispersamos, cada quien a su casa, Alfonso y Ernesto porque están jubilados, o y yo porque sigo trabajando en CU.

El Colegio no supo que habíamos tratado de sus desgracias.  
Ni mucho menos que seguíamos dispuestos a armar la grande.  
Para ser sinceros, es una ilusión.

**N**os encontramos dónde habíamos quedado, en las bancas frente al Starbucks de Perisur. Hacía varios años que no hablaba siquiera con Ríos, a pesar de cruzarnos varias veces por semana en los corredores de la Secretaría Académica. Hubo un tiempo en que pensaba que podría ser un aliado conocedor del Colegio, para incorporarlo al “Desván, Manuel Martínez Peláez”. El tercer “Desván”, era nieto del que bautizó Manuel, cuando estábamos relegados en la Secretaría de Planeación, pero en vez de desertar, recurrimos a un seminario para discutir los problemas del Colegio y prepararnos para el Congreso que no sabíamos tan lejano como 1991.

En realidad, me engañó, pero, como nadie me ha puesto de juez ni de Israel ni en la CDMX, ni tampoco quiero saber si voluntariamente o llevado por una clara tendencia a contar sus hazañas de estudios estadísticos de la población del Colegio. Pienso, con razón, que nunca me prestó los estudios terminados, porque tampoco los había comenzado. Más bien era un hombre que imaginaba proyectos, pero su voluntad desfallecía antes de atacarlos.

Nunca supe a ciencia cierta si era un informante del Director General, pero tras un período de apertura decidí ir cerrando mis intenciones y juicios, que no se dirigían a atacar al Director, pero podían ser citados como “indicios seguros” de conspiración.

Ríos me pareció envejecido, como si en los años que transcurrieron sin encontrarnos, se hubiera dado prisa en perder musculatura y verticalidad. De todos modos, sonreía, de la manera típica que me hacía dudar de su sinceridad. Sonreía únicamente con los dientes.

Nos sentamos en una mesa del centro y fui por su capuchino y mi *espresso doppio*, *e basta*.

No había que informarlo de los acontecimientos que amenazaban al Colegio, pero me interesaba conocer su diagnóstico de las probabilidades de una separación efectiva. No le creía tampoco, pero me proponía leer el subtexto, las connotaciones, aunque su idiolecto era llano como un libro de cualquier materia aburrida de secundaria.

No se negó, pero no quiere decir que me contaría lo que realmente pensaba, y menos todavía si lo que decía saber, lo sabía.

Sin embargo, comenzó con algunos hechos de los círculos, digamos terceros, de Rectoría, porque ni eran los del Rector, ni los del Secretario General, sino de los Secretarios menores o las Jefaturas de Programas o asesores. Sin embargo, en esos ámbitos suelen resonar dichos e intenciones, aunque se vayan deformando por las disfunciones de la memoria y por los intereses que ocultan o enaltecen los fragmentos de las palabras y las interpretaciones repetidas de los actos del Rector. Sabía que era así, pero también que iba a requerir hermenéutica para aprovechar su información. Incluso oyéndola al revés de su discurso.

Según Ríos, el Colegio no había dejado de perder imagen ante el rector, peor todavía, ante los Rectores de la última década, dos y medio, desde los tiempos en que activistas de Naucalpan acosaron la Dirección General y luego tomaron Rectoría, atropello que nadie impidió y que tuvo consecuencias lamentables y completamente inmerecidas para el Rector y para la Dirección General del Colegio, desde ese momento despojada de credibilidad y honestidad, con razón o más bien sin ella, porque sus

verdaderas carencias no eran las que el aparato de Rectoría le echaba en cara. Peor que imaginar conspiraciones contra el Rector era la sumisión de funcionario obediente adoptada por la Dirección antes de recibir las órdenes, en vez de comportarse como autoridad universitaria. Pero de eso hace más de 10 años, es decir, una eternidad. Y me estoy repitiendo.

Luego se extendió en la debilidad política del Colegio: los Directores carecían de prestigio académico y de liderazgo, nadie era capaz de convocar a su comunidad para defenderla de la amenazante expulsión de la Universidad, no había un plan de trabajo basado en datos duros, de los cuales, él, Ríos, tenía un acervo único para un estudio en curso (que nunca llegué a ver, y que seguramente él tampoco), nadie hacía preparativos para la batalla que comenzaría en el Consejo Académico del Bachillerato, coordinado por la maestra Arteaga de la Prepa y poco amistosa con el Colegio, mucho menos había la intención de informar a la comunidad de la verdadera condición de peligro que corría el Colegio y de convocarla a resistir.

Lo dejé hablar, porque además de la información que conocía, de pronto saltaban consideraciones y hechos no desconocidos, pero tampoco concretados en sujetos con nombre propio, predicados proféticos y fechas aproximadas.

Según Ríos, el no asistió a la reunión, la última de Junta General de Directores, simplemente todas las autoridades de la UNAM y los principales funcionarios, el Secretario General, por algo el Rector lo mandó por delante, para mantener una cierta incertidumbre acerca de su posición, anunció que la Comisión del Trabajo Académico y la de Legislación Universitaria se estaban reuniendo para afinar la propuesta para la separación del Colegio y su traslado a la Subsecretaría de Educación Media de la SEP, que recogía las contribuciones de reuniones de trabajo varias. Las comisiones se estaban dando por enteradas de las protestas de dos o tres Profesores Eméritos y de algunos Direc-



tores que anunciaban un levantamiento, posible, nada más, de la inmensidad numérica del Colegio.

Ríos sorbía su capuchino de vez en cuando, porque necesitaba seguir hablando. Su bebida más bien le importaba para tener la taza entre las manos y sentir algún apoyo. Percibí lo que supuse era un cierto nerviosismo, acaso porque pensaba que me estaba revelando misterios o secretos transmitidos bajo juramento de silencio, cuando, aparte de los detalles concretos, prácticamente su discurso confirmaba lo que sabía, y convertía en seguridad lo que imaginaba.

Luego me tocó jugar mis cartas, en realidad una sola, saber si estaba dispuesto a seguir conversando sobre la separación del Colegio. Lo hice como si su respuesta me interesara, pero no me angustiaba si se negaba a colaborar y era una manera de encaminarnos hacia el silencio de la separación. Traté de darle la impresión de que para mí el abandono de la UNAM era un problema académico y no un asunto político de vida o muerte. No era tal, pero sí de una importancia capital, algo así como jugarse la fortuna institucional entera a mi edad, que ha entrado con paso apaciguado en la última hasta ahora felizmente lenta etapa.

Me confesó que había aspectos que no quería revelar, en particular quiénes encabezaban las comisiones, por supuesto no quiénes las presidían, los nombres están en el sitio web de la UNAM, sino quién las lideraba y si lo hacía por cuenta propia o como portavoz oficioso de Rectoría. Era una información útil, pero que abría pocos espacios de acción, porque ya me iba a imaginar buscando a un director de instituto, para que aceptara discutir conmigo el futuro del Colegio y lo soportara con espíritu de quien desea conocer la verdad desnuda de sus condiciones institucionales periféricas y conducir, con un nuevo saber, las discusiones sobre el futuro de su Bachillerato.

Terminamos una segunda ronda de las mismas bebidas, mientras el recinto se iba llenando de señoras con bolsas de Liver-

pool y muchachas que cargaban sus laptops para trabajar un rato en medio de las conversaciones apagadas típicas de un Starbucks del Sur de la Ciudad, casi como si informalmente formara parte de CU.

Luego emprendimos una separación que, en los temas fundamentales, acaso no en la palabrería de conversaciones convencionales, yo al menos sabía que sería la última.

“**P**erdería fuerza, si me pongo a dar la razón a los alumnos contra los profesores de Matemáticas. Los alumnos llegan mal en Matemáticas después de Secundaria, pero hay demasiados profesores que no se esfuerzan por ayudarlos a comprender su lenguaje. Si no asisten a tres clases, algunos, no tantos, pero en los cinco Planteles, los expulsan del grupo y se quedan todo el semestre sin clase. Cuando llegan a quejarse en la Secretaría Académica, esta sabe darles largas hasta que se hartan y recursan o se inscriben en asesorías. A la mejor no aprenden, pero sí pasan. Algo es algo. Yo ignoro lo que sucede y así me libro de perder tiempo atendiendo quejas de alumnos y puedo dedicarme a leer sobre historia de la Física o las revistas que publican en otros Planteles, o mejor, artículos de investigadores de la UNAM en revistas internacionales. Nosotros, por lo menos tenemos dinero para editar revistas bien hechas, modernas. Nada que ver con Cuadernos del Colegio, muy tradicional, pero editada en el Departamento de Impresiones de Naucalpan, mucho antes de la digitalización y las tecnologías que empleamos. La diferencia entre nuestras revistas y las antiguas es que ahora son serias, arbitradas, aunque reconozco que las arbitro yo, sin leer los artículos, pero con un Consejo Editorial de profesores de buena fama, que no siempre asisten, pero votan, como hacemos constar en las minutas. Lo mismo hago con el Seminario sobre

*Modelo Educativo, al que asisten mis invitados, yo no siempre, pero firmo de asistencia. Hay otro grupo que trata de lo mismo, deben ser unos 20, pero ni ruido hacen y los ignoro sin esfuerzo. Ahí están mis adversarios más incómodos.*

*“Los alumnos se quejan y los enviamos, bueno, más exactamente mi Secretaria Académica los manda a la Coordinación de Asesorías y ellos se encargan de todo. Nosotros cuidamos la vida institucional del Colegio, cuyo punto esencial es la buena fama de la institución y de sus responsables y yo trato de acrecentar mis buenas relaciones con los funcionarios de Rectoría. No son la Junta de Gobierno, pero cada uno conoce bien a dos o tres, de modo que se puede ir construyendo una mayoría de imagen para el momento de la próxima designación.*

*“Tengo que intensificar los mecanismos de egreso de las dos generaciones que faltan, 2017 y 2018, para el término del periodo actual de la Dirección General. El año pasado comisioné a los Coordinadores de Tutorías y de Asesorías para que hablaran con los que evaluaron a los alumnos, en particular a los varios cientos que tenían pendiente una sola materia. Mi criterio es que, si los alumnos se esforzaron, merecen ser aprobados, aunque no hayan pasado las evaluaciones en su totalidad. Así premiamos el esfuerzo y no el éxito cuantitativo. Solo una maestra se negó a obedecer, alegando que ella no podía medir el esfuerzo de alumnos de quienes lo único que conoce es el nombre en una lista. ¿Cómo distinguir a los que se esforzaron —lo dijo con ironía, desde luego— de los que no? Ordené al Director del Plantel que no la vuelva a nombrar para asesorías, en especial de fin de curso, aunque es una maestra muy comprometida con los alumnos y los hace aprender, pero no se trata tanto de que sepan, sino de que pasen. Si no, ¿cómo mantener la fama del Colegio? “Un Colegio de reprobados”, como decía el libro de Gilberto Guevara Niebla, Una escuela de reprobados, pero no estoy citando.*

*“Lo indiscutible son las cifras, y a ellas me atengo, los porcentajes de egresados en tres años de cada generación, y nosotros hemos llegado mucho más lejos que el Director más reconocido por la vieja comunidad, por no decir la comunidad de viejos. Ellos trataban de construir un Colegio según un Modelo Educativo que no comprendían, más exactamente, el Director y dos o tres Secretarios sí se hacían cargo del Modelo y lo fueron definiendo, pero nunca lograron que la mayoría de los profesores lo atendiera a fondo. Tampoco ahora, pero ya no importa.*

*Yo estoy convencido, por mis propias reflexiones y algunas conversaciones, nunca con el exDirector del que hablé antes, ese y sus amigos cercanos persisten firmemente, tercamente, en crear el CCH, (lo pienso con negritas, porque para mí repetir este verbo desmesurado es irónico), pero tendrán que comenzar de nuevo, porque las Direcciones Generales últimas nunca se preocuparon para nada del Modelo, ni lo estudiaron ni trataron de incorporar a los nuevos profesores a sus utopías. Las de los profesores tercicos. No me cuento entre estos.*

*“Por eso yo he tomado otros derroteros, no las revistas que hacen brillar al Colegio, aunque edito Utopía (por cierto, el nombre lo impuso el primer Director General, habría que pensar en cambiarlo; Teorema, por ejemplo), sino las puras estadísticas de egreso, el cuidado del aspecto de los Planteles. En el fondo, quiero colocar al Colegio donde no se necesiten palabras, pero esté firme la imagen que tengo de un Plantel ideal, cualquiera y también los otros cuatro, sencilla y clara: los alumnos pasan y llevan una vida escolar tranquila en un ambiente que tiene algo de club campestre. No puedo imaginar cómo la masa de profesores se convertiría en cruzados de la academia. No puedo dejar de sonreír por dentro, en esta larga serie de pensamientos que voy formando en mi primer intento de planear cómo lograr una reelección sin contratiempos. Nunca diré abiertamente lo que ahora estoy pensando.*

*“Los viejos hacían política, fueron discípulos del Maestro Enrique González Casanova, de Pérez Correa y de David Pantoja, académicos destacados, muy destacados incluso, para no discutir. Pero nosotros somos otra generación, la que se apoderó del Colegio al comienzo del segundo decenio y ahora se parece más a una dependencia gubernamental, una Dirección General de Secretaría Federal, por decir algo. Seguimos el ambiente que se ha ido consolidando en la Universidad, aunque la academia sigue viva, pero relegada. El cambio se gestó en toda la UNAM, no podría discernir si por la intención de un grupo político, no importa para nada que haya sido priista o no, o por la inercia sociológica nacional, un problema de demografía, el cambio generacional acaso. Pero la preocupación predominante desde el segundo decenio del milenio ya no fue la academia, ni las costumbres y rituales, los protocolos señoriales de la UNAM todavía en el último tercio del siglo XX, ni el ejercicio de la política humanista, según decían, ni a quién le importe, sino las costumbres pragmáticas, la repartición de puestos y sectores, la impunidad de los activistas supuestamente de izquierda, incluida la supuesta izquierda de gobierno (la que tiene gobernadores y ahora mucho más, no sólo candidatos que nunca ganaban como antes), metidos también en el narcomenudeo que nadie atiende, aunque lo pidas. Para eso sirve la federación, a quien se atribuye la responsabilidad de combatir las drogas que terminarán por despenalizarse. Las suaves, claro.*

*“Personalmente no me ofenden las nuevas costumbres de poder, pero tampoco las endoso. Simplemente no gasto mis posibilidades sin cálculo, por puro sentimiento de una moral que nadie estima y, en consecuencia, no rinde. Quiero seguir siendo Director General o ¿por qué no? Secretario de Rectoría o Director de alguna dependencia del gobierno federal y voy a buscar cómo llegar. Abandono mis pensamientos como si apagara mi procesador de textos”.*

Es obvio que no estuve presente en la reflexión del Director a pocos meses del término de su mandato. Pero fui recogiendo briznas de hechos, comportamientos repetidos, rescoldos bajo los conflictos que se ocultaban; luego tracé líneas que atravesaban los círculos que configuran la vida del Colegio, de los aprendizajes, a las actitudes ante los profesores y más lejos el ejercicio provisional del poder en la UNAM. Y resultó esto, que ni condeno ni excuso.

Faltaba un año para el término del periodo del Director General. Iba a tratar de reelegirse, aunque no provocaba simpatías. No hablaba, musitaba. Dejaba que el Secretario General se echara las broncas en el Consejo Técnico, intervenía al final, como si estuviera considerando las argumentaciones y sopesando en una nube el valor de cada propuesta. En las sesiones, la mayoría numérica —nunca hubo un grupo que reflexionara acerca de la política que convenía al Colegio, como la Corriente Académica de Naucalpan o Convergencia de Alfonso— procuraba no tomar partido claramente, más bien se situaba en un nivel de generalidad alto, fuera de los combates cercanos a la realidad, sin duda, pero comprometedores.

Seguramente al terminar sus reflexiones recogió su libro de problemas matemáticos de Física y salió al estacionamiento. Era su último año, pero esperaba que el primero se repitiera. Mientras, cavilaba rodeado de soledad y silencio. No le faltaban compañeros, pero ninguno de verdadero peso en el Colegio. Académicamente su equipo estaba en quiebra. Ni a quien le importara.

Pero los desfalcos de una Dirección General fatalmente tienen efectos inevitables sobre la economía universitaria del Colegio.

**E**stoy dejando constancia en una numerosa y abrumadora lista de fragmentos que reconstruyen en su tristeza la larga caída del Colegio. Si estamos a medio mes de octubre, y, a lo que parece, de nuestra expulsión de la UNAM, convengo con mi enmudecida musa interior, en que viene bien detenerme un poco para relatar también lo que hemos estado intentando.

Inauguro un recuento de las acciones, que no pueden dejar de encallar en la desesperanza, aunque resistimos y persistimos con terquedad.

El lema de “todos los lunes, también los no laborables”, que obliga a reunirnos en vacaciones y califica los desayunos con Alfonso, se ha cumplido. Hablamos de todo, y van saliendo ocurrencias, nombres de posibles aliados, recolección de recuerdos y experiencias que terminaron bien, aunque tenían en contra, 10 a 3, las apuestas.

El mundo de 2025 no nos favorecer. Hay periodistas, adultos mayores todos ellos, Federico Reyes Heróles, Pepe Woldenberg, José Blanco, algún artículo de *Nexos*, los que podríamos llamar socialdemócratas que callan su nombre, que han tomado posición contra la mutilación del Bachillerato. Todos son exalumnos de la UNAM, de la época en que tuvo mayor influencia política en el país. Los dos gobiernos del intervalo panista fueron cuidadosamente ajenos a la UNAM. Tampoco nos atacaron. No



existíamos, ni en cuenta.

Sus argumentos de apoyo llegan incluso a recoger la novedad inicial del Colegio y sus aportaciones a la formación de un millón y cuarto de egresados. Pero están solos. La mayor parte de los periodistas corean al rector, con muy poco entusiasmo desde luego, o creen atender a deseos nunca públicos de la SEP y del Gobierno Federal y sus antifaces de silencio.

Según nuestros análisis, las fuerzas decisivas están en la Universidad y ahí hay que reclutarlas.

—El tiempo se nos acaba, debemos darnos prisa para llegar al encontronazo final con alguna posibilidad de detener la expulsión en los hechos. Hay dos etapas, la sesión del Consejo Universitario y luego la ejecución, pero ni siquiera sabemos cuánto tiempo habrá en el intervalo.

—Estoy de acuerdo. Por eso un punto estratégico es sacar toda la ventaja, o hacer disminuir la desventaja que podamos en la sesión de octubre probablemente, o tal vez en noviembre. El Día de Muertos sería ideal. Pero es un día inhábil en la UNSAM por contrato colectivo con STUNAM. Tras agosto y septiembre, los tiempos de comienzo de semestre, las comunidades se han incorporado lentamente a las actividades. Pongamos, pues, el fin de este mes.

—Una consecuencia lógica es que contamos ya con muy poco tiempo para trabajar con los Consejeros Universitarios. Tenemos la lista de mayo, hay que revisarla y reunir toda la información posible, los retratos políticos y universitarios de los que pensamos más cercanos a darnos algún apoyo. Te la envió de nuevo.

—Pero no a mi celular, a mi correo.

—El miércoles me voy una semana a Puerto Vallarta. Son mis vacaciones.

—Has hecho rendir esa afiliación. Tres veces por año. Pero no hay reclamo. Eso sí, pásate estos dos días pegado al teléfono. Además, puede usar el celular entre dos piñas coladas.

**E**l viento que, viniendo del Norte da la vuelta sobre Colima y Michoacán y, misteriosamente llega al Ajusco con su inexplicable frescura de Sur, despierta alegremente las hojas de los liquidámbares. En vez del calor que uno imaginaría inseparablemente unido a su origen sureño, pasa por las ramas de los dos encinos que, desde sus 10 metros de altura dan sombra a la banca de tablones fijados llaneramente a dos piedras enormes milagrosamente planas que salieron de la barda desmontada, cuando pude ampliar el terreno silvestre de mi casa.

Pienso en Javier, porque los dos encinos, que hoy en 2025 han crecido desde dos minúsculas plantas tiernas, de un palmo de alto, bueno, en mexicano “de una cuarta” de altura, que me regaló Javier, cuando se cambió de su casa de Ocampo, en el límite todavía entonces perceptible entre San Miguel Ajusco, pueblo de indios donde vivo, y Santo Tomás, localidad de españoles, los García, que han ido guardando ojos azules desde comienzos del siglo XVII.

Con Javier hablo seguido, en peninsular, con frecuencia. Vivo mi castellano en dos modalidades y las disfruto, la citada y el criollo, finalmente dispongo de dos hablas y junto en mi lengua las dos orillas del Atlántico. “Necesito” sí y “ocupo” ya no.

Javier y yo comentamos durante más de 30 años los acontecimientos, o la pobreza de hechos que merecían compartir

reflexiones. La semana pasada, estoy volviendo a la década precedente, y Javier ya no está. No repito la crónica sucinta de su derrumbe, tal cual.

—La semana pasada, le cuento en silencio, un grupo de 10 encapuchados, los números varían ligeramente según los narradores, nueve, 12, hasta 15. Los que los vieron llegar son los únicos que pueden testificar verazmente, pero ni siquiera fueron capaces de sonar la alarma, que no existe físicamente, pero gritar siempre está a la mano. Llegaron. La novísima Secretaria General, a la que con razón no puede reclamarse nada, no supo dar órdenes, porque sencillamente nunca había estado en ninguna batalla, ni ahora tampoco, porque los funcionarios ni siquiera intentaron cerrar la puerta que da al jardín que une, más bien separa, la Dirección General y los Consejos Académicos de Área.

“Los encapuchados, coinciden todos en su tamaño y sus actitudes usurpadas de veinteañeros como mínimo, subieron sin registrar ningún intento de contención, nada fácil desde luego cuerpo a cuerpo, uno rompió de una talonazo de su bota la puerta de cristal endurecido que da al pasillo de las oficinas principales, sacaron el disco duro de la computadora del Director y la rompieron también con sus botas (hasta puede reivindicarse como un acto de respeto: no intentaron leerlos), graffitearon sillones y paredes (ahí sí, !!), y las placas de bronce conmemorativas de los sucesivos aniversarios quinquenales del Colegio. Afuera un sol de primavera encendida llenaba de gloria el cielo de CU. El Director huido y refugiado, desde un cubículo del Consejo Académico del Bachillerato, estaba viendo cómo el grupo de asalto, sin encontrar resistencia (los administrativos se encerraron en su ala y no los molestaron), entraba al edificio y cómo lo insultaban. Pero no bajó, aunque sintió un impulso, llegó a la planta baja de los Consejos y algo lo hizo volver a subir a los ventanales de la oficina de la Coordinación del Consejo de Bachillerato, para dar seguimiento al asalto desde lejos y entre persianas.

“Indigna que te destruyan tu trabajo como objetivo central de la incursión. Eso significa la computadora aplastada. Ignoro si el Director General había guardados ahí documentos cuya publicación pueda resultar comprometedor, pero sin duda se trataba sobre todo de trabajo académico. Me encabrona sin más porque es una destrucción sin provecho para nadie, a no ser la humillación de que entren a tu espacio para despreciar tu trabajo. Lo comento a un Javier que calla insondablemente.

“Lo peor es el insulto a la producción académica, a lo mejor no tenía ninguna nueva teoría, pero seguramente al menos debe haber almacenado apuntes. Sus discursos no irán a parar a ninguna antología ni siquiera en 50 años, puedo apostar, pero nadie aceptará mi apuesta, porque estaré muerto en esos plazos, algo sabes de esto, cuando se publiquen todos los documentos. Y más que nada la indefensión del Colegio simbolizado en su Dirección General. Ni a David, ni a Darvelio, ni a ti, Javier, ni a Alfonso ni a mí me tomaron nunca la Dirección en tiempos normales. Incluso en la huelga de 99 la abandonamos, porque era la única Dirección de la UNAM abierta en el campus y nadie siquiera intentaba tomarla. Estábamos solos, tomamos las mejores precauciones a nuestro alcance para preservar las computadoras (ahí estaban entonces los secretos, me temo que ahora ni siquiera existen). Pero ahora la tomaron sin resistencia y la Dirección General, que puso a negociar al Secretario Académico, la recuperó porque, al parecer, este simplemente cedió en todo lo que pedía el grupo de fuerzas especiales de ¿Gobernación? ¿Un funcionario menor de Rectoría? ¿Y detrás, quién? ¿Nuevos exámenes para activistas fósiles no acreditados? Sí. ¿Ninguna sanción? De acuerdo. Y ahora, Javier, ¿qué toca?

(Un único sonido fuerte y al mismo tiempo pacífico me responde, traduce seguramente lo que dice Javier, pero mi entrenamiento para traducir no llega a tanto. Comprendo que es un llamado a la serenidad y a no ir más allá del límite entre la

indignación y la caridad: no puedo olvidar el respeto a los demás. Aunque tampoco se trata de olvidar la claridad del juicio para sopesar consecuencias y medir disturbios. Intento oír más allá del viento, pero el lomo de las corrientes que entreveran los dedos en las ramas de los álamos y colorines es un torrente oscuro, como una extraña noche a media tarde).

—Javier, aclaro, no dejes que solo decida, porque puedo equivocarme o agredir a los que hoy dirigen, medio dirigen es más exacta verdad sin falta alguna.

Llegamos en el jardín frente al CUC y vuelvo a los 80, al bebedero para caballos que se embocaba en el pozo, el brocal, o un sustituto para mantener fresca la memoria del destino de la construcción del siglo XIX. Fue el lugar donde bebían, entro otros viajeros, los caballos de la carretela de Maximiliano, camino de Cuernavaca. A lo lejos debía verse el pueblo de Coyoacán, ¿o era una ciudad? Y detrás el lago vivo, pero ya inexorablemente condenado a muerte por sequía de sus fuentes. Dimos la vuelta en silencio. Yo calculaba el alcance que podía tener el proyecto, pero llevábamos entonces 10 años de compartir, Javier y yo, ideas, sentimientos, esbozos, asaltos académicos, resistencia incluso a Rectoría, sin salirnos de la legislación, que considerábamos uno de nuestros mejores recursos.

Ahora en 2025, Javier me responde más vagamente. Es difícil, imposible para ser sincero y no tener que explicar nada, distinguir las unidades fónicas de su hablar de silencio continuo sin separación de fonemas, o con un solo fonema, porque el ser seguramente se nombra así y nosotros sólo somos capaces de decir lo uno dividiendo. Pero yo insistía con la esperanza de que me hablara en el espíritu, eso que está en el alma, pero es más que el alma, que es inteligencia, pero necesita arrancar sus conceptos y sus enunciados de la materia. Javier no, y no sé cómo realmente nos comunicamos, porque sucede, sin que quiera salir con que me comunico con el más allá, que a lo me-

jor debería nombrarse el más acá, porque está en el ser y el ser para nosotros queda dentro, debajo, sostiene y no flota sobre lo que adivinamos de realidad.

El viento no abandona su intento de recorrer el rostro del Ajusco, verdeazul y luminoso antes de perderse en la nube parda del esmog de la Ciudad de México, el estado más contaminado.

Un grito de mi voluntad se erige de golpe en el silencio: no hay que rendir al Colegio. Estamos amenazados y el ataque contra el Director General fue injusto y no debe repetirse. Tampoco podemos ignorar que un sector, pero ¿cuál? del poder ya lo rechaza, probablemente por lo mismo que no se presentó a defender su sede ni a discutir con los asaltantes, por lo menos para echarles en cara sus destrucciones y reclamar por los daños con que marcaron la institución universitaria del Colegio de Ciencias y Humanidades. Habíamos descendido varios escalones en la jerarquía del respeto institucional y en la autosuficiencia por lo menos para pedir auxilio. Cierto, no acostumbramos llamar a la caballería, hemos peleado solos y luego informábamos a Rectoría, como cuando fuimos a la Prepa Popular en Tacuba, sin resultados, por cierto, pero fuimos a meternos más allá de las fronteras de los vikingos sin dar por terminado su saqueo de Naucalpan. Sin miedo, primero; luego, con miedo, pero que no dejamos adivinarlo y mostramos rostros impassibles y firmes. El Colegio sabía ser fuerte.

Lo que más me preocupó tras mi diálogo con Javier del día de hoy, pero sin fecha, porque Javier ya no las reconoce, a 15 años de haber muerto desnucado en la procesión de las ofrendas un Jueves Santo, era qué correspondía hacer y que fuera eficaz. No lo sabía. Javier siempre me ha hecho falta. Más ahora que quedamos dos o tres con lo necesario para no dejar que el Colegio termine de hundirse en los cenegales del SNTE, al que equivale una CNTE igualmente *sindical* en el fondo, que no podríamos alejar, una vez que nos separen de la UNAM, como parece que sucederá.

Sí obtuve respuesta. No quiero, no queremos. Sigo.

Caminábamos como si hubiéramos convenido recorrer la Explanada Central de CU por sus orillas, primero los amplios corredores de Filosofía y Letras, de Derecho, de Economía, el sol tras el anfiteatro Antonio Caso, a punto de resbalar por su techo, los andadores tras Ingeniería y el camino hasta Arquitectura, recto en realidad, pero por sus jacarandas sin flores, se afianzan los bordes del otoño, sinuoso en apariencia ante mis ojos descuidados.

Hacía años que no tenía una larga conversación con Elvira, aunque le había guardado retazos coherentes, como una colección de fragmentos, recogidos de los episodios de mi vida en el Colegio que ahora estaban a punto de terminar. Porque nos vamos, nos estamos yendo.

Elvira se había jubilado hacía siete años, aunque con prisa volvió a participar en seminarios libres, que si la enseñanza de la Literatura, con el grupo de amigos de Naucalpan, de Azcapotzalco y del Sur, que si una charla negada en el Seminario de Modelo Educativo, además de su dominante vocación de abuela (y de madre, hay que decirlo) que el sismo de septiembre obstaculizó al empujar a su hija a vivir en Chiapas y depender en adelante de un vuelo para verla y a sus nietos.

La llamé al teléfono de casa, porque habíamos acumulado una larga serie de fracasos con los celulares, más por mi obs-

trucción, olvido o apagado, que por la suya. Pero ahora llevaba al menos un par de meses sin nadie con quien compartir no los planes de la resistencia, que eran inevitablemente colegiados, sino el alboroto de las olas de sentimiento, recuerdo y decisión.

Me pasa siempre, desde hace tantos años, que necesito hablar de lo que ocupa la plaza principal de mi ciudad interior, como si hubieran arrasado el Jardín de la Independencia y sus portales en mi Colima de adentro y yo estuviera solo en el centro, vivo así, únicamente acompañado de mis terquedades. Y alrededor la ciudad tiembla como en abril de 1941, cuando mi madre y yo escapamos de la muerte bajo el derrumbe de la casa, ella corriendo y yo acomodado en su vientre de seis meses preguntándome sobre la prisa de mi refugio de placidez y sangre compartida. Caminábamos, lo más lentamente que era posible, sin perder el ritmo decidido de sus pasos.

—No me arrepiento de haber pasado toda mi vida en el Colegio, de haber soportado épocas de vacas flacas, y negras. De algo debe haber servido. Pero esta amenaza a punto de cumplirse, pinche acuerdo del Consejo Universitario, una parte sustancial es culpa nuestra, de los Directores Generales que cometimos errores e interpusieron, me atrevo a decirte que yo no y los demás no todos igual, sus intereses al destino del Colegio y fueron dejando caer la institución a pedazos en el basurero incivil de los acotamientos del camino en que la metieron.

—Sabes que eso mismo me cansó hasta decidirme a la jubilación, pensé que no valía la pena seguir sembrando sal en el desierto. Porque ni a semillas llegábamos ya. Quería dedicarme a enseñar libremente a leer a otras gentes, sin informes burocráticos ni reglas que no iban más allá de hacer pesado el cumplimiento, pero no se preocupaban de llegar a ser ni racionales ni productivas.

—Cuando te fuiste, pensé que no volveríamos a hablar del Colegio, digo, desde nuestro sentimiento, personalmente, como



podríamos, y lo hemos hecho, hablar de nuestros hijos, aunque todo esto haya terminado brutalmente. Pero ahora bajo los pórticos de Derecho, no te cuento lo que ha estado pasando en el Consejo Universitario...

—Pido información. ¿Cómo estuvo?

—Sabes que lo que puedo contarte es de segundas lenguas. Hubo una sesión de varias Comisiones, en marzo tras un trabajo al parecer de un año, de Trabajo Académico, de Legislación Universitaria, álguienes de Patronato y el presidente en turno de la Junta de Gobierno, el Secretario General y el Coordinador de Información Universitaria, además de la comisión, abro comillas, “de expertos”, cierro comillas y digo expertos con minúscula, que formó el rector para preparar el acuerdo y explorar las objeciones que se harían en la sesión decisiva del Consejo Universitario y resolverlas antes o tener argumentos para desbaratarlas. El intento de disuadir a los Consejeros cercanos que se nos ocurrió con una ingenuidad extraña, en la Plaza de Santo Domingo, no tuvo mayor efecto, pero nos enseñó que la oposición deberá ser mucho más eficaz, es decir, violenta política no físicamente. En esas ando.

—Siempre hemos sido claros. No cuentes conmigo. Me fui para estar en paz, el Colegio agotó lo que pude darle y le di. La verdad es que ni siquiera tengo ganas de hablar contigo, porque estás obsesionado con el Colegio, no me lo explico, ya te dio todo, ¿qué más quieres lograr?

Mientras habló, me miraba un poco de través con sus ojos claros y ligeramente burlones, ahora firmes y encarando mi destino que ya no compartirá jamás.

—Gracias, de cualquier modo. La verdad es que no tengo muchas opciones de conversar desde adentro.

El sol del espacio ya más vertical sobre la Explanada era un sol otoñal, fuerte pero no doloroso como había sido su ataque despiadado en la primavera del 25, meses antes.

Llegamos a Arquitectura y aceptó un café, aunque no era su afición predilecta. En la cola cambió de opinión y pidió un té negro.

Volví a casa como cayendo sin término. Es casi de noche y podré ver un par de episodios de alguna serie policiaca de Netflix. El sueño retomará los fragmentos de mi entereza y armará un nuevo artefacto con figuras desconocidas pero perceptibles como equivalentes imperfectamente a otras reales, o soñadas por falta de atención, para sostener mañana la lucha comenzada, pero lejos de terminar y más todavía de obtener la victoria.

—**M**e gusta enseñar Matemáticas, Cálculo, sobre todo. Los alumnos descubren otra manera de razonar muy diferente de los argumentos que inventan en sus discusiones. Aquí hay reglas, partes de principios que pueden demostrarse y generan innumerables razonamientos para resolver problemas que, al plantearse, parecen no tener ninguna solución.

“Yo le ponía problemas a Andrés, a los 10 años. Por ejemplo, cómo se pueden medir los metros cuadrados de la concina de la casa. La conoces, no es muy grande y tiene un piso de mosaicos rectangulares azul claro. Pero tiene que averiguar la superficie sin pasar de la puerta.

“Al principio “no se puede”. Eso dice siempre, pero le pico el amor propio y termina sentado en el suelo con una hoja de papel de reúso y un lápiz. Lo dejo solo y que me avise, cuando tenga la solución. Al rato, varía el tiempo según las dificultades que resolver.

—Ma, ya lo tengo.

—A ver, ¿cómo?

—Comencé y contando los azulejos que hay a lo largo de la cocina y luego los de lo ancho. Como desde la puerta puedo medir los azulejos cercanos, medí su longitud y saqué multiplicando los azulejos hasta el fondo la medida de la cocina a lo

largo. Lo mismo con los del lado, pero la medida es menor, porque entonces la medida de cada uno es su anchura. Multiplicas longitud por anchura, es un paralelepípedo y ya está. ¿Puedo ir a jugar fútbol con mis cuates?, aquí abajo en el estacionamiento a estas horas no hay pocos coches y entran despacio.

—Es un principio de aplicación amplia. Hay que encontrar una medida básica, que puede ser de una variedad muy grande, yo diría que infinita o interminable, para no confundir conceptos. Luego completas con otros datos, siempre son medidas y relaciones entre medidas.

“Los alumnos de Cálculo suelen tener un nivel al menos ligeramente superior al de la población masiva del Colegio. Toman la materia los que van a las Ingenierías y muchos están picados con las Matemáticas.

“Cuando comencé a enseñar en 73, en el Plantel Sur, todavía el programa de López de Medrano incluía problemas de lógica, que eran interesantes, por ejemplo, cómo debe atravesar un río el viejo que tiene una gallina, una bolsa de maíz y una zorra. No quedaba claro de dónde salía la zorra, pero la barca no podía llevar más que un animal u objeto a la vez, además del viejo, claro. Si se lleva el maíz, la zorra se come a la gallina, y si deja la gallina con el maíz, no habrá tortillas. No es terrible, pero los alumnos discutían y terminaban por encontrar una regla que dice que no pueden estar del mismo lado del río un animal que se come a otro o al maíz, mientras el viejo hace cada travesía. Puedes juntar la zorra y el maíz, porque no le gustan las palomitas, por ejemplo. O los puentes de Königsberg y el recorrido entre las dos riveras pasando por todos los puentes. Luego se olvidaron las unidades de Lógica y el programa se volvió más tradicional, porque había demasiados pocos profesores de Matemáticas. Demasiados Ingenieros de la UNAM y, en esto peor, del Poli, más dados a operaciones matemáticas, que suelen terminar en un algoritmo que se repite sin término.

La manera de López de Medrano era más creativa y divertida, por retadora. No es lo mismo resolver un problema con seres vivos que con números y signos abstractos”.

Rosario era Secretaria Académica de la Unidad del Ciclo de Bachillerato. Juntos rematamos la faena de la Actualización del Plan de Estudios, porque además sabía escribir y corregir algunas burradas que se colaban, no muchas, pero una era demasiado. Produjimos textos finales en un español válido. Ella coordinó también la elaboración de las tres etapas de acercamiento a los programas institucionales de Matemáticas, con paciencia y tenacidad, porque no podían salir mal.

Inventamos también el *Cuadernillo de Orientaciones*, que contenía las propuestas de trabajo de apoyo a la docencia para los planes de trabajo de los Profesores de Carrera. Hicimos los cinco primeros y los *Cuadernillos* pasaron al inventario de recursos académicos anuales del Colegio. Años más tarde comenzaron a repetirse, pero cumplen ahora más de 30 años. Son más tristes.

Cuando mi memoria recorre conversaciones empaquetadas en no sé qué enredos neuronales de mi cabeza, hechos e invenciones docentes me confirman en que tirar al Colegio por la borda del navío de la UNAM encallado, no encanallado, es un despropósito. Porque no es que la Universidad haya adelantado tanto que el Colegio haya quedado rezagado. Más bien es la mirada cerrada que no deja entrar tantas innovaciones, tantas profesoras reunidas en una colina de normalidad educativa, es decir, en cinco Planteles donde muchos construyen cada día auténticas escuelas y justifican que merezcan ser portadores de este sustantivo simple y esencial, cecechacheros.

**E**l OXXO frente al Plantel daba para pasar la hora ahorcada entre dos grupos con un café acaso no auténtico, sino falsificado en parte industrialmente, pero a final de cuentas de un sabor cuyo engaño uno terminaba por aceptar no habiendo otro. Las 11 de la mañana reunía las condiciones para sustituir los encuentros en los cubículos de las áreas, con cafeteras desprovistas, rodeadas de vasos blancos abandonados como restos arqueológicos de un funcionamiento mejor dos días antes.

—¿Se enteraron del llamado a defender el Colegio?

—¿Quién no?

—Yo no acabo de creérmela. Tengo un hermano en la Facultad de Química y me dice que hay profesores que están en contra.

—Es que Química, además de Facultad Madre del Colegio, curiosamente siempre ha organizado cursos. Herrán, Andoni Garritz, Barnés todos se interesaron por el Colegio, pienso que no solo para tener alumnos de nuevo ingreso del Colegio que hubieran revisado y observado el Sistema Periódico por lo menos durante media hora. También creían en el proyecto del CCH.

—En Filosofía no hay profesores a los que les importe el CCH, o son muy pocos, En Letras se quejan de que no han leído *El Quijote* entero o por lo menos una novela de Valle Inclán o de la Pardo-Bazán, o memorizado el soneto de Quevedo, “Podrá

cerrar mis ojos la postrera...”, ¿ya lo corregí? No, así va. Por lo mismo, y se equivocan, según ellos los alumnos no saben leer y menos redactar con propiedad. Tampoco es que en las carreras de Letras te enseñen a hacerlo, no digamos en alemán o en italiano, sino en español.

—Cierto, en Lenguas Clásicas la traducción te obliga a buscar la exactitud y te entrena a escoger las palabras y a producir versiones. En realidad, no redactas tú, sino el autor del texto original. Lo imitas en español. Pero aprendes a redactar por tu cuenta.

—¿Qué vamos a hacer para defender al Colegio? Los profesores fundadores y los más viejos dicen que se puede. Pero todavía no proponen nada, dos o tres manifiestos y el volante de la semana pasada, *made in Naucalpan*. Se parece a los volantes de la época de hostilidades en los 80 entre los Bolcheviques y la Dirección, que ganó la guerra, me ha tocado encontrar algunos entre los papeles de mis hermanos.

—Lo que más me molesta es que en la UNAM, un poco menos en las FES, desprecian lo que enseñamos. En Matemáticas unos 40 profesores tenemos la Maestría de MADEMS. Pero en Ciencias siguen diciendo que lo que le falta al Colegio es que los profesores sepan. Equivale a que somos ignorantes. Luego añaden que en los cursos de la Facultad enseñan ciencias, pero no les toca enseñar a enseñar. Dicen que no son pedagogos. Una pendejada. No son pedagogos, tampoco nosotros, pero ¿cómo son profesores, si no tienen ni idea de cómo aprenden los adolescentes celular en mano? Con ellos no nos entendemos, por eso los colegas se van a los posgrados del Cinvestav o de la FES Acatlán o a la MADEMS. Menos pedantes.

—Híjole, 11:40. ¿Otro café? Le pago tres chicos, señora. Creo que no es correcto imaginar que los profesores viejos, los que firmaron el último volante, se hagan cargo de todo. Hay que organizar algo así como una brigada de intervención académica

para defender al Colegio y que los alumnos saquen cuentas de que perderán, ellos o sus hermanos, el pase reglamentado.

—Yo pienso que debemos incluir en el plan de defensa que se impartan todas, lo digo subrayando, todas las clases de todas las materias todos los días. Que no comience la desbandada incluso antes de que el Consejo acuerde la expulsión que parece inevitable. Pero dar las clases y presumir de ellas es la mejor defensa. Por una parte, demuestra que tomamos en serio nuestro trabajo. Por otra mantenemos a los alumnos interesados en aprender y eso es la esencia del Colegio. De modo que pongamos en orden, no hablo de madrearlos, a los faltistas, finalmente son cinco o seis.



**C**ristina Carmona Zúñiga, de papá aviador oaxaqueño y madre sinaloense, apareció en el Colegio en los primeros Cursos de Selección de Taller de Lectura. Coincidimos en el grupo, pero no hablé con ella, porque no había recesos y yo salía corriendo para recoger el Volkswagen prestado por mi cuñada y volver a la Nueva San Rafael.

Pero nos encontramos otra vez en Talleres del turno matutino de Naucalpan. Cristina todavía se convirtió, más allá de una simple silueta tímida, en el motivo de mi primera intervención en la disciplina de un grupo. No recuerdo, o más bien recuerdo que nunca supe, en qué había consistido exactamente el desencuentro que tomaba dimensiones de choque. Alguna medida que tomó, acaso con mal cálculo, extraño en ella, faltaban 15 años para que se convirtiera en Cris, más sencillo y tierno, y, sin discusión para mí, la mejor profesora de Lectura y Relación, habilidades de lengua atadas entre sí en un nudo interminable y ascendente.

Vino para pedir ayuda. Sabía ocultar sus sentimientos, un pudor bien educado, pero sentí una angustia que escondía en su voz baja, y me alarmó que a un grupo se le ocurriera cambio de profesor. Teníamos un mes de clase y no era hora de comenzar con tales enredos.

Baje al salón. Los alumnos callaron, pero hervían, estaban a punto de desatar protestas contra su profesora.

Tuve que aplicar la táctica de hablar de otra cosa, sin dar la impresión de que no trataría el tema. Hablé de la participación y de la responsabilidad de hacerlo con utilidad para el grupo y guardando el respeto entre los interlocutores. Pareció que el grupo entró al camino que sí podría llegar a alguna parte.

Dí la palabra a los que alzaron la mano.

—Profesor, ustedes nos han dicho en todas las clases que podemos decir lo que pensamos. Nos gusta esta manera de tratarnos en el Colegio. Pero Cristina nos ha estado amenazando. Es cierto que a veces el grupo se aloca, y la profesora no puede imponer el orden. Y se enoja...”.

Cristina iba a responder, pero le toqué el codo y comprendió.

—...y amenaza con expulsarnos del grupo. No se vale. Si hay democracia, podemos discutir y tratar de ponernos de acuerdo, pero sin que te tengas que cuidar de que te echen fuera.

—Yo creo que los compañeros exageran. El grupo es revoltoso, más los chavos que nosotras, que somos la mitad del grupo, tampoco es que estemos en minoría ni de adorno. Muy pronto levantan la voz en las discusiones de grupo y se arrebatan la palabra. Se comportan maleducados. Tienen que aprender a respetar el orden de palabra, según la haya pedido cada uno.

—En mi opinión la profesora se pasa. Aguanta tres minutos de gritería y luego golpea una mesa de las de adelante, bueno aquí no hay delante y atrás, porque hay dos pizarrones, pero ella se queda en el lado de la puerta. Digo, golpea con el borrador en la mesa, porque nadie la oye, o eso cree ella. Queremos trabajar sin amenazas ni golpes en las mesas.

Me tocaba apagar el incendio. Me tiré a fondo.

—Solo faltó que me dijeran, y lo lamento, porque lo han discutido y lo callan, que quieren cambio de profesora. Lo que yo pienso es que, si las divergencias han subido tan alto, también podíamos pensar en cambio de grupo. Pero ni una ni otra es la solución propia del Colegio. Las dificultades se resuelven, no se enconan.

Como nadie, ni yo, sabía que significaba “cambiar de grupo”, pero sonaba a medida extrema y que los afectaba, los alumnos se inquietaron, de modo que buscar una solución negociada cobró tintes de salida deseable.

Hice una pausa, pero nadie pidió la palabra. Esperaban más del Coordinador del Área.

—El Colegio respeta a sus alumnos, porque son personas y todas merecen atención, ser oídas. Pero tienen también el deber de oír y, en un salón de taller, poner atención al trabajo general. No están aquí como chavas y chavos en sus cuartos de su casa. Todos deben colaborar a que no se vuelva imposible una discusión abierta de todo el grupo. La democracia se aprende y se respeta. Todos pueden hablar y tener opiniones, si saben dar las razones por las que las sostienen. No es del estilo del Colegio golpear con un borrador, no a los alumnos, nadie se ha quejado de eso, sino de que les parece violento que la profesora trata de volver al silencio indispensable para oír democráticamente las opiniones de todos. Si en lugar de oír a todos se ponen a discutir en grupitos de cuates o a gritar y es imposible oírse, destruyen el trabajo del grupo entero y eso no es democrático. De modo que el pacto que les propongo es este:

1. Se trata de que todos puedan discutir, pero este derecho conlleva la responsabilidad de dar razones de lo que se sostiene.
2. La profesora es el árbitro de las discusiones, o su presidencia, por lo que tiene derecho de pedir silencio para que todos puedan ser escuchados.
3. No se vale hacer minidiscusiones de grupitos de amigos, porque el grupo se despedaza y la variedad de opiniones se pierde.
4. Vamos a evitar desórdenes extremos, porque ustedes pierden el autocontrol, al que en el Colegio le apostamos, y la profesora tiene menos maneras de recobrarlo.

Pregunto si hay puntos que puedan modificar o mejorar esta propuesta”.

Nadie pidió la palabra. Cristina retomó el control:

—No crean que me gusta golpear la mesa con el borrador. No me gusta gritar ni parecer violenta. Pero no hay manera de hacerme oír. Tampoco me gusta golpear la mesa. Vamos a recomenzar a respetarnos. El mejor camino, por de pronto, es el trabajo en equipos de seis, con alumnas y alumnos. No se vale juntar en un equipo a su pandilla o a sus amigas del alma (risas). ¿Vale?

Salí del salón para no retrasar el trabajo que ya comenzaba.

Nuestra cercanía comenzó a crecer en las reuniones de academia, en la elaboración de materiales para preparar los exámenes de extraordinarios de Taller de Lectura de Autores Griegos y Latinos y luego de Clásicos Españoles e Hispanoamericanos, sobre todo en la huelga de trabajadores, en 72 al borde de la renuncia del Rector. Podíamos aprovechar el tiempo para hacer las guías de las materias. Y comenzamos a reunirnos en casa de Cristina, en una cerrada de nombre astronómico, ¿cuál constelación?, al comienzo de la Calzada Ermita Iztapalapa. En esos días el café todavía no era indispensable. Para que uno se refine, requiere madurar. Pero el trabajo era amistoso y productivo. Y la casa de Cristina era amplia y silenciosa.

En los paros, conviene mantener el trabajo de las escuelas cerradas. De otro modo los profesores caemos en la depresión, porque el tiempo se alarga lentamente, como si esperáramos que los huelguistas podrían volver a llenarlo de actividad en cualquier momento. Pero exigencias y negativas de aumentos desorbitados siguen coincidiendo y es lo único que mantiene las falsas mesas “de diálogo”. Y las esperas vacías.

Cuando la Coordinación del Colegio creó las Secciones de Área con un Encargado al frente nombrado por la Dirección de cada Plantel, para tener el apoyo académico en toda la extensión de los saberes que debían aprender los alumnos, Cristina fue

mi primera Encargada del Área de Talleres. Tenía la confianza de los profesores y la mía entera. Seguramente, además, había comenzado a crecer entre nosotros una amistad de cuyo valor humano profundo no tengo dudas, pero tampoco adjetivos para determinarla. Era una amistad ancha que incluía un diálogo sin programa, pero del que aprendí enormes territorios de saber para enseñar a leer. Y un afecto de los que enriquecen sin necesidad de declaraciones.

Luego la incorporé al equipo central de Dirección del Plantel como primera Secretara Docente, lo que incluyó la multiplicación de los contactos. Pertenecía al grupo de quienes comíamos en el mercado de Naucalpan o en Plaza Satélite.

Cuando terminaba mi segundo periodo, ella y yo, en una comida en el Vips de Echeagaray decidimos que la mejor opción para el Plantel era Agustín y promovimos su candidatura. No pretendo decir que la impuse, ni siquiera que hice campaña, Cristina se encargó de esta operación. Dejé el Plantel y a poco tiempo ella se cambió al Sur, porque le ahorraba ya entonces, eran los 80 corridos, muchas horas semanales de trayecto kilómetro a kilómetro entre su casa y Naucalpan.

Omito el Programa Nacional, la actualización del Plan de Estudios y los nuevos programas, ahora de Lectura-Redacción, una sola materia. Estoy tratando de traer a la mirada la figura de Cris Carmona como profesora de grupo de Talleres y no la multitud de actividades en las que colaboramos.

No lo supe día a día, sino por etapas, pero Cris se convirtió, sin comparación posible, en la profesora del Área de Talleres que continuamente innovaba en el Colegio. Sabiendo que mi escritura de su trabajo será pobre. Intentaré incorporarla a esta memoria del Colegio.

En su última etapa, Cris había adoptado la opción de buscar textos de lectura que interesaran a los alumnos, partiendo de lo que ya los atraía para ascender algunas gradas en la literatura.

No consideraba tan importante que hubieran leído *Fuenteovejuna*, que también leían, sino que experimentaran el placer de leer. Mucho de Daniel Pennac antes de leerlo.

Luego derivó, ignora las etapas y los ritmos, estaba ella en el Sur, donde adquirió rápidamente autoridad académica, y la veía menos, pero resultó una experta en series de las cadenas digitales que provenían o se acompañaban de textos. Un ejemplo claro es *Guerra de tronos*. Cristina llevó el Taller de Lectura a una cumbre, transitoria seguramente, pero difícilmente alcanzada por ningún otro. Había seguido 40 años buscando cómo hacer que los alumnos disfrutaran de participar y lo lograba.

El número de lecturas o la tradición escolar llegaba en posiciones posteriores. Mezclaba comics, películas, videos y textos literarios, de cuya calidad siempre pudo dar cuenta. Así el Taller era un almacén de diversión e interés académico. Leían sus alumnos *Ana Karenina* de Tolstoi y *Androide Karenina*, la reescritura de Ben H. Winter, sí, bastante más de mil páginas, de modo que el taller era una colección abundante de aventuras, donde aparecían también *Moby Dick* y *El corazón de las tinieblas* de Conrad.

Para completar una descripción certera de su estilo, refinado y simple, en ella estos adjetivos nunca parecieron contradecirse, había también asimilado los recursos de la digitalización al alcance de teléfonos, tabletas y computadoras, según las posibilidades de los alumnos. Renovaba cada semestre un sitio web donde estaba el programa operativo, la lista de textos que leer, el calendario de lecturas y de verificaciones, las evaluaciones. Los alumnos subían sus trabajos a la plataforma, Cris los evaluaba, anotaba observaciones razonadas, porque, si no, ¿para qué hacerlos trabajar, si ni siquiera comprendían por qué habían recibido un 7 o un 10?

Ha sido la mejor profesora de Taller de Lectura, incluso a más de 10 años del adormilado golpe de volante de su hermano

que llevó su coche, cerca ya de Acapulco, a pasar a los carriles en dirección a México, y destrozar a Cris en un aplastamiento despiadado contra no supe qué vehículo, del que apenas debe haber tenido un destello fugitivo de conciencia, si no estaba también dormitando en el lugar de su muerte, del que ya no pudo despertar a este mundo.

Es terrible pensar en la muerte de Cris, pero también despiadadamente amoroso imaginar que no transitó por las penumbras angustiosas de un intento de vuelta a una conciencia ya sin apoyo de un cuerpo destrozado.

Ahora que viene como una tormenta de las que en Colima denominamos “culebras”, con rayos incesantes y entrecruzados y una carrera de nubes negras que se te echan encima, sin considerar que únicamente saliste de paseo, si está cubriendo el cielo bajo del que no puedes abrigarte, la desbocada arremetida contra el Colegio, sostengo el alegato de que si el Colegio pudo originar a una Cris, y al mismo tiempo Cris dar impulso al Colegio en un Taller de Lectura que sembró en adolescentes originalmente distantes por sus aplicaciones en el celular, el placer de imaginar historias leídas en centenares de páginas, es insensato y estúpido declarar que el CCH no merece ser reconocido como universitario.

Recordar a Cris es saber que está aquí dirigiendo secreta y suavemente mis dedos torpes en el teclado de mi computadora.

**N**os habíamos encontrado repetidamente en el corredor que viene de la zona de bancos de Perisur los días de quincena y los encuentros se reducían a un “Buenos días, Doctor” y “Hola, gusto verte”. Él había ganado la Distinción Universitaria para Jóvenes Académicos en Humanidades, enseñaba Historia de México 1 y 2, nada mal para sus treinta recién pasados.

Pero los acontecimientos de este octubre inicial nos deben haber convertido en cómplices desconocidos y ya no bastaban los contactos huidizos de las veces anteriores. Ya más cerca de las escaleras eléctricas, al salir del corredor financiero, el tema obligado de los profesores del Colegio y del futuro de los alumnos era inevitable.

—¿Qué me cuenta doctor, usted que anda en las alturas? ¿Nos van a separar de la Universidad?

—Hace años que no paso de la Planta baja de la Torre. En realidad, tengo la información que todos conocen, pura certidumbre de desdicha y la tozudez de resistir. No sé nada nuevo o que no sepas.

—En el Sur el Área de Historia está por los suelos. Todos hablan de la hostilidad del Rector, pero nadie propone nada para oponerse. Las Áreas no son ni sombra de lo que dicen que fueron. Yo llegué al Colegio, hice el Bachillerato en el Madrid,



con su hijo Ignacio, pintamos un mural que todavía no han cubierto de blanco. Pura pereza de la Dirección, más que estima. Pero ahí sigue.

—Nacho siempre estuvo orgulloso, sobre todo de haber vencido al Director, y a la Directora del Bachillerato, de que los hayan dejado pintarlo. Pero volvamos al Colegio. Creo que tenemos una enorme fuerza, por el número, pero también somos la base de la que parte la formación universitaria, aunque eso a nadie le importa. Se imaginan que podrían sustituir a nuestros egresados con alumnos provenientes de las escuelas privadas. Está bien, el Madrid tiene un 80% de aspirantes al examen de admisión exitosos. De ahí descienden las cifras primero lentamente, el Alemán, el Colegio Americano, el CUM etc. y luego se va derrumbando el ingreso del enorme resto de aspirantes de origen diverso hasta completar los 185 mil del año pasado.

—Me interesa qué piensan hacer los profesores fundadores, aunque la mayoría ya se jubiló. Cuando pienso que solo quedan en la lucha usted y Rito. A Rito lo conocí en un ciclo de conferencias en el Sur, son los únicos Directores Generales que quedan activos, entreveo en este hecho un símbolo de la realidad institucional del Colegio: se ha perdido.

—Te faltaron los dos últimos. El penúltimo, que venía también de Naucalpan, mejoró varios aspectos, pero tienes razón, el Colegio ha sido abandonado, sobre todo porque muchos han perdido la esperanza de lograr lo que nos proponíamos en 71: el mejor Bachillerato de México, innovador y modelo. Lo hemos logrado a medias, quizá obedeciendo a una ley de la Historia, más modestamente, del comportamiento de los grupos humanos. Pasas de las ilusiones fáciles y terminas chocando contra el acantilado de granito de la realidad, que es indiferente a los proyectos. Pero no nos hemos rendido, de modo que espero tu apoyo.

—La verdad, doctor, es que me estoy yendo. Me ofrecieron una cátedra en la Universidad del Valle de México. Y ahí no van

a expulsarnos de ninguna universidad. Estoy contento, porque tendré dos materias de Licenciatura y un Seminario de Posgrado. Nada mal. Poder hacerlo con dignidad se lo debo al Colegio, me han entrenado con mucha generosidad. Sobre todo, trabajar en el seminario de la maestra Araceli, con Jaime, Isabel, Luis, la maestra Villavicencio, me quitó lo novato y me echó a caminar por mi cuenta.

—De verdad siento que te vayas. Tengo una convicción infundada, como muchas de mis ideas, más bien nacidas de la intuición y el deseo, de que nadie se va del todo del Colegio, sigue siendo un cecechero, ahora, por ejemplo, jubilado o egresado, o antiguo profesor. Nadie puede abdicar de su condición de haber sido constructor del Colegio, o creador, si lo prefieres. De modo que cuando, pronto, sepamos qué hacer, te vamos a invitar. Ya me queda claro que a través de Jaime podremos restablecer el contacto.

—Cuenta con ello, doctor. Me alegro de haberlo encontrado. Nunca dejaré de ser del Colegio.



# CUARTA PARTE

*Fluctuat, ꝛnec mergitur?*



Cuando llegué al restaurante Azul y Oro, la mañana era apenas fresca, a pesar de estacionarse en octubre, y me senté en la mesa de la esquina derecha, para ver los espacios que rodean al teatro Ruíz de Alarcón en el Centro Cultural Universitario. Quería un lugar sin interrupciones para intentar diseñar una representación gráfica, de las fuerzas que se alinearían en una u otra de las disposiciones de batalla para continuar la pelea por el Colegio.

A media taza de café y un croissant caliente, me di cuenta de que tenía a mis espaldas, mesa de por medio, a dos directores de Facultad, Ciencias y Filosofía, digamos simbólicamente el Colegio de Ciencias y Humanidades y la Universidad misma y los Altos Estudios de los inicios al comenzar el siglo xx.

No puse atención, porque mi ocupación era otra, pero hablaban en una voz que el silencio de la mañana acrecentaba y no sé qué pedrada en el centro del lago de su diálogo me hacía llegar ordenados círculos de conversación. Obviamente no transcribo, reconstruyo para recoger el sentido de sus opiniones.

—Ayer tuve entrevista con el SG. Tengo cinco plazas de jubilados que no me han devuelto para contratar nuevos profesores. Desde la política de austeridad, Hacienda intenta incluir las jubilaciones en sus reducciones de presupuesto. Se hacen, pero lo peor es que no entienden que nos faltan profesores, da la

casualidad de que somos una facultad y tratamos, más o menos, de formar científicos sólidos, no de calidad, que es una frase hecha y gastada, pero sí biólogos que se ocupan de aportar en la conservación de la biodiversidad o físicos que no tratan de competir con los americanos, pero sí de encontrar aplicaciones a nuestro alcance. Y, mira, los estudiantes inventan mucho más de lo que desde fuera se imaginan. Sobre todo, en Cibernética.

—Yo he estado pensando en las maniobras de Rectoría para separar al CCH. Por de pronto soy egresado de Naucalpan, era un Plantel serio, un club campestre gratuito por lo demás. Pero estudié filosofía más por los profesores de Talleres que por los filósofos locales. No me tocó la época de Vargas, Oscar de la Serna o de Kaminski, entonces exiliado, luego volvió a Buenos Aires, y el nivel había bajado en la materia. Pero las lecturas de novelas de Dostoievski, además de una obligatoria, *Crimen y castigo*, leí *Los Hermanos Karamazov*, *Ana Karenina* y *Los endemoniados*, me hicieron reflexionar sobre la Condición Humana, frase que te hace repensar en Pascal, en Malraux y en Hanna Arendt. Bueno, terminé filósofo y me escabullí de los neopositivistas.

—Voy a escribir tu biografía, pero ¿qué piensas de la propuesta del Rector que será el punto de la próxima sesión extraordinaria del Consejo?

—Estoy en contra. Dos argumentos: uno, de corte de pleito rastrero: Las Facultades, la tuya y la mía, no me digas que hacemos esfuerzos, lo sabemos, pero ¿rinden al 100%? ¿Y el Rector realmente guía a la Universidad sintetizando los cambios culturales, complejos, por cierto, que nos envuelven como torbellino? Si no llega al 100%, el Rector debería renunciar y cerraríamos nuestras facultades. El Colegio forma un 20% de sus alumnos de primera, luego el 50% más de sus egresados es tan mediano como los de la Prepa y un porcentaje quizá un poco mejor, es el de los mejores bachilleratos incorporados: el

Madrid, el Colegio Americano, el Alemán. El TEC se cuece en su caldo propio y no me importa, qué bueno que estén bien, aunque construyan mal sus edificios. Las demás escuelas no tienen las ambiciones del Colegio.

—¿Qué piensas hacer en la sesión? Yo veo este tema de Consejo como una posibilidad de mostrar posibilidades de rumbo ante la comunidad, ten la certeza de que muchos analizarán las intervenciones y los votos, todo se sabe, y si no se inventa. Bien, los líderes de opinión distinguirán las fuerzas del Rector y la oposición, cuántos no apoyaron la iniciativa, de la que el Rector no puede desentenderse, hasta lo tratamos hace quince días en el Colegio de Directores, Por cierto, te acuerdas seguramente, el del CCH presentó una petición de que no se siguiera adelante, pero argumentó con poca firmeza. Vuelvo a la medida de las fuerzas. Es una oportunidad de que una parte importante de la UNAM, y mido importante por lo menos con un 40% de los votos del Consejo. Si llegamos al 50, se hablará de fractura profunda y se debilitará ipso facto la candidatura del Rector para la reelección. Yo estoy en esta perspectiva.

—Coincido en la oposición a la repetición. Sin duda, espero que por fin haya un Rector de Humanidades, con tu perdón...

—No te preocupes, no me importa, tampoco ha habido de Ciencias desde Nabor Carrillo hace 80 años...

—...pero creo que hay que aclarar a la opinión pública lo que significa que 60 Consejeros, claro, todos los alumnos y menos investigadores, pero, en fin, voten contra la propuesta del Rector, porque la ligereza de una parte de la prensa no especializada, no los del Cinvestav o de la Universidad Autónoma de la CDMX que escriben en diarios, puede ignorar el sentido que tendría un voto significativo contra la separación. Hay que insistir en que, en la fundación de la Universidad Nacional, que somos nosotros, el Bachillerato se incluyó como el primer grado universitario, se estudiaba en la Preparatoria, pero la Universidad reconocía



los estudios del grado de Bachiller. No veo por qué separar no todo el Nivel Medio Superior, de la Preparatoria el Rector no ha dicho nada, es incoherente, porque no pueden decir que la Prepa es diez veces mejor que el CCH. No jodan.

—Cierto, es una incoherencia, no sé qué haya hecho alguno de los Directores Generales de la década pasada, porque el último ha tenido una gestión sin grandes sobresaltos. Pero los Planteles no son el Director General, felizmente, me parece. En síntesis, parece tratarse de saldar una cuenta con una institución que no puede acusarse de responsable de faltas, si es el caso, de otros en otras épocas. Aunque no forme con sobresaliente al 100% de sus alumnos”.

—Yo he hablado con todos los Directores de los Institutos y Centros de Humanidades. Todos tienen un grupo en el Posgrado de mi Facultad. No todos coinciden, pero puedo contar con la mitad. Algo significa. Otro par se hace guaje y pretende no dar color, pero callarse es confesar la inconsistencia y una debilidad disimulada.

—En la Investigación científica todos van a jalar. No quieren que el Rector repita. Es más, mejor derrotarlo antes para que no esté ocupando inútilmente un lugar de la lista. Mejor la llenamos con candidatos que la comunidad sí pueda apoyar.

Pidieron la cuenta y no supe si compartieron los gastos o uno de ellos pagó. Pero algo dijeron de la inflación y los precios. Ya no me importaba. Seguí mirando la fuente y más cómodamente el corredor hacia el Estacionamiento 3. Nadie apareció. El Colegio podía parecer abandonado. Era falso, lo era ese día y lo es hoy. En una guerra de trincheras, líneas del frente estáticas, no hay que sacar la cabeza. Ya sonará el pavoroso y desquiciado clarín de asalto.

**V**i su silueta en la puerta de vidrio biselado de mi cubículo. Distinguí solo que se trataba de una muchacha, menos que tanta percepción, de una mujer. No esperaba a nadie.  
—Adelante.

—Buenos días, doctor. ¿Tiene tiempo? No hice cita, pero tuve que venir a la Comisión Técnica, aquí enfrente, a arreglar un asunto de mi concurso por mi plaza de Tiempo Completo y lo vi. Si puede, me gustaría hablar del Colegio, de lo que está pasando.

—Siéntate, no estoy especialmente ocupado. Pero lo importante de los ataques de rectoría al Colegio son hechos públicos, se dan vuelo periódicos y televisoras. No tengo más información.

—Lo sé y he seguido los acontecimientos desde hace medio año, pero tengo una pregunta. ¿Por qué cree que vale la pena defender al Colegio? Usted lleva más de 50 años y sigue. Me imagino que a veces se debe sentir cansado.

—Soy de familia obstinada. Me canso a veces, pero sé que lo que vale, merece que uno persista. Mira, para entendernos, doy por hecho que los profesores definitivos seguirían enseñando en el Colegio entregado a la SEP, a la Subsecretaría de Educación Media Superior. La pregunta sobre lo que vale la pena, tiene sentido solamente si se aborda en la perspectiva de la vida académica del CCH. No es lo mismo ser parte de la UNAM que ser una dependencia del Gobierno Federal. Te

pongo un ejemplo simple. En la UNAM hay requisitos para dirigir un Plantel y procedimientos para designar autoridades en la Junta de Gobierno. En la SEP, basta que seas del mismo grupo o amigo de un político en el poder, en alguna de sus formas, formal o eminencia gris o caudillo de grupo de invasores de terrenos, y te nombran, aunque nunca hayas sido profesor, ni te interesaría serlo, ni tengas la mínima idea de lo que te correspondería hacer. Lo he visto en platea del circo. Ponen de funcionario a dirigir una preparatoria, un plantel del IEMS, a un funcionario que días antes se atrincheró en su escritorio para resistir el cese que le había impuesto su jefe en la supervisión de mercados. Otros ayudaron el gobernante en turno a esquivar un problemota de intento de asesinato de policías federales. De ahí a funcionario educativo.

—Bueno, yo no me propongo dirigir nada. Soy profesora y me encanta enseñar Química.

Casi se sentía ofendida, porque bajo la descripción que acababa de ofrecerle, era inevitable la posibilidad de que ella sintiera en entredicho su honradez. Lo captó así. Pensé que valía la pena seguir hablando.

—Está bien, me alegro. Aunque no es deshonesto dirigir un Plantel, si tienes la capacidad de hacerlo y obtienes, digamos, la promoción siguiendo las reglas institucionales y no las recomendaciones de algún poderoso. Pero tomemos el problema por el lado académico. El Colegio sigue siendo, a pesar de su medio siglo, una institución que no ha renunciado a su tarea de innovar en la Universidad. Innovar por cuenta de una escuela que dependa de la SEP no es tan fácil. Digámoslo claro: no se puede. Porque las cámaras votan una ley y hacen la quinta reforma educativa que al siguiente periodo se convierte en otra “mal llamada reforma educativa”, aunque la novísima termina por ser igual a lo que el Estado hacía con la educación en 1935. Y no me declaro en contra del carácter “socialista”, irreal de

hecho, de la educación cardenista, sino rechazo la ausencia real de ideas y la dudosa capacidad de ponerlas en práctica.

—Doctor, suena bien, pero yo veo al Colegio, ahora en 25 y casi desde que entré y comencé a conocer mejor lo que pasaba, desde hace al menos seis años, estancado, patinando con las cuatro llantas. He tenido la suerte de haber entrado a un seminario, no creo que lo conozca, el SEQUIM de Naucalpan, que fundó el profesor Jesús Maza, lo debe haber conocido, porque fue uno de los profesores fundadores. Poco antes de llegar lo habían cerrado durante un año, creo que, por una arbitrariedad de la Secretaria Académica de entonces, no recuerdo su nombre, pero luego se recuperó o decidió seguir trabajando con los profesores nuevos, aunque esa tarea no estuviera en el Cuadernillo de Orientaciones.

—Ahí tienes. No hay que esperar a que las autoridades tomen siempre las iniciativas. Pueden hacerlo y es legítimo, pero también los profesores pueden hacerse cargo y dirigir proyectos por su cuenta, estén apoyados en PAPIME o Infocab, o no. Eso no sería posible en el marco jurídico de la SEP, porque la libertad de cátedra es un principio universitario, pero no de la educación federal. Por eso vale la pena seguir en la UNAM. Trabajar en un grupo que elabora colegiadamente la docencia de una materia es una concreción de la libertad universitaria y posibilidad de su pertinencia. Por eso nos declaramos en rebeldía.

—Pero creo que vamos a perder. Ya me siento admitida en su ejército. Yo también creo que la libertad de enseñar es de la Universidad, porque la ciencia no pertenece al gobierno, lo he leído en un discurso de Justo Sierra hace algunos meses. Pero siento que Rectoría es muy fuerte y que está manejando a los directores de Educación Superior y de la Investigación.

—No es tan sencillo, también en San Juan repican las campanas. No, hay un poco de todo, seguramente hoy, en vísperas de la sesión del Consejo el rector tiene mayoría, pero lo que

queremos lograr es que esta mayoría no se enfrente al mero silencio de quienes tienen razones sólidas para oponerse, ni sea claramente aplastante. Si lo logramos, no vamos a ganar ya, pero tendremos una base para despegar y atacar. Yo no sé, pero digo que no hay que rendirse antes de acabar la pelea.

—Gracias, doctor. Me dio gusto platicar con usted.

—Gracias a ti por venir a enterarte de otros puntos de vista que no son los de la *Gaceta UNAM*. Y no creas que desprecio a la *Gaceta*, pero en estos tiempos obviamente defiende las posiciones del rector, que también tienen que ver con su deseo evidente de tener un segundo periodo. Seguramente entonces echaría fuera a la Prepa. Espero que la Prepa no se engañe.

— **C**ontinuemos, es el punto 3 de la agenda de esta reunión de equipo A, toca una nueva evaluación de las condiciones previsibles en las que nos veremos, tras la separación del Colegio en la sesión del Consejo Universitario de finales del mes, si no hay ventaja en posponerla. Me permito un recorrido sintético de las condiciones, como se presentan hoy, a cosa de dos semanas de distancia.

“Los Consejeros conocen desde marzo el proyecto de cambio de la composición de la UNAM que resulta de la adscripción del CCH, por de pronto, a la SEP. Resumen: 1. La intención de Rectoría ha sido públicamente anunciada; 2. No ha habido reacciones importantes, el clima general es de tranquilidad, parecería que la comunidad como tal no se ha conmovido; 3. No podemos atenernos a que no habrá ninguna reacción, pero al parecer, tras los años de preparación oculta de esta decisión riesgosa, en particular por el trabajo acumulado de desgaste de la imagen institucional del Colegio, que rectorías anteriores al menos permitieron, el Colegio dista mucho de su presencia de los primeros 10 años del siglo, para no hablar de los 90; 4. Internamente la comunidad está dispersa y disminuida por la pérdida o el retiro de la mayoría de sus líderes académicos tradicionales, pero los profesores se inquietarán por la permanencia de los estímulos, sin duda inciertos en la condición de adscripción a

la SEP; 5. Quedan algunos líderes y no hay que despreciar su obstinación, mayor tal vez que su habilidad política, y su capacidad de provocar una reacción por intereses escolares, el pase reglamentado, desde luego; 6. Hay otro problema que tocará intereses importantes, qué pasará con las escuelas incorporadas, que sin su escuela modelo no parecen justificarse.

“Dicho lo cual, quiero conocer sus apreciaciones al día de hoy, 8 de octubre, sabiendo que el panorama puede transformarse en los días que faltan y los siguientes a la sesión del Consejo, con probabilidades hasta fin de año.

Los Secretarios y Coordinadores habían comenzado a tomar su café. La reunión era reducida, 10 en total, Secretarios y Coordinadores. Y el responsable de la Seguridad, con minúscula en el organigrama, encargado de recopilar información también con teléfonos intervenidos y computadoras hackeadas. Cuando uno conoce estas funciones, simplemente no revela nada importante ni por correo ni por teléfono ni lo guarda en una computadora oficial. Para eso hay otras y personales. El espionaje ha terminado en una entidad de desperdicios.

—Señor Rector. Comienzo el recorrido. Efectivamente la condición de la comunidad del Colegio es de dispersión y debilidad. El Director actual, que termina en marzo del 26 su periodo ha intentado con algún éxito, en las huellas del Director anterior, merecidamente nombrado Secretario Académico de la Coordinación de Humanidades, curiosamente los dos fueron profesores en Naucalpan. El director actual ha estado promoviendo el trabajo colegiado, pero los numerosos profesores que ingresaron al Colegio después de 2010, la mayoría de los profesores actuales, no han respondido con entusiasmo. Se han mostrado más comprometidos los recientes, los que sustituyeron a la última gran oleada de jubilaciones, del 20 para acá. En resumen, la comunidad responderá a la decisión de exclusión del Consejo Universitario, incluso pienso que habrá una batalla en la sesión

de octubre, pero será la minoría. A la Universidad en general el tema parece no importar demasiado, aunque hay un número alto de profesores exalumnos del Colegio en Facultades y FES. En resumen, hay una fuerza que no podemos simplemente desdeñar, menor, pero que, en un tiempo desventajoso por su brevedad, puede emprender, no hacer culminar, un sinuoso recorrido para pesar en el proceso, más allá de las fechas fatales. Creo que no debemos limitar nuestra evaluación al proceso formal, sino considerar el tema en su amplitud social y en las repercusiones, los efectos colaterales del enfrentamiento.

—Coincido en parte con el análisis de Pedro, pero pondré el acento en la dimensión política amplia del conflicto. Propongo que Comunicación Universitaria comience una campaña, que calificaré de “desprestigio de perfil bajo”. En concreto, se trata de ir dejando pasar información no publicada de las estadísticas que muestran las insuficiencias del Colegio, sin comentarlas más allá de lo necesario para su comprensión en el ámbito nacional. Un ejemplo son los resultados de los cursos de nivelación en Matemáticas de Ingeniería, aunque son de hace algunos años, pero en ellos se veía que los alumnos del Colegio no solo no están preparados, sino ni siquiera podían obtener los conocimientos indispensables en los cursos de nivelación. Podía hablarse de un caso extremo. Sabemos que sucedía lo mismo con todos los alumnos que cursaban el curriculum remedial, pero no necesitamos publicar todos los resultados, sino los que nos convienen. Hay otros ejemplos que no vale la pena enumerar aquí. A lo mejor con esto perdemos Ingeniería, que aparecería incapaz de remediar las carencias de sus alumnos, pero me parece probablemente irrecuperable de cualquier modo.

—El tema de las incorporadas no ha sido considerado. Vale la pena recordar que las incorporadas pueden pesar mucho, porque se trata de varias instituciones que confiaron en la seriedad de la UNAM, adaptaron sus planes de estudio, lo que



establece un compromiso cuyo incumplimiento, desde luego no buscado, pero sí derivado de las nuevas condiciones, no dejará de incomodar. Se trata de escuelas cuyos alumnos ingresan a Estudios Profesionales de nuestra universidad por concurso de selección en mayoría, a veces en la práctica totalidad. El Colegio Madrid, el Colegio Alemán, etc. Son escuelas de prestigio y dan servicios educativos a una clase media acomodada y en su mayor parte educan a hijos de parejas de profesionistas, egresados de la UNAM, o de la UAM, en la actualidad. Gran parte de sus directivos son egresados de la UNAM. Puede también intervenir e influir en sectores externos a la UNAM. Hay que considerarlo y determinar si puede haber alguna forma de que sus alumnos no resulten perjudicados. Terminar el ciclo sería un paso indispensable.

—Señor Rector, si me permite... La información recogida, y verificada sobre las condiciones políticas actuales de un movimiento de resistencia probable, puede resumirse en tres puntos. 1. Hoy no existe un movimiento, sino apenas reacciones y preparativos no comprobados todavía lejos de convertirse en una fuerza, digamos, atendible. 2. No puede excluirse un salto, no inesperado, pero hoy todavía no perceptible, a una reacción fuerte, hasta violenta, de alumnos y exalumnos, estos de procedencia múltiple, desde académicos destacados, profesionistas de buena posición social, y la muchedumbre de los alumnos actuales, frustrados de su pase reglamentario a Escuelas y Facultades. 3. Se trata de una posibilidad sin cabeza, no hay líderes reconocidos de una multitud tan disímbola, que sin embargo puede encontrar un terreno de convicciones compartidas.

“Para luchar contra esta amenaza, hemos duplicado las intervenciones telefónicas y el seguimiento con personal encubierto, de los cinco o seis líderes históricos. Es curioso pero verificable, usan poco sus celulares para discutir. Casi todas sus computadoras están cuidadosamente limpias y selladas. Usan otros con-

ductos, no sabemos cuáles, pero seguramente de tipo tradicional y en desuso. Yo apuesto a entrevistas personales o reuniones en grupos pequeños para tratar sus asuntos, que podemos suponer centrados en cómo contraponerse a la exclusión del Colegio, en lugares tan generales como las alcaldías de Coyoacán, Álvaro Obregón o Tlalpan, pero no en restaurantes universitarios como La Casa del Académico, El Cardenal, el MUAC. Por lo demás, no está claro que puedan ahora recuperar la influencia que tuvieron, pero sí debe considerarse que tercercos sí son. Tienen mucho orgullo herido y están convencidos con argumentos académicos del valor del Colegio y lo van a defender. Tienen poco tiempo, es nuestra ventaja, pero los movimientos que se apoyan en estudiantes, y aquí los 60,000 del Colegio, cuentan con un ejército de reserva que puede movilizarse en semanas, si los que dirigen aciertan en temas y acciones.

—Coincido con el Coordinador de Seguridad Universitaria. Yo quiero proponer que este grupo cree un equipo que intente hablar con los probables líderes, para hacerles ver que están luchando contra los propósitos de la Universidad misma. Todos ellos se consideran universitarios responsables y su comportamiento ha sido desde hace decenios claramente institucional. Recuerden que el Colegio trabajó contra el paro de 99 manteniendo las clases. Pocos lo hicieron. Una interlocución inteligente puede crear sentimientos de responsabilidad, y hasta de culpabilidad, ¿por qué no?, que ayuden a aminorar la respuesta multitudinaria.

—Señor Rector: si tomamos en cuenta la sesión preparatoria de marzo, mi opinión es que contamos con los votos necesarios para que se apruebe la propuesta de separación del CCH. No pienso que los profesores del Colegio, porque los alumnos harán lo que puedan planear y plantearles los pocos profesores de la vieja guardia todavía activos, son gente, hay que considerarlo, que, aunque viejos, no han perdido del todo influencia en el ima-

ginario del CCH. Siguen soñando que están llamados a innovar, a crear un Bachillerato de avanzada, a pesar de sus fracasos, y de algunos éxitos notables, no hay que menospreciarlos. Pero en el conjunto de las fuerzas de la comunidad general de la UNAM, cuentan poco. Pienso que el trabajo central es mantener a los Directores unidos alrededor del señor Rector y que estos hagan un esfuerzo para agrupar a los consejeros profesores en apoyo del proyecto. No creo que puedan juntar más votos que nosotros.

—Gracias, señores. Asigno tareas para que los responsables de cada sector se hagan cargo: 1. Una evaluación del estado de ánimo de la probable oposición: ¿Hasta dónde creen que van a llegar? ¿Violencia contra la torre de Rectoría?; 2. Probabilidades de extensión de la resistencia más allá de los Planteles y egresados, en otros sectores educativos y en la sociedad; 3. Personalmente me haré cargo de mantener comunicación con Gobernación y la Presidencia con moderación, de modo que no pueda suponerse preocupación o indecisión de Rectoría, pero sí un análisis claro de las dificultades; 4. Formar grupos de apoyo en las Facultades, de profesores y, seguramente en menor medida, de alumnos para posibles manifestaciones públicas de apoyo a Rectoría, todavía no acordadas, pero que puede convenirnos promover. Finalmente, voy a pedir al Secretario General que intensifique el diálogo con los Directores de Facultades, Escuelas e Institutos y que les solicite que hablen con los consejeros profesores y alumnos de sus dependencias. No podemos dar por resuelta la votación en el Consejo Universitario el último viernes de este mes. No nos confiemos. Muchas gracias a todos.

**P**rofeoras y profesores del Colegio salieron, los imagino, atravesando los espacios que nadie sabe si son corredores pequeños o cubículos que defienden su estatuto con los escritorios y monitores de las secretarias. Nadie levanta la vista, pero se siente flotar un saludo amable, más explícito si has estado varias veces en el séptimo piso, aunque ya no entras por el elevador del estacionamiento subterráneo, porque no eres funcionario y Genaro, el ascensorista, de respetuosa sonrisa, pero nunca zalamero, se jubiló hace ya cuántos años.

De todos modos, ver un grupo cambia la mirada de vigilantes y secretarias del escritorio de información. No pasa de ahí, sobre todo cuando ha visto antes ya a alguien, pero probablemente el protocolo exige avisar a un jefe de Seguridad Universitaria y siguen algunas precauciones que terminan por no aparecer. Espero que hoy todavía lo hayan hecho así.

Los profesores del Colegio, tres ellas y dos ellos, bajaron sin hablar hasta que las puertas se abrieron y el ascensor hizo sonar su leve siseo para recordarles que estaban en el subsuelo de Rectoría.

Había sido una visita al Secretario General para exponer la inquietud, e indignación, por el proyecto del rector de separar al Colegio de la Universidad, que, seguido de una discusión a ratos violenta, había sido presentado formalmente al Consejo

Universitario a mediados de marzo, de este 25 de memoria, que puede escapar de ser infausta, porque no nos hemos rendido.

Con el Secretario la indignación se mantuvo en términos moderados, dada la magnitud del atropello, pero también había firmeza en el rechazo. No amenazaron, expusieron, se portaron como universitarios de la vieja escuela, “la vieja guardia” que nos endilgan los oportunistas que no tienen nada que inventariar de servicios al Colegio y a la UNAM todavía menos, y de aventuras irrepetibles. Tras la toma del poder académico por las academias en los años de los 70, don Henrique nos enseñó, otros no lo aprendieron, a movernos sin violentar los límites a la vez precisos y de anchas márgenes de las normas y costumbres universitarias.

—Doctor, gracias por recibirnos. Estamos muy inquietos y la comunidad con nosotros. No tenemos una misión formal, no ha habido una consulta general ni somos una comisión designada. Hemos tomado la iniciativa de solicitar esta entrevista, porque el Colegio nos importa, 50 años no han desgastado nuestro compromiso. Nos oponemos, con todos los recursos que caben en la legislación universitaria, a que nos echen a la calle. El proyecto del Colegio es universitario, lo aprobó el Consejo Universitario y nosotros lo hemos desarrollado toda la vida, respetando siempre la normatividad de la UNAM y ampliando la colegialidad y la participación de los universitarios, aunque el Estatuto General no haya recogido hasta ahora muchas de nuestras innovaciones. Otras sí, en el Congreso Universitario, que por cierto hoy nadie recuerda.

—Bienvenidos. El señor Rector me encomendó con insistencia que los escuchara y tomara en cuenta sus puntos de vista. La situación actual no es un invento de la UNAM, sino una repetición de la incorporación de la Enseñanza Secundaria a la Secretaría de Educación Pública, que antes estaba al cuidado de la Universidad, cuando hizo universal la Secundaria. Nos dejaron

Iniciación Universitaria, que forma parte de la Preparatoria, en el Plantel 2, como ustedes sin duda saben. El país ha crecido y ahora toca el turno al Bachillerato, que es ya obligatorio y el Estado Mexicano quiere tenerlo bajo su responsabilidad directa.

—Que el gobierno quiera robarse el Bachillerato de la UNAM no extraña. Siempre hacen lo que se les ocurre, como las 80 reformas educativas que nunca se terminan y se acallan. Nos tocó la RIEMS, la “1” es de “integral”, que se quedó sin combustible, cuando se trató de entregar el financiamiento que había prometido Zekely, un buen Subsecretario de Educación Media Superior, a quien seguramente hicieron renunciar, cuando estaba llegando la hora de cumplir con los financiamientos y las reclamaciones comenzaron a llegar. Las Universidades se pararon en seco, quedaron rastros, pero el plan perdió su ambición. Ya no se volvió a hablar de los Bachilleratos de primera división, evaluados por una comisión que verificaba si habían desarrollado todos los programas académicos y administrativos. Pocos cumplieron. Como el presupuesto nunca llegó, se detuvieron, pienso. Ahora va a pasar lo mismo, prometen, pero el Colegio se verá todavía más desprovisto de lo necesario para avanzar.

—Eso es cierto, doctor. Yo fui Secretaria de Planeación, en la Dirección General anterior del Colegio. Nosotros no comenzamos con la insistencia, bueno, con la lata, pero insistimos y nunca nos dieron ni equipo ni conectividad inalámbrica. Los Planteles siguen desconectados. Es el colmo, porque, por ejemplo, Naucalpan y Acatlán, están cerca uno del otro, pero Naucalpan no tiene conectividad. Los profesores usan sus teléfonos, el Plantel está muerto, la FES no. Y sé que desde 2001 el Colegio planteó el problema, antes de tener los Laboratorios de Cómputo que nos construyó el Rector de la Fuente. No queremos ser pordioseras de la SEP.

—Creo que sacan mal las cuentas, si piensan que no habrá reacciones fuertes de las comunidades. Olvídense de aumentar

el equipo de bomberos, pero los alumnos se van a movilizar, y los profesores también. No es un asunto personal, por las cualidades faltantes del Rector o sus errores, hablo en un plano de probabilidades desapasionadas, sino que nos importa el Colegio. Nada personal, pero a nosotros todo nos afecta profundamente y no estamos dispuestos a ver perderse el Colegio sin razones serias. No me digan que la autonomía sirve solo para que la policía no detenga a narcomenudistas, en realidad el Cartel de la UNAM, o a asesinos que vegetan en CU. Sería el colmo. El Rector ha dicho que la comunidad debe defenderse dejando de consumir marihuana. Estamos de acuerdo con el enfoque de fondo: la comunidad defiende su Colegio. Lo haremos. Lo hará, aunque nosotros, es un ejemplo, no lo proponemos.

—Tomo nota. No me asusta la claridad, así hablamos los unamitas. O así deberíamos hablar siempre. El Colegio ha sido claridoso, pero no violento, o no tanto como su leyenda pretende. Transmitiré sus razones al señor Rector. Ojalá encontremos una solución satisfactoria. No olviden que también están las presiones del Gobierno Federal y el problema del pase reglamentado, que pesa en la opinión pública. Muchas gracias.

El Secretario General acompañó a los cinco profesores hasta la puerta de la sala de reuniones. La mesa de madera brillante quedó con ondulaciones de ecos y del otro lado de la explanada la Torre de Humanidades II, que se habían asomado a duras penas a la conversación, retomó su compostura visible. En el auditorio del último piso en 1992 el Consejo de Humanidades había discutido y rechazado la separación del Bachillerato antes del Congreso Universitario de aquel año.

Cuando salieron, me dicen, el Secretario seguía sentado de nuevo en la cabecera de la mesa, solo, mirando la pantalla en el otro extremo de la sala. No había estudiado en el Colegio, pero la mitad de sus compañeros en Ciencias Políticas venían del CCH. Muchos amigos. Entre los mejores alumnos tal vez los ceceha-

cheros predominaban. Quién sabe. Lo que había comenzado para él como un asunto de trámite se estaba convirtiendo en un problema institucional de primer orden. El Colegio no se parecía mucho a las hordas curiosamente aguerridas y autogestivas de las que oyó hablar a sus primos cuando estaba en Secundaria.

Finalmente había comenzado a estimar a los profesores del Colegio en la auscultación para formar la terna para sustituir a un Director General que había agotado sus posibilidades de gobierno. Había de todo, los que apoyaban al Director General saliente, con frases hechas, malhechas, como “el Director es académico. Ha dado conferencias y es especialista en Epistemología”, o “El Colegio ha estado en paz estos años, si hay cambio vamos a volver a los años de desorden en los Planteles”, “Es hora de que los llamados fundadores se retiren y nuevos funcionarios dirijan al Colegio”, pero también quienes escribían documentos que hacían circular entre todos los miembros de la Junta de Gobierno a la que explicaban, y les hacía falta, el Modelo Educativo del Colegio, que el Director saliente había ignorado totalmente, o incluso lo confundía con la imaginaria “formación integral”, otra expresión del enciclopedismo.. Había aprendido a estimarlos, pero el Rector se sentía acorralado entre las comunidades del Colegio y sus aliados, los tenían, por una parte, y el Gobierno Federal por otra, más a través de Hacienda que de la SEP. Pero estaba en su penúltimo año avanzado y le interesaba el visto bueno del Gobierno Federal, para no toparse con un veto en el momento de su ambicionada reelección.

Pidió otro café, que llegó en dos minutos. Afuera el sol de finales de septiembre, el año escolar 2026 había entrado en su navegación de crucero en toda la Universidad y el viento elevado empujaba los resplandores fugaces de nubes que tenían la intención de ensombrecerse y caer en una lluvia densa a eso de las tres de la tarde. Una ligera melancolía se insinuaba en el fondo de su pensamiento hasta ese momento apaciguado. Cuán-



tas batallas que nunca había deseado emprender. Sin saberlo, le hubiera gustado retirarse con los profesores del Colegio unos minutos antes y volver a un Plantel silencioso para hacer planes de contraataque. No había sido su destino, pero extrañamente le generaba una cierta nostalgia.

**H**a terminado de despegar octubre y un otoño soleado se apresura a dorar ciruelos y fresnos en el Ajusco. No hay flores, aunque seguramente los rosales anuncian con sus botones la intención de reincidir. Los pinos y el pasto sostienen su verde que durará, mientras no caiga una granizada violenta o hiele de pronto y los mastuerzos rojos y amarillos se quemen sin remedio. Los pinos resistirán, vikingos al fin de cuentas, por pura inercia genética. Y los rosales florecerán de nuevo según un calendario que ocultan a mi miopía.

Tras las líneas que escribí hace dos meses, en pleno verano presa del ciclón Flora, han sucedido acontecimientos que me obligan a transitar de mis proyectos de profesor sin obligaciones institucionales precisas, si no son las que voluntariamente decido asumir, a abordar este momento decisivo de la historia del Colegio de Ciencias y Humanidades. En cierto modo habrá fragmentos más cercanos a la crónica simultánea que al relato de memoria.

Hoy recorro un miércoles cualquiera, sin signos especiales que adelanten lo que va a suceder con nosotros, los profesores del Colegio, que con nuestros alumnos somos el Colegio. Sé con certidumbre que, en sectores importantes políticamente, pero desviados de una visión auténtica de lo que ha significado la UNAM, y el Colegio en ella, en los últimos más de 50 años,

se ha ido confirmando una voluntad siniestra de separar al Colegio de la UNAM.

Y me importa, lo he repetido tantas veces, porque siempre, desde mi adolescencia, imaginé que trabajaría en la Universidad. Una noche, merendando solo en el comedor de casa, a los 13 años pensé que estudiaría Química en la UNAM, de la que nada sabía, y luego trabajaría en ella. En los años siguientes olvidé la Química y me absorbió la Literatura, luego la Filosofía y la Teología y finalmente el Doctorado en Estudios Literarios en la “ancienne Sorbonne”, Université de Paris, como terminó por denominarse en las reformas de Edgar Faure tras las aventuras profundas que nos dejó Mai de 68 a los estudiantes de Francia.

Y así ha sido, pero no quiero llegar a mis últimos días, fuera de la Universidad en un Colegio adscrito a la Subsecretaría de Educación Media, dominado por un sindicato, seguramente la Coordinadora Nacional de Trabajadores de la Educación, sección 9, que domina en la Ciudad de México. Ni madres.

En las últimas semanas he tenido conversaciones dispares. Por una parte, desayuné en El Cardenal con Ricardo, ayudante del Secretario General de la Universidad y antiguo profesor de Historia del Colegio. Me puso al tanto no solo del peligro, sino también de las maniobras de Rectoría, para llegar a un acuerdo que resulte aceptable a los sectores de Facultades e Institutos que todavía resisten a los planes del rector. No es que valoren tanto al Colegio, aunque varios de ellos, probablemente la mayoría, estudiaron su Bachillerato con nosotros y aprendieron a valerse por sí mismos, a seguir estudiando y aprendiendo, a encarar los problemas de las ciencias que, según corre el siglo, se vuelven más complejos y abordables únicamente para quienes no se contentan con repetir lo que oyeron hace años de sus tutores en Yale, en Cambridge o en Berlín. O en la UNAM misma, cuyos doctorados valen lo mismo que los de Universidades mejor renombradas en las listas anuales ordenadas por la calidad que

se les reconoce, se supone, en el ámbito mundial de la ciencia y las humanidades. Más que antes, haber aprendido a aprender resulta condición de sobrevivir académicamente. Y esta sencilla frase la incorporaron a sus vidas en el CCH.

Pero nada de esto cuenta. Recordando el modelo del comportamiento gubernamental de 1999 contra la Universidad y el lanzamiento triunfador de su oferta en la subasta con la que la Universidad se abrió de nuevo tras nueve meses de secuestro, no puedo menos de abandonar cualquier ilusión de renovación pacífica del pacto del Colegio con la UNAM. No nos estiman, creen tener razones para despreciarnos, cuando habría que ver cómo quedan las cuentas comparando miles de pesos contra aprendizajes realmente logrados, en condiciones menos ventajosas que otras escuelas. Porque gran número de nuestros alumnos arrancan de más abajo y realizan recorridos de aprendizaje más largos y trayectos de transporte más fatigosos. Descuenten de nuestro costo la insuficiente nutrición, la limitada apropiación de un castellano apenas arriba de los mínimos y los conocimientos exiguos que lo acompañan en conversaciones familiares contra los aprendizajes obtenidos en los Planteles. Sin duda por cada peso nuestros alumnos han aprendido más que quienes ya tenían, al llega a sus escuelas, mucho de lo que en ellas se ofrece.

Ricardo me informó con palabras crudas, la única manera de hablar de la amenaza. Con Alfonso hemos continuado nuestros desayunos. No será fácil sacar al Colegio de la trampa en la que lo han metido una década, felizmente terminada, pero no repuesta, de sumisión y agotamiento y de un trabajo real, pero mal orientado, y sobre todo la pérdida de compromiso y de comprensión del Modelo Educativo, el único que hay en la UNAM, me decía hace poco más de 10 años don Pablo González Casanova en su cubículo de Investigaciones Sociales con la gorra de baseball perpetua que lo distinguía incluso en actos solemnes y oficiales.

Pensamos tener conciencia clara de cómo funciona la UNAM y de sus poderes, pero también conocemos las debilidades de rectores y altos funcionarios, por mínima que sea su ambición, cosa rara. Pero con la lista de huecos han parecido también luces y oportunidades, algunas, a decir verdad, nos hubieran provocado un rechazo inmediato hace años, pero sabemos ahora que no tenemos adversarios sujetos a reglas, sino oportunistas que han tomado la UNAM como despojos de una guerra que no ganaron, pero de la cual se proclamaron vencedores.

Por de pronto, está la sesión de fin de mes, ya tan cerca, y lo que podría llegar a ser un primer paso decisivo: no impedir el acuerdo de expulsión, es un sueño, pero sí que pase con menos votos que los que seguramente se otorgan en su imaginación el rector y su equipo. Lograr márgenes de diferencia menores pondría en evidencia la pérdida de votos del rector, y se aparece inevitable el temor de no tener los apoyos necesarios para su reelección.

Nadie apuesta, pero estamos metidos en una lucha, incierta, pero tampoco sin alguna esperanza. Perder es terminar.

**E**n el desayuno de hoy, no es lunes, por cierto, y el viernes está convocada la sesión del Consejo Universitario, extraordinaria, punto único sin asuntos generales. Los consejeros han recibido un orden del día que incluye un texto reducido, empobrecido de razones, puesto que retiene únicamente las decisiones, el acuerdo para excluir al Colegio de la Universidad.

*“El Consejo Universitario de La Universidad Nacional Autónoma de México, en ejercicio de sus facultades, decide separar del cuerpo institucional de la Universidad al Colegio de Ciencias y Humanidades, para incrementar sus posibilidades de cumplir sus responsabilidades de servir a la educación profesional de nuestra nación.*

*El presente acuerdo modifica los artículos del Estatuto General de la UNAM, en los que aparece la Escuela Nacional, denominada Colegio de Ciencias y Humanidades.*

*Transitorio 1.*

*La separación del Colegio tendrá lugar al término del presente año lectivo, 2026-1 y 2, de modo que no se interrumpa el ciclo escolar en el que se encuentran inscritos los alumnos”.*

Es el núcleo de la agresión. En la sesión, al proponerse el acuerdo, habrá seguramente una exposición de motivos a cargo del rector. Será una inversión de la Explicación de Motivos que

el Rector González Casanova propuso al Consejo, el mismo y tan distinto, para fundar el Colegio de Ciencias y Humanidades. Dudo que la nueva exposición pueda sostener la comparación, en razones y sabiduría universitaria con la original. Por algo escribo Rector y rector. Este intentará explicar las razones por las que el Colegio impide a la UNAM enseñar, todo lo bien que le corresponde, en Escuelas y Facultades. El Colegio estorba la formación profesional que será mucho mejor, cuando estemos adscritos a la Dirección General de Enseñanza Media Superior de la SEP, o al Colegio de Bachilleres, en una sección especial, para no estorbar tampoco a la educación que imparte esta institución colega en el Nivel Medio Superior, desde hace 15 años obligatorio en las leyes escritas, más el chance que se dieron para cumplir y que terminó en 2021.

Para empezar, desde ahora citaremos públicamente al rector para que nos demuestre en tres años cuánto habrá mejorado la educación profesional o explique por qué, ya sin el obstáculo del Colegio, no pudo alcanzar el éxito que promete, o ninguno.

Nos quedan dos días para convencer a algún consejero más de que vote contra la propuesta o, por lo menos, que exija del rector una explicación verosímil y no permitirle que se reduzca cómodamente a culpar al Colegio de lo que la Universidad no ha podido lograr.

Esta tarea me parece capital, porque ante la opinión pública expondremos por qué el rector no tiene argumentos sólidos, sino prejuicios y antipatías.

—Mira, yo creo que podemos recurrir a Pedro Carrera, el Consejero Profesor de la Facultad de Filosofía, que fue alumnos de Vallejo. Hablé con él hace dos meses y estaba alarmado, más exactamente, indignado, porque se había ilusionado con que el rector abandonaría el proyecto que presentó en marzo, como documento de trabajo. No ha sido así, creo que ahora pasará al bando de los votantes en contra, pero es tan importante el voto

como sus razones. Lo puedo llamar e insistirle en que ahora es cuando para demostrar quién es quién”.

—Yo hablaré con los dos consejeros profesores de Química, uno de ellos fue mi alumno en primer semestre de Ingeniería Química, enseñó luego en el Plantel Sur. Son dos votos contra, pero ninguno de los dos es orador. Necesitamos un par de discursos, al menos, para que la prensa de mañana los cite y no aparezcan solo los rollos del rector y se imponga en la opinión pública una realidad falsificada.

—Esas cualidades las tiene uno de los consejeros profesores de Ciencias Políticas. En el Colegio fue activista, pero no violento. Ya se sabe, el que es revolucionario de joven y el resto del rollo. Ahora que nadie propone amaneceres rojos por ningún lado, tiene, creo saber, una posición crítica. Sobre todo, el Colegio lo ayudó a aprender a mantener la dignidad y no dejarse que le den atole con el dedo. Puede desmenuzar la Exposición de Motivos del Rector, que seguro presentará muchos flancos para atacarla, y lograr que algunos más duden de la seriedad de lo que el rector denominará “razones” para expulsar al Colegio.

—Todos los Consejeros alumnos del Colegio, y los de las Prepa, han tenido dos reuniones de conjunto, para argumentar contra la pérdida del pase reglamentado de sus hermanos y amigos que deberían entrar en 2026 a un CCH Universitario. La Prepa no se siente segura ni le cree al rector, porque lo han visto conspirar, se trata de conspiración, habría que pedir su renuncia después de mañana. Aunque no conviene abrir otro frente, mejor esperar a octubre y el final de su periodo.

—El desarrollo táctico para las próximas 24, bueno, 36 horas, sin afectar algunas horas de sueño, se resume, ya me corregirás, como sigue. Partimos de la lista que elaboramos con Ernesto y los adelantados de los Planteles hace dos meses. No necesitamos volver a hablar de nuevo con los que ya estaban de acuerdo, pero hay que centrarnos en los Consejeros que todavía pueden



unirse a la consigna “CCH-UNAM”. Tenemos los teléfonos, hay que poner a trabajar a los cinco mejores adelantados de cada Plantel. Que cada uno hable con 20 consejeros, en día y medio se puede, comenzando con los cercanos, pero no seguros, e ir subiendo en la lista siguiendo el criterio de primero los cercanos menos seguros, para terminar con los comprometidos sin ninguna duda. Estos no necesitan repaso, pero no hay que omitirlo.

—Tomo los adelantados, ¿de dónde sacaste este nombre?, de Azca, mi Plantel a pesar de los más de 50 años, y Vallejo. Te dejo Naucalpan, faltaba más, Oriente y Sur.

—Los “adelantados” eran los capitanes españoles que invadían territorios nuevos para anexarlos al Imperio o a la Corona real. Hoy me resulta cómodo el nombre y basta, no tenemos que decidir nada sobre el carácter de la conquista y de la colonia, Adelantados, si jalan. Punto.

El jueves por la noche habíamos terminado. Yo cedí Oriente a Miguel Rodríguez, era una jugada más certera. Sabíamos que contaríamos con 40, con suerte 50 consejeros, contra el doble de seguidores de rectoría. Íbamos perdiendo y era imposible modificar las fuerzas radicalmente. Pero que una oposición sustancial, el 30% de los consejeros lo es, se enfrente a los adeptos incondicionales hablaba de resistencia y energía. Un grupo numeroso, opuesto a una rectoría sin argumentos académicos válidos, aparecería en las noticias como una ruptura seria en la comunidad universitaria. Luego haremos comprender a la opinión pública que los argumentos del rector contra el Colegio no están fundados ni justifican deshacerse del Colegio. Emplearemos siempre el sintagma “la separación”.

Pero he estado narrando cuán lejos está el CCH en 2025 del Colegio que hubo una vez, cuando fue como la Universidad dijo que debía ser. Nunca diré que la UNAM nos desafiara, tendría que escribir su nombre con minúsculas y no lo haré. Me queda al menos una batalla que librar, sin ninguna duda probable-

mente enconada y de desenlace incierto. Pero el sitio web que hemos creado, CCH-UNAM, recibe a diario centenares de apoyos. Andamos por los 43 mil, todo sumado, profesores en activo y jubilados, alumnos y exalumnos, profesores e investigadores de la UNAM, trabajadores del Colegio, y académicos de otras Universidades de la Ciudad, grupos de profesores de las Universidades Autónomas con cuyos programas de formación de profesores hemos colaborado, profesionistas y padres de familia, periodistas que defienden al Colegio, todo ahí, aunque sin otro lazo de unión que una vaga sensación de no dejar perderse algo que ha costado y que sigue valiendo la pena.

Por fin, tras los desayunos de los lunes en el último mes, he comenzado a reaccionar por los mecanismos arraigados en mi comportamiento como Director de Naucalpan, o de la UACB, o del Colegio. Ante el ataque hay que dirigirse a la comunidad. Ahora no dirijo nada, pero sigo siendo profesor del Colegio. Tengo la costumbre, por otros olvidada, de hablar con desplegados, no en los periódicos, sino en volantes. O en carteles.

Por ahora, antes de un discurso con inicio, argumentación y conclusiones, acumulo frases inconexas gramaticalmente, pero organizadas por una única pasión despechada, ansiosa pero dispuesta a iniciar la revuelta. Una insurrección de menos de una docena tal vez contra media universidad, no académicamente considerada, sino en la perspectiva de sus poderes en plena ilegitimidad.

Retengo, por de pronto, antes de la trabazón sintáctica, y discursiva, que acaso aparezca al final de los fragmentos para un cartel que llame a la resistencia sin violencia, recurriendo a la normatividad universitaria y a sus resquicios, para defender al Colegio. La apariencia será inocente, pero los efectos pueden llegar a ser decisivos contra los intereses personales del rector.

- Nos fundó un Rector experto en Ciencias Sociales, comprometido con la democratización de la Universidad y del país (Baste recordar *La democracia en México*, que es un

*clásico*) y adelantado en concepciones educativas.

- El Consejo Universitario aprobó el proyecto por unanimidad en 1971. Ahora nos expulsan con una minoría vergonzosamente exigua, a lo mejor no tanto, y preparada con presiones supuestamente institucionales, pero ilegítimas, cometiendo un abuso, ya tipificado como delito electoral en 2019, pero análogo, en que incurre un gobierno cuando interviene en las elecciones.
- Hemos sido fieles al proyecto del Consejo Universitario y lo hemos desarrollado y enriquecido. Somos la única Escuela Nacional de la UNAM que ha mantenido y desarrollado un Modelo Educativo explícito.
- Insulta nuestra inteligencia y dignidad humana y académica que nos conviertan en una prepa anticuada reinventada por burócratas ignorantes.
- Alguien debe encabezar la revuelta desde el Colegio y convocar a profesores y alumnos actuales, a profesores jubilados y egresados todos sin exclusión ninguna, a exalumnos que ocupen cargos en la UNAM, en otras Universidades y en los Gobiernos federal y del estado CDMX. El Colegio nos necesita a todos.

A la convocatoria en las redes comenzaron a llegar adhesiones, “seguidores” es el nombre usual, que nunca uso. El tema se volvió viral desde el fin de semana. Apareció el fastrack **CCH-UNAM**. No vale la pena transcribir aquí todos los mensajes, porque es más sencillo difundir la dirección del sitio web: [cch-unam.cch.unam.mx](http://cch-unam.cch.unam.mx). que los va recogiendo en un apartado especial. Pero transcribo unos cuantos para memoria de las memorias.

“Los exalumnos no somos excombatientes. Defenderemos al Colegio. Ingeniero, generación Sur 1997”.

“Los Directores que permitieron el ausentismo y los profesores farsantes tienen la culpa. Limpiemos el Colegio y luchemos contra Rectoría. Andrea, profesora de Vallejo”.

“Si separan al Colegio, tus hermanos harán examen de admisión para la Licenciatura. Lo ganado no se abandona. Grupo 123, Vallejo”.

“El Colegio me abrió horizontes. Y me impulsó para llegar lo más lejos posible. Desde donde estoy, estoy también con ustedes. Sicólogo, Oriente, generación 2008”.

“Fui Director de Oriente. Si el Plantel no se levanta, lo desconoceré. MRCh”.

“Desde el MIT donde hago un posgrado de Física apoyo el proyecto del Colegio”. Edmundo.

“Digan qué hacer y nos moveremos. Grupo de alumnos, Azcapo, turno vespertino”.

“Jubilado, pero no desertor. Voy con ustedes. Cascarrabias”.

“Juntos estudiantes de Grenoble somos del Colegio. No cedan”. Jean-Pierre Mendoza.

“El Colegio lo hemos hecho las mujeres. Queremos defender nuestros trabajos. No sean machistas. Nos incorporamos. Grupo Antígona, Sur”.

“Chinguen a su...Tomemos Rectoría. Activistas de Orientes preparados”.

“La sesión del viernes, una vergüenza. Dan pena. Tenemos que mantenernos. Julián Álvarez, Investigaciones Sociales”.

“CCH siempre. Otro profesor, Naucalpan”.

Y así en pantallas crecientes como una marea exaltante que ya alcanzó muchos miles.

Las memorias vacilantes que he recogido hasta llegar a este momento están narradas desde una mirada más cercana a la historia, pero no es la del narrador, sino de los testigos, que por supuesto no habían acordado presentarnos una minuta. De cualquier manera, no dudábamos del interés que pondrían en no dejar escapar ningún murmullo capaz acaso de aminorar el interior colegiado del Consejo, pero tienden a subrayar el momento que sigue, la expulsión del Colegio por acuerdo del Consejo Universitario. La muerte sepulta con el final de la vida sus últimas y silenciosas etapas.

Así, contradictoriamente, apenas puedo mirarlo de lejos, con poco detalle, aunque el relato contiene su claro desarrollo, pero no las intervenciones de los Consejeros a favor de la desdichada iniciativa del rector o para rebatirla, mostrando su falta de fundamento y su mezquindad.

Sabíamos con certidumbre que no nos dejarían entrar a la sesión, alegando falta de espacio, y en cierto sentido era verdad, el espacio que en 1999 ocupaban los Consejeros, terminaba siempre lleno con funcionarios menores, y algún profesor reconocido a quien no podían negar el acceso.

Ninguno de nosotros pudo entrar a la sesión extraordinaria, un solo asunto, la separación (al escribir esta palabra, primer intento, se me fueron una *t* y una *i* y dio el neologismo

*sepatriación*. Era exacto, perdimos nuestra patria de la que no podrá desarraigarnos la separación del Colegio).

Les preocupaba que pudiéramos hacer uso de la palabra, a solicitud a la mesa de alguno de los Consejeros del Colegio. El pretexto que difundió el grupo de trabajo A de rectoría para silenciarnos, fue que se alargaría sin necesidad una sesión tan importante. Pero lo intentamos, porque ser excluidos simbolizaba el inminente destierro del Colegio y no podíamos aceptarlo sin renunciar a la obstinación.

Una secretaria, imagino del equipo de la Secretaría General, acompañada por otras dos secretarias más jóvenes, que se quedaban atentas al intercambio de argumentos, ni conversación informal ni discusión, fijó claramente su postura.

—Lo siento, doctor, sólo Consejeros.

—Las sesiones del Consejo son públicas.

—Con tal de que haya lugar para visitantes, usted lo sabe, doctor. Hoy no lo hay. El tema ha atraído a los Consejeros y hay un asistencia del 99%. Hasta algunos enfermos en silla de ruedas.

—Pero el Colegio tiene derecho de defenderse.

—Doctor, para eso están los Consejeros del Colegio. Me apena no dejarlo entrar. Usted sabe que se le estima, pero tengo órdenes claras y estrictas, no contra usted, sino generales. Solo entran los Consejeros, expresamente sin excepción.

—Por mi parte, tampoco insistiré y comprendo que está cumpliendo órdenes. De modo que, si hacemos declaraciones, las responsabilidades será para las autoridades, es un decir, que dieron la consigna. Usted no se preocupe por nosotros. Muchas gracias.

La secretaria sonrió aliviada. Cumplió con sus jefes y no perdió la buena relación con nosotros. Además, era una de las innumerables secretarias con la que me he estado sonriendo al cruzarnos en la inmensidad de CU o en la Torre.

Además, Seguridad de la UNAM había apagado los altavoces que normalmente difunden en el patio de la Antigua Escuela

de Medicina, Palacio de la Inquisición en la Colonia, lo que se dice en la sala. Así los que salen a despejarse pueden volver oportunamente cuando las votaciones se aproximan.

De modo que nos limitamos a agruparnos en la plaza de Santo Domingo, serenamente, para saludar a los consejeros amigos que iban llegando y esquivar, para no dar importancia a quienes sabíamos que agredirían al Colegio, porque saludar es reconocer por lo menos la existencia. Los habíamos borrado del elenco de nuestros colegas.

Nos habíamos quedado en la desierta plaza de Santo Domingo, el comercio de licenciaturas por 200 pesos no había abierto y el esplendor descendía por las fachadas de los edificios coloniales de dos pisos, llena de sol la plaza y con un cielo azul por una vez limpio. Terminaron las lluvias arrastradas por las tormentas tropicales y ciclones de los dos litorales y el otoño suave se había acomodado sobre la ciudad desde una semana antes.

Y nos fuimos a la cafetería del Hotel del Centro, en Donceles. Un croissant a media mañana con un capuchino, “Por favor, con deslactosada”.

En media hora no habló nadie. Apenas para las órdenes al camarero. Cada quien estaba en el silencio de su impotencia. Como si asistiéramos a una ejecución. El combate se reñía a cuadra y media de nosotros, pero el rector no nos otorgó el reconocimiento de combatientes en ese campo de batalla.

—A ver cómo termina.

—Alfonso, no dudes, van a aprobarlo. Es un asunto de votos y siempre hay dóciles a las consignas del rector. Ha hecho su trabajo, sus achichincles, minucioso, lo sabemos. Ojalá haya menos votos a favor y un número sustancial de opositores. Si sucede así, podemos esperar pelear esta guerra en las semanas que vienen. Todos están pensando en la reelección. Podemos aprovechar.

—La verdad me siento jodido y encabronado, con perdón. Te matas día y noche 50 años y de pronto a un profesor de una



ENES reciente que llegó a rector, se le ocurre la infeliz iniciativa de deshacerse del Colegio. Claro, su escuela nunca tuvo que ver con nosotros, aunque profesores de ella nos han ayudado bien con los programas de Opciones Técnicas, antes de emigrar a Saltillo”. El egresado de Salud Pública confunde al Colegio con un tumor maligno. El rector debería decir que propone la *extracción* del Colegio. Carajo.

Tenemos la obligación de mantenernos serenos y fuertes. Ni lo uno sin lo otro. No es fácil, pero somos lo que le queda al Colegio hoy, pero no mañana. Para empezar, porque el CCH está arraigado en muchos espacios sociales: profesores de las Facultades y egresados en estudios de Licenciatura por miles; Directores de Facultad e Institutos, Iztacala, Biomédicas, Filosofía, Ciencias Políticas. Los egresados que estudiaron andan por todas partes, en la SEP, en la Secretaría del Trabajo, en los programas de combate a la pobreza, en varias ONG desde las ambientalistas hasta las evaluadoras del desarrollo. Pero hay que convocarlos”.

—Ya llevan dos horas. ¿Qué estará sucediendo? ¿Hablaste con los consejeros profesores de Filosofía? Yo sí me conchavé a uno de Química, que me prometió hablar con sus compañeros.

—Yo también tengo mucha tensión, aunque trato de relajarme. Se me hace un nudo en el estómago.

Con la puerta a las tinieblas que dejó abierta el silencio, comencé a caminar por un sendero a la orilla de un río lento, pero caudaloso que arrastraba árboles de crecida, hasta sumergirlos en la oscuridad que cubría su caudal río abajo. Tal vez el río llevaba también el agua diminuta de nuestras lágrimas que no llorábamos por fuera. Era más bien un desánimo sordo y la impotencia. ¿Dónde golpear, si no habías podido enfrentarte?

Éramos dos viejos del Colegio, Alfonso jubilado, atinadamente para sus propósitos; yo en activo y en productivo, porque trabajar por el Colegio me sostenía en salud y energía. En las aventuras del Colegio resulté adicto a la adrenalina. Y nos

sentíamos próximos a la derrota de nuestras vidas, al borde de la pérdida que marcaría el final de lo que alcanzaría para conducir nuestra acción.

Me agarré de la idea de que no podíamos renunciar a una batalla final de “Toma todo” o “Pierdes todo”. Y el segundo miembro de la disyuntiva era exactamente inaceptable e imposible de permitirse. Y para ello había que caminar, llamar, convencer, atacar, condicionar al rector adverso, ponerlo de rodillas sin humillarlo, recuperar nuestro sitio en las filas del anfiteatro de la Antigua Escuela de Medicina. Fuera de toda regla formal, pero en plena realidad.

—¿Ya habrán votado? Son las 12.

—No lo creo. Nunca sabes, dura lo que se necesita. También se pierde tiempo en escaramuzas de retaguardia, que quién sabe cuáles estén teniendo lugar. Que si el artículo tal de la Ley Orgánica, diez consejeros, el rector: “Que el Abogado General nos aclare el punto. Gracias Abogado. Tiene la palabra el consejero profesor de... Un ETC con mayúsculas. Tenemos la experiencia.

—¿No tienes un informante con celular?

—No. De todos modos, no sirve de mucho, solo podríamos saber el resultado una hora antes del final de la sesión y da lo mismo. Mira, ahí vienen Ernesto y Carlos. Deben haber coincidido en la puerta, no creo que vengan juntos de lejos.

—No sé nada. No me dejaron entrar a la sesión. Parece que están todavía en la discusión. Un café americano.

Ernesto miraba al vacío, a la esquina derecha del fondo de la cafetería, como si no se diera cuenta de lo que estaba diciendo.

—Que sean dos y un sándwich de pollo, pero caliente. Doradito de preferencia. ¿Cómo van los planes? ¿Ya llegaron a algo que pegue duro en rectoría?, es el punto débil del dispositivo enemigo. Hay que poner al rector en aprietos. Ninguna acción sin ambición servirá de nada. Hay que planear a corto, mediano y largo plazo.

—Estoy de acuerdo. No es hora de discurso, sino de acción y nuestra acción se llama atacar. Tenemos el blanco. Si debilitamos al rector, se cae esta conjura de los imbéciles. Cierto, era “de los necios”.

—Coincido. El rector la organizó, debe perder y pagar. Hay que aprovechar que la investigación científica quiere a uno de los suyos en Rectoría. Quieren otro periodo como el de Sarukhán, y antes Soberón, fueron Rectores exitosos, firmes, que hicieron crecer a la UNAM en proyectos y en instalaciones. Y Paco iba muy bien con sus reformas y en apoyo al Bachillerato.

—Lo esencial está claro. No hay duda, pero estamos apenas en el umbral de los conceptos y no se hace política con reflexiones, sino con actos que modifiquen el mundo. De modo que hay que organizar una serie de actividades que movilicen a las comunidades y las empujen a presionar y poner en riesgo los proyectos personales del rector. Perder la reelección es la amenaza que más teme. Hay que centrar no la campaña, que debe tener como eje la pertenencia del Colegio a la UNAM, un tema académico, pero que genere como consecuencia inevitable la anulación de las expectativas del rector, si no se anula nuestra expulsión.

Comenzamos a entrever un plan de acción que se apoyaría también en fuerzas universitarias externas al Colegio y las haría confluír en un punto de interés común, el rechazo al rector. Para nosotros sería una derivación que no estábamos buscando por sí misma, aunque probablemente tampoco lo apoyaríamos por gris; para la Investigación Científica condicionaba su vuelta a la Rectoría.

Había probabilidades de crear un frente común, de agrupar fuerzas en la llanura de los meses siguientes y enfrentar al rector en campo abierto.

Creímos haber encontrado el rumbo estratégico. Estábamos comenzando a fundar de nuevo el Colegio.

No podíamos enterarnos del desarrollo completo de la sesión del Consejo Universitario, a pesar de la seguridad de la derrota que siempre supimos prácticamente inevitable, pero todo dependía del tamaño del éxito que el Rector y su grupo habían dado por descontado. Sin embargo, a esas alturas, me asaltaba el tropel de nuestra primera derrota allá por marzo de este año. No hay que admitir que haya dejado marcado el derrotero hacia el abismo, hacia el lugar donde el mar, dicen, derrumba sus poderes en una catarata interminable que termina en las tinieblas hondas de la nada. *Mare tenebrosum*.

Decidimos movernos para no perder tiempo en especulaciones inútiles. El restaurante Santo Domingo nos dejó elegir una mesa en el rincón cerca de una ventana por la que no se veía nada. La cortina de algodón, bordada en la franja inferior, dejaba pasar la luz, pero no las siluetas, mucho menos los rostros de los que pasaban, los transeúntes ocasionales si universitarios.

A pesar de nuestro fracaso de marzo antes de la sesión en que el rector informó al Consejo de sus planes y nosotros hicimos, cuán ingenuos y tan viejos, un llamado a la conciencia sin mayores resultados, ahora habíamos intentado de nuevo y con mucho más tiempo trabajar con los consejeros y sumar votos, no tanto para lograr echar abajo el acuerdo propuesto de separación de octubre, que era claramente imposible, sino porque

los votos, aunque sean minoría, valen también si alcanzan a convertirse en una amenaza nunca enunciada de que el rector se tope con muchos universitarios que se opongan abiertamente a su reelección el año entrante. Que comience a tenernos miedo.

Habíamos aplicado esta vez la táctica de los círculos en los que sucesivamente, en creciente lejanía, pueden acomodarse los votos que conocíamos. Los cercanos eran seguros y bastaba con los documentos que habíamos hecho circular, se opondrían a la separación sin necesidad de insistencia de nuestra parte. Luego comenzaba la zona incierta de creciente penumbra. Ahí entrábamos en los espacios de conquista, en los dinteles del círculo menos resistentes, luego hasta la oscuridad, sin más, improbable. Seguramente habíamos ampliado nuestro terreno de apoyo, porque habíamos invertido el valor del tiempo de la manera más inteligente posible.

Antes de la sesión preparatoria de marzo, nadie se negó a recibir nuestro llamado, me refiero al volante, no a la invitación, algunos saludaron, otros continuaron su camino sin mirar a los ojos, porque los suyos estaban concentrados en la puerta de la Antigua Escuela de Medicina que marcaba la frontera del territorio donde pensaban obtener refugio. Pero ahora, dejando de lado las escaramuzas pasadas, sin ocultarnos cómodamente la importancia de haber manifestado nuestra impotencia, ahora nos urgía más bien que muchos Consejeros Universitarios aceptaran, aunque fuera con un lenguaje abstracto y callado una consigna resumida en la frase “Es penoso que el Consejo tenga en su orden del día la separación de una institución Universitaria”.

La sesión del Consejo se prolongaba. No sabíamos interpretar el retraso. No imaginamos por un momento que podía tratarse de un asunto general, pero recordamos todos que el Consejo Universitario estaba en una Sesión Extraordinaria, con asunto único, y sin Asuntos Generales, frecuentemente enredosos por imprevisibles.

Más bien podía ser, entonces, que el tema de la separación hubiera llevado a un choque de trenes, en el que el nuestro tendría una masa menor que la del rector. Una pena, no nuestro tamaño, sino el del rector en un asunto que mutilaba a la UNAM de una institución que había fundado y le pertenecía desde hace más de 50 años.

Esperábamos que alguien, al salir del Consejo, aterrizara en el Santo Domingo, como otras tantas veces nosotros y otros. Por de pronto pedimos Rito y yo tequila blanco “Herradura, cual debe”; Alfonso, una cerveza.

Los tres pedimos bisteces rancheros. Receta de Los Altos, orgullo, legítimo, del Santo Domingo.

—¿Es con nata? Sí, yo también.

En realidad, en ese momento nos importaban más las creaciones del restaurante, vieja cocina mexicana. Ese día no éramos de la *nouvelle cuisine*, ya no tan nueva, ni muy seguido.

Apareció Bernardo, el director de Veterinaria, no sonrió y lo invitamos a acompañarnos. Se sentó mascullando que esperaba a sus colegas, llamó al capitán y reservó una mesa.

—Perdieron, muchachos. Era la maquinaria del Rector descaradamente, contra sus alumnos y sus profesores. Pero no los aplastaron, ni mucho menos. Por cierto, Jesús, ese que debe ser hijos de españoles, tuvo una intervención admirable. Casi lo aplauden, comenzaron los de Ciencias Políticas, que se sientan en la punta izquierda delantera de la gradería, pero el Secretario General, tomó el micrófono y dijo que no es uso del Consejo aplaudir, ni siquiera al Rector, bueno, eso no lo tiene que recordar, a nadie se le había ocurrido. Pero la intervención de sus oradores tuvo impacto. No para ganar la votación, por cien razones, los votos comprados, es una metáfora, no vayan luego a ir por ahí chismeando que el Director de Veterinaria lo dice. Yo me ocupé de mantener sanos a los perros y de educarlos. “Tu mascota siente y ama. ¿Y tú?”. Buen lema, ¿o no?

—Total, nos llevó la chingada. Bueno, por ahora, primera mitad del partido.

—No, hay fisuras que pueden agrandarse. Por de pronto no habrá ningún cambio de nada este año lectivo, tienen unos seis meses para cambiar el acuerdo. Yo no me rendiría. Recuerdan la huelga del 99. Ni Veterinaria, ni el CCH, ahí estabas tú de Director General, nos rendimos nunca en nueve meses. Y como hay tiempo, habrá alguna manera de presionar que a estas alturas no intentaré adelantar. Ya sé que rara vez, *rara avis*, “Tus canarios te quieren, por eso cantan”, sigo de MVZ, el Consejo ha cambiado sus acuerdos, pero ha sucedido. Ahí está el fracaso de las “Fortalezas y Debilidades de la UNAM” de Carpizo, no hace tanto, ya andábamos por aquí. Lo único que no hay que hacer es dejar caer los brazos. Si necesitan perros de compañía y defensa, avisen, a ver si los dejan entrar al Consejo. Digo a estos perros, otros más mansitos se sientan en las primeras filas.

Trajeron los bisteces rancheros, iguales que siempre, pero curiosamente, es un escribir, no teníamos mucha hambre. Terminamos con un flan, muy bien hecho, y Rito pidió un Cardenal Mendoza. Yo, un *espresso doppio*. Una de mis herencias italianas, la más cotidiana.

Quedamos de hablar con los consejeros del Colegio para conocer detalles que por de pronto Bernardo tampoco tenía y de vernos en dos días.

Dividimos por tres la cuenta, saludamos de lejos a Bernardo, que respondió con el puño cerrado. Era la guerra, que comenzaba apenas, cuando rectoría creía haber terminado o comenzado a terminar. Nosotros no lo creíamos, por de pronto Bernardo habló de tener tiempo para concebir maniobras estratégicas. Había que inventar algo, y hacer en el Colegio, una vez más, lo que nadie había hecho antes, como reconocer los votos de los consejeros técnicos suplentes, aunque los titulares estuvieran presentes.

No valía la pena, comenzar a tratar las posibles propuestas que ofreceríamos, si se confirmaba que el rector pretendía encabezar una comunidad con un sector disidente amplio, sobre todo en vísperas (las maniobras comienzan mucho antes de la auscultación formal) de su candidatura a la reelección y con ello lográbamos hacer sentar, en principio no al rector personalmente, sino con probabilidades más favorables al Secretario General, a discutir las salidas que tendría el Consejo al que habremos obligado a reconsiderar, maniobrando en el espacio de libertad exterior al cuadro restringido de la mera y desnuda legislación universitaria. Somos universitarios, pero esta condición no abdica de los derechos constitucionales.



**A**l final de la comida comenzaron las llamadas, uno o dos, por de pronto que vinieron a confirmar el relato de Bernardo, pero añadieron detalles centrales que avivaron la esperanza. Luego una cascada que convertía en torrente la esperanza de encontrar la estrategia exacta para rescatar al Colegio de su expulsión que terminaría por ser provisional y arbitraria ante la opinión pública.

Esa tarde y al día siguiente, recogí por teléfono algunos testimonios de Consejeros Universitarios, profesores y alumnos, del Colegio y otros de Facultades e Institutos, el de Física, el de Acatlán, los dos de Filosofía y uno de Ciencias. No los grabé, me atengo a una memoria desolada, pero ávida de recursos para el contrataque.

—En el Instituto tenemos el recuerdo de lo que decía del Colegio el Dr. Lozano. Fui su alumno, dirigió mi tesis de doctorado y me apoyó siempre con una generosidad alegre. Era un tipazo. Lástima que no haya estado en esta sesión confusa y mezquina, una de las peores que debe haber tenido el Consejo Universitario. Comenzó el rector con una exposición de motivos en la que decidía que la Universidad es los estudios profesionales, los posgrados y la investigación. Por de pronto olvidó dos sectores: la Difusión Cultural y que el Bachillerato forma parte de la Universidad Nacional desde su fundación en 1910. Da la

impresión de que nunca leyó el discurso de Justo Sierra en la Cámara de Diputados. Una pena con vergüenza ajena, por lo menos hay que saber dónde estás parado. Los argumentos son los repetidos machaconamente: bajo nivel académico, revoltosos, más peso que ayuda, fuente de problemas. Como si la Prepa y el CCH hubieran comenzado el paro de 99. Recuerdas que los líderes, el Mochis y el Diablo eran de facultades y había encapuchados de Contaduría. No te hago el cuento largo. La votación no fue tan victoriosa para el rector y sus seguidores, hubo 50 y tantos votos contra y dos que tres abstenciones, el STUNAM, curioso. Se olvidaron de que tienen una parte sustancial de los profesores del Colegio que se adornan sintiéndose de izquierda.

“A la mejor podemos aprovechar esta aparente, y probablemente transitoria, distancia significativa con rectoría. Aunque la academia nunca le ha importado.

—De verdad lo siento, sabes que fui profesor de Naucalpan en tu tiempo. Nosotros dos votamos contra y hablamos, para defender la integridad del modelo de Universidad que ha mantenido la UNAM 115 años. A nosotros nos formó el CCH y si somos profesores de la Facultad, es porque nos entusiasmaron profesores de Talleres y de Historia. Por eso estamos convencidos de que, si esta decisión ya tomada, no se confirma en los hechos, habrá una salida. Lo digo, porque insistimos en el transitorio que fija, bueno, no fija, deja una fecha flotante: “cuando la separación se pueda hacer sin perjuicio de los alumnos inscritos”, lo que significa todo el año escolar 2026. Ganamos esta votación por unos 30 votos, porque muchos con este añadido descargaron su mala conciencia. Logramos algún tiempo. Con esto me imagino que ustedes van a reaccionar. No dejen de hacerlo. Y nos invitan.

—Efectivamente, es un doble punto: perdió la expulsión inmediata; aparecieron los intereses de los alumnos. Y para completar, tres, la fecha señalada se acerca al final del periodo del rector y

se acerca a la auscultación de octubre de 26. Será un tiempo de maniobras. La nuestra puede montarse en el tumulto y pesar más.

—Hola, te llamo porque no pude atenderte a la salida de Medicina en el desmadre que se arma al final de las sesiones. No sabía que no te dejaron entrar, yo hubiera pedido la palabra para ustedes. Pero se ve que el rector los valora y siente que son peligrosos. No es para tanto. Son buenos chavos. Estoy jugando. Ya en serio, los que apoyaron al rector claramente dejaban traslucir que no entendían los valores que estaban pisoteando. Pinches chivos en cristalería. Sus argumentos no pasaban de lugares comunes de las viejas notas periodísticas sobre el CCH de los 70, cuando las noticias sobre Vallejo eran que cerrábamos Cien Metros. Ni éramos lo que se decía “los alumnos”, sino algunos acelerados, pero todos nos llevábamos la responsabilidad de los desmanes, según los reporteros de entonces. Chinguen a su madre. En un momento pensé que el Rector iba a retirar sus propuestas, porque hubo un sector fuerte de la Investigación que se opuso, con razones varias, desde la estructura centenaria y productiva de la Universidad. Hasta el peligro de una revuelta. Y los exalumnos del Colegio que son directores de Instituto hoy y ninguno dejó de explicar que su vocación de investigador nació en el SILADIN. Por cierto, un investigador de Biología citó a Sarukhán: que hacia 2005 el Presidente de Princeton le dijo que era envidiable tener el Bachillerato en la UNAM, porque los alumnos que le llegaban del *college cada año venían peor y la Universidad no podía hacer prácticamente nada*. Todos aludieron al paro de 99 e insistieron en que no hay que dar motivos para otro semejante. Creo que los investigadores comenzaron ayer la campaña para ganar la Rectoría y que el rector no repita. Pero al Colegio le convenía, apoyos se reciben de donde vengan. Bueno, no olvido que hay algunos con los que no hay que juntarse. No fue el caso. Los apoyos fueron todos serios y mejor razonados que las denigra-

ciones. Si inventan algo, avisen. Les prometo participar e invitar a los exalumnos que andamos en la zona de los Institutos de la Investigación Científica. Y las FES de los estados.

—Doctor, yo sí di la cara. Me encabronó, perdón, bueno, usted no es apretado, la cantidad de falsedades y exageraciones, sobre todo eso, cargar las tintas para dar una imagen jodida del Colegio. Yo dije que en sexto semestre tengo que estudiar al menos tres horas diarias y el sábado entero, para no deber materias e irme a Ingeniería Informática. Quiero inventar una *start up* para estudiantes de ciencias, creo que hay que aumentar el nivel y no quedarse intercambiando quejas de las mascotas, gatitos y cuando mucho un labrador. Los consejeros alumnos intervenimos todos. Nos habíamos puesto de acuerdo para no repetir. Lo que martillamos fue que el CCH es indispensable para la UNAM. Que no se hagan, los alumnos destacados del Colegio son los mejores en licenciaturas y posgrados. Hay un chingo de investigadores. Cuando se imponga entrarle, hay que llamarlos. Ah, y repartimos un documento antes de la sesión. Se lo mando por *WhatsApp*.

—Pregunté, en mi primera intervención, por qué no te habían dejado entrar. Informé al rector, expresamente, que usted fue el primer Director General y el único que ha repetido, que es emérito. Traté de dar la impresión retórica de que el Rector ignora todo lo que tiene que ver con el Colegio. Y entonces, ¿cómo se atreve a proponer la separación de una escuela nacional de la que no sabe nada? Para algo sirve estar traduciendo el *Pro Archia poeta* de Cicerón para la Biblioteca de Autores Griegos y Romanos. Lo debes haber leído. Recodarás aquello de “*Si quid est in me ingenii, iudices, aut si qua exercitatio dicendi in qua non infitior mediocriter esse versatum, ...*” etcétera. No es hora de los clásicos, aunque estén debajo de mis intervenciones en el Consejo. Total, intervine, voté contra. Traté de influir en el voto de los consejeros que tenía a la mano. Perdimos, pero

apareció una fuerza opuesta a las maniobras e intrigas del rector. ¿Quiénes son sus consejeros políticos? A ver si no pierde la reelección. Enviado desde mi iPhone.

—Fue una discusión dura. Chocaron argumentos, nosotros, contra consignas aprendidas de memoria, ellos. La repetición no de frases sueltas, que las hubo por cientos, sino de párrafos y reflexiones claramente aprendidas de memoria o con guía en un papelito. Son tan obvios. De nuestra parte hasta los activistas consejeros de Ciencias y de Economía evitaron agresiones fuera de lugar. Colaboraron. A veces los alumnos alocados también entienden algo de una cierta sutileza del discurso y comprenden que insultar acerca a perder. Como las repeticiones de los aliados del Rector se mostraban claramente prefabricadas y aprendidas como resumen de primaria a la antigüita, finalmente fueron perdiendo efecto. Pero sí fue una chinga estar oyendo pendejadas sobre el Colegio. Ni modo, es el precio de estar ahí, de hablar y de votar. Nuestros aliados se portaron a la altura. Una vez más, la UNAM le debe al Colegio haber levantado el nivel de una discusión capital.

Retomo, tras las palabras ajenas, pero tan cercanas. Por la tarde supimos, por ejemplo, que al final de la votación quienes habían defendido al Colegio, se pusieron de pie sorpresivamente y encabezaron un Goya, como si hubiera sido el final de un curso o una conferencia importante sobre el Colegio en el auditorio de la Unidad de Posgrado. O un 3-1 de los Pumas contra el América. Varios consejeros de los batallones enemigos, sin saber seguramente por qué, se levantaron también y corearon el grito por contagio. Ser universitario va por dentro. Así, el hecho pasó a la prensa, que lo consideró probablemente un gesto de folklor universitario, pero difundió una imagen, exagerada pero creíble, de que la resistencia es mayor de lo que realmente puede serlo por ahora.

Luego Antonio Bermúdez, consejero alumno del Colegio, nos hizo llegar un par de documentos que repartieron los aliados del

Colegio antes de la sesión. Transcribo el texto de los alumnos, breve y certero.

*“A los Consejeros Universitarios:*

*En 1910 Justo Sierra defendió la permanencia de la Escuela Preparatoria en la nueva Universidad Nacional que el poder legislativo fundó de nuevo. Se objetaba que jóvenes estudiantes de Bachillerato no tendrían la madurez para votar en cuestiones académicas e institucionales importantes.*

*Pero la tuvieron los estudiantes de hace un siglo y la tenemos nosotros.*

*Nos oponemos terminantemente a la separación del Colegio de Ciencias y Humanidades, porque atenta contra la integridad de la Universidad. La enseñanza de los conocimientos con calidad de ciencia no corresponde al Gobierno, sino a la Universidad y el aprendizaje de las ciencias y las humanidades resume la misión que fue confiada al CCH por el Consejo Universitario en 1971, este mismo organismo, varios de cuyos miembros hoy abdican ante las presiones de un Rector que no ha sido capaz hasta ahora de aducir razones de peso para su propuesta de mutilación de nuestra institución.*

*Compañero Consejero, no abandones a los universitarios más jóvenes, pero mucho más y siempre comprometidos con la responsabilidad educativa de la UNAM.*

*“Por mi raza hablará el espíritu”*

**CCH-UNAM”**

Siguen 18 firmas de Consejeros profesores y alumnos de la EPN y del CCH.

El documento encabezado por los Consejeros de Ciencias Políticas ataca el flanco más débil de las maniobras de rectoría: la ausencia de fundamentos racionales.

*“Consejeros Universitarios, profesores, investigadores y alumnos, trabajadores:*

*Dentro de una hora habremos iniciado una discusión de importancia insólita en este organismo colegiado.*

*Tras una campaña de difamación en los medios, que pretendía mostrar deficiencias innumerables y vagas en el trabajo de enseñanza y aprendizaje del CCH, para que la opinión pública perdiera la estima de esta Escuela Nacional y aceptara como razonable su expulsión de la Universidad, llegamos hoy a esta sesión extraordinaria del Consejo Universitario.*

En marzo tuvimos una sesión de trabajo en la que los voceros de Rectoría propusieron el acuerdo de expulsión y las que denominaban, en sus palabras, “las razones” del mismo.

*Hemos tenido tiempo de confirmar lo que, desde aquella primera exposición, nos había parecido si no evidente, sí altamente probable, a saber, que los argumentos de los representantes del Rector carecían de fundamento en hechos probados, en evaluaciones estrictas, en la certeza de que las deficiencias, en su mayor parte exageradas o irreales atribuidas al Colegio, representaban un peligro para el cumplimiento de las responsabilidades universitarias de docencia en Estudios Superiores.*

*Quienes hemos enseñado en los primeros años de las carreras, hemos recibido centenares de egresados del Bachillerato del Colegio de Ciencias y Humanidades. Los mejores se igualan o superan a quienes provienen de otras escuelas de indudable prestigio académico. La mayoría, al segundo semestre, tienen el mismo comportamiento académico que cualquier estudiante de otras procedencias, porque saben generalmente colmar sus carencias, al haber aprendido a estudiar e investigar de manera autónoma y han tenido ya al menos un semestre para hacerlo. Aprendieron a aprender en el Colegio.*

*Es falso el argumento del Rector, las razones que aduce no se fundan en los hechos. Las responsabilidades de lograr las metas*

*de una mayor calidad dependen de muchos actores y factores y no pueden atribuirse sin más al solo Colegio. Rectoría debería reconocer las propias.*

*Responsables de votar conforme a conciencia, demandamos de todos los Consejeros Universitarios, que honren su función de buscar el bien de la UNAM, siguiendo conocimientos fundados y evaluando con seriedad las propuestas.*

*No aceptemos convertir a una Escuela hermana y plenamente universitaria en chivo expiatorio, simplemente para satisfacción del Rector.*

*Compañeros y colegas: votemos contra la separación del CCH.  
“Por mi raza hablará el espíritu”*

Dejamos pasar dos días. Mientras, leímos las notas de los periódicos y la *Gaceta UNAM* del lunes pasado, curiosa, hasta llamativamente sobria. No se jactaba de que la propuesta de rectoría hubiera salido adelante y de que el acuerdo de separación se hubiera tomado. Alguien entre los asesores de comunicación del rector debe haber captado que el germen de un frente anti-reelección había brotado por la mera coincidencia en un punto común no previsto: no al actual rector. No era una realidad, pero sí su esbozo y su trazo era firme. Luego sería más probable agregar los colores, perfilar mejor la figura central y empujar una federación de dispares. Se fueron con cuidado.

*“En la Sesión Extraordinaria del Consejo Universitario, el viernes 25 del mes en curso, tras la discusión minuciosa de la propuesta del Rector de separar de la UNAM al Colegio de Ciencias y Humanidades, el Consejo la aprobó por mayoría de votos. Igualmente se incorporó, entre los artículos transitorios, la propuesta apoyada por los opositores, de fijar una fecha flexible a la aplicación del acuerdo, según la cual “la separación se hará efectiva, cuando los derechos de los alumnos inscritos el ciclo escolar 2026 queden totalmente a salvo”.*



La discusión de la propuesta del Rector de indudable calado se desarrolló con respeto a todas las opiniones y en un ambiente de razonamiento académico y de responsabilidad ante el desarrollo y la calidad académica de la Universidad. La sesión ha sido un claro ejemplo de la libertad de opinión de los miembros del Consejo Universitario y de la seriedad de las argumentaciones y propuestas”.

Ni una alusión a los argumentos, que exhibirían o la censura de los opositores o la debilidad de los favorables. Las *Gaceta* adoptó la lengua de palo, la *langue de bois*, en el origen francés de la expresión, es decir, las generalidades que ocultan el sonido y la furia, cortés esta vez felizmente para nuestra causa.

La ruta para las alianzas y los trazos, generales, pero ya concretos de la estrategia, quedaron abiertos y reconocidos por los cuatro que coincidimos en la cafetería del Hotel en Donceles.

Así, apenas he podido mirar de lejos, con poco detalle, aunque los relatos recogidos sí contienen su claro desarrollo, pero no las intervenciones de los Consejeros a favor de la desdichada iniciativa del rector o para rebatirla, mostrando su falta de fundamento y su mezquindad.

A nadie se le ocurrió grabar las intervenciones. Así la sesión quedó confinada en las paredes de la Sala del Consejo. Pero los documentos inevitablemente se filtraron y la prensa hizo crónicas que subrayaban la oposición con la que chocó el intento del rector: “Aprueban la separación. Los universitarios se dividen”.; “Sesión enconada. El Rector gana las votaciones, pero no convence”.; “CCH fuera. Habrá reacciones”.; “Muchos Consejeros apoyan al Colegio”. El lunes siguiente Comunicación Institucional recogió en su boletín diario de encabezados los del día, pero no los del sábado anterior ni las notas ampliadas del domingo. Los suplementos culturales también tomaron partido, más bien a nuestro favor, sin omitir críticas. Es normal.

La tarde del viernes, volvimos a CU sabiendo que se había

decidido borrar el guion de CCH-UNAM, pero que no lo aceptaremos como desenlace del relato, sino como uno de sus episodios, del que esperamos, además, el punto de arranque para pasar a la ofensiva recogiendo todos los errores y descuidos en el dispositivo de batalla que había armado el rector. Sabíamos que la pelea no ha terminado. Tenemos cabezas de playa que podrán ensancharse. Los desembarcos comienzan por frentes estrechos.

Imagino que todos dormimos mejor, aunque no evitamos la amargura. Teníamos aliados y simpatizantes en la comunidad.

¿Cómo agruparlos para presionar al rector? Nadie duda de intentarlo, pero tendremos que acertar en la estrategia.

**L**e dije a Íñigo que, ayer viernes avanzada la tarde, el Consejo Universitario transfirió el Colegio de Ciencias y Humanidades a la SEP. Es un eufemismo que no decide de los cambios que la SEP impondrá al Colegio, porque como se ha comportado, me refiero desde luego al Colegio, les resultaría difícil de pacificar. La libertad nunca ha sido servidora de la burocracia. Ser libre es exceder de mil maneras las fronteras de lo acostumbrado y rígido. Y el mérito consiste en hacerlo sin vulnerar formalmente ninguna disposición universitaria de base. No se trata de prestidigitación, la libertad habita las raíces del ser.

—La votación fue válida, pero no aplastante, que te voy a decir a ti, como siempre el Rector no habla, pero sus adjuntos hacen saber a todos los miembros *institucionales* -mi informante puso en cursiva el adjetivo- la decisión que es *aconsejable* apoyar (*las cursivas* del dicho simulan aquí respeto por la opinión del interlocutor) apoyar. Los consejeros alumnos, también los de Derecho, defendieron la permanencia del Colegio en la UNAM con argumentos estúpidamente hipócritas de algunos de otras facultades, como si no fueran ellos los que el último año han mantenido cerradas, durante semanas y con vanos pretextos, las direcciones General y de cuatro Planteles, menos Naucalpan. Ningún argumento académico, ni media palabra del Modelo Educativo en que el alumno construye y confirma

su papel de productor de su formación y su autonomía en la cultura. Corto la recitación de esta doctrina. Silencio y olvido de la cultura básica que lleva, ¿cuántos años de su aparición?, muchos y no ha logrado consolidarse. Pinche gente, igual que los bien pensantes, que nunca han querido al CCH, y lo han difamado, sin que nadie intervenga para establecer una verdad que la Universidad debería sostener, nada más porque de eso se trata. Si no quieres, no comentes nada. Pero quería decírtelo yo mismo, no quiero que te sorprenda cualquier noticiero a media mañana. Sigue escribiendo, ¿o estás en una etapa de parálisis en que ningún enunciado termina, porque su comienzo está ya cargado de silencio y fracaso? ¿Quieres café? Voy a ponerlo.

—Yo no soy profesor del Colegio. Trabajo en la UNAM, pero en un equipo de investigación de Ingeniería Robótica, que tampoco es bien visto, porque no nos hacemos pendejos y producimos. El año pasado ganamos el primer lugar en el concurso de software autónomo en Alemania, y es la segunda vez que se celebra. Quiere decir que estamos por arriba de USA, Francia, Nueva Rusia, pero no de Inglaterra que ganó el año pasado, seguramente por intercesión de San Turing.

“Pero el CCH me importa, porque mi abuelo ha sido mi asesor intelectual (también y mucho más lo ha sido mi padre) en temas heterodoxos: ser católico y científico, de izquierda socialdemócrata (bueno de lo que queda de esto todavía), lectores de novelas negras y de espionaje, de los Goncourt de cada año desde hace 35 seguidos, de los poetas mexicanos y de la crítica cultural, los comics clásicos, *Mauss*, de común preferencia. Bueno. Corto mi rollo. Informé de lo que acabo de hacer. Me voy a CU.

—Poncho, no te oigo bien. Pagas por teléfonos que no sirven para hablar y se cortan cada dos frases. Sí, claro. Lo que decíamos: se acabó el Colegio. Me lo dijo Miguel, el consejero, me avisaste tú, y luego lo vi en Internet, en los resúmenes de

los periódicos. Esos en los que te cuentan lo que van a repetir mañana. Apenas una noticia sin detalles, porque nadie lloró para ganarse una aparición de segundos de video. Lo dijimos tantas veces sin creerlo, a pesar de ir viendo cómo el rector se agachaba y se iba de lado, fingiéndose universitario, mientras disimulaba que nos defendía, más exactamente que destruyéndonos defendía las carreras de la UNAM, cuando la presión del Gobierno crecía, para acaparar la universalidad del Bachillerato, prometida hace 15 años. Perdimos el Colegio y habíamos perdido, hace tantos años, a los amigos que fueron varios rectores, Barnés, por ejemplo. Bueno, nos imaginábamos que buscábamos lo mismo, porque todo somos pumas. Hoy creo sin matices que nunca fue verdad. Mira que no hablar en una sesión del Consejo en que se trata algo, equivalente al menos, a la desaparición del Estadio Olímpico. Chingue a su madre. Por lo menos agradecer a los que creamos lo que el CCH llegó a ser. Porque funcionaba, a pesar de varios de sus Directores Generales, con la excepción de los dos recientes como todos saben, y cuánto nos llenó de esperanza poco antes de los 20, y luego el desprecio de media Universidad esa parte felizmente minoritaria que no tiene espejos para verse como es, oportunista, sin compromisos, con memoria afectada de Alzheimer, convenenciera, agotada de inventar, pero el 60 por ciento de los cuadros de la UNAM pasaron por el Colegio y ahí los enseñamos a pelear con armas académicas: ideando, organizando, produciendo conocimientos y verificando experiencias, hablando directamente y sin miedo. Que algún os lo hayan olvidado luego, es su bronca. Los menos.

“Hoy el lema es distinto: “Nada temas, porque nada dices”. Algo falló en la seriedad de nuestras convicciones. Bueno, ahora, van a convertirse en funcionarios del tercer PRI, con otro nombre desde luego. Te siento indiferente o agotado. Como que no le encuentras para qué pelear. Tienes razón a la mejor, cuando tenemos los años que hemos consumido, no habrá tiempo

de una contraofensiva de largo aliento. Para empezar, no hay ningún aliento, apenas una pesada respiración de viejos tercetos, pero con eso tenemos. Bueno, nos vemos, y no por última vez, el jueves para desayunar, como lo hemos hecho desde 1975, eso sí hay que recordarlo y no las pendejadas de Rectoría, que duran medio cuatrienio y se sustituyen con más de lo mismo, claro, con nuevos secretarios y algunos cambios de fórmulas en un registro de habla de locutores de estación de radio (*coadyuvar, bajo condiciones desfavorables, constatar, es por eso que, en el perímetro de la Universidad, pienso de que alrededor del mundo*), cuando tienen mucha imaginación. Un abrazo, nos vemos el jueves.

**A**caban de separar al Colegio de la UNAM. No tenemos nombre y tratarán de registrarnos con apellidos de adopción. Estamos derrotados. Los años de observar desde las laderas de la impotencia el interminable deterioro del Colegio nos han desgastado hasta quedar en cuántos, ultimadamente, ¿En 10? ¿En 50? Ojalá en un par de centenares. Todos más bien de pasos lentos, como quien ya no tiene demasiadas citas previstas. Sin embargo, seguimos usando jeans, porque fueron los pantalones acostumbrados desde la adolescencia y playeras. O camisas, más bien los colegas de originaria y lejana extracción rural. En el Colegio provenimos de familias diversas, pero tenemos las ideas educativas acomodadas de la misma manera en el corazón y en la memoria. Y la ropa las figura. Los que quedamos.

Después de hablar con Alfonso y con Rito, y más tarde con Marisabe, nuestra conclusión fue “hemos terminado”: la Universidad nos confió una tarea, la hemos cumplido con creces (me juego la cabeza contra cualquier universitario sobre el tema de quién ha inventado más para la UNAM en su tarea educativa, y producido). Parecía que todos aceptábamos la derrota y la dispersión de los que podrían llegar a ser nuestros ejércitos. Tocan a retirada. Vamos al destierro. Pero ninguno aceptábamos la condición de Napoleón en Santa Elena ni el apellido de Iturbide en Livorno.

Luego, en la tarde, con el sol del Ajusco prestando su resplandor dorado al techo de mi biblioteca, como si los libros se hubieran puesto a brillar para decir las palabras que contienen enmudecidas hasta encontrar la mirada codiciosa de un lector, yo principalmente, comenzó a levantarse de la tierra de mi alma, removiendo pequeños terrones y evitando pedruscos, la llama diminuta y tenaz de una planta. Acaso llovía en los espacios de mi interior, porque al poco tiempo la planta era un arbusto adolescente, un joven álamo canadiense, un ahuehuete dispuesto para la eternidad. Lo supe desde el primer momento. Era mi rebeldía, la determinación de no dar por terminado lo que a otros parecería imposible.

El Consejo había zanjado, pero ¿nosotros? Nadie nos preguntó y, por consiguiente, teníamos el deber de hablar, con razones y con la fuerza. Era la desdicha más amarga, el reto más desmedido, pero teníamos un compromiso y no lo habíamos llevado hasta el extremo. El rector cabildeó, sus secretarios ofrecieron lo que los directores necesitaban en sus dependencias, los funcionarios menores presentaron la amputación como un mal inevitable, los expertos no se comprometieron, pero advirtieron que el Colegio había sido terco y revoltoso, todos se engañaron con el refrán del mal menor preferible y de la muerte de un hombre que evita la aniquilación del pueblo. Gastados y mal afamados sofismas.

No creyeron que algunos viejos podríamos oponernos, cuando nadie nos conoce ya, porque ni figuramos en ninguna *Gaceta* ni ha llegado la hora de que alguien reviva y valore nuestra historia. Pero aquí estamos. Para ser modestos, aquí estoy yo casi solo.

Si nunca hemos retrocedido, esta coyuntura cabe en el mismo nunca. No nos ha sorprendido la decisión del Consejo, pero ahora hay que recomenzar por el recuento de las fuerzas y continuar la exploración de los puntos débiles de las murallas de rectoría.



No se tratará de tomar nada. Ni siquiera los edificios que nos pertenecen, todo debe ser en medio de un primer semestre del ciclo escolar 26 sin interrupciones, pero con toda la comunidad del Colegio presente. ¿De dónde más sería pensable reclutar fuerzas? Mis alumnos del posgrado de Letras de la Facultad, cinco o seis. En los últimos años, hasta 12.

Rectoría teme antes que nada una huelga larga, como la de 1999, casi un año. Hay que crear la imagen de que esta eventualidad es inevitable, o al menos posible, si no dan marcha atrás. Vamos a tener que pactar con algunos demonios. El Gobierno Federal no intervendrá, a pesar de que la SEP está atrapada por la decisión del Consejo, pero tampoco es tan torpe para llenarse de alacranes la camisa. Hay que construir una imagen de decisión seria, de pocas palabras, porque no se tratará de una discusión de argumentos académicos. Ni los comprenderían. Si me aceptan una imagen de mi cine infantil, como los pieles rojas discutiendo el tránsito de una caravana de pioneros por sus llanuras.

Comenzaremos por juntar 50 mil firmas. Los alumnos se moverán ante la amenaza del término del pase reglamentado o de un pase más estrechamente reglamentado todavía. Porque lo “automático” del pase hace decenios que no es tal. Y está bien que haya algunas condiciones. A este contingente pueden unirse los posibles nuevos alumnos, saben lo que están perdiendo y lo que los movería a preferir a la UNAM.

Para recolectar las firmas, hay que construir, de una vez por todas, una red de resistencia, porque la batalla no se agotará en dos o tres escaramuzas. Cada quien tiene un contacto que lo informa de todo y el conjunto es una pirámide con una decena, dos por plantel, de profesores, para evitar reuniones multitudinarias frecuentes y discusiones interminables. No habrá doctrinas que adoptar, porque los conceptos esenciales son pocos: El Colegio es parte de la UNAM. No puede separarse.

Lo que vamos a inventar entre todos es cómo hacemos que el Consejo ceda. No digo el rector, el Consejo, que necesariamente es menos compacto que la burocracia, tiene profesores y alumnos consejeros. Por de pronto sabemos que podemos contar con los del Colegio y los de la Preparatoria. Y los que votaron el viernes contra el rector. Filosofía y Ciencias Políticas. Y Química. E investigadores.

Tenemos una posibilidad alternativa y menos costosa para la autoridad del Consejo: no nos entercaremos en la revocación del acuerdo. Nos basta con la suspensión. Sí, es menos seguro, pero si retroceden, no volverán a avanzar en 10 años. Ya sucedió con las reformas de las “Fortalezas y Debilidades de la UNAM” en 87. En 2035 ya verán lo que hacen quienes estén en el Bachillerato Universitario. Cada quien sus fechas.

En dos semanas debemos tener las 50 mil firmas del Colegio. Invitaremos a la Prepa, a ver si quieren hacer algo. Imagino que habrá quienes se comprometan. Presentaremos la lista al rector en su calidad de presidente del Consejo, no como “jefe nato” de la UNAM, que dice el Estatuto General (¿O la Ley Orgánica?). Dejaremos entrever paros y movilizaciones dentro y fuera de la UNAM, sin concretar ni fechas ni modalidades. Como no tendremos ningún plan público, pueden imaginar cualquier desorden. Y sobre todo temerlo. Los grupos anarquistas comenzarán a aparecer y a multiplicar sus efectivos en el “Che Guevara”, que ya celebró hace un año sus bodas de plata, nada menos que más de 25 años del “Justo Sierra” en su poder, una lástima. Los hijos de los ocupas ya están en facultad. Toda una vida como arrendatarios, es un decir, de la UNAM, a la que no pagan por alojamiento. Es probable que ataquen, cuando Gobernación decida. Pero no le conviene a rectoría e irritaría a la comunidad de Filosofía y Letras. Veremos.

**E**l viernes desahuciaron al Colegio. La respuesta más sólida no puede construirse en tres días, pero tampoco hay que dejar correr. Las bases se acostumbran. Como el caso de los porros: si los dejas aposentarse en un cubículo, o debajo de una escalera, tienen un sitio reconocible en la geografía del Plantel, la casa de los porros. Existen como parte de la comunidad.

Urge una primera respuesta directa y a fondo, firmada por un centenar de profesores conocidos, no necesariamente *destacados*, pero sí Premios Universidad Nacional o Jóvenes Académicos, mejor, y los que han sido cabeza del Colegio en la Coordinación o en la Dirección Generales.

He intentado un texto que servirá de base para ser discutido y mejorado. Como es breve, espero que la discusión no se alargue.

#### **PROTESTA**

*El viernes pasado el Consejo Universitario, a iniciativa del Rector, desmembró el Colegio de Ciencias y Humanidades de la UNAM, tras más de 50 años de innovación académica y de esfuerzo sin interrupción cumpliendo el mandato que el Colegio recibió del Consejo Universitario en 1971.*

*Los profesores y alumnos actuales del Colegio y quienes lo han sido en este medio siglo, no aceptamos esta decisión arbitraria. La Gaceta UNAM, que suele dar espacios amplios a las*

*sesiones del Consejo, en su último número oculta y calla. Sabe muy bien Rectoría que es imposible justificar la arbitrariedad e intenta disimularla en el silencio.*

*Respetuosos de la autoridad universitaria, no aceptaremos este acuerdo, porque contradice la misión de “educar más y mejor a un mayor número de mexicanos”. No abandonaremos la formación universitaria de las nuevas generaciones de adolescentes.*

*Llamamos a quienes consideren al Colegio como un proyecto y un modelo que ha sido trascendente en sus vidas, a mantenerlo dentro de la UNAM.*

*Juntos somos muchos y seremos cada día más.*

*Por el Colegio seguirá hablando el espíritu.*

**CCH-UNAM**

Sólo pudimos publicarlo en *Excélsior*, en *La Jornada*, todavía, y en *El Financiero*. Pero los noticiarios del canal 4 lo reseñaron en medio minuto, en todas sus ediciones. Lo mismo *Imagen Radio*. Será leído y comprendido, será el inicio de esta campaña.

**E**l Director General no tardó ni 10 frases de Rito, y eso que “El hermano” tiene un fraseo más bien sin piedras, y sin oír a sus acompañantes Jaime y Ernesto, que ni abrieron la boca, para negarse en redondo a encabezar cualquier acción que estuviera en contra del acuerdo del Consejo Universitario. Evitó decir “del Rector”, pero éste preside el Consejo. Lo esperábamos. Podía tener razón en abstracto, el Consejo Técnico tiene una categoría inferior a la del Universitario, pero en el Colegio es la máxima autoridad colegiada. ¿Y quién prohíbe a los universitarios opinar, si lo hacen correctamente y sobre todo argumentando con seriedad, si sienten que se los atropella?

—Yo creo que el Rector vería bien recibir un empujón político, que obviamente le permitiría decir que no vendrá de sus apoyos, y sacar a relucir el espantapájaros del paro del 99, para justificarse ante Gobernación de retroceder, que por cierto no hay por qué tomar tanto en cuenta, si somos institucionales. Sabemos que en los hechos Gobernación pesa y el Rector informa, bueno, es la realidad, estamos en México. Pero si el Rector grita pidiendo auxilio, porque dice que ve venir un conflicto mayúsculo que puede estorbar, quién sabe cómo y a quién, ese pretexto lo han usado siempre contra las iniciativas del Colegio, bueno, que las discusiones de las reformas en las Cámaras mantienen un ambiente conflictivo incierto, al que vendría a unirse

el enojo de los futuros alumnos del Colegio, comenzando con los nuevos de este año, porque perderán el pase reglamentado, Gobernación puede cerrar un ojo y no seguir presionando al Rector, para sacar las castañas del fuego para la SEP”.

—Sí, puede, puede que sea así, pero yo no puedo encabezar este movimiento. Ustedes sí, porque ya no tienen que responder ante la Junta de Gobierno Ya no son institucionales, —dicen que los miró de reojo y con una sonrisa entre maliciosa y tentativamente franca—.

—¡Ah! ¿A poco? No veo a la Junta ocupándose de un documento de la Dirección General y llamándote a cuentas, nunca ha pasado, firma así, no como el Mtro. XYZ, que sería lo mínimo, sino como equipo, “Dirección General del CCH”, y diluyes la responsabilidad, o convoca al Consejo Técnico. Bueno, a los Consejos de Área del Colegio y que cada uno convoque a la defensa. Aparentemente nadie los pelará, pero en el Colegio todos sabrán que estás de su parte. Mira, las ocasiones de hacer algo grande son pocas y nunca las inventa uno. Más bien se te echan encima y tienes que resistir y contratacar. O hacerse a un lado, pero perderías autoridad. No tengas miedo. Te falta medio año de Director General, puedes repetir con el apoyo de los profesores y de los alumnos que ahora sí intervendrían en la auscultación para renovar la Dirección, en caso de que de veras te carguen la bronca. No vas a firmar nada que convoque concretamente a ninguna acción. Simplemente publicarás tu desacuerdo, lamentarás la decisión del viernes, dirás que el Colegio ha sido un orgullo para la Universidad, seamos optimistas, que debe seguir en su cuerpo institucional. Nada más. Los profesores sabrán que estás con ellos y se animarán. Nosotros a ver qué hacemos, no hemos encontrado todavía nada definitivo, Eso sí te aseguramos que no será violento, apenas van tres días de la sesión nefasta”.

—Bueno, ya los oí (“Cierto, más que otras veces, gracias”, dijeron haber pensado los visitantes al salir). Déjeme sopesar y

ver con mis secretarios y los Directores de los Planteles. Ustedes muévase, espero que inventen algo. Los tres son buenos para maniobrar y no tienen nada que perder. Bueno, pueden perder, podemos perder, al Colegio universitario en su totalidad.

Rito y yo nos encontramos tras la entrevista en la cafetería de Arquitectura, a esas horas más bien despoblada, sin que faltaran estudiantes, ellas, esbeltas y con cola de caballo. No todas, desde luego, pero tienen un aire de entrar o salir de un estudio donde están preparando un proyecto para un condominio horizontal de 20 casas en Topilejo, antes del pueblo, frente a las instalaciones de Veterinaria para la cría de borregos (alguna vez hacen barbacoa; el Director de Veterinaria dice que cuidan la salud de los perros, pero no la vida de los borregos, debería añadirlo a su lema. Se haría más popular, no sólo por libre y atrevido).

En el Starbucks de El Relox, simple recuerdo, tomamos cada quien su café en la disposición preferida, desde hace años felizmente hay capuchos y *espressos*, aunque también inventos gringos con espumas varias, jarabes artificiales dizque de nuez o de piñón. Nunca los he probado, en realidad transmito un prejuicio, pero debe haber fanáticos del café italiano, y francés, y hasta español, no estamos solos.

—No esperaba otra respuesta —dijo Rito—, sorbiendo con cuidado su capuchino grande con leche deslactosada medio fría.

—Es lo de menos. Ya avisamos, rectoría debe saber. El Director General tiene, o supone, la obligación de informar de inmediato de cualquier nube que asome las narices sobre la línea del mar. Bueno, aquí, del Pico del Águila. Seguro que el rector hablará en menos de media hora con el Secretario General y con su equipo que dicen llamarse “El A”. Pero no van a parar el movimiento, si nosotros seguimos sonando la alarma de la pérdida del Colegio para la UNAM. Hay miles de miles de exalumnos del Colegio, un tantal de Directores, doctores, profesores e investigadores. “Somos un chingo y seremos más”,

ahora debería ser “y ya somos más”. ¿Te acuerdas en los 70 y 80 en los Planteles?, desde luego, pero lo habían copiado de organizaciones de las facultades.

—Lo malo es que tendremos una sola jugada y o ganamos o no habrá más.

—Lo sé, pero no la veo así. Tenemos una jugada, pero después de esa, a la mejor podemos inventar otras. De todos modos, no creas que estoy tranquilo. Y menos todavía, confiado. ¿Te acuerdas cuando defendimos tú y yo solos la puerta de la Dirección General en febrero del 2000, después del paro de las cuotas? Ahora, sin ningún nombramiento, nos estamos haciendo cargo de defender al Colegio. El Director General se ha comprometido con el Colegio, como para ser designado para un segundo periodo. Por lo menos para intentarlo con seriedad. Ya no tiene que fingir quedar bien con rectoría, pero tampoco va a ser imprudente. No lo creo. Por mi parte, no sé qué haré exactamente, organizar algo con los amigos, desde luego. Lo que puedes hacer tú es ver si el STUNAM nos apoya de alguna manera, por ejemplo, haciendo mantas o volantes reivindicando que irse a la SEP es un cambio de patrón. Quizá el argumento no valga en el Contrato Colectivo, pero por lo menos no deja en paz a rectoría y seguro levanta protestas de los trabajadores. Aunque sean jurídicamente desechables. Total, apoyan cualquier cosa, algunas serias, desde luego, pero no son particularmente escrupulosos.

Atravesé la explanada por una de mis rutas acostumbradas. El sol quemaba. Una vez más había olvidado el protector solar. Rito se fue al estacionamiento de la Dirección General. Yo dejé de usarlo, cuando terminó mi segundo periodo. Y tuve tarjeta de nuevo desde el periodo del Director General anterior. Nunca me ha gustado estorbar, luego te estacionas en el lugar atribuido para no sé cuál Secretario y parece un abuso, en realidad lo es, aunque a uno no le importe.



Sí estaba preocupado y no sabía a quién buscar para desahogarme. Hacía años que tantos habían desamarrado sus naves de los muelles y navegaban lejanos sobre todo para mí, que no me atrevía a fletar un barco para acometer un viaje por el proceloso mar, que solo es color de vino en el Egeo griego, por acá es azul y basta. De modo que mi diálogo urgente corrió su discurso solitario sin respuesta.

—Quiero hablar con el Secretario General, Bazán del Colegio de Ciencias y Humanidades.  
—El Doctor no está disponible, está en una entrevista.

—Sé cuánto se ocupa el Doctor y yo soy un profesor, pero dígame que le solicito atentamente una cita para hablar de nuestra próxima separación de la UNAM. Lo de separación es un decir. Pero tanto nosotros como Rectoría tenemos mucho que perder, si en vez de conversar nos alejamos más todavía. Le propongo que me pase a su Secretario ejecutivo. Sí, el Maestro Benavides.

Los teléfonos de Rectoría no llenan tu espera con música de ascensor, el silencio te da tiempo de pensar en qué decir a un funcionario con quien no pensabas cruzar ni buenos días, lo que en particular no era el caso. Pero la vida viene como se le ocurre y para eso hemos acumulado muchos años de tratar con tirios y troyanos. Por cierto, es el punto de vista narrativo de Homero.

La voz era levemente cortante, como si con eso pudiera terminar con mis ganas de insistir en una entrevista con el Doctor.

No se lo hice notar, pero comencé a hablar recalcando mis méritos universitarios, por supuesto sin mencionarlos. Hubiera sido un error. La vanagloria nunca produce. Bueno, a eso me acostumbraron mis años de Dirección, la antigua cortesía política universitaria. Don Henrique, Fernando y David.

—Maestro, gusto en saludarlo. Mire, el Consejo Universitario ha tomado decisiones que, en un análisis sereno, pueden convertirse en conflictos que muchos profesores del Colegio de Ciencias y Humanidades queremos evitar. Personalmente pienso que alertar al Doctor acerca de nubarrones, por usar una metáfora, si me lo permite, que pueden acarrear contratiempos indeseables, yo no se lo deseo a ningún miembro de la Rectoría actual ni al Rector mismo. (Aquí sí hablé con mayúsculas). Quiero hacer lo que se me permita tener a mi alcance, para contribuir a un desarrollo sereno de la Universidad en los próximos meses. MI interlocución con el Doctor, su jefe, ha sido siempre cordial y, lo digo con modestia, inteligente. Ahora pueden repetirse estas condiciones para provecho de todos, en vez de que fuerzas irresponsables precipiten a la Universidad en otra etapa de conflictos, siempre tan onerosos.

—¿Me está solicitando, doctor Bazán, una entrevista con el Secretario General?

—Para ser concretos sí y pronto, si me permite insistir.

—Hablaré enseguida con el Doctor y lo llamaré para informarlo. ¿Siguen siendo los teléfonos de la Dirección General?”.

—Sí, es la entidad de mi adscripción. Espero su llamada. Salude al Doctor de mi parte. Agradezco sus atenciones”.

**H**abía dejado de ver a Gilberto durante varios años, porque mi vuelta del IEMS al Colegio me había destinado a la inexistencia práctica y pocos sabían, si hubieran deseado verme, dónde buscarme.

Pero ahora que nos preparábamos para la manifestación silenciosa, de cuyos resultados nada estaba escrito, fui yo el interesado en buscarlo. No tenía Gilberto un batallón de seguidores, pero era un profesor de la primera hora del Colegio y podía convocar a profesores que fueron sus alumnos en su ininterrumpida presencia en Vallejo.

—No veo con claridad cómo una manifestación del Colegio haría cambiar de propósito al Rector. En realidad, si se retractara, en teoría todavía puede suceder, yo no estoy convencido de que así sucederá, el Consejo Universitario aprovecharía para culpar al Rector por los dos lados. Primero, porque promovió la separación del Colegio y su equipo ha estado trabajando abiertamente durante un año y de la separación él es el principal responsable; segundo, porque cedería ante una manifestación que ni siquiera le toma la Torre y aguanta tres meses sin devolverla. Sus amigos quedarán defraudados y sus adversarios, ya se cuentan por lo menos tres para la auscultación de octubre del 26, la del Instituto de Biología, que además levantará la bandera del feminismo, el de Ingeniería y el de la FES Iztacala, los

partidarios de los tres acusarán al Rector de provocar alborotos inútiles y mal calculados. Pero no creo en la manifestación que estás organizando, ya párale, te has pasado la vida buscando el poder en el Colegio.

—Con perdón de la elegancia de tu castellano, no chingues. Por supuesto, no contamos con tener un resultado automático, pero no queremos que el Colegio se vaya al diablo, sin mover un dedo. Sería todavía más irresponsable que la conspiración del rector, porque para nosotros el Colegio es nuestra vida.

—No seas demagogo. Ha sido una manera de alzarte sin saltar ningún escalón, y repitiendo varios de profesor y Jefe de Área, bueno, Coordinador para ti que eras partidario de las academias, luego Secretario Académico, Director de Plantel dos periodos, Secretario de Divulgación del Colegio, Director de la Unidad Académica del Ciclo de Bachillerato y primer Director General, dos periodos. Luego, sin deberla ni temerla, resultaste Director del IEMS. No creo que la comunidad te vaya a seguir.

—No me seguirían a mí, seguirían al Colegio. Además, somos varios, un grupo colegiado de iguales, deberías estar ahí, si pudieras olvidar no sé, de verdad no lo sé, las afrentas que inventaste hice al Colegio. De cualquier manera, no es hora de reclamaciones, sino de colaboración para seguir siendo universitarios.

—Entre las cualidades de los unamitas no se cuenta la ambición. Hace casi 20 años terminaste tu segundo periodo de Director General y sigues tratando de tomar el mando. De veras, exageras. No eres el profesor de 1971, concedor de letras clásicas en su salsa. Te volviste un político obsesionado por seguir en el poder. No pienso ayudarte.

—No me ayudes, ayuda al Colegio. Haz otra cosa, por ejemplo, una carta abierta al rector explicándole, la verdad es que no lo sabe, por qué el Colegio es totalmente universitario.

—Puede que algo así sería aceptable. Pero quiero decirte que no creo que vayas a tener éxito. Pienso que el Colegio está

muerto, porque un grupo pequeño se apoderó del patrimonio de una comunidad de más de 2,000...

—3,500 profesores.

—...3,500 profesores. Lástima que Palencia y la maestra Tomé están muertos. Merecían menos reproches.

—Yo hablo con Javier, pero no estoy entrenado para oír lo que me aconseja, pero sé que lo hace.

—Bueno, siempre fantasioso. Mira, creo que con una manifestación no llegarán muy lejos. El Rector tiene detrás al poder del Gobierno y de la nueva mayoría del cambio. No van a ceder. No quiero fracasar contigo. No me cuentes para manifestar. El Colegio se va de la UNAM y se acabó. No tiene remedio.

Sanborns de Plaza Universidad había terminado de vaciarse y las meseras comenzaban a disponer las mesas para la comida, esa semana aparentemente inspirada en la cocina de Guerrero. Por lo menos por los nombres de los platos supuestamente típicos de la Costa Chica, o la Grande. Pedí la cuenta y me despedí de Gilberto en el mismo sitio en que habíamos reanudado efímeramente una amistad que comenzó con el Colegio, tuvo su momento fuerte cuando organizamos la Feria del Libro del Colegio y editamos la *Gaceta CCH*, incluyendo artículos originales y variados, y se rompió con una carta agresiva y resentida, sabe por qué, cuando me nombraron Director General del Colegio.

Ahora veía con claridad dolorosa que no eran tantos los que apoyarían la defensa del Colegio. Podría salir todo mal, si la comunidad hacía el recuento de los agravios, en su mayor parte imaginarios, que le habíamos endosado quienes dirigimos en algún momento al CCH.

A mis dudas originadas en los recuerdos personales de los vaivenes del Colegio se añadieron las retiradas de los escépticos y resentidos que parecían estar diezmando las filas del hipotético contingente.

La cafetería de Sanborns desapareció en el 18 y perdió el piso de madera que por mis nostalgias, que exigen legítimamente el adjetivo de “incurables”, me recordaba improbables cafeterías europeas, ninguna en particular ni la de la esquina del Boul Mich con el Quai del Sena, mi preferida, para mirar caer la tarde luminosa de abril intentando sobornar con oro la piedra de la fachada de Notre-Dame, entonces recientemente limpiada y blanca gracias al Ministerio de Cultura dirigido por Malraux, en los tiempos de la Presidencia del General.

Alfonso había llegado antes que yo, cinco minutos, como siempre, y teníamos el cuarto gabinete, entrando al restaurante por la derecha, siete escalones, como siempre los lunes, aunque ese día no lo era. Obviamente se trataba de un desayuno extraordinario y los dos lo sabíamos. Por de pronto no estábamos en Los Bisquets Obregón de Padierna.

Después de nuestra conversación anterior, cada quien por su lado con sus obsesiones, en el silencio oscuro que siguió a la separación del Colegio, según una mayoría del Consejo Universitario, que se había acercado a una incertidumbre inesperada, habíamos decidido que no era digno de los profesores del Colegio contentarse con el “pasillo de la vergüenza” revestido como un condenado con una piyama naranja, sino rebelarnos y organizar los restos innumerables de las comunidades para intentar

al menos detener la ejecución prevista del Colegio. Desde luego deberíamos ir mucho más allá que, cuando en primavera, ante la sesión de presentación del proyecto de eliminación, treinta profesores acosando medio minuto a algunas docenas de consejeros no logramos disuadirlos, porque no pesábamos sobre la mayoría, ese día sumisa, como la hacían los cabildeos del rector. Lo sabíamos, como sabíamos también que nunca, nunca es ni una vez, un Rector había perdido una votación. Sus asesores reconocían los anuncios inequívocos de una mayoría hostil, y aconsejaban cerrar la sesión sin tratar el punto amenazador alegando cualquier pretexto.

Una vez más Alfonso y yo éramos cómplices de una conjuración académica. Habíamos logrado juntos que el presidente de la Comisión de Legislación aceptara que los suplentes de nuestro Consejo Técnico votaran como los titulares, un caso único en la Universidad, y nos habíamos negado a cambiar el proyecto del Plan de Estudios Actualizado, terminado con seriedad un año antes, contra la voluntad del Rector y de otros grandes universitarios a quienes además sinceramente admirábamos.

Separar al Colegio de la UNAM era un asalto contra la academia, un golpe de estado que la pasividad de la mayoría transitoria de aquel viernes en el Consejo Universitario seguramente consideró una decisión más. No era tan sencillo, había mutilado a la UNAM de su Bachillerato que seguía siendo de avanzada, y al que el Consejo mismo había asignado en 1971 innovar con la Universidad para hacerla plenamente universitaria, y ahora parecía persistir en tiempo de compensación, desconcertado, copiado sin citarlo y a medias por la SEP en la RIEMS, y la única institución docente de la UNAM que contaba con un modelo educativo que orientaba su trabajo como una referencia explícita. El Colegio había recibido su Modelo Educativo del Consejo Universitario, lo había desarrollado con la reflexión continua de centenares de sus profesores, mucho más allá de



los documentos de la “Gaceta Amarilla”, era la referencia básica a la que el Plan de Estudios Actualizado y los programas revisados en tres ocasiones habían acudido.

Habíamos perdido el Colegio en una votación vergonzosa, pero sabíamos que no basta tener razón, sino hay que ejercer también la fuerza. Partiríamos del hecho de que durante años los alumnos de alguna de las facultades del ala de Humanidades bebían cerveza puntualmente todos los viernes por la tarde junto a la Secretaría Académica del Colegio, porque las autoridades durante ya más de dos décadas han temido el estallido de una huelga larga, siguiendo el modelo del paro federal de 1999. Para evitarlo, habían abdicado de su obligación jurada de hacer respetar la legislación universitaria. No te dejaban expulsar, incluso con la mira de reincorporar al final del conflicto a quienes tomaban un Plantel y se proclamaban activistas. Debíamos inventar una amenaza de rebelión y hacerla creíble.

—Otra vez, hermano. Es la última que nos toca, pero la más importante. Estamos viejos, pero en el Colegio hay profesores jóvenes y convencidos. Pienso que podemos organizar una manifestación del silencio, aprovechando el mito de la manifestación del Rector Barros Sierra en 68. ¿Estuviste ahí? Yo estaba en París, pero creo que el equipo del Rector acertó, Solana aparece en las fotos, porque no cabía en ningún discurso el agravio que el Gobierno Federal había hecho a la UNAM. Había que tomar el camino opuesto: el silencio, cuando no bastan las palabras o puedes pronunciarlas, pero de qué sirven en un país de sordos.

—Mira, si vamos a jugárnosla, hay que planear en detalle. Para comenzar, ¿a cuántos participantes le tiramos y quiénes son los más significativos?

—Yo pienso que deben ser, pero sobre todorepresentativos. Por ejemplo: los directores actuales de instituto o centro que egresaron del Bachillerato del CCH; lo mismo los dos o tres que son ahora directores de FES; luego, los que han ocupado los

mismos cargos desde inicios del siglo en las Facultades, Filosofía, por ejemplo. Con eso tienes al menos 30 directores que han tenido, casi todos, dos períodos.

—Me parece que el lugar más importante lo deben ocupar los alumnos y los profesores actuales del Colegio. Es tu dicho de 2002, “el aprendizaje en el centro”. Además, recuerda la antigua frase “educar más y mejor a un mayor número de mexicanos.

—El problema con los alumnos actuales es que no están amenazados. Van a terminar el Bachillerato en la UNAM sin pérdida de pase reglamentado y dos años más para que los rezagados razonables, no los que deben 20 asignaturas, tengan oportunidad de terminar. Ahí hay que recurrir a una argumentación más compleja, no simplemente “defiende tu Bachillerato”, sino “defiende el mejor Bachillerato que podrán tener tus hermanos y tus compañeros que vengan el año entrante y los siguientes” o “Que tus hermanos tengan un Bachillerato Universitario como el tuyo”. No es el eslogan, sino una aproximación. Y ahí ya no cuenta sólo la ventaja personal, sino la solidaridad, y vamos a poner a prueba si los hemos formado en la responsabilidad social. Pero sí, los alumnos comprenderán muy claramente que las nuevas generaciones no tendrán “pase automático”, como le dicen.

—Veo más fácil agrupar a los profesores, porque no es lo mismo ser profesor universitario que quedar a merced del SNTE o de la CNTE, que en el caso del Colegio se colaría por los pruritos antigubernamentales y los valores de izquierda. Y ahí sí, se acabó el CCH, ¿o crees que a estos sindicatos les importen los retazos de “el alumno en el centro” o de “aprender a aprender” que queden tras la crisis de la separación? Les vale. Ni siquiera entienden de qué se trata. Van a fomentar la corrupción que origina el despecho. Los profesores van a sentirse despreciados. Y hay que agregar los estímulos que el Gobierno Federal no podrá aceptar porque tendría que extenderlos a todos los Ba-

chilleratos. Y eso es mucho dinero. La SEP va a tener alacranes en su escritorio.

—Hace rato recordamos la Manifestación del Silencio. La imagen me cuadra. Imagino una multitud callada, pero cada manifestante podría llevar una pancarta ligera con una frase muy corta, por ejemplo, “CCH-UNAM”. Lo dice todo, no hay que hablar, sino señalar lo esencial: somos universitarios, queremos seguir perteneciendo a la Universidad y tenemos derecho. Todos lo entienden, creo. Además, evitas que se les ocurran consignas no compartidas. Lo esencial es universal en este caso y lo básico nos une. Luego podemos discrepar, como siempre ha sucedido, pero hemos convivido con maos y activistas de orígenes varios y hasta desconocidos, bueno, de Gobernación, con los partidos de izquierda, desde los funcionarios de Azcapotzalco seguidores de Heberto Castillo, a los que fueron del PC, sus derivados y luego siguieron varios caminos. Después muchos resultaron morenistas dizque “desde antes”.

—¿Y si escogemos 10 frases típicas del Colegio, para darle más peso educativo a la manifestación y que se entienda concretamente por qué luchamos? Las que hemos dicho: “educar más y mejor a mayor número de mexicanos”, “aprender a aprender”, “el alumno en el centro”, “Ciencias y Humanidades”, “Cultura Básica”, “aprendizaje autónomo”, “trabajo colegiado”, “todas las clases, todos los días”. Es una lista que puede ampliarse o recortarse.

—¿O una combinación de las dos propuestas? La cabeza de la manifestación, hasta la fila x con el lema breve, “CCH-UNAM”, luego carteles con las explicaciones de lo que ha significado nuestra pertenencia a la UNAM. Podemos añadir “pase reglamentado”. Tienes razón, los participantes podrán llevar sus lemas preferidos, excepto en la cabeza de la manifestación, que organizamos nosotros y llevará lo esencial de la pelea.

—Creo que hay otro problema que estamos olvidando. No lo vamos a hacer nosotros dos solos. Hay que formar un equipo,

pero ¿con quiénes? Ya tenemos, en teoría los 60 de los que hablamos con Ernesto, hace rato ya, por ahí podemos empezar, pero tenemos que llegar más lejos.

—Se me ocurre que sería útil una conversación con Fernando y con David. Siempre decimos lo mismo, pero no lo hemos hecho. Sin duda tendrán una visión más completa de pérdidas y ganancias, según cómo se hagan, o no, las cosas. Nos urge un desayuno. Pongamos lugar, un *bistro* de San Ángel, porque “la Cochera del Bentley” cerró hace mil años; si no, sería una vez más el lugar simbólico de las grandes decisiones, como en los 70 y 80. La fecha dependerá de ellos, pero nosotros dos declaremos ahora mismo que iremos de cualquier modo.

—De acuerdo. Una cosa más. No vamos a marchar de CU al Zócalo, imagino. Barros Sierra llegó hasta Félix Cuevas. No puede cansar demasiado a la gente, además habrá, habremos, dicen, adultos mayores, escapados del coronavirus del 2020. Pensemos en el Ángel-Zócalo. Es razonable. Hay que verificar si el Gobierno de la Ciudad no tiene programado un festival de la salud adolescente o cualquier otra de sus iniciativas de alebrijes. O puede ser, andamos cerca de la fecha, el desfile de catrinas. ¿Tienes a alguien que nos pueda asegurar? Por supuesto, vamos a tramitar formalmente los permisos necesarios, pero en ese nivel Fernando y David tienen relaciones que ni tu ni yo sabemos. Aunque el PRI no gobierne.

Mago nos dio la cuenta. Pagó Alfonso. Compré *El País* y *La Jornada*, donde aparecían más opiniones contra la separación que en los demás periódicos mexicanos. Lucero estaba ya a cargo de las redes sociales. Las protestas crecían.

Era el momento. Todavía.

**A**lfonso y yo estuvimos de acuerdo en que valía la pena contrastar nuestra idea de la Marcha con algunos universitarios experimentados. Sabíamos que nuestra sensibilidad de profesores del Colegio estaba sesgada por dos factores: la rabia por la decisión del Consejo y una cierta propensión a la acción y al riesgo, como cuando sacábamos a los porros de nuestros Planteles apoyados por los profesores y los alumnos (en tercera fila los chavitos). Pensábamos que lo más eficaz sería una manifestación muy seria y responsable, universitaria al 100%, sin incidentes, mucho menos accidentes y menos todavía pedriza, por ejemplo (además, si no las llevas, a ver, encuentra piedras en Juárez o en Cinco de Mayo).

Nos vimos en el Bistro de Angustias (curiosamente está en Avenida La Paz, y las conjura, la vida se ríe y qué bueno). Nos acordamos del restaurante La Cochera del Bentley (desaparecido por sabe cuál ciclón 5 financiero) en Barranca del Muerto, esquina con Insurgentes y del desayuno, repito porque fue importante, en que le preguntamos al Abogado General, el Dr. Carpizo, por más señas, luego Rector, aunque entonces no lo adivinábamos, a propósito de su idea de Profesores *Especiales* de Carrera para el Bachillerato de la UNAM. Argumenté que era una carrera académica de dos niveles, lo que llevaría a que los profesores llegaran al final en tres años. Mejor crear plazas

normales, como las de Nivel Superior. Antes de terminar ya había recibido una patada por debajo de la mesa, claro. Era Fernando, por la cara que puso. Me apresuré a terminar diciendo que estaba bien, porque era un avance para el Bachillerato y en el futuro algo habría que hacer. El Abogado General se agarró de mi propuesta (de algún modo hay que adornar la rendición) y ahí terminó, por entonces, la disidencia cecehachera sobre el profesorado de carrera.

En el Bistro, ya teníamos café todos y Poncho un croissant que se veía dorado y suave, seguramente por la mantequilla, por algo estábamos en un *bistro*. Fernando explicó con la lentitud de su docencia de política universitaria, al estilo de Don Henrique González Casanova, voz baja, pausado, buena sintaxis, la verdad siempre útil por razonada, aventurada hasta los límites del cálculo exacto de lo que “la UNAM” (las comillas van porque se trata no de la Gran Comunidad, sino de los grupos dirigentes y en buena medida usurpadores, algunos bastante más cerriles que el Colegio, mucho más contenido y calculador) de lo que “la UNAM”, repito, podía soportar de nuestra identidad. Puso un ejemplo de la política de tomar lo que se puede conservar, el surgimiento del profesorado de carrera (un fragmento del tema está aquí cerca en este relato): en 1978 era ya una revolución que el Bachillerato obtuviera plazas de carrera, *especiales* porque se trataba del Bachillerato, el CCH en el centro, y nunca la Universidad se había preocupado por la carrera académica de sus profesores de Educación Media Superior. El Colegio, también ahí, puso el ejemplo insistiendo en su demanda durante años.

A más de 30 años de distancia, el resumen de Fernando resultaba totalmente acertado, porque habíamos conquistado y conservado hasta 800 plazas de profesor ordinario (ya no especial) de carrera y con 900 estuvimos, al comienzo del siglo, entre las tres o cuatro escuelas con mayor porcentaje de profesores de carrera, en las ligas mayores con Filosofía y Letras,

Ciencias, Ciencias Política y Acatlán. El problema era que ahora, con plazas o sin ellas, el Colegio se iba de la Universidad y con la institución el saber acumulado para arreglárselas con la burocracia de la Torre de Rectoría, experiencia que ahora, en el otoño del 25, los responsables, afortunadamente no éramos ya nosotros desde hacía tantos años, tenían que traducir a una lengua bárbara, para esquivar los atropellos del gobierno federal, mucho menos ocupado de educación, de la cual a veces ni idea, mientras la UNAM se llama Universidad y lo es y actúa predominantemente como tal. O el apego nos hace considerarla así.

Pensábamos, Alfonso y yo, que un golpe distinto, en el que apareciera el fantasma de un levantamiento muy numeroso, haría al rector repetir sus ecuaciones y revisar sus cálculos. Y que buscaría dar marcha atrás, si sentía seriamente amenazadas sus pretensiones. La idea era una manifestación silenciosa y ordenada con un solo lema, UNAM-CCH, contundente en su brevedad, sin gritos y un mitin sobrio en el Zócalo, con directores actuales de Facultades e Institutos egresados del Colegio, los antiguos Coordinadores o Directores Generales, el Director actual y la Junta de Directores con sus funcionarios, los que se atrevieran y si no, ni modo, “hay cosas que ni qué”, y sobre todo miles de profesores actuales y jubilados, nunca dejas de ser cecechero ni universitario, de alumnos y exalumnos de todas las edades. Centrar toda la carga para que el rector se sintiera amenazado de una insurrección inmediata, que no teníamos la intención de provocar, pero que dejaríamos flotar en el aire de otoño, ya a menos de un año de la auscultación.

Era la idea de una *manifestación del silencio* por el Colegio. La aprobaron. David había estado ahí en 68, Fernando estaba en Lovaina y yo en París. Otras *manif*, otros CNRS.

—Yo estoy de acuerdo, me gusta la idea de salir a la calle en silencio. Recordará, al menos para los periodistas, aunque hace más de 50 años del 68, la Manifestación del Rector Ba-

rrios Sierra, que sigue siendo una figura mítica de la UNAM que defiende su autonomía. Es acertado cobijarse en su figura. Estaría bien que hicieran correr la idea de que un problema de calles y de tumulto que, por supuesto, coincido en que no se provocará, perturbaría la Ciudad y el partido en el poder no puede permitirlo.

Con Fernando y David la conversación fue directa y sobria. Los argumentos y las evaluaciones siguieron un intercambio que nunca se desvió de los hechos que nos acosan y que, antes que nada, no hay que ocultar. Y sobre todo detalles tácticos, que nunca hay que desdeñar.

Llegaron los platos fuertes del desayuno y las terceras o cuartas tazas de café. Había baguettes y eran una delicia, me sentí en el Boul Mich, a las 8 de la mañana en vacaciones de la Sorbonne, cuando vivía en las Rue Saint-Séverin. No dije nada.

Les pedimos su opinión sobre lo que nombrábamos “los límites”, la regla de comportamiento de los manifestantes y los posibles dispositivos de protección de la columna.

Este era el punto, podían aparecer grupos de encapuchados anarquistas, la peste, y desbaratar la marcha. Estaban de acuerdo. David dijo que había que pedir autorización al Gobierno del Estado de la Ciudad de México. No lo negarían, porque los medios y las redes se les echarían encima, si no nos dejaban manifestar o grupos violentos nos atacaban. Ofreció hablar con el Secretario de Seguridad, que había trabajado con él en la Secretaría de Rectoría, cuando era recién egresado de Derecho y luego en la oficina del Abogado General.

Fernando tomó otros caminos. Insistió directamente en que no debía haber ni un solo grito contra el Consejo Universitario ni contra el Rector. “Si me dan a escoger, es un supuesto, a quién agredir, hay que defender primero al Consejo que al Rector porque en el Consejo está toda la Universidad y el Rector solo lo preside. Institucionalmente es más caro irse contra el Consejo.



Deben estar seguros de que este punto se cumpla escrupulosamente. Estoy cierto de la mayoría de los profesores y alumnos del Colegio, pero ustedes fueron directores de Plantel y saben que hay una diversidad variopinta y crítica, como se dice en el argot del Colegio. El Colegio no ha brillado por su disciplina, pero es el mejor momento para comenzar. De modo que hay una tarea que sólo puede cumplirse, si logran la colaboración de los Directores, todos, y de sus cuerpos directivos, enteros y todos. Calculen este punto y si no, mejor envíen una carta con 80 mil firmas, el número incluye matemática y sencillamente mucho más que a todo el Colegio. Tiene más peso político”.

Alfonso respondió por los dos y yo no añadí nada, porque todo estaba claro. Me callé, sin embargo, y punto gramatical, y político. No se trataba de manifestación bien llevada o carta, sino de manifestación apantallante y carta universitaria, pero con unas 60 mil firmas, no creía que pudiéramos rebasar este número, porque a la mano teníamos 55 mil alumnos, 3,300 profesores, 2,500 trabajadores y claro, cosa de más de un millón de egresados, pero no a la mano en un par de semanas. Podíamos sacar una convocatoria para firmar en dos o tres periódicos, sin pedir ni un peso a la Universidad, ni a los Directores, no fuera a ser que en una auditoría, más bien hipócrita, resultaran con culpa de daño patrimonial a la Universidad. Pero ¿dónde las firmas de exalumnos?, en los Planteles, evidentemente, en términos operativos, lejos. O firmas por internet, en un sitio creado exprofeso. Quizá sí se juntaran 80 mil firmas, pero el tiempo disponible se había pasado al bando contrario. Veríamos.

David nos sugirió que formáramos un equipo organizador, que se ocuparía de la marcha y luego, si era necesario, podía fungir de cabeza del Colegio para seguir luchando en la UNAM. —Ahora estamos improvisando, no hay de otra, pero los artículos transitorios del acuerdo de separación aprobado por el Consejo Universitario ponían, yo creo que imprudentemente,

o a lo mejor lo coló alguien que no comulga con el propósito de separación, quién sabe, ponen como fecha el fin del ciclo escolar 2026, más de un semestre. Es un tiempo largo y termina cerca del cambio de Rector. Hay que poner el tiempo disponible a nuestro servicio. Es la apuesta de esta manifestación, esta “*manif*” inmediata, diríamos de bote pronto, pero se apoya en la votación no aplastante del Consejo Universitario. Tiene la ventaja de una respuesta rápida, hacerla significa capacidad de liderazgo y de organización, pero pesará sólo si es contundente. De gran estilo. Hay que calcular el riesgo. Si resulta enclenque —móvió los hombros y la cabeza gacha para representar a un sujeto lento y sin fuerza—, luego será más difícil organizar un movimiento. Cuenten bien sus canicas, no las pongan todas en el mismo saco. Guarden algo, por si acaso, al menos para intentar de nuevo, la verdad hoy no sé qué. Hay que tener tiempo de imaginar. La idea del silencio es buena, porque decide el problema del desorden verbal, me imagino a los alumnos del Colegio inventando porras o *slogans*. Además, sigue habiendo profesores locos y más de uno enemigo del CCH. Piensen en un profesor que trabaja para Gobernación, lo sepa o no, Pérez Fraile por citar a uno, o cualquier otro frustrado, porque no ha podido tener una plaza de carrera ni ser director. Aquella de Naucalpan que organizaba tomas de la Dirección con gente del mercado sobre ruedas de El Molinito. Los que llevaban marros y barras. Cuídense. Yo pienso ir con ustedes, la verdad que me hace falta acción, y desde luego la causa es justa y universitaria, no se vale echar por la borda lo que nos ha costado construir en medio siglo. Personalmente voy a defender una parte importante de mi trabajo por la UNAM.

—No está mal. Les faltan los discursos del mitin final. Hay que insistir en las dimensiones académicas del Colegio. Hagan valer que la SEP ha imitado su Modelo sin confesarlo. Creo saber que en los últimos años el número de incorporadas al Modelo

Educativo del Colegio ha aumentado notablemente. Hagan sentir que la UNAM pierde, si vende al Colegio, porque es una venta. ¿No crees? Seguramente hay tratos entre el Rector, no digo la UNAM, y el Gobierno Federal, no sé cuáles, pero una operación tan peligrosa es una temeridad del Rector, se olvidó de como la UNAM puede encenderse en una semana. Es una imprudencia. Y no habla a su favor la falta de previsión y comprensión.

—Gracias. La idea que nos hacemos es poco rollo, mucha gente, orden inesperado e irreprochable, digo, para los prejuicios que corren sobre el Colegio, los revoltosos. E insistir en que el futuro en juego no es solo de los alumnos que están, sino de los miles que llegarán en los años futuros comenzando por el 2026. Ya, pues. Los queremos universitarios.

Fernando nos hizo advertir que, si había problemas, no faltaría quien nos culpara a Alfonso y a mí. “Aunque somos de la pelea pasada, “histórica””, dijo, con una leve sonrisa a la vez irónica y afectuosa, “todavía siguen presentes, aunque sea en algún desván de la Torre de amores despreciados o candidatos insatisfechos” (de amores en Rectoría yo no veía ninguno; los candidatos frustrados ya se jubilaron hace años, pero el rencor dura más que la edad). “De modo”, concluyó, “ganen, pero ganen universitariamente, sin errores, con respeto y firmeza. No se dejen llevar por la aventura. Tú, Alfonso, calculas mejor, pero tu socio es más idealista, aunque a estas alturas no es el joven doctor al que comenzó a iniciar en la paciencia el primer Director de Naucalpan —la tenacidad la tenía por educación, lo mismo que la coherencia ideológica o, si quieren, el idealismo—. No se equivoquen, la apuesta vale el esfuerzo, pero hay que ganar. Los generales responden de sus soldados, no pueden perder, antes que nada, por sus tropas, aunque formalmente ahora no sean generales, pero sí son líderes que toman decisiones. Formen pronto un Comité de Salvación Nacional, un “*comité de salut publique*”, para tomar decisiones rápidas,

pero con mayor multiplicidad de puntos de vista, compartan la responsabilidad, y logren mejores posibilidades de control. No aparezcan en primera fila, porque el movimiento se vuelve más vulnerable, van a acusarlos de querer mantener su poder en el Colegio. No me digan nada— Alfonso había estado a punto de intervenir—. No voy a saberlo. Pero en política no es lo que es, sino lo que alguien hace parecer que es—.

Formar el *Comité de Salud* al que no dimos chance de llamarse en francés y lo inventamos “Comité de Acción del Colegio”, no costó mucho trabajo, a pesar de algunos infiltrados, desde hacía años, hay que decirlo, que se descararon, imaginando que, si el Colegio dependía de la SEP les iba a tocar ser directores, lo que jamás hubieran conseguido de la Junta de Gobierno, ni antes ni ya ahora que en el precipitado transcurrir del siglo. Los Directores de Plantel no tuvieron escape, porque los grupos políticos, informes y confusos, pero activos, pesaron levantando alumnos para la marcha. Saber que serían miles, tranquilizaba a los papás. Además, no era una manifestación del 68, en la que los abuelos habían participado. El Gobierno de la Ciudad declaró que respetaría el derecho de los universitarios de manifestar, porque, además ya se había anunciado al Gobierno de la Ciudad día e itinerario, al solicitar autorización. No era exacto, porque no teníamos representación formal ninguna, pero para eso sirven los exalumnos que trabajan en el Gobierno del Estado de la Ciudad de México.

En la primera reunión del Comité (suena casi igual en francés, salvo la é) planeamos la propaganda, urgente, antes que nada, y la idea de marcha silenciosa que nadie objetó, porque todos sentíamos el orgullo de repetir la que encabezó el Rector Barros Sierra contra las agresiones a la UNAM, e intentábamos deliberadamente igualar la separación del Colegio a los atropellos contra la UNAM en 68. Era como si dijéramos que el rector se parecía a Díaz Ordaz.

En la segunda reunión enumeramos los temas que tratarían los oradores, el Modelo Educativo del Colegio, imitado por todos desde el intervalo de la RIEMS (el paréntesis reconoce que no es obligatorio para mis eventuales lectores saber qué significa algo tan antiguo como la Reforma Integral de la Enseñanza Media Superior), las reformas de la enseñanza privada, los estribillos repetidos sin saber no sólo de que se trata, sino sobre todo cómo se hace; el carácter universitario del aprendizaje del Colegio (el alumno sabe y sabe por qué sabe, para qué sabe y cómo sabe) que evalúa críticamente la información y la arma en sistema; el retroceso que concreta la separación, cuando varias universidades norteamericanas habían tratado de crear vínculos estrechos con las *high schools* y los *colleges*, para asegurar el nivel de sus alumnos de nuevo ingreso.

Acordamos que los oradores serían un alumno, una exalumna, un profesor. Ninguna autoridad actual, pero sí tal vez alguna pretérita, menos vulnerable a las presiones. Alguien me propuso, me negué y cerré la discusión. Alfonso hizo lo mismo. Adiviné que los preocupados se tranquilizaban y se reforzó la cohesión del Comité.

La noche que se me echó encima tras la conversación, dormí mal. No estuve despierto, ojalá, hubiera intentado escribir un volante o un discurso para reivindicar la pertenencia universitaria del Colegio. Dormitaba sin sosiego, solo en la cama, porque mi mujer se quedó a dormir con su hermana pequeña (es un decir). No me hacía falta para dormirme las otras noches, incluso mientras ella seguía los últimos capítulos de la cuarta temporada de *La vida doble de Estela Carrillo*, en Las Estrellas. Estela envejeció, pero volvió a Sinaloa desde donde luchó contra la Reina del Sur y la destronó. Ahora tiene que obtener recursos para mandar a la Mariposita, ya crecida, a estudiar a Yale. Hazme el favor. ¿Por qué Yale? No me importa, yo oigo retazos y no me ajustan para reconstruir una intriga razonable

e inquietante. Total, dormité pensando a gran velocidad en un discurso que nunca terminaba y tenía que terminar antes de una hora incierta pero amenazadoramente cercana. En realidad, en las reuniones mantengo la serenidad, porque sé que con eso aumentan las proporciones de obtener un triunfo, que para mí es decisivo y el último de mi vida: dejar el Colegio en la UNAM y que no lo molesten, cuando ni Rito, ni Alfonso, ni yo, ni Miguel, estemos aquí para llamar a formar para atacar las tropas del Archiduque. ¿Hubo alguna vez un Archiduque? Ah, sí, por supuesto Maximiliano de Austria. Pero ¿es hoy un enemigo temible o ya no hay tal? Mi bisabuelo José María y su hermano Miguel pelearon contra sus tropas, del lado de los patriotas republicanos. Las guerras se repiten y yo vuelvo a escribir de las guerras.

No estoy seguro de ganar, pero sí convencido de pelear. Es mi turno.

**A** una semana de la convocatoria para la manifestación de defensa del Colegio, el reclutamiento de participantes parece estancado. Actividad existe, al menos los responsables lo aseguran en las reuniones, estas últimas veces en la Casa de Coahuila.

De los Planteles el menos movilizado es Vallejo, porque la comunidad sigue dividida tras el enfrentamiento entre dos de sus líderes obsoletos. 10 años son muchos años, pero cada vez que los remolinos parecen terminar de morderse la cola, no falta un tweet o un encontronazo por un grupo asignado injustamente según el partido contrario al beneficiado. Uno nunca sabe, porque sin pruebas, tienes que apostar. No es que nadie se esté moviendo, más bien se mueven las dos facciones, pero al mismo tiempo se combaten, de modo que no puede saberse en qué lado del frente van a quedar.

Oriente está reviviendo su combatividad sabida. Los profesores de Historia siguen pretendiendo encabezar el movimiento, han olvidado el leninismo bolchevique, el MRP y el maoísmo, por algo Xi Ying Pin gobierna a perpetuidad y es un enorme empresario. Seguro irán muchos, probablemente cada uno juntando sus banderas inconfundibles a la bandera general del Colegio. Da igual, no estamos para delicadezas.

El Sur no acaba de remontar el obstáculo de que no se trata

de una manifestación de Perisur a Rectoría, tiene que salir de su cascarón acostumbrado. Ya veremos.

Azcapotzalco llevará un contingente de alumnos militantes que se han ido formando pacientemente desde 2018, no son los mismos, no son fósiles, pero con el conflicto de dos meses cuando cambiaron de Dirección comenzó lo que ahora es una tradición de lucha organizada por alumnos de base, que se opuso al manejo del Plantel por grupos de ayudantes de Higinio. O anarquistas que difícilmente disimulan sus rasgos de porros inconfundibles.

Naucalpan, por fin, ha dejado demasiado tiempo la intervención política en manos de los alumnos de La Vietnamita, que se jubiló allá por 2019, bajo la tutela de El Espantapájaros. Los profesores académicos, los mejores, no han intervenido. La Dirección se las arregla sola, o sola se desarregla. Sin embargo, a pesar de la distancia enorme puede haber algún destello de la Corriente Académica, si los tres viejos que quedan y recuerdan, deciden por última y única vez en sus vidas levantar la fuerza sana del Plantel para defender al Colegio.

De Escuelas y Facultades sabemos que en cada una y a su modo peculiar los exalumnos del Colegio están buscando no reunir antes, sino únicamente en la manifestación, a las multitudes relacionadas con el Colegio en un momento decisivo de su formación. Los Directores de Química, siempre, de Filosofía, de Ciencias Políticas y de Ciencias apoyan no tan discretamente. De hecho, se estarían quemando con el rector, porque todos han impreso los volantes de los activistas del Colegio, profesores y exalumnos. Pero el rector no está ya para ponerse moños e intervenir directamente en las facultades, en CU y las FES, mantiene un perfil bajo y no ha convocado a reunión de Directores, ¿qué podría decir? Más bien aparecería o temeroso o impositivo, no creo que su equipo pueda inventar ahora el tono y los argumentos para contener la revuelta.



Pero no hay nada ganado. Podemos caminar en un grupo grande, pero que no alcance los miles que pretendemos y aparecer al día siguiente no como LA (hágase énfasis en el artículo) nota de cabecera de los diarios nacionales y luego de *Proceso*, sino como el triste residuo del Colegio.

El trabajo intenso de reclutamiento crea un cierto sosiego, porque te imaginas que estás haciendo algo, pero cuando te vas a ver el capítulo 8 de la cuarta temporada de “Sabían, pero no sabían”, la serie de Netflix sobre unos policías de Atlanta, antiguos marines en Afganistán, y te baja la adrenalina, real por las apuestas en juego, que la ficticia de las imágenes no alcanza a sustituir, se insinúa lentamente la inseguridad primero, luego estallidos de pequeñas granadas de miedo, por fin una extensión de incertidumbre que formará el estrecho suelo de tus horas de sueño.

No sabemos si de verdad tenemos posibilidades de golpear duramente al rector y obligar al Consejo a bajar a tierra abandonando el navío en que se embarcaron, tampoco son inocentes, pensando que, al decidir echarnos, dejaríamos de existir. Uno confunde sus deseos, o sus fastidios, con las realidades.

**N**o era premeditado, sino la casualidad había reunido a cinco profesores, cuatro Áreas y Francés, cada uno con su café en la mano y su manojito de opiniones difícilmente coincidentes.

—Experimentales no se está moviendo. Todos traen la convocatoria o la han leído en Internet. Pero muy pocos sienten que algo tan simplón vaya a tener efectos. Hay un grupo que sí irá, los menos, porque la mayoría siente que se van a quemar ante Rectoría.

—No creo que nadie se queme, excepto los que ya firmaron con nombre y letra de molde. Los demás, ¿a poco Rectoría va a hacer una lista de varios cientos de profesores? Además, ¿para qué? si ahora el CCH pertenecerá a la SEP. Que se las arregle el Gobierno Federal.

—Yo pongo lo que me queda de esperanza, me doy cuenta de lo irracional de mis deseos, en que la manifestación tenga éxito. No creo que el Presidente salga al balcón de Palacio Nacional para apoyar al pueblo, aunque según su antecesor, el mejor pedagogo de México es Manuel Pérez Rocha. Se lo oí decirlo. Y Manuel sigue perteneciendo al CCH.

—Tuvo sus puntadas. En Historia sí hay más movimiento, porque las academias de Oriente y Sur han mantenido con rebajas los esquemas de trabajo y las ideas del Colegio. Mezclados con

política e ideología, pasada de moda, porque hay muchos que estudiaron más bien Economía.

—Talleres de Naucalpan sí va a participar, menos los bisnietos del EZLN, que antes eran los dueños de las AAPAUNAM.

—No exageres.

—Corrijo. Eran del grupo que tenía el poder en las AAPAS allá por los primeros 2000. Pero la parte académica del Área, más del turno matutino, va a participar casi toda. Lo malo es que nadie sabe exactamente para qué nos manifestamos. Claro, para protestar, pero qué demandamos. ¿Que el Colegio siga perteneciendo a la UNAM y punto? Eso equivale a que el Consejo Universitario, encabezado, y para decirlo claro, manejado por Rectoría, se desdiga de un acuerdo que no tiene ni un mes. Dudo mucho de los resultados, pero manifestarse civilizadamente, al menos esa es la consigna de los organizadores, me parece muy bien. Si me han de matar mañana, que me maten peleando. Hasta donde se pueda. Pero veo todo muy negro.

—Nosotros vamos a entrarle. Pensamos que en la SEP nos iría peor que en la UNAM. En Mate hay muchos egresados de FM del Poli y sentimos la diferencia con la UNAM. Digan lo que digan, hay más igualdad. No le conviene al Colegio quedar sometido, eso sería pasar bajo las reglas de la Subsecretaría de Educación Media. Aquí tenemos la ventaja de que el Director General solo responde ante el Rector y la Junta de Gobierno, que es como decir nadie, porque nunca interviene en la vida de los Planteles, pero en la SEP nombrarían a cualquier amigo del Secretario, un guionista de TV Azteca, que, eso sí, sabe leer.

—Cuando Bazán estuvo en el IEMS, le pidieron la renuncia nomás empezar el gobierno de Mancera. La verdad es que ni siquiera era del PRD. Luego corrieron, así, sin más, a casi todos los Directores de Plantel, menos a uno o dos. Los sustituyeron con abogados, administradores que nunca habían sido profesores, porque miraban las direcciones como puestos políticos,

como si te nombraran encargado de la vialidad. Una falta de seriedad total. Ese tipo de acciones y actitudes es lo que temo y por eso pienso hacer lo que se pueda.

—Es bien poco y seguramente enfilado al fracaso. Más bien hay que pensar cuándo puedes jubilarte y en qué condiciones. Supongo que derechos laborales no te pueden quitar, aunque ya tampoco vas a tener la jubilación digna de la UNAM, que añade como 30 mil pesos a tu pensión. El Gobierno Federal no podrá hacer lo mismo con el Colegio, porque demandarían lo mismo todos los Bachilleratos federales o estatales. Estamos en la calle.

—Manifestación o nada, quedaremos igual. Nos queda ver y decidir cuándo conviene jubilarse. Adiós Colegio.

Llegué al Ángel de la Independencia dos horas antes de la cita. Me senté en las gradas mirando hacia Chapultepec. Hacía sol y me daba en la cara, sol cada año más despiadado y quemante. Llevo 20 años poniéndome crema protectora. No tendré cáncer en la piel. Hoy en la mañana me la puse. Algún dios griego debe protegerme. Además, traía mi gorra de pescador gallego que me regaló García de Dios en La Coruña. Es un sustituto de la gorra leninista que compré en Leningrado, hoy de nuevo San Petersburgo, y que me robaron del coche precisamente por aquí, en la lateral de Reforma, y un suéter tejido a mano, gris con adornos blancos, lana pura noruega, pagado confiadamente a comerciantes desconocidos en una carretera solitaria de bajada de los fiordos, y recibido puntualmente en París por correo. Llegaron Alfonso y David. Por lo menos seríamos tres, pero había ya grupos de alumnos agrupados alrededor de los cinco mástiles con una bandera de Plantel.

Cada vez se detenían más autobuses en Niza y en Río Rhin, y seguramente más lejos, porque la marejada de estudiantes, profesoras y exalumnas, mujeres, muchas mujeres (el femenino solitario va por razones de *he for her*), y un tantal de chavos, el contingente iba creciendo como si estuviera lloviendo en la sierra y los ríos comenzaran a hincharse disfrutando de su tumulto y poderío.

Los vendedores de equipo mexicano para la marcha caminaban trazando rutas de hormiga entre la multitud que se volvía lentamente más densa. “Sombrero”, de plástico y no de palapa, a diferencia de la marcha ¿por la seguridad? de hace 15 años encabezada por el Rector y sin mayor trascendencia. “Es el comienzo” comentó Krause entonces, y yo estuve de acuerdo, aunque nunca fue fácil acabar con la miopía perezosa de las grandes bases. Y las sectas purísimas que no pueden mezclarse con las autoridades. Aunque se trate de la UNAM.

Carteles y banderas blancas con el lema, esta vez sí único, **CCH-UNAM**, botellas de consoladoras aguas varias, “helados de limón, guayaba y mango”, “tortas y donas”. Los vendedores certifican la realidad de las marchas, porque si no prevén ganancias, no pierden en ellas su tiempo, pero tampoco son infalibles. Esta vez atinaron, como si lo hubiéramos acordado.

Alguien, supongo que la comisión responsable, me sentía en 71, cuando cada quien recitaba el papel que colegiadamente había aceptado, la comisión se aseguró de la distribución de mástiles y banderas de plantel enfrente de largas filas anchurosas a las que se agregaron, atrás hacia la Diana, los que seguían llegando.

Los atuendos eran los de cualquier día de Plantel, pero las playeras blancas con el lema en negro o con los logotipos de los Planteles pocas en la primera hora se decidieron y comenzaron a abundar. Luego ordenaron la columna, nadie dirigía, más ancha que diez de fondo. Muchos profesores de Educación Física, todo el Departamento, con grupos de alumnos que pensaban estar yendo a los Juegos Interplanteles del Colegio, playeras y pants.

Alfonso, con el bastón que comenzó como ocurrencia y luego pasó a ser auxilio indispensable de sus pasos, se acomodó el suéter y aparecieron los tirantes que lleva desde 2016. Fernando, que debe haber llegado en un Uber que entrevistamos, prefería los grises y las corbatas sobrias, manifestaba vestido con formalidad, que incluía un rasgo de estudiante de licenciatura de muchos

años antes. También hoy. Seguía pareciendo el estudiante de Lovaina que había sido hasta 69. David llevaba jeans, con una playera oscura. Los funcionarios de Rectoría, de tercer nivel, por cierto, los de mayor altura no se arriesgaron; Directores de Instituto, unos cinco egresados del Colegio, y dos de Facultades, sin saco ni corbata. A lo lejos entreví otros cinco que llegaron en grupo para darse seguridad. Yo me puse, una vez más una playera gris con el escudo del Colegio, el libro abierto que emprende el vuelo como una mariposa múltiple y ya en pleno viento que con sus primeros aleteos provoca un ciclón en un océano distante.

Alfonso, David, Fernando y yo calculamos quedar en la segunda o tercera fila. Fernando debía tener varios decenios sin manifestar, de David no sé. Yo estuve en 88 en todas las manifestaciones, menos la primera, de apoyo a la candidatura de Cuauhtémoc, hasta que los priistas nos aplastaron en la Cámara de Diputados. Reconozco que el *nosotros* es pretencioso. Pero estuve.

El *representante de Rectoría*, oficioso, solo para enterados, y enviado por el Secretario General anónimamente, pero evitar la ruptura total obliga, no podía manifestar contra un acuerdo del Consejo Universitario, protocolo y respeto, seamos claros, también obligan, llegó y se acercó al Director General del Colegio. Sí llegó a pesar de sus reticencias ante la invitación. Debe haber calculado que el Rector estaba dejando de ser pieza decisiva en su reelección. Dos fotógrafos de la *Gaceta CCH* documentaron su presencia. Los Directores de los Planteles, un par de ellos, pálidos, mira pues, venían de corbata y no con jeans y playera y una chamarra de algún Plantel de hacía años. Pero ahí estaban. Cuatro y el Secretario General de Azcapotzalco. Los cinco Planteles.

Se formó la fila que encabezaba, tras la enorme banderola con la esencia de lo que exigían los 40 o 50 mil que ya estaban formados: CCH-UNAM. Mínimo y total. Comenzamos a caminar.

El Colegio se declaraba en marcha. Un río que rebasa los diques acostumbrados y se declara en creciente. Silenciosa y lenta.

Otros grupos llegaron al encuentro de la marcha desde la palmera solitaria de Niza, y se acomodaron detrás de las filas de vanguardia. Seguramente sus transportes estaban obstruyendo calles del otro lado de Insurgentes. Los estudiantes y profesores caminaban a buen paso, sin prisa ni desorden, muy diferentes de su tropel de caballos en estampida, como bajan las laderas de Naucalpan o los desniveles del Sur. Alegres sin risa, conscientes de que esta vez sí, nadie los había engañado, estaban porque querían y defendían su escuela, que querían no solo porque el plan de estudios tiene pocas materias, sino porque en general los profesores los respetan, tienen laboratorios para ver virus, bacterias y células y una biblioteca con 250 mil libros en cada Plantel, un poco en desuso desde que el Laboratorio de Cómputo que inauguramos en 2004 se completó con un tercer piso y luego creció de lado con otro edificio.

Caminamos con un paso constante. Los cuatro recorriamos con la mirada los flancos de la columna, para verificar si había policía de resguardo, como nos habían prometido. Uno no sabe cuándo aparecerán los anarcos, encapuchados, profesionales, pagados, para fingir que se confunden con los manifestantes y comenzar la destrucción de cajeros, sucursales y aparadores o puertas de vidrio de negocios. Sin olvidar cabezas, brazos y espaldas. Por lo menos, tomaríamos 5 de Mayo, donde no hay bancos. O menos. Pero está el Banco de México, con la fachada cubierta de láminas y malla.

Todo seguía en orden. Pocos gritos, ondulaban las banderolas con el lema general, digamos como gaviotas, aunque la comparación sea trivial, pero sí recordaban las filas de olas del Club Santiago recorridas a lo ancho por vuelos blancos que de pronto se sumergían tras las sardinas brillantes en la transparencia azul del mar en Colima.



Al doblar en Bellas Artes el sol de la tarde terminó su tarea de golpearlos en silencio la espalda. De la nuca corrían lentas gotas de sudor. Sé que a nadie le importan estos detalles, ni a nosotros, pero eran la garantía de que la manifestación no era un sueño, sino un recorrido que se inscribía con esfuerzo en la dura terquedad del mundo, de las distancias que se van anulando por pequeñas porciones, hasta que desaparecen y estás en el lugar del que no quieres separarte. No queríamos reconocer que una parte del mundo nos impedía llegar a la enorme plaza desde donde diríamos, por lo menos a la Ciudad, acaso al país, nuestro compromiso de no dejar encallar al Colegio en el desierto sin remedio. En el ondular inmenso de las alumnas y los alumnos, se justificaba con toda su fuerza y desafío la frase repetida como metáfora y consigna, *fluctuat, nec mergitur*. Hemos estado hechos para navegar y defendernos de las olas inmensas, a sabiendas de que cabalgábamos nuestro destino.

La policía estaba ahí. La Gobernadora, en su segundo periodo, había cumplido. Cuando la cabeza de la marcha dobló en Bellas Artes hacia 5 de Mayo y el contingente la siguió, del Eje Central a la derecha salió corriendo un grupo de unos 50 encapuchados. Apreté los puños y no los perdía de vista. Atropellaron las filas de mirones que formaban el cauce de la marcha, y trataron de entrar en la columna. Las alumnas que formaban la fila de la orilla ni se inmutaron. Reaccionaron de inmediato apoyadas por sus compañeros y apretaron las filas de la orilla derecha hombro contra hombro, La policía auxiliar, ahora más entrenada, enfrentó a los encapuchados en dos filas, con escudos. No llevaban toletes. Era un puro mano a mano de empujones y de golpes de los anarcos, con tubos, pintura con pulverizador, robada sabe dónde, o dotación de cualquier agencia gubernamental. Los policías de la Ciudad aguantaron. Luego comenzaron a empujar hacia atrás, mientras la columna, con sacudidas ligeras, estremecimientos de un cuerpo úni-

co, vivo y amenazado, pero sin pánico, seguía su recorrido al mismo paso, sin perder el tiempo en mirar o en temer. Sentí el valor del Colegio aguantando y extendiéndose cuerpo a cuerpo hasta muy atrás en los que apenas presentían. No pensábamos “no nos moverán”, porque este lema ha terminado en derrota. Sencillamente seguimos.

Dimos la vuelta en 5 de Mayo y los anarcos habían retrocedido por el Eje Central, porque no pudieron entrar ni a la columna, encuadrada por alumnas ni en Madero y seguramente no podrían hacerlo en 16 de Septiembre. Seguimos al paso decidido y llegamos al Zócalo. Y comenzamos a ser miles.

Años antes, hacia el 2003, intenté hacer un festival cultural, con teatro, música, lectura de poemas y de cuentos, muestras de experimentos y de aparatos inventados por los alumnos, robótica varia, artes plásticas, la danza que se practicaba en el Colegio, como una muestra de gratitud a la Ciudad que nos cobija y, en su centro, al país: el Día del Colegio de Ciencias y Humanidades. Caí en la cuenta, ahora en la marcha que recorría el Centro de la Ciudad en la que seguíamos confiando, de que hubiéramos necesitado más de los probablemente disponibles para poblar ese espacio interminable. También desanimaba la burocracia del Gobierno de la Ciudad. Pero esta vez ahí estaba el Colegio y llenaba la prácticamente la totalidad de la plancha del Zócalo. Éramos con seguridad más de 70 mil. Mucho más que algunos partidos o grupos de sindicatos y todos habían marchado libremente.

El templete era una plataforma de madera que nos prestó la Ciudad. El sonido lo puso, sin oficios ni trámites, una de las dependencias de la Coordinación de Difusión Cultural de la UNAM. Apenas era suficiente, pero en silencio podías escuchar las intervenciones, incluso en el atrio, cerrado, de Catedral.

Estábamos ahí.

“Licenciado:

*Le adjunto los materiales del informe que tendremos mañana al mediodía, pero ya puede hacerse una idea completa de la Marcha del Silencio, CCH-UNAM. Me faltan los textos de varios vigías, me los entregarán mañana temprano. Sigo a sus órdenes”.*

**Vigía 4**

**Informe**

*“La marcha parecía perfecta, hasta sosa. Los alumnos se veían muy serios, como si fueran a presentar un examen de Matemáticas, perdón Vigía 1, pero seguro te acuerdas de los exámenes de los “Acertijos” en Mate 3 y 4 en Naucalpan. Bueno, sigo mi informe. De vez en cuando algún chavo intentaba una porra, pero lo callaban las alumnas. Como siempre, ellas lo ponen a uno en paz y son peores que mamás. Son las aliadas de los profes para hacer trabajar en las dos horas de clase. A mí me encargaron, para qué te lo digo, eso lo sabes, pero hay que entender el perímetro, como dicen los de la radio, no estudiaron geometría (según ellos, el perímetro de Madero significa sencillamente la peatonal del Centro). Algo aprendimos en Naucalpan. Sigo, me encargaron la vuelta de Juárez por Eje Central para entrar al Zócalo por Cinco de Mayo. Estábamos yo y mis dos ayudantes (son espontáneos, los invites una torta, no tienen que pagarles), pero la ven venir y me sirven un chingo. Ese lugar es muy amplio, de modo que la columna se veía delgadita y llanura por los dos lados, sobre todo antes de que se acercaran a Correos. De todos modos los espacios que encuadraban la marcha no estaban vacíos, muchos hombres maduros, señoras, me imagino que padres de los alumnos que salieron a cuidar a sus hijos. La policía seguía encuadrando, no hay reclamo. Los encapuchados ya estaban en el comienzo de Madero, y a cada lado tenían unos 50 de la Policía de la Ciudad con equipo de Rambo a media película, o sea, no tenían armas. Los encapuchados corrieron para meterse a la columna. Ahí se*

*vio lo que es el CCH (los que estuvimos ahí lo sabemos, aunque no estudiáramos mucho que digamos). Sin más trámite la fila de la orilla, puras morras, se hizo compacta y aguantaron el primer choque sin hablar. Enseguida aparecieron en el punto de impacto más de 60 chavos seguramente de 5ª semestre, más bien ponchados y con camisetas de los Pumas modelo 2022, más o menos, cuando perdieron otra final en penaltis. Las filas de la marcha cercanas los rodeaban para sostenerlos.*

*Los grupos quedaron así: pegados a la columna, pero por fuera, los alumnos, ellas y ellos; los policías del tramo en medio con escudos y sin tolete, y luego por fuera los 40 o 50 encapuchados, más grandes que los estudiantes. Se adelantó un chavo bajito, pero se veía bien mamado, por si se te olvidó, fuerte y sobre todo decidido. Debe haber tenido ya algunos agarrones con los pinches porros de Azca o Naucalpan. Les dijo que podían unirse, pero que se fueran a la cola de la Marcha. Además, tenían que dar la cara, porque era una marcha de firmas y la firma de cada uno es su cara y no tenían ahí hojas para firmar ni bolígrafos (así dijo). Los otros se sacaron de honda, esperaban chocar para meterse a fuerza. En eso llegó la caballería, treinta policías más que se quedaron, por fin hacen algo bien, a unos 10 metros. Entre el chavo chaparrón y decidido y el horizonte de escudos callados los encapuchados calcularon y midieron bien, porque sin hablar se dirigieron supuestamente a la cola. En realidad, los alcancé a ver irse por el Eje hacia el sur, seguramente a 16 de Septiembre, que también estaba cerrada por la policía, me imagino. Pero si vandalizaron comercios, quedó lejos de la marcha. No volvieron a aparecer.*

*En resumen, para tu informe elegante como composición de Redacción de fin de semestre, cuando para cada palabra consultabas el diccionario para saber si iba con c o con z”.*

### **Resumen de ayudante 3**

*“Hubo un conato de incidente violento, en el tramo entre Co-*

reos y Bellas Artes. Los alumnos enfrentaron a un grupo de 30 encapuchados, de mayor edad y tamaño. Los convencieron, con la presencia de 50 policías federales, por cierto, de que se unieran al final de la columna, si querían apoyar al Colegio. Les dijeron que no era una marcha de desmadre, sino que estaban defendiendo a la UNAM, para que no perdiera al CCH a lo pendejo. Lo anarcos dijeron que sí, pero se retiraron por el Eje Central hacia el Sur”.

### *Adenda*

“Hubo algunos desmayados, cinco, tres alumnos, una alumna y una mamá o abuela. Había apoyo de Salud de la Ciudad con ambulancia al comienzo de la Alameda en Revillagigedo, en la plaza del Palacio de Minería y en el Zócalo. No hubo necesidad de hospital, ni accidentes que atender. Los médicos de los servicios de los cinco Planteles estuvieron también en esos sitios”.

Informe (sigue)

### Consideraciones finales

“Me imagino que mi informe le parecerá idílico, que esperaba chipote con sangre. Pero no. No creo que los gritos aislados, empujones por ir de la mano con una chava, profesores setentones (casi todos los fundadores ya se jubilaron; los que pueden caminar, ahí estaban) que no hacen ejercicio y caminan despacio y se van quedando rezagados, no son el punto de esta Marcha. Usted nos dijo que esperaban violencia, no la hubo. La discusión con el grupo anarco fue decidida de parte de los alumnos, firme y algo burlona; levemente oficial (el vocabulario subió de tono en algún momento, pero en los archivos de Rectoría no se interesan por detalles vulgares), en todo caso no hubo golpes ni empujones, seguramente por la Federal y la Auxiliar, pero también por la decisión de los chavos, seguramente de 6° semestre, ya más fogueados y con experiencia de ataques de porros.

De cualquier modo, sé que usted tiene otros informantes “experimentados”. Nosotros, los sembrados, sabemos ver y mirar

*y decimos la verdad. Los suyos muchas veces, perdón por ser claridoso, le cuentan lo que creen que espera oír. Se imaginan que con eso aumentará su confianza. Cuando trabajé en Divulgación en el Colegio, despidieron a varios, porque contaban lo que el Director ya sabía, no era tonto. Volviendo al tema, la Marcha estuvo bien, muy bien si hablo como cecehachero, de lo que nunca me desdigo, ojalá les hagan caso, porque decididos están, aunque, añado, no tienen una organización estable. Pero tienen tiempo y si la necesitan, pienso que la van a hacer (no solo la organización, y más amplio el hacer). ¿Lo va a comentar con el Rector? Se lo debe; perdón, por metiche”.*

### **Análisis I**

“Para ofrecerle una primera evaluación en caliente, me centraré en el número y en la composición de la marcha. Obviamente estuvieron todos los que han participado a la cabeza del movimiento, del propio Colegio y de la Universidad. Entre estos últimos me refiero a exalumnos del Colegio que son o han sido Directores de Facultad, o de Instituto, o profesores de Escuelas y Facultades. Debe haber habido unos 500 de estos. Marcharon, los profesores, con sus Planteles de origen de modo que los alumnos actuales se sentían orgullosos de ser iguales esa tarde que sus antecesores destacados.

Entre cecehacheros alumnos y profesores con exalumnos y jubilados calculo por lo bajo, el conteo lo hice en el Zócalo partiendo de los metros cuadrados de la plancha que ocuparon el llegar, unos 80 mil. Aquí no puedo omitir una reflexión. Los Consejeros que se agrupan entre quienes trabajan por un cambio de Rector, se subieron en la sesión de octubre a la defensa del Colegio y ahora a la marcha. De modo que esta fue al mismo tiempo, por su composición política, de defensa del Colegio y de *otra* candidatura para Rectoría. Opino que el Rector no puede olvidar este significado. Veremos qué dicen las noticias, las redes y los diarios. Pero no me toca hacer este seguimiento”.

**R**ecogí el coche en el estacionamiento de Liverpool, la calle, a dos cuadras de Florencia y del Ángel. Salí a la izquierda y luego me decidí finalmente por Insurgentes, hacia el sur, con la esperanza ilusoria de evitar los peores congestionamientos. Hacía años que no paso por aquí y siglos de que venía con mi mujer al cineclub de Alatraste en Niza, donde pasaban películas que no corrían el riesgo de colarse a las carterías de los cines comerciales, entonces enormes, antes de las salas múltiples de las plazas comerciales. Insurgentes avanza por retazos y se convierte en un segmento de varios minutos de estacionamiento saturado y luego otro de filas de coches que avanzan unánimes como encadenados entre sí. Tengo el pecho rebosante de un bullicio de ideas, miradas decepcionadas y esperanza.

La marcha **CCH-UNAM**, en negritas porque es su nombre, ha sido numerosa y terminó con saldo blanco. Quién sabe cuál padrino nos protegió, a quién dañaba políticamente y a quién le convenía, además del Colegio, principal beneficiario. ¿A la Gobernadora del Estado de la Ciudad de México? ¿A Gobernación? Seguro que hasta al rector, que puede ser que comience a tomar en serio que en serio vamos para poder inducir a la revisión del acuerdo del Consejo Universitario que nos ha echado a las tinieblas exteriores por los zaguanes de todos los campus universitarios, por no llevar frac a la comida nupcial

de los perfectos, los que saben tanto de todo y a quienes no hemos acudido para que nos instruyeran. Pidió pagar por ver. Puede pagar ahora.

A la chingada con estos pensamientos. Se enciende el verde. Aprovecho y quedo en el cruce con Baja California con medio coche en el eje vial. Nuevo estacionamiento. La marcha funcionó bien: muchos, silencio, orden, carteles con un mensaje evidente. Gente que nos regaló un cauce de silencio y atención entre curiosa y sorprendida. A varias de las manifestaciones para mantener vivo el recuerdo del 2 de octubre les agregaron cajeros destrozados, pedacería de vitrinas y repartidera de trajes en Madero, granaderos heridos, lanzallamas de bolsillo con espray, que son una afrenta a la civilidad más radical. El vandalismo espectacular que nadie paga, porque los detenidos fueron alcanzados en Ayuntamiento y venían de un club de yoga y nunca hubo pruebas contra ninguno. El debido proceso. Esta vez, no. Ni un destrozo.

Los discursos dijeron lo que queríamos, la insistencia obstinada e inteligente en seguir perteneciendo a la UNAM, no sólo porque nos conviene, sino porque la Universidad perdería una porción sustancial de su identidad, al rechazarnos. Ya le dimos la vuelta al argumento, no lo que nosotros, lo que la Universidad está perdiendo. No aparecieron ni de casualidad, en cambio, las deficiencias que hemos acumulado en el segundo decenio del siglo. Y la lluvia que empieza, ahora da lo mismo, ni el estacionamiento que flota como una balsa de coches, humeante, perezosa y calladamente ansiosa.

En el universo interior de sentimientos, recuerdos, convicciones indignadas, rabia como una diminuta tempestad cubierta de aceite, que nunca me deja, palpita también el CCH herido, despojado de atrevimientos, lento como un despojo de hombre vivo tras una apoplejía. No logro determinar el instante en que un golpe de timón, o la ausencia de timonel, empujó el navío



hacia las islas de guano, llenas de la algarabía siniestra de los gritos de las aves en su república de discursos entremezclados. Pero tuvo lugar. Sucedió, ha habido Colegio, y nadie puede lograr borrarlo como una palabra mal escrita, letras confusas que no significan, porque en su desorden callan y al mismo tiempo dicen la verdad y la esperanza.

Primero fue poner en paréntesis las normas. Cuando comenzamos a balbucear en el Colegio, el reglamento de la Unidad de Bachillerato eran diez artículos tautológicos. Durante años me burlé de que era un reglamento firmado por el General de Gaulle. Pasamos como un solo coche de mil llantas por encima del Viaducto Piedad. Podría entrar a Río Becerra y luego al segundo piso, tan cargado como hace más de 15 años el piso de abajo del Periférico. Además, también se encharca.

Llegaba yo de la Sorbona, justo a tiempo para comenzar al Colegio por el principio. Cursos de selección, la academia donde nadie nos enseñó a pelear por nuestro trabajo de invención. Pero lo hicimos, puedes decirme que a medias, que no me ilusione. Cierto. Pero lo hicimos.

Estoy volviendo al Colegio como memoria, Fernando y David pusieron bases colegiadas e inteligentes para mantener la libre actividad académica en un marco plenamente universitario y colegiado, que recogía las prácticas iniciadas en el Colegio y las traducía a la terminología que el resto de la UNAM podía aceptar, porque estaba en lengua unamita. ¿Cuándo van a moverse los coches que me detienen un cuarto de hora en el cruce de Río Mixcoac? Resisto a la tentación de meterme por San José Insurgentes y Guadalupe Inn.

Alfonso acentuó el movimiento y tuvimos un Reglamento de la Unidad Académica del Bachillerato y un Consejo Técnico, con 50 miembros, todos con derecho a voto, completo. Al cumplir las academias su ciclo de institución nacida desde abajo, ya había otros organismos académicos colegiados, los Consejos

de Área y el Seminario Académico de los cinco Planteles. (Las noticias de las 8, pinche lluvia, enumeran, en el resumen inicial, la marcha, sin comentarios. Pero se cuele el **CCH-UNAM** y 60 mil universitarios. Es lo que queríamos).

Y así también en mis períodos de Dirección General. Pero poco después, un par de años en realidad, me enteré por puro azar en el mostrador que delimita el espacio de la secretaria del Director General, de que estaban tramitando nombramientos de nuevos profesores sin título. Bajé de inmediato a preguntar a Adrianita. No solo contrataban, era una contratación oficial. El Colegio echaba por la borda tres años de regularización de profesores, incluidos los de Inglés, con la complicidad del Sindicato dirigido por Ariel Moscoso, interesado también en presentar en sus balances no solo la aceptación salarial, tras años que nadie hablaba de negociar montos que Hacienda determinaba sin lugar a inconformarse, sino algunas ventajas académicas.

Dejo pasar un Mazda con una mujer al volante, con el cabello suelto y un perfil regular, bella y le atribuyo ojos verdes, pero llevamos media cuadra sin resolver prioridades. Ella parece abstraída o a la mejor acostumbra dejarse admirar. No hago ruido para distraerla de su alejamiento de la realidad acostumbrada del tráfico. Al fin de cuentas, es solo una mirada que se confunde con el sueño. Vuelvo al Colegio, que hoy no es sueño sino un despertar que abre caminos de acción que debe ser eficaz. En realidad, he comprendido desde hace años que los Directores eran ya incapaces de buscar profesores, estaban lejanísimos de los carteles que pegábamos en las facultades para atraer estudiantes de materias insólitas: unos años Latín y Griego, luego Geografía, Ciencias Políticas, cada Plantel lo suyo. Siguió la sustitución por un cuestionario de tratamiento psicológico personal de un alto funcionario del Colegio, del examen para verificar la aptitud para la docencia y evitar la contratación de aspirantes proclives a la bipolaridad o a la histeria. Nada cubrió el vacío. Han pagado

por este atropello de las autoridades los alumnos agraciados con profesores de Matemáticas o Química que terminaron en tratamiento psiquiátrico, algunas veces hasta afortunado.

Pasé ya Barranca del Muerto. La mujer del Mazda se desvaneció en alguna encrucijada. Sigo reflexionando solo. En realidad, nunca se dio cuenta de que me acompañaba. El tráfico ha bajado, quedamos seguramente los que vivimos en Tlalpan o más allá o los que darán vuelta en Miguel Ángel de Quevedo, alias Taxqueña. Pero las termitas de las normas por sí mismas no han sido lo peor, sino el ambiente, la manera de encarar a la institución y la incredulidad ante las normas que, se sabe, se cumplen o no, sin que tampoco se haya establecido un sistema estable de complicidad para eludirlos. La costumbre de transgresión ha entrado en la zona de hechos y costumbres. Sin colegialidad, sin leyes, los nuevos profesores, en parte llegados al Colegio porque no tuvieron otra posibilidad de trabajo, tampoco se han enterado de qué se trata en su docencia entre nosotros. Les da lo mismo y son muchos. Quedan algunos viejos dispersos que no pueden marcar los caminos de la institución con señales claras para escoger rutas. Algo pasa entre avenida de la Paz y Copilco, hay coches detenidos cerca de la estación del Metrobús Doctor Gálvez. No saben qué es el Colegio, las clases son repeticiones de lo que hacen en Bachilleres o en una prepa particular, pero ya por la tarde en nuestras aulas, exprimidas de vida y pesarasas de cansancio.

¿Qué defendimos en la marcha? ¿Cuál Colegio real venimos de imponer a la mirada pública como parte de la UNAM? Siento que no hemos mentido. No he mentido. Pero tampoco digo que el discurso que aclara y hace explícito el modelo educativo, pueda calificarse de descriptivo de una escuela donde se desarrolla la cultura básica, donde se aprende lo importante de las materias importantes, se aprende a aprender, los alumnos se forman en actitudes de crítica alética y axiológica, buscan y seleccionan

la mejor información, la resumen y estructuran, experimentan, calculan o representan la realidades y sus equivalencias, leen clásicos y modernos, literatura, historia y ciencias naturales, colaboran, trabajan en equipo con entusiasmo, son solidarios y respetuoso de las opiniones dispares. Y se preparan para servir a la sociedad.

Por fin entro por Copilco y luego a la derecha hacia el Estadio Universitario, tendré el Paseo del Pedregal para ir más de prisa. Estoy haciendo examen de conciencia de más de medio siglo. Hay que aceptar con claridad y sin reticencias la realidad del Colegio. Hay poco CCH, pero si lo separan de la UNAM su decadencia, ya avanzada, como Roma tras su caída ante los bárbaros, será más rápida y nuestra docencia más precaria. Sé que el número estuvo hoy de nuestra parte, para incubar el miedo del rector a un levantamiento, nunca universal, pero suficiente para ocupar varias semanas la prensa. Pero el Colegio debe existir para poder demandar una pertenencia legítima a la Universidad. Existir en una escuela es que los alumnos aprendan. Los nuestros están aprendiendo menos de lo que pudieran. No basta. Pero no vamos a parar como presión, ni siquiera como signo de inconformidad.

La glorieta inmediata al arranque de Picacho está inmóvil. El paso debe estar encharcado. Inundado y punto, digamos lo que es. Y digamos lo que es también el Colegio. Pero no tendré oportunidad de trabajar con alguna esperanzada eficacia, sino apenas mediocre. Lo que diga, será considerado agresión por Rectoría, tratarán de reclutar al Director General para su irreparable cruzada, y recurrirán, él o los suyos, a mezquindades como no haber permitido que personal administrativo me ayudara a repartir un cartel conmemorativo de los 45 años del Colegio con el lema de Parìs, "*fluctuat nec mergitur*".

La primera parte de la subida por Picacho sigue atestada, pero no hay que frenar, sino avanzar a 20 por hora. Comienzo

a derivar hacia recuerdos personales, abro el vidrio del coche, pongo “*Li giorni de l’arcobaleno*” de Nicola di Bari, lo oigo una vez y, en vez de repetirlo, como acostumbro, apago el tocadiscos. Trato de oír mi música interior, de recoger los retazos del Colegio que han quedado diseminados en mi alma tras tantas explosiones. Todo está, si acaso, reconstruido, como una ciudad pobre tras un terremoto de nivel 7 en la escala de Richter y el epicentro a pocos kilómetros.

Sigo convencido de que el proyecto del Colegio es obstinadamente actual, inteligente y simple, apasionante, pero no alcanzo a medir siquiera el tamaño de la distancia de lo que hemos intentado ser y de lo que realmente somos. Y me duele. No me resigno, tampoco siento culpa ni desesperación, como si hubiera invertido los mejores activos de mi vida en una empresa desajustada y loca. Qué se va a hacer, soy apenas un hombre. Poca cosa.

La carretera al Ajusco se desliza a mi lado con los coches que bajan hacia Padierna. Ya no veo la ciudad en el retrovisor, como hace 40 años, cuando habíamos comenzado a vivir en San Miguel y la ciudad en vez de desvanecerse se aclaraba y me limpiaba el alma de humo, de encontronazos en el Plantel. Hoy, es un decir, ayer y antes de ayer, la aplasta la masa densa de contaminación y no se ven las luces del Cerro del Chiquihuite al otro lado del Valle, de la Cuenca en realidad, ¿cuál valle? El kilómetro 10 está lleno de luces en ambos lados de la carretera. Casas, también con castillos y lozas. Treinta años de gobiernos perredistas y de Morena que no evitaron las invasiones al bosque y el estrangulamiento de los últimos respiraderos de la Ciudad.

No puedo contar las cartas que nos quedan en la mano que jugamos contra el destino y la inercia universitaria dominante. Mi muerte está seguramente más cercana que unos hipotéticos nuevos brotes del Colegio. No veré mucho más. No importa. No soy el Colegio. El CCH es más, pero tendrá que recurrir a

otras mujeres y otros hombres y a la fe en la inteligencia de la que sean capaces.

Estoy llegando al pueblo. Mi corazón late con los labios cerrados, suavemente. No hace frío. No llueve. Las últimas cuadras están desiertas. Entro a la Tercera Cerrada, antes simplemente Privada. Mi casa oscura. Nadie. Pero uno vive a solas, en un aria desajustada, pero que corresponde exactamente a las medidas de mi amor y mi esperanza. Comienzo a cantarla en mi callado interior.

DIP/CCH, 26 de noviembre de 2025.

*“Informe sobre la manifestación del Colegio de Ciencias y Humanidades, llamada ‘El CCH es la UNAM. Consigna central: ‘CCH-UNAM’”.*

*En esta relación final a cuatro días de los acontecimientos, hemos reunido las observaciones de los tres enviados por la Secretaría a su cargo, para evitar repeticiones, cubre de las 15 a las 19 horas y el recorrido del Ángel de la Independencia al Zócalo capitalino. Los discursos se transcriben por separados y completan el desarrollo del mitin final.*

*A las 14 horas estaban presentes en las escalinatas del Ángel algunos de los organizadores de la manifestación, López Tapia, Bazán, Miguel Rodríguez, la Secretaria General, pero no el Director General del Colegio, los Directores de Oriente, Sur, y Naucalpan y varios de los funcionarios de cada uno. Estaban también funcionarios de Vallejo y Azcapotzalco. El Director de Vallejo volvió a sumarse a la columna a la altura del Caballito. Al parecer, hubo un ataque de porros en su Plantel y tuvo que retrasarse (no confirmado por fuentes independientes. Podemos preguntar a la Secretaría de Seguridad Pública de la Ciudad de México, si el dato tiene importancia). La ausencia del Director de Azcapotzalco parece deberse a discrepancias con el evento, curiosamente, contra su pasado que reivindica en privado como*

*progresista y hasta revolucionario, y a su política, sería esta la realidad de fondo, un intento de pasar a la nueva situación del Colegio en posición de fuerza, gracias a su sometimiento a los poderes del Estado y fácticos. Por fin podría haber un Director General de ese Plantel, aunque sea esta vez ya fuera de la UNAM... Había una manta de 30 metros, sostenida por palos de bambú para mantenerla extendida (no sabemos de dónde los obtuvieron, pero la idea fue buena para evitar un peso excesivo). La manta daba rostro a la multitud y a su consigna central. Durante la marcha la sostuvieron relevos de equipos de alumnos y profesores muy bien organizados.*

*Hacia las 14:30 los manifestantes comenzaron a llegar en grupos muy grandes. Había autobuses de los Planteles y muchísimos alumnos que llegaban en metro de la estación de Insurgentes. Otros grupos llegaron al Monumento a la Revolución y recorrieron en silencio Reforma en sentido contrario al de la marcha. Los alumnos llevaban pancartas y mantas entre dos. Predominaba el eslogan **CCH-UNAM**. Playeras con este eslogan o los símbolos de los Planteles. No había alboroto, más bien seriedad. Los alumnos parecían tener la convicción de estar exigiendo lo justo y se comportaban en consecuencia.*

*Me atrevo a sugerir que la presencia de los alumnos tiene un significado que no puede ignorarse, porque implica una fuerza universitaria en movimiento de un estilo que no ha habido desde hace mucho tiempo en la UNAM. No se trataba de una marcha del Parque de los Venados a Rectoría, sino de un recorrido por el eje de la Ciudad para seguir siendo universitarios. Nadie antes había tenido que luchar por esta condición institucional. No puede igualarse a las marchas de rechazados. Estos alumnos fueron admitidos por concurso en el Bachillerato de la UNAM y no quieren perder su cualidad de universitarios que conquistaron legítimamente.*

*Hay que añadir que la organización de la manifestación tuvo poco tiempo disponible, del viernes último de octubre de la Se-*



*sión del Consejo a este viernes han pasado poco más de tres semanas. En mi opinión, que me atrevo a exponer, es poco tiempo. Significa que los profesores y los alumnos del Colegio se sienten agraviados y rechazados sin motivo. Por eso respondieron masivamente. No es fácil improvisar una participación tan numerosa. Yo fui alumno del Colegio y nunca me tocó participar en nada semejante, pero conozco el orgullo cecebachero de pertenecer a la UNAM. Habría que acordarse de 1999, la huelga larga en la que el Colegio se mantuvo abierto en sedes alternas dando clases. Fue la única escuela que organizó manifestaciones, las Mujeres de Blanco, primero del Colegio y finalmente encabezó la participación de toda la Universidad. La participación en el referendo que organizó el Rector fue también masiva.*

*La manifestación comenzó la marcha a un ritmo moderado. Totalmente en silencio. En cabeza, tras la manta CCH-UNAM, iban el Director General (que al parecer votó contra la propuesta del Rector en el Consejo, pero no tuvo ningún papel en la organización de la protesta), los Directores de los Planteles, todos los Coordinadores en vida, del primer Director General hasta el actual; el Coordinador de Humanidades, exalumno del Colegio, ocho Directores de Facultades, seis egresados del Colegio, 10 directores de Institutos actuales y anteriores, también exalumnos del Colegio; una secretaria del Gobierno Federal, exalumna de la primera generación, Carmen Aristegui, Eugenia León, René Casados y otros famosos diversos.*

*El Gobierno de la Ciudad envió agentes de seguridad que no tuvieron problemas con los manifestantes. Los 40 mil alumnos, 3,500 profesores y unos 5,000 padres de familia, además de unos 20 mil exalumnos de todas las generaciones, profesionistas conocidos, trabajadores también, muchos adultos de edad avanzada ( las redes sociales funcionaron, al parecer) tal vez al menos 2,000 profesores e investigadores con doctorado de la UNAM, la UAM y el Politécnico, menos como puede ser obvio de estas dos institucio-*

*nes, marcharon en silencio con los estudiantes y profesores del Colegio, como se había pedido, llevando sus carteles y pancartas. Había una seriedad austera en todos, pero no daba la impresión de un cortejo fúnebre, sino más bien de una aglomeración de ciudadanos cuyos derechos habían sido violentados y sabían contener su indignación. Para muchos alumnos esta debe haber sido su iniciación a la adultez completa y sus comportamientos cívicos. No había sectores de chavos y de alumnas, sino una mezcla de iguales que se acompañaban mutuamente.*

*Fue notable la ausencia de porros y anarquistas. Eran los alumnos del Colegio, era el Colegio que siempre ha luchado contra los violentos.*

*En resumen, de lo expuesto hasta aquí, la tónica de la marcha con sus pancartas blancas y su silencio disciplinado, la seriedad de los estudiantes adolescentes y a la vez maduros del Colegio, parece significar la existencia de una fuerza política que ha aprendido a no insultar ni agraviar, sino simplemente a señalar, sin discusión posible, que no acepta la separación, que puede actuar con dignidad y disciplina. No pienso que tenga ya una organización completa, la marcha es un acto aislado, pero en adelante no solo la Universidad se ha dado cuenta de que hay en su seno muchos universitarios que están cercanos a entrar en acción. Usted, mejor que nadie, tiene información de los partidos y grupos de presión ávidos de tomar a la UNAM como rehén, que seguramente también evaluaron la manifestación y se dan cuenta de que hay un espacio de conflicto lleno de oportunidades y fuerzas, si no ya disponibles, ciertamente capaces de sumarse a acciones menos limpias que la marcha puramente cecebachera.*

*En el Zócalo hubo tres discursos, 10 minutos cada uno: un antiguo Coordinador General en un diálogo original con un profesor fundador, un profesor de Ciencias Experimentales del Plantel Naucalpan, y una alumna de Oriente. Los discursos están grabados y los adjunto al presente documento.*

*En lo esencial, en los tres casos en un estilo claro y poco retórico, sin demagogia ni excesos de exaltación, pero con firmeza, los oradores expusieron las razones por las cuales el Colegio no debe ser separado de la UNAM, aunque sea una” institución codiciada para el Secretario de Educación” (sic).*

### ***Resumen de las convicciones prácticamente universales del profesorado del Colegio***

*Vale la pena resumir el discurso generalizado entre los profesores del Colegio y generado, o aceptado, colegiadamente. Afirman con convicción y sin titubeos, se ve que alguien ha reunido información y estructurado la argumentación polémica, que en los últimos años al Colegio han ingresado más alumnos que obtuvieron más de 100 aciertos en el examen de admisión, su egreso está poco más arriba del 70% de cada generación en tres años, tiene un modelo educativo que desde hace 10 años usurpó la SEP en la RIEMS, mal entendido según los cececheros, sin reconocer los créditos debidos al Colegio. En cambio, el modelo del Colegio ha sido desarrollado en la reflexión colegiada, puesto en práctica con compromiso renovado, tras el abandono que padeció hasta 2019, gracias a la invención de nuevos mecanismos de participación académica, y la recuperación de otros abandonados sin razón, pero de nuevo validados por los recientes ingresos de nuevos profesores y los cambios de orientación de la penúltima Dirección General. Finalmente lo intentado por la SEP sobre modelos educativos toma las ideas del Colegio, como si las hubiera descubierto a estas alturas y trata de ponerlas en práctica, ignorando que su eficacia depende también del establecimiento de un profesorado de carrera supervisado y evaluado por organismos colegiados donde predominan los propios profesores electos por las Áreas académicas.*

*Es inconcebible y, por carecer de razones, nada universitario, deshacerse como de un estorbo de una institución que el estado mexicano trata de imitar ignorando su experiencia únicamente*

*posible en el seno de la UNAM y en la profesión de sus valores de autonomía, libertad de pensamiento y de cátedra, de laicidad, de respeto mutuo en las divergencias, de corresponsabilidad, de gobierno emanado de consultas comunitarias, sin pérdida de la jerarquía estatutaria.*

*Los dos primeros oradores anunciaron que mañana entregarán al Rector una carta con más de 40 mil firmas de alumnos y profesores del Colegio en la que se propone que el Consejo Universitario anule el acuerdo de separación del Colegio. Como la carta está circulando ya en todos los Planteles, y sobre todo en las redes, no fue leída en el Zócalo.*

*El discurso de la alumna tuvo la mayor resonancia. Sin duda representaba las convicciones y sentimientos de sus compañeras y compañeros, como repitió al dirigirse a su auditorio. Insistió en los aspectos numerosos y originales del Colegio en los que han sido formados, implícitamente hizo resaltar la superioridad de las concepciones del CCH que forman su fondo académico y didáctico. Reclamó las imitaciones, que calificó de burdas e insuficientes, que ha intentado la SEP, sin reconocer nunca el mérito del Colegio.*

*En mi opinión, el Colegio actuó en esta marcha según sus propias convicciones y sin menoscabo de los valores fundamentales de la UNAM. El Colegio tiene convicciones académicas sólidas (lo prueba el uso que pretende hacer de ellas la propia SEP) y las defiende con acciones de estilo universitario, aunque no faltaron consignas duras, pero sin insultos, y en boca de los oradores, más bien razonadas con argumentos universitarios, contra el Rector, pero argumentaron con razones su apego a la UNAM, sus méritos para seguir perteneciendo a ella. Es de señalarse que se insiste en la pérdida que significaría para la UNAM terminar el proceso de segregación, cuando el Colegio declara que sus avances académicos sólo han sido posibles, y lo seguirán siendo, en la institución de la UNAM.*

DIP/CCH, 27.10.2025

Licenciado:

Los discursos que siguen están tomados de las grabaciones que hicimos ayer, colocando un aparato sensible, el equipo del DIP ha mejorado, gracias, aprovechando el paso. La transcripción está retocada en detalles, para que la lectura sea fluida. Por lo demás es textual. El tono cecehachero es inconfundible.

**Transcripción de los discursos de cierre de la manifestación prevista “silenciosa” por sus organizadores, quienes inventaron un modificador más certero: *Marcha CCH-UNAM*.**

Señalo las interrupciones principales, por su duración y fuerza, interrupciones de aplausos y gritos de consigna.

*Primer discurso: a dos voces entre Alfonso López Tapia y Jesús Maza Álvarez*

—*Compañeros:*

*Les hablo de tú, porque así nos tratamos en el Colegio cuando dialogamos. Tampoco uso “ustedes”, porque aquí nos dirigimos a cada uno, no a la multitud. Les hablo a todos y a cada uno, porque hoy más que nunca formamos una fraternidad indivisible, sin renegar las opciones políticas de cada quien, alumnos, profesores y trabajadores, exalumnos y amigos del CCH. Estamos en un momento más de “Convivencia” (Nota: se refiere a un grupo que organizó cuando era Coordinador General*

del Colegio. Logró reunir a los sindicalistas de STUNAM y de AAPAUNAM en una sola alianza, manteniendo sus diferencias, fue un momento que influyó decisivamente en el desarrollo del Colegio. *Fin de la nota*).

*“Fui Director de la Unidad de Bachillerato y Coordinador General del Colegio hace muchos años. Y este largo tiempo me ha dado la oportunidad de que mi compromiso por el Colegio aumente mucho más que en 1971, cuando todo comenzó. Estoy jubilado, pero nunca he dejado de trabajar por el Colegio. Estuve, breves años, en ANUIES, pero nada se compara con mis responsabilidades y sobre todo los dones que he recibido, tareas y recompensas, en el Colegio. Es el trabajo de mayor importancia que he tenido en mi vida, larga, tan distinta de la de ustedes, alumnos del Colegio actual, y al mismo tiempo la misma. ¡Viva el Colegio de Ciencias y Humanidades!”* (Siguen aplausos y gritos, cinco minutos).

*“Porque debemos agradecer que la UNAM, hace más de 50 años, haya creado el CCH, nuestro Colegio. Nos encargó “formar más y mejor a un mayor número de mexicano “. Lo hemos hecho, lo estamos haciendo y seguiremos adelante”* (Aplausos y gritos cinco minutos; el ruido de fondo es de un helicóptero de la Policía de la CDMX”).

*“Yo soy profesor de Química de Naucalpan. Recibí la medalla por mis 50 años de docencia hace cuatro años. Estoy en esta manifestación, porque quiero dar testimonio de que me siento para siempre parte del Colegio y universitario y agradezco a la vida por este gran regalo que me hizo. (Aplausos breves). Nunca he trabajado en ninguna otra institución que no fuera la UNAM. Tengo más antigüedad en ella que el Rector, quien por sus acciones de este año perdió los méritos universitarios que haya acumulado en sus servicios anteriores (Silbidos y gritos CCH-UNAM). Vengo a decir que no hay ninguna razón para expulsarnos de la UNAM. Es un insulto a la fidelidad de miles*

*de profesores, vivos y muertos, jubilados y activos, que han aprendido y enseñado en el Colegio. Y es un insulto también a los que aprenden y se forman hoy en el CCH. Y una muralla injusta que no deja entrar a los alumnos que deben comenzar a ser universitarios en el Colegio. No lo soportamos. Lo rechazamos con firmeza”. (Aplausos y consignas CCH-UNAM muy fuertes).*

*“Cuando fui Director, primero en Azcapotzalco, tenía 28 años, luego de la Unidad Académica del Ciclo de Bachillerato del Colegio, la UACB, por fin Coordinador General, la Universidad, a pesar de momentos conflictivos, mantuvo al Colegio en su seno, lo reconoció como un proyecto universitario en crecimiento, nos dio plazas de profesores de carrera, por las que luchamos diez años, reiteró nuestro carácter institucional, al aprobar nuestro Consejo Técnico. Luego no reconoció el rango de Escuela Nacional, como la Preparatoria y las Escuelas de Estudio Profesionales antes de ser Facultades. Hoy no la UNAM, sino un puñado de funcionarios que no se comportan como universitarios, porque amputar a la UNAM de uno de sus dos Bachilleratos principales no tienen en la mira el desarrollo de la UNAM, sino su desmembramiento. No lo aceptamos”. (Gritos de la consigna central, tres minutos, primeros grito de “Rector, fuera”).*

*“Llamo a luchar por la pertenencia, por el derecho a formar parte de la UNAM que el Consejo Universitario por unanimidad otorgó al Colegio en su fundación. Hoy el Consejo Universitario está dividido prácticamente en mitades. El Rector ha mal empleado su responsabilidad de Jefe Nato para lograr una mayoría de 20 votos contra el Colegio de Ciencias y Humanidades. No sabemos, Rectoría lo oculta, cuántos consejeros universitarios estaban ausentes. Porque la inconformidad se manifestó también en las ausencias inusitadas en las sesiones del Consejo. Al impulsar con su autoridad la expulsión del Colegio, el Rector ha dividido al Consejo y a la Universidad, contraviniendo su responsabilidad de mantenerla unida”. (Aplausos y gritos muy*

largos, silbidos, algunos grupos corean largamente “Fuera el Rector”, pero no se generaliza).

*“Convoco, con mi derecho de parte ofendida, convoco a los universitarios a no permitir que este atropello prospere. Se vulnera la integridad institucional de la UNAM y la integridad moral del Consejo y de la comunidad. Se pisotean los derechos de los universitarios más jóvenes y, en conjunto, los más necesitados de una formación académica sólida, humanista y científica, en valores de responsabilidad ciudadana y de solidaridad. No lo permitamos. No dejemos que un grupúsculo haga valer sus designaciones institucionales para atropellar una institución entera, la UNAM y el Colegio.*

*“¿A quién beneficia la separación del Colegio? Sin duda es una institución codiciable para el Secretario de Educación Pública. Pero el Rector no es dueño del CCH. Los dueños son los alumnos anteriores, actuales y futuros. El Colegio no se regala ni se abandona” (Gritos fuertes y muy largo, cinco minutos, de CCH-UNAM, y largos “Rector fuera”).*

*—Pasado mañana entregaremos un mensaje al Rector, no sabemos si nos recibirá personalmente. Tampoco sabemos si sabe leer (Risas), es decir, comprender nuestra rebeldía. No importa. La carta lleva hasta ahora más de 40 mil firmas, que nadie se vaya sin firmar, si no lo ha hecho, hay ejemplares debajo de las mantas de cada Plantel. En este documento demandamos que el Consejo Universitario suspenda el acuerdo de separación del Colegio”. (Algarabía de “Sí, sí”. Remolinos cerca de las mantas de los Planteles)*

*—Unamos nuestras voces a las de nuestros profesores, nuestros alumnos actuales y nuestros exalumnos, los que han trabajado en el Colegio y recibieron en él formación universitaria, funciones docentes, posibilidades de creación y de innovación permanente que se ha extendido del Colegio a toda la UNAM”.*

*—Compañeros, viva el Colegio en la UNAM”.*



(Largos minutos de aplausos, gritos de la consigna **CCH-UNAM**, más “Fuera el Rector”, en el ángulo de 5 de Mayo, junto a la reja de Catedral, un grupo tira tres cohetes, pero interviene una patrulla estacionada en Guatemala y les recoge el material. En la tribuna una alumna dirige el coro de gritos repetidos. Los manifestantes están claramente enardecidos. No hay violencia).

*Segundo discurso, alumna Ivette Céspedes Treviño, del Plantel Oriente, 5° semestre.*

—*Compañeras y compañeros estudiantes, profesoras y profesores, trabajadoras y trabajadores:*

*“Me toca el honor de decir lo que sin ninguna duda sienten ustedes conmigo por nuestra escuela, el CCH. ¡Viva el Colegio! (Griterío largo y fuerte, suenan de nuevo dos cohetes, pero no siguen. Predomina el grito de CCH-UNAM; suena más que antes, “Rector, fuera” y “Cambio de autoridades cobardes”)*

*“En el Colegio hemos aprendido lo que pocos bachilleres de México saben hacer. Nosotros leemos de todo, escribimos libremente lo que pensamos, buscamos información en Internet, pero también estamos entrenados en buscar lo que nos falta en los libros, no somos tan buenos en Matemáticas, (Risas) pero nos defendemos. Nos esforzamos por tratarnos como iguales compañeras y compañeros (Gritos de “Sí, sí”). Nuestros egresados regulares y de alto promedio son los mejores en las carreras de alto rendimiento. Mejores que los de las escuelas privadas, porque somos universitarios desde el primer día del primer semestre. (Gritos de Viva el Colegio, CCH-UNAM, aplausos. Los grupos más cercanos a la tribuna comienzan a saltar y el movimiento se extiende hasta las rejas de Catedral, que están, por cierto, cerradas)*

*“En el Colegio todos, no únicamente los mejores, todas y todos, compañeras y compañeros, hemos estado aprendiendo a leer y redactar, a buscar información en la diversidad de las fuentes a nuestro alcance, las bibliotecas de los Planteles con más de un millón de ejemplares y títulos renovados cada año;*

*Internet y los laboratorios de cómputo, la mediateca ampliada por los Directores actuales, con apoyo del Secretario General de la UNAM; sabemos revisar la información para determinar la validez que merecen los textos e imágenes encontrados, y sintetizar sus elementos esenciales, según el tipo de discurso que se va construyendo. A estos aprendizajes de aplicación general, hay que agregar los laboratorios de Ciencias Experimentales, que ya quisieran facultades de otras Universidades, y las verificaciones experimentales que se desarrollan en Física, Química y Biología; el Sistema de Laboratorios de Innovación donde podemos investigar por cuenta nuestra, con alguna asesoría de los profesores del Colegio y de Facultades; sabemos trabajar en equipo desde 1971, cuando otros consideran novedosa esta colaboración, para estudiar los temas controvertidos de las asignaturas de todas las Áreas y las discusiones en grupo escolar, la intervención del profesor para orientar, pero no para resolver los problemas, responsabilidad de los alumnos y sus equipos. (Silencio y atención con asentimientos. (Nota: es llamativo que el discurso de la compañera sea el más académico y que describe lo que los cecechacheros llaman “Modelo educativo”. Fin de la nota)*

*“Alguien que se está formando así, exige respuestas sólidas, fundadas en ciencia y no intentos de justificar el sometimiento de la UNAM al estado mexicano para cederle una de las mejores Escuelas Nacionales con que cuenta, la que la propia SEP trata de imitar sin reconocer el origen de las ideas de un modelo educativo que otros, nosotros, inventamos y hemos desarrollado y ahora la SEP se apropia y ostenta sin merecerlo como creación suya” (Aplausos intermitentes, pero largos, más fuertes cerca de la tribuna y en núcleos de todos los sectores. Consigna CCH-UNAM repetida 20 veces a coro)*

*“La sesión del Consejo, preparada por el Rector, que decidió separar el Colegio careció de reflexión de nivel universitario y puso de manifiesto la ausencia de justificación del acuerdo que*

ha tomado. El Consejo ha procedido este año en total contradicción con el discurso de Justo Sierra en 1910, cuando el Congreso de la Unión creó la Universidad Nacional, incluyendo en ella a la Escuela Nacional Preparatoria. Esto lo aprendimos en Historia de México. Los consejeros olvidaron la argumentación de aquel discurso, pero los alumnos del Colegio, acostumbrados a no recibir consignas y a buscar mejores verdades en las fuentes, no aceptamos la sinrazón evidente, por nosotros hoy y por nuestras hermanas y hermanos de mañana. El Colegio hoy, en la vigencia de los artículos transitorios del desacuerdo universitario de hace dos semanas, sigue en el ámbito institucional de la UNAM y exigimos poder decir lo mismo en 2027, en 2051 y en 2071, cuando nosotros quizá y otros celebraremos el centenario del Colegio de Ciencias Y Humanidades”. (Varios minutos de consigna “CCH-UNAM”, unos pocos “Consejo fuera” por la esquina de Seminario, “Rector fuera”, silbidos generales, de nuevos dos o tres cohetes, ahora en la esquina oriente de Catedral. Los patrulleros de Seminario se acercan).

“Ahora quieren echarnos fuera, como si fuéramos la escoria de la UNAM. (Gritos “Rector-escoria-CCH-UNAM”). No los somos, ni lo hemos sido ni lo serán nuestros hermanos chicos que llegarán estos años a primero.

“El reto que nos imponen es una oportunidad de demostrar nuestro sentido crítico, de analizar y rechazar con razones y argumentos válidos las mentiras con que pretenden engañarnos diciendo que el CCH estorba en la UNAM. Más bien es el Rector y los Consejeros vendidos los que estorban”. (Gritos de “Rector fuera” y “CCH-UNAM”. Se oye el ruido de un helicóptero que cruza de la esquina poniente de Catedral a la Suprema Corte. Nadie lo mira, todos están concentrados en los gritos y los saltos que ahora se han extendido a toda la plancha del Zócalo.)

“Compañeras, compañeros: demostremos que somos las generaciones 2024, 2025 y 2026, las Generaciones Defensoras del

*Colegio, demostrando con nuestro estudio que somos los mejores, dando la cara contra quienes atropellan al Colegio, convenciendo a los verdaderos universitarios de mente clara y crítica que no hay razones para mutilar a la UNAM, sino debilidad ante el Gobierno Federal, intereses particulares e incumplimiento de las responsabilidades que implica dirigir a la UNAM. Hagamos ver a la opinión pública que sabemos manifestar, pero también estudiar y competir con cualquiera.*

*“No es hora de bajar la guardia. Esta manifestación enorme es un paso. Gracias por participar. Ganaremos. ¡Viva la UNAM, viva el CCH, vivan sus alumnas y sus alumnos!”*

(El aplauso que siguió duró más de 10 minutos. Impresionaba la decisión de no dejar de aplaudir para que el apoyo de toda la manifestación fuera evidente. Luego uno de los organizadores, como es costumbre en el Colegio, encabezó un Goya unánime e impresionante. Siguió un cuarto de hora de consignas, de nuevo cohetes interrumpidos y otra vez renovados. Imagino que las patrullas no querían arriesgar mucho, aunque no había clima de violencia, tal vez los alumnos les simpatizaban. En los gritos predominaba **CCH-UNAM**, que resultó un lema acertado, corto y directo a lo esencial. En el Colegio hay experiencia política que atina, cuando no se excede. La mesa saludó a los participantes y sin nombrar a nadie pidió terminar el acto y retirarse en orden.)

**NOTA:**

Por el tono y las ideas de la última parte, además de que la oradora llevaba escrito su discurso, es evidente que los profesores la asesoraron. Querían seguramente que la opinión pública percibiera la formación discursiva en la que se educan los alumnos del Colegio y reconociera el valor académico y social del CCH.

Los manifestantes comenzaron a salir del Zócalo tranquilamente pero muy alegres. Parecían satisfechos de su primera manifestación general, la más nutrida de su historia, y orgullosos del Colegio. Las alumnas disfrutaron más que sus compañeros.

Sintieron que eran, además de más numerosas, iguales.

Ni la policía ni los noticiarios señalaron desórdenes.

Si me permite una opinión, Licenciado, hay que analizar los alcances de este día. Creo que no se puede simplemente olvidarlo. Puede tener repercusiones incluso para Rectoría.

**H**an pasado 10 días de la nueva Manifestación del Silencio, la **CCH-UNAM**. Sigo tenazmente seguro de que fue eficaz. Por lo menos para que los convencidos de la insensatez de separar el Colegio de la UNAM, como si fuera un trasto viejo que guardaste durante años porque sí, en un desván, una mañana cualquiera de pronto te decides y, al oír la campana de la basura, hoy toca inorgánica, lo sacas y lo dejas en el camión, además con propina.

Pero hemos dado la batalla. Ni siquiera porque creamos que el Colegio es verdaderamente todavía el Colegio, es decir, que estemos ilusionados de que es la maravilla que nos legó la Universidad en el papel apenas, en la “Gaceta Amarilla” del 1 de febrero de 1971, edición especial, tras una sesión del Consejo Universitario unánime.

Todos sabemos que tenemos muchos defectos, pero que últimamente lo empantanaron Direcciones recientes, ¿para qué contarlas?, dejémoslo púdicamente así y sin desprestigiar nominalmente a nadie, porque también uno ha cometido errores y carga con la responsabilidad de haber tomado por realidades sus ilusiones, pero sin perdonarles el descuido en que hundieron al Colegio los últimos 15 años. Para enderezar la frase y encaminarnos a mayor exactitud, podemos distinguir las dos Direcciones más recientes que recuperaron valores, mezclados

con ocurrencias informes como la integralidad de una formación acumulativa, justamente al otro extremo de la cultura básica y de “lo importante de las materias importantes”, esto es, del Colegio. El Director actual, que comenzó su primer periodo en 2022, asistió a la manifestación y al mitin, perfecto, aunque cuidó sus flancos sin arriesgarse completamente ante Rectoría, negándose a convocar, incluso con el Consejo Técnico o a encabezar la marcha. Está bien, no era su manifestación, sino la del Colegio.

Hemos amado al Colegio. Sé que esta última frase es ridícula. La repito. Amamos al Colegio. Hemos comenzado a trabajar, nuestro primer contrato, al menos de la inmensa mayoría de los 600 profesores que comenzamos en abril de 71, luego 1,800 al año siguiente y por fin 2,500 cuando los cinco planteles completaron sus nóminas y comenzaron a enseñar el plan de estudios completo. Al dividir los grupos de Matemáticas de los cuatro primeros semestres en 2007, innovación que dejé apalabrada con el Secretario General de la UNAM al terminar mi gestión, para evitar la reprobación alta y decisiva del segundo semestre, los profesores llegaron a 3,000. Los grupos de Inglés también se dividieron. Vinieron otros aumentos y comenzaron los desperdicios, una de las responsabilidades graves de quienes “comisionaron” profesores a tareas sin provecho, pero aseguraban, se imaginaban, apoyos para las auscultaciones. No les dio resultado.

Pero no es ese el Colegio que hemos amado, sino el que tenía una comunidad viva, fraterna, comprometida. Los que nunca decían, como ahora: “¿Porros? Yo no soy autoridad. Que salga el Director”. Y antes el Director efectivamente salía con los secretarios y jefes de departamento y luego bajaban de los cubículos de las áreas 50, 80 profesores y enfrentábamos juntos a los porros, que patrocinaba el PRI de Naucalpan, carajo, lo sabemos y lo supimos siempre.

Por lo menos en eso, aunque no únicamente en esa solidaridad fraterna y en la voluntad de mantener los Planteles libres de violencia, el Colegio tuvo largos años de éxito. Ni siquiera avisábamos a Rectoría, que más tarde quería saber los nombres de todos los expulsados, para evitar que fuéramos a confundirlos y termináramos por sancionar a algunos “activistas”, nobles defensores del carácter popular del Colegio (“Lucha, lucha, lucha, / no dejes de luchar, / por una educación científica y popular”) y probablemente contratados en algunos casos por el cuerpo de informantes y provocadores de alguna Secretaría de Rectoría misma. Lo supimos más tarde. O de Gobernación, preocupada de que el Colegio atentara contra la seguridad nacional. Lo supimos apenas hace unos pocos años. Y nos resultó a esas alturas hacia 2018 sorprendente. Seguridad nacional, dime nomás.

El Colegio, contra la frase de Sartre sobre el hombre, nunca ha sido “una pasión inútil”. Soy consciente de que me repito. Nos ha entusiasmado siempre su intento de formar alumnos que llegaban al dintel de la adultez ya crecidos en su capacidad cultural productiva: capaces de razonar, de leer fuentes y no conformarse con las explicaciones del profesor que ofrece sus interpretaciones, a la mejor fundadas, pero no las que cada alumno podía obtener, si trabajaba los temas por su cuenta en una biblioteca donde cabían 900 alumnos al mismo tiempo y tenía 200 mil volúmenes, luego seguramente más, pero desde que Blas se jubiló no tengo con quien hablar de libros ni de la Biblioteca y sus servicios; con laboratorios para todas las clases de todos los grupos de ciencias, con 25 alumnos, y equipo de calidad que se cuidaba bien. Luego estaba el Sistema de Laboratorios de Innovación, que construyó el Rector Sarukhán, enfrentándose a la negativa inicial de los funcionarios del Fondo Interamericano de Desarrollo que no incluía en su agenda el rubro de financiar proyectos de Bachillerato, pero no sabían que tenían enfrente a un Rector capaz de renunciar a todo el financiamiento para



la UNAM, si no se atendían también los proyectos para su Bachillerato. Lo repito, porque es un homenaje.

Amamos al Colegio, todavía, tantos años después de haber dejado no solo de gobernarlo, sino hasta de dar clase, porque su Modelo Educativo fue el primero que propuso dos frases que terminaron, 45 años más tarde, en convertirse en eslogan, apenas, gubernamental: “Aprender a aprender”, “el alumno es lo importante”. Nosotros éramos más contundentes, desde el comienzo del siglo, al terminar el taimado paro del 99: “El alumno en el centro”, porque el Modelo Educativo del Colegio supone que el alumno es el protagonista de su propia formación, no un heredero de una cultura bien terminada y empaquetada, recibida en las conferencias de los profesores, sino el constructor personal de sus conocimientos, aunque sean tan antiguos como se quiera decir o imaginar, pero nuevos y a veces felizmente sorprendentes para el sujeto que aprende, organizados a su modo, con responsabilidad de científico que se ocupa de sus trabajos profesionales de investigación.

Lo hemos amado por eso, porque terminar una clase en la que te has movido por el salón de adelante para atrás, hasta el fondo, para apagar celulares o interrumpir coloquios amorosos fuera de sitio, y luego vuelves al pizarrón para escribir algo, sin hablar hasta que se hace de nuevo el silencio y todos leen, “Estamos aprendiendo. No se vale perder tiempo” y se callan y retoman la discusión en sus equipos.

Lo seguimos amando, porque durante años estuvimos abiertos a cualquier pregunta. Otra cosa es que respondiéramos a todas, a veces porque de a tiro la respuesta la tenían que conocer ya y decíamos entonces, “A ver, acuérdate de la regla de los gases que tratamos ayer” o “¿Cómo que Héctor era griego? Entonces, ¿quién era Aquiles?”. O dos alumnas abrían la puerta y solicitaban permiso para hablar al grupo somnoliento de lo que significa democracia, aunque la clase no tratara precisamente

ese tema, pero es un concepto que todos deben asimilar para el Colegio y para la Facultad futura y su primera votación. O de la familia, del matrimonio, de los hijos, que no conviene engendrar a lo loco, nomás porque el chavo o la chava estaba buenísima, sino con el deseo y la posibilidad real de hacerse cargo de un ser humano que tan pequeñito tiene derechos que los padres deben satisfacer. “¿Y a poco ustedes pueden hoy hacerse cargo de un recién nacido? No se vale pensar que al cabo mi papá me ayudará. Es justamente la actitud infantil que les impide ser padres, mientras no puedan sostener una familia, de modo que los embarazos prematuros son problemas y evítenlos. Tienen que terminar el Bachillerato y luego seguir una carrera o buscarse un trabajo. Después de toda esta preparación, harán lo que quieran con responsabilidad. ¿Adriana? No, yo pienso que el aborto no es lícito, porque, desde la fecundación, el embrión es un ser humano en desarrollo, tiene derechos. ¿O vamos a restringir la humanidad a que el cerebro se desarrolle totalmente? Entonces, ¿los que tengan un cerebro defectuoso no son seres humanos? De hecho, los niños que nacen todavía no tienen su sistema cerebral completo, todavía debe madurar. Pero desde el primer momento comienza el desarrollo de las moléculas que darán origen al aparato digestivo, a los miembros, al cerebro y al sistema nervioso, la cabeza y su contenido. No, pienso que el aborto no es lícito. Nadie tiene derecho a deshacerse de un embrión y los embriones no son el cuerpo de la mujer que los lleva en su seno, ya son otro ser. Pero tampoco voy a condenar a una muchacha o a una mujer si aborta. Ni propongo que debe parar en la cárcel. En la CDMX en las primeras 12 semanas de embarazo el aborto no es delito. Es una ley y respeto los derechos que establece. Aunque personalmente no esté de acuerdo, pero no soy nadie para condenar a nadie. Mejor las apoyamos para salir adelante. De cualquier manera, tomen posición sobre este punto reflexionando con honestidad y respetando los derechos de todos”.

Seguimos amando al Colegio, porque ya hay y ha habido al menos una veintena de Directores de Instituto egresados del Colegio, o de Facultades, y cientos de profesores de Estudios Superiores. Pero no trabajamos para formar personal académico, sino ciudadanos, de cualquier profesión, o de ninguna, solidarios, responsables, dispuestos a ayudar, aunque sea de paso, a quien lo necesite.

Y los egresados del Colegio sobrepasan largamente el millón, y no hemos perdido todo el tiempo que hemos tenido entre las manos, aunque no hemos sido perfectos, al menos en las mismas o muy semejantes medidas, por cierto discutibles, con las que la Universidad mide sus tareas.

Por eso, tras la Marcha del Silencio o **CCH-UNAM** de hace 10 días, mantengo la esperanza de que hemos logrado un efecto certero, sólido y justo, sobre todo justo. No es hora de llorar lo que nunca logramos, “Clases según el Modelo del Colegio para todos los alumnos de todos los grupos impartidas por todos los profesores”, como decíamos, conscientes de la utopía que enunciábamos, en las foráneas de los cuerpos directivos que organizamos en aquellos años.

Al comienzo de los 90, en Metepec, Puebla, y que parecían dejar huella en los funcionarios todavía construyendo entre todos simplemente el Colegio.

**Al Consejo Universitario**

**A la opinión pública**

Los abajo firmantes,

Alumnas y alumnos, profesoras y profesores., trabajadoras y trabajadores,

Egresados y exalumnos, profesores y trabajadores jubilados,  
Todos del Colegio de Ciencias y Humanidades, UNAM.

Manifestamos nuestro compromiso con los fines institucionales de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Reiteramos firmemente nuestro total rechazo al acuerdo del Consejo Universitario que en su aplicación carente de fundamentos académico y universitario significa la expulsión del Colegio de Ciencias y Humanidades de la Universidad que lo creó hace más de 50 años.

Hacemos un llamado a la conciencia de los Consejeros Universitarios, para que tengan la entereza de reconocer el atropello cometido contra los derechos de tantos miles de universitarios que han sostenido sin tregua sus compromisos institucionales.

Los caminos no están totalmente cerrados, hay soluciones que evitarán enfrentamientos costosos que no deseamos.

**CCH-UNAM**

**“Por mi raza hablará el espíritu”**

Planteles del Colegio, CU, FES metropolitanas

2 de diciembre de 2025

Responsable de la publicación. Miguel Rodríguez.

*Siguen 53,287 firmas, verificadas ante notario.*

## QUINTA PARTE

*Ya hemos terminado; no hay que retrasarse;  
Así acaban los cuentos: “Hasta siempre”;*  
T. S. Eliot, *Poemas sueltos*.



**E**l martes siguiente a la **Marcha del Silencio CCH-UNAM**, recibí un telefonema del Secretario General de la UNAM. Habíamos hablado antes de la sesión de finales de octubre, cuando una comisión le advirtió sin amenazas que habría reacciones de cuya dureza impredecible no podíamos hacernos responsables. Era una comisión de cuatro y pensaba apoyarme en los intercambios honestos de aquella visita, según me la comentaron nuestros representantes.

En solitario, la última vez que estuve en la Torre fue en febrero de 2014, cuando el Colegio había perdido la consideración del Rector, porque supuestos alumnos de Naucalpan asaltaron sus oficinas y lo injuriaron, maltratando sus pertenencias.

Me consta que el Rector sintió vivamente el atropello, y tenía razón. Activistas de sectas diversas habían tomado Rectoría, tantas veces, pero incluso en periodos agudos de huelga no agredían las oficinas personales del Rector. O yo no me enteré, porque no me tuteaba con el Rector como lo hago desde 1996. Pero en 2014 el Rector repetía la cantilena de “los alumnos del CCH”, cuando se trataba de encapuchados y eran 30, mientras que el Colegio atendía al menos a 55 mil alumnos que no acostumbraban ocultar su identidad. La desproporción debería impedir la condena del alumnado entero. Pero ha sido tradición de los sectores mezquinos de la UNAM, y no incluyo en esos al



Rector, condenar al Colegio a propósito de cualquier desmán de unos cuantos. Sin embargo, uno entendía la profunda herida que arrastraba. No comenté su dolida indignación, pero pienso que me mostré solidario.

Esta vez no iba a ver al rector, que tras tantos años ya era otro, sino había sido convocado por el Secretario General, antiguo Director de la FES Acatlán, Doctor en Ciencias Políticas.

Entré al estacionamiento subterráneo, por el puro placer de recordar mis visitas a Rectoría, cuando fui Director General del Colegio. Me abrieron la puerta, tras una vacilación imperceptible, los segundos que necesitó el vigilante para reconocermé. Me dirigí a los espacios de estacionamiento de visitantes, como siempre tantos años antes.

El ascensor estaba en el piso 11, se detuvo dos veces y finalmente la puerta se abrió. Salió un Director, el de Química, que me estrechó la mano y sonreímos, aunque tampoco con él me había encontrado personalmente nunca. Lo tomé como un buen augurio, porque Química es una de las cuatro Facultades Madres del CCH, una época miembro del Consejo del Colegio y siempre dispuesta a ayudar, aunque no siempre acertara del todo para las obsesiones académicas del Colegio. Generó también, o permitió o no supo, intromisiones en nombramientos que dañaron al Colegio y deben atribuirse probablemente más a actores directos de su profesorado, pero no a la Facultad.

En el séptimo piso, después de usar mis apellidos como contraseña, me dejaron entrar y me encontré con alguien que debía ser el secretario particular. Esperé en una salita donde había periódicos del día en una mesa, *Reforma*, *Excélsior* y *El Universal*, pero ni *La Jornada* (que no leo) ni *El País*, que leo cuando hay algo que aprender o de los libros de *Babelia* o de los conflictos europeos.

La oficina del Doctor no había cambiado, con excepción de los retratos del escritorio de otras esposas (una de cada Secre-

tario, desde luego, sucesivamente) y de los hijos, esta vez más bien de edades menores. Por mi parte no veo pequeño sino a José María, que se acerca rápidamente a los cinco años. Mis nietas están aprendiendo a parecer señoritas, aunque sean niñas.

El Doctor entró y atacó de inmediato tuteándolo y pidiéndole que lo hiciéramos. Con eso mi capacidad de inventiva verbal es mayor, porque considero inútiles los estiramientos y el formalismo. Aceptó sin decirlo, porque comenzó la conversación como me convenía.

Le interesaba mi evaluación de la manifestación, la Marcha, de la semana anterior. Le dije que había superado nuestros cálculos, porque suponíamos al Colegio entredormido, disperso. Obviamente el acuerdo del Consejo lo había herido en el corazón, pero no moriríamos de sentimientos, sino de inacción, si fuera el caso. Por eso habíamos decidido jugar como antes, cuando los Planteles enteros expulsaban a los porros. Teníamos conciencia de que había diferencias: ahora era el Consejo, no enemigo, pero sí adversario y agresor; se trataba de la calle y no del Circuito Escolar del campus central de la UNAM cuyo recorrido político siempre me había parecido ridículo. Hubo una excepción en el 18, los afluentes de las facultades coincidiendo en la explanada para reunirse ante Rectoría y reclamar acción contra los porros. Es como manifestar en el jardín de tu casa para que tus papás se enteren (Aquí sonrió. Supe que no había perdido el hilo). Manifestar en el Circuito es confesar que estás derrotado, puedes muy poco. Y tuvimos éxito en la calle, en las avenidas clásica de la política nacional.

Habíamos logrado, habíamos no significaba los organizadores, sino la comunidad entera y ahí estaba la fuerza del Colegio, habíamos marchado en silencio casi perfecto, nunca faltan espontáneos ni en las mejores corridas. La prensa ha dado cuenta de tres incidentes de violencia que partieron todos del exterior de la columna. Seguridad de la Ciudad de México nos ayudó

bien, debía haber en su personal egresados del Colegio o sus hijos y consignas de apoyo claras.

—No pensamos arriar banderas. Pero tampoco pretendemos dañar la autoridad del Consejo Universitario, más de lo que él mismo lo ha hecho, al tomar un acuerdo injustificado y humillante para nosotros. Por eso, creemos, como lo decimos en la carta que debe haber recibido ya el Rector (yo no estuve en la comisión de entrega), que lo menos costoso para la Universidad es que el Consejo suspenda el acuerdo, es decir, que cambie el transitorio que habla de un semestre, pensando seguramente en el próximo ciclo escolar, y diga que la fecha se fijará cuando prevalezcan las condiciones de un tránsito académico que no perjudique el desarrollo formativo que cumple la institución (sin decir si de la Universidad ni del Colegio). Creo que un acuerdo de suspensión, que no revoca el acuerdo principal, sino lo deja para mejores tiempos, nos asegura llegar a las elecciones federales intermedias de 2027, es solo año y medio, y quién sabe si para entonces alguien se vuelve a acordar de nosotros. Mientras, redoblabamos los esfuerzos, no por la calidad, en cuya vaguedad se cobija cualquier concepto manido, sino por la “normalidad educativa”, como decía Don Pablo Latapí, el funcionamiento completo de los Planteles del Colegio como escuelas. A principios de siglo lo aplicamos y las tareas eran claras y la comunidad las comprendía, Hoy, ante la urgencia, lo hará con mayor compromiso”.

—La decisión de qué hacer, la tomará el Rector, seguramente la planteará en el Colegio de Directores de Escuelas y Facultades, antes de preparar ningún nuevo texto para someterlo al Consejo Universitario. Tengo esperanza de que podamos salir bien de ésta. La verdad es que a mí tampoco me ha hecho feliz lo sucedido, aunque no soy egresado del Colegio, como debes saber, sino del Colegio Madrid. Por cierto, había un mural, maltratado, en el patio de Secundaria con la firma de Ignacio

Bazán, me pregunto si es tu hijo. ¿Sí? Estaba casi seguro. He oído también su nombre en cápsulas de filosofía, “Ráfagas de Pensamiento” en Radio UNAM. El Rector me ha encargado que les recomiende con insistencia omitir actos públicos durante las próximas semanas, no vaya a ser que, en otra ocasión, no salga todo tan bien, haya violencia y daños a edificios, heridos. Tú sabes cuánto les sirven a los grupos políticos anarquistas los encarcelados y, ojalá nunca suceda, algún muerto. Nos estorbaría para buscar cómo organizar el reencuentro”.

Hablamos un poco más de amigos comunes y de lo que habían estado haciendo en los últimos años. Entre otras cosas, muriendo. Suena terrible, pero morir se ha convertido en un verbo que se conjuga con demasiada frecuencia en pretérito perfecto, porque ya sucedió, pero influye en el presente del locutor. Uno pasa años, luminosos, por cierto, muriendo, esto es, consumiendo su cuerpo lentamente. De cualquier manera, la entrevista había dejado una puerta, no abierta, pero ya sin cerrojos. Bastaba que el rector la empujara y se despreocupara de la intervención del Colegio en su último año de Universidad en la auscultación para buscar un segundo periodo. No prometí, ni su Secretario me lo insinuó siquiera, apoyo a la candidatura, pero ya no estar en conflicto abierto con un CCH que marchaba con 60 mil universitarios al Zócalo, a meses del término del primer periodo de rectorado, para las ambiciones del rector era ganancia. Mucho mayor de la que se hubiera imaginado y, mucho menos, merecido.

[*L*as líneas siguientes, están tomadas del archivo *reconclusion.doc*, que abuelo escribió. Mi problema, irresoluble, por demás, en su ausencia definitiva, es la conclusión, la cual puede referirse a las consecuencias de la manifestación que sus archivos llaman “Marcha CCH-UNAM”. Con este nombre ha terminado por aludirse a la manifestación histórica que marcó la revocación, más exactamente, la suspensión, del acuerdo del Consejo Universitario. De cualquier manera, tratándose de una suspensión sin límites, la diferencia con la revocación es adorno. El Colegio sigue en la UNAM, la Junta de Gobierno ha designado al Director General para un segundo periodo, y no sé más, porque no estoy en el Colegio, aunque algunos profesores me han buscado, porque saben que hablé mucho del CCH con abuelo. Hay una dificultad, no hablábamos en términos institucionales, sino, podríamos decir, existenciales, vividos, inscritos en el cuerpo de quien lo amó tanto. Le dejo la palabra, para incorporar su último escrito]

Ha pasado un año y medio de la Marcha CCH-UNAM, que no colmó mi deseo, pudieron ir algunos miles más de cecechacheros, pero sí tuvo el efecto buscado. Tras mi conversación personal con el Secretario General, que no fue ni única ni primera, sino parte de una serie de citas de líderes del movimiento, en julio del año pasado el rector propuso la suspensión del acuerdo de

separación del Colegio. La discusión en el Consejo fue violenta, porque el sector que siempre nos ha despreciado, se sintió despojado de su triunfo (más de treinta años de deseo frustrado y de maniobras para tener mayoría en el Consejo en este punto). Argumentaron nuestras carencias académicas, que detesto, y que la UNAM se sometía a la presión política de una manifestación de alumnos y profesores. “¿Cómo el Consejo Universitario va a ceder a presiones políticas?”. Implícitamente esta posición significaba que las bases son menos universitarias que la aristocracia, que no es de sangre, ni siquiera de producción académica sólida, sino en gran medida de alianzas para citar mutuamente los artículos en revistas, hacer que se nombren unos a otros sinodales de doctorandos, etc., para qué seguir enumerando desdichas.

El acuerdo se suspendió *sine die* y este *dies* viene a ser tan largo como la eternidad. Por lo menos una *longue durée* que diría Braudel.

El Colegio comenzó una nueva etapa, con un orgullo reconquistado y el surgimiento de un liderazgo empujado por el trabajo de organización de la Marcha. El Director General, aunque no participó en la organización de la marcha, pero ayudó haciéndose el loco, asistió a la marcha y al mitin, fue ascendiendo en la estima fundada en las ideas que introdujo o recuperó de 25 años antes, para mejorar los resultados de calidad y desterrar los fingimientos. Tuvo el acierto, además, de promover la colegialidad que prendió con una espontaneidad que evidenció el descuido y la falta de interés de las administraciones anteriores que nunca lo intentaron y el deseo soterrado de la comunidad. Está ahí, a pocos centímetros de la superficie, pero nadie regó las semillas cercas como el Colegio mismo para que el árbol creciera de nuevo, a pesar de todo.

Reunía de nuevo las características no escritas para seguir siendo Director General, haber sido Director de un Plantel y

haber sido reelecto, tener un doctorado, de la UNAM, tan bueno como el de cualquier otra universidad (yo he sido sinodal externo de tesis de Estados Unidos y España y sé lo que digo) y haber cumplido las funciones de su primer periodo, en plena crisis de identidad universitaria del Colegio. Tuvo un apoyo muy amplio y, sobre todo, cualitativamente universal, todos los Planteles, todas las áreas, todas las antigüedades de profesores, muchos alumnos, que la Marcha puso en movimiento, por primera vez, como una agrupación más bien difusa, pero real, de Alumnos por el Colegio.

Terminada esta etapa, estoy convencido de que hemos refundado el Colegio, no aspirábamos a tanto, y que hay una madurez que durará años. No dependerá ni de Alfonso, ni de Isabel ni de mí, porque somos mayores, no viejos, porque hemos podido levantar una ola que barrió la basura que había caído en los ojos y en el pecho del Colegio. Yo, por lo menos, no haré más. De Isabel estoy seguro de que seguirá, como otros que, si se han jubilado, esta condición no les impidió participar todavía en la Batalla de la Marcha. Alfonso, por su parte, hizo un paréntesis en su jubilación, dejó sus negocios inmobiliarios por un rato. Fernando y David tienen al Colegio entre las principales responsabilidades de su vida, le reconocen una importancia personal innegable, y nos ayudaron en la imaginación cuidadosa de la Marcha.

Ahora tengo que intentar por lo menos un esquema, numerando los archivos, para que el relato de la memoria del Colegio pueda ser ordenado por Íñigo. Ha sido mi interlocutor, casi secreto, porque pocas veces recordé que estaba hablando con él, y por lo mismo es un lector privilegiado.

Es la *Memoria del Colegio*, no “las memorias”, porque cinco Planteles, sí, pero un Colegio y, por ende, una memoria. Sin embargo, no es un texto académico ni mi historia y mis recuerdos: nunca escribí de mis hijos ni de mi esposa, ni de mis abuelos que me han guiado por su valentía en batallas en Sinaloa y en Colima, allá por los 60 del siglo antepasado.

No debo seguir. Voy a intentar recobrar mi capacidad, seguramente limitada, de escribir poemas, la arena del mar, los árboles, las difusas presencias invisibles que sostienen con su sonrisa el mundo. Cierro el archivo, pero no mis recuerdos. Dentro de mí palpita la memoria del Colegio. Más modestamente, una de las memorias del Colegio.



Un año después, mis expectativas de la estrategia presentada como favorable para el Colegio, han estado resultando, si no confirmadas en su totalidad, verificadas en su parte sustancial. Se suspendió *sine die* el acuerdo del Consejo Universitario. Los contingentes del Colegio, profesores, alumnos, exalumnos destacados, exalumnos de todas las generaciones depusieron las armas, sin olvidar el desván donde las guardaron. ¿Quién hubiera dicho en 71 que un día manifestaríamos en el mismo cortejo con nuestros alumnos vivaces y felizmente terribles convertidos en mujeres y hombres de la tercera edad, acompañados, no podían faltar, de las leves sombras de nuestros muertos? Lo más perdurable de la manifestación callada y tozuda fue el recuerdo de haber participado en la defensa de un Colegio que hemos amado, como se sigue amando a la primera novia, a los 10 años, de manos tibias y ojos oscuros que, por fin, tras años de preguntar nos enteramos de paso que ha muerto, sin precisión ni siquiera de fecha, y sin que la hubiéramos mirado de nuevo, aunque ajena ya, imposible. Cada quien volvió a sus costumbres, al deslizarse día tras día de su existencia; mientras, para los que conocimos la primera edad del Colegio, la muerte se aproxima y parece distraerse, pero nunca se aleja de nuevo.

Nadie ha vuelto a proponer que la UNAM renuncie al Colegio, pero seguimos adormilados, como si habernos defendido

hubiera sido lo último que hace un soldado antes de su traslado al hospital de campaña, dispara una ráfaga de fusil de asalto y aunque el enemigo se ha retirado y pospuesto el ataque que había imaginado decisivo, hay una tregua para que cada quien recoja a sus muertos. Para nosotros la tregua significa sin otro nombre la liberación.

La manifestación queda como un esquema para mantener al Colegio. Sabemos que rectoría teme sobre todo la amenaza de un paro de varios meses sostenido, sin dar la cara, por los políticos enemigos del rector, que actúan desde el gobierno con el asentimiento del Presidente. O a la mejor, de otros poderes que no identificamos. Pero mantener es poco, no podemos sentirnos satisfechos, mientras no hayamos alcanzado la utopía de que todos los alumnos, todos los profesores, en todas las horas de trabajo en cada grupo escolar, pongan en práctica el Modelo Educativo del Colegio. Hemos invertido los actos aparatosos o minúsculos de más de 50 años, como para renunciar ahora a la utopía. No alcanzaremos su dintel ni su playa, pero tampoco dejaremos de seguir caminando tenazmente, tercamente digo yo, pero omito mis convicciones más profundas, para coincidir en las palabras con el deseo permanente de casi todos.

Hay que lograr que todos en todo nunca dejen de añorar el Colegio perfecto, y a ese horizonte irracional nos acerca y vuelve sabios tratar de cumplir hora tras hora. El Colegio, ahora que tiene más de 50 años, está obligado a invertir todo lo que esté a su alcance en un solo ámbito, el aprendizaje, consciente, orientado, interminable e indestructible, en vez de derivar a programas laterales, que lo dispersan, para lo que no faltan pretextos, porque convencer a una comunidad de profesores que lo único importante es que los alumnos de ahora, con sus nuevas tabletas, sus maxi- teléfonos inteligentes, en los que llevan textos y trabajos, aprendan a aprender, para no verse reducidos a analfabetas de este segundo siglo que se precipita y en el que Colegio está y sigue en la UNAM.

Faltan dos días para la sesión extraordinaria del Consejo Universitario. Punto único, por reglamento: “Estatuto del Colegio de Ciencias y Humanidades”. En teoría hay tres posibilidades, más de las que tuvo Edipo en su encrucijada y enfrentamiento con el hombre mayor en su carro de rey, acompañado de guardias. Revocar, suspender o confirmar.

Deseo imaginar que ganaremos, aunque la tercera opción anula el rumbo al que el Colegio se ha dirigido siempre, su pertenencia a la UNAM, y confirma nuestra caída al precipicio. De hecho, ya estamos ahí, formalmente, al menos, aunque las innumerables conversaciones con las que el Movimiento CCH-UNAM ha inundado los cinco Bachilleratos de la UNAM (el Colegio, la ENP, el Bachillerato a Distancia que también hicimos nosotros, Morelia, San Miguel Allende y Mérida), las Facultades y la Investigación Científica, han ido agrupando un conglomerado francamente heteróclito, pero que mantiene nuestra esperanza. La esperanza no tiene que ver con las ilusiones, se respalda en hechos que todavía no aparecen en su plena fortaleza, pero han germinado y hierven de impaciencia.

Nos bastaría con una suspensión, porque seguiríamos en la Universidad, ponemos el tiempo de nuestra parte y el primer cuatrienio del rector llegará a su término. No creo que se atreva a provocar a la comunidad universitaria, pues con mucha ma-

yor probabilidad perdería un segundo período, porque hay ya suficientes fuerzas que se unirían para que la Junta no se atreva a renovar un mandato que ha provocado tantos problemas y, aunque los candidatos alternativos no apoyen al Colegio, se apresurarían a aprovechar el levantamiento. Último año y tantos problemas, cierre *volante* de instalaciones, un día en cada Facultad o Plantel, pero no en los institutos, pintas en Copilco, cartas a La Jornada. Intervenciones fáciles de hacer o de empujar.

No es que las fuerzas desapegadas del rector coincidan con nuestro Movimiento, hay de todo, desde Facultades que hace años no tienen un Rector de sus filas, como Derecho y las FES, que todavía, a cerca de 50 años de existencia, tampoco lo han tenido, aunque siempre presentan candidatos, hasta quienes exigen un nuevo Congreso, como el de 91, finalmente poco productivo, si no es que estéril, pero sobre todo efímero a largo plazo, como la semilla que cae en terreno pedregoso, en sus mejores resultados. Intento precisar: la Universidad se reconoció entera para deliberar y produjo nuevas posibilidades de traducir su conversación en colaboración: Los Consejos Académicos que propusimos nosotros (y otros que no sé), David y yo, cada uno en su conferencia magistral o en las sesiones del Congreso, nunca fueron el lugar que habíamos imaginado, de encuentro y colaboración académica, sino foro de resistencia a compartir y encerramiento a influencias supuestas, o realmente, concurrentes. Pero existen como un instrumento que un Rector más visionario podrá emplear a fondo y dará frutos.

De cualquier manera, peras o manzanas, el último año de los Rectores suele emplearse para nadar de muertito, calladamente, repartiendo en edificios y equipo lo que queda y prometiendo grandes avances para un futuro que se diluye en los espacios que dejan vacíos las galaxias. Nada, pero sí discursos.

Todo esto se ha puesto en marcha, más exactamente se arrastra a trompicones. Echarnos fuera tuvo su último momento

ventajoso y lo ha perdido. Sólo tuvimos que ganar unos meses y el tiempo, habría que decir Tiempo, una deidad, Kronos, vino a manifestar con nosotros.

Pero no hemos ganado y hoy no sabemos, no sé, si lo haremos definitivamente. Las votaciones previsibles, si las hay, son inciertas. Mientras no terminan, aunque los indicios hoy nos favorecen, pueden dar volteretas. Por una vez, el temor al desorden y al malestar en circunstancias de política extraña a la Universidad, la federal, parecen estar de nuestra parte. Pero no puedo decir más.

Pasado mañana, cada quien votará siguiendo su conciencia y esta es íntima y secreta. Pero sé que los universitarios tienen el orgullo de la UNAM y el Colegio ha contribuido a acrecentarlo, a pesar de nuestra decadencia y heridas dolorosas y graves. Pero la experiencia de haber sido rechazados va a provocar un embate sostenido para lograr ser por fin plena y universalmente lo que la Universidad nos asignó como destino y nosotros hemos formulado a nuestra manera (“Todos los profesores, todas las clases para educar más y mejor a un mayor número de mexicanos”). Tuvimos un primer signo de apoyo, en la designación para un segundo periodo del Director General actual. Podría significar pereza, bastaría cualquier Director General, si el Colegio se va. Hoy todos sabemos que también el Director, con sus reservas y tangencialmente, apoya al Movimiento CCH-UNAM. Y, si viene a añadirse el acuerdo de suspensión, entonces el Colegio tendrá de nuevo las barajas a su favor. Pesaremos también, reconocerán que hemos sabido movernos, en la no reelección del rector, a pesar de su aparente y reciente viraje para readmitirnos. Habrá que saber jugarlas, nada es automático ni gratis. Pero hay quien puede hacerlo, hay que convencer a la Junta.

He peleado más de 50 años por el Colegio. Esta batalla, la rebelión, cortés pero certera, que hemos alentado, puede triunfar pasado mañana. Venceremos. No pienso en qué sentiría si no

sucede. Merecemos el triunfo. Miento si digo que no es nada personal. Lo es totalmente, porque está en ello hasta nuestra existencia, los residuos de vida que nos quedan a unos cuantos viejos tercios que nunca han renegado de lo que nos hicimos cargo en 1971.

No tenemos seguridades, pero siempre una terca esperanza.

**E**l Colegio sigue formando parte de la UNAM. Ninguna escuela ni facultad ha pasado por la aventura y la guerra de ser puesta a la puerta de la Universidad y rebelarse para no ser despedida. Una vez más nadie tiene una experiencia tan llena de aventura y de resistencia como el Colegio. Mejor todavía, como nosotros, los profesores que comenzamos a poner en obra la institución hace más de 50 años y seguimos aquí todavía.

Por supuesto, no tengo la seguridad de que enemigos y traidores nunca intentarán de nuevo la amputación que inexplicablemente han deseado. Desde el Congreso Universitario de 1991 públicamente y sin resonancia, y antes todavía imaginando que podrían comenzar por echar a la calle al Plantel Oriente, que no aceptaba un nuevo encargado de su dirección huérfana por un año, o algo así, la verdad es que la memoria no me es completamente segura y, meses más, meses menos, da lo mismo. El Rector tuvo presiones internas para desligarse del Plantel rebelde. Fue terrible, pero nosotros lo supimos menos como un hecho, que como una leyenda o una versión del mito de nuestra rebeldía. Fue terrible que hayan intentado convencer al Rector que regalara un plantel ¿al Gobierno Federal? ¿Al Distrito Federal, entonces? ¿Al Colegio de Bachilleres?, me da igual, lo esencial fue la ceguera de algunos y su incapacidad

de tratar con una comunidad rebelde acaso, pero insurgente, porque creía en los principios educativos del comportamiento real del Colegio como era y ha seguido siendo.

La responsabilidad de mantener el Colegio no es de las autoridades, en primera instancia, sino de la comunidad. Así comenzamos y ahora que nos encontramos tras la dura pelea de mantenernos en la UNAM, de nuevo toca a la comunidad docente construir el Colegio sin abdicar ninguno de sus principios esenciales: la cultura básica, es decir, “lo importante de las materias importantes”; el acento en las habilidades a cuyo servicio se ponen las estructuras conceptuales; la habilidad de obtener información, antes de fuentes escritas y varias, para poder comparar y decidir, ahora también de las innumerables bases de datos digitales y las conexiones que te hacen saltar por Internet a temas que no habías imaginado, tentación a la que debes aprender a negarte para mantener tus propias elecciones.

Disponemos, y la experiencia tiene ya más de 10 años, de redes para mantener comunicación constante con los alumnos, para incitarlos al trabajo sin ninguna renuncia, para proponer trabajos, calificarlos e informar a los autores adolescentes de las mejoras que pueden introducir o tomar en cuenta para trabajos futuros. Hay instrumentos tan a la mano para no incurrir en faltas de ortografía, excepto si deliberadamente te propones cometerlas. Pero ¿para qué? Y esto hay que aprenderlo.

Debajo de todo el nivel de los instrumentos y dispositivos hay otro del que únicamente pueden ser responsables las personas, los profesores, para limitarnos al punto decisivo del que dependerá en adelante la pervivencia del Colegio: la pasión por hacer que los alumnos se apasionen por aprender. Con lápiz, que nunca han cesado de ser deliciosos en su madera ligeramente olorosa y pintada de amarillo, o con teclados de una PC o de una tableta, el problema de fondo ha sido y sigue siendo el mismo, y es el que resolvimos, o por lo menos enfrentamos con éxito



durante muchos años, que nos importaba el Colegio. Ni siquiera el origen de la pasión eran más altos ingresos o nombramientos alcanzados para obtener la definitividad y una proporción más ventajosa entre trabajo académico para el aprendizaje en grupos escolares, las clases pues, y más tiempo para planear la docencia, evaluar para formar y disponer de un margen libre para seguir aprendiendo y experimentar a diario lo que ha venido a ser uno de los lemas centrales del Colegio, *aprender a aprender* como profesores lo que tratamos que aprendan los alumnos.

Me reconozco viejo y sobreviviente de la última batalla radical del Colegio. Alfonso vive también y no pierde el buen humor que compartimos, con un hueco de cinco años cuando dirigí el IEMS, desde hace 48 años, primero los miércoles, después de cada Junta de Directores, luego los lunes, desde el comienzo del siglo, los dos solos, porque nadie quedaba o vivo y comprometido con el Colegio, como Javier, Cris Carmona, RafaFam, Manuel, los más dolorosos.

Ahora esperamos que el rector se decida. Está emplazado, sin que hayamos empleado ninguna palabra de extorsión. Simplemente construimos, y acertamos guiados por el instinto más que por el puro cálculo racional, la política de los especialistas, pero el deseo del rector por repetir es también radicalmente instintivo. Y al parecer hemos ganado, pero no lo sabemos, no lo sabemos todavía. Es una paz sin firma, revocable.

Si me preguntaran a quién hay que confiar en estos años posteriores al cuarto del siglo las responsabilidades de liderazgo para continuar el proyecto inacabado y sin término del CCH, diría que no lo sé pero que si existe un líder, terminará por aparecer. A ninguno de nosotros nos nombraron capitanes, más bien nos fuimos haciendo o más modestamente dimos la impresión de serlo. Seguramente hubo condiciones institucionales que lo permitieron, y nos apasionaba edificar el Colegio. Eso fue todo, no pienso que hayamos sido únicos e irrepetibles, más bien estoy

convencido de que en el silencio de las noches de los Planteles se van formando compromisos y convicciones irrenunciables en las mentes de algunos profesores que no se preocupan tanto por sobresalir y ser reconocidos, sino mucho más por ser dignos de continuar lo que otros comenzamos y llevamos a una primera y clara madurez, siguiendo los destinos que trazaron un Rector inteligente y libre y su hermano, asimismo convencido de la valía del proyecto, y un grupo de universitarios, pocos, al menos en aquellos días generosos.

Hay un tiempo en que eres y otro en que habrás dejado de ser. Dejaremos de estar aquí. No importa, hay otros, que llamaré hermanos, que podrán llevar más lejos el Modelo Educativo del Colegio, la resistencia al enciclopedismo, el aprendizaje de cómo aprender, la cultura básica, que no es ni minúscula ni elemental, sino la inteligencia que no solo busca, sino sabe por qué lo hace, cómo procede y para qué servicio a la ancha comunidad en que está enraizado el Colegio, iluminado y vivo.

Mientras tanto, esperamos. ¿Convocará el rector al Consejo no para derogar, sino para suspender la aplicación de nuestra expulsión, hasta que se den “las condiciones que aseguren el tránsito sin causar perjuicios académicos a los alumnos”?

El rector no cree que eso vaya a tener lugar nunca. Nosotros tampoco. Por eso lo propusimos así.

Fueron llegando anteayer solitarios los menos viejos, por pares, o más en una sola camioneta Honda conducida por un chofer. De los que quedamos, todos manejamos todavía, a pesar de las advertencias a veces desconsoladas de nuestros hijos y nuestras esposas, las que perduran, mejores choferes de jóvenes que algunos de nosotros, pero frágiles ahora incluso en coches automáticos. Ya no se atreven. Creen además que la vida ha terminado sus compromisos con uno. No lo veo así, y menos ahora que tenemos un reto, seguramente el último en el Colegio y el penúltimo en la vida, porque acabará por llegar una enfermedad, ojalá no tan larga, que termine por agotar los glóbulos rojos o los leucocitos, vete a saber de a cómo nos tocará.

En la biblioteca, que está cumpliendo 31 años y construí con el dinero del Premio Universidad Nacional que me dieron en 1994. Más tarde, cuando con mis hijos fuimos a Colima a desvalijar la casa de mis papás y de mi infancia, tras la muerte de mamá en enero de 2006, terminé por traerme la mesa de mi biblioteca de allá, que en realidad apenas habité, para la biblioteca de aquí, Ajusco, a la que debí agregar un anexo que de paso aumentó una impostergable ampliación de las paredes para librerías. Mi padre mandó hacer a su primo Ernesto Iglesias esta mesa de reunión familiar, de cedro y teñida de negro luminoso, donde celebramos en Colima dos o tres reuniones de familia completa para formalizar pactos trascendentes.

En realidad, la mesa sirvió también para tres reuniones discretas entre candidatos del PRI a la presidencia, en campaña en Colima, y el Obispo local. El Estado Mayor presidencial tomaba posesión de la casa la víspera, la revisaba, y mis papás soportaban con amabilidad más bien seca, aunque rezongando con discreción por la pérdida de intimidad que soportaban. Llegaba el Obispo al día siguiente, temprano, a las 8:30 en punto y luego el candidato, siempre ligeramente impuntual, a grandes pasos entraba y subía al primer piso. Hablaban, seguro, pero nadie sabía de qué. La mesa o era sorda o se hacía la muda.

Pero ahora, el breve inventario de los tercetos del Colegio, nos sentamos alrededor de la vieja mesa de plástico que muchos años fue la mesa del comedor de la casa, hasta que otra mesa danesa la sustituyó. La mesa negra nos quedaría muy grande. Había café de tres cafeteras, espresso y americano, leche para mal improvisar *capuccinos*, y galletas, casi una certidumbre de asistir a una reunión de los directores que fuimos.

Alfonso y yo hicimos un recuento de las entrevistas, por separado, que cada quien ha tenido con el Secretario General de la UNAM acerca del futuro del Colegio. Por de pronto el malhadado acuerdo del Consejo de octubre ha quedado suspendido. La marcha silenciosa CCH-UNAM tuvo efecto, porque el rector quiere un segundo periodo y no le conviene que hagamos declaraciones que lo dejen al descubierto. Por de pronto, el pacto con rectoría sigue en pie, ni escrito ni declarado, de que el acuerdo suspendido no se aplicará. Una vez más, acuerdos imprudentes y sin apoyo social, que orgullosamente el Consejo Universitario, y Rectoría, sobre todo, no pueden cumplir, pero tampoco se retractan ni reconocen sus errores. Simplemente dejar flotar las decisiones, sin atreverse a darles cuerpo, de modo que se vayan olvidando, como si nunca hubiera pasado nada.

Por eso el consejo de viejos que hemos formado espontáneamente, más bien con toda mala intención, nos reunimos para

trazar una ruta que consolide las probabilidades del Colegio de seguir siendo, porque es el fondo y el resultado de nuestras batallas, parte inseparable de la UNAM.

Aunque después de la marcha silenciosa, en la que todos los presentes participamos, es condición para ser recibidos en el Consejo de Viejos, lo escribo ahora con mayúsculas, porque quiero dejar asentado y claro y de frente, que no somos simplemente un club de desterrados, ni un asilo itinerante de ancianos, sino un cuerpo colegiado nacido por cuenta de sus miembros, aunque no esté previsto en ningún reglamento, pero es tan real como el propio Consejo Universitario y sin ninguna duda mucho más legítimo para defender al CCH que cualquier otra instancia. Todos hemos sido Directores Generales, Directores de Plantel, un Coordinador del Colegio, tres Secretarios de Plantel, el Charlie ante todo, Consejeros Universitarios actuales, más jóvenes.

Una cierta ansiedad, que se confunde con las preocupaciones inconfesables por la evolución de nuestros achaques, varios hemos ido más allá de los 80 años, se cierne sobre el círculo del Consejo. Empezamos a tratar nuestras responsabilidades sin perder mucho tiempo, para no enredarnos en los recuerdos disparatados que todos cargamos.

El Secretario General me aseguró que el rector no romperá el pacto de suspensión del acuerdo de separación. He hablado tres veces con él, la penúltima después de la marcha. Pero la última me dejó mal sabor, porque no fue tan contundente como en la anterior. Parecería que al rector ya se le pasó el miedo de tener un conflicto público y duro con el Colegio y tiene tentaciones de aflojar”.

—Sí, creo que no podemos confiarnos. El Rector quiere un segundo periodo, las auscultaciones serán en octubre-noviembre, como siempre, más exactamente desde la renuncia de Paco Barnés. Huelga pinche y jodida la de 99. El “paro”. No debemos bajar la guardia, más bien hay que ampliar el reclutamiento de

militantes por el Colegio, hay profesores que tienen liderazgo y reconocen los valores del proyecto del CCH. No deja de ser buena señal que después de 50 años el Colegio siga sintiéndose proyecto.

—Quiere decir que no estamos satisfechos con lo logrado y queremos más y en la Universidad.

—Yo también dudo de la palabra del rector. Ya pasaron tres meses de que nos aseguró que no olvidaría el acuerdo, pero yo me pregunto todas las noches cuál es el acuerdo que no va a olvidar, no vaya a ser el que tuvo con el Colegio. Desde que la UNAM terminó por funcionar como una secretaría del Gobierno Federal, en vez de ser “la UNAM”, seguro que todos nos acordamos del tránsito que trasplantó la mentalidad de secretaría federal a la Rectoría de la Universidad.

—Ahí exageras. Creo que debemos discutir cómo organizar una Red de Profesores, de líderes, pero sin excluir a quien quiera agregarse, que asegure el contacto con los profesores de la gran base, no en una perspectiva administrativa, sino más bien pensando en los profesores que no tienen ningún cargo de autoridad y que normalmente no intervienen ni se preocupan, pero que pueden reclutarse para tener la posibilidad de levantar una manifestación grande, brutal, que no violenta, y mantener el miedo del rector. Puede ser un día de 5000 sentados en la explanada de Rectoría y en silencio. Y sin pedir que el rector salga, o peor todavía, ni siquiera que salga nadie, algún funcionario a atendernos. Que quede claro que estaríamos apelando a la Universidad y no al candidato para un nuevo periodo. Además, hay que aprovechar la auscultación para que la Junta se comprometa a incluir entre los compromisos que siempre imponen al Rector recién designado, el cumplimiento de los acuerdos con el Colegio. Podemos argumentar en los medios y en las redes sociales que sería una falta de honradez cambiar de política, en cuanto el rector comience su segundo período. Nosotros nos

encargaríamos, hay que decirlo suavemente, pero con firmeza, porque sí, es una amenaza, de levantar una insurgencia que impida el rompimiento de los acuerdos del inicio de este año.

—Yo pienso escribir una columna, un artículo semanal en *Excélsior* y volver al grupo de consejeros sobre educación de *Reforma*. No me han invitado ya, desde que reclamé no sé qué hacia el 2012, cuando el Subsecretario de Educación Media Superior, que era demógrafo y resultó especialista, y otro funcionario se la pasaban discutiendo y refiriéndose a anécdotas que solo ellos celebraban con risas que te hacían sonreír, nunca se entendía de qué, sin despegar los labios. Era como si los otros 10 no existiéramos, menos la Doctora Bracho, que se comportaba sin petulancia. Pienso que, si busco a las responsables, las mismas o nuevas, da igual, y pido que me inviten, total un desayuno más de chilaquiles, van a decir que sí. Luego a ver si también ahora con este gobierno avatar 4.0 acaparan la palabra los funcionarios de la SEP y dicen algo que valga la pena, porque estar ahí abre oportunidades de inspirar ideas a los periodistas.

—Propongo una intervención inmediata: publicar un desplegado breve que dé cuenta del acuerdo del rector con el Colegio y lo conecte con la auscultación, de modo que todo este asunto sea explícito ante la opinión pública. Nos daría fuerza, porque el tema no se olvidaría de aquí a dos meses y más de un periodista, sobre todo si lo buscamos y hablamos claramente, lo explotaría.

—Pepe, hermano, se acabó el café.

—Ahorita pongo más. Órdenes; capuchos, *espressos*, ¿cuántos? Aquí hay más galletas.

La discusión siguió y las misiones fueron asignadas: escritos, entrevistas, listas de militantes, para empezar profesores con capacidad de liderazgo. Volvió la vieja idea dudosa de apoyarnos en las condiciones desafortunadas de los profesores de asignatura. No hubo consenso en el sitio que debería ocupar venta-

josamente este tema en el dispositivo discursivo de la presión sobre el rector. No es fácil, porque sabemos que objetivamente la UNAM ha estado al límite de su financiamiento anual desde 2019. Pero también sabemos, lo hemos visto suceder varias veces, que en caso de conflicto el Gobierno Federal a veces hace “esfuerzos especiales”. El problema es que todos estamos fuera de los círculos de información estratégica. Seguimos, pues, en la incertidumbre de lo que terminará por suceder con el Colegio.

Pero seguimos reuniéndonos. Y ahora somos más de dos.



**H**e terminado el recuento de la última batalla a fin de cuentas disputada con imaginación de la que hemos salido vencedores. No totalmente, pero hemos forzado al rector a solicitar el apoyo de los directores a los que sedujo para que arrastraran al Consejo Universitario a tomar una decisión contraria a la integridad institucional. Tuvo que dar marcha atrás, simulando un paso de través que no es probable que tenga continuidad.

Debo terminar, he gastado dos años y no puedo renunciar dejando que las palabras del Colegio, su memoria, se hunda en las oscuridades de una prolongada colección de archivos digitales. Por eso tengo prisa, a orillas de este cuerpo mío que va derivando corriente abajo hasta el mar sin término ni comienzo, de donde procedo, humano de Colima, nacido para perdurar. No podré escribir más. Por eso estoy grabando en mi iPhone, al que he bajado una aplicación que me rescata de mi silencio en pantalla. Pero seguir hablando, sería hablar de más.

A lo que voy, hay un manuscrito, un amontonamiento de archivos en que he ido escribiendo la historia que nunca comencé. Trata del CCH, una línea en el sitio Web de la UNAM, todavía: “Desde 1971 han coexistido dos Bachilleratos en la Universidad, la Escuela Nacional Preparatoria y el Colegio de Ciencias y Humanidades”. Ni siquiera señala que hemos tenido y conservado

renovándolo un Modelo Educativo y que tratamos todavía de levantarlo hacia las nubes fugitivas de la utopía.

Quiénes lo intentamos y cómo tuvimos resultados, no digo éxitos, parciales, lo explican mis páginas. ¿Por qué entonces este penoso esfuerzo con los restos de lo que han sido mis fuerzas, si el enunciado que resume mi texto tiene un sujeto y los verbos que lo convierten en protagonista de una historia de naufragios y de nuevos derroteros siempre hacia islas demasiado lejanas?

Quiero revelar las palabras que concentran el sentido de viajes y relatos del Colegio. Fue el amor. ¿Tanto para esto? Al final no conviene mentir, porque no tendré la ocasión de los correctores de estilo. Fue el amor. Reitero. Amamos el deseo de construir, de hacer crecer alumnos y academias, talleres de lectura y esbozo de investigación en los laboratorios y, nunca supe cómo, en las clases de Historia; de discutir y de crear.

Mi vida ha sido inventar y esbozar sueños inalcanzables.

Me llaman desde lejos. Que otros sigan intentando.

Ustedes.

Abuelo:

Te escribo porque estoy seguro de que has vencido a la muerte, como me leías en tu Nuevo Testamento rojo, que robaste a Raúl Mora, tu amigo jesuita compañero de doctorado en París. Está marcado en el Evangelio de Lucas, seguramente por la lectura en alguna misa, y tiene otros leves trazos en Romanos 8. Sé que escribiste una tesis de teología sobre la resurrección del Universo, al final de los tiempos. Imagino que para intentar una reflexión a la zaga de Teilhard du Chardin. Te informo que todavía no llega. Pero, sí respeto tu fe, ya lo sabes.

Te escribo, entretanto, porque sé que lees esta carta en cuanto la voy escribiendo. No creo que Dios permita que sus santos, no es un adjetivo, es un nombre común, penetren en la inteligencia de los que todavía cargamos, con gran placer, por cierto, con nuestro cuerpo. El mío es tan joven como fue el tuyo, cuando nació mi papá, que recuerda cómo jugaban, cuando tenía tres años, a batirse con espadas de plástico como caballeros y leones. Y cómo fuiste Director a los 34 años.

He estado ordenando tus apuntes siguiendo los títulos numerados de los archivos y, en dudas, leyendo y tratando de seguir una cronología lógica (doble *logos*, cursiva porque está en griego, pero no creo que me puedas acusar de pleonasma). Los nexos salieron como pude, porque aunque me engendró un doctor

en Letras y uno de mis abuelos también lo fue (no abuelo, sino doctor en Estudios Latinoamericanos (Letras) de la Sorbona al final de la antigüedad tardía, tras las transformaciones de 68) y tu biblioteca era enorme y la de mi papá muy grande, yo soy doctor también, pero Ingeniero en Diseño Industrial y Robótica, trabajo que me ha hecho disfrutar imaginando máquinas digitalizadas y dispositivos (ahí aparece la Ciencias Ficción y, muy atrás, hasta Julio Verne y por supuesto Asimov, y más lejos Leonardo y sus máquinas). De todos modos, tengo una pendiente que desemboca en la lectura sin término y la escritura cercana a su fuente de origen.

No corregí nada de los textos, apenas algunas conjunciones para ligar un archivo con otro y los anacronismos evidentes. Te equivocas a veces en los años, porque seguramente en tu psicoanálisis (hoy se hacen a distancia, los que quedan que son como seguir llevando saco y corbata en los años 50 en Colima, dicen, con entrevistas presenciales mensuales e intercambio de recuerdos y sueños interpretados que se envían por correel. Terminó por difundirse tu terco neologismo imitado del *courriel* francés (*courrier électronique*, tan práctico como el *email*), decía, en tu psicoanálisis (sé que la *p* sobra, pero la gente la mantiene a pesar de no sé cuántos años de la simplificación que impuso (es un decir, si nadie pela) o que pretendió la Real Academia. Retomo, en tu psicoanálisis no deben haber llegado al fondo de varios traumas infantiles y sigues siendo pertinaz, tozudo, terco, sobre todo con el proyecto del CCH, que, a las alturas de tus últimos años, ya podría haberse consolidado, pero veo que no, que seguía siendo un intento incompleto, a pesar de los decenios que dedicaste a construirlo con una pequeña caterva de enamorados de sus ideas nuevas, es decir, enunciadas más de cincuenta años antes y todavía reales a medias. Es una evaluación de ingeniero, no me siento capaz de hablar en serio de cuánto se logró o no en tus tiempos y esfuerzos.

Querido abuelo, lo que me enseña cada día tu recuerdo es cómo hay que comportarse con los proyectos que consideramos importantes y de servicio real a nuestros contemporáneos y a México. El país sigue al borde de una dictadura militar, que nadie quiere ver y mira fingiendo distracción hacia cualquier otro lado, gracias a las tibiezas estúpidas de los partidos sin excluir a ninguno, cada cual contribuye con sus resentimientos, reticencias, oscuridades y desvíos a seguirse alejando de las necesidades del pueblo. Sé que el pueblo, la gente de a pie, siempre provocó en ti algo parecido a la ternura y disfrutaste de hablar con quienes encontrabas a la voz, por no decir a la mano, la gente de Colima de los ranchos ahora pegados a la ciudad, pero todavía con un kilómetro de vegetación intermedia o los alumnos de la Facultad, de orígenes menos burgueses que tu juventud. Oías en ellos una verdad más real, enunciada más cerca de la realidad sobrellevada a diario que los comentarios de los nietos de *Nexos* y de *Letras Libres*.

Yo intento acercar a la docencia de la Licenciatura y el Posgrado donde trabajo, ideas del Colegio, viejas de 50 y más años, pero vivas y nunca llevadas a término. Es posible que sean inalcanzables en grandes números, como pretendieron ustedes, encandilados por el Rector González Casanova, “don Pablo”, como decías. En cambio, en un grupo de 12 alumnos con promedio de 10 a sus aladaños en Licenciatura y con Maestría, puedes intentar con buenas probabilidades de éxito proyectos inevitablemente interdisciplinarios (cómo hacer llegar y hacer vivir un cactus, ya no pobres bacterias, en Marte durante un tiempo que abra las rutas a otros vivientes), innovadores y apasionantes. Te siento a mi oído, cuando trabajo temas como este en un seminario inevitable, como hacías tú con Borges, Fuentes y Cortázar.

Ya justifiqué mi papel en el ordenamiento de tus escritos episódicos y dispersos, que dejan enormes lagunas cronológicas,

sin perder el hilo de lo que permaneció luchando por crecer, contra viento y burocracia, miradas obtusas y oídos sordos, pero no dejaste de buscar, tratar de comprender mejor, intentando asideros en la realidad, que sabemos terca, pero no tanto como nosotros mismos.

Es cierto, acarreamos algo de tozudez en los genes, entre vascos y judíos, entre Baztán en los Pirineos de Navarra y los Levy de Courcelles-Chaussy en Moselle, acaso desde finales del siglo XVI. Y mi abuelo vasco Larrauri. Te quiero, abuelo, lo sabes de mí porque me ves con la mirada amorosa de Dios. Ayúdame a no vacilar, como tú nunca te rendiste, ni siquiera cuando quedaste solo, en los 20 avanzados, hablando del Modelo del Colegio que terminaba por no pretender decir nada, solo un silencio estupefacto de que hubiera quien persistiera en la locura que con benevolencia otros reconocían inalcanzable.

No he terminado mi tarea, pero a pocas decenas de archivos de encontrarles acomodo más o menos adecuado, sentí la necesidad de hablarte y dejar constancia de que este relato, el género técnico del escrito me viene valiendo, es transgeneracional, pero de los mismos apellidos.

Como me enseñaste, “La fe y la esperanza pasarán, pero el amor perdura”. Abuelo.

Sigo siendo Íñigo Bazán Larrauri.

# Índice

## PRIMERA PARTE

I.....	9
2.....	12
3.....	16
4.....	28
5.....	32
6.....	45
7.....	48
8.....	56
9.....	60
10.....	63
11.....	68
12.....	72
13.....	78
14.....	82
15.....	85
16.....	92
17.....	98



18.....	103
19.....	108
20.....	110
21.....	115
22.....	118
23.....	128
24.....	130
25.....	134
26.....	138
27.....	143
28.....	146
29.....	153
30.....	159
31.....	166
32.....	172
33.....	178
34.....	184
35.....	189
36.....	197
37.....	201
38.....	213
39.....	216
40.....	221
41.....	227
42.....	239
43.....	245
44.....	250
45.....	253
46.....	256
47.....	262
48.....	269
49.....	272
50.....	283

51.....	291
52.....	302
53.....	307
54.....	313
55.....	318
56.....	322
57.....	325
58.....	331
59.....	334
60.....	343
61.....	346
62.....	350
63.....	355
64.....	360
65.....	366
66.....	370
67.....	377
68.....	383
69.....	400
70.....	404
71.....	411
72.....	414
73.....	419
74.....	423
75.....	430
76.....	434
77.....	438
78.....	445
79.....	451
80.....	455
81.....	457
82.....	467
83.....	473

84.....	482
85.....	487
86.....	489
87.....	497
88.....	501
89.....	504
90.....	507
91.....	517
92.....	522
93.....	527
94.....	533
95.....	536
96.....	549
97.....	553
98.....	560
99.....	566
100.....	571
101.....	577
102.....	581
103.....	588
104.....	594
105.....	599
106.....	603
107.....	616
108.....	620
109.....	625
110.....	629
111.....	635

#### SEGUNDA PARTE

112.....	639
113.....	641

I14	646
I15	654
I16	660
I17	666
I18	670
I19	680
I20	690
I21	707
I22	712
I23	717
I24	723
I25	729
I26	737
I27	748
I28	753
I29	756
I30	759
I31	767
I32	773
I33	777
I34	797
I35	802
I36	806
I37	812
I38	815
I39	821
I40	825
I41	832
I42	845
I43	847
I44	851
I45	860
I46	867

I47	875
I48	879
I49	902
I50	911
I51	918
I52	921
I53	925
I54	928
I55	933
I56	936
I57	940
I58	944
I59	949

### TERCERA PARTE

I60	959
I61	963
I62	970
I63	977
I64	984
I65	990
I66	996
I67	1000
I68	1004
I69	1015
I70	1022
I71	1025
I72	1029
I73	1034
I74	1039
I75	1041
I76	1046

177	1050
178	1053
179	1056
180	1063

#### CUARTA PARTE

181	1069
182	1073
183	1077
184	1083
185	1089
186	1093
187	1098
188	1101
189	1107
190	1112
191	1122
192	1126
193	1130
194	1132
195	1137
196	1139
197	1142
198	1148
199	1158
200	1161
201	1164
202	1174
203	1182
204	1188
205	1197
206	1203

207 .....	I207
208 .....	I212
209 .....	I216
210 .....	I218
211 .....	I222
212 .....	I226
213 .....	I232
214 .....	I234



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Dr. Enrique Luis Graue Wiechers  
*Rector*

Dr. Leonardo Lomelí Vanegas  
*Secretario General*

Dr. Luis Álvarez Icaza Longoria  
*Secretario Administrativo*

Dr. Alberto Ken Oyama Nakagawa  
*Secretario de Desarrollo Institucional*

Lic. Raúl Arcenio Aguilar Tamayo  
*Secretario de Prevención,  
Atención y Seguridad Universitaria*

Dr. Alfredo Sánchez Castañeda  
*Abogado General*

Mtro. Néstor Martínez Cristo  
*Director General de Comunicación Social*







COLEGIO DE CIENCIAS Y HUMANIDADES

Dr. Benjamín Barajas Sánchez  
*Director General*

Mtra. Silvia Velasco Ruiz  
*Secretaria General*

Lic. María Elena Juárez Sánchez  
*Secretaria Académica*

Lic. Rocío Carrillo Camargo  
*Secretaria Administrativa*

Mtra. Martha Patricia López Abundio  
*Secretaria de Servicios de Apoyo al Aprendizaje*

Lic. Miguel Ortega del Valle  
*Secretario de Planeación*

Lic. Mayra Monsalvo Carmona  
*Secretaria Estudiantil*

Mtra. Gema Góngora Jaramillo  
*Secretario de Programas Institucionales*

Lic. Héctor Baca Espinoza  
*Secretario de Comunicación Institucional*

Ing. Armando Rodríguez Arguijo  
*Secretario de Informática*



**Colección Letras Cececheras**

**Director**

*Benjamín Barajas*

**Editor**

*Alejandro García*

**Cuidado de la edición**

*Mildred Meléndez*

**Diseño y maquetación**

*Xanat Morales Gutiérrez*

## MEMORIA DEL COLEGIO

NOVELA

se terminó de imprimir el 26 de abril de 2021 en la  
Imprenta del Colegio de Ciencias y Humanidades,  
Monrovia núm. 1,002 colonia Portales Sur, CP 03300,  
Alcaldía Benito Juárez, CDMX.

La edición consta de 200 ejemplares con impresión  
offset sobre papel educación de 60 grs. para los  
interiores y cartulina sulfatada de 12 pts. para  
los forros. En su composición se utilizó la familia  
tipográfica Sabon LT Std. El cuidado de la edición  
estuvo a cargo de Isabel Díaz del Castillo y del autor.